



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea

TESIS DOCTORAL

Peronismo y democracia

El caso de la Renovación peronista (1983-1991)

Joaquín Baeza Belda

Director: Guillermo Mira Delli-Zotti

SALAMANCA, 2016



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea

Tesis presentada como requisito para obtener el título de “Doctor en Historia” por la Universidad de Salamanca.

Elaborada por Joaquín Baeza Belda, licenciado en Historia.

Dirigida por el Prof. Dr. Guillermo Mira Delli-Zotti, profesor del Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca.

Fdo.:

Joaquín Baeza Belda
(Doctorando)

VºBº:

Prof. Dr. Guillermo Mira Delli-Zotti
(Director de la tesis)

Índice

0.	INTRODUCCIÓN.....	11
1.	LA RELACIÓN ENTRE EL PERONISMO Y LA DEMOCRACIA EN LA LARGA DURACIÓN (1943-1983).....	23
1.1	Algunas interpretaciones sobre el peronismo y su relación con la democracia.....	25
1.2	El peronismo y la democracia a lo largo de la historia.....	34
1.2.1	Perón y el gobierno autoritario de 1943.....	34
1.2.2	Los primeros gobiernos peronistas (1946-1955).....	40
1.2.3	La época de la proscripción (1955-1973).....	47
1.2.4	El tercer gobierno peronista (1973-1976).....	54
1.3	Conclusiones.....	59
2.	LA TRANSICIÓN ARGENTINA: EL PERONISMO DENTRO DE UN JUEGO AMBIGUO	65
2.1	Un panorama de los enfoques teóricos sobre las transiciones a la democracia.....	67
2.2	El <i>Proceso de Reorganización Nacional</i> : una nueva dictadura para Argentina.....	75
2.3	El <i>Proceso</i> entra en crisis.....	84
2.4	El intento de apertura de Viola y la formación de la Multipartidaria.....	90
2.5	El endurecimiento de Galtieri y la huida hacia Malvinas.....	102
2.6	El periodo de Bignone: negociando una salida.....	115
2.7	La carrera militar por la impunidad.....	144
2.8	Conclusiones.....	158
3.	LAS ELECCIONES DE 1983. DE LA REORGANIZACIÓN A LA DERROTA.....	163
3.1	Los restos del naufragio: la situación del justicialismo a la salida del <i>Proceso</i>	166
3.2	Despertando del letargo.....	187
3.3	Las elecciones provinciales.....	195
3.4	La importancia de lo informal, de Buenos Aires a la Nación.....	215
3.5	La resolución de la interna peronista.....	225
3.6	La campaña justicialista: la preparación de un fracaso.....	234
3.7	Los resultados electorales de 1983.....	248
3.8	Conclusiones.....	253
4.	LA REORGANIZACIÓN DEL PARTIDO JUSTICIALISTA Y EL SURGIMIENTO DE LA RENOVACIÓN.....	257
4.1	1984, la aparente calma tras la derrota electoral.....	259
4.1.1	Dos desafíos menores: el Consejo Federal y la Comisión de Enlace.....	261
4.1.2	El caso de la Capital Federal.....	266
4.1.3	El debate sobre la cuestión del Beagle.....	270
4.2	Del Odeón a las elecciones de 1985: el primer ciclo de la Renovación.....	276
4.2.1	El congreso del Odeón.....	278

4.2.2	El congreso de Río Hondo	283
4.2.3	La fractura en el peronismo tras Río Hondo.....	286
4.2.4	La búsqueda de la unidad del partido	289
4.2.5	El congreso de unidad de Santa Rosa.....	292
4.2.6	El panorama peronista después de Santa Rosa	296
4.3	1986, la institucionalización de la Renovación y el alejamiento de Menem.....	301
4.3.1	El alejamiento de Menem.....	305
4.3.2	El congreso de Tucumán	307
4.3.3	El avance renovador en las provincias	309
4.4	1987, la confirmación de la Renovación	314
4.4.1	La Renovación en la cúspide del partido.....	318
4.5	Conclusiones	322
5.	LA RENOVACIÓN EN LAS PROVINCIAS. BUENOS AIRES, CÓRDOBA Y SANTA FE... ..	325
5.1	La provincia de Buenos Aires.....	327
5.1.1	El enfrentamiento entre Iglesias y Cafiero.....	329
5.1.2	La carrera de Cafiero hacia la gobernación y la aparición de Menem	348
5.1.3	La Renovación bonaerense en los albores del menemismo	360
5.2	Córdoba.....	369
5.2.1	De la reorganización a una interna postergada.....	369
5.2.2	El enfrentamiento entre la Renovación y la intervención.....	382
5.2.3	El apogeo de la Renovación cordobesa.....	389
5.2.4	Córdoba y la crisis de liderazgo tras la victoria de Menem.....	395
5.3	Santa Fe	398
5.3.1	Los inicios de una interna crónica.....	398
5.3.2	1986, una interna con múltiples lecturas	411
5.3.3	Las imbricaciones nacionales del caso de Santa Fe.....	420
5.4	Conclusiones	429
6.	LA RENOVACIÓN Y LA RELACIÓN CON LOS SINDICATOS PERONISTAS	433
6.1	Partido y sindicatos, un difícil encaje a lo largo de la historia	436
6.2	Un sindicalismo marcado por la división interna.....	456
6.3	La difícil relación entre los sindicatos y el gobierno de Alfonsín.....	462
6.4	La interna sindical durante los años 80.....	473
6.5	Los sindicatos y la interna política	482
6.6	El sindicalismo ante Menem	495
6.7	Conclusiones	508
7.	CRISIS Y LIBERALISMO: EL PERONISMO ANTE LOS CAMBIOS ECONÓMICOS DE LA DÉCADA DE LOS 80	511
7.1	La complejidad del pensamiento económico peronista	514
7.2	La economía durante el primer año de gobierno de Alfonsín.....	523

7.3	El peronismo ante el Plan Austral	530
7.4	La política de acuerdos entre el gobierno de Alfonsín y la Renovación.....	539
7.5	La filosofía liberal en las campañas políticas de Menem	546
7.6	El peronismo ante los dos primeros años de gobierno de Menem.....	554
7.7	Conclusiones.....	564
8.	EL PERONISMO Y LA CUESTIÓN MILITAR.....	567
8.1	Una transición irresuelta	569
8.2	El plan de Alfonsín y la relación del peronismo con el Juicio a las Juntas.....	572
8.3	El peronismo y las leyes de impunidad	584
8.4	El peronismo y los carapintadas	595
8.5	Menem y los indultos	619
8.6	Conclusiones.....	624
9.	EL MENEMISMO Y EL FIN DEL PROYECTO RENOVADOR.....	627
9.1	La interna presidencial de 1988.....	629
9.1.1	Unas elecciones inéditas en el peronismo.....	629
9.1.2	El debate por los mecanismos de la elección.....	632
9.1.3	Razones de la victoria de Menem en 1988	636
9.2	La Renovación en los primeros compases del menemismo (1988-1991).....	651
9.2.1	La campaña de las elecciones de 1989.....	651
9.2.2	El peronismo en los primeros años del gobierno de Menem	661
9.3	Conclusiones.....	675
	CONCLUSIONES FINALES.....	679
	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	689

Introducción

Dos han sido los hilos principales que han ido tejiendo la trama de la historia reciente argentina. El primero de ellos lo constituirían los continuos golpes e interrupciones democráticas que sufrió el país, que provocaron una enorme inestabilidad en su sistema político y una crónica rebaja de la calidad democrática. Desde 1930 a 1976 se sucedieron hasta seis golpes de Estado protagonizados por las Fuerzas Armadas, que debilitaron enormemente la legitimidad y el poder de los gobiernos civiles elegidos entre ellos y que suscitaron una falta de fe en la democracia.

El segundo de esos hilos estaría conformado por la trayectoria del peronismo. Desde su aparición a mediados de los años 40, el partido creado por Juan Domingo Perón ha sido el gran protagonista de la vida política del país. Sólo considerando el periodo comprendido entre 1946 y 1999, el justicialismo estuvo al gobierno de Argentina durante, aproximadamente, un cuarto de siglo; pero incluso durante los 18 años que tuvo prohibida su participación política su presencia resultó palpable. No extraña, por tanto, que se desarrollara un mito sobre la invencibilidad electoral del peronismo y que se asimilara a éste con la expresión de la voluntad del pueblo argentino. Al mismo tiempo, ese largo recorrido vivido por el justicialismo ha ayudado a que el mismo adoptara distintos ropajes ideológicos, desde el populismo al neoliberalismo y a la izquierda revolucionaria, por citar algunos ejemplos, lo que ha aumentado la fascinación académica por este partido.

Estos dos planos, lejos de discurrir por separado, se fueron enhebrando y entremezclando a lo largo de todas estas décadas, porque, en definitiva, sus trayectorias eran interdependientes. Por citar un ejemplo de esta imbricación, la mayoría de los golpes mencionados tuvo como objetivo principal la erradicación del justicialismo o, como mínimo, el imposibilitar su retorno al poder. Al mismo tiempo, el peronismo, por su prolongada presencia en puestos de gobierno, ha ido moldeando muchas de las características de la democracia argentina de acuerdo con sus concepciones y marcos.

A pesar de esta recíproca vinculación, la relación entre democracia, entendida básicamente como la poliarquía definida por Robert Dahl, y peronismo se podría

catalogar como difícil y ambigua. El peronismo, es cierto, siempre llegó a la presidencia a partir de elecciones libres y contó asimismo con un amplio respaldo popular incluso durante la etapa de la llamada proscripción, entre 1955 y 1973. A su vez, los primeros gobiernos justicialistas han quedado fijados en el imaginario colectivo como una etapa de extensión de derechos sociales, económicos y políticos y en el discurso de Perón siempre se hizo referencia a que su movimiento y sus medidas constituían la verdadera democracia. Pese a todo ello, tanto en sus palabras como en sus hechos podemos encontrar numerosos elementos que resultan incómodos con la idea de democracia liberal. Su propia autoconcepción como movimiento nacional conllevaba una tensa relación con el resto de partidos y denotaba una búsqueda de la hegemonía política excluyente. La escasa atención a los procedimientos formales, donde lo electoral, en muchas ocasiones, sólo era interpretado como una herramienta para el acceso al poder, también mostraba una concepción de los valores democráticos meramente instrumental. El peronismo, como institución, tampoco se caracterizó como un espacio donde se diera un gran desarrollo de los mecanismos de democracia interna. Al contrario, el principio rector solía ser la verticalidad a Perón, cuya palabra bastaba habitualmente para dirimir cualquier conflicto.

Dentro de ese contexto marcado por las indefiniciones, 1983 supone una fecha de corte tanto para la historia de la democracia en Argentina como para la relación entre ésta y el justicialismo. Ese año cristaliza la transición a la democracia desde el último gobierno militar que padeció el país, poniéndose fin a la larga trayectoria de golpes antes mencionada. Dentro de una ola democratizadora que incluyó tanto al Sur de Europa como a los países latinoamericanos, Argentina dejó atrás ese año el régimen militar más violento y represivo que padeció, conocido como *Proceso de Reorganización Nacional*, e inició un periodo de estabilidad institucional que se extiende hasta la actualidad. Sin embargo, el justicialismo que llega a esa nueva etapa es un peronismo diferente al que se había visto hasta entonces. En primer lugar, no contaba ya con el liderazgo de Perón, fallecido en 1974, con todo lo que ello suponía dentro de un partido basado esencialmente en su carisma. En segundo lugar, el peronismo perdió en 1983 sus primeras elecciones presidenciales, un hecho que, más allá de una derrota electoral, supuso el inicio de una verdadera crisis de identidad: a partir de entonces, en un duro proceso de aprendizaje, el justicialismo debió asumir que, como el resto de partidos,

sólo representaba a una parcialidad y aceptar que en el juego electoral existían ganadores y perdedores.

En medio de esa crisis apareció, a mediados de la década de los 80, una nueva corriente, que se conocería como Renovación peronista, que levantó la bandera de la democracia interna en el partido y que trató de adaptar la institución al nuevo contexto. Estos años asistieron así a un profundo debate en el seno del justicialismo que no sólo incluyó la simple puja por cargos y candidaturas, sino que cuestionó y reevaluó la relación que se había establecido entre democracia y peronismo a partir de diversos ángulos: desde la inclusión de mecanismos más abiertos para la toma de decisiones al vínculo entre el partido y los sindicatos o a la ubicación del justicialismo dentro del sistema político argentino.

Si consideramos que la relación que se estableció entre justicialismo y democracia constituye un pilar fundamental para la comprensión de la historia reciente y, por tanto, supone la cuestión principal sobre la que girará este trabajo, la etapa de la Renovación -que a grandes rasgos se desarrolla entre 1983 y 1989- conforma un observatorio privilegiado para su análisis. La larga trayectoria de la que presume el peronismo, en la que se han conocido diversas metamorfosis, hacen sumamente complejo un examen global de este problema. Encontrar un hilo conductor en este recorrido en el que el peronismo adoptó los postulados tanto del nacionalismo como del neoliberalismo e incluso de los movimientos de liberación nacional, con las implicaciones en su concepción de la democracia que cada uno de ellos conllevaba, supone una tarea realmente ardua y posiblemente abocada al fracaso desde su planteamiento.

Ante esa necesidad de acotar, el momento de la Renovación conlleva una serie de ventajas para acercarnos a nuestro tema de estudio. En primer lugar, la principal reivindicación de los renovadores fue precisamente dotar al peronismo de nuevas reglas basadas en el uso de la democracia interna para la selección de cargos y candidatos, así como la de readaptar al partido al nuevo contexto postautoritario. Precisamente, fue durante este momento cuando más profundamente se revaluó y debatió sobre la naturaleza democrática del justicialismo y sobre su inserción en el entramado político argentino. Además, el hecho de que esta línea contara con un principio y fin relativamente bien definidos ayuda a precisar esa acotación y a evaluar de mejor forma

hasta qué punto sus esfuerzos por democratizar obtuvieron resultados. Por último, que esta etapa coincidiera con el momento de la recuperación democrática y de una revalorización sin precedentes de sus valores supone otro elemento interesante para centrarnos en este periodo.

Así, enmarcada entre los violentos años 70 y la sorpresa neoliberal de los 90, la década de los 80 no ha sido un periodo tan tratado en la historia del peronismo, posiblemente por no ofrecer un desarrollo tan llamativo como el de las décadas anterior y posterior. Sin poder hablar propiamente de un vacío historiográfico, sí que es cierto que el número de obras sobre la cuestión es mucho menor respecto a otros momentos y sólo recientemente se están subsanando muchas lagunas que existían gracias a nuevas investigaciones. En ese sentido, nuestra intención pasa también por aportar nuevos datos y enfoques sobre un periodo que en realidad resulta clave para comprender muchos de los procesos posteriores.

Teniendo en cuenta todas estas ventajas y puntos de interés, el objetivo principal de este trabajo consistirá en examinar la relación que el peronismo mantuvo con la democracia, circunscribiendo nuestro análisis al caso de la Renovación peronista y al periodo abarcado entre 1983 y 1991. En otras palabras, con esta tesis pretendemos evaluar hasta qué punto llegó el esfuerzo democratizador protagonizado por los renovadores.

Además de las razones expuestas anteriormente, que hayamos elegido precisamente esas dos fechas como marco de nuestro estudio obedece a causas concretas. 1983 es, como ya hemos expuesto, la fecha de comienzo del gobierno democrático presidido por Raúl Alfonsín. Si bien la Renovación como tal no nacería hasta 1985, su aparición resulta inextricable de la campaña electoral y posterior derrota justicialista que se produce ese año. Por su parte, 1991 es el año del lanzamiento del Plan de Convertibilidad, con el que se inició la consolidación de la presidencia del peronista Carlos Menem. Para entonces, la Renovación, más allá de algunas referencias personales, se encontraba ya agotada institucionalmente.

De manera más concreta, este objetivo general se podría descomponer en una serie de propósitos secundarios. El primero de ellos consistiría en evaluar el papel del justicialismo durante la salida de la dictadura y la transición a la democracia y analizar las

causas de la derrota peronista en las elecciones de 1983. El segundo objetivo pasaría por determinar hasta qué punto la Renovación consiguió la democratización interna del justicialismo y si logró que este partido ejerciera el inédito papel de oposición leal al gobierno colaborando en la consolidación de la democracia. Por último, buscamos establecer las posibles causas de la derrota de la Renovación como línea interna y rastrear la continuidad de su proyecto en los primeros años del gobierno de Menem.

Si bien tradicionalmente el estudio de los partidos políticos y de las transiciones a la democracia han sido temas tratados por la ciencia política, pensamos que desde la historiografía se pueden realizar nuevas miradas e interesantes aportes a estas cuestiones, especialmente en lo referente a situar estos procesos dentro de la larga duración y en poner el acento en las características especiales de cada caso específico y no tanto en los modelos generales. Nuestro enfoque al problema de investigación será, por tanto, principalmente histórico, pero sin renunciar a abrirnos a una perspectiva interdisciplinar, recogiendo aportes y conceptos ya desarrollados tanto por la politología como por otras ciencias sociales.

Siendo el núcleo de nuestra investigación un periodo tan cercano a nuestros días, utilizaremos la metodología de la llamada historia del tiempo presente o historia reciente. La aceptación de que el presente y el pasado más cercano componen una legítima materia de estudio para la historiografía ha debido, sin embargo, recorrer un largo camino, entre otras razones, por problemas epistemológicos como la implicación personal del investigador en los propios hechos o como la idea de que estos eventos todavía se encuentran en desarrollo y con final abierto. Pese a todas estas críticas, la historia del tiempo actual se puede considerar una disciplina consolidada dentro de la historiografía y es por ello que no rehusamos a estudiar este fenómeno desde sus planteamientos.

Asimismo, sin desistir del análisis, hemos privilegiado a lo largo de este trabajo el enfoque de la historia entendida como relato y el desarrollo diacrónico por encima de una mirada estática a todo el conjunto. En esa línea, subrayaremos el papel de la acción de los distintos protagonistas por encima de las estructuras como motor principal de los acontecimientos. Por supuesto, resulta imposible no considerar el contexto en el que se sitúan estos actores, cuyas acciones y preferencias estaban condicionados por los marcos que imponía la realidad y todo el pasado histórico, pero consideramos que, dentro de un

enfoque impregnado de la teoría de la elección racional, las decisiones tomadas por los protagonistas y sus interacciones tienen un peso preponderante para entender los procesos que estamos tratando. Pese a ello, ese planteamiento contiene el peligro de crear un modelo excesivamente basado en el juego de unas pocas elites y, ciertamente, nuestro análisis apenas se ocupa de la trayectoria de las bases justicialistas, que podrían ofrecer una visión más plural de lo ocurrido. Sin embargo, incluso considerando estas limitaciones, hemos preferido centrar nuestra atención en los dirigentes principales del peronismo, ya que éstos fueron los principales agentes de los cambios que se produjeron en el partido.

Al mismo tiempo, haremos hincapié igualmente en la importancia de las instituciones, tanto las formales como las informales. Aunque ello parezca entrar en contradicción con esa primacía de la acción de los protagonistas que acabamos de mencionar y a pesar de que el peronismo siempre se caracterizó por su desprecio hacia las normas institucionales, nuestro interés en cómo el justicialismo trató de dotarse de reglas de funcionamiento y de potenciar la estructura del partido nos hizo dirigir la mirada también hacia estos aspectos.

Si bien primordialmente nos hemos decantado por realizar un análisis a nivel nacional, tratamos de igual forma de abrir la perspectiva a lo que ocurría en algunos distritos provinciales. De esa manera, aunque nuestro trabajo se concentra en un estudio de caso, en ocasiones aplicaremos un enfoque comparado a la hora de mostrar las similitudes y diferencias entre el nivel nacional y provincial y entre los distintos casos provinciales.

Guiados por estos objetivos, nos hemos acercado a este periodo a través de los diarios y publicaciones de la época. Siendo las periodísticas las fuentes principales de este trabajo, hemos tratado de reunir y analizar las principales de ellas. Hemos contado así con la colección casi completa para el periodo entre 1982 y 1990 de diarios nacionales argentinos como *Clarín*, *Página/12*, *La Voz* o *Tiempo Argentino*, que nos han permitido acercarnos al fenómeno peronista desde distintos puntos de vista ideológicos. Para el estudio de los casos provinciales nos hemos servido asimismo de la colección de diarios como *El Litoral*, publicado en Santa Fe, y *La Voz del Interior*, centrado en Córdoba. Asimismo, hemos podido reunir otras publicaciones periódicas como *El Bimestre*, que recoge información detallada y sistematizada de los hechos ocurridos más

importantes, o *El Periodista*, una revista semanal de actualidad y análisis político. También hemos podido acceder a publicaciones ligadas a la esfera renovadora del peronismo, como la revista *Unidos*, desde la que varios intelectuales cercanos a esta posición debatían sobre el justicialismo y sobre la realidad nacional. Todas estas fuentes han sido recogidas en los fondos de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, la Biblioteca del Congreso de la Nación y archivos como el del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI). Para tal fin, entre 2006 y 2010 fueron realizadas cuatro estancias de investigación en Buenos Aires y Santa Fe, donde pudimos acudir a los centros citados.

Publicaciones periódicas aparte, también hemos realizado varias entrevistas en profundidad a algunos de los protagonistas del periodo que nos ocupa, tanto vinculados con las altas esferas del partido como con militantes de base. Como flanco débil de esta investigación, reconocemos que apenas hemos podido contar con documentos originales del partido y de sus distintas líneas. Esta laguna obedece, entre otras razones, a la dificultad de encontrar esta clase de fuentes en una organización caracterizada por su escasa atención a las tareas de documentación, hecho parcialmente paliado acudiendo a fuentes secundarias y al testimonio de algunos protagonistas. En ese sentido, hemos tratado de recoger, a lo largo del texto y en la bibliografía final, los principales aportes bibliográficos tanto sobre el tema específico que nos ocupa como sobre el peronismo y la historia argentina reciente en general. Siendo el justicialismo uno de los temas más tratados por la historiografía y otras ciencias sociales y existiendo hoy en día un gran número de herramientas y buscadores, hemos optado por presentar en la bibliografía únicamente las obras que hemos considerado esenciales y que realmente hemos utilizado y citado a lo largo del trabajo. Dada la dificultad para encontrar en España obras y trabajos de un tema esencialmente argentino, aparte de las ya mencionadas estancias en Buenos Aires, resultaron de extrema utilidad en nuestra tarea de recopilación bibliográfica la estancia en la Universidad de Liverpool y la visita a la biblioteca del Insituto Iberoamericano de Berlín.

A partir de todos estos elementos, la tesis está estructurada en cuatro grandes partes y nueve capítulos. En la primera parte, que sólo contiene el primero de los capítulos, titulado “La relación entre el peronismo y la democracia en la larga duración (1943-1983)”, buscamos observar dicha relación crucial, desde la propia aparición del

movimiento hasta el golpe militar de 1976. Además de servir de contexto histórico al resto de nuestro trabajo, sumergirnos en este periodo previo nos ayudará a entender la complejidad y los múltiples matices que encierra la cuestión.

La segunda parte se centra en el estudio interno del justicialismo como organización y los cambios que se produjeron en él durante la década de los 80. La idea principal consiste aquí en determinar si estas transformaciones que se desarrollaron con el surgimiento de la Renovación caminaron en un sentido democrático. Dentro de esta parte, el segundo capítulo, “La transición argentina: el peronismo dentro de un juego ambiguo”, examina el rol del peronismo durante la transición a la democracia desde el último gobierno autoritario que padeció Argentina. Nuestra premisa en ese sentido es que la forma en que se realiza una transición tiene una fuerte incidencia sobre el régimen democrático posterior. Sirviéndonos de las herramientas analíticas desarrolladas por la ciencia política, trataremos de averiguar qué tipo de transición se llevó a cabo a inicios de los 80 en Argentina y dilucidar si el peronismo fue un protagonista activo en el retorno a la democracia o si, por el contrario, colocó trabas en el proceso.

El tercer capítulo “Las elecciones de 1983. De la reorganización a la derrota” se centra precisamente en las elecciones de 1983 y la derrota electoral del peronismo. La intención en este punto es relatar cómo se realizó la reorganización del partido tras la dictadura y encontrar causas que expliquen este resultado electoral que deviene clave para entender la grave crisis que se desató posteriormente en el justicialismo.

Precisamente, el cuarto capítulo, “La reorganización del Partido Justicialista y el surgimiento de la Renovación (1983-1987)”, analiza esa crisis interna y los caminos que se ensayaron para paliarla. En esencia, este apartado describe la aparición de la Renovación y su enfrentamiento con la llamada ortodoxia, tratando de perfilar en qué consistían las reivindicaciones renovadoras y hasta qué punto éstas tuvieron éxito. El siguiente capítulo, “La Renovación en las provincias. Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe”, posee un planteamiento similar, pero cambia el nivel de análisis, pasando del campo nacional al provincial. Dado que resulta excesivamente extenso y complicado analizar todos los casos provinciales, nos hemos ceñido únicamente a tres de ellos: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Hemos seleccionado estas tres provincias, en primer lugar, porque son posiblemente los tres distritos más importantes del país y, en segundo lugar, porque ofrecen, de inicio, diferencias interesantes: en Buenos Aires el peronismo cayó

derrotado en 1983, pero consiguió la gobernación en 1987; en Córdoba, en cambio, el poder siempre se mantuvo en manos de los radicales, mientras que Santa Fe expresaría el caso opuesto, con una larga gobernación justicialista.

En este apartado buscamos establecer, por tanto, si el desarrollo renovador se planteó en estas provincias bajo unas coordenadas diferentes o siguió un itinerario similar al nacional. Asimismo, queremos indagar si la relación que se estableció entre el plano nacional y el provincial circuló en un único sentido o si, por el contrario, las influencias se caracterizaron por su carácter recíproco y lo provincial tuvo su incidencia en los acontecimientos del nivel superior.

En el sexto capítulo, “La Renovación y la relación con los sindicatos peronistas”, con el que se cierra la segunda parte, evaluaremos hasta qué punto los renovadores consiguieron que el Partido Justicialista se emancipara de la influencia que los sindicatos ejercían sobre él. Prácticamente desde su origen, el peronismo se ha interpretado a sí mismo como un movimiento nacional que englobaba mucho más que lo que hacía un simple partido político. En ese conglomerado, los gremios poseían un poder decisorio que se acentuó tras la muerte de Perón en 1974. Por supuesto, el hecho de que desde la esfera sindical se controlen las riendas de un partido no necesariamente supone un indicio de baja calidad democrática en el mismo. Sin embargo, la concepción del justicialismo como movimiento y el hecho de que éste mantuviera una relación puramente instrumental con lo electoral y con el partido sí que hacía mucho más complicada su inserción en el sistema político. Medir la pérdida de influencia gremial y confirmar si ésta se debió a la acción de los renovadores ofrece, pues, una nueva perspectiva desde la que observar la profundidad de la democratización interna en el justicialismo.

En la tercera parte, el foco se desplaza del interior del peronismo a la contextualización de éste dentro del entramado político argentino que surgió tras la transición. El objetivo en esta sección de la tesis pasa por averiguar si el justicialismo ayudó realmente a la consolidación del sistema democrático y si, por tanto, actuó como oposición leal al régimen. Desde la premisa de que la transición argentina no resolvió todos los problemas abiertos durante el *Proceso*, en esta parte dedicaremos respectivamente un capítulo a cada uno de las dos principales tramas por solucionar tras la dictadura: la crisis económica y la llamada cuestión militar.

Así, en el séptimo capítulo, “Crisis y liberalismo: el peronismo ante los cambios económicos de la década de los 80”, analizaremos la actuación de los peronistas en torno a la cuestión económica. Lejos de suponer una coyuntura sencilla, la democracia argentina recibió como herencia de la dictadura una grave crisis económica marcada por una alta deuda interna y externa y una inflación siempre al alza. Nuestra intención se centrará en dilucidar qué reacción tuvieron en el peronismo las medidas y planes presentados por el gobierno y en determinar si existieron diferentes voces dentro del partido. El periodo, además, posee otro polo de interés: con el gobierno de Carlos Menem el justicialismo emprende la senda neoliberal para atajar los males de la economía, en un camino que sorprendió a toda la sociedad e incluso a muchos miembros de su propia formación. En este apartado estudiaremos, por tanto, si se dieron indicios durante los años 80 de los cambios que iba a implementar el peronismo una vez en el gobierno o si, por el contrario, éstos supusieron un giro totalmente inesperado.

El octavo capítulo, “El peronismo y la cuestión militar”, posee unos objetivos similares al anterior, pero centrados en la llamada cuestión militar, el título eufemístico con el que se identificó al problema legal, ético y político de qué hacer con unas Fuerzas Armadas que habían violado sistemáticamente los derechos humanos durante la dictadura. Analizaremos, pues, el papel del justicialismo durante los Juicios a las Juntas, los debates de las llamadas leyes de impunidad y los alzamientos carapintadas, subrayando las diferencias que pudieran encarnar los renovadores. Al mismo tiempo, el hecho de que fuera Menem el encargado de resolver el problema militar con la firma de unos indultos que liberaron a los militares anteriormente condenados abre también un hondo debate sobre el papel que realmente tuvo el justicialismo a lo largo de toda esta cuestión. Examinaremos, por tanto, si la decisión de aplicar estos indultos conllevó alguna resistencia interna en el partido o si, por el contrario, fue convalidada de manera general.

Finalizando esta tesis, la cuarta y última parte, que sólo incluye el noveno capítulo, “El menemismo y el fin del proyecto renovador”, indaga las causas de la derrota de la Renovación peronista como línea institucional y como proyecto político. Buscaremos así las razones de los resultados de la elección interna presidencial que celebró el justicialismo en julio de 1988 y las reacciones dentro del partido a los

primeros pasos dados durante el gobierno de Menem. Nuestro último objetivo, en definitiva, será determinar cuál fue el destino de los renovadores a partir de 1988 y cómo encajaron en el nuevo proyecto menemista. Aunque únicamente analizaremos los dos primeros años de gobierno, hasta 1991, los mismos nos servirán para evaluar el grado de solidez o debilidad que tuvieron las principales reformas renovadoras dentro del peronismo.

Antes de entrar plenamente en el contenido de la tesis, no queremos dejar de recordar que la investigación que la nutrió, pese a constituir un trabajo personal, no habría sido posible sin el apoyo y la colaboración de muchas personas e instituciones.

En primer lugar, quisiera agradecer la ayuda y dedicación de mi director, el profesor Guillermo Mira Delli-Zotti, quien no sólo me introdujo en mi interés por Argentina y por el peronismo, sino que durante todos estos años me ha estado apoyando mucho más allá de lo estrictamente académico.

Este trabajo tampoco habría sido posible sin el respaldo económico concedido por la Junta de Castilla y León, quien concedió una beca de Formación del Personal Investigador para la realización del mismo.

Por supuesto, esta tesis debe casi todo a mis padres, que han estado a mi lado en todo momento, guiándome e inspirándome hasta el final.

Por último, no puede faltar el agradecimiento a todos aquellos que me han ayudado en uno u otro momento: a los compañeros de la Biblioteca de la Nación y la Biblioteca del Congreso, a Richard Gillespie, Rory Miller y todos los profesores y académicos que me han aportado sugerencias y nuevas ideas, a todos aquellos que me han facilitado los trámites burocráticos y, por supuesto, a Mónica y todos mis amigos que me han estado apoyando leyendo y corrigiendo mis textos, compartiendo sus puntos de vista o simplemente animando siempre.

Capítulo 1: La relación entre el peronismo y la democracia en la larga duración (1943-1983)

La historia es recogida por Félix Luna¹. El año 1950, justo cuando se cumplía un siglo de su muerte, iba a ser dedicado a la memoria de José de San Martín. Entre otros muchos homenajes, una ley había dispuesto que todos los documentos e impresos llevaran a lo largo de esos meses la leyenda “Año del Libertador General San Martín”. Nada más iniciarse el año, sin embargo, José Emilio Visca, cabeza de una comisión parlamentaria, ordenó la clausura del diario *La Hora*, vinculado al Partido Comunista, con el argumento de que no habían incluido la leyenda en su encabezado². La dirección del periódico se excusó señalando que todo se reducía a un error en la imprenta y que, de hecho, el editorial del 31 de diciembre de 1949 se había dedicado, precisamente, a San Martín; pero la decisión del cierre se mantuvo firme.

En una década, la del primer peronismo, en la que no faltaron golpes de estado, encarcelamientos de opositores o la clausura de muchos otros medios, el cierre de *La Hora* puede parecer en comparación una simple anécdota, pero aporta varias pistas acerca de la concepción de la democracia, entendida tanto en su acepción como simple procedimiento como en la de un conjunto de derechos y garantías, por parte del justicialismo³. Sin haber ahondado todavía en la cuestión, este episodio ya nos advierte

¹ Luna, Félix: *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993, pp.363-364.

² El diputado Visca lideró una comisión que popularmente llevó su nombre. Técnicamente, la misma debía investigar denuncias de torturas cometidas sobre otros legisladores; pese a ello, en la práctica, la comisión se dedicó a investigar medios que no eran afines al gobierno peronista.

³ Como es conocido, el concepto de “democracia” es difícil de definir por la cantidad de diferentes significados, condiciones y contenidos que se le han atribuido. Al igual que sugieren otros autores, en este trabajo hablaremos de “democracia” en un sentido muy similar al concepto de poliarquía definido por Robert Dahl. Como señala Alan Knight, “esta definición abarcaría los dos principios de (i) libre asociación y expresión (derechos cívicos) y (ii) participación electoral (derechos políticos)”. Como continúa este mismo autor: “por supuesto, esta definición no pretende ser normativa, (no estamos diciendo que

de que el peronismo, desde el rigorista respecto a la norma y a las leyes, fue hábil a la hora de retocarlas en su beneficio y en claro desmedro de la oposición. La pequeña historia que hemos relatado sintetiza así a la perfección el que será el leitmotiv de este capítulo: que el justicialismo, pese a llegar siempre al poder mediante elecciones libres, mostrará desde un comienzo una pulsión por la hegemonía política que hará que su relación con el modelo democrático sea conflictiva y ambigua.

Dada la centralidad de este punto, resolver la cuestión de esa relación entre peronismo y democracia equivaldría, en última instancia, a acercarnos a la verdadera esencia del justicialismo, si es que, dada la larga trayectoria y enorme complejidad del fenómeno, ésta existe. Sin embargo, responder de manera concreta y simple a la pregunta de cuál fue el vínculo entre justicialismo y democracia excede los alcances de este capítulo que, ante todo, pretende servir de marco al núcleo central de este trabajo, que se centra particularmente en la década de los 80 y en el papel del peronismo durante la última transición desde un gobierno autoritario. En realidad, no sólo por esa razón: como coincide Sandra Carreras⁴, hallar un verdadero y único significado para el peronismo es una tarea condenada al fracaso desde el inicio, como también se encargaron de comprobar los propios peronistas que trataron de fijar un significado preciso para su identidad. En primer lugar, porque la longevidad de este partido y los diferentes contextos que ha tenido que vivir vuelven muy complicada la tarea de equiparar esos distintos momentos y encontrar en ellos un hilo conductor. Como mencionaremos en el último capítulo, esa simple cuestión suscitó un fuerte debate sobre la conveniencia o no de comparar el peronismo clásico (1946-1955) y la etapa menemista (1989-1999). En segundo lugar, la calculada ambigüedad del discurso de Perón, que, además, fue evolucionando en cada coyuntura, hace muy difícil otorgarle

este sistema sea mejor) o exclusivo (que sea la única forma de democracia en términos conceptuales o prácticos)". Knight, Alan: "Las tradiciones democráticas y revolucionarias en América Latina". *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, vol.2, n°1, 2003, p.6. No obstante, pese a sus posibles lagunas, esta definición, más cercana a la interpretación procesual de la democracia, contiene la ventaja de su concreción y su generalizada aceptación académica. Para un mayor desarrollo de la cuestión se puede consultar: Dahl, Robert: "La poliarquía". En Batlle, Albert: *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, 2001, pp.77-92.

⁴ Carreras, Sandra: *Oposición y democratización en Argentina: El Peronismo 1983-1989*. Tesis doctoral, Universidad Johannes Guttenberg de Maguncia (Alemania), 1998. Existe una versión publicada en alemán: Carreras, Sandra: *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentiniens. Der Peronismus 1983-1989*. Frankfurt: Vervuert, 1999.

una traducción concreta y lineal. Sin caer en el extremo de que las palabras del General⁵ suponían un significante vacío, lo cierto es que, en ellas, cabían suficientes matices como para generar con el tiempo una interpretación que iría tanto desde la izquierda revolucionaria a la extrema derecha.

Teniendo en cuenta estos límites, en este primer capítulo nuestra intención será la de explorar los distintos enfoques que han tratado la relación entre democracia y peronismo, así como la de describir ciertos elementos, tanto del justicialismo clásico como del de los años 70, que ayudan a ilustrar la complejidad y las disonancias entre ambas partes. Asimismo, estas páginas pretenden servir también de contexto previo para comprender la profundidad de la Renovación como proyecto democratizador del justicialismo y como un intento de situar al partido en el nuevo contexto surgido tras 1983.

1.1 Algunas interpretaciones sobre el peronismo y su relación con la democracia

La complejidad del peronismo y su carácter inédito hizo que, desde su aparición, su verdadera naturaleza fuera un tema de debate, tanto académico como político, y diera pie a numerosas interpretaciones⁶. Como veremos en un futuro capítulo, hasta su propia concepción como partido político resulta problemática, dado que los propios peronistas consideraban que su movimiento trascendía la estructura clásica y formal de un partido tradicional. En la clásica tipología diseñada por Maurice Duverger, el justicialismo podría ser interpretado como un partido de masas, pero tanto su origen personalista como su ideología no clasista y su funcionamiento informal lo alejaban de este tipo de organizaciones. Su caracterización como partido carismático, en la línea de lo propuesto por Angelo Panebianco, también arroja ciertas inconsistencias. Pese al indudable peso que Perón ejercía sobre el conjunto de la institución, el peso que adquirieron los jefes

⁵ En las páginas siguientes usaremos el título de General como otra forma de referirnos a Perón. En realidad, Perón sólo alcanzó ese grado en 1946, cuando el Congreso, de mayoría justicialista, le restituyó en el Ejército, al que había renunciado en octubre de 1945 como coronel, y le ascendió a general.

⁶ Complicando aún más la situación, existe también un debate sobre hasta qué punto el justicialismo supone una novedad en el contexto ideológico argentino o si se trató más bien de una continuidad reelaboradora de tendencias ya existentes. En ese sentido, la hipótesis de Carlos Altamirano “es que, en lo relativo a las cuestiones mismas de lo que en pocos años recibirá el nombre oficial de “doctrina peronista”, habría escasa novedad”. Altamirano, Carlos: “Ideologías políticas y debate cívico” en Torre, Juan Carlos (dir.): *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, p.209.

sindicales durante el exilio del líder matiza en cierto modo ese poder carismático, más allá de que, por supuesto, una importante segunda línea de figuras y cuadros medió entre el General y las masas. En realidad, su formación apresurada con el fin de participar en las elecciones de 1946, reuniendo polos de distinta procedencia y filosofía política, hará que convivan en el peronismo distintas almas y naturalezas y que la matriz movimientista de su origen perviva a lo largo de las décadas.

No sólo la caracterización como partido político y su clasificación resulta compleja en el justicialismo. De hecho, hasta la fijación del momento de inicio del peronismo puede suponer una causa de controversia, ya que tanto lo podemos retrasar hasta algún punto indeterminado del gobierno militar surgido en 1943, desde el cual Perón se proyectó como figura política de primer orden, como lo podemos marcar en febrero de 1946, cuando el General vence en las elecciones que le auparán a la presidencia.

Las primeras interpretaciones sobre el fenómeno peronista datan precisamente de esos años y se deben, en realidad, a los militantes comunistas, que entendieron el justicialismo como la expresión argentina del nazismo⁷. Como recoge Alejandro García, el Partido Comunista Argentino afirmaba en octubre de 1945 que “Perón es el enemigo público número uno del pueblo argentino”⁸; mientras que Victorio Codovilla, secretario general del partido, titularía su informe al Comité Central con un contundente “Batir el naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso”⁹. Por supuesto, hay que tener en cuenta que esta interpretación no se planteaba en abstracto, sino que se daba en el contexto de la II Guerra Mundial, cuando los distintos partidos comunistas mantenían una estrategia de buscar, en cada país, frentes populares contra el avance del fascismo. En Argentina, como veremos, esa consigna derivará en la formación de la Unión Democrática para competir con el peronismo, la forma autóctona del fascismo según su

⁷ Al usarse en este contexto como una etiqueta fuertemente peyorativa, utilizaremos indistintamente las categorías de fascismo o nazismo, pese a las múltiples diferencias que separaron a esas dos conceptualizaciones políticas.

⁸ García, Alejandro: *La crisis argentina: 1966-1976*. Murcia: Universidad de Murcia, 1994, p.13.

⁹ No se debe pasar por alto, sin embargo, la advertencia de Jáuregui: “una larga tradición política e historiográfica ha identificado al Partido Comunista Argentino (PCA) en una monolítica y constante orientación antiperonista. Sin embargo, recientes investigaciones han puesto de manifiesto que el rechazo al peronismo estuvo lejos de la unanimidad; por el contrario fue controversial y de alguna forma fue utilizado como una estrategia de reforzamiento del verticalismo de sus principales líderes, propio de la era stalinista”. Jáuregui, Aníbal: “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”. *A Contracorriente*, vol.9, n°3, abril 2012, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/jauregui.pdf>

interpretación, en las elecciones de 1946. En ese sentido, esta interpretación tan extrema de lo que suponía el justicialismo no dejaba de ser un producto de su tiempo y poseía una clara finalidad política.

La identificación del justicialismo con el nazismo tendría, según César Tcach¹⁰, su momento de mayor producción en los años inmediatamente posteriores a 1955, justo tras el golpe que derribaría a Perón. Ese auge era, asimismo, entendible en el momento en que se produjo: si la Europa de la posguerra había pasado por la desnazificación, los militares impulsores del golpe, exentos de legitimidad tras la violenta ruptura institucional cometida, necesitaban justificar su acción asimilando el régimen caído con el fascismo. No obstante, pasados los años de la *Revolución Libertadora*, esta identificación quedó momentáneamente abandonada, no sin dejar una estela perdurable.

Aparecerá, eso sí, de manera aislada en algunas obras puntuales posteriores. Por ejemplo, Pablo Giussani, un autor vinculado con el alfonsinismo y la *teoría de los dos demonios*, interpretó en 1984 la acción de Perón como un proyecto de fascismo no muy diferente al que implementó Mussolini: “Perón fue quizás el primer fascista “clásico” – por no decir el único de la América Latina- (...). Perón fue en su país el primero en recoger como línea de acción práctica esta concepción integral del fascismo en su doble vertiente autoritaria y social. Las masas populares, potencialmente peligrosas para el ordenamiento social existente, debían ser contenidas y controladas en resguardo de ese ordenamiento, pero en función de políticas concesivas que aseguraron su consenso”¹¹.

En una línea semejante, Juan José Sebreli interpretó al peronismo desde una matriz bonapartista-fascista¹²: “el peronismo participó en realidad de los tres tipos del Estado de excepción, surgió como una dictadura militar de corte clásico, derivó hacia el

¹⁰ Tcach, César: “El enigma peronista: la lucha por su interpretación”. *Historia social*, n°43, 2002.

¹¹ Giussani, Pablo: *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984, p.31.

¹² Entendemos bonapartismo aquí como el proyecto de creación de un Estado teóricamente autónomo, que se ubicaría sobre las distintas clases sociales en un rol arbitral con un sentido conservador. Según Juan José Sebreli, “el bonapartismo clásico y el peronismo aparentan imparcialidad, pretenden hacer del Estado el mediador entre las clases sociales antagónicas, llegando hasta cierto punto a alcanzar una autonomía relativa, cierta independencia momentánea frente a la sociedad”. Sebreli, Juan José: *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000, p.43. Quizás el autor clave en la caracterización del justicialismo como bonapartismo fue Jorge Abelardo Ramos. Como señala De Ipola: “fue la imposibilidad de sustraerse a la incidencia masiva de la clase obrera (y a los condicionamientos que imponía a sus políticas) lo que impidió que fructificara el proyecto bonapartista que, seguramente (y es mérito de Ramos el llamar la atención sobre este punto) estaba en la mente y en las intenciones de Perón”. De Ipola, Emilio: “Ruptura y continuidad: claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo”. *Desarrollo Económico*, vol.29, 115, octubre-diciembre 1989, p.335.

bonapartismo, aspiró siempre a ser un fascismo y realizó la mayor cantidad de fascismo que le permitieron la sociedad argentina y la época en la que le tocó actuar”¹³. El autor justificó esa posición señalando que en el justicialismo se daban todos los componentes del fascismo: “apoyo y movilización de masas, formación de una elite de poder compuesta en gran parte por marginales, creación de una ideología nueva aparentemente opuesta a la tradicional, intento de estructurar un Estado totalitario alrededor del partido único y del jefe carismático”¹⁴.

Como señalaron Tcach y Macor, “el dilema fascismo o bonapartismo dividió a los historiadores en los años inmediatamente posteriores a la caída de Perón en 1955, pero no dejó huellas perdurables que se tradujesen en investigaciones empíricas”¹⁵. Todavía más crítico, De Ipola catalogó estos enfoques como “interpretaciones de corte panfletario”, describiéndolos como aquellos que “a pesar de demostrar un buen nivel de información, ponen todo su empeño en desconocer la complejidad del fenómeno peronista, reduciéndolo a una significación única y unívoca (por ejemplo, “fascismo” o, en el otro polo, “democracia con justicia social”)¹⁶. En efecto, ese escaso recorrido de estos enfoques se explica por su escaso asidero en la realidad de los hechos. Si bien es cierto que Perón pudo albergar en los años 20 cierta admiración por el estado de fascismo italiano¹⁷ y, como analizaremos, durante sus mandatos se dieron varios desbordes autoritarios, su identificación con el fascismo o el nazismo resulta extremadamente complicada: Perón siempre acudió al poder por medio de elecciones y tanto la oposición como la prensa contraria, pese a los numerosos obstáculos que sufrieron, continuaron estando presentes en sus respectivos gobiernos. Al mismo tiempo, aunque se produjeron episodios de represión ilegal, su cantidad no se acerca al

¹³ Sebreli, *op.cit.*, p.31.

¹⁴ Sebreli, *op.cit.*, p.72. De hecho, en un artículo periodístico posterior, este autor seguirá afirmando que Perón “ya en el poder hizo todo el fascismo permitido en un contexto histórico adverso porque el Eje había sido derrotado y la mitad de la sociedad civil se le oponía”. Incluso observaba todavía en el kirchnerismo “algunos métodos bonapartistas o populistas”. *El País*, 27/12/2008.

¹⁵ Tcach, César y Macor, Darío: *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2003, pp.7-8.

¹⁶ De Ipola, Emilio: “Ruptura y continuidad: claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo”. *Desarrollo Económico*, vol.29, n°115, octubre-diciembre 1989, p.331.

¹⁷ Perón viajó a Italia en la segunda mitad del año 1949, ejerciendo como asistente del agregado militar argentino en ese país. Como señala Ben Plotkin, esa estancia tuvo una fuerte influencia en Perón: “fue en Italia donde pudo ponerse en contacto y admiró (admiración de la que nunca abjuró) el manejo que Mussolini tenía con las masas, como así también el sistema corporativo que el dictador había establecido en su país”. Ben Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Ariel, 1994, p.47. Sin embargo, “su interés por las doctrinas de estos dictadores no lo motivó a interiorizarse por el contenido de las obras de los teóricos del fascismo”.

nivel ni a la intensidad que se dieron en países como Alemania o Italia en los años 30 y 40. Como afirma Rein: “en la Argentina de Perón se violaron los derechos humanos, pero no de la forma brutal y amplia que caracterizó a la represión de la Alemania nazi o la Rusia stalinista”¹⁸. La asimilación del peronismo con el fascismo encaja difícilmente, pues, con la realidad: su relación con la democracia resultó mucho más compleja y sutil que lo que estas etiquetas, muchas veces colocadas con el único fin de deslegitimar totalmente a los gobiernos justicialistas.

Sí es cierto, en cambio, que una derivación de estos enfoques disfrutó de una larga trayectoria académica. Cuando Gino Germani, influido por su experiencia en Europa, se acercó al fenómeno peronista, lo interpretó, en primer lugar, como un ejemplo de totalitarismo¹⁹. Sin embargo, este autor de origen italiano pronto explotaría las posibilidades del concepto de populismo o, desde su terminología, los movimientos nacional-populares para caracterizar los gobiernos similares al justicialismo. En el quinto capítulo ahondaremos más en el enfoque de Germani y en el punto en el que más incidió: la relación entre el peronismo y los sindicatos. Ahora, sin embargo, basta señalar que en el modelo clásico en el que Germani incluyó al justicialismo el funcionamiento democrático es sumamente deficiente. Según este autor, el peronismo es el producto de un momento de transición donde las masas, provenientes principalmente del éxodo rural, son incorporados a la vida política, pero lo hacen desde una situación de “anomia”, en estado de disponibilidad y, como señalan Tcach y Macor, “permeables a la oferta de un liderazgo carismático”²⁰. Es decir, las clases trabajadoras logran entonces entrar por fin en la arena política, pero al mismo tiempo son cooptadas y pierden su autonomía al entregársela a Perón²¹.

¹⁸ Rein, Raanan: *Peronismo, populismo y política: Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Belgrano, 1998, p.23.

¹⁹ Como recuerda Samuel Amaral, “Gino Germani llegó a la Argentina en 1934, a los 23 años, huyendo del fascismo. Su partida de Italia se debió a la necesidad de alejarse de un régimen al que se oponía no por una elaborada interpretación teórica sino por su propia experiencia”. Amaral, Samuel: “El líder y las masas: fascismo y peronismo en Gino Germani”. *Documentos de Trabajo*. Universidad del CEMA, n°371, febrero 2008. En ese texto, Amaral ofrece un buen análisis de la comparación que realiza Germani entre peronismo y fascismo en una de sus primeras obras, “La integración de las masas a la vida política: el totalitarismo”, escrito precisamente bajo el auspicio de la *Revolución Libertadora* en 1956.

²⁰ Tcach, César y Macor, Darío, *op.cit.*, p.11.

²¹ De nuevo acudiendo a De Ipola, existe en Germani una tensión en su valoración sobre el peronismo. Si por una parte señalaba que “la tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el signo del totalitarismo” y etiquetaba de “irracional” el camino seguido por éstas; al mismo tiempo, reconocía en el peronismo el otorgamiento de ciertos derechos sociales y políticos. De Ipola, *op.cit.*, p.337.

Este esquema, sin embargo, resulta incompleto cuando se le somete a un examen más profundo. Como se encargaron de demostrar Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en otra obra clásica²², el papel de los viejos sindicatos fue mucho más activo y protagónico de lo que se había pensado en un primer momento, con lo que la imagen de unas masas totalmente pasivas a merced de los designios del líder debía revisarse. Al contrario, como investigaciones posteriores de autores como Louise Doyon²³, Juan Carlos Torre²⁴ o Daniel James²⁵ demostraron, en la relación entre Perón con los sindicatos existían muchos espacios para la reciprocidad y, en ocasiones, eran los gremios los que imponían condiciones al presidente. Lejos de la anomia descrita por Germani, existía en el apoyo a Perón un cálculo racional y meditado, lo que, obviamente, suponía un esquema mucho más cercano al de un sistema democrático convencional.

Quizás ha sido la definición del peronismo como populismo, en la que podríamos incluir también al último Germani, la línea interpretativa más fecunda, a pesar incluso de que, como advierte, Francisco Panizza: “se ha vuelto casi un cliché comenzar a escribir sobre el populismo lamentando la falta de claridad acerca del concepto, y poniendo en duda su utilidad para el análisis político”²⁶. Dentro de la complejidad de un término caracterizado por su polisemia y su vaguedad semántica, este autor diferencia tres grandes categorías de enfoques sobre el populismo²⁷. El primero de ellos, definido como “enfoque empirista”, confecciona una lista de atributos para caracterizar el fenómeno. Cuenta, sin embargo, con el problema de que generalmente no se deja explícita la relación entre esa serie de elementos, que, por lo tanto, permanecen como un conjunto heterogéneo. Un segundo enfoque vincula el populismo con un

²² Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

²³ Un resumen de las investigaciones de esta autora se puede encontrar en: Doyon, Louise: “La formación del sindicalismo peronista” en Torre, Juan Carlos: *Nueva historia argentina, tomo VIII. Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, pp.357-404.

²⁴ Este autor ha reunido varios de sus trabajos sobre la cuestión en Torre, Juan Carlos: *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002. Su obra más clásica sobre el primer peronismo sería Torre, Juan Carlos: *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990. También ha trabajado el periodo setentista en: Torre, Juan Carlos: *El gigante invertebrado: los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

²⁵ James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.

²⁶ Panizza, Francisco: “Introducción. El populismo como espejo de la democracia”. En Panizza, Francisco (comp.): *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009, p.9.

²⁷ *Ibidem*, pp.10-15.

determinado periodo histórico. En este sentido, es bastante habitual asociar el origen del populismo con la crisis política y económica abierta en América Latina en los años 30, la presencia de un líder carismático y un modelo de desarrollo económico basado en la industrialización por la sustitución de importaciones. Aunque es indudable que los regímenes populistas más icónicos se suceden en ese periodo, este esquema se ve limitado al excluir temporalmente muchos otros casos anteriores y posteriores que se dieron tanto en América Latina como en otros lugares. Por último, Panizza habla de una “lectura sintomática” del populismo, basado en la constitución del pueblo como un actor político.

Esta línea de autores se alejó, por tanto, del estructuralismo y el funcionalismo que impregnaban los estudios anteriores y centró sus análisis, no en cuestiones sociológicas, como era la relación entre el líder y los sindicatos, sino en el discurso. La figura más importante en esta tendencia será la de Ernesto Laclau, para quien el populismo no es un fenómeno circunscrito necesariamente a un momento concreto en el tiempo (década de los 40, por ejemplo) o un determinado tipo de alianza social, sino, ante todo, un dispositivo discursivo, un conjunto de interpelaciones popular-democráticas planteadas bajo la forma de un antagonismo respecto del bloque dominante. Siguiendo a Javier Burdman: “las diferentes identidades socio-políticas opuestas al bloque de poder se fusionan al ser interpeladas bajo la categoría internamente indiferenciada de “pueblo”, en el seno de la cual todas ellas pierden en cierta medida su particularidad y pasan a identificarse como la pura contraposición a la ideología dominante”²⁸.

El populismo, del que el peronismo sería uno de sus mejores ejemplos, tendría, desde ese punto de vista, un claro sentido rupturista con el excluyente pasado anterior²⁹.

²⁸ Burdman, Javier: “Populismo y peronismo. Un debate abierto entre la teoría y la historia”. Disponible en:

http://webiugg.sociales.uba.ar/historiapolitica/seminario%20investigacion/populismo_y_peronismo_burdman.pdf. Laclau fue actualizando y corrigiendo su concepción original del populismo. El pequeño retrato que ofrecemos de su pensamiento se centra en una de sus primeras obras sobre la cuestión: Laclau, Ernesto: “Hacia una teoría del populismo”. Laclau, Ernesto: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

²⁹ De Ipola y Portantiero criticaron esa visión esencialmente rupturista que Laclau concedía al justicialismo en sus primeras obras. De Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos: “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. *Controversia*, n°14, agosto 1981. Como recuerda Aboy Carlés: “para De Ipola y Portantiero si bien los populismos tienen una dimensión inicial de ruptura respecto del orden, acabarán por cerrar y coartar su propia potencialidad disruptiva derivando en la integración de un nuevo orden de tipo organicista”. Para este autor, la tensión entre la representación de toda la comunidad

En un contexto en el que se estaba resquebrajando la anterior hegemonía oligárquica, que cada vez se mostraba más impotente para incluir en su relato a las nuevas masas populares, Perón se mostró mucho más eficaz a la hora de interpelar a dichos sectores en su nuevo discurso y sumarlos a la vida política. La interpretación de Laclau resulta, pues, mucho más benévola con movimientos como el peronismo, ya que éste no deja de suponer, desde su perspectiva, un fenómeno democrático, popular e inclusivo. Pese a ello, su esquema posee una gran rigidez a la hora de aplicarlo sobre un líder y un movimiento que, precisamente, se caracterizó por sus continuos cambios de discurso y por haber construido dicho entramado sobre un conjunto de elementos a menudo contradictorios entre sí. Como señala De Ipola, “eso hizo que la articulación a la que se refiere Laclau haya sido de entrada una articulación endeble y potencialmente explosiva. Sólo el liderazgo indiscutido del caudillo logró mantener la unidad entre las piezas del “puzzle””³⁰.

Desde otro punto de partida, autores como Moira Mackinnon³¹ pusieron su acento en los aspectos políticos en su caracterización del justicialismo. Para esta investigadora, el carisma y el liderazgo de Perón están fuera de cualquier duda, pero a la vez nos advierte de que no se debe subestimar el rol que le cupo al olvidado partido peronista en la conformación de justicialismo. En un movimiento similar al que se había dado con la reinterpretación de los sindicatos, el partido, lejos de ser una estructura vacía y totalmente subordinada a Perón, tuvo voz propia y protagonizó varios roces con el líder, en una relación más autónoma y conflictiva de lo que se pensaba en un primer momento³². Este enfoque, que, obviamente, no pretende ofrecer una visión global de lo que fue el justicialismo, enriquece, por el contrario, la interpretación que podemos tener de él: el primer peronismo no fue, así, un espacio monolítico; en él no sólo cabía la discusión, sino que en ocasiones el propio líder debía amoldarse a lo decidido por la institución.

política y la de una parte de ella “se operó, en el caso de las experiencias del yrigoyenismo y el peronismo argentinos, a partir de un juego pendular que a veces consecutiva, a veces simultáneamente, suponía un mecanismo de inclusiones y exclusiones de la alteridad constitutiva”. Aboy Carlés, Gerardo: “La democratización beligerante del peronismo”. *historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aboycarles.pdf>

³⁰ De Ipola, *op.cit.*, p.352.

³¹ Mackinnon, Moira: *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

³² El trabajo de Rein, valorando la importancia de figuras justicialistas de la segunda línea, como Juan Atilio Bramuglia o Miguel Miranda, camina en una dirección similar. Rein, *op.cit.*

Dentro de esa búsqueda de la complejidad del peronismo, César Tcach presentó lo que etiquetó como “interpretaciones extracéntricas” de este fenómeno. Mientras que la mayor parte de los enfoques anteriores se focalizaba en el caso de Buenos Aires, a partir de los años 90, varios investigadores volvieron la mirada hacia la formación del peronismo en las distintas provincias del interior. Allí, “en un universo donde la clase obrera era débil y el fenómeno inmigratorio nulo, el peso de los factores tradicionales fue central en la configuración del peronismo originario”³³. En lugares donde la escasa industrialización no fomentaba la formación de un partido de corte laborista, como, en realidad, ocurría en casi todo el interior argentino, Perón se apoyó, para acceder al poder, en sectores conservadores que chocaban con la imagen progresista y aperturista que subrayaban otros enfoques. Ello, obviamente, conllevó consecuencias importantes en la relación entre el justicialismo y su visión de la democracia: “la tibieza de fe del peronismo en las virtudes de la democracia política no fue sólo el resultado del estilo de liderazgo ejercido por Perón. La viabilidad de ese estilo tuvo mucho que ver con el peso de los factores tradicionales que estuvieron presentes en la génesis del peronismo: Ejército, Iglesia Católica –en especial Acción Católica-, caudillos conservadores e inclusive –como lo han demostrado las interpretaciones extracéntricas- fracciones oligárquicas provinciales”³⁴.

Concluyendo lo expuesto hasta ahora, dentro de sus diferencias, todos estos planteamientos comentados (que en modo alguno agotan todas las perspectivas desde las que se ha tratado el peronismo) se pueden situar en un punto a partir de dos ejes. En primer lugar, el conformado entre los extremos de aquellos que ven el peronismo como un elemento democratizador de la sociedad argentina y los que lo entienden como un régimen autoritario. El segundo de esos ejes quedaría constituido por quienes lo interpretan como un fenómeno rupturista y quienes subrayan las continuidades con el pasado. Optar por fijar un punto concreto en este esquema supone, como advertimos al inicio, una empresa arriesgada. Sin embargo, con todas las debilidades que podamos encontrar en cada uno de estas distintas miradas, las mismas nos han servido para entender al peronismo como un espacio sumamente complejo, difícilmente encajable en una etiqueta unívoca. Al contrario, su relación con la democracia albergó numerosos sentidos, en una trayectoria que evolucionó a lo largo del tiempo y que reclama, por

³³ Tcach, “El enigma peronista...”, *op.cit.*, p.135.

³⁴ Tcach, “El enigma peronista...”, *op.cit.*, p.139.

tanto, un marco diacrónico. De acuerdo con ello, en las páginas siguientes nos alejaremos parcialmente de estos enfoques teóricos para situarnos en las acciones concretas realizadas por el peronismo, tanto en sus primeros gobiernos, como en la época de la proscripción y el periodo 1973-1976.

1.2 El peronismo y la democracia a lo largo de la historia

1.2.1 Perón y el gobierno autoritario de 1943

Como ya hemos repetido, Perón siempre accedió a la presidencia a través de elecciones libres y competitivas, tanto en 1946 y 1951 como, ya posteriormente, en 1973. Sin embargo, tras esta sencilla aseveración, que podría otorgar al General una indiscutida carta democrática, se esconden numerosos matices que, sin cuestionar de raíz esa esencia, señalan algunos claroscuros.

Para empezar, como es bien conocido, Perón se presentó a esas elecciones de 1946 como el candidato oficial de un régimen militar saliente, del que sería uno de sus protagonistas. Como analizaremos a continuación, ese gobierno *de facto* donde Perón comenzó su carrera política no se caracterizó precisamente por impulso democrático y tuvo, dentro de su complejidad, algunos elementos de inspiración en los regímenes autoritarios que asolaban la Europa del momento. Bien es cierto también que el desplazamiento sin apenas resistencia del presidente Ramón Castillo³⁵, tras el golpe militar del 4 de junio de 1943, puso fin a una etapa nominalmente democrática, caracterizada por el fraude y la escasa participación política, que se conoció popularmente como la *Década Infame*³⁶. Como recoge Alain Rouquié, el manifiesto de los

³⁵ El conservador Ramón Castillo accedió a la presidencia tras fallecer, en 1942, Roberto Ortiz, de quien hasta entonces había sido su vicepresidente. Ortiz, dentro de una etapa marcada por el fraude, había iniciado una labor de regeneración democrática y limpieza electoral que, pese a su moderación, no encontraría continuidad en su sucesor. Al contrario, Castillo protagonizó una deriva autoritaria que alcanzaría su colofón cuando designo como su candidato para la presidencia al terrateniente azucarero y aliadófilo Robustiano Patrón Costas. Como explica Juan Carlos Torre, esa elección resultaría fatal para el presidente saliente, ya que ayudaría a unificar contra él a la única institución que podía hacerle frente: las Fuerzas Armadas. En efecto, su desplazamiento se convertiría en un objetivo común entre los militares interesados en una regeneración política y los partidarios de la neutralidad bélica y los germanófilos. Torre, Juan Carlos: "Introducción a los años peronistas" en Torre, Juan Carlos: *Nueva historia argentina, tomo VIII. Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, pp.16-17.

³⁶ Con ese nombre se conocería al periodo, también apodado como "restauración conservadora" entre los años 1930 y 1943, marcada por el gobierno autoritario del general José Félix Uriburu (1930-1932) y los civiles de Agustín P. Justo, Roberto M. Ortiz y Ramón Castillo. Más allá del fraude y la involución política

militares alzados condenaba el gobierno anterior y todo un sistema basado en “la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción”, que llevó “al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la cosa pública, explotándolo en beneficio de siniestros personajes”³⁷.

Sin embargo, lejos de poder interpretar el alzamiento como un acto aperturista, la llamada *Revolución de Junio* supuso la segunda intervención militar directa en el terreno político en apenas 13 años y significó un paso más en esa trayectoria que concluiría en el *Proceso de Reorganización Nacional*: al contrario que en su antecedente de 1930, cuando el general José Félix Uriburu se rodeó de civiles para formar su gobierno, ahora eran las Fuerzas Armadas, ya como institución, las que se hacían con las riendas del poder. Al mismo tiempo, sentando un precedente que se repetirá tanto en 1966 como en 1976, los militares ocupaban el poder sin establecer un plazo fijo para su retorno a los cuarteles. Como anunció el general Pedro Pablo Ramírez, el primer líder del levantamiento, la labor de los militares atendía al ambiguo objetivo de “renovar el espíritu nacional y la conciencia patria –que ha sido ahogada- infundiéndole una nueva vida”³⁸. Como muestra de ese carácter autoritario, a partir de octubre de 1943, los miembros del nuevo gobierno “redoblaron las medidas represivas contra los grupos de izquierda y los sindicatos, declararon fuera de la ley a los partidos políticos, intervinieron las universidades, lanzaron una campaña moralizadora en los espectáculos y las costumbres; finalmente, implantaron la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas”³⁹. A su vez, disolvieron el Parlamento y todas las autoridades provinciales electas fueron reemplazadas por otras designadas directamente por los uniformados.

En realidad, los militares que protagonizaron esta *Revolución de Junio* estaban atravesados por profundas divisiones, lo que se tradujo en una gestión marcada por la inestabilidad y varios cambios de gobierno. En un primer momento, el nuevo gobierno

que supuso esta etapa, en la misma se produjeron hechos que tendrían continuidad en el periodo posterior, como una mayor apuesta por la industrialización y un mayor rol del Estado en la economía.

³⁷ Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en Argentina I*. Buenos Aires: Emecé, 1994, pp.9-10. Pese a todo ello, una mirada más amplia dentro del contexto latinoamericano permite relativizar lo que estaba ocurriendo en esa Argentina preperonista. Siguiendo de nuevo a Alan Knight: “aún cuando es efectivo que el régimen *inmediatamente* precedente –el cual gobernó durante la década infame- era conservador, exclusionista y oligárquico en cierto grado (...), una consideración más amplia de la Argentina pre-1930 revela un récord de inclusión democrática, política electoral competitiva, libertad de expresión y asociación relativamente libre”. Knight, *op.cit.*, p.33.

³⁸ Rouquié, *Poder militar y...*, *op.cit.*, p.13.

³⁹ Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, p.17.

estaba liderado por militares aliadófilos que, muy pronto, en octubre de 1943, fueron desplazados por miembros cercanos al GOU, una logia militar de la que Perón formaba parte y que subrayó el carácter represivo del régimen⁴⁰. Precisamente, Perón aprovechará esas inconsistencias para escalar puestos de responsabilidad y situarse como una figura política de primer orden. De hecho, muchas medidas y avances sociales que se asocian intuitivamente con el justicialismo, como la firma del aguinaldo o el Estatuto del Peón Rural pertenecen a esta etapa de gobierno *de facto*.

En ese camino hacia la cúspide, primero desde un pequeño Departamento Nacional del Trabajo y posteriormente como ministro de Trabajo, el por entonces coronel también fue granjeándose enemigos que casi consiguieron apartarle de la política de no haberse producido la famosa jornada del 17 de Octubre. Con todo el arco político en contra, desde comunistas a conservadores, el 9 de octubre de 1945 se produjo un golpe militar palaciego que tuvo éxito a la hora de desplazar a Perón de los cargos que ostentaba⁴¹ y encarcelarlo. Sólo una inédita movilización popular, que ocupó simbólicamente la Plaza de Mayo reclamando el retorno de Perón, impidió que la carrera política de éste se interrumpiera abruptamente⁴².

En cierto sentido, el 17 de Octubre puede verse como el primer acto de la campaña de las elecciones que se celebrarían el 24 de febrero de 1946. Al respecto, no deja de ser curioso que en los discursos de Perón en aquella coyuntura, tanto en el que parecía de su despedida, poco antes de ser encarcelado, como el realizado tras su liberación, se enumeraran los logros sociales conseguidos en esos dos años de gobierno como una forma de legitimar su actuación y perpetuar su memoria. Subrayando la deriva

⁴⁰ De hecho, las medidas represivas que hemos mencionado en el párrafo anterior fueron llevadas a cabo a partir de ese momento. Sobre el GOU (cuyas siglas se interpretan generalmente como Grupo de Oficiales Unidos) y el verdadero rol de Perón dentro de ella no se poseen demasiados datos, pero sus miembros estaban unidos por el anticomunismo y el nacionalismo, lo que, en el contexto de la II Guerra Mundial, los situaba en unas coordenadas muy precisas.

⁴¹ Durante la presidencia del general Edelmiro Farrell, gran aliado de Perón, éste acumularía los cargos de ministro de Guerra y vicepresidente. Este poder que iba sumando fue una de las causas que aumentó el miedo de sus rivales dentro de las Fuerzas Armadas y sería uno de los mayores impulsos para la acción de su desplazamiento.

⁴² La jornada del 17 de Octubre supuso un fenómeno complejo y de difícil caracterización. Tanto la composición social del acto como sus protagonistas y sus fines son todavía hoy materia de debate. Acudiendo de nuevo a Ben Plotkin, “el 17 de Octubre fue el resultado de un complicado proceso que tuvo a muchos actores como protagonistas, y sobre todo que significó diferentes cosas para cada uno de ellos”. Ben Plotkin, *op.cit.*, p.140. Para un relato de los hechos, se puede consultar la obra de Luna, Félix: *El 45. Crónica de un año decisivo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.

que iba protagonizando desde dos años antes, Perón fue opacando su perfil militar y empezó a presentarse como un líder político.

En ese mensaje de despedida, realizado el 10 de octubre, Perón, muy conscientemente, se apartó discursivamente del gobierno del que había formado parte y definió su labor como un producto de la lucha de los trabajadores: “la Secretaría de Trabajo y Previsión acometió hace un año y medio dos enormes tareas; la de organizar el organismo y la de ir, sobre la marcha, consiguiendo las conquistas sociales que se consideraban más perentorias para las clases trabajadoras”⁴³. En ese camino por el que Perón quería identificarse con el resto de trabajadores, el 17 de Octubre, tras renunciar al Ejército, afirmaría que: “dejo, pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la Patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa que elabora en el trabajo la grandeza del país”⁴⁴.

Es posible que Perón no pensara en ese momento en futuras elecciones, pero esa estrategia, aunque fuera buscada sólo ante la dificultad de encontrar otros apoyos, resultaría crucial en los comicios. Como señala Torre: “el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores” hace que “de ser una pieza importante pero complementaria en la coalición de orden y paz social, se transformaron en el principal soporte de la fórmula política de Perón”⁴⁵.

Lejos de suponer un acto convencional y de difícil interpretación desde su sentido democrático, como recuerda Aejmechet, esas “elecciones presidenciales de 1946 tuvieron una campaña excepcional por numerosas razones. En primer lugar, fue una campaña efectuada en su totalidad bajo el estado de sitio. En segundo lugar, el plazo para el día de elección de autoridades se adelantó varios meses, debiendo apurar todos los acontecimientos relacionados con la campaña y la organización de los candidatos. Por otro lado, resultó muy difícil separar los acontecimientos mundiales de países que salían de regímenes totalitarios y volvían a abrazar los valores democráticos en un

⁴³ Citado en Ben Plotkin, *op.cit.*, pp.74-75.

⁴⁴ Ben Plotkin, *op.cit.*, p.104.

⁴⁵ Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, p.30.

momento en el que en la Argentina muchos entendían que se trataba de un enfrentamiento electoral entre [los defensores de la democracia y el nazifascismo]”⁴⁶.

Tras la confusión que habían supuesto los hechos del 17 de Octubre, en la preparación de la campaña Perón se mantenía en una situación un tanto paradójica. Frente a él se unió una coalición de partidos, desde la Unión Cívica Radical al Partido Comunista, pasando por el Partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista, que, oponiéndose a lo que consideraban que suponía la continuidad del régimen, conformaron la llamada Unión Democrática⁴⁷. Contra esta estructura, que pese a sus posibles incoherencias y a la persecución sufrida durante el gobierno militar, podía presumir de una alta organización e implantación territorial, Perón, por el contrario, debía conformar un núcleo político prácticamente de la nada, a partir de los apoyos conseguidos en los últimos dos años y los desgajamientos de los partidos mayoritarios. Así, la coalición peronista estaría compuesta por el Partido Laborista que habían creado varios dirigentes sindicales más la llamada UCR-Junta Renovadora, una escisión del radicalismo, encabezada por Hortensio Quijano, que decidió apoyar a Perón. La unión entre esos dos elementos con tradiciones tan diferentes distó de ser armónica y causó varios problemas al candidato, pero, compensando esa precariedad, Perón contó con otro tipo de apoyos y recursos que ayudarían a desnivelar completamente la balanza a su favor.

En primer lugar, estaba respaldado por la mayor parte de las Fuerzas Armadas. A fin de cuentas, pese a los recelos que seguía despertando en muchos de sus compañeros de armas, Perón era el candidato natural para unas Fuerzas Armadas en retirada, ya que permitía la continuidad del proyecto iniciado en 1943 y garantizaba la ausencia de represalias tras estos años de gobierno *de facto*.

⁴⁶ Aejmechet, Sabrina: “La Prensa, actor en defensa de la democracia y las libertades en las elecciones de 1946”. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/3jornadas/ajmechet.pdf>

⁴⁷ Todos estos partidos, tan diferentes entre sí, decidieron apoyar la candidatura radical de José Tamborini y Enrique Mosca. Los conservadores fueron vetados por el radicalismo para entrar en esta coalición antiperonista. Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, p.36. Ello empujó a muchos conservadores a los brazos del peronismo, lo que sería aprovechado, como ilustraron Tcach y Macor, por Perón para extender sus redes en unas zonas rurales donde su presencia era inicialmente mucho más difusa. Tcach y Macor, *op.cit.*

De esa manera, tras los últimos cambios en el gobierno después del 17 de Octubre, Perón podía disfrutar del apoyo de toda la maquinaria del Estado⁴⁸. Como ejemplo de ello, en un acto digitado claramente para favorecer las aspiraciones electorales de Perón, a fines de 1945, el presidente Edelmiro Farrell firmó un decreto “que establecía un aumento general de salarios, la extensión de las vacaciones pagas a la mayoría de los trabajadores, el aumento de las indemnizaciones por despido; además, creaba el sueldo anual complementario o aguinaldo, con la indicación de que empezaba a regir inmediatamente y debía abonarse a fines del corriente año”⁴⁹.

En segundo lugar, Perón recibió asimismo el beneplácito de una Iglesia que veía en la Unión Democrática una amenaza a la enseñanza religiosa y la puerta de entrada de los comunistas al poder. Si bien este apoyo no tenía una traducción inmediata en votos o en cuadros políticos, suponía para Perón un barniz legitimador clave en un país tan católico como la Argentina de ese momento.

De esa manera, pese a contar con grandes desventajas iniciales frente a una coalición de partidos más consolidados y organizados, Perón dispuso de varias cartas bajo la mano que hacían que, pese a continuar bajo la categoría de libres y competitivos, estos comicios estuvieran marcados en una determinada dirección. Incluso a pesar de ello, la contienda electoral resultó dura y disputada. Perón venció en las presidenciales por una diferencia de unos 200.000 votos, lo que suponía una distancia clara, pero no insalvable. El sistema mayoritario para repartir escaños le permitiría contar a partir de entonces, eso sí, con el apoyo de dos tercios de la Cámara de Diputados, mientras que en el Senado la presencia los seguidores del General resultó abrumadora y rozó el pleno⁵⁰.

⁴⁸ Pese a las denuncias de la oposición, que pretendía un traspaso al poder hacia la Corta Suprema de Justicia durante el interregno hasta las elecciones, los uniformados siguieron en esos meses al comando de la Nación y no se apartarían del gobierno.

⁴⁹ Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, p.36.

⁵⁰ El resultado electoral sumió a los componentes de la Unión Democrática en un debate sobre el curso a seguir. Pese a las ventajas institucionales con las que contó Perón, sus opositores no impugnaron el resultado por fraude. Como explica Torre: “para todos la nueva situación era anormal, si bien los comicios habían sido —por primera vez desde 1932— incuestionablemente limpios”. Posiblemente, tras una década donde el fraude se había aplicado de manera sistemática y sin cortapisas, el respaldo estatal con el que contaba Perón se entendió como un asunto menor. Ahora bien, “juzgaban que el triunfo de Perón representaba el triunfo de la constelación del 4 de junio de 1943 y daba legalidad a un proyecto que no había dejado de ser el de la reforma fascista de la sociedad argentina”. Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, p.240.

Recapitulando lo visto hasta ahora, a pesar de esa victoria en unas elecciones limpias para los estándares de la época, la figura de Perón no puede sustraerse de ese gobierno autoritario del que surgió y del que se sirvió hasta el último momento. Ese origen marcará, por tanto, una primera mácula en el bagaje democrático de Perón y de su movimiento. Aunque no tan notorio a simple vista, el pasado militar del líder justicialista también se dejaba entrever en ocasiones en su filosofía política. Su concepción dicotómica que a veces derivaba en una lógica del enfrentamiento de amigo/enemigo, más una idea belicista del desarrollo político, serán herencias de ese pasado castrense que acompañarán a Perón durante las próximas décadas

1.2.2 Los primeros gobiernos peronistas (1946-1955)

Continuando nuestro relato, gracias a ese resultado de febrero de 1946, Perón disfrutaría de casi una década en el poder, con una reforma constitucional y una reelección por el camino, hasta que en septiembre de 1955 fuera apartado por un golpe militar. Como era natural, durante esos años, el pensamiento político, los apoyos y la estrategia de Perón fueron evolucionando, por lo que resulta muy complejo fijar una fotografía que abarque la totalidad de ese periodo y la relación que estableció el nuevo presidente con el sistema democrático. Si bien esa caracterización global resulta problemática, sí se observa una deriva en Perón hacia un estilo cada vez más autoritario y menos tolerante con la oposición conforme la gestión del gobierno se fue haciendo más complicada y se fueron perdiendo los apoyos iniciales. En ese sentido, como quedaría patente a lo largo de estos años, Perón nunca se mostró muy atento a las reglas y mecanismos de lo que tildaba meramente como “democracia liberal”, insuficiente respecto a la democracia social que él propugnaba.

Desde el punto de vista de Perón, esa democracia liberal resultaba insuficiente en un momento en el que la gran tarea consistía en la inclusión de las masas en la vida política. Como él mismo concluía: “la democracia liberal, flexible en sus instituciones para retrocesos y discreteos políticos y económicos, no era igualmente flexible para los problemas sociales; y la sociedad burguesa, al romper sus líneas ha mostrado el

espectáculo impresionante de los pueblos puestos de pie para medir la magnitud de su presencia, el vuelo de su clamor, la justicia de sus aspiraciones”⁵¹.

Profundizando esta cuestión, tan sólo acudiendo a los dos discursos anteriormente mencionados, meses antes a su elección como presidente, se pueden descifrar muchas de las ideas que Perón tenía sobre la democracia. Por una parte, lejos de constituir una serie de mecanismos y reglas que garantizaban la celebración de elecciones libres, la democracia tenía para él, ante todo, una función emancipadora para la clase obrera: “al dejar esta casa que para mí tiene tan gratos recuerdos [refiriéndose al gobierno], deseo manifestar una vez más la firmeza de mi fe en una democracia perfecta, tal como la entendemos aquí. Dentro de esa fe democrática fijamos nuestra posición incompatible e indomable frente a la oligarquía. Pensamos que los trabajadores deben confiar en sí mismos y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero”⁵².

Perón creía, al menos en su discurso, en una democracia directa en la que, más allá de los clásicos contrapesos institucionales, se estableciera un vínculo entre el líder y su pueblo sin mayor mediación. Como recordaba en la jornada del 17 de Octubre: “ésta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pie durante horas, para llegar a pedir a sus funcionarios que cumplan con el deber de respetar sus auténticos derechos”⁵³.

Bajo esta conceptualización, Perón trató a lo largo de sus gobiernos de acaparar el máximo espacio institucional posible y de eliminar cualquier contrapoder que le pudiera hacer frente. Lo hizo, en primer lugar, al interior de su propia coalición electoral, cuando, poco después de ser elegido, ordenó la fusión de las viejas siglas en un nuevo partido unificado que terminaría conociéndose como Partido Peronista. En

⁵¹ *Discurso del General Juan Domingo Perón ante la Asamblea Constituyente Reformadora*, 27/1/1949, http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/ascenso_y_auge_del_peronismo/discurso_peron_ante_la_asamblea_constituyente_reformadora.php

⁵² Ben Plotkin, *op.cit.*, pp.77-78. No deja de ser llamativo, asimismo, que la interpelación que realiza Perón iba en ocasiones dirigida al destinatario “clase trabajadora” y en otras ocasiones a un mucho más genérico “pueblo”, carente de las connotaciones clasistas de la anterior. En cualquier caso, el contradestinatario permanecía siempre fijo: era la oligarquía que, aliada con el imperialismo, conformaba el antipueblo.

⁵³ Plotkin, *op.cit.*, p.105. Pese a ello, Perón no fomentaría la movilización popular a partir de entonces, más allá de acto de representativo de esa unión entre el líder y el pueblo. Al contrario, tanto su discurso como sus actos apuntarán más bien a la desmovilización y a la participación política enmarcada en canales muy precisos. Para esta cuestión se puede consultar: Eickhoff, Georg: “El 17 de Octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamento de Eva Perón”. *Desarrollo Económico*, vol.35, n°142, julio-septiembre 1996, pp.635-660.

próximos capítulos hablaremos más profundamente de este episodio, pero ya se puede adelantar que el mismo sugiere tanto el personalismo que siempre caracterizaría al peronismo como esa pulsión por uniformizar su propio espacio.

Con el Parlamento totalmente bajo su control, las miradas de Perón se dirigieron hacia una Corte Suprema que se había demostrado como uno de los núcleos opositores más resistentes durante los últimos meses del gobierno militar. Apenas un mes después de su asunción como presidente, se lanzó así un proyecto de juicio político para cuatro de los cinco miembros de la institución⁵⁴. No deja de ser sarcástico y prueba de los escasos elementos que justificaban esta acción que uno de los fundamentos de la acusación fuera el reconocimiento por parte de la Corte de los gobiernos *de facto* iniciados en 1930 y 1943, de los que el propio Perón fue un protagonista. Tras unos meses de tratamiento, en abril de 1947, la totalidad del Senado votó a favor de la destitución de los magistrados, que fueron sustituidos por figuras afines al nuevo gobierno⁵⁵. El episodio, por su escasa utilidad estratégica, mostraba, además, hasta qué punto podían alcanzar las represalias del nuevo presidente sobre sus viejos rivales. Como señala Halperín Donghi, “después de ello y de una depuración menos radical del resto del Poder Judicial el gobierno pudo contar con la docilidad de sobrevivientes y reemplazantes, salvo inesperadas excepciones que eran corregidas de inmediato con nuevas destituciones”⁵⁶.

La prensa, que, en su mayor parte, también se había situado en el campo opositor durante la campaña electoral, sufrirá, asimismo, los rigores de la presión del nuevo gobierno. El control por parte del Ejecutivo del reparto del papel prensa servirá para limitar los contenidos y la difusión de esas voces contrarias, pero sería una medida

⁵⁴ Luna, *Perón y su...*, *op.cit.*, pp.59-60.

⁵⁵ Como narra Luna: “de todos modos el juicio a la Corte sólo conmovió a la oposición y tuvo repercusión limitada. Nadie derramó lágrimas por esos correctos y anacrónicos magistrados, despedidos de una manera dura y desprolija, cuyos reemplazantes tocarían los extremos más increíbles de la obsecuencia en poco tiempo más”. Luna, *Perón y su...*, *op.cit.*, p.62.

⁵⁶ Halperín Donghi, Tulio: *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel, 1994, p.66. Como relata Marcilese, el enfrentamiento entre las nuevas autoridades peronistas y el poder judicial previo se reprodujo a nivel provincial, como ejemplifica el caso de la provincia de Buenos Aires. Allí, el gobernador Domingo Mercante exigirá la remoción de los magistrados provinciales, argumentando que habían llegado al puesto durante un gobierno de facto o durante una etapa, la *Década Infame*, a la que le restaba legitimidad. Su sucesor en el cargo, Carlos Aloé también promovió la remoción de varios jueces de la Corte Suprema, pero su desplazamiento se realizó a través de una intervención. Marcilese, José: “El poder judicial bonaerense en los años del primer peronismo. De la autonomía a la dependencia”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol.18, n°2, 2007, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/marcilese1.pdf>

menor en comparación con la clausura de varios medios. El taller donde se publicaba *La Vanguardia* sería cerrado y el periódico debió circular a partir de entonces de manera semiclandestina. Una publicación como *El Laborista*, cercano al caído en desgracia Cipriano Reyes, sería también clausurada, mientras que otros medios como *Democracia*, *Crítica* o *La Época* fueron adquiridos por el gobierno para emitir desde ellos posiciones más favorables al peronismo.

Al mismo tiempo, mientras el justicialismo iba avanzando sobre el campo político y social, no se dejó de aprovechar, como había ocurrido en las elecciones de 1946, cualquier instrumento institucional que favoreciera sus intereses. En 1949, aplicando la amplia mayoría con la que contaba en ambas cámaras, el peronismo sacó adelante una reforma constitucional que, además de incluir varios avances sociales, permitió la reelección presidencial⁵⁷. Además de ello, en la nueva constitución se incluían más poderes para el Ejecutivo, como la aplicación del veto parcial. A su vez, se establecía el voto directo para su elección, con lo que se eliminaba el paso intermedio del colegio electoral, y se ampliaba el mandato de los legisladores a seis años⁵⁸.

Los comicios de 1951, en los que, naturalmente, Perón fue el candidato del oficialismo, supondrían una nueva ocasión en la que se demostró el uso parcial y partidista de los mecanismos electorales. Una nueva ley electoral modificó el tradicional sistema de la ley Sáenz Peña, ya de por sí mayoritario, por uno de circunscripciones uninominales. Si ese cambio subrayaba todavía más el carácter mayoritario del reparto, las modificaciones de las circunscripciones electorales, buscando diluir los bastiones opositores en espacios más favorables, supuso una ventaja incuestionable para el peronismo, realizada, además, por un Estado que distaba de ser imparcial. Como criticaba Luna, “el sistema de circunscripciones aplicado en 1951 fue, sin disculpa, una

⁵⁷ Como explica, Luna, el esqueleto original de la constitución de 1853 se mantendría en el nuevo texto, más allá de algunas modificaciones formales. Como expresó el propio Perón: “con las reformas proyectadas por el Partido Peronista, la Constitución adquiere la consistencia de que hoy está necesitada. Hemos rasgado el viejo papelerío declamatorio que el siglo pasado nos transmitió; con sobriedad espartana escribimos nuestro corto mensaje a la posteridad, reflejo de la época que vivimos y consecuencia lógica de las desviaciones que habían experimentado los términos usados en 1853”. *Discurso del General Juan Domingo Perón ante la Asamblea Constituyente Reformadora*, 27/1/1949. Sin embargo, el justicialismo introduciría en el contenido varios de sus clichés y programas. La intención era clara, aunque no pasara de la retórica: como veremos, se trataba de un intento de hacer de la doctrina peronista, parcial y partidaria, la doctrina nacional. Luna, *Perón y su...*, *op.cit.*, p.239

⁵⁸ Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, pp.50-51.

forma de fraude electoral”⁵⁹. Si todo ello ya decantaba el terreno a favor de Perón, el frustrado alzamiento miliar contra el gobierno, realizado el 28 de septiembre de 1951 sin mayores consecuencias⁶⁰, sería la ocasión perfecta para aplicar el estado de guerra interno y recortar, todavía más, la acción y el espacio de los partidos opositores⁶¹.

Finalmente, Perón consiguió la mayoría absoluta en las presidenciales de noviembre de 1951, con el 62,5 % de los votos⁶². No cabe duda de que esa victoria se cimentó principalmente sobre un periodo de extraordinaria bonanza económica del que se benefició la práctica totalidad de la sociedad, gracias a la acción redistributiva diseñada por el justicialismo. Sin embargo, las distorsiones anteriormente descritas también cumplieron un papel importante a la hora de amplificar el rédito de ese resultado. Siguiendo nuevamente a Luna, el manejo de las circunscripciones quedó claramente patente en el ejemplo de Capital Federal: “con el 42 % de los votos del distrito, los radicales habían obtenido sólo cinco bancas; con el 53 % de los sufragios, los peronistas se habían hecho de veintitrés”⁶³. A nivel nacional, la situación se reproducía de manera semejante: “el 32 % obtenido por el radicalismo le había deparado 14 bancas, es decir, el 10 % de las mismas, el 62 % del Partido Peronista le brindaba casi 135 escaños, reflejando la desproporcionalidad del método empleado.

Esta nueva victoria abrumadora tuvo un efecto psicológico muy potente en la oposición, lo que, a su vez, tendrá consecuencias importantes en el futuro. Según Halperín Donghi, “la victoria de Perón (...) hizo desaparecer las últimas ilusiones en cuanto a la posibilidad de utilizar la vía electoral para vencer al peronismo: una mayoría sin precedentes se había reunido para apoyar una candidatura que marcaba una ruptura

⁵⁹ Luna, *Perón y su...*, *op.cit.*, p.126.

⁶⁰ El intento de golpe estuvo comandado por Benjamín Menéndez. La posición todavía fuerte de Perón y la improvisación de su planteamiento hizo que fuera fácilmente sofocado. Sin embargo, en él se expresaba que existía ya un malestar en el Ejército que se fue extendiendo en los años siguientes.

⁶¹ En realidad, la figura del estado de guerra interno tampoco estaba contemplada por la constitución o alguna ley. “Pero fundado en esta ley”, como señala Luna, “de aquí en adelante el presidente podía encarcelar sin ningún tipo de proceso ni formalidad a cualquier ciudadano por tiempo indeterminado y sin necesidad de formularle cargo alguno”. Luna, *Perón y su...*, *op.cit.*, p.523.

⁶² Apenas hemos mencionado en este texto a Evita, segunda esposa de Perón, una figura clave para entender este primer peronismo. Su discurso cargado de emotividad y su cercanía suponían un indiscutible motivo de empatía con el gobierno entre las clases populares. Su enfermedad, ya visible en estas elecciones, y la compasión que despertaba supondría también un motivo que ayudó al buen resultado del peronismo. Se especuló fuertemente con la posibilidad de que la fórmula para este segundo gobierno estuviera conformada por Perón y Evita. Sin embargo, las presiones de los militares tuvieron la energía suficiente como para vetar esta solución.

⁶³ Luna, *op.cit.*, p.535.

abierta con la tradición constitucional”⁶⁴. Esa oposición ya confusa sobre el rumbo a seguir no sólo tendría cada vez un menor espacio en los lugares institucionales, sino que paulatinamente irá siendo empujada hacia la marginalidad.

De hecho, se llegaría a instituir en el nuevo congreso, de absoluta mayoría justicialista, la doctrina peronista como doctrina nacional, en un nuevo intento de equiparar los conceptos de partido y Nación⁶⁵. Como señala Torre: “la consagración del peronismo como único movimiento nacional eliminó todo vestigio de pluralismo en la vida política: las otras expresiones partidarias fueron relegadas a una existencia casi clandestina, la afiliación al partido oficial pasó a ser requisito para el desempeño de cargos en la administración, las imágenes de Perón y Evita se multiplicaron en los libros de lectura de la escuela primera y en los sitios más diversos del espacio público”⁶⁶.

Ni siquiera una nueva e inapelable victoria en las elecciones legislativas y para vicepresidente de abril de 1954, en las que el justicialismo, desde el gobierno, volvió a hacer uso del rediseño de las circunscripciones a su favor, supuso una relajación en la presión sobre los contrarios⁶⁷. Al contrario, el ambiente de tensión y la división crecerá todavía más durante 1954 y 1955, creando una polarización que prepararía el terreno del golpe final.

Perón, en esos meses, se ganaría la enemistad de antiguos aliados, en una estrategia de tensión cuyos objetivos últimos no son sencillos de interpretar. La Iglesia, que había sido uno de sus principales pilares durante los primeros años, se convirtió casi de manera repentina en uno de los mayores rivales. A pesar de la rapidez con la que se desarrollaron los hechos, en verdad, el choque venía larvándose desde hacía tiempo. El

⁶⁴ Halperín Donghi, *op.cit.*, p.73.

⁶⁵ El adoctrinamiento realizado por el peronismo llegaría también a las escuelas, donde Perón realizó un gran esfuerzo para que los temas básicos de su movimiento fueran asimilados por las generaciones jóvenes. Justificando que los fundamentos del justicialismo fueran estudiados en las escuelas, Perón afirmaría que: “La República Argentina tiene ahora, por primera vez, una doctrina nacional (...) que no es, como se ha dicho con mucha intención, la doctrina de un partido político. Es la doctrina de un pueblo que la hizo suya”. *Discurso del Presidente al inaugurar el año lectivo 1953*. Recogido en Rein, *op.cit.*, p.100. Un año más tarde, señalaría: “Creo que nuestro sentido auténtico de la democracia nos autoriza a pedir que los maestros y profesores argentinos cumplan también, como el Gobierno, la voluntad soberana de nuestro pueblo y que les enseñen honradamente a los hijos del Pueblo la Doctrina Nacional, sin pensar siquiera que ella coincide con la de un movimiento político”. *Discurso del Presidente al inaugurar el año lectivo 1954*. *Ibidem*, p.101.

⁶⁶ Torre, “Introducción a los...”, *op.cit.*, pp.56-57.

⁶⁷ No deja de ser curioso que estos comicios legislativos se realizaran más de un año antes de la prevista renovación de los legisladores. Ello sugiere que Perón quería aprovechar el momento en una coyuntura en la que veía disminuir, aunque fuera mínimamente, su capital electoral.

progresivo intervencionismo del gobierno en las áreas educativa y asistencial sería visto por la Iglesia como una intromisión en lo que consideraban un espacio de su exclusiva incumbencia y fue lentamente carcomiendo la relación entre ambos. El conflicto estallaría definitivamente a fines de 1954, cuando Perón empezó a criticar directamente la acción de varios sacerdotes como directamente antiperonista y a partir de entonces no haría más que aumentar en gravedad. Cada vez más temeroso de perder su poder, el presidente retiró ciertos privilegios a la Iglesia, como la enseñanza religiosa en los colegios o la aprobación de la ley del divorcio. En una sociedad sumamente católica, la rivalidad entre Perón y la Iglesia supondrá un paso firme hacia la caída del líder justicialista⁶⁸. Lo que se entendió como un ataque al catolicismo dio un espaldarazo de legitimidad y de factor aglutinante a los sectores contrarios a Perón en las Fuerzas Armadas y en la sociedad civil.

Cerrada, al menos en el corto plazo, la vía del desplazamiento electoral ante la irreductible mayoría peronista y los favoritismos estatales, la oposición empezó a ver con mejores ojos la salida insurreccional. Al mismo tiempo, el rechazo que provocaba Perón, tenido por demasiado plebeyo y ahora anticlerical en muchos sectores de las Fuerzas Armadas, se expandió durante esta coyuntura. Si cuatro años antes los partidarios de una medida de fuerza eran minoritarios y fracasaron, ahora contarían con un apoyo mucho más amplio. En junio de 1955, en medio de esa escalada de violencia, se produciría un levantamiento de un sector de la Fuerza Aérea y la Marina que no consiguió su objetivo de terminar con la vida del presidente, pero se cobraría unas 300 víctimas mortales tras el bombardeo de la Plaza de Mayo.

En los meses siguientes a este grave suceso, se vería a un Perón muy inseguro sobre la conveniencia de seguir una estrategia de represión o de reconciliación. Para ese entonces, sin embargo, los rebeldes dentro de las Fuerzas Armadas habían ya decidido que protagonizarían un nuevo intento de golpe, el de 16 de septiembre de 1955, que, finalmente, sería definitivo. Terminaba con ese acto una década de gobierno peronista plagada, como hemos visto, de claroscuros en lo que se refiere a su relación con la

⁶⁸ Pese a la gravedad de la situación, la relación entre Perón y la Iglesia se normalizará en el futuro, ya con el General en el exilio. Como explica Amaral, “Perón saldó sus cuentas con la iglesia en 1963, no solamente –podemos suponer– por su sincero arrepentimiento, sino también porque su insistente liderazgo de la masa obrera lo hacía necesario para esa operación de contención de una amenaza que algunos destacados pastores de la iglesia no necesitaban ver para creer”. Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano: *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993, p.299.

democracia. Sus enemigos, pese a ello, tampoco podían presumir de credenciales democráticas. El sector de de las Fuerzas Armadas que derrocó a Perón, más allá de su retórica liberal y antifascista, no tuvo excesivos miramientos con el respeto al sistema democrático e impuso un nuevo gobierno represivo marcado por la prohibición al peronismo de participar en política. Pese a todo, el movimiento creado por Perón, sin embargo, sobrevivirá a este golpe y retornará al gobierno en 1973. Para entonces, no obstante, su concepción sobre lo que suponía la democracia no sólo habrá evolucionado desde los planteamientos de los años 40 y 50, sino que se ramificará en interpretaciones incluso antagónicas.

1.2.3 *La época de la proscripción (1955-1973)*

Como señala Marcelo Cavarozzi, “la insurrección [de 1955] no sólo derrocó a Perón, también dismanteló el modelo político que había prevalecido durante la década precedente”⁶⁹. La llamada *Revolución Libertadora*, el nuevo régimen que surgió tras el golpe, se marcó el objetivo de borrar toda herencia y legado del periodo anterior. Con ese fin, se disolvió y se proscribió al partido peronista, se prohibió el uso de sus símbolos e, incluso, las menciones de los nombres de las principales figuras del justicialismo y se intervino la CGT, la central sindical en manos de los peronistas.

Como era natural, el golpe de 1955 distorsionó completamente el sistema institucional argentino. La escasa legitimidad de una democracia que tenía vetado al que seguía siendo el partido mayoritario hizo que los gobiernos surgidos de las siguientes elecciones nacieran ya muy debilitados y ninguno de ellos completó el plazo de su mandato. Ante esa debilidad, las Fuerzas Armadas se erigieron como árbitro y defensor último del nuevo sistema y cortaron de raíz cualquier deriva que pudiera suponer un retorno del justicialismo. Así se explican los golpes de 1958, 1963 y 1966, que demostraron lo complejo de la tarea de erradicar una identidad peronista todavía muy arraigada en el imaginario popular. Por supuesto, en un contexto así, la fe en la democracia como mejor sistema posible difícilmente podía fructificar. Lejos de ello, la evolución caminó hacia una mayor radicalización por todos los actores en juego. Se

⁶⁹ Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 1997, p.

generó una situación de empate en la que ninguno de los protagonistas podía imponerse, pero en la que, al mismo tiempo, ninguno de ellos tenía verdaderos incentivos para negociar, provocando que el conflicto se alargara sin solución. En 1966, confirmando que la situación exigía medidas mucho más drásticas, los militares asumieron el poder como institución, en un nuevo gobierno de facto al que titularon como *Revolución Argentina*. Como veremos en el siguiente capítulo, los golpes anteriores habían tenido una intención correctora, desplazando a gobiernos que consideraban descarriados, pero permitiendo a continuación la votación de un nuevo gobierno civil. Con Juan Carlos Onganía, sin embargo, los uniformados expresaron su voluntad de permanecer en el poder, dando una nueva vuelta de tuerca en el nivel represivo. Como recuerda Cavarozzi, en esos años, los militares “no se propusieron reemplazar la democracia parlamentaria por un régimen político alternativo, ni posponerla hasta un futuro distante, al que sólo se llegaría después de logrados ciertos cambios sociales o económicos. Antes bien, los objetivos (...) de estos gobiernos eran la imposición de medidas para proscribir al peronismo, mientras que simultáneamente trataba de erradicarlo”⁷⁰.

Como resulta obvio, la partida hacia el exilio de su líder y la prohibición de participar en política afectó enormemente al peronismo también a nivel interno. Como señala Levitsky, “la organización peronista posterior a 1955 entró en un estado fluido de semianarquía”⁷¹. Con Perón en Madrid, la estructura quedó atomizada en distintos grupos con escasas conexiones entre sí. Así, las distintas lecturas que se podían realizar de un movimiento tan complejo como el justicialismo se fueron desarrollando hasta cristalizar, a fines de los años 60 y entre posiciones más moderadas, en movimientos de izquierda radicalizada o en su contraparte, en posiciones de extrema derecha. Pese a ello, más que ilustrar el escaso control que ejercía sobre su propio movimiento, estas tendencias tan contrarias fueron potenciadas por un Perón que se apoyaba en unas u otras según la coyuntura como una forma de seguir siendo la única pieza fundamental⁷².

⁷⁰ Cavarozzi, *op.cit.*, p.42.

⁷¹ Levitsky, Steven: *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005, p.52.

⁷² A la supervivencia de Perón como líder político también ayudaron las divisiones existentes entre sus enemigos, que, más allá de su oposición, diferían profundamente en el modo y la actitud de tratar al régimen derrocado. De hecho, esta fractura atravesaría a los propios militares antiperonistas, quienes, lejos de exhibir una posición monolítica, se dividían entre *azules* (más tolerantes con el justicialismo) y *colorados* (mucho más radicales en su oposición). Para profundizar en esta cuestión, se pueden consultar las obras

Tampoco debe extrañar esa escasa atención por la procedencia de quien quería ingresar en el movimiento. El estilo de Perón, desde su origen, había pasado por abarcar bajo su paraguas el máximo campo político posible, obviando las posibles diferencias ideológicas que pudieran albergarse dentro de su partido. Como sostenía el propio Perón: “la conducción debe ejercer sobre todas las fuerzas –sin violencia- su acción persuasiva, que es lo que trato de hacer yo. Es decir, que el que conduce el conjunto debe ser una suerte de Padre Eterno que bendice “urbi et orbe”, e influenciar a todos para que esa bendición los alcance en forma de encaminarlos hacia el objetivo”⁷³. En una situación tan adversa, donde cualquier apoyo tenía un valor todavía mayor, Perón subrayará aún más esta estrategia.

Resultaba también casi natural que aparecieran interpretaciones radicalizadas del peronismo en las que la democracia era vista como un sistema denostado, en un momento en el que los canales institucionales estaban vetados y en los que los vientos que llegaban desde el exterior (desde Cuba y su testimonio de que la revolución era posible a una renovada Iglesia católica más inclinada a tratar los problemas sociales⁷⁴) apuntaban hacia caminos más expeditivos⁷⁵.

de Amaral y Ben Plotkin, *op.cit.*, y Rouquié, *op.cit.*, y Potash, Robert: *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizí a la restauración peronista*. Buenos Aires: Sudamericana, 1994. Bajo ese esquema, la *Revolución Libertadora* estuvo liderada en un primer momento por el general Lonardi, de carácter más conciliador, que lanzó la famosa consigna de que, tras el golpe, no debía haber vencedores ni vencidos. Sin embargo, apenas dos meses después, sería desplazado por el mucho más duro general Aramburu, que firmó el famoso decreto 4161. Por el mismo, como ya hemos mencionado, quedaba disuelto el partido peronista, “en virtud de su desempeño y vocación liberticida” y se prohibía el uso “del nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones “peronismo y peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición”, la abreviatura “P.P.”...”. Baschetti, Roberto: *Documentos de la Resistencia Peronista. 1955-1970*. La Plata: De la Campana, 1997, pp.80-82.

⁷³ Baschetti, Roberto: *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*. La Plata: De la Campana, 1995, p.309.

⁷⁴ Sobre la relación entre la izquierda revolucionaria y la Iglesia católica resulta muy interesante el trabajo de Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara, 2005.

⁷⁵ Desentrañar cuál fue el origen del desarrollo de la violencia que asoló Argentina en los años 70 es una tarea casi de imposible respuesta. No obstante, resulta muy interesante comprobar que, desde la óptica de Montoneros, el grupo armado peronista que más éxito obtuvo, fue el sistema impuesto en 1955 y su represión lo que les llevó a abrazar la lucha armada: “la violencia es cotidiana, propia del sistema. Violencia es el hambre, la pobreza, el analfabetismo, la mortalidad infantil, la explotación, la represión. Violencia es cerrar todas las vías pacíficas de cambio. Violencia es el fraude, los golpes palaciegos, la proscripción”. Baschetti, *Documentos 1970-1973...*, *op.cit.*, p.101. En realidad, como explica Guillermo Mira, más que existir una causa única, en los años 70 confluyeron e interactuaron diversos tipos de violencia que respondían a orígenes e historicidades diferentes. Mira, Guillermo: “Genealogía de la violencia en la Argentina de los años 70”. *VIII Seminario “Nuestro Patrimonio Común”: 1968-2008: ¿Cuarenta años que cambiaron el mundo?* Cádiz, 4-7 noviembre 2008.

El propio Perón, en los primeros meses tras su derrocamiento llamó a la acción directa para retornar al poder. En sus *Directivas Generales* de enero de 1956, el presidente apartado convocó a sus seguidores a realizar una revolución que consideraba inevitable. Meses después, en las llamadas *Instrucciones Generales*, Perón sería todavía más contundente: “la violencia más grande es la regla (...). Hay que organizarse en grupos secretos para exterminarlos”⁷⁶. No obstante, el fracaso de lo que se conoció como *Resistencia Peronista*, una siere de actos de sabotaje y protesta sin excesiva coordinación⁷⁷, hizo que Perón optara a partir de entonces por vías más conciliadoras, como negociar con el líder radical Arturo Frondizi. Pese a ello, en los siguientes años, el líder justicialista irá alternando un discurso duro, casi revolucionario, con otro más contemporizador.

Su relación con el sistema electoral en esos años finales de la década de los 50 fue, de esa manera, ambigua y cambiante, pero en modo alguno inexistente, pese al grave obstáculo de no poder participar directamente en los comicios. En las elecciones constituyentes de 1957, Perón patrocinaría el voto en blanco, que obtendría la primera minoría con un 24 % de los votos. Este simbólico triunfo confirmó la permanencia de su caudal electoral y reforzó la estrategia institucional como vía de recuperar el poder. Como acabamos de mencionar, Perón optaría en 1958 por pactar con el líder de la Unión Cívica Radical Intransigente⁷⁸, Arturo Frondizi, el respaldo de su candidatura presidencial a cambio de implementar varios puntos del programa justicialista y de legitimar al líder exiliado. El episodio, sin embargo, terminaría de manera negativa para los dos principales implicados. Frondizi, con el caudal de votos que le otorgaba el peronismo, venció en las elecciones de 1958, pero su mandato quedaría lastrado por la tensión entre ese compromiso con el justicialismo y la negativa de unas Fuerzas Armadas que acabarían por apartarle del poder en 1962. Perón, por su parte, vio cómo el

⁷⁶ Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista...*, *op.cit.*, pp.94-96.

⁷⁷ Además de las obras citadas anteriormente, para la cuestión de la Resistencia Peronista se puede consultar: Salas, Ernesto José: *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones: Altamira, 2006.

⁷⁸ La UCRI nació de la escisión de la histórica UCR en 1957, producto de las tensiones internas que estallaron tras el derrocamiento de Perón. Su líder fue Arturo Frondizi, quien imprimió al partido su postura económica desarrollista. Frente a ella se situó la llamada Unión Cívica Radical del Pueblo, encabezada por Ricardo Balbín. A partir de 1971, la UCRI pasó a ser conocida como Partido Intransigente. En realidad, varios años antes, tanto Frondizi como su mano derecha, Rogelio Frigerio, se habían distanciado del proyecto de la UCRI y conformaron el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), donde acentuaron su perfil desarrollista. El Partido Intransigente estuvo liderado desde su origen por Oscar Alende, con una línea de izquierda en política y nacionalista en economía.

justicialismo seguía siendo reprimido, como quedó patente en la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, en una clara muestra de que las cláusulas del acuerdo no se cumplieron.

A partir de este fracaso, la historia del justicialismo durante la siguiente década estará signada por el enfrentamiento entre una burocracia sindical de tipo conservadora, una embrionaria izquierda revolucionaria⁷⁹ y un Perón que fue amoldándose a cada coyuntura, otorgando su respaldo según la conveniencia del momento. El camino, por tanto, está plagado de marchas, contramarchas y cambios de alianzas; pero lo que unirá todo el conjunto será el desprecio por la vía electoral por parte de esos tres actores. El sindicalismo ortodoxo comandado por Augusto Vandor llegaría incluso a convalidar el golpe militar de 1966, creyendo, ilusoriamente, que con él se abría un espacio para aumentar su poder. Por su parte, Perón se mostró expectante, en un primer momento, ante el gobierno autoritario de Onganía, apelando a la famosa consigna de “desensillar hasta que aclare”. Pronto, sin embargo, viraría hacia la oposición, llegando a convalidar incluso el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, el líder más conocido de la *Revolución Libertadora*, en un mensaje para Montoneros, autores del atentado: “estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado, nada podía ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronsitas”⁸⁰.

El fracaso del proyecto de Onganía y la crisis de gobernabilidad marcada por el *Cordobazo* y la muerte de Aramburu haría que el poder, tras el breve paso del general Roberto Levingston por la presidencia, terminara en manos del general Alejandro Lanusse, mucho más consciente de que era imposible continuar el juego de excluir al peronismo de la política⁸¹. La transición a la democracia que se desarrollaría entre 1971 y

⁷⁹ Tampoco podemos ver a esta izquierda revolucionaria peronista como un espacio único. Al contrario, estaba conformada por distintas organizaciones (Montoneros, Fuerzas Armadas Peronistas, Peronismo de Base, Fuerzas Armadas Revolucionarias,...) que se diferenciaban por su relación con la lucha armada y la teoría marxista.

⁸⁰ Baschetti, *Documentos 1970-1973...*, *op.cit.*, p.129.

⁸¹ En palabras del propio Lanusse: “no podemos continuar como antes ahora, tratando de ignorar los antagonismos que nos dividen, ni seguir eludiendo la responsabilidad histórica de terminar con ellos. Optar por ese camino sería, tal vez, la actitud más cómoda, pero también transferiríamos cobardemente, sin derecho alguno, el problema a nuestros hijos. Las Fuerzas Armadas están decididas a terminar definitivamente con las luchas estériles que durante largos años han dividido a la familia argentina”. Lanusse, Alejandro: *Confesiones de un general*. Buenos Aires: Planeta, 1994, p.279.

1973 estaría así protagonizada por un Lanusse y un Perón que juzgarían sus cartas para extraer el mayor beneficio de la situación. En realidad, los puntos de discrepancia entre ambos generales pasaban la mayor parte de las veces por detalles más que por cuestiones globales, pero, aún así, el forcejeo y el duelo entre ambas figuras marcaría el ritmo del proceso democratizador⁸².

Lanusse convocaría en ese momento el llamado *Gran Acuerdo Nacional*, con el que pretendía sellar una alianza entre los sectores aperturistas del régimen y la oposición democrática con el objetivo de controlar y encauzar la amenaza revolucionaria. Su objetivo de máxima sería alcanzar un gobierno de transición con él mismo como presidente; el de mínima, una salida decorosa para las Fuerzas Armadas.

Por su parte, el líder justicialista buscaba, obviamente, el fin de la proscripción de su movimiento y el fin de su destierro y para tal objetivo virará su posición hacia planteamientos cada vez más moderados. Siempre guardando el comodín de la izquierda revolucionaria, a la que presentaba como amenaza última, su estrategia pasaría por acumular el mayor consenso posible entre los partidos opositores. Así se explican proyectos como *La Hora del Pueblo*, una plataforma política conformada en noviembre de 1970, que agrupaba a peronistas y radicales junto a otra serie de partidos⁸³ con el propósito de devolver la democracia al país. La novedad no se limitaba a esta inédita unión, que además significaba el resurgimiento de los partidos en un momento en el que estaban teóricamente prohibidos, sino que ésta se producía, además, en aras de la democracia. En palabras de De Riz: “la reaparición de los partidos asestó un duro golpe a las ambiciones de Levingston. El régimen militar había logrado la convergencia de antiguos rivales en la común demanda por el retorno de la democracia. Ésta era una novedad en la política argentina ya que, desde 1955, radicales y peronistas habían participado en los gobiernos militares”⁸⁴. Dos años después, en febrero de 1972, se lanzará el llamado Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECLINA), germen del

⁸² Para una crónica de este periodo se puede consultar Dalmazzo, Gustavo: *El duelo de los Generales. Perón-Lanusse*. Buenos Aires: Vergara, 2005.

⁸³ Además del peronismo, formaban parte de la plataforma la Unión Cívica Radical Popular de Balbín, el Partido Socialista Auténtico, el Partido Bloquista de San Juan, el Partido Conservador Popular y el Partido Demócrata Progresista. De Amézola, Gonzalo: “El caso del realismo insuficiente. Lanusse, la Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional”. Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999, p.67.

⁸⁴ De Riz, Liliana: *La política en suspenso: 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós, 2002, p.90.

frente de partidos con los que el peronismo se presentará en 1973⁸⁵. El cambio frente a lo vivido en los años 40 y 50 resultaba evidente. Ese contexto “representó la aceptación definitiva y pública tanto del peronismo y de Perón por los partidos democráticos cuanto la no menos pública y definitiva aceptación de los principios democráticos de esos partidos por quien [refiriéndose a Perón] antes los había despreciado”⁸⁶.

En síntesis, Perón se presentó a principios de los 70 como un convencido demócrata, como afirmará en *Las Bases*: “creo que [la salida electoral] es la única salida, porque sin la normalización institucional del país y sin la presencia de un gobierno, no se puede esperar otra cosa que la intensificación del caos actualmente existente”⁸⁷. Sin embargo, al mismo tiempo, nunca cerró totalmente la puerta a la vía de la violencia. Como reflejó en una entrevista para el grupo *Cine Liberación*⁸⁸: “si comprobamos que no se llama a elecciones, la resolución sería otra, sería empeñar la lucha contra todas las fuerzas a fin de llegar a esas elecciones. O de lo contrario, forzar la situación para que las soluciones vengan por una línea cruenta que no deseamos nosotros, pero que estaríamos obligados a tomar de acuerdo con las circunstancias”⁸⁹.

En medio de esa tensa partida, en la que Perón amagó con las distintas alternativas con las que contaba, la iniciativa de Lanusse se fue agotando a lo largo de un camino jalonado por los golpes de la guerrilla, la oposición del resto de partidos y la deslegitimidad que supuso episodios como la llamada *masacre de Trelew*, donde varios guerrilleros fueron ejecutados sin juicio previo. Reducido al mínimo su poder negociador, las elecciones quedaron fijadas definitivamente para el 11 de marzo de 1973, con el único condicionante de que ni Perón ni el propio Lanusse podían presentarse como candidatos a la presidencia. Ante esa cláusula, el justicialismo presentó la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, que vencería sin demasiadas dificultades,

⁸⁵ El FRECLINA estaría compuesto por el peronismo, más el Movimiento de Integración y Desarrollo, el Partido Intransigente, la Democracia Cristiana y el Partido Conservador Popular.

⁸⁶ Amaral y Ben Plotkin, *op.cit.*, p.301.

⁸⁷ *Las Bases*, 11, 18/4/1972, p.6.

⁸⁸ En la misma entrevista, relativizaba la importancia de las elecciones: “debe estar absolutamente clave para todos los peronistas que únicamente es superestructural, y que en un movimiento de masas como el nuestro lo fundamental no es el juego superestructural (...) sino la organización, esclarecimiento y acción de las bases del Movimiento”. Baschetti, *Documentos 1970-1973, op.cit.*, p.389.

⁸⁹ Baschetti, *Documentos 1970-1973, op.cit.*, p.340.

rozando la mayoría absoluta⁹⁰. Concluía de esa manera, con el retorno de la democracia, ese anómalo periodo marcado por la proscripción del justicialismo.

En conclusión, el peronismo tuvo en todo este camino desde su caída a su retorno al poder una relación sinuosa con el sistema democrático. Resultaba natural, dado el veto a los canales institucionales que pesaba sobre él, que acudiera a soluciones más insurreccionales, pero lo que verdaderamente caracterizó al Perón de esos años fue el tacticismo de sus acciones: ninguna vía fue descartada, desde la violencia a las elecciones, en el objetivo de regresar al poder. Cuando el desgaste de los militares se hizo patente y éstos comprendieron que el país era difícilmente gobernable sin la participación del justicialismo, el líder peronista optó también por una actitud más conciliadora, abriéndose al diálogo con el resto de fuerzas partidarias. A fin de cuentas, Perón era consciente de que seguía contando con un gran respaldo electoral y que los votos suponían la vía no sólo más cómoda, sino también más rápida para regresar al poder. El Perón de 1973 era, posiblemente, un Perón más atento a los equilibrios democráticos, que tenía siempre presente la lección, aprendida en su último gobierno, de que una estrategia de confrontación total podía resultar fatal para sus intereses. Sin embargo, el impulso que había otorgado a los sectores más extremistas, como la izquierda revolucionaria, se volvería en contra del proyecto estabilizador del General.

1.2.4 El tercer gobierno peronista (1973-1976)

En 1973, tras 18 años marcados por golpes y gobiernos militares, la democracia retornaba a Argentina. Los indicios de que el país se encaminaba por la senda institucional eran numerosos, empezando por el hecho de que parecía superarse o, al menos, atenuarse la vieja división entre peronistas y antiperonistas que había causado tantos desgarros a la sociedad. Perón había sido aceptado por el resto de actores como un elemento imprescindible del sistema y, desde el otro lado, el líder justicialista retornaba de su exilio con un discurso pacifista, institucional e incluyente. Se daban, además, otras señales que invitaban al optimismo: todo el arco político se había

⁹⁰ El FREJULI obtuvo el 49,59 % de los votos. Técnicamente, el nuevo régimen electoral preveía la segunda vuelta en el caso de que ningún partido superara la mitad de los votos totales. Sin embargo, la cercanía de las cifras y la polémica que podía desatar una interpretación tan rigurosa de la norma en un contexto tan volátil, desecharon esa opción. La UCR de Balbín consiguió el 21 % de los votos, mientras que el representante del oficialismo, Francisco Manrique, no llegó al 15 %.

mantenido unido en la lucha contra el gobierno militar, existía un sistema de partidos consolidado históricamente y las elecciones, tanto la de marzo como la de septiembre de 1973, aseguraron la formación de amplias mayorías que garantizaban la gobernabilidad.

A pesar de todo ello, en apenas tres años, el país se embarcaría en el régimen militar más represivo que hubiera conocido hasta la fecha. En ese desenlace tan aparentemente inesperado, al peronismo le cupo una alta cuota de responsabilidad, ya que fue partido de gobierno durante el periodo 1973-1973, pero no exclusivamente por esa razón: el clivaje que antes dividía a la sociedad entre peronistas y antiperonistas se trasladaría ahora al interior del justicialismo, donde se desatará una cruenta lucha que afectará a la estabilidad democrática.

En ese sentido, el juicio sobre Perón y el justicialismo en este tercer gobierno resulta, cuanto menos, contradictorio. Por una parte, el líder justicialista trató de presentarse como un factor de estabilidad y concordia, mientras que al mismo tiempo no fue capaz de encauzar unas fuerzas que él mismo se había encargado de alimentar. Al contrario, aunque no se puede probar su intervención directa, ya antes de su muerte empezaron a desplegarse, con patrocinio estatal, grupos paramilitares que usaron el terror contra las agrupaciones de izquierda.

Antes de ese desenlace violento, la clave desde la que Perón pretendía sostener este tercer gobierno se encontraba, como veremos en capítulos posteriores, en el llamado *Pacto Social*, un acuerdo de estabilidad y compromiso de gobernabilidad firmado a tres bandas entre el gobierno, la Confederación General Económica (CGE), por parte de los empresarios, y la Confederación General del Trabajo (CGT), como representante de los trabajadores. En un contexto de crisis económica y alta inflación, el *Pacto Social* trataba de paliar el peligro de descontrol en los precios con esa suerte de gran paritaria nacional que, de respetarse, otorgaría a la joven democracia la estabilidad social necesaria para consolidarse. Sin embargo, más allá de lo socioeconómico, el *Pacto Social* también era, ante todo, un compromiso político con la voluntad de incluir al máximo número de actores en la tarea del apuntalamiento del sistema democrático.

Para desgracia de Perón, existían también varios sectores de la sociedad que no sólo no se sentían incluidos en el *Pacto*, sino que empezaron a combatirlo. El proyecto justicialista de aglutinar y acumular todo el capital político posible bajo su movimiento y

liderazgo chocaba, en su esencia, con la idea de lucha y confrontación constante que propugnaban Montoneros y el resto de fuerzas de la izquierda peronista. En realidad, pese a haberse volcado en la campaña, ninguna de estas agrupaciones había creído firmemente en el sistema electoral, más allá de un fin puramente instrumental. Como explicaba el líder montonero Mario Eduardo Firmenich: “todos sabemos que las elecciones sólo fueron una táctica más dentro de una estrategia de guerra integral para derrotar a la dictadura e implementar el proceso de liberación Nacional y Social”⁹¹. Si bien desde algunos grupos se dieron intentos por embarcarse en el nuevo gobierno desde posiciones más institucionales, pronto quedaría claro que sus objetivos y métodos tenían difícil encaje en el proyecto que pretendía Perón.

Ciertamente, que el conflicto entre Perón y su ala izquierda no se desatara hasta 1973 había obedecido a causas de tipo práctico. Durante el último gobierno autoritario, la izquierda y las organizaciones guerrilleras resultaron funcionales a Perón por su papel de amenaza al sistema. Con su teórica ascendencia sobre ellas, el líder del justicialismo se podía presentar ante la sociedad y ante los militares como la única figura con poder para controlar los desbordes guerrilleros. Ahora, ya en la presidencia, su relación se tornaría mucho más conflictiva.

Medidas como el anuncio del *Pacto Social*, la firma de una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que potenciaba el rol de las cúpulas sindicales, el endurecimiento del Código Penal o el alejamiento de Cámpora de la presidencia⁹² fueron distanciando a los antiguos aliados. Serían, sin embargo, tres hechos los que marcarían la ruptura definitiva entre Perón y el ala izquierda de su movimiento. En primer lugar, la conocida como *masacre de Ezeiza*, cuando, en medio de la enorme movilización popular provocada por el regreso definitivo del líder a Argentina, se produjo una batalla campal entre facciones del justicialismo que arrojó un saldo de decenas de muertos. En realidad, más que un enfrentamiento entre iguales, el episodio consistió en un ataque por sorpresa de los sectores de extrema derecha del peronismo sobre los simpatizantes de su

⁹¹ Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976. Volumen I. De Cámpora a la ruptura*. La Plata: De la Campana, 1996, p.558.

⁹² Héctor Cámpora renunció al cargo de presidente en julio de 1973, apenas dos meses después de asumir, presionado por los deseos de Perón de asumir personalmente el poder. En ningún caso Cámpora, un viejo político que hasta entonces había personificado la esencia de la lealtad hacia Perón, podría definirse como izquierdista. No obstante, su cercanía con la llamada Tendencia Revolucionaria le acarrear la oposición total del círculo cercano a Perón.

ala izquierda. La respuesta del líder ante un hecho de tan extrema gravedad y con una responsabilidad tan clara resultó evidente de su posicionamiento, puesto que se limitó a una llamada a la pacificación y a una velada acusación contra los miembros de su propia izquierda, interpretada como un elemento ajeno al movimiento: “los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el Pueblo ha reconquistado, se equivocan (...). Por eso, deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales, que por ese camino van mal”⁹³. En segundo lugar, el asesinato del secretario de la CGT José Ignacio Rucci a manos de Montoneros, con quien Perón mantenía una especial relación de confianza, supuso un duro golpe para el presidente elegido sólo dos días antes y marcaría el punto de no retorno en este enfrentamiento. El distanciamiento definitivo entre ambas partes quedaría simbolizado en el famoso último discurso de Perón en la plaza de Mayo, el 12 de junio de 1974, donde tildó a los miembros de la Tendencia Revolucionaria⁹⁴ de “imberbes”.

La muerte de Perón, el 1 de julio de 1974, eliminó la última barrera que contenía al cada vez más violento y militarizado enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronista. Obviamente, la dura guerra embozada entre sectores de la fuerza mayoritaria no se tradujo en un factor que aportara estabilidad al sistema democrático recuperado en 1973. Menos todavía -y éste es quizás el punto clave de este apartado- cuando era el propio gobierno peronista quien acudía a la perversa lógica de aplicar una “guerra sucia”.

Conforme fue avanzando el tiempo, el enfrentamiento se irá radicalizando y la lógica militar irá sustituyendo a la política. Las antiguas organizaciones armadas, como Montoneros o las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que habían disfrutado de cierta legitimidad y simpatía popular durante el último régimen, se embarcaron en una dinámica de militarización que los fue aislando de la sociedad. Derrotadas política y militarmente ya en marzo de 1976, sus atentados serían usados para justificar el golpe. Por su parte, el gobierno de Isabel, quien tomó el relevo al frente del país tras la muerte de Perón, estaría marcado por un estilo confrontativo y menos sutil, producto de su

⁹³ Baschetti, *Documentos 1973-1976, op.cit.*, p.107.

⁹⁴ El término Tendencia Revolucionaria es quizás el más apropiado para referirnos al conjunto de la llamada izquierda peronista, incluyendo tanto a quienes optaron por la vía armada como a los que no. Dado que este trabajo no profundiza en estas cuestiones, podemos hacer uso indistintamente de conceptos como “izquierda peronista”, “izquierda revolucionaria”, “organizaciones armadas peronistas” o “Tendencia Revolucionaria”, pese a las diferencias que existen entre ellos.

inexperiencia política y su posición cada vez más aislada. Fruto de ello, acudirá a cualquier recurso que le otorgara la victoria definitiva en este conflicto, incluso dejando a un lado cualquier respeto por la ley o los derechos humanos.

Ampliamente conectado con ese último punto, el 21 de noviembre de 1973, todavía en vida de Perón, haría su aparición pública la llamada Triple A, con un atentado contra el político radical Hipólito Solari Yrigoyen. Financiada desde el ministerio de Bienestar Social que dirigía José López Rega, la Triple A fue un grupo paramilitar destinado a la eliminación de los militantes de izquierda, peronistas o no. Así, tanto en sus objetivos como en su metodología (asesinatos selectivos, torturas, desapariciones) supuso la antesala de lo que viviría el país tras el golpe del 24 de marzo⁹⁵.

Sin embargo, este recurso a la violencia más que mostrar su fortaleza señalaba su gran debilidad. La soledad y la falta de apoyos a los que se vio abocada Isabel hicieron que ésta fuera cayendo en una dependencia cada vez mayor de las Fuerzas Armadas. Desde febrero de 1975, los militares se hicieron cargo de la represión sobre el foco guerrillero que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), grupo de inspiración marxista, había conformado en las estribaciones del monte tucumano. Meses más tarde, el gobierno peronista, encabezado provisionalmente por Ítalo Luder, concedió a los militares el decreto por el cual “las Fuerzas Armadas (...) procederán a ejercitar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarios a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”⁹⁶. Los uniformados, en cambio, interpretarían ese mandato como una carta para activar su aparato represivo. De esa manera, la estrategia de conceder terreno a las Fuerzas Armadas resultó fatal para Isabel, que sólo unos meses después se vería desplazada del poder por éstas.

Por supuesto, la responsabilidad del golpe del 24 de marzo y del horror que le siguió fue exclusiva de los militares. En ese sentido, el justicialismo sería una más de las víctimas de la represión incontrolada que aplicaron los uniformados. No obstante, como acabamos de ver, el peronismo tuvo su cuota de responsabilidad en ese desenlace. Su

⁹⁵ Según González Janen, las acciones de la Triple A dejaron un saldo de más de 2000 muertos. Citado en Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de cuentas*. La Plata: De la Campana, 1999, p.72. La CONADEP, como recoge Svampa, registró 19 homicidios en 1973, 50 en 1974 y 359 en 1975. Svampa, Maristella: “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”. James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003, p.423.

⁹⁶ Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Contrapunto, 1988, p.323.

concepción instrumental del sistema democrático, demostrada durante la última transición y durante este breve gobierno, hizo que su compromiso con la supervivencia del mismo resultara escaso. Al mismo tiempo, se mostró totalmente ineficaz a la hora de proponer salidas institucionales a sectores propios que apostaban públicamente por la vía revolucionaria: al contrario, lejos de esa solución, los reprimió acudiendo a grupos paramilitares que no tuvieron ninguna consideración con el respeto por los derechos humanos.

Es cierto que, distante de aquella imagen confrontativa, Perón había regresado al país ofreciendo una actitud conciliadora y abierta hacia el resto de partidos políticos. Si bien ello constituía un claro avance, tampoco se debe olvidar que todo ello se enmarcaba dentro de un proyecto en el que, necesariamente, el líder justicialista debía situarse a la cabeza y en posición hegemónica. Como fuere, a la altura de 1976, a sólo tres años del inicio de aquella *primavera democrática*, aquellos planes de Perón parecían muy lejanos en el tiempo, sepultados por el enfrentamiento interno y la llegada de unos militares que pretendieron abrir una nueva etapa en la que ya no tendrían cabida ni el peronismo ni el resto de partidos.

1.3 Conclusiones

A lo largo de su historia, el justicialismo ha mantenido una relación sumamente compleja con la democracia. Si bien siempre ha respetado el principio del acceso al poder por medio de elecciones, desde sus primeros gobiernos siempre ha existido una pulsión por ejercer la hegemonía: de manera más evidente en los años 40 y 50 y de manera más sutil en el breve periodo entre 1973 y 1976. Entre otras consecuencias, estas ambigüedades han provocado que sea de escasa utilidad cualquier definición unívoca o lineal del peronismo, tanto la que lo interpreta como una forma autóctona de fascismo como la que lo ve como un movimiento de liberación nacional. Al contrario, lo que caracterizó durante esas décadas al peronismo fue una tensión constante con los principios de la democracia, tanto si la entendemos como un simple proceso político, como un conjunto de elementos sustantivos o como una combinación de ambos.

Como hemos visto en este capítulo, el origen del peronismo no puede sustraerse del gobierno autoritario en el que Perón inició su carrera política. De ese periodo en el

que estaban cercenadas muchas de las libertades que acompañan al sistema democrático proceden muchos de los avances sociales generalmente asociados con el peronismo. Al mismo tiempo, Perón se sirvió de la protección de ese gobierno *de facto* durante la campaña electoral que le aupó a la presidencia en 1946. Una vez en ella, el peronismo inició una deriva hacia un mayor autoritarismo y hacia el control de todos los recursos de poder. En esa tesitura, su preocupación por los equilibrios republicanos resultó casi inexistente, llegando a protagonizar una ofensiva contra todo tipo de oposición, tanto la representada en otros partidos políticos como en los medios de comunicación.

Si, desde esa perspectiva, el juicio del primer peronismo en su relación con la democracia no puede ser otro que negativo, al mismo tiempo se le debe reconocer un esfuerzo por la inclusión política de muchos sectores postergados hasta ese momento. Clases trabajadoras que hasta entonces habían sido marginadas obtuvieron con el justicialismo un reconocimiento en forma de derechos económicos y sociales y una canalización de sus preferencias políticas. Al mismo tiempo, fue con el peronismo cuando se concedió el derecho de voto a las mujeres, un punto a veces olvidado, pero que, obviamente, suponía un avance de una gran importancia⁹⁷. Además, también fue en ese momento cuando la mayoría de los llamados territorios nacionales -como Chaco, La Pampa o Misiones- pasaron a ser considerados provincias de pleno derecho, pudiendo elegir mediante elecciones sus propias autoridades. En ese sentido, existen razones para considerar al peronismo un fenómeno inclusivo y quizás debido a ello la identidad

⁹⁷ La cuestión de género, de la que apenas hemos hablado, pero que constituye un eje fundamental, es otro ejemplo de lo difícil que resulta valorar regímenes como el peronismo. Como explica Maxine Molyneux: “Los estados populistas fueron innovadores en varios aspectos, entre ellos la creación de una base social femenina. (...) Tras ser tan a menudo excluidas de la retórica política, en los regímenes populistas las mujeres aparecían por fin como destinatarias de los discursos de los líderes. Este fenómeno fue sobre todo evidente en Argentina, el único país de América Latina donde una mujer llegó a la cima del poder político. Eva Perón representaba una excelente cómplice para el gobierno. Redefinió los términos de la ciudadanía femenina para incluir a las mujeres como participantes en el proceso político, a la vez que inscribía el significado de su incorporación política dentro de los consabidos moldes de la feminidad”. Sin embargo, continúa esta autora, “los términos de este llamamiento las posicionaban como partidarias leales de los hombres peronistas; a las mujeres se les concedió el derecho al voto, no para que defendiesen sus propios intereses como mujeres, sino para que apoyasen al partido peronista. Por consiguiente, el peronismo movilizó a las mujeres, pero dejó claro que mantendría el ordenamiento de género establecido”. Molyneux, Maxine: *Movimientos de mujeres en América Latina. Un estudio teórico comparado*. Madrid: Cátedra, 2003, pp.97-98. A lo largo de su historia, el justicialismo mantendría esa relación tan ambivalente con la cuestión de género. Existió dentro del movimiento siempre una rama femenina, con la que se pretendía canalizar su participación, pero nunca se le concedió una preponderancia real. Al mismo tiempo, Isabel alcanzó la presidencia de la Nación, pero en todo momento le acompañó la idea de que debía ese puesto a ser la esposa de Perón. Como veremos, los renovadores tampoco tendrían a la mujer como una de sus principales reivindicaciones y habrá que esperar a la figura de Cristina Fernández de Kirchner para encontrar a una mujer ejerciendo los puestos más altos del partido y del gobierno de manera autónoma.

justicialista permaneció casi intacta incluso durante las dos duras décadas en las que vivió en la proscripción.

Si nuestro juicio sobre el primer peronismo puede dar la sensación de ambiguo y de casi ambivalente es porque, como hemos podido comprobar a lo largo de este capítulo, este periodo continúa siendo motivo de fuerte debate académico y el sentido democrático de lo realizado por Perón sigue constituyendo un campo fértil para las investigaciones. Sobre esta cuestión, subrayando la complejidad que encierra la misma, Alan Knight afirmará que: “el peronismo aparece como un movimiento socialmente progresivo pero políticamente ambiguo (...). En Argentina el precio a largo plazo fue caro: el peronismo polarizó la sociedad, comprometió el temprano “empoderamiento” de la clase trabajadora y no restauró el statu quo liberal-democrático anterior a 1930. En consecuencia, dejó un legado de tensión política, debilidad institucional e intervención militar”⁹⁸.

En ese sentido, lo formal y lo informal se mezclan dificultando nuestra valoración sobre este periodo. Así, lejos de cualquier juicio sumario, como concluía Francisco Panizza, el populismo, del cual el peronismo sería uno de sus mejores ejemplos, “también nos recuerda que todas las sociedades democráticas modernas constituyen un compromiso entre lógicas democráticas y no democráticas (...). Al plantear preguntas incómodas sobre las formas modernas de democracia, y a menudo representando la cara fea del pueblo, el populismo no es ni la forma más elevada de democracia ni su enemigo, sino más bien un espejo en el cual la democracia se puede contemplar a sí misma, mostrando todas sus imperfecciones, en un descubrimiento de sí misma y de lo que le falta”⁹⁹.

Avanzando en el tiempo, el Perón que regresó del exilio a principios de los años 70 fue un Perón mucho más abierto al diálogo y la cooperación con el resto de fuerzas políticas, pero que a la vez seguía teniendo una concepción de su liderazgo como un lugar hegemónico y único. Durante ese tercer gobierno justicialista se desatará una cruenta lucha interna entre las distintas alas del movimiento peronista que, lejos de ser canalizado institucionalmente, fue incluso auspiciado desde el propio gobierno,

⁹⁸ Knight, *op.cit.*, pp.33-34. Siguiendo a este autor, “en términos simples, el peronismo representó un truco: una restricción de la democracia dahliana (al menos en comparación con el status quo pre-1930) a cambio de beneficios sociales e inclusión política (no dahliana)”. *Ibidem*, p.33.

⁹⁹ Panizza, *op.cit.*, p.49.

llegándose a usar métodos que atentaban contra los derechos humanos. En ese sentido, el justicialismo que encontramos en 1982 es un justicialismo todavía desgarrado por esos conflictos que sólo se habían solucionado parcial y abruptamente con la llegada del golpe de 1976 y la represión generalizada de los militares. Un justicialismo, además, que, fruto de toda esta trayectoria, todavía no había asimilado genuinamente el funcionamiento del juego democrático y que aún arrastraba ideas como la de considerarse el representante del pueblo en su totalidad.

Todo ello también repercutía, obviamente, en lo que sucedía dentro del partido, donde las preocupaciones por una mayor democracia interna fueron menores a lo largo de todo este periodo. Ello resultaba casi natural en un partido que hacía del verticalismo y de la lealtad al líder una de las principales virtudes de sus seguidores. En un lugar tan personalista como era el justicialismo, la voz de Perón ejercía como autoridad suprema dentro de un espacio que, por lo demás, carecía de reglas fijas y claramente definidas. Por supuesto, el control del líder no era absoluto y existían espacios para el debate e incluso la oposición, pero éstos no afectaron a las grandes decisiones finales, como la selección de candidatos a la presidencia y, en cualquier caso, su relación con la democracia plena resultaba asimismo sinuosa. Con vistas a 1973, por ejemplo, se celebraron elecciones internas para la selección de candidatos a gobernadores provinciales, pero, a pesar de ese mecanismo democrático, las mismas estuvieron digitadas por las cúpulas que ya previamente controlaban el partido, por lo que la renovación de cargos fue muy tímida.

En este capítulo apenas hemos tratado esa cuestión de la democracia interna en el partido peronista, principalmente, porque será un tema que iremos desarrollando a lo largo de las próximas páginas. Sin embargo, ya se puede entrever que el peronismo que debía afrontar las elecciones de 1983 poseía importantes lagunas en su funcionamiento interno, agravadas todavía más por la ausencia de Perón, único pilar totalmente aceptado por el conjunto de la organización.

A partir de este relato poliédrico y complejo que hemos trazado sobre la naturaleza del peronismo y su relación con la democracia durante sus primeras cuatro décadas de existencia, en los capítulos siguientes analizaremos cómo el justicialismo se adaptó al nuevo contexto marcado por la transición democrática culminada en los comicios de 1983. En ese nuevo periodo, signado por el trauma de la primera gran

derrota electoral, el peronismo debió replantear y discutir las ideas que tenía sobre la democracia, tanto como sistema político como en lo que concernía a su propio funcionamiento como institución. La llamada Renovación peronista será, precisamente, un producto de todo ese proceso.

Capítulo 2. La transición argentina: el peronismo dentro de un juego ambiguo

El 30 de octubre de 1983, los argentinos volvieron a las urnas para elegir de nuevo libremente al que sería su futuro presidente por seis años. Con la celebración de estas elecciones se ponía fin a la etapa iniciada con el golpe militar de la madrugada del 24 de marzo de 1976, un periodo que se extendería por más de siete años en los que el país conoció la dictadura más dura y represiva que haya sufrido en su historia. Quedaba atrás así la traumática noche de las desapariciones, la guerra y el poder arbitrario de los militares, abriendo la puerta a un periodo de ilusión y nuevas esperanzas en el que la democracia, según se decía y se creía, iba a ser la solución para todos los males de la nación. Sin embargo, el camino hacia esas elecciones, que, dadas esas expectativas, podría parecer claro y natural, fue enrevesado y lleno de contradicciones y, como intentaremos demostrar en este capítulo, fue más bien el resultado de la debilidad de los distintos actores en juego que el producto de una estrategia elaborada y coherente de alguno de ellos.

La ambigüedad de ese camino de transición no invalida, por supuesto, la importancia del retorno de la democracia a la Argentina. En un primer nivel, su repercusión, tanto desde lo político como para lo académico, puede ser interpretada en clave internacional. Durante los años 80, la región latinoamericana conoció la apertura de un nuevo ciclo en el que se dejaban de lado las experiencias autoritarias que habían marcado la década anterior y en el que la democracia sería la nota dominante. El argentino, por la crudeza del régimen anterior y la espectacularidad de la derrota en

Malvinas, fue uno de los casos de referencia de estos procesos que se iniciaron en 1978 en República Dominicana y Ecuador y que incluyeron a Bolivia, Perú, Uruguay y Brasil, hasta acabar en Chile y Paraguay en la década siguiente. Abriendo todavía más el foco, la transición argentina quedaría englobada en la llamada *tercera ola democratizadora mundial* propuesta por Samuel Huntington que, iniciada en 1974, incluyó los casos similares del sur de Europa, Latinoamérica y los países comunistas del Este europeo¹⁰⁰.

Pero las elecciones de 1983 adquieren su significado más completo en clave interna. Con ellas se darían por terminadas décadas de un sistema, iniciado en 1955 tras la caída de Perón, de continua alternancia entre democracias frágiles y regímenes militares sólo aparentemente fuertes. Ni Arturo Frondizi (1958-1962) ni Arturo Illia (1963-1966) consiguieron acabar sus mandatos, atenazados entre la amenaza de unas Fuerzas Armadas que se habían convertido en un actor político clave y árbitro del sistema y la falta de apoyo de una gran parte del electorado, que se sentía marginado por la proscripción del peronismo. Tampoco los golpes de 1955, 1962, 1966 y 1976 consiguieron crear regímenes estables, a pesar de que en los dos últimos sus perpetradores tuvieron pretensiones de un cambio estratégico: antes o después, su falta de legitimidad carcomía su fortaleza. A partir de 1983, sin embargo, los militares (todavía fuertes a pesar de su retiro a los cuarteles) no volverían a desafiar la continuidad democrática¹⁰¹, ni el sistema se vería de nuevo interrumpido, pese a los duros desafíos que sufriría tanto en 1989 como a finales de 2001. Al contrario de lo ocurrido una década antes (donde, como vimos, la *primavera democrática* entre 1973 y 1976 naufragó en un violento juego a varias bandas entre las organizaciones armadas revolucionarias, los grupos paramilitares patrocinados por la derecha peronista y unas Fuerzas Armadas que todavía no habían asimilado su salida del poder), ahora la democracia era aceptada por la inmensa mayoría como el único juego posible y conceptos como el del respeto a los

¹⁰⁰ Huntington define una ola democratizadora como “un conjunto de transiciones de un régimen no democrático a otro democrático, que ocurren en determinado período de tiempo y que superan significativamente a las transiciones en dirección opuesta durante ese mismo periodo”, Huntington, Samuel: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994, p.26. Aunque la tesis resulta sugerente dada la proximidad cronológica de estos procesos y el innegable peso del efecto bola de nieve, presta poca atención a los factores endógenos y a los problemas nacionales y no resuelve satisfactoriamente cómo se producen las influencias entre contextos tan diferentes como el latinoamericano y el de la Europa oriental.

¹⁰¹ Quizás con la excepción de los alzamientos carapintadas, que analizaremos en profundidad en siguientes capítulos.

derechos humanos alcanzaron una revalorización que no habían poseído anteriormente¹⁰².

No debemos perder de vista, sin embargo, que apenas un par de años antes de estas elecciones, el general Leopoldo Galtieri, por entonces comandante del Ejército, aseguraba que las urnas estaban bien guardadas y que sólo unos meses antes de la convocatoria a los comicios, el propio Galtieri era aclamado en la Plaza de Mayo tras la exitosa toma de Malvinas por las Fuerzas Armadas. Que el 30 de octubre de 1983 los argentinos recuperaran el derecho a elegir a sus gobernantes no estaba, por tanto, escrito en el destino y fue uno de los muchos posibles finales que se proyectaron, en un periodo marcado, ante todo, por la incertidumbre y por la debilidad y dudas de sus protagonistas.

Retomando todas estas cuestiones, en este capítulo recorreremos el difícil y ambiguo camino que fue desde los últimos años de la dictadura al nuevo periodo democrático, prestando especial atención a la actuación del justicialismo en dicho proceso. Antes de ello, sin embargo, daremos un pequeño repaso a las distintas teorías y enfoques que se han utilizado en las ciencias sociales para explicar los procesos de transición y recorreremos los distintos proyectos frustrados que no condujeron al fin último del régimen dictatorial argentino.

2.1 Un panorama de los enfoques teóricos sobre las transiciones a la democracia

La imagen canónica de la transición española, convertida en modelo ideal de transición, en la que es sencillo distinguir acotadamente las fases de liberalización del régimen autoritario de las negociaciones entre los representantes de éste y la oposición y de la consiguiente democratización, puede haber difundido la idea de que este tipo de

¹⁰² En esa línea, Linz y Stepan distinguen entre transición completa y una democracia consolidada. Para estos autores, una transición completa se da cuando existe un acuerdo sobre el procedimiento para crear un gobierno elegido, cuando este gobierno, surgido del voto popular, tiene el suficiente poder para generar nuevas políticas y los nuevos poderes democráticos no deben compartir su posición con otras corporaciones. La transición de 1973 podría ser así una transición completa, ya que cumplía estos tres requisitos, pero para que cuajara en una democracia consolidada debía además producirse el hecho de que el juego democrático fuera aceptado por todos los actores relevantes como *the only game in town*, algo que sólo se daría diez años más tarde. Linz, Juan y Stepan, Alfred: *Problems of democratic transition and consolidation: Southern Europe, South America, and post-communist Europe*. Baltimore: The Johnson Hopkins University Press, 1996, p. 4.

procesos suelen tener un desarrollo coherente y exitoso¹⁰³. Sin embargo, las transiciones desde un gobierno autoritario se mueven, ante todo, en el reino de la incertidumbre. En realidad, un proceso de transición es principalmente un “intervalo que se extiende entre un régimen político y otro”¹⁰⁴, por lo que no necesariamente debe desembocar en un estado democrático de derecho.

De esta manera, como señalan O'Donnell y otros autores en numerosas ocasiones¹⁰⁵, un proceso de transición supone el paso de un gobierno autoritario a “otra cosa” y esa “otra cosa” puede adoptar múltiples formas. Puede ocurrir, por ejemplo, que de un gobierno autoritario se pase a otro también autoritario, pero con otras características, como sucedió en Irán en 1979 con el paso del régimen de la dinastía Pahleví al de la Revolución Islámica. Puede ocurrir también que se llegue a un gobierno de carácter revolucionario, como el de la Cuba de Castro tras Batista o en la Nicaragua sandinista después de los Somoza. O puede que el régimen evolucione hasta presentar una fachada en la que, pese a ello, el control siga estando en las manos de figuras del periodo anterior, como en la República Dominicana de Balaguer tras la muerte de Trujillo.

Los procesos de cambio político, entre los que se encuentran las transiciones a la democracia, son, por tanto, fenómenos sumamente complejos, en los que intervienen numerosas causas y actores y, por ello, los resultados a los que se llega pueden ser híbridos y poco definidos. Quizás por esta razón este tipo de acontecimientos ha llamado tanto la atención de las ciencias sociales y de la historiografía, que desde hace varias décadas han ido desarrollando y refinando modelos explicativos sobre las transiciones. A continuación realizaremos un breve repaso a las teorías más importantes de la transitología como forma de presentar algunos de los elementos que utilizaremos

¹⁰³ Eduardo Araya señala una causa para entender la preponderancia del caso español en la transitología: “Una razón adicional que permite entender el peso que adquirió el caso español en los estudios posteriores sobre las transiciones (particularmente en casos latinoamericanos) es la naturaleza instrumental de este tipo de investigaciones. A diferencia de otros campos disciplinarios como la historia, la ciencia política siempre ha tenido dimensiones prácticas: Se trata de un “saber” para operar en la realidad a objeto de producir una transformación. En el caso del estudio de transiciones a la democracia aunque con matices, existía la intención de estudiar procesos de transición exitosos como el caso español para acumular un saber eventualmente útil para la recuperación de la democracia propia u otras”. Araya, Eduardo: “Transición y transiciones a la democracia. Sobre sentido e historia del concepto”. *Íber*, año 17, n°67, enero-marzo 2011, pp.10-11.

¹⁰⁴ O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philip, Whitehead, Lawrence (comps.): *Transiciones desde un gobierno autoritario 4. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 19.

¹⁰⁵ *Ibidem*.

en nuestro enfoque sobre el caso argentino y para hallar, asimismo, algunas lagunas de estas teorías a la hora de explicar nuestro caso.

Básicamente, las teorías sobre los cambios a la democracia se dividen en dos grandes familias, una que privilegia los aspectos estructurales y otra que prima los comportamientos estratégicos de los actores que entran en juego en estos procesos.

Los enfoques de tipo estructural se basan en estudios de tipo macro y pretenden resolver la cuestión del paso a la democracia respondiendo a la pregunta de qué requisitos previos necesita esa transición. Si bien es posible encontrar distintas líneas de interpretación, según Adam Przeworski, “el método característico de este enfoque consiste en asociar inductivamente ciertos resultados, como la democracia o el fascismo, a ciertas condiciones iniciales (...). En esta formulación, el resultado está determinado únicamente por las condiciones y la historia va adelante sin que nadie haga nunca nada”¹⁰⁶. Dentro de esta gran familia, Salvador Martí¹⁰⁷ distingue dos generaciones de teorías. La primera de éstas, basada en la teoría de la modernización, de orientación funcionalista, tuvo su momento de mayor esplendor durante los años 50 y su interés sobre el tema se centraba en cómo lograr el paso a la modernización política de muchos países sin que ello afectara a la estabilidad de un mundo liderado por Estados Unidos. Dentro de ella, a su vez, es posible diferenciar dos enfoques, uno culturalista y otro materialista.

El primero de estos enfoques, personificado en autores como Almond y Verba¹⁰⁸, presentaba a la cultura política como variable independiente fundamental para entender las transiciones a la democracia. Heredero del conductismo y con claras raíces en la psicología, este enfoque distingue varios tipos de cultura política, cada uno de las cuales empujaba hacia un determinado sistema político. “De esta forma, según el

¹⁰⁶ Citado en Colomer, Josep M. *Transiciones estratégicas: democratización y teoría de juegos*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, p. 186.

¹⁰⁷ Martí, Salvador. ¿Y después de las transiciones qué? Un balance y análisis de las teorías del cambio político. En *Revista de estudios políticos*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, n°113, 2001, pp:101-124.

¹⁰⁸ Almond, Gabriel y Verba, Sidney: “La cultura política”. En Batlle, Albert (ed.): *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, 2001.

predominio de unas culturas políticas (más o menos cívicas, más o menos autoritarias) sobre otras era posible prever la emergencia de un sistema democrático –o no-.”¹⁰⁹.

La propuesta, sin embargo, contenía importantes puntos débiles, empezando por la definición exacta de un concepto tan etéreo como el de cultura política. Encontraba también dificultades para explicar cómo y por qué se producían cambios en esa cultura política y cómo se generaron por primera vez las culturas democráticas en países como Gran Bretaña o Estados Unidos. Pero el principal problema de este enfoque es que chocaba con la realidad. Siguiendo a estos autores, “el subcontinente [latinoamericano] tiene una cultura política y un orden sociopolítico esencialmente autoritario, tradicional, elitista, patrimonial, católico, estratificado, jerárquico y corporativista”¹¹⁰. Sin embargo, buena parte de los países latinoamericanos, Argentina incluida, habían conocido algún tipo de forma democrática en el primer tercio del siglo XX.

El segundo enfoque de la escuela estructuralista es similar al anterior, pero cambia los requisitos culturales por los económicos: la llegada de la democracia requería como condición previa un cierto nivel de desarrollo económico. Según Seymour Lipset: “mientras más rica sea una nación, ésta tendrá mayores oportunidades de sostener una democracia”¹¹¹. El desarrollo económico, en ese sentido, lograría apaciguar las pulsiones más radicalizadas de los sectores pobres y además haría crecer y generalizar la clase media, el actor apropiado para asegurar la estabilidad y los valores propios de la democracia: “la democracia se fundamenta (...) en el gobierno de la mayoría y resulta difícil en una situación de desigualdades concentradas en la que una gran mayoría empobrecida se enfrenta con una oligarquía pequeña y rica”¹¹².

Este enfoque tenía el atractivo de explicar de forma sencilla por qué el sistema democrático había aparecido y se había consolidado en los ricos países del occidente de Europa y Norteamérica, mientras que los países subdesarrollados de América Latina, África y Asia no conseguían dejar de lado las formas autoritarias o caían una y otra vez

¹⁰⁹ Martí, *op.cit.*, p. 106.

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 106-107.

¹¹¹ Citado en Martí, *op.cit.*, p. 109.

¹¹² Huntington, *op.cit.*, p. 71. Como se observa, este autor, cuyos argumentos se explicaron anteriormente, debe bastante a este enfoque.

en ellas¹¹³. También parecía explicar por qué era precisamente en los años de la crisis de los 30 cuando quebraron muchas de las democracias europeas.

El argumento podía llegar más lejos y, como señala Martí, “tampoco faltaron teóricos y personajes políticos que se atrevieron a preconizar umbrales de crecimiento económico y alfabetización a partir de los cuales los procesos de estabilización política y, por ende, de democratización, tenían posibilidades de progresar”¹¹⁴. Sin embargo, a pesar de que parecía resolver muchas de las cuestiones que se planteaban en los procesos de cambio político, este enfoque contenía muchos puntos débiles. En primer lugar, se podría argumentar que una posible correlación entre desarrollo económico y democracia no implica que exista una relación de causalidad entre ambos términos¹¹⁵. Pero el principal problema de estas teorías es que la realidad histórica ha demostrado que ni siquiera esa correlación tiene por qué darse. Ya en 1947, la India aparecía como una gran excepción al modelo (y no en vano, se trataba de la mayor democracia del mundo por número de habitantes) y posteriormente, especialmente durante la *tercera ola* de la que hablaba Huntington, el número de casos que no cumplían con el requisito previo aumentó exponencialmente: “cuando un número considerable de países de Europa del sur y del Tercer Mundo fueron transitando hacia sistemas democráticos sin observarse cambio alguno en los factores que las teorías precedentes habían considerada determinantes, estas teorías se vieron sometidas a una profunda revisión”¹¹⁶.

Por tanto, hacia mediados de los 70, se necesitaba una nueva generación de teorías que pudieran explicar estos nuevos casos de transición que tan mal se amoldaban a las interpretaciones anteriores y ésta llegó con el llamado enfoque estratégico. A partir de esta perspectiva, los procesos de transición ya no iban a estar determinados por el cumplimiento previo de ciertas variables, fueran éstas de carácter cultural (valores cívicos), económico (cierto umbral de desarrollo) o social (existencia de clases medias), sino que pasaban a ser contingentes y abiertos a desenlaces inesperados.

De acuerdo con esta premisa, como expresa O'Donnell, lo que caracterizaba a estos procesos es “el alto grado de incertidumbre e indeterminación que rodea a todos

¹¹³ Según Huntington: “Existía una correlación que explicaba por qué casi todos los países democráticos eran ricos y viceversa los países ricos eran democráticos”. Huntington, *op.cit.*, p. 65.

¹¹⁴ Martí, *op.cit.*, p. 109.

¹¹⁵ Colomer, *op.cit.*, pp. 186-187.

¹¹⁶ Martí, *op.cit.*, p. 114.

los que participan en la transición”¹¹⁷, puesto que la transición es precisamente el periodo en el que se fijan las reglas para el nuevo gobierno democrático. La política y sus juegos se convertían, por encima de lo económico y social, en la clave para entender la transición. Ahora, la variable independiente pasaba, pues, a centrarse en las estrategias de los protagonistas de esas transiciones, en sus decisiones tomadas bajo el enfoque subjetivo de sus intenciones, creencias y actitudes¹¹⁸.

Según Martí, dentro de esta generación de teorías basadas en el enfoque estratégico es posible encontrar numerosos elementos del enfoque de la elección racional, de las teorías de la agencia y del nuevo institucionalismo. El primero de ellos aporta una interpretación de carácter micro de las transiciones desde el individualismo metodológico, que minimiza al máximo el papel de las normas y las instituciones del contexto. La transición se entiende en la teoría de la elección racional como un juego en el que sus protagonistas actúan de una forma racional y estratégica para satisfacer sus preferencias con el fin de obtener un beneficio. El resultado del proceso es el producto de la interacción de las decisiones de los distintos actores y las preferencias individuales, dándose la paradoja de que las consecuencias finales, normalmente, ni son esperadas ni son intencionadas.

El segundo de estos complementos, la llamada teoría de la agencia, complementa el enfoque de la elección racional “en tanto que otorga una notable autonomía a los actores políticos presentes en la arena política”¹¹⁹. Por ello, esta teoría se centra en el estudio de los procesos de democratización en las élites políticas, pues son éstas quienes “representan la agencia del cambio”¹²⁰. Trabajos como los compilados por O’Donnell, Schmitter y Whitehead¹²¹ apuntan en esta dirección.

En tercer lugar, como señala Martí, el enfoque del neoinstitucionalismo atempera y matiza los posibles excesos de una contingencia casi absoluta. Entendiendo las instituciones en un sentido amplio (en el que caben también elementos culturales informales), el neoinstitucionalismo sostiene que “el rango de opciones disponibles de quienes toman las decisiones es fruto de ideas y percepciones formadas en un periodo

¹¹⁷O’Donnell, Schmitter, y Whitehead (comps.): *Transiciones desde un gobierno autoritario 4...*, *op.cit.*, p. 38.

¹¹⁸ Colomer, *op.cit.*, p. 189.

¹¹⁹ Martí, *op.cit.*, p. 117.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 118.

¹²¹ O’Donnell, Schmitter, y Whitehead (comps.): *Transiciones desde un gobierno autoritario 4...*, *op.cit.*.

previo y, que al mismo tiempo, esas decisiones están condicionadas por instituciones establecidas en el pasado¹²². Se reintroducen así de nuevo los factores económicos y culturales que en investigaciones anteriores parecían totalmente escindidos de lo político y, además, se matiza la definición de democracia como concepto exclusivamente procedimental¹²³.

Debemos tener en cuenta, sin embargo, que este tipo de planteamientos también puede llevar a errores en la interpretación de los procesos de democratización. Primero, porque, llevados al límite, dejan el campo de las posibles elecciones de los actores totalmente abierto, sin ningún tipo de condicionamiento y con el peligro de un voluntarismo excesivo¹²⁴. Sin volver a caer en el puro estructuralismo, las estrategias de los actores también están lejos de producirse en un vacío absoluto y están mediatizadas (no determinadas) por el contexto histórico sobre las que se formulan. Como advierte Colomer: “todo esto no significa que el estado inicial no influya en la vía de cambio de régimen. El desarrollo socio-económico y la existencia de redes sociales relativamente autónomas (o “sociedad civil”), incluso bajo los límites de un régimen no democrático, puede crear condiciones favorables para que un cierto número de individuos y grupos prefieran un régimen democrático, luchar por él y negociar su establecimiento. No sólo condiciona sus preferencias, el contexto político, social y económico también señala los límites de lo posible y realista de sus estrategias.”¹²⁵. Ello justifica la atención que hemos prestado en el capítulo anterior a la historia del peronismo de las décadas anteriores, a pesar de que no entren en el estricto marco cronológico de nuestro trabajo, y por ello también haremos especial hincapié en las próximas páginas en la caracterización de la dictadura iniciada en 1976.

En segundo lugar, centrarse exclusivamente en la actuación de las elites políticas puede reducir la complejidad de estos procesos: si bien estas elites pueden ser los protagonistas más importantes y claves de las negociaciones que conducen a la democracia, no son en modo alguno los actores únicos. No sólo se devalúa así la

¹²² *Ibidem*.

¹²³ Colomer por su parte relativiza la importancia de esas instituciones: “en un proceso abierto de cambio político; en el que la cuestión es precisamente el reemplazo del esquema institucional existente, las interacciones directas de los actores pueden tener más influencia en el resultado”. Colomer, *op.cit.*, p. 20. Sin embargo, se debe tener en cuenta que el neointitucionalismo también presta atención a las informales.

¹²⁴ Martí, *op.cit.*, p. 119.

¹²⁵ Colomer, *op.cit.*, p. 176.

actuación de la sociedad civil y de las bases políticas (que, por otra parte, tuvieron un papel preponderante en la transición argentina, como demuestra el caso de las Madres de Plaza de Mayo y los movimientos de derechos humanos), sino que también se parece dar por sentado que todas las transiciones se producen mediante un pacto entre dichas elites. Como veremos más adelante, no hubo acuerdos explícitos en la transición argentina, siendo mucho más numerosos los puntos que quedaron en la indefinición (el más importante de ellos, el de las responsabilidades por los crímenes contra los derechos humanos) que los consensuados, que no fueron más allá de la necesidad de celebrar elecciones en el mínimo tiempo posible tras la derrota de Malvinas.

Modelos más refinados que siguen esta línea, como el clásico aportado por O'Donnell, también tienen dificultades al contrastarse con el caso argentino. Este autor¹²⁶ centra su atención en el comportamiento de una serie de actores bien delimitados de antemano. Dentro del gran bloque de los militares, distingue entre los *blandos*, que consideran que la continuidad del régimen tiene un costo mayor que la llegada de la democracia, y los *duros*, que rechazan terminantemente este cambio. Entre su oposición se encontrarían los llamados *oportunistas*, que sólo apoyan la democracia en cuanto se pueden beneficiar de ella; los *demócratas*, que creen firmemente en los valores del sistema, y los *maximalistas*, que ven en la previa liberalización del régimen una trampa. Según O'Donnell, una transición se producirá si se crea una coalición entre *blandos* y *demócratas* con el objetivo común de una salida hacia la democracia. Este esquema, que, a grandes rasgos, podría aplicarse al caso español, es, sin embargo, difícilmente adaptable al argentino. Por supuesto, hubo, como veremos, intensas disputas internas en el interior de las Fuerzas Armadas, que más allá de Malvinas, descompusieron la fortaleza del régimen; pero las coordenadas de dicho conflicto no se movieron necesariamente en una lucha entre *blandos* y *duros*, etiquetas que no consiguen captar los matices de los protagonistas en juego. Asimismo, se hace difícil encontrar un principio de acuerdo, no ya exitoso, entre esos *blandos* y los moderados de la sociedad civil. Quizás podría haberse dado durante el periodo presidido por Viola, pero nada de ello hubo en un proceso marcado ante todo por la falta de diálogo entre las partes.

¹²⁶ Varios de los artículos de O'Donnell que se recogen en su compilación *Contrapuntos* están dedicados al análisis de las divisiones que se producían en los regímenes autoritarios. O'Donnell, Guillermo: *Contrapuntos: estudios escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

A pesar de todas estas salvedades, a grandes rasgos, el enfoque que utilizaremos en este capítulo bebe especialmente de estas fuentes. Estudiaremos la transición argentina como un proceso abierto y lleno de incertidumbres, haciendo hincapié en los factores políticos y en las expectativas, actuaciones e interacciones de sus principales protagonistas, que, básicamente, serán el poder militar y los principales partidos políticos y, dentro de estos, especialmente, el peronismo. Pero siempre entendiendo que dichos actores no actúan en un vacío, sino que lo hacen en un contexto muy concreto que enmarca sus acciones. Por dicha razón, unido al hecho de que las características del régimen dictatorial condicionan también muchas de las propiedades de la transición posterior, pasaremos a describir en el apartado siguiente varias de las claves de lo que se autodenominó como *Proceso de Reorganización Nacional*¹²⁷.

2.2 *El Proceso de Reorganización Nacional: una nueva dictadura para Argentina*

Durante la segunda mitad del siglo XX, Argentina ha padecido una gran cantidad de golpes militares y una amplia variedad de regímenes autoritarios¹²⁸. Como vimos en el capítulo anterior, las Fuerzas Armadas, autoungidas como los guardianes del sistema iniciado en 1955, se convirtieron durante casi tres décadas en el árbitro final de cualquier juego político. Cada vez que sentían amenazada la continuidad de dicho sistema, especialmente en lo que se refería a la proscripción del peronismo, los militares no dudaban en desplazar al gobierno en cuestión y corregir las posibles desviaciones. Pero, como señala Ernesto López, hasta 1966 este intervencionismo militar tenía una función ortopédica, correctora y puntual¹²⁹. Los instigadores del golpe de 1955 (especialmente el grupo más cercano al general Lonardi) no aspiraban a perpetuarse en el poder, más allá de derrocar a Perón y sentar las bases de un sistema que impidiera su retorno. Tampoco en 1962, conscientes del desgaste que suponía la permanencia en el

¹²⁷ Si bien el término *Proceso* puede interpretarse como un eufemismo para nombrar a la dictadura, ya que era la palabra que utilizaban los militares para referirse a la misma, lo utilizaremos, sin ninguna carga positiva, como un sinónimo más de este periodo, dado su amplio uso en el mundo académico.

¹²⁸ Podríamos incluir en este recuento a los golpes de 1930 y 1943, que tuvieron características también especiales, uno con el proyecto nacionalista y ultraconservador de Uriburu y otro como una etapa protoperonista, pero preferimos iniciar nuestro relato a partir de 1955, ya que supone el inicio de un periodo con una coherencia propia y que, a grandes rasgos, sólo se cierra en 1983.

¹²⁹ López, Ernesto: *Ni la ceniza ni la gloria: actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1994.

poder, los militares optaron por algo más que provocar la salida de Frondizi y reiniciar la partida mediante nuevas elecciones tras el interregno de José María Guido.

El golpe de 1966 supuso un cambio en la filosofía de las intervenciones militares: ya no se trataba de limitadas acciones reparadoras o punitivas, tras las que vendría una rápida devolución del poder a los civiles. Ahora entraban en juego un planteamiento de cambio estratégico y una voluntad de permanecer en el poder por tiempo indefinido, el necesario para llevar a cabo las importantes transformaciones económicas y sociales que buscaban implantar¹³⁰. La llamada *Revolución Argentina* de Onganía, que pretendió cerrar todos los canales de participación política en aras de una modernización tecnocrática, no logró sus objetivos, ahogada por el ciclo de gran movilización social que se inició con el *Cordobazo* y su escasez de resultados, pero abrió la puerta a un nuevo tipo de intervencionismo castrense.

El golpe 24 de marzo de 1976 supondría un salto cualitativo en ese sentido. Los militares que tomaron el mando lo hacían con una vocación mesiánica y refundacional, con la que pretendían crear un nuevo e irreversible orden cuyos cambios afectarían a todas las esferas de la sociedad. Como señalan Novaro y Palermo, “el golpe, se anunció, daba paso a un proyecto refundacional, que, en sus objetivos y métodos, era mucho más ambicioso y radical que todos los intentos ordenancistas previos, yendo incluso más allá de la Revolución Argentina de 1966, cuyo fracaso se achacaba a la moderación o tibieza de su doctrina y método para implementarla. Los golpistas de 1976 anunciaban el inicio, más que de un nuevo gobierno, de un nuevo orden, cuyo primordial objetivo sería operar una vuelta de página en la vida de la nación para poner fin a la larga saga de frustración que la había signado en las décadas anteriores y que la había puesto “al borde de la disolución””¹³¹.

Escarmentados por el fracaso sufrido en su anterior estancia en el poder e interpretando los tres últimos años vividos antes del golpe como la confirmación del caos al que podía llevar un gobierno peronista (ineficaz asimismo como barrera contra la

¹³⁰ Marcelo Cavarozzi, uno de los primeros autores en analizar este periodo, divide a este en dos etapas. La primera, entre 1955 y 1966, caracterizada por un equilibrio precario entre civiles y militares, y una segunda, a partir de 1966, definida por gobiernos fuertes o que así lo pretendían. Cavarozzi, Marcelo: “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955” en O’Donnell et al.: *Transiciones desde un gobierno autoritario 2. América Latina*. Barcelona: Paidós, 1994, pp.38-39.

¹³¹ Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *La dictadura militar (1976-1983): del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós, 2003, p.23.

subversión), la nueva dictadura tendría como principal objetivo rehacer desde la raíz las bases del sistema político, económico y social de tal manera que quedara enterrada para siempre la posibilidad del proyecto populista encarnado por el justicialismo o el radicalismo. Según sus propias palabras, redactadas en el *Acta* del 24 de marzo de 1976, los fines perseguidos con el golpe serían: “restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, (...) erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del pueblo argentino”¹³².

No es casualidad, como también lo advierte Ansaldi, que en el *Acta* se hable de instaurar (es decir, crear de nuevo) y no de restaurar una democracia. Ello estaría en consonancia con la caracterización que realiza Hugo Quiroga, retomando conceptos de Carl Schmitt, de esta dictadura como una *dictadura soberana*, puesto que se autoinveste de poder constituyente (no apelando pues a la Constitución existente) y del poder de decidir la situación excepcional y garantizar la normalidad¹³³. Imbuidos en una filosofía en la que se conjugaban elementos más tradicionales en el ideario militar argentino como la *Doctrina de la Seguridad Nacional*, el catolicismo más fundamentalista y el anticomunismo, los militares edificarán una dictadura de carácter estratégico, en la que, como ellos mismos afirmaban, no habría plazos, sino objetivos. Con esa voluntad de permanencia¹³⁴, corrigiendo defectos anteriores de una excesiva personalización¹³⁵ y mostrando una imagen de unidad, se diseñaría un sistema con voluntad institucional, en el que la Junta Militar sería la máxima expresión de poder, ya que reuniría la suma de

¹³² Recogido en Ansaldi, Waldo: “El silencio es salud. La dictadura contra la política” en Tcach, César y Quiroga, Hugo: *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006, pp.103-104. Nótese, como lo hace Ansaldi, que, en esa línea de pensamiento refundador, los militares pretendían instaurar y no restaurar una nueva democracia; democracia que, por lo demás, sería siempre vigilada y controlada por las Fuerzas Armadas y en la que no tendrían cabida los partidos políticos tradicionales.

¹³³ Quiroga, Hugo: *El tiempo del Proceso: conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens, 2004, pp.42-49. Según este autor, el hecho de investirse con poder constituyente le daría por tanto un poder ilimitado. Sin embargo, descarta la etiqueta de dictadura totalitaria.

¹³⁴ Como en muchos otros aspectos, existió una tensión entre esa voluntad de permanencia y la falta de límites temporales concretos y la promesa de devolver el poder una vez conseguidos los objetivos buscados. Una tensión que se hará más evidente cuando los principales objetivos de la llamada lucha antiliberal sean logrados y se vaya carcomiendo la legitimidad del régimen.

¹³⁵ En ese sentido, los militares habían extraído numerosas lecciones de la experiencia del gobierno de Onganía, en el que una excesiva personalización y la no participación en el Ejecutivo de las Fuerzas Armadas como institución llevó a numerosos roces y conflictos y al freno de varias iniciativas.

todos ellos, desde el constituyente al judicial. Un poder total en el que éste quedaría repartido equitativamente entre las tres armas¹³⁶ para evitar la excesiva personalización y en el que estarían explícitos los mecanismos de sucesión.

De acuerdo con estas bases, los militares se otorgaban el papel de últimos salvadores de una patria en peligro, en ese estado excepcional que sólo ellos podían definir, originado en su relato por el caos producido por el gobierno peronista y por las organizaciones armadas. El concepto de *dictadura soberana* y de fundación de un nuevo orden entra, sin embargo, en contradicción con la proclamada defensa de los valores tradicionales amenazados por la acción subversiva¹³⁷. La pretensión de ajustarse al derecho y, al mismo tiempo, situarse por encima de él llevaría a los militares a paradojas irresolubles y a que ellos mismos desobedecieran sus propias leyes, como veremos más adelante¹³⁸. Pero en sus primeros meses la dictadura ofrecía a la sociedad una imagen sólida, fuerte y sin fisuras en las que era muy difícil detectar, entre la represión, la censura y el apoyo tácito o explícito de buena parte de la sociedad, estas contradicciones.

Paralelamente, los militares, en alianza con un sector del empresariado con el que compartía el diagnóstico de la crisis, pusieron en marcha un drástico plan económico de inspiración neoliberal. Con él se pretendía transformar el modelo estadocéntrico y orientado a la sustitución de importaciones que había sido instaurado varias décadas atrás y que ni siquiera había sido desmantelado durante el periodo 1966-1973. El nuevo modelo, ciertamente regresivo y excluyente, tendría como claves la primacía del sector financiero sobre el industrial, una menguante participación de los

¹³⁶ La Junta estaba formada por el comandante de cada arma. El Presidente poseía asimismo el poder legislativo, pero estaba teóricamente asesorado por una Comisión de Asesoramiento Legislativa compuesta también por miembros de las tres armas. En su búsqueda del poder total, se disolvió el Congreso Nacional y las distintas legislaturas provinciales, se retiró a los magistrados de la Corte Suprema y se prohibió la actividad política. No sólo la Junta tenía ese carácter tripartito y teóricamente equitativo: también los ministerios y los sindicatos y medios de comunicación intervenidos fueron repartidos, mientras que la mitad de las gobernaciones provinciales fue asignada para el Ejército, con la otra mitad dividida entre Marina y Fuerza Aérea. Sin embargo, la excesiva burocratización y el enorme gasto en recursos humanos de esa estructura de poder conllevaría un gran desgaste y un alejamiento de las funciones militares, algo que tendría consecuencias en la futura guerra de Malvinas. Especialmente significativo sería el caso del Ejército, que ocupó al 61 % de sus cargos en las tareas de gobierno y administración. Verbitsky, Horacio: *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, p. 42.

¹³⁷ El artículo de Crespo, Victoria: "Legalidad y dictadura". En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México, 2008 recoge todas estas cuestiones y analiza el andamiaje legal de la dictadura.

¹³⁸ La tensión entre la pretensión institucional y la posesión de un poder discrecional resulta evidente y su resolución caería siempre hacia el segundo lado.

asalariados en la redistribución de los ingresos, la concentración del capital y el ataque hacia cualquier forma de asociacionismo que pudiera derivar en oposición, como, especialmente, la encarnada en los sindicatos. Podríamos discutir, como lo hace Castellani¹³⁹, el carácter netamente liberal de la gestión del ministro Martínez de Hoz, verdadero artífice de todo el programa¹⁴⁰, dada la centralidad que tuvo el aparato del Estado en la reasignación de recursos y su heterodoxia en ciertos aspectos. Siguiendo a Pucciarelli¹⁴¹, se podría hablar de un modelo *liberal corporativo*, que combina recetas clásicamente liberales con “las ideas intervencionistas de varios sectores de las Fuerzas Armadas y las viejas prácticas corporativas de ciertas fracciones de la gran burguesía y de la tecnoburocracia estatal”¹⁴². No debemos olvidar en ese sentido que, ante las divisiones internas entre el empresariado y las pujas y recelos intramilitares, un excesivo dogmatismo podría haber puesto en peligro una alianza que resultaba vital para la continuidad del *Proceso*.

Existe una línea de interpretación, bastante arraigada y que Canelo ha descrito como una combinación de la llamada corriente sistémica con la perspectiva instrumental¹⁴³, que considera que este plan económico era el objetivo primordial y la verdadera razón de ser de la dictadura. Los militares pasarían a convertirse de esta manera en el brazo armado y sin autonomía de poderes ajenos, bien fueran estos externos, como el imperialismo, bien fueran internos, como la oligarquía local. Y “así, se

¹³⁹ Castellani, Ana Gabriela: “Intervención económica estatal y transformaciones en la cúpula empresaria durante la última dictadura militar (1976-1983)” en Lida, Clara, Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México, 2008

¹⁴⁰ José Alfredo Martínez de Hoz, apadrinado principalmente por Videla, fue ministro de Economía entre 1976 y 1981. Miembro de una de las familias más acaudaladas del país, anudó estrechos contactos con las Fuerzas Armadas en los años previos del golpe. Su paso por el ministerio, uno de los más longevos en un cargo caracterizado por su inestabilidad, estuvo marcado por un intento por liberalizar y abrir la economía argentina. Sin embargo, su liberalismo económico podría catalogarse como heterodoxo al incluir la intervención estatal para el control de la inflación o el recurso de la llamada *tablita cambiaria* para pautar la devaluación del peso. Tras el recambio de Videla por Viola también llegó el fin del periodo de Martínez de Hoz, sustituido por el más moderado Lorenzo Sigaut. Su sustitución estuvo enmarcada en un contexto de crisis financiera y un espectacular aumento de la deuda externa.

¹⁴¹ Pucciarelli, Alfredo: “La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa” en Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

¹⁴² Castellani, *op.cit.*, p.133.

¹⁴³ Para esta autora, la corriente sistémica “supone la postulación de un imperativo o lógica de funcionamiento societal que debe cumplirse por medio de algún mecanismo impersonal e independiente de los designios o voluntad de los actores involucrados, que aparecen como “portadores” o elementos funcionales a esa “meta-racionalidad” impersonal”. Canelo, Paula: *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo, 2008, p.19. Es decir, se trataría de una corriente que, primando lo funcional y lo teleológico, disminuiría al máximo los factores políticos, la contingencia y las decisiones de los individuos.

concibe al régimen militar iniciado en 1976 como el resultado de las necesidades de adaptación del capitalismo local a los cambios económicos internacionales caracterizados por el avance del capitalismo financiero, donde la alianza cívico-militar que lleva adelante el golpe opera como una suerte de “sucursal local” de los intereses del “capitalismo transnacional”¹⁴⁴.

Sin negar la centralidad que tuvo el proyecto económico del *Proceso*, no debemos olvidar que éste concitó la oposición de sectores de las Fuerzas Armadas que tenían una concepción más tradicional y nacionalista de la economía y que veían una amenaza en la reducción de un Estado del que, a fin de cuentas, formaban parte. A pesar de contar con el apoyo de figuras claves como Videla, Harguindeguy o Galtieri, la situación de Martínez de Hoz era más precaria de lo que cabría pensar y era incluso discutido dentro de su equipo económico. Pese a que, junto con la represión, conformarían las notas más características de la dictadura, sus políticas no equivalieron, por tanto, a la política del *Proceso* como tal. Más importante aún, el esquema sistémico haría poca justicia a la complejidad de la dictadura de 1976 y a la autonomía que habían adquirido los militares en las últimas décadas como actor político con intereses propios y una concepción corporativa.

En realidad, la lógica puede ser entendida de manera inversa: es el plan económico el que sirve como instrumento para la solución de un problema que era eminentemente político. Si el mal se encontraba en el interior de la propia sociedad, gangrenada por los excesos del populismo, las movilizaciones populares y la guerrilla, el propósito de los militares sería redefinir desde la raíz la relación entre el poder político, el Estado y la sociedad, para que no se volvieran a producir en el futuro tales desviaciones. Siguiendo de nuevo a Novaro y Palermo, “las políticas económicas estaban destinadas, más que a la obtención de buenos resultados en arreglo a los indicadores que habitualmente se consideran para discutir el desempeño económico, a tener efectos reformuladores, estructurales, sobre la morfología social”¹⁴⁵.

Y si el mal estaba en la sociedad, la cura de esta enfermedad sería una represión de una virulencia y extensión jamás conocida en el país, que ha pasado a convertirse en

¹⁴⁴ *Ibidem*, p.25.

¹⁴⁵ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.59. El propio Luder afirmaría a fines de 1981 que “lo económico fue un instrumento para un proyecto político regresivo para quebrantar las bases de sustentación materiales y doctrinarias del proyecto político de las grandes mayorías populares”, *El Bimestre*, 1, 24/12/1982.

la marca imborrable de la memoria de este régimen. El sistema represivo diseñado por los militares, bajo la fachada de la lucha contra la subversión, consiguió inocular el miedo y la parálisis a una sociedad que permaneció prácticamente inmóvil durante los primeros años de la dictadura. Dicho sistema se basaría en tres grandes ejes: el concepto de subversión, la clandestinidad de la propia represión y la figura del desaparecido.

Uno de los objetivos primordiales del golpe, según la versión ofrecida por los militares, fue el de atajar a la llamada subversión, que parecía atentar contra los valores occidentales y cristianos que, en su cosmovisión, definían a Argentina. Sin embargo, el concepto de subversión, que a primera vista podría ser equivalente al de organizaciones guerrilleras, era un concepto difuso y, en última instancia, inefable, que fue ampliando y extendiendo su significado hasta que cualquiera pudiera ser sospechoso de pertenecer a la categoría. La mayoría de las víctimas de la dictadura fueron militantes de las organizaciones revolucionarias existentes y de sus organizaciones de superficie, lo que significaba que no necesariamente eran guerrilleros o participantes de la lucha armada. Como señala Pilar Calveiro: “desde el punto de vista de los militares, se incluía dentro de esta categoría a los miembros de las organizaciones armadas, sus simpatizantes, colaboradores en cualquier grado, a las izquierdas radicales, fueran o no peronistas, a los militantes de los grupos de defensa de los derechos humanos (a quienes consideraban como guerrilleros encubiertos) y básicamente a todo el que se opusiera a su proyecto”¹⁴⁶.

Es decir, cualquiera que hubiera participado o colaborado en alguna reivindicación social o acto de protesta (y el grado de colaboración podía ser tan elemental como ser familiar de un militante) era susceptible de caer bajo la etiqueta de subversivo. Aunque, de nuevo siguiendo a Calveiro, esas víctimas *casuales* supusieron sólo una minoría, su misma condición arbitraria resultó altamente funcional a la hora de difundir el terror y la parálisis entre la sociedad. La represión tuvo como principal misión, por tanto, el redisciplinamiento de una sociedad a la que consideraba descarriada. Porque la guerrilla, como tal, si no estaba ya aniquilada, sí estaba muy lejos de suponer una amenaza militar a la altura de marzo de 1976, fruto de sus propios errores y de una voraz represión clandestina desatada y tolerada por el propio gobierno peronista previo.

¹⁴⁶ Calveiro, Pilar: “La experiencia concentracionaria” en Lida, Clara, Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México, 2008 p.188.

En efecto, Montoneros comenzó su aislamiento de los importantes movimientos de base que nutrían su fortaleza en el momento en que primó la vía militar y la clandestinización. Tras el gran fracaso del ataque al regimiento de Infantería de Formosa, en octubre de 1975, Montoneros, la mayor organización armada de identidad peronista, no volvería a realizar operativos de esa envergadura y ese número de participantes¹⁴⁷. El ERP, la otra gran organización armada de inspiración marxista, había sido altamente golpeada en su intento de organizar un foco rural en Tucumán y quedó inutilizada militarmente tras el descalabro que supuso el intento de toma del batallón de Monte Chingolo en diciembre de 1975¹⁴⁸. Las distintas organizaciones revolucionarias seguirían en actividad durante parte de la dictadura, pero su grado de amenaza o de adhesión entre la sociedad era extremadamente bajo ya en los primeros meses de 1976. En modo alguno, pues, el fantasma de la guerrilla justificó una represión tan extensa y metódica, que tenía más que ver con la visión mesiánica y refundadora de unos militares que creían abrir un ciclo nuevo e irreversible.

Se trataba, por otra parte, de una represión que poseía una serie de características propias y diferentes a las vistas anteriormente, especialmente por su carácter clandestino y oculto. No existieron en la Argentina fusilamientos masivos y conocidos públicamente como los que se dieron en Chile, especialmente por el miedo a la desaprobación de la comunidad internacional, sensibilizada ante tales actos de violencia¹⁴⁹. Al contrario, en una tradición que bebía de los militares franceses de la guerra en Argelia y de la *Doctrina de la Seguridad Nacional* y que había sido ampliamente difundida en el país por las organizaciones paramilitares, las Fuerzas Armadas argentinas decidieron combatir a la subversión con tácticas subversivas. Si el enemigo no era convencional, la manera de derrotarlo, por tanto, tampoco lo sería y en esa lógica es donde la figura del desaparecido adquiere toda su centralidad.

¹⁴⁷ Una vez comenzada la dictadura y debido a esa debilidad, Montoneros “focalizó sus menegadas fuerzas en blancos indiscriminados, recurriendo a tácticas espectaculares que requirieran un mínimo de movilización de personal. Entre junio y noviembre [de 1976] hizo explotar cuatro bombas, con las que mató cerca de cuarenta policías. En diciembre, sus atentados volvieron a golpear al Ejército, provocándole quince muertos y varias decenas de heridos”, Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.76.

¹⁴⁸ Confirmando la derrota de la organización, en julio de 1976 caía su líder Roberto Santucho en un operativo militar. Para conocer más sobre la historia del ERP se puede consultar Mattini, Luis. *Hombres y mujeres del PRT-ERP. La pasión militante*. La Plata: De la Campana, 1995.

¹⁴⁹ Las detenciones y procedimientos de acuerdo con la legalidad fueron también una minoría, dada la eficacia probada y sumaria del terror.

Así, la liturgia represiva del *Proceso* empezaba con el secuestro de la víctima, generalmente en su propia casa y con nocturnidad. Ésta era posteriormente trasladada a uno de los aproximadamente 340 centros clandestinos de detención, donde sería interrogada mediante tortura. La maquinaria represiva se engrasaba con estas declaraciones que informaban del paradero de futuras víctimas, que serían las encargadas de repetir el ciclo. Una vez que se había extraído toda la información al detenido-desaparecido, éste o bien era ejecutado y su cuerpo era hecho desaparecer o bien quedaba retenido en el centro de detención esperando su destino final o un nuevo uso. Era posible sobrevivir a la experiencia, como lo corroboran numerosos casos, pero tal supervivencia en los centros se debía más a la demostración de poder sobre la vida y la muerte de los detenidos por parte de los militares que a una lógica de inocencia/culpabilidad o colaboración/resistencia. En general, sin embargo, los centros de detención no estaban concebidos como lugares de rehabilitación ni de reeducación: los llamados subversivos (especialmente los que profesaban una ideología de izquierda) eran concebidos como irrecuperables, como enemigos antiargentinos y su único destino posible era el exterminio.

Este sistema represivo implicó a todos los niveles de la jerarquía castrense, que de arriba a abajo participó activa y personalmente en los operativos de detención, tortura y administración de los centros clandestinos. Esa implicación del conjunto de las Fuerzas Armadas logró la creación de una gran cohesión, de un verdadero pacto de sangre, a la hora de defender la legitimidad de su lucha y sus características, algo que resultará crucial durante la transición y en el momento en el que los militares deban rendir cuentas por sus crímenes una vez recuperada la democracia.

Estas serían, en esencia, algunas de las características más importantes de la dictadura iniciada en 1976. Desde esta perspectiva, podría parecer que ésta contaba con un poder total y una cohesión monolítica; pero un análisis de carácter más histórico y cronológico permitiría ver que, tras la fachada imperturbable, se escondían grietas e importantes conflictos internos que fueron minando la consistencia del régimen, con más fuerza incluso que la acción de la oposición política o las balas británicas.

2.3 *El Proceso entra en crisis*

A la altura de 1978, el régimen podía sentirse satisfecho de sus logros y de su fortaleza. Tras la memoria de violencia fratricida y desgobierno del último periodo peronista, la Junta contaba con un amplio consenso dentro de la sociedad, tanto en lo que se refería a la lucha contra la guerrilla subversiva como en la política económica. Bien fuera por convicción o bien fuera por el terror invisible de la represión, eran muy pocas, casi inexistentes, las voces que se alzaban contra el *Proceso*. La organización del Mundial de fútbol de 1978 y la victoria en él de la selección nacional, celebrada en medio de una gran euforia, supondrían el pico de popularidad de los militares, que creían contar en ese momento con el apoyo casi unánime de la sociedad.

Paradójicamente, el éxito en la consecución de los objetivos de la dictadura fue minando su propia fortaleza. Como le ocurre a cualquier gobierno autoritario, su legitimidad era precaria: podría haberla tenido en su origen, como lo demostró el tácito apoyo que concitó el golpe y la tibia defensa que realizó la sociedad al gobierno de Isabel Perón. Pudo haber tenido legitimidad de ejercicio también durante el apogeo de la llamada lucha antisubversiva, cuando el relato ideado por los militares tuvo una amplia aceptación. Pero cuando, hacia 1978, parecía obvio que la guerrilla había sido completamente derrotada, se hacía cada vez más difícil de justificar un aparato represivo tan severo y amplio. Y los problemas que debían resolver los militares serían cada vez más complejos, teniendo en cuenta que la supuesta legitimidad de destino del *Proceso*, una teórica verdadera democracia que no contuviera los excesos del populismo, no iba más allá de unas vagas definiciones sin una hoja de ruta explícita.

Fuera del consenso en torno a la lucha antisubversiva, considerado como el verdadero logro profesional de las Fuerzas Armadas, la cohesión de los militares distaba de ser monolítica. El propio diseño institucional, tripartito y proporcional, concebido para presentar una imagen de consenso y unidad, propició varios conflictos provocados por las situaciones de veto y empate entre las distintas armas. El paradigma de este tipo de enfrentamientos sería el mantenido entre Emilio Massera y Jorge Rafael Videla, representantes, en cierto modo, de las posiciones de la Armada y el Ejército, respectivamente. El almirante Massera, resuelto a luchar contra el papel secundario que generalmente había tenido su arma respecto al Ejército, encabezó un proyecto político

cuyo objetivo principal era llevarle a la presidencia¹⁵⁰. El marino sería uno de los más duros arietes contra la política de Martínez de Hoz, pero el mejor reflejo del conflicto intramilitar se encuentra en el episodio del llamado “cuarto hombre”. Dicha polémica tenía su origen en el hecho de que Videla había asumido su puesto en la Junta como comandante del Ejército, al mismo tiempo que se desempeñaba como presidente de manera excepcional. La Armada, con apoyo de la Aeronáutica, presionó duramente y durante varios años contra esta situación que no se ajustaba al organigrama concebido originalmente y que inclinaba el equilibrio de poder claramente hacia el Ejército. La cuestión alcanzaría su cenit a comienzos de 1978: tras una tensa escalada verbal, en la que no faltó la amenaza de violencia¹⁵¹, el debate se resolvió con el pase a retiro de los tres miembros de la Junta, reteniendo Videla el cargo del presidente hasta marzo de 1981. Pese a esta solución, la herida creada fue profunda y difícil de cicatrizar. Según recoge Yofre, “las agresiones verbales en lo alto del poder fueron tan graves que el brigadier Basilio Lami Dozo comentó “off the record” que “las consecuencias de lo que pasó en la Junta Grande [reunión en la que se debatió esta cuestión] las sufrirá el país entero”¹⁵². Así, la polémica del “cuarto hombre” demostró que ni el perfil de Videla, tendente a minimizar las discusiones, ni una arquitectura institucional diseñada para favorecer el consenso eran capaces de cerrar los viejos recelos y las rencillas de poder al interior de las Fuerzas Armadas y que, muy posiblemente (como se demostró), la sucesión de los distintos cargos tendría siempre un tinte traumático.

Por encima de los múltiples motivos de roce y de los celos personales, dos serían los clivajes intramilitares que atravesaron los años del *Proceso* y que irían corrompiendo su fortaleza inicial: la política económica y la modalidad de la salida del régimen.

¹⁵⁰ El proyecto político de Massera no se detuvo, antes al contrario, tras su pase a retiro en septiembre de 1979. Financiado en gran parte por lo sustraído en los operativos represivos, Massera lanzaría una campaña, cuyo epicentro sería el diario *Convicción*, en la que se presentaba con un perfil de corte populista, en el que no faltaban las críticas a la política económica y el nacionalismo antiimperialista. En agosto de 1982, ya iniciado el proceso de transición tras Malvinas, el marino fundaría el Partido para la Democracia Social y proclamaría su candidatura a presidente. Pero, pese a los flirteos con el peronismo y con Isabel, no consiguió hacer remontar un proyecto que naufragaría completamente cuando se fueron descubriendo los crímenes de la represión.

¹⁵¹ Novaro y Palermo relatan la anécdota de que el general Menéndez, que poco después protagonizaría un intento de golpe, “propuso enviar los tanques contra las bases navales, “pintar los barcos de verde” y que el Ejército asumiera la suma del poder”. Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.231.

¹⁵² Yofre, Juan B.: *Fuimos todos. Cronología de un fracaso. 1976-1983*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007, p.111.

Sobre la primera cuestión, como ya hemos mencionado, Martínez de Hoz, pese a ser la cara más visible del proyecto económico de la dictadura, no representa la totalidad de éste. Ante todo, porque dicho proyecto estaba lejos de conformar un plan homogéneo. Aunque sus políticas fueron apoyadas firmemente por Videla o Galtieri, durante los periodos presididos por Viola y Bignone se apostó por recetas económicas más moderadas y no tan rupturistas con el pasado. En las filas castrenses había quien profesaba la fe liberal, pero también había nacionalistas, tradicionalistas, conservadores, democristianos,... y de la amalgama de dichas fuentes no siempre se obtenía un resultado coherente.

En lo que respecta al interés principal de este capítulo, pueden resultar más interesantes, sin embargo, las dificultades a las que se enfrentaron los militares para concebir una salida del régimen consensuada y compartida. Dicha dificultad a la hora de trazar un plan de transición congruente tuvo mucho que ver con el hecho de que, siguiendo la propuesta de Tcach¹⁵³, existían tres grandes posturas al respecto. La primera de ellas sería la titulada como continuismo antipartidario, que suponía la continuidad de la veda política y la suspensión de las actividades de los partidos por tiempo indefinido. Esta era la postura defendida por los duros del régimen como el general Suárez Mason¹⁵⁴ o Luciano Menéndez¹⁵⁵, que acusaban a los partidos del caos que sufría el país e imaginaban un futuro sin ellos. Un segundo grupo, que el autor etiqueta como continuismo contra los partidos tradicionales, hacía del fortalecimiento de la derecha partidaria promilitar la clave de la salida, en detrimento de peronistas y radicales. En esta línea, patrocinada especialmente por Harguindeguy¹⁵⁶, estaría ubicado el proyecto del Movimiento de Opinión Nacional (MON), la creación de un potente movimiento de derecha que recogiera los principios del *Proceso*. Por último, se encontraban los que,

¹⁵³ Tcach, César: "Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)" en Dutrénit, Silvia (ed.): *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México DF: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996, pp.51-53.

¹⁵⁴ El general Guillermo Suárez Mason fue destinado a encabezar el I Cuerpo de Ejército, responsable de la represión en la provincia de Buenos Aires, entre 1976 y 1980.

¹⁵⁵ Luciano Benjamín Menéndez, general de división, se desempeñó como comandante del III Cuerpo de Ejército, con asiento en Córdoba, de 1975 a 1979, siendo así el principal responsable de las operaciones represivas en dicha provincia durante la dictadura. Considerado como uno de los duros del régimen, al igual que Díaz Bessone o Suárez Mason, protagonizó un levantamiento en septiembre de 1981 con el objetivo de hacer caer a Viola. Curiosamente, su tío, el general Benjamín Andrés Menéndez ya había sido el promotor de similares asonadas en 1941 y 1951. También guarda parentesco con Mario Benjamín Menéndez, gobernador militar de las Malvinas tras la ocupación argentina en 1982.

¹⁵⁶ El general de división Albano Harguindeguy fue ministro de Interior durante el gobierno presidido por Videla, entre 1976 y 1981. Al igual que Galtieri, perteneció a la promoción 74 del Colegio Militar, encuadrado en el arma de caballería.

como Videla o Liendo¹⁵⁷, apostaban por una democracia tutelada por los propios militares, en la que también tendrían cabida los partidos tradicionales; postura que sería ampliamente criticada por los más duros del régimen. Como puede observarse, la conciliación entre estos tres proyectos prácticamente excluyentes resultaba realmente complicada, lo cual, añadido a un sistema institucional que favorecía los vetos y las largas deliberaciones, explica en gran parte la situación de punto muerto en la que varó el debate sobre el futuro final del régimen.

Cuando la mística de la lucha contra la subversión comenzó a dar síntomas de agotamiento (y las primeras señales ya se lanzaban a fines de 1976¹⁵⁸), los militares empezaron a debatir la manera más efectiva de abandonar el poder. Sin embargo, todos estos planes e intentos tendrían como denominador común la ambigüedad y la falta de concreción en plazos y objetivos, fruto de las desavenencias entre las distintas armas y las distintas posiciones entre duros y blandos.

La primera de estas aproximaciones llegaría en enero de 1977 con la difusión de las llamadas *Bases para la intervención de las Fuerzas Armadas en el proceso nacional*. En ellas ya se hablaba de la creación de una verdadera democracia que sería la continuadora del *Proceso* y en la que tendría un papel capital el llamado Movimiento de Opinión Nacional, concebido como la cría del régimen y su futura herencia en el sistema político. Más allá de estos conceptos, sin embargo, se caía en generalidades y no se atinaba a ubicar el rol de los partidos ya existentes dentro de estos planes.

Durante el resto de ese año se anunció la apertura de diálogos con los civiles, una iniciativa que obtuvo exiguos resultados, pero que demostraba que los militares, pese a su imagen de autosuficiencia, empezaban a necesitar nuevos interlocutores para quebrar el desgaste de la soledad del poder.

Avanzando en el tiempo, se podría interpretar el año 1978 como el momento en el que los militares perdieron una ocasión única, aprovechando el consenso y el enorme

¹⁵⁷ El general Horacio Liendo ejerció como ministro de Trabajo entre 1976 y 1979, para pasar a ocupar la cartera de Interior durante la presidencia de Viola. Durante unos pocos días, los que siguieron al desplazamiento de Viola, ejerció como presidente interino. Era considerado como uno de los moderados del régimen.

¹⁵⁸ Como recoge Canelo, el general Díaz Bessone, cabeza del II Cuerpo de Ejército, afirmaba ya en octubre de 1976 que “nuestro cuerpo asestó decisivos golpes a la delincuencia subversiva en las 6 provincias de su jurisdicción”, mientras que el general Bussi sostenía un mes más tarde que “la subversión está erradicada en Tucumán”. Canelo, *op.cit.*, p.51.

capital político que por entonces atesoraban, para realizar una salida no traumática que les habría retribuido una gran influencia y poder de veto en el régimen siguiente. En vez de consensuar un plan político de futuro, los militares se enredaron en debates y en posponer decisiones, confiando en su fuerza y perdiendo una iniciativa que no volverían a disfrutar más, salvo en el breve episodio de Malvinas. A lo largo de la primera mitad de 1978, las distintas armas lanzarían sus proyectos políticos, pero los puntos en contacto entre ellos era insuficientes para obtener un esquema articulado y con sentido. No sería hasta una fecha tan tardía como diciembre de 1979, es decir, a casi cuatro años del inicio del régimen, cuando los militares volvieron a lanzar un nuevo documento conjunto, las *Bases Políticas*.

Las *Bases* tenían como objetivo buscar la institucionalización del papel que las Fuerzas Armadas habían asumido como árbitro del sistema político en las últimas décadas¹⁵⁹. Según Tcach, entre las competencias que se arrogaban los militares dentro del futuro sistema democrático se encontraban cuestiones muy amplias, desde aspectos estratégicos, constitucionales y de seguridad hasta las inhabilitaciones políticas¹⁶⁰. A pesar de estas exigencias, lo que se insinuaba en el fondo del anuncio de las *Bases* era la necesidad de encontrar una salida pactada con los civiles, aspecto ineludible a la hora de debatir las competencias de los militares en el futuro entramado. Sin embargo, de nuevo, el planteamiento estaba lleno de indefiniciones más allá de estos puntos básicos, algo que, obviamente, no contribuyó al entusiasmo de esos civiles con los que debía negociar. El vicepresidente justicialista Deolindo Bittel, por ejemplo, argumentaba su desconfianza hacia el texto señalando que “si el documento pretende consagrar proscripciones se convertirá en un elemento irritativo que en nada beneficiará al país”¹⁶¹. Hasta un peronista tan moderado como Ángel Robledo llegaría a criticar la propuesta en

¹⁵⁹ Como recuerda Bignone en sus memorias, cada Fuerza trabajó por separado en los borradores de lo que más tarde serían las *Bases*. Sólo en una segunda fase, un denominado Equipo de Compatibilización Interfuerzas fundiría las aportaciones de las distintas fuentes. Durante la confección del borrador, la Secretaría del Ejército realizó numerosos contactos con expertos y personajes públicos como Mariano Grondona, Ezequiel Gallo, Francisco Manrique, Raúl Matera o Ricardo Yofre. Posteriormente, el primer borrador fue debatido en una ronda de entrevistas que incluyeron a políticos peronistas como Alberto Serú García y Luis Rubeo. Bignone, Reynaldo: *El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio*. Buenos Aires: Planeta, 1992, pp. 84-85.

¹⁶⁰ Siguiendo a este autor, el proyecto de las *Bases* no eliminaba a los partidos tradicionales, pero recortaba enormemente su rol. Como no podría ser de otra manera, sólo los partidos de derecha, como el Partido Federal de Francisco Manrique mostraron su apoyo a la iniciativa. Tcach: “Partidos políticos...”, *op.cit.*

¹⁶¹ *Resumen*, 13, 21/12/1979. Para el peronismo de esa etapa, cualquier diálogo o acercamiento previo al régimen tenía como condición previa la normalización de la actividad partidaria, la liberación de Isabel Perón y de los presos políticos sin causa y el retorno a la Constitución. *La Prensa*, 1/3/1980.

estos términos: “El diálogo político se hace sin muchas precisiones, con reglas insuficientes para arribar a conclusiones que permitan construir las bases de negociación o coincidencias, por lo que puede convertirse en una encuesta de opiniones, sin trascendencia suficiente”¹⁶².

Las Fuerzas Armadas seguían dilapidando así su tiempo y, sin advertirlo, cada vez se iban enredando en un laberinto más complejo. Cada día que pasaba, el objetivo de seguir influyendo en el futuro sistema político se iría tornando más y más difícil, pero, pese a todo, tal situación todavía no era perceptible para ellos a finales de 1979. De hecho, Yofre traza un panorama bastante apacible para los militares en esa coyuntura: “en diciembre de 1979 las Fuerzas Armadas, a pesar de las fuertes disensiones internas, dominaban el centro del escenario político. Se sentían fuertes y, enfrente, los partidos políticos, aún, no tenían alternativa. La mayoría gozaba de una estabilidad económica y la población se sentía segura tras la derrota militar al terrorismo”¹⁶³. Pero un durísimo golpe a la credibilidad de la Junta llegaría casi contemporáneamente a la difusión de las mencionadas *Bases*, con la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA. La llegada de los observadores en septiembre de 1979 había sido aprobada un año antes (con gran miopía y autosuficiencia por parte de los militares¹⁶⁴), en el momento álgido y más popular de la dictadura, cuando sus jefes creían contar con la suficiente fuerza como para borrar, esconder y blanquear lo que se consideraban excesos de la represión. Desde un optimismo miope, pensaban que el informe de la CIDH, que imaginaban benévolo y poco profundo, serviría para cancelar ese turbio pasado de forma definitiva. Sin embargo, las conclusiones de la Comisión, en las que se declaraba que “por acción u omisión de las autoridades públicas se cometieron durante el periodo a que se contrae este informe -1975 a 1979- numerosas y graves violaciones de fundamentales derechos humanos”¹⁶⁵, supondrían un feroz ataque a la legitimidad del *Proceso*. Los militares,

¹⁶² *La Nación*, 30/3/1980. Para Luis Rubeo, en cambio, como muestra de las contradicciones internas del peronismo, *Las Bases* eran “el punto de partida para la conquistar la paz”. La formación en la que estaba encuadrado, MRD, liderada por Matera, accederá a la llamada oficial.

¹⁶³ Yofre, *op.cit.*, p.146.

¹⁶⁴ Como muestra de esa confianza de los militares en la inocuidad de la CIDH se encuentra el hecho de que esta, al contrario que en Chile o Cuba, pudo trabajar en el propio país y sin restricciones. *Ibidem*, p.140.

¹⁶⁵ *La Nación*, 19/4/1980.

desgastados por la constante acción de los organismos de derechos humanos¹⁶⁶, veían ahora cómo se aireaban, por todo el mundo, con pruebas fehacientes y desde autores imparciales, los horrores y crímenes de su guerra contra la subversión¹⁶⁷.

Los nervios y divisiones entre los distintos grupos militares se exacerbarían en ese contexto y tendrían un episodio de máxima tensión con el levantamiento, frustrado, del general Menéndez, figura representativa de los sectores más duros del régimen, en septiembre de 1979.

Un año más tarde, en 1980, a todos esos problemas y tensiones se uniría el declive del proyecto económico de Martínez de Hoz, que vendría acompañado de una cada vez más activa, aunque todavía informe, protesta por parte de la sociedad civil. A pesar de todo, el régimen, que como señala Canelo, ya estaba lo suficientemente desgastado como para no poder llevar adelante su proyecto refundador, todavía se sentía cómodo como para sobrevivir en su rol autoritario durante varios años más¹⁶⁸. Habrá que esperar un año más, hasta la llegada a la presidencia de Viola, para encontrar el primer intento más o menos serio por parte de los militares de ofrecer una salida pactada. Al otro lado se encontrarían unos políticos que, tras su silencio y letargo inicial, poco a poco iban organizándose como oposición unida.

2.4 El intento de apertura de Viola y la formación de la Multipartidaria

En apenas unos pocos años, los militares, con su desprecio a las leyes y el uso de una violencia indiscriminada, habían conseguido implantar con creces un orden de silencio y obediencia casi absoluto dentro de la sociedad. La efervescencia de las protestas de los primeros 70, las voces críticas de los políticos o la contundencia de los

¹⁶⁶ No hemos profundizado en la crucial labor que tuvieron los organismos de derechos humanos a la hora de deslegitimar y desgastar la autoridad del régimen. Sin embargo, su acción resultaría crucial a la hora de alertar internacionalmente sobre los crímenes que se estaban cometiendo en el país.

¹⁶⁷ Las opiniones de la CIDH y el apoyo del presidente estadounidense Carter a la causa de los derechos humanos desconcertó a unos militares que se creían paladines de los valores occidentales. Esa sensación de incompreensión y soledad la describió el general Viola al decir: “Argentina está sola en su lucha contra el marxismo, ya que se encuentra frente al permanente ataque de EEUU. No es lógico lo que sucede. Hay algo que anda mal cuando los países del bloque socialista o los del tercer mundo nos apoyan cuando nos plantean la cuestión de los derechos humanos. En cambio, los ataques provienen del mundo occidental”. *Resumen*, 14, 23/1/1980. Para más información sobre la visita de la CIDH, se puede consultar Jensen, Silvina: *Los exiliados: la lucha por los derechos humanos durante la dictadura militar*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

¹⁶⁸ Canelo, *op.cit.*

sindicatos a la hora de presionar por sus intereses formaban parte de un pasado en un régimen que parecía estar consiguiendo imponer sus objetivos. Sin embargo, no se debe olvidar que ninguna dictadura puede basar su legitimidad y su continuidad apelando exclusivamente al terror.

Por más eficaz y abrumador que éste fuera, en un contexto como el que se abría tras la presidencia de Videla, en el que se empezaban a sentir los dañinos efectos sociales de una política económica tan radical y en el que la sociedad empezaba a sacudirse el miedo a hablar, la cuestión del futuro del régimen cobró plena importancia. No obstante, las desavenencias intramilitares hicieron imposible la cohesión necesaria para dar una respuesta coherente al problema. En los dos años siguientes, hasta 1983, se desarrollarán hasta tres proyectos de salida, encarnados en los respectivos presidentes (Viola, Galtieri y Bignone) que se sucederán durante ese bienio. Pero, como veremos, esa serie de planes padecería un desarrollo anárquico debido a su carácter antagónico y al hecho de que las sucesiones presidenciales tendrían siempre un carácter traumático.

La llegada del general Roberto Viola a la presidencia el 24 de marzo de 1981, en principio para un periodo de tres años, supondría una apertura y un tímido acercamiento a los partidos respecto a lo vivido anteriormente. Viola, amigo personal de Videla, podría haberse presentado como un continuador de las políticas de los años anteriores, pero pronto daría a su breve paso por la presidencia, de apenas ocho meses, un sello personal, especialmente en lo que se refería a la política económica y a la liberalización del régimen.

El nuevo presidente parecía dar la razón a aquellos que soñaban con el inicio de un periodo de transición hacia la democracia con declaraciones como ésta: “Lo que se inaugurará ahora es lo que podríamos llamar una etapa de participación, es decir, de tránsito de un gobierno militar constitucional a un estado total de derechos”¹⁶⁹. El talante de Viola, que se tradujo en una serie de gestos de distensión como la liberación de Isabel Perón¹⁷⁰ o una mayor libertad de expresión, tuvo su mejor resumen en la configuración de su gabinete de ministros. En la plantilla ampliada de siete a 13 miembros se encontraba una mayoría de civiles, como guiño a la apertura que se quería

¹⁶⁹ *La Nación*, 28/2/1981.

¹⁷⁰ La liberación de Isabel había sido una de las consignas más repetidas por los dirigentes peronistas como paso previo e ineludible para cualquier diálogo o negociación. A la hora de la verdad, no produjo avances significativos ni un acercamiento mayor.

realizar, mientras que el poderoso ministerio de Economía, anteriormente en manos de Martínez de Hoz, fue dividido en cinco carteras, algunas de ellas ocupadas por figuras críticas a la anterior gestión.

El acercamiento de Viola a los partidos quedó explícito desde su primer mensaje oficial, en el que reflejó que “durante su gestión habían de sancionarse los instrumentos legales que habiliten a los partidos políticos, a fin de que se integren “activamente a la tarea común de consolidar una democracia sólida, moderna y estable””¹⁷¹. La idea se concretaría en el anuncio por parte de su ministro de Interior Liendo de una ronda de diálogos cuyos interlocutores, al contrario de las reuniones gestionadas por Harguindeguy meses antes, no serían ya interpelados como personalidades cooptables, sino como autoridades de los distintos partidos. En un giro para la retórica de una dictadura que, en general, se había movido entre las coordenadas antiperonistas¹⁷², Liendo se desmarcaba declarando que “el peronismo es un interlocutor válido”¹⁷³, mientras que Viola, a pocos meses de asumir la presidencia, había afirmado que el justicialismo “es un movimiento argentino y de mucho arraigo popular al que sectores marxistas... [asediaron] a partir de 1973, tratando de injertarse en sus filas. Fue el propio Perón quien los repudió en su histórico discurso, el 1º de mayo de 1974, poco antes de su muerte. No dudo de que en el proceso de restablecimiento democrático, el peronismo podrá –y esto sólo depende de la voluntad y la conducción de sus hombres– estructurarse y participar activamente en la vida política nacional”¹⁷⁴.

La ronda de consultas se inició en agosto de 1981 con el radicalismo, representado por su líder Ricardo Balbín. No obstante, pese a lo planeado, el diálogo de Viola no iba a experimentar un progreso tan sencillo. La cita con el peronismo, prevista para octubre de ese mismo año, no llegaría a producirse, según se comunicó oficialmente, como protesta del partido ante el desalojo de una reunión de su Consejo

¹⁷¹ *Clarín*, 31/3/1981.

¹⁷² En realidad, al contrario que en golpes anteriores, donde el sesgo antiperonista era evidente y explícito, en 1976 el discurso tenía más un componente contra la totalidad de los partidos y la democracia que específicamente contra el justicialismo. No obstante, la justificación del golpe como respuesta al caos del gobierno peronista y a la guerrilla y el trato recibido por Isabel Perón y el resto de políticos del partido describen bien que el componente antiperonista seguía presente en el seno de las Fuerzas Armadas.

¹⁷³ *La Nación*, 7/4/1981. Si bien, el ministro matizaba la afirmación añadiendo que todavía era prematuro saber qué lugar tendría el peronismo dentro del diálogo.

¹⁷⁴ *La Nación*, 28/2/1981. Viola completaba su opinión añadiendo que “con respecto al peronismo, nosotros creemos que, adecuadas sus estructuras a un partido totalmente democrático, se podrá dialogar con aquellos elementos representativos del mismo”.

Superior por parte de la policía¹⁷⁵. Pero, en realidad, lo que se escondía debajo de la negativa peronista era la grave división interna que había suscitado la llamada oficial. Mientras el vicepresidente partidario Bittel veía en el diálogo una oportunidad para sacar al justicialismo del ostracismo y entendía el nuevo contexto como el comienzo del fin del régimen, los sindicalistas de la CGT y otros dirigentes dinamitaron con su oposición la posibilidad del acercamiento¹⁷⁶.

Más allá de los complejos enredos peronistas, de los que nos ocuparemos en las páginas siguientes, el proyecto de Viola empezó a naufragar porque las cartas que manejaba eran demasiado pobres para una apuesta de semejante calado. Su designación como futuro presidente en octubre de 1980 había sido ya pretexto de una dura oposición por quienes no lo veían como el candidato idóneo. La Junta debió de reunirse durante varios días y posponer su decisión en numerosas ocasiones hasta que finalmente decidió proclamar a Viola como su nueva cabeza. El comunicado que emitió la Junta tras la designación reflejó claramente el ambiente de división y falta de acuerdo que se respiraba en la cúpula de las Fuerzas Armadas: “Los señores comandantes en jefe han acordado en que, por encima de los distintos enfoques interpretativos existentes, deben tener primacía los supremos intereses vinculados al futuro institucional del país y al mantenimiento de la imprescindible unidad de las Fuerzas Armadas”¹⁷⁷. A partir de ese momento, Viola debería lidiar, dentro de su bando, con una triple oposición: no tenía el apoyo de la Marina, que estaba trabajando para impulsar el proyecto de Massera y que se sentía molesta porque el Ejército había elegido en solitario al nuevo presidente, presentando su designación como un hecho consumado. También contaría con la oposición del equipo de Martínez de Hoz, ya que sabían que introduciría cambios en la línea económica. Y en tercer lugar, debía andar con cuidado con las zancadillas del

¹⁷⁵ *La Prensa*, 29/10/1981.

¹⁷⁶ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.253 subraya en ese sentido las figuras de Luis Sobrino Aranda y Lázaro Roca, cuyos intereses podrían estar puestos, más que en la defensa de una posición principista, en la intención de apartar a Bittel de las riendas del partido. En el caso de Luis Sobrino Aranda, antiguo diputado nacional, no sería de extrañar tales sospechas, dada tanto su inquina contra el vicepresidente partidario (llegó a acusar a Bittel y a Saadi de responder “a una estrategia elaborada por el Partido Comunista ruso”) como a su posición colaboracionista: “el 24 de marzo de 1976 marca un hito en el país sobre la base de que es imposible reeditar el pasado. Desde ese punto de vista, a los políticos nos queda ubicarnos en un sendero de grandeza y realidad”. *Resumen*, 18, 10/3/1980. Por su parte, Menem declaró que “si es el justicialismo hubiera concurrido al diálogo, hubiera significado una declaración o una claudicación ante el régimen y eso se hubiera pagado a un precio muy alto dentro del movimiento”. *La Nación*, 1/11/1981.

¹⁷⁷ *Somos*, 1983.

nuevo comandante del Ejército, Galtieri, que ya por entonces empezaba a tener aspiraciones presidenciales propias¹⁷⁸.

El plan político de Viola sería resistido por quienes consideraban que la apertura y el giro económico minarían y traicionarían la filosofía del *Proceso*. Los duros, que concebían a Viola como un elemento timorato y tímido, temían que la apertura del régimen conllevara la entrega del poder a unos políticos a quienes desde el principio habían tratado de desterrar. Aunque fueron dictadas unos años antes, en noviembre de 1978, estas palabras del brigadier Agosti resumen perfectamente la posición de los duros ante el retorno de los políticos: “A aquéllos que en estos últimos días parecen convocarse para convencernos que el Proceso necesita una “salida” que devuelva a los mismos protagonistas de siempre el manejo del poder, debo señalarles, sin temor a ser reiterativo, que las Fuerzas Armadas Argentinas no entregarán el Proceso de Reorganización Nacional a los causantes del caos y la destrucción”¹⁷⁹.

Así, muy tempranamente, la Junta, integrada en esta etapa por Galtieri, Lambruschini y Graffigna, dispuesta a mostrar que ella era la depositaria última del poder¹⁸⁰, envió a Viola las *Pautas de la Junta Militar al Poder Ejecutivo*, mediante las que querían encarrilar la actuación del nuevo presidente y recordarle que todo plan político debía estar de acuerdo con lo ya aprobado en las *Bases Políticas*.

Viola era, por tanto, un presidente jaqueado por la propia Junta y por los sectores conservadores de la dictadura, que seguían defendiendo la carta del MON y criticaban el diálogo con radicales y peronistas. Maniatando aún más sus acciones, Viola y su grupo debieron lidiar con la bomba de tiempo que el equipo de Martínez de Hoz había puesto en funcionamiento antes de su marcha: anunciando una devaluación del peso del 10 % a escasos meses de la asunción del nuevo presidente, este heredaría como

¹⁷⁸ Galtieri había sido elegido precisamente por Viola como comandante del Ejército, premiando su gran carisma dentro de la fuerza. Cercano a la tropa y hábil en las relaciones sociales, Galtieri aspiraba a obtener la presidencia. Sin embargo, los rumores que afirmaban que el gobierno de Viola sería la última etapa de la dictadura frustraban sus deseos.

¹⁷⁹ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.139. Galtieri tenía una opinión similar acerca del justicialismo y así lo expresaba en la revista *Gente*. “Quienes no hagan un recambio mental, quienes insistan en los vicios y errores del pasado, quienes olviden que hemos atravesado un río de sangre para alcanzar este nuevo y esperanzado punto de partida no tendrán lugar en la vida política de la Nación. Creo haber sido claro, pero lo voy a ser aún más: el peronismo en su forma y estructura conocida no tendrá cabida dentro del proceso”. *Resumen*, 15, 7/2/1981.

¹⁸⁰ El general Nicolaides dejó explícita esa posición argumentando que “[La Junta] tiene el poder total y delega en el Poder Ejecutivo las responsabilidades constitucionales que corresponden al presidente de la Nación”. *Clarín*, 26/4/1981.

consecuencia “un endeudamiento masivo, un reducido nivel de inversión privada, un aparato productivo deteriorado y una pronunciado proceso de desindustrialización”¹⁸¹. A todo ello se añadía una deuda externa que aumentaba exponencialmente como consecuencia de los excesos especulativos de la etapa anterior, lo cual no constituía precisamente un buen panorama para afrontar con calma un proceso político tan delicado y con tantos detractores.

Subrayando la soledad del proyecto violista, si el anuncio de la apertura fue ampliamente resistido en el interior de las filas militares, suscitó ante todo indiferencia entre los políticos. Y no precisamente porque estos siguieran agazapados e inertes. Al contrario, superados los miedos de los primeros años de la más cruda represión y la atonía de los últimos años de Videla, los representantes de los partidos mayoritarios comenzaban a reiniciar su actividad y poco a poco irían tomando la confianza suficiente como para empezar a realizar reivindicaciones al régimen. De hecho, ya en abril de 1981, Balbín y Bittel habían demandado conjuntamente el regreso del estado de derecho para 1984¹⁸².

Pero el camino hacia ese reverdecer de los partidos no había sido fácil y, en realidad, la supervivencia de estos partidos no deja de resultar sorprendente dentro de una dictadura que se había propuesto como objetivo último la fundación de un nuevo orden en el que éstos no iban a tener cabida. Una supervivencia que tuvo que ver con las mencionadas distintas perspectivas que al respecto se aglutinaban en las Fuerzas Armadas, pero que obviamente también estaba relacionada con el instinto de los políticos y con el enorme arraigo y tradición que, pese a la convulsa historia del país, tenían en el imaginario popular.

Tras el golpe, por el decreto n°6 quedó suspendida la actividad de los partidos, medida que se completó un año más tarde con la ley que prorrogaba los mandatos de las distintas direcciones partidarias por un tiempo indefinido (razón por la cual Deolindo Bittel mantuvo la vicepresidencia del Partido Justicialista). Que, pese a su retórica antidemocrática, los militares decidieran congelar las actividades de los partidos y no disolverlos directamente, da pistas sobre las incongruencias del discurso procesista y

¹⁸¹ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.231.

¹⁸² Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.374.

sobre la falta de unanimidad acerca de qué futuro aguardaba tras la marcha de los uniformados¹⁸³.

Más allá de estas disquisiciones, lo cierto es que el justicialismo conoció muy pronto los rigores de la represión. Tanto Isabel Perón como las más importantes figuras del partido y los sindicatos afines fueron encarcelados, en su mayoría acusados por delitos económicos y de corrupción, e inhabilitados políticamente para el futuro. Los que consiguieron huir del destino de la cárcel debieron partir pronto hacia el exilio. Mientras, las bases sindicales, barriales y juveniles del movimiento se vieron duramente golpeadas por la represión clandestina, haciendo del peronismo, como identidad política, la víctima más golpeada por el régimen.

El ataque de los militares llegaba para asestar un golpe devastador a una estructura ya bastante debilitada por su propia mano. La muerte de Perón había descabezado a un partido de naturaleza eminentemente vertical, que había dependido de su voluntad para casi cualquier decisión. Las violentas luchas intestinas que se desataron antes y especialmente después de su muerte, en julio de 1974, entre lopezreguistas, sindicalistas, isabelistas, peronistas históricos y sectores revolucionarios, fueron minando la capacidad de reacción de un partido que se mostró impotente ante la amenaza del golpe; mientras que el desastroso manejo de la economía y la sensación de caos fueron minando la credibilidad y legitimidad del justicialismo de cara a la sociedad.

Para confundir aún más la imagen que se tenía del partido, la actuación de figuras como Victorio Calabró, exgobernador de Buenos Aires, el exdiputado Luis Sobrino Aranda, el sindicalista Jorge Triaca o Raúl Matera, quienes no tuvieron reparos en mostrar una actitud ambigua, cuando no colaboracionista con los militares, ayudó a minar, pese a la marginalidad de su postura, el prestigio del peronismo que aparecía a la vez como víctima y victimario de la dictadura.

¹⁸³ Quiroga explica que existían pequeñas grietas en el control militar por las que podían colarse los políticos para seguir desarrollando sus actividades. Según este autor, “las transgresiones de algunos dirigentes políticos resultaban formalmente “castigadas” (con breves encierros y sentencias de sobreesimiento) por un gobierno militar que no lograba el estricto acatamiento de las medidas de suspensión ni hallaba los dispositivos ni la fuerza adecuada para aplicar una sanción ejemplar”. Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.131. Sin embargo, no se debe olvidar que las detenciones y castigos por motivos políticos seguían siendo moneda común incluso en fechas avanzadas. En Córdoba, en mayo de 1980, los justicialistas Bercovich Rodríguez y Alejo Simó fueron enviados a prisión preventiva por participar en un acto político. Incluso durante la supuesta apertura de Viola, todos los asistentes (incluidos periodistas) a un acto político encabezado por el radical Luis León y Vicente Saadi fueron detenidos en junio de 1981. *La Nación*, 25/6/1981.

En medio de una gran resignación, casi como forma de expiar los errores cometidos durante su gobierno, la dirección justicialista se mantuvo agazapada y en silencio durante los años más oscuros del *Proceso*. Quizás no podía ser de otra forma para un movimiento que había sido descabezado y cuya generación de recambio estaba siendo fuertemente reprimida. Sólo volvería a reaparecer en público en julio de 1978, con la ocasión de un par de actos que conmemoraron el cuarto aniversario de la muerte de Perón y que estuvieron encabezados por Robledo y Luder¹⁸⁴. Pero los conflictos y divisiones todavía no procesados hicieron que, en ese contexto de acefalía y falta de liderazgo, la reconstrucción del peronismo fuera extremadamente lenta y difícil, mucho más, por ejemplo, que la del partido radical.

Como muestra de estas divisiones y dudas sobre el curso a seguir, se podría citar, por ejemplo, el caso del documento que se envió a la CIDH con motivo de su visita al país en 1979. El documento, arriesgado para su época, concluía denunciando: “a) el encarcelamiento, vejación y confiscación de sus bienes a la señora presidente de la Nación Argentina, doña María E. Martínez de Perón, de nuestro prestigioso dirigente gremial, don Lorenzo Miguel y de otros tantos que padecen las consecuencias de las llamadas “actas”; b) la muerte y desaparición de miles de ciudadanos, lo que insólitamente se pretende justificar con la presunción de fallecimiento, que no significa otra cosa más que el reconocimiento de las arbitrariedades cometidas; c) el padecimiento de quienes se han atrevido o se atreven a levantar su voz y que han llevado o llevarán como “pena” desde un silencio impuesto, hasta la muerte”¹⁸⁵. Este texto iba a ser en un principio firmado por el conjunto de la conducción nacional, pero, por miedo a posibles represalias por su tono crítico, llevó finalmente sólo la firma de Bittel y Herminio Iglesias¹⁸⁶.

Las respuestas que se escucharon desde el justicialismo al informe presentado por la CIDH también expresaron las concepciones antagónicas y difícilmente conciliables que habitaban en el partido. Como recogen Palermo y Novaro, si desde su

¹⁸⁴ Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.51.

¹⁸⁵ El documento se puede encontrar en Iribarne, Alberto J. B. (comp.): *Letras contra el miedo. Documentos del Peronismo durante la dictadura (1976-1983)*. Buenos Aires: CS, 2006, pp. 29-31.

¹⁸⁶ Herminio Iglesias, que será una figura clave en el peronismo bonaerense de los 80, era en ese momento secretario político del Consejo Nacional y estaba muy vinculado a Lorenzo Miguel y el sindicalismo ortodoxo. Por supuesto, tras la firma de ese documento, tanto Iglesias como Bittel fueron acusados de desacato.

puesto de vicepresidente Bittel denunciaba que “los hombres del justicialismo han sido el blanco de indiscriminada represión”¹⁸⁷, Isabel, criticando duramente lo actuado por la OEA y en clara sintonía con el argumento de que se trataba de una campaña antiargentina lanzada desde el exterior¹⁸⁸, recordaba que “el Movimiento Nacional Justicialista ha rechazado siempre toda injerencia extranjera en nuestros asuntos”¹⁸⁹.

Este episodio conforma asimismo un buen ejemplo del dilema en el que se encontraba la conducción peronista durante los primeros cinco años de la dictadura. Una actitud demasiado dura podía desembocar en una represión mayor o en el total aislamiento, mientras que excederse en la aproximación y la conciliación con el régimen conllevaba el riesgo de la cooptación y el colaboracionismo. Precavido por estos peligros y por la tensa situación interna, Bittel ofrecería a partir de 1980 una actitud más moderada, cuidándose de molestar a los militares y de azuzar los recelos intraperonistas.

A la altura del relevo presidencial de Viola, sin embargo, los partidos tenían la confianza suficiente como para iniciar a organizarse ante un régimen que presentaba síntomas de desgaste y que no sabía cómo avanzar. En realidad, los políticos mantenían una opinión ambigua sobre el nuevo presidente y sus intenciones: observaban su llegada como una oportunidad de cambio¹⁹⁰, pero al mismo tiempo les resultaba evidente su debilidad y sospechaban de su capacidad para ofrecer avances tangibles. Pese a sus recelos, los políticos alimentaron la ilusión de que Viola sería el último presidente militar y, en consecuencia, empezaron a trabajar con vistas al retorno de los civiles tras el final de su mandato en 1984.

Tras una serie de intentos previos que no fructificaron, la respuesta de los distintos partidos a la estructura de oportunidades abierta con Viola fue la creación, en

¹⁸⁷ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.310.

¹⁸⁸ La dictadura siempre argumentó contra las críticas que vertían sobre ella que estas formaban parte de una campaña argentina liderada por elementos subversivos que habían logrado salir al exterior. Como explica Canelo, el argumento de la campaña se fue refinando con el paso de los tiempos: así, el escenario pasó a estar protagonizado por “un enemigo “subversivo” radicado en el exterior, dotado de un verdadero “aparato de difusión mundial” que sembraba “la desinformación, cuando no la calumnia deliberada (...) para ofrecer una imagen distorsionada de los hechos” (*La Nación*, 17/11/1977), con el objetivo de destruir el régimen mediante el aislamiento internacional”. Canelo, *op.cit.*, p.133.

¹⁸⁹ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.311.

¹⁹⁰ Bittel trazó una caracterización bastante amable de Viola, al menos en los primeros días de su mandato. Según el chaqueño, el nuevo presidente “dista mucho de la soberbia de sus antecesores y esto abre una perspectiva favorable para el pueblo argentino”. Viola podría así “convertirse en un nexo entre el pueblo y las Fuerzas Armadas”. *Clarín*, 5/4/1981.

julio de 1981, de la llamada Multipartidaria Nacional¹⁹¹. Por iniciativa del radical Balbín¹⁹², el 14 de julio de ese año se reunieron los representantes de la UCR, el PJ, el Partido Intransigente, la Democracia Cristiana y el MID para conformar este polo que pretendía con su acción facilitar la llegada de la democracia¹⁹³. Los políticos supieron aprovechar así la ventana que les abría el relajamiento ofrecido por Viola para crear un espacio propio y unificado desde el cual poder presionar para lograr una salida del régimen.

Con este paso, el peligro de la cooptación oficialista o del aislamiento se tornaba mucho más difícil, a la vez que se mandaba un mensaje a la sociedad de unidad. Pese a todo, no debemos entender a la Multipartidaria, al menos en estos primeros años, como un nudo de oposición frontal al régimen: la moderación de su discurso era evidente y, más que como un enemigo, se concebía a sí misma como un interlocutor del gobierno con el que trabajaría por el objetivo del regreso a la democracia. De hecho, de seguir el análisis expuesto por Joaquín Morales Solá, parecería que la Multipartidaria fue ideada más bien para ofrecer una salida sencilla, digna y sin traumas a los militares. Según el relato de este periodista, publicado poco antes del lanzamiento oficial de la agrupación, “una vez acordadas las condiciones mínimas de la reunión multisectorial [entre los distintos partidos que formarían parte de ella], los dirigentes radicales –se sabe- constituirán un puente de plata con los jefes castrenses, para que se sumen a la iniciativa. Por eso, Ricardo Balbín expresó después de conocido el documento de su partido, que “no se trata de un frente contras las Fuerzas Armadas”¹⁹⁴.

¹⁹¹ Ya a finales de mayo de 1980, los representantes del PJ, el Partido Intransigente, Partido Conseador Popular (PCP) y otros partidos habían firmado juntos un documento que subrayaba la ambigüedad del diálogo propuesto por los militares, lo que demuestra que los contactos intrapartidarios venían realizándose desde tiempo atrás. Según Tcach, el primer paso serio para la gestión de la Multipartidaria como tal se dio a fines de noviembre de 1980, tras una reunión entre Bittel y Balbín. A ella siguió una ronda de contactos entre radicales y otras fuerzas políticas, que germinaría por fin en julio de 1981. Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.65.

¹⁹² Resulta significativo que fuera la UCR, partido que siempre se había mostrado reacio a formar coaliciones, quien impulsara esta iniciativa. No dejaba de ser cierto que ante la debilidad y división del peronismo, el radicalismo aparecía como la organización más estructurada en aquellos tiempos. También los militares habían hecho todo lo posible para convertir a Balbín en su interlocutor privilegiado.

¹⁹³ En el plenario de la Multipartidaria, en representación del peronismo, figuraban Néstor Carrasco, Torcuato Fino, Herminio Iglesias, Rubén Sarbolí, Ramona Amezttoy, Rosaura Isla, Bernardo Montengo, Edgardo Murguía y Blas Caballo. En los meses siguientes otros partidos pretendieron adherirse a la iniciativa, como el FIP, el PCP, Línea Popular, el Partido Comunista y algunas ramas del socialismo. *La Nación*, 12/8/1981.

¹⁹⁴ *Clarín*, 21/6/1981. Desde una perspectiva académica, Palermo y Novaro comparten una opinión similar: “La Multipartidaria no fue pensada como una alianza antiautoritaria, de oposición frontal al

Así, en su primer comunicado de prensa, los miembros de la Multipartidaria anunciaban que daban por iniciada la etapa de transición hacia la democracia, objetivo que consideraban como intransferible e irrevocable¹⁹⁵. Más allá de esta declaración de intenciones, sin embargo, no se realizaba ninguna crítica al régimen (sólo indirectamente se decía que se estaba viviendo “la crisis económico-social más profunda del país”), ni, por supuesto, se hablaba de la rendición de cuentas de los militares por su actuación represiva.

Un mes más tarde, tras los contactos mantenidos con la Iglesia católica, a quien se quería incluir en el núcleo prodemocrático como respaldo legitimante, la Multipartidaria perfiló su propuesta con el documento *Convocatoria al País*. En ella se subrayaba la voluntad de “reconciliación”, en clara sintonía con el vocabulario de la Iglesia, a la vez que se dejaba constancia de los objetivos perseguidos. Entre ellos, que no suponían en realidad una novedad frente a lo reclamado anteriormente, se encontraban reclamos de derechos civiles (retorno de la vigencia de la Constitución, fin de la censura), políticos (normalización de la actividad de los partidos, redacción de un cronograma hacia la democracia) y económicos (programa de emergencia contra la crisis, recuperación del salario real)¹⁹⁶.

La reacción de Viola ante el surgimiento de la Multipartidaria fue timorata. Aprovechando el tono moderado y conciliador del agrupamiento podría haber hecho de ella un apoyo para concretar una salida del régimen amable y de garantías para los militares, que, a fin de cuentas, era el objetivo más plausible ante ese equilibrio de fuerzas. Pero el presidente optó por la indefinición: ni atacó la iniciativa, ni mostró ningún deseo de acercamiento, ni estableció canales fluidos sobre los que entablar la conversación. También es cierto que su espacio era cada vez más reducido, aprisionado entre dos aguas. Ciertamente, la Multipartidaria no ahogaba, pero poco a poco se estaba

régimen militar, sino como una herramienta de negociación, reclamante del retorno a la democracia en un momento de flexibilización política. La amplia mayoría de los dirigentes, enrolados en una posición moderada, eran partidarios de un pacto con el orden militar para guiar el proceso de transición entre un régimen y otro. La meta es la democracia, el punto de partida el orden autoritario y la transición pactada es el puente que permitirá la unión de los dos puntos del recorrido”. Novaro y Palermo, *op.cit.*, pp.264-265.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p.374.

¹⁹⁶ *Clarín*, 29/7/1981. Balbín, enfermo desde hacía tiempo, moriría a comienzos de septiembre de 1981. Lo que podría haber sido un duro golpe contra la Multipartidaria, que perdía así a su cara más visible y reconocida, supondría más bien un nuevo símbolo de la pérdida del control de los militares sobre una sociedad que ya no tenía miedo. Durante su entierro una gran multitud se echó a la calle y entonó cánticos contra la dictadura.

consolidando como un actor imprescindible a la hora de entablar cualquier solución. Por otro lado, se encontraba ante la oposición frontal de los militares duros, que condenaban cualquier tipo de diálogo o apertura con los civiles.

Por supuesto, el surgimiento de la Multipartidaria creó rechazo ante los ortodoxos del régimen. Harguindeguy, por ejemplo, no tuvo reparos a la hora de declarar que “habría otro golpe de Estado si las mayorías [es decir, peronismo o radicalismo] vuelven al poder”¹⁹⁷.

El sector duro no se limitó a realizar contundentes declaraciones, sino que aprovecharía el primer resquicio que halló para apartar a Viola de la presidencia. A comienzos de noviembre, por sorpresa, trascendió que Viola padecía una insuficiencia coronaria que le debía mantener en reposo durante un par de semanas. La noticia, más que anecdótica o personal, tenía un fuerte contenido político en este contexto de máxima soledad y debilidad del presidente. Poco tiempo después, el ministro Liendo asumía interinamente la presidencia, ante una ratificación de la baja que desató todo tipo de rumores sobre las verdaderas razones de la licencia. Las dudas estuvieron bien justificadas: ante la presión de la cúpula militar y la negativa de Viola de abandonar su cargo, la Junta confirmó el desplazamiento de éste a mediados de diciembre, nombrando al general Galtieri como su sustituto por un periodo que concluiría teóricamente en marzo de 1984.

Con el alejamiento de Viola mediante este golpe palaciego, que, pese a todos los formalismos, no pudo evitar exhibir la desunión de los militares frente a la opinión pública, se pondría fin a este ciclo de ocho meses de relativa liberalización, que había sido interpretado por muchos como el inicio de la transición a la democracia. Al contrario, con llegada de Galtieri, se abría una nueva etapa en la que se pretendía regresar a las fuentes extraviadas del *Proceso* y en la que se cancelaría cualquier pretensión de apertura. La apuesta de Viola había sido demasiado tímida y su posición se encontraba demasiado aislada como para que pudiera haber resultado triunfante y hubiera sorteado la presión de los duros. Al final no tuvo la fuerza o la decisión para optar por el dilema que se le había planteado en un inicio: “o se abraza[ba] a los antiguos

¹⁹⁷ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.246. El desprecio de Harguindeguy hacia los partidos tradicionales no era nuevo. Desde un primer momento había defendido que estos no tendrían cabida en el próximo diseño institucional, ya que no tendrían sentido, ni podrían adaptarse a los cambios que operarían los militares. El general sería el principal impulsor del proyecto del MON.

dueños del poder para frenar la campaña desestabilizadora enfrentándose con todos los sectores de la opinión nacional o se enrola[ba] con estos y se enfrenta[ba] con aquellos, para concretar el proyecto del consenso propio”¹⁹⁸. Apostar por la ambigüedad cuando apenas contaba con apoyos sería fatal para sus aspiraciones. Para su consuelo, como veremos con el caso de Galtieri, encastillarse contra la sociedad en un momento de descomposición del régimen, tampoco habría garantizado un buen resultado.

Sin embargo, el hecho de que con Viola se frustrara el intento de una salida negociada del régimen (lo que demuestra que las transiciones no son, en modo alguno, procesos lineales y coherentes) no quiere decir que no se produjeran cambios importantes durante su estancia en el poder: la forma en la que el segundo presidente del *Proceso* fue apartado mostró que la tantas veces repetida cohesión de las Fuerzas Armadas era más un cliché que una realidad. Por otra parte, los políticos habían movido piezas y, con mayor o menor iniciativa y protagonismo, ya no volverían a ser apartados del escenario principal.

2.5 El endurecimiento de Galtieri y la huida hacia Malvinas

Si el fracasado proyecto de Viola había constituido un tímido intento de apertura y de salida pactada al nudo gordiano de la falta de legitimidad del régimen, la solución empleada por Galtieri tomó el ejemplo de Alejandro Magno y consistió en un regreso de la espada. Para su desgracia, el resultado final no le sería tan positivo como el de aquella anécdota histórica. El nuevo presidente trataría de recuperar la autoridad perdida y regresar a los supuestos orígenes del *Proceso* apretando las tuercas del control dictatorial y, más tarde, como huida hacia adelante ante el progresivo aislamiento de los militares, llevando a la guerra al país frente a Gran Bretaña.

El triunfo de Galtieri, el “general majestuoso” del que hablaban las fuentes estadounidenses, supuso, como ya se ha mencionado, la victoria del sector duro de los militares, que ya ni se esforzó en ocultar, al desplazar a Viola, los graves enfrentamientos que resquebrajaban la unidad de las Fuerzas Armadas¹⁹⁹. Unos enfrentamientos que

¹⁹⁸ *Clarín*, 21/6/1981.

¹⁹⁹ El ascenso de una nueva camada de militares duros a la primera línea del poder también tuvo mucho que ver con la política de ascensos y pases a retiro que Galtieri había ido elaborando desde su puesto de

llegaban a ser tan graves como para alcanzar líneas supuestamente intocables, como la del pacto de silencio sobre la lucha antirrevolucionaria. Al respecto, pese a que no tuvo especial trascendencia en su día, dada su escasa credibilidad y su descarado oportunismo, se puede citar el momento en el que Massera desveló que en su etapa de comandante había propuesto a la Junta que se publicaran listas sobre desaparecidos²⁰⁰, dinamitando así el único punto de real consenso que les quedaba a los militares, apostando por la salvación personal²⁰¹.

En medio de un contexto de descomposición del poder autoritario, el plan de Galtieri apuntaba hacia tres direcciones. En primer lugar, se trataba de volver a dotar a la presidencia de la autoridad y poder que teóricamente se habían perdido durante los meses de un Viola presentado como un pusilánime. Que, al igual que en los primeros años de Videla, Galtieri acumulara los puestos de presidente, comandante del Ejército y miembro de la Junta²⁰² hablaba claramente en ese sentido. En segundo lugar, se apostó por una política económica que suponía un retorno a la filosofía liberal de los primeros años, con un ministro de Economía, Rodrigo Alemann, que aplicaría una ortodoxia antiestatista aún más rígida que la de sus predecesores. Por último, en lo que se refiere al proyecto político, como no podía ser de otra manera, quedaba abortado cualquier intento de diálogo o colaboración con los partidos tradicionales y retomaba la idea de una cría del *Proceso*, esta vez sobre la base de los ya existentes partidos de derecha. La idea de Galtieri era, pues, retener el poder en manos de los militares el tiempo necesario para consolidar y nutrir una alternativa afín al pensamiento castrense, que regenerara el panorama político argentino y que hiciera inviable el retorno de la política tradicional.

El nuevo proyecto político era, sin embargo, mucho más sinuoso de lo que podría parecer a simple vista, ya que no cancelaba necesariamente la salida electoral, sino que la condicionaba, quizás de forma ingenua, a ese reaseguro partidario que permitiría

comandante del Ejército. Como describe Canelo, hombres afines a sus posiciones como Trimarco, Alfredo Saint Jean, Nicolaidis o Reston promocionaron sus puestos, mientras que generales más “politicistas”, como Bignone, Bussi o Liendo pasaron a retiro. Canelo, *op.cit.*, p.181.

²⁰⁰ *Resumen*, 58, 16/1/1981.

²⁰¹ Las palabras de Massera provocaron contundentes respuestas por parte de varios militares. Pese a que no tuvieron consecuencias sustantivas, aumentó el nerviosismo de una Junta ya bastante jaqueada en este tema por la acción de las organizaciones de derechos humanos. Fruto de esta presión, el ministro de interior Saint Jean ya admitía en marzo de 1982 (es decir, antes de la debacle de Malvinas) que el gobierno estaba preparando un documento sobre los desaparecidos. *La Nación*, 21/3/1982.

²⁰² La nueva Junta estaba formada por los comandantes Leopoldo Galtieri, Jorge Anaya y Basilio Lami Dozo.

que en el futuro no cambiaran las coordenadas que instauró la dictadura. Por otra parte, pese a su desprecio por los partidos tradicionales, el discurso de Galtieri al respecto resultaba confuso y contradictorio. Su ministro de Interior, Alfredo Saint Jean afirmaba sobre el diálogo político que “no se ha interrumpido de ninguna manera, ni con los hombres de la primera línea ni de otros niveles de los distintos partidos políticos”²⁰³. Para no caer en el más absoluto aislamiento y como forma de desconcertar a los políticos, imposibilitando una acción común y coherente, se seguía prometiendo que se redactaría un estatuto de los partidos y un cronograma electoral²⁰⁴ y se mantenían contactos con los sectores más conservadores del justicialismo, los encabezados por Raúl Matera y el exgobernador correntino Julio Romero, a quienes pretendía incluir en su estrategia.

Ese doble rasero tanto por parte de Galtieri como por parte del justicialismo era posible, entre otras cosas, porque el peronismo de esos primeros meses de 1982 seguía ofreciendo una complejísima imagen de fragmentación. Las divisiones eran múltiples y recorrían debates como el papel de Isabel en el partido, la oposición a la dictadura o los criterios de reorganización del partido, mientras que los distintos reagrupamientos eran fluidos, más atentos al tacticismo que a posiciones principistas²⁰⁵.

Iniciando un repaso de sus figuras claves, Deolindo Bittel, desde su puesto de vicepresidente del partido, podía presumir de un gran crecimiento y, como uno de los líderes de la Multipartidaria, era quizás la cara más visible hacia la sociedad. Pero la posición de Bittel era mucho más discutida de lo que podría pensarse y, más allá de su provincia del Chaco, no tenía un aparato propio sobre el que asentarse. Contaba con el apoyo crítico de figuras importantes e históricas del partido, como Robledo, Unamuno, Luder, Cafiero o Saadi, pero la coordinación entre personalidades y talentos tan diferentes resultaba problemática y no faltaban quienes quitaban legitimidad al puesto del chaqueño. A fin de cuentas, la presidenta del partido seguía siendo Isabel, por mucho que cada vez diera más señales de su escaso interés por la política.

²⁰³ *La Nación*, 16/1/1982.

²⁰⁴ Desde *Clarín*, compartiendo el optimismo de una apertura política, se vaticinaba que “este año se produciría el levantamiento de la “veda” a las actividades políticas dispuesta en 1976 y se sancionaría el estatuto de los partidos políticos para permitir a las agrupaciones reorganizarse”. *Clarín*, 18/1/1982. Por otra parte, el ministro de Interior llegó a asegurar también que el Gobierno “no instrumentará ningún movimiento de opinión nacional”. *La Nación*, 22/1/1982.

²⁰⁵ Para este breve panorama del justicialismo a comienzos de 1982 nos hemos basado en la información disponible en *Clarín*, 28/2/1982.

Isabel era precisamente uno de los puntos de fricción entre los peronistas. Existía una minoría de llamados ultraverticalistas, que la consideraban jefa indiscutida del movimiento y trasladaban a su figura el carisma y el ascendente de Perón²⁰⁶. La inmensa mayoría acataba por su parte la presidencia de Isabel, pero la entendía más como un cargo honorífico que ejecutivo, concebido para reinar, pero no para gobernar. Y existía, por último, otra minoría que se asumía como antiverticalista y que pretendía la reorganización del partido sobre nuevas bases. En este sector se inscribía, casi en solitario, el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria liderado por Raúl Matera²⁰⁷, cuyas posiciones, por lo demás, resultaban cuanto menos contradictorias: por un lado era el principal adalid de la democracia interna para renovar la conducción del peronismo²⁰⁸, mientras que al mismo tiempo mostraba explícitamente su buena sintonía con Galtieri²⁰⁹.

En la constelación justicialista existían otras agrupaciones situadas más allá del clivaje verticalismo/antiverticalismo; como la Liga de Gobernadores, liderada por Eloy Camús (antiguo gobernador de la provincia de San Juan), que, levantando los principios del federalismo y reclamando mayor atención para el interior, tenía fuerza especialmente en San Luis y Mendoza. Los antiguos miembros de Guardia de Hierro iban poco a poco reorganizándose y tendrán importancia en el futuro, mientras que las posiciones más duras y más izquierdistas eran asumidas por la Intransigencia y Movilización de Vicente Saadi y Nilda Garré. Por su parte, Julio Romero, desde su exilio en Paraguay, mantenía muy buenos contactos con Galtieri y estaba bien situado en la carrera del justicialismo si

²⁰⁶ Entre estos ultraverticalistas se encontraban personajes cercanos a Isabel, como Juan Labaké, Lázaro Roca y Humberto Martiarena. Carlos Menem en estos años también mantenía muchos contactos con estos sectores. Como organización, era un espacio todavía poco estructurado, basado ante todo en lealtades personales. Pese a que la mayoría de estas figuras no profesaban precisamente un pensamiento de izquierda, en sus declaraciones eran críticos contra la dictadura.

²⁰⁷ El Movimiento de Reafirmación Doctrinaria fue creado en 1978 y entre sus miembros se encontraban Osella, Iturbe, Serú García, Tercera del Franco, Delia Parodi y Luis Rubeo.

²⁰⁸ Matera y su línea tenían la voluntad de “bregar por la democratización del movimiento consagrando conducciones representativas e idóneas surgidas de la libre voluntad de los adherentes”. *Clarín*, 28/2/1982.

²⁰⁹ Tras la reunión que mantuvo la línea con Galtieri, Matera describiría al presidente como “un hombre sumamente dispuesto a buscar soluciones, un hombre ejecutivo, un hombre apasionado”. A la cita acudieron también Enrique Osella Muñoz, Rodolfo Tercera del Franco, Rafael Jornet, Juan Carlos Lorenzo y Luis Rubeo. *Clarín*, 11/3/1982. Serú García, otro de los integrantes de la línea, incluso se había mostrado a favor de que los peronistas participasen en el gobierno. *La Razón*, 29/5/1981. En realidad, esta postura colaboracionista o, como mínimo, amable con la dictadura era independiente de la relación con Galtieri: Osella Muñoz y Rubeo ya participaron en una cena de agasajo a Viola.

los vientos llevaban al partido hacia la derecha²¹⁰. Y, por supuesto, fuera del partido, pero ejerciendo una crucial influencia sobre él, se encontraba Lorenzo Miguel y el sindicalismo peronista, dividido en múltiples grupos, pero al mismo tiempo ofreciendo la organización más desarrollada del movimiento.

Regresando a los planes de Galtieri, a pesar de la voluntad restauradora de éste, resultaba obvio que la situación de 1982 era muy diferente a la de 1976 y remontar la situación para unos militares cada vez más aislados y criticados se antojaba una empresa hartamente complicada, por mucha represión y dureza que se pretendiera utilizar. Los supuestos logros de la dictadura quedaban ya muy lejos en el tiempo para una sociedad que cada vez sentía como más incomprensible un aparato represivo tan desproporcionado y sufría con más rigor los efectos de la crisis económica tras los años de la *plata dulce*.

Desgastada por tantos años de dictadura e insensible ante unos movimientos políticos que se realizaban de espaldas a ella, la sociedad acogió con poco entusiasmo el relevo presidencial: “menos de un centenar de personas se reunieron frente a la casa de Gobierno para aplaudir al nuevo presidente Galtieri cuando este asumía su cargo. En general, la gente de la calle reaccionó con una absoluta indiferencia ante el nuevo cambio de gabinete”²¹¹.

Si la indiferencia se apoderaba del común de los argentinos, el endurecimiento de Galtieri, por lo que respecta a los políticos, lejos de calmarlos y arrinconarlos, espoleó su actividad y sentido crítico²¹². Como señalaban en *La Nación*: “La falta de receptividad que la Multipartidaria, como tal, encontró en los niveles oficiales, provocó también un endurecimiento en sus dirigentes, aún en aquéllos que apoyaban abiertamente el diálogo

²¹⁰ Más allá de ambiciones personales, para Tcach, estos acercamientos de algunos peronistas a los militares, de los que también participó el financiero Jorge Antonio, tenían que ver también con ciertas concepciones políticas tradicionales del justicialismo: “reflejaba la vitalidad de la cultura política pretoriana en el interior del peronismo. Expresaba, asimismo, una percepción favorable a la viabilidad de un nuevo entendimiento entre ejército y pueblo”. Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p. 71.

²¹¹ *Resumen*, 57, 22/12/1981. Desde *La Nación*, por su parte, no creían que “el solo reemplazo del Presidente de la República implique una solución, pues el país se debate entre incertidumbres mucho más complejas que las presumibles en un mero conflicto entre militares”. *La Nación*, 22/12/1982.

²¹² En realidad, la primera reacción de los políticos, como Bittel, fue la falta de entusiasmo ante la nueva coyuntura. *El Bimestre*, 1, 22/12/1981.

con el Gobierno (...). Para la mayoría de los dirigentes –según pudo saberse- finalizó el tiempo de las palabras y ha llegado el de la movilización”²¹³.

La reacción ante la nueva filosofía y el doble discurso castrense tuvo su consiguiente reflejo en el discurso de la Multipartidaria. Poco antes de la asunción del nuevo presidente, el 16 de diciembre de 1981, la agrupación difundiría un nuevo documento titulado *Antes que se tarde*²¹⁴. En él, los políticos vuelven a presentarse como una alternativa global ante lo que consideran un régimen agotado, pero siguen concibiéndose como referentes de un espacio de diálogo en el que no excluyen a las Fuerzas Armadas²¹⁵. El paso más importante y diferenciador respecto a los documentos anteriores es que, por primera vez, se subraya la importancia del problema de los desaparecidos. Se hablaba en él de que existen “miles de desaparecidos cuyos destinos se ignoran” y se sostenía así que “esta lacerante situación hace necesaria una explicación oficial a los familiares y al país”²¹⁶. Un mes más tarde, a finales de enero de 1982, ya con Galtieri en la presidencia, el discurso multipartidario se volvería más áspero y agresivo. La agrupación había crecido mucho en ese tiempo, tanto en organización (poco a poco se iba extendiendo por las provincias) como en prestigio²¹⁷, por lo que sus reivindicaciones podían ser mayores y pronunciarse con mayor confianza. En *La paz tiene precio, es la Constitución Nacional*²¹⁸, los políticos anunciaban el comienzo de su movilización y declaraban que “tenemos derecho a resistir. Nos ponemos en marcha en defensa de nuestro patrimonio histórico. El Gobierno debe rectificarse o la República acentuará su decadencia”²¹⁹.

²¹³ *La Nación*, 22/12/1982.

²¹⁴ Extractos del documento pueden encontrarse en la edición de *Clarín* del 17/12/1981.

²¹⁵ En sus propias palabras: “Llamamos a todos los integrantes de la Nación sin excluir a las Fuerzas Armadas”. *Clarín*, 17/12/1981.

²¹⁶ El aumento del tono crítico del propio Bittel sobre esta cuestión también quedaría reflejado en estas declaraciones: “Es esa una llaga abierta y sangrante. El gobierno militar debe asumir la responsabilidad y dar cuenta de los destinos de los ciudadanos cuyo paradero desconoce. Ningún gobierno civil puede asumir el poder si los militares previamente no resuelven esta situación”. *Resumen*, 60, 7/2/1982.

²¹⁷ Como explica Tcach, la Multipartidaria contó desde entonces con el apoyo del secretario general de la OEA, Alejandro Orfila, y con el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez. Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.68.

²¹⁸ Los aspectos esenciales del texto pueden consultarse tanto en la edición de *Clarín* como en la de *La Nación* del 21/1/1982.

²¹⁹ Por supuesto, la reacción de Galtieri ante el nuevo documento de la Multipartidaria no fue positiva. Según Morales Solá, el presidente “lo encuentra duro, a veces injusto, y lo ve sobre todo como una traba seria en la perspectiva de un futuro acercamiento”.

Sin embargo, pasar del discurso a la acción era una tarea en principio más compleja. Como en cualquier grupo político (y más todavía en uno que aglutinaba tradiciones tan diferentes), la unanimidad no dejaba de ser una quimera y se daban en la Multipartidaria diferentes concepciones sobre el curso a llevar a cabo. La idea de una movilización generalizada había ido dividiendo a los participantes del polo democrático, entre un sector duro (formado por el PI y sectores del peronismo, de la DC y la UCR²²⁰) que apostaba vivamente por una acción más directa, y un sector moderado (en el que se incluía a la mayoría del justicialismo y el radicalismo) que prefería abrir un compás de espera ante un gobierno que sólo parecía ofrecer más represión y que se sentía cómodo apostando al desgaste progresivo del régimen²²¹.

Finalmente, el plan de movilización, que correría paralelo al programado por la CGT, se llevaría a cabo. Su filosofía no sería la de la ruptura total, ni sus actos estuvieron signados por la radicalización (quizás porque tenían muy presentes las lecciones de 1973), pero su puesta en marcha suponía un gran paso y una muestra de reafirmación tras tantos años de prohibiciones. En ese sentido, el primer acto realizado por la Multipartidaria tendría lugar en Paraná a fines de marzo y reuniría a poco más de 5000 personas²²², cifra que posiblemente no suponía un desafío inquietante para el régimen, pero que reafirmaba que, pese a los intentos de Galtieri por reconstruir la autoridad militar, la sociedad iba perdiendo el miedo. Algo que volvería a expresarse el jueves 18 de marzo, cuando la tradicional ronda de las Madres en la pirámide de Plaza de Mayo estuvo acompañada, por primera vez, con la presencia de unos 3000 participantes²²³.

El clímax de esta fase de movilizaciones llegaría con la concentración en la Plaza de Mayo, convocada por Ubaldini y la CGT-Brasil para el 30 de marzo bajo el lema “Pan, paz y trabajo”. El acto, que no fue convalidado por la Multipartidaria, en un claro ejemplo de las contradicciones y el tono moderado que la caracterizaba por encima de

²²⁰ Entre los sectores justicialistas que defendían la movilización habría que destacar al liderado por Saadi, que aglutinaba a los sectores de izquierda del movimiento. Dentro del radicalismo, la figura más destacada en este sentido sería la de Raúl Alfonsín, quien empujaba a iniciar actos de “movilización y resistencia popular”. *La Nación*, 5/2/1982.

²²¹ Canelo, *op.cit.*, p.185.

²²² *La Nación*, 20/3/1982.

²²³ Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.69. La peronista Nilda Garré, de la línea Intransigencia, estuvo presente en la ronda.

todo, fue duramente reprimido por la dictadura, con casi 2000 detenidos, incluido el propio Ubaldini²²⁴.

Galtieri se encontraba, pues, ante una paradoja: había forzado su llegada al poder, rompiendo de raíz las propias reglas del *Proceso*, para cortar el renacer de la sociedad civil, que creía provocado por la pusilanimidad de Viola. Sin embargo, con su actitud dura obtuvo una efervescencia opositora todavía mayor. A pesar del talante todavía comedido de la Multipartidaria, que aún ofrecía una salida negociada, la facción dura de los militares se había empeñado en enrocarse de espaldas a la sociedad. Ante su aislamiento, casi autopropiciado, y su rapidísimo desgaste, las soluciones que les quedaban a los uniformados eran reducidas: el pacto con los políticos no podía aparecer como sincero y no dejaba de ser una perspectiva abominable para los duros, mientras que una mayor represión resultaba ya poco útil y sólo serviría para aumentar su soledad política.

En ese momento, con casi todas las cartas perdedoras en su mano, Galtieri jugó a todo o nada con una apuesta entre audaz y temeraria: la invasión de las islas Malvinas. Embarcarse en un conflicto internacional, ante un enemigo tan poderoso como eran los británicos, en un momento de debilidad política, podría parecer y era una locura, pero se trataba de una estrategia mucho menos improvisada de lo que podría pensarse y, en un principio, de salir bien, podría elevar el crédito político de Galtieri hasta límites inimaginables.

La causa Malvinas, islas en manos británicas desde 1833, era el símbolo más importante del nacionalismo irredentista argentino y contaba con un gran arraigo popular, por lo que se descontaba que su toma iba a contar, como así fue, con la aprobación de la inmensa mayoría de la sociedad. Por otra parte, ante la falta de legitimidad que venían arrastrando los militares, su éxito en el área específica de su competencia repararía, con creces, su imagen: más todavía cuando se aseguraba que, por una simple cuestión de coste/beneficio y de lejanía, no habría una respuesta bélica por parte de los británicos. Además, desde un punto de vista práctico, se especulaba con las posibles riquezas que albergaban las islas, tanto en petróleo como en otros recursos como el krill. Por lo tanto, como señalan Novaro y Palermo, “la idea de recuperar las

²²⁴ *El Bimetre*, 2, 31/3/1982.

Malvinas no era en absoluto artificial ni circunstancial, era un proyecto de larga data, sustentado en motivaciones sinceras del régimen militar, que se descontaba que contaría con un amplio respaldo civil”²²⁵. De hecho, como documenta Yofre, los planes de operativos sobre Malvinas venían discutiéndose y evaluándose desde hacía mucho, tomando un gran impulso desde la llegada de Anaya a la comandancia de la Marina²²⁶.

La intención de tomar Malvinas sentaba las bases de una nueva legitimidad y un nuevo consenso para el régimen, un nuevo pacto fundante, por el que el *Proceso* ya no sería recordado por su brutal represión y su insolidario manejo de la economía, sino como el periodo que trajo la paz contra la subversión y en el que se recuperó el ansiado territorio perdido de la Patria. Si ésa era la intención del nuevo relato, Galtieri y los militares que le acompañaron en la aventura podían sentirse realmente satisfechos con las primeras líneas de su obra. Si el 30 de marzo de 1982 la Plaza de Mayo había sido el escenario de numerosos altercados durante la represión de la marcha sindical, apenas tres días más tarde, cuando la toma de las Islas era ya un hecho que no había acarreado apenas contratiempos, el centro neurálgico de Buenos Aires se llenaba con una multitud que vivaba a Galtieri y le pedía que saliera al balcón²²⁷. Era, sin duda, el triunfo del nacionalismo, que desplazaba contundentemente a la democracia como prioridad en la sociedad. Y ese desplazamiento afectaría, cómo no, también a los partidos políticos.

El debate llegó a la CGT, desde la que Lorenzo Miguel y Diego Ibáñez lanzaron una nueva marcha sindical a Plaza de Mayo como muestra de apoyo a la causa Malvinas; algo que, por supuesto, suscitó la indignación de Ubaldini o Ricardo Pérez, que acababan de ser liberados tras ser detenidos en la concentración de apenas unos días atrás²²⁸. En cambio, en los partidos, por lo general, existía un consenso de aprobación por la actuación militar. Bittel declararía que la toma de las Islas “nos une a todos los

²²⁵ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.412.

²²⁶ Yofre, *op.cit.*. Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy también relatan cómo ya en 1977 Anaya, a instancias del entonces almirante Massera, elaboró un plan para ocupar las Islas. Más concretamente, estos autores sitúan el origen de los preparativos para la guerra en el 15 de diciembre de 1981, cuando Anaya encarga Juan José Lombardo, comandante de Operaciones Navales, la redacción de un plan de desembarco en las Malvinas. Cardoso, Oscar; Kirschbaum, Ricardo y Van der Kooy, Eduardo: *Malvinas: la trama secreta*. Barcelona: Planeta, 1985, pp.9-11.

²²⁷ En su discurso, Galtieri usó Malvinas como nuevo vínculo entre el pueblo y las Fuerzas Armadas: “Yo les agradezco en nombre de los tres Comandantes de las Fuerzas Armadas que son de ustedes, las Fuerzas Armadas pertenecen al pueblo de la Nación, esta manifestación de sentimiento y de alegría que hoy todo el pueblo argentino comparte después de 150 años de lamentable claudicación”. Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.295.

²²⁸ *La Nación*, 3/4/1982. Ambos, como muchos otros, habían sido rápidamente liberados por el gobierno como forma de ganar adhesiones a su causa.

argentinos, y nos llena de alegría, porque en definitiva es la reivindicación histórica de algo que es nuestro toda la vida”²²⁹. Por su parte, la Multipartidaria expresó su “total apoyo y solidaridad” a “todas las medidas conducentes a la consolidación de la soberanía argentina”²³⁰ y, en consecuencia, suspendió todos los actos programados de su campaña de movilización²³¹.

La efectiva presión que venía realizando el polo prodemocrático para lograr la salida de los militares del poder se diluyó así, casi de forma inmediata, bajo el efecto Malvinas. Los políticos caminaron en esa etapa de la mano del gobierno, apoyando y convalidando sus acciones sin apenas atisbo de crítica, insuflando vida y legitimidad a un *Proceso* que parecía languidecer y otorgando crédito a la arriesgada apuesta de Galtieri. En la asunción del general Mariano Benjamín Menéndez como gobernador militar de las Islas estuvieron presentes, por ejemplo, políticos peronistas como Bittel o Robledo²³², así como sindicalistas como Ubaldini y Triaca. Al mismo tiempo, varias figuras del partido participaron en misiones internacionales en las que tenían la tarea de explicar y argumentar en el exterior las posiciones de la causa argentina²³³.

Es cierto que la postura de los partidos, precisamente en su punto álgido de acorralamiento al régimen, puede parecer y era una claudicación ante la nueva jugada de la dictadura. No obstante, no hay que perder de vista que el nacionalismo y, por extensión, la causa Malvinas estaban fuertemente cimentados en su pensamiento, como en el de toda la sociedad, por lo que no extraña demasiado su apoyo casi unívoco a la acción. Precisamente por ese arraigo popular, el espacio de decisión con el que contaban los políticos era bastante exiguo. Como relata Tcach: “Algunos políticos sospechaban la posibilidad de una catástrofe, pero una buena dosis de pragmatismo no fue ajena a sus

²²⁹ *La Nación*, 3/4/1982. Bittel añadiría que “esto reconforta a la ciudadanía argentina por cuanto es el ejercicio de nuestra soberanía política y puede ser el comienzo de una aspiración nacional como es el de recuperar nuestra soberanía económica”. *El Bimestre*, 2, 3/4/1982. Un poco más tarde, en una reunión de Saint Jean con los políticos, los peronistas hicieron llegar al ministro de Interior “la solidaridad del peronismo en esta actitud del gobierno de recuperar la soberanía en las islas Malvinas”. *El Bimestre*, 2, 6/4/1982.

²³⁰ *La Nación*, 3/4/1982.

²³¹ El PJ justificaba así, una vez empezada la guerra, el paréntesis que se abría con el conflicto: “en las actuales circunstancias por una razón de elemental prudencia y patriotismo, es necesario observar una actitud responsable, evitando declaraciones y cuestiones que, pese a su importancia, requieren el momento adecuado para su sostenimiento”. *La Nación*, 3/5/1982.

²³² En realidad, se dieron cita en dicho acto políticos de los más importantes partidos argentinos, como Carlos Contín (UCR), Francisco Cerro (DC), Ismael Amit,...

²³³ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.296. Por ejemplo, Vicente Saadi se desplazó a México con esa misión, mientras que Antonio Cafiero y Carlos Corach lo hicieron a EEUU.

cálculos. Acaso, en el supuesto de un repudio frontal a la guerra, ¿era difícil imaginar hordas multitudinarias arrasando o quemando las sedes de los partidos traidores a la patria? En el clima de euforia popular nacionalista de aquellos días, era una posibilidad previsible²³⁴.

Por supuesto, el apoyo de la clase política a los militares no era tan mecánico como para suponer llanamente la adhesión total. Por mucho entusiasmo que siguiera desatando la toma de las Islas, era imposible olvidar los perjuicios que había acarreado y seguía causando un régimen que hasta el 2 de abril parecía a la deriva. Además, el peligro de aparecer con una propuesta idéntica a la dictadura y de ser cooptados por ésta regresaba de esta manera de nuevo. Como muestra de que ese apoyo a Malvinas no llevaba aparejado necesariamente un aval irrestricto a Galtieri, en una concentración en la Plaza de Mayo organizada por las dos vertientes de la CGT, en las que se llegó a reunir a unas 10000 personas, junto a cantos contra los británicos, se escucharon muchos otros contra el presidente y contra la dictadura²³⁵. En esa línea se inscribirían también las palabras de Bittel cuando afirmaba que el apoyo a la recuperación “no significa una adhesión al gobierno, con el que nosotros seguimos manteniendo profundas discrepancias (...). Creemos que el gobierno de las Fuerzas Armadas tiene que pensar seriamente en que esta circunstancia que ha vivido el país no es motivo para retomar la institucionalización”²³⁶.

En esa tesitura, tanto Bittel como muchos otros peronistas debieron realizar un verdadero encaje de bolillos para poder justificar su simultáneo apoyo a Malvinas y su oposición a la dictadura. Como ejemplo de ello, en un documento justicialista que surgió como fruto de un encuentro en el que participaron, entre otros, Bittel, Unamuno, José María Rosa y Ricardo Pérez, la clave sobre la que descansaba tal entramado argumental se encontraba en el concepto peronista de soberanía. Para ellos, según afirmaban, las Malvinas eran “indiscutiblemente argentinas, por razones históricas, jurídicas y geográficas” y su toma “constituye un acto ejemplar de soberanía y por eso ha sido aprobado sin reservas por el pueblo todo”. Sin embargo, desde la perspectiva de la Tercera Posición justicialista y la teoría de la dependencia, la soberanía territorial era sólo

²³⁴ Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.75.

²³⁵ Se escucharon consignas como “Malvinas sí, Proceso no”, “Galtieri, presta atención: las Malvinas, argentinas, y el pueblo de Perón”. *Resumen*, 65, 26/4/1982.

²³⁶ *Resumen*, 65, 16/4/1982.

una cara de la moneda de la soberanía total, que también incluía la libertad y la justicia social. Así, la lucha por Malvinas y la lucha por la democracia suponían, en su discurso, dos dimensiones inseparables de la soberanía²³⁷.

El dilema planteado por Galtieri suscitó, por tanto, un duro debate en el interior de la Multipartidaria, que fue más allá de la adhesión incondicional; como también lo hizo la cuestión de qué sucedería tras la guerra. Los más duros entre los políticos reclamaban la llamada a elecciones para el año siguiente. Por ejemplo, Alfonsín, una de las pocas voces críticas de la aventura malvinense, proponía, para la posguerra, un gobierno civil de transición, que estaría encabezado por el expresidente Illia. En el peronismo, por su parte, parecía prevalecer la idea de una transición conducida por los civiles, pero cuya conclusión fuera concertada entre las Fuerzas Armadas, los políticos y ciertos sectores sociales²³⁸. Ésta era una idea que también circulaba entre los pasillos militares, que empezaban a ver con buenos ojos una salida negociada que les garantizara la conservación de sus privilegios: conforme el desarrollo de la guerra fuera tornándose más negativo, los uniformados buscarían cada vez más el apoyo de los políticos para compartir el coste de una probable derrota.

Pero antes de ese desenlace lo cierto es que Galtieri estaba ganando claramente la batalla por la legitimidad. Más allá de algunas voces críticas, los políticos y la sociedad se habían sumado entusiastamente a la causa de Malvinas. Desgraciadamente para el presidente, la guerra real, la que se inició el 1 de mayo, se deslizaba cada vez con más fuerza hacia el lado británico. Cuando éstos decidieron responder militarmente, la idea de una operación limpia y corta, en la que sólo habría que negociar ante los hechos consumados, se esfumó²³⁹. De esa manera, los argentinos se encontraron de repente con que tenían que hacer frente a uno de los mayores ejércitos del mundo con una estrategia y unos medios improvisados.

²³⁷ El documento se puede encontrar en *Resumen*, 68. El acto se celebró el 29/4/1982.

²³⁸ *La Nación*, 3/5/1982.

²³⁹ Ni Galtieri ni el resto de militares que ideó la operación esperaba una respuesta armada británica. Así lo confesó el presidente en una famosa entrevista a la periodista italiana Oriana Fallaci durante los primeros días de la guerra: “Le diré que si una reacción británica nos parecía posible, nunca llegamos a verla como una probabilidad. Personalmente, yo juzgaba escasamente posible una respuesta británica y totalmente improbable. De todas formas, yo nunca esperé una propuesta tan desproporcionada. No la esperaba nadie”. *El Porteño*, 8, agosto 1982, p.7.

Nefastos en sus cálculos militares, Galtieri y su círculo también se movieron torpemente en el escenario diplomático: pese a que las relaciones con Reagan y la dictadura habían mejorado, el hecho de que los argentinos se presentaran como agresores contra su principal aliado volcó a los estadounidenses hacia el lado británico. El resto de países europeos, salvo alguna excepción como la española, también se posicionó respaldando a Thatcher, y si bien Argentina pudo contar con el apoyo del resto de América Latina (a excepción de Chile), éste no pasó de lo declamativo²⁴⁰.

La disparidad de fuerzas era, pues, grande, pero la negligencia de las Fuerzas Armadas argentinas anuló cualquier posibilidad de victoria. Como relatan Novaro y Palermo: “a lo largo del conflicto, no existió del lado argentino nada que se asemejara pálidamente a un mando militar unificado; la autonomía de las fuerzas y la fragmentación de las decisiones se trasladaron inmediatamente a la acción militar. Este problema no podría haber sido resuelto de un día para otro, pero tampoco existieron intentos, posteriores al 2 de abril, de encararlo”²⁴¹.

Tras una serie de violentos combates²⁴² y la toma británica de Port Stanley, el 14 de junio, apenas mes y medio después de haberse iniciado la guerra, se consumaba la rendición de las Fuerzas Armadas argentinas y, con ella, la última esperanza de supervivencia para Galtieri. Su aventura a todo o nada, para colmo mal preparada²⁴³, había acabado en una debacle que arrastraba al abismo cualquier atisbo de legitimidad para el régimen y para los militares. El “general majestuoso”, que venía a recuperar las raíces perdidas del *Proceso* y a reencauzar con mano firme la autoridad militar, debió retirarse entre el escarnio y la indignación de una sociedad que había compartido con él la euforia inicial, pero que se sintió terriblemente insultada cuando descubrió, justo

²⁴⁰ Como dato definitorio de sus erróneos cálculos diplomáticos, según el *informe Calvi*, el informe militar sobre Malvinas, el ministro de Exteriores argentino contaba con que en el Consejo de Seguridad de la ONU la votación le sería favorable con nueve votos a favor frente a siete y que, pasara lo que pasara, contaría con el veto a su favor de la URSS y China.

²⁴¹ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.454.

²⁴² Palermo y Novaro cuentan hasta 1200 bajas, entre muertos y heridos, en el ejército argentino. Dicho número puede no parecer muy grande en términos absolutos, pero sí lo era en relación al escaso número de efectivos que se trasladaron a las Islas. *Ibidem*, p.456.

²⁴³ Como señala Canelo, “la derrota en Malvinas había hecho trizas la ilusión de las Fuerzas Armadas en torno de su propia preparación profesional, alimentada en el pasado cercano por la desquiciada “victoria” alcanzada en la “lucha contra la subversión”. El conflicto bélico había revelado la desastrosa situación profesional de los militares argentinos en materia de modernización, aprovisionamiento, sofisticación tecnológica, estrategia militar y coordinación interfuerzas”. Canelo, *op.cit.*, p.105.

cuando la derrota era ya irreversible, que había sido manipulada por una propaganda que les aseguraba la victoria²⁴⁴.

El 18 de junio, Galtieri se veía obligado a renunciar a la presidencia, tras apenas medio año al mando y en medio de una crisis irreversible, que atravesaba lo político, lo económico, lo social y lo militar. Sería reemplazado por el general Bignone, con quien empezaría el proceso de transición a la democracia propiamente dicho: no podía ser de otra forma, ya que, tras Malvinas, la partida ya estaba irremediadamente perdida para los militares. Sin embargo, por extraño que pareciese, las Fuerzas Armadas todavía contarían con fuerzas y recursos para luchar para que su marcha del poder tuviera las mayores garantías posibles. En las próximas páginas describiremos así el periodo de este último presidente de facto, en un relato marcado por los distintos equilibrios que se dieron en el enfrentamiento que éste debió sostener simultáneamente tanto con la oposición civil como con sus rivales intramilitares.

2.6 El periodo de Bignone: negociando una salida

El general Reynaldo Bignone sería el último presidente del *Proceso*²⁴⁵. Ante él se planteaba un enorme reto que supo resumir el periodista Joaquín Morales Solá: “¿qué hacer con la Argentina que perdió una guerra y qué hacer en su último y triste tramo con un proceso que repartió esperanzas a manos llenas durante un lustro estéril?”²⁴⁶. Al asumir, Bignone era plenamente consciente, agotados ya todos los recursos utilizados por los militares, de que su misión consistía en dirigir el proceso que llevaría a la celebración de elecciones en un plazo inferior a dos años. No obstante, el camino hacia

²⁴⁴ Según Tcach, el titular de *La Prensa* del 10 de junio de 1982 afirmaba que “son muy graves las pérdidas causadas al invasor inglés”. El mismo 14 de junio se rotulaba así: “Malvinas: hay consolidación de la defensa y reagrupamiento”. Tcach, “Partidos políticos...”, *op.cit.*, p.75. De hecho, se tardó varios días en utilizar la palabra “rendición”, siendo sustituida por eufemismos como “tregua” o “alto el fuego”. Tras el anuncio de la capitulación por parte de Galtieri se produjeron violentos incidentes en Buenos Aires. En la Plaza de Mayo se reunieron unos diez mil manifestantes que corearon consignas contra la dictadura y que fueron disueltos por la policía con un saldo de centenares de heridos. *El País*, 16/6/1982.

²⁴⁵ Reynaldo Bignone, que por entonces contaba con 56 años, había iniciado su carrera militar en 1947 y era un hombre de fuertes convicciones católicas. No especialmente amigo de Galtieri, ya que este había ordenado su pase a retiro, siempre había mantenido buenas relaciones, no sólo políticas, con Videla y había apoyado la política económica de Martínez de Hoz. Desde 1980 se desempeñaba como comandante de los Institutos Militares, hasta que en diciembre de 1981 fue pasado a retiro en el contexto del golpe palaciego que apartó a Viola. Anteriormente, había ejercido el cargo de secretario general del Estado Mayor del Ejército.

²⁴⁶ *Clarín*, 29/8/1982.

las elecciones no estaba escrito de antemano y tendría un desarrollo incierto y ambiguo, fruto de las debilidades de sus protagonistas. Como acabamos de ver, la transición argentina será en gran parte producto de un colapso de la autoridad militar, que implosionó de forma definitiva con la derrota en Malvinas: tras ella, desprestigiados ante la sociedad y fuertemente divididos, los militares debieron olvidar rápidamente cualquier intento de perpetuar el régimen.

No debemos ver, por tanto, a Bignone y su equipo como una nueva hornada de militares convencidos de las bondades de los valores democráticos. Más bien, se concebían a sí mismos como los gestores de una crisis de la que sólo cabía salir con los menores daños posibles y en la que las elecciones eran la solución menos perjudicial. Las declaraciones del nuevo ministro de Interior, Llamil Reston²⁴⁷, en mayo de 1983, dejaron claro que la marcha del poder sólo se realizaba a regañadientes: “Hasta 1980 el régimen venía muy armadito, teníamos el propósito de darle una descendencia. No hay dudas de que se han presentado situaciones no queridas que nos obligaron a apurar algunos pasos, como éste del acto electoral, que la Junta actual lo recibió como una imposición de la Junta que se fue”²⁴⁸. A pesar de ello, los militares eran ya conscientes de que continuar en el poder en medio del general rechazo (ejemplificado en las palabras de un Alfonsín que afirmaba que “las Fuerzas Armadas no merecen este destino (...) y el país no merece este gobierno”²⁴⁹) sólo iba a conseguir que sufrieran un mayor desgaste.

Pero, paradójicamente, el vacío de poder dejado por las Fuerzas Armadas no sería ocupado rápidamente por los políticos, quienes, fuera por miedo (no debemos olvidar que los militares seguían teniendo en su mano la totalidad del aparato represivo), por sus divisiones o por simple cálculo, cedieron la iniciativa a los uniformados. No veremos, por tanto, en este proceso ni actos heroicos, ni movilizaciones radicalizadas, ni

²⁴⁷ Reston pertenecía a la promoción 76 del Colegio Militar, la misma que compartieron Bignone, Nicolaidis o Bussi. El que sería el último ministro de Interior militar tuvo un papel importante en la caída de Galtieri y realizó más de una declaración que exasperó a los políticos. Su designación como ministro tampoco sería fruto de la unanimidad: eran varios los que optaban por la continuidad de Saint Jean, pero el apoyo de Nicolaidis y de otros ocho generales decantó la balanza a favor de Reston. En realidad, Reston no poseía un perfil de gestión política muy destacado, aunque había ocupado la Secretaría General del Ejército (algo así como la asesoría política del comandante) entre 1973 y 1974. Fue también ministro de Trabajo entre 1979 y 1980.

²⁴⁸ *El Bimestre*, 9, 12/5/1983.

²⁴⁹ *El País*, 16/6/1982. Alfonsín en realidad encarnaba una de las expresiones más duras de los políticos, que, en su mayoría, no usarían un lenguaje tan directo en sus críticas a los militares. En las mismas páginas, Carlos Contín, por ejemplo, también de la UCR, de la que era su presidente, afirmaba que “a las Fuerzas Armadas, vencedoras o con un revés en las islas Malvinas, las hemos de recibir en triunfo, porque han recuperado el prestigio del país”.

discursos efervescentes por parte de la oposición política, como pudo suceder en otros países: la democracia llegaría por retirada de los militares, pero se trataría de una retirada relativamente ordenada y sin excesivos agobios.

La llegada de elecciones tampoco fue el producto de unas negociaciones entre estas partes enfrentadas, sino que se convocarían tras un lento y desesperante diálogo de sordos en el que no existió nada similar al pacto de otros procesos de transición. En realidad, tampoco había mucho que negociar: los partidos estaban interesados, ante todo, en que se diera la fecha de las elecciones, cuya celebración se daba ya por descontada, para poder concentrarse en su reorganización interna, pero no encontraban incentivos para tratar otros temas con los uniformados. A los militares, al contrario, les preocupaba antes que nada que no se revisara su actuación en la lucha antisubversiva, punto en el que los políticos no podían y no querían ofrecer garantías. De esa manera, los discursos y las acciones de militares y partidos parecían avanzar por carriles que no se cruzaban, algo que otorga un carácter único al caso argentino y que tendrá consecuencias importantes a largo plazo, una vez en democracia.

No obstante, antes de alcanzar esa meta, Bignone se debía de preocupar por problemas más urgentes. Para empezar, su propia designación como presidente estuvo muy lejos de ser una decisión consensuada y puso más bien en evidencia el desgarró y el aumento de las rencillas internas que supuso para las Fuerzas Armadas la derrota en Malvinas. Lejos de favorecer un reemplazo sencillo, tras la guerra, Galtieri pretendió alargar su estancia en el poder. De hecho, fiel a su carácter arrogante, todavía después de Malvinas, el presidente amenazaba seriamente a todos aquellos que “intenten aprovecharse de la situación”²⁵⁰, pero su desprestigio y la oposición de sus camaradas en la Junta impidieron que se perpetuara al mando²⁵¹. Encontrar su sustituto como presidente resultaría, sin embargo, un motivo de división casi irresoluble para los militares, que entraron en un conflictivo y delicado estado deliberativo. Tanto Nicolaidis como Anaya y Lami Dozo se mostraron de acuerdo en que había que aclarar

²⁵⁰ *El País*, 17/6/1982.

²⁵¹ Semanas más tarde, entre julio y agosto de ese año, Galtieri concedería una entrevista a Clarín en la que explicaría los sucesos de su caída: “Yo no renuncié, me pidieron la renuncia como comandante y presidente (...). Quienes encabezaron el movimiento para alejarme fueron Calvi, Reston y Varela Ortiz. Tal era mi decisión de no renunciar que hice preparar una entrevista con cuatro periodistas de Presidencia, a quienes le dije que yo no era de aquellos que abandonaba el barco cuando éste se hundió”. *El Bimestre*, 8.

los plazos de la transición y que se debía trazar un plan de concertación²⁵², pero los puntos en común entre los tres comandantes no iban más allá de ese par de coincidencias.

En lo que se refería a ese futuro próximo y a la cuestión del nuevo presidente, el Ejército, ahora comandado por el general Cristino Nicolaides²⁵³, sabía que para recomponer su figura y dejar para el futuro una imagen de muñidores de la democracia era clave retener la titularidad de la presidencia. Por supuesto, convencer de ello no iba a resultar fácil, dado el desgaste que había supuesto estar al frente del *Proceso* desde sus inicios y ser el arma más desprestigiada por el conflicto bélico. El Ejército defendía además que el próximo gobierno militar debía ser relativamente largo, de entre cuatro o cinco años, ya que para superar la crisis era necesaria una gestión prolongada. Bajo esas premisas, los generales de división barajaron tres variantes: que el comandante Nicolaides asumiera, como Videla o Galtieri, los dos cargos, perspectiva que fue pronto abandonada, que el presidente fuera un general en actividad que pasaría a retiro (se pensaba sobre todo en Saint Jean) o que el cargo lo ocuparan Antonio Domingo Bussi²⁵⁴ o Reynaldo Bignone, generales retirados que habían demostrado anteriormente su flexibilidad política y que no habían participado activamente en la guerra de Malvinas²⁵⁵.

El orden de prioridades de la Aeronáutica para la presidencia, naturalmente, estaba encabezado por el propio Lami Dozo, pero cuando pronto se vio que tal opción no podía prosperar, se propusieron los nombres del brigadier Graffigna o del secretario de Planeamiento José Miret. Como tercera opción, en el caso de que estos nombres tampoco fueran admitidos, la Fuerza Aérea coincidiría con la Marina en alentar a un civil: mientras los primeros apostaban por el canciller Juan Ramón Aguirre Lanari o por el exministro de Defensa Amadeo Frúgoli, los segundos se decantaban por figuras como Nicanor Costa Méndez, el entonces gobernador de Buenos Aires Jorge Aguado o el

²⁵² *Somos*, 301, 25/6/1982.

²⁵³ El Ejército se cuidó mucho de no repetir el caso excepcional de que un comandante de la Junta fuera al mismo tiempo presidente. En gran parte, posiblemente, porque Nicolaides, por su carácter duro y agresivo con los partidos, no era quizás el hombre más indicado para encabezar un proceso de negociación. Ese carácter áspero de Nicolaides se hizo famoso cuando un año antes, siendo comandante del III Cuerpo de Ejército, declaró que “debemos pensar que hay una acción comunista-marxista internacional que desde 500 años antes de Cristo tiene vigencia en el mundo y que gravita en el mundo”. Al mismo tiempo, se puso como condiciones en esa elección que fuera un general que no hubiera participado en los gobiernos anteriores y que no hubiera tenido una implicación directa en Malvinas.

²⁵⁴ El general Bussi, por ejemplo, contaba con la simpatía y el apoyo de Nicolaides.

²⁵⁵ *El Bimestre*, 3, 19/6/1982.

demoprogresista Rafael Martínez Raymonda. Completando el cuadro de la situación, la Fuerza Aérea mantenía una postura intransigente hacia la elección de un general del Ejército: si ello ocurría, amenazaban con abandonar la Junta. En la Armada, por su parte, no miraban con malos ojos la elección del general Saint Jean, pero amagaban con la misma advertencia que sus compañeros de la Aviación si se designaba a otro miembro del Ejército²⁵⁶.

Con puntos de vista tan irreconciliables, la cuestión presidencial resultó irresoluble para unas fuerzas que tenían muchas cuentas pendientes tras la guerra. Fue así como, tras cuatro días de infructuosos debates, el Ejército tomó en solitario la decisión de seleccionar, el 22 de junio, a Reynaldo Bignone, un desconocido para el gran público, como nuevo presidente, tras la retirada de la Junta por parte de la Marina y la Fuerza Aérea. Bignone llegaba de esta manera al poder en medio de una gran soledad política, ya que ni siquiera contaba con el respaldo del resto de las Fuerzas Armadas: en su asunción como presidente prestó juramento únicamente ante Nicolaidis, el nuevo comandante del Ejército; mientras que Lami Dozo, todavía jefe de la Fuerza Aérea, ni siquiera asistió al acto y la Plaza de Mayo presentó una imagen inusualmente despoblada²⁵⁷. El almirante Anaya, por su parte, sí hizo acto de presencia en una brevísima ceremonia que apenas llegó a los dos minutos, pero se cuidó mucho de permanecer siempre en el lugar reservado para invitados y aclaró que acudía en calidad de amigo de Bignone y no de comandante de la Marina²⁵⁸. Como señala Quiroga, con la retirada voluntaria de esas dos Fuerzas, “no se trataba ya de la división entre duros y blandos, que contrapuso políticas divergentes, sino de la descomposición del orden autoritario que desgarraba a la institución militar”²⁵⁹. La disolución de la Junta no era, por tanto, un problema exclusivamente intramilitar, sino que afectaba a su imagen de cara a la sociedad y al grado de legitimidad que mantenían los uniformados: como relataban en *El Bimestre*, si antes sólo circulaban sospechas, ahora ya “tomaron estado público en los distintos medios las oposiciones y conflictos entre cada una de las armas,

²⁵⁶ *El Bimestre*, 3, 19/6/1982.

²⁵⁷ *El Bimestre*, 4, 2/7/1982.

²⁵⁸ *El País*, 2/7/1982.

²⁵⁹ Quiroga, *El tiempo del Proceso...*, *op.cit.*, p.303.

que hasta entonces se habían mostrado como una estructura monolítica frente a la opinión pública²⁶⁰.

Jaqueado y teniendo que solucionar complejos frentes (el militar, el político, el económico) simultáneamente, la primera misión de Bignone, si quería que su proyecto llegara a buen puerto y que las Fuerzas Armadas salieran de ese atolladero con las menores heridas posibles, debía ser recuperar, aunque sólo fuera precariamente, la unidad militar. Principalmente, para poder negociar desde una posición fuerte y unida frente a los políticos. La misma no era una tarea sencilla, pero se vio allanada por el relevo de los dos comandantes que, junto a Galtieri, habían protagonizado la aventura malvinense. Lami Dozo fue forzado a marcharse por sus propios camaradas a principios de agosto, algo que a priori podría parecer natural, pero que resultó más complejo de lo esperado: al contrario que Galtieri, el brigadier no era un cadáver político al finalizar la contienda y podía capitalizar el buen desempeño de la Fuerza Aérea en Malvinas. De hecho, tras la guerra, la Fuerza Aérea del Sur, capitaneada por el que sería su futuro comandante en democracia, Ernesto Crespo, planteó a Lami Dozo que debía aprovechar la coyuntura para abandonar su puesto por la puerta grande²⁶¹. El jefe de la Aeronáutica se negó a ello, para mantener su aspiración de ser elegido presidente, pero su situación, sin embargo, se haría insostenible tras unas declaraciones en las que defendía con vehemencia la formación de un partido político que continuara la obra de la dictadura²⁶². Poco más tarde sería sustituido por el brigadier Augusto Hughes²⁶³, que abogaba por posiciones más nacionalistas y más críticas de la gestión de la deuda externa que las de su antecesor. Unas semanas más tarde, también desde la Armada se anunciaría que Jorge Anaya abandonaría su cargo de comandante el 11 de septiembre, reemplazado por el almirante Rubén Franco²⁶⁴.

²⁶⁰ *El Bimestre*, 4, julio/agosto 1982.

²⁶¹ *Somos*, 14/10/1983.

²⁶² *El País*, 4/8/1982. Paradójicamente (o quizás no tanto), el brigadier había sido uno de los principales impulsores de la rápida cesión del poder a los civiles tras la derrota bélica, pero en esas reflexiones en las que adelantaba su discurso para el Día de la Fuerza Aérea afirmaría que “convendrá despojarse de toda hipocresía y confesar que queremos y buscamos la continuidad del Proceso, más allá de los próximos comicios” y que sería necesario alentar un movimiento político que continuase el espíritu del gobierno militar. *El Bimestre*, 4, 3/8/1982.

²⁶³ *Clarín*, 6/8/1982.

²⁶⁴ *Clarín*, 28/8/1982. Pese a que en este contexto de cambio de régimen se podría suponer que primarían los personajes moderados, las declaraciones del almirante Franco al poco de asumir la comandancia dejaban explícito que no se trataba precisamente de una figura flexible: “Quede claro que no permitiremos que nadie, so pretexto de nada, nos acuse en nombre de los mismos derechos humanos que defendimos

El Ejército gobernaría en solitario entre el 22 de junio y el 21 de septiembre de 1982. No obstante, pese a todos los recelos, Bignone contaba todavía con un incentivo irresistible para lograr la unidad militar y la reconstitución de la Junta: la división los hacía mucho más vulnerables a la hora de rendir responsabilidades por sus crímenes en la lucha contra la subversión, justo en un momento en el que la sociedad estaba descubriendo la cruda verdad de lo sucedido durante la dictadura. Las Fuerzas Armadas podían aceptar, como máximo, una cuota de culpabilidad por su actuación en Malvinas: fue así como se pasó rápidamente a retiro a los que tuvieron una implicación directa en la guerra²⁶⁵ y como se creó asimismo una comisión, encabezada por el teniente general retirado Rattenbach, encargada de examinar responsabilidades sobre lo actuado en el conflicto bélico²⁶⁶. Pero en modo alguno podían ceder en una reinterpretación de su lucha contra la subversión, que seguía siguiendo su mayor logro profesional y el único resultado tangible que podía ofrecer el *Proceso*. Ahora que se estaba confirmando que su gloriosa guerra no era más que una sucesión continua de crímenes, con varios descubrimientos de cementerios clandestinos²⁶⁷, y con la lección aprendida de 1973, los militares debían estrechar filas para blanquear todo lo posible ese pasado reciente y evitar su revisión. A pesar de que continuaban los desacuerdos en materias como la económica, gracias a ese miedo y a ese *síndrome Núremberg*, la Junta pudo reconstituirse a mediados de septiembre²⁶⁸, bajo las mismas funciones y poderes que había tenido

fervientemente y mucho menos aceptando ataques de los mismos siniestros personajes del terrorismo, enmascarados nuevamente bajo el disfraz de inocencia artera y solapada”. Sobre Malvinas defendería que “sólo hemos sido abatidos momentáneamente por el enemigo”. *El Bimestre*, 5, 2/10/1982.

²⁶⁵ En la Marina, Anaya puso en cuarentena a 17 vicealmirantes y contraalmirantes implicados en Malvinas. En el Ejército, Nicolaides pasó a retiro a los cuatro generales que tuvieron mando en la guarnición de Malvinas: Menéndez, Daher, Jofre y Parada. No dejó de ser casual que fueran sustituidos por figuras que se caracterizaron por su dureza en la represión, como Sasiain o Minicucci. *El País*, 30/9/1982. En la Fuerza Aérea, con el retiro de Lami Dozo también fueron retirados seis brigadieres vinculados con Malvinas. Por supuesto, esta *desmalvinización*, interpretada como injusta por quienes la padecieron, no se llevó sin que surgieran conflictos. En septiembre, por ejemplo, se dieron conatos de sublevación protagonizados por el general Daher y el contraalmirante Zaratiegui.

²⁶⁶ La llamada *comisión Rattenbach* tenía como nombre oficial el de Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico-Militares en el Conflicto del Atlántico Sur”. El informe que elaboró dará muchas pistas sobre la crisis de identidad que padecería el Ejército durante los años 80.

²⁶⁷ La etapa de esclarecimiento por parte de la sociedad de los crímenes cometidos por la dictadura en el contexto posmalvinense fue magníficamente definida por Elizabeth Jelin como el *show del horror*. Uno de los descubrimientos más sobrecogedores sería el de 88 fosas comunes anónimas en el cementerio de Grand Bourg. *Clarín*, 24/10/1982.

²⁶⁸ *La Voz*, 9/9/1982.

durante todo el periodo dictatorial y asumiendo que debía completar la institucionalización del país en los primeros meses de 1984²⁶⁹.

Si Bignone tuvo éxito a la hora de reunificar a los militares en torno a un consenso mínimo, pero irreductible, su relación con los políticos tendría un desarrollo mucho más ambiguo. En este proceso encontraremos acercamientos y tensiones, buenas palabras y duros ataques verbales, intentos de pacto y conatos de movilización general, en una sucesión en la que resulta muy complicado encontrar un hilo conductor coherente. Pareciera como si, sabiendo todos que la llamada a elecciones era inevitable más tarde o más temprano, ninguno de los jugadores quisiera tensar la cuerda al límite, ni acercarse demasiado al rival.

Los inicios de esta relación, sin embargo, parecían ser esperanzadores para el presidente -dada la moderación y la cautela que en esos días mostraría la Multipartidaria, que vio en Bignone una oportunidad de cambio. Resulta esclarecedor para entender el comportamiento de los partidos el hecho de que Saint Jean, presidente interino tras el naufragio de Malvinas, fuera rechazado por éstos en dos ocasiones cuando intentó dialogar con ellos: no había mucho que negociar con los restos de un gobierno que sabían que se encontraba en descomposición²⁷⁰. En cambio, Bignone, quien también necesitaba el apoyo de los políticos para contrarrestar de algún modo el golpe que supuso la disolución de la Junta, además de ofrecer una imagen de moderación y renovación²⁷¹, podía ofrecerles avances sensibles en el proceso de transición.

De esta manera, poco antes de asumir, Bignone lograría reunirse en la sede del Congreso Nacional con representantes de trece partidos²⁷², anunciando que el levantamiento de la veda política sería uno de sus primeros actos²⁷³. Como devolviendo

²⁶⁹ *La Nación*, 11/9/1982.

²⁷⁰ En realidad, el rechazo a acudir a la convocatoria no fue unánime y se pudieron encontrar opiniones divergentes. En la UCR se podían encontrar posiciones concurrencistas, como la de Contín, pero el apoyo del peronismo, DC y MID decantó la balanza a la hora de no acudir. Sí se reunieron con los militares representantes de Línea Popular y el Partido Federal, entre otros. *El Bimestre*, 3, 16/6/1982.

²⁷¹ Una de las muchas señales en las que se expresó este acercamiento de Bignone hacia la clase política sería que su gabinete estaría formado totalmente por civiles, a excepción de la cartera de Interior, que estaba en manos del general Llamil Reston.

²⁷² *La Nación*, 27/6/1982. Acudieron representantes del PJ, UCR, MID, DC, PI, PF, PDP, PSD, FUFEP, Línea Popular, Partido Laborista, FIP y PSP. El PCP de Solano Lima fue también llamado, pero rechazó la oferta.

²⁷³ El enviado especial del diario *El País* para cubrir la actualidad argentina subrayaba la falta de modestia en esa reunión de un Bignone y de unas Fuerzas Armadas que, pese a su fracaso, todavía convocaban a los políticos para explicarles sus próximos planes y solicitar apoyo a su gestión. *El País*, 25/6/1982. En la

cortesías, las palabras de Bittel, quien afirmó que “al cojo hay que dejarlo caminar. Hacer críticas duras y destruir, en este momento, me parece un apresuramiento”, como las de la mayoría del resto de políticos estuvieron cargadas de moderación y buenos deseos para la actuación del nuevo presidente²⁷⁴. En esos días, la Multipartidaria había lanzado un nuevo documento, titulado *Programa de Reconstrucción Nacional*, en el que se volvía a reclamar el retorno a la Constitución, el fin del estado de sitio y la veda política y “el leal reconocimiento de que el llamado Proceso de Reorganización Nacional ha concluido definitivamente”²⁷⁵. El texto concluía de forma mucho más contundente con una advertencia en la que se invocaba el fantasma de la movilización: “el pueblo argentino ha llegado al límite de la tolerancia. Si los cambios que se están debatiendo implican la continuación del proceso abierto, en mayo de 1976 por otras vías y otras figuras, será inevitable la repetición en progresión geométrica, del estallido ya ocurrido el 30 de marzo”²⁷⁶. Pese a ese tono aparentemente duro, significativamente no se realizaba ninguna mención a la cuestión de los desaparecidos y la guerra sucia, punto quizás crucial en este proceso de transición que se alumbraba, lo que obviamente suscitó las críticas de organizaciones como Madres de Plaza de Mayo²⁷⁷.

A primera vista, resulta difícil de explicar la moderación de unos partidos justo en el momento en el que el régimen se encontraba acorralado y en un punto irremontable de pérdida de legitimidad. La perplejidad de la situación era compartida por los redactores de *El Bimestre*, quienes relataban que “el presuroso y decisivo respaldo brindado por la Multipartidaria al nuevo titular de un gobierno tan débil como lo era el

reunión, Bignone mantuvo un tono relativamente cordial, ofreciendo a los políticos “juego limpio”. Entre la amenaza y la oferta de trabajar en común, el presidente les recordó las palabras de Gil Robles: “un país puede vivir bajo cualquier régimen, aún bajo el comunista. Donde un país no puede vivir es en la anarquía”. *El Bimestre*, 3, 24/6/1982.

²⁷⁴ Bittel declaró que el discurso de Bignone “confirma lo que he denominado un tono de gran humildad, que es en definitiva reconfortante. Lo de anoche va a merecer, por supuesto, la natural crítica de algunos que, nunca faltan, no se conforman”. *El Bimestre*, 4, 3/7/1982.

²⁷⁵ Los extractos más importantes del documento pueden consultarse en *La Nación*, 24/6/1982. Como muestra de la confusión y división que reinaba en esos días en el estamento militar y como señal también de las dudas y moderación de los políticos, la Multipartidaria debatió si el *Programa de Reconstrucción* que iba a presentar a Bignone debía ser también mostrado a la Marina y Aeronáutica. *El País*, 25/6/1982. El llamado *Programa de emergencia* tuvo, de hecho, una pesada elaboración, con una gestación de dos meses, en gran parte debido a que el peronismo se oponía a lanzarlo, por las molestias que podría acarrear a los sindicatos. *El Bimestre*, 3, 23/6/1982.

²⁷⁶ En realidad, los párrafos más duros del texto sólo pudieron añadirse tras una “lucha dura y fuertes empujones” de los sectores más progresistas de la Multipartidaria, lo que refleja las agudas tensiones que todavía existían tanto en la formación como en cada uno de los partidos, especialmente radicalismo y peronismo. *El País*, 29/8/1982.

²⁷⁷ *La Nación*, 26/6/1982.

del General Bignone –por lo menos en sus primeros tramos- llenó de asombro a la opinión política internacional que esperaba, en términos taurinos, el remate de la faena²⁷⁸. No debemos olvidar, sin embargo, que también los partidos se encontraban en un momento de gran debilidad: además de arrastrar años de persecución y represión, su adhesión a la causa Malvinas y su excesiva cercanía al poder dictatorial en esa coyuntura les tenía que pasar factura de un modo u otro²⁷⁹. Teniendo en cuenta esta precaria situación de partida, no deja de ser sorprendente que los partidos se mostraran tan hábiles en los meses siguientes, especialmente tras el anuncio de las elecciones, a la hora de convertirse en los canales privilegiados para encauzar el sentimiento de protesta de la sociedad, algo que se demostrará en la masiva afiliación que conseguirían.

El tono moderado de los textos de la Multipartidaria tampoco suponía, como vimos, una novedad para una agrupación de espíritu dialoguista y cuyos documentos solían caracterizarse más por constituir una enumeración de problemas a resolver que por un verdadero programa de soluciones. Según la lógica de los partidos, Bignone tenía todas las papeletas para ser el último presidente *de facto* y estaba ofreciendo numerosos gestos para ganarse un voto de confianza, por lo que podría resultar contraproducente un acoso que podría desatar a las fuerzas más oscuras de las Fuerzas Armadas. Existía, pues, una necesidad mutua entre Bignone y la Multipartidaria, un incentivo de colaboración para acabar con los rumores de un golpe dentro del golpe que tendría la firma de unos duros descontentos con la disolución del *Proceso*²⁸⁰. Siguiendo el modelo clásico de O'Donnell, esta cercanía entre los moderados de uno y otro lado podría haber derivado en un acuerdo explícito sobre las pautas por las que caminaría la transición. De hecho, eso es lo que intentaría negociar Bignone con su futura oferta de concertación; pero en la práctica no se avanzaría mucho más allá de cierto respeto mutuo y del principio de no originar hechos que hicieran descarrillar la llegada de la democracia.

²⁷⁸ *El Bimestre*, 2.

²⁷⁹ Una muestra de esa debilidad y ese perfil bajo de los políticos en esos días se podría encontrar en su escaso peso en el debate sobre el relevo militar que dio la presidencia a Galtieri. Como argumentaba Domingo del Pino: “En medio de estas querellas y diferencias entre ejércitos, los civiles, los partidos políticos y los sindicatos, cuyo protagonismo en una vida constitucional futura es el que, a fin de cuentas, se decide, tienen una actuación y una influencia sobre los acontecimientos de bajísimo relieve”. *El País*, 1/7/1982.

²⁸⁰ En notas anteriores hemos hecho referencia a los conatos de sublevación del contraalmirante Zariategui. Los rumores de golpe dentro de la dictadura se sucederían en los siguientes meses con mayor o menor consistencia. Como ejemplo, en agosto de 1982 se extendió el rumor de que un grupo comando había tratado de tomar el batallón de Villa Martelli. *Somos*, 307, 6/8/1982. Según *El País*, “existe el temor entre los líderes civiles de que los elementos más duros del Ejército puedan derribar al Gobierno de Bignone para silenciar las críticas sobre derechos humanos”. *El País*, 4/11/1982.

El resultado sería pues una suerte de empate, motivado ante todo por la incomunicación entre las partes y por el deseo de los políticos de no obstaculizar a un Bignone que era tomado como el mal menor. En ese sentido, la ruptura de la Junta y la soledad del presidente aumentó la cautela de la Multipartidaria en esos meses, temerosa de añadir más tensión de la existente en ese delicado contexto²⁸¹. Asimismo, tampoco debemos olvidar que, en gran parte, las cúpulas de los distintos partidos estaban en deuda con los militares: pese a toda la represión, fueron éstos los que reconocieron, legitimaron y prorrogaron durante años sus mandatos, evitando cuestionamientos, debates y elecciones internas²⁸².

Sería alrededor de la cuestión de los derechos humanos donde el silencio de los políticos se hizo más notorio. No dejaba de ser significativo que la mayoría de las denuncias de asesinatos y casos de corrupción por parte de los militares tuvieran su origen en los propios uniformados, que arrastraban múltiples cuentas pendientes entre sí, mientras que la actitud de los partidos resultó ser mucho más pasiva. En ese sentido, los políticos esperaban que los militares resolvieran por sí mismos el problema que habían creado, realizando una autodepuración como la que habían iniciado por las responsabilidades en Malvinas; algo que, obviamente, era inasumible para éstos, ya que, desde su punto de vista, era el único logro corporativo que podían ofrecer en siete años de dictadura. Particularmente, el peronismo tampoco tenía motivos para desmarcarse demasiado en este punto: a fin de cuentas, la represión ilegal había comenzado durante su gobierno y los militares podían argumentar en su defensa, como lo harían posteriormente en la futura ley de amnistía y durante los Juicios, el llamado decreto de aniquilamiento de 1975.

En esencia, como en otras tantas cuestiones, lo que se traslucía en estas ambigüedades y silencios eran las numerosas tensiones que flotaban en el seno de la Multipartidaria. La mayoría moderada era consciente de que, aprovechando precisamente su tono conciliador, se debía convencer a Bignone para negociar lo más

²⁸¹ Bittel sintetizaría bien ese temor a que una posible apertura fuera de nuevo abortada para recomenzar una vez más un gobierno autoritario: “se pretende conducir al país, (...) a la misma desgraciada suerte que tiene Bolivia, que hace tanto tiempo viene esperando la reimplantación del orden y la democracia y, cuando se acercan las fechas anunciadas, un coronel reemplaza a otro coronel”. *Clarín*, 28/7/1982. Poco más tarde, añadiría: “Los partidos políticos tienen que moverse con sabiduría y prudencia, para no dar motivo a los que tienen interés en que no haya elecciones”. *Clarín*, 1/8/1982.

²⁸² *El Bimestre*, 3.

pronto posible los mecanismos de la transición, antes de que los sectores más duros, tanto de un lado como de otro, se hicieran con el control del proceso. Aquellos meses entre julio y octubre marcarían, por tanto, el punto de mayor inmovilidad y docilidad de los partidos²⁸³, sin olvidar además que los políticos se encontraban inmersos en aquel momento en la lucha interna y la reestructuración de sus organizaciones, lo que les restaba energías y tiempo para entablar una oposición más firme a la dictadura. Por supuesto, no faltaron tampoco voces entre esos mismos políticos que reclamaban una mayor firmeza ante los militares, como la de Alfonsín, quien afirmaba que “el régimen se ha retirado a una última línea, preparándose para recuperar terreno” y discrepaba con quienes defendían una mayor tibieza para no obstaculizar el proceso de transición. Su posición, sin embargo, tendría poco predicamento entre sus colegas²⁸⁴.

Mientras estos debates tenían lugar en el interior de los partidos, Bignone seguía intentando ganar su confianza con nuevas concesiones. Además de levantar, como prometió, la veda a las actividades políticas²⁸⁵, nombró como ministro de Economía, tras el breve paso de Dagnino Pastore, a Jorge Wehbe, quien prometió en su llegada un alza salarial, desmarcándose así de la retórica de Martínez de Hoz o Alemann²⁸⁶. Más importante todavía, en agosto se promulgaría por fin el esperado Estatuto de los Partidos Políticos, que sería muy similar al aprobado en 1965, en tiempos del presidente Illia²⁸⁷. Según sus lineamientos básicos, los partidos tendrían un plazo de trece meses para reorganizarse, prorrogándose sus mandatos actuales hasta que se completara dicho proceso²⁸⁸. En el Estatuto no se establecían restricciones por motivos ideológicos, pero los futuros partidos políticos debían contar con un número de afiliados mayor de 35.000, cifra que peronismo y radicalismo podían acreditar muy holgadamente. Quizás el punto más interesante del texto, ya que mostraba claramente los miedos de los militares,

²⁸³ Esta situación, como vimos, resultaba un tanto inexplicable para quienes analizaban la actualidad argentina, como también se reflejaba en *Clarín*: “Lo cierto, de cualquier forma, es que hay gente común que pregunta qué pasa con los políticos, qué sucede con esta raza de hombres indecisa para colocarse definitivamente como opción de poder”. *Clarín*, 3/10/1982.

²⁸⁴ *El Bimestre*, 5, 22/9/1982.

²⁸⁵ El 1 de julio, día de su asunción como presidente, se levantó la limitación de las actividades políticas que se había instaurado en 1976, permitiéndose de nuevo las reuniones políticas públicas, previa autorización policial. El gobierno dictatorial reflotaba de esta manera una ley que había sido ya dictada de forma muy similar bajo el gobierno de Lanusse. *El Bimestre*, 4, 1/7/1982.

²⁸⁶ En el conflictivo contexto post Malvinas, que venía a azuzar el malestar producido por la crisis económica, el aumento salarial prometido por Wehbe, finalmente consistente en un alza de 50 dólares, no calmó los ánimos de los sindicatos, quienes calificaron la subida como insuficiente e incluso como “de chiste”. *El País*, 27/8/1982.

²⁸⁷ *La Nación*, 27/8/1982.

²⁸⁸ *Clarín*, 4/8/1982.

sea que “se declararán ilegales aquellas organizaciones políticas que exijan una investigación sobre la actitud de las fuerzas armadas durante los años de la lucha contra la subversión”²⁸⁹, cuestión que no tendría consecuencias prácticas en el futuro, pero que demostraba las prioridades y las preocupaciones de los uniformados²⁹⁰. Por lo general, el Estatuto fue bien acogido por la clase política, que celebraba que el régimen por fin entrara en la senda de la institucionalización definitiva. Torcuato Fino, apoderado del PJ, sostuvo que “constituye un reconocimiento a la prudencia y madurez de los partidos políticos”, mientras que Unamuno, más mordaz, afirmaría que “la falta de imaginación que caracteriza a estos gobernantes determinó, a la postre, que echaran mano al estatuto sancionado en su momento por el Parlamento. Menos mal”²⁹¹.

El mismo día en el que se daba a conocer públicamente el contenido del Estatuto, Bignone anunció que abriría una ronda de consultas con los distintos partidos²⁹². La Multipartidaria accedió a acudir al diálogo con la idea de debatir cuatro ideas básicas: reducir los plazos electorales, derogar las actas institucionales que inhabilitaban a varios políticos, levantar la veda gremial y corregir algunos aspectos del Estatuto de Partidos (especialmente, las atribuciones que se otorgaban al veedor judicial en la reorganización partidaria). De esa manera, el encuentro, realizado el 4 de septiembre de 1982, entre el presidente con los miembros del justicialismo supondría el primer acto de reunión entre los militares y la conducción del partido desde el golpe²⁹³. Allí, los representantes del partido hablarían con el presidente de la situación económica y de la cuestión de los desaparecidos y debatirían algunos puntos del Estatuto; pero, lejos de lo que cabría suponer, como se afirmaba en *Clarín*, “no fue, sin embargo, una

²⁸⁹ *El País*, 28/8/1982. Dentro de las restricciones, había algunas que por su carácter ambiguo podían aplicarse en circunstancias muy diferentes. Por ejemplo: “no serán autorizados los partidos que (...) intenten sustituir el sistema democrático recurriendo al empleo ilegal o sistemático de la fuerza y favorezcan la concentración personal del poder”. Extendiendo la interpretación de la norma, en ese caso podría caber, por ejemplo, el peronismo de los años 70.

²⁹⁰ Por lo que respecta a la mecánica de las afiliaciones, en el proyecto original del Estatuto se permitía convalidar las ya existentes. Sin embargo, en la versión definitiva resultaría obligatoria la reafiliación total en fichas controladas por el Estado, lo que permitía a los militares, por ejemplo, “actualizar el padrón de afiliados de 1972 [del peronismo] notoriamente influenciado por el activismo de aquella época”. *El Bimestre*, 4, 4/8/1982.

²⁹¹ *Clarín*, 5/8/1982.

²⁹² *Clarín*, 28/8/1982. *El Bimestre*, 5, 2/9/1982.

²⁹³ *Clarín*, 5/9/1982.

reunión tensa, ni tampoco se produjeron discusiones acaloradas entre los dirigentes y Bignone²⁹⁴.

Los buenos resultados cosechados con la ronda de diálogos, unidos al retorno de la Marina y la Fuerza Área al seno de la Junta, animaron al presidente a persistir en su estrategia de acercamiento a los partidos. A finales de septiembre, en el marco de una reunión de gobernadores, lanzaría la iniciativa de la concertación²⁹⁵, palabra fetiche en esos meses con la que los militares expresaban su voluntad de acordar con los políticos una serie de puntos antes de abandonar el poder. Definitivamente, la idea quedaría plasmada en un comunicado de la Junta por el que serían nada menos que quince los temas a tratar entre militares y políticos: vigencia del estado de sitio, mecánica electoral, lucha contra el terror, desaparecidos, plan económico, deuda externa, la construcción de la represa de Yacretá, fijación del presupuesto de 1984, sindicatos, obras sociales, Malvinas, conflicto del Beagle, investigación de ilícitos, estabilidad de la justicia y presencia de las Fuerzas Armadas en el próximo gobierno²⁹⁶.

La extensísima y difusa relación de puntos a concertar reflejaba muchos aspectos de la situación de los militares en esa coyuntura. En primer lugar, hablaba de la concepción casi mágica que éstos tenían sobre el pacto y la concertación, como si tan sólo su mención o la misma enumeración de esa sucesión de temas bastasen para resolver los graves problemas que los asediaban. Que toda la iniciativa y decisiones para lanzar la concertación quedara en manos de los militares, sin ninguna participación por parte de la sociedad civil, señala también perfectamente qué idea de pacto –unilateral, sin aristas ni discusiones- manejaban los uniformados.

Por otra parte, se observa que, en síntesis, las mayores preocupaciones de los militares a la hora de devolver el poder se encontraban en que no se investigara lo actuado por ellos durante el periodo dictatorial (especialmente en el tema de los desaparecidos, pero también todo lo relacionado a los llamados ilícitos cometidos y a su gestión de la guerra de Malvinas) y en lograr un acomodo institucional que les permitiera seguir siendo un actor con prebendas y poder de decisión en el sistema democrático. Que esos temores y deseos se expresaran en tan extensa y cargante retahíla de temas (y

²⁹⁴ *Clarín*, 5/9/1982.

²⁹⁵ *Clarín*, 30/9/1982.

²⁹⁶ *El País*, 13/11/1982.

no en los cuatro o cinco que anunció anteriormente Bignone²⁹⁷) pudo servir para suavizar la discusión y no exponer tan abiertamente los puntos más vitales a discutir, pero ante todo esbozaba las discusiones y distintas perspectivas que pugnaban al interior de las Fuerzas Armadas. De hecho, mientras un sector opinaba que sólo debía marcarse la filosofía general de lo que se buscaba con la concertación y negociar posteriormente a partir de esa base, otro grupo era partidario de la publicación pormenorizada de las cuestiones a debatir. Dentro de estos últimos, en el Ejército, por ejemplo, existían quienes pensaban que todo debía limitarse al tratamiento de unos pocos puntos (siempre menos de diez); otra fuerza, en cambio, se desmarcó proponiendo más de 20 temas²⁹⁸ y sólo al final el llamado Equipo de Compatibilización Interfuerzas terminaría redactando esos quince aspectos como una forma de contentar a todas las posiciones²⁹⁹.

En sus sueños iniciales, los militares planeaban lanzar la concertación en un evento público acompañado por todos los sectores sociales y políticos, en un lugar con fuerte carga simbólica como San Nicolás o Tucumán³⁰⁰, como perfecto broche formal para lo que consideraban que sería el nuevo pacto sobre el que se construiría la democracia. Pero en la realidad, la concertación quedaría tan sólo en una declaración de intenciones por parte de los uniformados, dado el nulo entusiasmo que despertó en las filas de los políticos. La Multipartidaria rechazaría la llamada de los militares por ser “extraña a la Constitución Nacional” y por “condicionar al próximo Gobierno elegido por el pueblo”³⁰¹. Luder, por su parte, argumentaría que sin haber recibido previamente ninguna información sobre Malvinas o sobre los desaparecidos resultaba imposible negociar sobre esos temas³⁰².

²⁹⁷ Días antes se había anunciado que los temas a tratar serían cinco, haciendo hincapié que en lo respectivo a la lucha contra el terrorismo deberían darse “absolutamente todas las coincidencias”. *Clarín*, 21/10/1982.

²⁹⁸ *Clarín*, 21/11/1982.

²⁹⁹ *Somos*, 19/11/1982.

³⁰⁰ *Somos*, 19/11/1982.

³⁰¹ *El País*, 18/11/1982.

³⁰² *Clarín*, 13/11/1982. Bittel ya había afirmado anteriormente que “a nuestro juicio las Fuerzas Armadas deben cumplir su palabra de llamar a elecciones y entregar el gobierno a aquellos a quienes el pueblo elija democráticamente. Cualquier otra cosa resulta extraña y no coincidente con las promesas del presidente Bignone”. *Clarín*, 17/10/1982. Ni siquiera los partidos de la derecha, hasta hace unos meses totalmente afines al régimen, apoyaron el llamado a concertar, sabedores de que acercarse a la dictadura en esta coyuntura equivalía al suicidio político. Por ejemplo, Hardoy, del Partido del Centro, afirmaba que no sabía “qué es lo que busca el Gobierno con esto” y señalaba que “lo único que aquí hay que concertar es el día y la hora de las elecciones”. *El Bimestre*, 6, 12/11/1982.

Resultaba casi sarcástico que los militares, altivos y renuentes a cualquier cercanía con los políticos durante todo el *Proceso*, vieran ahora, cuando realmente necesitaban el apoyo de los partidos, rechazada su oferta de pacto. El contexto había cambiado radicalmente, por supuesto, y la negativa de los partidos no obedecía únicamente al desprestigio que arrastraban los militares desde la derrota en Malvinas. A fin de cuentas, la Multipartidaria se había mostrado sumamente amable en el inicio del gobierno de Bignone; pero ahora la sociedad estaba descubriendo, con evidencias incontestables, el horror de la represión militar, a la vez que se destapaban numerosos casos de corrupción³⁰³, eliminando así cualquier atisbo de legitimidad para los uniformados. Quizás fuera un tanto exagerada la comparación, pero las palabras en esos días de un inmigrante español reflejaban el sentimiento de agotamiento total del régimen: “Este país sufre ahora, tras la humillante derrota militar en las Malvinas, una crisis similar a la que vivió España en 1898. Es una crisis moral, histórica, de identidad nacional, un replanteamiento básico de los problemas nacionales”³⁰⁴.

La nave que conducía Bignone hacía, pues, aguas por una infinidad de vías, ya que la crisis, en realidad, era global y afectaba también a lo económico: a finales del mes de noviembre la deuda externa llegaba a los 40.000 millones de dólares, la inflación superaba el 200 % en el acumulado anual y el paro alcanzaba el 15 %³⁰⁵. Durante esos meses se descubrieron, además, varios cementerios clandestinos (entre otros, en La Plata, con 295 tumbas sin identificar, en Lomas de Zamora, con 300, y en General Villegas, con 188)³⁰⁶. El llamado *show del horror* convirtió el tema de los desaparecidos en el asunto clave de la coyuntura, haciendo imposible una interpretación benévola de la dictadura: el tiempo para una negociación amable y generosa había terminado, ahora que la sociedad juzgaba intolerable la falta de respuestas ante lo ocurrido. Respuestas que, por supuesto, no llegaban por parte de los militares, que sólo atinaban a contestar con generalidades y vagas promesas contradictorias: Reston afirmaría que no existía una solución para el problema³⁰⁷ y declararía respecto a las tumbas anónimas que “no existen

³⁰³ Significativamente, la mayoría de estos casos de corrupción eran denunciados desde fuentes militares, como prueba de las numerosas rencillas que existían al interior de los cuarteles. Así surgieron las múltiples denuncias contra Alemann, por ejemplo, o unas semanas más tarde, el escándalo inmobiliario de la cooperativa Partagás, que implicaría a Galtieri, Bignone, Bussi y Harguindeguy. *El País*, 6/12/1982.

³⁰⁴ *El País*, 6/12/1982.

³⁰⁵ *El País*, 30/11/1982.

³⁰⁶ *El País*, 4/11/1982.

³⁰⁷ *Clarín*, 5/10/1982.

en el país cementerios clandestinos y nunca se hicieron sepelios fuera de horario (...). Las tumbas anónimas descubiertas pertenecen a pordioseros e indigentes³⁰⁸.

Los políticos, muy atentos a las nuevas sensibilidades de la sociedad, se mostraron renuentes en ese contexto a ofrecer una salida fácil y digna a los militares en lo concerniente a los crímenes contra los derechos humanos; pero tampoco se lanzaron con el cuchillo entre los dientes para ahondar los problemas de la dictadura. Como en el resto de cuestiones, su estrategia consistiría en dejar que los militares resolvieran por sí mismos sus propios problemas, no adquirir compromisos que coartaran el futuro gobierno democrático y sólo dialogar los instrumentos del traspaso del poder.

Tampoco debemos olvidar cuestiones más instrumentales y tácticas para explicar el rechazo a la concertación: además de los factores coyunturales ya expuestos y del vago planteamiento de su oferta, la promesa previa de que las elecciones se iban a celebrar con total seguridad, fuera cual fuera el destino de la concertación, arrebató a los militares la única carta con la que podían jugar desde una posición de fuerza.

Como fuere, el rechazo a la concertación supondría un duro revés para los militares, que además de su futuro político habían hipotecado su orgullo en la operación. La negativa hizo mella especialmente en el Ejército, que era quien más había arriesgado en la iniciativa, mientras que en Marina y Aeronáutica se mostraban más contemporizadores³⁰⁹. Pese a todo, desde el gobierno se afirmaba que el diálogo con los políticos seguía siendo fluido³¹⁰ y en el diario *Tiempo Argentino* se aseguraba que los contactos reservados entre ambas partes continuaban dándose, pues existía interés mutuo en reencauzar el diálogo³¹¹. Pero lo cierto es que Bignone debió de prepararse en los últimos meses de 1982 para sus horas más bajas: primero, porque su relación con la Junta (especialmente con la Fuerza Aérea de Hughes) se volvería cada vez más tensa y en segundo lugar, porque a partir de entonces se desataría el momento de mayor ofensiva de la Multipartidaria.

³⁰⁸ *El Bimestre*, 6, 6/11/1982.

³⁰⁹ *Somos*, 26/11/1982.

³¹⁰ Según el portavoz del gobierno, el ingeniero Maschwitz, los diálogos “son mucho más frecuentes de lo que la gente supone, puesto que Bignone mantiene casi todas las noches” reuniones en la residencia de Olivos. *El Bimestre*, 6, 18/11/1982.

³¹¹ *Tiempo Argentino*, 19/11/1982. Según este diario, el rechazo de los políticos se debió más a las formas planteadas que al diálogo en sí. Sostenían además que tanto peronistas como radicales pensaban que dejar en indefinición los pactos de la transición sería una bomba de tiempo.

El polo de partidos también venía franqueando por aquel entonces una etapa de marejada. Ya previamente al rechazo de la concertación, los desarrollistas habían criticado la inactividad de la organización y presionaban para que se exigiera al gobierno que adoptase un programa económico de emergencia, algo que el resto de partidos desechaba³¹². Tras el episodio de la concertación, los partidos decidieron lanzarse a una fase de ofensiva, pero la cuestión de cómo llevarla a cabo concretamente daría lugar a nuevos debates en los que de nuevo se puso en juego el carácter y el futuro de la Multipartidaria. La UCR y la Democracia Cristiana patrocinaban la idea de la Asamblea de la Civilidad, un proyecto de extensión civil de la Multipartidaria en el que también tendrían cabida la Iglesia, la Unión Industrial, el Partido Comunista y otras organizaciones políticas como los partidos de Álvaro Alsogaray y Francisco Manrique³¹³. El MID, por su parte, sostenía que los partidos debían lanzarse hacia una gigantesca movilización que forzara al gobierno a cambiar globalmente de política³¹⁴. Finalmente, casi como punto de compromiso, triunfaría una estrategia de movilización moderada, que tendría como hitos más importantes el paro general convocado por ambas CGT a principios de diciembre, la llamada *Marcha de la Resistencia*, protagonizada por las organizaciones de derechos humanos y, como epílogo y acto central, una gran Marcha para el 16 de diciembre en la que estarían convocados el conjunto de los partidos.

Diciembre de 1982 se convertiría de esa manera en el escenario de una nueva puja entre militares y políticos por el control de la transición. Los uniformados se mostraron sorprendidos y preocupados (siempre sensibles a cualquier concentración en la calle) por la ofensiva, ya que pensaban que a esas alturas los políticos estarían demasiado ensimismados en sus propias internas como para arrebatárles la iniciativa del proceso. Atrapado entre dos fuegos, Bignone tendría que hacer gala de toda su habilidad política para sobrevivir al asedio conjunto desde cada flanco de los partidos y el resto de la Junta.

En el campo de los políticos, como era habitual, no todos estaban de acuerdo con la modalidad a seguir: especialmente los partidos pequeños estaban en contra de la

³¹² *Clarín*, 12/11/1982.

³¹³ *Somos*, 19/11/1982.

³¹⁴ *El Bimestre*, 6, 11/11/1982.

gran *Marcha*, temerosos de que su voz fuera engullida entre tanta gente³¹⁵. Como siempre, eran varios, además, los que opinaban que la estrategia de la movilización podía desatar fuerzas que quizás no podrían contener. Tróccoli, por ejemplo, afirmaría que “esta propensión a las cosas multitudinarias nos lleva a jugar con fuego”³¹⁶. A fin de cuentas, el futuro y, sobre todo, el control de la organización estaba en juego dependiendo del éxito o fracaso de estos actos: “El acto del 16 de diciembre de la Multipartidaria debe ser –más allá de su objetivo formal- el hecho referencial de una circunstancia que, por el momento, es confusa: ¿Quiénes gravitan en las decisiones de los cinco partidos? ¿Moderados o radicalizados?”³¹⁷.

El paro general, el primero desde 1975, que fue seguido por entre el 90 y el 95 % de los trabajadores, resultó un gran éxito para el conjunto de la oposición, que no dejaba de sorprenderse por su amplio acatamiento, y que además podía apuntarse en su haber la casi ausencia de incidentes³¹⁸. Ese masivo apoyo, como es obvio, obedecía a algo más que a cuestiones económicas y laborales y al buen engranaje de las redes sindicales que habían sobrevivido a la represión de la dictadura: la huelga de diciembre de 1982 tuvo así un claro significado político, como canal preferencial de protesta contra la dictadura. También la *Marcha de la Resistencia*, cuyo final se hizo coincidir con el Día de los Derechos Humanos cosechó una gran acogida, pese a estar prohibida por el gobierno y tener que soportar la amenaza de un fuerte dispositivo policial. A pesar de estos triunfos, todos los implicados eran conscientes de que donde de verdad se iba a resolver el éxito o fracaso de la estrategia movilizadora opositora sería en la llamada *Marcha del pueblo por la democracia y la reconstrucción nacional*.

Los nervios se palpaban entre los militares conforme se acercaba la fecha de su celebración. La *Marcha*, por su carácter inequívocamente político, les preocupaba más que la huelga de unos días atrás. Conservaban, por supuesto, el poder coactivo para prohibir la manifestación o para reprimirla duramente, pero en un contexto tan caldeado la medida habría sido, sin lugar a dudas, contraproducente. Unos días antes del paro, Bignone, en declaraciones bastante informales, había anunciado que las elecciones se

³¹⁵ Tampoco Robledo, líder de una línea minoritaria del justicialismo, estaba muy a favor de la estrategia de movilización.

³¹⁶ *El Bimestre*, 6, 11/11/1982.

³¹⁷ *La Nación*, 23/11/1982.

³¹⁸ *El País*, 7/12/1982. Durante las manifestaciones, el discurso de la CGT-Azopardo se basó en las cuestiones económicas, mientras que la CGT-Brasil sí mencionó la cuestión de los desaparecidos.

celebrarían finalmente en el último trimestre de 1983, aunque sin definir si se celebrarían en un único acto o de forma gradual ni mayor concreción temporal³¹⁹. La estrategia que había tras dicho anuncio era clara: si no podía enfrentar a los políticos frontalmente, intentaría arrebatárlos con su carta más fuerte (y casi única), la definición final de la fecha de los comicios. Sin embargo, el intento resultó, esta vez, errado. El anuncio, realizado sin mayor boato en el hall de la casa presidencial, pese a su teórica importancia, no suscitó mayor interés entre los políticos³²⁰, sabedores de que todo cambiaría dependiendo del éxito o fracaso de la *Marcha*.

Finalmente, el día 16 de diciembre de 1982 se manifestaron por el centro de Buenos Aires unas 100.000 personas, convirtiendo al acto en la mayor demostración de repudio que se daría contra la dictadura. En la *Marcha*, la Multipartidaria exigió al gobierno que la entrega del poder no se realizara más allá del 12 de octubre de 1983 y reclamó el cambio de la política económica y social del gobierno³²¹. El acto, no obstante, se vio empañado por fuertes disturbios finales en Plaza de Mayo capitalizados casi exclusivamente por la policía, que tuvieron como más graves consecuencias un saldo de 80 heridos y la muerte por disparos de bala del joven Dalmiro Flores.

Afirmaba el periodista Iglesias Rouco en *La Prensa*, realizando un balance de lo sucedido y preconizando el futuro inmediato, que la *Marcha* “puede constituirse en el comienzo, como todos los juegos de niños, de acontecimientos muy serios, tanto para el gobierno como para el país”³²². Cuando debería esperarse un lógico endurecimiento por ambas partes tras la gran demostración de fuerza realizada por las agrupaciones políticas, lo que llegaría a continuación sería un relajamiento de las posiciones y una suerte de tregua que se prologaría por unos cuantos meses.

Bignone, presionando a su Junta para que le acompañe en su nueva maniobra, volverá a usar el comodín de la definición de la fecha de elecciones para apaciguar los ánimos. Divulgará así que éstas se celebrarían, a más tardar, en fecha única, el primer domingo del próximo noviembre³²³ y que en febrero de 1983 se publicaría el cronograma definitivo. Unos días más tarde, en otro gesto de acercamiento, desde el

³¹⁹ *Clarín*, 4/12/1982.

³²⁰ Cafiero, por ejemplo, se limitaría a señalar que “es desalentador que el gobierno haya fijado un plazo tan remoto”. *Tiempo Argentino*, 4/12/1982.

³²¹ *El Bimestre*, 6, 17/12/1982.

³²² *El Bimestre*, 6, 17/12/1982.

³²³ *Clarín*, 24/12/1982.

gobierno se convocó una nueva ronda de diálogos con los partidos, en la que se debatiría la futura ley electoral³²⁴ y en el que, a diferencia de la anterior, se incluirían entrevistas con los líderes de las distintas líneas internas de cada organización³²⁵. El resultado, esta vez, sería favorable para los intereses del presidente, que, sorprendentemente, consiguió terminar 1982 en medio de una relativa paz política. Bignone no obtendría una respuesta definitiva sobre la oferta de diálogo, pero al menos logró neutralizar la escalada de los partidos con su promesa de adelanto de los comicios, un pequeño lunar frente al hecho de haber desactivado la amenaza más fuerte a su posición.

En definitiva, al término de esta etapa de la transición que se inició aproximadamente en octubre, todos los sectores podían sentirse relativamente satisfechos: Bignone podía demostrar ante el resto de los militares que había frenado la movilización de la sociedad y que había salvado al *Proceso* de su colapso final, mientras que los políticos, sin cambiar su perspectiva acerca de los peligros de un rechazo frontal a las ofertas presidenciales³²⁶, gracias a la Marcha, podían deshacerse de la etiqueta de inmovilistas y podían contar en su haber con un exitoso acto de fuerza.

Sin embargo, había poco que celebrar en la Nochevieja de un año que había resultado ser nefasto para el país y, sobre todo, para los militares que lo encabezaban. La crisis económica continuaba sin que se atinara una salida³²⁷ y la imagen anémica que transmitían los protagonistas de la transición no había sido modificada tras los sucesos de diciembre. Oscar Raúl Cardoso, por ejemplo, describiría el panorama de la situación militar de este modo: “La realidad indica que, aún conservando los resortes del Estado como hasta hoy, las Fuerzas Armadas estás aquejadas por una parálisis política: ni pueden concebir, ni pueden instrumentar soluciones”³²⁸. Tampoco corrían buenos tiempos para la Multipartidaria, donde ya se especulaba con su fin en aras de las estrategias electorales. Julio Amoedo, miembro del Partido Conservador Popular, pero muy allegado a Saadi, afirmaría que “La Multipartidaria ya cumplió su cometido (...). Creo que sobre los umbrales de las elecciones desaparecerá”. Por su parte, el

³²⁴ *El País*, 30/12/1982.

³²⁵ *Clarín*, 2/1/1983.

³²⁶ De hecho, por esas fechas, por primera vez un alto representante de las Fuerzas Armadas había señalado la “posibilidad de un golpe militar”. *Tiempo Argentino*, 23/12/1982.

³²⁷ En el último trimestre de 1982 los precios subieron un 56,5%. *Tiempo Argentino*, 2/1/1983.

³²⁸ *La Voz del Interior*, 3/1/1983.

exvicepresidente Solano Lima proponía resucitar el Frejuli, sugerencia a la que ni Bittel ni Cafiero se negaban³²⁹.

Tras un mes de enero relativamente tranquilo, el nuevo año de 1983 traería nuevos roces, que se dieron tanto entre militares con los políticos como al interior de las Fuerzas Armadas y de la Multipartidaria. A comienzos de febrero, la agrupación democrática lanzaría un nuevo documento, en el que se podía notar un cierto endurecimiento en su lenguaje y en sus propuestas³³⁰. Los cinco partidos exigían ahora un cronograma electoral preciso y la entrega del poder al futuro gobierno electo antes del 12 de octubre, mientras que denunciaban la obstaculización de la salida democrática por parte del Gobierno³³¹. En el texto se incluían también duras críticas a la gestión económica del Ejecutivo y a la marcha del proceso de transición como la siguiente: “Justamente a tan pocas semanas de tan categórico reclamo [la *Marcha* del 16 de diciembre], en el que se llegó al extremo del alevoso asesinato de un manifestante, crimen aún no aclarado, el Gobierno ha dado una nueva vuelta de tuerca en la política económica y social, que agudiza la miseria del pueblo, destruye el aparato productivo y establece graves condicionamientos para la marcha del país hacia la democracia”³³². Por primera vez, además, la Multipartidaria hablaba explícitamente sobre el problema de los desaparecidos, exigiendo que se fijasen responsabilidades, y se anunciaba que la agrupación seguiría vigente después de las elecciones.

Por supuesto, la redacción del documento, en la que participó Néstor Carrasco por parte del justicialismo, tuvo un largo desarrollo (de hecho, se venía trabajando en él desde diciembre³³³), en el que no faltaron fuertes debates para limar lo que algunos, como el radical Contín y buena parte del peronismo, consideraban un texto excesivamente vehemente³³⁴. Esa tensión entre los distintos partidos que se sumaba a la ya existente por cuestiones como la futura ley electoral, para la que peronistas y radicales defendían la ley Sáenz Peña, que permitía la formación de amplias mayorías, mientras

³²⁹ *El Bimestre*, 7, 5/1/1983.

³³⁰ *El País*, 3/2/1983.

³³¹ *Clarín*, 2/2/1983.

³³² *El País*, 3/2/1983.

³³³ *Tiempo Argentino*, 29/12/1982.

³³⁴ *Clarín*, 2/2/1983. El Partido Intransigente y Oscar Alende, por el contrario, abogaban por utilizar un discurso aún más duro. De hecho, se habían eliminado del borrador original cuestiones como la desmentida del hecho de que la subversión se había filtrado en la *Marcha* del 16 de diciembre. *El Bimestre*, 7, 3/2/1983.

que los partidos pequeños abogaban por un sistema proporcional como el creado por D'Hondt³³⁵. No resulta casual, por tanto, que no aparezca ninguna referencia en el texto de la Multipartidaria al tipo de ley electoral, cuando en principio iba a ser una de las cuestiones principales a definir. La Multipartidaria sí dejará clara su negativa a la reforma de la Constitución, lo que constituía una forma indirecta de oponerse al sistema de ballottage y a un periodo presidencial de cuatro años, medidas con las que se especulaba en algunos medios militares.

Las denuncias del nuevo documento de la Multipartidaria no resultaban, en realidad, nuevas, pero en el contexto en el que se publicaron irritaron enormemente la sensible piel de los militares, quienes consideraron excesiva la dureza del texto, muy posiblemente por sus referencias al tema de los derechos humanos. La Junta, por ejemplo, en su segunda reunión del año, se planteó congelar la relación con los partidos y el futuro diálogo, aduciendo la “persistente campaña indiscriminada contras las Fuerzas Armadas como instituciones”³³⁶. Fruto de todo ello, el presidente Bignone vivirá en esas semanas otro de sus momentos más delicados, atrapado entre sus promesas de diálogo con los partidos³³⁷ y una Junta que le presionará para corregir el considerado como inaceptable comportamiento de la Multipartidaria.

Muchos militares opinaban que, en esas circunstancias, el diálogo ya no tenía sentido, además de que suponía una apuesta arriesgada para su prestigio en caso de un nuevo rechazo por parte de la Multipartidaria. El endurecimiento de una Junta dispuesta a tomar las riendas de un proceso descarriado se hizo así patente. Tras una reunión celebrada el 10 de febrero, ésta decidió “clausurar publicaciones, secuestrar ediciones e incluso detener a los responsables de lo que se considera una campaña de desprestigio de las Fuerzas Armadas y de desestabilización del Gobierno de transición”³³⁸. Haciendo efectiva su amenaza, se clausuraron dos salas teatrales y se interpuso una demanda al futuro vicepresidente Víctor Martínez por unas declaraciones que se consideraron ofensivas. La Junta pondría además condiciones al diálogo, acotándolo a la discusión de

³³⁵ *Tiempo Argentino*, 19/1/1983.

³³⁶ *La Voz del Interior*, 8/2/1983.

³³⁷ Bignone, a pesar de haber declarado que los cuestionamientos de la Multipartidaria “ya exceden los límites de la simple crítica” (*La Voz del Interior*, 5/2/1983), seguía siendo partidario de retomar el diálogo con los políticos: “nos interesa cambiar impresiones con los partidos antes de poder adoptar la resolución definitiva y anunciar antes de fin de mes el cronograma”. *La Voz del Interior*, 12/2/1983.

³³⁸ *El País*, 14/2/1983.

un cronograma prefijado de antemano por los militares (contrariamente a la opinión de Bignone, que pensaba en unas conversaciones abiertas) y exigiendo que se transmitiera su malestar por el último documento de la Multipartidaria³³⁹.

Estrechando el cerco sobre la gestión del presidente, la Junta estableció también una serie de pautas en aras de corregir la política socioeconómica del gobierno³⁴⁰. Serían éstas, pues, las horas más tensas para un Bignone que muchos imaginaban amortizado políticamente. Los rumores de autogolpe se sucedieron constantemente durante esas semanas³⁴¹ y las palabras del comandante Nicolaidis, afirmando que albergaba “serias dudas” sobre un hecho así, pero sin descartarlo categóricamente³⁴², no ayudaban a relajar el ambiente.

Por suerte para Bignone, la Junta tampoco funcionaba precisamente como una institución monolítica y coherente. Hughes y la Fuerza Aérea, afines a posiciones nacionalistas, eran los principales opositores a la gestión del ministro Wehbe, a la que consideraban una continuación de las políticas de Martínez de Hoz³⁴³. En el Ejército se daba, en cambio, una división de opiniones sobre Bignone, mientras que la Marina optó por presentar un perfil bajo en esta polémica. Las distintas posiciones llegaban incluso a lo semántico: durante el debate sobre cómo anunciar la serie de indicaciones económicas antes mencionada, por ejemplo, la Aeronáutica pretendía usar el término de “directivas”, mientras que el Ejército opinaba que serían sólo “lineamientos”³⁴⁴. El presidente contaba, eso sí, con el apoyo de Nicolaidis, que resultó decisivo para apaciguar la embestida del resto de sus colegas. El comandante del Ejército advirtió de que su arma no volvería a ofrecer otro general a la presidencia, con lo que, en caso de

³³⁹ La Junta ponía como condición ineludible que la entrega de poder se realizara en enero o febrero de 1984. Retrasar tanto la retirada tras los comicios se podría explicar, entre otras razones, por el hecho de que los militares querían decidir sin cortapisas los ascensos y pases a retiro en las Fuerzas Armadas, algo que solía realizarse a fines de año.

³⁴⁰ *La Voz del Interior*, 14/2/1983.

³⁴¹ Por ese entonces no resultaba extraño el lanzamiento de documentos como el emitido por el llamado Centro de Oficiales de las Fuerzas Armadas, liderado por Toranzo Montero, en el que se decía que “se aprecia que el Gobierno ha perdido el control de la situación, dejando por ello de estar en condiciones de continuar con el manejo de la cosa pública”. *El País*, 14/2/1983.

³⁴² *La Voz del Interior*, 17/2/1983.

³⁴³ *Clarín*, 13/3/1982.

³⁴⁴ *El Bimestre*, 7, 15/2/1983.

destitución de Bignone, sería la propia Junta la encargada de manejar las riendas de la transición: un escenario que, por desgastante, todos deseaban evitar³⁴⁵.

De esa manera, Bignone pudo recomponer su posición y disolver la presión que la Junta ejercía sobre él. Mientras todo esto sucedía al interior de las Fuerzas Armadas, los diversos partidos discutían sobre la pertinencia o no de acudir a la nueva ronda de diálogos. En los extremos, en la UCR existía unanimidad a la hora de dialogar, siempre que las conversaciones se circunscribieran a la cuestión electoral, mientras que en el Partido Intransigente, en cambio, el rechazo era total. El desarrollismo, por su parte, era partidario, en principio, de acudir, mientras que en la DC se plegarían a la opinión mayoritaria. Sería en el peronismo donde las dudas sobre la cuestión se harían más difíciles: Bittel, apoyado curiosamente esta vez por Matera y Robledo, se decantaba por el diálogo, pero en el partido existían numerosas opiniones en contra³⁴⁶, como las del propio Luder o la del MUSO³⁴⁷. Finalmente, sin embargo, gracias sobre todo a la presión ejercida por Miguel, el Consejo justicialista autorizaría a acudir al diálogo³⁴⁸. A fin de cuentas, desde su perspectiva, los políticos tenían menos que perder apoyando la iniciativa de Bignone que colaborando con su caída, siempre y cuando se respetaran las elecciones.

El presidente se reunió en primer lugar con los representantes de la UCR, a quienes adelantó su proyecto de cronograma electoral, prometiendo que las elecciones se celebrarían en una única jornada y que no se reformaría la Constitución³⁴⁹, lo que sugería que no habría cambios en la duración del mandato del presidente ni en la composición del Senado. Con el peronismo, las conversaciones giraron en torno al levantamiento de las actas institucionales que inhabilitaban a Isabel Perón, Menem y otros justicialistas³⁵⁰. Bignone se mostró conciliador y adelantó que, al contrario que en

³⁴⁵ *Somos*, 18/2/1983.

³⁴⁶ *Clarín*, 6/2/1983.

³⁴⁷ *Clarín*, 4/2/1983. La línea Intransigencia y Movilización, claramente contraria al diálogo, opinaba que esta llamada es una “maniobra confusionista, dirigida fundamentalmente a desviar la atención y las energías de los sectores populares de la grave crisis que afecta al país”. *La Voz*, 9/2/1983.

³⁴⁸ *Clarín*, 18/2/1983. El Partido Intransigente, por su parte, se negaría definitivamente a participar en estos diálogos. Lorenzo Miguel, por su parte, era un claro defensor de la concurrencia al diálogo y su opinión resultó decisiva para que el peronismo acudiera a la llamada de los militares. El sindicalista lo justificaba argumentando que “hay que diferenciar a las actuales autoridades de las Fuerzas Armadas como institución, de las que no es políticamente conveniente aislarse”. *La Voz*, 8/2/1983.

³⁴⁹ *Somos*, 25/2/1983.

³⁵⁰ Por parte del peronismo acudieron: Bittel, Carrasco, Iglesias, Sabroli, Isla, De Amestoy, Carballo, Montenegro, Obeid y Murguía.

1973, no existirían proscripciones en los futuros comicios. Pese a esta intención, la solución a esas cuestiones implicaba a muchos actores. La cuestión de Isabel se convertiría en esos días en algo así como la patata caliente que buscaban eludir los militares: Bignone contó a los peronistas que era partidario de derogar las actas, pero que tal acción era una responsabilidad de la Junta. Ello era cierto en parte, pero, en realidad, la firma de la Junta no resultaba suficiente para poner fin a la inhabilitación de Isabel por un fallo judicial, que sólo podría anularse con un indulto del presidente³⁵¹.

La nueva ronda de diálogos sirvió para conversar sobre algunos flecos de la ley electoral y, sobre todo, para dar oxígeno a un Bignone que continuaba ahogado por la presión de su Junta. Tras este último acercamiento con los políticos, el último día de febrero, el presidente anunció ante las cámaras de televisión que las elecciones se celebrarían el 30 de octubre de ese año y que el poder sería devuelto a los civiles el 30 de enero de 1984. Pese a la importancia de la revelación, no se daría ni gran pompa ni grandes formalismos en su comunicación, ni la misma despertaría la euforia entre la sociedad: “pocas veces un mensaje de tanta trascendencia debe haber pasado con tamaña indiferencia frente a la opinión pública. Es que en realidad todo o casi se sabía”³⁵². Esta frialdad generalizada de la que se habla en *Clarín* ante lo que se podría entender el certificado de defunción de la dictadura y el punto culminante del proceso de democratización resume muy bien, por tanto, algunas de las características del proceso de transición argentino, como la debilidad de sus protagonistas, la escasa interacción que se desarrolló entre éstos -rayana al diálogo de sordos- la lejanía con la que, en general, la sociedad vivió sus hechos más determinantes y decisivos y la larga duración que ocupó un proceso que podría haberse solucionado de una forma mucho más rápida y sencilla.

El anuncio, pese a suponer la confirmación de su objetivo último, tampoco produjo un excesivo entusiasmo en los partidos. A la mayoría les pareció excesivo el plazo que mediaba entre las elecciones y la devolución del poder³⁵³, pero las protestas no pasaron de las consabidas declaraciones. En parte, porque una nueva etapa de fricciones internas se iría desarrollando en la Multipartidaria durante esas semanas y, en parte,

³⁵¹ *Clarín*, 23/2/1983.

³⁵² *Clarín*, 1/3/1983.

³⁵³ Cafiero señalaría que: “la devolución del poder debe efectuarse a los 30 días de celebradas las elecciones”. *El País*, 2/3/1983. Según la Constitución el plazo máximo para el traspaso se ubicaba en 60 días, pero parece que la Junta presionó decisivamente para llegar la entrega a enero de 1984.

porque la prioridad pasó entonces a ser la de relajar un clima social cada vez más caldeado. No debemos olvidar tampoco que los militares todavía no habían acabado de perfilar todos los detalles de la futura ley electoral, única baza que todavía quedaba en sus manos y que aún podía ser utilizada para mejorar sus posiciones. Como relataban en *Clarín*, “los jefes militares tienen aún en sus manos la ley electoral y ese instrumento está frenando la ofensiva opositora de buena parte de la dirigencia política histórica; no quieren darle argumentos para que usen una coma, un punto o una cifra —o todo el sistema electoral— en contra o a favor de una corriente política”³⁵⁴.

Sería más tarde, a fines de junio, en medio de un desgaste cada vez mayor de las Fuerzas Armadas, cuando el presidente aprobó de forma definitiva la ley electoral y de esa manera se ratificó la fecha de elecciones para el 30 de octubre³⁵⁵. Todavía la fecha del traspaso de poder habría de adelantarse a diciembre de 1983³⁵⁶, pero el debate, a efectos políticos, sobre los aspectos institucionales de la transición había quedado resuelto en esas jornadas finales de febrero: a pesar de todas las crisis y anuncios de nuevos golpes, la llegada de la democracia resultaba ya irreversible y todas las reglas del juego de las próximas elecciones estaban prácticamente ya definidas en su totalidad.

Por supuesto, aún quedaban por resolver muchas de las tramas que se habían abierto durante este proceso. Por ejemplo, el destino de la Multipartidaria. La agrupación de los partidos, fiel a su histórica ambigüedad y papel difuso, padecería una serie de crisis durante los meses que condujeron a las elecciones que dejaron a la institución en un estado latente: viva nominalmente, pero sin ningún sentido práctico. Tampoco resultaba sorprendente, ya que, una vez alcanzada la seguridad de la celebración de las elecciones y con los distintos partidos enfrascados en sus luchas internas y en la competición por superar al resto de organizaciones, la unión de la Multipartidaria era mucho frágil.

³⁵⁴ *Clarín*, 17/4/1983.

³⁵⁵ *Clarín*, 24/6/1983. La ley electoral sancionaría el método D'Hondt, considerado proporcional en el contexto argentino, para el reparto de escaños en el Parlamento. Para aspirar al reparto de cargos electivos, un partido debería obtener como mínimo el 3 % del padrón del distrito. Al justicialismo no le entusiasmó el cambio de la mayoritaria ley Sáenz Peña: el Consejo Nacional del partido enviaría un telegrama a la Junta en que calificaría la nueva ley como “una distorsión de la voluntad mayoritaria”. *Clarín*, 4/6/1983.

³⁵⁶ *El País*, 18/7/1983. *El Bimestre*, 12, 5/11/1983.

Aparte de los ya mencionados, se pueden citar numerosos ejemplos de ese distanciamiento progresivo entre los distintos miembros del polo democrático. Uno de ellos se dio precisamente poco después de la ronda de diálogos de febrero: al parecer, durante la reunión con el justicialismo, Bignone había sugerido a Bittel que la Multipartidaria propusiese al gobierno un programa económico de emergencia³⁵⁷; los partidos aceptaron la idea, pero pronto surgirían concepciones antagónicas en la comisión redactora³⁵⁸. Para el MID, el programa debía ser concreto y susceptible de ser llevado a la práctica, con pautas operativas y un paralelo cronograma de movilizaciones que asegurara su cumplimiento. El resto de partidos era partidario de esbozar una serie de pautas básicas en el documento, pero sin explicitar medidas concretas, evitando así el riesgo de comprometerse excesivamente con el gobierno. Opinaban, pues, que el Ejecutivo no tenía suficiente autoridad como para cambiar el programa y temían que un posible fracaso los arrastrara también, aparte de discrepar asimismo con varias de las medidas que habían propuesto los desarrollistas³⁵⁹.

Las posturas parecían irreconciliables y el riesgo de ruptura se tornó cercano ante la intransigencia del MID, que no aceptaba más solución que la suya. Los desarrollistas sostenían que debía corregirse en ese momento el rumbo de la economía siguiendo sus propuestas o, de lo contrario, la situación se iría deteriorando tanto que pondría en peligro el futuro de la democracia³⁶⁰. Por supuesto, tampoco faltaba oportunismo en sus declaraciones, que también apuntaban a un calculado intento por diferenciarse de las posiciones de peronismo y radicalismo y presentar un perfil propio ante una sociedad que veía al MID como una tercera fuerza poco atractiva.

Los cuatro partidos restantes elaboraron a su vez su propio documento, titulado *El cambio de la política económica es impostergable*, en el que realizaron un crítico y duro diagnóstico de la situación, pero cuidándose de no definir con datos concretos el nivel de variables claves, como el tipo de cambio o el salario³⁶¹, aspectos que deberían resolverse concertando con empresarios y trabajadores. Al final, la polémica se

³⁵⁷ *La Voz del Interior*, 9/3/1983.

³⁵⁸ *Clarín*, 18/3/1983.

³⁵⁹ El economista Eduardo Setti, en nombre del justicialismo, opinaba de esta manera sobre algunas de las proposiciones del MID: “la propuesta de llevar el dólar a 120.000, de una devaluación del 100% y de un aumento de salarios del 60% es un plan regresivo sobre el que los argentinos tenemos suficiente experiencia”. *Tiempo Argentino*, 18/3/1983.

³⁶⁰ *Clarín*, 19/3/1983.

³⁶¹ *Somos*, 25/3/1983. Por parte del peronismo participaron Eduardo Setti y Samuel Musicansky.

resolvería en una reunión del plenario de la Multipartidaria, del que saldría un documento único compatibilizando ambas posturas, urgiendo a la necesidad de cambios, pero dejando en manos del gobierno su implementación³⁶². La brevedad de su redacción (apenas 35 líneas) y la generalidad de las medidas propuestas (dejando libertad a cada partido para desarrollarlas) indican claramente que el mínimo común entre los miembros de la Multipartidaria fue, pese a todo, realmente exiguo.

Agravando esta situación, la denuncia por parte de Alfonsín del llamado pacto militar-sindical, que analizaremos a continuación, dinamitaría los puentes que todavía quedaban entre peronismo y radicalismo, exacerbando su competencia por los votos y profundizando la crisis de la Multipartidaria. En julio de 1983, por ejemplo, los distintos partidos estaban tan alejados que ni siquiera se pusieron de acuerdo para consensuar una fecha de reunión y finalmente, a la llamada realizada por el Partido Intransigente sólo se respondería con una reunión del secretariado de la organización³⁶³.

El polo democrático, no obstante, sobreviviría a las elecciones de 1983, pero sólo de manera técnica y latente. Dejando a un lado la cuestión de si su papel fue clave en ese proceso o si simplemente se dejó llevar por la corriente de unos acontecimientos que apenas controlaba, lo cierto es que su misión principal se había cumplido una vez que se confirmó la convocatoria a los comicios. En el momento de su celebración, sin embargo, quedaban lejos ya los sueños de una Multipartidaria internacional, propuesta por Alfonsín, que englobara a los partidos prodemocráticos de países como Chile o Uruguay³⁶⁴ o el proyecto de hacer del polo democrático un frente unido para presentarse en las elecciones.

Junto al progresivo letargo de la Multipartidaria y el desarrollo de la lucha interna en los partidos, se iría resolviendo en esos meses de 1983 un asunto capital para los militares; el que era, de hecho, el más importante desde su perspectiva: silenciar cualquier intento de juzgar los crímenes cometidos por la dictadura.

³⁶² *El País*, 21/3/1983.

³⁶³ *El Bimestre*, 10, 6/7/1983.

³⁶⁴ *Clarín*, 23/4/1983.

2.7 *La carrera militar por la impunidad*

Cuando, en septiembre de 1982, al ministro de Interior de ese momento, Llamil Reston, se le preguntó cuál sería el legado más importante que iba a dejar el *Proceso*, éste respondió: “Tendría que memorizar, remontarme a sus orígenes. Creo que un logro muy importante, el número uno, ha sido la lucha contra la subversión”³⁶⁵. La afirmación podría haber sido compartida por el resto de sus camaradas. Más allá de las múltiples y muy profundas disputas internas que existían en las Fuerzas Armadas, que se exacerbaban todavía más tras la guerra de Malvinas, el orgullo por lo realizado durante la autotitulada lucha contra la subversión marcaba el punto de unión de los militares y la única frontera que no estaban dispuestos a negociar.

Durante los primeros años de la dictadura, sus dirigentes nunca imaginaron que algún día deberían responder por los numerosos crímenes cometidos contra los derechos humanos. A fin de cuentas, su victoria en ese aspecto había sido total y, en su visión, habían salvado al país de la subversión del orden occidental y cristiano, algo que la sociedad debería reconocerles eternamente. Se trataba de su mayor logro profesional; de hecho, el único que podían esgrimir tras Malvinas y su pésima gestión del gobierno. Pero, como vimos en anteriores apartados, conforme iba pasando el tiempo y se agotaba paulatinamente la inercia del *Proceso*, el relato de una gloriosa lucha antsubversiva empezaba a resquebrajarse y a mostrar sus múltiples incoherencias. No se trataba únicamente de que éste comenzaba a no resultar creíble por parte de una sociedad en la que grupos cada vez mayores empezaban a cuestionarse por el destino de los desaparecidos, sino que desde las propias filas militares comenzaban a emitirse respuestas equívocas y proyectos de salida contradictorios. Y el problema, como el de la forma de poner punto final a la dictadura, se fue acentuando con el paso del tiempo: a la altura de 1978, con el prestigio todavía intacto, hubiera sido posible pactar una salida no sólo digna, sino triunfante y hasta podría haberse ensayado un manto de olvido e impunidad tristemente efectivo sobre la cuestión de los desaparecidos. Para 1983, tal objetivo ni siquiera podía ser tomando en cuenta por irreal.

³⁶⁵ *El Bimestre*, 5, 29/9/1982.

Ya a fines de 1977, como apunta Canelo³⁶⁶, existía entre los militares una división entre *duros* y *clausuristas* sobre lo actuado: ambos compartían el orgullo por lo actuado, pero diferían en la gestión de su interpretación. Para los primeros, no había mucho que discutir: en su escala de valores, la lucha contra la subversión no sólo había sido exitosa, sino correcta desde un plano moral y no sólo consideraban innecesario justificar lo realizado, sino que reclamaban un explícito reconocimiento por parte de la sociedad. Los *clausuristas*, en cambio, encabezados por Videla y Viola, entendían que era necesario blanquear el pasado reciente y cubrir de alguna forma la masacre realizada para guarecerse de futuros peligros y reclamaciones. Fue a partir de esas bases que Videla construiría el discurso en torno a los *excesos* cometidos por *elementos fuera del control* de las altas jerarquías militares y del plan original. La estrategia *clausurista*, sin embargo, no prosperó. En primer lugar, porque la cuestión era tan delicada para el frágil equilibrio intramilitar que su debate podía desatar consecuencias impredecibles en el estamento y en su relación con la sociedad. En segundo lugar, porque la fuente de legitimidad que otorgaba el haber acabado con la guerrilla fue deteriorándose conforme el *Proceso* se iba alargando en el tiempo sin que existiera una clara razón para su continuidad.

Tras la derrota en Malvinas y el descubrimiento de los cementerios clandestinos, el propósito de encubrir y justificar los *excesos* cometidos resultaba inviable. La sociedad empezaba a ver que tales delitos no constituían una anomalía de grupos que actuaban descontrolados, sino la norma que habían empleado las Fuerzas Armadas como un plan premeditado. Llegados a este punto sin retorno, los militares comenzarían entonces una carrera para asegurar que los crímenes cometidos no serían juzgados en el futuro gobierno democrático o que, si se presentaba tal tesitura, los uniformados, como mínimo, tuvieran las máximas garantías posibles.

En ese aspecto, al menos, no se albergaban dudas. La cuestión de los desaparecidos funcionaba como un efectivo pacto de sangre al que los militares, bastante débiles en cambio como para realizar otros reclamos, no iban a renunciar. Pero concretar exactamente la estrategia para conseguir el objetivo de evitar los juicios no iba a resultar una tarea sencilla. Principalmente, por el propio agotamiento de unas Fuerzas Armadas en retirada, pero también por los distintos enfoques con los que se trataba el tema en su interior.

³⁶⁶ Canelo, *op.cit.*, pp.133-150.

Ya a comienzos de septiembre de 1983, el portavoz del Gobierno, el ingeniero Maschwitz, adelantó que el ministerio de Interior estaba barajando “una hipótesis de análisis sobre una ley de amnistía”³⁶⁷. La idea de trabajar sobre una ley de amnistía que imposibilitara juzgar a los militares protagonistas de la dictadura sería, no obstante, silenciada o negada en los meses siguientes. Generar demasiado ruido sobre una ley tan impopular en el momento en el que se estaban descubriendo los mayores horrores de la dictadura y en el que las organizaciones de derechos humanos encabezaban marchas que contaban con la aquiescencia de casi toda la sociedad era, ciertamente, contraproducente. Más aún cuando políticos como Alfonsín ya habían perdido el miedo y aventuraban que en el próximo gobierno la Justicia “se hará cargo de la cuestión de los desaparecidos, la corrupción y los errores en el conflicto de Malvinas”³⁶⁸. La propia Multipartidaria, tan conservadora en su táctica y tan poco dada a salir de su silencio sobre la cuestión de los derechos humanos, también empezaba a pronunciarse explícitamente sobre el tema. En su comunicado por la *Marcha* del 16 de diciembre se criticaba que el régimen no hubiera dado respuestas al problema cuando ya se había admitido la comisión de excesos durante la represión. Como apunta Canelo, en ese texto ya se perfilaba claramente la teoría de los grados de responsabilidad que aplicaría Alfonsín en su gestión de la cuestión: “es [inadmisible] que se haya admitido la existencia de los “excesos de la represión” y se pretenda que carguen con ellos las instituciones como tales, en lugar de deslindar distintos grados de responsabilidades tendientes a preservarlas”³⁶⁹.

En el escenario ideal soñado por los militares, el encubrimiento de sus delitos sería pactado con los partidos políticos previamente a la llegada de la democracia. El objetivo último de las Fuerzas Armadas era prevenir cualquier intento de investigación en el futuro y, si resultaba claro que la firma unilateral de una amnistía no sería admitida sin más por la sociedad, habría que buscar el apoyo de políticos y de la Iglesia para dotar a la operación de una mayor legitimidad. El rechazo a la concertación supuso un duro golpe a estas esperanzas, pero los militares no cejaron en su intento de negociar como fuese los elementos básicos del blanqueo de su actuación. En su proyecto de amnistía estaban dispuestos a ampliar su cobertura a lo que consideraban elementos subversivos

³⁶⁷ *El Bimestre*, 5, 1/9/1982.

³⁶⁸ *Clarín*, 8/11/1983.

³⁶⁹ Canelo, *op.cit.*, p.205.

y a muchos exiliados, en un intento por lograr la aceptación de los familiares de las víctimas. A los políticos, por su parte, se les pensaba ofrecer, además de un adelantamiento de la fecha de las elecciones, la revisión de las actas institucionales³⁷⁰.

Esa idea de un pacto, tan íntimamente ligada a otros procesos de transición, no cuajó, al menos de un modo explícito, como ya vimos, en Argentina, pero resultaría fundamental para explicar y comprender uno de los episodios más importantes del proceso de democratización y de la campaña electoral. A finales de abril de 1983, los radicales Alfonsín y De la Rúa denunciaron que se estaba negociando un pacto entre militares y el sindicalismo, que involucraba a importantes figuras del Ejército, como los generales Nicolaides, Suárez Nelson y Trimarco³⁷¹ y a algunos hombres claves del gremialismo argentino³⁷². El fundamento del acuerdo era simple: los militares (más concretamente, algunos miembros del Ejército³⁷³), asumían que las elecciones serían ganadas por el justicialismo y, a partir de esa premisa, trataron de negociar con el sindicalismo peronista, posiblemente el sector que mostraría un mayor interés en el acercamiento. A fin de cuentas, pese a toda la retórica antiperonista, el justicialismo era percibido como el mal menor una vez que habían fracasado todos los intentos de engendrar una cría del régimen. Al contrario que el candidato radical Alfonsín, mucho más incisivo en este punto, el peronismo se estaba mostrando ambiguo, cuando no directamente mudo, respecto a la cuestión de los derechos humanos y la reputación de Lorenzo Miguel, antiguo enemigo, había cambiado radicalmente para los militares desde que en el acto conmemorativo del 17 de octubre, en 1982, criticó a Montoneros y a los sectores del peronismo de izquierda³⁷⁴. En teoría, además, los intereses de ambas partes podían ser compatibles: los militares obtendrían del pacto con el justicialismo la garantía de que el pasado dictatorial no sería removido, mientras que las cúpulas sindicales

³⁷⁰ *Tiempo Argentino*, 22/11/1982.

³⁷¹ Juan Carlos Trimarco era por ese entonces el jefe de la policía de Buenos Aires. Se trataba de un íntimo amigo de Nicolaides y de Camps y Verplaetsen y se rumoreaba que fue él el principal impulsor para que Nicolaides alcanzara la comandancia del Ejército.

³⁷² *El Bimestre*, 8, 26/4/1983.

³⁷³ No es casual que fuera el Ejército (y no el conjunto de las Fuerzas Armadas) el señalado como muñidor del pacto. La Armada, fiel a su tradición, era bastante reacia a pactar con el peronismo (más allá de los coqueteos de Massera con Isabel Perón, que tuvieron un carácter más personal que institucional). La Aeronáutica, por su parte, tenía sus propios aliados en la esfera sindical, a los que no pretendía renunciar. *Clarín*, 10/4/1983.

³⁷⁴ *Somos*, 6/5/1983. En su discurso en el acto conmemorativo del 17 de octubre celebrado en la cancha de Atlanta, Miguel fustigó a la izquierda del justicialismo (que, recíprocamente, le abucheó) y se mostró muy suave con los militares: en cuatro ocasiones mencionó que deseaba unas Fuerzas Armadas al servicio del pueblo y no realizó ninguna referencia sobre la situación económica o sobre la cuestión de los desaparecidos.

podían estar seguras de no ser reemplazadas tras la normalización de los gremios y de que contarían con otras prerrogativas como el control de las obras sociales. Lorenzo Miguel era consciente, además, de que el peronismo sería casi con total seguridad el vencedor de las elecciones, pero que afrontaría su gobierno en una situación muy precaria: lograr, de antemano y mediante un pacto, la complicidad militar se antojaba capital para la estabilidad del futuro gobierno justicialista³⁷⁵.

Ya un mes antes de la acusación lanzada por Alfonsín, la prensa venía insinuando el acercamiento entre ambas partes: según *La Nación*, “hay numerosos indicios en cuanto a que la estrategia política actual del Ejército estaría basada en el supuesto de que los próximos comicios serían inevitablemente ganados por el peronismo” y una alta fuente del arma afirmaría que “deseamos un peronismo unido, pues la mayoría de sus corrientes asegura en conjunto una valla formidable contra el peligro de un desarrollo de la izquierda”³⁷⁶. En *Clarín* también dejaban constancia de la “simpatía” de Nicolaidis hacia un “acuerdo entre las Fuerzas Armadas y el sindicalismo para encumbrar a un candidato peronista” y se relataba que se habían celebrado varias “reuniones en el Cuerpo I de Ejército, en Palermo, con los gremialistas Lorenzo Miguel y Jorge Triaca”³⁷⁷.

Incluso desde las propias filas del justicialismo, obviamente desde orillas opuestas a las de Miguel, se fomentaba la idea de la existencia de un pacto militar-sindical. Robledo declararía que “se están produciendo algunos hechos que parecen confirmar estas versiones”³⁷⁸, mientras que Rubén Cardozo, representante del gremio SMATA, denunció que “el pacto sindical-militar se estuvo tramitando, pero como salió a la luz, ahora lo desmienten”³⁷⁹.

Por supuesto, la existencia de tal pacto fue negada vehementemente por la cúpula del peronismo. En un documento firmado conjuntamente por el Consejo Nacional del Partido Justicialista, la CGT-RA y las 62 Organizaciones se exponía que “estamos frente a la reiteración de un esquema de acción psicológica que con el

³⁷⁵ *Clarín*, 24/10/1982. Nótese cómo la fecha de esta noticia es bastante anterior a la denuncia del pacto realizada por Alfonsín en mayo del año siguiente. Desde el famoso acto en Atlanta, los rumores de conversaciones y negociaciones entre militares y sindicalistas eran frecuentes en las fuentes periodísticas.

³⁷⁶ *El Bimestre*, 8, 30/3/1983.

³⁷⁷ *El Bimestre*, 8, 20/3/1983.

³⁷⁸ *El Bimestre*, 8, 30/3/1983.

³⁷⁹ *El Bimestre*, 8, 1/4/1983.

sonsonete del desborde sindical preparó el clima para justificar el golpe del 24 de marzo de 1976³⁸⁰. En otro documento se calificaría a la denuncia como “un complot contra la Patria” e incluso, veladamente, sin citarlo, se acusaría a Alfonsín de estar “coaligado con sectores colonialistas y líneas internacionales”³⁸¹. Como era obvio, también desde el Ejército se desmintió la existencia de un pacto. Nicolaides, sobre el que pesaban las mayores sospechas, intentaría desviar los focos sobre su persona, prefiriendo “no polemizar ni adoptar ninguna medida para no prestarse al juego político con fines partidistas”³⁸².

El pacto nunca pudo ser demostrado con pruebas concluyentes, pero quizás resultara más importante el hecho de que resultó verosímil para gran parte de la sociedad a quien, dada la historia previa de los involucrados, les pareció creíble que militares y sindicalistas consensuaran ciertas condiciones para protegerse mutuamente en el futuro. Más aún cuando el candidato justicialista Italo Luder se notaba muy tibio al respecto, declarando que sería importante que las Fuerzas Armadas “hubieran comprendido que el sindicalismo argentino tiene un pensamiento nacional”³⁸³. De esta manera, el concepto de un pacto que estableciera los fundamentos de la transición no se dio de forma oficial en Argentina, pero sí existieron indicios de que se buscó entre bambalinas. De hecho, incluso en el momento de mayor distancia entre los partidos y el gobierno, en diciembre de 1982, en los diarios se seguía hablando de reuniones entre militares y figuras como Miguel Frondizi o Robledo³⁸⁴. Fuere como fuere, en definitiva, la denuncia de Alfonsín, más allá de su veracidad, incidirá decisivamente tanto en la cohesión de la Multipartidaria, que quedó muy dañada tras este episodio, como en la campaña electoral, en la que el candidato radical podía presentarse como la nueva esperanza que dejaría atrás el pasado violento y no democrático encarnado en militares y en sindicalistas.

Dejando a un lado la posible existencia de este intento de pacto, la estrategia de los militares para protegerse de los futuros juicios se basaría, durante 1983, en un eje con dos caras: por una parte, el ya comentado proyecto de una ley de amnistía y, por otra, la

³⁸⁰ *El País*, 28/4/1983.

³⁸¹ *La Voz del Interior*, 5/5/1983.

³⁸² *Ibidem*.

³⁸³ *El Bimestre*, 9, 2/5/1983.

³⁸⁴ *Tiempo Argentino*, 29/11/1982.

redacción de un documento en el que se diera una explicación de los últimos años de la historia argentina desde el punto de vista castrense y se justificara lo actuado.

Cuando la viabilidad de la amnistía se vio obstaculizada por el más que probable rechazo social, los militares consideraron que el nuevo texto en proyecto, que pretendía ser la “opinión definitiva”³⁸⁵ y final de las Fuerzas Armadas sobre lo ocurrido en la lucha antisubversiva, podría ser un buen globo sonda para calibrar la sensibilidad general sobre la cuestión. En un escenario óptimo, el documento podría ser tan exitoso y su respuesta tan legitimada por la sociedad que podría hacer innecesaria la promulgación de una amnistía. Pero su redacción, de la que se venía hablando desde diciembre de 1982, no sería sencilla, empezando por el hecho de que muchos militares no entendían o no compartían la utilidad de crear este relato. Existía cierta división al respecto: mientras que el Ejército era su principal impulsor, desde la Marina se empujaba a otra solución más práctica, como habilitar un departamento oficial para atender a las familias de desaparecidos y víctimas, mientras que en la Fuerza Aérea simplemente se hablaba de realizar una salida digna³⁸⁶.

Los siguientes pasos al respecto demostraron la inseguridad y falta de confianza que albergaban los militares sobre el futuro del documento. A finales de marzo, la Junta, junto con el presidente y los ministros de Interior y Economía, se reunió nada menos que durante diez horas para limar varios aspectos del texto³⁸⁷. Poco más tarde, Nicolaidis anunció en una reunión de oficiales del Ejército que al próximo paquete de medidas para justificar la lucha antisubversiva le seguiría allá por junio otros documentos públicos que analizarían la guerra de Malvinas y de los que nunca más se supo noticia³⁸⁸. En otro ejemplo del estado dubitativo de los militares, prácticamente mientras se realizaba una nueva manifestación pro derechos humanos en Buenos Aires que reunió a unas 10.000 personas³⁸⁹, el ministro Reston hacía pasar el borrador del documento entre políticos, sindicalistas y obispos con la intención de conseguir un mayor consenso y aprobación³⁹⁰. Una de las claves de estas incertezas se encontraba en la cuestión de que, para muchos militares, una simple acta institucional no podía cerrar

³⁸⁵ *La Voz*, 14/4/1982. La expresión entrecomillada es de Nicolaidis.

³⁸⁶ *Clarín*, 3/2/1983.

³⁸⁷ *El País*, 26/3/1983.

³⁸⁸ *La Voz del Interior*, 8/4/1983.

³⁸⁹ *El País*, 17/4/1983.

³⁹⁰ *El País*, 20/4/1983.

el asunto de forma judicial: por mucho que la meta de esta declaración consistiera en salvar a los cuadros inferiores, nada impedía que siguiera considerándose delito el haber obedecido órdenes manifiestamente legales. Para acrecentar la incertidumbre, tampoco existían muchas seguridades sobre cómo iba a ser recibido por parte de la sociedad. Ya Saadi, que representaba entonces a los sectores más duros del peronismo, advertía en los días previos a su publicación que el documento “carecerá de toda importancia por cuanto será un documento ilegítimo, que no será respetado por los organismos legales una vez que el pueblo recupere la soberanía política”³⁹¹.

Pese a todas estas dudas, el conocido oficialmente como *Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo* sería emitido finalmente por televisión la noche del 28 de abril de 1983. Durante 45 minutos, sobre imágenes de actos de terrorismo y de acciones de la guerrilla, una *voz en off* iba leyendo el documento, que constaba de cinco partes (introducción, hechos, principios, procedimientos, secuelas del conflicto y consideraciones finales) y que recogía la visión última y definitiva de los militares sobre la cuestión de los desaparecidos y la represión. “Es todo cuanto – anunciaban- las Fuerzas Armadas disponen para dar a conocer a la Nación sobre los resultados y consecuencias de la guerra”³⁹². Como base de ese relato, las Fuerzas Armadas asumían su cuota “de responsabilidad histórica” en sus acciones, que consideraban como un “acto de servicio”. En su justificación, señalaban que todas las acciones estaban amparadas en los decretos firmados durante el gobierno de Isabel Perón, que “fueron impelidos a la lucha” y que “las características de la acción terrorista obligaron a adoptar procedimientos inéditos de lucha”³⁹³. Se retomaba, por tanto, la teoría de los excesos que ya había sido defendida en años anteriores: “en este marco, casi apocalíptico, se cometieron excesos que, como sucede en todo conflicto bélico, pudieron traspasar a veces los límites del respeto a los derechos humanos fundamentales y quedan sujetos al juicio de Dios en cada conciencia y a cada comprensión de los hombres”³⁹⁴. Por último, la cuestión de los desaparecidos se cerraba de forma expeditiva, dando por muertos a aquellos que no estén exiliados o en las listas de detenidos.

³⁹¹ *La Voz*, 19/4/1983.

³⁹² *La Voz del Interior*, 29/4/1983.

³⁹³ *Somos*, 6/5/1983.

³⁹⁴ *El País*, 29/4/1983.

El documento sintetizaba, pues, todos los argumentos exculpatorios que habían ensayado los militares a lo largo de esos años para clausurar el pasado dictatorial: la idea de una guerra contra la subversión, el concepto de acto de servicio a pedido del gobierno peronista anterior, la teoría de los excesos, la inexistencia de cárceles clandestinas o la falta de responsabilidad sobre el destino de los desaparecidos o el exclusivo acatamiento del juicio de la historia... Como se puede observar, eran pocas las novedades que adelantaba el texto. La única, quizás, como apuntan Novaro y Palermo, fue el anuncio de que la actual Junta se hacía cargo públicamente de la responsabilidad institucional del *Proceso*³⁹⁵, medida con la que se pretendía tranquilizar a los cuadros inferiores. En gran parte, era, por tanto, el triunfo de las tesis de los *clausuristas*, sólo que en abril de 1983, con toda la información descubierta sobre la represión de la dictadura, resultaba ya imposible que tales explicaciones fueran creíbles para la sociedad. La oposición al contenido del texto fue generalizada en casi todo el arco social. Según Saadi: “No han esclarecido nada, lo han confundido todo y con una terrible soberbia se vanaglorian de lo que todos repudian, dando un documento que es esencia de cinismo”³⁹⁶. Sólo entre la alta jerarquía católica argentina y las asociaciones patronales se podía encontrar cierto apoyo a la versión militar de los hechos. Pero incluso dentro de la Iglesia eran numerosas las voces en contra: para monseñor Hesayne, obispo de Viedma, el documento “se apoya en un principio totalmente inmoral como es que el fin justifica los medios”.

Los militares no obtuvieron, por tanto, ningún beneficio, ni jurídico ni político, con la publicación de su visión de su lucha antsubversiva. Sólo les quedaba, en ese punto, la carta de firmar una amnistía. Sin embargo, incluso en el caso de aprobarse, sabían perfectamente que se convertiría pronto en papel mojado si éste no se consensuaba con los partidos y representantes de la sociedad. No obstante, hasta su promulgación, justo pocos días antes de las elecciones, el desarrollo de la ley siguió un trazado muy sinuoso. Para empezar, su progreso se daría en un contexto confuso y viciado, en el que las amenazas de un nuevo golpe de estado estaban a la orden del día,

³⁹⁵ Novaro y Palermo, *op.cit.*, p.503.

³⁹⁶ *La Voz*, 30/4/1983. Sólo unas pocas voces apoyaron el relato militar, como la de Francisco Manrique, que aún así se mostraban levemente críticas: “no podemos dejar de estar agradecidos [por la derrota de la subversión], (pero) es también un hecho que se recurrió a métodos equivocados y a actitudes que no se pueden aceptar”.

especialmente durante el mes de junio³⁹⁷. El asesinato de los militantes peronistas Osvaldo Cambiaso y Eduardo Pereyra Rossi, acibillados por una patrulla en mayo de 1983, recordó los peores momentos y modos de actuar de la represión y sería la causa, junto al *Documento Final*, de una nueva marcha de repudio inspirada por los organismos de derechos humanos³⁹⁸. Para elevar el nerviosismo, pocas horas antes de la marcha, la Junta daría a conocer un supuesto plan de la subversión, presuntamente incautado al montonero Raúl Yaguer, muerto por la policía 20 días antes, en el que se relataban planes para la eliminación de dirigentes peronistas como Robledo y Miguel y la manera de infiltrarse en los distintos partidos³⁹⁹.

Este clima de tensión y alejamiento, obviamente, hacía casi imposible la tarea de pactar una amnistía, por lo que su redacción quedaría en manos exclusivamente de unos militares ya de por sí divididos sobre el tema. Los anticipos que iban surgiendo hacia julio hablaban de una ley con un carácter muy general, pero antes o después los uniformados sabían que deberían enfrentarse a resolver cuestiones bastante espinosas. En los primeros movimientos, cada fuerza presentó por separado un informe sobre la futura ley, exponiendo sus puntos de vista sobre la cuestión y sobre quiénes deberían ser sus beneficiarios⁴⁰⁰: mientras que la Fuerza Aérea era la más restrictiva, el Ejército deseaba que la amnistía fuera lo más abierta posible.

La cuestión sobre los beneficiarios de la amnistía sería uno de los primeros escollos a superar por los militares. Para que la ley tuviera una mayor legitimidad y fuera aceptada también por la sociedad y, en concreto, por las organizaciones de derechos humanos, la intención original era abrirla también a los que los militares consideraban como subversivos y guerrilleros. Sin embargo, la idea de que figuras como el líder montonero Mario Firmenich, sin ningún proceso abierto, pudieran acogerse a la futura amnistía era algo difícil de asimilar para las mentes militares. La cuestión daría lugar a un largo debate en el que siempre se encontraba el escollo de que parcializar la amnistía para eliminar casos individuales resultaba anticonstitucional.

³⁹⁷ *El País*, 28/6/1983.

³⁹⁸ *El País*, 20/5/1983.

³⁹⁹ La credibilidad del documento supuestamente incautado resultó prácticamente nula, como era obvio. Cafiero, por ejemplo, sospechaba de las intenciones del anuncio, argumentando que: “sabemos que a través de ello podría encubrirse un intento golpista, alentando a los elementos de la contrainsurgencia”. *Clarín*, 22/5/1983.

⁴⁰⁰ *Somos*, 29/7/1983.

En agosto se añadiría un obstáculo todavía mayor: por sorpresa, ya que apenas se había pronunciado sobre la cuestión, la Marina anunciaría que “se oponía al principio mismo de la amnistía por razones éticas, morales y jurídicas”⁴⁰¹. A falta de sólo tres meses para la celebración de las elecciones, las declaraciones de la Armada suponían un claro desafío para la elaboración de la ley. Las razones para su negativa podían resumirse en tres: por un parte, asumir la necesidad de la amnistía suponía reconocer una culpa y un delito para ellos inexistente, posición que compartían con los sectores duros del conjunto de las Fuerzas Armadas. Por otra parte, la intención de amnistiar también a líderes guerrilleros como Firmenich era considerado como una claudicación ante la única victoria que podían esgrimir los militares tras la dictadura. Por último, discrepaban sobre si la amnistía sería suficiente como para preservar a los cuadros medios, más vulnerables, de los futuros juicios⁴⁰². Tampoco cabe descartarse, por supuesto, que la posición de la Armada tuviera bastante de tacticismo, dejando el peso de una medida tan impopular como la amnistía al Ejército, su principal impulsor. La Fuerza Aérea, por su parte, estaba de acuerdo con la necesidad de una amnistía, pero defendía que era mejor negociarla a partir del 30 de octubre con el presidente electo, una posición un tanto ingenua teniendo en cuenta el profundo desgaste que le ocasionaría al futuro gobierno tal negociación.

Nicolaidis y el Ejército, que defendían una rápida tramitación de la amnistía para evitar que se iniciasen procesos ya bastante maduros, debieron desplegar así todo su talento y poder de convicción para reencauzar la situación. Debían, además, hacerlo velozmente, ya que su tiempo se agotaba: fuera de la esfera militar, la oposición a la amnistía crecía cada vez más. A fines de agosto, por ejemplo, se realizó una *Marcha contra la amnistía*, que reunió a unas 40.000 personas y que contó con la adhesión de los principales partidos políticos⁴⁰³. Los líderes de éstos también formulaban por ese entonces declaraciones en las que auguraban una corta trayectoria a la ley de amnistía. El futuro candidato peronista, Luder, manifestó, en el contexto de la nueva Marcha, que

⁴⁰¹ *Somos*, 12/8/1983.

⁴⁰² *Clarín*, 7/8/1983.

⁴⁰³ Como muestra de la pérdida de miedo por parte de la sociedad frente a los militares, durante la marcha se corearon cánticos como: “no hubo errores, no hubo excesos, son todos asesinos los milicos del *Proceso*” o “duro, duro, duro, la ley de amnistía se la meten en el c...”. *La Voz*, 20/8/1983. Por parte del peronismo, hubo presencia en la Marcha de las líneas Intransigencia y Movilización y el MÚSO. *El Bimestre*, 10, 20/8/1983.

uno de sus primeros actos de gobierno sería derogar la ley⁴⁰⁴. No obstante, pese a toda esa retórica, en realidad, la relación de los políticos con la amnistía resultaba mucho más ambigua que lo que pudiera parecer a simple vista. Lo cierto es que, implícitamente, la mayoría de los candidatos reconocía que era necesario algún tipo de medida que garantizara la gobernabilidad de la futura democracia: un escenario en el que la práctica totalidad de los miembros de las Fuerzas Armadas pasara por el banquillo de acusados no les parecía la mejor manera de evitar futuras crisis en el sistema, más todavía si se atendía a la turbulenta historia del país. En ese sentido, Alfonsín hablaba siempre de su premisa de los círculos de responsabilidad, mientras que Luder insinuaba que podría anunciarse algo similar a una amnistía ya en democracia⁴⁰⁵.

El candidato justicialista aumentaría la confusión sobre el futuro de la amnistía en democracia con unas declaraciones en las que afirmaba que, si bien era una ley reprobable ética y políticamente, sus efectos jurídicos eran irreversibles, ya que “en el derecho penal se aplica la ley más benigna”⁴⁰⁶. El enorme descrédito que supuso este anuncio hizo que Luder reculara de sus palabras y sostuviera que el futuro Congreso derogaría la ley⁴⁰⁷, pero la duda sembrada y las incertidumbres creadas por el peronista mellaron su credibilidad de cara a una sociedad que exigía responsabilidades por lo ocurrido durante la dictadura⁴⁰⁸.

Finalmente, la Marina aceptó incluir su firma en la ley de amnistía, todavía renuente, en aras, según argumentaba, de no romper la unidad militar. Conforme a lo relatado en la revista *Somos*, el texto había quedado ya listo tras una reunión de la Junta celebrada el 12 de septiembre, pero la noticia no trascendió en ese momento, ya que

⁴⁰⁴ *El País*, 19/8/1983.

⁴⁰⁵ Según la revista *7 Días*, en una información recogida en *El Bimestre*, a fines de julio se celebró una reunión entre militares y dirigentes políticos sobre el contenido de la amnistía. Según una fuente del Ejército relacionada con la publicación, los políticos estuvieron de acuerdo con la ley “algunos en forma absoluta, como en el caso del ex presidente Frondizi; otros, como el candidato justicialista Luder, parcialmente”. Atendiendo a esta información, “los civiles explicaron en las entrevistas con los uniformados que así como públicamente se ven obligados a mostrarse contrarios a una amnistía, íntimamente aceptar que de no resolverse el problema ahora, la cuestión será virtualmente inmanejable para el próximo gobierno constitucional”. *El Bimestre*, 10, 27/7/1983.

⁴⁰⁶ *Clarín*, 2/8/1983.

⁴⁰⁷ Luder afirmó en ese momento que “será tema del futuro Congreso considerar esta ley, que, con seguridad, será derogada”. *El Bimestre*, 11, 23/9/1983.

⁴⁰⁸ Opiniones como las de Miguel, verdadero líder en la sombra del peronismo, que afirmaba que “tendría que haber sido ese [futuro] gobierno democrático con las observaciones y los casos particulares pertinentes el que decidiera al respecto [de la ley]” tampoco ayudaban a despejar la duda de qué pasaría con la amnistía si el peronismo llegara al poder. *Clarín*, 24/9/1983.

los militares buscaban una oportunidad más propicia para anunciarla⁴⁰⁹. En realidad, el contexto no podía ser más turbulento y desfavorable: la crisis económica se agravaba cada vez más; se sucedían las huelgas; la Fuerza Aérea y Hughes y criticaban severamente la política económica, especialmente en lo referido a la cuestión de la deuda externa, y eran fuertes los rumores que hablaban de un nuevo golpe o de un adelantamiento de las elecciones⁴¹⁰.

Pese a todos los obstáculos, la ley sería sancionada casi por sorpresa el 23 de septiembre, apenas un día después de una nueva marcha organizada por Madres de Plaza de Mayo. La ley, cuyo teórico fin, según sus redactores, buscaba alcanzar la “definitiva pacificación del país”, podría ser disfrutada por aquellos que cometieron delitos subversivos o terroristas y los que se excedieron durante la represión, entre el 25 de mayo de 1973 (fecha de asunción de Cámpora como presidente) y el 17 de junio de 1982 (momento en el que Bignone ascendió a la presidencia)⁴¹¹. Pocos días más tarde, se aprobaría también la Ley de Enjuiciamiento de las actividades terroristas y subversivas, conocida coloquialmente como “de defensa de la democracia” y que era concebida como un “complemento natural” de la amnistía. Por ella, se ampliaban las posibilidades de intervención directa de la policía y quedaban coartados ciertos derechos básicos en aras de un hipotético rebrote de la subversión⁴¹².

Con su propia exclusión de los beneficios de la amnistía, la Junta de ese momento perseguía añadir una mayor legitimidad a la ley, pero, como no podía ser de otra manera, el anuncio suscitó un rechazo generalizado. Desde políticos⁴¹³ a jueces e intelectuales, como Borges o Sábato, se realizaron declaraciones en las que expresaban la repulsa a la ley. Sólo entre algunos miembros de la jerarquía católica, como monseñor Quarrancino, se pudieron encontrar opiniones positivas para la amnistía. Otra cuestión a

⁴⁰⁹ *Somos*, 30/9/1983.

⁴¹⁰ *Clarín*, 2/10/1983. Durante el mes de septiembre se vivió una oleada de huelgas que incluso desbordó el marco de la CGT. Para complicar más las cosas, grupos de la policía de las provincias de La Pampa y Córdoba se autoacuartelaron por reclamos salariales para esas fechas, lo que también retrasaría el anuncio de la amnistía, ante el temor de no contar con la seguridad necesaria. *El País*, 19/9/1983.

⁴¹¹ *Clarín*, 24/9/1983.

⁴¹² *El País*, 28/9/1983.

⁴¹³ Luder afirmaría que “no están dadas las condiciones morales ni políticas para sancionar esta legislación que será seguramente repudiada por todo el país”. Para Alfonsín, “una vez más se demuestra que al régimen militar nada le importa la opinión del pueblo y lo único que lo guía es encontrar desesperadamente una salida a las responsabilidades por los actos que él mismo produjo en el pasado”. *El Bimestre*, 11, 24/9/1983.

debatir, que proponía el polémico columnista Iglesias Rouco⁴¹⁴ y que ya esbozamos anteriormente, sería si esta casi unánime oposición hacia la ley consistía sólo en una fachada de cara a la galería o si era realmente sincera, ya que de uno u otro modo, todo el arco político reconocía que debía ponerse algún tipo de barrera a los futuros juicios a los militares.

Bignone y su círculo contaban de antemano con que la ley sería derogada una vez en democracia, pero confiaban, como había señalado Luder, en que sus efectos fueran inamovibles una vez promulgada. Sabían que deberían pagar un alto precio político por ello, pero que quedaría compensado por su impunidad⁴¹⁵. Pese a esos deseos, la ley, como se sabe, sería anulada poco después de la asunción de Alfonsín como presidente y resultó totalmente inútil a la hora de frenar los juicios contra los militares. Éstos sólo pudieron encontrar cierta tranquilidad jurídica años más tarde, con la firma de las llamadas leyes de impunidad de Alfonsín y, definitivamente, con los indultos de Menem, dictados ambos en un contexto muy distinto al que fue el previo a las elecciones. En cualquier caso, la amnistía resumía perfectamente los temores y el pensamiento de los militares a la altura de 1983 y marcaría la culminación y -al mismo tiempo- el final de este capítulo de la transición: tras ella, todos los protagonistas de este proceso habían agotado sus cartas para su juego justo antes de unas elecciones que señalarían el inicio de un nuevo escenario.

Toda la cuestión de la ley de amnistía y de los intentos militares por clausurar el pasado reciente reflejaría además la distinta concepción que sobre el asunto tenían los diferentes partidos políticos, especialmente, dada su importancia, peronismo y radicalismo. Esto tendría singular incidencia para una campaña en la que Alfonsín se mostraría muy hábil a la hora de erigirse como campeón de la causa de los derechos humanos, mientras que los titubeos justicialistas serían cobrados duramente en unas elecciones en las que la sociedad se decantó por romper con el pasado de violencia y represión. Que a pocos días de celebrarse las elecciones Luder insistiera en que volvería

⁴¹⁴ *El Bimestre*, 11, 23/9/1983.

⁴¹⁵ Como recordaba el mismo Bignone: “Sólo un dirigente, el doctor Italo Luder, tuvo el coraje civil de admitir durante la campaña electoral que toda ley actúa en el mismo momento de ser promulgada. (...) Estábamos dispuestos a pagar el “precio político” de que la ley fuera derogada con las consiguientes críticas por haberla dictado. Pero lo que interesaba eran sus efectos. Cerrar las heridas del pasado, plagadas de errores, por acción o por omisión, de toda la sociedad y mirar hacia un futuro diferente con el “nunca más” que allí mismo proclamamos”. Bignone, *op.cit.*, p.175.

a llamar a las Fuerzas Armadas, si se produjera un retorno de la guerrilla⁴¹⁶, no ayudaba a iluminar su desilusionante imagen lastrada por su papel en el último gobierno justicialista y su serio talante de austero constitucionalista.

2.8 Conclusiones

Entrar en un proceso de transición, como recordaba constantemente Guillermo O'Donnell, supone inexorablemente adentrarse en el reino de la incertidumbre. Por mucho que se cumplan las llamadas condiciones objetivas de democratización, tales como un cierto desarrollo económico o una cierta cohesión social, en el paso de un estado autoritario a otro democrático priman ante todo las acciones, ideas y estrategias de los protagonistas involucrados en dicho proceso. El caso argentino, como hemos visto en este capítulo, no escapa a esas coordenadas y puede explicarse a partir de las interacciones de los actores implicados en él, entre los cuales se encontraba en su primera línea, por supuesto, el peronismo.

Sin embargo, la experiencia argentina resulta mucho más difícil de encajar en la tipología tradicional de las transiciones. No se trató de una transición por colapso del régimen dictatorial, a pesar de que a partir de una mirada superficial pudiera parecer que el proceso de democratización arrancara con el desastre militar que supuso la guerra de Malvinas. Si bien no cabe duda de que la derrota en las Islas, en junio de 1982, supuso la cancelación de cualquier sueño de continuidad del régimen para los militares, especialmente para Galtieri, la decadencia y desgaste de la dictadura venían de mucho antes. Una vez derrotadas las organizaciones guerrilleras, objetivo logrado con creces a la altura de 1978, cuando no antes, los militares tenían poco que ofrecer a la sociedad. Sus continuos roces, sus peleas internas por hacerse por el poder o por imponer una determinada línea política o económica (ensordecidas de cara al público, pero en modo alguno inexistentes) llevaron a los uniformados y a su *Proceso* a un desgaste continuo y a la imposibilidad de presentar una legitimidad de ejercicio. Las Fuerzas Armadas desaprovecharon durante ese tiempo numerosas oportunidades para abandonar el poder de una manera muy ventajosa, usando el consenso (fuera éste sincero o producto de la represión) que habían conseguido con su accionar en los primeros años. Sin embargo,

⁴¹⁶ *El Bimestre*, 11, 2/10/1983.

prefirieron aferrarse al poder dilatando el problema de su salida del gobierno y dilapidando su iniciativa inicial.

Malvinas, en ese sentido, sería más bien una huida hacia delante, una solución última y desesperada para un régimen que ya venía descomponiéndose desde tiempo atrás, en medio del desprestigio social, la soledad política y la crisis económica. Como vimos, tampoco constituyó la única salida ensayada y ya antes, durante el periodo presidido por Viola, se produjo una cierta apertura y un cierto acercamiento con unos partidos políticos que comenzaban a despertarse del letargo que les había causado una represión nunca vista en el país. La derrota en la guerra aceleraría esta descomposición, pero no conllevaría un colapso total de las Fuerzas Armadas, como podría esperarse en principio. Al contrario, los militares seguirán conservando la iniciativa del proceso de transición y, aunque no podrán imponer todas sus preferencias debido a su debilidad, todavía tendrán suficiente fuerza como para fijar fechas y negociar ciertas líneas que consideraban infranqueables.

Sin embargo, la transición argentina tampoco fue un proceso resuelto mediante un pacto entre ambas partes. Tras Malvinas, ésa fue la solución buscada por los militares, encarnada en la propuesta de concertación auspiciada por Bignone y en las distintas rondas de diálogo con los partidos políticos. En ese pacto, las Fuerzas Armadas pretendían imposibilitar los futuros juicios por los delitos cometidos en su accionar represivo y su fraudulento manejo de la economía, además de reservarse cierta cuota de poder o de veto en el futuro gobierno democrático. Sin embargo, los interlocutores de estas negociaciones, los partidos políticos, rehusaron participar en el proyecto de concertación y en cualquier tipo de pacto (dejando a un lado la probabilidad del llamado pacto militar-sindical, que, aunque fueran ciertos los contactos mantenidos, a efectos prácticos, tampoco pudo llegar a desarrollarse). Pero, al mismo tiempo, tampoco se lanzaron a tomar la iniciativa ni acorralaron a los militares para que les devolvieran el poder de forma inmediata: fruto de su escasa fuerza o del miedo por no irritar a los sectores más duros del régimen, los miembros de la Multipartidaria dejaron que Bignone manejara los tiempos políticos y fijara plazos y leyes electorales.

El resultado de la transición argentina sería, pues, el producto de la debilidad de todos los implicados en juego, incluidas también las organizaciones de derechos humanos, capitales a la hora de mostrar y denunciar la cruel cara de la dictadura, pero

que por su propia naturaleza no podían influir directamente en el campo de las negociaciones políticas, ni podrían ser nunca admitidas por las Fuerzas Armadas como interlocutor válido. Los militares, por su parte, tenían aún la energía suficiente para llevar a cabo una salida ordenada del poder, pero carecían de la autoridad y legitimidad de imponer sus preferencias de máxima, incluida una amnistía que, como sospechaban, no sobrevivió a los primeros días de democracia.

A los partidos políticos, especialmente al peronismo, les cupo en todo este proceso un papel ambiguo, tanto en su actuación como en sus resultados. Sobrevivieron a una dictadura que tenía como objetivo instaurar un nuevo orden político, social y económico y que descargó contra ellos y sus militantes todo el peso de una represión incontrolada. Aprovecharon los resquicios que dejaron abiertos los militares y las debilidades, contradicciones e indecisiones de éstos y demostraron lo arraigadas que están las identidades políticas en el país a pesar de la escasa institucionalización de los propios partidos. Sin embargo, se mostraron renuentes a tomar la iniciativa del proceso de transición, preocupándose más del desarrollo de sus internas que de presionar contundentemente para acelerar la caída del régimen militar. Los meses en los que se desarrolló la guerra de Malvinas retrataron a unos políticos excesivamente condescendientes con la aventura bélica y con un presidente que se había destacado como uno de los más duros. Quizás se vieron arrastrados por la fiebre nacionalista que asumió prácticamente toda la sociedad argentina, pero llama la atención la casi inexistencia de voces críticas con la maniobra que supuso la ocupación de Malvinas. En las semanas que siguieron a la derrota, los políticos tampoco quisieron tomar el centro de la escena, apoyaron tácitamente a Bignone y, en lo siguiente, su actuación fue reactiva, reservándose a responder las iniciativas del nuevo presidente.

El justicialismo también participó de esas ambigüedades. Descabezado y golpeado, no existía en su interior un centro que definiera una línea común para todo el partido, por lo que se exacerbaban sus ya de por sí tradicionales diferencias internas. Por ello no debe extrañar que en ese caleidoscopio de líneas las hubiera más o menos opuestas a la dictadura o más o menos cooptables. En ese sentido, Bittel, vicepresidente del partido, encabezó una línea moderada que, si bien estuvo lejos de suponer una oposición frontal, tuvo el mérito de ser una de las primeras voces que denunciaron los

crímenes contra los derechos humanos, además de ser uno de los principales impulsores del diálogo con otras fuerzas políticas que condujo a la formación de la Multipartidaria.

Pese a todos esos aspectos positivos y pese a ser el partido más golpeado por la represión militar, el justicialismo no logrará borrar durante la campaña electoral de 1983 una cierta connivencia con los militares, cimentada, en primer lugar, por la tibieza con la que su candidato, Ítalo Luder, criticó la ley de autoamnistía propuesta por los uniformados, y, en segundo lugar, por las sospechas, extendidas por Raúl Alfonsín, de la firma de un pacto militar-sindical. Todo ello, por supuesto, tendrá una gran influencia en la sorprendente derrota del peronismo en dichas elecciones, cuyo desarrollo analizaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 3: Las elecciones de 1983. De la reorganización a la derrota

Quizás se trató de una anécdota sin un impacto definitivo en el resultado electoral. A fin de cuentas, pocos, de los cientos de miles de presentes, se dieron cuenta de lo sucedido y quizás todo aconteció demasiado cerca de la fecha de los comicios como para cambiar el parecer de los indecisos que lo vieron por televisión. Pero, sin duda, se ha convertido en la imagen que mejor resume el recuerdo de la campaña del peronismo de 1983. La noche del 28 de octubre de ese año, en el acto de cierre de campaña justicialista, ante una abarrotada avenida 9 de Julio, Herminio Iglesias, candidato a gobernador de Buenos Aires del partido, prendió fuego a un ataúd pintado en blanco y rojo, en el que estaban rotulados las siglas de la UCR y el nombre de Alfonsín. La quema de la caja fúnebre apenas ocupó espacio en los diarios del día siguiente y se realizó al final del discurso electoral, cuando las principales figuras del partido, como Luder o Bittel, ya se estaban retirando del palco; pero fue vista por miles de personas a través de la televisión y se extendió rápidamente por el boca a boca, quedando fija en la memoria colectiva. Tan es así que, décadas después, tras la muerte del protagonista, el obituario dedicado por el diario *Página/12* se titulaba “Murió Herminio, el del cajón”⁴¹⁷. No debe extrañar el fuerte simbolismo de la imagen: tras una extenuante década marcada por la represión y la violencia política, en un contexto que revalorizaba el papel de la democracia y de los derechos humanos, el episodio del ataúd fue interpretado por gran parte de la sociedad como la prueba de que el peronismo seguía asociado a la imagen violenta y caótica de una época que se quería superar.

⁴¹⁷ *Página/12*, 17/2/2007.

Apenas un par de días después de aquel cierre de campaña, la jornada del 30 de octubre de 1983 arrojó un resultado inopinado: por primera vez, el peronismo resultó superado en unas elecciones presidenciales libres. Dada la cercanía temporal entre ambos hechos, explicar esa inédita derrota a partir de la famosa quema del ataúd resulta tentador y ofrece una poderosa alegoría del justicialismo de esa coyuntura, pero resulta desgraciadamente simplista y cortoplacista, teniendo en cuenta las profundas raíces que confluyeron en el resultado electoral adverso del justicialismo, entre las que se encontraban, sólo por citar las de más largo recorrido, el trauma no superado de la muerte de Perón, el caos del tercer gobierno peronista, así como las consecuencias del periodo dictatorial que analizamos en el capítulo anterior.

El propio candidato presidencial justicialista, Ítalo Luder, cuestionado años después por el incidente del ataúd, recordaba que “ya quince días antes del cierre, el doctor Matera, que viajaba conmigo, me preguntó cómo veía las cosas. Le dije que no lo comentara, pero yo pensaba que no alcanzábamos al 50 por ciento (...). Y pensaba, mirando atrás, que si en 1973, con el retorno de un jefe histórico (...) con un coyuntura política favorable (...) y un frente electoral, habíamos sacado el 49 por ciento, en el '83, sin Perón, que había muerto, sin haber realizado nuestra autocrítica y sin una reorganización del partido (...) iba a ser entonces muy difícil alcanzar el 50 por ciento. De manera que el fosforito [que prendió el ataúd], como dice usted, era un ingrediente más”⁴¹⁸.

Dejando a un lado por un momento el famoso ataúd y las causas del desastre electoral peronista, para comprender lo verdaderamente único y sorprendente del resultado del 30 de octubre debemos tener en cuenta el hecho de que el justicialismo siempre había resultado vencedor en cada contienda electoral a la que se había podido presentar: había ganado en los comicios de 1946, de 1951 y en marzo y septiembre de 1973, fecha en la que el frente comandado por el justicialismo obtuvo aproximadamente el 62 % de los votos. Hasta 1983 sólo los golpes y la proscripción del partido habían evitado que el peronismo se impusiera en las urnas y ello sólo hasta cierto punto: en los comicios constituyentes de 1957, todavía en el contexto de la *Revolución Libertadora*, el voto en blanco que fomentaba Perón desde su exilio fue una opción más elegida que la

⁴¹⁸ Luder, Ítalo: *La Argentina de hoy*. Buenos Aires: Corregidor, 1989, pp.24-25.

de cualquier partido⁴¹⁹. Incluso en las presidenciales de 1958, el candidato intransigente Frondizi venció en buena medida gracias al trasvase de votos justicialistas que pactó con Perón.

Con todos esos antecedentes, no resulta extraño que existiera un cierto mito de la invencibilidad electoral del peronismo, compartido tanto por sus seguidores como por sus detractores, que descansaba ante todo sobre la idea de que el justicialismo representaba al pueblo en su totalidad o, como mínimo, a la mayoritaria clase obrera. La pregunta surge entonces casi naturalmente: ¿cómo pudo entonces el radicalismo, que apenas había logrado superar el techo del 25 % de los votos en la última elección, romper la leyenda del peronismo como expresión de la totalidad del voto popular? ¿Planteó una mejor campaña electoral el candidato Alfonsín o fueron los errores cometidos por el peronismo los que precipitaron su derrota?

En el capítulo anterior analizamos el papel del peronismo y del resto de partidos políticos en el tránsito de la dictadura a la democracia y mencionamos en numerosas ocasiones cómo las luchas al interior de los distintos partidos obstaculizaron el crecimiento de la Multipartidaria y menguaron la atención de esas instituciones a la hora de presionar conjunta y coherentemente a los militares. El presente capítulo corre paralelo cronológicamente al anterior, pero intenta precisamente adentrarse en esos conflictos internos en el justicialismo y en cómo se preparó el partido para las elecciones. Trataremos, por tanto, de responder a las razones que se escondían tras la sorpresa electoral de 1983: indagaremos cómo se realizó la reestructuración del partido ahora que no estaba presente la mano de Perón para marcar la última decisión y cómo pudo llevarse a cabo esta reorganización dentro del contexto opresivo de la dictadura; describiremos, asimismo, cómo se desarrolló y con qué métodos se realizó la selección de la fórmula presidencial, haciendo especial hincapié en cómo los métodos informales fueron mucho más importantes que los institucionales a la hora de decantar la balanza por uno u otro candidato. Por último, ahondaremos en cómo diseñó el justicialismo su campaña electoral, cuáles fueron sus objetivos y su estilo y en qué se diferenció frente a la estrategia de su principal rival, el candidato radical Raúl Alfonsín.

⁴¹⁹ En 1957 se obtuvieron 2.119.147 de votos en blanco, por los 2.117.160 que cosechó la Unión Cívica Radical del Pueblo.

3.1 Los restos del naufragio: la situación del justicialismo a la salida del Proceso

Como se vio en el anterior capítulo, el justicialismo logró sobrevivir a la dictadura, pese a los múltiples intentos por parte de los militares de borrar o diluir su fuerza en planes y soluciones que no llegaron a fructificar. La supervivencia y el paso de los años del *Proceso*, sin embargo, tuvieron un coste elevado para las estructuras del justicialismo, sus redes, sus miembros y su propio futuro. El peronismo despertaba tras los peores días de la dictadura, allá por 1981, extremadamente debilitado en numerosos frentes: su militancia más activa y joven -la generación de la que se esperaba que fuera el recambio de la vieja guardia política y sindical- había sido diezmada por la represión militar, desatada no sólo contra los miembros de las organizaciones armadas y su red de colaboradores, sino contra toda la trama de activistas sociales, gremiales y educativos⁴²⁰. Su presidenta, Isabel Perón, después de ser liberada tras cinco años de detención, se trasladó a Madrid en julio de 1981, dando cada vez más muestras de su prescindencia sobre los asuntos políticos y del partido, y sobre ella seguiría pesando hasta poco antes de las elecciones una condena de inhabilitación para cargos públicos. El resto de figuras importantes del justicialismo se había dispersado, tras pasar años detenidos, habiendo partido al exilio o habiéndose desligado definitivamente de la vida política. Por su parte, la política económica implementada durante el periodo del ministro Martínez de Hoz golpeó duramente el tejido industrial del país, desprotegiendo la economía nacional e incentivando la esfera financiera sobre la industrial: un cambio de paradigma que no llegó a consumarse definitivamente, pero que, como efecto colateral, dejaba tocada la base sindical de trabajadores sobre la que se sostenía gran parte del voto justicialista.

En ese contexto, el reto electoral que se avecinaba resultaba formidable. No era la primera vez que el peronismo se enfrentaba a un desafío límite, habiendo lidiado décadas atrás con un golpe de estado, el exilio de su líder y la proscripción política; pero la ausencia de Perón sí que convertía esta coyuntura en un momento muy especial y distinto. El general había sido la argamasa que, desde su origen, había unido un conglomerado muy heterogéneo, cuando no abiertamente antagónico. El líder del que era un partido eminentemente personalista era la última voz que determinaba la validez

⁴²⁰ En este punto la cuestión resultaba especialmente perversa, ya que el peronismo emergía de nuevo a la luz pública con una identidad confusa y contradictoria en la que se mezclaba su condición de víctima y victimario de la dictadura. Esta condición paradójica, como vimos, lastró enormemente al peronismo en su papel de oposición al régimen militar, pero también se dejará notar en la renovación de hombres y candidatos para las elecciones.

o no de una propuesta, de una ideología o de una figura dentro del campo peronista y ahora, por vez primera, esa voz se había apagado para siempre, sin que existiera un código claro, explícito y compartido sobre cómo debía reorganizarse el partido y sobre cómo preparar las próximas elecciones. Buenos conocedores de su propia historia y de cómo había funcionado la maquinaria justicialista hasta ese momento, los propios peronistas, como Luder, eran conscientes de lo difícil que se presentaba esta reorganización del partido y el diseño de la campaña electoral: “El justicialismo vive una etapa inédita, la etapa de asumir la responsabilidad de llegar al poder sin la conducción esclarecida de Perón (...), si no llegamos al poder por mezquinas querellas intestinas es porque traicionamos al país y a Perón”⁴²¹. Una declaración en la que también quedaba explícita la pesada herencia de la lealtad a Perón, aunque pocos pudieran discernir claramente en qué consistía su legado.

Vicente Palermo describe esta etapa de reorganización iniciada en los últimos meses de 1982 como “momentos fundantes de la vida de los partidos [no sólo del justicialismo], puesto que en ese proceso relativamente rápido de reconstitución en tanto sujetos políticos, de recuperación de una identidad que al mismo tiempo busca relacionarse con la sociedad, se conforman tendencias y características cuya impronta condicionará fuertemente la evolución ulterior de los actores”⁴²². Quizás la denominación de momento fundante resulte un tanto arriesgada, dado que en el justicialismo seguirán activas en ese momento muchas inercias que se pueden rastrear incluso desde los años 40, pero lo cierto es que la muerte de Perón y la dictadura posterior supuso tal corte que 1982 podría ser tomado como el punto de partida de un renacimiento del partido. Relacionado con todo ello, no debe olvidarse tampoco que el justicialismo se insertaba a partir de esa fecha en un nuevo e inédito contexto democrático (y, desde octubre de 1983, ejerciendo un rol opositor) y eran muy escasas las lecciones válidas que, para una etapa así, el peronismo podía extraer de su propia trayectoria. Como señalaba Miguel Unamuno⁴²³ en esos días: “el peronismo debe

⁴²¹ *El Bimestre*, 6, 7/11/1982.

⁴²² Palermo, Vicente: *Democracia interna en los partidos. Las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*. Buenos Aires: IDES, 1986, p.11.

⁴²³ Miguel Unamuno, nacido en 1932, fue un dirigente peronista que se desempeñó brevemente como ministro de Trabajo durante el gobierno de Isabel, entre febrero y marzo de 1976, reemplazando en el puesto a Carlos Ruckauf. Como muchos otros políticos justicialistas, Unamuno había surgido del mundo sindical, en concreto, de la Asociación Bancaria, pero también ejerció como secretario general del partido entre 1964 y 1965. En capítulos sucesivos aparecerá como uno de los primeros impulsores de la Renovación Peronista.

adaptarse ahora a ser opositor sin estar proscripto, a cumplir una tarea política sin padecer en la clandestinidad. Las experiencias pasadas, en tal sentido, tienen un valor relativo. La lucha ahora se plantea en forma abierta y directa, como una confrontación de ideas y propuestas que deben interpretar y ganar la voluntad popular”⁴²⁴.

Pese a todos estos problemas y situaciones en contra, incluso en los momentos más crudos de la dictadura, las distintas redes del peronismo, tanto las tejidas por los militantes de base, como las protagonizadas por sus líderes, siguieron manteniendo algún tipo de actividad, en un hecho que resultó decisivo para la pervivencia del movimiento. Se sabe, por ejemplo, que Luder siguió manteniendo correspondencia desde 1976 con sus antiguos compañeros del Senado, fueran de la corriente que fueran, en un esfuerzo que, sin duda, contribuiría más tarde a la hora de erigirse como candidato peronista⁴²⁵. El justicialismo permanecía así durante los peores años de la dictadura en un estado latente, pero vivo al fin y al cabo, a partir del desarrollo de ateneos y de la celebración de distintas reuniones informales, e incluso llegaba ocasionalmente a pronunciarse política y públicamente, como ya vimos en el episodio del documento dirigido a la CIDH.

Ese peronismo latente de 1982 estaría marcado, frente a otros periodos de su historia, por dos características: en primer lugar, siguiendo de nuevo a Palermo, por reflejar aún el balance de fuerzas congelado desde 1976, con un fuerte peso de los sectores sindicales por encima de la rama puramente política o los grupos isabelistas, algo que no ayudaba precisamente a acelerar el carácter democrático de la institución: “la interrupción institucional del ’76 encontrará al movimiento peronista en un perfil de neto predominio autoritario, que se proyectará sobre un partido sin vida propia, en los espaciados congresos nacionales”⁴²⁶.

En segundo lugar, este momento del justicialismo estará caracterizado por ofrecer una complejísima imagen de fragmentación. Si la historia del movimiento estaba plagada de luchas internas y divisiones (muchas de ellas finalizadas violentamente), ahora, sin un líder reconocido y en un contexto autoritario que propiciaba las fuerzas centrífugas, éstas no podían sino aumentar. Las tensiones, en efecto, eran múltiples,

⁴²⁴ Unamuno, Miguel et al.: *El peronismo de la derrota*. Buenos Aires: CEAL, 1984, p.8.

⁴²⁵ *Somos*, 332, 28/1/1983.

⁴²⁶ Palermo, *op.cit.*, pp.34-35.

mucho más allá del clásico clivaje izquierda/derecha, y recorrían debates como el papel de Isabel en el partido, la mayor o menor oposición a la dictadura o los criterios de reorganización del partido. Los distintos reagrupamientos y líneas, además, lejos de ser homogéneos y fijos, eran fluidos, más atentos al tacticismo que a posiciones principistas: al existir tantas fronteras de tensión, puntos que unían a líneas enfrentadas por otras cuestiones convertían en adversarios a aliados que sí lo eran desde otros planos, cuando no pasaba todo por descarnadas relaciones de poder.

Para intentar arrojar algo de luz sobre este intrincado panorama, en las siguientes páginas ofreceremos una cartografía de las relaciones de fuerza en el peronismo durante la última transición a la democracia, dibujando un perfil de sus principales líderes y analizando sus propuestas, ideas y alianzas como paso previo para la descripción, en posteriores apartados, de cómo se desarrolló la lucha interna y la elección del candidato presidencial⁴²⁷.

Comenzaremos este repaso con la figura de Deolindo Felipe Bittel, quien se situaba como teórica cabeza de este abigarrado conjunto peronista, desde su puesto de vicepresidente del partido⁴²⁸. Con Isabel, la presidenta, en aparente y voluntario fuera de juego, y ayudado por la congelación de los cargos partidarios que había impuesto la dictadura, la anteriormente opacada figura del escribano Bittel había crecido sorprendentemente durante esos años, hasta convertirse en uno de los principales referentes del justicialismo. Como ya mencionamos, siendo uno de los líderes de la Multipartidaria, era quizás también la cara más visible del partido hacia la sociedad en esos momentos. Sin embargo, partiendo del Chaco, una de las provincias más alejadas y jóvenes del país -ya que había alcanzado tal categoría sólo en 1951-, el camino hacia esa primera línea no había resultado fácil. Antes de llegar a 1983, había resultado elegido en dos ocasiones gobernador provincial. En 1963, en los tiempos de la proscripción y los partidos neoperonistas, venció encabezando una fórmula que expresaba la alianza entre la Unión Popular del Chaco y el Partido Conservador, pero debió abandonar el cargo de

⁴²⁷ Para este breve panorama del justicialismo a comienzos de 1982 nos hemos basado en la información disponible en *Clarín*, 28/2/1982.

⁴²⁸ Deolindo Felipe Bittel nació en 1922, en la ciudad de Villa Ángela, en la provincia del Chaco. Descendiente de una familia de inmigrantes belgas, estudiaría en la Universidad del Litoral, en Santa Fe, para licenciarse como escribano (notario), por lo que sus vínculos con esta provincia se dejarían notar durante la campaña.

gobernador debido al golpe militar de 1966⁴²⁹. Diez años más tarde volvería a alcanzar el puesto, atesorando el 56 % de los votos, pero sólo para otra vez ver cómo su gobierno quedaba truncado por un nuevo golpe en 1976. Sólo poco antes del golpe había sido nominado vicepresidente partidario, por lo que apenas había tenido tiempo de comenzar su labor y conocer a sus compañeros en la dirección. Su tarea en los años de dictadura, sin abandonar un perfil modesto⁴³⁰, se podría calificar de maratónica: pese a las múltiples rencillas no curadas, arrastradas desde el gobierno justicialista anterior, había conseguido mantener al peronismo dentro de una cierta unidad, por muy precaria que ésta fuera, preparándolo para competir, con grandes garantías de éxito, en las futuras elecciones⁴³¹.

Sin embargo, la posición de Bittel resultaba mucho más discutida de lo que podría pensarse y, más allá de su natal provincia del Chaco, no poseía durante los primeros meses de la transición un aparato propio sobre el que asentarse. De hecho, como veremos en apartados siguientes, personajes como el correntino Julio Romero, rival histórico del vicepresidente, o los llamados líderes antiverticalistas, como Ángel Robledo y Raúl Matera, intentaron en numerosas ocasiones terminar con su mandato, aduciendo que su cargo resultaba ilegítimo y fruto de la decisión de los militares y no de la voluntad de los miembros del partido⁴³². Ante esos ataques, el chaqueño siempre afirmaría que su cargo lo había obtenido por amplia mayoría en la elección interna

⁴²⁹ Hay que tener en cuenta que en esas elecciones de 1963 Perón patrocinaba nuevamente el voto en blanco. Sin embargo, varios líderes como Felipe Sapag en Neuquén y Bittel en Chaco desobedecieron tal orden y se presentaron por partidos neoperonistas. Para más información sobre esas figuras que trataron de crear un peronismo sin Perón, se puede consultar: Arias, María y García Heras, Raúl: “Los partidos neoperonistas”. En Amaral y Ben Plotkin: *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993, p.108.

⁴³⁰ Su perfil bajo se confundía en numerosas ocasiones con falta de liderazgo. Ángel Robledo, una de las figuras que disputaban la posición a Bittel, llegaría a decir de éste que: “La modalidad [de dirección] de Bittel no es lo suficientemente personalista como para haber implantado su autoridad, él es demasiado contemporizador buscando el consenso interno y eso ha hecho que le estuvieran disputando el terreno permanentemente. Y disputándolo además entre ellos, como si se hubiera entablado un liderazgo paralelo, o no claro... pero no, no hay ningún liderazgo ahí.”. *Vísperas*, 9, abril 1982, http://www.croquetadigital.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=329&Itemid=56

⁴³¹ Como reconocía Unamuno: “Bittel carecía entonces [en 1976], ante la consideración del peronismo, de verdadera significación nacional: era una figura provincial, local. Pero, con una actitud de coraje muy solitario, asumió modestamente la tarea de reagrupar fuerzas y aunar conductas”. Unamuno et al., *op.cit.*, p.17.

⁴³² A Bittel se le criticaba también por la existencia de 19 distritos peronistas intervenidos, con sus consiguientes delegados interventores dirigidos por la conducción y, obviamente, afines a ella. *Clarín*, 13/9/1982.

realizada en marzo de 1976 y que “nuestros mandatos han sido prorrogados por la ley n° 21.699 que se dictó para evitar la acefalía de los partidos”⁴³³.

Su estrategia y sus fines eran asimismo un tanto indeterminados, ya que no resultaba claro si pretendía apartarse de la primera línea una vez terminada la tarea de la reorganizar el movimiento o si aspiraba a continuar como presidente del partido o incluso a ser su candidato electoral. En ese sentido, contaba en un comienzo con el apoyo crítico de figuras importantes e históricas del partido, como Robledo, Unamuno, Luder o Saadi, pero la coordinación entre personalidades y talentos tan diferentes resultaba problemática. Bittel podía, eso sí, presumir del sostén del llamado Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO, en adelante) una de las líneas internas más poderosas del justicialismo de la época de la transición. Pero incluso este apoyo podía ser un factor de confusión, ya que el liderazgo bicéfalo de esta agrupación, entre Bittel y Antonio Cafiero sería el causante de muchos malentendidos.

El MUSO tenía uno de sus múltiples orígenes en diversos círculos de la Capital reunidos en torno a la figura de Miguel Unamuno y el grupo sindical de Los 25: a partir de ese núcleo inicial se fueron incorporando nuevos sectores que apostaban por una mayor democratización del partido⁴³⁴ y por una más energética oposición a la dictadura, entre los que se encontraban algunas figuras del peronismo histórico (Antonio Benítez, Hugo del Carril,...), el grupo de intelectuales reunidos en la revista *Visperas* (embrión de la futura publicación *Unidos*⁴³⁵) o sindicalistas de la más diversa procedencia, tanto vanguardistas, como otros de carácter más combativo (Roberto Digón⁴³⁶, Julio

⁴³³ *Clarín*, 25/7/1982.

⁴³⁴ Según el documento redactado tras el lanzamiento de la línea interna, el objetivo del MUSO era “que el partido se reorganice democráticamente, desarrollando a tal fin una campaña de afiliación masiva e irrestricta que culmine con un proceso electoral interno que asegure la libre y limpia expresión de la voluntad de los afiliados”. *Clarín*, 10/9/1982. El documento fundacional del MUSO se puede encontrar en Cafiero, Antonio: *Razones para ser peronista*. Buenos Aires: Sudamericana / COPPPAL, 2007, pp.71-76.

⁴³⁵ La revista *Visperas* fue publicada entre 1979 y 1982 por un grupo de militantes e intelectuales peronistas entre los que se encontraban Carlos Chacho Álvarez, Norberto Ivancich, Darío Alessandro, Alberto Iribarne y Carlos Corach. Muchos, por tanto, provenían de sectores que en los 70 habían participado en la Juventud Peronista-Regionales. Su propósito principal era fomentar un debate en torno a la democratización tanto del país entero como, muy especialmente, del peronismo. La mayoría de sus editores y colaboradores pasarían a editar a continuación la revista *Unidos*, clave para entender todo lo relacionado con la Renovación Peronista. Los textos de *Visperas* se pueden consultar en versión electrónica en la web: http://www.croquetadigital.com.ar/index.php?option=com_content&task=section&id=11&Itemid=56

⁴³⁶ Roberto Digón pertenecía al sindicato de empleados tabacaleros. Tras ser diputado nacional y pertenecer al grupo de Los 25, varias décadas después alcanzaría cierta fama mediática como directivo de Boca Juniors.

Guillán⁴³⁷)⁴³⁸. A ellos se uniría más tarde el sector de Convocatoria Peronista, liderado por Carlos Grosso, Miguel Ángel Toma, José Octavio Bordón y Raúl Carignano, que conformarían poco más tarde uno de los primeros núcleos sobre los que se desarrolló la Renovación Peronista⁴³⁹.

Sin embargo, el lanzamiento definitivo y oficial de la línea se realizaría durante una cumbre justicialista, en el llamado Congreso Económico-social de la Patagonia, celebrado en Bariloche en agosto de 1982. Dicha cita tendría como uno de sus objetivos acumular adhesiones con el fin de ratificar a Bittel en su puesto⁴⁴⁰; pero, por lo demás, el surgimiento de una línea como el MUSO resultaba casi natural: el resto de tendencias y líneas que ya habían hecho su aparición a nivel nacional respondían al campo de la heterodoxia, como el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria o Intransigencia y Movilización, y faltaba todavía una que expresara la unión del poderoso polo verticalista que giraba en torno al vicepresidente⁴⁴¹.

Pese a todo, la posición de Bittel en el entramado del MUSO resultaba un tanto ambigua, ya que, por su condición de vicepresidente del partido, debía mostrarse prescindente y equidistante en la puja por el poder interno y la candidatura presidencial y no podía, por tanto, presentarse explícitamente encabezando unas de las líneas de la lucha interna. No obstante, en sus declaraciones Bittel siempre dejaba un poso de indeterminación sobre la cuestión: “no soy del MUSO... [pero] fue creado por mis amigos de las horas difíciles. Y a mis amigos no puedo darles vuelta la cara, pese a quien

⁴³⁷ Julio Guillán, por ejemplo, del sindicato telefónico FOETRA, había sido uno de los principales impulsores de la llamada CGT de los Argentinos, central obrera de carácter combativo, rival, entre 1968 y 1972, de la CGT liderada por Vandor. Pasaría siete años preso durante la dictadura. Una vez en democracia, recuperaría el liderazgo de su gremio y lo veremos en próximos capítulos formando parte del grupo del más contemporizador grupo de Los 15.

⁴³⁸ *Somos*, 332, 28/1/1983.

⁴³⁹ Convocatoria Peronista tenía su origen en el llamado Comando Tecnológico Peronista que en los años 70 había encabezado el teniente Julián Licastro, a los que sumarían ahora varios sectores interprovinciales. Ivancich, *op.cit.*, p.228. Su carta de nacimiento oficial se daría en marzo de 1983 en un acto celebrado en Paraná en el que estarían presentes Carlos Grosso, Julio Guillán y Raúl Álvarez Echagüe. En teoría, en esos primeros meses no apoyarían a un candidato oficialmente y lucharían por conseguir que Grosso estuviera en la fórmula presidencial como candidato a vicepresidente. *Clarín*, 8/3/1983. Unos días más tarde se presentarían en el Luna Park de Buenos Aires y al lanzamiento se adherirían nombres como Bittel, Camus o Menem. *Clarín*, 12/3/1983. Aunque no lograran alcanzar sus objetivos, el apoyo financiero con el que contaban sería clave para lograr una gran influencia y presencia.

⁴⁴⁰ *Clarín*, 30/8/1982. En el encuentro figuraban personalidades importantes del justicialismo como Cafiero, Miguel, Torcuato Fino, Alberto Iribarne, Carlos Corach o Luis Santos Casale.

⁴⁴¹ Cordeu, Mora, Mercado, Silvia y Sosa, Nancy: *Peronismo. La mayoría perdida*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985, p.22.

pese y les guste o no les guste”⁴⁴². Como fuere, su cercanía a esta línea y su declarada simpatía por Cafiero (visible particularmente durante el primer trimestre de 1983)⁴⁴³ le causarán las críticas de sus rivales que aprovecharían cualquier ocasión para condenar su falta de imparcialidad⁴⁴⁴. Recíprocamente, desde dicha línea siempre se apoyará de forma explícita o implícita tanto su candidatura (para presidente o vicepresidente) como la de Antonio Cafiero, en una doble apuesta que, en el momento decisivo de la selección, conllevará más de una polémica entre partidarios de uno y otro candidato.

Cafiero era, por su parte, uno de los hombres mejor situados en la carrera presidencial⁴⁴⁵. El apoyo de Bittel, el MUSO y del llamado arco verticalista (es decir, aquellos que apoyaban la dirección oficial) convirtieron al antiguo ministro de Economía en uno de los primeros pretendientes, cronológica y cualitativamente, a la corona justicialista⁴⁴⁶. Como muestra de ello, uno de los eslóganes del mencionado acto en Bariloche en agosto de 1982 fue “Bittel al partido, Cafiero al gobierno”⁴⁴⁷. Su larga trayectoria en el peronismo avalaban su idoneidad como candidato: a pesar de su juventud, ya se había desempeñado como ministro de Comercio Exterior entre 1952 y 1955 y sería nombrado ministro de Economía, por escasos meses, durante el gobierno de Isabel. Pese a participar en el caos de este tercer gobierno justicialista, la brevedad de su mandato, sacrificado en el último intento de Isabel por reforzar su autoridad, y el

⁴⁴² *Clarín*, 4/6/1983.

⁴⁴³ Bittel afirmaría en marzo, reforzado tras la celebración del Congreso Justicialista, que “a mí me gusta el doctor Antonio Cafiero como candidato presidencial por el peronismo, aunque no es suficiente que a mí me guste, sino que tiene que gustar a todos los peronistas”. *Clarín*, 8/3/1983.

⁴⁴⁴ Como señalaría Romero, uno de sus más fuertes rivales: “no puede ser que la propia conducción cree una línea partidaria, como es el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización”. *La Voz*, 14/1/1983.

⁴⁴⁵ Antonio Cafiero nació en 1922 en Buenos Aires. Tras lograr el doctorado en Ciencias Económicas en 1948 por la Universidad de Buenos Aires, fue nombrado Consejero financiero de la embajada argentina en Washington. A pesar de su juventud, en 1952 fue designado por Perón como ministro de Comercio Exterior. El derrocamiento del presidente tres años después no supuso el fin de la militancia de Cafiero en el justicialismo: en 1964, por ejemplo, fue nombrado secretario político del Consejo Supervisor del Partido Justicialista. Durante el tercer gobierno peronista, Cafiero se desempeñó como secretario de Comercio, interventor federal en la provincia de Mendoza, ministro de Economía y embajador ante la Santa Sede, cargo que sería interrumpido por el advenimiento del golpe militar. Para conocer más datos de la biografía de Cafiero se puede consultar: McAdam, Andrew: *Antonio F. Cafiero. El renovador*. Buenos Aires: Corregidor, 1996.

⁴⁴⁶ Ya en julio de 1982, mientras otros muchos posibles candidatos guardaban sus cartas, Cafiero afirmaba que “aspira a ser presidente de los argentinos”. *El Bimestre*, 4, 30/7/1982.

⁴⁴⁷ *Somos*, 311, 3/9/1982.

escaso margen del que dispuso para revertir la grave situación económica⁴⁴⁸, sumaron para que su prestigio no quedara demasiado salpicado tras esta etapa.

Su estilo elegante otorgaba a Cafiero muchas cartas en la partida que estaba a punto de jugarse, sobre todo a la hora de atraer al electorado de clase media, pero más importante en clave interna resultaba el apoyo que le brindaba el sindicalismo de Lorenzo Miguel en los primeros momentos. La alianza entre ambas figuras no era, no obstante, novedosa, ya que se había forjado durante décadas de colaboración mutua, en las que Cafiero vivió apadrinado por el poder del sindicalismo ortodoxo peronista. Fue la presión de éste, por ejemplo, la que consiguió aupar a Cafiero hasta el ministerio de Economía tras la llamada crisis del *Rodríguez*. Con esos antecedentes, aunque siempre refractario a expresar sus preferencias, es bastante plausible pensar que Miguel habría elegido a Cafiero como su candidato ideal. Sin embargo, aunque en 1972 la CGT de José Rucci había patrocinado la candidatura presidencial de Cafiero⁴⁴⁹, diez años después, tanto Miguel como las 62 Organizaciones se guardaron de mostrar un apoyo total y de volcar todo su esfuerzo en una sola cesta. Durante los primeros meses de la reorganización del partido, el líder sindicalista descartó hablar de candidaturas y bregó por la unidad gremial y del justicialismo, intentando evitar el desgaste de una prolongada lucha interna. Tampoco se debe olvidar, para tratar de comprender esas ambigüedades, que la relación entre el MUSO y las 62 Organizaciones era, por lo demás, un tanto compleja y contradictoria. La cercanía entre sus candidatos y Miguel era evidente, pero dentro del MUSO se alojaban adversarios declarados de este último, como los sindicalistas Roberto García o José Rodríguez.

⁴⁴⁸ En un contexto de grave crisis económica, marcada por un gran aumento de la inflación y la deuda externa, y tras la sacudida social que supuso la gestión del precedente en el cargo, Celestino Rodrigo, el plan de Cafiero se inspiraba en la original política de concertación ideada por Perón. Frente al plan de ajuste drástico, Cafiero trató de apostar por medidas de tipo gradual, como un plan de pequeñas devaluaciones y una reorganización de la deuda externa. Las ideas de Cafiero apenas tuvieron tiempo de ponerse en práctica, ya que pocos meses después de su nombramiento sería sustituido por Emilio Mondelli, economista de una línea similar a la de Rodrigo.

⁴⁴⁹ Nada resulta lineal en el justicialismo: pese a los vínculos entre Miguel y Cafiero, según sostiene Miguel Bonasso, durante el congreso del partido que decidió la candidatura para las elecciones de marzo de 1973, Lorenzo Miguel, enfrentado abiertamente a Rucci, concedió un apoyo que resultó clave a la opción encarnada en Héctor Cámpora. *Página/12*, 29/12/2002. En cambio, en la versión de los hechos relatada por McAdam, Miguel aparece junto a Rucci apoyando la candidatura de Cafiero. McAdam, *op.cit.*, p.72. Como fuese, la suerte de Cafiero quedó sentenciada tras una reunión secreta mantenida con Lanusse en 1972, interpretada por Perón como un intento de traición o, cuanto menos, de intentar avanzar más allá de lo permitido.

Regresando a Cafiero, su punto débil consistía en que sólo contaba con un apoyo fuerte en Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, mientras que, dentro del MUSO, Bittel despertaba las simpatías de los afiliados del interior. Este hecho, como ya se ha mencionado, hará cada vez más complicada la convivencia en una misma línea de dos figuras tan prominentes y estará a punto de provocar la fractura de la agrupación en más de una ocasión. Dentro de lo negativo del hecho para sus aspiraciones presidenciales, Cafiero podía aprovechar esa buena fama dentro de Buenos Aires para optar a la gobernación de la provincia, la más importante del país, algo a lo que se mostraría reacio en un primer momento, pero que más adelante, cuando sus opciones para ser candidato presidencial menguaron, debió aceptar como premio de consolación.

Cercano a ellos y dentro del campo del verticalismo, pero funcionando como un verso libre se situaba Ítalo Luder⁴⁵⁰. El antiguo constitucionalista (participó en la redacción de la Constitución de 1949, presidiendo la comisión de Declaraciones, Derechos y Garantías⁴⁵¹) conocía de primera mano qué se sentía al sentarse en el sillón de Rivadavia, puesto que se había desempeñado como presidente provisional en el tercer gobierno justicialista durante 34 días, en una de las licencias en el cargo tomadas por Isabel Perón por motivos de salud⁴⁵²: Luder, apoyado por el sindicalismo y otros partidos políticos⁴⁵³ y con buenas relaciones con las Fuerzas Armadas, intentó prolongar el periodo de licencia de la presidenta como forma de intentar atajar el ruido de sables que se venía escuchando en los cuarteles, pero el rápido deseo de Isabel de retornar a su puesto frenó tal vía⁴⁵⁴. Tendría tiempo, eso sí, de firmar los famosos decretos 2770, 2771

⁴⁵⁰ Ítalo Luder nació en Rafaela, provincia de Santa Fe, en 1916. Casado, con dos hijos, se licenció como abogado por la Universidad del Litoral en 1938 y, paralelamente a su carrera política, ejerció como docente en varias instituciones académicas argentinas, especializándose en derecho constitucional.

⁴⁵¹ Luder ejerció posteriormente como abogado de Perón tras el golpe de 1955, cuando este fue acusado de delito de traición a la patria

⁴⁵² Tras la muerte de Perón, Isabel, como vicepresidenta, pasó a desempeñar el cargo más importante de la nación. Después de la caída de López Rega, en el convulso contexto del *Rodríguez*, y la consiguiente renuncia de su yerno, Raúl Lastiri, como presidente de la Cámara de Diputados, correspondió a Ítalo Luder, designado como cabeza del Senado, la tarea de sustituir a Isabel en los momentos en los que no pudiera ejercer la presidencia.

⁴⁵³ Ricardo Balbín, líder de la UCR, llegó a ofrecer a Luder un plan para superar la crisis política y militar basado en el adelanto de las elecciones previstas para 1977 a noviembre de 1976. En dicho plan, Luder seguiría manteniendo las riendas del gobierno provisional hasta la celebración de los comicios. Terragno, Rodolfo: *El peronismo de los 70 (II): camino a la dictadura*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008, p.63.

⁴⁵⁴ El apogeo de Luder en esta coyuntura se produce en los últimos meses de 1975. Tras tomar dos licencias aduciendo problemas de salud, Isabel retomaría al mando con energía en 1976 y alejaría a los hombres más vinculados a Luder, como el ministro de Interior, Ángel Robledo, o el de Exterior, Manuel Arauz Castex, sustituyéndolos por otros más afines a su figura, en un mensaje que también iba destinado al sindicalismo, que perdía así su contacto directo con el poder ejecutivo.

y 2772, claves en los futuros Juicios contra las Juntas militares, en los que se autorizaba a las Fuerzas Armadas a ejecutar las operaciones “que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”⁴⁵⁵. Aquel recuerdo y la tibieza con la que se expresaría en temas como el de la autoamnistía pesarán sumamente durante la campaña electoral, pero pese a ello, Luder mantenía una imagen pulcra y seria que podía ser muy atractiva para los sectores medios poco afines a la liturgia peronista.

Al contrario que la mayoría de pretendientes a la candidatura, Luder no contaba con una línea propia, ni era dado a expresar sus preferencias en la interna justicialista de forma explícita. De hecho, todavía en mayo de 1983, a pocos meses de la elección, no había lanzado su candidatura. Su estrategia pasaba en ese sentido por mantener un perfil bajo en medio de la cruenta lucha y ofrecerse finalmente como prenda de paz y solución de compromiso para las distintas líneas⁴⁵⁶. Sin embargo, pese a no exponerse de forma abierta ni poseer un aparato propio, Luder no paró de trabajar en pos del objetivo presidencial desde un primer momento: ya mencionamos anteriormente que no cesó de mantener correspondencia con sus antiguos compañeros del Senado ni siquiera en los peores momentos de la dictadura y, durante los primeros meses de la transición, un grupo de quince profesionales se reunía asiduamente con él para asesorarle⁴⁵⁷. A comienzos de 1981, Luder comenzó a convocar reuniones en un hotel del porteño barrio de Once a las que acudirían varias figuras históricas del partido para debatir y discutir la situación. Unos meses más tarde, esas reuniones adquirirían un tono más institucional con la formación del grupo *Causa*, por el que pasarían nombres importantes como Eduardo Vaca, Miguel Unamuno, Deolindo Bittel, Ángel Robledo o Antonio

⁴⁵⁵ Anzorena, *op.cit.*, p.323. A pesar de la brevedad de su mandato, quizás imaginando una definitiva ausencia de Isabel Perón, Luder designó nuevos ministros a los pocos días de acceder al cargo. Llegaron así los mencionados Robledo y Arauz Castex, además de Tomás Vottero para el puesto de ministro de Defensa. Asimismo, desplazó al polémico y excesivamente duro interventor federal de Córdoba, Raúl Lacabanne, a quien sustituiría por Raúl Bercovich Rodríguez.

⁴⁵⁶ Como relataban en *Somos*: “Luder entiende que un candidato a presidente por el justicialismo debe ser digerible para todas las líneas internas y por eso evitar quedarse pegado a una de ellas”. *Somos*, 317, 15/10/1982. Esa falta de posicionamiento sería criticada, por supuesto, por sus rivales en la interna. Robledo, con el que, pese a todo, mantenía una cierta amistad, afirmaría que: “No se puede potenciar a un hombre que nunca se ha jugado, que nunca hizo nada, que ni siquiera ha presentado una ficha de afiliación, que no tiene estructuras que lo respalden y que no participa en nada con nadie”. *La Voz*, 12/4/1983.

⁴⁵⁷ *Somos*, 332, 28/1/1983.

Benítez⁴⁵⁸. Entre otras cuestiones, en esas reuniones se debatía sobre una fórmula presidencial de emergencia, en previsión de un hipotético colapso de la dictadura: no olvidemos que nos encontramos en el inestable periodo presidido por Viola y las posibilidades de un rápido fin del régimen militar, voluntario o violento, si bien no eran altas sí eran, al menos, plausibles⁴⁵⁹.

Más tarde, Bittel, que entendió que estaba abusando de su posición de vicepresidente si apoyaba una determinada línea, o Robledo, embarcado en su aventura personal, se alejarían de este primer reagrupamiento peronista en torno a Luder. Pero, a pesar de esas desafecciones, desde ese núcleo original, este último seguiría recolectando apoyos aunque no fueran expresados de forma orgánica y unida: en torno a su figura se reuniría la capitalina Agrupación 17 de Octubre (liderada por Julio Bárbaro⁴⁶⁰), varias asociaciones independientes y personajes importantes del interior como el cordobés Raúl Bercovich Rodríguez o el santiagueño Carlos Juárez. En el debe de Luder se encontraba el hecho de que algunos sectores del sindicalismo y del llamado ultraverticalismo guardaban un gran recelo ante su figura, debido a su actuación durante el gobierno justicialista; pero el constitucionalista contaba a su vez con el privilegio de ser uno de los abogados de Isabel Perón, elemento que podía dar un plus de legitimidad en el intrincado juego peronista.

Isabel⁴⁶¹ era precisamente uno de los principales puntos de fricción entre los peronistas; tanto que para la mayoría de los análisis periodísticos del momento la

⁴⁵⁸ Antonio Benítez era una de las figuras con mayor trayectoria en el partido, ya que había sido ministro de Instrucción Pública en el gobierno militar de Farrell, en el que también participó Perón. Nacido en 1903, había sido ya elegido como diputado justicialista en 1946, proveniente de las filas de UCR-JR. Durante los dos primeros gobiernos peronistas, Benítez se desempeñó también como convencional constituyente, ministro de Justicia y Educación y presidente de la Cámara de Diputados. En los años 70 ejerció como ministro de Justicia y de Interior. Pasó detenido todo el periodo del *Proceso*, primero en la prisión de Magdalena y posteriormente bajo arresto domiciliario.

⁴⁵⁹ *Somos*, 362, 26/8/1983.

⁴⁶⁰ Julio Bárbaro, nacido en Buenos Aires en 1942, pese a su corta edad podía presumir de una larga trayectoria en el justicialismo capitalino, especialmente en sus organizaciones juveniles. En 1972 alcanzó la secretaría general del partido en la Capital y fue elegido diputado nacional al año siguiente, mostrando siempre un perfil crítico con Montoneros y el resto de organizaciones armadas revolucionarias.

⁴⁶¹ María Estela Martínez de Perón, conocida por su nombre artístico de Isabel o Isabelita, nació en La Rioja (Argentina) en 1931, pero pasó toda su infancia en Buenos Aires. Tras estudiar danza, ingresó en una compañía que la llevó a realizar una gira por varios países de América Latina. Sería allí, en Panamá, a fines de 1955, cuando conocería al exiliado Perón, con el que se casó en 1961. Isabel, sin ninguna vocación política previa, pasó a partir de entonces a jugar un papel cada vez más destacado como depositaria de la confianza y la legitimidad del líder justicialista. En 1964, por ejemplo, fue la pieza que utilizó Perón en las elecciones mendocinas para neutralizar la amenaza neoperonista representada por Vandor. En septiembre de 1973, tras la breve presidencia de Héctor Cámpora, sería elegida vicepresidenta

división primaria en el movimiento era la que separaba a los sectores justicialistas en verticalistas y antiverticalistas. Teóricamente, se trataba de la presidenta del partido, pero cada vez eran mayores sus muestras de su nulo interés por la primera línea política. De hecho, lejos de reivindicar un liderazgo fuerte como el que había ejercido su difunto esposo, parecía más que dispuesta -rayando la indiferencia- a respetar las decisiones de las instituciones del partido en el momento de la elección del candidato. Así, afirmaba que “no estoy dispuesta a hacer “dedocracia” (...), se equivocan los que esperan que vaya a señalar a alguien”⁴⁶². Retornada a Madrid tras su confinamiento, el hecho de que sólo fuera indultada en septiembre de 1983 de su pena de inhabilitación absoluta y perpetua⁴⁶³ añadía todavía más confusión sobre cuál era su verdadera posición en el entramado justicialista. Sobre todo, porque nadie podía realmente presumir del aval expreso de la presidenta: por ejemplo, a Bittel, líder de facto del partido y su teórico aliado, no lo volvió a recibir tras el golpe de 1976⁴⁶⁴.

La inmensa mayoría, enmarcada en el llamado campo verticalista, acataba la presidencia de Isabel, pero la entendía más como un cargo honorífico que ejecutivo, concebido para reinar, pero no para gobernar, aspecto en el que hasta la propia interesada parecía estar de acuerdo. Había cierto cálculo racional en mantener ese fetichismo por el apellido Perón encumbrado en la dirección del partido y en sostener en la presidencia a una figura que parecía de vuelta de la política. Como explican Novaro y Palermo, existía un gran temor a que la pérdida de Perón, el recuerdo del caos del último gobierno y los golpes recibidos en dictadura agotasen el respaldo popular hacia el justicialismo. Así, “era fundamental conservar los símbolos. De ahí que nadie se opusiera a que Isabel siguiera siendo presidente del partido desde Europa, en uso de

formando parte de la célebre fórmula Perón-Perón y, después de la muerte de su marido en julio de 1974, pasaría a ocupar el sillón presidencial. Su periodo como mandataria, muestra de su escaso talento político, estaría marcado por la crisis económica y el enfrentamiento político, con el partido inmerso en una larvada guerra civil de numerosos frentes y bajo la amenaza constante del golpe militar, que acabaría concretándose en marzo de 1976. Isabel pasaría los siguientes cinco años retenida en manos de los militares, primero en la provincia de Neuquén y posteriormente cerca de Buenos Aires, acusada además de malversación de fondos públicos. Una vez liberada, en 1981, Isabel regresaría a Madrid, donde establecería su residencia definitiva.

⁴⁶² *El Bimestre*, 4, 27/8/1982.

⁴⁶³ *El Bimestre*, 11, 8/9/1983. Una fecha tan cercana a las elecciones puede hacer pensar que los militares deseaban añadir, con este levantamiento de la pena, un plus de confusión a los ya complejos sistemas de equilibrios en el justicialismo.

⁴⁶⁴ *Clarín*, 23/1/1983.

licencia y mutismo permanente, y se organizaran uno tras otro operativo para lograr su regreso”⁴⁶⁵.

Dando un paso más allá, existía una minoría de llamados ultraverticalistas que la consideraban jefa indiscutida del movimiento y trasladaban automáticamente a su figura el carisma y el ascendente de Perón. Entre estos ultraverticalistas se encontraban personajes cercanos a Isabel, como Juan Labaké, Lázaro Roca y Humberto Martiarena⁴⁶⁶, así como otros históricos del justicialismo, como Benito Llambi⁴⁶⁷, exministro de Interior en el tercer gobierno peronista, o Roberto Ares, antiguo ministro de Comercio Exterior en los 50. Su objetivo respecto al futuro de Isabel era que ésta retuviera el control del movimiento a partir de la formación de un nuevo Consejo Superior. Como organización, sin embargo, este ultraverticalismo era un espacio todavía poco estructurado, basado ante todo en lealtades personales. Debido a ello y a sus posiciones extremas, nunca alcanzarán a tener un peso y un número realmente fuerte. Antes bien, se podrían calificar como un pequeño grupo de presión no siempre bien avenido, que siempre jugará con la carta de un rápido retorno de Isabel: de acuerdo con su amenaza, la vuelta de la expresidenta cambiaría todas las relaciones de poder existentes en el peronismo e impondría un nuevo orden. Tal extremo parecía realmente improbable, pero, en un campo tan poco institucionalizado, en modo alguno resultaba desestimable: como afirmaban en *Clarín*, “lo cierto es que ningún sector de este vasto movimiento popular descarta que en algún momento vuelva a la escena la ex presidente María Estela Martínez de Perón”⁴⁶⁸. En lo ideológico, pese a que la mayoría de estas figuras no profesaban precisamente un pensamiento de izquierda (más bien muchos de ellos lindaban con un pensamiento reaccionario), en sus declaraciones eran críticos

⁴⁶⁵ Palermo, Vicente y Novaro, Marcos: *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma, 1996, p.181.

⁴⁶⁶ José Humberto Martiarena fue, durante décadas, el jefe del peronismo en la provincia de Jujuy. Nacido en 1914, ingresó en el justicialismo tras pasar por el radicalismo yrigoyenista. En 1946 ocupó el cargo de ministro de Gobierno de su provincia y en 1955, tras ser electo senador, fue designado como interventor federal de Tucumán. En 1973 fue nuevamente elegido senador nacional por la provincia de Jujuy, siendo además distinguido por Perón como secretario general del Consejo Superior del Movimiento Justicialista y, un año más tarde, como presidente del Congreso Nacional del partido.

⁴⁶⁷ Benito Llambi era originalmente un militar que, posteriormente, pasaría al mundo de la política y la diplomacia. Nacido en 1907, fue uno de los primeros colaboradores de Perón, estando ya a su lado en los años del GOU y de la Secretaría de Trabajo del gobierno militar iniciado en 1943. Tras numerosas labores diplomáticas, en 1973 fue elegido ministro de Interior durante el corto gobierno provisional de Lastiri, siendo confirmado en el cargo por Perón tras su elección como presidente. Renunciaría al puesto a fines de 1974, siendo más tarde designado a la embajada de Canadá hasta el golpe de 1976.

⁴⁶⁸ *Clarín*, 29/7/1982.

contra la dictadura que, a fin de cuentas, era la causante del fin de la presidencia isabelina.

Relativamente cercanos a sus posiciones, por su parte, los antiguos miembros de Guardia de Hierro⁴⁶⁹, a los que también se podía inscribir dentro del campo del verticalismo, también iban poco a poco reorganizándose, especialmente en la provincia de Buenos Aires, y tendrán importancia en el futuro, alcanzando puestos claves dentro del partido.

Frente a ellos, en un teórico extremo opuesto, otra minoría dentro del peronismo se asumía como antiverticalista, no aceptando, por tanto, la autoridad de Isabel y de Bittel, y buscando la reorganización del partido sobre nuevas bases. Su incidencia será igualmente marginal, especialmente en el momento de las decisiones finales (no tanto a nivel provincial, en lugares como Santa Fe, por ejemplo), pero gracias al prestigio de sus líderes y a su rápida organización ocuparán un papel importante en el debate justicialista. En este sector se inscribían dos líneas que acabarían colaborando. Por un lado, se encontraba el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria (en adelante, MRD), liderado por Raúl Matera⁴⁷⁰, cuyas posiciones, por lo demás, resultaban cuanto menos contradictorias: se declaraba como el principal adalid de la democracia interna y del voto directo para renovar la conducción del peronismo⁴⁷¹, mientras que al mismo

⁴⁶⁹ Guardia de Hierro (sin ningún vínculo con la organización fascista rumana, más allá de la inspiración del nombre) fue una de las organizaciones que surgieron a principios de los años 60 y que formaron parte del entramado de la Juventud Peronista. Al contrario que otras líneas y organizaciones, Guardia de Hierro fue derivando con el tiempo hacia posiciones más a la derecha y no defendió el uso de la violencia política.

⁴⁷⁰ El Movimiento de Reafirmación Doctrinaria fue creado en 1978 y entre sus miembros se encontraban Enrique Osella, Alberto Iturbe, Alberto Serú García, Rodolfo Tercera del Franco, Delia Parodi y Luis Rubeo. Raúl Matera, nacido en Buenos Aires en 1915, apodado por Perón como “el neuroperonista”, era, además de político, un prestigioso neurocirujano y tuvo una actividad destacada durante el periodo de la proscripción del justicialismo. A principios de los años 60 se presentó como candidato a presidente de la Nación, pero dicha opción fue vetada por el entonces presidente José María Guido.

⁴⁷¹ Matera y su línea tenían la voluntad de “bregar por la democratización del movimiento consagrando conducciones representativas e idóneas surgidas de la libre voluntad de los adherentes”. *Clarín*, 28/2/1982. Otro ejemplo de sus posiciones: “Romperemos con el verticalismo y nos daremos una organización democrática con autoridades partidarias surgidas de la voluntad de nuestros afiliados”. *Clarín*, 9/4/1983. Como ilustran Cordeu, Mercado y Sosa, la apuesta de Matera por el voto directo tenía más de interés que de suponer una cuestión de principios, ya que conocía que, en los primeros meses de la transición, su nombre ocupaba los primeros puestos en las encuestas de valoración de los líderes peronistas. Cordeu *et al.*, *op.cit.*, p.42. De hecho, en varias reuniones con Bignone y otros militares, Matera había acordado la importancia de hacer por ley que los partidos incluyeran el voto directo en su selección de cargos electivos, elemento que finalmente fue desechado en el Estatuto de Partidos.

tiempo mostraba explícitamente su buena sintonía con Galtieri⁴⁷² y con la mayoría de los militares.

Por otro lado estaba la Coordinadora de Acción Justicialista (CAJ, en adelante) de Ángel Robledo⁴⁷³. El santafesino podía ser criticado por sus compañeros por numerosas razones, pero nadie le podía negar una larga trayectoria en el interior del peronismo: en 1946 había sido elegido diputado en Santa Fe y participó en la Asamblea Constituyente de 1949, ejerciendo posteriormente de abogado de varios de los procesados tras el alzamiento del general Juan José Valle en 1956. Durante el tercer gobierno justicialista, como muestra de la inestabilidad del momento, se desempeñaría como ministro de Defensa, de Relaciones Exteriores y, finalmente, de Interior⁴⁷⁴. Robledo, junto a Luder, fue uno de los principales impulsores de encontrar una salida institucional que cortara el desorden gubernamental y terminara con los rumores de golpe, lo que le valdría la enemistad de los sectores ultraverticalistas. Ya en dictadura, en 1980, lanzó el Frente de Unidad Justicialista, uno de los primeros núcleos que pretendieron reunir las maltrechas huestes peronistas⁴⁷⁵, pero no sería hasta dos años más tarde, en un contexto distinto, que se embarcaría propiamente en la lucha por la candidatura justicialista con el lanzamiento de la CAJ⁴⁷⁶. Para ello tendría como principal apoyo a la CGT-Azopardo, central sindical que desde un principio sostuvo las opciones de Robledo⁴⁷⁷, un hecho que explicaría la enconada enemistad que despertaba el antiguo ministro a Lorenzo Miguel.

Como en el caso de Matera, las posiciones de Robledo resultaban un tanto paradójicas. Hablaba de una modernización del peronismo, de no anclarse en el folklore

⁴⁷² Tras la reunión que mantuvo la línea con Galtieri, Matera describiría al presidente como “un hombre sumamente dispuesto a buscar soluciones, un hombre ejecutivo, un hombre apasionado”. A la cita acudieron también Enrique Osella Muñoz, Rodolfo Tercera del Franco, Rafael Jornet, Juan Carlos Lorenzo y Luis Rubeo. *Clarín*, 11/3/1982. Serú García, otro de los integrantes de la línea, incluso se había mostrado a favor de que los peronistas participasen en el gobierno. *La Razón*, 29/5/1981. En realidad esta postura colaboracionista o, como mínimo, amable con la dictadura era independiente de la relación con Galtieri: Osella Muñoz y Rubeo ya participaron en una cena de agasajo a Viola.

⁴⁷³ Ángel Federico Robledo nació en Santa Fe, en 1917. En la Universidad del Litoral de la misma ciudad se licenció como abogado y militó en la UCR antes de la formación del peronismo.

⁴⁷⁴ Paratcha, Ricardo y Monzón, Florencio: *¿Adónde va Robledo?* Buenos Aires: Corregidor, 1983, pp.14-15.

⁴⁷⁵ *Somos*, 10/6/1983. En ese Frente se reunirían también figuras como Camus, Luder, Romero, Anchorena o José María Castiñeira de Dios.

⁴⁷⁶ Robledo estaría rodeado por compañeros como Diego Guelar (quien, pese a las posiciones conservadoras de Robledo, actuó en los 70s en el Partido Auténtico), Mariano Cavagna, José Figuerola o Roberto Grabois (antigua figura, una década antes, de la Juventud Peronista desde Guardia de Hierro).

⁴⁷⁷ *El Bimestre*, 4, 24/7/1982.

de los años 50 y de privilegiar el partido por encima de lo sindical, pero paralelamente defendía las posiciones más conservadoras a nivel político y social, además de ser acusado en numerosas ocasiones de su excesiva cercanía con los militares⁴⁷⁸. A pesar de su voluntad de renovar las estructuras del partido y de criticar el verticalismo de la institución, incluso la relación entre Robledo e Isabel era difícil de definir. En primer lugar, había sido su ministro de Interior, si bien parecía más afín a los planes de Luder de revertir la situación menguando de alguna manera el poder de la presidenta. Al mismo tiempo, había sido elegido por ésta, durante la dictadura, como uno de sus abogados defensores⁴⁷⁹. Lo cierto es que Robledo actuaría durante todo esos años exhibiendo una actitud cada vez más independiente, siendo atacado tanto desde el flanco verticalista como del antiverticalista e incluso en los primeros meses de 1983 se rumoreó sobre una alianza entre él y Luder⁴⁸⁰.

En la constelación justicialista existían, no obstante, otras agrupaciones situadas más allá del clivaje verticalismo/antiverticalismo. Entre ellas se podría mencionar la llamada Liga de Gobernadores, liderada por Eloy Camús (antiguo gobernador de la provincia de San Juan, que tendría también parte de protagonismo en esta coyuntura al presidir el Congreso peronista), que, levantando los principios del federalismo y reclamando mayor atención para el interior, tenía fuerza especialmente en San Luis y Mendoza. Como su nombre indica, la Liga reagrupaba en su seno a varios de los antiguos gobernadores peronistas de los años 70 y reflejaba en sí misma la indescifrable heterogeneidad del peronismo, encarnada, por ejemplo, en personajes tan dispares como Saadi y Romero.

⁴⁷⁸ Miguel Unamuno, uno de los militantes del MUSO, señalaba por aquel entonces que al final de la lucha interna del peronismo sólo lograrán sobrevivir dos opciones: la de los complacientes y la de los revolucionarios. En su argumento, los complacientes, entre los que situaba a Robledo: “son aquellos mismos que durante siete años han acompañado y apañado la tarea destructora del proceso”. *Clarín*, 16/1/1983.

⁴⁷⁹ Los argumentos para justificar alianzas o posicionamientos podía llevar a absurdos como el de muchos robledistas defendiendo a Isabel porque ella era en realidad antiverticalista. *Clarín*, 6/2/1983.

⁴⁸⁰ *Clarín*, 13/9/1982. Incluso hay quien llegó a hablar de una fórmula compartida entre Bittel y Robledo, por mucho que teóricamente estuvieran en orillas enfrentadas. Lo cierto es que ambos líderes se reunieron a principios de 1983 para tratar el tema del diálogo ofrecido por Bignone y para la convocatoria del Congreso peronista. *Clarín*, 6/2/1983. Los rumores sobre una alianza entre Robledo y Luder continuarían en los siguientes meses. Al respecto, Robledo afirmaría que “somos viejos amigos” y que una fórmula así sería “una posibilidad que tiene buenas probabilidades de prosperar a partir de la gran coincidencia en los enfoques generales partidarios y de la posición que sostenemos en la interna”. *La Voz del Interior*, 18/5/1983.

Precisamente, las posiciones más duras y más izquierdistas dentro del partido eran asumidas por la línea Intransigencia y Movilización liderada por Vicente Leónides Saadi⁴⁸¹. La retórica de esta agrupación estaba trufada por los habituales lugares comunes del peronismo revolucionario, como la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, que en el contexto del momento se encarnaban en el juicio contra los militares y sus aliados económicos y en la denuncia de la deuda externa ilegítima. No dejaba de ser curioso que el viejo caudillo de Catamarca, por lo demás siempre cercano a los sectores conservadores, se aliara con los restos de lo que había sido no hacía tanto la poderosa Juventud Peronista de izquierda. El matrimonio, fuera o no de conveniencia, funcionó y expresaba perfectamente cómo las alianzas y reagrupamientos dentro del justicialismo responden más a necesidades coyunturales y al oportunismo antes que a férreos principios ideológicos⁴⁸². Según relata Julio Bárbaro, la línea fue formada en 1979⁴⁸³ y desde entonces desarrollaría una actividad muy importante en la comunidad peronista del exilio⁴⁸⁴, pero no sería hasta julio de 1982 que se dotó de una organización más institucionalizada y se presentó en sociedad⁴⁸⁵.

⁴⁸¹ Saadi nació en Belén, provincia de Catamarca, en 1913, siendo hijo de padres libaneses. Protegido por varias figuras políticas de la escena provincial, estudiaría derecho en Córdoba. Desde su entrada en la política, Saadi se caracterizó por su ductilidad y su capacidad por aliarse con la figura más propicia para sus intereses, más allá de las cuestiones ideológicas. Cuando apareció el peronismo, Saadi ya contaba con cierta experiencia política, pues había sido designado como apoderado de la Unión Cívica Radical de Catamarca. Electo senador por su provincia en 1946 pasaría a ocupar la gobernación catamarqueña tres años más tarde, pero sería retirado del cargo por Perón sólo unos meses después, bajo acusación de nepotismo. Tras 1955, Saadi sería uno de los impulsores de los partidos neoperonistas y desobedeció la orden de Perón de apoyar a Frondizi en 1958, hecho que le valdría la expulsión del partido, si bien pronto regresaría a su redil. En 1973 volvería a ser elegido senador, cargo en el que se desempeñaría hasta el golpe. Para un rápido repaso a la vida y a las posiciones políticas de Saadi, se puede consultar su entrevista en *El Porteño*, 10, octubre 1982. Para conocer sus inicios políticos y el conflictivo origen del justicialismo en la provincia de Catamarca, se puede consultar: Ariza, José Ricardo: “¿Hay Peronismo?, ¿qué es el peronismo?... Problemas y tensiones en los orígenes del peronismo en Catamarca 1945-1946” en historiapolitica.com. Como biografía no académica, se puede leer el libro: Zicolillo, Jorge y Montenegro, Néstor: *Los Saadi. Historia de un feudo. Del 45 a María Soledad*. Buenos Aires: Legasa, 1991.

⁴⁸² Saadi, en consonancia con el tradicional modo de pensar movimientista del justicialismo, siempre rechazaría la etiqueta de representar la izquierda del peronismo: “hay un error en la calificación, ya que esta corriente es la parte del movimiento peronista evolucionado y progresista. (...) Es bien conocido que esta división en izquierda y derecha es un cuento y un motejamiento que hacen las oligarquías y los servicios de información”. *La Voz*, 2/5/1983.

⁴⁸³ Unamuno et al, *op.cit.*, p.103. El futuro diputado Julio Bárbaro defendía una posición crítica dentro de la línea, contraria al acercamiento con Montoneros y el Partido Comunista. Muy acertadamente, Bárbaro catalogaría en esas mismas páginas a Saadi de “inventor del feudalismo de izquierda”. *Ibidem*, p.104.

⁴⁸⁴ Al respecto, puede ser muy interesante analizar las apariciones de Vicente Saadi o Nilda Garré en revistas como *Resumen de la actualidad argentina*, publicación de la comunidad de exiliados argentinos en Madrid.

⁴⁸⁵ *Clarín*, 29/7/1982.

Intransigencia y Movilización nunca llegaría a despuntar y a convertirse en una clara alternativa para lograr la candidatura: en las distintas elecciones internas sólo se impondrían, como era de esperar, en la provincia de Catamarca, pero su incidencia en el resto de comicios sería marginal o, directamente, inexistente. En gran parte, ello se debía a la imposibilidad de firmar alianzas con otros grupos, debido al rechazo y suspicacia que generaban sus posiciones. Tras el recuerdo de violencia que dejaron los años 70, las ideas y nombres de la llamada izquierda peronista quedaron totalmente postergados y desprestigiados dentro del conglomerado justicialista, a lo que habría que añadir la dureza con la que se desempeñó la represión dictatorial especialmente contra sus militantes. Sin embargo, Saadi era consciente de que estrechar contactos con los restos de esa izquierda podía reportar jugosos dividendos y no sólo de tipo político: el dinero aportado por los restos de Montoneros sería usado para conseguir una gran visibilidad y para financiar la publicación del diario *La Voz*, que serviría de altavoz para sus posiciones⁴⁸⁶.

En las teóricas antípodas a la línea de Saadi, otra figura que tendría cierto protagonismo durante estos meses sería la de Julio Romero, exgobernador correntino que pasó buena parte de los años de la dictadura exiliado en Paraguay⁴⁸⁷. A pesar de ello, mantenía muy buenos y públicos contactos con Galtieri⁴⁸⁸ y estaba bien situado en la carrera del justicialismo si los vientos de la transición llevaban al partido y al país hacia la derecha⁴⁸⁹. Pese a ocupar quizás un lugar algo marginal dentro del entramado partidario, era un hombre que no dejaba de ser respetado y fue visitado en Paraguay por figuras

⁴⁸⁶ Una muestra más de lo imposible que puede llegar a resultar establecer espacios estancos en el justicialismo es que Castiñeira de Dios, aliado de Saadi y director del diario *La Voz* fue uno de los que firmaron el manifiesto del MUSO. *Clarín*, 13/9/1982. Por otra parte, la relación entre Saadi y Montoneros nunca fue probada de forma inequívoca y pormenorizada, pero era asumida por la opinión pública. Los militares incluso llegaron a publicar un informe en el que se describían los vínculos existentes entre ambas partes. *La Voz*, 21/5/1983.

⁴⁸⁷ Julio Romero nació en 1916 en Corrientes. En 1952 sería elegido senador por su provincia. 21 años más tarde alcanzaría la gobernación obteniendo más del 75 % de los votos. Cercano a Perón desde los comienzos, fue uno de los integrantes de aquel vuelo chárter que condujo al líder justicialista de nuevo a Argentina tras su exilio.

⁴⁸⁸ Así lo señalaba el propio Romero: “Vea, que el general Galtieri es mi amigo no es ninguna novedad. (...) Pero fíjese que Galtieri me visitaba en el sanatorio, en Corrientes, y eso yo no lo olvido. Además, por supuesto, de ayudarme a paliar la injusta persecución de la cual fui objeto”. *La Voz*, 20/1/1983.

⁴⁸⁹ Más allá de ambiciones personales, para Tcach, estos acercamientos de algunos peronistas a los militares, de los que también participó el financiero Jorge Antonio, tenían que ver también con ciertas concepciones políticas tradicionales del justicialismo: “reflejaba la vitalidad de la cultura política pretoriana en el interior del peronismo. Expresaba, asimismo, una percepción favorable a la viabilidad de un nuevo entendimiento entre ejército y pueblo”. Tcach: “Partidos políticos y...”, *op.cit.*, p.71.

importantes como Lorenzo Miguel⁴⁹⁰. Una vez terminada la guerra de Malvinas, Romero se convertiría en uno de los principales azotes de la dirección encabezada por Bittel. Esta enemistad entre ambos venía, en realidad, de muchos años atrás y ya en los años 70 se comentaba irónicamente que no sería raro que se cerraran las fronteras entre Corrientes y Chaco ante la inquina mutua de sus dos gobernadores.

Romero no desaprovechará ninguna ocasión para desgastar al vicepresidente del partido y apartarlo de su puesto. Lo acusaría de no tener una política coherente, de descuidar la organización del partido y de mantener su puesto sin la legitimidad suficiente; pero su estrategia principal pasaría por la convocatoria de un congreso partidario que se conformaría como cuerpo soberano, desplazaría a la conducción elegida antes del golpe de Estado y la sustituiría por una nueva capitaneada por él mismo⁴⁹¹. Como veremos en el apartado siguiente, Romero no tendrá éxito en su plan y el fallido congreso autoconvocado sólo lograría reforzar la posición de Bittel, pero no dejó de significar el mayor y más preparado desafío a la legitimidad de la dirección partidaria.

Quedaría hablar finalmente de la que, por encima incluso de Isabel Perón y Deolindo Bittel, sería la figura más influyente del justicialismo en esos días: el líder del sindicalismo metalúrgico, Lorenzo Miguel. El gremialismo peronista, dividido en dos grandes facciones y herido por las políticas económicas de la dictadura y por su represión, no alcanzará las cotas de poder que pudo tener en los años de la proscripción de la justicialismo o en los meses que siguieron a la caída de López Rega, pero, aprovechando la división reinante dentro del partido, se convertirá en el factor de poder determinante de toda esta historia. Miguel, desde la sombra, sin voluntad de ocupar la primera plana⁴⁹², asumirá el rol de verdadero gran elector en esta lucha interna. Más tarde analizaremos el porqué de esa gran influencia que mantenía todavía el sindicalismo sobre el partido, en una coyuntura en la que, a contracorriente, los balances de poder

⁴⁹⁰ *La Voz*, 20/1/1983.

⁴⁹¹ No resultaba claro qué institución, dentro del justicialismo, ostentaba el poder supremo y la voz final. Según Romero, el Congreso podía autoconvocarse sin que mediara más que la simple voluntad de sus delegados (concretamente, de un tercio de ellos) y poseía autoridad necesaria para cambiar la conducción. Para Bittel, “no pueden autoconvocarse, sino pedir que los convoquen [por el Consejo]... [algo que se hará en marzo y] sólo para adecuar la carta orgánica”. *La Voz*, 11/2/1983.

⁴⁹² Miguel no era, en el sentido estricto, un líder carismático. Siempre alejado de los periodistas y de las grandes declaraciones y discursos, su influencia descansaba más en sus apropiadas relaciones interpersonales y en el eficaz manejo del aparato del justicialismo. Lejos del estilo más ostentoso de otros líderes sindicales como Vandor, Miguel practicaría una cierta austeridad en su modo de vida.

dentro del movimiento estaban cambiando drásticamente; pero, de cualquier forma, lo cierto es que en estos meses antes de las elecciones nada sucedía en el justicialismo sin que tuviera la aprobación de Miguel. Su autoridad era tan grande que, como acabamos de ver, incluso arbitraba con éxito en la pugna mantenida entre Bittel y Romero. Más allá de las críticas de sectores como Intransigencia y Movilización o de parte de Robledo y Matera, la mayoría de líneas internas se cuidaba de desmarcarse sin contar con el beneplácito del líder sindical, quien, por lo demás, no concedía ningún gesto explícito sobre sus preferencias.

Obviamente, el camino hasta llegar a esa posición de privilegio no fue sencillo. El por entonces poco conocido Lorenzo Miguel alcanzó la secretaría general de la UOM, la Unión Obrera Metalúrgica, uno de los más potentes sindicatos argentinos, en 1970, meses después del asesinato de Augusto Vandor. La complejidad y caos del tercer gobierno peronista tendría en Miguel un magnífico ejemplo: aliado con los sectores lopezreguistas durante el apogeo de la Tendencia Revolucionaria, enemigo de *El Brujo* tras la muerte de Perón, Miguel y el sindicalismo peronista vivirían su momento de mayor poder tras la caída de Celestino Rodrigo como ministro de Economía, en unos meses en los que se hablaba de “la patria metalúrgica” como metáfora de ese auge. Después del golpe, que cortaría de raíz tal poder, resultaría clave para la propia supervivencia de Miguel su buena relación con el almirante Massera, forjada durante la transición entre el periodo presidido por Lanusse y el tercer gobierno peronista, si bien el largo cautiverio al que se vio sometido hizo que los vínculos con el marino se deterioraran gravemente.

Tras su puesta en libertad, Miguel se lanzaría a la tarea de recuperar su lugar privilegiado en el organigrama del peronismo. Pese a situarse de nuevo al frente de las 62 Organizaciones, resulta curioso que la base institucional sobre la que descansaba la autoridad miguelista era mucho más precaria de lo que podría parecer a simple vista: no sólo por la división que presentaba el sindicalismo, sino porque, con la mayoría de los gremios intervenidos, Las 62 tenían un poder que bebía más de su aura pasada que a su débil situación en el momento. Aún así, continuaban siendo el núcleo con la mayor organización de los que existían al interior del peronismo y fue sobre esa base desde la que pudo Miguel conseguir una influencia tan preponderante, dada la alta fragmentación que presentaba el ala política del justicialismo. A ello, por supuesto, había contribuido el

hecho de que, respecto al sindicalismo, “los militares no habían podido o no habían querido secar definitivamente las fuentes de su poder corporativo (el monopolio de la representación garantizado por ley, el sistema de obras sociales, etc.). Simplemente habían intervenido sus organizaciones, con la esperanza tal vez de utilizarlas como instrumento de control social o base de apoyo de un hipotético movimiento cívico-militar”⁴⁹³.

Miguel, por tanto, podía disfrutar del control de la más poderosa plataforma sobre la que reposaba el justicialismo. Ciertamente, una nueva alineación de fuerzas dentro del sindicalismo podría haber desplazado de esa posición central al líder metalúrgico, pero, por el momento, nadie estaba demasiado interesado en ese cambio. Este hecho, unido a su falta de aspiración a la presidencia, le empujaría a conquistar el papel de gran elector final en la interna peronista.

Sintetizando lo que hemos visto a lo largo de este apartado, el peronismo podría sentirse feliz por haber sobrevivido a la dictadura, pese a todos los intentos militares de hacerlo desaparecer, pero la pérdida de ese gran (y casi único) poder centrípeta que representaba Perón más toda la represión militar habían convertido al movimiento en una constelación no siempre bien avenida: sindicalistas y políticos, partidarios y contrarios a Isabel, críticos o contemporalizadores con la dictadura,... las fallas que dividían al partido eran numerosas y operaban en distintos planos cruzados y existían pocas normas y pocos líderes que arbitraran para poner algo de orden en ese caos. Peor todavía, las múltiples ambiciones personales (más poderosas que las posibles diferencias ideológicas) y el apetecible premio final que estaba en juego harían que la selección del candidato a la presidencia fuera particularmente dura y desgastante, como veremos en los próximos apartados.

3.2 Despertando del letargo: los primeros pasos de la interna peronista

“La interna peronista es un rompecabezas, pero llegado el momento de ir a las urnas se armará fácilmente y sin sobrar piezas”, afirmaba una figura del peronismo en los albores de lo que sería la lucha por la elección del candidato presidencial⁴⁹⁴. La

⁴⁹³ Palermo y Novaro: *Política y poder...*, *op.cit.*, p. 179.

⁴⁹⁴ *Somos*, 317, 15/10/1982.

historia, en efecto, estaba de su parte: a pesar de las fuertes disputas que había vivido el partido en ocasiones anteriores, al final siempre había primado el sentido de la unidad. A ello había contribuido, por supuesto, la voz de Perón, que bastaba por sí misma para que se solucionara cualquier conflicto; pero no se debe olvidar que, más de una vez, la decisión del líder sólo servía para legitimar una situación que, de hecho, estaba ya prácticamente resuelta. Más allá de un desarrollado sentido de la lealtad, en esa unidad justicialista también había pesado siempre el frío cálculo de que el porvenir político era mucho más difícil lejos del calor peronista.

Sin embargo, pese a todo ese pasado, demasiadas cosas habían cambiado en la última década dentro del universo justicialista como para que se pudiera asegurar con total certeza que el camino hacia la candidatura tendría un final feliz y tranquilo. Ante todo, por el clima de desunión y desconfianza que reinaba en el partido y que hemos intentado ilustrar en el apartado anterior. Resulta significativa, por poner un ejemplo concreto del mismo, la polémica que se desarrolló en el acto conmemorativo del 17 de Octubre⁴⁹⁵ en 1982. Allí, Lorenzo Miguel, quien en un principio no iba a participar activamente, lanzó un discurso con el que pretendía reparar la imagen de Isabel Perón y condenar la acción de Montoneros y en el que proponía un acercamiento a las Fuerzas Armadas⁴⁹⁶. Miguel, lejos de concitar el respeto y la unidad, sería abucheado y los sectores de Intransigencia y Movilización abandonaron el recinto antes del final del acto, todo ello en medio de una gran polémica que dejó clara constancia de que las viejas heridas arrastradas desde antes de la dictadura estaban lejos de estar curadas totalmente⁴⁹⁷.

Bajo estos mimbres, la interna se antojaba dura y, sobre todo, prolongada. A pocas semanas de los comicios, todavía no se sabía quiénes serían los ganadores de la carrera por la fórmula, mientras que, por el contrario, la campaña de la UCR llevaba ya tiempo lanzada. Figuras del partido como Eloy Camus ya advirtieron de los peligros de

⁴⁹⁵ Como se sabe, el 17 de octubre, el llamado Día de la Lealtad del peronismo, se conmemora la liberación de Perón tras su detención a consecuencia de una masiva manifestación que tuvo su epicentro en Plaza de Mayo. En 1982 el acto principal se desarrollaría en la cancha del club Atlanta, en Buenos Aires.

⁴⁹⁶ Como vimos en el capítulo anterior, este discurso marcaría un cambio en la relación entre el sindicalismo miguelista y las Fuerzas Armadas y uno de los orígenes de la sospecha de la existencia de un pacto militar-sindical.

⁴⁹⁷ *El Bimestre*, 5, 19/10/1982. Por lo demás, el clima del acto fue en general festivo y en él se reunieron unas 20.000 personas. *Clarín*, 19/10/1982. No deja de ser curioso que el siguiente 17 de octubre, celebrado a pocos días de las elecciones, también estuviera marcado por los pitos y abucheos a Miguel.

esta lentitud: “El problema de la reorganización partidaria peronista radica en la comodidad y quietud de ciertos dirigentes y, de no revertirse esta situación, corremos el riesgo de perder las elecciones”⁴⁹⁸, pero su voz tendría poca incidencia práctica. Este problema de la tardanza tenía que ver con la confianza que otorgaba el mito de la invencibilidad del partido, pero también con la dificultad de resolver un problema en el que había tantos intereses en juego y en el que el premio final resultaba tan jugoso.

En teoría, debía ser el Congreso nacional peronista el encargado de ungir finalmente la fórmula presidencial. La reorganización del partido se realizaría a partir de las elecciones primarias en cada distrito provincial, en las que se seleccionaría a los delegados que acudirían al congreso provincial, quienes a su vez designaban a los congresistas nacionales. Pero una cosa era la letra que aparecía en la carta orgánica del partido y otra bien distinta los mecanismos realmente existentes por los que se realizaba la selección del candidato. Por supuesto, existían muchos puntos por los que este teórico modelo de democracia interna podía hacer agua. En primer lugar, porque, como denunciaba Matera⁴⁹⁹, los congresistas nacionales, de por sí elegidos indirectamente, no estaban tampoco obligados a votar al candidato preferido por sus bases y tenían libertad absoluta en ese sentido, lo que daba pie a posibles presiones por parte de la conducción o de los grupos más poderosos. Podría, además, darse el caso de que los distintos grupos llegaran a un acuerdo para presentar una lista única y consensuada, que haría que la votación de los delegados sólo tuviera un carácter formal. De hecho, se dieron varios intentos en ese sentido, como el patrocinado por Eloy Camus⁵⁰⁰, y se filtraron rumores de que el Consejo estaba auspiciando una lista única⁵⁰¹, pero en ningún caso disfrutaron de mucho recorrido ante lo difícil de que las distintas líneas resignaran sus aspiraciones. Existía además la amenaza de que todas las reglas de selección cambiaran si el propio Congreso, con el número de votos suficiente, decidía hacerlo. Así, fueron numerosas las presiones de los rivales de Bittel en aras de definir la candidatura mediante el voto directo de los afiliados al partido y, como vimos, hubo más de un intento por convocar el cónclave sin el patrocinio de la dirección oficial. Pero sobre todo, existía la posibilidad de que el Congreso sólo certificara una decisión tomada previamente por los grandes

⁴⁹⁸ *La Voz*, 23/1/1983.

⁴⁹⁹ *Somos*, 358, 29/7/1983.

⁵⁰⁰ *Clarín*, 5/12/1982.

⁵⁰¹ *Somos*, 22/4/1983.

electores *de facto* del partido, algo que en la tradición informal del justicialismo se antojaba como muy probable.

Así había ocurrido anteriormente, cuando la decisión de Perón resultaba inapelable en ese sentido. Por ejemplo, a fines de 1972, también el Congreso nacional fue el encargado legalmente de la unción de una fórmula presidencial a la que Perón tenía vedada su presencia. Pero, pese a la fuerte oposición del sindicalismo ortodoxo y a pesar de su gran presencia en el congreso, el apoyo de Perón a Héctor Cámpora resultó irrefutable en la final proclamación del último. Tras el alejamiento de Cámpora de la presidencia, la selección, unos meses después, de la fórmula Perón-Perón por aclamación y sin mayor discusión acentuó aún más el carácter meramente litúrgico de la votación de los representantes del congreso. Esa tradición de escaso debate y de toma de decisiones tras la cortina continuará en 1983, sólo que, ahora, la ausencia de Perón abrirá un campo inédito para sus herederos, que se veían libres de experimentar nuevas vías con el único límite de su peso al interior del partido.

La incertidumbre acerca de lo que sería la futura candidatura y la desorganización en el partido eran tan grandes que en los primeros meses se especulaba incluso con la unción de una figura extrapartidaria que fuera aceptable para los militares. De hecho, los coqueteos de Massera con Isabel y otras figuras justicialistas consiguieron que aumentaran los rumores sobre su posible candidatura, que cesarían cuando el antiguo almirante se vio acosado por sus cuentas con la justicia⁵⁰². Más tarde, los nombres de otros exmilitares como Luis Prémoli también tendrían su momento de gloria en los mentideros peronistas⁵⁰³.

Como fuere, lo cierto es que a inicios de 1983 era poco lo que se había avanzado en la definición de las candidaturas. Dentro de una prudencia generalizada, eran muy pocos los que se atrevían a concretar su propuesta, conscientes del hecho de que una excesiva exposición podía llevar a un desgaste fatal. En ese contexto de inactividad, poco a poco, sin embargo, se iban a ir destacando tres grandes aspirantes: Robledo, que podía presumir de cierto aire renovador por su talante crítico con la conducción, pero

⁵⁰² Los rumores sobre una posible candidatura de Massera se sucedieron en los primeros meses de 1983. El marino aspiraba a ocupar el espacio de transición entre lo militar y lo civil y algunas agencias anunciaron que se habían realizado reuniones entre él e Isabel, más tarde desmentidas. *El Bimestre*, 9, 3/5/1983.

⁵⁰³ *Somos*, 332, 28/1/1983.

que no dejaba de desligarse de una imagen excesivamente conservadora; Cafiero, que parecía representar la continuidad del peronismo ortodoxo de los últimos años, representado en Lorenzo Miguel, y Luder, cercano a esta conducción, pero con un espacio propio y abierto a cualquier alianza⁵⁰⁴. Esos tres nombres empezaron a sonar desde un primer momento, en los meses posteriores a la guerra de Malvinas, pero en general, las distintas figuras con aspiraciones presidenciales mantuvieron siempre un perfil bajo en ese tiempo, mucho más inmersos en las luchas internas y en ir tejiendo apoyos que en presentarse en sociedad. Algunas líneas como el MUSO o Intransigencia y Movilización realizaban sus distintas presentaciones oficiales, pero incluso los que, como Luder, daban el paso de reconocer sus aspiraciones, lo hacían con una gran prudencia: “Me considero idóneo para ser presidente de la Nación, pero eso no lo decido yo, sino los justicialistas”⁵⁰⁵.

Resultaba asimismo arriesgado lanzarse al ruedo sin el respaldo explícito de Miguel y sus sindicatos, cuyo aparato parecía imprescindible para llevar la aventura hacia buen puerto. No por casualidad, serían precisamente dos líderes enfrentados a Miguel, Robledo y Matera, los primeros en protagonizar hechos significativos en la carrera presidencial. En noviembre, ambas figuras llegarían a un acuerdo para fusionar operativamente sus dos corrientes⁵⁰⁶. La alianza quedaría, no obstante, muy pronto puesta en paréntesis, cuando Robledo anunció, sin consultar previamente a su compañero, que lanzaría su precandidatura presidencial⁵⁰⁷. Quedaba patente en este pequeño episodio que, incluso en un espacio peronista con tan pocas aspiraciones como el llamado antiverticalismo, los deseos individuales pesaban más que el trabajo en conjunto. La situación se calmaría tras varias charlas y ambas figuras firmaron de nuevo el compromiso de trabajar conjuntamente, pero tanto el uno como el otro siguieron apostando por presentar sus precandidaturas por separado: a fin de cuentas, siempre quedaría tiempo para reunificar fuerzas cuando el desarrollo de la interna demostrara quién tenía más opciones⁵⁰⁸.

Raúl Matera iniciaría de forma oficial su carrera por la precandidatura unas semanas después de su polémica con Robledo. Su lanzamiento ilustraría perfectamente

⁵⁰⁴ *Somos*, 311, 3/9/1982.

⁵⁰⁵ *Clarín*, 10/12/1982.

⁵⁰⁶ *El Bimestre*, 6, 7/11/1982.

⁵⁰⁷ *El Bimestre*, 7, 22/1/1983.

⁵⁰⁸ *Clarín*, 26/1/1983.

lo lejos que se encontraban líderes como Matera o Robledo del tradicional culto justicialista⁵⁰⁹: celebrado en el hotel Bauen de Buenos Aires, en el acto no aparecerían los sempiternos bombos, ni las pancartas, ni las barras y, en cambio, todos los participantes lucirían chaqueta y corbata⁵¹⁰. Tampoco en los discursos de Matera estarían presentes el bullicio y el desorden propios de un evento justicialista, en una tendencia de la que le habría gustado participar también a Luder y que marcaba un cambio de estilo hacia una mayor burocratización y nuevas formas de comportamiento político que se subrayaría en los siguientes años.

Robledo, por su parte, se mostró más confiado en su poder de convocatoria y en su presentación en sociedad oficial elegiría la porteña plaza Primero de Mayo⁵¹¹. Sin embargo, de los 20.000 asistentes a los que aspiraba, apenas asistió una cuarta parte, entre la lluvia y el poco atractivo del acto en sí⁵¹². Resultaría más significativo, para ponderar qué dirección estaba siguiendo Robledo, la creación, bajo su auspicio, de las 62 Organizaciones azopardistas, reflejo del aparato político-sindical liderado por Lorenzo Miguel y símbolo de la apuesta que realizaba la CGT-Azopardo por el antiguo ministro del Interior. Si bien los azopardistas nunca llegarían a suponer un verdadero desafío a las bases de su poder, la creación de estas 62 Organizaciones paralelas empujó a Miguel a un virulento ataque verbal contra ellas y contra Robledo, fuera de su habitual estilo sibilino, reflejado en acusaciones e insinuaciones como éstas: “Robledo dividió al movimiento y no sé lo que quiere. Lo único que recuerdo es que al año del golpe del 24 de marzo de 1976 ya recorría las provincias formando ateneos”⁵¹³.

Más allá de estos exabruptos, lo cierto es que estos primeros pasos dados por Matera o Robledo no despertaron excesivos temores en el campo del verticalismo. Matera había reunido en su acto únicamente a 520 delegados y el acto de Robledo

⁵⁰⁹ Como afirmaba el propio Matera: “En la medicina y en el pensamiento siempre me he caracterizado por ser distinto. Sobre todo, respecto de la liturgia peronista”. *Somos*, 317, 15/10/1982.

⁵¹⁰ *Somos*, 334, 11/2/1983. En el acto estarían presentes otros miembros importantes de MRD como Delia Parodi, Luis Rubeo o Serú García. Durante el evento, Matera reiteró que este lanzamiento en modo alguno lo alejaba de Robledo. *Clarín*, 7/2/1983.

⁵¹¹ *Somos*, 337, 4/3/1983.

⁵¹² Frente a la tradición de los discursos peronistas, en los que el orador en cuestión solía interactuar con el público que a menudo lo interrumpía con cantos o aplausos, el discurso de Robledo estaba pensado para ser leído en silencio. Como relataban en *La Voz*, Robledo incluso llegó a parar consignas contra la dictadura, argumentando que “una cosa es la valoración de una gestión y otra cosa es repudiar”. *La Voz*, 26/2/1983.

⁵¹³ *Somos*, 334, 11/2/1983. Las acusaciones de traidor y de neoperonista lanzadas desde el campo miguelista contra Robledo serían constantes en esos meses. *Clarín*, 6/2/1983.

distaba mucho de ser masivo. Sus posiciones excesivamente conservadoras (o moderadas, según el eufemismo usado por ellos mismos) difícilmente podían arrastrar tras ellos a la mayoría de los votantes peronistas. De hecho, poco a poco, el impulso de estas dos figuras se iría diluyendo con el paso del tiempo y la celebración de las primeras líneas internas y, a la altura de abril, Robledo, por ejemplo, parecía más interesado en conseguir un buen puesto dentro del partido que en su candidatura presidencial.

Mucho más preocupante resultó para Bittel y para la dirección del partido el desafío del congreso autoconvocado que lanzó Romero, quien se había puesto en marcha para celebrar un cónclave peronista en febrero de 1983⁵¹⁴. Como ya mencionamos, su intención era que dicho congreso se instituyera, con los votos suficientes, como órgano ejecutivo y reemplazara a la dirección capitaneada por Bittel.

El correntino y su mano derecha, Eduardo Zaud, lograron incluso que el juez Salvi designara un veedor para la reunión que debería empezar a sesionar el 14 de febrero y que el presidente del congreso, Eloy Camus, encabezara el acto⁵¹⁵. Sumaron asimismo el apoyo de otras figuras como Menem, presente finalmente, o Saadi⁵¹⁶. Sin embargo, pese a estas acciones y contactos, en la fecha señalada, en el Salón Dorado del club Boca Juniors, los rebeldes estuvieron lejos de reunir a los 161 delegados necesarios para sesionar con quórum⁵¹⁷. Según las fuentes, acudieron a la llamada entre 88 y 55 congresales⁵¹⁸, muy distante de la cifra necesaria y, pese a la tensión existente y los intentos de Romero por aplazar el acto al día siguiente, éste tuvo que aceptar que no podía desplazar a Bittel por esa vía⁵¹⁹.

Al contrario, la jugada de Romero reforzaría, en realidad, la posición de un Bittel que se limitó a callar y a esperar a que la tormenta se ahogara en sí misma. Con el aval

⁵¹⁴ *Clarín*, 12/2/1983.

⁵¹⁵ Camus, en realidad, no comulgaba necesariamente con los postulados de Romero, pero justificaba su presencia argumentando que, siguiendo los estatutos, estaba obligado a presidir el Congreso. *Somos*, 335, 18/2/1983.

⁵¹⁶ Pese a ese apoyo, Saadi no estaría presente el día en el que el congreso autoconvocado intentó sesionar. *Clarín*, 15/2/1983.

⁵¹⁷ Para sesionar, el Congreso peronista debía reunir, en su segunda convocatoria, a un tercio de sus delegados. Para tomar decisiones, en cambio, era necesario la aprobación de la mitad más uno de los compromisarios. *Clarín*, 12/2/1983.

⁵¹⁸ 69 fueron los asistentes, según las cuentas de *Clarín*, 15/2/1983. Más allá de la cifra exacta, lo cierto es que la Justicia acabó negando validez al congreso que se intentó celebrar el 14 y el 15 de febrero, por falta de quórum. *Clarín*, 22/2/1983. Romero y sus aliados volverían a tratar de reunir el cónclave justicialista en Córdoba unas semanas más tarde, de nuevo con el mismo escaso éxito. *Clarín*, 23/2/1983.

⁵¹⁹ *Somos*, 335, 18/2/1983.

que suponía este triunfo, el Congreso partidario se celebraría apenas un mes más tarde, pero esta vez con el patrocinio de la dirección oficial. Pese a la tensión previa existente, las sesiones en el Centro Cultural en el que se desarrolló estuvieron marcadas por la calma⁵²⁰ y su único resultado fue una reforma de la carta orgánica del partido, de carácter más burocrático que político⁵²¹. De esa manera, este congreso supondría el último intento serio por desplazar a Bittel de la conducción, que de esta forma quedaba reforzado y ratificado⁵²².

Superado este escollo, la interna justicialista siguió su curso sin grandes sobresaltos, salvo por el hecho de que cada vez resultaba más evidente la falla que se iba abriendo en el MUSO entre los partidarios de la candidatura de Bittel y los de la de Cafiero. A partir del mes de febrero, se aceleraron los trámites para lanzar las opciones de Cafiero⁵²³ y hasta se hizo explícito el apoyo de la Agrupación 30 de marzo (el MUSO de Capital Federal)⁵²⁴, pero las continuas demoras de Miguel, siempre expectante a cómo se desarrollaba todo y cuyo aval resultaba imprescindible, retrasarían cualquier avance. Paralelamente, varios sectores de esta línea también trabajaban para cristalizar la candidatura de Bittel, demostrando claramente que la agrupación iba poco a poco dividiéndose, política y territorialmente⁵²⁵. Esa paulatina división en la que era la línea interna más poderosa y estructurada del partido tendría sus consecuencias, por supuesto, en las elecciones que en cada departamento comenzarían a celebrarse durante los primeros meses de 1983⁵²⁶, cuya celebración supondría el teórico primer paso para la selección del candidato presidencial.

⁵²⁰ En ello tuvo mucha influencia la labor de Lorenzo Miguel quien, intentando evitar una imagen de desunión del justicialismo de cara a la opinión pública, se reunió con Bittel y Romero para que trataran de limar asperezas. La ley, además, estaba de parte de Bittel. Como señalaba el apoderado del partido, Torcuato Fíno: “los miembros del Consejo no podrán ser removidos de sus cargos, pues esos mandatos han sido prorrogados por la ley de los partidos políticos, en vigencia”. *La Voz*, 3/3/1983.

⁵²¹ Aparte de algunas cuestiones formales y la adaptación al Estatuto de Partidos dictado por los militares, el Congreso estableció la posibilidad de concertar alianzas o de adherir confederaciones junto a otras instituciones políticas. Asimismo, se aumentaba de uno a cuatro años el mandato de la conducción. *Clarín*, 5/3/1983.

⁵²² *El Bimestre*, 8, 6/3/1983.

⁵²³ *Somos*, 334, 11/2/1983.

⁵²⁴ *Clarín*, 14/3/1983.

⁵²⁵ *Somos*, 337, 4/3/1983.

⁵²⁶ Pese a los rumores y pese a las reivindicaciones de sectores como los antiverticalistas, la dirección del partido rechazó la idea de que las elecciones internas se celebraran simultáneamente, disponiendo que cada distrito debía adaptarse a su propio cronograma. *Clarín*, 20/5/1983.

3.3 Las elecciones internas provinciales

A partir de mediados de 1983 comenzaron a realizarse elecciones internas en todos los distritos provinciales del partido peronista. Según el ya mencionado esquema de reorganización y de selección de su futuro candidato, salvo en contadas excepciones en las que se empleó el sistema de voto directo, dichas elecciones servirían para elegir también a los miembros de cada uno de los congresos partidarios provinciales, quienes a su vez, de forma indirecta, debían seleccionar a los delegados del congreso nacional del partido, espacio teóricamente encargado, finalmente, de decidir la fórmula justicialista de las elecciones presidenciales. De esta manera, las internas provinciales demostrarían su importancia en dos ámbitos. A nivel nacional, servirían para despejar, al menos en parte, la incógnita del candidato presidencial. Como veremos más tarde, en la decisión final sobre esta cuestión pesarán mucho más las negociaciones tras las cortinas de las más importantes figuras del justicialismo, pero, pese a ello, las internas provinciales sí que cumplieron un papel clave como sondeo general para conocer con datos fácilmente cuantificables la verdadera fuerza de cada candidato: no decidirían el ganador final, pero sí demostrarían, por ejemplo, que contendientes como Matera o Robledo estaban muy lejos de arrastrar consigo las simpatías mayoritarias. En segundo lugar, estas internas tendrían además, como es lógico, una importancia capital a nivel provincial, principalmente porque definirían el candidato a gobernador en cada distrito, pero también porque sacarían a la luz y resolverían numerosos enfrentamientos larvados desde años atrás, demostrando así también la enorme complejidad del caleidoscopio justicialista. En las siguientes páginas comentaremos, por tanto, el desarrollo de estas internas en las provincias más importantes (salvo las de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, que tendrán apartados exclusivos), describiendo las líneas que se enfrentaban en ellas, el significado de sus resultados y su conexión e incidencia a nivel nacional.

Las primeras internas que celebró el justicialismo desde el golpe de 1976 se desarrollarían en la provincia de San Luis. En el distrito puntano, la línea liderada por el sindicalista y exsenador Oraldo Britos, que llevaba al por entonces joven abogado Adolfo Rodríguez Saa como candidato a la gobernación, se impondría, cosechando el 52 % de los votos, a la llamada lista Naranja, luderista, encabezada por Eduardo Mones

Ruiz⁵²⁷. Frente a otros casos provinciales, donde será difícil o quedará solamente implícito a qué candidato nacional apoyaba la lista ganadora provincial, con la figura de Britos -personaje que resultará capital en los años siguientes- no cabía ningún espacio para la duda, puesto que se trataba de uno de los primeros y más importantes impulsores del MUSO⁵²⁸.

A San Luis le seguirían, en los días siguientes, las internas en las provincias de Entre Ríos, San Juan y La Pampa. En las elecciones de la primera de ellas concurrirían hasta cinco agrupaciones internas con la intención de repartirse finalmente los 24 congresales que enviarían al cónclave nacional. La favorita para alcanzar la victoria era la lista Tradición Peronista encabezada por Dardo Blanc (sindicalista del gremio de la carne) y por Enrique Tomás Cresto⁵²⁹ y vinculada a nivel nacional con el MUSO, contando asimismo con el apoyo de las 62 Organizaciones⁵³⁰. Existían además dos líneas, Alianza Justicialista e Integración Juan Perón, que adherían a Convocatoria Peronista y a Ítalo Luder; además de una agrupación materista, con Jorge Antelo, y una quinta, adscrita a los sindicalistas de Gestión y Enlace⁵³¹. Finalmente, confirmando las previsiones, la llamada lista Blanca de Blanc y Cresto venció holgadamente (si bien cosecharía un mal resultado en la capital, Paraná⁵³²), obteniendo 114 congresales provinciales, frente a los 115 que cosecharon el resto de líneas sumadas⁵³³. Pese a que los resultados en las elecciones entrerrianas fueron bastante claros, su traducción a la política nacional resultaba más problemática: Dardo Blanc era miembro fundador de MUSO y formaba parte de su junta promotora nacional, pero, por ejemplo, Enrique Cresto, el segundo en importancia en la lista ganadora, apoyaba a Luder.

Por su parte, la provincia de San Juan ofrecía la particularidad de ser la única en la que se elegía directamente a los congresales nacionales, sin el paso intermedio e

⁵²⁷ *Clarín*, 14/6/1983.

⁵²⁸ *Clarín*, 5/7/1983.

⁵²⁹ Curiosamente, esta misma fórmula, pero en orden inverso, fue la que se presentó en las elecciones de 1973. Enrique Tomás Cresto, figura que ya había ejercido como diputado y senador provincial durante el primer peronismo y que participó en la comitiva de retorno de Perón tras su exilio, fue así el gobernador de Entre Ríos entre 1973 y 1976. De posiciones ortodoxas, no destacaría en su mandato precisamente por su apoyo a los sectores más radicalizados del peronismo. Tras el golpe, pasaría casi cinco años detenido.

⁵³⁰ *El Litoral*, 26/6/1983.

⁵³¹ *Clarín*, 24/6/1983.

⁵³² *Clarín*, 27/6/1983.

⁵³³ *Clarín*, 5/7/1983.

indirecto del congreso provincial⁵³⁴. De los diez delegados nacionales que eran elegidos, siete serían acaparados por la lista encabezada por César Gioja, antiguo activista de la Juventud Peronista y exdiputado provincial⁵³⁵, y tres para el núcleo materista de Hugo Giuliano. Bastante más atrás quedaría la línea inspirada por Eloy Camus, exgobernador provincial al que hemos visto ejerciendo la presidencia del congreso partidario⁵³⁶, que lanzaba a César Lloveras como candidato a gobernador⁵³⁷. En lo que respecta a la política nacional, Gioja apoyaba a Luder, mientras que su compañero José Ubaldo Montagno era un sindicalista que acataría las decisiones tomadas por Miguel y las 62 Organizaciones, por lo que, indirectamente, también estaba alineado en el luderismo.

En el caso de La Pampa fueron cuatro las líneas que se disputaron el botín electoral. Dos de ellas apoyaban a Luder a nivel nacional, una de ellas, encabezada por Néstor Ahuad y otra, que, encolumnada en Convocatoria Peronista y liderada por el exvicegobernador Rubén Marín, si bien no hacía oficial su apoyo al expresidente provisional, dejaba clara su simpatía por éste. Existía asimismo una línea bittelista, con el exgobernador Aquiles Regazzoli como cara más visible⁵³⁸ y, finalmente, una línea más pequeña que lanzaba al exsindicalista Esteban Rolando como gobernador⁵³⁹. En los comicios, que servirían para elegir a los ocho congresales que se enviaban desde La Pampa, vencerían los sectores de Convocatoria Peronista de Rubén Marín, a quien

⁵³⁴ *Clarín*, 5/7/1983.

⁵³⁵ No debe confundirse a César Gioja con sus hermanos, José Luis y Juan Carlos, que también han desarrollado una importante carrera en el justicialismo. Juan Carlos Gioja ocuparía el cargo de diputado nacional, mientras que José Luis Gioja ha sido elegido en tres ocasiones gobernador de la provincia de San Juan.

⁵³⁶ El maestro Eloy Camús, nacido en 1903, dio sus primeros pasos en política dentro de la UCR sanjuanina de los Cantoni. Posteriormente, se incorporaría al peronismo, desde donde ejercería como diputado entre 1946 y 1955. Muy activo durante la época de la proscripción, ocuparía la gobernación de San Juan entre 1973 y 1976. Su edad (sería uno de los gobernadores que más tardíamente alcanzaron la gobernación) y su estilo anticuado le dotaban de una nota característica en el universo justicialista.

⁵³⁷ En realidad, la línea encabezada por Gioja era un desgajamiento de este núcleo liderado por Camus. *Clarín*, 26/6/1983.

⁵³⁸ Aquiles Regazzoli, uno de los miembros más veteranos del justicialismo, había conformado la fórmula peronista en 1973 junto con Rubén Marín, por entonces un abogado ligado a la CGT. Antúnez, Damián: *La tendencia revolucionaria del peronismo en los gobiernos provinciales (Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Santa Cruz y Salta, 1973-1974)*. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2011, p.100. Sin embargo, la relación entre Regazzoli y Marín fue bastante tortuosa, con el primero mostrando un talante más abierto (y teóricamente cercano a la Juventud Peronista) y el segundo más próximo a las posiciones derechistas del peronismo. En el fondo, no dejaba de ser una reproducción del enfrentamiento entre los sectores políticos y los sectores sindicalistas del justicialismo, que en el contexto pampeano alcanzaría una especial tensión. De hecho, la hija de Regazzoli acusaría a Marín de haber pasado a los militares listas de nombres (entre los que se encontraba ella misma) que facilitaron la represión.

⁵³⁹ *Clarín*, 26/4/1983.

próximamente veremos apoyando a la Renovación peronista, si bien en la capital, Santa Rosa, triunfaría la lista de Néstor Ahuad⁵⁴⁰.

A esta primera tanda de elecciones le seguiría una segunda ronda que incluiría las provincias de Chaco y Santa Cruz. En Chaco, desde donde se enviaban 23 delegados nacionales, los pronósticos se confirmaron y la lista Celeste y Blanca del vicepresidente del partido Deolindo Bittel ganó holgadamente, imponiéndose en 22 de los 24 departamentos de la provincia (en ocho de ellos, se presentaba como lista única) y obteniendo de esta manera casi 50 de 137 congresales provinciales⁵⁴¹. Con cuatro veces menos número de votos que los cosechados por Bittel quedaron las listas lideradas por Rafael Sotelo⁵⁴², sin definición nacional, o por Adolfo Torresagasti, luderista⁵⁴³. Pese a que Bittel era una figura poderosa en la provincia (no en vano, como ya mencionamos, había ejercido como gobernador en dos ocasiones) y su victoria aparecía como más que probable, poder lucir un buen resultado en estas elecciones y demostrar así con números el apoyo de las bases, resultaba clave para un vicepresidente que había sido varias veces cuestionado y que había recibido muchas críticas por la legitimidad de su prórroga en el cargo. En clave nacional, por tanto, estas internas chaqueñas supusieron un nuevo espaldarazo para la posición de Bittel y un paso más en sus aspiraciones para lograr un espacio en la fórmula presidencial o en la directiva del partido. El resultado también le serviría a Bittel, obviamente, para afianzar su posición en su provincia: en el posterior congreso, su hermano Raúl sería colocado en la cabeza de la lista de diputados provinciales, mientras que su hijo Germán ocuparía el octavo puesto de la misma⁵⁴⁴.

En la sureña Santa Cruz, que tan sólo enviaba al congreso nacional seis delegados⁵⁴⁵, se impuso fácilmente la lista Verde de Arturo Puricelli, quien había ejercido brevemente como ministro provincial de Política Social en el último gobierno

⁵⁴⁰ *Clarín*, 27/6/1983.

⁵⁴¹ Bittel obtuvo 20.455 votos contra los 6.357 del segundo. *El Bimestre*, 10, 4/7/1983.

⁵⁴² Rafael Sotelo sería una de las figuras de más larga trayectoria en la política chaqueña, desde los 40 hasta los años 90. Ya en su juventud participaría en la política local y en la década de los 60 y los 70 lo encontraremos ejerciendo como diputado provincial, llegando a presidir la cámara legislativa chaqueña entre 1973 y 1976.

⁵⁴³ *Clarín*, 4/7/1983. El cirujano Alberto Torresagasti había sido vicegobernador en 1973, como segundo de una fórmula encabezada por Deolindo Bittel. Previamente había sido subsecretario y ministro provincial durante el periodo de la gobernanza de Bittel en los 60.

⁵⁴⁴ *El Litoral*, 15/8/1983.

⁵⁴⁵ *Clarín*, 4/7/1983.

justicialista⁵⁴⁶. Pese al aparente apoyo que profesaba Puricelli a Cafiero y al MUSO, la cuestión era mucho más compleja de lo que se podía prever, ya que en la misma lista se encontraba, por ejemplo, Efraín Palacios, seguidor de Luder y con una gran influencia en el norte de la provincia. Tal como afirmaba el propio Puricelli: “Hay compañeros que apoyan a Ítalo Luder, como ocurre en Caleta Olivia y Pico Truncado, y compañeros solidarios con Antonio Cafiero, como se definieron unidades básicas de Río Gallegos”⁵⁴⁷.

Poco después se celebrarían las elecciones en Córdoba, uno de los lugares más importantes para el país y para el partido y del que nos ocuparemos más extensamente en próximos capítulos. Se puede adelantar, no obstante, que en el distrito mediterráneo ganó cómodamente Raúl Bercovich Rodríguez, que apoyaba explícitamente a Luder, al que le unían lazos personales desde tiempo atrás. A Bercovich Rodríguez, interventor de la provincia en el convulso periodo de los años 70, le siguió la lista Verde de José Manuel de la Sota, con vinculaciones con Carlos Grosso y Convocatoria Peronista, y, a mayor distancia, la independiente lista 5 y las líneas de Julio Antún y Palacios Deheza.

A Córdoba le sucederían posteriormente las provincias de La Rioja, Misiones y Corrientes. En La Rioja no hubo espacio para la sorpresa, puesto que Carlos Menem y su lista Lealtad y Unidad vencieron de manera abrumadora⁵⁴⁸, con más de 13.000 votos por los aproximadamente 1.500 de su contrincante más cercano, Enrique Tello Roldán, perteneciente al MUSO. Menem se adjudicaba de esa manera la totalidad del congreso provincial, que se encargaba de enviar nueve delegados al congreso nacional. El futuro presidente era aliado a su vez, a nivel nacional, de Convocatoria Peronista, por lo que, si bien no había hecho explícito su apoyo a Luder, éste se daba por descontado.

En el caso de Misiones se pudo constatar una gran polarización entre la línea del escribano Miguel Ángel Alterach y la línea Afirmación Peronista, liderada por el médico Julio César Humada, ministro de Bienestar Social de la provincia entre 1973 y 1975⁵⁴⁹.

⁵⁴⁶ La lista de Puricelli se impuso con facilidad a la lista Celeste de Félix Riquez, de inspiración luderista, y a la Blanca, que no había definido su apoyo a nivel nacional. *Clarín*, 4/7/1983. En la victoria de Puricelli resultó clave el apoyo recibido por éste por parte de Edgardo Murguía, exsenador nacional y líder del sindicato petrolero de la provincia. *El Litoral*, 4/7/1983. Décadas después, Arturo Puricelli sería designado ministro de Seguridad durante el gobierno de Cristina Fernández, pese a las tirantes relaciones sostenidas previamente con Néstor Kirchner.

⁵⁴⁷ *Clarín*, 4/7/1983.

⁵⁴⁸ *Clarín*, 11/7/1983.

⁵⁴⁹ *Clarín*, 10/7/1983.

Alterach, quien ya venció en las elecciones provinciales de 1975, aquéllas marcadas por la participación del Partido Auténtico, apoyaba a Cafiero⁵⁵⁰, mientras que Humada impulsaba la candidatura de Luder. Sin embargo, las diferencias entre estos dos candidatos, prácticamente insalvables, tenían unas raíces mucho más profundas que las provocadas por sus distintas afiliaciones a nivel nacional: Humada, en realidad, representaba a todos los sectores postergados por la intervención federal de 1975 (él mismo se vio apartado de su cargo de ministro) que acabó dándole la gobernación a Alterach⁵⁵¹, por lo que los recelos y ataques entre ambas líneas tenían larga data⁵⁵². Pese a esta tensión, finalmente, Humada se impuso de manera holgada, prácticamente doblando en votos a su inmediato perseguidor⁵⁵³.

Pocas elecciones internas se vivirán, en cambio, de una forma tan encarnizada, confusa y tortuosa como la desarrollada en Corrientes. En la provincia fronteriza, que enviaba 23 delegados al congreso nacional, el enfrentamiento estaría representado por la oposición entre las líneas de Julio Romero (Agrupación 17 de Octubre) y la del mayor retirado Carlos Farizano (Unidad y Lealtad). El enfrentamiento entre el caudillo local Romero, de quien ya nos ocupamos anteriormente, y Farizano se hizo visible desde el mismo comienzo de la carrera electoral: así, las autoridades partidarias, controladas por Romero, rechazaron en un principio las fichas de afiliación presentadas por los partidarios de Farizano, alegando que “nunca fue peronista y que trata de crear problemas internos”⁵⁵⁴. A nivel nacional, Romero no expresó ninguna preferencia por ningún candidato en particular, mientras que Farizano era apoyado por el MUSO y una tercera línea, liderada por Enrique Vassel, se declaraba luderista⁵⁵⁵.

Siendo pieza clave en el peronismo correntino de los últimos años y, en cierto modo, también a nivel nacional, habría sido de esperar un relativamente sencillo triunfo de Julio Romero, quien llegó a pronosticar que iba a vencer con el “70 por ciento de los

⁵⁵⁰ *La Voz*, 9/7/1983. Cafiero, por ejemplo, estuvo presente en el acto final de la campaña de Alterach.

⁵⁵¹ *Clarín*, 7/6/1983. Por lo demás, la situación del peronismo misionero en los 70 fue extremadamente conflictiva. Como relata Antúnez, uno de los candidatos de la interna de 1973 fue Francisco Ripoll, que sería asesinado a tiros frente a una de las sedes del partido. Antúnez, *op.cit.*, p.104.

⁵⁵² Existían en Misiones otras dos líneas: una impulsada por Convocatoria Peronista, encabezada por Carlos Ripoll, y otra afiliada a la Intransigencia y Movilización de Saadi, que postulaba a Leopoldo López Forestier como candidato a gobernador. *Clarín*, 10/7/1983.

⁵⁵³ *Clarín*, 11/7/1983. Misiones aportaba 18 delegados al congreso nacional.

⁵⁵⁴ *Clarín*, 11/5/1983.

⁵⁵⁵ *La Voz*, 9/7/1983.

votos”⁵⁵⁶. Y, en efecto, Romero se llevaría las elecciones, pero el resultado estuvo marcado por una gran paridad y las cifras finales sólo llegaron tras un confuso y polémico escrutinio. El exgoberador se vería incluso adelantado en varios departamentos de la provincia por Farizano, aunque se impondría claramente en la capital⁵⁵⁷. Sin embargo, la polémica y la pugna entre los contendientes no terminaría con las elecciones internas: Romero, por ejemplo, tratará tras los comicios de apartar al veedor judicial del partido, argumentando que favorecía la causa de su rival⁵⁵⁸. Más grave sería todavía lo sucedido en el congreso provincial donde Romero sería elegido como candidato a la gobernación, pero sólo tras la retirada de las líneas de Farizano y Vassel, que posteriormente impugnaron lo decidido en el acto⁵⁵⁹. Como ocurriría en Salta, los sectores opuestos a Romero presentarían sus propias listas de candidatos⁵⁶⁰, pero, al contrario que en el caso norteño, Farizano y sus aliados no se lanzarían por fuera de las estructuras del partido, sino que también reclamaron para sí la legítima representación del peronismo.

A las conflictivas internas misioneras les seguirían los más tranquilos comicios de Formosa y Chubut. En la primera de ellas, sólo dos listas quedarían oficializadas en todo el territorio provincial, desde el que se enviaban diez delegados nacionales: una de ellas estaría liderada por Floro Bogado, decano universitario y juez durante los 70, mientras que la lista Celeste y Blanca, presentaba como candidato a Horacio Gorlieri, quien ya había ejercido como mandatario interino de la provincia poco antes del golpe⁵⁶¹. Mientras que Gorlieri adhería a Luder, en la lista de Bogado se encerraban contradicciones en sus apoyos a nivel nacional, puesto que en ella convivían caferistas y luderistas⁵⁶². De hecho, Carlos Tuozzo, representante del MUSO, viajó hasta la provincia norteña para expresar la adhesión de la agrupación a la línea de Bogado, pero de ella sólo obtendría como respuesta su falta de preferencias a nivel nacional⁵⁶³. Tras la

⁵⁵⁶ *Clarín*, 10/7/1983.

⁵⁵⁷ *Clarín*, 11/7/1983.

⁵⁵⁸ *La Voz*, 22/7/1983.

⁵⁵⁹ *Clarín*, 22/9/1983.

⁵⁶⁰ *Clarín*, 22/9/1983.

⁵⁶¹ *El Litoral*, 16/7/1983. Existía una tercera lista, que sólo se presentó en algunos departamentos.

⁵⁶² *Clarín*, 19/7/1983. La llamada Agrupación Eva Perón obtuvo gracias a sus votos 138 congresales provinciales, mientras que el resto de formaciones no pasaron de 15.

⁵⁶³ *Clarín*, 18/7/1983.

campana, sería Bogado el que se llevaría sin excesivas complicaciones el triunfo en unas elecciones marcadas por la tranquilidad y el respeto entre los contendientes⁵⁶⁴.

En la sureña Chubut los comicios tuvieron un desarrollo singular, puesto que la provincia fue dividida en tres regiones electorales, con alianzas y lógicas distintas en cada uno de los sectores⁵⁶⁵. Sintetizando la compleja lucha interna en territorio chubetense, dos fueran las líneas que competían por el control de una provincia que enviaba a ocho delegados nacionales⁵⁶⁶: la encabezada por Hebe Corchuelo Blasco, que finalmente alcanzaría la victoria, y la de Carlos Freytes⁵⁶⁷, sin definición nacional. Nuevamente, se hace difícil señalar explícitamente a quién apoyaba, como candidato presidencial, la línea de Corchuelo Blasco: si bien, dentro de ella, la mayoría optaba por Luder, un sector defendía una solución de compromiso con una fórmula Luder-Cafiero⁵⁶⁸.

A la altura de fines de julio se había votado ya, por tanto, en 12 provincias y, aunque, como hemos recalcado anteriormente, el significado de sus resultados a nivel nacional era altamente complejo, sí que es cierto que la balanza se iba inclinando decisivamente hacia Luder y, en segundo lugar, hacia Cafiero, con Matera y Robledo prácticamente descartados en la carrera. Según los recuentos periodísticos, teóricamente, Luder podía contar en ese momento con el voto a favor de 117 de los 207 congresales ya elegidos⁵⁶⁹. Tenía el respaldo total de los delegados de las provincias de Córdoba, Chubut, La Pampa, La Rioja y Misiones y de la mayoría de los de San Juan y Entre Ríos. El MUSO, en cambio, sólo se llevaría la totalidad de los congresales en Chaco y San Luis, aunque todavía quedaba por dilucidar cuántos de esos votos correspondían a Bittel y cuántos a Cafiero. En Formosa y Santa Cruz, por su parte, el resultado era más incierto. Como veremos, toda esta aritmética tendrá un valor relativo en la decisión final, pero, sin duda, estos resultados pesarían enormemente en los movimientos y discusiones que en la cúpula del justicialismo se estaban desarrollando durante esos días. A ellos habría que sumar, poco más tarde, los cosechados en las provincias de Santa Fe y Mendoza y en el territorio nacional de Tierra del Fuego.

⁵⁶⁴ *El Litoral*, 18/7/1983. Si bien la diferencia entre las líneas de Bogado y Gorleri no fue aplastante, a la primera se sumaría una buena cantidad de votos perteneciente a una tercera lista que sólo se presentó en un distrito. Bogado también se impondría fácilmente en la capital provincial.

⁵⁶⁵ *La Voz*, 18/7/1983.

⁵⁶⁶ *Clarín*, 17/7/1983.

⁵⁶⁷ *Clarín*, 15/7/1983.

⁵⁶⁸ *Clarín*, 19/7/1983.

⁵⁶⁹ *La Voz del Interior*, 22/7/1983.

El caso santafesino, clave, puesto que aportaba nada menos que 67 congresales (la segunda provincia en cantidad después de la de Buenos Aires), será tratado específicamente más adelante, ya que resultó además un episodio especialmente enrevesado y conflictivo; empezando por el hecho de que las dos listas principales amalgamaban líneas en principio contrapuestas. La llamada lista 2, por ejemplo, estaba liderada por Luis Rubeo, materista, por Rubén Cardozo, que respondía a Robledo, y por varios políticos que se inscribían en el luderismo. La lista 6, otra de la más importantes, estaba conformada por una alianza entre los sectores de Convocatoria Peronista, también luderista, y una escisión de la CAJ robledista. Al final, sería esta última lista, liderada por Raúl Carignano, la que se llevaría la victoria, pero sólo tras un recuento muy espinoso en el que ambas partes se adjudicaron el triunfo y en el que ninguna de ellas obtuvo una ventaja significativa de cara al congreso provincial.

Como en la mayoría de provincias, los orígenes de la reorganización partidaria en el peronismo de Mendoza son sumamente confusos y complejos. Nada menos que 17 líneas internas se podían contar en el comienzo de esta carrera en dicho distrito⁵⁷⁰. Poco a poco, por supuesto, la situación se iría simplificando, fruto de varias alianzas y de relegaciones, y serían finalmente seis listas las que se presentarían. De ellas, dos serían teóricamente luderistas (las lideradas por Ernesto Corvalán Nanclares -antiguo ministro provincial de Justicia, que cosechó cierta fama nacional en las elecciones mendocinas de 1965 y que era apoyado por Las 62- y por Eduardo Buza, respectivamente); una respondía al MUSO, con José Carlos Motta, exinterventor provincial, a la cabeza; otra era materista, otra robledista (con el histórico Horacio Farmache como candidato propuesto) y una última línea adscrita a Intransigencia y Movilización.

José Carlos Motta resultaría vencedor en estas elecciones mendocinas, quedando en segundo lugar la línea liderada por Corvalán Nanclares⁵⁷¹. Sin embargo, en una nueva muestra de la complejidad de las alianzas justicialistas, pese a pertenecer al MUSO e incluso haber participado en varias de las reuniones de la agrupación, Motta se cuidaría mucho de ofrecer un apoyo explícito a Cafiero, entre otras razones, porque en su propia lista existían varios sectores que apoyaban a Luder. Quizás por eso Motta llegó a afirmar

⁵⁷⁰ *Clarín*, 27/4/1983.

⁵⁷¹ En *Clarín* explicaban el triunfo de la lista de Motta a partir de la labor de este como apoderado del partido en Mendoza: las buenas relaciones trazadas en esos años con los diversos líderes de cada departamento, le permitiría disfrutar de una gran influencia cualitativa y sobre todo cuantitativa. *Clarín*, 25/7/1983.

que: “si bien es verdad que nuestra lista adhirió al MUSO, no tenemos candidato a presidente, como tampoco lo tiene el MUSO (...). La decisión la vamos a tomar orgánicamente, como siempre lo hemos hecho entre las tres líneas que integran la lista”⁵⁷².

El territorio nacional de Tierra del Fuego⁵⁷³, por su parte, apenas contaba con unos 1.700 afiliados, por lo que sólo enviaba tres delegados al congreso nacional. Los votos serían disputados allí por dos listas: la Verde, encabezada por Esther Fadul de Sobrino, luderista, y la capitaneada por Adrián de Antueno, con vinculaciones con el MUSO. Aquí serían los musistas los que se impondrían tanto en Ushuaia como en Río Grande, las dos ciudades en las que se votaba en el distrito⁵⁷⁴. No obstante, como en el caso mendocino, las vinculaciones con el MUSO no se traducían en un apoyo automático a Cafiero, pese a que este líder hubiera dado respaldo a la línea. De hecho, la línea de Antueno se declaraba teóricamente independiente y eran varios los que dentro de ella optaban por una fórmula Luder-Cafiero⁵⁷⁵.

A fines de julio de 1983 también se celebrarían las internas en Catamarca, si bien pocas elecciones contarían con tan escasa emoción por su resultado como en esa provincia, en la que Vicente Saadi y su familia controlaban sin apenas oposición la vida del partido. Cuatro listas se presentaron a los comicios, la Verde de Emilio Castellanos (materista), la Blanca de Mario Dardo Aguirre, la Marrón de Molina y Mott (estas dos últimas sin clara afiliación nacional) y la Azul de Saadi; pero únicamente esta última lo hacía en la totalidad de los 16 distritos en los que estaba dividida la provincia⁵⁷⁶. Como era de esperar, Saadi venció muy cómodamente, obteniendo así el primer y único triunfo de su línea, Intransigencia y Movilización⁵⁷⁷.

Poco después se celebrarían las elecciones en Río Negro, las primeras, en realidad, que el peronismo llevaba a cabo en dicha provincia. Allí se enfrentarían dos

⁵⁷² *Clarín*, 26/7/1983.

⁵⁷³ La provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur funcionó administrativamente como territorio nacional hasta 1991, cuando obtuvo la categoría de provincia.

⁵⁷⁴ *El Litoral*, 25/7/1983.

⁵⁷⁵ *La Voz del Interior*, 22/7/1983.

⁵⁷⁶ *La Voz del Interior*, 29/7/1983. En realidad, la Marrón sí tenía en principio la intención de presentarse en todos los distritos. Sin embargo, tras ser impugnadas varias de sus nóminas, no pudo estar presente en todos los sectores. *La Voz*, 28/7/1983.

⁵⁷⁷ *La Voz del Interior*, 1/8/1983. Catamarca, por otra parte, enviaba nueve congresales al cónclave nacional.

grandes listas: una de ellas nucleaba a las figuras del peronismo histórico provincial⁵⁷⁸ y estaba liderada por el exgobernador Mario Franco, quien había sido encarcelado y condenado a inhabilitación absoluta poco después del golpe, acusado de malversación de fondos públicos, y que había sido amnistiado sólo unas semanas antes de los comicios⁵⁷⁹. Frente a él se situaba la llamada Corriente de Opinión Interna, que apoyaba a Luder, en la que se encontraban varios políticos que tendrían protagonismo en los años siguientes, como Remo Costanzo, Omar Lehner u Oscar Albrieu. Franco, quien no había expresado su apoyo a nivel nacional, aunque contaba con el apoyo del MUSO (recordemos que la agrupación tuvo su nacimiento oficial en un encuentro en Bariloche)⁵⁸⁰, obtendría casi el doble de votos que sus rivales. Sin embargo, la cuestión se complicó enormemente más tarde, ya que el Tribunal Electoral de la provincia rechazó la candidatura de Franco, al considerar que todavía no se había probado la constitucionalidad del indulto del que fue beneficiado⁵⁸¹.

Jujuy, que enviaba 14 congresales nacionales, sería un nuevo ejemplo de disputa encarnizada entre dos facciones justicialistas, las encabezadas por el ultraverticalista José Humberto Martiarena y por Ricardo de Aparici, que respondía al MUSO y que, curiosamente, estuvo vinculado con su rival hasta 1973. El triunfo de Martiarena, antiguo gobernador y senador nacional, se tenía por descontado en una provincia que controlaba desde hacía años, pero ello no evitó que la interna, que tuvo que ser pospuesta, se desarrollara en un clima sumamente hostil. De hecho, la línea de De Aparici llegó a presentar un pedido de intervención ante el veedor del partido, alegando que se estaba obstaculizando la reorganización del mismo, a la vez que se denunciaban las “prácticas personalistas imprimidas al partido en los últimos años”⁵⁸². Como era de esperar, sin embargo, Martiarena arrasó a su contendiente en los comicios, consiguiendo más del doble de sus votos⁵⁸³. El vencedor se mostraba independiente en la interna a

⁵⁷⁸ *Clarín*, 7/8/1983.

⁵⁷⁹ El indulto de Mario Franco, que conllevaría una gran polémica, podría haber servido como un globo sonda lanzado por los militares para evaluar la posible reacción de una rehabilitación para Isabel Perón.

⁵⁸⁰ *Clarín*, 8/8/1983.

⁵⁸¹ *Clarín*, 20/9/1983. Finalmente, la Corte Suprema de Justicia rehabilitó definitivamente a Franco para la práctica pública y política. *Clarín*, 21/9/1983.

⁵⁸² *La Voz*, 16/7/1983.

⁵⁸³ *Clarín*, 16/8/1983.

nivel nacional, sin decantarse por ningún candidato, ante todo porque previamente había tenido más de un roce con la mayoría de ellos⁵⁸⁴.

En Tucumán, donde las internas se realizaron simultáneamente a las de Jujuy, Santiago del Estero, Salta, Capital Federal y Buenos Aires, los inicios se habían desarrollado con cierta polémica dentro de la junta reorganizadora del partido, que incluso llegó a hacer peligrar la personería política del mismo: dos de sus integrantes defendían que se debía conservar el sistema electoral mayoritario que funcionaba hasta ese momento, mientras que los otros dos miembros abogaban por el cambio hacia un sistema proporcional⁵⁸⁵. Por lo que se refiere a los contendientes en liza, Fernando Riera había comenzado la carrera como gran favorito, pero había visto cómo poco a poco su ventaja se iba recortando⁵⁸⁶. En su línea confluían tendencias muy diversas⁵⁸⁷, pero, si bien no se había definido categóricamente, parecía obvio que se decantaba por Luder. Frente a él se situaba una alianza conformada poco antes de las elecciones, compuesta por Amado Juri⁵⁸⁸ junto con Emilio Sarrulle: la unión de estos dos hombres, que ya anteriormente se habían sucedido en la gobernación, podría parecer, no obstante, un tanto extraña a tenor de sus apoyos a nivel nacional. Juri contaba con el aval del MUSO, mientras que Sarrulle estaba alineado con el materismo, si bien había declarado que apoyaría a Cafiero si las opciones de Matera se estancaban⁵⁸⁹. Pese a su menguante

⁵⁸⁴ *Clarín*, 10/6/1983. Martiarena dejaría explícita en numerosas ocasiones su opción por el isabelismo: “Nosotros no hemos votado por ninguno de los autocandidatos postulados desde Buenos Aires. Al contrario, seguimos manteniendo nuestra confianza en el regreso de la señora de Perón y la definitiva toma de conducción del movimiento y del partido por parte de ella”. *Clarín*, 16/8/1983.

⁵⁸⁵ *Clarín*, 3/4/1983.

⁵⁸⁶ Fernando Riera, nacido en 1915, y ya había ejercido como gobernador de Tucumán en 1950, aunque, por motivo de la reforma constitucional, sólo ocuparía el cargo durante dos años. Durante los años de la proscripción se convertiría en una figura importante del peronismo tucumano, siendo elegido de nuevo gobernador en 1962 (pese a no poder asumir el cargo por el inmediato golpe militar).

⁵⁸⁷ *Clarín*, 31/5/1983.

⁵⁸⁸ Amado Juri había ejercido la gobernación de Tucumán durante el conflictivo periodo de 1973-1976, en el que la provincia sería el escenario del llamado Operativo Independencia. Pese a apoyar en un inicio la ofensiva desatada teóricamente contra el foco del ERP, pronto los militares empezaron a actuar de manera autónoma hasta que el general Bussi derrocaría a Juri en 1976. Como anécdota, Amado Juri era cuñado de Fernando Riera. Juri, además, como jefe de la policía tucumana en los años 50, sería el encargado de expedir un pasaporte al nazi Adolf Eichmann.

⁵⁸⁹ No todos se tomaron a bien esta posible alianza. El antiguo aliado de línea de Juri, Araujo, afirmó que se negaba a “hacer convenios con los hombres que han servido a gobiernos de facto”. *Clarín*, 17/7/1983. Oscar Sarrulle había ejercido como gobernador de facto de la provincia entre 1971 y 1973, durante el gobierno de Lanusse.

favoritismo, Riera obtendría una cómoda victoria electoral, prácticamente triplicando el número de votos de sus rivales⁵⁹⁰.

En Salta, desde donde partían 22 delegados, se volverían a vivir episodios de gran tensión como producto de las elecciones internas. Aunque eran cuatro las listas en liza, la cuestión se polarizaría en dos corrientes principales sumamente enfrentadas⁵⁹¹ no exclusivamente por cuestiones ideológicas. A un lado se ubicaba Roberto Romero, quien encabezaba la línea Unidad y Renovación y que contaba con el apoyo de la UOM y Las 62⁵⁹²; al otro lado se situaba la Unidad Peronista, de Carlos Caro⁵⁹³, quien contaba con la adhesión del MUSO. Pese a todo, los resultados de las elecciones, que debieron ser postergadas en varias ocasiones, no sólo no conseguirían dirimir la contienda, sino que hicieron aún más compleja la situación en Salta: Romero ganó fácilmente en la capital, pero perdió en diversas áreas del interior y ni uno ni otro candidato obtuvieron los congresales necesarios para imponer sus candidaturas⁵⁹⁴.

La cuestión alcanzó tal grado de polémica que, como ocurriría en Buenos Aires, llegarían a sesionar dos congresos paralelos, que proclamaron por separado a sus respectivos candidatos. La justicia electoral daría entonces la razón a las posiciones de Romero⁵⁹⁵, pero tres listas del justicialismo rechazaron esta solución y resolvieron formar un frente electoral con el Movimiento Popular Salteño, con Caro como candidato a gobernador⁵⁹⁶. Finalmente, pese a esa situación límite, se logró llegar a un acuerdo que suturó la división en el partido, aunque para ello debieron de interceder figuras importantes a nivel nacional como Luder o Saadi⁵⁹⁷.

En Santiago del Estero, en cambio, la lucha interna no llegaría a ser tan alambicada, quizás porque el resultado parecía mucho más previsible. En esta provincia

⁵⁹⁰ *Clarín*, 16/8/1983.

⁵⁹¹ Las otras dos listas salteñas serían la Blanca, de Intransigencia y Movilización, y la Verde, luderista. Si bien no podían competir por el triunfo final, tendrían su importancia posteriormente, dada la escasa diferencia de votos entre las listas principales. *Clarín*, 15/8/1983.

⁵⁹² Roberto Romero, nacido en 1927, fue uno de los principales impulsores del diario salteño *El Tribuno*, que utilizaría como altavoz de sus aspiraciones políticas.

⁵⁹³ *Clarín*, 28/5/1983. Carlos Alberto Caro se enfrentó al futuro gobernador Miguel Ragone, vinculado con la Tendencia Revolucionaria, en las internas de 1972. Sin embargo, a ambos les unía su oposición a hombres como Romero que, desde la derecha, irían poco a poco avanzando posiciones en el justicialismo (de hecho, la ficha de afiliación de Romero en el partido sólo se aprobaría en 1973).

⁵⁹⁴ *Clarín*, 16/8/1983.

⁵⁹⁵ *Clarín*, 20/9/1983.

⁵⁹⁶ *Clarín*, 21/9/1983.

⁵⁹⁷ *Clarín*, 22/9/1983. El acuerdo incluía que varios candidatos de la lista de Caro ingresaran en una lista conjunta, pero no se pudo llevar a cabo, puesto que habían terminado los plazos electorales.

serían cuatro las líneas internas que se enfrentaron en las elecciones: las encabezadas por el exgobernador Carlos Juárez (luderista⁵⁹⁸, que partía como gran favorito), la dirigida por Francisco López Bustos y Víctor Yunes conjuntamente (adsritos al antiverticalismo de Matera y Robledo), la liderada por Armando Meossi (también luderista) y una cuarta, apoyada por la rama femenina, encabezada por Argentina Llegard de Cárdenas⁵⁹⁹. Si diez años antes, el enfrentamiento entre Juárez y López Bustos dio lugar incluso a episodios de violencia, en esta ocasión los comicios se desarrollaron de forma tranquila y concluyeron con el esperado fácil triunfo del primero⁶⁰⁰.

Rematando este repaso, en Neuquén se celebrarían, a fines de agosto, los últimos comicios de esta ronda de elecciones internas peronistas. En esta provincia, que enviaba sólo siete delegados⁶⁰¹ (por lo que los resultados tendrían importancia ante todo a nivel provincial y no tanto nacional), las votaciones se retrasaron tanto debido a cuestiones burocráticas que postergaron el reconocimiento oficial del partido. Las elecciones tendrían aquí, además, otra particularidad, ya que, si en otras provincias el justicialismo contaba con grandes posibilidades de alcanzar la gobernación, en Neuquén resultaba muy difícil que pudiera romper la histórica hegemonía del Movimiento Popular Neuquino (MPN, en adelante) de Felipe Sapag⁶⁰². Por lo tanto, en este distrito, a los tradicionales clivajes ideológicos y de apoyo a diferentes candidaturas, debía sumarse el posicionamiento acerca del partido de Sapag. De hecho, éste supondría quizás la más profunda causa de enfrentamiento entre las distintas líneas, puesto que las

⁵⁹⁸ De hecho, como haremos hincapié en próximos apartados, Carlos Juárez fue el primer dirigente que apoyó públicamente la candidatura de Luder. *La Voz del Interior*, 13/8/1983. Carlos Juárez nació en 1919 y llegaría a ser un caso arquetípico de caudillo peronista del interior. Fue elegido como gobernador santiaguense por primera vez en 1948, con apenas 31 años y tras enfrentarse al jefe del partido en la provincial, el coronel Mittelbach. Volvería a repetir cargo en 1973 y, posteriormente, en 1983, 1995 y 1999. En 2008 sería imputado por la desaparición de varias personas durante ese segundo periodo de gobierno.

⁵⁹⁹ *Clarín*, 14/8/1983. Finalmente, la lista Rosa no llegó a participar ante la negativa del pedido de prórroga por parte de la justicia electoral. *Clarín*, 15/8/1983.

⁶⁰⁰ *Clarín*, 16/8/1983. Lo ocurrido en la interna para los comicios de 1973 muestra claramente la altura de la ambición de Juárez. Francisco López Bustos, un personaje histórico del justicialismo santiaguense, había sido designado por Perón, con apoyo del camporismo, como candidato a la gobernación. Sin embargo, Juárez se opondría a la decisión y lograría apropiarse, en connivencia con el gobernador de facto, de los símbolos oficiales del partido. Finalmente, Juárez derrotaría en las elecciones a un López Bustos que debió presentarse por el MID.

⁶⁰¹ *Clarín*, 22/8/1983.

⁶⁰² El Movimiento Popular Neuquino (MPN), liderado desde su origen por la familia Sapag, fue posiblemente el caso más exitoso de un partido neoperonista. Felipe Sapag ganaría las elecciones a gobernador en Neuquén (territorio que había alcanzado la categoría de provincia en 1955) en 1962, 1963 y en 1973. Volvería a alcanzar la mayoría posteriormente, en 1983, 1987 y 1995. Creado en el contexto de la proscripción y el exilio de Perón, Sapag desoiría la orden del líder justicialista de disolver su partido tras su retorno.

más importantes listas apoyaban indistintamente a Luder como candidato a presidente⁶⁰³.

Bajo estas premisas, en Neuquén dos grandes alianzas se disputaron la victoria. Por un lado se encontraba la lista Celeste y Blanca, que lanzaba al joven abogado Oscar Massei como candidato y que tenía el respaldo de Convocatoria Peronista y el Bloque del Interior. Al otro lado se situaba el sector oficialista, que postulaba a Ángel Nicanor Romero, un histórico del movimiento, como candidato a gobernador (ya lo intentó en 1973, pero cayó derrotado ante Sapag) y que estaba capitaneada por el interventor del partido, Alberto Nievas, quien a su vez era apoyado por Las 62⁶⁰⁴. La estrategia de esta línea era la diferenciarse totalmente del MPN y ocupar el espacio que éste había ocupado en las últimas décadas, mientras que Massei apostaba por una estrategia menos confrontativa, a la espera del desgaste final de Sapag. Aumentando el contraste entre ambos, Massei acusaría a Nievas de intentar digitar el partido desde su posición privilegiada y se mostraría más activo en la cuestión de los derechos humanos que sus rivales⁶⁰⁵. Finalmente, Oscar Massei lograría una amplia victoria, que le otorgaría la mayoría absoluta en el congreso provincial.

Si bien Neuquén sería, cronológicamente, la última provincia en la que se celebraron internas peronistas en esta campaña, hemos dejado para el final de esta panorámica a la Capital Federal, cuyos comicios tuvieron lugar a mediados de agosto, por ser un caso especial, tanto por su significado y relevancia, como por su desarrollo. Como se afirmaba en *Clarín*: “La Capital Federal no es el primer distrito de la Argentina para la interna peronista –ni el segundo, ni tampoco el tercero [contaba con 140.000 afiliados]-, pero es sin duda el espejo donde se refleja la opinión política del país”⁶⁰⁶. Así, aunque por su número de delegados, la Capital no podía desequilibrar la decisión del Congreso justicialista y pese a que, por su composición social, sus resultados no eran fácilmente extrapolables al resto del país, era obvio que, por la significancia del lugar, todo lo que ocurriera allí tendría una gran repercusión en el conjunto del partido. En ese sentido, la lección que se pudo extraer de las internas porteñas, como ocurriría poco después en la selección final del candidato presidencial, es que el sindicalismo miguelista

⁶⁰³ *Clarín*, 21/8/1983.

⁶⁰⁴ Existía una tercera línea, formada por desgajamientos de antiguos apoyos a la intervención del partido.

⁶⁰⁵ *Clarín*, 14/6/1983.

⁶⁰⁶ *Clarín*, 7/8/1983.

contaba, sin lugar a dudas, con la mayor cuota de poder de decisión en la estructura peronista.

Como en la mayoría del resto de distritos, en el origen de la reorganización del partido el enjambre de listas y líneas era sumamente complejo. Para la elección de delegados al congreso porteño se presentaron nada menos que 150 listas dispuestas en 28 circunscripciones, lo que posibilitaba un enorme número de alianzas y combinaciones posibles. Sin embargo, para la formación del Consejo capitalino y con verdadera gravitación en todo el distrito, eran mucho más escasas las listas en liza⁶⁰⁷. A mediados de junio podían enumerarse entre ellas: el Bloque Metropolitano Azul y Blanco, liderado por Julio Ramos, que respondía a Las 62.; la Federación de Agrupaciones Verticalistas, vinculada a los ortodoxos gremios de Gestión y Enlace de Roberto Ares⁶⁰⁸; el Consejo de Unidades Básicas, afín a Guardia de Hierro; la Agrupación 30 de Marzo, la expresión capitalina del MUSO, con Mario Rubén González⁶⁰⁹ y Carlos Holubica; el luderista Frente de Unidad Peronista de Julio Bárbaro, la también luderista Agrupación de Unidades Básicas Independientes; la CAJ porteña de Roberto Grabois; la Renovación Peronista liderada por Julio Guillán, que respondía a Convocatoria Peronista; la Agrupación 8 de Octubre, de raíz sindical; el materista MRD y la Intransigencia y Movilización encabezada aquí por la futura ministra Nilda Garré⁶¹⁰.

A partir de ese cuadro de situación, las energías de Miguel y del sindicalismo ortodoxo se volcarían en conseguir una lista única en el distrito porteño (o, al menos, una que englobara la totalidad del llamado campo verticalista⁶¹¹), con la que se simbolizara la unidad del partido y, al mismo tiempo, el poder de las 62 Organizaciones. Tras muchas negociaciones y distintas reuniones entre las distintas líneas, estuvieron muy cerca de lograr dicho objetivo gracias a la formación de la llamada lista Azul Unidad, que llegaba a englobar la práctica totalidad del arco justicialista. Dicha lista amalgamaba, bajo el auspicio de las 62 Organizaciones, tanto a luderistas como a cafieristas, así como a representantes de Guardia de Hierro y a otros sectores de raíz

⁶⁰⁷ *Clarín*, 5/8/1983.

⁶⁰⁸ Roberto Ares ejerció como último ministro de Interior del gobierno de Isabel Perón. Anteriormente, desde 1949, había ocupado el puesto equivalente al ministro de Economía durante el primer gobierno peronista.

⁶⁰⁹ Mario Rubén González, que tendrá cierto protagonismo en las próximas páginas, era uno de los hombres más importantes del musismo local y estaba fuertemente ligado al exministro Miguel Unamuno.

⁶¹⁰ *Clarín*, 17/6/1983.

⁶¹¹ *Clarín*, 10/6/1983.

ortodoxa o sindical. Según algunos análisis periodísticos⁶¹², Miguel resignaba de esta manera posiciones en Capital Federal (Mario Rubén González, caferista, por ejemplo, era el candidato de la línea a presidir el consejo metropolitano) a cambio de que el conjunto del verticalismo apoyara la candidatura final de Luder. Sin embargo, sólo lo hacía de manera aparente o, en todo caso, como forma de obtener un botín aún mayor. A fin de cuentas, había mandado una clara señal de poder al resto del país desde la simbólica capital auspiciando la unidad bajo su manto entre los seguidores de Cafiero y los de Luder y existían numerosas vías para que sus candidatos lograran su hegemonía dentro de esta heterogénea alianza: por ejemplo, el principio del tercio para el sector sindical se aplicaba en la lista e incluso gran parte de los candidatos de las ramas política y femenina tenían también un origen sindical.

El acuerdo definitivo para sellar esta lista se logró, eso sí, minutos antes de que expirara el plazo para la presentación de las candidaturas, tras una sesión en la que participaron Miguel, Ruckauf, Casale, Holubica, Digón y González, entre otros. En realidad, un acuerdo de estas características era sumamente difícil de hilvanar, puesto que no bastaba con una declaración de buenas intenciones y unidad, sino que había que bajar a la siempre difícil discusión sobre el reparto de las candidaturas para los puestos de 28 consejeros capitalinos más otros 14 suplentes. En ese terreno de negociaciones contra el reloj para formular la lista final, las 62 Organizaciones empezaron a demostrar claramente su poder: aplicando el principio del tercio, conseguirían nueve candidatos a consejeros titulares, además de otro cuatro suplentes, a los que habría que sumar tres candidatos pertenecientes al Bloque Político Sindical y otros tres más que, si bien no pertenecían orgánicamente a la agrupación, fueron propuestos por ella, como Torcuato Fino⁶¹³. Guardia de Hierro debía conformarse con cinco candidatos y dos suplentes, mientras que el caferismo contaría con cuatro candidatos, si bien la Agrupación 30 de Marzo y el MUSO eran premiados con la propuesta de Mario Rubén González para la

⁶¹² *La Voz*, 4/8/1983.

⁶¹³ Torcuato Fino, profesor universitario de derecho, ejerció como apoderado del partido desde 1973 hasta 1987. Entre otras anécdotas, sería recordado por su elocuencia durante el congreso justicialista que aclamó la fórmula Perón-Perón en 1973. En su intervención, Fino declararía que “Perón es un homo sapiens que no ha de abandonar el jardín de la vida sin haber dado el último rosal”. Anzorena, *op.cit.*, p.239.

presidencia del Consejo y Guardia de Hierro colocaba a Virginia Sanguinetti como candidata a la vicepresidencia⁶¹⁴.

Fuera de este gran acuerdo se quedaría, sin embargo, la línea Renovación Peronista, que respondía a Convocatoria Peronista y que defendía una fórmula presidencial Luder-Grosso. Pese a su no inclusión, fueron numerosos los intentos por lograr la lista única y evitar el trámite electoral. De hecho, *Clarín* llegaría a publicar en esos días que el acuerdo que incluía a Renovación Peronista había sido alcanzado⁶¹⁵, pero fuera tanto por las reticencias de la propia lista liderada por Julio Guillán, como por las trabas establecidas desde el otro lado, finalmente las negociaciones quedaron rotas⁶¹⁶.

Así pues, al existir dos listas contendientes para los cargos del consejo (y centenares de ellas para la formación del congreso), las elecciones porteñas acabaron celebrándose a mediados de agosto, tras varios retrasos debidos a problemas en la confección de los padrones de afiliados y en la reorganización general del partido. Parecía por entonces seguro que la lista Azul Unidad, encabezada por Carlos Ruckauf, se llevaría fácilmente la victoria, incluso con los votos necesarios como para conseguir la totalidad de los puestos en juego, ayudada por el sistema mayoritario de elección. Sin embargo, quedaba, eso sí, la duda de si la llamada lista Verde, de Convocatoria Peronista, alcanzaría el 25 % de los votos, con la que obtendría, como minoría, un tercio de los cargos en el consejo⁶¹⁷.

Pese a que su lectura parecía sencilla, a partir de esta norma electoral y de su correcta interpretación se desarrollaría, no obstante, una gran polémica entre ambos grupos rivales. Como ya hemos mencionado, en la misma jornada electoral se celebraban simultáneamente los comicios para el consejo y el congreso metropolitano, cuyas papeletas se metían, sin embargo, en el mismo sobre. Fueron numerosos, pese a todo, los casos en los que, fuera por error o intencionadamente, en el sobre sólo se

⁶¹⁴ El Frente de Unidad Peronista obtendría dos candidatos, mientras que la Agrupación 8 de octubre, también luderista, se conformaba con uno, igual que lo hacía el Movimiento de Unidades Básicas Independientes. *Clarín*, 5/8/1983

⁶¹⁵ *Clarín*, 7/8/1983.

⁶¹⁶ La robledista CAJ, por su parte, decidió no presentar candidatos al consejo, ni apoyar a ninguna de las listas, criticando la preponderancia del sector sindical en la lista de unidad. Como otras muchas tendencias, sí presentaban candidatos a las elecciones para el congreso peronista, que se celebraban simultáneamente. *Clarín*, 10/8/1983.

⁶¹⁷ *Clarín*, 13/8/1983.

encontraba la papeleta para la elección al congreso y autoridades de cada circunscripción⁶¹⁸. Como ilustraba el propio Grosso: “lo que sucede es que las dos boletas que iban por separado se colocaban en el mismo sobre, y en algunos casos algunos votantes han colocado la correspondiente a la circunscripción y no a la del distrito”⁶¹⁹. La polémica radicaba en que, para la lista Verde, esa ausencia en el sobre de votos para el Consejo (que se elegía en distrito único) debía computarse como abstención, puesto que el voto no era obligatorio, lo que le permitiría obtener la minoría, quedando el consejo compuesto por 21 representantes de la lista Azul y siete de la Verde. Para la lista Azul, en cambio, la falta de boletas debía interpretarse como voto en blanco, lo que le otorgaba la totalidad de los puestos del congreso.

La lista Verde trató de hacer valer sus razones a través de la vía judicial, pero pronto desistió de ella tras comprobar que el veedor judicial del partido respaldaba la visión de la lista Unidad⁶²⁰. Sin embargo, la polémica no dejaría de acompañar al peronismo porteño ni siquiera en la celebración de un congreso que, dada la mayoría obtenida por la lista Azul se presumía tranquilo. Durante el cónclave celebrado en el teatro Lola Membrives, resultaba obvio que los representantes de Renovación Peronista tenían pocas posibilidades de meter a alguno de sus miembros en la lista para candidatos a diputados; pero sí fue sorprendente la manera en la que el sindicalismo de Las 62 tomó un control casi absoluto de la situación, dejando a un lado al resto de sus aliados de la lista Azul.

El congreso metropolitano se desarrolló, en realidad, de forma lenta y confusa, en un clima áspero en el que proliferaron los insultos, los gritos y algún episodio de violencia⁶²¹. Quizás no era para menos, puesto que, vadeando los acuerdos previos, los hombres de Miguel y de Luder coparon la práctica totalidad de los candidatos a diputados, con clara exclusión de los miembros del MUSO y de Guardia de Hierro, incluso a costa de incluir en ella a candidatos derrotados en las internas en sus respectivas circunscripciones, como Amadeo Genta o Luis Palma⁶²². Como candidatos a

⁶¹⁸ *Clarín*, 16/8/1983.

⁶¹⁹ *Clarín*, 16/8/1983.

⁶²⁰ *Clarín*, 17/8/1983.

⁶²¹ *La Voz del Interior*, 27/8/1983.

⁶²² Como candidatos a diputados auspiciados por Las 62 se encontraban, por citar los más importantes, Torcuato Fino, Juan José Minichilo, Luis Santos Casale y Roberto García. Por parte del luderismo se encontraban Julio Bárbaro y Eduardo Vaca, mientras que Miguel Unamuno era el representante del MUSO. *Clarín*, 25/8/1983.

senadores fueron nombrados Ruckauf y Juan José Taccone, también sindicalista⁶²³, algo que encendió especialmente los ánimos del resto de líneas, que veían cómo, sin poder oponer resistencia, se quedaban sin su parte del pastel.

El resultado de las elecciones en Capital Federal y su desarrollo posterior supusieron, en efecto, un buen ejemplo del preponderante peso del sindicalismo miguelista en el peronismo de la transición. Una influencia que también se dejará sentir profundamente en la elección final del candidato justicialista a presidente. Sin embargo, por lo demás, eran pocas las conclusiones que se podían extraer a nivel nacional de las elecciones internas que hemos repasado a lo largo de este apartado. En primer lugar, como ya hemos repetido, porque la traducción del significado de las líneas provinciales a la política nacional no siempre seguía un camino claro y directo. Como advertía el propio Bittel: “no es válido decir que triunfó tal o cual candidato presidencial, porque quienes han triunfado son hombres de provincias (...). No debemos decir que en Misiones ganó Luder, porque en Misiones ganó la fracción que encabeza el doctor Jorge Humada”⁶²⁴. Como vimos anteriormente, que un candidato provincial fuera apoyado, por ejemplo, por el MUSO, no significaba que, posteriormente, de manera automática, los delegados de su línea apoyaran a Cafiero o Bittel en el orden nacional: “Esta curiosa circunstancia se debe a que la cadena de solidaridades y alineamientos en el peronismo sigue un camino particularmente sinuoso, una especie de laberinto donde antes de llegar al apoyo al candidato, pasa por una intrincada senda de alianzas no siempre definidas con exactitud”⁶²⁵.

Faltaba, además, conocer el resultado de la interna en la provincia de Buenos Aires, cuyo tortuoso desarrollo, antes, durante y después de las elecciones, estuvo a punto de comprometer el congreso nacional del partido. No se debe olvidar, por ejemplo, que si La Rioja enviaba siete delegados al cónclave, Buenos Aires mandaba más de 200⁶²⁶. De los 525 delegados nacionales, el 65 % correspondían a Santa Fe (con 67), Capital Federal (con 36) y provincia de Buenos Aires (con 235)⁶²⁷. Es decir, que, pese a

⁶²³ Juan José Taccone era prácticamente un símbolo de los trabajadores del sector eléctrico. Junto con Vador u Ongaro, a pesar de sus diferencias, personalizaba ese poderoso nuevo sindicalismo que surgiría tras el derrocamiento de Perón en 1955. Además de dirigir el gremio Luz y Fuerza, presidiría la empresa Segba, pionera en su modelo.

⁶²⁴ *Clarín*, 14/7/1983.

⁶²⁵ *Clarín*, 5/7/1983.

⁶²⁶ *Somos*, 358, 29/7/1983.

⁶²⁷ *Clarín*, 12/7/1983.

su cantidad, los resultados de las internas en la mayoría de las provincias del interior tenían una influencia muy relativa en la selección de la fórmula presidencial, al priorizar el partido la representación de acuerdo al número de afiliados y no sobre la equidistancia interprovincial. Por supuesto, lo ocurrido en cada uno de los casos provinciales tendría, eso sí, suma importancia a nivel interno y por eso hemos prestado atención a cada uno de ellos, además que este panorama ofrece una muestra de la extrema variedad que encierra el fenómeno peronista.

Pese a todo, más allá de estos procedimientos formales y de estas elecciones provinciales, que, ciertamente, sirvieron para despejar varias cuestiones, la fórmula presidencial justicialista deberá su resolución, ante todo, a las reuniones y cumbres informales que las principales figuras del partido -siempre bajo la batuta de Lorenzo Miguel- celebraron durante los meses de junio, julio y agosto de 1983. Como veremos en el siguiente apartado, sería en esas reuniones, mucho más que en el recuento de votos de los congresales nacionales, donde se fraguaría definitivamente la candidatura peronista y el futuro de la provincia de Buenos Aires. En esa coyuntura, lo nacional y lo provincial unirían especialmente sus destinos y se influirían en ambas direcciones de una forma mucho mayor a lo esperado.

3.4 La importancia de lo informal, de Buenos Aires a la Nación

El justicialismo no contaba ya en 1983 con el dedo de Perón para tomar la decisión final de quién debía ser el candidato presidencial del partido. Como ya mencionamos, esta situación tan confusa para un partido que había nacido como vehículo electoral de su líder abría unas oportunidades que los mejor posicionados en la coyuntura se encargarían de aprovechar a su favor. Ahondando en la incertidumbre, no se podía esperar demasiado de la sucesora de Perón en la cabeza del partido y probable heredera de su carisma, su esposa Isabel, quien cada vez dejaba muestras más evidentes, desde Madrid, de su desinterés por las vicisitudes políticas argentinas. Deolindo Bittel ejercía, como vicepresidente partidario, de director ejecutivo del movimiento, pero estaba lejos de congregarse el apoyo y de reunir la energía suficiente para imponer sin más su voluntad. Por encima de los personalismos quedaban, por supuesto, las instituciones y las normas y, como vimos en el apartado anterior, éstas afirmaban que el candidato

sería finalmente elegido con los votos de los congresales nacionales, quienes a su vez, de forma directa o indirecta, habían sido seleccionados a través de las internas provinciales. Sin embargo, era complicado que un partido que hasta ese momento había prestado poca atención a los aspectos legales y formales y que acababa de salir de una coyuntura de total desorganización (y que, de hecho, ni siquiera solía concebirse a sí mismo como partido), de repente asumiera un profundo respeto por sus propias reglas. Además, el hecho de que no hubiera un líder absoluto a la cabeza del justicialismo no significaba que no existieran figuras con una cuota de poder y de decisión muy amplias, con grandes intereses en que la elección final corriera sobre sus carriles y produjera las mínimas sorpresas posibles. Como relataba Deolindo Bittel, en agosto de 1983, anticipando todas estas cuestiones: “como en cualquier institución humana donde va a haber 600 o más congresales, no vamos a ir crudos”, “es muy difícil que haya votación” porque “va a haber acuerdo”⁶²⁸. Dicho acuerdo se lograría a partir de varias reuniones entre los principales barones del partido (Miguel, Bittel, Luder, Cafiero e Iglesias, entre otros), en las que se debatieron las dos cuestiones claves que quedaban por resolverse en el peronismo: la composición de la futura fórmula presidencial y la resolución del problema bonaerense.

Ya a principios de junio, cuando la interna todavía no había alcanzado sus máximos decibelios, se realizaría una de estas cumbres en un restaurante en Avellaneda, del que era habitual Herminio Iglesias. Hasta allí acudirían también Miguel, Luder, Cafiero, Unamuno, Grosso y José Amerise, uno de los hombres cercanos en ese momento del anfitrión Iglesias⁶²⁹. Todos los comensales compartían el temor ante el hecho de que a esas alturas no se hubiera elegido un candidato de consenso y ante la demora que arrastraba la campaña justicialista respecto a la de la UCR. Preocupaba asimismo la difícil situación en la provincia de Buenos Aires, que tenía el agravante de poder arrastrar en su crisis al conjunto del partido, ya que este distrito aportaba un tercio de los congresales partidarios⁶³⁰. Si bien la candidatura de Luder y Bittel flotaba en la atmósfera, esta primera reunión serviría poco más que para enumerar los problemas más urgentes del partido y para conocer las posiciones y preferencias de los protagonistas, sin llegar a ningún resultado concreto. Semanas más tarde, los principales líderes del

⁶²⁸ *El Litoral*, 18/8/1983.

⁶²⁹ Curiosamente, no asistiría Bittel, quizás apurando con esta pequeña rebeldía sus escasas opciones a la candidatura presidencial.

⁶³⁰ *Clarín*, 3/6/1983.

justicialismo volverían a intentar reunirse: no tendrían éxito en esa ocasión, fuera por la ausencia de Bittel o por la presencia de periodistas en el lugar elegido para el cónclave⁶³¹, pero ya se deslizaba el plan para que Cafiero resignase sus aspiraciones presidenciales y se lanzara, como premio de consolación, hacia la importante gobernación de Buenos Aires.

Tras todas estas negociaciones, a principios de agosto, ya con la interna mucho más madura, parece que empezó a cuajar un acuerdo entre Luder y Bittel, con el beneplácito miguelista, para presentar una fórmula conjunta. Alcanzado este punto, Luder opinaba que, si todo estaba decidido, había que lanzar la candidatura cuanto antes, con el fin de contrarrestar el efecto de Alfonsín y la UCR, que ya se habían presentado oficialmente a fines de julio⁶³². Pensando más en clave interna, Bittel, en cambio, sostenía que no había que apresurarse⁶³³ y era partidario de que las piezas del puzzle fueran poco a poco encajando naturalmente, sin forzarlas apresuradamente. A fin de cuentas, como hemos visto en el apartado anterior, las distintas elecciones internas provinciales iban progresivamente, pero de manera inexorable, inclinando la balanza hacia Luder.

El tema de la candidatura estaba tan claro para estos líderes que, incluso Bittel, teórico aliado de Cafiero, con el que compartía la dirección del MUSO, había llegado a afirmar en esos primeros días de agosto que “Luder tiene grandes posibilidades”. Por supuesto, pensaban estos barones, la situación no suponía un juego de suma cero para Cafiero, puesto que la gobernación de la provincia de Buenos Aires, la más importante del país, podía ser un destino más que tentador cuando se iban cerrando las puertas de la candidatura presidencial. Sin embargo, el problema para el antiguo ministro de Economía y para estas figuras del peronismo que pretendían resolver la cuestión de manera sencilla y salomónica pasaba precisamente por lo apetecible que resultaba la gobernación de Buenos Aires para otros muchos líderes del partido; algunos de ellos, como Herminio Iglesias⁶³⁴, demasiado obstinados como para resignar sus aspiraciones

⁶³¹ *Somos*, 17/6/1983.

⁶³² *El Bimestre*, 10, 29/7/1983.

⁶³³ *Somos*, 359, 5/8/1983.

⁶³⁴ Herminio Iglesias resultaba un personaje tan arquetípico de ese peronismo de barrio violento y patotero que podía confundirse con un personaje de ficción. Hijo de inmigrantes gallegos, Iglesias irá poco a poco escalando posiciones en el movimiento, siempre vinculado con las distintas patotas y, en un principio, con la esfera sindical. Así llegaría, en 1973, a convertirse en intendente de Avellaneda, una de las ciudades más importantes del Gran Buenos Aires. Su carácter directo y poco dado al intelectualismo

sin presentar batalla. En ese punto se ubicará precisamente el origen de un episodio que marcará de manera decisiva el desarrollo de la interna y de la campaña justicialista.

Lejos de amilanarse ante los deseos y resoluciones de Miguel y sus allegados, la ambición de Iglesias por alcanzar el sillón de Rosas -objetivo por el que llevaba trabajando durante años- empujará al partido a un choque frontal entre éste y un Cafiero que, tras muchas negociaciones, acabará por aceptar el mal menor que suponía Buenos Aires. El conflicto entre estas dos figuras, que se reproduciría en los años siguientes y que incipientemente simbolizaba dos maneras diferentes de entender el partido, ofrecía, más allá de su interés para la resolución de la interna, múltiples lecturas. En primer lugar, porque se desarrollaba a partir de un complejo juego de equilibrios entre lo que ocurría en la provincia y el nivel nacional, donde, de nuevo, una serie de cumbres a puerta cerrada tendría mucho que decir en la resolución. Así, como en muchas otras ocasiones, lo formal y lo informal se entremezclaban en el justicialismo sin solución de continuidad. Sin embargo, lo más significativo de este episodio no será que, como es natural, el plano nacional influyera sobre el subordinado distrito provincial, sino que, por el contrario, la relación será mucho más pareja y recíproca de lo que cabría prever; algo no tan extraño teniendo en cuenta que, con un padrón electoral superior al 36 % del total, las incertidumbres y los problemas en Buenos Aires podían hacer trastabillar la campaña del partido si no encontraban una rápida y aceptada solución.

Ahondando en este aspecto y alejándonos momentáneamente de esas cumbres informales con las que hemos abierto este apartado, lo cierto es que la reorganización del peronismo en la provincia de Buenos Aires resultó sumamente compleja, principalmente porque partía de un cierto vacío. Tras los tortuosos últimos años del gobierno justicialista y la dictadura, del antiguo gobernador Oscar Bidegain y sus aliados de la Tendencia apenas quedaba el recuerdo. En aquella coyuntura, tampoco la estrategia de connivencia con los militares había rendido muchos frutos, como podría

resultaba proverbial: “Cuando nosotros queremos leer algo, leemos la doctrina o los planes de gobierno del general Perón y no necesitamos estudiar, ni necesitamos intelectuales ni necesitamos absolutamente nada. Con leer la doctrina sabemos lo que tenemos que hacer”. *La Voz del Interior*, 8/9/1983. Tampoco intentó ocultar nunca su cara más violenta, que quedaba patente en sus múltiples cicatrices y la pérdida de uno de sus párpados: “Yo manejé pistolas 45, itakas y ametralladoras de todo tipo [...] Pero lo hice por la resistencia peronista, no porque sea un delincuente común”. *El Bimestre*, 11, 13/10/1983.

corroborar un denostado Victorio Calabró⁶³⁵. En el atomizado páramo político que era la provincia a fines de 1982, sólo Herminio Iglesias podía presumir de una influencia que fuera más allá de las fronteras de cada feudo personal. Como señalan Mora, Cordeu y Sosa, “la provincia de Buenos Aires, enorme en su dimensión geopolítica, no fue recorrida por nadie [del partido] durante los años del régimen militar, provocando una profunda desconexión entre los 125 distritos que la componían. Herminio captó esta situación de entrada y utilizó la estructura partidaria como elemento aglutinante de esa realidad dispersa, necesitada de conducción”⁶³⁶. No obstante, pese a esa buena posición de partida, el antiguo intendente de Avellaneda tendría que bregar duramente para que su esfuerzo por salir a flote tras la dictadura y alcanzar finalmente la jefatura en Buenos Aires no se viniera abajo rápidamente en la difícil interna provincial o, peor aún, por culpa de un lejano acuerdo cupular que lo dejara fuera de juego.

Ambicioso como pocos y curtido en mil batallas (varias de ellas, en el sentido literal de la palabra) al interior del partido, Iglesias no era precisamente una figura que rehusara el enfrentamiento y, no por casualidad, los múltiples conflictos que se dieron en la reorganización del peronismo bonaerense confluyeron en su persona. De hecho, hasta llegar a ese citado enfrentamiento final con Cafiero, el caudillo de Avellaneda debió sortear numerosos obstáculos para que su apuesta por la gobernación llegara a buen puerto.

En una primera fase de esta compleja historia, como bien ha relatado Marcela Ferrari⁶³⁷, la cuestión bonaerense tomó la forma de un conflicto entre la justicia federal y la llamada Junta Electoral Provincial, una nueva institución que tenía jurisdicción sobre la reorganización de los partidos en el ámbito del distrito. Dado que el peronismo participaba tanto del plano provincial como del nacional, el origen del litigio se encontraba en la superposición de competencias entre ambas instituciones. Si el proceso de reorganización de los partidos dispuesto por los militares dictaba que la justicia federal era la encargada de vigilar esta marcha, entre otras herramientas, a partir de la inclusión de un veedor judicial, la creación de una junta cuya función era precisamente

⁶³⁵ Aunque defendiendo estilos y posturas políticas muy diferentes, Victorio Calabró había sido elegido vicegobernador en 1973 compartiendo fórmula con Oscar Bidegain. Tras la renuncia forzada del último, asumiría la gobernación bonaerense.

⁶³⁶ Cordeu et al., *op.cit.*, 106.

⁶³⁷ Ferrari, Marcela: “Entre la reorganización y la derrota. El peronismo bonaerense en vísperas de las elecciones de 1983”. *Estudios Sociales*, n°37, año XIX, 2° semestre, 2009, pp.97-126.

velar por el reconocimiento y reorganización de los partidos en el distrito aseguraba que los roces no pudieran demorarse demasiado. Por supuesto, el choque entre ambas esferas iba más allá de lo meramente jurídico y alcanzaba lo plenamente político, ante todo porque la Junta, lejos de la neutralidad e independencia institucional, estaba infiltrada por los hombres de Herminio Iglesias.

El primer escollo entre esa justicia federal, encarnada en este episodio en el juez Héctor de la Serna⁶³⁸, y los tentáculos del herminismo estaría provocado por el hallazgo de numerosas irregularidades a la hora de confeccionar los padrones electorales del partido y la consiguiente remoción del veedor judicial, Herberto Fiore. La cuestión del padrón y de las fichas del partido tenían una importancia, claro está, que iba más allá de lo numérico y estadístico: expedir fichas suponía poder y control al interior de la institución, ya que, entre otros muchos aspectos, el número de afiliados definía el tamaño del congreso partidario, por lo que no debe extrañar que las denuncias de extravío de fichas o de afiliaciones no autorizadas se hicieran pronto numerosas⁶³⁹. La decisión por parte de Iglesias de encargar a una empresa privada la confección de los padrones sería poco después el detonante de una serie de impugnaciones fundamentadas en la opacidad de un proceso que ni siquiera había salido a concurso⁶⁴⁰.

Las protestas llegarían pronto a oídos de De la Serna quien decidiría, en consecuencia, la destitución de Fiore como veedor y su sustitución por Alicia Vincent Boineau, figura que tendrá su cuota de protagonismo en las próximas páginas. La remoción de Fiore no tendría, claro está, una buena acogida en la Junta reorganizadora del peronismo, quien acusó al juez federal de “sembrar la discordia entre los

⁶³⁸ El juez Hugo Gustavo de la Serna nació en 1926 en Catamarca, hijo de un militar de alto rango. Hizo carrera militar, pero fue dado de baja tras los enfrentamientos en los 60 entre los bandos *azules* y *colorados* del Ejército. Se recibió posteriormente como abogado y fue designado por la dictadura como juez federal electoral de la provincia de Buenos Aires. Durante el gobierno militar sería conocido por rechazar varios *habeas corpus* interpuestos por familiares de desaparecidos. Fue también conocido por dar cobertura legal a una quema de más de un millón de libros de la editorial CEAL en 1978.

⁶³⁹ En varios medios apareció la noticia de que figuras como Diego Guelar (vinculado a la CAJ) habían realizado un pedido de intervención al partido por las irregularidades en la confección de las fichas. Tal extremo sería posteriormente desmentido, pero Guelar no dejaría de denunciar la existencia de “demoras y deficiencias” en la elaboración de los padrones. *El Bimestre*, 8, 20/4/1983. En *Somos*, sin embargo, se especulaba que fue el propio Bittel el que frenó la propuesta de intervención, ya que podía provocar un problema mayúsculo en una fecha tan próxima a las elecciones. *Somos*, 29/4/1983.

⁶⁴⁰ *Somos*, 29/4/1983. En una nueva demostración de que el conflicto tenía más de político que de judicial y que las fronteras entre Buenos Aires y el nivel nacional eran permeables, Bittel, aliado de Iglesias desde los inicios de la dictadura, se reuniría con De la Serna en un intento por frenar la remoción de Fiore, pero las pruebas de la connivencia del veedor eran tan evidentes que su reemplazo resultó inevitable.

afiliados”⁶⁴¹, pero la tensión aumentaría todavía más cuando De la Serna resolvió anunciar el cronograma para la reorganización del partido, incluyendo en él la celebración, a mediados de agosto, de internas directas y simultáneas para cargos electivos y partidarios⁶⁴².

La idea de celebrar ambas elecciones a la vez podría parecer inocua y, de hecho, es posible que la intención del juez fuera únicamente la búsqueda de una mayor transparencia para el proceso, pero chocaba frontalmente contra los intereses del herminismo, atraído, dado su control mayoritario de las fichas de afiliados, por que fuera el congreso del partido, de forma indirecta, el encargado de designar a los distintos candidatos justicialistas⁶⁴³.

Frente al anuncio del juez, la Junta reorganizadora del peronismo, comandada por Manuel Quindimil⁶⁴⁴ y compuesta por otras figuras cercanas a Iglesias, reivindicaría la competencia absoluta de la provincial Junta electoral de Buenos Aires a la hora de decidir el propio cronograma electoral y apelaría el proyecto de De la Serna ante la Corte Suprema. Esta reclamación rendiría pronto sus frutos, ya que la Corte apartó al mencionado magistrado de cualquier competencia sobre las internas peronistas, por lo que éstas, finalmente, según el deseo del herminismo, quedarían desdobladas: el 14 de agosto se votaría a los congresales provinciales del partido, mientras que los comicios para cargos electivos se postergarían indefinidamente y no llegarían a celebrarse⁶⁴⁵.

Aparte de este desenlace concreto, este primer episodio muestra cuán de amplia e inextricable resultaba la imbricación entre lo nacional y lo provincial. El hecho revelaba asimismo la fortaleza que había adquirido el aparato herminista, que no sólo se había convertido en el referente ineludible al interior del partido, sino que manejaba palancas muy poderosas en ámbitos menos inmediatos al mismo como la justicia

⁶⁴¹ *El Bimestre*, 9, 16/6/1983.

⁶⁴² *Clarín*, 15/7/1983. Como muestra de que los aspectos judiciales eran sólo la fachada de un agudo conflicto político, las decisiones de De la Serna eran apoyadas por hombres como René Orsi, Lázaro Roca, Álvarez Echagüe o Diego Guelar, todos ellos opuestos a Iglesias, pero cada uno perteneciente a líneas muy distintas. Orsi, por ejemplo, era apoyado por la ortodoxa y nacionalista revista *Línea*, de José María Rosa; Roca era ultraverticalista, mientras que Álvarez Echagüe era respaldado por Convocatoria Peronista y había militado en los 70 en el izquierdista Partido Auténtico, lo que le convertía, por otra parte, en blanco fácil de las críticas herministas.

⁶⁴³ *Clarín*, 27/7/1983.

⁶⁴⁴ Manuel Quindimil había sido intendente de Lanús, al sur de Capital Federal, entre 1973 y 1976 y volvería a ocupar ese cargo nada menos que entre 1983 y 2007. Nacido en 1923, Quindimil iniciaría su carrera política durante el primer peronismo, vinculado a los sectores gremiales.

⁶⁴⁵ *Clarín*, 14/8/1983.

electoral. En ese momento, Miguel, Cafiero y Bittel todavía no eran quizás del todo conscientes del hecho, pero si un juez como De la Serna había tenido que replegarse ante la ofensiva de Iglesias, iba a ser muy complicado que éste resignara sus aspiraciones sin cobrarse una alta contrapartida.

La segunda fase de esta historia estaría protagonizada por la celebración de las citadas internas del 14 de agosto. Al igual que en otros ejemplos que mencionamos anteriormente, el sistema empleado en esas elecciones sería sumamente complejo, haciendo que sus resultados no se pudieran leer fácilmente ni en clave provincial ni nacional. Como se sabe, lo que estaba en juego era la composición del congreso partidario del distrito y, tanto antes de los comicios como después de ellos, las alianzas que se negociaban eran extremadamente volátiles e incluso contradictorias en cada localidad. En realidad, no existía una elección provincial propiamente dicha, ya que todo se resolvía a nivel municipal, en cada uno de los 125 partidos en los que estaba dividida la provincia. Desde esa instancia, además de votar a las distintas autoridades locales, se elegían también a los delegados al congreso del partido provincial. Si estos representantes ya contaban con un alto margen de maniobra en sus estrategias dentro del cónclave, el hecho de que ni siquiera muchas líneas hubieran hecho explícito a quién iban a apoyar en la carrera por la gobernación sólo podía aumentar la confusión y la incertidumbre⁶⁴⁶.

Si el sistema electoral podía resultar confuso, la concurrencia de hasta 400 listas a la liza (la mayoría, obviamente, sólo a nivel de distrito) no aportaba claridad al proceso. Simplificando la situación, finalmente, sólo cinco listas se presentaron en toda la provincia, tras lograr la representación en cinco de las ocho secciones electorales. La más importante de ellas, claro está, era la lista Azul de Herminio Iglesias, conformada de forma poco sorprendente (pero indicativa de cómo funcionaba todo al interior del partido) por los antiguos miembros de la antigua y teóricamente prescindente Junta reorganizadora, con Quindimil a la cabeza. Esta lista, con diferencia la más poderosa, todavía no se había decantado por ningún candidato a la presidencia, pero contaba, a nivel nacional, con el aval de las 62 Organizaciones y la CGT-Brasil.

⁶⁴⁶ *Clarín*, 13/8/1983. A su vez, este congreso provincial, conformado por unos 600 miembros, se encargaba del envío de 235 delegados al congreso nacional, institución finalmente responsable, como se sabe, de la unción del candidato presidencial.

La lista Azul y Blanca reunía a los hombres de Gestión y Enlace, la antigua Guardia de Hierro, junto con los partidarios de Manuel de Anchorena y varios sectores independientes del interior de la provincia. De carácter verticalista, sus miembros más importantes en la provincia eran Daniel Adrogué y Alberto Melón. La lista Amarilla la conformaba el antiverticalismo unido de Robledo y Matera, con el exministro de Interior Alberto Rocamora como figura principal, además del ya mencionado Diego Guelar. La lista Celeste era la del MUSO, que en Buenos Aires estaba encabezado por el sindicalista José Rodríguez y que, obviamente, velaba por los intereses de Cafiero. Próxima a ella se situaba, por último, la luderista lista Marrón, que incluía a Juan Carlos Gallego y a Evaristo Buezas. Más allá de estas cinco líneas se hallaban dos que no habían conseguido obtener color propio para las internas, pero que tenían una cierta gravitación en buena parte de la provincia: por un lado se encontraba Intransigencia y Movilización, que presentaba al histórico Andrés Framini como candidato a gobernador⁶⁴⁷ y que, aglutinando a los restos de la antigua Tendencia, se podría considerar la única línea con una clara diferencia ideológica respecto al resto. Alejada, precisamente, de ésta en el campo de la doctrina, se ubicaba la línea comandada por José Carmelo Amerise, próximo aliado circunstancial de Iglesias⁶⁴⁸, quien contaría con el apoyo del sindicalismo ortodoxo, antiguos contactos de Calabró y otros grupos independientes.

Como se puede observar, y como ocurría en el resto de provincias, salvo algunas evidentes excepciones que, pese a todo, sólo lograrían un resultado marginal, las diferencias entre las principales líneas pasaban más por aspiraciones personales e intereses tácticos que por profundas diferencias sobre lo que debía ser el partido. Como relatan Cordeu, Mercado y Sosa: “Las lealtades a tal o cual línea o dirigente variaban de la noche a la mañana. Así, se vieron en Avellaneda a militantes de Intransigencia y Movilización acordando con Guardia de Hierro, o en Morón a burócratas sindicales

⁶⁴⁷ Andrés Framini, adscrito en los años de la transición a Intransigencia y Movilización, había sido elegido como gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1962, pero no llegaría a ocupar el cargo, arrastrado por el golpe militar que derrocaría a Frondizi. Durante los años siguientes sería una de las principales figuras del sindicalismo combativo opuesto a Augusto Vandor.

⁶⁴⁸ José Carmelo Amerise tenía su plaza fuerte en la capital de la provincia, La Plata, y sus alrededores. De carácter muy diferente al de Iglesias y enfrentados en el pasado por pertenecer Herminio al ámbito vandorista, accedería sin embargo a compartir con él la fórmula para las elecciones a gobernador. A nivel nacional, Amerise apoyaba a Luder, pero curiosamente, uno de sus aliados principales eran los sectores de Guardia de Hierro, que, a su vez, rechazaban al exsenador.

buscando una negociación con gremialistas combativos⁶⁴⁹. Obviamente, los métodos y la agresividad de Iglesias no estaban bien considerados por la mayoría de sus compañeros, pero, ante el poderío de su figura, las críticas no llegaban nunca a cruzar la línea roja de romper el diálogo.

Como no podía ser de otra manera, dado el sistema empleado, las internas bonaerenses del 14 de agosto no resultaron concluyentes a la hora de determinar quién sería el candidato a gobernador y quién controlaría las riendas del partido⁶⁵⁰. Resultaba obvio que Iglesias había obtenido un gran respaldo en votos e incluso sus allegados hablaban de contar con el apoyo de más de 300 congresales, pero, por ejemplo, también Anchorena decía contar con una adhesión mayoritaria y hasta el día del cónclave era imposible determinar sus respectivas bases con exactitud⁶⁵¹.

Pese a esa posible división, Anchorena no era un rival antagónico para Iglesias, sino que sólo aspiraba a ocupar una posición de fuerza para negociar con él: pese a sus deseos de llegar a la gobernación, pronto llegaría a un acuerdo con el herminismo a cambio de ocupar un puesto en la lista de senadores⁶⁵². Sin embargo, muy al contrario, ni siquiera así el panorama iba a quedar completamente despejado para Iglesias. De hecho, pronto la situación se polarizaría entre las figuras del caudillo de Avellaneda y la de un Cafiero que a esa altura ya era plenamente consciente de sus pocas cartas para optar por la presidencia y que comenzaba así a volcar sus esfuerzos hacia Buenos Aires. Como consecuencia, hombres como Framini o Lázaro Roca se apartarían de la carrera por la gobernación y cederían su apoyo a una de los dos únicos contendientes con posibilidades reales. Si todo fluía por los cauces ordinarios, el congreso provincial

⁶⁴⁹ Cordeu et al., *op.cit.*, p.109.

⁶⁵⁰ Por lo demás, las elecciones en sí se llevaron a cabo con normalidad. Pese a todo, aunque no existió la polémica de otras provincias, como consecuencia de los problemas con las afiliaciones se vivieron episodios muy curiosos, como que el propio Cafiero trató de buscarse en el padrón electoral y no se encontró. *Clarín*, 15/8/1983. En Bahía Blanca, por ejemplo, las elecciones debieron celebrarse de nuevo ya que la perdedora lista herminista local impugnó el resultado.

⁶⁵¹ Manuel de Anchorena, estanciero, aglutinaba a los sectores más conservadores del partido y en los años 70 había sido embajador en Gran Bretaña, tras una conflictiva relación con Perón. Había sido también precandidato a la gobernación bonaerense en 1972, pero fue apartado de la carrera cuando Perón decidió que Bidegain debía ocupar ese puesto. *Clarín*, 25/8/1983. Quizá por ello se consideraba legitimado para optar por la misma posición una década más tarde. En sus propias palabras: “ello me corresponde por antecedentes, ya que en 1972 fui candidato a gobernador por esa provincia y luego, ante la frustrada intervención del camporismo, Perón me designó en Londres como embajador”, *La Voz del Interior*, 19/8/1983.

⁶⁵² De hecho, en el pasado, Anchorena e Iglesias habían sido aliados, por lo que la estrategia del primero pasaba por intentar derrotarle en las urnas y, si el resultado electoral le era desfavorable o poco concluyente, como era el caso, tratar de conseguir un pacto favorable. *Clarín*, 13/8/1983.

resolvería a las pocas semanas la gran intriga sobre quién sería el candidato bonaerense y, casi por efecto dominó, la fórmula para la presidencia. Pero ambas cuestiones resultaban tan cruciales para el futuro del peronismo que resultaba poco plausible que todo discurriera por los carriles convencionales sin ninguna influencia o interferencia exterior.

3.5 La resolución de la interna peronista

El calendario se acercaba peligrosamente a septiembre y el justicialismo continuaba sin candidatos ni para la presidencia ni para la gobernación de la provincia más importante. El peronismo contaba con la confianza de haber ganado sin apuros en todas las elecciones presidenciales a las que se había podido presentar, pero el radicalismo ya tenía solucionado el tema de la fórmula presidencial desde comienzos de agosto y no parecía muy recomendable otorgarle una ventaja tal a un rival que, para incredulidad de muchos, superaba al justicialismo en la mayoría de las encuestas de intención de voto⁶⁵³.

Pese a todo el suspense y pese a que nadie quería resignar sus plazas, los principales líderes del peronismo tenían ya muy consensuada la resolución del problema. Para Bittel, a esa altura de fines de agosto, “la cosa está bastante clara”, ya que Luder “es el candidato que tiene más probabilidades de éxito”⁶⁵⁴. Tanto el vicepresidente del partido como Miguel y el propio Luder habían concluido que la fórmula debía ser la conformada por Luder y Bittel, dejando para Buenos Aires un candidato de lujo como era Cafiero y concediendo a Iglesias un puesto de senador o la jefatura del partido bonaerense⁶⁵⁵. El escollo para esta solución era, no obstante, que ninguno de ellos pretendía apearse de sus aspiraciones. Cafiero declarararía al efecto que “ubicarme a mí en la provincia de Buenos Aires es hacerme asumir un rol que yo no estoy dispuesto a

⁶⁵³ Como veremos en el próximo apartado, numerosas encuestas daban una ventaja decisiva a la UCR, aunque eran pocos los que les otorgaban credibilidad. *El Bimestre*, 11, 13/10/1983.

⁶⁵⁴ *Clarín*, 22/8/1983.

⁶⁵⁵ Estamos observando toda esta puja como un asunto eminentemente interno, pero no se debe olvidar que el objetivo último era seleccionar un candidato que resultara más atractivo al electorado general de la provincia que el presentado por la UCR, partido que a principios de agosto se decidió por el poco conocido Alejandro Arméndariz. Iglesias podía desenvolverse como pez en el agua en la conflictividad interna, pero los propios peronistas contaban con informes de que su selección podía arrebatar muchos votos al partido, especialmente entre el electorado independiente.

aceptar”⁶⁵⁶. Iglesias, por su parte, también se mostraba molesto por lo que consideraba una injerencia externa en un coto que tanto le había costado moldear: “Cafiero quiere ser todo; quiere ser presidente, gobernador, senador, intendente de la capital federal y hasta concejal”⁶⁵⁷.

Una nueva cumbre, el 22 de agosto en el teatro Lola Membrives trató de dar una solución definitiva a la cuestión. Apartados en una de las salas más discretas del recinto, los cinco hombres más importantes del peronismo del momento (Miguel, Bittel, Cafiero, Iglesias y Luder) discutieron y negociaron en una sesión no carente de tensión⁶⁵⁸. Durante las conversaciones, todos ellos eran conscientes de los puntos fuertes y débiles propios y ajenos. Posiblemente, a excepción de Iglesias, que en esa coyuntura contaba con las cartas necesarias para no tener que colaborar con nadie, el resto de actores implicados tenían mucho que perder de no conseguir un acuerdo. Lorenzo Miguel era sobradamente sabedor de que su lugar estaba lejos de los focos del escenario, pero sabía también que la decisión final iba a salir de su boca: el peso del sindicalismo era demasiado grande como para que alguien pudiera levantarlo sin su apoyo. Luder había apostado desde un primer momento por no bajar a la arena de la lucha interna y parecía que había acertado con su estrategia contemporizadora. Su debilidad, y al mismo tiempo, su fortaleza, era no contar con un aparato propio: no podía volcar la última palabra a su favor, pero tampoco lo necesitaba, dada la inercia que habían tomado las internas. Bittel, que había alcanzado un inesperado vuelo en los últimos años y había llegado a coquetear con la idea presidencial, sabía que su puesto era el segundo lugar en la fórmula que compartiría con Luder. El hecho de tener lazos personales tanto con Iglesias como con Cafiero le convertía además en una bisagra esencial para moderar un enfrentamiento que podía dar al traste con la campaña justicialista. Cafiero, por su parte, aún pugnaba en público por la presidencia y pensaba que contaba con el tiempo a su favor: se sabía tan importante que confiaba en disponer, como mínimo, de la salida bonaerense. Iglesias, por último, se sentía avalado tanto por Miguel como por Bittel. Para reasegurar aún más su posición, en Buenos Aires había pactado tanto con Dios (como con monseñor Plaza) como con el diablo (el general

⁶⁵⁶ *Clarín*, 15/6/1983.

⁶⁵⁷ *La Voz del Interior*, 25/8/1983.

⁶⁵⁸ Aunque no fueron partícipes de la reunión reservada entre los cinco referentes principales, también estuvieron presentes en el teatro otras figuras como Menem, Ruckauf, Grosso, Unamuno o Spadone, que, a fin de cuentas, era el propietario del recinto. *El Bimestre*, 10, 23/8/1983.

Verplaetsen) con tal de asegurar su posición, pese a no prever que ese tipo de aliados pronto se convertirían más en un lastre que en una ventaja.

Si la intención de la cumbre era alcanzar algún tipo de compromiso que contentara a todos, incluso pasando por una fórmula Cafiero-Iglesias para Buenos Aires, el desenlace resultó ser un absoluto fracaso. Pese a la voluntad de solucionar el problema, hasta el propio Miguel debió ceder ante el enrocamiento de un Iglesias que había alcanzado demasiada autonomía como para plegarse sin más. A fin de cuentas, entre los aliados de Herminio se encontraban sindicalistas poderosos como Diego Ibáñez o Rodolfo Ponce⁶⁵⁹, que si eran molestados podían incluso a llegar a discutir la posición de Miguel.

Sin embargo, la tensa reunión no se celebró totalmente en vano. Si algo había quedado patente en la cumbre era que las opciones de Cafiero de formar parte de la fórmula presidencial eran totalmente nulas. Aunque fuera una decisión cantada desde hacía semanas, ello resolvía finalmente la cuestión nacional, quedando así conformada la candidatura de Luder y Bittel. No obstante, como en un sistema de vasos comunicantes, esta solución encarnizaba todavía más, por el contrario, la lucha en Buenos Aires: bloqueado en su primera opción y sintiéndose traicionado por el escaso apoyo de sus teóricos aliados Bittel y Miguel, Cafiero aceptaría por fin de manera pública su deseo de ser candidato a gobernador de Buenos Aires a fines de agosto⁶⁶⁰.

El congreso provincial bonaerense, que debía celebrarse apenas dos días después del anuncio cafierista, sería, por tanto, el encargado de resolver por fin una polémica que se estaba extendiendo peligrosamente y que, ahora sí, polarizaba completamente el distrito⁶⁶¹. Tanto Iglesias como Cafiero decían contar con el apoyo de más de 400 delgados, algo que se antojaba imposible teniendo en cuenta que no había más que 667

⁶⁵⁹ Rodolfo Ponce pertenecía al gremio de elevadores de granos y había sido diputado nacional en los 70. Fuerte en Bahía Blanca, su cercanía a la extrema derecha, a la Triple A (de la que participó de forma directa) y a la represión durante el tercer gobierno peronista no lo hacía especialmente popular.

⁶⁶⁰ La aceptación de la candidatura a gobernador por parte de Cafiero tuvo lugar en un acto realizado junto al resto de sus partidarios en el porteño hotel Colón. *Clarín*, 24/8/1983.

⁶⁶¹ A partir de la postulación de Cafiero la carrera derivó en una escalada verbal desconocida hasta ese momento. En un tiro por elevación a Cafiero, al que apoyaba, Imbelloni, escudero de Iglesias, llegaría a relacionar a Carlos Grosso con la izquierda revolucionaria: “Antes, estos grupos asaltaban camiones y entregaban la mercancía a los villeros, pero ahora no hace falta, porque se los facilitaba un representante de Firmenich en la Argentina como es Carlos Grosso”. *La Voz del Interior*, 29/8/1983. También desde el campo cafierista se criticaba con dureza: “Nosotros que hemos luchado contra la dictadura militar, también vamos a luchar contra la dictadura de adentro y vamos a desterrar los métodos de violencia entre peronistas y no peronistas”. *La Voz del Interior*, 30/8/1983.

congresales. La resolución del conflicto, por tanto, pasaría en principio por el recuento de votos de delegados para uno u otro candidato. Sin embargo, aunque esa fuera la teoría, la práctica en el justicialismo siempre se muestra mucho más enrevesada, más todavía cuando tanto estaba en juego y uno de los jugadores era Herminio Iglesias.

Efectivamente, el congreso bonaerense, que empezó a sesionar el 25 de agosto en el club Gimnasia y Esgrima de La Plata y que además de elegir la fórmula para las elecciones debía tratar la reforma de la carta orgánica, degeneró pronto en un gran caos en el que no faltaron “escenas de pugilato” y “un herido de bala en las inmediaciones”⁶⁶².

En un clima sumamente pesado, los herministas se harían pronto con el control del cónclave, no siempre apelando a las buenas artes. Ya en la entrega de diplomas, Manuel Torres, antiguo aliado de Iglesias, pero que ahora se presentaba completando la fórmula cafierista, fue increpado con silbidos y gritos de traidor⁶⁶³. Tras comprobar la asistencia de 648 congresales, el juez federal De la Serna abandonó el recinto, en un confuso episodio, quedando la labor fiscalizadora del acto en manos de la veedora Alicia Vincent Boineau, quien, como veremos, no se demostró excesivamente contrariada por los excesos que se iban a cometer en la reunión. A continuación, Norberto Imbelloni, mano derecha de Iglesias, sería elegido por aclamación y sin posibilidad de discusión como presidente provisional del congreso. Pero la gota que colmaría finalmente el vaso sería que el nuevo presidente permitiera la entrada en el recinto de unos 500 simpatizantes iglesistas, que empezaron a abuchear y a amedrentar a los seguidores cafieristas⁶⁶⁴. Éstos, más de 200, se retirarían en masa y marcharían al también platense hotel Corregidor, desde donde iniciaron la celebración de un evento paralelo⁶⁶⁵.

Pese a la marcha de un tercio de los delegados, el congreso en Gimnasia y Esgrima continuó sus sesiones. Lógicamente, ya sin apenas partidarios de Cafiero,

⁶⁶² *La Voz*, 25/8/1983.

⁶⁶³ *La Voz del Interior*, 26/8/1983.

⁶⁶⁴ Si bien De la Serna y la policía habían prometido que el club donde se iba a realizar el congreso estaría fuertemente vigilado para impedir la presencia de personas ajenas al mismo, a la hora de la verdad, las barras herministas accedieron al recinto con total facilidad. Pese a no haber pruebas, ello parece sugerir la connivencia entre Iglesias y el jefe de la policía provincial Verplaetsen.

⁶⁶⁵ *Clarín*, 26/8/1983. El asesor legal de Cafiero afirmó que “no se cumplió ninguno de los recaudos mínimos exigidos para estos eventos. No hubo libertad para hacer uso de la palabra ni garantías para participar debido a la presencia y las amenazas de los grupos armados que ingresaron al recinto de las deliberaciones”. *Clarín*, 27/8/1983.

Herminio sería refrendado como jefe del partido provincial y la fórmula Iglesias-Amerise arrasaría en la votación con 402 votos por los 15 de una fórmula Cafiero-Torres, que, pese a todo, había sido oficializada.

Aunque los caferistas podían aducir cierta legitimidad moral tras los tumultos acontecidos en el congreso, su situación resultaba cada vez más precaria. Pese a no contar con el quórum necesario, ya que su número rondaba los 220 delegados, decidieron continuar su reunión paralela en un hotel de la Capital, para discutir cómo apelar y anular las decisiones tomadas por el cónclave herminista. Sin embargo, la vía judicial se antojaba poco prometedora: tras la votación, la veedora afirmó que “hasta el momento, legalmente, no existe ninguna causa para impugnar el congreso, porque se ha desarrollado con normalidad jurídica”⁶⁶⁶. El tiempo tampoco contaba a su favor: el 10 de septiembre expiraba el plazo para oficializar las listas de candidatos, por lo que el congreso nacional debía, obviamente, realizarse antes de esa fecha y el enquistamiento judicial de la cuestión bonaerense sólo podía llevar a apurar excesivamente los tiempos.

La solución a esta división tendría tanto una pata jurídica como una política. Hastiados de la pelea y preocupados por los plazos, los barones del justicialismo convocaron una nueva cumbre en la sede de la UOM, es decir, en terreno propio de Lorenzo Miguel, para el 30 de agosto⁶⁶⁷. La larga cumbre a la que, además del quinteto habitual, también asistieron Donaires, Ponce e Ibáñez por parte de Iglesias y García y Rodríguez por el caferismo⁶⁶⁸ convalidó lo actuado en La Plata y ratificó la fórmula Iglesias-Amerise, por lo que la solución política quedó así rápidamente vedada para Cafiero⁶⁶⁹. Tampoco la vía judicial le depararía muchas más alegrías. En un primer momento, De la Serna había tomado la decisión de “no innovar”, conclusión que unos habían interpretado como que había que volver a realizar todo lo actuado y otros como que el congreso (herminista) podía continuar. Pero, no mucho tiempo después, De la

⁶⁶⁶ *Clarín*, 26/8/1983.

⁶⁶⁷ *Somos*, 364, 9/9/1983.

⁶⁶⁸ *Clarín*, 31/8/1983.

⁶⁶⁹ Aunque en la reunión se ofreció a los caferistas mejores puestos en la lista de diputados a cambio de resignar la candidatura a la gobernación, la propuesta no fue considerada por éstos, que en los días siguientes avivarían el conflicto amenazando con presentarse en un frente electoral ajeno al partido. *Clarín*, 1/9/1983.

Serna rechazaría la impugnación de los cafieristas, avalando de esta manera las decisiones del cónclave que en ese momento se celebraba en Lanús⁶⁷⁰.

Cuando Cafiero, consciente de que actuar de otra forma ponía en peligro las aspiraciones electorales del peronismo, decidió no apelar la conclusión del juez, Iglesias pudo por fin saborear un triunfo completo. Sus objetivos de máxima en la interna se habían conseguido sobradamente, ya que no sólo obtuvo la candidatura a la gobernación, sino que además el congreso reformó la carta orgánica para lograr que el resto de cargos electivos fueran también nominados de forma indirecta⁶⁷¹. Según el previo reglamento electoral del peronismo bonaerense, los candidatos municipales, provinciales y legislativos debían ser seleccionados por el voto directo de los afiliados, pero gracias a la mayoría cualificada del congreso herminista se consiguió que fuera esta institución la encargada de conformar las listas finales. Así, serían nominados candidatos a senadores por Buenos Aires dos aliados clave de Iglesias como eran Rubén Sárboli y Anchorena, mientras que la lista de diputados nacionales quedó trufada de herministas y hombres procedentes del sindicalismo⁶⁷², reflejando sin claroscuros quién había resultado el vencedor.

El desenlace de la interna bonaerense, donde el ganador se llevó todo y apenas quedó nada para el sector perdedor, dejó varias conclusiones. En primer lugar, que la figura de Iglesias había crecido lo suficiente como para imponerse incluso a los deseos de las figuras más importantes del partido a nivel nacional. Fuera por la debilidad de éstas o por la obstinación de Iglesias en competir por la gobernación, el episodio plantea nuevas perspectivas a la hora de evaluar la relación entre el nivel nacional y el provincial en la política peronista. Este capítulo también es elocuente a la hora de describir al justicialismo como un partido escasamente institucionalizado. Que una figura violenta y sin mayores talentos que la lealtad como Herminio Iglesias hubiera alcanzado la cúspide partidaria en la provincia más importante del país no hablaba demasiado bien de los

⁶⁷⁰ *El Bimestre*, 11, 1/9/1983.

⁶⁷¹ Para la reforma de la carta orgánica era necesario el voto afirmativo de dos tercios de los congresales. En un primer momento, el congreso herminista de Lanús no contaba con ese número (aunque pese a ello intentaron aprobar los cambios deseado), pero no debemos entender los dos congresos paralelos como formaciones consolidadas y estancas. Hubo líneas que aportaron delegados a uno y otro cónclave, tanto para salvarse las espaldas como para tener conocimiento de primera mano de ambos. Los trasvases entre uno y otro fueron numerosos, especialmente cuando se empezaron a sentir las escasas posibilidades del éxito cafierista.

⁶⁷² En los primeros 42 puestos de la lista de diputados, 13 eran figuras vinculadas directamente a Iglesias; otros 13 a las 62 y tres al sindicalismo de Gestión y Enlace. *Somos*, 364, 9/9/1983.

controles de la selección de elites en el partido. Por otra parte, pero apuntando en la misma dirección, a pesar de lo que pudiera aducir la letra de la carta orgánica, las reuniones informales y las acciones más allá de la ley tuvieron un peso mucho más decisivo a la hora de escribir el final de esta historia, como había ocurrido en otros avatares de la interna justicialista. Por supuesto, todas estas debilidades y malas acciones en el partido no se pueden achacar exclusivamente a Iglesias: también al cafierismo, comenzando por su llegada a la interna en el último momento, se le puede culpar de muchas de las deficiencias de la institución; pero su condición victimal en esta historia, unido a la excesiva agresividad mostrada por los herministas, le liberaría de gran parte de la responsabilidad.

Valoraciones al margen, lo cierto es que todo este episodio había concluido dejando a Iglesias como neto ganador. No obstante, la intensa interna bonaerense no constituiría un episodio estanco y dejaría secuelas que se sentirían en el futuro del partido. El enfrentamiento entre Cafiero e Iglesias será uno de los principales focos de atención en la próxima pugna entre ortodoxos y renovadores, pero no será necesario esperar tanto tiempo para observar la extensión del incendio: las consecuencias de un conflicto con unas aristas tan violentas se podrán observar inmediatamente en los resultados de las propias elecciones provinciales.

Antes de llegar a ese final, mientras todo se resolvía en la provincia de Buenos Aires, también la interna nacional iba dando sus últimos coletazos. El 3 de septiembre, de nuevo en el teatro Lola Membrives, se realizaría la primera convocatoria del congreso nacional del partido, pero, dado que los delegados bonaerenses no podían acudir al mismo por orden judicial, la reunión se suspendería por dos días⁶⁷³. Incluso sin los 235 congresales de la provincia, el cónclave alcanzaba el quórum necesario para sesionar sin problemas, pero las decisiones que podía tomar un encuentro con la baja de un tercio de sus componentes, pertenecientes además al distrito más importante del país, podían adolecer de una falta de legitimidad. Aunque resultara sorprendente, su ausencia podía, además, influir sobre los nombres de una fórmula presidencial que, por lo demás, parecía cantada⁶⁷⁴: con la totalidad de los votos, la nominación de Bittel a la candidatura

⁶⁷³ *El Bimestre*, 11, 4/9/1983.

⁶⁷⁴ Antes del congreso eran 13 los distritos provinciales que apoyaban la fórmula Luder-Bittel. En cinco de ellos (Tierra del Fuego, Santa Cruz, La Pampa, La Rioja y Santiago del Estero) se defendía la postulación de Luder, pero no la de Bittel. En Catamarca y Santa Fe no había definición clara, mientras

por la vicepresidencia era casi segura, pero sin los representantes de Buenos Aires, las opciones de hombres como Menem, aliado ahora con los sectores isabelinos y con varias figuras del interior, aumentaban considerablemente⁶⁷⁵.

Cuando por fin llegó la resolución judicial que levantaba las dudas sobre el congreso bonaerense, la reunión nacional pudo desarrollarse sin más contratiempos y, en esencia, sin mayores sorpresas, ya que sus resultados arrojarían un nuevo triunfo de las posiciones de Miguel. La fórmula Luder-Bittel fue aprobada de manera aplastante⁶⁷⁶ y en la nueva conducción del partido se dejó sentir claramente el peso del sindicalismo: se eligió de nuevo a Isabel como presidente de la institución, aunque la designación sólo tuviera un carácter simbólico, mientras que Miguel oficializaría su peso ocupando la clave vicepresidencia primera, con Quindimil como secretario político⁶⁷⁷.

Concluía de esa manera casi previsible la compleja interna peronista para las elecciones de 1983. Las lecturas que se pudieron extraer de Buenos Aires son prácticamente extrapolables al caso nacional: la preponderancia de los sectores del sindicalismo ortodoxo había resultado preponderante, cuando no aplastante y, en esa coyuntura, se podían considerar, a todas luces, como los verdaderos herederos de Perón. A pesar de su división, de la represión militar y de que, poco a poco, el partido en sí se estaba convirtiendo en algo más que en una herramienta electoral, nunca hasta entonces el peso del sindicalismo había sido tan evidente en el justicialismo: no sólo controlaba la dirección del partido y ejercía su padrinazgo sobre la fórmula presidencial, sino que las listas de diputados y senadores nacionales estaban repletas en sus primeros puestos de

que en Corrientes y Jujuy se rechazaba tanto a Luder como a Bittel. Quedaba irresuelta la situación tanto en Buenos Aires como en Salta, que llegaría a mandar al congreso dos delegaciones, la de Roberto Romero y la del congreso paralelo de Carlos Caro.

⁶⁷⁵ El isabelismo tuvo poca incidencia durante la interna peronista y apenas obtuvo recompensa de ella. Su última oportunidad era conseguir un lugar en el segundo puesto de la fórmula. De hecho, tratarían de suspender el congreso durante una semana, con la idea de que Isabel pudiera estar presente en él, pero la idea fue rápidamente rechazada por el resto de congresales. La negativa provocaría la retirada de hombres como Martiarena o Romero y habla de la valoración que se tenía de quien, con la ley en la mano, era la presidente del partido: todos estuvieron de acuerdo en que su presencia sería una buena idea, pero a la gran mayoría le pareció peligroso postergar las decisiones por una cuestión que les parecía más simbólica que sustantiva. También había cuestiones más terrenales en el rechazo: para muchos hombres del interior resultaba engorroso permanecer tantos días en la Capital. Menem, siempre con un gran olfato táctico, se alió con los ultraverticalistas para intentar alcanzar esa vicepresidencia, a los que sumaría el apoyo de la Liga de exgobernadores justicialistas.

⁶⁷⁶ Luder obtendría 591 votos a favor, por 14 en blanco; mientras que la opción por Bittel se llevaría 587 a favor y 18 en blanco. *Somos*, 364, 9/9/1983.

⁶⁷⁷ *Clarín*, 6/9/1983. En el Consejo Nacional sería elegido como vicepresidente segundo el santiagueño Carlos Juárez, que podía ser considerado como el hombre más allegado a Luder en esa institución. Como secretario político sería nominado Carlos Spadone y como secretario de prensa, Rodolfo Ponce.

hombres vinculados a Las 62, como vimos en los casos de Capital Federal y Buenos Aires.

Con cierta exageración, Martín Prieto expresaba así la visible hegemonía sindical: “Con Herminio Iglesias como candidato a la gobernación de Buenos Aires, se estima que, por primera vez en la historia de las relaciones políticas, un sindicato ha secuestrado al partido del que procede”⁶⁷⁸. No obstante, debemos ser muy cautos a la hora de no confundir esta preponderancia sindical con una laborización del partido a la manera inglesa. Aunque la fuente de su poder estuviera en los sindicatos, Miguel y Las 62 actuaban en los hechos más bien como una línea interna política más, funcionando como el factor de decisión e influencia más importante del partido. Como bien recordaba Vicente Palermo: “Aun la hegemonía sindical resultante de la interna fue más consecuencia de una puja en la atmósfera enrarecida de los aparatos que una efectiva “laborización” del peronismo y su constitución como expresión política de las organizaciones sindicales”⁶⁷⁹. Esta situación ilustra claramente la complejidad del conglomerado peronista, donde partido, sindicato y movimiento se entremezclaban sin poder definirse netamente las fronteras de cada uno.

Miguel, obviamente, se mostraba bastante moderado en sus declaraciones al ser preguntado sobre su rol en la reorganización del partido: “mis deseos son favorecer la normalización y democratización del partido y del movimiento y no intervenir en la lucha interna”⁶⁸⁰. Pero los hechos hablaban elocuentemente en otro sentido y eran varios los que, dentro del peronismo, veían con preocupación ese avance sindical. Varias figuras sostenían que esa preponderancia sobre la esfera política podía ser contraproducente en una coyuntura en la que se trataba precisamente de pasar página a un pasado caracterizado por la fuerza de las corporaciones. Su opinión, sin embargo, será silenciada precisamente por ese dominio de los hombres de Miguel sobre cada palanca de poder en el movimiento y por la propia vorágine y velocidad de la campaña que se avecinaba. El tiempo, pese a todo, daría la razón a quienes expresaron estas preocupaciones: como se verá en el apartado siguiente, la hegemonía sindical y su escasa atención a las prácticas democráticas será un punto débil del justicialismo en el que incidirá el candidato radical Alfonsín.

⁶⁷⁸ *El País*, 7/9/1983.

⁶⁷⁹ Palermo, *Democracia interna en... op.cit.*, p.85

⁶⁸⁰ *El Bimestre*, 11, 8/9/1983.

Vinculado a ello, se debe subrayar nuevamente, acerca de este final de la interna, la importancia de lo informal y de la escasa institucionalización de un partido que, para colmo, estaba huérfano de su histórico líder y factótum. Aunque fue el congreso nacional el que convalidaría de forma oficial y en última instancia los componentes de la fórmula presidencial y pese a que, en teoría, todo era producto de un proceso de democracia interna desde las bases, los nombres de Luder y Bittel estaban decididos desde mucho tiempo atrás y habían sido resueltos en esas reuniones cumbre que hemos relatado. Es cierto que las distintas internas en cada provincia fueron perfilando los contornos de los elegidos, dejando a varios aspirantes sin opciones legítimas, pero dado que el sistema de selección de candidato era indirecto resulta interesante pensar hasta qué punto llegaba la democracia interna en el partido y, contrafácticamente, qué hubiera pasado si hubiera sido necesario aplicar todo el peso del sindicalismo en el caso de que las internas hubiesen discurrido en contra de sus intereses.

En todo caso, en lo que podían estar de acuerdo todos los peronistas, de cualquier línea o facción, era que las internas habían resultado extenuantes y habían abierto heridas que, pese a todos los llamados a la unidad, no podían cicatrizar en apenas dos meses. En medio de ese gran desgaste, el problema principal para el peronismo era que, tras la carrera por las candidaturas, comenzaba, sin descanso, la carrera por la presidencia y ésta tenía una lógica y unas características muy distintas: para empezar, la salida se tomaba con una gran desventaja y, por si fuera poco, la UCR, que siempre se había comportado como una tortuga parecía estar transformándose, sin que nadie lo advirtiera, en una liebre.

3.6 La campaña justicialista: la preparación de un fracaso

La metáfora que asimilaba al peronismo con un elefante que, una vez puesto en marcha, resultaba imparable fue utilizada a menudo durante la campaña electoral de 1983⁶⁸¹. Era cierto que, tras la interna y con mucho retraso, el justicialismo había iniciado su andadura, pero, más que a un elefante, se asemejaba a una manada

⁶⁸¹ El propio Iglesias afirmaría que “el elefante blanco que representa el peronismo ya se levantó y su avance es arrollador. Es como una topadora que avanza hacia las próximas elecciones para juntar los diez millones de votos con los que triunfará el peronismo”. *El Bimestre*, 11, 2/10/1983.

descontrolada de ellos, donde cada parte avanzaba hacia una dirección sin coordinación con el resto.

La campaña de la que fue la primera derrota electoral del peronismo en unos comicios presidenciales estuvo signada, ante todo, por la desorganización, la falta de un principio rector que englobara a todos sus protagonistas, la apelación recurrente a desfasados símbolos nostálgicos y, como venía ocurriendo desde los inicios de la transición, por la pérdida de iniciativa respecto a la UCR. Mientras que Alfonsín protagonizó una campaña prolija, con unos objetivos claros y unos modos de comunicación acordes con ellos, en el justicialismo encontraremos una situación que prácticamente suponía su imagen en negativo, con distintos líderes pujando por el espacio central y recurriendo a estilos y discursos muy a menudo en confrontación. Las conflictivas inercias de una interna mal resuelta tendrán también consecuencias funestas ahora, cuando faltaba el líder y más que nunca el partido debía dar una nítida imagen de unidad y orden. A todo ello habrá que añadir factores menos inmediatos, como la miopía de unos dirigentes que no supieron leer los drásticos cambios que se habían producido en el país durante los años del *Proceso* y que continuaron acudiendo a unas fórmulas quizá exitosas en el pasado, pero inútiles o incluso perniciosas en esta ocasión.

Como señalamos en el inicio de este capítulo, resultaría simplista reducir la campaña de 1983 a la quema del ataúd por parte de Herminio Iglesias, por mucho que tal acción pudiese amedrentar a numerosos votantes indecisos. Sería igualmente reduccionista afirmar que la derrota justicialista se produjo exclusivamente por una campaña mal gestionada, pero en las páginas siguientes trataremos de mostrar que, de ningún modo, ésta ayudó a revertir un resultado que, sorprendentemente, las distintas encuestas ya anunciaban como adverso.

A partir del cuadro de situación expuesto se desarrollaron los hechos concretos de la campaña proselitista del justicialismo. Ésta arrancararía, por fin, en Santiago del Estero, apenas un mes y medio antes de la fecha de los comicios. El inicio en un lugar tan excéntrico, más allá de la retórica federalista que se esgrimió para justificarlo, se podía explicar como un gesto de reconocimiento a la lealtad del caudillo local Carlos Juárez, quien había sido el primero en hacer público su apoyo a la candidatura de

Luder⁶⁸². El pequeño acto celebrado en la cancha de Central Córdoba no pasará precisamente a la historia del partido, entre otras razones, porque en medio del mismo se desataría un fuerte aguacero y el candidato presidencial apenas tuvo tiempo para hablar, pero ofreció algunas pistas que, conociendo el posterior desarrollo de los hechos, se convertirían en pautas de lo que iba a ser la campaña.

Empezando, por ejemplo, por el modesto número de asistentes al mismo, que se situó en torno a los 10.000 participantes. Es cierto que el tiempo no acompañó durante la celebración del evento y que no se pueden comparar las cifras de la Capital con las de una ciudad de provincias, pero el peronismo se habituó en esas primeras semanas de la campaña a no arrastrar apoyos masivos a sus actos. En los discursos en Bahía Blanca (Buenos Aires) y Comodoro Rivadavia (Chubut), en los días siguientes, ni siquiera se alcanzaría esa cifra de 10.000 espectadores. Más preocupante, quizás, resultaba el hecho de que, además, el radicalismo, que siempre había preferido otras formas de comunicación política, había decidido, de la mano de Alfonsín, disputar al peronismo la presencia pública e iba obteniendo números muy similares en sus actos. Dispuesto a cuestionar todos los mitos sobre los que descansaba la política argentina, el candidato radical echaría por tierra la creencia de que la calle pertenecía exclusivamente al justicialismo, superando cualquier expectativa cuando consiguió abarrotar la porteña cancha de Ferrocarril Oeste en uno de los eventos más recordados de la campaña radical⁶⁸³. Como veremos a continuación, el exitoso acto en Ferro marcaría un antes y un después en la propia campaña peronista y se convertiría en uno de los primeros indicadores de que no iban a ser unas elecciones fáciles para este partido.

En segundo lugar, no deja de ser sintomático que en el arranque de la campaña no estuviera presente la figura del candidato a la vicepresidencia, Deolindo Bittel. Su ausencia, sin embargo, no se debió a ningún contratiempo personal, sino que se explicaba principalmente por la antigua y conocida enemistad que se profesaban mutuamente el chaqueño y Juárez, hecho que confirmaba que los viejos recelos entre

⁶⁸² Como ya se ha mencionado en otras notas, Luder y Juárez mantenían una buena relación personal desde los primeros tiempos del peronismo, periodo en el que ambos fueron compañeros en la Asamblea constituyente de 1949.

⁶⁸³ Hasta ese momento, 30 de septiembre, no se había concebido que Alfonsín pudiera protagonizar un acto masivo en una cancha. Por el contrario, el acto radical resultó ser un completo éxito pese a que ese día se convocó un imprevisto y oportuno paro de transportes. Este éxito convenció a la totalidad del peronismo de que iba a ser necesario emplearse a fondo en la carrera para superar a Alfonsín.

ambos no habían sido superados. Lo más interesante a nivel general, no obstante, es que la situación que se daba entre estas dos figuras se podía trasladar a muchos otros casos, en los que se mezclaban ahora viejas heridas y nuevas disputas creadas al calor de la interna.

Luder, que precisamente había obtenido la candidatura a la presidencia apostando por una estrategia que pasaba por evitar el desgaste de las descalificaciones, trató de paliar el problema invitando a sus antiguos rivales internos a sus actos. Así, por ejemplo, se lo pudo ver acompañado en el palco en distintas ocasiones por hombres como Matera, Robledo o Saadi⁶⁸⁴. Sin embargo, pese a esa buena voluntad, muchas cicatrices tardaban en desaparecer y algunas ambiciones resultaban prácticamente imposibles de saciar, expandiendo aún más la imagen de división que transmitía el partido. Durante las primeras semanas de campaña se hizo evidente, por ejemplo, que algo no funcionaba correctamente en la relación entre Luder e Iglesias, cuya proyección parecía apuntar ahora más allá de las fronteras de Buenos Aires. El 7 de octubre, por citar sólo un caso, Iglesias se ausentaría de un acto celebrado en La Plata sin mayor justificación, pese a haber sido anunciado previa y repetidamente. Su falta podría interpretarse como grave ya que ésa era la única ocasión que se iba a tener de presentar juntos al candidato a la presidencia y a la gobernación en la capital provincial⁶⁸⁵. Al contrario que en la rivalidad entre Bittel y Juárez, los altibajos entre Iglesias y Luder no tenían, en esencia, un componente personal y respondían más bien a una cuestión coyuntural y de estilo, mucho más que a un enquistamiento de larga data. El desplante tenía que ver así con las ambiciones de un Iglesias que, a medio plazo, pretendía situarse como caudillo nacional del movimiento y con diferencias sustantivas sobre cómo debía desarrollarse la campaña, demasiado insulsa para el gusto del avellanedense. En todo caso, estaba lejos de suponer un capricho irracional: Iglesias se sentía fuerte ante el liderazgo pasivo y elusivo de Luder, cuya fuerza provenía más de Lorenzo Miguel que de sí mismo.

⁶⁸⁴ *Clarín*, 20/9/1983.

⁶⁸⁵ El 7 de octubre en La Plata el peronismo se jugaba, además, bastante a la hora de mostrar una imagen de apoyo masivo, ya que se sabía que Alfonsín iba a arrasar en un acto similar en Córdoba. *Somos*, 7/10/1983.

La fricción entre Luder e Iglesias se mantuvo relativamente soterrada frente a la opinión pública⁶⁸⁶, pero solamente una vez que se resolvió precariamente, a mediados de octubre (básicamente, con un acuerdo de no interferirse mutuamente), la campaña peronista pudo despegar definitivamente. Sin embargo, no sería éste el único conflicto en el que estaría envuelto Herminio, ya que también sería el protagonista de una sorda lucha con el propio Miguel. Pese a las asperezas que vivirían durante la campaña, Iglesias y Miguel habían trabado una buena relación tiempo atrás, cuando el primero se movía dentro de los ámbitos gremiales y era considerado uno de los mejores contactos en Avellaneda del dirigente metalúrgico. La dura interna, en la que Iglesias no cedió ante los deseos miguelistas de dejar a Cafiero la candidatura a la gobernación de Buenos Aires, mellaría sensiblemente la amistad entre ambos. La tensión de aquellos momentos, que a punto estuvo de resolverse físicamente, seguiría presente, aunque de manera velada, durante las semanas de la campaña y explotaría al final de la misma, en el acto conmemorativo del 17 de Octubre, precisamente durante la jornada en la que el partido debía dar, más que nunca, una imagen de unidad.

Que, en aquel día, las principales figuras del partido se repartieran entre dos eventos diferentes (con Luder hablando en Córdoba⁶⁸⁷ y el resto de líderes haciéndolo desde la cancha de Vélez Sársfield, en Capital) tenía posiblemente más de estrategia (reforzar la presencia en una provincia como la cordobesa, que se antojaba complicada) que de símbolo de desunión. Pero lo que no admitía interpretación fue que Lorenzo Miguel fuera pitado y abucheado cuando trató de iniciar su discurso. Ante un estadio de Vélez abarrotado por más de 100.000 personas, varios sectores comenzaron a gritar y a interrumpir a Miguel mediante el lanzamiento de objetos, haciendo que éste, tras media hora de intentos por hablar, abandonara el estrado. En contraste con esa reprobación, Ubaldini e Iglesias serían aclamados por el público.

Todavía hoy no está claro de qué sector partieron exactamente los pitidos (muy seguramente serían los partidarios de Iglesias, aliados coyunturalmente con la izquierdista Intransigencia y Movilización), pero el acto mostraría públicamente el estado de malestar interno y desunión que albergaba el justicialismo, simbolizado en ese

⁶⁸⁶ Luder declararía al respecto que “Herminio Iglesias vino a visitarme para intercambiar ideas sobre la marcha de la campaña política. Como en otras oportunidades, hemos estado en total acuerdo”. *Clarín*, 11/10/1983.

⁶⁸⁷ Luder estaría arropado en esa ciudad por Raúl Bercovich y Alejo Simó, componentes de la fórmula para la gobernación; José Manuel de la Sota, candidato a intendente de Córdoba, y por Matera.

momento en el enfrentamiento entre aliados y adversarios de Miguel, liderados entonces por Herminio Iglesias. El episodio significaría asimismo un grave traspié para el que parecía el hombre más poderoso del movimiento y constituía un serio aviso, disponible para quien lo quisiera escuchar, de que sus métodos eran repudiados. Pese a que Miguel recibiría en los días siguientes el apoyo de todo el arco gremial y de las altas instituciones del partido⁶⁸⁸, el acontecimiento de un líder que ni siquiera podía dirigirse a sus bases frenaría por varios meses la clave unidad sindical que parecía a punto de lograrse y ponía así en suspenso la propia posición de Miguel.

En realidad, todos estos conflictos y factores de desunión tenían su raíz principal en los distintos pareceres que existían sobre el estilo de la campaña. Sin la legitimidad y el reconocimiento unívoco de un líder como Perón y sin una lectura clara y compartida del nuevo contexto posdictatorial, el justicialismo ensayaría distintas estrategias y estilos, muchas veces contradictorios, durante su carrera proselitista. Lejos de encontrar un principio rector, cada figura del partido trató de llevar la carrera de acuerdo con sus fundamentos e intereses, hecho que generaría un incontable número de roces con un candidato principal que, pese a apostar por un estilo muy diferente al tradicional del peronismo, ni contaba con la fuerza para imponerse ni parecía demasiado atento al resto de voces.

En un primer momento, la estrategia de Luder pasó por ganar el electorado independiente, ése que, en el nuevo contexto de relajamiento de las ideologías que se empezaba a vislumbrar, parecía ser la clave para llevarse la victoria. Si ése era el objetivo, Luder era, sin duda, el candidato justicialista ideal tanto por su personalidad como por su discurso: lejos del tradicional folklore peronista, el antiguo senador se resistía a abandonar su imagen de traje y chaqueta (sólo lo haría en los últimos actos de la campaña) y utilizaba una retórica más propia de un profesor universitario (como, de hecho, era) que de un encendido líder de masas. En sus primeros discursos, contrario a la búsqueda de la confrontación, Luder invitaba a la unidad nacional y rehusaba los ataques verbales a sus rivales. Pero esa apuesta por un estilo renovado a veces lo llevaba a cometer excesos: su lenguaje, como ilustran Cordeu, Mercado y Sosa, estaba salpicado

⁶⁸⁸ *Clarín*, 20/10/1983. El Consejo Nacional del partido emitiría un comunicado de denuncia con un lenguaje que parecía extraído de los turbulentos años 70: “las fuerzas oscuras de la antinación saben adónde apuntar. Lo hacen contra aquellos que sostienen y luchan por esa unidad (...). Esas oscuras fuerzas son las que Perón echó de Plaza de Mayo, que hoy actúan junto con los que quieren envolvernos en la falsa opción de “democracia o fascismo””. *Clarín*, 19/10/1983.

de términos como *dumping* o *call money*, conceptos a veces inasequibles para gran parte de su público⁶⁸⁹. Hasta el vocativo “compatriotas” con el que iniciaba sus intervenciones chocaba con el clásico “compañeros” que había adoptado el peronismo desde sus orígenes.

Ese estilo tan poco deudor de la tradicional liturgia justicialista, pero que, no obstante, tampoco llegaba a despertar la ilusión que conseguía Alfonsín con sus discursos, no disfrutaría de un largo recorrido. Sin abandonarlo de forma definitiva (a fin de cuentas, resultaba imposible transformar la personalidad de Luder), a las pocas semanas el justicialismo haría hincapié en la estrategia contraria, intentando retener el tradicional voto popular al partido, con actos plagados de guiños nostálgicos al primer peronismo.

Tal evolución podría parecer natural y fruto de la observación de una situación en la que no se estaba consiguiendo una ventaja significativa, pero en realidad dejaba traslucir que Luder no era, en modo alguno, el protagonista exclusivo de la campaña y que los distintos puntos de vista se amontonaban sin ningún sentido jerárquico. Conectado con la cuestión de la desunión del partido, parecía evidente que en la campaña aparecían constantemente otras figuras con una percepción no siempre en armonía con la del candidato principal y que éste no contaba con la energía ni la legitimidad suficiente para imponer su punto de vista. Aquí se dejaba notar de forma negativa que la exitosa estrategia que había utilizado Luder durante la interna podía no resultar tan útil en otro contexto. A fin de cuentas, Luder era tan sólo el candidato a la presidencia, sin mayor poder (tanto en la letra como en la práctica), ni aparato al interior del partido hasta ese momento.

Como relataban en *Clarín*⁶⁹⁰, algunas figuras del partido defendían que se debía volver a la estrategia tradicional y no tratar de seducir a los sectores independientes; otros opinaban justo lo contrario y un tercer sector pensaba que lo fundamental era mostrar a la sociedad una imagen de unidad. Carente de una figura que pudiera elevarse por encima de la polémica, frente a toda lógica, el peronismo intentaría simultáneamente llevar a cabo esas tres estrategias sin, pese a todo, apostar plenamente por ninguna.

⁶⁸⁹ Cordeu et al, *op.cit.*

⁶⁹⁰ *Clarín*, 9/10/1983.

En esa amalgama de estilos, cada vez se hizo más evidente la distancia que separaba a Luder de la dupla conformada por Bittel e Iglesias. Mientras que Luder, por ejemplo, se caracterizó siempre por ese lenguaje moderado que acabamos de mencionar, Bittel acudiría a un estilo mucho más duro, en un reparto de roles habitual en muchas campañas, pero que Iglesias, con un estilo que parecía retrotraerse a los años 40, llevaría al paroxismo cuando tildó a Alfonsín de “malnacido” y “gusano”⁶⁹¹, echando por tierra cualquier imagen de contención que el partido pretendiera ofrecer⁶⁹².

Obviamente, el problema de toda esta dispersión radicaba en que no existía en el justicialismo nada parecido a una campaña planificada y unificada. Las distintas figuras del partido repetían constantemente el mantra de “tenemos un candidato de lujo”⁶⁹³, pero, más allá de esa declaración, cada uno trataba de sumar votos apelando a sus convicciones y estilos. Se había creado en realidad una Comisión de Acción Política, destinada precisamente al diseño de la campaña y formada, entre otros, por figuras como Matera, Robledo y Cafiero, pero pronto dejaría de funcionar ante la indiferencia de Luder, empeñado -asesorado por su hijo- en seguir su propio rumbo⁶⁹⁴. Algo similar sucedía con la financiación de la campaña: se designó un organismo que centralizaría y ordenaría las distintas aportaciones y gastos, pero el desorden y la descoordinación fueron tan grandes que resultó totalmente inútil⁶⁹⁵.

Desde el otro partido mayoritario, Alfonsín, con la colaboración del publicista David Ratto, ofrecía un nítido contraste. Frente a la división justicialista, la UCR mostraba una imagen de unidad, donde hasta duros rivales durante la interna -como Fernando de la Rúa, del que le separaban importantes puntos de vista- declaraban su apoyo al candidato radical.

La personalidad y el estilo de ambos candidatos se mostraban asimismo dispares. Si de Luder podía decirse que “parece cualquier cosa menos un caudillo peronista”⁶⁹⁶, de Alfonsín se podría mencionar que había peronizado los actos de su partido,

⁶⁹¹ *El Bimestre*, 11, 13/10/1983.

⁶⁹² Iglesias llegaría a decir durante un discurso: “Sepan los señores radicales que los peronistas les hemos declarado la guerra a todos los extranjeros que nos quieren comprar y a los argentinos mal nacidos como Alfonsín, que nos quieren vender”. *La Voz*, 13/10/1983.

⁶⁹³ *Somos*, 23/9/1983.

⁶⁹⁴ Cordeu et al., *op.cit.*, p.56.

⁶⁹⁵ Cordeu et al., *op.cit.*, p.61.

⁶⁹⁶ *El País*, 30/10/1983.

incorporando elementos como bombos y un estilo discursivo más cercano y directo. Luder, por ejemplo, era un hombre retraído, serio y poco afecto al contacto con la gente; parecía incluso incómodo hablando en público y trataba por todos los medios de protagonizar el mínimo de actos posible. Alfonsín, por el contrario, daba la sensación de disfrutar de ese contacto directo, ofrecía una imagen de campechanía y naturalidad y se embarcaba en extenuantes giras por todo el país⁶⁹⁷.

Había, por supuesto, bastante de estrategia en la actitud alfonsinista. Ricardo Balbín, el último líder histórico de la UCR, parecía haberse sentido cómodo en la última década con el rol de comparsa del radicalismo frente al justicialismo. Alfonsín, en cambio, se rebeló contra esa situación de partida y trató de disputar la elección al peronismo en igualdad de condiciones. A Luder, en ese sentido, quizás le bastaba con no perder el histórico piso electoral de su partido; Alfonsín, por el contrario, debía mostrarse agresivo para conquistar nuevos espacios.

Como fuere, para desgracia del justicialismo, lo que separaba a Luder de Alfonsín no era una simple cuestión de estilo y personalidad. Al contrario, si el candidato radical logró convocar tanto entusiasmo, incluso en sectores que nunca habían comulgado con su partido, se debió a que supo captar como nadie los valores y anhelos de la sociedad argentina en esa coyuntura tan especial del posautoritarismo. Tras tantos años de gobiernos autoritarios, a los que habría que añadir todo el periodo anterior de continuas interrupciones golpistas, el mensaje refundacional alfonsinista - basado en gestos aparentemente sencillos, pero con una carga simbólica y emotiva decisiva, como la lectura en sus discursos del preámbulo de la Constitución o consignas como “Somos la vida”- casaba a la perfección con la sensibilidad de una sociedad hastiada de violencia y plomo. Rompiendo con las clásicas y desgastadas antinomias usadas en la política argentina de las últimas décadas, Alfonsín defendió que el clivaje fundamental pasaba ahora por la distinción entre democracia y dictadura: “si Balbín terminó con la antinomia del peronismo-antiperonismo, no estamos nosotros dispuestos a reeditarla, pero la opción ahora es democracia-antidemocracia”⁶⁹⁸.

⁶⁹⁷ En la última semana de campaña, Alfonsín doblaría en número de actos a Luder. *El Litoral*, 25/10/1983.

⁶⁹⁸ *El Bimestre*, 11, 6/9/1983.

El nuevo relato alfonsinista no sólo conectaba con el *zeitgeist* del momento, sino que lanzaba cargas de profundidad contra su principal rival político. Resultaría clave para el tema que nos ocupa que esa nueva frontera demarcada por Alfonsín, por utilizar los conceptos propuestos por Aboy Carlés⁶⁹⁹, pasara justo por encima del peronismo, quedando de esta manera éste inscrito (en su totalidad o por contagio) en el campo del autoritarismo. La operación para llegar a ese destino era sencilla: si Alfonsín había denunciado el pacto militar-sindical (y éste, aún sin pruebas concluyentes, había resultado parecer bastante plausible) y si el justicialismo, como hemos visto, estaba liderado por los sectores gremiales, el silogismo radical concluía en que el peronismo era un agente autoritario, en connivencia con los militares. Por supuesto, se usaba aquí la trampa retórica de usar la parte (Miguel y sus aliados) por el todo, pero el abrumador peso de esa parte en las posiciones de poder del partido, junto con su demostrado escaso compromiso democrático, constituían un blanco demasiado evidente como para que Alfonsín no incidiera en él⁷⁰⁰. Con pruebas o sin ellas, la sociedad no veía demasiados avances en la imagen del sindicalismo desde los tiempos de Augusto Vandor y la época en el que el mundo gremial apostaba a la carta golpista. La imagen popular de un Miguel sediento de poder, como ya había demostrado en los 70, y sobre el que pesaba la sospecha de matonismo, no ayudó precisamente a presentar al justicialismo como un campeón democrático.

No resultaba gratuito, por tanto, que mucho más que contra Luder, la diana de los dardos alfonsinistas estuviera fijada en Miguel, al que presentaba como el verdadero poder en la sombra y del que afirmaba que “está acostumbrado a patotear en el sindicato y ahora quiere patotear a la República”⁷⁰¹. El candidato radical encontró en su ataque al sindicalismo argentino una banda abierta que le garantizaba distintas maneras de hacer daño a su adversario. Pero, además, sus prácticas a menudo oscuras (comenzando por esas reiteradas cumbres cerradas) y su ambigua relación con los militares permitían incluir al justicialismo, como hemos dicho, en el campo del autoritarismo o, como mínimo, en una zona gris marcada por la incertidumbre. Por otra parte, la insistencia de Alfonsín en que se debía lograr la democratización completa de la sociedad (lo que incluía, por tanto, la democratización de los sindicatos) concedía al

⁶⁹⁹ Aboy Carlés, Gerardo: *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, 2001.

⁷⁰⁰ Novaro y Palermo, *La dictadura militar... op.cit.*

⁷⁰¹ *El Bimestre*, 11, 1/9/1983.

candidato la oportunidad de acercarse a un mundo obrero tradicionalmente apegado al peronismo.

Escaso de reflejos, el peronismo no quiso o no supo contrarrestar el esperanzador mensaje radical. Al comienzo de la campaña, Luder trató de desmentir la preponderancia gremial en el partido: “existe una campaña psicológica destinada a demostrar el avance del sindicalismo dentro del peronismo, pero eso es inexacto”⁷⁰². Los hechos, no obstante, resultaban demasiado tozudos para hacer creíble tales declaraciones. En los últimos discursos de la campaña, el candidato peronista buscaría disputar el debate a Alfonsín en sus mismos términos, presentando a su partido como el verdadero impulsor de la democracia en el país⁷⁰³. O, siguiendo la tradición justicialista, intentando redefinir el sentido y contenido de la democracia⁷⁰⁴. En esa línea, el peronismo podía poner el acento, como siempre había hecho, en los aspectos socioeconómicos⁷⁰⁵ y en subrayar que el contenido sustantivo de la democracia pasaba por éstos; pero, para su desgracia, la atención principal de esta campaña, fuera por la habilidad de Alfonsín o sencillamente por el espíritu del momento, nunca se apartó de la arena netamente política y se focalizó en cuestiones como la rendición de cuentas de los militares y la futura consolidación del sistema democrático. Más allá de la retórica, el candidato radical marcaba su diferencia respecto a sus rivales a partir de los valores políticos que proponía. La historia de su partido, siempre muy atento al respeto de los equilibrios republicanos, lo apoyaba en esa dirección, pero el entramado se sostenía sobre todo sobre su personal y decidida oposición a cuestiones como la autoamnistía militar, aspecto en el que Luder no podía salir muy bien parado.

⁷⁰² *El Bimestre*, 11, 18/9/1983.

⁷⁰³ “Somos los fundadores de una democracia en la Argentina”, diría Luder en un discurso en Formosa. El candidato aprovecharía asimismo la circunstancia de encontrarse en Formosa, que se había conformado como provincia en tiempos de Perón, como un ejemplo de que el justicialismo era el impulsor de la plena ciudadanía. *La Voz*, 15/10/1983. Luder pasaría también eventualmente al ataque, haciendo del radicalismo un partido beneficiado por los antiguos golpes de estado y la proscripción: “¿Dónde está el movimiento político de la democracia, en los que llegamos al gobierno con elecciones democráticas o quienes llegaron sobre la base de la proscripción de las mayorías populares?”. *La Voz del Interior*, 20/10/1983.

⁷⁰⁴ En el acto de cierre de la campaña, en el Obelisco, Luder señalaría que: “que nadie se equivoque en esta hora decisiva para la Nación. La característica de la democracia es la participación en lo económico, en lo social, en lo político, en lo cultural y desde hace 38 años la bandera de la participación está en manos del peronismo”. *La Voz*, 29/10/1983.

⁷⁰⁵ Por ejemplo, en su plataforma electoral se hacía especial hincapié en promesas clásicas del partido, como la planificación económica, las negociaciones colectivas o la concertación de salarios y precios. *El Bimestre*, 11, 4/9/1983.

Pese a las piruetas retóricas de su candidato, en esta lucha por el significado de la democracia el justicialismo no sólo exhibió una grave falta de iniciativa (siempre a remolque de los temas de debate propuestos por el radicalismo), sino que siempre ofreció una imagen que no permitía desmarcarlo de un pasado violento y oscuro. En ese sentido, el partido parecía empeñado en lanzar piedras contra su tejado. Por ejemplo, el lema escogido para la campaña en Buenos Aires era “Volveremos”⁷⁰⁶, pero la memoria social se encargaba de subrayar las connotaciones negativas de ese deseo: fuera por el paso del tiempo transcurrido o por la incorporación política de nuevas generaciones demasiado jóvenes en los 50⁷⁰⁷, en el imaginario colectivo ese retorno se vinculaba más a los años 70 que al primer peronismo⁷⁰⁸. No ayudaba tampoco que la consigna principal fuera “liberación o dependencia”, como ya lo había sido en 1973⁷⁰⁹, puesto que además de retrotraer a una etapa a superar, cargada de agresividad y violencia, suponía apelar a un tema abstracto, difícil de aprehender y lejano a las preocupaciones del momento, que pasaban más por el fin definitivo de los golpes autoritarios en el país.

Incluso el candidato seleccionado resultaba imposible de desvincular de la génesis del horror. Luder podía ofrecer una imagen de moderación (sobre todo, frente a otras figuras como Iglesias) y de pulcritud, pero seguía haciendo gala de su condición de abogado de Isabel (en un gesto más bien para consumo interno, buscando la aprobación de los ultraverticalistas) y, ante todo, seguía siendo recordado como el firmante de los famosos decretos que permitieron a los militares justificar la represión.

En definitiva, aunque fuera de forma inconsciente, la campaña peronista parecía prometer constantemente un retorno a su pasado: pero no tanto al mitificado tiempo

⁷⁰⁶ *Redacción*, 129, noviembre 1983. Hablamos aquí sólo de Buenos Aires, porque, dada la falta de unidad en la campaña peronista, los lemas, mensajes y diseños de carteles eran diferentes dependiendo del distrito e incluso de cada línea.

⁷⁰⁷ Las nuevas generaciones, al parecer, no eran tan afectas al influjo del fenómeno peronista, de acuerdo con las encuestas realizadas por Edgardo Catterberg en esos días: “no solamente tenían una imagen negativa del segundo peronismo, sino que tampoco adherían mayoritariamente al primer peronismo; en conclusión, su distancia respecto al justicialismo era manifiesta”. Catterberg, Edgardo: “La elección del 30 de octubre de 1983: el surgimiento de una nueva convergencia electoral” en *Desarrollo Económico*, vol.25, n°98, julio-septiembre 1985, pp.259-270.

⁷⁰⁸ La mitificación del peronismo parecía llegar sólo hasta lo ocurrido en los años 70. De acuerdo con una encuesta realizada en junio de 1983: “Mientras el 50 % de los entrevistados aprobaban el primer período peronista (1946-55) y solamente el 15 % lo rechazaba, la tendencia tendía a invertirse para el caso del segundo peronismo (1973-76). La aprobación hacia la gestión del gobierno radical de Illia era equivalente a la del primer peronismo”. *Ibidem*.

⁷⁰⁹ La consigna no sólo era utilizada en la cartelera, sino que también aparecía en los discursos. Bittel afirmaría en Santa Fe que “ayer la alternativa fue Braden o Perón; hoy es liberación o dependencia, y el justicialismo ofrece la liberación definitiva”. *Clarín*, 22/10/1983.

protagonizado por Perón y Evita, sino, más bien, al de Isabel y López Rega. En esa obsesión por la nostalgia, que contrastaba con el discurso de cara al futuro propuesto por los radicales, Perón, precisamente, continuaba siendo un protagonista principal de la campaña justicialista. Sin embargo, no se trataba tan sólo de que sus palabras siguieran inspirando las acciones del partido que llevaba su nombre, sino que en muchas ocasiones parecía que el General seguía siendo el candidato presidencial pese al inconveniente de llevar una década muerto. Las referencias al respecto eran constantes. El sindicalista Taccone, candidato a senador por la Capital afirmaría que “el peronismo sigue siendo Perón y va a ganar las elecciones Perón, haciendo lo mismo que hizo el Cid Campeador, que de muerto sigue ganando batallas”⁷¹⁰. Tomando en cuenta estas declaraciones, no parecía andar desencaminado el irónico corresponsal Martín Prieto cuando señalaba que “la campaña peronista para las elecciones del 30 de octubre es un monumento a la necrofilia y al pasado”⁷¹¹.

Si Perón era el candidato de los peronistas, el problema pasaba, como replicaban con sorna los seguidores radicales, en quién gobernaría el país tras el 30 de octubre: “muerto J.D.P., ¿quién va a gobernar a la Argentina? Y me lo pregunto al igual que millones de argentinos, porque todos recordamos muy bien qué ocurrió cuando murió Perón”⁷¹². Pero lo cierto es que incluso el candidato radical se mostró más hábil que el justicialista a la hora de tratar la herencia de Perón. Consciente de que seguía siendo admirado entre las clases populares, Alfonsín no trató de destruir el mito de la figura del General, sino que intentó aprovechar su impulso, presentándose como el continuador y superador de un movimiento nacional que pasaba por éste y, previamente, por Yrigoyen. El justicialismo y Luder, en cambio, no conseguirían ir más allá de esas referencias nostálgicas de escaso contenido.

Desunión, un discurso anclado en un pasado que la sociedad pretendía olvidar y un rival que supo explotar brillantemente esas deficiencias y presentar un proyecto ilusionante y fundado en el respeto a la democracia serían, por tanto, las claves de esta nefasta campaña peronista. Estas características serían, además, visibles a lo largo de todo el transcurso de la campaña. De esta manera, si al principio de este apartado ilustramos algunos de estos aspectos con el acto inaugural de la carrera proselitista

⁷¹⁰ *La Voz del Interior*, 30/8/1983.

⁷¹¹ *El País*, 19/10/1983.

⁷¹² *El Bimestre*, 11, 2/10/1983.

justicialista, el evento de cierre de la misma sintetizó también muchos de los aspectos y vicisitudes de la misma.

Se podría hablar, por ejemplo, del propio lugar de la cita, en el Obelisco de la avenida 9 de julio, donde sólo dos días antes Alfonsín había cerrado su propia campaña. El peronismo tenía planeado, en un principio, terminar su gira en Avellaneda, pero, confirmando el estado de desunión descrito anteriormente, los recelos y el miedo a que Iglesias pudiera capitalizar un acto en el que actuaría como local, hicieron cambiar la ubicación hacia la céntrica avenida porteña. Aunque esto llegara *a posteriori*, existía también el reto de igualar o superar el éxito de Alfonsín, quien en su discurso final, venciendo los miedos que suponía intentar llenar un espacio abierto tan vasto, había marcado un hito de asistencia en las manifestaciones políticas en el país. Los justicialistas, en efecto, conseguirían superar los números de los radicales, congregando a cientos de miles de personas⁷¹³, pero, por el contrario, no lograrían alejar la imagen de ir siempre a remolque, incluso en la elección de lugares para sus eventos, de la iniciativa alfonsinista.

Luder ejercería como el único orador en el Obelisco, en una decisión que no era inocente. Se podría pensar que se trataba de focalizar en el candidato todas las energías y propuestas del partido, como había logrado la UCR con Alfonsín, pero existía una razón más prosaica: dados los inestables equilibrios internos que se daban en el peronismo, resultaba casi imposible decidir a quién dar la palabra y a quién negársela sin ocasionar nuevos traumas y agravios: que sólo hablara Luder suponía quizás la única solución salomónica.

Sin embargo, pese a ser el único ponente, Luder no estaría solo en el palco. Al contrario, en una abarrotada tribuna, junto a él se situarían varios hombres conocidos por su vinculación directa o indirecta con el mundo sindical. Su presencia quizá reflejara a la perfección la relación de fuerzas realmente existente en el peronismo, pero parecía corroborar las acusaciones de Alfonsín de un partido secuestrado por un sindicalismo poco atento a los valores democráticos. Es cierto que se encontraban en el palco Bittel o Cafiero, pero incluso ellos eran hombres de algún modo cercanos a Miguel. Figuras del

⁷¹³ Algunas fuentes hablan de una cifra entre el millón y los dos millones de asistentes. *El Bimestre*, 11, 27/10/1983.

partido como Matera o Robledo no fueron ni siquiera invitadas, en contraste con un candidato radical que siempre se hacía acompañar de antiguos rivales como De la Rúa.

Y, por supuesto, en el palco del Obelisco se hallaba también Herminio Iglesias, a quien le pareció que la mejor manera de concluir el acto sería quemando el ataúd pintado con el rojo y blanco de la UCR. No hubo, posiblemente, mejor retrato de la imagen caduca, desorganizada y violenta que transmitió el peronismo durante la campaña que esa ocurrencia final de la que participó Iglesias, pero lo cierto, como hemos intentado subrayar en las anteriores páginas, es que la hoguera en que se consumieron las esperanzas electorales justicialistas había comenzado a arder mucho antes.

3.7 Los resultados electorales de 1983

El justicialismo no era, en modo alguno, un partido acostumbrado a perder. Amparado por los datos que habían ofrecido las elecciones hasta ese momento, sus seguidores se consideraban la mayoría natural del país: más que un partido, formaba parte del movimiento nacional que englobaba a las clases trabajadoras⁷¹⁴, cuando no expresaba al mismo pueblo en su totalidad. Siempre había sido así desde la fundación del partido y se esperaba que lo siguiera siendo incluso tras la muerte de Perón. Quizá por ello, como hemos visto en el apartado anterior, gran parte de la campaña justicialista descansó en confiar en la herencia recibida y en apelar continuamente al recuerdo del difunto líder.

Era tal la confianza en la victoria que Ítalo Luder se veía ya como futuro presidente tras ser ungido como candidato: “el haber aceptado la nominación como candidato significa ser virtualmente el presidente de la Nación y asumiré ese cargo sin otro compromiso que el que tengo con mi país y con mi movimiento”⁷¹⁵. En esa creencia, compartida por todo el partido, se encontraba gran parte de la razón sobre por qué la interna justicialista había resultado ser tan encarnizada y compleja.

⁷¹⁴ Luder afirmaría, por ejemplo, que el “95 % de los trabajadores son justicialistas”. *El Bimestre*, 11, 28/10/1983.

⁷¹⁵ *La Voz del Interior*, 23/9/1983.

No obstante, existían indicios de que la contienda electoral iba a resultar mucho más ardua de lo esperado. Ya mencionamos en páginas anteriores que los primeros actos de la campaña peronista distaron de ser masivos y que el radicalismo lograba presentar números muy similares. Pero, además, numerosas encuestas, provenientes de distintas fuentes, comenzaban a anunciar el futuro triunfo alfonsinista. En un país donde, ciertamente, la sociología electoral apenas estaba desarrollada, el justicialismo descartó esos avisos, a los que consideraba únicamente como frutos interesados de un gobierno y una prensa que las creaba y publicaba en su contra; pero, lejos de ser un instrumento de una campaña de confusión, esas encuestas mostraban que algo estaba cambiando profundamente en el comportamiento electoral de los argentinos.

Ciertamente, figuras como Bittel reconocían sus temores hacia los resultados: “sabemos que existen algunas provincias difíciles como Córdoba, donde el triunfo peronista se dará con apoyo de las izquierdas”⁷¹⁶; pero incluso el candidato a la vicepresidencia era reacio a creer en las encuestas: “quieren hacernos creer que el peronismo no es la fuerza que fuera otrora, pero nosotros le contestamos a esos señores, con pruebas irrefutables, que somos el partido más importante del mundo occidental, porque hemos afiliado a 3.250.000 ciudadanos”⁷¹⁷.

Sin embargo, fuera porque ese número de afiliados hubiera sido inflado artificialmente o fuera porque muchos otros millones de ciudadanos votaran a otros partidos, el 30 de octubre de 1983 el autodenominado partido más importante de Occidente cayó derrotado por ver primera en unas elecciones presidenciales. Si, como decía el viejo adagio peronista, la única verdad es la realidad, lo cierto es que, dejando a un lado todos los precedentes y toda aquella autoconfianza, Alfonsín había ganado de manera abierta, respaldado con más de siete millones y medio de votos, mientras que la fórmula encabezada por Luder no llegó a alcanzar los seis millones⁷¹⁸.

⁷¹⁶ *Clarín*, 16/10/1983.

⁷¹⁷ *La Voz*, 16/10/1983.

⁷¹⁸ En realidad, la elección presidencial se realizaba a partir de un sistema indirecto, a través de un colegio electoral. Cada provincia mandaba un número de electores igual al doble de la cifra que dicho distrito aportaba a diputados y senadores. Una vez reunido el colegio, sus miembros realizaban una única votación, en secreto y sin deliberación previa. Si ninguna fórmula alcanzaba en esa ronda la mayoría absoluta, la asamblea legislativa era la encargada de dirimir el nombre del futuro presidente. Dada la gran ventaja en votos y electores cosechada por Alfonsín, la votación del colegio resultó un trámite sin mayor discusión. Simbólicamente, los representantes peronistas votaron su propia fórmula.

La victoria alfonsinista resultó, pese a lo visto en las páginas precedentes, una verdadera sorpresa y causó una gran conmoción en el seno del justicialismo. Durante aquella intensa jornada, Miguel y varios medios afines al partido hablarían de que se estaba produciendo un gigantesco “fraude informativo”⁷¹⁹ cuando los primeros recuentos informaban de la derrota de su partido. Obviamente, pronto comprobarían que esos miles de votos peronistas que se sospechaban retenidos, simplemente no existían. Pero, por supuesto, los comicios de 1983, en los que además de la fórmula presidencial, se elegía también la composición de las cámaras legislativas y los distintos gobernadores provinciales, ofrecían muchas más lecturas y detalles que la desconcertante derrota justicialista.

La clave de la victoria presidencial alfonsinista se basó ante todo en la gran polarización de las preferencias de los votantes (hasta el 92 % de los votos iría a parar a una de las dos fuerzas principales⁷²⁰) y en el magnífico resultado obtenido en la provincia bonaerense, donde lograría una decisiva ventaja en torno al medio millón de votos. Este último dato resulta especialmente significativo ya que, como es sabido, Buenos Aires (y, sobre todo, el cinturón de ciudades industriales que rodea la Capital) constituía el principal caladero de apoyos del justicialismo. De hecho, en 1973, el FREJULI, el frente electoral capitaneado por el peronismo, había vencido allí cosechando nada menos que el 53 % de los votos, frente al magro 20 % del radicalismo⁷²¹. Diez años después, el peronismo retuvo, en términos absolutos, un caudal de votos similar, pero el crecimiento de la UCR fue espectacular: el 51 % de los votos bonaerenses fueron a parar a Alfonsín, mientras que los apoyos a Luder se quedaron en el 42 %. Es cierto que el radicalismo no llegó a alcanzar la victoria en municipios del Gran Buenos Aires como La Matanza; sin embargo, que lograra imponerse en lugares como Lanús, Quilmes o incluso Avellaneda, la ciudad de Herminio Iglesias, sintetiza a la perfección el vuelco histórico que supusieron estas elecciones.

Iglesias fue, precisamente, uno de los nombres propios de la derrota peronista. El justicialismo no sólo será batido en Buenos Aires en la elección presidencial, sino que

⁷¹⁹ *El Bimestre*, 11, 30/9/1983.

⁷²⁰ *Redacción*, 129, noviembre 1983. La tercera fuerza sería el Partido Intransigente de Allende, que no superaría el 2,4 % de los votos.

⁷²¹ *Clarín*, 30/10/1983.

sus números serán incluso peores en la elección de gobernador, bajando aproximadamente dos puntos porcentuales. Iglesias, que había comenzado la jornada redactando telegramas de victoria para Isabel, vería así cómo era derrotado por el menos carismático (pero mucho más confiable) Alejandro Armendáriz⁷²² y cómo ni siquiera su partido podía retener la simbólica intendencia de Avellaneda.

La diferencia en los resultados entre los distintos niveles electorales sería otra de las notas interesantes de estas elecciones. Por supuesto, los comicios provinciales presentan lógicas distintas y entran en juego partidos que, por la naturaleza de su ámbito o por la preferencia al voto útil, no contaban para las presidenciales. Por ejemplo, el bloquismo obtendría una fácil victoria en San Juan, pese a que para las presidenciales la UCR se llevaría el mayor número de votos⁷²³. No obstante, hechas esas salvedades, resulta llamativo que el radicalismo se impusiera en las presidenciales en provincias como Santa Fe⁷²⁴, Catamarca, La Pampa y Salta⁷²⁵, donde, sin embargo, no logró el premio de la gobernación que sí obtuvo el peronismo. Ello nos habla, en primer lugar, de un electorado reflexivo, que no volcaba su apoyo sin más al mismo partido y, en segundo lugar, refleja que Alfonsín llegó a ser un candidato tan atractivo que incluso resultó vencedor en feudos como Catamarca, tradicionalmente justicialistas.

La victoria de Alfonsín en las elecciones presidenciales tendría su correlato en la mayoría absoluta alcanzada por el radicalismo en la Cámara de Diputados. Pese a la aplicación del sistema D'Hondt, teóricamente más pluralista que la anterior ley Sáenz Peña, la UCR obtendría los 131 diputados, por los 111 del justicialismo. No todo, sin embargo, conllevaría decepciones para el peronismo: el radicalismo no llegaba a los dos

⁷²² Alejandro Armendáriz, candidato radical a la gobernación de Buenos Aires, no era, como ya hemos mencionado, una figura muy conocida públicamente, pero formaba parte desde hacía años del núcleo que acompañaba a Alfonsín. Figuras más conocidas como Raúl Borrás prefirieron no participar en la carrera por la gobernación porque aspiraban a un puesto en el futuro gabinete radical.

⁷²³ Por otra parte, la victoria de Leopoldo Bravo, a pesar de la excelente trayectoria bloquista en pasadas elecciones, resultó ser una relativa sorpresa, ya que se esperaba que su excesiva cercanía al *Proceso* fuera castigada en las urnas. Durante la dictadura, Bravo fue designado como embajador en la Unión Soviética y en 1982 ejerció como gobernador de la provincia de San Juan, lo que habla de la connivencia de muchos políticos y civiles con el régimen militar.

⁷²⁴ En Santa Fe, como veremos, la diferencia entre el ganador José María Vernet y el candidato radical Aníbal Reinaldo fue tan exigua (apenas un punto porcentual) que aparecieron rumores de fraude. Las elecciones presidenciales, por el contrario, resultaron mucho más claras, con la UCR obteniendo 23 electores, por los 19 del justicialismo.

⁷²⁵ Salta supondría un caso especial, ya que Alfonsín sería el candidato con más votos sólo contando el apoyo brindado por un tercer partido, el Partido Renovador del marino Roberto Ulloa, gobernador de la provincia durante toda la dictadura.

tercios de congresistas que requerían las modificaciones constitucionales ni siquiera sumando el aporte de los partidos no justicialistas⁷²⁶, lo que le obligaría a negociar con los peronistas si pretendía realizar reformas de gran calado. Mejores noticias llegarían de la elección para la composición del Senado, en la que el justicialismo obtendría una clave mayoría, que en el momento de conmoción por la derrota podría saber a poco, pero que en el futuro le serviría para paralizar importantes iniciativas de Alfonsín⁷²⁷.

No fue casual que el peronismo consiguiera un buen resultado en una cámara fundamentada en la representación territorial. Aunque la victoria de Alfonsín se basó en haber logrado una decisiva ventaja en Buenos Aires y haberla podido mantener en el resto de provincias, los mejores datos para el justicialismo llegarían del interior del país. El peronismo se haría con el control de doce provincias, algunas tan importantes, como Santa Fe⁷²⁸, por las siete lideradas por la UCR⁷²⁹. Ello le confería al peronismo un poder territorial nada desdeñable y la impresión de que el peronismo continuaba siendo una potencia electoral de primer orden.

Pese a todo, nada podía apartar la sensación de que el resultado global de estas elecciones había constituido un auténtico desastre para el justicialismo. Muchos mitos se habían probado falsos tras aquella jornada electoral, principalmente el de la invencibilidad del peronismo. Como sintetizó Schönfeld, columnista de *La Prensa*, “con el solo hecho de haber destruido, mediante su brillante campaña electoral, el mito del peronismo, [Alfonsín] se aseguraría un meritorio lugar en la historia del acontecer político del país”⁷³⁰. Basados en la idea de que el peronismo representaba la mayoría natural del país, muchos de sus miembros habían pensado que el electorado apoyaría masivamente a cualquier candidato que luciera el sello del partido, más allá de sus propuestas o su comportamiento. Al contrario, ese mismo electorado demostró que sabía cómo usar su voto de manera crítica y, además, que aquel país dividido

⁷²⁶ También obtuvieron representación en Diputados el Partido Intransigente (3 escaños), la Unión del Centro Democrático (futura Ucedé, con 2), el Pacto Autonomista-Liberal de Corrientes (2), el bloquismo (2) y la Democracia Cristiana (1).

⁷²⁷ El Partido Justicialista obtendría 20 senadores, por los 18 que alcanzaría la UCR.

⁷²⁸ A ella habría que sumar Catamarca (Saadi-Morán), Chaco (Tenev-Torresagasti), Formosa (Bogado-Rivera), Jujuy (Snopek-Cavana), La Pampa (Marín-Balandrón), La Rioja (Menem-Cavero), Salta (Romero-Figueroa), San Luis (Rodríguez Saa), Santa Cruz (Puricelli-Toto), Santiago del Estero (Juárez) y Tucumán (Riera). *El Bimestre*, 12, 1/11/1983.

⁷²⁹ La UCR obtendría las gobernaciones de Buenos Aires, Córdoba, Chubut, Entre Ríos, Mendoza, Misiones y Río Negro, a las que habría que sumar Capital Federal y Tierra del Fuego, lugares donde el ejecutivo era designado por el Presidente de la nación.

⁷³⁰ *El Bimestre*, 12, 1/11/1983.

irreconciliablemente entre peronistas y antiperonistas había desaparecido tiempo atrás, antes incluso que la propia muerte de Perón. Pese a la supervivencia de los partidos tradicionales, la época de las identidades políticas férreas e inmutables había quedado también en el pasado, sustituyéndose paulatinamente la figura del militante por el indeciso crítico que daba su voto a quien mejor reflejara sus valores. Y, en este momento de salida de un cruento régimen autoritario, nadie simbolizaba mejor el deseo de paz y justicia que el candidato Alfonsín.

3.8 Conclusiones

Las elecciones de 1983 tuvieron un carácter inédito tanto en su desarrollo como en su relato final. Por primera vez en Argentina la sociedad parecía asumir que la democracia constituía el único sistema político legítimo y que con sus votos podía marcar una nítida frontera con el pasado dictatorial. Si en las últimas décadas los votos se habían usado para dirimir entre antiguas divisiones como las que separaban al peronismo del antiperonismo o la liberación de la dependencia, ahora el acto electoral estaba cargado con un significado simbólico de diferenciación con el autoritarismo. Mientras que el candidato radical Raúl Alfonsín hizo de la dicotomía entre democracia y autoritarismo el eje de su campaña, el justicialismo siguió apelando a las viejas antinomias que habían quedado atrás tras el impacto que supuso una dictadura tan represiva. Ese enfoque tan distante del sentir de la sociedad explica, en parte, ese resultado tan inédito con el concluyeron los comicios de 1983, en los que el justicialismo cayó por primera vez en unas elecciones presidenciales. Sin embargo, esta derrota no se explica únicamente por el enfoque que imprimió el peronismo a su campaña, sino que la misma hundía sus raíces en numerosas causas.

En primer lugar, el resultado electoral tuvo mucho que ver con el estado de caos y desorganización que existía al interior del partido. Por supuesto, los años de una represión militar que prohibió las actividades políticas y encarceló a la mayoría de sus líderes afectó enormemente al justicialismo, pero las fuertes divisiones que atravesaban el partido se podían rastrear desde la muerte de Perón en julio de 1974 o incluso antes. La muerte del líder justicialista desató una fuerte lucha interna por el control de una organización que nunca se caracterizó por definir institucionalmente su modelo de

funcionamiento. El golpe de 1976 congeló esta situación, quedando irresuelta la cuestión de la sucesión de Perón en el momento en que se inició la transición a la democracia, lo que quedó patente durante las fuertes luchas por la selección de candidatos electivos.

Especialmente, esa desorganización y poco respeto por las normas institucionales quedaron patentes en la elección del candidato presidencial, Ítalo Luder. Si bien la norma establecía que era el Congreso partidario el encargado de elegir al nominado, el sistema adolecía de tantas fallas que la decisión final fue tomada en una cumbre informal entre las principales figuras del peronismo de ese momento.

Al mismo tiempo, el hecho de que fuera Lorenzo Miguel el verdadero factótum del partido señala también el grado de influencia que habían alcanzado los sindicatos sobre el conjunto del movimiento, actuando en realidad como una línea interna más, con sus propios intereses políticos. Si la letra señalaba que Isabel Perón era la presidente del partido y muchos análisis explicaban que la fractura en el partido pasaba por quienes acataban ese liderazgo y quienes se oponían a él, lo cierto es que todas las decisiones importantes corrían a través de canales informales controlados en última instancia por Miguel.

Esa sensación de escaso respeto por la norma, unida a la imagen de violencia que proyectaban personajes como Herminio Iglesias, fue percibida por la sociedad, la cual entendió que el peronismo no se había desembarazado de ese pasado caótico que se relacionaba con su gobierno entre 1973 y 1976.

Por supuesto, no todo resultó negativo durante la interna justicialista de 1983. Si bien las distintas elecciones provinciales no fueron decisivas en la selección del candidato presidencial, sí ayudaron a clarificar la compleja situación, descartando aspirantes sin posibilidades. Obviamente, esto suponía un magro consuelo en lo que se refiere a la calidad de la democracia interna en el partido, pero podía ser considerado un precedente o un horizonte al que aspirar por parte de los políticos que empezaron a levantar poco después la bandera de una mayor apertura en el movimiento. Paralelamente, la interna demostró asimismo la importancia de la política provincial. Lejos de un esquema en el que lo nacional imponía sin más sus decisiones y puntos de vista, la relación tenía un carácter bidireccional, donde los problemas de cada nivel

afectaban al resto. Ello nos habla de la gran complejidad que encerraba el peronismo y, a la vez, avanzaba la importancia que tendría el interior del país en los primeros años de la Renovación.

En esencia, más que abrir una etapa de crisis en el justicialismo, el resultado electoral demostró la crudeza de una división que venía incubándose desde hacía tiempo. La derrota en los comicios planteó en el peronismo un fuerte dilema sobre el camino a seguir en el futuro. Rompiendo el mito de la invencibilidad peronista, la victoria de Alfonsín y de su discurso refundacional demostraron que los partidos debían adaptarse al nuevo contexto democrático si querían resultar competitivos electoralmente. A nivel interno, la mala actuación electoral suscitó las críticas de todos los peronistas partidarios de un cambio y de una mayor democracia interna. La fortaleza de la vieja conducción y los recursos que otorgaba la posición del justicialismo en las cámaras legislativas harían que esta lucha sobre el modelo del partido terminara siendo, como veremos en el próximo capítulo, mucho más compleja de lo que cabría esperar.

Capítulo 4. La reorganización del Partido Justicialista y el surgimiento de la Renovación (1983-1987)

El resultado electoral de octubre de 1983 supuso, como era de esperar, un verdadero terremoto para las estructuras del peronismo, por mucho que el partido pudiera presumir de un generoso poder territorial (el justicialismo se impuso en doce provincias) y de contar con la mayoría en el Senado, que muy pronto se revelaría como una herramienta eficaz para frenar varios proyectos del gobierno alfonsinista. Pese a esos logros parciales, el sentimiento de desastre y derrota no encontraba paliativos para una organización acostumbrada a vencer ampliamente en cada cita electoral y a erigirse como representación del pueblo argentino.

En realidad, más que ejercer como el causante directo del derrumbe, el triunfo de Alfonsín fue el encargado de sacar a la luz el estado ruinoso en que se encontraba el peronismo a la salida de la dictadura, sin un líder claro (o, de encarnarse en la figura de Lorenzo Miguel, sumamente discutido), envuelto en mil rencillas internas y golpeado durante por los siete años de régimen militar. La reconstrucción a partir de una situación tan delicada no iba a ser fácil y eran varios los que apostaban a demoler completamente el edificio y crear uno nuevo. Sin embargo, atendiendo a la historia del peronismo a partir de 1989, en la que, salvo un pequeño interregno, el justicialismo ha gobernado el país de manera continua desde entonces, se podría concluir que la reparación fue bastante exitosa: como mostraremos en este capítulo, en esta labor, la llamada Renovación peronista, una línea interna que reclamaba una mayor democratización interna en el partido, tuvo un protagonismo capital.

No obstante, para llegar al triunfo de 1989 se debió atravesar una travesía en el desierto de varios años, en la que los justicialistas no caminarían precisamente en línea recta. Al contrario, como veremos en este capítulo, asistiremos a continuas marchas y contramarchas y cambios de sentido a la hora de encontrar el camino adecuado para el partido. Desde una mirada superficial, se podría sintetizar este periodo, que abarcó el periodo entre fines de 1987 y principios de 1988, en la puja por el control del partido que sostuvieron esa Renovación y la llamada ortodoxia, la cúpula responsable de la derrota electoral. Caricaturizando el conflicto podría parecer que éste pasaba por el enfrentamiento entre un grupo que aspiraba a democratizar el partido, abrirlo a sus bases y a eliminar la gran influencia que ejercía el sindicalismo sobre él, frente a una conducción inmovilista que trataba de retener su poder y privilegios. Por supuesto, una pequeña cuota de realidad encierra esta distorsión hasta el límite de lo ocurrido, pero en la crónica de la aparición y auge de la Renovación que vamos a ofrecer trataremos de mostrar que lo que sucedió resultó ser mucho más complejo.

En primer lugar, porque, en la mayoría de las ocasiones, a lo que asistiremos será a una desnuda lucha por el poder, por más que ésta fuera revestida con otros discursos e ideales más elevados. En segundo lugar, porque los mismos contornos de los contendientes aparecían en ocasiones sumamente borrosos. Veremos así cambios de bandos (si es que podemos hablar propiamente de bandos, dada la confusión entre las fronteras) que muchas veces ni siquiera eran admitidos por sus actores, posiblemente porque la etiqueta renovadora alcanzó tal prestigio que llegó un momento en el que todos querían apropiarse de ella. Por otra parte, prestar atención a lo que ocurría en el escalón provincial ayuda a enfocar el relato desde otro punto de vista: normalmente, se analiza la Renovación desde una perspectiva focalizada en la figura de Antonio Cafiero y su grupo, sin embargo, ampliar la mirada hacia los distritos provinciales posibilita entender esa Renovación como un fenómeno plural con una gran cantidad de matices y avatares.

Para trazar este relato de la reorganización del partido tras la derrota de 1983 y del triunfo de la Renovación, hemos dividido este capítulo en cuatro apartados que abarcan un año cada uno. El criterio tras esa división es no sólo cronológico, sino también analítico, ya que cada uno de esos años parece encerrar una etapa distinta en esta trayectoria del peronismo. 1984 supondría una suerte de prehistoria de este

conflicto, en la que, sorprendentemente, no parecía ocurrir nada a nivel superficial tras la debacle electoral, pero en la que, subterráneamente, se estaban preparando importantes movimientos. 1985 sería, por el contrario, el año de la eclosión de la Renovación, de su primer impulso y de la definición del conflicto entre ésta y la ortodoxia. El siguiente año podría parecer de estancamiento de las posiciones, pero viviría el proceso de una mayor institucionalización de la Renovación y del alejamiento de ésta por parte de Menem. Finalmente, 1987 viviría el triunfo coyuntural de Cafiero y Menem, con la obtención por parte de éstos de las riendas del partido.

Bajo esta estructura, en las páginas siguientes trataremos de subrayar la complejidad del proceso de cómo se reorganizó internamente el partido desde su mayor derrota hacia un periodo de clara hegemonía en la política argentina. De cómo, aparentemente dando continuas vueltas en círculo, el justicialismo abandonó ese desierto de la derrota para alcanzar la victoria en 1989.

4.1 1984, la aparente calma tras la derrota electoral

La cuestión del poder, de la depuración de responsabilidades y de quién debía detentar la dirección del partido sería la cuestión principal a resolver por el peronismo no sólo en esta coyuntura poselectoral, sino durante los próximos años. En ese sentido, a la escasa legitimidad de una cúpula marcada por la derrota (que, además, se había granjeado numerosos enemigos por sus decisiones a lo largo de los últimos meses) se uniría el enorme vacío de poder que seguía dejando la ausencia de Perón. La cuestión a resolver sería entonces explicar por qué en un contexto tan favorable para el cambio (o al menos, para una agria disputa política), sorprendentemente, el año de 1984 fue un año relativamente tranquilo al interior del peronismo.

En efecto, como aturdido por la conmoción de la derrota, los primeros pasos del peronismo hacia su efectiva reorganización tardarían más de un año en llegar. Si lo esperado tras los malos resultados electorales hubiera sido que casi inmediatamente diera comienzo una pequeña revolución que apartara a la conducción responsable, la noticia fue que durante unos trece meses apenas ocurrió nada reseñable en el seno del justicialismo. Al menos, ésa es la sensación que podía detectarse a nivel superficial, donde la conducción comandada por Lorenzo Miguel siguió controlando el partido,

evadiendo los débiles desafíos a los que se tuvo que enfrentar. De manera más discreta, veremos en cambio que en varias provincias sí se estaban produciendo cuestionamientos a las conducciones que en ocasiones producirían cambios importantes. Observaremos también que varias figuras opositoras iban tejiendo contactos con la intención de crear un espacio unitario, pero todo esto ocurría de un modo tan incipiente que la cabeza de Miguel nunca peligró realmente hasta 1985.

Por supuesto, como era de esperar, poco después de conocerse el resultado de octubre, las críticas llegarían desde todos los puntos del arco peronista hacia quien se consideraba el principal responsable de la derrota: la cúpula dirigente encabezada por Lorenzo Miguel. Resultaba obvio que figuras que habían estado en la vereda de enfrente durante la campaña, como el antiverticalista Ángel Robledo⁷³¹, el sindicalista opositor Jorge Triaca o el coyunturalmente izquierdista Vicente Saadi⁷³², descargarán sus críticas fuertemente contra esa conducción. Sin embargo, los ataques hacia ésta llevarían también la firma de un Menem particularmente activo durante estos meses⁷³³ e incluso, aunque de manera mucho más matizada, de Luder⁷³⁴ y Cafiero, quienes propondrían una reestructuración profunda de los objetivos y métodos⁷³⁵.

Sin embargo, esas críticas reflejaban quizás más la impotencia por la derrota que la verdadera voluntad de implementar cambios de manera urgente. Una de las razones para explicar esa escasez de rebeliones de calado se encontraba en que, en realidad, la práctica totalidad de los análisis electorales peronistas consideraban la derrota como un accidente coyuntural del que seguía siendo el movimiento nacional de los argentinos. La hipótesis de partida compartida era que el justicialismo continuaba siendo una fuerza homogénea y arraigada en su doctrina y que sólo circunstancias principalmente externas le habían alejado del triunfo. Incluso una figura más progresista teóricamente como

⁷³¹ Afirmaría Robledo que “tanto Lorenzo Miguel como Herminio Iglesias tuvieron un papel que nos restó votos, tanto por el planteo de nuestra proyección electoral, con una gran parcialidad hacia las fuerzas sindicales, como por la agresividad puesta de manifiesto en un momento en que la Argentina quiere convivencia”, *Clarín*, 7/11/1983.

⁷³² El senador catamarqueño sostendría que “un partido no puede darse el lujo de tener un presidente [Isabel] que ni siquiera asumió el cargo y un vicepresidente que no puede presentarse en un acto público por temor a ser silbado por sus propias bases [en referencia a lo ocurrido a Miguel en el acto en la cancha de Vélez]”. *El Bimestre*, 12, 1/11/1983.

⁷³³ Menem, por su parte, sería bastante explícito al señalar que “fue un fracaso de la conducción”, *El Bimestre*, 12, 1/11/1983.

⁷³⁴ El candidato justicialista recordaría el acto de cierre de la campaña señalando indirectamente a figuras como Herminio Iglesias como culpables de los errores de la estrategia electoral: “yo hice un planteo destinado a todo el país, otros hicieron un planteo destinado a otros sectores”. *El Litoral*, 1/11/1983.

⁷³⁵ *La Voz*, 3/11/1983.

Cafiero se apuntaba a esta visión que, en su esencia, refrendaba el tópico movimientista y mayoritario del peronismo: “No nos venció un proyecto superior, sino una coalición electoral circunstancial, estimulada por nuestros desaciertos y errores tácticos y estratégicos”⁷³⁶. La diferencia se encontraba entre aquellos que subrayaban que el resultado era el producto de una alianza electoral antiperonista (una suerte de Unión Democrática rediviva) y que, por tanto, había que continuar sin cambios⁷³⁷ y los que acentuaban los errores propios y apostaban por el recambio de la cúpula⁷³⁸.

Por supuesto, pese a esa sensación de estatismo, esta prehistoria de lo que sería después el apogeo de la Renovación no dejará de tener algunas características dignas de interés. Para empezar, la constelación de grupos y líneas que había protagonizado la campaña y que analizamos en el capítulo anterior había sido barrida por elecciones, cuyos resultados crearon nuevos reagrupamientos. Ese estado de alianzas casi líquido, obviamente, conllevó a que la lucha intraperonista se disputara con nuevos actores en liza. Sin embargo, ninguno de éstos conseguiría reunir la energía suficiente como para suponer un verdadero desafío a la conducción oficial, como expresaron los ejemplos del Consejo Federal o la Comisión de Enlace isabelista.

4.1.1. Dos desafíos menores: el Consejo Federal y la Comisión de Enlace

Los doce gobernadores justicialistas constituirían uno de esos flamantes espacios de poder que, además, en su caso, estaba refrendado por los votos. Fruto de esa fuerza territorial, especialmente visible en el interior del país, sería la creación de un Consejo Federal pocas semanas después de los comicios, que reunía a representantes de todos los distritos⁷³⁹. Las expectativas de esos nuevos gobernadores eran altas, de acuerdo con el relato de *El Litoral*: “los líderes de las provincias en las que el justicialismo consiguió

⁷³⁶ *Clarín*, 2/1/1984.

⁷³⁷ Miguel se defendería de las críticas hacia su persona argumentando que “a pesar de haber sufrido un traspicé electoral, sacamos seis millones de votos y entonces poca culpa debo tener yo”. *Clarín*, 10/11/1983. El apoderado Carlos Spadone, por su parte, lanzaría, en la defensa de la conducción, un argumento mucho más práctico para tratar de aplazar las decisiones en el partido: “¿qué reestructuración se puede hacer con los ánimos tan caldeados?”. *Clarín*, 4/11/1983.

⁷³⁸ De nuevo Menem es un buen representante de esa posición: “lo que ocurrió el 30 de octubre fue un accidente y para mantener el liderazgo es fundamental una reorganización donde participen activamente las bases de nuestro movimiento”. *Clarín*, 18/2/1984.

⁷³⁹ *La Voz del Interior*, 8/11/1983. El Consejo Federal estaba conformado por dos representantes por provincia, excepto en los casos de La Rioja y Jujuy.

imponer a sus gobernadores ya han llegado a Buenos Aires con la explícita intención de tomar el control del aparato partidario, con el explicable objetivo de transformarlo en un instrumento al servicio de la tarea de coexistir con el gobierno radical (...) y para ello han reflatado la figura del Consejo Federal⁷⁴⁰. La nueva institución tenía teóricamente una función asesora del Consejo Superior y se esperaba que paulatinamente fuera asumiendo nuevas responsabilidades, pero este empuje inicial protagonizado por los hombres del interior quedaría pronto diluido por varias razones. En primer lugar, porque este Consejo Federal nunca pudo superar su ambigua naturaleza: por un lado, debía limitar el poder de la conducción; por otro, no dejaba de ser una creación de ésta y, en última instancia, era utilizado como escudo contra sus críticas. Añadiendo más limitaciones, la carta orgánica del partido dejaba explícito su carácter complementario y le negaba funciones ejecutivas.

Si, en realidad, la letra de la norma nunca ha sido un obstáculo insalvable dentro del peronismo, la propia heterogeneidad del Consejo Federal sí suponía una barrera importante para que de algún modo este embrión pudiera convertirse en un duro opositor a Miguel. La inclusión indistintamente en este nuevo cuerpo tanto de vencedores como de perdedores en octubre de 1983, más el elevado número de miembros (que hacía mucho más compleja la toma de decisiones) fueron mermando el ímpetu y el espíritu de un Consejo Federal cuyo momento estelar no fue mucho más lejos que el de su creación. La pluralidad de las posturas de éstos tampoco ayudaba a generar acciones eficientes. Menem y Ramón Saadi, por ejemplo, apostaban a que los gobernadores tomaran la conducción del partido inmediatamente, pero la mayoría se mostraba mucho más comedida. Fruto de esas debilidades, el Consejo Federal languidecería así como un órgano apenas consultivo, sin más funciones que las de legitimar con su presencia algunas cumbres peronistas. No obstante, su conformación subrayaba que existían figuras más allá de Buenos Aires con peso suficiente como para gravitar en el orden nacional, como quedará patente en el congreso del partido celebrado en el teatro del Odeón.

Aunque tuviera un carácter meramente cosmético, la creación de este Consejo Federal sería el único cambio por parte de un Consejo Nacional que no encontraría necesario mover más piezas a la hora de reestructurar el partido ni tampoco sería

⁷⁴⁰ *El Litoral*, 7/11/1983.

forzado a ello. En realidad, Miguel delegaría algunas de sus funciones al comando en un triunvirato conformado por Carlos Juárez, Bittel e Ibáñez⁷⁴¹, pero el gesto no supuso más que una retirada táctica para no sufrir un mayor desgaste en un momento en el que, además, la esfera sindical reclamaba toda su atención.

El Consejo Superior, eso sí, encontraría mayores dificultades a la hora de sortear las resistencias protagonizadas por Isabel Perón, que a fin de cuentas podía presumir de ser la presidente legal del partido. Frente a su ya antigua renuncia a participar en los asuntos internos del partido y en la política argentina en general, de manera casi sorprendente veremos en esta coyuntura a una Isabel mucho más activa e interesada por los asuntos del país, que, por ejemplo, sería una de las primeras en enviar a Alfonsín un telegrama de felicitación. No queda aún muy clara la razón de este repentino renovado interés por volver a ocupar la primera plana por parte de una figura que no había ni siquiera despejado sus dudas sobre su voluntad de regresar o no al país. Lo que resultaba innegable era que Isabel no encontraría una oportunidad mejor de reclamar el liderazgo del partido que durante esa coyuntura de confusión.

Tras su marcha a Madrid, la expresidente nombraría a una llamada Comisión de Enlace encargada de representar su voz en Argentina. Esta Comisión, creada a espaldas de las autoridades institucionales y conformada por figuras marginales en el partido, como Labaké, Martiarena, Mondelli o Arrighi, supuso un fuerte espaldarazo y un inesperado balón de oxígeno para un verticalismo que, por sus posiciones netamente conservadoras y su escaso arraigo popular, no contaba, como sucedía durante 1983, con mayor gravitación en el peronismo. Su creación parecía remitir a los tiempos en que Perón nombraba un delegado personal desde Madrid, salvo que la inexistencia de un exilio forzado hacía difícil de entender su necesidad, más allá de que, además, el ascendente de Isabel poco tenía que ver con el de su difunto marido⁷⁴².

⁷⁴¹ *Clarín*, 10/11/1983. La fórmula del triunvirato, que, a efectos prácticos, tampoco tuvo mucha incidencia, sería propuesta por Adam Pedrini y fue aprobada en una de las varias cumbres que los barones justicialistas realizarían durante esas semanas de incertidumbre. Juárez ocupaba el puesto en representación de los gobernadores, en tanto que Ibáñez y Bittel lo hacían por los diputados y los senadores, respectivamente.

⁷⁴² Al respecto, Bittel señalaría que “El general Perón lo ha creado [un comando o comisión] o designado en varias oportunidades... claro, una cosa era el general Perón y otra es la señal de Perón”. “Ese comando nombrado no va a rehabilitar a los perdedores que lo integran”. *El Litoral*, 19/6/1985.

La presidente del partido retornaría al país en un par de ocasiones, la primera de ellas en diciembre de 1983 y posteriormente en marzo de 1984, y en ambas ocasiones no dejó pasar la oportunidad de mostrarse muy cercana al presidente Alfonsín⁷⁴³. Como muestra adicional de su voluntad por seguir controlando las riendas del partido, Isabel cambió poco después la denominación de la Comisión de Enlace por la de Comando Superior, con una composición prácticamente idéntica⁷⁴⁴ y con un poder teóricamente por encima del resto de cuerpos de conducción. Sin embargo, el peronismo no era un caballo que se dejara domar fácilmente, menos aún por un jinete cuyo mayor capital político era su apellido. En realidad, no se daba en el justicialismo una posición homogénea sobre la teórica jefa del movimiento. Existía una minoría ultraverticalista, que obviamente incluía a los hombres de confianza de la Comisión, pero también a miembros de los ortodoxos Comando de Organización y Guardia de Hierro, que, pese a su escaso número, actuaban con escasa coordinación. Se encontraba también una minoría netamente opositora, encarnada en Saadi y su Intransigencia y Movilización, pero la gran mayoría de los peronistas era de la opinión de que Isabel, por su pasado y su condición simbólica, debía conservar algún tipo de rango honorífico sin poder real⁷⁴⁵.

Miguel y su Consejo Nacional se podrían incluir a grandes rasgos en esa mayoría, pese a que la Comisión de Enlace tenía la voluntad de restarle poder y pese a que los roces entre ambas instituciones serían numerosos. El líder gremial tenía, ciertamente, motivos para estar en desacuerdo con Isabel, ya que con la actitud de premiar a sus hombres emborronaba las estructuras institucionales del partido. El hecho de que los miembros de la Comisión acompañaran a Isabel en su visita al presidente sería así considerado como un gesto urticante para muchos miembros del peronismo que veían cómo figuras de escasa representatividad se convertían en interlocutores directos con el gobierno⁷⁴⁶. Su excesiva cercanía a Alfonsín⁷⁴⁷ bajaba, además, decibelios a la estrategia sindicalista de oposición frontal. Y, por si todo ello no bastara para escenificar su

⁷⁴³ *El Bimestre*, 12, 9/12/1983.

⁷⁴⁴ En el planteamiento inicial, el Comando estaba formado por los 16 miembros de la Comisión de Enlace más los sindicalistas Ubaldini y Triaca, acompañados por una comisión asesora de 52 componentes. El Comando estaba encabezado por Arrighi, Labaké, Camús y Mondelli. *La Voz del Interior*, 9/6/1984.

⁷⁴⁵ Existía incluso un sector de los que apostaban por un cambio en la conducción confiaba en que Isabel pudiera tener un papel protagónico en la renovación del peronismo.

⁷⁴⁶ *La Voz del Interior*, 23/5/1984.

⁷⁴⁷ Isabel señalaría, entre otras muchas frases similares, que “el señor Presidente puede contar con el justicialismo para todo lo que interese al destino de nuestra Nación”, *La Voz del Interior*, 22/5/1984.

rechazo a Miguel, Isabel en sus visitas al país se reuniría con todos los sectores importantes del partido (senadores, gobernadores, Consejo Federal,...), excepto con los miembros del Consejo Superior.

Sin embargo, si la sangre nunca llegó al río a pesar de todos estos roces fue porque Miguel conocía bien la debilidad intrínseca de su adversario y porque era consciente de que, además, el tiempo corría a su favor. En primer lugar, resultaba obvio que el Comando no iba a generar jamás un gran entusiasmo y que difícilmente se convertiría en un polo de oposición capaz de desplazarle del poder. Para el porteño Bárbaro, por ejemplo, esta institución suponía “una expresión del neofranquismo, representado por un sector de la derecha del movimiento”⁷⁴⁸. Ciertamente, no encontraremos muchas críticas con ese grado de acidez, pero tampoco se hallarían excesivas muestras de apoyo y de aceptación en el resto del peronismo.

Pero más allá de su mayor o menor aceptación en el partido, los principales problemas para la Comisión de Enlace y el Comando Superior se encontraban de puertas hacia dentro, ya que grandes riñas internas (que tenían un carácter mucho más personal que ideológico) desgarraban su credibilidad. La actitud individualista de Labaké, que se arrogaba la representación total de la institución para dialogar con otros partidos sin consultar con sus compañeros, resultaba, por ejemplo, muy irritante para el resto⁷⁴⁹. El debate sobre el referéndum del Beagle escenificará, como veremos, un nuevo ejemplo de las divisiones en un espacio de ideología trasnochada y en el que, irónicamente, Isabel no era capaz de imponer su criterio.

Fruto de esas divisiones, pronto surgieron voces dentro del Comando (como las de Deheza o Hugo Mott) que abogaban por una actitud de mayor colaboración con Miguel⁷⁵⁰ y que conseguirán que entre el Consejo y los isabelistas se llegara a un pacto de no agresión⁷⁵¹. Así, convertido en una institución de escasa legitimidad y en un espacio apenas útil para que algunas figuras dieran rienda a sus aspiraciones, el Comando

⁷⁴⁸ *El Bimestre*, 15, 10/6/1984.

⁷⁴⁹ *Clarín*, 28/9/1984.

⁷⁵⁰ *Tiempo Argentino*, 26/9/1984.

⁷⁵¹ Se celebraron varias reuniones entre representantes de ambos organismos con el fin de limar asperezas. Sintomáticamente, Labaké no era invitado a ellas, ya que era considerado un “elemento irritativo”. *El Bimestre*, 16, 5/7/1984.

Superior languidecerá en los últimos meses de 1984 y no tendrá papel alguno en los sucesos posteriores⁷⁵².

4.1.2. *El caso de la Capital Federal*

Desactivadas la amenaza del Comando Superior y la autonomía del Consejo Federal, el peronismo llegaría hasta finales de 1984 sin grandes cambios en su línea directiva. Como ya mencionamos, ello no quiere decir, sin embargo, que a un nivel inferior no se estuvieran produciendo movimientos interesantes que anticipaban lo que se viviría más adelante en el conjunto del partido. En la provincia de Entre Ríos, por ejemplo, el congreso del partido aprobó la reforma de la carta orgánica con el fin de implementar el voto directo de los afiliados para las candidaturas a gobernador y vicegobernador⁷⁵³. Los congresos de Santa Fe⁷⁵⁴, Mendoza y Chaco también proclamaron el voto directo para cargos electivos y partidarios, cumpliendo así con una reivindicación por una posición más aperturista y democrática que se haría general entre los críticos de la conducción nacional⁷⁵⁵.

Más allá de la gravísima crisis que se vivía en Buenos Aires, que analizaremos más tarde, también en otras provincias se observaban duros enfrentamientos entre direcciones que no querían ceder el poder ante oposiciones que reclamaban una mayor apertura. En ese sentido, en Corrientes, por ejemplo, un congreso convocado por Julio Romero y desconocido por sus adversarios, expulsaría del partido al opositor Carlos Farizano⁷⁵⁶. En Tucumán también se vivieron numerosos episodios de cuestionamiento al presidente del distrito, Riera, al que distintas líneas criticaban por su excesivo inmovilismo y al que se le reclamaba la renovación de sus autoridades y la inclusión del voto directo. En San Juan, por su parte, se celebrarían internas en noviembre, las primeras tras la derrota de 1983 y en ellas la lista opositora vencería a la oficial de Montañó y Camus⁷⁵⁷.

⁷⁵² El Comando Superior renunciaría en pleno a fines de marzo de 1985. *La Voz del Interior*, 20/3/1985.

⁷⁵³ Los congresales del partido y los candidatos a diputados, sin embargo, seguirían siendo elegidos por el congreso. *El Bimestre*, 16, 1/8/1984.

⁷⁵⁴ *Tiempo Argentino*, 5/9/1984.

⁷⁵⁵ *El Bimestre*, 15, 5/6/1984.

⁷⁵⁶ *El Bimestre*, 16, 1/8/1984.

⁷⁵⁷ *El Bimestre*, 18, 9/11/1984.

Pero quizás los enfrentamientos más trascendentes, por lo que tenían de síntesis y laboratorio de lo que podría ocurrir a nivel nacional, se vivirían en la Capital Federal. El hecho de que fuera el porteño el primer distrito en el que la crisis peronista adquiriera un carácter institucional no debe parecer casual, dado el magro resultado electoral cosechado en octubre, cuando el justicialismo capitalino apenas superó el 25 % de los votos. Abonando el caldo de cultivo de un escenario de conflicto, a este mal desempeño electoral se unirían las heridas todavía no curadas de la campaña, durante la que, como recordamos, Las 62 acapararon la mayoría de los cargos y candidatos. Tras los comicios, la frágil alianza que conformó la antigua lista Azul, compuesta por miguelistas y figuras de Guardia de Hierro y del MUSO, quedó dividida como producto de su heterogeneidad, mientras que aquellas agrupaciones que quedaron postergadas de dicha lista (Convocatoria Peronista, Intransigencia y Movilización) siguieron manteniendo un sentimiento de agravio⁷⁵⁸.

A partir de este contexto, en la Capital Federal se experimentará durante el año siguiente una extraña puja por la reforma del partido y la renovación de sus autoridades en la que, de manera sorprendente, los distintos bandos, tanto de la conducción como de la oposición, proclamaban objetivos similares. Ello ya nos pone en la pista de que la que la velada lucha por el poder se enmascaraba en realidad tras otros ideales más nobles.

En realidad, de la conducción que había dirigido la campaña permanecían pocas figuras apenas unos meses más tarde de los comicios. Poco después de las elecciones renunciarían, entre otros, la vicepresidenta del distrito, Virginia Sanguinetti, junto a otros cuatro miembros de la conducción, vinculados a Guardia de Hierro⁷⁵⁹. No debemos, eso sí, ver ahí un gesto de autocrítica tanto como un intento por forzar la situación y barajar las cartas de nuevo. El movimiento no lograría su fin último, pero la crisis interna no haría más que enredarse a partir de ese punto. Durante el congreso celebrado el 16 de diciembre de 1983, renunció también el presidente del Consejo distrital Mario González,

⁷⁵⁸ *Clarín*, 30/1/1984.

⁷⁵⁹ *La Voz del Interior*, 8/11/1983.

adscrito al MUSO⁷⁶⁰, y las decisiones que en él se debían tomar (básicamente, la reforma de la carta orgánica y la incorporación del voto directo) quedaron postergadas.

Con la renuncia de los cargos más importantes de la conducción, el peronismo capitalino quedó en parcial acefalía y en grave riesgo de caer en la anarquía. Pese a que ese contexto podía favorecer la cicatrización de heridas, las posiciones entre disidentes y oficialistas se enquistarían aún más. Entre los principales núcleos de la oposición se encontraba Cabildo Abierto, agrupación liderada por Salvador Corraró, que englobaba a la antigua Convocatoria Peronista, desprendimientos del MUSO y de la izquierda y núcleos del ultraverticalismo (que se irían poco a poco alejando con el tiempo)⁷⁶¹. La heterogeneidad de esta alianza da una idea de la precariedad de una unión que no iba más allá de la oposición a Lorenzo Miguel. Aunque las fronteras cambiaron numerosamente de posición, alrededor de la conducción se situaba, por su parte, la mayoría del MUSO (que aquí era conocido como Agrupación 30 de Marzo), los luderistas y miguelistas. Éstos últimos abogaban por incluir el voto directo en la carta orgánica, celebrar internas en septiembre y mantener hasta entonces a la actual conducción, en una transición sin traumas. En lo que parecía más bien un diálogo de sordos, curiosamente, Cabildo Abierto reclamaba objetivos similares, con la salvedad de que pedían el cese inmediato de la conducción, un elemento que parecía indicar que el enfrentamiento tenía más de búsqueda de poder que de choque ideológico⁷⁶².

La situación se abocaría durante la primera mitad de 1984 hacia un punto muerto en el que ninguno de los sectores lograría imponer sus posiciones. Tanto unos como otros convocarían varios congresos, pero la falta de quórum en ellos para reformar la carta orgánica (era necesaria la presencia de dos tercios de los delegados)

⁷⁶⁰ *La Voz del Interior*, 10/1/1984. Mario González sería sustituido en su cargo por Osvaldo Pérez. *Clarín*, 30/1/1984. Junto a él, renunciarían también otros cuatro miembros de la conducción, ligados en este caso a las 62: Celestino Blanco, Juan José Minichilo, Luis Santos Casale y Torcuato Fino. *La Voz del Interior*, 18/12/1983.

⁷⁶¹ En julio de 1984, tras varios cambios, la mesa directiva de Cabildo Abierto estaba conformada por Salvador Corraró, Sebastián Borro, Orlando Novara, Nando Bagni y José Krasinski. *Línea*, 57, julio 1984. Según afirmaba Corraró: “El Cabildo busca la unidad de los compañeros de la militancia en pos de las banderas históricas del justicialismo, en el marco de la renovación (...), poniendo énfasis en el aspecto democrático”.

⁷⁶² Como siempre, el juego de alianzas hacía que el cuadro de situación fuera aún más complejo que lo aparente. Pese a su oposición a Miguel, Los 25 y los cafieristas de la Capital, a diferencia de sus compañeros de Cabildo Abierto, no defendían un relevo drástico del líder sindical, ya que mantenían contactos con Ruckauf, aliado a su vez de Miguel. *Clarín*, 17/4/1984.

hacía que no se pudieran llevar adelante los cambios propuestos, pese a que desde ambas vertientes se buscaba teóricamente incluir el voto directo⁷⁶³.

Este bloqueo se irá resolviendo paulatinamente, de manera simultánea a la que, dentro del sector afín a la conducción, se fuera decantando el alejamiento entre los miguelistas, por un lado, y los cafieristas, grossistas y el resto por el otro, en una división al que no era ajeno el creciente enfrentamiento sindical entre Las 62 y Los 25⁷⁶⁴. Este progresivo reagrupamiento posibilitará que todos los que buscaban rebajar la influencia de Miguel llegaran a un acuerdo para convocar un congreso unificado. En dicha reunión, que finalmente se celebraría el 30 de noviembre de 1984 y en la que, pese a no llegarse a los dos tercios del quórum por la ausencia de los congresales de Las 62, se alcanzó por fin el acuerdo de aplicar el voto directo para unas elecciones internas⁷⁶⁵ que, finalmente, se celebrarían meses más tarde⁷⁶⁶. Para el interés que nos ocupa y como muestra del prestigio que los reclamos para una mayor apertura estaban alcanzando, resulta significativo que incluso los que justificaban la posición contraria al voto directo lo hacían desde un discurso contradictoriamente democrático. Bernardino Montenegro, cercano a Miguel, diría que el voto directo podría resultar, en esa coyuntura de división, un factor desgastante que, pese a todo, no eliminaba la posibilidad de roscas y acuerdos previos⁷⁶⁷.

El episodio porteño resume así bastante bien la crisis provocada por el resultado electoral de 1983, que no sólo reventó las alianzas previas, sino que llevó en muchos casos a una parálisis cercana a la anarquía, producto de la división y el cuestionamiento

⁷⁶³ Así, por ejemplo, al congreso oficial celebrado a fines de marzo no acudirían los miembros de Cabildo Abierto. *Tiempo Argentino*, 24/3/1984. Una semana antes se había celebrado un congreso autoconvocado por los disidentes, que llegó incluso a destituir a Miguel como congresal del partido por la Capital, pero que, al sesionar sin quórum, no pudo hacer efectivas sus resoluciones. *Clarín*, 18/3/1984.

⁷⁶⁴ Por supuesto, no había que entender al Consejo porteño como un bloque más o menos homogéneo o ni siquiera funcional. Al contrario, las diferencias en su seno había malogrado en muchas ocasiones la obtención del quórum en sus sesiones, lastrando su funcionamiento. En su interior se encontraban sectores afines a Las 62 (liderados por Alberto Onetto, representante de la UOM en Villa Lugano, la Agrupación 30 de marzo, Los 25 (Digón, Ravitti, Holubica) y los luderistas. *Tiempo Argentino*, 8/11/1984.

⁷⁶⁵ Técnicamente, no fue el congreso (que no disponía de quórum suficiente ya que acudieron 369 de 684 delegados), sino la conducción porteña quien realizó el llamado a internas. Como se explicaba en *El Litoral*: “Carlos Holubica, del consejo metropolitano, aclaró que la decisión fue adoptada en virtud del artículo 85 de la carta orgánica que faculta a la conducción a llamar a elecciones sin necesidad de consultar al congreso”. *El Litoral*, 1/12/1984. Como ilustran en el diario, tampoco en este cónclave faltaron las “trompadas y puntapiés” cuando un grupo de verticalistas trató de colocar en el estrado un retrato de Isabel.

⁷⁶⁶ *Clarín*, 1/12/1984.

⁷⁶⁷ *Clarín*, 9/11/1984.

de las distintas conducciones. Lo ocurrido en la Capital Federal durante 1984 también habla de que se estaba gestando un movimiento dentro del peronismo que reclamaba una mayor democratización del partido, si bien muchas veces esa petición enmascaraba un mayor apetito de poder o una simple manera de enfrentarse a los rivales políticos.

4.1.3. *El debate sobre la cuestión del Beagle*

El caso de la Capital Federal muestra también que, a nivel distrital, se producían desplazamientos importantes frente a un peronismo nacional donde todo parecía desarrollarse a un ritmo mucho más lento. Si algo caracterizaba a este peronismo nacional era una división que explicaba, asimismo, mucho de su inmovilidad. Como ejemplo de esa división, por ejemplo, en la celebración del 17 de Octubre de 1984 sólo en Capital se realizaron tres actos diferentes, correspondientes a tres maneras muy diferentes de entender el peronismo. Como bien reflejaba el sindicalista Roberto García: “la existencia de varios actos es fruto de la crisis del movimiento, una crisis que no hay que negarla, hay que asumirla”⁷⁶⁸. El evento oficial se celebraría en el estadio de Atlanta, con el aval del Consejo, la CGT y el Comando Supremo⁷⁶⁹. El acto pretendía exhibir la unidad del peronismo, pero resultaba revelador que Saúl Ubaldini, figura de consenso, pero sin cargo alguno en el partido, fuera el único orador de la noche, evitando de esa manera la posibilidad de abucheos a figuras criticadas como Miguel⁷⁷⁰. También es significativo para entender las filias y fobias al interior del justicialismo que Iglesias, que seguía contando con un aparato importante en Buenos Aires, prefiriera sentarse en las gradas y no en el palco principal. Simultáneamente, la Juventud Peronista Unificada de Dante Gullo celebraba un acto en Plaza Once en el que no faltaron cánticos contra Miguel e Isabel, mientras que al mismo tiempo el Peronismo Revolucionario, con el apoyo de los restos del naufragio de Montoneros, organizaba un encuentro en la cancha

⁷⁶⁸ *El Periodista*, 6, 20/10/1984.

⁷⁶⁹ *Clarín*, 12/10/1984.

⁷⁷⁰ Ubaldini en su discurso no haría mención de ningún dirigente, ni siquiera de Isabel. *El Bimestre*, 17, 18/10/1984. El analista de *El Litoral*, Luis Garasino, reflejaría perfectamente en su columna el significado de este episodio: “los actos conmemorativos del 17 de octubre pusieron dramáticamente de manifiesto la crisis de conducción del peronismo, donde las diversas corrientes se vieron prácticamente obligadas a organizar cada una sus actos (...). Aún así, el llevado a cabo por el Consejo Nacional (...) puso en evidencia que ningún dirigente está seguro de poder aparecer ante las bases sin exponerse a algún tipo de crítica o incidente”. *El Litoral*, 21/10/1984.

de Platense. Desentendidos de estos actos en la Capital, por su parte, Luder hablaría desde Paraná, mientras que Cafiero lo haría desde Córdoba⁷⁷¹.

Sin embargo, si existió un episodio que sintetizó a la perfección la división del justicialismo y la ausencia de una conducción efectiva que controlara la aparición de opiniones divergentes, fue el debate sobre el referéndum acerca del canal del Beagle, en el que el peronismo ofrecería un caleidoscopio de voces y propuestas a menudo contradictorias.

El origen de la cuestión se encontraba en la disputa por los límites precisos de la frontera entre Argentina y Chile en el canal del Beagle y las islas a su alrededor (Picton, Lennox, Nueva), la cual se había enquistado en una polémica prácticamente centenaria que había provocado importantes fricciones entre ambos países a lo largo de los años. Tras un laudo desfavorable a los intereses argentinos publicado en 1977⁷⁷², la tensión entre los dos vecinos aumentó de tal manera que estuvo a punto de desencadenar una guerra, límite al que no se llegó en gran parte gracias a la intervención de una Santa Sede que se ofreció a mediar en el conflicto. Después de una primera propuesta lanzada en 1980, que tampoco satisfizo a la posición argentina⁷⁷³, se llegó a la solución de 1984 que el gobierno de Alfonsín decidió debatir en referéndum antes de firmarla⁷⁷⁴.

El que se conocería oficialmente como Tratado de paz y amistad con Chile, pese a ceder la totalidad de las islas en disputa al país vecino, ofrecía una serie de ventajas a Argentina respecto a las propuestas anteriores. En él, por ejemplo, se respetaba el principio bioceánico, reservando el Atlántico en exclusiva para los argentinos. Pero, sobre todo, aseguraba la paz y la solución definitiva del conflicto, lo que no era poco para una sociedad cansada de guerras y militarismo.

⁷⁷¹ *Clarín*, 18/10/1984.

⁷⁷² En 1977, la proyección de la zona económica exclusiva chilena superaba el meridiano del cabo de Hornos, frontera convencional entre el Atlántico y el Pacífico, con lo que se rompía el principio bioceánico que tradicionalmente habían respetado ambos países para establecer su frontera: Atlántico para Argentina y Pacífico para Chile. Dicho principio podía presumir de una larga data. Ya en un protocolo firmado por ambos países en 1892 se declaraba que: "... de tal suerte que Chile no pueda pretender punto alguno hacia el Atlántico, como la República Argentina no puede pretenderlo hacia el Pacífico". Citado en una solicitada de la Secretaría de Información Pública, *El Litoral*, 20/10/1984.

⁷⁷³ La propuesta de 1980 incluía la creación de una zona de actividades comunes que se proyectaba sobre el Atlántico, lo que, obviamente, también rompía el principio bioceánico.

⁷⁷⁴ El plebiscito, en realidad, no tenía un carácter vinculante, pero Alfonsín se comprometió a respetar la decisión mayoritaria.

La decidida apuesta del gobierno por el sí a la firma del tratado introdujo al justicialismo en un auténtico brete. Apoyar el voto afirmativo les restaba cualquier diferenciación con un Alfonsín todavía en la cresta de la ola, con el peligro de quedar atrapados en el discurso del gobierno. Defender el no, en cambio, suponía abogar por las posturas más intransigentes y belicistas, aparte del hecho de que, con total seguridad, los abocaría a una nueva derrota. Por su parte, la apuesta por la abstención, directamente, les apartaba el juego democrático y del protagonismo político.

En medio de esa disyuntiva, nada más conocerse la convocatoria a la consulta para el 25 de noviembre de 1984, se empezaron a escuchar voces dispares en el seno del peronismo. En realidad, la solución al dilema por parte del justicialismo consistiría en no ofrecer una respuesta única, aunque, como era natural, en modo alguno ése era un resultado buscado. Desde un primer momento fueron varias las figuras que se desmarcaron por el sí. Julio Bárbaro afirmaría así que “el peronismo –basta recorrer los discursos de su jefe- tiene una larga tradición pacifista. Aceptar la propuesta papal significa la continuación de esa línea para la cual la unidad latinoamericana es primordial”⁷⁷⁵. Sin embargo, parecía que alrededor del no se reunían las figuras de mayor gravitación del partido. Saadi y Arrighi, entre otros, por ejemplo, firmarían un documento en el que se sugería que la firma del tratado suponía un paso atrás estratégico para el país. Sostendrían de esa manera que Chile “aprovecha las ventajas obtenidas para completar sus planes estratégico mientras por nuestra parte desmantelamos a nuestras Fuerzas Armas y suspendemos los programas de desarrollo de tecnología nuclear”⁷⁷⁶.

Mientras esta toma de posiciones tenía lugar, a la cúpula del partido, sin embargo, le asaltaban las dudas sobre qué camino seguir. En un principio, Miguel parecía abogar por dar libertad de acción a los afiliados, pero esta opción sería rápidamente superada tras una reunión convocada por el Consejo junto al resto de

⁷⁷⁵ *El Bimestre*, 17, 1/9/1984. También Robledo, que por ese entonces ejercía como asesor personal del presidente defendería la celebración de la consulta: “es una manera de transferir una seria responsabilidad nacional al ciudadano y será, sin duda, el inicio de una docencia de civismo de trascendencia para la vida del país”. Otros peronistas como Luder también expresarían a lo largo de esas semanas su preferencia por el sí.

⁷⁷⁶ *El Bimestre*, 17, 1/9/1984. Se desprende también en este texto la visión sobre las Fuerzas Armadas que defendía cierto sector del peronismo. Como muestra de otro argumento peronista por el no, José María Vernet, desde Santa Fe, afirmaría que “no estamos en contra del acuerdo logrado con Chile, sino contra la consulta en sí, porque corre el riesgo de convertirse en una herramienta proselitista”. *La Voz del Interior*, 7/11/1984.

cuerpos orgánicos del peronismo, en la que se fijaría la posición oficial. Tras esa cumbre, en la que participarían también los representantes del Comando, Las 62, la CGT y el Consejo Federal, se decidiría que el peronismo defendería la “abstención activa”; posición que se defendía argumentando que la consulta era sólo una maniobra del gobierno para ganar popularidad: “Existen suficientes elementos de juicio para atribuir a esta consulta un carácter meramente distractivo, en momentos en el que el conjunto de la sociedad argentina atraviesa por una grave crisis económica”⁷⁷⁷. Así, ante la tesitura planteada, el peronismo optaba por la solución menos imaginativa y en principio menos comprometida, pese a que, paradójicamente, entrañaba muchos riesgos: principalmente, el de dar una imagen de desapego por los problemas del país. Ninguna crítica a la opción tomada por el peronismo sería más certera como la del canciller Dante Caputo: “nos plantean la abstención porque no se animan a plantear en las urnas una posición clara”⁷⁷⁸.

Si bien la abstención fue oficialmente la posición justicialista, la cúpula del partido no pudo controlar con la energía suficiente que toda la institución se encolumnara tras una opción que muchos consideraban escasamente original y perniciosa para los intereses del partido. De hecho, ni siquiera dentro de un grupo tan acotado como era el Comando Superior se pudieron consensuar posiciones, ya que Labaké y el grupo mayoritario apoyaban la aprobación del tratado (aunque sin la necesidad de dar, eso sí, el paso intermedio del referéndum), mientras que Arrighi lo rechazaba⁷⁷⁹. Tampoco los senadores, liderados por un Saadi que había asumido cierto liderazgo en la defensa de la abstención, podían presumir de unanimidad, ya que varios de ellos, como Eduardo Menem, estaban a favor del sí⁷⁸⁰. Esas voces por el sí llegaban desde posiciones principistas a argumentos más prácticos y calculadores como el de

⁷⁷⁷ *La Voz del Interior*, 31/10/1984.

⁷⁷⁸ *El Bimestre*, 18, 16/11/1984. Por supuesto, la cuestión del Beagle generó debates en todas las agrupaciones políticas, no sólo en el peronismo. En la UCR, por ejemplo, la línea sabattinista y otras agrupaciones se oponían a la firma del tratado. Sin embargo, a diferencia del justicialismo, en el radicalismo se trataba de agrupaciones menores y no hubo problemas en que se aceptara generalmente la opción oficial. *Tiempo Argentino*, 13/11/1984.

⁷⁷⁹ *El Bimestre*, 18, 1/11/1984. El debate sobre el Beagle sería el detonante de una de las recurrentes crisis del Comando Superior de las que hablábamos en páginas anteriores. En esta ocasión, Arrighi, paladín del no, criticaría a Labaké que la decisión final de apoyar la firma no se hubiera tomado por consenso, como era habitual. En la votación final, las posiciones de Arrighi y Martiarena quedaron en minoría por 6 a 10. *La Voz del Interior*, 7/11/1984. Oficialmente, en el documento del Comando Superior se concluiría que “es necesario reconocer que ningún tribunal del mundo nos daría mayores logros que los obtenidos por el tratado”.

⁷⁸⁰ *El Bimestre*, 17, 18/10/1984.

Roberto Romero, quien afirmaba que “yo no estoy dispuesto a tirar por la borda todos los votos que tengo en Salta”⁷⁸¹. Como muestra más palmaria del escaso control que podía ejercer la conducción, Menem se permitiría incluso realizar poco antes de la consulta un acto de apoyo al sí en La Rioja, que contaría con la presencia del canciller Caputo⁷⁸².

Complicando aún más el panorama y las dudas sobre la posición del justicialismo, aunque, como ya se ha dicho, la conducción apoyaba la abstención de manera oficial, la imagen que ésta proyectaba a la sociedad era de confusión e inconsistencia en sus postulados. Tal extremo quedaría totalmente patente en el debate televisado que mantuvieron Saadi y Caputo, en el que ambos representantes de los partidos mayoritarios expusieron sus argumentos sobre el tratado. No era casual, por otra parte, que fueran Saadi y los senadores los líderes y portavoces de la posición del peronismo, ya que la Cámara Alta se había convertido en uno de los núcleos de poder más importantes para el partido: no sólo tenía la fuerza numérica para frenar iniciativas claves del gobierno, sino que durante esa coyuntura se comportaría como un espacio homogéneo políticamente, algo de lo que no podían presumir el resto de instituciones del justicialismo. Durante el debate, frente a la mesurada exposición del ministro de Exteriores, el senador justicialista ofrecería una intervención en ocasiones atropellada⁷⁸³, en la que, paradójicamente, más que desarrollar las ventajas de la abstención, parecía dar alas a los que defendían el no, con argumentos de raíz antiimperialista extraídos de la tradición nacionalista peronista más antigua: “quedó demostrado que el tratado de paz y amistad es el laudo de la reina de Inglaterra disfrazado”, “el tratado concede al imperialismo los tres pasos entre el Atlántico y el Pacífico: el canal del Beagle, el estrecho de Magallanes y el estrecho de Drake”⁷⁸⁴.

Ante tales indefiniciones y bandazos, con un Miguel y un Consejo Superior mostrando un perfil bajo, no extraña que los intentos por reprimir las opiniones

⁷⁸¹ *El Bimestre*, 18, 1/11/1984.

⁷⁸² *El Bimestre*, 18, 1/11/1984. Menem pondría el dedo en la llaga al afirmar que “no podemos ver sin sublevarnos cómo nuestros compañeros coinciden con Isaac Rojas”. Como se sabe, Rojas fue uno de los líderes de la llamada *Revolución Libertadora* que derrocó al peronismo en 1955 y ahora se había manifestado repetidamente como contrario al tratado. *La Voz del Interior*, 21/11/1984.

⁷⁸³ El nerviosismo que mostró Saadi durante sus intervenciones dio pie a algunos lapsus que forman ya parte del imaginario popular, como las referencias del senador a “las nubes de Úbeda”. *El Litoral*, 16/11/1984.

⁷⁸⁴ *Tiempo Argentino*, 16/11/1984.

contrarias a la posición oficial cayeran en saco roto. Demostrada su debilidad, la conducción justicialista recibiría un nuevo golpe por los resultados de la consulta, ya que la participación se situó en torno al 70 %, de los que el 81 % optaría por ratificar el tratado y el 17 % lo haría por el no⁷⁸⁵.

En medio de este contexto de desunión y casi anarquía, llama todavía más la atención que no apareciera un poderoso polo opositor a la conducción que aprovechara la estructura de oportunidades y se hiciera con el control del partido. En realidad, aunque sus acciones tardaran meses en dar un fruto visible, ello no quiere decir que los disidentes a la conducción se mantuvieran en hibernación durante ese tiempo. Al contrario, durante todo el año se podrían detectar movimientos de distintas figuras que fueron tejiendo los contactos que se materializarían en el congreso del Odeón. Por ejemplo, Menem, en marzo de 1984, lanzaría una nueva corriente, llamada Restauración Peronista, que exigía la “renovación de los mandatos de la conducción, por voto directo y no más allá de junio” y con la que ya expresaba su deseo de convertirse en candidato a presidente para 1989⁷⁸⁶. Desde Capital Federal también hemos mencionado que figuras como Julio Bárbaro y Roberto Grabois reivindicaban Grosso como un líder con proyección nacional, mientras mantenían vínculos para crear una nueva corriente opositora con políticos como Rubén Marín, De la Sota, Carignano o Massei⁷⁸⁷. Por su parte, Vicente Saadi también trabajaría para conformar un frente renovador de cara al congreso nacional que se avecinaba. Se embarcaría así en una llamada “embajada de la buena voluntad” que lo llevaría por Córdoba, Tucumán, Salta, Santiago y Chaco⁷⁸⁸ y a reunirse durante su periplo con políticos como Unamuno y Grosso⁷⁸⁹.

⁷⁸⁵ Llama la atención que, quizás como muestra de su frustración, la primera reacción de la conducción peronista fuera la de poner en duda los resultados y afirmar que se habían producido irregularidades en los votos. *El Bimestre*, 18, 26/11/1984. Por lo demás, resulta significativo que en Catamarca, la provincia de Saadi, la participación cayó hasta el 49 % (aunque, de ellos, el 94 % votó por el sí). *El Litoral*, 27/11/1984.

⁷⁸⁶ *Clarín*, 21/3/1984.

⁷⁸⁷ *Clarín*, 16/4/1984. Carlos Grosso sería una de las figuras que más bregarían en esta protohistoria de la Renovación para unir a los descontentos con la conducción oficial. Mantendría así que “lo que la base peronista quiere es una renovación y una jerarquización del movimiento a través de una reorganización que, en lo posible, mantenga la unidad partidaria, pero unidad no es amontonamiento”. *Tiempo Argentino*, 8/11/1984.

⁷⁸⁸ *La Voz*, 11/7/1984. La propuesta defendida por Saadi era nominar durante el congreso una nueva conducción con mandato de un solo año, que tendría la misión de reformar la carta orgánica y convocar a elecciones directas.

⁷⁸⁹ Todos estos movimientos acabarían por encontrarse a lo largo del tiempo. Por ejemplo, semanas antes del congreso nacional se realizaron reuniones entre Menem, Bárbaro, Unamuno y Grosso para conformar una línea de oposición a Miguel. *Clarín*, 1/12/1984.

El primer año entre las elecciones se saldaba así, sorprendentemente, con cambios en el peronismo pese al impacto que supuso la derrota de octubre. Ni Miguel ni el resto de la conducción, a pesar de todas las críticas recibidas, tuvieron que hacer frente a desafíos verdaderamente importantes por parte de una oposición muy fragmentada. Sin embargo, episodios como el del Beagle demostraban también que esa cúpula carecía de la energía o la legitimidad para imponer la disciplina de partido y que el partido hablara con una sola voz. Aunque los reclamos por un cambio nunca tuvieron, a nivel nacional, una expresión estructurada, sí que observamos que a fines de año, cuando ya se acercaba la celebración del congreso nacional, comenzaron a realizarse movimientos para garantizar una mayor coordinación en un cónclave que se presumía clave. Como veremos en el próximo apartado, todos estos movimientos larvados y tensiones no resueltas a lo largo de 1984 explotarán en diciembre de ese año.

4.2 Del Odeón a las elecciones de 1985: el primer ciclo de la Renovación

Tras un año de calma tensa y movimientos subterráneos, la celebración del congreso nacional del partido, en diciembre de 1984, cambiará radicalmente las relaciones de grupos y la lógica del enfrentamiento al interior del peronismo y marcará la aparición de la Renovación, cuya prehistoria y primeros contactos hemos analizado en el apartado anterior. Como trataremos de explicar en las próximas páginas, este enfrentamiento entre Renovación y ortodoxia distó de ser una nítida contraposición entre un grupo de demócratas convencidos y una conducción retrógrada aferrada al poder, sino que se desarrolló en medio de una gran cantidad de ambigüedades que desdibujaron enormemente los perfiles y objetivos de uno y otro sector, que, para mayor dificultad, sufrieron varios cambios de bando. Pese a estas reservas, lo cierto es que los reclamos por una mayor democratización interna, por un recambio de los hombres de la cúpula dirigente (que todavía arrastraban la carga de la derrota de 1983) y un nuevo tipo de relación con la sociedad y con el gobierno que hemos visto aparecer en distintas provincias adquirirán ahora una dimensión nacional que afectará al conjunto del partido.

En este apartado analizaremos la primera de las fases en las que se divide el ascenso de la Renovación al control partidario, la que abarca desde el congreso del Odeón de 1984 a la celebración de las elecciones legislativas de 1985. Esta etapa estará

marcada por esa aparición y configuración de la Renovación como un nuevo actor dentro del peronismo, sus límites para imponer un recambio a la antigua conducción y la legitimación, a través de los votos de las legislativas, de su propuesta a nivel nacional.

Como vimos anteriormente, meses antes de la celebración del congreso varias figuras del peronismo comenzaron a realizar acciones que tendían a unificar el heterogéneo conglomerado opositor a la conducción encarnada en Lorenzo Miguel. Se dieron también, por supuesto, intentos por fomentar la unidad entre unas partes que, soterrada e inexorablemente, se iban distanciando. Se celebrarían incluso encuentros en el domicilio del empresario Jorge Antonio, que congregaron a personalidades tan diferentes como Iglesias, Cafiero, Arrighi, Saadi o Ponce⁷⁹⁰. En ellas incluso se buscó firmar el compromiso de crear una nueva conducción que llamaría a internas a cambio de que Las 62 ostentaran la representación exclusiva del tercio sindical. El acuerdo se vino abajo por culpa de este último punto y las críticas de Cafiero y los aliados de Los 25, pero más allá de cuestiones puntuales este ejemplo dejaría patente que unir al peronismo en el próximo congreso iba a resultar arduamente complicado.

En realidad, como hemos sugerido, ni siquiera dentro del campo opositor existía unidad. Al contrario, pese a todos esos esfuerzos por apuntalar contactos, a pocos días del congreso, el arco de quienes buscaban un cambio englobaba, entre otros, a varios grupos no siempre bien avenidos. Ni siquiera dentro de cada uno de estos sectores reinaba la unanimidad, como ocurría en el caso de los gobernadores. Resultaba obvio que Vernet, Bogado, Riera o Saa no parecían muy cómodos en su rol opositor, mientras que Menem abogaba por posiciones más intransigentes y Saadi parecía luchar por su cuenta para encabezar una conducción de transición. Gobernadores aparte, desde el distrito bonaerense se había generado otro sector renovador entre opositores a Iglesias, como Duhalde, Macaya o Setti. El sector de diputados más rebelde a la dirección de Ibáñez (Unamuno, Pedrini, Roberto García) formaría otro de los grupos en liza, mientras que figuras como Bittel o Corach abogaban por un cambio menos radical y concertado. Por último, el sector que agrupaba a cafieristas, grossistas y sindicalistas de Los 25 y Gestión y Trabajo (que había cobrado cierta expresión institucional como

⁷⁹⁰ *Tiempo Argentino*, 13/11/1984.

Centro de Trabajo y Coordinación) aspiraba a que se celebraran internas directas antes de mayo⁷⁹¹.

Desde la otra vereda también se estaban preparando cambios importantes. Miguel ya había anunciado que quería dar un paso al costado en la vicepresidencia, aunque sólo fuera para seguir ejerciendo el poder tras las cortinas, sin la exposición del primer plano. Con un Lorenzo Miguel reforzado en el plano sindical tras haber sido ratificado como secretario general de la UOM⁷⁹², el hecho de que Vernet, figura sin aparato propio y que debía a Las 62 su fulgurante ascenso hasta la gobernación de Santa Fe, fuera el elegido para reemplazar a Miguel indicaba que todo pasaba por una voluntad gatopardista de cambiar algo para que todo siguiera igual. Vernet permitía además ofrecer la imagen de un político joven y sin ataduras con el pasado y, sobre todo, con él se insertaba una cuña en el frente de los gobernadores del interior.

4.2.1. *El congreso del Odeón*

El congreso del Odeón, que debía ser un punto de encuentro para debatir la situación del partido, sellaría sin embargo la ruptura que llevaba tantos meses latentes. Lejos de la estampa habitual de calma de una reunión política, en los alrededores y en el interior del teatro porteño se respiraba en aquella jornada un ambiente cargado, obra de varios grupos de barras que respondían a Iglesias y Miguel que se negaban a retirarse de sus asientos. En ese escenario, la tensión podía estallar en cualquier momento y lo hizo antes de que las sesiones pudieran empezar propiamente, por culpa de una cuestión aparentemente burocrática que, más allá de la anécdota, encerraba muchas de las claves de la división en el peronismo nacional y, concretamente, en el bonaerense⁷⁹³. Rubén Sárboli, aliado personal de Iglesias, propuso designar una nueva comisión de poderes, que sería la encargada de convalidar a los nuevos congresales que el herminismo había nombrado tras la suspensión de decenas de delegados opositores⁷⁹⁴. Tras esta moción se

⁷⁹¹ Se había creado asimismo un Frente Renovador Peronista, integrado por componentes del MUSO, Convocatoria Peronista, FUP, Los 25 y Gestión y Trabajo. Uno de sus principales impulsores sería un Grosso que proponía la “gestación de un frente de todos los que están en la renovación, sin que importe en qué línea estuvieron con anterioridad”. *El Bimestre*, 16, 1/12/1984.

⁷⁹² *La Voz del Interior*, 15/12/1984.

⁷⁹³ *Clarín*, 16/12/1984.

⁷⁹⁴ Como analizaremos más tarde, durante el último congreso los herministas habían elegido por sorteo los congresales nacionales que acudirían al Odeón, lo que dejó en suspensión a 20 de ellos. Estos

desarrollaría un confuso debate sobre cómo se debía votar esta propuesta, en una discusión que se saldaría con una retirada masiva de congresales disidentes, mayoritariamente del interior, en medio de insultos y alguna agresión física.

Que lo que pudiera parecer un simple tecnicismo derivara en un cisma dentro del justicialismo da cuenta del enorme grado de tensión no resuelta que se almacenaba al interior del partido. Con esa retirada quedaría finalmente consumada la división en el peronismo: por un lado, la alianza formada por Las 62 y los herministas, y por otro, un conglomerado de disidentes no necesariamente coherente, que tenía como principal punto de unión la oposición al otro bando.

Con sus rivales fuera del recinto, los que se conocerían como ortodoxos ya no tendrían oposición para nombrar una nueva cúpula estrictamente a su medida, respetando a Isabel en la presidencia del partido, pero con Vernet como vicepresidente primero, Miguel como vicepresidente segundo e Iglesias como secretario general⁷⁹⁵. Sin embargo, pese a haber conseguido el objetivo que buscaban, la entente miguelista-herminista se encontraba en una posición sumamente frágil. No sólo debían afrontar el fantasma de la ruptura, sino también el de la soledad y aislamiento político. Por ejemplo, Ubaldini, Fino y Matera rechazaron ocupar las secretarías para las que habían sido designados. El flamante vicepresidente Vernet, además, no era respaldado ni siquiera en su propio distrito, donde era resistido por el vicegobernador Carlos Aurelio Martínez, el senador Celestino Marini y gran parte de los congresales que fueron al Odeón⁷⁹⁶. Hasta el propio Miguel, en una posición muy contemporizadora, prefirió no asumir su nuevo puesto de vicepresidente segundo hasta que la situación no tuviera unos tintes más claros⁷⁹⁷.

congresales apartados trataron de presentarse en el teatro, acreditados por la justicia electoral, pero no lograrían su objetivo. *El Litoral*, 16/12/1984.

⁷⁹⁵ Se nombrarían también 15 secretarías, entre las cuales destacaban las de Trabajo para Saúl Ubaldini y de Planeamiento para Raúl Matera, quienes posteriormente rechazarían su designación. También Torcuato Fino (secretario de Asuntos Institucionales) y Julián Licastro (secretario de Adoctrinamiento) rechazarían la oferta.

⁷⁹⁶ Como muestra de que las críticas hacia Vernet podían alcanzar cotas virulentas, de él afirmaría Menem que “fue asesor de la dictadura en Salta donde trabajó con el entonces gobernador capitán de navío Ulloa”. *Clarín*, 26/1/1985.

⁷⁹⁷ *Tiempo Argentino*, 21/12/1984. Por lo que respecta a las formalidades del congreso, los odeonistas decidieron que las sesiones, que técnicamente pasaron a un cuarto intermedio, continuaran unos meses más tarde en Capital Federal.

Por su parte, los congresales rebeldes también comenzaron a organizarse y a realizar actos políticos. Pronto crearían una mesa directiva de 48 miembros⁷⁹⁸ liderada por Oraldo Britos⁷⁹⁹, encargada de coordinar un espacio que brillaba, ante todo, por su heterogeneidad. Su primera decisión sería convocar un nuevo congreso, que definitivamente tendría lugar en Termas de Río Hondo, en la provincia de Santiago del Estero, a principios de febrero⁸⁰⁰. Sin embargo, más allá de las críticas a la conducción y al sentimiento de haber sido atropellados en el frustrado congreso, las huestes renovadoras no podían reunir a grupos más diferentes. La preponderancia del interior era indiscutible y ello otorgaba a los renovadores una fortaleza territorial en absoluto desdeñable⁸⁰¹; pero, dejando a un lado la procedencia geográfica compartida, pocos puntos más unían a los renovadores. En su interior se situaba la práctica totalidad de los gobernadores y senadores (aunque entre ellos se dieran importantes diferencias, como las que separaba a Saadi y Martiarena), alrededor de 60 diputados, los grupos sindicalistas de Los 25 y Gestión y Trabajo y figuras importantes del partido como Cafiero y Grosso⁸⁰².

Más allá del acuerdo a la hora de convocar un nuevo congreso, tampoco había mayor consenso sobre el camino a elegir. Para algunos (la mayoría del MUSO, por ejemplo), el próximo cónclave debía elegir una conducción provisional, que en el plazo de 90 o 120 días llamara a internas para la renovación de la dirección. Gran parte de los gobernadores, por su parte, optaba por nombrar una dirección con un año de mandato, encargada de preparar las elecciones legislativas de 1985: descontando una nueva derrota justicialista, pensaban que esa conducción de transición quedaría desprestigiada tras los

⁷⁹⁸ A los renovadores se les conoció en un primer momento con el sobrenombre de “los 48”, número que se obtenía de la suma de los dos delegados que aportaba cada distrito a la mesa de conducción.

⁷⁹⁹ El senador por San Juan Oraldo Birtos comenzó su militancia política en el ámbito sindical, concretamente, en el sector ferroviario. Ligado en un primer momento a Rucci, ejerció como senador ya en el periodo 1973-1976. Durante los años 80 protagonizaría una fuerte disputa con los hermanos Rodríguez Saa por el control del peronismo provincial. Después de 1983, alcanzaría notoriedad en los debates sobre la reforma sindical propuesta por el gobierno.

⁸⁰⁰ *La Voz del Interior*, 4/1/1985.

⁸⁰¹ En ese sentido, los análisis describirían que “este movimiento renovador que parece cobrar fuerza se ha gestado desde el interior al centro”. *El Periodista*, 17, 5-11/1/1985. De hecho, era habitual conocer a los disidentes como “los hombres del interior” y algunos de los propios renovadores pensaban en el clivaje Buenos Aires/interior como la principal división. Rubén Cardozo, diputado por Santa Fe, después de recordar la elección de Ibáñez como presidente del bloque parlamentario contra el parecer de los legisladores bonaerenses, señalaba que “ahora ha ocurrido lo mismo: el interior del país afirmó su personalidad. Aparecieron los hombres del interior, esos viejos gauchos de antes, con mucha gente nueva y dijeron: se terminó, empieza otra etapa en el peronismo”. *El Litoral*, 26/12/1984.

⁸⁰² *Clarín*, 2/1/1985.

comicios. Una tercera corriente de opinión pensaba que la mejor opción sería que la mesa del Congreso, presidida por Bercovich Rodríguez, se hiciera cargo de la dirección provisional hasta la celebración de las internas.

Ni siquiera entre los gobernadores, grupo que en un primer momento podría parecer más homogéneo, existía unanimidad. Obviamente, Vernet no participaba de los anhelos renovadores, pero ni siquiera en el resto había una opinión compartida sobre lo que debía significar el nuevo congreso. Para Carlos Juárez, por ejemplo, el cónclave debía ser una reunión política, sin el rango de congreso para evitar problemas legales; postura que le valdría una fuerte discusión con Menem, quien defendía que debía celebrarse un congreso real⁸⁰³. Otros gobernadores, como Saa, Camus o Franco, opinaban en cambio que no se debía celebrar ninguna de las reuniones programadas y que se debía bregar por la unidad del peronismo.

Qué tipo de relación se debía mantener con el sector oficialista del peronista era precisamente uno de los clivajes que separaban al conglomerado renovador. Si bien no se podía etiquetar como propiamente renovadores a los gobernadores citados que aspiraban a la unidad, sí se podrían hallar dentro de los disidentes al oficialismo figuras más afines a la negociación, como Diego Guelar o Alberto Melón. La mayoría, sin embargo, era partidaria de no apartarse del camino trazado y mostrar una imagen dura. Existían, además, incentivos para defender esa posición: la unidad de los disidentes era tan precaria, que las dudas, las negociaciones y el paso del tiempo la podían diluir rápidamente.

Aunque no estuviera claro el cariz que iba a tomar todo, existía consenso en que lo ocurrido en el congreso del Odeón iría mucho más allá de los polémicos incidentes que allí sucedieron y que éstos marcaban el punto de no retorno de una crisis larvada en el peronismo durante años. Habría que preguntarse incluso, como hacía Oraldo Britos⁸⁰⁴, si la crisis abierta en el Odeón hundía en realidad sus raíces en la propia muerte de Perón. Como es obvio, la desaparición del líder dejó un vacío de poder que sus herederos tardarían tiempo en resolver (tiempo que se alargaría aún más por el paréntesis que supondría la dictadura) y, en esencia, el enfrentamiento entre renovadores

⁸⁰³ *La Voz*, 30/1/1985.

⁸⁰⁴ En Odeón, explicaría Britos, “hizo eclosión la crisis que venía sufriendo el peronismo desde el primero de julio de 1974, cuando murió Juan Domingo Perón”. *El Periodista*, 18, 11-17/1/1984.

y ortodoxos tuvo mucho que ver con la solución de la cuestión del poder y de quién y cómo debía llegar hasta él. Pero aunque ésta fuera la razón última del conflicto, éste adoptaría multitud de formas que desdibujarían su esencia original. De hecho, desde un primer momento, sería incluso complejo definir las fronteras entre uno y otro bando, tal y como reconocía el analista Van der Kooy: “hasta la etiqueta de uno y otro sector parecía no reconocer un límite preciso”⁸⁰⁵.

Como muestra de la división que supuso el congreso del Odeón, ambos bandos optaron por impugnar, respectivamente, el resultado de la reunión porteña y la convocatoria a Río Hondo. La vía judicial abría un camino alternativo y paralelo al conflicto, que tuvo una intención casi exclusivamente legimitadora, ya que todos eran conscientes de que, ante la magnitud de la disputa, sólo una solución política podía ser efectiva. La salida hacia los tribunales, en realidad, poseyó significados diferentes para unos y otros. Para Miguel, siempre mucho más dispuesto a la negociación⁸⁰⁶, denotaba una cierta debilidad, ya que con el acto de la impugnación convalidaba políticamente la convocatoria a Río Hondo y la existencia de los renovadores. Éstos, en cambio, se mostraban más confiados en la solución judicial, puesto que tenían a su favor la legitimidad que les concedían los incidentes ocurridos en el Odeón⁸⁰⁷. No obstante, a pesar de esa fe, los renovadores tampoco apostaron todo su capital a lo judicial. La audiencia de conciliación propuesta por el juez federal Fégoli⁸⁰⁸ fracasó, por ejemplo, por el rechazo renovador a la oferta de un Vernet que proponía reanudar Odeón con garantías de respeto y realizar algún cambio en la conducción.

⁸⁰⁵ *Clarín*, 24/1/1985.

⁸⁰⁶ En realidad, Miguel trató de encontrarse con Britos en numerosas ocasiones, sin éxito. El sindicalista llegó a ofrecer la cabeza de Iglesias a cambio de mantener a Vernet y postergar las internas hasta 1986. *El Bimestre*, 19, 9/1/1985.

⁸⁰⁷ También contaban con el informe de los veedores en el congreso que afirmaban que “se permitió el acceso –al menos al hall de entrada y los palcos- a gran cantidad de personas que no eran precisamente congresales”. *Clarín*, 21/12/1984. Entre las irregularidades denunciadas se encontraba también el hecho de que el congreso del Odeón había sido convocado mediante una sesión extraordinaria –en principio, el punto principal del punto del día era debatir sobre el asunto del Beagle-, pero se concretó en una sesión ordinaria. Además, se consideraba que la elección de una nueva comisión de poderes fue “extemporánea e intempestiva”. *La Voz del Interior*, 20/12/1984.

⁸⁰⁸ *El Bimestre*, 19, 9/1/1985. Britos, Saadi y Corach serían los encargados de representar a los renovadores en la audiencia de conciliación. *Clarín*, 11/1/1985. Corach había ejercido como apoderado del partido anteriormente. Precisamente, una de las primeras resoluciones del Consejo de Vernet fue destituirle de su cargo después de que Corach afirmara que existían razones jurídicas para impugnar el congreso del Odeón. *La Voz del Interior*, 19/12/1984.

De hecho, pese a que Fégoli tomara la resolución de no innovar en los preparativos para el congreso de Río Hondo y para la reunión que los oficialistas preparaban en Capital Federal, no se frenó el impulso de ninguno de los dos sectores y, tras una nueva resolución judicial, ambos cónclaves pudieron llevarse a cabo sin mayores problemas.

Como cabría esperar, el congreso oficialista celebrado en Capital, teórica continuación del de Odeón, ofreció pocas novedades. Se decidió allí no ratificar a la mayoría de los nombres de la conducción propuestos en diciembre, dejando así la puerta abierta a una posible negociación. Pero, aparte de ese gesto, no se realizó ningún esfuerzo para impulsar la reunificación, más allá de que la idea mayoritaria fuera nombrar un Consejo provisional hasta las elecciones de 1985⁸⁰⁹. La reunión en Río Hondo, en cambio, marcaría el bautismo de la Renovación como una entidad más o menos conformada.

4.2.2. *El congreso de Río Hondo*

En la turística localidad santiagueña se vivió, ante todo, un contraste de formas y estilos frente a lo experimentado mes y medio antes en el Odeón. Tras la tensión que se sufrió allí, el congreso en Río Hondo transcurrió en medio del respeto generalizado entre los cerca de 400 congresales presentes⁸¹⁰, lo que ya suponía de por sí un paso importante.

Por supuesto, no todo se redujo a una cuestión de formalidades. Pese a que las resoluciones tomadas distaron de ser revolucionarias, éstas tuvieron un importante calado. Quizás la más clave de ellas, pues simbolizaba claramente el corte que se quería expresar sería el nombramiento de una nueva conducción de transición⁸¹¹. Sin embargo, no deja de ser sintomático de las limitaciones de estos renovadores que Isabel continuara ocupando la presidencia del partido en el nuevo organigrama propuesto. Pese a que la gran mayoría de los delegados aprobaba su alejamiento, la cuestión de Isabel continuaba siendo un tema tabú del que era muy difícil desprenderse. No se debe

⁸⁰⁹ *La Voz*, 3/2/1985.

⁸¹⁰ 395 es el número que ofrecía *Clarín*, 3/2/1985.

⁸¹¹ Se preveía que esta conducción de transición concluiría su mandato el 15 de diciembre.

olvidar tampoco que dentro de los rihondistas también se encontraban importantes isabelistas como José Humberto Martiarena. En ese sentido, además del respeto a la liturgia, mantener a Isabel como presidente (lo que, a fin de cuentas, sólo tenía un papel simbólico) servía para mantener ciertos equilibrios internos. Porque, en efecto, los distintos intereses y perspectivas que se reunían en Río Hondo iban a complicar la definición de la lista final. En ésta, Britos, premiado por su labor de gestión durante esas semanas, sería designado como vicepresidente primero⁸¹²; con Olga Riutort como vicepresidenta tercera y De la Sota como secretario general.

Ya esta última selección nos habla de las divisiones y problemas que atravesaban los rihondistas. En teoría, De la Sota debía ocupar la secretaría general sólo de forma provisional, ya que tradicionalmente éste era un cargo reservado a un político bonaerense; sin embargo, la dividida situación en la provincia⁸¹³ impidió que se cumpliera esa regla no escrita. Por su parte, que el puesto de vicepresidente segundo y el de secretario gremial quedaran vacantes en un primer momento tampoco resultaba casual y denotaba asimismo las dificultades a la hora de encajar unas piezas sólo unidas por su oposición al oficialismo. De nuevo, según la tradición esa vicepresidencia segunda debía ser ocupado por una figura de extracción sindical; no obstante, tanto Los 25 como Gestión y Trabajo, los dos sectores gremiales que apoyaban la celebración del congreso, molestos con algunas medidas tomadas⁸¹⁴, decidieron no ocupar, como medida de protesta, los puestos que se les reservaba. El enfado fue más simbólico que real, ya que apenas unos días más tarde, Roberto García (del gremio de taxistas) aceptó el cargo de vicepresidente segundo, mientras que Delfor Giménez lo haría con la secretaría gremial⁸¹⁵. Sin embargo, el episodio demostraba que, pese a todo, el engarce entre políticos y sindicalistas tampoco sería fácil aquí.

Por supuesto, en el congreso se debatieron más cuestiones que los cargos partidarios y, en una de sus decisiones más polémicas, resolvió también la intervención

⁸¹² Britos no fue el único nombre que se barajó en las quinielas para el cargo de vicepresidente. Los rumores también hablaban de las posibilidades de Juárez, Arrighi, Matera o Saadi. Como se ve, el perfil de los favoritos estaba lejos de las figuras renovadoras más radicalizadas y apuntaba a líderes moderados que en algunos casos poco o nada tenían que ver con la Renovación.

⁸¹³ De hecho, la representación bonaerense llegaría al congreso dividida en cuatro sectores, liderados por Eduardo Setti, Antonio Cafiero, Hugo Franco y Alberto Melón. *Tiempo Argentino*, 5/2/1985.

⁸¹⁴ Entre otras razones, tanto Los 25 como Gestión y Trabajo apoyaban la celebración de internas en menos de 120 días, medida que, como veremos, no se aprobaría.

⁸¹⁵ *Clarín*, 7/2/1985.

del distrito de Buenos Aires⁸¹⁶, línea de flotación de la alianza ortodoxa entre Miguel e Iglesias. La medida, por supuesto, desencadenaría poco después una de las mayores disputas entre renovadores y ortodoxos ante el calado de la acción y las acusaciones de falta de legitimidad que se lanzaban ambos sectores recíprocamente.

En tercer lugar, en Río Hondo se aprobó la reforma de la carta orgánica que posibilitaba la celebración de internas para la elección del Consejo partidario. Una vez más, pese a que se cumplía así una de las más importantes reivindicaciones para el cambio en el partido, se demostraría que por debajo del rótulo renovador se escondían diversos proyectos. Con ella daría inicio una de las polémicas más importantes que vivió el congreso, ya que el sistema indirecto aprobado finalmente⁸¹⁷ se impuso por un relativo escaso margen (197 a 153) sobre los que defendían que las internas fueran directas y en distrito único. Para Sandra Carreras, por ejemplo, el optar por ese sistema en el que se aumentaba la representación federal y se limitaba la mayoría numérica de distritos como Buenos Aires era un indicador del relativo progresismo de los renovadores⁸¹⁸. Si bien es cierto que resultaba chocante que la mayoría se decantara por este sistema indirecto (lo que posibilitaba, de nuevo, pactos que cambiaran el sentido original dado por los votantes) cuando los renovadores habían hecho bandera del voto directo, el criterio federal finalmente impuesto, en el que todas las provincias contaban con los mismos representantes, hablaba ante todo del peso decisivo que tenía el interior en estos primeros pasos de la Renovación. No por casualidad, el nombre oficial del cónclave sería el de I Congreso Nacional Justicialista del Interior del País (de hecho, era la primera ocasión en la que un congreso del partido se realizaba fuera de la Capital) y Britos, de San Luis, saldría de él como el referente más importante del momento.

Puestos a poner en duda el presunto progresismo de los riohondistas, existen en realidad otros muchos indicios. En sus conclusiones, el congreso se limitaría a fijar el método de las internas, pero las dejaría sin fecha, más allá de que debían realizarse antes de que caducara el mandato del nuevo Consejo. Ello suponía una señal, aunque fuera indirecta, hacia el otro sector de que no todas las puertas se habían cerrado y de que existían todavía espacios para la negociación, más allá del discurso. Como también

⁸¹⁶ *Clarín*, 5/2/1985. Se ofreció la titularidad de la intervención a Luis Salim, de Santiago del Estero.

⁸¹⁷ Según este sistema, cada distrito elegiría a cuatro componentes de un nuevo Consejo que pasaba a estar compuesto por 96 miembros, encargados en segunda instancia de seleccionar a los 25 miembros de la mesa directiva.

⁸¹⁸ Carreras, *op.cit.*, pp 147-148.

señala Carreras, el hecho de que no se fijara un cronograma para las internas en cada distrito (dejando, pues, la celebración de las mismas a la voluntad de cada provincia) habla asimismo de la limitada voluntad de cambio entre los riohondistas, fuera por los complejos equilibrios que se debían dar entre sus partes o fuera porque partían, en realidad, de una situación de debilidad mayor de la que se podría esperar en un primer momento. Esa cantidad de frentes con los que debían lidiar los renovadores se reflejó también en el hecho de que en el congreso no se realizara ninguna declaración oficial ni se tomara ninguna acción sobre la política nacional, ocupándose únicamente de la situación interna del partido.

Pese a todas las limitaciones comentadas, no se puede obviar que Río Hondo supuso un paso clave en la historia del peronismo. Suponía, ante todo, el primer hecho político de la Renovación, que con el cónclave definía públicamente sus objetivos y se dotaba de una jerarquía oficial. Sin embargo, en los meses siguientes quedaría patente la falta de unidad que se escondía bajo la etiqueta riohondista, que, ayudado por la labor de zapa del sector ortodoxo, frenó el primer impulso renovador.

4.2.3 La fractura en el peronismo tras Río Hondo

Por supuesto, la celebración de Río Hondo supuso un terremoto que afectó a todas las instancias del peronismo y que ahondó (y, al mismo tiempo, clarificaría) las divisiones entre los distintos bandos. Salvo en el Senado, que durante meses permanecerá unido inmune a las divisiones, la fractura afectaría a la práctica totalidad de los distritos e instituciones y será visible especialmente en la Cámara de Diputados, donde el bloque justicialista quedó atomizado por las disputas entre renovadores y ortodoxos. En honor a la verdad, las tensiones en la bancada peronista se podían rastrear desde su propia conformación, atravesadas por intrigas de poder, rencillas personales y ecos de los conflictos provinciales. Ya en la propia sesión que eligió a Diego Ibáñez como cabeza del bloque, los siete representantes porteños se retiraron de la reunión, molestos por el escaso papel que se le concedía a su distrito⁸¹⁹. La presidencia de Ibáñez, un hombre muy ligado a Miguel y a Las 62, fue sometida durante todo el

⁸¹⁹ *Clarín*, 18/11/1983. Que el lema de la bancada fuera “unidad con diversidad” no auguraba precisamente que en ella fuera a reinar la armonía. *La Voz*, 19/11/1983.

siguiente año a una presión desgastante desde muy variadas direcciones⁸²⁰, pero sobre todo desde Buenos Aires, con un Iglesias que usaba a Norberto Imbelloni como ariete para embestir a la conducción y hacerse con un mayor espacio de poder⁸²¹. Las alianzas que se fraguaron para frenar lo que se consideraba un excesivo control del bloque por parte de Las 62 serían además de lo más variopintas: incluso viejos enemigos políticos como Pedrini y los herministas hicieron causa común⁸²², lo que subrayaba el escaso basamento ideológico sobre el que se solían sustentar estos enfrentamientos.

La situación en el bloque de Diputados contaba, por tanto, con una larga trayectoria conflictiva, pero los episodios de los congresos del Odeón y Río Hondo terminaron definitivamente con la unidad de un grupo que hasta entonces había permanecido de una pieza. A pesar de todos los problemas, se debe recordar que, a diferencia de los senadores, que apoyaron en bloque la celebración de Río Hondo, varios diputados convalidaron las resoluciones del Odeón. Así, alimentadas por la división provocada por estos congresos, las renunciaciones temporales de Ibáñez⁸²³ y de Manzano de sus puestos en la mesa directiva dejarán al bloque peronista en una situación de acefalia y total confusión, con odeonistas y renovadores enfrentados exigiendo definiciones al bando oponente⁸²⁴.

Finalmente, la primera ruptura se oficializará cuando un reducido número de congresales, adscritos a la ultraortodoxa Guardia de Hierro, decidan formar su propio grupo parlamentario independiente a principio de marzo de 1985⁸²⁵. Para cuando

⁸²⁰ Figuras tan diferentes como Norberto Imbelloni, Roberto García o Manuel Unamuno se reunirían, por ejemplo, en varias ocasiones para debatir sobre la cuestión parlamentaria. *Clarín*, 7/12/1984.

⁸²¹ Los herministas acusarían a Diego Ibáñez de ofrecer una imagen claudicante ante el gobierno en cuestiones como el Beagle o el debate por el presupuesto, pero las discusiones escondían también ambiciones personales: Iglesias aspiraba alcanzar la secretaría general del partido, un puesto que, según se rumoreaba, podía ser para Ibáñez. *Tiempo Argentino*, 8/11/1984. Naturalmente, todo se entremezclaba además con el complejo conflicto bonaerense, ya que los herministas veían con malos ojos el apoyo que Ibáñez brindaba a Setti, rival político de Iglesias.

⁸²² *La Voz del Interior*, 28/11/1984.

⁸²³ Ibáñez pedirá la renuncia en gran parte descontento por la actitud de Manzano, totalmente involucrado con los rihondistas. Al parecer, Ibáñez también sufrió la presión de Miguel, que pretendía que el sindicalista petrolero se definiera de manera más contundente sobre su apoyo a Manzano y Río Hondo. *La Voz del Interior*, 1/2/1985.

⁸²⁴ Rubén Cardozo sería elegido presidente interino en esa coyuntura de acefalia, movimiento que no sería reconocido por los ortodoxos (que rozaban la treintena), pero sí por los rihondistas. Imbelloni llegaría incluso a acusar a Cardozo de pasado montonero.

⁸²⁵ El nuevo bloque estaba formado por los bonaerenses Carlos Ferré, Héctor Basualdo y Mario Gurioli y por los santafesinos Luis Sobrino Aranda y Raúl Druetta. *Clarín*, 7/3/1985. Para tener una imagen de su ideario político basta una de sus declaraciones sobre la existencia de dos proyectos dentro del

termine el mes de abril serían cuatro los bloques que se reclamaban peronistas. Al ya mencionado se añadiría un grupo, llamado 17 de Octubre, formado por 15 bonaerenses herministas⁸²⁶, a los que se sumarían poco después el bloque Unidad⁸²⁷ y, por último, el llamado bloque Justicialista, que reunía a todos los riohondistas y estaba encabezado por Manzano⁸²⁸.

El conflicto abierto entre ambos congresos resquebrajó no sólo la unidad del Parlamento, sino que también realineó las alianzas internas de la mayoría de distritos provinciales, como demostraron varias internas que se celebraron durante los primeros meses de 1985. En San Luis, por ejemplo, aumentó la tensión entre los hermanos Saa y un Britos que rechazó participar en las elecciones que debían renovar todos los cargos partidarios. Adolfo Saa ganaría estos comicios sin oposición alguna, pero su rival renovador amenazaría con impugnar la convocatoria, iniciándose así una lucha que marcaría el devenir del justicialismo puntano durante los meses siguientes⁸²⁹.

No deja de ser sorprendente que en varios distritos se presentaran varias listas que se proclamaban renovadoras, lo que es un buen indicador, en primer lugar, de la diversidad que desde un inicio se daba en el interior de la Renovación, del prestigio que iba alcanzando su rótulo y, en tercer lugar, de que la simple lucha por un mayor poder resultaba ser un motor más importante que la ideología en muchos de esos episodios. Habla, asimismo, de que las realidades provinciales estaban atravesadas por clivajes y personalismos que no siempre se correspondían con su paralelo nacional. En Chubut, por ejemplo, se produjo el fenómeno de que dos listas renovadoras se enfrentaran, si bien la encabezada por Norberto Niederhausen se diferenciaba de la vencedora de César McCarty por estar próxima a Diego Ibáñez y al SUPE en esta provincia petrolera⁸³⁰. Algo similar ocurriría en Neuquén, donde aprovechando el vacío de poder dejado por el

justicialismo: “uno sería el de la socialdemocracia y el otro el proyecto del General Perón”. *El Bimestre*, 20, 1/3/1985.

⁸²⁶ En su composición destacaban las figuras de Domingo Purita, Alberto Brito Lima y el hermano de Herminio Iglesias. *Tiempo Argentino*, 18/4/1985. En su justificación para crear un nuevo grupo defenderían que se sentían desplazados por los riohondistas y añadirían que “no queremos estar en la misma bolsa que los hombres del “bloque de los 6”, porque con Guardia de Hierro tampoco tenemos nada que ver”. *Tiempo Argentino*, 18/4/1985.

⁸²⁷ El bloque Unidad estaba compuesto por 37 diputados y unía a los afines a Las 62 con los independientes liderados por el cordobés Aráoz, que luchaban por la celebración de un congreso de unidad.

⁸²⁸ Este bloque, mayoritario dentro de los justicialistas, contaba con algo más de 50 diputados. *Clarín*, 25/4/1985.

⁸²⁹ *El Bimestre*, 20, 25/3/1985.

⁸³⁰ *Clarín*, 1/7/1985.

declive de Alberto Nieves, dos líneas renovadoras se disputarían el poder del partido provincial: una, liderada por Oscar Massei, buscaba profundizar los postulados riondistas, mientras que una segunda, encabezada por Carlos Vilche y otras figuras del interior⁸³¹, no se oponía, en principio, a la celebración de un tercer congreso⁸³².

4.2.4 La búsqueda de la unidad del partido

Como cabría esperar, tanto la celebración como los resultados del congreso de Río Hondo serían impugnados por los oficialistas. El juez Fégoli rechazó estas acciones, al considerar que la convocatoria al cónclave se adecuó al reglamento y que éste se desarrolló con quórum suficiente⁸³³. Sin embargo, las continuas apelaciones por parte del sector odeonista a esta decisión (primero a la Cámara Nacional de Apelaciones, que ratificaría las decisiones de Fégoli⁸³⁴, y posteriormente a la Corte Suprema de Justicia) dejarían en evidencia que la vía judicial iba a resultar demasiado farragosa para clarificar la situación. Que ambos bandos tuvieran fuerzas parejas, sumado al hecho de que existía un importante número de peronistas que no se adscribían ni a uno ni a otro bando, también empujaba a la conclusión de que era muy difícil que por medio de un fallo judicial un sector pudiera imponer su voluntad a otro. Y, por supuesto, siempre pendía la amenaza de una ruptura, que era la línea roja que ni uno ni otro sector se atrevían a cruzar por el simbolismo que representaba y por los riesgos electorales que conllevaba. El pacto político parecía pues la única solución viable para resolver este conflicto. De esa manera, pese al aparente encastillamiento de las posiciones, ya desde febrero de 1985 se verían movimientos cada vez más evidentes a favor de la unidad.

Para entender cómo se llegó a ese tercer congreso de unidad, finalmente celebrado en julio de 1985 en Santa Rosa (La Pampa) y cómo se desactivó ese primer

⁸³¹ *Clarín*, 21/4/1985.

⁸³² En Entre Ríos y Mendoza también se daría el caso de que varias listas renovadoras se enfrentaran a la vez. En la primera de esas provincias, por ejemplo, en los comicios por la titularidad del Consejo, Carlos Vairetti se impondría a la también lista renovadora de Fernando Gan. *Clarín*, 28/5/1985. En Mendoza, por su parte, competirían el Frente de Renovación Peronista de Bordón con el Movimiento de Unidad, Renovación y Organización Peronista de Manzano (la utilización de la etiqueta renovadora en ambos casos, por otra parte, no era casual). *La Voz del Interior*, 21/4/1985. En Santa Cruz, la lista patrocinada por Puricelli se impondría sobre una lista rival en la que ya figuraba un joven Néstor Kirchner.

⁸³³ *El Bimestre*, 19, 22/2/1985.

⁸³⁴ La Cámara de Apelaciones, en realidad, validaría la convocatoria de Río Hondo, al ajustarse al derecho, pero no sus decisiones. Quedaban así en un limbo legal medidas tan conflictivas como la intervención de Buenos Aires. *La Voz del Interior*, 25/5/1985.

impulso renovador, debemos partir de la ya mencionada heterogeneidad riohondista, que no sólo albergaba distintos proyectos políticos en su seno, sino también a una buena cuota de oportunistas, preocupados ante todo por su supervivencia política. José María Vernet, apuntando con acierto hacia los puntos débiles de sus coyunturales rivales, señalaría así que en Río Hondo “corrieron dirigentes mezclados, los que quieren verdaderamente el cambio y los pícaros de siempre, aquellos (...) que hoy pretenden lavar sus culpas buscando chivos expiatorios”⁸³⁵. Pese al carácter mordaz de su declaración, la realidad de las siguientes semanas, en las que se vivirían numerosos cambios de bando y de pareceres, le daría la razón al teórico vicepresidente del justicialismo.

Desde el primer momento, gobernadores como Snopek, Tenev, Riera, Bogado o Saa dejarían clara su preferencia por la celebración de un congreso de unidad⁸³⁶. No eran los únicos que apuntaban en esa dirección: si los gobernadores, en su conjunto, habían conformado uno de los polos sobre los que había descansado la oposición a Odeón, ofrecerían ahora cada vez más detalles de su distanciamiento a la Renovación; por ejemplo, con su rechazo a constituirse como un consejo asesor de la nueva conducción riohondista⁸³⁷. También entre los senadores, que habían apoyado unánimemente el surgimiento de la Renovación, se observarían deslizamientos en su seno. Voces como las de Salim reclamarían la necesidad de celebrar un cónclave común, pero sería particularmente interesante el caso de Saadi, uno de los líderes renovadores en una primera instancia⁸³⁸, que cada vez se veía más cómodo navegando entre dos aguas y se acercaba cada vez más evidentemente al círculo miguelista.

Saadi, por ejemplo, sería el organizador de un asado de amistad en su finca en Tortuguitas. El acto, totalmente informal, marcaría un paso importante en el acercamiento entre ambos sectores, ya que, aunque por su carácter no dio pie a ningún acuerdo trascendente, el mero hecho de reunir en un marco distendido a figuras como Iglesias, Cafiero, Bercovich, Miguel o Grosso podía ser considerado como un

⁸³⁵ *Clarín*, 14/2/1985.

⁸³⁶ *Clarín*, 24/2/1985.

⁸³⁷ *Tiempo Argentino*, 28/2/1985.

⁸³⁸ De Saadi se rumoreaba que podría haber sido designado vicepresidente en la conducción surgida en Río Hondo si una enfermedad no hubiera comprometido su asistencia.

sorprendente avance⁸³⁹. El éxito de una convocatoria que rondó las 100 personas significaba también un tanto para su organizador, Vicente Saadi, que, quizá por su ascendente en el Senado, se estaba convirtiendo en el muñidor clave de la unidad del justicialismo. El asado demostraba además que toda la tensión que pudiera albergar el partido tenía como límite la ruptura del mismo.

Aunque los renovadores pudieran presumir de sus avances por la vía judicial y electoral y aunque proclamaran que su objetivo era “unir y no amontonar”, lo cierto es que la partida, de forma casi invisible, se les estaba volviendo en contra. Incluso líderes como Cafiero parecían apostar cada vez con más fuerza por la celebración de una reunión común⁸⁴⁰, aunque sólo fuera, como pensaban los renovadores más optimistas, porque había grandes oportunidades de vencer en ella. Los renovadores parecían subestimar además que un rival como Miguel, que simulaba haber sido superado, iba poco a poco reconstruyendo las bases de su poder. No sólo, como veremos, había reconstruido su espacio en la UOM y en Las 62, sino que ahora, tejiendo alianzas con Saadi e Iglesias, parecía empeñado en recuperar su peso en el partido⁸⁴¹.

Precisamente en la esfera sindical se estaban produciendo acciones que podían comprometer las posibilidades renovadoras, ya que Triaca y su Gestión y Trabajo, a los que hemos visto participando activamente en Río Hondo⁸⁴², se situaron al lado de Miguel en la reconstrucción de Las 62, un detalle que demostraba claramente el tacticismo que primaba en las alianzas y rechazos hacia la Renovación y que tendría consecuencias importantes a corto plazo⁸⁴³.

Bajo esa deriva que inclinaba las posiciones hacia la búsqueda de la unidad, el acuerdo para la celebración de un tercer congreso fue finalmente posible. Tras numerosas reuniones entre representantes de ambas partes, varias de ellas en la casa de Julio Romero, se firmaría un acta de unidad, por la que tanto rihondistas como

⁸³⁹ Fiel a su estilo y estrategia, Luder fue el único ausente notable en un acto en el que los justicialistas aprovecharon para fotografiarse ante la prensa en actitud distendida como muestra de su unidad.

⁸⁴⁰ *El Periodista*, 40, 14/6/1985.

⁸⁴¹ Históricamente, las relaciones entre Miguel y Saadi habían sido de respeto, pero nunca de excesiva colaboración. No hay que olvidar que durante la transición Saadi había liderado una corriente, Intransigencia y Movilización, que se había mostrado muy crítica con el líder metalúrgico. No obstante, el oportunismo de Saadi era capaz de superar con creces esas fricciones del pasado reciente.

⁸⁴² *El Periodista*, 39, 7/6/1985.

⁸⁴³ En realidad, las diferencias entre Miguel y Triaca nunca habían sido grandes en cuestiones ideológicas, pues ambos quedaban escorados hacia la derecha. Si en la coyuntura precedente se habían visto en veredas opuestas se debía sobre todo a razones de cálculo de poder.

odeonistas se comprometían a abandonar sus iniciativas judiciales y a dejar sin efecto las resoluciones firmadas en sus respectivos congresos⁸⁴⁴. El nuevo cónclave, que como hemos dicho se celebraría en la capital de La Pampa, sellaría efectivamente la unidad formal entre ambos bandos y marcaría el fin de una primera etapa, pero en modo alguno supondría la conclusión del conflicto entre ortodoxos y renovadores.

4.2.5 *El congreso de unidad de Santa Rosa*

El congreso de Santa Rosa constituyó un estruendoso fracaso para unos renovadores que vieron, sin ni siquiera presentar oposición, cómo se nombraba una nueva conducción confeccionada totalmente a la medida de los ortodoxos. Isabel, que pese al rechazo o la indiferencia generalizada seguía constituyendo uno de los pocos símbolos de unión, seguiría siendo la presidente del partido, pero ahora acompañada por un Saadi ya totalmente identificado con el bando ortodoxo, con Triaca (otra figura que había estado comprometido en un primer momento con los rihondistas) como vicepresidente segundo⁸⁴⁵, Alberto Saa de vicepresidente tercero, Iglesias como secretario general y Luis Salim como secretario político⁸⁴⁶. Que el congreso de la unidad concluyera con una victoria tan inapelable de las posiciones ortodoxas con esa conducción monocolor, se explica ante todo por la división y la falta de concreción de los renovadores. Señalaba en esa dirección Britos que “para el odeonismo las cosas son más fáciles, porque sus congresales conforman un conjunto disciplinado y sumiso, en tanto que los nuestros, conscientes de su papel, piensan, discuten... y revelan una mayor heterogeneidad”⁸⁴⁷. Pero lo que podría ser interpretado como una virtud democrática podía ser una estrategia desastrosa en el marco de una reunión donde se debían dilucidar intereses muy concretos.

Haciendo patente y visible lo que se intuía desde hacía meses, los renovadores llegaron a Santa Rosa divididos y sin una idea coherente y compartida de lo que

⁸⁴⁴ *La Voz del Interior*, 26/6/1985.

⁸⁴⁵ Llama la atención este ascenso de Triaca a la vicepresidencia segunda, puesto normalmente reservado para un miembro de Las 62. Como había sucedido con Saadi, el líder de Gestión y Trabajo veía así premiada su ruptura con los rihondistas.

⁸⁴⁶ *Clarín*, 8/7/1985. En la nueva conducción se encontraba también el formoseño Carlos Joga, Mario Franco, Mario Gurioli y Julio Mera Figueroa, amigo personal de Saadi.

⁸⁴⁷ *La Voz del Interior*, 4/7/1985.

buscaban. Los había más propicios al pacto y los había más puristas, partidarios de una profundización de la Renovación. Había asimismo quienes defendían que Isabel debía seguir siendo la presidente de la organización, a pesar de que meses antes había dejado clara su voluntad de renunciar y de apartarse de la política, mientras que otros opinaban que no tenía sentido mantener a una figura simbólica en lo más alto del vértice de poder de la institución. No existía acuerdo tampoco sobre quién debía encabezar la lista que debían presentar los renovadores en el congreso: para algunos el elegido debía ser Carlos Juárez e incluso se barajaba la opción de Julio Romero⁸⁴⁸, que podía presumir de que las gestiones de la unidad habían dado fruto con él como anfitrión, pero ambos eran nombres que resultaban indigestos para un buen número de los antiguos rihondistas⁸⁴⁹. De hecho, no había consenso ni siquiera sobre la convivencia de tomar en ese momento las riendas del partido, ante la más que segura derrota que se avecinaba en noviembre⁸⁵⁰.

Esa falta de acuerdo para decidir sus candidatos tendría como devastador resultado que los renovadores no presentaran lista propia, que se abstuvieran de la votación final y que acataran sin más la lista única presentada por sus rivales⁸⁵¹. Como ilustraba Menem, la posición de los renovadores “se fue diluyendo en una serie de reuniones, de conciliábulos, de enfrentamientos entre dirigentes”⁸⁵². La fuerza de los renovadores, que parecía decidida a tomar el partido apenas unas semanas antes, se deshacía así sin ni siquiera presentar batalla. A decir verdad, no sólo los renovadores, sino el congreso en su totalidad estuvo inmerso en una gran indefinición inicial, producto de que los acuerdos previos que lo hicieron posible fueron en realidad bastante ambiguos.

Es cierto que la gran mayoría era consciente de que el peronismo se jugaba mucho en La Pampa, puesto que ofrecer una imagen de confrontación (por no hablar

⁸⁴⁸ Julio Romero había coqueteado en un primer momento con los rihondistas, pero ahora pretendía presentarse como un candidato de unidad. Saadi, el futuro vencedor, podía ofrecer un perfil similar, sólo que su actual compromiso con los ortodoxos parecía mucho más evidente. *Clarín*, 4/7/1985. Como muestra del tacticismo que primaba a la hora de elegir bando en muchas ocasiones, cuando las opciones de Romero se vieron desplazadas para ganarse el favor de los renovadores, aquél empezó a tejer contactos con Saadi e Iglesias. *El Litoral*, 7/7/1985.

⁸⁴⁹ *Clarín*, 2/7/1985. Por su parte, Oraldo Britos, el líder que surgió tras Odeón y Río Hondo, se alejaba de la primera plana, debilitado por la conflictiva situación en su provincia y por su delicada situación familiar.

⁸⁵⁰ *El Periodista*, 43, 5/7/1985.

⁸⁵¹ En realidad, el sector renovador encabezado por Juárez se retiró de las deliberaciones, mientras que los grupos que respondían a Manzano y Marín permanecieron en el recinto.

⁸⁵² *Clarín*, 10/7/1985.

de proyectar una estampa de violencia) hipotecaba enormemente las posibilidades en las legislativas de fin de año. Pero ésa era quizás la única certeza que podían compartir los congresales peronistas, porque, de hecho, en las cumbres previas ni siquiera se había pactado algo tan básico como qué tipo de conducción iba a salir elegida: por supuesto, no se conocían los nombres que la conformarían, pero ni tan solo qué duración tendría, si sería una dirigencia de transición hasta los comicios de noviembre o si disfrutaría de un periodo convencional⁸⁵³.

Dada la enorme confusión y la gran cantidad de enfrentamientos que dividían al partido, especialmente en Buenos Aires y Santa Fe, ni siquiera se podía estar seguro de cuál era el número de congresales y quiénes eran realmente los delegados acreditados. No extraña, pues, el enorme poder que atesoraba la comisión de poderes, que era la encargada de la cuestión. A pesar de estar compuesta paritariamente, los renovadores no pudieron evitar que Britos, con mandato cancelado por los Saa, fuera excluido del congreso, como también lo fueron 20 delegados bonaerenses (seleccionados por sorteo para ajustar su cifra al número de afiliados), que no por casualidad eran mayoritariamente antiherministas⁸⁵⁴.

La exclusión del que había sido el líder rihondista fue el primer indicador de que los renovadores no contaban con la fuerza suficiente que en un principio creían tener. Ello, unido a las ya mencionadas dudas y divisiones, ayuda a entender por qué el congreso de Santa Rosa concluyó con un resultado tan desafortunado para los renovadores. En un claro contraste, sus rivales de la alianza 62-Iglesias-Saadi, por el contrario, no desarrollaron una estrategia demasiado compleja: simplemente, tuvieron claro qué estaba en juego en ese momento (básicamente, la elección de una nueva conducción) y dieron unos pasos simples, pero decisivos, para lograrlo.

El congreso de Santa Rosa, como ya dijimos, no supuso la resolución del conflicto interno peronista, pero tras él, al menos, el partido podía ofrecer cierta imagen

⁸⁵³ *Clarín*, 6/7/1985. Los odeonistas eran más partidarios de que la futura conducción tuviera un mandato de dos años. Los renovadores, como en otras cuestiones, se mostraban divididos, ya que un sector defendía que el plazo debía terminar en diciembre, justo después de las legislativas, mientras que otros pretendían alargarlo hasta marzo del año siguiente. *El Periodista*, 43, 5/7/1985.

⁸⁵⁴ *Clarín*, 7/7/1985. La maniobra tuvo momentos casi cómicos cuando, lejos del enfrentamiento y la polémica, la presidencia del congreso propuso que los delegados apartados fueran despedidos con un aplauso y Evaristo Buezas, uno de los afectados, declaró que se marchaba “orgullosa” con “el cumplimiento de la legalidad partidaria”. *El Litoral*, 8/7/1985.

de unidad, ya que, pese a todo, la nueva conducción fue también convalidada por el sector renovador. Pero, por supuesto, aunque no se puso ningún impedimento a que la lista única ortodoxa saliera adelante, resultaba obvio que para la mayoría de los renovadores ésta suponía un trago difícil de aceptar. Nadie explicaría de manera más vehemente este sentimiento que Britos: “no nos vamos a mezclar con la mierda de Saadi y Herminio. Si ésta es nuestra conducción yo el lunes divido el bloque de senadores”⁸⁵⁵.

Santa Rosa entrañó, ante todo, un nuevo realineamiento de los justicialistas. Eran muchos los sectores que se habían ido bajando del antiguo carro renovador por el camino, fuera porque el proyecto político que representaba no les convencía o fuera porque ahora preferían guarecerse bajo un más seguro caballo ganador. El caso más evidente era, obviamente, el de Saadi, que con este movimiento había conseguido, nada menos, el premio mayor de la vicepresidencia del partido. El catamarqueño arrastraría consigo a la mayoría de gobernadores y hombres del interior, quienes, en realidad, como ya mencionamos, hacía tiempo que no mostraban un compromiso fuerte con la Renovación. También nos referimos anteriormente a cómo se deshizo la entente gremial pro renovadora entre Los 25 y Gestión y Trabajo. Debilitados y siendo el único agrupamiento sindical alineados con la Renovación, Los 25 no pudieron evitar el avance de sus oponentes y así, si Saadi había alcanzado la vicepresidencia, Triaca había conseguido la vicepresidencia segunda.

Llama, eso sí, mucho la atención el escaso protagonismo que atesoraron los sindicatos durante todo el cónclave. Baste como ejemplo que, por primera vez, Miguel no estuvo presente en un acontecimiento de tal calibre⁸⁵⁶. Ello parecería indicar que el partido se estaba escapando del control sindical bajo el que había estado en los últimos años. Sin embargo, si bien ese cambio hacia la independencia del partido se estaba produciendo, sólo lo hacía de manera paulatina. Aunque los sindicalistas no presumieran de estar bajo los focos de la primera línea, su protagonismo seguía siendo evidente y no eran sino Las 62 las que sostenían y bendecían a la nueva conducción de Saadi.

⁸⁵⁵ *El Periodista*, 43, 5/7/1985.

⁸⁵⁶ *Clarín*, 4/7/1985.

4.2.6 *El panorama peronista después de Santa Rosa*

En conclusión, Saadi e Iglesias se podían considerar los grandes vencedores del cónclave de julio, pero, para su desgracia, tampoco pudieron disfrutar de un triunfo absoluto. Iglesias salía reforzado en Buenos Aires, espantando el fantasma de la intervención que se había decidido en Río Hondo, pero pronto debería hacer frente al desafío de un Cafiero que se presentará en las legislativas por fuera de las estructuras del partido oficial. Por su parte, el catamarqueño, que parecía tener puesto un dedo en cada palanca del partido, asistiría poco después a la separación de un bloque peronista del Senado que había resistido unido en lo peor del enfrentamiento interno. En realidad, la excesiva acumulación de poder por parte de Saadi se volvería en su contra, ante la imposibilidad de controlar todos los frentes. Saadi se había visto obligado a negociar con los senadores renovadores para tratar de diseñar el reparto de competencias, pero el intento de conciliación terminaría en ruptura cuando los renovadores decidieron presentar a José Humberto Martiarena como nuevo presidente del bloque y formar un grupo aparte⁸⁵⁷. Esta división en el espacio donde el peronismo había demostrado una mayor eficacia en su labor opositora, que se unía a la fragmentación parlamentaria que Santa Rosa no había podido subsanar, ilustraba perfectamente que el justicialismo, pese a los parches institucionales, seguía siendo un espacio en crisis y conflicto y que la conducción nacida en La Pampa carecía de la energía y la legitimidad para ser respetada por el conjunto del partido. Así, varias figuras, como el diputado Luis María Urriza declararían públicamente que la nueva conducción era “solamente un arreglo de dirigentes”, que servirá para “ahondar las diferencias con las bases”⁸⁵⁸.

No sería éste el único indicador que hablaba de que la causa renovadora continuaba viva pese al enorme revés pampeano. En las internas celebradas en Capital Federal para cargos partidarios⁸⁵⁹, que vimos convocarse en páginas anteriores, los

⁸⁵⁷ La ruptura en el Senado contaba asimismo con un componente personal, simbolizado en la escasa simpatía que se profesaban Saadi y Martiarena desde que, a fines de 1983, el primero se hiciera con la presidencia del bloque antes de que Martiarena se incorporara a la Cámara, imposibilitando así cualquier posibilidad de competencia. Tras Martiarena se situarán la mayoría de los senadores peronistas: Britos, Marini, Murgia, del Valle, Rivas, Bittel, Bravo Herrera, Castro, Conchez, Villada, Benítez y Jumenes Montilla. De ellos, Britos, Cónchez y Bravo Herrera serían los más identificados con los renovadores. Apoyando a Saadi se mantendrían Saa, Salim, Almendara, Amoedo, Sánchez, Gurdulich, Nieves y Eduardo Menem. *La Voz del Interior*, 13/8/1985.

⁸⁵⁸ *El Litoral*, 13/7/1985.

⁸⁵⁹ Se debían renovar los cargos del Consejo -28 titulares y 14 suplentes- y nombrar 660 congresales. *El Periodista*, 45, 19/7/1985.

renovadores conseguirían una importante victoria, multiplicada por el efecto de caja de resonancia que poseía el distrito capitalino. En realidad, como ocurrió en otros lugares, los renovadores se presentaron divididos a las postergadas internas porteñas ante el fracaso de conciliar una lista única. Por un lado se presentaba la poderosa lista Azul y Blanca de Grosso, que englobaba a los grupos encolumnados tras su figura junto con los luderistas de Vaca y Los 25. Por otro lado se encontraba la lista Verde de Unamuno y Gullo, que veía a la anterior como demasiado conciliadora con el sector ortodoxo⁸⁶⁰. Como siempre, esta división nos alerta del peligro de realizar simplificaciones con el verdadero significado de la Renovación.

Por su parte, pese a que los ortodoxos podían presumir de unidad, no podían hacerlo, en cambio, de ausencia de problemas. Al frente de la lista que agrupaba a Las 62 y a los grupos de Guardia de Hierro se encontraba Julián Licastro, una figura que no parecía precisamente apelar al electorado más abierto cuando afirmaba que “los sindicalistas son los coroneles de las guarniciones civiles del gran ejército peronista”⁸⁶¹. En realidad, Licastro, que en el pasado había mantenido vínculos con Grosso en sus llamados comandos tecnológicos, ocupaba la cabeza de cartel sólo debido a la negativa en el último momento de Raúl Matera de encabezar la lista y tampoco contó con el apoyo irrestricto de un Miguel que habría preferido ofrecer una imagen menos conservadora⁸⁶².

Bajo estas coordenadas, el desenlace de la interna en Capital Federal, más allá de las vicisitudes de un distrito con una personalidad tan propia, otorgaría un holgado triunfo a la lista de Grosso⁸⁶³. Leído en clave nacional, podría traducirse como que la

⁸⁶⁰ *Clarín*, 14/7/1985. Había elementos que sustentaban esa crítica: la lista grossista englobaba nombres como el de Grabois, aliado de Triaca, no demasiado comprometidos con una profundización de la Renovación. La lista Verde contaba con el apoyo de figuras de prestigio como Emilio Mignone y Chacho Álvarez, pero no tenía ni los recursos ni el tirón electoral para hacer frente a su rival renovador. Unamuno justificaba no integrarse en una lista única argumentando que “vamos separados de este sector porque no tienen definición alguna sobre los grandes temas del país y porque creemos que el peronismo debe reanudar su diálogo con la sociedad, ofreciéndole nuestras ideas de transformación”. *El Periodista*, 45, 19/7/1985. En cualquier caso, pese a su debilidad, la lista Verde es un buen ejemplo de los diferentes matices del caleidoscopio renovador.

⁸⁶¹ *La Voz del Interior*, 22/7/1985.

⁸⁶² *Clarín*, 22/7/1985.

⁸⁶³ Con una diferencia de más de 10.000 votos sobre la lista de Licastro, que ni siquiera logró imponerse en la sección de residencia de Miguel. *La Voz del Interior*, 22/7/1985. En tercer lugar quedó la lista Verde y en última posición, la de un prácticamente desconocido industrial, Juan Ricardo Musa, que proclamaba que se debía lograr una nueva relación entre empresarios y trabajadores y que se declaraba admirador de Gadafi.

causa renovadora aún podía conseguir triunfos importantes y competir con los ortodoxos por el control del partido.

No sería el resultado en la Capital la única señal de que el sector ortodoxo podía presumir de un excelente manejo de los congresos, pero carecía de un poder realmente sustantivo. En un nuevo ejemplo de esa situación, la nueva dirección de Saadi, por ejemplo, haría renacer, con vistas a las elecciones de noviembre de 1985, el FREJULI, formando un frente electoral con el MID, el FIP y otros pequeños partidos de raíz socialista o nacionalista⁸⁶⁴. El frente debía ser reproducido en todos los distritos, pero, pese a las amenazas de intervención para quien no cumpliera el pacto, en varias provincias se dieron resistencias a aliarse con un partido como el MID, al que se juzgaba como demasiado conservador y, además, poco útil a la hora de conseguir un mayor número de votos. En Capital Federal, por ejemplo, el vencedor en las internas, Carlos Grosso, rehusó a firmar el pacto y se observaron casos similares en Tucumán, Chaco, La Rioja o Tierra del Fuego⁸⁶⁵. Pero quizás lo más interesante es que ninguna de estas pequeñas rebeldías a lo firmado por la conducción nacional tuvo mayores consecuencias que la simple amonestación verbal⁸⁶⁶.

Aparte de las preferencias ideológicas, estas rebeldías a la dirigencia giraban asimismo en torno a la estrategia electoral: eran así muchos los que consideraban que el plan de la conducción, planteando nacionalmente unas elecciones que tenían una lectura eminentemente provincial, beneficiaba sobre todo a la UCR de Alfonsín, que disfrutaba en esos días de su mejor momento político. Tal y como había ocurrido en 1983 y había sucedido con el referéndum del Beagle, la ausencia de un fuerte núcleo de poder en el peronismo fomentaba las fuerzas centrífugas y las voces discordantes.

Enrevesando aún más el panorama ortodoxo, el matrimonio entre Saadi, Miguel e Iglesias no estaba tan bien avenido como podría parecer. Al líder de Las 62 le irritaba cada vez más el estilo confrontativo de Iglesias e intentará terciar, sin éxito, en el grave conflicto que enfrentará a éste con Cafiero en Buenos Aires. La posición de Las 62 en este punto y, de hecho, en la mayoría de los aspectos de la campaña, será sumamente

⁸⁶⁴ *Clarín*, 22/7/1985. FREJULI fue, como recordamos, el nombre del frente comandado por el justicialismo para la campaña de 1973.

⁸⁶⁵ *El Periodista*, 52, 6/9/1985.

⁸⁶⁶ En San Luis la crisis dará un paso más, cercano a la ruptura, cuando Eduardo Mones Ruiz, líder de la línea Unidad y Lealtad, pide que no se vote al FREJULI, pues simbolizaba la alianza entre Saa y el MID. *Clarín*, 1/10/1985.

ambigua y contemporizadora, intentando mantener los equilibrios dentro de un partido que, a pesar de todo, seguirá arrastrando profundas divisiones. Si por un lado Las 62 recriminarán a Cafiero haber fracturado el partido, tampoco querrían implicarse excesivamente con un Iglesias al que no se le auguraba un gran triunfo electoral⁸⁶⁷. Aunque su actitud hacía chirriar las costuras de la alianza que dirigía oficialmente el peronismo, Miguel pretendía dar una imagen de consenso y convertirse en el árbitro final del diferendo. Tampoco alcanzaría dicho objetivo, pues, pese a que Miguel seguía conservando una influencia innegable, estaba lejos de ostentar ese poder casi total del que presumió en 1983. De esa manera, Las 62 se debieron plegar en una última instancia a una solución salomónica: respaldar las “decisiones orgánicas” y oficiales en todo el país. Tal decisión daría pie a situaciones un tanto extrañas: mientras que en Capital Federal cimentarán las aspiraciones de Grosso, a pesar de haber apoyado a la lista que le enfrentó en las internas⁸⁶⁸, en Buenos Aires se posicionarán junto a Iglesias contra Cafiero.

El justicialismo tenía que lidiar por tanto con una situación peliaguda en estas elecciones legislativas. No sólo estaba dirigido por una conducción a la que muchos sectores le faltaban el respeto, sino que, además, varios de sus distritos se encontraban intervenidos. En Buenos Aires, como ya hemos mencionado, Cafiero había roto con el peronismo oficial (del que sería formalmente expulsado) y había formado un frente por su cuenta con la Democracia Cristiana⁸⁶⁹. En Córdoba, otro de los distritos claves, tras tres congresos frustrados en los que no se logró consensuar una lista de candidatos, la dirección decretó asimismo la intervención del peronismo provincial, medida que fue incluso aplaudida por los renovadores ya que en principio ello garantizaba la pronta realización de internas⁸⁷⁰. También en Río Negro la crítica situación de Franco frente al avance renovador motivaría la intervención, a la que se sumaría la de Tierra de Fuego.

⁸⁶⁷ Miguel, por ejemplo, no acudiría a un acto que Iglesias celebraría en el Luna Park el 6 de septiembre. *El Periodista*, 53, 19/9/1985.

⁸⁶⁸ A pesar de la polémica que se generó cuando los renovadores impusieron sus hombres en los primeros puestos de la lista de candidatos a diputados. *Clarín*, 25/8/1985. De carambola, el apoyo oficial de Las 62 arruinará las escasas opciones de un Licastro enrolado ahora en un frente con el MID y el FIP.

⁸⁶⁹ Para agudizar la polémica, Manzano, desde el congreso, adelantaba que acogería en su bloque a todos los cafieristas que salieran elegidos. *El Periodista*, 50, 23/8/1985.

⁸⁷⁰ *El Periodista*, 53, 13/9/1985.

Bajo esta coyuntura de división y desorden, los resultados de las elecciones de 1985⁸⁷¹ podían ser leídos desde distintos niveles. Abriendo el objetivo, suponían un respaldo a las políticas de Alfonsín, que no sólo no veía mermado su apoyo en el Parlamento, sino que añadía un diputado más a su cuenta. Sumando todos los votos a nivel nacional, los radicales obtendrían el 43 % de los mismos, mientras que el justicialismo debía conformarse con el 34 %, números muy similares, en ambos casos, a los obtenidos dos años antes. Para el peronismo no suponía un resultado catastrófico, pero estaba lejos de suponer una buena actuación, ya que, tras dos años sin sufrir el desgaste del poder, de 111 diputados se pasaba a disponer de sólo 103⁸⁷².

A nivel intraperonista, los resultados daban pie igualmente a muchas otras interpretaciones. La principal, que los renovadores podían no sólo competir, sino vencer a los ortodoxos en elecciones abiertas, mostrando un mayor atractivo para el electorado general. Eso se demostraría claramente en Buenos Aires, donde el frente de Cafiero, pese a quedar en segunda posición frente a la UCR, obtendría una considerable ventaja sobre Iglesias. Aunque no supusiera un resultado tan decisivo, también quedaría claro en Capital Federal, donde el frente liderado por Licastro, que había tratado de reunir los restos de la lista derrotada por Grosso, no obtuvo ni un solo diputado. Saadi, por su parte, sufriría el varapalo de que los radicales (en alianza, eso sí, con otro partido provincial) se llevaran la victoria en su propio feudo de Catamarca⁸⁷³. Tras su frenazo en Santa Rosa, las elecciones de 1985 significaban, pues, un nuevo espaldarazo para las aspiraciones de los renovadores. No extraña, por tanto, que Cafiero presumiera del resultado con declaraciones así: “el verdadero triunfador es el peronismo. Porque a pesar de la irrepresentatividad de su conducción, a pesar de su crisis interna y de las profecías que anunciaban su dispersión o su atomización, ha mantenido el 35 % del electorado”⁸⁷⁴.

⁸⁷¹ En estas elecciones se renovaban los mandatos de 127 diputados, 97 senadores y 307 diputados en distintas provincias. *La Voz del Interior*, 3/11/1985.

⁸⁷² Además, dos de esos diputados eran extrapartidarios: Carlos Auyero, de la Democracia Cristiana, y Ramón Brizuela, del Movimiento Popular Catamarqueño.

⁸⁷³ *La Voz del Interior*, 4/11/1985. Por otra parte, durante la campaña se empezaron a ver métodos e iniciativas innovadoras. La actividad de Cafiero se podría calificar como maratónica, con una enorme sucesión de actos. En Neuquén, Massei apostaría por un trato con el electorado más cercano y directo: “No realiza la campaña con actos callejeros. Prefiere el ambiente de reflexión e intimidad que le dan las escuelas para charlar e intercambiar opiniones con los neuquinos”. *Clarín*, 17/10/1985.

⁸⁷⁴ *Clarín*, 10/11/1985. No eran las únicas malas noticias para el peronismo ortodoxo. En Salta siempre había vencido el justicialismo en elecciones para gobernadores. Sin embargo, los comicios de 1985

1985 terminaba de esa manera como un año de sensaciones encontradas para el justicialismo. Durante ese año se había asistido al nacimiento como nueva línea de la Renovación, nuevo núcleo que levantaba las banderas de la democracia interna y de la remoción de la cúpula miguelista mediante el voto directo. Su avance durante la primera mitad de 1985 había parecido imparable, celebrando un congreso propio y poniendo contra las cuerdas, tanto por la vía política como la judicial, a la conducción; pero pronto se vieron que sus costuras eran mucho más débiles de lo que se veía a simple vista. Sus objetivos habían sido tan generales y poco concretos que encerraban grupos y figuras con voluntades e intereses muy diversos. Esas carencias de la Renovación, que todavía no se había definido ni institucional ni organizativamente, quedaron patentes, como hemos visto, en el congreso de unidad de Santa Rosa, de la que salió una nueva conducción conformada en su totalidad por sus rivales. Las elecciones legislativas de 1985, sin embargo, daban un nuevo espaldarazo a la causa renovadora, que poco a poco iba definiendo sus límites y que encontraría a sus líderes en tres de los grandes vencedores en los comicios: Cafiero, Grosso y Menem. La conducción de Saadi, en cambio, había sufrido un gran golpe en su legitimidad con esos resultados, pero como veremos en el siguiente apartado, no perderá ni un ápice de su capacidad de supervivencia al mando del partido.

4.3. 1986, la institucionalización de la Renovación y el alejamiento de Menem

En el relato del conflicto entre renovadores y ortodoxos por el control del partido, el periodo que abarca desde diciembre de 1985 a principios de 1987 puede resultar anodino en comparación con el carrusel de acontecimientos que se vivió un año antes o con el ascenso definitivo de los renovadores que se produciría durante 1987. A pesar de carecer de hechos de esa espectacularidad, en 1986 se desarrollaron hechos capitales para la historia que nos ocupa. En primer lugar, se comprobaría la fuerza y la habilidad que seguían conservando los sectores ortodoxos, personificados en la figura de Saadi, para desnaturalizar el avance renovador. Este sector, por su parte, comenzaría una fase de institucionalización dentro del partido (con todos los pros y contras que ello

supondrían un triunfo para la UCR, produciéndose también un importante salto del Partido Renovador liderado por el exmilitar y exgobernador Ulloa. Quizás más grave resultó el varapalo en el feudo de Carlos Juárez en Santiago, donde la UCR cosechó un 49 % de los votos.

supone), pero también, hecho fundamental para el desarrollo posterior, empezaría a padecer el progresivo alejamiento de uno de sus más importantes referentes: Carlos Menem.

El resultado de 1985 daría lugar nuevamente a uno de los picos de popularidad de los renovadores, que veían refrendadas sus posiciones con los votos de unos comicios generales. Sin embargo, el paso de transformar la legitimidad de los votos en legalidad (con el consiguiente aumento de su poder dentro del partido) pronto se demostrará como demasiado grande para un grupo de políticos plagados de contradicciones, que dejarán pasar de largo este impulso en medio de sus ambigüedades.

Pocos días después de las elecciones, los renovadores reclamaron la celebración del congreso partidario, en un plazo menor de 30 días, y la renuncia de los miembros del Consejo⁸⁷⁵. Pero sus deseos, pese al éxito electoral, no pasarían de la simple declaración de intenciones. En primera instancia, por las propias rencillas que se daban dentro del campo renovador, que se expresaron, por ejemplo, en las ríspidas discusiones acerca de quién debería ocupar los cargos a disposición en la Cámara de Diputados⁸⁷⁶. Y en segundo lugar porque Saadi seguía manejando algunas cartas a su favor, aunque éstas fueran tan básicas como el simple paso del tiempo. A fin de cuentas, los renovadores no contaban con la fuerza necesaria para convocar por sí mismos el ansiado congreso: para ello había que apartar previamente a Iglesias (quien seguía contando con un importante número de congresales, aunque hubiera sido al precio de designarlos arbitrariamente) y ello forzosamente suponía negociar con Saadi y Miguel.

La cuestión sobre la conveniencia o no de negociar con la conducción oficial ocupará a los renovadores durante los primeros meses de 1986. El triunvirato que encabezaba a los renovadores (Cafiero, Grosso y Menem) parecía apostar por el consenso, postura que compartían con los más temerosos al riesgo de ruptura. Los más moderados eran conscientes también de que prolongar la división mermaba sensiblemente las posibilidades de dialogar con el gobierno. En contraste, los más duros

⁸⁷⁵ *La Voz del Interior*, 17/11/1985.

⁸⁷⁶ Estos puestos tenían un carácter más simbólico que ejecutivo, pero suponían una buena lanzadera política a medio y largo plazo. Finalmente, Manzano, molesto con las altas aspiraciones de Cafiero y Grosso después de soportar dos años de duro trabajo, sería ratificado como el presidente del bloque. Cafiero, por su parte, conseguiría la vicepresidencia segunda de la Cámara. Grosso, pese a sus expectativas, no alcanzaría cargo alguno.

(De la Sota, Manzano, Vaca,...) subrayaban los peligros de tratar con unos mandatarios que se habían demostrado expertos en las tácticas de contemporización.

En realidad, no por casualidad, renovadores y ortodoxos compartían en sus declaraciones varios de sus objetivos, como la necesidad de convocar el congreso, nombrar un nuevo Consejo y normalizar los cuatro distritos intervenidos, Buenos Aires, Córdoba, Río Negro y Jujuy⁸⁷⁷.

De hecho, la conducción saadista ofrecerá varios gestos para ganarse la confianza de los renovadores, como, por ejemplo, separar a Iglesias y a Salim de sus miembros⁸⁷⁸. Pero estos pasos, a los que se sumaba también el anuncio de remover la junta interventora de Buenos Aires y anular sus resoluciones, resultaban insuficientes para superar los recelos y las diferencias metodológicas que separaban a ambos bandos. La más importante de estas últimas consistía en que para los renovadores los futuros cargos transitorios en los distritos intervenidos debían tener una composición colegiada (evitando así el personalismo y la discrecionalidad de los que había hecho gala, por ejemplo, Salim en Buenos Aires⁸⁷⁹), mientras que para Saadi debían ser unipersonales, argumentando que en sus funciones se encontraba no sólo administrar, sino también representar al partido⁸⁸⁰. De igual manera, los renovadores también reclamaban internas simultáneas en esos distritos intervenidos antes del 30 de junio, mientras que la conducción sólo estaba dispuesta a celebrarlas en agosto.

Pese a las aparentes buenas intenciones, las negociaciones entrarían pronto en punto muerto y no pasarían del acuerdo de que no habría listas únicas en las futuras internas. Como repitiendo los errores que les habían llevado a la frustración, los renovadores entraban en el juego de Saadi, que consistía en ganar tiempo mediante diálogos inocuos a la espera de su desgaste. De hecho, la conducción, que sólo consideraba a los renovadores como una línea más, relativizando así su importancia, seguía adelante con su plan que, concesiones aparte, consistía en nombrar interventores unipersonales y en reconocer a Las 62 como el único y genuino brazo gremial del peronismo. De acuerdo con este diseño, Saadi anunciaría que las internas se celebrarían

⁸⁷⁷ *La Voz del Interior*, 4/12/1985.

⁸⁷⁸ *La Voz del Interior*, 11/12/1985.

⁸⁷⁹ Cafiero se mostraría bastante explícito al respecto señalando que “no queremos correr el riesgo de que otro payaso pretenda dirigir los destinos del peronismo bonaerense”. *Clarín*, 23/3/1986.

⁸⁸⁰ *La Voz del Interior*, 4/3/1986.

en agosto y nombraría en abril a los nuevos interventores. Uno de sus hombres de confianza, Mera Figueroa, sería destinado a Buenos Aires; Serú García, a Córdoba, Rogelio Neves (senador por Formosa) a Río Negro, y Eduardo Endeiza (hasta hacía poco, ministro de Gobierno de San Luis) a Jujuy⁸⁸¹.

Saadi mantenía de esa forma su estrategia de perpetuarse en el poder, con una táctica contemporizadora que incluía, además, la apropiación de algunas banderas renovadoras, como la del voto directo y la de la representación proporcional. El hecho de colocar en Buenos Aires a Mera Figueroa, un exdiputado de la Juventud Peronista, ligado en el pasado a Miguel Ragone, también suponía una barrera para las críticas de posible conservadurismo que podían provenir de las filas renovadoras⁸⁸².

Pese a que los renovadores iban quedando progresivamente atrapados en esa tela de araña, habían aprendido algunas lecciones de su fracaso en Santa Rosa. Si en aquel congreso la falta de un liderazgo claro y la inorganicidad les habían jugado una mala pasada, la Renovación ahora comenzará a dar sus primeros pasos para institucionalizarse. De esa manera, en mayo, en el primer congreso nacional renovador celebrado en el porteño Parque Norte, la Renovación quedaría formalmente constituida como una línea interna del partido, con una conducción oficial (formada por los famosos tres referentes, Cafiero, Grosso y Menem) y un secretariado que le asesoraba⁸⁸³.

Si uno de los principales problemas en la etapa anterior había consistido en la disparidad de voces y la ausencia de un liderazgo que definiera las estrategias a seguir, los renovadores se dotaban ahora de una cúpula que, en la práctica, funcionaba como una conducción paralela del justicialismo. Pero, por supuesto, esta institucionalización conllevaba también sus inconvenientes. Como señalaba Álvaro Abós, el constituirse como línea interna legitimaba en última instancia a la conducción oficial (que quedaba así por encima de ella) y empequeñecía sus aspiraciones: “dominados por el pánico que les causa la idea de la ruptura, los renovadores han cometido un error: se han

⁸⁸¹ *La Voz del Interior*, 2/4/1986.

⁸⁸² *Clarín*, 3/4/1986.

⁸⁸³ Dentro de ese organigrama, Britos ejercía como secretario para asuntos en el Senado, Manzano lo era para Diputados; Marín, para gobernadores; Massei, para presidentes de distrito; Olga Flores para temas de la mujer y De la Sota para lo que concernía a los cuatro distritos intervenidos. *Clarín*, 14/1/1986. Hubo al respecto una polémica entre diputados y jefes de distrito por incluir una mayor cantidad de sus miembros en el secretariado, que se zanjó finalmente con la inclusión de un solo representante por segmento. *La Voz del Interior*, 22/12/1986.

constituido en línea interna. Si ellos son una línea interna, otro tanto puede decir el herminismo⁸⁸⁴.

4.3.1 *El alejamiento de Menem*

Posiblemente, esta cuestión sobre la esencia última de una línea interna constituía una discusión demasiado abstracta como para que los peronistas calibraran su efecto a corto plazo. Mucho más preocupantes para la Renovación eran las señales del resquebrajamiento de la unidad que se estaba produciendo entre sus tres referentes. Si la nueva línea había trabajado para ofrecer una única voz, en los meses siguientes ésta sonaría cada vez más discordante con el progresivo alejamiento de Carlos Menem.

Las relaciones entre el riojano con Grosso y Cafiero nunca habían sido en realidad totalmente armónicas, lo cual, personalidades y estilos políticos aparte, tenía cierta justificación: Menem aspiraba desde hacía años a la candidatura a la presidencia de la Nación y Cafiero y Grosso no dejaban de ser sus rivales más directos. Hasta ahora, sin embargo, habían existido motivos para continuar el viaje juntos, pero, en esta coyuntura, el afinado olfato político de Menem le indicaba que podía sacar un mayor rédito si conseguía cambiar de aliados.

El alejamiento de Menem de la Renovación, posiblemente el hecho más importante que ocurriría dentro del justicialismo durante 1986, se produciría sin embargo de manera progresiva y casi silenciosa. De hecho, el gobernador riojano siempre subrayaría que seguía siendo un renovador y que eran los demás los que se iban apartando del camino original. Sin embargo, los hechos demostraban claramente la deriva que estaba tomando la situación. Consciente de que para llegar al objetivo de 1989 necesitaba arraigarse en Buenos Aires, Menem comenzó a establecer contactos en dicha provincia, lo que inevitablemente suponía pescar en el caladero de los opositores a Cafiero. Iniciaría así conversaciones con hombres de Las 62, como Ibáñez, Delfor Giménez o West Ocampo⁸⁸⁵ y reclutaría bajo su ala a antiguos ortodoxos (Carlos Amerise) o a renovadores que también iban separándose del tronco original, como

⁸⁸⁴ *El Periodista*, 68, 27/12/1985.

⁸⁸⁵ Al respecto, Menem llegaría a decir “Reconozco como brazo gremial del Partido Justicialista a las 62 Organizaciones, como lo hizo el general Perón”. *Clarín*, 20/6/1986.

Eduardo Duhalde⁸⁸⁶ o el intendente de Florencio Varela, Julio Carpinetti. Menem, con su línea Federalismo y Liberación, llegaría incluso a disputar la interna bonaerense a Cafiero: era sabedor de que sus posibilidades de victoria eran prácticamente nulas, pero dicha acción suponía un primer avance en una provincia tan decisiva⁸⁸⁷. Indirectamente, le servía también para sembrar el campo renovador de incertidumbres, lo que se presumía necesario para diseñar los nuevos realineamientos que planeaba. Como no podía ser de otra manera, estos movimientos no serían bien recibidos por un Cafiero que señalaría que “a los bonaerenses no nos gusta que dirigentes de otros lugares se metan en nuestra provincia”⁸⁸⁸.

La misma operación se repetiría en otro convulso y a la vez clave escenario como era la provincia de Córdoba, donde Federalismo y Liberación comenzó a vincularse con todos aquellos que quedaban fuera de la Renovación liderada por De la Sota, más allá de su color político y pasado. Así, Menem haría allí lista común con las líneas ortodoxas Resurgir Peronista y Reconstrucción Peronista, en una alianza que, por supuesto, levantaría las críticas de De la Sota⁸⁸⁹.

Menem utilizaría de esa manera la estrategia de desemplumar la gallina paso a paso, sin que ésta gritara. En apenas unos meses, el antiguo referente había pasado a liderar los dispersos grupos ortodoxos y, lo más meritorio, lo había logrado consiguiendo que la transición fuera lo menos traumática posible, guardando todavía la esperanza, por parte de los renovadores, de que el riojano pudiera volver a su redil.

Por supuesto, existían límites que era difícil atravesar sin levantar críticas. El privilegio de la unidad como valor más importante por parte de Menem, que suponía la reabsorción, por ejemplo, del herminismo y el isabelismo, resultaba obviamente intolerable para los renovadores más puros. Cafiero señalaría al respecto que “la unidad no puede ser un simple amontonamiento de figuras ni un cambalache de proyectos”. El bonaerense, sin embargo, no respondió contundentemente al desafío menemista, en

⁸⁸⁶ Duhalde justificaría así su posición: “fui duro cuando había que ser duro, pero ahora hay que ablandar, no caer en la soberbia y evitar la ruptura”. *Clarín*, 26/1/1986.

⁸⁸⁷ Menem incluso coqueteó con su propio prestigio ya que las primeras boletas de su línea llevaban impreso el lema “Menem presidente”, rótulo rápidamente eliminado ante la más que segura derrota electoral. *Clarín*, 7/9/1986.

⁸⁸⁸ *La Voz del Interior*, 9/10/1986. Menem le respondería así: “Cafierito [sic] está un poco ofuscado. En todo caso son ellos lo que se fueron, yo sigo siendo renovador y buscando la unidad de los peronistas”. *El Periodista*, 114, 14/11/1986.

⁸⁸⁹ *Clarín*, 15/6/1986.

gran parte por su confianza en la victoria en la interna provincial y en parte también porque no quería granjearse un nuevo enemigo cuando el conflicto con el saadismo aún no había finalizado.

Saadi, siempre atento a las debilidades de sus rivales, vería en esta coyuntura una buena oportunidad para reafirmar su posición. Para evaluar su poder de convocatoria, en septiembre organizaría una cumbre en Catamarca, a la que los renovadores se negaron a acudir⁸⁹⁰. Pese a que pocas conclusiones se pudieron extraer de esa reunión, sirvió para confirmar que la llamada saadista seguía siendo respondida. Renovadores al margen, en Catamarca comparecieron justicialistas de todo color, desde Guardia de Hierro hasta el Peronismo Revolucionario. Y, sobre todo, estuvo presente Menem (escudado por Duhalde y Carpinetti), ofreciendo una nueva muestra de hacia qué dirección apuntaba ahora⁸⁹¹.

4.3.2. *El congreso de Tucumán*

Con esa confianza, el Consejo convocaría al Congreso Nacional del partido para realizar una asamblea en Tucumán a principios de noviembre. La citación llegaba de una forma un tanto apresurada, dejando apenas unos días para su organización, pero en modo alguno inesperada, ya que era obvio que su convocatoria le permitía a Saadi sacar buena tajada de la situación. El objetivo del catamarqueño era asimilar y desnaturalizar a los renovadores cediendo en algunas de sus posiciones (desplazamiento definitivo de Iglesias de la conducción⁸⁹², voto directo) a cambio de retocar a su favor la composición del Consejo y cimentar su poder.

La convocatoria al congreso de Tucumán sumió a los renovadores en una disyuntiva. Escarmentados ante lo que temían que era una nueva estrategia gatopardista,

⁸⁹⁰ *Clarín*, 26/9/1986.

⁸⁹¹ Menem justificaría su presencia aduciendo que se trataba de una cumbre para tratar la situación de las provincias y advirtió que “si se llegara a tocar un tema de la interna del partido, yo voy a abandonar la reunión”. *La Voz del Interior*, 23/9/1986. Los renovadores, por su parte, realizaron un acto público para conmemorar el 17 de Octubre, al que no acudiría Menem.

⁸⁹² El retiro de Iglesias y de Salim de la conducción se había demostrado más complejo de lo que cabría esperar y había quedado suspendido en un paréntesis legal tras el cruce de apelaciones. Que fuera el Congreso partidario el encargado de apartar definitivamente a estas dos figuras allanaría definitivamente la situación en los tribunales. Iglesias y Salim terminarían por convocar un congreso paralelo en Capital Federal, en el que aceptarían la renuncia a la vicepresidencia realizada por Saadi. *La Voz del Interior*, 1/11/1986.

muchos renovadores (entre los que se encontraba De la Sota) defendían que el congreso debía realizarse tras las internas de los cuatro distritos intervenidos⁸⁹³. Cafiero también era partidario de la no asistencia, pero, al mismo tiempo, no quería desgastar totalmente a una conducción que podía legitimar su esperado triunfo en las internas bonaerenses. En el otro extremo, existían varios renovadores concurrencistas: los distritos de Santa Fe, Capital Federal, Entre Ríos y Misiones, por ejemplo, se inclinaban por acudir a Tucumán. Grosso, por su parte, era uno de los mayores partidarios de que la Renovación debía participar en el cónclave, aunque en su caso existiera además una buena razón personal: quería multiplicar su proyección nacional y pretendía sustituir a Iglesias como secretario general.

Al final, los renovadores adoptaron una solución de compromiso, que consistiría en que acudirían a Tucumán, pero sólo a cambio de una serie de garantías, entre las que se encontraba que se nombrara un nuevo Consejo de transición con un mandato inferior a 180 días y que se confirmara la celebración de las internas en los distritos intervenidos⁸⁹⁴.

Tucumán, sin embargo, supondría una nueva frustración para quienes esperaban lograr algún tipo de consenso entre ortodoxos y renovadores. En sus resoluciones, las internas en Buenos Aires y Córdoba sufrirían una nueva postergación (hecho que provocó la retirada de los congresales renovadores del recinto del cónclave⁸⁹⁵) y Saadi sería ratificado en la cabeza del partido, ahora como presidente, sin el cosmético puesto de Isabel teóricamente sobre él⁸⁹⁶, con una conducción totalmente a su medida: Julio Romero sería el nuevo vicepresidente primero, Alberto Rodríguez Saa ejercería como vicepresidente segundo, con Manuel Quindimil como secretario general y Víctor Reviglio, la nueva estrella política de Santa Fe, como secretario político⁸⁹⁷. Sin tanta atención de los focos, como bien señala Sandra Carreras⁸⁹⁸, se aprobó además una reforma de la carta orgánica que apuntalaba más aún el poder de la dirección: por una

⁸⁹³ *Clarín*, 26/9/1986.

⁸⁹⁴ *La Voz del Interior*, 30/10/1986.

⁸⁹⁵ De hecho, al final sólo permanecerían unos 200 de los 650 integrantes del Congreso. Los comicios en Córdoba quedarían postergados hasta el último domingo de marzo, aprobándose el informe del interventor Serú García. Las internas bonaerenses se retrasarían una semana según lo previsto, hasta el 16 de noviembre. *El Litoral*, 5/11/1986.

⁸⁹⁶ Isabel obtendría el reconocimiento de ser presidenta honoraria. *El Litoral*, 5/11/1986.

⁸⁹⁷ *La Voz del Interior*, 14/12/1986.

⁸⁹⁸ Carreras, *op.cit.*, pp.149-150.

parte, el Consejo pasaba a contar con 64 miembros, con la inclusión de los 24 presidentes de distrito. Al mismo tiempo, se dispuso que los delegados del congreso podían ser seleccionados directa o indirectamente y se decidió que las intervenciones quedaban exclusivamente en manos del Consejo, sin necesidad de discutirlo con el congreso.

El desarrollo del cónclave lanzaba, pues, un nuevo torpedo a la unidad de una conducción renovadora que quedaba bastante desfigurada tras él. Menem ratificó los resultados de Tucumán, lo que equivalía a dar una nueva señal evidente de su actual posicionamiento. Al mismo tiempo, la imagen de Grosso salía bastante dañada, tras haberse acercado demasiado al entorno miguelista para finalmente no conseguir nada⁸⁹⁹.

4.3.3 El avance renovador en las provincias

1986 finalizaba con una sensación de inmovilidad para los renovadores. Pese a que éstos parecían rozar las riendas del partido tras sus excelentes resultados en las legislativas de 1985, Saadi volvió a demostrar a lo largo de los siguientes meses su excelente dominio de los mecanismos internos de la institución y del tiempo y la oportunidad política. Por supuesto, pese a esa sensación de estancamiento provocado por la continuidad de la antigua conducción refrendada en Tucumán, se habían producido hechos de gran importancia para el tramo final de la historia que nos ocupa, como la institucionalización de la Renovación. Y, a pesar de todas sus decepciones, los renovadores podían presumir de un notable avance en un buen número de internas provinciales.

Por supuesto, la más importante de ellas sería la victoria de Cafiero sobre el menemismo en Buenos Aires, mucho más abultada, además, de lo que se esperaba⁹⁰⁰; pero no fue en modo alguno la única. Claro está, se dieron también casos en los que, obviamente, el avance renovador resultaba prácticamente imposible. Las primeras internas del año se celebraron en Catamarca, el feudo personal de los Saadi. Pese a que

⁸⁹⁹ *La Voz del Interior*, 10/11/1986.

⁹⁰⁰ Sin embargo, no se debe olvidar que la lista cafierista estaba lejos de representar una composición puramente renovadora. Fruto de las negociaciones de Cafiero con Saadi y Miguel, el primero contaría con el apoyo del verticalismo no herminista, lo que facilitaría enormemente su victoria. *El Periodista*, 115, 21/11/1986.

el resultado era prácticamente conocido de antemano (de hecho, los renovadores no se presentaban en la totalidad de los distritos y tampoco ofrecían candidatos para el puesto de senador nacional), se sucedieron numerosas denuncias por fraude electoral y amenazas⁹⁰¹. Aún así, la victoria saadista fue tan aplastante que los renovadores sólo pudieron vencer en uno de los cinco departamentos en los que hubo efectivamente interna. En Tucumán, pese a sus problemas de salud, Riera se impuso sobre dos listas renovadoras (una de ellas, con apoyo de Menem)⁹⁰², mientras que en Salta la lista de Roberto Romero, encabezada por Hernán Cornejo, apenas encontraría resistencia⁹⁰³. En Formosa, Vicente Joga, con respaldo del gobernador Bogado, ganó ampliamente, mientras que en Entre Ríos, la lista menemista encabezada por Busti y Rossi, que, por supuesto, se consideraba renovadora⁹⁰⁴, se impuso a la liderada por Vairetti y González, apoyada especialmente por Grosso⁹⁰⁵.

Sin embargo, la norma habitual consistió en que los renovadores lograran vencer en las distintas internas. Ahora bien, no debe pasarse por alto que la palabra renovadora tenía distintos significados (y albergaba distintas alianzas) en cada contexto provincial, lo que dificulta enormemente el balance final. En Río Negro, uno de los distritos intervenidos, la lectura de la situación resultaba relativamente sencilla, ya que en ella se enfrentaban Remo Costanzo, conocido representante renovador, y Mario Franco, referente ortodoxo. En esta provincia patagónica, los renovadores se impusieron claramente, interrumpiendo así el dominio de dos décadas que Franco había ejercido sobre el partido⁹⁰⁶. Pese a ello, en muchas provincias no quedaría tan claro quién era el verdadero representante de la Renovación. En San Juan, por ejemplo, Olga Riutort, con el auspicio de Cafiero, se impondría por escaso margen a Luis Martínez, que también se intitulaba como renovador (y, de hecho, contaba con las simpatías de Grosso), pero que descansaba sobre el respaldo de Las 62⁹⁰⁷. En Santa Cruz, otro de los distritos

⁹⁰¹ *Clarín*, 27/4/1986.

⁹⁰² *La Voz del Interior*, 17/8/1986.

⁹⁰³ *La Voz del Interior*, 8/9/1986.

⁹⁰⁴ Su línea se llamaba Unidad Renovadora Peronista. *La Voz del Interior*, 16/11/1986. Curiosamente, sus rivales conformaban el Frente Renovador de Unidad Peronista.

⁹⁰⁵ Además, el triunfo de Menem quedaría diluido porque posteriormente Busti formaría parte de la conducción de Cafiero y Grosso. *La Voz del Interior*, 26/12/1986. Las internas entrerrianas se pueden entender también como un recambio generacional. Busti ejercía como intendente de Concordia y contaba con 38 años, mientras que su pareja en la fórmula, Domingo Rossi, tenía 35 años y era el intendente de Santa Elena. *El Litoral*, 19/11/1986.

⁹⁰⁶ *La Voz del Interior*, 9/11/1986.

⁹⁰⁷ De hecho, Martínez era dirigente del sindicato de la Educación CTERA.

intervenidos, hasta tres listas se declaraban renovadoras y sería Arturo Puricelli, perteneciente al ala más moderada de esta corriente⁹⁰⁸, el que se llevaría la victoria.

En la noroesteña provincia de Jujuy, los renovadores comandados por De Aparici y Eduardo Alderete pondrían sus nombres en la futura fórmula. Sin embargo, no deja de ser curioso que su rival, José Humberto Martiarena, también se considerara renovador y, de hecho, lo encontramos en páginas anteriores siempre al lado de los riondistas, pese a su condición de isabelista⁹⁰⁹. Otro caso llamativo lo constituiría el de Mendoza, donde la lista que presentaba a Bordón como candidato a gobernador y a Manzano como cabeza de posibles diputados arrasó con el 78 % de los votos⁹¹⁰. Bordón y Manzano, renovadores, pero con estilos muy diferentes (más sosegado el primero, más impulsivo el segundo) se habían enfrentado en las pasadas internas. Ahora, sin embargo, la intervención de Cafiero, Grosso y Menem había conseguido aliarlos. Frente a ellos se había situado la línea encabezada por Edgardo Civit Evans, quien sólo militaba en el justicialismo desde 1983 y que reunía sobre todo a figuras del peronismo histórico. No deja de resultar curioso que en los afiches de esta lista ortodoxa aparecía la leyenda “Menem presidente”, si bien el aludido subrayaría que no apoyaba oficialmente a ninguna de las listas⁹¹¹.

Sería, sin embargo, en Capital Federal donde las ambigüedades de la Renovación se hicieron más patentes, producto de una política de alianzas cuanto menos laxa. Las internas porteñas⁹¹² marcarían, además, un nuevo frenazo para las aspiraciones nacionales de Grosso, que ya había sido golpeado previamente en el congreso de Tucumán y en las elecciones de Entre Ríos, Tucumán y San Juan, donde los candidatos que contaban con su patrocinio fueron derrotados.

⁹⁰⁸ Arturo Puricelli, por ejemplo, estaba preocupado ante todo por la unidad del partido y mantenía una excelente relación con el senador ortodoxo Ramón Almendra. Las dos listas renovadoras restantes estaban lideradas por Rafael Flores y Alfonso Bórquez. La victoria de Puricelli ante Flores se decidió por apenas un centenar de votos. Como curiosidad, Néstor Kirchner consiguió la candidatura para convertirse en intendente de la capital provincial, Río Gallegos, encabezando una lista que sólo competía a nivel provincial. *El Litoral*, 10/11/1986.

⁹⁰⁹ *La Voz del Interior*, 1/12/1986.

⁹¹⁰ *La Voz del Interior*, 22/12/1986.

⁹¹¹ *Clarín*, 20/12/1986.

⁹¹² En estas internas se elegirían candidatos a diputados, concejales y concejales vecinales. Meses antes, el congreso porteño había aprobado que los candidatos a cargos electivos serían también seleccionados mediante el voto directo en distrito único de los afiliados. En la reunión también se decretó la incompatibilidad de cargos partidarios y electivos en la misma persona, caso que afectaba tanto Grosso como a otros miembros de su directiva, pero se decidió postergar sus efectos hasta 1989, para no caer en la retroactividad. *La Voz del Interior*, 4/5/1986.

Si en las anteriores internas los renovadores habían hecho frente común, más allá de aquella opositora, pero marginal, lista Verde, en esta ocasión se presentarían divididos, fruto principalmente a los errores de Grosso. En un principio, la estrategia del referente renovador buscaba conseguir una lista lo más abarcadora posible, rematada con dos figuras de prestigio, como eran Raúl Matera y Carlos Ruckauf, con el fin de hacerse con el electorado más independiente⁹¹³. Sin embargo, conseguir ese objetivo se antojaba complicado, sobre todo por los recelos que existían en la esfera sindical entre Las 62, sobre las que descansaba la candidatura de Matera, y Los 25, aliados del Frente para la Victoria grossista. Grosso debería contentarse únicamente con presentar a Ruckauf en el vértice de su lista, lo que también le costaría el precio de una escisión de un importante sector de los renovadores porteños en desacuerdo con la decisión. El hecho de que Ruckauf fuera una figura estrechamente vinculada en el pasado con el sindicalismo miguelista, por mucho que en ese momento quisiera lucir un barniz más progresista⁹¹⁴, alejaría a varias figuras renovadoras de la lista y rompería la vieja alianza entre el Frente para la Victoria y el luderista FUP⁹¹⁵. Como no podría ser de otra manera, esa ruptura sumiría al peronismo renovador capitalino en una grave crisis que se reflejaría en los resultados electorales.

Finalmente, a las internas porteñas se presentarían siete listas, si bien sólo tres contaban con posibilidades de disputar la victoria. A un lado, se situaría la ya citada lista de candidatos a diputados encabezada por Ruckauf, con el apoyo de Grosso y los 25, a los que se sumaría la sorprendente bendición de los ubaldinistas⁹¹⁶. Matera, por su parte, no sólo había rechazado la oferta del referente renovador, sino que encabezaba la más importante lista rival, cimentada por las 62 y una generosa fracción de grossitas disidentes de última hora⁹¹⁷. En tercer lugar, se encontraba la lista de Guillán, que reunía

⁹¹³ *Clarín*, 23/10/1986. La apuesta de Grosso por Ruckauf tenía también mucho de componente personal. Cuando Ruckauf fue nombrado ministro de Trabajo durante el gobierno de Isabel, nombró Grosso como jefe de asesores. Una década después, Grosso parecía devolver la confianza depositada en él.

⁹¹⁴ Ruckauf, por ejemplo, había declarado apenas unos años antes, en plena crisis poselectoral, que no creía que era “el momento para organizar recambios de conducción ni estructurar nuevas líneas”. Además, afirmaba que Miguel había dado “largos servicios al movimiento y al país”. *El Litoral*, 23/4/1987.

⁹¹⁵ El sindicalista Guillán llegaría a decir que el apoyo de Grosso a Ruckauf demostraba cierto “desvarío mental”. *El Bimestre*, 30, 11/2/1986.

⁹¹⁶ El sindicalismo ubaldinista se había mostrado prescindente y equidistante durante todo el conflicto peronista. Sin embargo, ahora, en lo que se podía interpretar como un alejamiento respecto a Las 62, anunciaba que apoyaría a los renovadores en todos los distritos, lo que suponía estar con Grosso en Capital Federal.

⁹¹⁷ *Clarín*, 16/11/1986.

a renovadores desencantados como Chacho Álvarez, más el FUP de Eduardo Vaca y otras figuras como Dante Gullo y Sbarra Mitre⁹¹⁸.

Grosso y Ruckauf se alzarían finalmente con la victoria, pero la escasa diferencia (apenas 3000 votos a su favor) respecto a Matera, dejaría un regusto agríndice para los renovadores de la Capital y para su referente, que se sumaba a la desafección producida por la candidatura del antiguo ministro de Trabajo⁹¹⁹.

Por otra parte, el caso de Carlos Grosso, que vivía en esos momentos uno de sus puntos más bajos, no podía contrastar de manera más evidente con el de José Manuel de la Sota, que aparecía ahora como la estrella emergente en la Renovación. Como veremos más extensamente, De la Sota se impondría con facilidad al peronismo ortodoxo cobijado bajo Menem en las constituyentes cordobesas que, como en otras ocasiones, funcionaron como una suerte de internas abiertas. El cordobés, a partir de entonces, asumiría un rol más protagónico en la interna nacional.

Con sus ganadores y perdedores, pese a todas las salvedades que hemos señalado, el balance de estas internas podría considerarse como positivo para la Renovación. Los renovadores habían logrado poner bajo su control nada menos que 16 de los distritos. Excepto en la alambicada provincia de Santa Fe, donde no habían conseguido consolidarse ni contando con un candidato de lujo como Luder, la Renovación tenía bajo su poder los distritos más importantes, como Buenos Aires, Córdoba, Mendoza o Capital Federal, lo que le concedía una base territorial nada desdeñable. Por supuesto, todos estos números en bruto debían ser refinados con una mirada más pormenorizada, ya que la etiqueta renovadora de muchas de estas figuras apenas resistía el juicio de los hechos posteriores. A veces, simplemente, el adjetivo renovador adquiría distintos significados (y suponía distintas decisiones políticas) dependiendo del contexto. Por ilustrarlo con un ejemplo que estudiaremos posteriormente, en las futuras elecciones de 1987, Julio Humada, teórico referente

⁹¹⁸ Existían otras listas que, sin embargo, apenas contaban con posibilidades. Díaz Amo lideraba una lista que tenía como objetivo captar el máximo apoyo empresarial. Dalla Costa reunía al nacionalismo histórico, mientras que el candidato Parra decía contar con el apoyo de Menem.

⁹¹⁹ La polémica de la interna porteña no terminó con los resultados. En principio, la lista de candidatos a diputados quedaba configurada con Ruckauf, Grabois, Inés Botella y Matera, que, en representación de la primera minoría, ocupaba el cuarto puesto. Sin embargo, la posterior renuncia de Matera a esa plaza abrió la duda de si debería ser sustituido por el quinto de la lista grossista, Miguel Unamuno, o por el segundo de la materista, Jorge Domínguez. La discusión, que llegó a alcanzar momentos de aspereza, se resolvería con esa segunda opción, que respetaba la presencia de las minorías.

renovador en Misiones, concertará una alianza con el MID, en un frente que sería considerado anatema en Buenos Aires. Pero, como fuere, 1986 confirmaba que, de nuevo, los renovadores se demostraban torpes con el funcionamiento de los congresos y los entresijos del partido, pero que sus iniciativas contaban generalmente con un gran tirón electoral, tanto en comicios internos como en generales. La siguiente etapa demostraría una lección muy similar, aunque con un final diferente.

4.4 1987, la confirmación de la Renovación

El año electoral de 1987 repetiría en sus inicios las mismas dinámicas que se habían vivido en los meses anteriores, con los renovadores disponiendo de iniciativa y campo para avanzar dentro del partido, pero pronto viéndose frenados por sus dudas y por la acción de un Consejo saadista hábil en sacar provecho de sus divisiones internas.

Envalentonados por sus victorias en las diversas internas provinciales que acabamos de esbozar, los renovadores pensaron que había llegado el momento de tomar por fin las riendas del partido. Como señalaba De la Sota: “ahora es el momento de avanzar y determinar quién es quién en la conducción nacional del partido”⁹²⁰. La decisión parecía tan madura que incluso Menem y Cafiero aparentaban limar asperezas a lo largo de varias reuniones en el verano austral de Mar del Plata⁹²¹. Sin embargo, las dudas llegaban cuando aparecía el momento de decidir un plan concreto para alcanzar el objetivo de la conducción. Los más duros entre los renovadores, como Manzano o De la Sota, pensaban que la línea debía constituirse como una dirección definitiva, evitando así el peligro de que se diluyera su identidad y fines⁹²². Otros, Cafiero entre ellos, optaban por el método más clásico de avanzar todo lo posible al interior del partido y convocar un congreso que fuera el encargado de apartar a Saadi, tratando de que el cambio fuera lo menos traumático posible.

En medio de esas vacilaciones, el impulso renovador se desinflaría nuevamente por diversas razones. En primer lugar, porque la reconciliación de Menem con la línea se había fraguado con elementos sumamente frágiles y apenas resistió el primer

⁹²⁰ *La Voz del Interior*, 2/2/1986.

⁹²¹ *La Voz del Interior*, 30/1/1986.

⁹²² *Clarín*, 2/2/1986.

encontronazo entre ambas partes. Cuando, durante los primeros días de febrero, se celebró un plenario renovador, los representantes menemistas se retirarían ante la ausencia de su líder y la renuncia del resto a posponer el encuentro⁹²³. El episodio fue antes que nada la teatralización de unas desavenencias que eran difíciles de borrar por la incompatibilidad de aspiraciones entre Menem y el resto de líderes renovadores. Las polémicas entre ambos sectores no alcanzarán la intensidad de los meses anteriores, cuando el riojano defendió abiertamente a los rivales de Cafiero y De la Sota en las internas, pero las diferencias continuarían latentes a lo largo de esos meses. Aunque al final de este capítulo veremos al riojano formando parte de la conducción capitaneada por Cafiero, a la hora de la verdad los renovadores nunca más podrán contar con Menem para sumar fuerzas en su embate contra Saadi.

Además de los miedos a introducirse en una alambicada batalla legal con pocas perspectivas y de las dudas de varios gobernadores sobre el correcto camino a seguir, existía también un motivo externo al partido para entender el parón que vivirían las acciones renovadoras hasta el último trimestre del año: el gobierno decidió adelantar los comicios legislativos a comienzos de septiembre, lo que recortaba enormemente las posibilidades de un recambio partidario exitoso y completo para antes de esa fecha. Principalmente por esa causa, la lucha interna del justicialismo quedará supeditada a la lógica electoral y al objetivo de proyectar a la sociedad una imagen de unidad. No debemos pasar por alto, asimismo, que el país viviría durante los meses centrales de 1987 un alto grado de consternación por los levantamientos carapintadas que analizaremos en su momento, lo que también desviaría gran parte de las energías destinadas a las internas partidarias a la solución de la crisis militar.

Con el fin de preparar la campaña electoral, durante los siguientes meses se celebraron varias cumbres que reunieron a figuras tanto renovadoras como ortodoxas. En mayo, poco después del primer levantamiento carapintada, se realizaría un encuentro en La Falda, que, en clave interna, sirvió ante todo para reunir bajo un mismo techo a los principales renovadores con Saadi y Adolfo Rodríguez Saa⁹²⁴. En la localidad cordobesa, pese a que sobre todo se debatieron temas de política nacional, sobrevoló la idea de reafirmar el perfil opositor frente al radicalismo como forma de estrechar filas al

⁹²³ *La Voz del Interior*, 6/2/1986.

⁹²⁴ *El Periodista*, 139, 8/5/1987.

interior del partido y maximizar las posibilidades de cara a las elecciones. Como afirmaría Grosso: “esto ha sido como un paso de superación de nuestras luchas internas hacia la posibilidad de mancomunar un perfil y un proyecto hacia la sociedad”⁹²⁵.

Un mes más tarde, en el denominado II Encuentro Nacional de candidatos, celebrado en Bariloche, se sellaría definitivamente la tregua entre renovadores y ortodoxos hasta después de las elecciones⁹²⁶. En la reunión se impondría la consigna del “votamos todos juntos” y se respaldaría la opción de apoyar, en todo caso, a los candidatos oficiales del peronismo. De esa propuesta, obviamente, se derivaban importantes corolarios, como los de dejar en fuera de juego los proyectos de raíz renovadora de Britos en San Luis⁹²⁷ y de Julián Vassel en Corrientes, enfrentados al oficialismo en sus provincias⁹²⁸.

La apuesta renovadora por el cese de hostilidades podría ser interpretada como una inteligente estrategia electoral de cara a unos comicios en los que el justicialismo tenía la oportunidad de recuperar mucho terreno debido al tremendo desgaste del gobierno radical⁹²⁹. Sin embargo, tenía también algo de arriar banderas en pos de la consecución de poder, ejemplificado en la satisfacción de la unidad por encima del apoyo a posiciones teóricamente más cercanas como las que expresaban Britos, Vassel o, un poco más tarde, Massei⁹³⁰.

⁹²⁵ *La Voz del Interior*, 5/5/1987. Pese a contar con figuras de todo el arco peronista, destacaría la ausencia de Menem.

⁹²⁶ *El Bimestre*, 33, 19/6/1987. No asistirían a esta reunión ni Saadi, ni los delegados de los distritos de Chaco y Formosa. Sí acudirían, en cambio, Saa, Romero y Vernet.

⁹²⁷ La conocida rivalidad entre Britos y los hermanos Saa en el distrito puntano había alcanzado en esos meses aristas más que preocupantes. En varias solicitadas, sin duda promovidas por los Saa, se llegó a acusar a Britos de haber sido un informante de las Fuerzas Armadas durante la dictadura y de haber delatado a compañeros, extremo que sería puesto en duda por la APDH. *El Periodista*, 145, 19/6/1987. El antiguo líder riondista abandonaría el peronismo y comandaría un frente en las elecciones junto al PI y la DC.

⁹²⁸ Por supuesto, ninguna de estas decisiones fue tomada sin discusiones ni polémicas. De la Sota y Olga Flores, que representaban a las posiciones más duras de los renovadores, defendieron el criterio de Julián Vassel, líder de su provincial Frente Renovador, lo que inevitablemente conllevó la protesta de Julio Romero. *El Periodista*, 146, 26/6/1987.

⁹²⁹ Como justificaría Luder: “hemos hecho una tregua hasta el 6 de septiembre porque desde todas las corrientes se pensó que nuestro primer compromiso es trabajar para que triunfe el justicialismo”. *El Periodista*, 151, 31/7/1987.

⁹³⁰ Oscar Massei, que había sido una de las principales figuras renovadoras en el espacio patagónico, también abandonaría el peronismo oficial encabezando un frente opositor. En la explicación de su acción, sacaría a relucir el carácter acomodaticio al que, según él, había llegado la Renovación: “Nos estábamos mimetizando con el radicalismo”... “ahora vamos a rescatar el carácter cuestionador del peronismo. ¡La renovación no cuestiona a nadie!”. *El Periodista*, 155, 28/8/1987.

En Bariloche se decidió asimismo la creación de un comando electoral que coordinara la campaña⁹³¹ que reflejó en su composición el nuevo espíritu de unidad, incluyendo también entre sus miembros a destacadas figuras ortodoxas. Junto a la mayoría renovadora reflejada en Cafiero, De la Sota y Bordón, se encontraban igualmente Menem, Saa, un Vernet que lentamente se acercaba a la órbita renovadora y un Reviglio, que desde un perfil bajo en Santa Fe iba poco a poco adelantando posiciones⁹³².

En realidad, el comando electoral tendría poca incidencia efectiva sobre una campaña caracterizada, una vez más, por la disparidad de criterios y el desorden. Esa sempiterna falta de un principio rector quedó retratada perfectamente, por ejemplo, en la política de frentes del partido. Mientras que en Santa Fe el justicialismo decidió presentar una lista propia, en Buenos Aires, Córdoba o Capital Federal lo haría acompañando a otros partidos⁹³³. Si el justicialismo compartió esfuerzos con el MID en provincias como Misiones, Formosa, Salta y San Luis, como ya mencionamos, en Buenos Aires dicha alianza parecería antinatural por el conservadurismo del partido de Rogelio Frigerio. No serían éstos los únicos casos de extraños maridajes: en San Juan y Río Negro, el PI apoyaba al peronismo oficial, mientras que en Neuquén formó frente con Oscar Massei.

De nuevo, como vemos, fuera por el carácter de las elecciones o fuera por la debilidad de una conducción central, las distintas lógicas provinciales se impusieron a la visión de conjunto. Ello podría ser procedente teniendo en cuenta que en estos comicios se decidía el futuro de las diversas gobernaciones, pero podía resultar contraproducente en lo que concernía al recambio en el Parlamento, donde, a fin de cuentas, se había cimentado la posición renovadora durante los últimos años.

Pese a todos estos problemas en la estrategia de la campaña peronista, el voto castigo al alfonsinismo sería más determinante en las preferencias de la sociedad. Así, las elecciones de 1987 supusieron un claro triunfo para el justicialismo, que, en un vuelco del mapa de poder argentino, se impuso en 16 provincias⁹³⁴, mientras que la UCR

⁹³¹ *Página/12*, 24/6/1987.

⁹³² *Clarín*, 13/7/1987.

⁹³³ *Página/12*, 9/7/1987.

⁹³⁴ La nómina de los nuevos gobernadores justicialistas quedaba así: Cafiero (Buenos Aires), Saadi (Catamarca), Baroni (Chaco), Perl (Chubut), Busti (Entre Ríos), Joga (Formosa), De Aparici (Jujuy),

apenas retuvo dos provincias y la Capital⁹³⁵. Especialmente simbólica para expresar este cambio de coyuntura sería la victoria de Cafiero en Buenos Aires⁹³⁶, pero se debe subrayar que el peronismo también se impondría sorprendentemente en Mendoza y en otras provincias importantes como Santa Fe o Entre Ríos. En Córdoba, donde Eduardo Angeloz había conseguido reformar la constitución para posibilitar la reelección, la derrota de De la Sota fue interpretada como un triunfo ante la trayectoria al alza del voto peronista. En claro contraste con esta dinámica, en Capital Federal, en cambio, reinó la decepción, ya que ni siquiera se logró el esperado 25 % de los votos y el partido incluso empeoró los resultados anteriores.

Leído en clave interna, el resultado electoral suponía un fuerte espaldarazo para las posiciones renovadoras, que, repitiendo antiguas dinámicas, veían nuevamente legitimadas en las urnas sus aspiraciones a ocupar la dirección del partido. En consecuencia, hasta fines de año asistiremos a la reapertura de la lucha tras la tregua por la campaña y a una nueva embestida renovadora que, esta vez sí, sería por fin exitosa.

4.4.1 La Renovación en la cúspide del partido

Todavía con los resultados en caliente, se celebró en el porteño hotel Bauen una cumbre peronista en la que se debía resolver el futuro itinerario a seguir en el partido⁹³⁷. Con los renovadores de nuevo en la cima de la popularidad, en la reunión se decidiría que la reorganización se llevaría a cabo a partir de unas elecciones por voto directo que se convocarían para antes de fin de año. A ellas, presumiblemente, sólo se presentaría

Ahuad (La Pampa), Menem (La Rioja), Bordón (Mendoza), Humada (Misiones), Cornejo (Salta), Saa (San Luis), Iturra (Santiago del Estero), Reviglio (Santa Fe), Del Valle (Santa Cruz).

⁹³⁵ *Clarín*, 7/9/1987.

⁹³⁶ Cafiero encabezó la fórmula justicialista acompañado por Luis Macaya. Vencería así a los candidatos radicales, Manuel Casella, antiguo ministro de Trabajo, y Osvaldo Puzio. En la campaña bonaerense se pudieron encontrar elementos novedosos, que se centrarían en el debate televisado que mantendrían Cafiero y Casella, en la kilométrica caravana justicialista que llevaría al candidato a recorrer todo el conurbano bonaerense y en la incorporación de famosos ajenos a la política en la lista de candidatos a diputados, como la actriz Irma Roy. *Clarín*, 6/9/1987.

⁹³⁷ *La Voz del Interior*, 16/9/1987. A la reunión en el Bauen estuvieron convocados todos los gobernadores peronistas, tanto en ejercicio como electos, y los presidentes de los distritos provinciales.

una lista única con Cafiero como candidato a presidente partidario y Menem como vicepresidente⁹³⁸.

Resulta importante recalcar que la de esta lista única era una propuesta para encabezar los cargos partidarios y no para las próximas candidaturas a las presidenciales, ya que de la confusión y la ambigüedad entre ambos planos se aprovecharían tanto Cafiero como un Menem que ni por un momento renunciaba a sus aspiraciones para 1989. De hecho, el riojano publicitará el hecho de conformarse con la vicepresidencia como “un gesto de renunciamento”⁹³⁹ y no tardará en añadir que lo justo sería que se intercambiaran posiciones de cara a la fórmula presidencial. La posición del riojano durante las semanas siguientes no podría ser más ambigua: si por un lado Menem parecía acercar posiciones con sus antiguos compañeros renovadores, por otro patrocinaba un encuentro de gobernadores en Formosa, que en la práctica constituía un polo anticafierista y una lanzadera para sus aspiraciones presidenciales⁹⁴⁰.

Poco después, en una segunda reunión en el hotel Bauen se perfilarían los componentes de esa lista de unidad, que además de con Cafiero y Menem, contará con Vernet como candidato a la vicepresidencia segunda; con Roberto García, en la vicepresidencia tercera; Grosso, como secretario general y De la Sota, como secretario político⁹⁴¹. Reflejando los nuevos equilibrios alcanzados tras las elecciones de noviembre, la preponderancia renovadora resultaba más que evidente y naturalmente, los perdedores de esta iniciativa movieron también sus posiciones. Por un lado, Saadi, fiel a su estilo, intentaría por todos los medios retrasar y enmarañar el proceso de convocatoria del congreso necesario para que las nuevas propuestas tuvieran el sello de la legalidad. El principal capital político del catamarqueño seguía siendo el tiempo y ya se había demostrado que las alianzas renovadoras solían oxidarse a una velocidad

⁹³⁸ Las negociaciones de los hombres de Santa Fe (Vernet, Reviglio y Carignano), pese a sus roces internos, serían determinantes para que Menem aceptara ocupar el segundo puesto en la lista.

⁹³⁹ *El Bimestre*, 35, 16/9/1987. La expresión de “gesto de renunciamento” utilizada por Menem tenía un profundo significado dentro del peronismo, ya que evocaba al gesto de Evita al retirar su deseo de ocupar la candidatura a la vicepresidencia en agosto de 1951.

⁹⁴⁰ La reunión en Formosa había sido convocada por el nuevo gobernador de la provincia, Vicente Joga, y por el santafesino Reviglio, ambos pertenecientes a Guardia de Hierro. A ella acudirían casi todos los gobernadores, excepto, claro está, los más comprometidos con la Renovación, como Cafiero, Humada, Bordón o Perl. En este cónclave, los participantes reclamaron un mayor protagonismo para el interior (por ejemplo, con una mayor participación en la lista de unidad), pero sobre todo acordaron apoyar a Menem para la interna de 1988. *El Bimestre*, 35, 4/10/1987.

⁹⁴¹ *El Bimestre*, 35, 10/10/1987. Esta reunión, conocida como Bauen II, significaría también una respuesta al encuentro de gobernadores en Formosa y un nuevo test del poder de convocatoria de Cafiero.

bastante rápida. Además, a fin de cuentas, a Saadi legalmente le quedaban dos años más de mandato al frente del partido y sólo el congreso o una “falta gravísima ante el tribunal de disciplina” podía apartarle de su cargo⁹⁴². Por su lado, Las 62, visiblemente molestas por la inclusión de Roberto García como vicepresidente tercero y del ubaldinista José Luis Lingeri como secretario gremial y, en general, por su exclusión de los principales puestos⁹⁴³, tratarán de presionar por todos los medios para cambiar la composición de la lista. Como señal de protesta, siete integrantes del Consejo vinculados con Las 62 se retirarán de sus cargos, lo que abriría evidentemente una crisis en la institución⁹⁴⁴.

La reacción ortodoxa planteó varios dilemas a los renovadores. Debían decidir en primer término si negociaban con Saadi la convocatoria o si la realizaban por su cuenta en una jugada que no dejaba de tener numerosos inconvenientes. Por otra parte, los renovadores debían optar entre sacrificar a uno de sus hombres más importantes en el ámbito sindical, como era García, o arriesgarse a romper el precario equilibrio alcanzado con Las 62.

Por una vez resueltos a tomar el poder sin pensar en las consecuencias, los renovadores solucionaron la disyuntiva autoconvocando el congreso del partido para finales de noviembre⁹⁴⁵. Si Cafiero, siempre más proclive a la negociación podía albergar al inicio alguna duda con la autoconvocatoria, el éxito del congreso en el teatro de Bambalinas se las borraría completamente. En un contexto de elevada concurrencia (acudieron 583 delegados de un total de 670 desde todas las provincias excepto Corrientes⁹⁴⁶) y de extraña unanimidad, en el congreso se eliminarían las últimas barreras para que los renovadores tomaran el control del partido. Se dispondría, de esa manera,

⁹⁴² Saadi había tratado de incluir a su hijo Ramón y a su principal operador, Julio Mera Figueroa, en la lista de unidad, sin éxito. A partir de entonces iniciará una retirada que lo alejará cada vez más del protagonismo político. *La Voz del Interior*, 7/10/1987.

⁹⁴³ Las 62 debieron contentarse con apenas tres vocales. *La Voz del Interior*, 18/10/1987.

⁹⁴⁴ *Página/12*, 16/10/1987. Una crítica de Miguel Ángel Toma, dirigida en realidad hacia Los 15, reflejaba muy bien el sentimiento de los renovadores ante el sindicalismo ortodoxo en su conjunto: “Mientras los renovadores luchamos por asegurar el triunfo del justicialismo, “los 15” acordaban con el Gobierno y apostaban a la derrota peronista. Los derrotados fueron ellos. Ahora, el peronismo de la victoria es el que dicta las reglas y no vamos a permitir que nos pretendan condicionar nuestro proyecto o vetar a nuestros hombres”. *Clarín*, 23/10/1987.

⁹⁴⁵ La decisión se tomaría en una reunión renovadora en Parque Norte a la que acudieron cerca de dos tercios de los congresales del partido. Por supuesto, desde la conducción oficial se protestaría argumentando que gran parte de los delegados que habían firmado la convocatoria no estaban todavía en funciones. El juez Fégoli dio validez a lo acordado. *Página/12*, 14/11/1987.

⁹⁴⁶ *Clarín*, 29/11/1987. No obstante, la asistencia fluctuaría dependiendo de las sesiones.

la caducidad del mandato de Saadi y el nombramiento de una nueva conducción de transición hasta la celebración de las definitivas internas, previstas para marzo del siguiente año⁹⁴⁷.

Aunque esta decisión no se había contemplado en un primer momento, el Consejo de transición pronto elegiría una mesa directiva mucho más reducida compuesta por los hombres más importantes de la lista de unidad, confirmando en los hechos el peso de Cafiero. No constituyó quizás el gesto más democrático realizado por los renovadores, pero este movimiento solucionaba un problema de tipo práctico: ofrecer, sin más demoras, un interlocutor visible al gobierno, en una coyuntura donde se hacía ineludible el diálogo con Alfonsín⁹⁴⁸.

También en contra de las propuestas iniciales, del mismo modo se resolvería que en el caso de que ninguna lista más se presentara para la interna hasta la fecha de vencimiento del plazo, el último día del año, la llamada lista de unidad sería proclamada automáticamente como nueva conducción, sin necesidad de realizar votaciones.

Teniendo en cuenta las escasas posibilidades de que ello llegara a ocurrir, el congreso de Bambalinas constituyó, por tanto, un gran éxito para los renovadores y sólo quedaba que Las 62 aceptaran el nuevo balance de poder para que todo se confirmara de manera legal. En ese sentido, pese a las voces que se dieron en un principio, la voluntad de llegar a un acuerdo siempre estuvo presente y, como muestra de ello, en el organigrama surgido en el congreso se dejó vacante un hueco en cada uno de los distintos organismos, reservado al sindicalismo ortodoxo.

De esa manera, salvo alguna amenaza de presentar lista alternativa⁹⁴⁹ y algún movimiento subterráneo dentro de sus filas⁹⁵⁰, la lista de unidad decidida en el Bauen llegó sin apenas cambios y como lista única al cierre del plazo⁹⁵¹. La nueva conducción,

⁹⁴⁷ La nueva conducción de transición estaba conformada por los gobernadores electos, los jefes de los 21 distritos y representantes del movimiento obrero y diputados. *La Voz del Interior*, 30/11/1987.

⁹⁴⁸ *La Voz del Interior*, 15/12/1987.

⁹⁴⁹ Julio Romero, antes del congreso de Bambalinas, molesto con las resoluciones de los renovadores, amagó con presentar una lista propia, pero no llegó a concretar lo que muchos consideraron como una simple amenaza. *El Bimestre*, 36, 16/11/1987.

⁹⁵⁰ Víctor Reviglio, nuevo hombre fuerte en Santa Fe, trató de apartar de la carrera a un Vernet al que consideraba débil. Al final, según su relato, fue el propio Reviglio el que intercedió para impedir que el exgobernador no figurara en la nueva conducción. *La Voz del Interior*, 29/12/1987.

⁹⁵¹ La lista definitiva, con Roberto García confirmado en el puesto de vicepresidente tercero, estaba compuesta por 110 miembros de todas las provincias, excepto Corrientes y Catamarca. Contaba con siete

con Cafiero y Menem en la cúspide⁹⁵², sería oficializada unos días más tarde durante una cumbre del partido en Mar del Plata⁹⁵³, culminando de esa manera la larga carrera que hemos relatado de la Renovación por el control del partido. Los propios protagonistas eran conscientes del cambio que suponía este momento: Grosso señalará que “hemos puesto fin a la desgastante etapa de las luchas intestinas y (a partir del congreso de Bambalinas), hemos logrado la unidad que garantizará el triunfo del justicialismo en 1989”⁹⁵⁴. Cafiero, por su parte añadiría que el conflicto entre renovadores y ortodoxos estaba ya superado y que se ingresaba en una nueva etapa⁹⁵⁵.

Con Cafiero por fin presidiendo el partido y la provincia más importante del país, lo que nadie podría prever era que el reinado renovador apenas se prolongara por unos meses.

4.5 Conclusiones

Entre 1983 y 1987, el peronismo sufre una transformación que lo llevará de su derrota electoral más amarga a sentar las bases para un retorno al poder en 1989. En ese tránsito, la acción de la línea conocida como Renovación peronista resultó capital a la hora de reafirmar una ideantidad justicialista que muchos consideraban amortizada tras la victoria de Alfonsín. Con el objetivo de apartar a una conducción que consideraban responsable de la derrota y de llevar al partido a una situación cada vez más marginal, los renovadores lideraron la reivindicación por una mayor democracia interna en el partido y por hacer de éste el espacio privilegiado del justicialismo, relevando al ala sindical.

Si bien estas reivindicaciones alcanzaron un éxito como mínimo parcial (en 1988 el peronismo celebraría unas internas para seleccionar su candidato a presidente y paulatinamente la influencia de los sindicatos fue opacándose), el itinerario seguido

representantes de las 62, por cinco del ubaldinismo y otros cinco de los 25. *Página/12*, 31/12/1987. En realidad, previamente, Teresa de Palma presentó una lista alternativa, pero sin el aval necesario del 5 % del padrón de afiliados, por lo que rápidamente fue descartada.

⁹⁵² Saadi, desde la reunión del Bauen, se automarginó de este proceso de lucha en el peronismo. Aunque trataría de retrasar lo máximo posible el avance renovador, no participaría activamente ni del congreso de Bambalinas ni en las negociaciones finales. Pese a la voluntad de los renovadores de posibilitarle una retirada honrosa (destinándole, por ejemplo, al puesto de presidente del congreso partidario), este alejamiento voluntario supondría la despedida de un Saadi que moriría pocos meses más tarde.

⁹⁵³ *La Voz del Interior*, 8/1/1988.

⁹⁵⁴ *Clarín*, 7/12/1987.

⁹⁵⁵ *La Voz del Interior*, 14/12/1987.

durante esta confrontación al interior del partido distó de tener un desarrollo lineal y sencillo. Al contrario, en última instancia resulta incluso delimitar el contorno de esos bandos conocidos como renovadores y ortodoxos, dado el continuo intercambio de figuras y las zonas grises que existían en ambos círculos. Lejos de suponer dos identidades estáticas y definidas institucionalmente, Renovación y ortodoxia suponían dos espacios en continuo movimiento, tanto en su formación como en sus reivindicaciones.

Con ello, por supuesto, no pretendemos relativizar la propia existencia de la Renovación y de su discurso. Al contrario, la Renovación no sólo se configuró como un espacio en el que se compartía una cierta visión del partido y de la democracia, sino que, además, protagonizó un proceso hacia una mayor institucionalización como línea interna. Sin embargo, pese a su continua reivindicación de la democracia interna, lo que encontramos en muchas ocasiones durante estos años es una descarnada lucha por el poder, adornada a veces bajo ideales más nobles, pero esencialmente desideologizada. El hecho de que uno de los fundadores de la Renovación como era Menem terminara encabezando a los distintos grupos opositores habla en el sentido de que el oportunismo político solía primar por encima de otros valores. Por supuesto, Menem, dada su trayectoria, podía suponer un caso extremo de estas ambigüedades, pero no encarnó un caso aislado de esos trasvases, lo que pone en evidencia que el andamiaje renovador era más endeble de lo que señalaba el aparente triunfo de 1987. Al mismo tiempo, el hecho de que los renovadores relajaran sus reclamos de mayor democracia interna una vez que alcanzaron el poder partidario pone en paréntesis el significado último de su enfrentamiento con los llamados ortodoxos.

Pese a todo, podría decirse que el peronismo que llega al año 1988 es un peronismo diferente al de 1983 y lo era, ante todo, debido a la labor de los renovadores. Con todas sus lagunas, el justicialismo de ese momento era un partido que había internalizado la importancia del juego democrático, tanto para su funcionamiento interno como dentro del sistema político y partidario argentino, y que poco a poco iba tomando la forma de un partido convencional, sin la tutela que ejercían anteriormente los sindicatos.

Llegar a ese punto, sin embargo, fue el producto de un proceso con muchas contramarchas que implicó a su vez numerosas negociaciones y disputas políticas. A

nivel general y abstracto, todo este relato sirve para ejemplificar la complejidad que encierran los partidos políticos y lo difícil que resulta aventurar la dirección que tomarán en el futuro. Hemos asistido así a un proceso en el que los renovadores contaban con una mayor legitimidad y generalizado apoyo desde las bases, pero en el que, por el contrario, los ortodoxos supieron maximizar los recursos institucionales y legales con los que contaban para permanecer a la cabeza del partido el mayor tiempo posible.

No obstante, toda la complejidad que hemos pretendido transmitir en este capítulo supone únicamente una visión parcial, al considerar sólo la perspectiva nacional. En las próximas páginas trataremos de dar un paso más allá en la comprensión de las luchas internas en el peronismo, analizando lo que ocurrió en tres casos provinciales.

Capítulo 5: La Renovación en las provincias. Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe

El 9 julio de 1988, en las internas justicialistas que iban a decidir los candidatos a la presidencia por parte del partido, se enfrentaron dos fórmulas de aspirantes, la compuesta por Antonio Cafiero y José Manuel de la Sota, por un parte, y la de Carlos Menem y Eduardo Duhalde, por otra. Pese a que la interna tuvo, como veremos, algunos momentos ásperos, todas estas figuras tenían en común el pertenecer o el haber pertenecido a la Renovación, en alguna etapa de los últimos años, pero no era ésa su única coincidencia. En los cuatro casos, la carrera que los había conducido hasta la precandidatura presidencial había tenido un recorrido clave a través de las realidades provinciales. Cafiero asentó sus posibilidades sobre los cimientos de haberse convertido en el gobernador de Buenos Aires y Menem se convirtió en una figura conocida nacionalmente gracias a su dominio de la política riojana. De la Sota, por su parte, no alcanzó la gobernación de la provincia de Córdoba, pero el crecimiento electoral que experimentó el partido en el distrito gracias a su liderazgo hizo que su atractivo aumentara en paralelo. Duhalde, por último, se demostró durante esos años como un excelente operador político en la provincia de Buenos Aires y los contactos que consiguió tejer allí serían capitales para entender su salto a la política nacional.

Hasta ahora hemos explorado las distintas aristas del peronismo de los años 80 y de la Renovación desde una perspectiva casi exclusivamente nacional, pero ése no es, por supuesto, el único nivel de análisis que permite abordar el problema en cuestión. Al contrario, descender la mirada hacia el nivel provincial (como también lo haría hacerlo hasta el municipal o incluso el barrial) nos da mayores fundamentos para entender la

Renovación como un fenómeno poliédrico, que en absoluto se limitó a las acciones y pensamiento de, por ejemplo, Antonio Cafiero y su círculo más cercano.

De esa manera, adentrarnos en las realidades provinciales no sólo nos ofrece una gran cantidad de datos para comprender las dinámicas que funcionaban simultáneamente lejos de los grandes centros de poder, por supuesto interesantes en sí mismas, sino que además fomenta nuevas miradas y lecturas sobre una Renovación cuyo desarrollo allí muchas veces no solía corresponderse con lo vivido a nivel nacional. En cierto modo, la relación entre nación y provincias respondía a un modelo dialéctico en el que, por supuesto, lo que ocurría en el conjunto del país afectaba a la realidad de los distintos distritos. Pero lo verdaderamente interesante es que, como veremos, en muchas ocasiones eran los problemas provinciales los que incidían en el devenir nacional. En ese sentido, ya hablamos, por ejemplo, de la importancia de la interna bonaerense de 1983 para resolver el rompecabezas que conformaba la elección del candidato presidencial y encontraremos ejemplos semejantes en las páginas siguientes.

Existe otra razón que hace atractivo y conveniente el acercarnos a las provincias durante este periodo. Obviando el poder de los sindicatos, no debemos olvidar que, tras la traumática derrota de 1983, la verdadera fuerza del peronismo residía en las doce gobernaciones que había obtenido tras el resultado de los comicios. Al respecto, ya vimos en capítulos anteriores cómo durante los primeros meses de 1984 el centro de gravedad del partido se trasladó hacia el interior del país, con el apogeo de un Consejo Federal que trataba de articular esta dispersa energía que emanaba de las provincias. Aunque más indirectamente, también la mayoría justicialista en el Senado, la cámara territorial por excelencia, habla de la importancia que tenían las distintas provincias en el mapa de poder del partido de este periodo.

Con todo esto en mente, el objetivo de este capítulo será, por tanto, ofrecer un recorrido por las vicisitudes del peronismo de los años 80 y del fenómeno de la Renovación en tres provincias argentinas (Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe) y establecer una serie de comparaciones entre sus distintas trayectorias. Hemos seleccionado estos tres casos y no otros que también podrían resultar muy interesantes, en primer lugar, porque, junto con Mendoza, son las tres provincias más importantes del país y los tres distritos con mayor peso político e influencia dentro del partido.

Pero esta centralidad no es la única causa de nuestra elección. Los tres casos ofrecen cada uno, además, características especiales que los hacen más atractivos a la comparación. Buenos Aires suponía el ejemplo más similar a la trayectoria nacional, viviendo una cruenta lucha entre Herminio Iglesias y Antonio Cafiero, representantes respectivos de la ortodoxia y la Renovación, saldada finalmente con el triunfo del segundo y la obtención de la gobernación. Córdoba ofrecía, en muchos aspectos, un desarrollo semejante, pero en este distrito ni De la Sota ni ninguno de sus compañeros conseguirá alcanzar el ejecutivo provincial. Santa Fe, por el contrario, experimentará un camino mucho más autónomo, en parte porque ya desde 1983 el justicialismo disfrutó allí de la llave de la gobernación y en parte también porque los distintos y continuos realineamientos que se experimentaron al interior del partido harán muy difícil catalogar a unos y otros como renovadores u ortodoxos.

Bajo esas coordenadas, en las páginas siguientes dedicaremos un largo apartado a cada caso provincial, describiendo el desarrollo del partido y sus conflictos internos desde la reorganización de la transición a la democracia hasta la reconfiguración que supuso el inicio del menemismo. A continuación trazaremos una serie de comparaciones entre los tres casos, tratando de descifrar diferencias y semejanzas respecto a la realidad nacional y explicar las causas de éstas⁹⁵⁶. Como siempre, tanto para estos tres casos como para el caso nacional, pese a que la cantidad de datos y relatos puedan amenazar con apartarnos del camino, no debemos perder nunca de vista que nuestro objetivo final se centra en explorar hasta qué punto la Renovación constituyó un agente democratizador al interior del peronismo.

5.1 La provincia de Buenos Aires

Como es sabido, Buenos Aires es, sin lugar a dudas, la provincia más importante de Argentina, tanto por población como por peso económico y político. Como ejemplo de su repercusión dentro del partido, a la altura de mayo de 1983, las afiliaciones justicialistas realizadas en esta provincia suponían aproximadamente el 40 % de todas las

⁹⁵⁶ Una versión preliminar de este capítulo fue expuesta en el *54º Congreso Internacional de Americanistas*, celebrado en Viena en julio de 2012, con el título “La Renovación Peronista. Tres casos provinciales: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe (1983-1988)”.

realizadas en el país⁹⁵⁷. La tradición señala además que Buenos Aires es la llave política que abre la puerta del control del país y que el partido que gobierna la provincia lo hace también en el conjunto del país. El tópico se cumpliría ajustadamente durante el periodo que nos ocupa, primero con los radicales Alejandro Armendáriz como gobernador y Raúl Alfonsín como presidente la Nación y, unos años después, con Cafiero y Menem ocupando esos puestos.

Dada esta significación, Buenos Aires sería el escenario durante los años 80 de una cruenta lucha por el control del partido. Una confrontación que además, por tratarse de este distrito, tenía importantes imbricaciones con el nivel nacional y que pasaría durante este lapso de tiempo por varias fases. En concreto, podríamos diferenciar tres grandes etapas: una primera marcada por el enfrentamiento entre Herminio Iglesias y Antonio Cafiero; una segunda, que abarcaría aproximadamente los años 1986 y 1987, caracterizada por el auge de Cafiero (que alcanzaría en ese tiempo la gobernación provincial) y los roces de éste con Menem, y una tercera protagonizada por los reacomodamientos en el partido tras el triunfo del riojano en las internas de 1988 y las presidenciales del año siguiente⁹⁵⁸.

A grandes rasgos, la dinámica del justicialismo bonaerense en esos años parece ajustarse perfectamente al modelo de conflicto de ortodoxia contra renovadores (personificados en este caso en Iglesias y, en cierto modo, en Menem posteriormente y en Cafiero, respectivamente). No obstante, una mirada más atenta nos permitirá dibujar, como sucedía a nivel nacional, un panorama mucho más complejo, donde las fronteras entre los distintos bandos solían desdibujarse o cruzarse sin demasiada dificultad. Como en todos los casos, asistiremos a la lucha por el control de un partido en clara crisis de liderazgo, en el que la falta de unas reglas consensuadas de funcionamiento alargarán y encarnizarán dicha contienda, especialmente durante esa primera fase que pasaremos ahora a describir.

⁹⁵⁷ *Clarín*, 29/5/1983.

⁹⁵⁸ Para el caso bonaerense se pueden consultar los trabajos de Marcela Ferrari: Ferrari, Marcela: “Entre la reorganización...”, *op.cit.* y Ferrari, Marcela: “La lucha por el espacio. El peronismo entre los mariscales de la derrota y los albores de la renovación”, 2007, http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/La%20lucha%20por%20el%20espacio2.pdf. También resulta muy interesante el artículo de Matilde Ollier: Ollier, María Matilde: “El Partido Justicialista bonaerense: inserción nacional y liderazgos”, *historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Ollier.pdf>.

5.1.1 El enfrentamiento entre Iglesias y Cafiero.

En capítulos anteriores ya analizamos lo disputada que resultó la interna peronista para decidir el candidato a la gobernación bonaerense. En una partida a varios niveles, que incluía también la resolución de la candidatura presidencial, la pugna se decidió finalmente en el convulso congreso celebrado en La Plata en agosto de 1983, en el que no faltaron los episodios de violencia y la retirada de los delegados cafieristas. Allí, como ya vimos, Iglesias impuso sus pretensiones, oficializando por amplísima mayoría la fórmula Iglesias-Amerise y obteniendo el control del partido.

Pese a que esta nominación no guardó especialmente demasiadas preocupaciones por las prácticas democráticas, las grandes figuras del partido en ese momento (Miguel, Luder y Bittel) convalidaron el crispado desenlace, en parte, por respeto hacia un Iglesias que estaba adquiriendo un peso político sustancial y, en parte también, porque los tiempos acechaban y apenas quedaba margen de maniobra hasta los comicios generales.

A pesar de imponerse en la interna peronista, nada impediría que Iglesias sufriera una derrota electoral todavía más contundente que la vivida por el partido a nivel nacional. Como refleja Marcela Ferrari⁹⁵⁹, la fórmula justicialista bonaerense recibió 210.000 votos menos en la provincia que la fórmula presidencial compuesta por Luder y Bittel, lo que habla claramente del rechazo que provocaba Iglesias incluso dentro de muchos votantes peronistas⁹⁶⁰. Más allá de las consecuencias electorales que ello podía tener, este hecho suponía un golpe tremendo a la autopercepción que tenía el justicialismo de sí mismo. Desarrollado en un contexto de identidades políticas prácticamente inamovibles, el justicialismo descubría de golpe en 1983 que no sólo ya no era por sí el partido del pueblo, sino que las preferencias de los votantes podían variar dependiendo de algo aparentemente tan superficial como el candidato en cuestión.

⁹⁵⁹ Ferrari, Marcela: "Entre la reorganización...", *op.cit.*

⁹⁶⁰ En medio de la conmoción de la derrota, el peronismo impugnó los resultados en la provincia. Según los apoderados Fiore y Pastor, se detectaron irregularidades en los partidos de Tigre, Quilmes y San Martín. Más allá de expresar oficialmente el desconcierto por la derrota, la impugnación no tuvo mayor recorrido.

Si ante una derrota de tal magnitud, con una responsabilidad tan evidente, cabría esperar un fuerte movimiento opositor, durante varios meses lo que encontraremos será una situación de calma tensa. La amplitud de la derrota supuso, obviamente, un gran desgaste para la legitimidad de un Iglesias que, sin embargo, gracias al amplio control que ejercía sobre el partido provincial⁹⁶¹, no pasó grandes apuros para conservar su posición. En Buenos Aires se vivirá un nuevo choque entre legitimidad y legalidad en lo que respecta al liderazgo partidario, en el que, además, como veremos, la legalidad solía retorcerse hasta adaptarse a los intereses personales de las distintas figuras. Así, por ejemplo, según la ley de partidos vigente, durante el año siguiente a los comicios generales los distintos partidos debían celebrar internas para renovar sus autoridades⁹⁶². Iglesias, en cambio, sostenía que había sido nombrado como presidente del Consejo para un periodo de dos años y veremos en las próximas páginas que hará todo lo posible para validar legalmente esta posición.

Desde la vereda de la oposición, las elecciones habían reconfigurado las posiciones, eliminando las distintas líneas de la última interna y confeccionando un panorama de división y desconexión, lo que explica en gran parte la tranquilidad con la que vivió Iglesias los primeros meses tras su derrota. Sin existir una crítica frontal al caudillo bonaerense, debido a esta desorganización, desde muy pronto empezaron a escucharse algunas voces que reclamaban la convocatoria del congreso partidario y la introducción del voto directo para la selección de candidatos y cargos de la agrupación⁹⁶³. Al mismo tiempo, Cafiero, el gran derrotado en la interna, empezó a recorrer la provincia poco después de los comicios para recomponer sus apoyos y ofrecer un discurso de cambio⁹⁶⁴. Poco después disolvería su antigua línea en el distrito, el MUSO, y fundaría una nueva corriente con la que pretendía aspirar a la presidencia del consejo provincial levantando la bandera de la democracia interna⁹⁶⁵.

⁹⁶¹ Ante Iglesias respondían al menos 9 de los 16 miembros del Consejo provincial y la gran mayoría de los diputados nacionales y provinciales, fruto de ese congreso en La Plata en el que, literalmente, apenas contó con oposición. *Tiempo Argentino*, 16/3/1984.

⁹⁶² *Tiempo Argentino*, 10/1/1984.

⁹⁶³ *Tiempo Argentino*, 11/1/1984.

⁹⁶⁴ Preocupado por esos votantes que tradicionalmente eligieron al justicialismo, pero que ahora se descantaban por los radicales, Cafiero afirmaría que “desde Buenos Aires vamos a promover una propuesta política para recuperar a los compañeros que rechazaron estilos y procedimientos, pero no desertaron de la doctrina”, *Tiempo Argentino*, 22/2/1984.

⁹⁶⁵ *Tiempo Argentino*, 20/3/1984.

Si bien Cafiero era una figura con un peso y una trayectoria suficiente como para convertirse en el referente de la oposición a Iglesias, era resistido en otros lugares de la constelación justicialista, fuera porque era visto como un personaje del pasado ya agotado, fuera porque taponaba las aspiraciones de otros líderes cuya posición se había visto reforzada por las elecciones de 1983. Alberto Melón, por ejemplo, miembro del consejo y vinculado con la ortodoxia de Guardia de Hierro, representaba una posición intermedia entre Iglesias y Cafiero⁹⁶⁶ y apostaba por una salida negociada a la situación de crisis en el partido. En el otro extremo, el luderista Evaristo Buezas creía que era necesaria la unión de los viejos luderistas, cafieristas y grossistas para expulsar a Iglesias de la conducción lo antes posible. El economista Eduardo Setti, apoyado por el sindicalismo ortodoxo, era otra figura que parecía querer disputar el bastón de mando a Iglesias y, como veremos, adquirirá cierto protagonismo en esta coyuntura. Existía además un grupo de 29 nuevos intendentes, todavía sin expresión orgánica, pero del que destacaban personalidades como la de Eduardo Duhalde en Lomas de Zamora, Federico Russo en La Matanza o Manuel Quindimil en Lanús, cada uno con una idea de lo que debía ser el futuro del partido.

Así pues, a pesar de existir un generalizado rechazo a Iglesias y sus prácticas, las distintas personalidades y ambiciones de sus rivales y las diferentes estrategias para apartarlo justifican mucho de la ausencia de cambios y polémicas en el peronismo bonaerense de esos meses. Bajo otras coordinadas, era en ese sentido una situación similar a la que ocurría en el piso superior del nivel nacional.

Dentro de ese contexto de debilidades y bloqueos mutuos, el núcleo de la trama de lo que ocurrirá en Buenos Aires en los meses siguientes, al menos hasta la celebración del congreso del Odeón, serán los distintos intentos, desde distintos protagonistas y métodos, por apartar a Iglesias de la dirección del partido.

En ese sentido, la primera crisis importante que debió sortear Iglesias fue la fractura en el bloque de diputados bonaerense protagonizada por un grupo de descontentos con la política del líder provincial y del presidente de la bancada, Argentino Evelio Zaracho. Resulta sintomática del modo de funcionar el herminismo (agresivo con la oposición de puertas abiertas, pero abierto a pactar con ella si podía

⁹⁶⁶ *Clarín*, 12/3/1984.

conseguir un beneficio) que la razón esgrimida para separarse de esa conducción, a la que calificaron de “casi dictatorial”, fue que “junto a Herminio Iglesias castiga al radicalismo en público, pero en la Cámara arregla con toda la mayoría”⁹⁶⁷. La respuesta por parte de Iglesias a este desafío, decretando la expulsión de Bottini y Pagano⁹⁶⁸ de la mesa de conducción del bloque justicialista, sería tan expeditiva como arquetípica y la veremos repetir en situaciones similares en el futuro.

Este primer desafío disfrutaría de una corta trayectoria, ya que apenas unos días más tarde todos los diputados rebeldes acataban la autoridad de Iglesias y firmaban un documento en el que se comprometían a “profundizar la discusión política en el seno del bloque”⁹⁶⁹. Pagano incluso criticó a quienes intentaban “aprovechar la coyuntura con fines personales”⁹⁷⁰, limitando la crisis a un problema exclusivamente intraparlamentario sin conexión con el resto de disputas en el partido. En cualquier caso, no se debe perder de vista que, debido a los contactos de varios protagonistas con Miguel, esta primera arremetida pudo ser en realidad un globo sonda lanzado por el líder metalúrgico para comprobar la fortaleza de los cimientos herministas⁹⁷¹.

Sea cierta o no esa sospecha, la pequeña crisis mostró el camino de cómo se desarrollarían las disputas siguientes, con un Iglesias nada dispuesto a tolerar el más mínimo cuestionamiento. De hecho, la polémica parlamentaria se encabalaría casi de manera inmediata con la crisis que se abrió en el seno del Consejo. En la máxima institución ejecutiva del partido, ocho consejeros decidieron rebelarse para promover la remoción de Iglesias. En este caso, la cuestión numérica no resultaba banal, ya que ocho era precisamente la mitad de los miembros del organismo y, según su reglamento, con nueve votos era posible la elección de nuevos cargos directivos⁹⁷². La situación muy

⁹⁶⁷ *Clarín*, 9/4/1984. Entre los diputados disidentes se encontraban Jorge Pagano, Gustavo Bottini y Luis Brunati, que tendrán cierto protagonismo en los años siguientes con la Renovación. En un principio, Segundo Rolón también formaba parte del grupo, pero pronto declararía su apoyo a Iglesias. El total de diputados peronistas en Buenos Aires era de 37, pero las cifras de los disidentes bailan según las fuentes entre 10 y 8. Como sea, según *El Bimestre*, el hostigamiento al nuevo bloque fue permanente por parte de los herministas. *El Bimestre*, 15, 4/5/1984. La presidencia del nuevo bloque sería ofrecida a Luis Otegui.

⁹⁶⁸ Gustavo Bottini ejercía como vicepresidente segundo de la bancada, mientras que Jorge Pagano era el secretario de prensa.

⁹⁶⁹ *Clarín*, 13/4/1984.

⁹⁷⁰ *Clarín*, 13/4/1984.

⁹⁷¹ Al menos eso se sospechaba desde el diario *Tiempo Argentino*, donde se sugería que se trató de una embestida del miguelismo para allanar el camino en Buenos Aires a uno de sus protegidos, Eduardo Setti. *Tiempo Argentino*, 13/4/1984.

⁹⁷² La elección de las autoridades del Consejo era, por tanto, indirecta. Cada sección electoral de la provincia elegía por voto directo a dos miembros del Consejo. Éstos a su vez, en un paso posterior,

pronto se tornaría tensa, con continuos rumores de que los rebeldes⁹⁷³ habían logrado convencer al consejero extra necesario para apartar a Iglesias⁹⁷⁴. Pese a esta gravedad y aunque la crisis pronto suscitó la preocupación nacional y la de Lorenzo Miguel, Torres, uno de los líderes del movimiento, se encargó de dejar claro que el movimiento “no responde a Antonio Cafiero ni a Eduardo Setti”, tratando de limitar el alcance de su estrategia⁹⁷⁵.

Ante esa tesitura, Iglesias volvería a moverse rápidamente para eliminar de raíz cualquier peligro a su posición⁹⁷⁶. Pocos días después del inicio de la crisis, el tribunal de disciplina, presidido por Manuel Quindimil, decidió separar de manera “provisoria” a seis de los miembros opositores del Consejo, acusados de “inconducta partidaria”⁹⁷⁷. En su siguiente movimiento, Iglesias convocaría al congreso provincial y citaría continuamente al consejo para que los rebeldes acumularan faltas con sus renunciaciones⁹⁷⁸. La convocatoria del congreso provincial sería invalidada en una primera instancia por la justicia, ya que no contaba con el número de firmas de consejeros suficientes, pero, ignorando este obstáculo legal, el cónclave autoconvocado por los herministas se llevó a cabo de todas formas⁹⁷⁹. Celebrado en el club Atenas de La Plata y pese a que sólo acudieron 150 de los 662 delegados⁹⁸⁰, en él se oficializó la expulsión de Manuel Torres y

seleccionaban a las distintas autoridades de la institución. Iglesias, sin embargo, utilizaría ese primer voto como legitimador de su posición y un trasunto de democracia directa: “Nosotros fuimos elegidos directamente el 14 de agosto pasado por el voto de los afiliados y entonces solamente nos pueden pedir la renuncia aquellos que nos votaron”. *La Voz*, 21/1/1984.

⁹⁷³ Aunque el término rebelde puede albergar una carga peyorativa, lo utilizamos en este contexto porque era habitual en la prensa de la época y porque era incluso usado entre los propios protagonistas.

⁹⁷⁴ Entre los consejeros opositores confirmados se encontraban: Manuel Torres, Guillermo Ball Lima, Enrique Cano, Luis Etchevarría, Esteban Fioramanti, Roberto Navarro, Raúl Peñaloza y Rufino Herce. *Tiempo Argentino*, 19/4/1984. Especialmente la figura de Alberto Melón, que navegó en esos días en una posición ambigua, fue la que provocó continuos debates sobre el número exacto de los rebeldes.

⁹⁷⁵ *Tiempo Argentino*, 22/4/1984. Pese a estas palabras, tanto Torres como cuatro de los ocho rebeldes estarían presentes en el plenario organizado por Cafiero para lanzar su nueva corriente interna. *Clarín*, 29/4/1984.

⁹⁷⁶ Iglesias declararía al respecto que “me van a sacar únicamente con los pies por delante”. *Tiempo Argentino*, 21/4/1984.

⁹⁷⁷ *El Litoral*, 24/4/1984.

⁹⁷⁸ *Tiempo Argentino*, 4/5/1984.

⁹⁷⁹ La junta electoral, aliada de Iglesias, avalaría la convocatoria y daría una relativa cobertura legal a su celebración. *Tiempo Argentino*, 19/5/1984.

⁹⁸⁰ *El Litoral*, 20/5/1984.

Enrique Cano⁹⁸¹, las figuras que más irritaban a los herministas, amparándose en las citadas incomparencias al Consejo no justificadas⁹⁸².

El congreso pasaría tras su finalización a una pausa de varias semanas. En su reanudación, en agosto, en el club Wilson de Lanús, Iglesias se centraría en eliminar otra de las grandes amenazas que se cernían sobre su mandato: el artículo 47 de la carta orgánica del partido, por el cual la institución debía celebrar internas ese mismo año para renovar su dirigencia⁹⁸³. Al contrario que en su anterior edición, donde los disidentes no acudieron “por las arbitrariedades cometidas”⁹⁸⁴, esta vez los antiherministas optaron por hacerse presentes en el cónclave, confiando en que contarían con la mayoría necesaria para hacer valer su reclamo de implantar el voto directo. Sin embargo, los opositores no calibraron correctamente el lastre que suponía su falta de unidad y el contexto de tensión que los partidarios de Iglesias lograron crear en el evento. En medio de un marco de confusión y de intercambio de insultos, en el que varios disidentes tuvieron que retirarse⁹⁸⁵, Iglesias no tuvo demasiados problemas para refrendar la expulsión ya acordada de Torres y Cano y para derogar el citado artículo 47, por lo que su mandato al frente del partido pasaría teóricamente a ser de dos años (y no de uno, como estaba previsto anteriormente), plazo tras el cual se renovaría mediante el voto indirecto⁹⁸⁶.

⁹⁸¹ Nacido en 1921, Enrique Cano era ya por aquel entonces una figura histórica del peronismo, con una participación activa en los años de la *Resistencia*. Entre 1973 y 1976 ejercería como presidente del partido en La Plata.

⁹⁸² Entre los cargos también se incluiría el haber intentado “traicionar a Isabel Perón” en 1975. *Clarín*, 23/4/1984. En el congreso se decidiría asimismo la creación de una comisión para estudiar el caso de los consejeros rebeldes y la situación de los diputados que anteriormente se habían separado del bloque original

⁹⁸³ Tanto desde el lado de Iglesias como el de sus opositores se lanzaron acusaciones acerca de la salud del partido y de la necesidad de renovar su cúpula. Torres criticaría por ejemplo que se vaya a prorrogar “un mandato por años de una conducción que acaba de perder catastróficamente una elección general”. Iglesias sostendría, en cambio, que “el peronismo está totalmente recuperado de la derrota –el peronismo de todo el país, pero en especial el de la provincia de Buenos Aires (...). Yo no digo que hay que renovar la conducción, no lo digo porque no creo que haya que renovar nada”. *El Litoral*, 30/10/1984.

⁹⁸⁴ *Clarín*, 29/5/1984.

⁹⁸⁵ El apoderado del partido, afín a Iglesias, daría otra versión del congreso de junio, describiéndolo como un congreso desarrollado con normalidad, “con la sola excepción de la perturbación del intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde, quien por no ser congresal, fue invitado a retirarse”. *Tiempo Argentino*, 10/9/1984.

⁹⁸⁶ Para obtener una idea de la escasa equidistancia de la mesa directiva del congreso basta recordar que desde la misma los dos consejeros expulsados fueron calificados como “elementos perturbadores y provocadores al servicio del gobierno” y de “montoneros”. *El Bimestre*, 15, 24/6/1984. Resulta interesante comprobar cómo el pasado reciente justificaba las acusaciones que se lanzaban desde uno y otro bando. Si los herministas criticaban los lazos con la vieja izquierda revolucionaria, Torres sostendría que “la gente de Iglesias se apoderó del aparato partidario por medio de la prepotencia, ayudados en la época de la

Como resultaba evidente, este congreso estuvo lejos de contar con el quórum de dos tercios necesario para modificar la carta orgánica y su polémico artículo, por lo que sus resoluciones no podían ser validadas legalmente. Hasta en dos ocasiones más, en octubre⁹⁸⁷ y en diciembre⁹⁸⁸, volverían los herministas a reunir el cónclave partidario para lograr su objetivo de prorrogar su mandato. Pese a sus esfuerzos, en ninguna de estas ocasiones Iglesias lograría el número de votos indispensables para tumbar la cláusula que obligaba a la celebración de internas ese año, debido a la ausencia de los disidentes⁹⁸⁹. La situación resultante era, por tanto, un tanto extraña, ya que la posición de Iglesias se veía debilitada en cada una de estas reuniones en las que no conseguía el quórum suficiente para legalizar y legitimar su posición, pero al mismo tiempo las indefiniciones de sus rivales le seguían manteniendo como el hombre fuerte de la provincia e impedían su desplazamiento. Como ilustraba el articulista Antonio César Morere, si los opositores no formaban una plataforma común, Iglesias siempre lograría la mayoría frente a sus rivales⁹⁹⁰.

Al igual que sucedió en el nivel nacional, ante el bloqueo político, la disputa entraría en el terreno legal y tanto Cano como Torres impugnaron la decisión de haber sido expulsados⁹⁹¹. En realidad, fueron hasta tres las causas pendientes que se acumularían en los tribunales relacionadas con el problema bonaerense. A la ya citada, se sumaría la impugnación de los disidentes a los congresos herministas y sus resoluciones, argumentando que no existía quórum para esos cambios, a la que se añadía la respuesta

dictadura por Verplaetsen, Trimarco y Cerdá”, militares al cargo de la policía bonaerense que mantuvieron vínculos con Iglesias.

⁹⁸⁷ El congreso de octubre, celebrado también en el club Wilson de Lanús, se haría famoso por los calificativos que Norberto Imbelloni, mano derecha de Iglesias, lanzaría contra Alfonsín, al que calificaría de “representante de la Cuarta Internacional”, “vendepatria” y otros insultos más comunes. *Clarín*, 7/10/1984. Puede parecer extraña esa acusación de pertenecer a la Internacional trotskista, pero en un movimiento como el justicialismo, que santificaba la independencia nacional y la llamada Tercera Posición, resultaba una acusación grave. A la reunión sólo acudirían unos 130 congresales, según *Tiempo Argentino*. Sintomáticamente, tras la marcha de los veedores, la cifra aumentó hasta 349. *Tiempo Argentino*, 7/10/1984.

⁹⁸⁸ El cónclave de diciembre tendría su incidencia en el nivel nacional, ya que en él se eligieron por sorteo a los delegados que acudirían al teatro Odeón representando a Buenos Aires. La selección, partidista y envuelta en la polémica, ya que casi todos los eliminados eran antiherministas, como Macaya, Melón o Guelar, sería una de las chispas que encenderían la llama en el teatro porteño. *El Litoral*, 9/12/1984. La sanción a Macaya había sido planteada previamente por Imbelloni, ya que era uno de los principales firmantes de una solicitada en la que se instaba a la “no concurrencia” al congreso, puesto que se habían dado “maniobras fraudulentas”, “fruto de la ambición desmedida” en los cónclaves anteriores.

⁹⁸⁹ Pese a este obstáculo legal, a fines de octubre, en el boletín oficial provincial el artículo 47 aparecía como “derogado”. *La Voz del Interior*, 28/10/1984.

⁹⁹⁰ *Clarín*, 8/10/1984.

⁹⁹¹ *Clarín*, 27/6/1984.

contraria, que aducía que el acta notarial que certificaba la no asistencia de los rebeldes era falsa.

En definitiva, se llegaba a finales de 1984 a una situación de empate de la que era difícil salir, ya que ambos sectores se bloqueaban mutuamente. Los herministas, como hemos visto, tenían su talón de Aquiles en que, pese a su unidad, no lograban reunir el número necesario para cambiar las normas ajustándolas a sus intereses y estaban lejos de buscar y conseguir el consenso que hiciera posible esa cifra. Sus adversarios, por su parte, permanecían en una situación de debilidad porque, aunque podían contar con el respaldo jurídico, su división les restaba fuerza ante un rival tan poderoso y decidido⁹⁹².

De nuevo, sería la realidad nacional del partido la que ofrecería una vía de escape a esta situación. No obstante, la solución no pasó directamente por la acción de la dirigencia nacional del partido que, a grandes rasgos, se mostró prescindente, pese a que el problema generado en el distrito más importante amenazaba con afectar al conjunto del movimiento. Ciertamente, Lorenzo Miguel tenía motivos para preocuparse ante el avance de Iglesias y se sentía molesto ante las intromisiones de los herministas en Diputados; pero su falta de decisión y su miedo a un enfrentamiento abierto con Iglesias provocaría las quejas de los disidentes bonaerenses⁹⁹³. Con esa vía obstaculizada, lo que realmente reconfiguraría el conflicto bonaerense bajo nuevos parámetros sería el ciclo de congresos nacionales iniciado en el teatro del Odeón.

Del polémico cónclave celebrado en la capital porteña saldría Iglesias reforzado como miembro de la cúpula nacional. Pese a ese ascenso, su triunfo era sólo aparente, al estar basado en un equilibrio muy precario. El matrimonio con Miguel, extraño teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, se había producido únicamente debido a que el vínculo resultaba coyunturalmente provechoso para ambos, cada vez más encaminados hacia un creciente aislamiento, pero podía quebrarse en cualquier momento. El sindicalista, que había mantenido un calculado silencio sobre la situación provincial hasta ese momento, declararía ahora que Herminio “es el representante genuino” del partido bonaerense, simbolizando así el nuevo compromiso. Sin embargo, ya hemos

⁹⁹² Pese a esa situación de división, se habían realizado avances importantes para superarla, con reuniones informales y asados y hasta se había creado una Mesa de Unidad Justicialista que reunía a todos los opositores. *El Litoral*, 10/10/1984. Sin embargo, más allá de la apelación al voto directo, las diferencias metodológicas entre ellos eran demasiado fuertes como para formar un frente cohesionado.

⁹⁹³ Torres se quejaría por ejemplo de que la conducción “no hace nada mientras el justicialismo bonaerense está al borde de la disolución”. *El Bimestre*, 17, 5/10/1984.

mencionado anteriormente las molestias que estaba provocando el auge de la figura de Iglesias, quien llegó incluso a encabezar ofensivas para hacer caer al presidente del bloque parlamentario, Diego Ibáñez, el hombre de confianza de Miguel en ese espacio. Este respaldo por parte de Miguel era, pese a todo, únicamente la cara positiva del congreso de Odeón para Iglesias, ya que, en contraposición, el episodio sirvió para definir y reunificar el campo opositor bajo una nueva consigna que, además, era homologable a la política nacional y al resto de provincias. Como demostraba un Duhalde que ya despuntaba como líder antiherminista: “el problema de mi provincia ha sido trasladado al “ámbito nacional””, pues “la misma dirigencia, utilizando los mismos métodos, copó las estructuras partidarias”⁹⁹⁴. A diferencia de otros distritos, donde la situación sería mucho más ambigua y alambicada (pensemos en el caso de Santa Fe, que analizaremos más tarde), en Buenos Aires, con Iglesias ocupando la secretaría política odeonista, resultó mucho más sencillo determinar quiénes eran en este enfrentamiento los que se conocerían como ortodoxos y los que pasarían a llamarse renovadores, quienes desde su crónica división anterior podían ahora compartir objetivos y metodologías de una manera mucho más clara.

Pese a que la situación resultaba muy vaporosa, fruto de esa redefinición, a comienzos de 1985 cuatro de los 18 senadores, cerca de una decena de diputados y la mitad del Consejo ya no respondían explícitamente a Iglesias. Haciendo más compleja la solución del problema, las posibilidades de negociación resultaban cada vez más pequeñas, producto del encastillamiento y la polarización de ambos bandos⁹⁹⁵.

Por supuesto, no todo cambiaría de manera abrupta. A pesar de la mayor unidad de los opositores, persistían en ese sector las incógnitas y las dudas sobre cuál resultaba la mejor ruta a seguir a partir de entonces. Mientras que Duhalde era uno de los más intransigentes (“si el peronismo no extirpa a la mafia, la mafia acabará con él”, afirmaría), otros, como Macaya, desconfiaban de la utilidad de la Mesa de Unidad y apostaban por una estructura más horizontal⁹⁹⁶. Los puntos en litigio eran en realidad más numerosos de lo que cabría esperar. Si el propio Macaya e incluso Carmelo Amerise proponían que se estudiara la intervención del distrito en el futuro congreso de Río Hondo, otros, como el exconsejero Hugo Franco, opinaban que tal acción sólo

⁹⁹⁴ *Clarín*, 14/1/1985.

⁹⁹⁵ *El Periodista*, 19, 18/1/1985.

⁹⁹⁶ *El Periodista*, 19, 18/1/1985.

conllevaría “mayores males”⁹⁹⁷. Incluso una cuestión con tanto consenso como la necesidad de celebrar internas empezaba a suscitar dudas sobre su conveniencia ante la cercanía de las elecciones legislativas⁹⁹⁸.

Mientras esos debates tenían lugar, los rebeldes a Iglesias en el Consejo volverían a la carga ahora encabezados por un Alberto Melón que había abandonado sus posiciones más conciliadoras. Con él, los opositores pasaron a contar técnicamente con la mayoría en la institución y, tras una reunión en el hotel Nogaró, decidieron destituir a Iglesias como presidente del partido, sustituyéndolo por Raúl Peñaloza⁹⁹⁹. Por supuesto, esta decisión sería rebatida por los herministas, quienes, manteniendo su lógica, denunciarían que dos de los consejeros firmantes habían sido expulsados en un congreso anterior¹⁰⁰⁰.

Todas estas pequeñas batallas políticas y legales quedarían nuevamente suspendidas y pasadas a un segundo plano por la acción de la dinámica nacional. Río Hondo marcaría una nueva vuelta de tuerca al conflicto, aunque lo hiciera a través de unos cauces totalmente inesperados por los protagonistas. La intervención decretada en la reunión santiaguense¹⁰⁰¹ fue, obviamente, bien recibida por los opositores a Iglesias, quienes, en su gran mayoría, habían apostado por esta solución para resolver el problema de obstrucción en el partido. Como no podía ser de otra manera, fue criticada por el líder bonaerense¹⁰⁰², quien encontraba también en Río Hondo un desafío a su posición en el consejo nacional¹⁰⁰³.

⁹⁹⁷ *El Litoral*, 13/1/1985. Macaya anunciaría un mes más tarde la división oficial de la bancada justicialista en el senado provincial. *Tiempo Argentino*, 9/2/1985.

⁹⁹⁸ *Clarín*, 4/11/1985.

⁹⁹⁹ *La Voz*, 24/1/1985.

¹⁰⁰⁰ *Tiempo Argentino*, 24/1/1985. Iglesias se mostraría sumamente irónico ante esta nueva situación y afirmaría al respecto que “cuando hay una oposición enfrente, tiene que haber una fuerza y yo no me quiero pelear con un melón”. *El Litoral*, 25/1/1985. Los herministas celebrarían también un nuevo congreso en el club Atenas de La Plata, continuación del que tuvo lugar en diciembre, en el que se decretaría la expulsión de Guillermo Ball Lima y en el que se elegiría una lista provisional para candidatos a diputados para 1985, encabezada, obviamente, por Herminio Iglesias, junto con aliados suyos como Ponce, Brito Lima y Sarboli. *Tiempo Argentino*, 30/1/1985.

¹⁰⁰¹ Para normalizar la situación partidaria, la intervención reunía las facultades del congreso y del consejo, por lo que atesoraba un gran poder.

¹⁰⁰² Iglesias calificaría la iniciativa como “intentos inconsultos de injerencia en los asuntos internos de nuestro distrito”. *Clarín*, 8/2/1985. En un arranque que no tuvo mayores consecuencias que la de retratar su impulsividad, llegaría incluso a amenazar con que “si tiene que correr sangre, va a correr sangre”. *Clarín*, 14/3/1985. Curiosamente, Iglesias apelaría al voto directo para protestar contra la intervención: los asuntos internos “serán resueltos en el tiempo, forma y modo que dispongan sus legítimas autoridades

Hasta ahí todo circularía por los carriles esperados, pero la situación pronto se revelaría como un tanto en propia puerta para las aspiraciones renovadoras. El primer problema para éstos es que la mera existencia de la intervención dependía del fallo judicial que validara todo lo aprobado en Río Hondo¹⁰⁰⁴. Como vimos en un capítulo anterior, la batalla legal fue dura y las constantes apelaciones alargaron aún más el proceso, por lo que la junta interventora navegaba en una suerte de vacío legal: no se trataba sólo de que no era reconocida por el sector odeonista, sino que, además, todas sus disposiciones podían verse legalmente anuladas en cualquier momento. Por otra parte, un posible acuerdo con Iglesias para la convocatoria de internas, improbable, pero no descartable, dejaría sin sentido práctico la labor de la intervención. Jugando con esa idea de pacto y sus ambigüedades, de manera unilateral, Iglesias convocaría a elecciones internas en un plazo inferior a 120 días, aunque sólo fuese para poner a los renovadores en la tesitura de oponerse a su principal reivindicación y al uso del voto directo¹⁰⁰⁵.

Sin embargo, todos estos puntos débiles de la idea de la intervención se daban por descontados entre las filas renovadoras. Lo que supuso verdaderamente una sorpresa para ellos fue el papel que le cupo en esta historia a Luis Salim, el senador designado para ocupar la cabeza de la junta interventora¹⁰⁰⁶. Salim, que durante un mes no tuvo oficializada su posición, se mostró desde un primer momento más que conciliador con la figura de Iglesias, reuniéndose en numerosas ocasiones con él. En un principio, el que se definía como “mediador” y no como interventor parecía defender

surgidas del voto directo del afiliado peronista bonaerense el 14 de agosto de 1983”. *Tiempo Argentino*, 8/2/1985.

¹⁰⁰³ Como clara expresión de la división de los opositores a Iglesias, la representación bonaerense en Río Hondo estuvo partida en cuatro sectores: los encabezados por Setti y Cafiero, respectivamente, un tercer grupo independiente, liderado por Hugo Franco, y un cuarto de exherministas como Alberto Melón y Ángel Abasto. *La Voz*, 4/2/1985.

¹⁰⁰⁴ De hecho, la Justicia suspendió la intervención hasta que la Cámara Electoral no diera validez al congreso de Río Hondo. *El Bimestre*, 20, 12/3/1985.

¹⁰⁰⁵ Discursivamente, Iglesias justificó esta decisión, legalmente innecesaria desde su punto de vista, como una concesión en aras de la paz interna del partido: “vamos a realizar las elecciones libres en la provincia, aunque no corresponde de acuerdo con los estatutos vigentes”. *Clarín*, 23/2/1985. Atentos a lo que verían como una estrategia para arrebatar sus banderas sin mayor fundamento en los hechos, Duhalde y otros intendentes rihondistas como Julio Carpinetti se opusieron a la convocatoria, puesto que Iglesias “carece de facultades” para lanzarla. El llamado a elecciones sería posteriormente anulado por el juez federal, ya que se decidió en una reunión del Consejo que no contó con el quórum necesario para tal fin. *El Bimestre*, 20, 4/4/1985.

¹⁰⁰⁶ Salim era un hombre de confianza del caudillo de Santiago del Estero Carlos Juárez. En su origen fue dirigente del sindicato de mineros y en su carrera política había ejercido como diputado provincial, intendente, secretario del peronismo de Santiago y diputado nacional y en esos momentos ejercía como senador nacional. *Clarín*, 8/2/1985. La junta interventora estaba formada, además de por Salim, por el senador Libardo Sánchez, César Gioja, el diputado por Misiones Héctor Dalmau y el diputado cordobés Julio Badrán. *Clarín*, 15/3/1985.

una posición conciliadora: “hay que ser flexible. Yo no voy a negociar sino a conversar en busca de una solución que convenga a ambas partes”¹⁰⁰⁷. Pero, pese a esas intenciones, los renovadores no tardarían en comprobar que el hombre elegido para ordenar el partido se estaba transformando en uno de los mayores defensores de Iglesias, a quien calificaría como “un hombre que tiene una neta sensibilidad popular”¹⁰⁰⁸. De esa manera, con el interventor principal sosteniendo las propuestas de los herministas, los principales opositores llegaron a la conclusión de que la junta se había convertido en una “nueva corriente interna”¹⁰⁰⁹ y, paradójicamente, empezaron a reclamar ellos mismos su destitución. La gota que colmaría la paciencia renovadora fueron los rumores que afirmaban que Salim estaba exhortando a varios peronistas a apoyar a Iglesias ante un inminente golpe institucional que pondría a un peronista como nuevo presidente del Senado¹⁰¹⁰.

Salim sería suspendido de sus funciones poco después de ese episodio y posteriormente relevado. Más allá de la errática trayectoria del interventor, su retirada suponía en realidad un movimiento que convenía a todos los actores en juego: con el acuerdo alcanzado nacionalmente para realizar un tercer congreso de unidad, ambos bandos debían dejar sin efecto sus distintas iniciativas e impugnaciones, por lo que la intervención en sí carecía de sentido a partir de entonces.

El congreso de Santa Rosa marcaría un nuevo paso en la influencia de la política nacional sobre la resolución de la cuestión bonaerense. Como se sabe, la reunión, aunque supuso formalmente el fin del cisma creado meses antes en el seno del partido, se convirtió en una gran decepción para los renovadores, que vieron frenadas sus ambiciones sin ni siquiera presentar una batalla real. En el caso de los renovadores bonaerenses, la frustración resultaría aún mayor, ya que Iglesias fue nombrado en el cónclave como secretario general del partido, reforzando aún más su posición, pues salía teóricamente legitimado por los dos sectores en conflicto.

Un poco antes de estos hechos, pero ya con el compromiso de que se iba a celebrar el tercer congreso unificador, la figura de Iglesias había irrumpido con fuerza en

¹⁰⁰⁷ *Clarín*, 8/12/1984.

¹⁰⁰⁸ *La Voz*, 12/2/1985.

¹⁰⁰⁹ *La Voz del Interior*, 19/6/1985.

¹⁰¹⁰ *El Bimestre*, 20, 4/4/1985.

el panorama provincial, convocando nuevamente a internas para el final de agosto¹⁰¹¹. Los renovadores, reunidos en gran número en un plenario celebrado en Mar del Plata¹⁰¹², se opondrían a la propuesta, ante la desconfianza que les sugería una junta electoral que seguía controlada por los iglesistas. Esta nueva polémica, sin embargo, pronto quedaría en un segundo plano tras el trascendental anuncio, por parte de la flamante conducción nacional presidida por Vicente Saadi, de la intervención del justicialismo bonaerense, ahora ya virtualmente consensuada, con el fin de normalizar por fin el partido de cara a las elecciones legislativas de 1985¹⁰¹³, respetando además el llamado a internas realizado por Iglesias.

Por supuesto, el anuncio no era en modo alguno inocente y la nueva intervención estuvo lejos de aspirar a convertirse en una institución imparcial. Con este movimiento, el caudillo bonaerense conseguía todas las medidas que buscaba por parte de una conducción de la que, muy convenientemente, también formaba parte, logrando además una pátina de legalidad de la que carecía anteriormente. Obviamente, Iglesias no protestaría ante la formación de una junta interventora en cuya nómina se ubicaban varios de sus aliados, como Lucio Otegui, presidente de la cámara de diputados de Buenos Aires, Horacio Aníbal Sotillo, senador provincial, o el sindicalista Hugo Curto¹⁰¹⁴.

Las anunciadas internas marcarían el último capítulo de esta primera fase centrada en el enfrentamiento entre Iglesias y un Cafiero al que, sin embargo, aún no hemos visto ocupando un papel principal. Al contrario, hasta ahora habíamos contemplado al exministro de Economía mostrando un relativo perfil bajo: se había destacado, junto a Setti, como uno de los mayores pretendientes al trono de Iglesias, pero sin todavía dar el paso hacia un protagonismo efectivo. A partir de ahora, en

¹⁰¹¹ *Clarín*, 21/6/1985.

¹⁰¹² *Clarín*, 23/6/1985. Esta reunión en el club Alvalado supuso un paso más en la institucionalización y organización de la oposición a Iglesias. Allí se nombraría una amplia mesa conformada por 50 miembros que sería la encargada de representar al grupo. El horizonte de las elecciones de 1985 aún estaba lejano, pero ya en ese momento se tenía muy presente la opción de que el justicialismo se presentara dividido en los comicios.

¹⁰¹³ *El Litoral*, 31/7/1985. En la decisión de esta nueva intervención se veía claramente la influencia de Iglesias en la conducción de Santa Rosa y las contradicciones que ésta encerraba. Tanto Saadi como Miguel y sus 62 Organizaciones se mostraban más renuentes ante la cuestión y preferían una solución más negociada. De hecho, Las 62 harán todo lo posible para evitar o al menos postergar unas internas conducidas por Iglesias.

¹⁰¹⁴ Hugo Curto fue posteriormente retirado de la junta interventora. *El Litoral*, 4/8/1985.

contraste, veremos a un Cafiero mucho más activo, buscando el liderazgo de los opositores al herminismo.

Si los renovadores temían que el llamado a internas podía encerrar alguna jugada política por parte de los herministas, pronto pudieron comprobar que sus sospechas tenían fundamento. Para empezar, porque ante la amenaza de un más que posible revés electoral en noviembre y ante la posibilidad de poder manejar el partido provincial durante cuatro años más, a Iglesias le convenía más que a nadie la inmediata celebración de esas elecciones, con el terreno de juego totalmente volcado a su favor gracias al control de las instituciones claves en el proceso¹⁰¹⁵. De esa manera, lejos de suponer una vía consensuada de solución, el desarrollo de las internas empantanó aún más la situación.

Durante las siguientes semanas se fueron configurando las distintas listas que iban teóricamente a entrar en liza en las elecciones. A un lado se situaba la lista Azul de Iglesias, compuesta con gente de su confianza como el exconsejero Jorge Door y Horacio Sotullo, miembro de la propia intervención. Frente a ésta se situaban varias listas que expresaban, una vez más, la división en el campo opositor. La más importante de ellas, obviamente, era la lista Blanca capitaneada por Cafiero, que reunía a varios de los protagonistas de los últimos meses, como Torres, Ball Lima, Álvarez Echagüe y Macaya. Con Eduardo Setti, y su lista Marrón, por su parte, se alineaban, entre otras figuras, Melón y Peñaloza¹⁰¹⁶. El lugar que ocupaba Setti en este enfrentamiento era, sin embargo, motivo de debate: en un primer momento se había destacado como uno de los principales rivales de Iglesias, pero su acercamiento posterior a éste y la cobertura que le ofrecían las 62 Organizaciones había despertado la sospecha entre los cafieristas de que la lista de este economista era en realidad una cuña fomentada por los ortodoxos para dividir el espacio renovador¹⁰¹⁷.

¹⁰¹⁵ Como ya hemos mencionado, también la junta electoral, presidida por Carlos Sorrentino y con Jorge Criado como secretario, estaba conformada por aliados de Iglesias. *El Litoral*, 16/8/1985.

¹⁰¹⁶ Existía también una lista Verde, que reunía a varios candidatos independientes. *Clarín*, 3/8/1985.

¹⁰¹⁷ *Clarín*, 22/8/1985. La relación entre Cafiero y Setti era, en realidad, de larga data. En agosto de 1974, un mes más tarde de la muerte de Perón, su esposa y sucesora Isabel ordenó la intervención de la provincia de Mendoza, hasta ese momento gobernada por Alberto Martínez Baca, más cercano a la izquierda peronista. Como titular de esa intervención fue elegido Cafiero, quien se rodeó de figuras bonaerenses de su confianza, como Setti, que fue designado para administrar la bodega estatal Bodegas y Viñedos Giol. *Página/12*, 4/5/2002. La intervención tendría una vida muy corta, de menos de un año, y sería poco exitosa, pero tanto Cafiero como Setti quedarían manchados por un caso de corrupción en el

Pese a estos preparativos, cuando estaba ya todo listo para la realización de las internas, la junta electoral decidió rechazar todas las listas no herministas con el argumento de que faltaba la certificación de sus distintos avales¹⁰¹⁸. La suspensión de las listas opositoras y la consiguiente anulación de las internas provocaron un verdadero terremoto en la política provincial que conllevaría importantes consecuencias. Si la amenaza de que el justicialismo se presentara dividido a las elecciones legislativas siempre había circulado desde el trauma del congreso del Odeón, ahora, con esta anulación, esta posibilidad se haría realidad. Cansado de las demoras y obstáculos en el camino, Cafiero decidió crear un frente propio fuera de las estructuras y la cobertura del peronismo oficial, aliándose con la Democracia Cristiana y otros partidos de izquierda¹⁰¹⁹. Este paso dado por Cafiero podía compararse con un nuevo cruce del Rubicón, por la significación que tenía para el futuro inmediato tanto propio como del partido. En un movimiento donde primaba ante todo el sentimiento de lealtad, alejarse del partido voluntariamente, produciendo de paso una grave ruptura, suponía una jugada muy arriesgada, ya que podía significar un viaje sin retorno. No era sólo que sus adversarios cargarían sobre él el anatema de la división del partido, además de presentarlo como renuente a presentarse en las internas, sino que Cafiero podía ser acusado de servir en bandeja la victoria del radicalismo, en unos comicios que, incluso unido, el peronismo tenía muy complicado vencer.

Desde otro punto de vista, más ajustado a la realidad de los hechos posteriores, Cafiero había dado un importante paso al frente para convertirse en el indiscutido referente renovador, no sólo en la provincia de Buenos Aires sino en todo el país. Si

que se contemplaba la creación de unas enormes vasijas para almacenar vino que nunca pudieron ser usadas por deficiencias en los materiales utilizados. Posteriormente, Setti ejerció también como viceministro de Economía y secretario de Energía durante el breve paso de Cafiero por el ministerio de Economía en el gobierno de Isabel.

¹⁰¹⁸ *Clarín*, 6/8/1985. En teoría, las distintas líneas debían presentar un número de avales que correspondía con el 10 % del padrón del partido, lo que equivalía a 115.000 firmas. En su justificación, la Junta argumentaría que ni las listas Marrón de Setti ni la Verde llegaban al número de avales, mientras que la lista cafierista sólo cumplía los requisitos “en algunos distritos”. La Cámara Nacional Electoral anularía posteriormente el requisito de los avales, pero la intervención desconoció el fallo. *Clarín*, 8/8/1985.

¹⁰¹⁹ *La Voz del Interior*, 23/8/1985. No fue casualidad que Cafiero eligiera a la Democracia Cristiana como sus compañeros en este viaje. Además de sus vínculos con la Iglesia católica, su sintonía personal con Carlos Auyero, uno de los líderes democristianos, era más que evidente.

lograba gestionar una buena campaña podía además capitalizar todo el rechazo que generaba Iglesias tanto dentro como fuera del partido¹⁰²⁰.

Lejos de dejar un fácil flanco descubierto a sus rivales, desde el plano discursivo, Cafiero no presentó su decisión como un alejamiento de las posiciones peronistas, aunque para solucionar esa paradoja tuviera que alambicar sus argumentos. Cafiero sostendría así que “hay que dejar bien claro que no vamos a formar otro partido, ni vamos a separarnos del Movimiento Nacional Justicialista”, sino que se trataba tan sólo de “una opción electoral distinta para quienes creen que aún es posible llevar adelante el proyecto nacional de Juan Perón”¹⁰²¹. En este relato, y más allá de la esfera institucional que nunca generó demasiada atención en el justicialismo, existía por tanto un único peronismo que, coyunturalmente, se expresaba bajo dos opciones electorales, una de las cuales, por supuesto, caracterizaba más correctamente al verdadero peronismo¹⁰²². De nuevo, observamos cómo la identidad justicialista suponía una materia sumamente elástica y maleable y estaba abierta a constantes reinterpretaciones dependiendo del momento y de los protagonistas.

Si en muchas ocasiones la política nacional acudía al rescate de las realidades y problemas provinciales, la decisión de Cafiero de presentarse separadamente caminaría en el sentido contrario y ahondó aún más las tensas relaciones dentro de la conducción de Santa Rosa entre Saadi, Las 62 e Iglesias. Conscientes de la gravedad de la situación, que además suponía una amenaza para su propia posición, Miguel y sus sindicatos intentaron mediar para tender puentes entre dos sectores bonaerenses cada vez más alejados y lanzaron una propuesta que consistía en llegar a una lista única y consensuada y en postergar las internas hasta 1986. Si bien su ofrecimiento podía parecer desinteresado, la idea podía funcionar como un freno indirecto a las aspiraciones de Iglesias, que desde el lado sindical se veían con suma preocupación. Entre las ventajas que exponían, la postergación evitaba una lucha que se esperaba encarnizada apenas unas semanas antes de las elecciones y, aunque fuera de manera limitada, la confección

¹⁰²⁰ Ésa era, por ejemplo, la posición que defendían intelectuales cercanos a Cafiero como Álvaro Abós. En sus artículos en revistas como *Unidos* o *El Periodista*, Abós subrayaría insistentemente que ciertos aliados restaban más que sumaban y resultaba mucho más conveniente electoralmente alejarse de figuras como Iglesias y el resto de la ortodoxia justicialista.

¹⁰²¹ *Clarín*, 20/8/1985.

¹⁰²² Cafiero señalaría también al respecto sobre Iglesias: “más allá o más acá de la voluntad política de Iglesias, hay un proyecto ideológico que lo engloba y ese proyecto no es de esencia peronista”. *El Periodista*, 53, 13/9/1985.

de una lista unificada recortaba en parte el poder de los herministas¹⁰²³. Pese a todo, el plan de Las 62 estaba condenado al fracaso incluso contando con la improbable buena voluntad de ambas partes. Para empezar, el aplazamiento de las internas, más allá de la decisión de los interventores, era sólo posible si contaba con el beneplácito de todas las líneas¹⁰²⁴. Además, incluso si se hubiera llegado a un compromiso en la llamada lista de lujo para diputados, los cientos de candidatos del nivel municipal y comunal serían todavía responsabilidad de la junta electoral controlada por los herministas, que, obviamente, no se prestarían a dar espacio a sus rivales¹⁰²⁵.

Ante su fracaso, Miguel optó a partir de entonces por ofrecer una imagen prescindente y equidistante, aunque siempre más volcada hacia el partido oficial¹⁰²⁶. En realidad, pese a las apariencias, ninguno de los tres vértices del triángulo surgido en el congreso de Santa Rosa podía presumir de contar con la carta verdaderamente ganadora para resolver el enredo de Buenos Aires. Saadi estaba mucho más cercano a Iglesias que Miguel, pero tras impulsar la intervención y negarse a cambiar los miembros de la misma como le exigían los sindicalistas de Las 62¹⁰²⁷, presentó un perfil bajo en toda esta cuestión¹⁰²⁸.

En comparación, Iglesias parecía tener todo bajo control en ese momento. Contaba, de hecho, con la llave que suponía la intervención, que decretó la expulsión de Cafiero y Duhalde por crear una alianza “extrapartidaria”¹⁰²⁹ y que convocó las elecciones internas para octubre, apenas un par de semanas antes de las legislativas. Pese a disfrutar de esa ventaja aparentemente decisiva, el peronismo de ese momento se asemejaba a un sistema de contrapesos que se movía siempre para compensar la fuerza de quien acumulara mucho poder. En ese esquema, aunque no resultara un freno absoluto a las ambiciones de Iglesias, el Consejo Nacional se movió rápidamente para postergar las anunciadas internas hasta el próximo año y cambió la composición de la

¹⁰²³ *Clarín*, 8/8/1985.

¹⁰²⁴ *Clarín*, 6/8/1985.

¹⁰²⁵ *Clarín*, 22/8/1985. Más allá de fomentar esta lista de unidad, Las 62 no optaron por presentar una lista propia “en demostración del disgusto por lo que calificaron como desmedido avance en la estructura del partido por parte de Iglesias”. *Clarín*, 3/8/1985.

¹⁰²⁶ Las 62 llegarían a formar una comisión con Ibáñez, Delfor Giménez y Triaca que se reuniría con Cafiero y Duhalde y con Iglesias, que no llegó a concretar ningún resultado. *La Voz del Interior*, 31/8/1985.

¹⁰²⁷ *El Litoral*, 20/8/1985.

¹⁰²⁸ Saadi sería el autor de una frase que cobraría fortuna acerca de la división del partido: “el que saque los pies del plato se los vamos a cortar”. *El Litoral*, 20/8/1985.

¹⁰²⁹ *Clarín*, 23/9/1985.

intervención bonaerense, haciendo que hubiera dos miembros por cada rama tradicional del peronismo. El cambio resultaría sólo parcial, ya que todavía permanecieron en la intervención miembros anteriores, pero hechos como que el acto herminista de campaña celebrado en el Luna Park fuera un fracaso en cuanto a asistencia¹⁰³⁰ o que Iglesias tratara de evitar el primer puesto en la lista de diputados para evadir la principal responsabilidad en el probable caso de mal desempeño electoral hablan de que su posición era más dependiente de lo que cabría esperar.

El desorden y la desprolijidad en el manejo de la política por parte de Iglesias tampoco le ayudaban en ese sentido. Una anécdota al respecto resulta esclarecedora: cuando se acercaba el límite para la oficialización de las listas de diputados, todavía se discutía el orden que debían ocupar varios sindicalistas que aspiraban a puestos preferentes¹⁰³¹. Cuando apenas quedaban unos minutos para el cierre del plazo y aún faltaban varios puestos por cubrir, el apoderado del partido Pablo Allende se vio obligado a presentar una lista de emergencia, sin consultarlo con Iglesias, quien no se encontraba en el lugar, en la que no aparecían los citados sindicalistas¹⁰³². Ya cumplido el plazo apareció en el lugar Iglesias con la lista definitiva, pero el juez, en un primer momento, no dejó realizar los cambios y sólo posteriormente la Cámara Nacional Electoral permitió oficializar la lista que había negociado Iglesias¹⁰³³.

En definitiva, todos los actores en juego de esta disputa bonaerense tenían motivos para confiar en sus aspiraciones y para preocuparse por sus puntos débiles. Las legislativas de 1985 se convertirían, de esta manera, en una suerte de internas abiertas que calibrarían las fuerzas de los bandos de este enfrentamiento¹⁰³⁴. Si atendemos

¹⁰³⁰ *El Periodista*, 53, 13/9/1985. Al acto del llamado FREJULI (así se conocería el frente herminista) en el Luna Park apenas acudieron 8000 personas, cifra modesta para las asistencias que se solían manejar en la Capital Federal. Sí estaría presente y como orador el sindicalista Ponce, que calificaría a Cafiero como “cajetilla destripado”. *El Litoral*, 7/9/1985.

¹⁰³¹ Lesio Romero, del sindicato de la carne, pretendía, por ejemplo, la segunda posición. La cuestión habla también de las indefiniciones de Miguel y de Las 62 a la hora de encarar la división en el peronismo bonaerense, sobre el que a veces proclamaba su independencia, mientras que otras veces aparecía formando parte de las listas del peronismo oficial de Iglesias. La posición de Las 62 no era, pues, monolítica. Miguel, Triaca e Ibáñez eran los principales impulsores de la prescindencia en un conflicto espinoso en el que había mucho que perder. Ponce, en cambio, era un viejo aliado de Iglesias y defendía que se debía apoyar exclusiva y abiertamente al peronismo oficial. Por último, un tercer sector apostaba a incorporar candidatos propios en ambas listas, minimizando así los riesgos. *El Litoral*, 4/9/1985.

¹⁰³² *La Voz del Interior*, 16/9/1985.

¹⁰³³ *La Voz del Interior*, 24/9/1985. La lista oficial del peronismo incorporará finalmente los nombres de Iglesias, Triaca, Ponce, Carlos Zaffone e Imbelloni. *El Litoral*, 24/9/1985.

¹⁰³⁴ Los ataques mutuos entre los dos candidatos justicialistas serían así continuos. Iglesias, cuyos compañeros siempre presentaban a Cafiero como un agente de las multinacionales, dirá sobre su rival:

únicamente a esa variable, la victoria de Cafiero resultó aplastante, por más que su frente estuvo lejos de disputar la victoria a la UCR. Los radicales obtuvieron algo más del 40 % de los votos, pero el peronismo cafierista se destacaría contundentemente de los herministas, logrando el 27 % de los votos frente al 10 % de sus rivales.

A pesar del relativo fracaso de su formación, Cafiero se mostró exultante al término de los comicios. Desde su punto de vista, el resultado, “ha demostrado que a pesar del triunfo absoluto de los radicales, en términos relativos, el verdadero triunfador es el peronismo”¹⁰³⁵. No era para menos: el resultado electoral supuso la puntilla para el proyecto herminista, que perdió en la contienda todo su capital político de manera abrupta. A partir de ese momento, Iglesias, que había protagonizado toda la política provincial y gran parte de la nacional en los últimos dos años, pasó a ser una especie de paria dentro del justicialismo, sin mayor trascendencia. De hecho, Iglesias, que había sido nombrado miembro de la conducción nacional unos meses antes, sería expulsado de esa posición poco tiempo después¹⁰³⁶. La historia del fulgurante ascenso y caída de Iglesias habla, pues, de la labilidad y la enorme contingencia de la realidad del justicialismo del momento. El que había sido el hombre más fuerte del partido, soportando alguno de sus episodios más bajos, era apartado sin mayores honores por un resultado electoral que, con otros números, podría haber conducido a un futuro muy diferente.

En una situación totalmente opuesta, Cafiero terminaría este primer capítulo de la historia del peronismo bonaerense de los 80 como el principal referente del partido en la provincia. Entendiendo este periplo simplemente como un enfrentamiento entre ortodoxos y renovadores, esa victoria suponía un espaldarazo muy firme para las posiciones renovadoras, ya que habían puesto fuera de combate a Iglesias, epítome de la esencia de la ortodoxia. Desgraciadamente, la cuestión no sería tan sencilla de resumir: la

“ahora le hemos ofrecido la primer candidatura y no la aceptó; es simplemente porque el gobierno le dio 18 millones de dólares para levantar el problema de sus empresas y si aceptaba la candidatura le retiraban los 18 millones de dólares”. *El Litoral*, 25/9/1985.

¹⁰³⁵ *Clarín*, 10/11/1985.

¹⁰³⁶ Como ya vimos en un capítulo anterior, Iglesias se rebelaría ante una expulsión que consideraba injusta y, junto a su ya abierto aliado Salim, convocaría por su cuenta al congreso nacional en noviembre de 1985. El cónclave autoconvocado que, por supuesto careció de quórum, destituyó al que sería en ese momento el interventor de Buenos Aires, Julio Mera Figueroa, sustituyéndolo por una figura más afín como Narciso Vázquez, quien a su vez dispuso prorrogar las internas. Obviamente, la conducción saadista impugnó todo lo actuado por el congreso herminista, que no tendría mayor incidencia posterior. *El Litoral*, 15/11/1985.

división de los opositores a Iglesias, que había resultado crónica durante la fase descrita, persistiría los años siguientes pese al aparente liderazgo de Cafiero. Por otra parte, el fin político de Iglesias no supondría el fin de un herminismo que, como veremos a continuación, sobreviviría bajo otros ropajes. Pero dejando a un lado estas dos circunstancias que se mantendrían constantes, lo cierto es que el peronismo bonaerense no volvió a ser el mismo tras las elecciones de 1985.

5.1.2 La carrera de Cafiero hacia la gobernación y la aparición de Menem

Antonio Cafiero se había destapado como el gran triunfador de las elecciones de 1985 y aparecía en todas las apuestas como el principal candidato a liderar el partido tanto a nivel provincial como nacional. Sin embargo, pese a esas múltiples aspiraciones y pese a que el horizonte parecía quedar despejado a sus ambiciones, la realidad es que la mayoría de obstáculos a la carrera de Cafiero y los renovadores seguía en el mismo lugar que antes de noviembre: la conducción nacional seguía exclusivamente en manos de sus rivales y el justicialismo bonaerense seguía sujeto a una intervención y no se vislumbraba una rápida solución. Por si fuera poco, desde las propias filas renovadoras aparecerán a partir de ahora inesperados rivales al cafierismo.

En efecto, por mucho que Cafiero hubiera salido de las elecciones como el hombre fuerte en Buenos Aires, desde el punto de vista legal estaba lejos de ocupar el centro de un partido que se movía desde hacía meses en un vacío de poder. Tras los comicios legislativos, la conducción de Santa Rosa era más que consciente de que el viento y la inercia caminaban en su contra, pero, al mismo tiempo, de que seguía conservando los resortes necesarios para frenar lo que parecía un irresistible avance renovador. Lo pudimos comprobar anteriormente en el ámbito nacional y volverá a suceder en el caso bonaerense, que en muchas ocasiones actuaba como reflejo de lo anterior. La estrategia de Saadi y sus aliados será a partir de entonces mover pieza sólo cuando resultara imprescindible y esperar a que los renovadores se enredaran en su

impaciencia y ambigüedad. Ésa sería, por ejemplo, su actitud en el primer tema que debía resolverse: cómo normalizar el intervenido distrito bonaerense¹⁰³⁷.

La primera decisión del Consejo Nacional, en ese sentido, además de defenestrar a Iglesias, fue la de remover a la que era hasta entonces la junta interventora del partido provincial y anular todas las resoluciones “arbitrarias e inconsultas” que ésta había tomado¹⁰³⁸. Se trataba, sin duda, de un gesto de buena voluntad que tendía puentes para sanar las heridas de los últimos meses, pero era también una manera de alejarse del rebufo de Iglesias, el gran perdedor de los comicios. Pese a todo, ése sería prácticamente el único gesto de colaboración hacia Cafiero por parte de Saadi. Todo lo que consiguiera arrancar de la conducción a partir de entonces sería obtenido únicamente a partir de una exasperante negociación. Ya hablamos anteriormente, por ejemplo, de las largas conversaciones que mantuvieron renovadores y ortodoxos para decidir la composición exacta de la nueva intervención y el cronograma electoral, con un Saadi que aspiraba a una intervención unipersonal y unos renovadores apostando por una institución colegiada, que “debe ser colegiada e integrada en proporción a los resultados electorales habidos el 3 de noviembre”¹⁰³⁹.

La cuestión se enquistará mientras el tiempo jugaba a favor de Saadi, lo que empujará a Cafiero a dialogar con sus oponentes, en una decisión que provocaba recelos entre los renovadores más intransigentes. Para complicar aún más la situación de los cafieristas, cada vez resultaba más patente que la suya no era la única voz que representaba a los renovadores. No era sólo que, para aumentar los nervios de sus rivales, la conducción nacional anunciara que consultaría con líneas que aquéllos consideraban poco representativas, como la de Setti o la de Lázaro Roca¹⁰⁴⁰, sino que otros grupos empezaban a actuar de manera autónoma al cafierismo en el escenario provincial.

¹⁰³⁷ Como se sabe, Buenos Aires era en ese momento sólo uno de los cuatro distritos intervenidos, junto con Córdoba, Río Negro y Tierra de Fuego.

¹⁰³⁸ *Clarín*, 13/12/1985. Incluso Triaca, no precisamente un renovador, declaró al respecto que “ya sabemos cómo fueron las cosas en la provincia de Buenos Aires”.

¹⁰³⁹ *Clarín*, 11/12/1985. En la reunión en Parque Norte, el acto institucional más importante que realizó la Renovación hasta ese momento, se subrayó la necesidad de “nacionalizar” el problema de los distritos intervenidos y se adoptó la política de presionar por una solución conjunta y general, que incluyera internas simultáneas en junio y un triunvirato para las distintas juntas interventoras. *La Voz del Interior*, 3/3/1986.

¹⁰⁴⁰ *La Voz del Interior*, 10/3/1986.

La mayoría de los intendentes bonaerenses, por ejemplo, estaba empezando a actuar en bloque conjuntamente con la intención de aumentar su influencia. Entre sus reclamos se encontraba también la realización de internas por voto directo antes de agosto de 1986 y una efectiva presencia en una futura junta interventora de transición¹⁰⁴¹. Más allá de estas reivindicaciones, lo más llamativo de esta agrupación de intendentes era que estaba liderada por un Duhalde que, de adalid del rihondismo estaba evolucionando hacia posiciones más ambiguas y menos comprometidas¹⁰⁴². De hecho, dentro de esta alianza se reunían renovadores como Duhalde o Carpinetti con antiguos herministas reciclados como Quindimil o Russo¹⁰⁴³, poniendo de manifiesto que las fronteras entre ortodoxos y renovadores era más teórica que real.

Tras varias cumbres y silencios que pusieron a prueba los nervios de los cafieristas, finalmente, Saadi definió su solución para Buenos Aires, que consistió en nombrar como nuevo interventor a su protegido Julio Mera Figueroa¹⁰⁴⁴ y en convocar internas¹⁰⁴⁵. Desde su posición de relativa debilidad, la jugada conseguía maximizar todas las fortalezas del catamarqueño: colocaba en el puesto de control de Buenos Aires a uno de sus hombres de mayor confianza y además arrebatava a los renovadores reivindicaciones como el voto directo o la representación proporcional. Si, dadas las circunstancias, eso ya suponía un gran triunfo para Saadi, resultaba además cada vez más evidente que había conseguido meter una cuña en el entramado renovador gracias a la figura de un Menem que iba poco a poco tomando vuelvo autónomo, despegándose de la estela renovadora y tratando de crear un espacio propio tanto en Buenos Aires como en otras provincias.

Como consecuencia de estos movimientos de Menem, lejos de suponer un monólogo absoluto del cafierismo, tras la aparente desbandada del herminismo, pronto quedó claro que las internas que se celebrarían para normalizar el partido consistirían en

¹⁰⁴¹ *Clarín*, 21/2/1986.

¹⁰⁴² Duhalde afirmaría que “fui duro cuando había que ser duro, pero ahora hay que ablandar, no caer en la soberbia y evitar la ruptura”. *Clarín*, 26/1/1986.

¹⁰⁴³ *Clarín*, 31/1/1986.

¹⁰⁴⁴ Esta decisión provocaría la reacción renovadora, quienes estaban molestos tanto por la figura elegida como por el hecho que fuera sólo una persona la encargada de gestionar la intervención. Cafiero admitiría que la cuestión provocó la “natural indignación” entre los renovadores bonaerenses. *La Voz del Interior*, 2/4/1986. Una de las primeras medidas decretadas por Mera Figueroa sería disponer de una “amplia y general amnistía” para todos los sancionados por el partido, medida que iba dirigida ante todo hacia Cafiero y Torres. *Clarín*, 29/4/1986.

¹⁰⁴⁵ *Clarín*, 3/4/1986.

un pleito asimétrico entre el exministro de Economía y el riojano, lo que en un primer momento supuso una sorpresa mayúscula al tratarse de dos aliados. A pesar de la complejidad de la situación, la actuación de Menem encerraba su lógica. Tras comenzar esta etapa en las filas renovadoras y labrarse una reputación como político nacional, Menem tenía puesta su mente en las presidenciales de 1989 y una victoria absoluta de Cafiero en Buenos Aires supondría un obstáculo enorme para sus aspiraciones. La idea del riojano era, por tanto, frenar el avance del que, pese a ser un compañero de filas, era su principal rival a medio plazo, aunque completara ese objetivo de manera parcial y sólo como paso previo para ganar apoyos y aliados en un distrito clave para la interna nacional.

En un primer momento, los movimientos de Menem en Buenos Aires, tendientes a contactar con los remanentes del herminismo y con los renovadores descontentos con el liderazgo de Cafiero, resultaron muy sutiles. Con el paso de los meses, los contactos con diversos personajes de la política provincial se harían más numerosos, con visitas a La Rioja de figuras tan dispares como Duhalde, Russo o Guelar¹⁰⁴⁶. A la altura de mayo de 1986 resultaba ya evidente que Menem, que un mes más tarde institucionalizaría la línea Federalismo y Liberación, iba a ser (obviamente, de manera indirecta) el inesperado rival de Cafiero en las internas bonaerenses.

Las críticas a este movimiento en principio *contra natura* serían, por supuesto, numerosas desde las filas cafieristas. Alberto Pierri, reflejando que el riojano estaba dando una nueva bocanada de aire al casi moribundo herminismo, afirmó que “quienes ayer se aferraban a las polleras de Isabel tienen hoy su correlato en los que pretenden colgarse de la figura de Menem”¹⁰⁴⁷.

Pese a este nuevo desafío, los cafieristas eran conscientes de que la victoria en la interna estaba prácticamente asegurada. El gobernador de La Rioja, como ya hemos mencionado, se contentaba en esa coyuntura con hacer pie en la provincia y debía poner

¹⁰⁴⁶ *Clarín*, 28/5/1986.

¹⁰⁴⁷ *Clarín*, 9/6/1986. Cafiero se expresaría de manera similar: con Menem “se han encolumnado hombres que fueron lugartenientes de Herminio Iglesias en las elecciones del 3 de noviembre” y son “los que nada tienen que ver con la renovación peronista”. *El Periodista*, 98, 5/7/1986. Tampoco le faltaba razón, al menos en gran parte, a Cafiero cuando más tarde afirmó que “si se analiza a quienes integran las listas de Federalismo y Liberación, encontraremos que esos candidatos fueron los del Frejuli”. *Clarín*, 30/9/1986. Con Menem estarían, por ejemplo, el sindicalista bancario de Las 62 Juan José Zanola, Manuel Quindimil o el gremialista José Luis Barrionuevo, que no podían ocultar sus recientes vínculos con Iglesias. *Clarín*, 9/10/1986.

su mayor esfuerzo tan sólo en poner orden dentro de sus heterogéneas filas. De hecho, Menem debió impugnar varias listas que, sin aparente consulta previa, encabezaban sus boletas con la consigna “Menem presidente” y en más de una ocasión debió optar por una u otra lista que disputaba el uso legítimo de la sigla Federalismo y Liberación¹⁰⁴⁸. Pero, aún así, los renovadores también eran conscientes de que había que extremar las precauciones para cortar de raíz una amenaza que podía extenderse en el plazo medio. De esa manera, desde las filas de Cafiero se intentó negociar con Menem para evitar el enfrentamiento, ofreciéndole que la interna para la candidatura presidencial sería realizada mediante voto directo en distrito único, la principal reivindicación del riojano, a cambio de su retirada en Buenos Aires¹⁰⁴⁹. En realidad, más allá del posible trasvase de votos, lo que más preocupaba a Cafiero de esta situación era la desnaturalización del significado de la Renovación (de la Renovación tal y como él la entendía) que estaba protagonizando tanto Menem como, paralelamente, Duhalde. Tanto uno como otro seguían considerándose representantes de la verdadera Renovación, que, igual que ocurría con el propio concepto de justicialismo, se convertía entonces en un terreno de lucha por su significado. Pese a todas estas debilidades, la sola presencia de Menem en la provincia suponía una alternativa potencialmente consistente a largo plazo, siempre que a su proyecto se sumaran figuras con un peso propio en el distrito como Duhalde.

Por su parte, Duhalde, aunque respetase la candidatura de Cafiero como futuro presidente del partido, seguía creando contactos por su cuenta y en la III sección electoral, la más importante de la provincia, había formado junto a otro renovador como Carpinetti una línea propia llamada “Unidad y Renovación”¹⁰⁵⁰. El intendente de Lomas de Zamora defendía la conveniencia de apoyar a Menem que, más que un rival, podía suponer una ayuda muy importante en la provincia¹⁰⁵¹, en un debate que reflejaba claramente, una vez más, que lo que se conocía como Renovación era en realidad un espacio fluctuante y no definido.

Por supuesto, más allá de Cafiero, Menem y Duhalde, existían muchos otros protagonistas en la interna bonaerense que estaba a punto de celebrarse, aunque ocuparan un rol secundario. Setti, por ejemplo, intentaba también reunir a los dispersos

¹⁰⁴⁸ *La Voz del Interior*, 5/9/1986.

¹⁰⁴⁹ *El Periodista*, 100, 8/8/1986.

¹⁰⁵⁰ *Clarín*, 18/4/1986.

¹⁰⁵¹ *Clarín*, 28/5/1986.

restos herministas; mientras que Amerise, aunque con una incidencia sólo local, seguía siendo fuerte en Bahía Blanca. Incluso había sindicalistas que proponían que Saúl Ubaldini saltara a la arena política y habían creado con tal fin la línea Pan, Paz y Trabajo¹⁰⁵².

En efecto, el problema planteado por Menem no era, en realidad, la única preocupación de la que se debían cuidar los cafieristas, quienes en la esfera sindical (que, como siempre en el justicialismo se desbordaba hacia lo político) se veían obligados a realizar auténticos equilibrios para conjugar las ambiciones de Las 62 y la de sus aliados naturales, Los 25¹⁰⁵³.

La actitud de Las 62 en ese aspecto resultará, como en otras ocasiones, bastante ambigua. Por un lado, parecieron en un primer momento apoyar a Cafiero en la interna que se avecinaba¹⁰⁵⁴. Hugo Curto, de la UOM bonaerense, afirmaría, en un juego de palabras con el año de las elecciones, que “62 más 25 son 87”¹⁰⁵⁵. De hecho, Cafiero y Las 62 se sentaron en la mesa de negociaciones en más de una ocasión. Pero pronto resultó evidente que los sindicalistas ortodoxos pretendían principalmente enmarañar el terreno de juego y ganar tiempo. En las negociaciones, por ejemplo, se desmarcaron reclamando la candidatura a la vicegobernación y la conducción del partido a cambio del apoyo a Cafiero; tensando la cuerda con la intención de presentar a éste como un rupturista¹⁰⁵⁶. Ciertamente, varios miembros de Las 62 opinaban que podía ser positivo para sus intereses que Cafiero volviese a romper y formar un frente propio ya que, sin el lastre de Iglesias, las expectativas electorales eran mucho más optimistas¹⁰⁵⁷.

Pese a esas esperanzas, Las 62 no poseían por sí solas en ese momento la fuerza como para desafiar a Cafiero en Buenos Aires. Sí podían, en cambio, ser efectivas a la hora de desgastar su imagen y, sobre todo, podían enrarecer las relaciones entre los

¹⁰⁵² *El Periodista*, 94, 27/6/1986.

¹⁰⁵³ En un futuro capítulo ahondaremos en las diferencias que existían entre estas distintas agrupaciones sindicales.

¹⁰⁵⁴ En realidad, en un primer momento, la postura oficial de Las 62 era de apoyo explícito a Menem, que poco después fue moderando hacia un soporte sólo implícito: apoyaría a quienes “otorguen participación a las organizaciones gremiales nucleadas en las 62 Organizaciones”. *El Litoral*, 23/8/1986.

¹⁰⁵⁵ *Clarín*, 22/7/1986.

¹⁰⁵⁶ *El Periodista*, 98, 25/7/1986. Las 62 también exigieron que los cafieristas les reconocieran como el único brazo político del sindicalismo político y que se aplicara la regla del tercio sindical. *Clarín*, 10/7/1986.

¹⁰⁵⁷ Las 62 iniciaron tímidos intentos para lanzar una línea propia. Serían los impulsores, por ejemplo, de una amplia asamblea de opositores a Cafiero a la que acudieron varios intendentes justicialistas, como Quindimil y Russo, y figuras allegadas a Setti y Ferré. *Clarín*, 1/6/1986.

políticos renovadores y Los 25. En realidad este último objetivo había sido plenamente alcanzado, pues Los 25 empezaban a sentirse desplazados en esas negociaciones con los ortodoxos y les atemorizaba comprobar cómo, tras apoyar al caferismo desde su origen, ahora podían quedarse fuera de los principales puestos. En realidad, los sindicalistas renovadores tenían motivos para confirmar sus sospechas: mientras Cafiero comenzaba a insistir cada vez más en la “unidad orgánica para alcanzar la victoria”¹⁰⁵⁸, los portavoces de Los 25 afirmarían sobre Curto que “no lo queremos dentro del sector renovador porque detrás de su figura lleva la desgastada imagen de las 62 Organizaciones”. Estas discusiones nos hablan también de que, incluso para el referente principal de la Renovación, ésta suponía una identidad a debate, en el que lo programático y lo transaccional se mezclaban sin que quedara clara qué dimensión iba a prevalecer. Más allá de estas disputas subterráneas, lo cierto es que la estrategia de Las 62 no lograría romper las buenas relaciones entre el caferismo y Los 25, que permanecerían como aliados durante todo el periodo.

En definitiva, los distintos rivales del caferismo, de Menem a Las 62, no suponían una amenaza electoral inmediata, pero sí conllevaban un desgaste y podían convertirse en un problema de calado en el medio plazo. Puesto que el diagnóstico indicaba que Cafiero se encontraba en su mejor momento y que se necesitaba, ante todo, tiempo para frenar su impulso y ofrecer una alternativa con posibilidades, la estrategia ortodoxa pasó a ser eminentemente temporizadora. Si el tiempo era el único recurso del que disponían y la única solución para los ortodoxos, el interventor Mera Figueroa sería consecuente con este plan y pospondrá la fecha de las internas en más de una ocasión.

El primero de estos aplazamientos, decidido en mayo, fue justificado por cuestiones burocráticas, con el fin de extender el plazo de presentación de nuevas fichas de afiliación¹⁰⁵⁹. Un mes más tarde, sería el propio Saadi el que anunciara que las internas (incluidas las cordobesas, postergadas *sine die* por el interventor Serú García) se celebrarían simultáneamente en octubre¹⁰⁶⁰. Por tercera vez, las internas bonaerenses

¹⁰⁵⁸ *El Periodista*, 100, 8/8/1986.

¹⁰⁵⁹ *Clarín*, 14/5/1986.

¹⁰⁶⁰ *Clarín*, 16/7/1986.

serían pospuestas hasta principios de noviembre, con el argumento, por parte del interventor, de que existían dificultades técnicas y económicas para su realización¹⁰⁶¹.

De nuevo, la estrategia de postergaciones, si bien siempre flotaba en la incertidumbre de que las razones esgrimidas fueran sinceras, ponían a prueba los nervios y la capacidad de resistencia¹⁰⁶² de un Cafiero que afirmaría que “no nos molesta la postergación en sí misma, sino que creemos que esto forma parte de una maniobra destinada a impedir la victoria del Frente Renovador”¹⁰⁶³.

Pese a todos estos obstáculos y contratiempos, la cuerda no se tensaría hasta el límite, como ocurriría en Córdoba, y las internas bonaerenses se realizaron finalmente la segunda semana de noviembre, con el esperado holgado triunfo de los cafieristas, que obtuvieron aproximadamente el 64 % de los votos, sólo siendo derrotados en una decena de los 125 municipios de la provincia, con lo que el camino hacia la presidencia del partido, que debía refrendar el congreso del distrito, quedaba de esa manera expedito. Más allá de esos resultados, el verdadero triunfo para Cafiero había sido conseguir que se celebraran unos comicios que sus rivales habían intentado retrasar lo máximo posible, pues suponían la legalización y legitimación del liderazgo de su mayor oponente. Por supuesto, este hecho ofrecía complejas lecturas. Si las elecciones fueron posibles fue porque el antagonismo no era ni tan dicotómico ni tan aguado como cabría esperar. La celebración de las internas se hizo realidad porque Cafiero nunca cerró totalmente las puertas del diálogo y no mordió el anzuelo de una nueva ruptura. En ese sentido, el mito de la unidad justicialista sirvió como reaseguro último para que este episodio se resolviera con este fin. Por otra parte, la idea de Cafiero sobre la organización del partido pasaba más por englobar al conjunto del mismo en el campo renovador (bajo su liderazgo, eso sí) que por seguir una línea de enfrentamiento rígida y

¹⁰⁶¹ Mera Figueroa esgrimiría al respecto que “la situación económica es crítica. Los recursos se han agotado (...). Será muy difícil afrontar los gastos que demandará el tramo final del proceso de normalización partidaria”. *Clarín*, 8/9/1986. Al parecer, el partido debía dinero a la empresa que confeccionaba los padrones electorales, ralentizando un requisito previo para realizar las internas.

¹⁰⁶² En ese sentido, el objetivo fue logrado plenamente. Cafiero afirmaría que “este asunto de las trenzas me está cansando; al final, la disputa por el poder se desenvuelve igual que en los tiempos de Herminio Iglesias”. *El Periodista*, 100, 8/8/1986.

¹⁰⁶³ *Clarín*, 16/9/1986. Por supuesto, no todos los cafieristas se tomaron las noticias de las continuas postergaciones de igual manera. Pierrí era, en ese sentido, uno de los más duros y apostaba por la ruptura, mientras que Carpinetti y Álvarez Echagüe estaban entre lo más conciliadores. *Clarín*, 8/11/1986. El propio Cafiero, siempre más comedido, llegaría también a amenazar con la ruptura: “si se impide a la renovación participar democráticamente en la vida interna del justicialismo, nos veremos presionados a abandonar el partido”. *Clarín*, 12/9/1986.

principista, con el argumento de que las diferencias, más que ideológicas eran simplemente metodológicas, como ya hemos insinuado en las discusiones entre Cafiero y Los 25. En consecuencia, en su lista, más que encontrar una composición renovadora químicamente pura, hallaremos elementos de diversas procedencias¹⁰⁶⁴.

Desde el punto de vista de la heterogénea oposición a Cafiero, el resultado de la interna podía parecer catastrófico y, de hecho, en gran parte, lo era. Pese a todo, Menem trató de extraer el lado positivo de este episodio: “sacamos el 25 % en unas elecciones en las que nos manejamos desde una provincia del interior. Los candidatos de Cafiero perdieron en Tucumán, Rosario y Entre Ríos”¹⁰⁶⁵. En el corto plazo, ciertamente, había sido una derrota sin paliativos, pero no dejaba de tener una cierta parte de razón la perspectiva optimista de Menem. No en vano, éste había conseguido arrancar un cuarto de los votos sin ni siquiera participar directamente de las elecciones y, lo que es más importante, de cara al futuro había establecido una cabeza de playa en la provincia de Buenos Aires que resultará clave en los años posteriores.

Aunque clarificaron la situación, las internas, por supuesto, no resolvieron definitivamente todos los problemas que se acumulaban en la provincia. Como ya hemos mencionado, era en realidad el congreso partidario el que, indirectamente, elegía al presidente y al candidato a gobernador con los votos de los delegados elegidos en la interna. Si bien Cafiero era el candidato natural e indiscutido para ocupar la jefatura de la institución y la gobernación, para el puesto de su compañero en la fórmula de la gobernación habían aparecido en este tiempo numerosos pretendientes. Uno de ellos era José Rodríguez, sindicalista del gremio de mecánicos vinculado a Los 25, pero sus posibilidades nunca fueron tenidas muy en cuenta. Duhalde también aspiraba al mismo cargo y contaba con el apoyo de la mayoría de las secciones del distrito, pero, en cambio, su excesiva cercanía con Menem le restaba simpatía entre los cafieristas. El senador Macaya llegaba así al final de esta carrera en la mejor posición¹⁰⁶⁶. A su favor podía esgrimir una lealtad de años hacia la Renovación y, sobre todo, unos resultados excepcionales en la V sección, donde obtuvo el 80 % de los votos y la mayoría y minoría

¹⁰⁶⁴ *El Periodista*, 115, 14/11/1986.

¹⁰⁶⁵ *El Periodista*, 116, 28/11/1986.

¹⁰⁶⁶ Luis Macaya nació en Tandil, en el interior de la provincia de Buenos Aires, en 1946. Durante el breve gobierno de Cámpora, en 1973, ejerció como asesor de la Secretaría de Prensa y Difusión. En 1983 fue elegido senador nacional y entre 1985 y 1987 ejerció como diputado nacional. Falleció en 1992.

en Mar del Plata¹⁰⁶⁷. La decisión de elegir entre Duhalde y Macaya como acompañante de la fórmula resultaba, más allá de los nombres, estratégica para los intereses de la Renovación, ya que suponía primar la unidad del partido, con la figura de un Duhalde que, poco a poco, se iba rodeando de nuevos aliados, o apostar por un candidato más puramente renovador como era Macaya, lo que significaba una opción más coherente desde lo ideológico, pero más arriesgada electoralmente. Semanas antes de la celebración del congreso, la decisión de elegir a Macaya como candidato a vicegobernador estaba ya tomada, gracias al peso con el que contaba el cafierismo en ese momento, sólo a falta de ser refrendada por el congreso. Sigue siendo, sin embargo, un tema de debate si esta opción resultó un error para los intereses renovadores a largo plazo, ya que a partir de entonces un personaje tan clave en la provincia como Duhalde pasaría definitivamente a las filas menemistas.

El congreso provincial tendría lugar a comienzos de enero de 1987 en el polideportivo de La Plata y pondría punto final a la alambicada normalización del distrito bonaerense. La nominación de Cafiero como candidato a gobernador se daba por descontada y fue refrendada por la gran mayoría de los congresales. Sólo la apartó de la unanimidad el voto de 19 delegados que optaron por Brito Lima. La designación de Macaya como su vicegobernador tampoco tuvo problemas ya que, en última instancia, fue aceptada incluso por Duhalde¹⁰⁶⁸, quien a cambio obtenía el primer puesto de la lista de candidatos a diputados¹⁰⁶⁹. Curiosamente, fue la confección de esta lista de diputados la que provocó los mayores roces durante el congreso, puesto que muchos de los presentes se opusieron a la inclusión en ella de una figura como Guido di Tella, a quien consideraban como un elemento liberal ajeno al peronismo¹⁰⁷⁰. Aunque pasara

¹⁰⁶⁷ *El Periodista*, 115, 14/11/1986. Su juventud y el hecho de pertenecer al interior de la provincia también jugaban a su favor. Macaya afirmará al respecto: “muchos peronistas pensamos que el interior de la provincia, que es un tercio del electorado bonaerense, debe estar representado en la fórmula junto a Antonio Cafiero”. *Clarín*, 5/6/1986. Para Cafiero era “un dirigente del interior de la provincia, una zona que ha sido muy descuidada en lo político y en lo económico”. *El Litoral*, 6/1/1987.

¹⁰⁶⁸ *El Litoral*, 11/1/1987. Mientras que Cafiero obtuvo 660 votos a favor, Macaya cosechó 597, por 37 blancos.

¹⁰⁶⁹ La lista estaría encabezada por Duhalde, junto con Ball Lima, Darío Alessandro, José Luis Castello, Guido di Tella y la actriz Irma Roy. *Clarín*, 10/1/1987. Por su parte, el nuevo Consejo bonaerense quedaría finalmente constituido con Cafiero ocupando la presidencia, más Macaya como vicepresidente primero, Oscar Blanco como vicepresidente segundo, Luis Brunati como secretario general y Jesús Blanco como secretario de organización. *Clarín*, 19/1/1987.

¹⁰⁷⁰ En realidad, Guido di Tella contaba con una larga experiencia dentro del justicialismo y ya había sido el segundo de Cafiero cuando éste ocupó el ministerio de Economía. Por otra parte, hubo un cambio posterior en la lista de diputados, ya que Cafiero, de manera repentina, colocó en el primer puesto a Luder, lugar que había sido reservado en principio para Duhalde. Luder venía de ser derrotado en la

ahora inadvertida dentro de todos los grandes cambios que se estaban operando en el peronismo en ese momento, la incorporación de Di Tella, como la de Cavallo en Córdoba, avanzaba ya algunas características que se subrayarían con la victoria de Menem y la búsqueda de un nuevo perfil político y económico para el justicialismo.

De momento, con el triunfo de Cafiero, legitimado y legalizado en su posición de liderazgo, el congreso parecía dar con concluido todo el proceso de normalización que hemos venido describiendo. Sin embargo, como si el partido quisiera moverse en la inestabilidad permanente, pronto aparecería una nueva polémica, derivada del hecho de que, según la interpretación más extendida del artículo 17 de la carta orgánica, la selección de candidatos para legisladores provinciales e intendentes debía realizarse también por voto directo de los afiliados y no indirectamente por el congreso¹⁰⁷¹.

Ante esta cuestión se produjo un interesante cambio de roles en el que los renovadores, que habían sido los mayores defensores de la democracia interna, se opusieron ahora a realizar una nueva interna, argumentando que suponía un obstáculo para el desarrollo de la campaña de las legislativas y que, en todo caso, el no convocarlas era responsabilidad de la pasada intervención, que había retrasado todos los plazos. Curiosamente, tanto herministas como menemistas, sabedores de que concentraban sus fuerzas en algunos distritos claves, defendían la necesidad de celebrar las internas, aunque sólo fuera, paradójicamente, por respetar “las banderas históricas de la renovación”¹⁰⁷². Resulta muy interesante así observar cómo discursivamente los menemistas no se separaron de la Renovación hasta el final. La palabra había adquirido tal prestigio que cualquier opción fuera de ella arrastraba tintes peyorativos.

Respetando el reglamento, las nuevas internas terminarían celebrándose, pero hasta ese mismo día se desarrollaron unas frenéticas negociaciones para presentar listas únicas que evitaran una desgastante competencia real. Las tratativas consiguieron

interna santafesina, en la que se presentó como candidato a senador, y había rechazado el ofrecimiento de presentarse por Buenos Aires en varias ocasiones. El cambio parece que fue consensuado con Duhalde, quien coincidió en el beneficio que podía dar a la campaña la introducción de una figura con el prestigio de Luder. *Página/12*, 21/7/1987. No obstante, esta postergación no dejó de suponer un agravio para un Duhalde que no tardaría en ubicarse en la oposición a Cafiero.

¹⁰⁷¹ Por otra parte, la situación jurídica del partido seguía siendo a fines de julio de 1987 laberíntica, ya que nada menos que 17 causas judiciales se acumulaban en los tribunales referentes a su situación. Iglesias, por ejemplo, había impugnado la decisión del Consejo Nacional que lo separó como secretario general, mientras que los exinterventores Corti, Reguera y Sotulo también impugnaron sus revelamientos. *Clarín*, 31/7/1987.

¹⁰⁷² *Clarín*, 9/1/1987.

alcanzar ese objetivo en la mayoría de los municipios (72 de 126) y en la mitad de las ocho secciones electorales, incluso en la vital III sección, donde pareció en un primer momento que se lanzarían dos líneas cafieristas diferentes¹⁰⁷³. Las nuevas elecciones, que contaron con una muy pobre participación, reflejo del desgaste de un electorado poco acostumbrado a pronunciarse tan repetidamente¹⁰⁷⁴, supusieron un nuevo triunfo para Cafiero, aunque sólo fuera por su habilidad para conseguir el consenso necesario para haber cerrado las listas únicas.

Pese a estos acuerdos, se dieron interesantes casos de disputa electoral en algunos municipios claves del conurbano bonaerense. En La Matanza, por ejemplo, renovadores y menemistas se aliaron contra el caudillo local, Federico Russo, lanzando la figura de Alberto Pierri, pero aún así salieron derrotados¹⁰⁷⁵. En Lomas de Zamora, por el contrario, eran dos los candidatos intitulados como cafieristas y fue Hugo Toledo, con el respaldo de Duhalde, el que se impuso sobre Osvaldo Mercuri, avalado por Torres.

Tras todas estas luchas internas, finalmente, los comicios legislativos y provinciales de 1987¹⁰⁷⁶, en los que el peronismo, a diferencia de 1985, se presentó unido bajo el manto del Frente Renovador¹⁰⁷⁷, marcarían el cenit político de la carrera de Cafiero, que conseguía con ellos la gobernación de Buenos Aires: la presumible llave para las presidenciales que se celebrarían dos años después¹⁰⁷⁸.

¹⁰⁷³ *Clarín*, 17/3/1986. Manuel Torres había amagado con presentar una lista aparte en esta sección, pero desistiría finalmente.

¹⁰⁷⁴ La abstención llegaría al 65 % de los afiliados. Macaya dirá al respecto: “en seis meses, los peronistas de Buenos Aires han votado dos veces y la gente en realidad quiere que los político dejemos las internas para dedicarnos a la campaña”.

¹⁰⁷⁵ *Clarín*, 5/4/1987.

¹⁰⁷⁶ A propósito de la campaña, las disputas en el peronismo, aunque pudieran tener siempre algún desborde emocional, siempre terminaban encontrando el límite del bien del partido. Así, pese a que la interna había generado numerosos roces, una vez que Cafiero fue refrendado como candidato a gobernador, Menem participó activamente a su lado, colaborando en la campaña bonaerense. *Clarín*, 16/8/1987. La campaña de Cafiero resultó meteórica e introdujo novedades como la organización de la Marcha de la Esperanza, una caravana de unos 75 kilómetros por las principales localidades del conurbano bonaerense. *Clarín*, 20/8/1987. La campaña también introdujo otros elementos novedosos como el debate televisado con el candidato radical Juan Manuel Casella.

¹⁰⁷⁷ El Frente Renovador encabezado por Cafiero estaba conformado, además de por el peronismo, por la Democracia Cristiana, Izquierda Nacional, Confederación Socialista y el Partido Socialista Auténtico. *La Voz del Interior*, 19/7/1987.

¹⁰⁷⁸ El nuevo gabinete de Cafiero incluía a figuras que habían estado junto al flamante gobernador desde el primer momento, como Luis Brunati, que fue uno de los primeros rebeldes a Iglesias. Pero también entraban en él personajes como Alieto Guadagni, como ministro de Obras y Servicios Públicos, quien era cuestionado por los renovadores más progresistas por sus vínculos con los círculos académicos liberales.

Cafiero ganó ampliamente estas elecciones, cosechando el 46 % de los votos, frente al 39 % del candidato radical, Juan Manuel Casella¹⁰⁷⁹; logrando la victoria en 15 de las 19 intendencias en juego del Gran Buenos Aires¹⁰⁸⁰.

Terminaba de esa manera esta segunda fase en la que hemos dividido la trayectoria del justicialismo bonaerense durante los 80. Una etapa que no registró un enfrentamiento tan claro como la anterior, en la que los roles asumidos por Iglesias y Cafiero habían estado mucho más definidos. En esta segunda fase, la interna peronista emborronó sus fronteras y caminó por cauces mucho más ambiguos. La distinción entre renovadores y ortodoxos apareció difuminada tras los distintos realineamientos operados, en uno y otro sentido. No obstante, esta etapa consistió esencialmente en la oficialización del liderazgo de Cafiero, tanto en el interior del partido, como en la política bonaerense (y podríamos decir, nacional) general. Pese a todo, como veremos en el siguiente apartado, los cimientos de la hegemonía cafierista resultaron mucho más débiles de lo que cabría esperar.

5.1.3 La Renovación bonaerense en los albores del menemismo

A la altura de finales de 1987, Cafiero podía sentirse realmente satisfecho con su trayectoria: había obtenido la gobernación de la provincia de Buenos Aires y sólo faltaba que el congreso nacional lo refrendara como nuevo presidente del Partido Justicialista. Su periplo suponía un éxito para el proyecto de la Renovación, que parecía haberse convertido en la línea hegemónica dentro del partido. En contraste con este panorama, apenas unos meses más tarde la situación había sufrido un giro drástico, con el gobernador bonaerense ocupando un rol cada vez más secundario y unos renovadores en desbandada. En un capítulo diferente analizaremos pormenorizadamente cómo este

Como fuera, Mario Cafiero, hijo del gobernador, aclararía que “el gabinete es obra de Cafiero; él escogió los nombres con absoluta libertad y sin aceptar presiones”. *El Periodista*, 166, 13/9/1987. Otros miembros serían Rodolfo Frigeri (asesor en temas económicos de Cafiero y ministro de Hacienda durante la intervención de la provincia de Mendoza en 1974), como ministro de Economía; Osvaldo Mercuri en Acción Social y Felipe Solá, en Agrarias.

¹⁰⁷⁹ *Clarín*, 7/9/1987.

¹⁰⁸⁰ En el interior, los resultados fueron mucho más parejos. Dentro del conurbano, la UCR se impuso en distritos como San Isidro y Vicente López, con una composición más de clase media, pero sorprendentemente lograría la victoria también en Avellaneda. El ejecutivo peronista debería convivir, eso sí, con un congreso de mayoría radical. Desde el punto de vista democrático, estas elecciones supusieron un hito, ya que era la primera vez en 71 años que el poder pasaba de un partido a otro en la provincia.

sorprendente cambio fue posible en tan escaso tiempo. En este apartado nos centraremos, en cambio, en rastrear cómo el menemismo fue agrandando su espacio en la provincia de Buenos Aires y cómo reaccionó el cafierismo a la derrota en la interna por la candidatura presidencial.

En realidad, la victoria electoral cafierista en 1987 había ensombrecido las inconsistencias y puntos débiles de su alianza política. Lejos de conformar un bloque uniforme y totalmente encolumnado tras las ideas de la Renovación más progresista, dentro de la etiqueta cafierista, como ya hemos mencionado, se encontraban numerosas figuras más atentas al oportunismo político que a una cierta ideología¹⁰⁸¹. Por otra parte, la rotundidad de la victoria de Cafiero en los comicios parecía ocultar que sus rivales seguían controlando importantes espacios de poder dentro de la provincia y que, con un mínimo esfuerzo, podían cortocircuitar el desarrollo del partido y la gobernación. Realmente, eran pocos los lugares en el Gran Buenos Aires donde el liderazgo de Cafiero fuera respetado sin ningún cuestionamiento y tanto La Matanza como Morón constituían importantes feudos opositores¹⁰⁸².

Aunque Menem se hubiera visto ampliamente derrotado en la interna, las redes que un año antes había ido construyendo en la provincia seguían en gran parte intactas y serían de una importancia vital durante la interna presidencial que se avecinaba. Ya antes de que dicha interna se pusiera en marcha y, pese a que circulaban rumores de que ésta no se iba a celebrar y que era posible pactar una fórmula compartida, Menem lanzó en Buenos Aires una nueva línea que sustituyó a Federalismo y Liberación, llamada “Menem presidente de los argentinos”, con Juan Carlos Rousselot como organizador¹⁰⁸³.

Unos meses más tarde, la interna por elegir candidato presidencial estaba ya lanzada. Con Cafiero, uno de los candidatos, como gobernador y jefe del partido nacional y provincial, cabría esperar pocos movimientos en el contexto de Buenos Aires y, en efecto, pese a su importancia vital, fue uno de los distritos donde la lucha interna

¹⁰⁸¹ Un ejemplo de ello lo constituía Eduardo Camaño, intendente de Quilmes, quien procedía del herminismo y poco a poco fue incorporándose a las filas cafieristas. Camaño fue concejal de Quilmes entre 1983 y 1985. En los dos años siguientes ejercería como diputado provincial y en 1987 sería elegido intendente de Quilmes por un periodo de cuatro años. Posteriormente, como presidente de la Cámara de Diputados, ejercería durante unos pocos días la presidencia de la Nación de manera interina en el contexto de la crisis de 2001.

¹⁰⁸² *El Periodista*, 158, 18/9/1987.

¹⁰⁸³ *El Litoral*, 15/11/1987.

tuvo un perfil menos dramático. Sin embargo, ese relativo escaso dinamismo, comparado, por ejemplo, con lo que se viviría en Santa Fe, no equivale a decir que la provincia no fuera también uno de los múltiples escenarios del enfrentamiento entre Cafiero y Menem.

De entrada, la interna produjo extrañas nuevas parejas políticas. Manuel Quindimil, intendente de Lanús y encarnación casi arquetípica de lo que se conoció como ortodoxia, fue en este tesitura un aliado de Cafiero, al que apoyó en sus actos¹⁰⁸⁴. Con un pie así en el conurbano, parecía que el control del partido por parte de Cafiero era total y que la única posibilidad de victoria para Menem pasaba por intentar ganarse al electorado de base sin pasar por los intermediarios. En efecto, esa imagen de lucha entre los de arriba y los de abajo la explotará el candidato riojano durante toda la campaña y, por supuesto, será un relato que aplicará al contexto bonaerense. De esa manera, tras el anuncio de que Brunati había convocado a los dirigentes de la V sección para hacer público su apoyo a Cafiero, Menem señalaría que “a mí lo que me interesa es lo que piense el pueblo”, que “se organiza en todo el país sin necesidad de dirigentes para apoyar nuestra propuesta”¹⁰⁸⁵.

La realidad, sin embargo, resultaba mucho más compleja y Menem contaba dentro del aparato bonaerense con apoyos de peso. Empezando por el que sería su compañero de fórmula, Eduardo Duhalde, con una importancia decisiva en la III sección. La trayectoria del exintendente de Lomas de Zamora y entonces diputado nacional, que hemos abocetado en las páginas anteriores, ya nos debe poner en alerta de lo fluido de las relaciones en el justicialismo de aquellos días¹⁰⁸⁶. De ser uno de los primeros paladines del antiherminismo y referente renovador en los primeros años, ahora se enfrentaba a sus antiguos aliados desde su decidido apoyo al riojano. En esa evolución, como ya apuntamos, pudieron tener mucho que ver algunas decisiones de Cafiero que quizás fueron vistas por Duhalde como verdaderos desplantes a su persona,

¹⁰⁸⁴ *Página/12*, 2/6/1988.

¹⁰⁸⁵ *La Voz del Interior*, 29/1/1988.

¹⁰⁸⁶ Menem confirmaría que Duhalde sería su candidato a vicepresidente sólo en marzo. *Página/12*, 5/3/1988. Antes se especuló con que ese espacio lo podría ocupar Juan Carlos Rousselot. Esta opción, sin embargo, no entusiasmaba a Menem porque el pasado lopezreguista de éste podía espantar a un amplio sector del electorado. Rousselot ejerció en los 70 como coordinador general de prensa del ministerio de Bienestar Social. Por aquel entonces afirmaría que “aquel que no conoce a López Rega probablemente no comprenda por qué los que lo conocemos lo queremos tanto”. *Página/12*, 29/1/1988. Tras sufrir la cárcel durante la dictadura, trabajaría en varios medios periodísticos, ayudado por su profunda voz, hasta su retorno a la política activa.

como haber preferido a Macaya como vicegobernador de Buenos Aires o haber sido desplazado por Luder en el primer puesto de la lista de candidatos a diputados. Mostrando su nueva ubicación en la interna y denunciando las ambigüedades del caferismo, Duhalde declararía que el liderazgo caferista, pese a todo el discurso renovador, no se diferenciaba tanto de prácticas pasadas: “nosotros no hicimos la renovación para cambiar el dedo de Herminio por el de Cafiero”, “ninguno de ellos [de los herministas] están en el menemismo. Se fueron todos con Cafiero. ¿Sabe por qué? Porque el herminismo requiere siempre de los aparatos. Están siempre prendidos a una teta del poder. Los renovadores no somos esto”¹⁰⁸⁷.

La elección de Duhalde como el segundo de la fórmula menemista fue así de todo menos casual. Menem, como representante del interior argentino profundo, necesitaba complementarse con una figura de Buenos Aires que le garantizara apoyos en la provincia más importante electoralmente. Pero más allá de este criterio geográfico, el peso de Duhalde como operador político y muñidor de acuerdos no se debe subestimar en modo alguno. Como explica Marcela Ferrari, la tarea de éste a la hora de organizar el fragmentado apoyo a Menem en Buenos Aires resultó tan maratónico como decisivo. El ejemplo de lo ocurrido en La Plata, el distrito clave de las elecciones en la provincia, junto con el conurbano capitalino, es una excelente muestra de la labor de Duhalde al respecto: “en abril de 1988 coordinó un encuentro con dirigentes políticos y sindicales de la capital provincial con el objetivo de organizar al que aún era un sector partidario minoritario, fragmentado en tres agrupaciones (...). Al finalizar el día, había logrado fusionar al menemismo platense y convocar a un plenario destinado a constituirse en una mesa de conducción y un comando electoral”¹⁰⁸⁸.

Menem contaría asimismo con el diputado de La Matanza Alberto Pierri, que podía presumir de una trayectoria política similar a la de Duhalde. Hasta el año 1985, Pierri había permanecido relativamente ajeno a la política, ocupado en la gestión de la importante empresa papelera San Justo. Ese año, en el contexto de las elecciones legislativas, Pierri se ofreció para imprimir las boletas del Frente Renovador y ceder un edificio para oficinas; consiguiendo a cambio ser seleccionado como referente

¹⁰⁸⁷ *Página/12*, 5/3/1988. Como siempre, se debe insistir en cómo tanto Menem como Duhalde reivindicaban la representación de lo que consideraban la verdadera Renovación.

¹⁰⁸⁸ Ferrari, Marcela: “Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias. 1983-1991”. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2013, <http://nuevomundo.revues.org/65243>

renovador para disputar el voto a Federico Russo en el partido de La Matanza. Sorprendentemente, pese a no ser de los primeros de la lista, Pierri se convirtió en diputado nacional. Un año más tarde, seguiría enrolado en las filas cafieristas (mientras que Russo se sumaba también al bando renovador), pero, tras las legislativas de 1987, Pierri se desplazaría hacia el menemismo, sin que en ese paso se produjera un cambio de perspectiva ideológica o de contexto importante¹⁰⁸⁹. Esta trayectoria vuelve a ilustrar perfectamente la facilidad con la que los distintos protagonistas de esta historia podían pasar de uno a otro sector atendiendo únicamente al criterio de oportunidad. Ello, por supuesto, no quiere decir que la Renovación (o sus oponentes) supusieran tan sólo una estructura de poder carente de contenido ideológico, pero sí nos pone en alerta a la hora de relativizar las distintas fronteras internas.

Además de estos nombres, el candidato riojano se apoyará en la provincia en la figura de Rousselot, que sería su acompañante en la mayoría de los actos de la campaña y, sindicatos aparte, contará asimismo con la ayuda, los contactos y la logística de grupos pertenecientes a la ortodoxia como el Comando de Organización. El líder de esta formación, Alberto Brito Lima, se encargaría de subrayar la importancia de su agrupación a la hora de organizar una caravana en Morón con motivo de la campaña justicialista: “esta caravana comenzó a tomar forma desde el martes pasado y los verdaderos organizadores fuimos nosotros”¹⁰⁹⁰.

De esta manera, lejos de presentarse sin nada más que su carisma personal a una interna contra un aparato controlado por Cafiero, Menem potenció las redes que había ido construyendo desde 1986, cuando comenzó a hacer pie en la provincia de Buenos Aires. El resultado final de la interna de 1988 pareció dar la razón a esta estrategia: dejando a un lado la votación general, Menem derrotó a Cafiero en su propio feudo por un aproximado 52 % contra 47 %. Un análisis más detallado muestra que Menem se impuso en el clave conurbano bonaerense, a pesar de que caudillos locales como Quindimil apoyaban al gobernador, y que venció asimismo en algunos municipios de la I sección como San Martín o San Isidro, con una extracción social más de clase

¹⁰⁸⁹ *Página/12*, 22/11/1988.

¹⁰⁹⁰ *Página/12*, 5/6/1988. Consciente de la importancia de la provincia, Menem realizaría numerosos actos proselitistas a lo largo de Buenos Aires, siendo el principal de ellos la llamada Marcha de la Esperanza, una caravana con el famoso *menemóvil* (un vehículo desde el que el candidato hablaba a sus seguidores) que recorrió las principales localidades del conurbano bonaerense a lo largo de 90 kilómetros. El riojano también organizaría una novedosa caravana fluvial por el delta del Tigre. *Página/12*, 3/5/1988.

media¹⁰⁹¹. Si bien para explicar estos números hemos privilegiado los factores internos del partido, en el caso de Buenos Aires no hay que descartar, por supuesto, la existencia de un voto de castigo a un gobernador que llevaba un año en ejercicio y al que la sociedad cada vez asociaba más con el desgastado presidente Alfonsín. En ese sentido, como explicaremos más adelante, Menem fue muy hábil a la hora de maximizar los recursos con los que contaba, ubicándolos en un contexto de descenso de la popularidad de los políticos tradicionales.

En todo caso, volviendo a poner el acento en la organización interna del partido, el episodio de las internas de 1988 corrobora que la supremacía que parecía ejercer Cafiero sobre el organismo era más débil de lo esperado y que existían importantes bolsas de cuadros fuera de su control que serían utilizadas por Menem, catalizador externo de toda la oposición que generaba el gobernador.

La finalización de las internas presidenciales supondría, como no podía ser de otra forma, repartir de nuevo la baraja en el peronismo, tanto bonaerense como nacional. En el fondo, de manera repentina todo había cambiado y las diferencias se ahondarían aún más tras el triunfo de Menem en los comicios generales. Ni Cafiero ni la Renovación se recuperarían de un golpe que les haría vivir en una suerte de tiempo de descuento a partir de entonces, en una desbandada general hacia el nuevo hombre fuerte en el partido o hacia una oposición a éste que siempre sería marginal. Resulta interesante observar, no obstante, cómo se desarrolló en Buenos Aires la convivencia en el siguiente año entre el Menem candidato y presidente y un Cafiero todavía gobernador provincial y jefe del partido.

Apenas un mes después de las internas, todavía con el *shock* que había supuesto la derrota de Cafiero, se desarrollaría una nueva polémica al interior del partido acerca de la necesidad o no de celebrar elecciones internas para la renovación de la dirigencia provincial y la selección de candidatos a diputados para los comicios de 1989. Tras el enorme desgaste de medio año que había supuesto la lucha entre Cafiero y Menem, era evidente que la idea de iniciar una nueva carrera que, sin duda, generaría nuevas fricciones, no era esperada con demasiada expectación por la mayor parte del partido.

¹⁰⁹¹ *Página/12*, 10/7/1988.

De hecho, la interna no era bienvenida (ni en Buenos Aires ni en el resto de provincias) por el propio Menem, ya embarcado en la campaña presidencial, pues era consciente de que agitar una vez más el avispero interno de su formación podía acarrearle pérdidas electorales¹⁰⁹². Tampoco a Cafiero le entusiasmaba la perspectiva de una nueva interna, ante todo porque con la redefinición de alianzas tras su derrota no podía calcular a ciencia cierta con qué apoyos contaba¹⁰⁹³. Existían, por tanto, incentivos desde ambas partes para lograr un pacto que produjera una lista de unidad que evitara la interna. Sin embargo, a uno y otro lado se daban también presiones para que éstas se celebraran sin ninguna cortapisa.

Desde el sector menemista, Rousselot aspiraba también a ocupar la presidencia partidaria provincial, aunque sólo fuera como premio de consolación por haber renunciado a la candidatura vicepresidencial¹⁰⁹⁴ y en su empeño era apoyado también por Pierri y Barrionuevo¹⁰⁹⁵. Desde el campo cafierista, el apoyo a su líder resultaba más uniforme, pero aún así existía debate entre figuras como Macaya, cercano personalmente a Menem, que apostaban por un pacto que no volviera a exponer electoralmente a Cafiero, y otras como Brunati, que se mostraban más rupturistas y pretendían formar una línea de oposición al menemismo. Desde cierto punto de vista, era natural que se diera esa segunda posición. A fin de cuentas, estas internas resultaban una suerte de revancha para muchos cafieristas y la victoria de Grosso en la Capital Federal en esos días, frente a rivales ortodoxos, parecía indicar que la causa renovadora todavía contaba con recorrido¹⁰⁹⁶.

Por esas diferencias de criterio, pese a al consenso mayoritario, el camino hacia la confección de una lista de unidad resultó mucho más farragoso de lo que cabría esperar. Ambos bandos se acusarían mutuamente de dificultar las negociaciones y hasta

¹⁰⁹² Tras tantos conflictos internos, para Menem resultaba clave presentar al electorado una imagen de unidad y control del Partido Justicialista. Recordando que apenas quedaba tiempo para una nueva lucha interna, afirmará al respecto: “no sólo estamos sobre el cierre de las listas, sino que estamos en plena campaña electoral contra el radicalismo”. *Página/12*, 16/1/1989.

¹⁰⁹³ Controlando como hacía todavía el Consejo del partido provincial, Cafiero podía haber intentado una prórroga de su mandato, a lo que se negó. *Clarín*, 17/8/1988. La posición de Cafiero sobre las internas irá evolucionando con el tiempo y en realidad en un primer momento era favorable a su celebración: “cualquier compromiso que se tome y evite el pronunciamiento libre y directo de los afiliados va en contra de la filosofía sustancial que la renovación sostuvo en el seno de la vida partidaria”. *Página/12*, 9/8/1988.

¹⁰⁹⁴ *La Voz del Interior*, 23/8/1988.

¹⁰⁹⁵ A otras figuras del menemismo como Duhalde o Eduardo Menem la idea de Rousselot controlando el aparato bonaerense, en cambio, no les despertaba grandes simpatías.

¹⁰⁹⁶ *Página/12*, 16/11/1988.

pidieron internas respectivamente y por separado, ante la posible amenaza de que se intentara suspenderlas¹⁰⁹⁷. Un gran paso hacia el acuerdo se dio al crearse una comisión formada por ocho miembros encargada de confeccionar las listas de unidad y preparar la nueva campaña electoral¹⁰⁹⁸.

Tras una larga serie de reuniones y negociaciones, el pacto firmado incluyó reservar a Cafiero como candidato único a la presidencia del partido y establecer la proporción de ambos sectores, tanto en la lista de diputados¹⁰⁹⁹ como en el futuro Consejo provincial. Uno de los puntos que más fricción causó en estas conversaciones fue el de elegir el modo de postular a Rousselot como vicepresidente del partido. Pese a que se presionaba para que fuera seleccionado de manera directa, al final se optó por usar la mecánica propuesta por los caferistas: que fuera en primer lugar elegido como delegado de la I sección y que, posteriormente, el congreso lo proclamara como vicepresidente¹¹⁰⁰. El acuerdo también incluiría una reforma de la carta orgánica que conllevaba, entre otros puntos, que los consejeros sólo pudieran ser apartados mediante el voto de los dos tercios de dicho cuerpo¹¹⁰¹.

La polémica por este acuerdo fue grande, especialmente entre los que pensaban que, de un modo, con él se sacrificaban los valores de la Renovación, que pese a la derrota seguían sobreviviendo. Cafiero se vería obligado a justificarlo argumentando que esa lista de unidad no equivalía a decretar lista única y que, en todo caso, “no significa dejar de lado la democracia interna, porque dejar abierta la posibilidad de que se presente cualquier lista a confrontar con una lista de unidad”¹¹⁰². A pesar de estos esfuerzos, sin embargo, las críticas desde el sector renovador fueron amplias. Miguel

¹⁰⁹⁷ *Clarín*, 28/9/1988.

¹⁰⁹⁸ La comisión estaba conformada de manera paritaria, con cuatro caferistas (De la Sota, Grosso, Juan Pablo Cafiero y Marín) y cuatro menemistas (Duhalde, Bauzá, Rousselot y Mera Figueroa). *Página/12*, 30/8/1988. Para el ámbito bonaerense también se creó una comisión similar de 16 miembros, con Toledo y Dante Camaño entre los menemistas y Quindimil, Eduardo Camaño y Federico Russo entre los caferistas. *Clarín*, 16/9/1988.

¹⁰⁹⁹ La lista de candidatos a diputados iría encabezada por el ya mencionado Pierri, seguido en el segundo puesto por Dante Camaño, secretario general del sindicato de gastronómicos de la Capital y cuñado de Luis Barrionuevo, y por Brunati, primer caferista de la lista. La proporción quedaba con 12 menemistas por nueve caferistas, mientras que en el Consejo sería de 18 caferistas por 14 menemistas. *Clarín*, 19/10/1988.

¹¹⁰⁰ *Clarín*, 12/10/1988.

¹¹⁰¹ El acuerdo incluyó también que los candidatos a gobernador y vicegobernador fueran elegidos por voto directo y, sólo para esta ocasión, lo hicieran también los candidatos a diputados nacionales. *La Voz del Interior*, 24/10/1988.

¹¹⁰² *Página/12*, 1/9/1988.

Ángel Toma, por ejemplo, señalaría que “no podemos ir a un acuerdo tan tranquilamente con los mafiosos y los delincuentes”¹¹⁰³.

Pese al acuerdo general de unidad, los defensores de que debían realizarse internas competitivas todavía pudieron arrancar alguna concesión, como excepciones a las listas de unidad cuando existiera un clima violento o agresiones verbales¹¹⁰⁴. Hay que entender que, tras varios años de enfrentamiento, para algunas figuras resultaba complejo y peliagudo ir de la mano de sus adversarios. En San Martín, por ejemplo, no se llegó a un acuerdo por la oposición del renovador Carlos Brown a firmar la unidad con José Luis Barrionuevo. Desde el punto de vista del primero: “lo que pasó en San Martín no fue un capricho. Aquí hay una vieja historia que dice que las diferencias no son circunstanciales, de tipo electoral o de cargos...”, “el peronismo que nosotros representamos nada tiene que ver con el que puede representar Barrionuevo”¹¹⁰⁵.

Finalmente, a pesar de todas estas polémicas, se concertarían listas de unidad en seis de las ocho secciones para estas internas encargadas de elegir a los legisladores provinciales y a los delegados del Consejo provincial y celebradas a finales de diciembre de 1988¹¹⁰⁶. De esa manera, las elecciones depararían pocas sorpresas, con Cafiero refrendado como presidente del partido.

La única nota diferente la daría, precisamente, el resultado en San Martín, donde Brown arrasó a Barrionuevo cosechando el 66 % de los votos¹¹⁰⁷. La victoria de Brown, que emergería a partir de entonces como un nuevo referente en la escena bonaerense, sirvió como una pequeña revancha para el cafierismo, cuyo líder se lanzaría a señalar que “resulta claro que entre los afiliados prevalece una apreciable mayoría que se inclina por lo que dimos llamar la renovación”¹¹⁰⁸.

Pese a esta pequeña victoria, cualquier intento de reflatar el proyecto de la Renovación estaba condenado al fracaso, más aún tras la victoria de Menem en las

¹¹⁰³ *Página/12*, 1/9/1988.

¹¹⁰⁴ *Página/12*, 16/11/1988.

¹¹⁰⁵ *Página/12*, 21/3/1989.

¹¹⁰⁶ No se llegó a un acuerdo ni en la VII sección, de Azul y Olavarría, ni en la VIII, de La Plata. Habría lista de unidad también en 110 de los 125 municipios. Entre las excepciones estarían San Martín y Vicente López. *Clarín*, 17/12/1988.

¹¹⁰⁷ *Página/12*, 21/3/1989.

¹¹⁰⁸ *Página/12*, 20/12/1988. Por otra parte, apenas unos meses después de esta interna, Rousselot sería expulsado del partido y la intendencia de Morón por irregularidades a la hora de adjudicar obras públicas en el municipio. *La Voz del Interior*, 20/4/1989.

presidenciales. Un año más tarde, en 1990, la victoria del no en el referéndum sobre la reforma de la constitución bonaerense, que incluía la posibilidad de reelegir al gobernador, marcaría el fin definitivo del caferismo y de la Renovación en la provincia¹¹⁰⁹. Apenas una semana después de la votación, se produjeron las renunciaciones de Cafiero y Vernet en el Consejo Nacional, quienes serían sustituidos por Menem en la presidencia y su hermano Eduardo en la vicepresidencia. Sintomáticamente, César Arias, que había hecho campaña por el no en el referéndum, pasó a formar parte de la nueva conducción con la que Menem pretendía moldear un partido más afín y dócil¹¹¹⁰. En 1991, poniendo punto final a esta trayectoria, Duhalde sería elegido nuevo gobernador de Buenos Aires.

Concluía de esa manera, tanto para Buenos Aires como nacionalmente el ciclo de la Renovación con un resultado sumamente ambiguo. Cafiero y sus compañeros consiguieron hacer olvidar la etapa herminista e introdujeron prácticas como el voto directo, pero sólo para verse desplazados, cuando parecían disponer de todas las palancas del poder, por el menemismo y una suerte de neoortodoxia. Tras alcanzar la gobernación provincial, casi de un día para otro, la Renovación bonaerense se dispersó después de la victoria menemista en la interna. Muchos, como Pierri, encontrarían cobijo en la nueva estructura política; otros, como Brunati o el propio Cafiero quedaron en una posición mucho más incómoda. En cualquier caso, el final de esta trayectoria vuelve a ilustrar la importancia del liderazgo y la fluidez existente en el contexto del justicialismo de los 80. Fue éste un espacio en proceso de institucionalización que, en gran parte, recorrió un camino casi paralelo al del partido nacional.

5.2. Córdoba

5.2.1 De la reorganización a una interna postergada

Mientras que el caso bonaerense nos ofreció en sus primeros compases el arquetipo del enfrentamiento entre ortodoxos y renovadores con el enfrentamiento entre Cafiero e Iglesias, en la provincia de Córdoba el desarrollo resultará más complejo.

¹¹⁰⁹ En realidad, hasta el propio Menem estaba a favor de la reforma: “la reforma de la Constitución bonaerense es un paso hacia la reforma de la Constitución que yo impulso”. *Página/12*, 4/8/1990.

¹¹¹⁰ *Página/12*, 11/2/1990.

Si bien es cierto que en este distrito la historia se podría resumir en la oposición que se dio entre Bercovich Rodríguez y De la Sota, el progreso de la misma tuvo unos procedimientos y unos tiempos diferentes. A pesar de que Bercovich Rodríguez, tanto por su trayectoria anterior como por sus decisiones durante este periodo, podría caer bajo la etiqueta de la ortodoxia, distaba enormemente de la impetuosidad y los rasgos violentos de los que hizo gala Iglesias y ofreció un tono mucho más conciliador. Por otra parte, a diferencia de Buenos Aires, donde el peronismo accedió a la gobernación en 1987, o de Santa Fe, donde la mantuvo desde 1983, en Córdoba el justicialismo vivirá en la oposición durante todo el periodo que vamos a tratar y sólo obtendrá el control de la provincia en 1998, ya en un contexto diferente. Esta circunstancia, por supuesto, afectó a los recursos políticos y estrategias a disposición de los peronistas cordobeses y, obviamente, tendrá su influencia en el conflicto interno del partido.

Dejando a un lado estas diferencias, obviamente, el caso cordobés también ofrece similitudes con el bonaerense. Como él, por ejemplo, compartirá a grandes rasgos la trayectoria del partido nacional, marcado en una primera etapa por los famosos congresos de Odeón y Río Hondo; sufrirá asimismo una intrincada intervención y vivirá los intentos de Menem por organizar una red en su apoyo en el territorio¹¹¹¹.

Como en Buenos Aires y en todas las provincias, el peronismo cordobés emergía al final de la dictadura completamente desorganizado e intervenido. Haciendo aún más compleja la situación, en Córdoba, el justicialismo debía arrastrar además la memoria de unos 70 especialmente traumáticos, en el que la lucha intraperonista resultó especialmente aguda y violenta. Ya la interna de 1972, en un ambiente de polarización y radicalización tanto política como sindical, resultó caldeada, con acusaciones de fraude por parte de la lista perdedora de Julio Antún. El gobierno provincial de Ricardo Obregón Cano y Atilio López, cercanos a lo que se conoció como Tendencia Revolucionaria, no llegaría a cumplir su primer aniversario y caería en febrero de 1974 tras el levantamiento policial conocido popularmente como *Navarrazo*¹¹¹². Entre ese

¹¹¹¹ Para el caso cordobés, resultan inspiradores los trabajos realizados por Gabriela Closa, como, por ejemplo, Closa, Gabriela: "Crisis, renovación partidaria y transformaciones políticas en el peronismo de Córdoba, 1983-1987", *Astrolabio*, 4, 2006.

¹¹¹² El 28 de febrero de 1974 Antonio Navarro, jefe de la policía provincial se levantó contra el gobierno en una especie de golpe de estado policial a escala provincial. Las autoridades de la provincia quedaron encarceladas durante varios días, pero Perón, presidente de la Nación en ese momento, lejos de reprimir los desmanes policiales, convalidó su actuación decretando la intervención federal. Para un análisis de la interna previa y de la caída de Obregón Cano resulta imprescindible consultar: Antúnez, *op.cit.*

golpe policial y el golpe nacional de marzo de 1976, la provincia quedará sometida a la intervención (encabezada sucesivamente por Duilio Brunello, Raúl Lacabanne y Bercovich Rodríguez), en un periodo en el que, lejos de llevar a la calma, se desataría (especialmente con el segundo interventor, brigadier retirado) una represión que prefiguró la desatada por los militares¹¹¹³.

Tras varios años de dictadura, se podría pensar que los turbulentos años 70 eran cosa del pasado, pero, al contrario, seguían pesando decisivamente sobre la imagen del partido. Como años más tarde explicaría De la Sota en un tono informal: “¡A mí me toca remontar la imagen de un Obregón Cano con todos los chicos en la calle que tomaban radios para emitir proclamas! ¡Después tengo que remontar el Navarrazo, un jefe de policía que derroca a un gobernante constitucional con la pasividad del gobierno nacional! ¡Después tengo que borrar la imagen de Lacabanne que fue tan delincencial como la peor época militar!”¹¹¹⁴.

Tras siete años de dictadura militar y alguno más de represión y violencia política, poco quedaba del obregonismo y de las divisiones que partieron al partido en los años 70. Como explica Vaca Narvaja: “En Córdoba, donde la represión había sido particularmente dura con los sectores más dinámicos de la sociedad (...), el peronismo estaba representado mayoritariamente por los sectores de la ortodoxia, muchos de los cuales habían participado de las sucesivas intervenciones federales a la provincia producidas desde el derrocamiento de Obregón Cano hasta el golpe de Estado”¹¹¹⁵. Este dominio de los sectores más conservadores no conllevó, sin embargo, una simplificación de la interna que arrancó a fines de la dictadura. Al igual que ocurría en otros distritos, el justicialismo cordobés empezó su reorganización con cierto retraso respecto al radicalismo. Al inicio de la carrera se podían distinguir más de 20 líneas, aunque obviamente no todas contaran con el mismo peso y las mismas expectativas¹¹¹⁶.

¹¹¹³ Raúl Lacabanne, designado en septiembre de 1974, contó en su actuación con el respaldo del entonces ministro de Bienestar Social José López Rega, en ese momento en su cenit de poder. Durante su mandato sería asesinado el anterior vicegobernador Atilio López. Pese a que Lacabanne ha quedado en el imaginario como ejemplo de represión premilitar, con su sucesor, Bercovich Rodríguez, no se frenaron las desapariciones y los hechos violentos. Para todas estas cuestiones, resulta muy interesante: Servetto, Alicia: “Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne”. *Estudios*, n°15, CEA-UNC, 2004.

¹¹¹⁴ *El Periodista*, 156, 4/9/1987.

¹¹¹⁵ Vaca Narvaja, Hernán: *El candidato. Biografía no autorizada de José Manuel de la Sota*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001, p.77.

¹¹¹⁶ *La Voz del Interior*, 18/6/1983.

Los distintos juegos de alianzas y reagrupamientos hicieron que cuando finalizara el cierre de inscripción para las elecciones internas sólo fueran cinco las listas con alcance provincial.

La más importante de ellas era la lista Blanca, del llamado Frente Justicialista Unidad y Lealtad, que reunía a la línea Unidad y Lealtad de Bercovich Rodríguez, junto con la Coordinadora de Acción Justicialista (CAJ) de Teodoro Funes y el Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO) de Alfredo Madoeri¹¹¹⁷. De la Sota, por su parte, era la principal figura de la lista Verde, llamada Renovación y Verticalismo, que incluía a su Corriente Renovadora Justicialista más el Frente de Agrupaciones Justicialistas de Lorenzo Gatica, el Frente Renovador Justicialista de Leonor Casari de Alarcía y Movilización Justicialista de Mario Vitullo. Estas dos eran las listas que concitaban un mayor apoyo; un escalón por debajo se situaba la lista Rosa de Leopoldo Obeid, que contaba con el respaldo del Movimiento de Reafirmación Doctrinario (MRD) e impulsaba a Carlos Cottonaro como presidente del partido. A ella había que añadir la lista Azul y Blanca de Julio Antún y la Celeste de Carlos Deheza, que trataba de unir a los no alineados e independientes¹¹¹⁸.

De cualquier forma, no debemos entender este conjunto de líneas y siglas como un ordenado continuo que recorría linealmente el espectro ideológico. Es cierto que, por ejemplo, se podían identificar en la lista de De la Sota posiciones relativamente progresistas y prefiguradoras de lo que más tarde supondría la Renovación; pero, producto de sus complejos equilibrios, las distintas líneas constituían más bien un amalgama ideológico en el que se entremezclaban diversos clivajes. Por mencionar únicamente su vinculación con la política nacional, la lista de Bercovich, cuyo líder apoyaba la candidatura presidencial de Luder¹¹¹⁹, albergaba en su interior también a cafieristas e incluso a una minoría de robledistas.

Llegar a esta situación, en la que, como vemos, las distintas listas finales eran la suma no siempre bien avenida de varias líneas, no fue un camino fácil y no sólo por la dificultad que a veces se encontraban para llegar a pactos. En realidad, tanto la lista de

¹¹¹⁷ *La Voz del Interior*, 9/7/1983.

¹¹¹⁸ Intransigencia y Movilización, con Horacio Obregón Cano, el hijo del exgobernador, a la cabeza, se presentó sólo en el departamento Capital y cosecharía pobres resultados, lo que habla, tras la experiencia setentista, del viaje hacia el centro del electorado justicialista.

¹¹¹⁹ *La Voz del Interior*, 10/7/1983.

Obeid como la de Antún y otros grupos trataron infructuosamente de crear una lista unificada de oposición a Bercovich Rodríguez. Fruto de la dificultad para organizar compromisos, todas las listas, excepto la del antiguo interventor reclamaron, sin éxito, una prórroga en el plazo de oficialización¹¹²⁰. Que su petición no fuera aceptada tampoco nos debe extrañar. Debemos recordar que en ese momento el partido estaba intervenido bajo el mandato de una figura polémica como era la de Tránsito Rigatuso¹¹²¹, que no mostraba ningún reparo en exhibir su escasa imparcialidad a la hora de favorecer a una u otra lista. De la Sota y Antún elevaron varias quejas sobre la falta de prescindencia del interventor, quien llegaba al extremo de figurar como candidato de la lista de Bercovich¹¹²². Completando el cuadro de irregularidades, el hecho de que Obeid fuera consejero nacional y liderara una de las listas en liza levantaba asimismo las suspicacias de sus rivales¹¹²³.

Entre esas ventajas y el hecho de que, ciertamente, había conseguido conformar una lista que agregaba las líneas más importantes, la lista de Bercovich venció holgadamente en la elección interna celebrada en julio, con el segundo puesto para la lista Verde y el tercero para la lista Rosa de Obeid¹¹²⁴. Los comicios, eso sí, no estuvieron exentos de polémica, ya que muchos votantes inscritos en los padrones generales no se encontraron en sus respectivas mesas el día de la elección. Julio Antún, que obtuvo unos resultados muy por debajo de lo esperado, sería la figura que más alzó la voz ante el posible fraude, en una denuncia que, de nuevo, reavivó los peores recuerdos a los peronistas cordobeses: la interna de 1972, que concluyó con la victoria de Obregón Cano, fue también impugnada por Antún, iniciando un conflictivo y largo

¹¹²⁰ *La Voz del Interior*, 27/6/1983.

¹¹²¹ Tránsito Rigatuso había participado en la década anterior de la represiva y derechista gestión de Raúl Lacabanne. En 1975 era director de la Escuela Manuel Belgrano y quedaría vinculado con la desaparición de once estudiantes de ese colegio. Durante los años 40, Rigatuso fue identificado como nazi por sectores del propio peronismo. En su defensa, el interventor argumentaría que De la Sota estaba “totalmente equivocado, desde que asumí el cargo de interventor en 1975 dije que iba a establecer un tipo de dictadura en el partido, la dictadura del ejemplo”. *La Voz del Interior*, 13/5/1983. Hernán Vaca Narvaja relata que durante la dictadura, Rigatuso, acompañado entre otros por Leonardo Obeid y Julio Antún, entregaron una placa al general Menéndez, del III Cuerpo de Ejército, en reconocimiento a “la lucha contra la subversión”. Vaca Narvaja, *op.cit.*, p.71.

¹¹²² *La Voz del Interior*, 24/6/1983.

¹¹²³ *La Voz del Interior*, 13/5/1983. Obeid reconocería que “si hemos usado la sede del partido sólo lo hemos hecho para buscar la unidad del conjunto”. *La Voz del Interior*, 14/5/1983.

¹¹²⁴ *La Voz del Interior*, 24/8/1983. Según Closa, la lista Blanca obtuvo casi 40.000 votos, por los 21.000 de la Verde. Closa, Gabriela: “Crisis, renovación partidaria...”, *op.cit.*. Pese a esos malos números, De la Sota podía presumir de que su derrota en la ciudad de Córdoba había sido mucho más ajustada y eso le auparía a ser el candidato del partido a intendente de la municipalidad.

trámite que añadiría más combustible a la conflictiva situación de los 70¹¹²⁵. Pese a esos temores, la cuestión no se desviaría hacia cauces no institucionales y tuvo una incidencia moderada¹¹²⁶, pero subraya una vez más cómo el pasado reciente permanecía latente en la provincia de Córdoba.

Dejando a un lado estas polémicas, con esos resultados Bercovich Rodríguez se aseguraba ser nominado por el congreso partidario como candidato a gobernador. Con la cuestión de la candidatura a la gobernación totalmente decidida, ya que Unidad y Lealtad contaba con 177 delegados, por los 42 aliados de De la Sota, quedaba por resolver, en cambio, en el congreso provincial que se desarrollaría en el club Instituto¹¹²⁷, quién iba a ser el compañero de fórmula, ya que se nominaba de manera independiente.

Los sindicatos adscritos a las 62 Organizaciones-Rodríguez Peña presionaron abiertamente para que el elegido fuera Alejo Simó¹¹²⁸. Sus rivales de Las 62-Chacabuco, por su parte, criticaban esta candidatura por su “falta de real representatividad en el movimiento obrero” y, entre otros nombres, proponían los de Elpidio Torres y Jorge Luján¹¹²⁹. Esta discusión nos muestra en primer lugar que, reproduciendo los conflictos nacionales, también en la provincia el gremialismo se encontraba fuertemente dividido. En segundo lugar, que, dejando a un lado esta fragmentación, el sindicalismo justicialista suponía un factor de poder con una influencia decisiva sobre el partido. Así, desde el punto de vista de los sindicalistas, la candidatura de uno de sus compañeros, más que una preferencia era un modo de preservar la verdadera doctrina justicialista y uno de sus pilares sobre los que se basaba, el llamado tercio sindical: “no proviene de una promesa política, que configuraría una dádiva o negociación, sino lisa y llanamente en una obligación doctrinaria”¹¹³⁰.

Como se esperaba, Bercovich Rodríguez fue ungido como candidato a gobernador sin ninguna dificultad, pero las discusiones entre políticos y sindicalistas

¹¹²⁵ *Clarín*, 10/7/1983.

¹¹²⁶ A pesar de que la justicia electoral reconoció los resultados, la derecha peronista liderada por Antún retiró su apoyo a partir de entonces al nuevo candidato a gobernador.

¹¹²⁷ *La Voz del Interior*, 20/8/1983.

¹¹²⁸ Simó era exsecretario general de la UOM y exdiputado nacional. En 1972 ya fue precandidato a vicegobernador en la interna en la que vencería la fórmula de Obregón Cano. Debemos recordar también que, como ocurría en la CGT nacional, el sindicalismo cordobés se hallaba dividido entre la CGT-Rodríguez Peña y la CGT-Chacabuco.

¹¹²⁹ *La Voz del Interior*, 23/8/1983.

¹¹³⁰ *La Voz del Interior*, 24/8/1983.

sobre el nombre del vicegobernador forzaron a que el congreso pasara a cuarto intermedio por unos días¹¹³¹. La reanudación del cónclave conllevó la nominación de Simó, pero la ausencia de De la Sota o Domingo Barbieri confirmó asimismo que el conflicto entre gremialistas y políticos (o, más bien, entre ciertos gremialistas y ciertos políticos) por el control del partido sólo había vivido su primer capítulo¹¹³².

De esta forma, con un conflicto latente, pero bien encauzado gracias a la hegemonía del sector liderado por Bercovich y al apoyo a éste del sindicalismo ortodoxo, concluía la reorganización del justicialismo cordobés tras la dictadura. El liderazgo de Bercovich, pese a ser amplio, no aspiraba a ser excluyente y siempre tuvo en cuenta el respeto por los equilibrios internos, ante todo porque incluso su propia lista era un complejo entramado. El éxito del antiguo interventor se debía principalmente a haberse convertido en el polo de unión de un conglomerado heterogéneo que, pese a su diversidad, se demostraría consistente durante los próximos meses. Con el resultado de la interna, además, la lista de Bercovich había obtenido el control del Consejo provincial: de 27 consejeros, 19 quedaban reservados para la lista Blanca, con cuatro para la Verde, tres para la Rosa y uno para la Azul y Blanca¹¹³³. En realidad, el candidato a gobernador podría haber impuesto un Consejo monocolor, pero trató de representar la proporcionalidad de la votación interna en su composición. No sería ésa la única muestra de su intento por resultar inclusivo, como corroboraron sus palabras tras la nominación de De la Sota, su principal rival, como candidato a intendente de Córdoba¹¹³⁴: “el doctor De la Sota es un hombre joven, con grandes cualidades, con experiencia municipal y con una buena imagen en el electorado (...) y me place mucho que él sea el candidato a intendente”¹¹³⁵.

Pese a sus esfuerzos por dar una pátina de unidad a un partido con tan marcados matices, las elecciones de octubre de 1983 supondrían un duro varapalo para el

¹¹³¹ *La Voz del Interior*, 21/8/1983.

¹¹³² *La Voz del Interior*, 24/8/1983. Sin ser tan clave como en Santa Fe, la lógica capital/interior también tenía cierta trascendencia en Córdoba y fueron varios los que criticaron que no se atendiera ese factor en la confección de la fórmula, como sí lo había hecho el radicalismo, que llevaba a Edgardo Grosso como candidato a vicegobernador.

¹¹³³ *La Voz del Interior*, 27/7/1983.

¹¹³⁴ El congreso del departamento de Capital fue el encargado de seleccionar el candidato a intendente para la ciudad de Córdoba. Durante la interna circularon varios nombres, como Teodoro Funes o Pablo Figuerero (precisamente, uno de los protegidos de Bercovich), pero el elegido final sería De la Sota. *La Voz del Interior*, 28/8/1983.

¹¹³⁵ *La Voz del Interior*, 29/8/1983.

justicialismo cordobés. La UCR no sólo obtuvo la gobernación con holgura, sino que también consiguió el doble de diputados que el justicialismo, además de la intendencia de la capital¹¹³⁶. Ciertamente, que el peronismo fuera derrotado en un feudo tradicionalmente radical no suponía una sorpresa, pero sí lo sería el hecho de que perdiera en todas las secciones de la provincia y en casi todas las comunas del interior¹¹³⁷.

A pesar de esta debacle, no se abrió en el peronismo una grave crisis que cuestionara el liderazgo de Bercovich; entre otras razones, por la solidez de sus apoyos y porque su más probable rival, De la Sota, también había fracasado contundentemente en su intento por conseguir la intendencia de la capital. En realidad, Bercovich Rodríguez presentó una dimisión que no sería aceptada por el Consejo y a partir de entonces adoptó un discurso en el que se mostraba partidario de un cambio con tranquilidad: “las conducciones partidarias nacional y provincial deben efectuar una evaluación y una autocrítica profunda”, pero “en orden, con medida”¹¹³⁸. El mensaje pareció ser compartido, ya que el justicialismo de la provincia viviría un año de relativa calma tras la derrota electoral.

En contraste con lo sucedido en Buenos Aires, el congreso partidario que se celebraría en julio de 1984 se desarrolló en un contexto de tranquilidad. A fin de cuentas, Bercovich seguía contando con una mayoría amplia de congresales, ya que, salvo alguna baja como la de Carlos Rodríguez y la amenaza de que los sindicalistas aliados empezaran a actuar de manera independiente, había logrado mantener unida a su antigua lista¹¹³⁹. De hecho, los opositores de la lista Verde habían sufrido más desafecciones, como la de Lorenzo Gatica o Héctor Gómez, si bien el núcleo en torno a De la Sota, que ahora aparecía cercano a Grosso, se mantenía unido y organizado.

Por supuesto, en el cónclave salió a debate la cuestión de la democracia interna partidaria. Ya en los meses previos, como en muchas otras provincias, se alzaron también aquí voces reclamando el voto directo de los afiliados como método para dirimir las decisiones del partido. Desde el interior, por ejemplo, Enrique Sella,

¹¹³⁶ *Clarín*, 14/11/1983. El radicalismo logró aproximadamente el 56 % de los votos, por el 39 % del peronismo, en la elección del gobernador.

¹¹³⁷ *La Voz del Interior*, 3/11/1983.

¹¹³⁸ *La Voz del Interior*, 3/11/1983.

¹¹³⁹ *La Voz del Interior*, 25/7/1983.

exdirigente gremial, iba añadiendo apoyos en su reclamo de ese voto directo y en un mayor protagonismo para la periferia¹¹⁴⁰. En Córdoba la propuesta en sí contará con un consenso generalizado, pero las discrepancias aparecerían entre los que pretendían aplicarla inmediatamente y los que opinaban que debía pasar un periodo de cuatro años (y se agotara el mandato de la actual conducción) hasta ponerla en práctica¹¹⁴¹. Con un Bercovich respetado dentro del partido, la idea general en el peronismo fue así preservar la imagen de sus líderes ya elegidos, evitándoles el desgaste de una nueva interna y posponer la implementación del voto directo. Pese a este rechazo, se creó sin embargo una comisión para estudiar la cuestión de las reformas internas y el congreso pasó a cuarto intermedio hasta que se diera a conocer su trabajo.

Aunque la polémica por la democracia interna nunca alcanzó la intensidad que obtuvo en Buenos Aires, la cuestión siguió rondando en los debates justicialistas. Se esperaba que el cónclave se reanudase a principios de diciembre, pero no pudo celebrarse ante la falta de quórum provocada por la ausencia del sector gremial, opuesto frontalmente al voto directo¹¹⁴² en su defensa de la permanencia del principio del tercio. El congreso quedaría así suspendido sin fecha, en otra muestra de la puja sorda, pero existente, entre sindicalistas y políticos. El episodio ilustraba además que, pese a la general tranquilidad que rodeaba a Córdoba, existían cuestiones en el justicialismo que tenían difícil solución por la vía del pacto.

Mientras tenían lugar estas discusiones, la realidad del peronismo nacional reconfiguraría las posiciones del partido provincial con el terremoto político que supuso lo ocurrido en el congreso del Odeón. Sin embargo, aunque la onda expansiva terminara también por afectar sus cimientos, lo haría de una manera retardada. En realidad, el peronismo cordobés mantuvo durante la primera mitad de 1985 un perfil bajo, lejos de las polémicas altisonantes y los graves enfrentamientos, y apenas se realizaron aportes al debate que desgarraba al justicialismo. A ello contribuyó, sin duda, la posición conciliadora de Bercovich Rodríguez tanto en el contexto nacional como provincial. En un difícil equilibrio que le granjearía roces a ambos lados, el líder cordobés, que tendría un papel protagónico esos días como presidente del congreso nacional, trataría de mantener un perfil equidistante, tratando de situarse como el punto de unión entre

¹¹⁴⁰ *Tiempo Argentino*, 3/8/1983.

¹¹⁴¹ *La Voz del Interior*, 19/7/1983.

¹¹⁴² *La Voz del Interior*, 7/12/1984. A la reunión acudirían 157 de 312 delegados.

ambos bandos¹¹⁴³. De hecho, en una decisión amparada en el legalismo y en la letra de la carta orgánica, Bercovich convalidaría la convocatoria del congreso de Río Hondo, pues se atenía al protocolo dispuesto por la carta orgánica, lo que levantaría las críticas de los odeonistas, que terminaría por suspenderlo como presidente del congreso.

En el nivel provincial también se mantendría la apuesta por la neutralidad por parte de un Bercovich que afirmaría que “los delegados por Córdoba tendrán plena libertad de acción y de ningún modo el partido impartirá instrucciones al respecto”¹¹⁴⁴. Pablo Figuerero, titular del bloque de diputados provincial¹¹⁴⁵, convalidaría esa opinión: “en Córdoba esos matices se respetan mutuamente y han privilegiado el diálogo fluido”¹¹⁴⁶. En consecuencia, frente al peligro de ruptura que amenaza seriamente a Buenos Aires, Bercovich se mostraba confiado en que ello no sucedería en su provincia: “creo que sentados en una mesa de diálogo fecundo, la solución va a salir”¹¹⁴⁷.

Sin embargo, frente a este panorama de aparente calma, como hemos advertido, la división recorría subterráneamente también al partido cordobés y pronto comprobaremos que las semillas de un grave enfrentamiento estaban ya plantadas por aquel entonces. Como era natural, la llamada al congreso de Río Hondo, convalidada por Bercovich Rodríguez, dividió al peronismo provincial. De los 55 congresales con los que contaba el distrito, 33 confirmaron su asistencia a la reunión, entre los que se encontraban figuras como De la Sota, Badrán, Sella o Varela Cid¹¹⁴⁸. Otros 17, de extracción gremial, optarían por acudir al congreso ortodoxo que se celebraría en Capital Federal, mientras que cinco delegados se mostraron indecisos en ese momento.

El Consejo provincial sería también un escenario privilegiado de estas tensiones que en ocasiones poseían derivaciones personales por una simple cuestión de liderazgo. Como ejemplo de ello, en el órgano ejecutivo partidario, una amplia mayoría, vinculada

¹¹⁴³ Así diría de sí mismo: “Bercovich está con la unidad del movimiento peronista. En mi carácter de presidente del congreso he actuado de la manera más equidistante e imparcial posible”. *La Voz del Interior*, 6/1/1985.

¹¹⁴⁴ *Tiempo Argentino*, 24/1/1985.

¹¹⁴⁵ Pablo Figuerero había ejercido en los 70 como secretario de Gobierno de la ciudad de Córdoba, durante la intendencia de Juan Carlos Ávalos. La renuncia de Ávalos por problemas de salud significó también la baja de Figuerero de un puesto que poco después ocuparía un joven De la Sota. Protegido de Bercovich Rodríguez desde el primer momento, Figuerero siempre estuvo más cercano a las posiciones ortodoxas del justicialismo.

¹¹⁴⁶ *La Voz del Interior*, 18/2/1985.

¹¹⁴⁷ *La Voz del Interior*, 18/12/1984.

¹¹⁴⁸ *La Voz del Interior*, 1/2/1985.

sobre todo a los sectores gremiales, votaría a favor de dejar a un lado lo dispuesto tanto en Odeón como en Río Hondo y apostar por un tercer congreso de unidad¹¹⁴⁹. El resultado, más allá de su escaso efecto práctico, supuso un varapalo tanto para Bercovich como para De la Sota, que comprobaban cómo existían espacios que se escapaban a su control.

En verdad, los rumores que hablaban de los graves problemas entre Bercovich y De la Sota se venían sucediendo desde diciembre de 1984¹¹⁵⁰ y poco a poco los hechos y discursos iban confirmando que la relación no era tan saludable como se pretendía. Opuesto al tercer congreso de unidad que ya para entonces defendía también el presidente del partido cordobés, De la Sota admitiría que “nosotros hemos sido cuidadosos en mantener a Córdoba al margen de las discrepancias nacionales, incluso hemos ayudado a Bercovich en momentos difíciles”, pero ahora “la convocatoria de Bercovich está trasladando divisiones del peronismo nacional al ámbito de la provincia”¹¹⁵¹.

Ese congreso de unidad de Santa Rosa conllevaría nuevos alineamientos en el justicialismo cordobés, que pondrían el punto final a una etapa que hasta entonces todavía bebía de las divisiones de la interna de 1983. Pese a que en un primer momento podría parecer que Bercovich estaba en el bando rihondista, tanto él como gran parte de la anterior lista Blanca convalidarían la nueva conducción surgida en La Pampa, no precisamente afín a los intereses renovadores. De manera similar actuarían los sindicalistas y antiguos miembros de la lista Verde, como Roger, o políticos de la vieja lista Rosa, como Cottonaro¹¹⁵². En el lado de la oposición a esta nueva conducción quedarían, obviamente, De la Sota y aliados suyos como Balestrini o D’Alessandro, pero también figuras que terminaron por desgajarse de la lista Blanca, como eran Barbieri, Julio Badrán o Alejandro Mosquera¹¹⁵³, ofreciendo así un mapa de relaciones al interior de la organización muy diferente.

¹¹⁴⁹ *Tiempo Argentino*, 13/2/1985.

¹¹⁵⁰ *Tiempo Argentino*, 20/12/1984.

¹¹⁵¹ *La Voz del Interior*, 19/6/1985.

¹¹⁵² *La Voz del Interior*, 14/7/1985.

¹¹⁵³ Julio Badrán afirmará, por ejemplo, que “no avalamos la nueva conducción, simplemente la aceptamos para poder transitar los días que faltan para las elecciones del 3 de noviembre”. *La Voz del Interior*, 9/7/1985.

Si bien Santa Rosa supuso una redefinición de las líneas de fractura en el partido, el verdadero punto de inflexión para el justicialismo provincial llegaría con los frustrados congresos que llevarían poco después a la intervención de la institución. Si hasta entonces hemos visto al partido sorteando la tormenta de una profunda división, ésta se descargará con toda su fuerza y de manera casi repentina (a pesar de todas las señales que hemos apuntado anteriormente) durante la segunda mitad de 1985.

La crisis se desataría en las sucesivas convocatorias al congreso que debía ser el encargado de confeccionar la lista de candidatos a diputados para las legislativas de noviembre. La buscada falta de quórum en cada una de estas convocatorias llevaría al partido a un punto muerto que sólo pudo ser desbloqueado (y únicamente desde el punto de vista legalista) con el decreto de intervención por parte de la conducción nacional.

En la previa al congreso que tendría que haberse celebrado a mediados de agosto, ya en el contexto posterior a Santa Rosa, se podía intuir un nuevo ambiente de enfrentamiento, cuya frontera principal pasaba por el apoyo u oposición al liderazgo de Bercovich Rodríguez, claramente alineado a la nueva conducción surgida en La Pampa¹¹⁵⁴. Fruto de esa línea de división, el congreso encalló principalmente por las discrepancias acerca de quién debía ser el referente gremial de la lista de diputados. Ante la retirada de varios delegados y la falta de quórum, la reunión debió posponerse por varias semanas¹¹⁵⁵.

La segunda convocatoria también resultó un fracaso y finalizó en un nuevo pedido de cuarto intermedio. Los problemas para conseguir la aprobación de la mitad simple de los delegados para convalidar la lista de diputados demostraban que los tiempos de unidad y hegemonía en torno a la línea de Bercovich habían terminado. Ahora la realidad mostraba una división en dos grandes bloques, ninguno de los cuales contaba con el número suficiente para imponer su punto de vista¹¹⁵⁶.

La tercera llamada se presumía, de esa manera, definitiva, ante el escaso margen de maniobra respecto a la fecha de las legislativas. Pese a este carácter urgente, sólo asistieron formalmente al acto 111 congresales, cuando el quórum se situaba en 157

¹¹⁵⁴ *La Voz del Interior*, 16/8/1985.

¹¹⁵⁵ *La Voz del Interior*, 18/8/1985.

¹¹⁵⁶ *La Voz del Interior*, 1/9/1985.

delegados. El hecho de que en la previa de la cita se encontraran registrados 189 de los miembros del acto demuestra que existió una clara voluntad política en la no asistencia y que el nuevo fracaso de convocatoria fue buscado¹¹⁵⁷. La nueva frustración del congreso conllevó la renuncia de Bercovich como presidente del partido, justificado por “el fracaso total de los esfuerzos para lograr la conformación de una lista de unidad” y las “desmedidas ambiciones personales” de algunas figuras.

Como se esperaba, la dimisión de Bercovich Rodríguez precipitó la intervención del partido provincial por parte del Consejo Nacional¹¹⁵⁸. La intervención, al no superarse tampoco las rencillas y desconfianzas que existían dentro de la conducción nacional, adoptará la forma de un triunvirato conformado por Mera Figueroa, Serú García y un Ponce más vinculado a Iglesias y al sindicalismo¹¹⁵⁹. La primera misión que debieron resolver -confeccionar la lista de candidatos a diputados- la cumplieron de una manera rápida y relativamente equitativa, respetando de alguna manera la relación de fuerzas existente entre las distintas líneas¹¹⁶⁰; pero, obviamente, en medio de esta imagen de desorganización y enconada división, el justicialismo sufriría un esperado nuevo revés electoral, obteniendo el 35 % de los votos, por el 51 % de los radicales¹¹⁶¹.

Terminaba con ese resultado una etapa en la que la lucha interna en el partido había quedado suspendida o postergada durante meses, al contrario que en distritos como Buenos Aires, donde el enfrentamiento abierto se produjo incluso antes de que se desatara a nivel nacional. Pese a este retraso, la interna se lanzaría a partir de mediados de 1985 de manera abrupta y con una intensidad igual o incluso mayor a la de otras provincias. Si durante esta etapa Bercovich Rodríguez había sido el protagonista principal y casi único, su estrella declinará en la siguiente fase, en la que su espacio será ocupado por el renovador De la Sota y por la intervención, que tras este inicio relativamente conciliador, empezará a desarrollarse como una línea por sí misma.

¹¹⁵⁷ *La Voz del Interior*, 8/9/1985.

¹¹⁵⁸ *La Voz del Interior*, 10/9/1985. El Consejo dispuso simultáneamente la intervención de Río Negro y Tierra de Fuego.

¹¹⁵⁹ *La Voz del Interior*, 12/9/1985.

¹¹⁶⁰ De la Sota ocuparía así el segundo puesto de la lista, con Reynaldo Zamora, del MID, en el quinto puesto. *La Voz del Interior*, 15/9/1985.

¹¹⁶¹ *La Voz del Interior*, 9/11/1985.

5.2.2 *El enfrentamiento entre la Renovación y la intervención*

Como ocurrió en Buenos Aires, los años centrales de la década estarán marcados en Córdoba por el apogeo de la Renovación, encarnada aquí principalmente en la figura de De la Sota. Sin embargo, al igual que observamos en Buenos Aires, este ascenso sólo se logrará a partir de un desgastante enfrentamiento con la intervención que en ese momento dirigía un partido en plena crisis.

En realidad, la intervención no fue recibida como una catástrofe, más allá de la imagen de desorganización que con ella se trasladaba al electorado. Al contrario, incluso para los sectores renovadores la medida fue interpretada con cierto alivio, ya que de esa forma parecía garantizarse la celebración de internas en 1986¹¹⁶². Sin embargo, pese a los comienzos abarcadores que comentábamos, pronto se demostró que la intervención tenía como principal misión retrasar los plazos y sembrar la confusión dentro del campo renovador.

El triunvirato provisional de los primeros meses daría paso en abril de 1986, dentro de aquel contexto de polémica entre la conducción nacional y los renovadores por el número de integrantes de las intervenciones, a una institución unipersonal, ocupada por Alberto Serú García¹¹⁶³. El nuevo interventor comenzaría su andadura anunciando las internas que normalizarían el partido para el 31 de agosto, pero pronto se convertiría en el principal rival de los renovadores. Si su trayectoria política anterior ya permitía intuir que su pensamiento se ubicaba más propiamente dentro del campo ortodoxo, Serú García despejaría cualquier duda sobre su opinión sobre los renovadores

¹¹⁶² *El Periodista*, 53, 13/9/1985.

¹¹⁶³ Serú García nació en Italia, pero pronto marchó a vivir a la provincia de Mendoza. En el segundo gobierno peronista alcanzó la presidencia del bloque de diputados provincial y, tras el golpe de 1955, participó activamente en la Resistencia peronista. En 1960, alejado del liderazgo vertical de Perón, que en ese momento propugnaba la abstención electoral, formaría partidos neoperonistas como Tres Banderas o el Movimiento Popular Mendocino, producto de la fusión de aquél con el también neoperonista Partido Blanco. En 1966 llegaría su momento de mayor fama: en medio del enfrentamiento entre Perón y Vandor, las elecciones provinciales mendocinas se convirtieron en un termómetro de la situación. Perón envió a su esposa Isabel para apuntalar la campaña y Serú García, candidato avalado por un Vandor que quería un camino alternativo sin Perón, cayó derrotado. Regresado al redil justicialista, durante la transición fue uno de los fundadores, junto a Matera del antiverticalista Movimiento de Reafirmación Doctrinaria.

con afirmaciones como: “creo que están totalmente equivocados en la interpretación de los principios básicos de la doctrina justicialista”¹¹⁶⁴.

La labor de la intervención tenía lugar además en un contexto, por tanto, de una total indefinición en el partido, ya que, como hemos dicho, las antiguas líneas y posicionamientos habían sido borrados y sustituidos por otros nuevos. La situación en el peronismo cordobés se volvería así totalmente fluida en los meses siguientes. Como relataban en *La Voz del Interior*: “las antiguas oposiciones han cedido su lugar a alianzas y reagrupamientos que se caracterizan por una gran movilidad. El panorama interno del justicialismo cordobés puede cambiar en una semana o incluso en 24 horas”¹¹⁶⁵. Bercovich ilustraba la situación de esta manera: “en este momento existen más de 20 líneas internas en Córdoba, pero al final de este proceso quedarán tan sólo dos o tres”¹¹⁶⁶ y su predicción pareció confirmarse, ya que a principios de junio de 1986 el panorama estaba conformado por tres grandes corrientes: los bercovistas, los renovadores y los menemistas de Federalismo y Liberación¹¹⁶⁷. Tras ellos se situaba un gran número de pequeñas líneas¹¹⁶⁸, condenadas a entenderse y a reagruparse por el requisito de necesitar los avales del 10 % del padrón y estar presentes en 16 departamentos para poder presentarse en la interna.

La Renovación, que hasta ese momento sólo había contado con expresiones de apoyo personales sin mayor organicidad, comenzaría a partir de ese momento a organizarse y a dotarse de una mayor institucionalización. En marzo realizarían su primer congreso, en el que la corriente se convertirá oficialmente en una línea interna¹¹⁶⁹. Liderados por De la Sota, se situarán en este espacio figuras como Maqueda, Mosquera, Badrán y Carlos Risso. Fruto de esa necesidad de concretar alianzas para conseguir los avales necesarios, en julio se lanzaría el llamado Movimiento de Unidad del Peronismo Renovador, producto de la fusión del grupo de De la Sota con una escisión, encabezada por Enrique Sella, del Movimiento de Unidad Departamental¹¹⁷⁰. Los renovadores levantarían más tarde la candidatura de De la Sota y Enrique Gastaldi, intendente de

¹¹⁶⁴ *La Voz del Interior*, 19/7/1986.

¹¹⁶⁵ *La Voz del Interior*, 7/9/1986.

¹¹⁶⁶ *La Voz del Interior*, 24/4/1986.

¹¹⁶⁷ *La Voz del Interior*, 1/6/1986.

¹¹⁶⁸ Entre estas líneas estaba Resurgir Peronista de Carlos Romero, la Tercera Posición de César Albrisi, Unidad para la Victoria de Araújo y Nueva Alternativa de Lorenzo Gatica.

¹¹⁶⁹ *La Voz del Interior*, 1/3/1986.

¹¹⁷⁰ *La Voz del Interior*, 15/7/1986.

General Deheza, para la gobernación, y la de Miguel Balestrini para la intendencia de la capital¹¹⁷¹.

Desde Unidad y Lealtad y el bercovismo también se producirían movimientos a partir del lanzamiento del diputado provincial Pablo Figuerero como candidato a la presidencia del partido¹¹⁷². Aunque se podría pensar que esta línea representaba a los sectores ortodoxos, también desde esta ella se luchaba por la apropiación y el uso del adjetivo renovador. Como afirmaría Figuerero: “somos conceptual, histórica y prácticamente renovadores (...). La renovación es, por lo tanto, un concepto sustancial a esta etapa histórica del Partido Justicialista y no se la puede limitar al marco estrecho de una línea interna”¹¹⁷³.

En tercer lugar, aunque nunca llegaría a conseguir la incidencia lograda en Buenos Aires, también en Córdoba Menem irá poco a poco ganando un espacio propio. Lo haría ocupando el lugar dejado por un Bercovich, que, si bien no sufrió un desgaste tan súbito como el de Iglesias, poco a poco irá alejándose del foco principal. Su línea Federalismo y Liberación empezará a organizarse en Córdoba desde fines de 1985, liderada por Leonor Casari de Alarcia¹¹⁷⁴, Carlos Hariabedián y Esteban Llamosas.

Por supuesto, mientras estas líneas iban tomando posiciones, también la intervención movía sus piezas. Serú García firmaría una polémica reforma de la carta orgánica en la que se implementaba el voto directo para cargos partidarios y electivos, de la que quedaban exceptuadas las listas de diputados nacionales y provinciales, donde se seguiría respetando la nominación por ramas “reconocidas por el Consejo Nacional”¹¹⁷⁵. Con otras palabras, se reservaba así directamente, sin el escrutinio de las urnas, un tercio de los candidatos para diputados para las 62 Organizaciones. A los renovadores, defensores de la democracia interna y aliados en la esfera sindical de los rivales del gremialismo ortodoxo de Lorenzo Miguel, la reforma sólo les podía causar un obvio

¹¹⁷¹ *La Voz del Interior*, 10/9/1986.

¹¹⁷² *La Voz del Interior*, 17/5/1986. Previamente, en 1973, Pablo Figuerero había sido designado como secretario de Gobierno, Culto y Acción de la municipalidad de Córdoba.

¹¹⁷³ *La Voz del Interior*, 1/6/1986.

¹¹⁷⁴ Aunque su nombre era Leonor Casari, en los medios solía aparecer por su apellido de casada, Leonor de Alarcia. Su actividad política comenzó en el seno de la UCRI, formación con la que en 1958 fue elegida diputada provincial. Tras militar también en el MID, en 1973 se incorporó al peronismo, donde desde un primer momento fue fiel a la figura de Menem, llegando incluso a interceder ante los militares para que éste, detenido, no terminara como desaparecido. *La Nación*, 5/7/1998.

¹¹⁷⁵ *Clarín*, 11/7/1986.

rechazo. Al respecto, Mosquera y Maqueda señalarían que “la nueva carta orgánica es corporativa y autoritaria”. Con la exigencia de participación de Las 62, añadirían, “se rompe la igualdad de posibilidades y se privilegia compulsivamente a ciertos sectores sobre otros”¹¹⁷⁶.

No sería ésta, sin embargo, la medida más polémica decretada por la intervención. A mediados de julio de 1986, la conducción nacional anunciaría la postergación de las internas, que quedarían ahora fijadas, al igual que en el resto de distritos intervenidos, para el 5 de octubre. Se seguía también en esta provincia, por tanto, la estrategia seguida en Buenos Aires de alargar eternamente el proceso de las internas para desgastar a los renovadores y, como objetivo de máxima, dividirlos o presentarlos como rupturistas. No obstante, si en Buenos Aires Mera Figueroa había podido presentar plausibles problemas económicos y técnicos que forzaban al retraso, en Córdoba la estrategia aparecía de una manera más descarnada. Así al menos la interpretó De la Sota, quien calificó la postergación como “absolutamente injustificada (...) salvo la intencionalidad de la intervención de formar una lista oficialista, en contra de la mayoría renovadora”¹¹⁷⁷.

En efecto, la sospecha de que el cambio de fecha obedecía a una petición de las líneas no renovadoras para completar su reorganización nunca desaparecería entre los delasotistas. Desde su punto de vista, no parecía casual que apenas unos días después del anuncio se hiciera pública la firma de un acuerdo que redefinía totalmente la interna, con la creación del llamado Movimiento de Unidad para el Federalismo y la Liberación (en adelante MUPFYL)¹¹⁷⁸. El frente reunía en una sola lista a los menemistas de Federalismo y Liberación y a los bercovistas de Unidad y Lealtad, con el aporte de otras líneas menores como Intransigencia y Movilización, la Reconstrucción Peronista de Carlos Risso y Resurgir Peronista¹¹⁷⁹.

Con la formación de ese frente quedaba confirmada la entrada de Menem en la realidad de Córdoba. En este caso, al contrario que en Buenos Aires, la labor del riojano

¹¹⁷⁶ *La Voz del Interior*, 9/7/1986.

¹¹⁷⁷ *La Voz del Interior*, 15/7/1986.

¹¹⁷⁸ *La Voz del Interior*, 25/7/1986.

¹¹⁷⁹ Según el acuerdo, Figuerero sería en esta ocasión el candidato a presidente partidario, reservando para el menemista Llamosas la futura candidatura a gobernador. Posteriormente surgirán dudas sobre la idoneidad de Figuerero para ocupar esa oposición. El candidato sería criticado por varios sectores por su apoyo a la UCR en la necesidad de reformar la constitución provincial. *La Voz del Interior*, 2/9/1986.

no consistirá tanto en reorganizar un espacio descabezado, como en tejer una alianza de su línea, hasta ahora marginal, con otros grupos ortodoxos. La estrategia, por supuesto, sería duramente criticada por un De la Sota que veía cómo un teórico aliado, como lo era Menem en ese momento, daba ahora impulso a sus rivales: “creo que es bastante difícil explicarle al afiliado cómo se puede compartir una propuesta política nacional y cómo esa política a nivel provincial puede estar en alianza o relacionada con quienes interpretan una propuesta política diferente”¹¹⁸⁰.

Como alternativa a los dos grandes bloques se situaba la lista producto de la fusión entre Tercera Posición y la porción del Frente de Unidad Interdepartamental que no se había pasado con Sella al campo renovador¹¹⁸¹. Haciendo aún más complejo este juego de alianzas y de preparativos para la interna, a partir de septiembre se añadirían dos nuevos factores al tablero. Por un lado, la intervención y la conducción nacional, continuando su estrategia, anunciaron una nueva postergación de las internas, que pasarían a celebrarse en noviembre¹¹⁸². La decisión caería, obviamente, como un jarro de agua fría para los renovadores, quienes veían en la postergación una nueva distracción para no celebrar las internas. Para De la Sota, Serú García “no quiere hacer los comicios en el distrito porque no ha elaborado el padrón, no ha oficializado las boletas, ni ha designado las autoridades de la mesa”¹¹⁸³.

En ese punto, los renovadores ensayarían la vía judicial para solucionar la parálisis. De hecho, lograron un gran avance por ese camino, pues el juez Gustavo Becerra Ferrer confirmará que la lista de De la Sota era la única que había cumplido el plazo para su correcta oficialización, por lo que era la virtual ganadora de la interna¹¹⁸⁴. Sin embargo, pese a esta victoria en los tribunales, los renovadores se ofrecieron a renunciar a la vía judicial a cambio de que se garantizase la celebración de internas en noviembre.

¹¹⁸⁰ *La Voz del Interior*, 10/6/1986.

¹¹⁸¹ *La Voz del Interior*, 29/7/1986.

¹¹⁸² *La Voz del Interior*, 16/9/1986.

¹¹⁸³ *La Voz del Interior*, 2/10/1986. Mosquera señalaría que “Serú responde a Vicente Saadi, Jorge Triaca, Luis Salim y Herminio Iglesias, quienes no quieren que se efectúen los comicios internos”. *La Voz del Interior*, 14/9/1986.

¹¹⁸⁴ Por supuesto, el interventor criticará duramente a los renovadores por llevar el conflicto justicialista a los tribunales y lanzaría dudas sobre la ecuanimidad del juez: “Esta insólita pretensión [de hacer que la lista renovadora fuera la única formalmente válida] fue favorable y sorpresivamente acogida por un juez suplente, en circunstancias sospechosas de imparcialidad”. *La Voz del Interior*, 28/10/1986.

Esta solución quedaría, no obstante, pronto abortada por la introducción de un segundo factor externo. El radicalismo gobernante en la provincia había sacado adelante por ese entonces su proyecto de reforma de la constitución cordobesa¹¹⁸⁵ y, en consecuencia, llamó a elecciones constituyentes para el 14 de diciembre de 1986¹¹⁸⁶. Este inesperado nuevo envite electoral a apenas un mes de las previstas internas suponía un desafío para un justicialismo al que se le abría un panorama con tres posibles soluciones: la línea Tercera Posición Interdepartamental proponía, por ejemplo, que los resultados de la interna se respetaran a la hora de elaborar la lista de delegados constituyentes. Se consideró asimismo que en las internas se eligieran simultáneamente los candidatos para esas constituyentes, en una suerte de internas ampliadas. En tercer lugar, como solución menos imaginativa y más conservadora, cabía la posibilidad de que las internas, dada su proximidad, se postergaran una vez más¹¹⁸⁷.

Esta última sería la opción elegida por Serú García, quien decretaría entonces la suspensión *sine die* de las internas¹¹⁸⁸. Aunque esta postergación definitivamente blanqueaba el objetivo buscado por la intervención, no estaba exenta de graves riesgos para su propia posición. En primer lugar, porque de esa manera se situaba al límite de su periodo legal para completar la normalización del partido, fijado en un año. En segundo lugar, y más importante, porque la nueva postergación supuso cruzar la línea de la paciencia de los renovadores que, ante esta situación, optaron finalmente por la ruptura.

Hastados de un juego que no les daba más espacio que aceptar las medidas de la intervención o la salida, los renovadores cordobeses optaron por la misma senda que habían seguido sus compañeros bonaerenses en 1985: formar un frente electoral con la Democracia Cristiana, rompiendo la relación con las estructuras formales del justicialismo¹¹⁸⁹. De la Sota justificaría una medida tan drástica y dramática no sólo argumentando que era el único escape que ofrecía una intervención a la que había

¹¹⁸⁵ Como ocurría en otras reformas constitucionales que se desarrollarían a lo largo del continente durante esos años, el cambio más importante que se quería incluir era posibilitar la reelección del gobernador.

¹¹⁸⁶ *La Voz del Interior*, 9/10/1986. En la nueva elección se elegirían 76 constituyentes, cantidad que se obtenía de la suma entre senadores y diputados.

¹¹⁸⁷ *La Voz del Interior*, 9/10/1986.

¹¹⁸⁸ *La Voz del Interior*, 10/10/1986.

¹¹⁸⁹ Previamente a su ruptura, los renovadores trataron de pactar con la conducción nacional, exigiendo la renuncia de Serú García y su sustitución por un triunvirato por cada una de las tres grandes líneas de la interna. *La Voz del Interior*, 12/10/1986. Por supuesto, la oferta no fue aceptada por el Consejo Nacional.

catalogado “de actitudes fascistas y autoritarias”¹¹⁹⁰, sino defendiendo también que romper con el peronismo era, paradójicamente, la única forma de salvar al peronismo: “el frente electoral es casi una imposición a la que nos empujó la intervención con las sucesivas prórrogas de los comicios y ante la necesidad de recrear al Partido Justicialista como una alternativa válida ante la ciudadanía”¹¹⁹¹.

Como resultaba obvio, la apuesta de los renovadores llevaba también aparejada numerosos peligros. Que De la Sota fuera separado del partido por “deslealtad política” y “violación de la doctrina” era una circunstancia que se daba por descontado¹¹⁹². Pero, además, los candidatos renovadores debieron presentarse en las estructuras formales de la Democracia Cristiana, un partido cuyo caudal electoral rondaba habitualmente los 15.000 votantes, lo que suponía un piso bastante magro para el desafío que se les presentaba¹¹⁹³.

Tampoco desde el sector ortodoxo la situación resultaba sencilla, aunque sólo fuera por la incertidumbre de saber hasta dónde llegaría la pérdida de caudal electoral con la ruptura. La intervención crearía entonces un consejo coordinador en el que participarían Bercovich Rodríguez y Albrisi, con la tarea de definir la estrategia electoral oficial y nominar candidatos a las constituyentes¹¹⁹⁴. Sin embargo, como muestra del ambiente pesimista que respiraba el sector, hasta 20 de los candidatos propuestos, como el sindicalista Miguel Ángel Correa, el menemista Llamosas o el propio Albrisi, rechazaron su nominación¹¹⁹⁵.

Más allá de estas preocupaciones, lo más llamativo de la corta campaña para estas constituyentes fue, sin embargo, la fuerte implicación en ella por parte de Carlos Menem, quien ejercería por ejemplo como estrella invitada en el acto de cierre del MUPFYL. Criticado duramente por los renovadores por su actitud, el gobernador riojano justificaría su posición defendiendo que él sólo apoyaba al justicialismo oficial: “nos guste o no nos guste su conducción, debemos en forma disciplinada apoyar a las

¹¹⁹⁰ *La Voz del Interior*, 16/9/1986.

¹¹⁹¹ *La Voz del Interior*, 12/10/1986.

¹¹⁹² *La Voz del Interior*, 30/11/1986.

¹¹⁹³ El llamado FREJUDEPA se oficializaría a principios de noviembre y, además del aporte renovador, estaría formado por la Democracia Cristiana, Unión Popular e Izquierda Nacional. *La Voz del Interior*, 10/11/1986. La lista del frente estará encabezada por De la Sota, el senador Barbieri y el sindicalista Cevallos. *Clarín*, 10/11/1986.

¹¹⁹⁴ *La Voz del Interior*, 12/11/1986.

¹¹⁹⁵ *El Periodista*, 117, 5/12/1986.

estructuras del Movimiento Nacional Justicialista. Por eso en Córdoba estamos apoyando no a la ortodoxia ni a la renovación, sino al Partido Justicialista”¹¹⁹⁶.

Repitiendo lo ocurrido en Buenos Aires un año antes, las constituyentes cordobesas funcionaron de esa manera como las internas que no llegaron a celebrarse. Siguiendo nuevamente el modelo bonaerense, más allá de la descontada victoria radical (en una provincia donde el gobierno de Angeloz contaba con un gran respaldo), el resultado determinó un claro triunfo de los renovadores sobre sus rivales, consiguiendo el 25 % de los votos, por el 18 % de sus oponentes¹¹⁹⁷.

Tras un año de indefiniciones marcados por los retrasos forzados por la intervención, estos números marcarían una nueva etapa en el partido, caracterizada por el apogeo de De la Sota y los renovadores. Como señal inequívoca de estos cambios, el resultado electoral provocaría además la renuncia del que había sido su principal rival durante todo 1986, Serú García¹¹⁹⁸. Sin embargo, este aparente triunfo total, como en el caso nacional y en el bonaerense, encerraba muchas sombras: por una parte, el partido provincial todavía seguía en una completa desorganización, lejos aún de la esperada normalización que conllevarían las internas, y, por otra parte, aunque de manera tímida, Menem y su proyecto neoortodoxo habían hecho pie en el distrito y tratarían a partir de entonces de potenciar su espacio.

5.2.3 El apogeo de la Renovación cordobesa

Su excelente resultado y su relativa victoria en las elecciones constituyentes marcaron el inicio del momento de esplendor de la Renovación en Córdoba, que analizaremos en este apartado. Como cabría esperar, el triunfo renovador en esa suerte de internas abiertas trajo aparejados numerosos cambios en el partido. Para empezar, el puesto del dimitido Serú García sería ocupado por Mera Figueroa, quien anunció por un

¹¹⁹⁶ *Clarín*, 7/12/1986. Menem también aprovecharía el acto final de la campaña para criticar la decisión de los renovadores de romper con el partido: “¿qué es esto de que si no me gusta la cara del interventor salto el cerco y me voy a otra lista?... ¿qué es esto de que el presidente del Partido Justicialista de una provincia [Cañero] venga aquí a apoyar a otro partido que no es el peronismo?”. *La Voz del Interior*, 4/12/1986.

¹¹⁹⁷ *La Voz del Interior*, 5/12/1986.

¹¹⁹⁸ *La Voz del Interior*, 15/12/1986.

parte que las ansiadas internas se celebrarían finalmente a fines de marzo de 1987¹¹⁹⁹ y, por otra, que se levantaría la sanción a De la Sota por haber encabezado un frente no oficial¹²⁰⁰.

No sería ésta, por supuesto, la única modificación en el interior de una institución que comprobó cómo, de nuevo, un resultado electoral provocaba numerosos realineamientos y alianzas entre antiguos rivales. Tras los comicios, por ejemplo, la gran alianza que suponía el MUPFYL se disolvió, con dos de sus figuras más importantes, Figuerero y Llamosas, impulsando nuevas líneas internas¹²⁰¹ y un Bercovich Rodríguez ocupando cada vez un lugar más marginal. Federalismo y Liberación, por su parte, elegirá una nueva mesa de conducción comandada por José Rufeil y Leonor de Alarcía¹²⁰².

Federalismo y Liberación sería precisamente uno de los protagonistas de la interna, pero de un modo indirecto e inesperado, ya que, contra todo pronóstico y a último momento, renunció a presentarse en la misma. La negativa de los menemistas, provocada por la imposibilidad de recrear el frente ortodoxo de las constituyentes¹²⁰³, cuyas distintas líneas tenían ya comprometidos sus apoyos, reflejaba las divisiones que había provocado la última derrota en este campo y despejaba totalmente el camino para los renovadores¹²⁰⁴.

La única oposición a estos renovadores que proponían la fórmula De la Sota-Gastaldi quedaba reservada así a una alianza entre Tercera Posición y sectores desgajados de Federalismo y Liberación, que defendían la fórmula compuesta por Albrisi y Llamosas y lanzaban a Figuerero como futuro presidente del partido¹²⁰⁵. Pero, como se esperaba, con unos rivales tan débiles en la interna, la línea capitaneada por De

¹¹⁹⁹ *La Voz del Interior*, 24/1/1987. En las internas se decidirían las nominaciones de cargos partidarios, la fórmula para la gobernación y el candidato a intendente de Córdoba.

¹²⁰⁰ *La Voz del Interior*, 27/12/1986.

¹²⁰¹ *La Voz del Interior*, 7/12/1986.

¹²⁰² *La Voz del Interior*, 4/12/1986.

¹²⁰³ *La Voz del Interior*, 6/3/1987.

¹²⁰⁴ En un principio, Federalismo y Liberación iba a promover la fórmula compuesta por Jofré y Hariabedián, con la candidatura de este último para la intendencia de Córdoba. *La Voz del Interior*, 4/3/1987.

¹²⁰⁵ Dentro del campo ortodoxo existieron también movimientos para promover la candidatura de Antún a la gobernación y de Carlos Romero para dirigir el partido, pero no tuvieron ningún éxito.

la Sota arrasaría en la elección, consiguiendo alrededor del 87 % de los votos, lo que, gracias al mecanismo electoral utilizado, le concedía el control absoluto del partido¹²⁰⁶.

De esa manera, las tan esperadas internas corroboraron y legalizaron el liderazgo de De la Sota sobre el peronismo cordobés. También demostraron que, en poco tiempo, una nueva generación política se había hecho con el control del partido. Figuras como Bercovich Rodríguez, Antún o Armando Andruet, que ocupaban un lugar central apenas unos años antes, habían quedado ahora marginados a una posición sin apenas trascendencia. En ese sentido, no se debe menospreciar el hecho de concebir a la Renovación como un fenómeno de recambio generacional. Más allá de Cafiero, figura con una larga trayectoria, la inmensa mayoría de los dirigentes renovadores (pensemos en De la Sota, Grosso o Mosquera y Maqueda) iniciaron su madurez política en este momento.

Por otra parte, resulta interesante comprobar cómo, una vez controlada la institución, la estrategia renovadora de cara a las elecciones de 1987 dio un giro inclusivo, intentando enrolar a sus antiguos rivales y relativamente conservador. Esta evolución, en todo caso gradual, se podría observar, por ejemplo, en cómo el nuevo Consejo empezó a bregar para que los candidatos a diputados nacionales y provinciales fueran nominados por el congreso, evitando así una nueva interna. Consecuentemente, figuras como Hariabedián, que hasta ese momento había estado vinculado con Menem, criticaron la posición de los renovadores, acusándoles de asumir una posición hipócrita: “si la renovación dice ser tal y levantó la bandera del voto directo (...) nada hace pensar que hoy deba arriar esa bandera”¹²⁰⁷.

Pese a esas críticas, con una mayoría tan amplia de delegados, a los renovadores no les costó imponer su posición en el congreso provincial celebrado en La Falda¹²⁰⁸. En un contexto de tranquilidad, se decidió que los dos primeros puestos de la lista quedaran reservados para Badrán y D’Alessandro, dos políticos muy cercanos a De la Sota, mientras que el tercer puesto fue ocupado por una figura extrapartidaria. Que el elegido para ese lugar fuera el economista Domingo Cavallo suscitaría una gran polémica y sería

¹²⁰⁶ *La Voz del Interior*, 30/3/1987. Según las normas propuestas por el interventor Mera Figueroa, si la lista vencedora conseguía entre el 50 y el 70 % de los votos, obtenía dos tercios de los cargos partidarios y si se superaba el 70 %, se quedaba con todos los cargos en juego. *La Voz del Interior*, 19/2/1987. La victoria de De la Sota también certificaba la candidatura de Manuel Balestrini para la ciudad de Córdoba.

¹²⁰⁷ *La Voz del Interior*, 7/5/1987.

¹²⁰⁸ *La Voz del Interior*, 11/5/1987.

asimismo revelador del rumbo que los renovadores pretendían imprimir a la organización¹²⁰⁹. Para De la Sota, Cavallo, figura central para entender los 90 argentinos, “expresa al empresariado del interior que no entra en el modelito de Sourrouille [ministro de Economía]. Expresa a los empresarios que quieren crecer asumiendo la ética capitalista del riesgo”¹²¹⁰. A pesar de estos esfuerzos, el estilo y la ideología del economista cordobés encajaban difícilmente en el tradicional discurso del justicialismo. De hecho, varios rivales de De la Sota le acusarían de promover a Cavallo simplemente por haber financiado su campaña. En cualquier caso, la inclusión de Cavallo demostraba cómo ciertos elementos más cercanos al liberalismo y al mundo de la empresa se estaban introduciendo en el peronismo (ocurrirá también en Buenos Aires con Alieto Guadagni o Guido di Tella) anticipando lo que sería común unos años más tarde, durante el apogeo del menemismo.

Como se ha mencionado, tras la interna, los renovadores también pusieron en práctica una estrategia lo más inclusiva posible, tendiendo puentes con sus antiguos opositores. Ante un panorama en la Cámara de Diputados provincial dominado por tres bloques justicialistas, los renovadores impulsarían a Pablo Figuerero, líder del grupo ortodoxo, como nuevo titular del bloque unificado, mientras que otras figuras como Carlos Romero pasaron también a ocupar puestos de relevancia. Esta estrategia de premiar a los rivales, que quizás buscaba, como lo hacía Cafiero en Buenos Aires, englobar a todo el partido en el círculo renovador bajo un nuevo liderazgo, sería contestado por varios renovadores, que veían en este plan una manera de desnaturalizar su propuesta que, profetizaban, sería castigada en las urnas.

Las elecciones legislativas y provinciales de 1987, en realidad, arrojarían un resultado poco concluyente para calibrar la fuerza del renovado peronismo. Por una parte, tanto Eduardo Angeloz¹²¹¹ como Ramón Mestre fueron reelectos respectivamente en sus cargos de gobernador e intendente de Córdoba, mientras que el conjunto de la UCR obtuvo unos 110.000 votos más que en los pasados comicios constituyentes. Por otra parte, era igualmente cierto que el justicialismo también podía presumir de haber cosechado más votos que en la última cita electoral y que se demostraba como una

¹²⁰⁹ *La Voz del Interior*, 2/6/1987.

¹²¹⁰ *El Periodista*, 56, 4/9/1987.

¹²¹¹ Este excelente resultado en un contexto de generalizado retroceso en el apoyo al radicalismo será uno de los factores más importantes para impulsar a Angeloz como candidato presidencial en 1989 por la UCR.

fuerza al alza y reorganizada, en un contexto en el que el radicalismo dominaba con suficiencia¹²¹². Pero, dejando a un lado todos estos elementos, De la Sota podría estar satisfecho de su actuación en 1987, que finalizaba reconociéndole como el líder del peronismo cordobés.

Tras estas legislativas de 1987, las internas justicialistas para elegir la candidatura presidencial supondrían un nuevo desafío para el liderazgo de De la Sota y para la nueva relación de fuerzas en el partido. Desde un primer momento, no obstante, el duelo entre cafieristas y menemistas se presentó desigual en la provincia y no sólo por el dominio que ejercía la Renovación en este distrito. Que la balanza cediera principalmente hacia el lado de Cafiero se debió ante todo a que, tras varias dudas, De la Sota fue elegido para completar la fórmula cafierista¹²¹³, hecho que, por su fuerza de gravedad, arrastraría a muchas figuras a apoyar su causa.

A finales de febrero, se lanzaría en Córdoba la mesa promotora de apoyo a Cafiero y en ella se incluirían antiguos ortodoxos como Carlos Risso y su Reconstrucción Peronista. También se sumarían a ella terceristas como Albrisi, que, ahora apareciendo como cercano a De la Sota, declaraba que “el camino que hemos andado en el último año, coparticipando plenamente en las responsabilidades de conducir el partido y en la campaña electoral, ha ido haciendo que la subsistencia de los sectores se fuera minimizando cada vez más y hoy podemos decir que la dirigencia peronista de Córdoba se encuentra totalmente mancomunada”¹²¹⁴. Esas palabras de quien fue el único rival de De la Sota en la interna demuestran cómo había llegado el partido a una situación de total calma tras los últimos convulsos meses del liderazgo de Bercovich y el periodo de la intervención. De hecho, hasta grupos como Intransigencia y Movilización, que a nivel nacional estaban con Menem, se enrolarían aquí en las filas cafieristas¹²¹⁵.

¹²¹² De la Sota calificó el resultado como “excelente”: hemos hecho una de las mejores elecciones de los últimos años. *La Voz del Interior*, 8/9/1987.

¹²¹³ Además de ser un valor al alza, De la Sota contaba con la ventaja de representar a Córdoba y al interior, un elemento no menor dentro de los equilibrios del justicialismo que, por ejemplo, perjudicaría las opciones del porteño Grosso.

¹²¹⁴ *La Voz del Interior*, 29/2/1987.

¹²¹⁵ “Al ser titular del partido por consenso de toda la dirigencia es el candidato natural para conducir el país”. *La Voz del Interior*, 19/3/1987.

Córdoba era así uno de los distritos en los que el gobernador riojano contaba con menores posibilidades de victoria, aunque, como en Buenos Aires, Menem llevaba aquí también un par de años tratando de crear apoyos. A diferencia del distrito bonaerense, donde contó con el apoyo de figuras con gran peso como Duhalde y supo ganarse la simpatía de unos ortodoxos privados de líder, en Córdoba, De la Sota se mostró más hábil a la hora de entablar alianzas y unir al partido bajo su cobijo. Así, salvo algunas excepciones, no encontraremos aquí la figura del renovador descontento con el liderazgo del presidente del partido que tanto se dio, por el contrario, en Buenos Aires.

No obstante, varios de los obstáculos al crecimiento del menemismo en suelo cordobés estaban encerrados en su propia semilla. Su problema principal se encontraba en que, pese a su pequeño tamaño, se hallaba dividido en varios núcleos que se resistían a dejar atrás sus diferencias. Por una parte, se encontraba Federalismo y Liberación, aún en crisis por su fracaso en consensuar un espacio propio en la última interna. La bercovista Unidad y Lealtad también participaba en el espacio menemista, pero sin mucho interés en reverdecer la alianza de las constituyentes. De hecho, Duhalde había acudido varias veces a Córdoba para entrevistarse con un Bercovich que, si bien había perdido centralidad en el espacio político, podía todavía garantizar numerosos apoyos en el interior¹²¹⁶. En abril se lanzaría también el Frente Político Sindical Menem Presidente¹²¹⁷, liderado por Julio César Aráoz¹²¹⁸, mientras que la propia Casa de La Rioja, con Zalazar Gómez como delegado, funcionaba como un centro con cierta autonomía política¹²¹⁹. En ese sentido, no existía un referente menemista en Córdoba como en Buenos Aires podría serlo Duhalde o, en Santa Fe, Rubén Cardozo; aquí Menem era su propio representante y todo se fiaba a su carisma.

Pese a que la opción menemista recortó cierta desventaja a lo largo de las semanas, el cañerismo se impuso claramente en Córdoba, obteniendo alrededor del 70 % de los votos. La interna de 1988 refrendaba una vez más la supremacía de los renovadores en la provincia; sin embargo, la victoria menemista a nivel nacional

¹²¹⁶ *La Voz del Interior*, 31/5/1988.

¹²¹⁷ En adelante, Frente Político Sindical.

¹²¹⁸ *La Voz del Interior*, 19/4/1988.

¹²¹⁹ *La Voz del Interior*, 26/6/1988.

provocó ciertos cambios en el escenario provincial y, como en Buenos Aires, aunque en un tono mucho menor, conllevó una crisis de liderazgo en el partido cordobés.

5.2.4 Córdoba y la crisis de liderazgo tras la victoria de Menem

La victoria de Menem en la interna presidencial y su derrota abultada en Córdoba acarrearía en la provincia una crisis de legitimidad y muchas dudas sobre quién debía hacerse con las riendas del partido: si los partidarios de De la Sota, que llevaban más de un año digiriendo la institución sin apenas apuros, o lo menemistas, que en Córdoba habían ocupado un espacio marginal, pero que ahora contaban con el respaldo de su líder para progresar.

Intentando zanjar esta cuestión, Julio César Aráoz, uno de los escasos dirigentes provinciales que había apoyado abiertamente a Menem en la interna, defendía que la victoria del riojano había reconfigurado el espacio político y reclamaba la realización de unas internas que legitimaran y certificaran el cambio: “este triunfo significa el comienzo de una nueva etapa en la vida institucional del justicialismo (...). La situación del peronismo en la provincia no coincide con el mapa electoral del país”¹²²⁰. De esa manera, Aráoz y su Frente Político Sindical serían los principales impulsores de formar una línea de oposición a De la Sota y de la celebración de internas para renovar la conducción y seleccionar los futuros candidatos a diputados¹²²¹.

Sin embargo, esta arremetida menemista se vería lastrada por dos grandes frenos. Por un lado, la ya conocida mayoría renovadora en el peronismo cordobés que, obviamente, no se había visto afectada seriamente por lo que había sido, principalmente, un enfrentamiento a nivel nacional. Por poner un ejemplo, esa hegemonía quedaría plasmada claramente en el congreso que se celebró en septiembre: en él, los renovadores lanzarían la propuesta de ampliar el voto directo en las internas también para la elección de legisladores provinciales y para intendentes, con la provincia como distrito único y sin representación de las minorías, mientras que los menemistas defendían continuar

¹²²⁰ *La Voz del Interior*, 11/7/1988. Jorge Jofré también anunciaba que “se producirán reacomodamientos políticos y gremiales”.

¹²²¹ *La Voz del Interior*, 27/7/1988. En ese sentido, el Frente era renuente a cualquier tipo de pacto: “si la conducción del justicialismo cordobés no modifica algunas de sus actitudes, la interna es casi inevitable”. *La Voz del Interior*, 22/8/1988. Otras líneas ortodoxas como Unidad y Lealtad también apostaban por la interna.

con el sistema proporcional vigente¹²²². Pese al debate, la lógica de los números resultaba aplastante, ya que los menemistas sólo contaban con 33 de 213 y los renovadores aprobaron así su propuesta sin ninguna dificultad.

El otro tope al impulso menemista resultó mucho más contraintuitivo, ya que lo constituyó la propia actitud de Menem, hastiado de las continuas internas y preocupado, como ya vimos, por ofrecer una imagen de unidad de cara a las futuras elecciones generales.

En medio de esos debates sobre el rumbo a seguir, De la Sota llamará a internas para elegir candidatos electivos y cargos partidarios para el 6 de noviembre de 1988¹²²³, lo que, dada la cercanía de la fecha, provocó grandes protestas entre los menemistas locales¹²²⁴.

Sin embargo, frente a la opinión de sus seguidores, el propio líder riojano visitaría Córdoba con la intención de avalar las reformas de la carta orgánica y la lista de unidad que estaban fraguando De la Sota y Leonor Casari de Alarcía¹²²⁵. La actitud de Menem suponía un claro espaldarazo a la posición de De la Sota que molestó, como era natural, especialmente a Aráoz y sus compañeros, que vieron cómo ni siquiera desde la verticalidad al nuevo líder ni tras el *shock* que produjo el resultado de 1988 eran capaces de abrirse un espacio en Córdoba.

De esa manera, a diferencia de Buenos Aires y Cafiero, el liderazgo de De la Sota no se vería cuestionado ni por esta nueva interna ni por el ascenso de Menem. Tras varias y arduas negociaciones, finalmente se pudo consensuar una lista de unidad entre De la Sota y Alarcía. La lista, que tendría como título “Unidad Menem Presidente – De la Sota conducción”, llevaría a este último, a Balestrini, Oscar González y Casari de Alarcía a los primeros puestos de candidatos a diputados, mientras que Federalismo y

¹²²² *La Voz del Interior*, 11/9/1988.

¹²²³ *La Voz del Interior*, 23/9/1988.

¹²²⁴ Tanto Unidad y Lealtad como Ricardo Obregón Cano impugnaron la fecha de la nueva interna y las reformas a la carta orgánica decretadas durante el congreso. Para el Frente Político Sindical, el hecho de fijar esa fecha suponía una “burda maniobra política” que sólo pretendía “perpetuar en el aparato partidario al actual oficialismo durante cuatro años más”. *La Voz del Interior*, 26/9/1988.

¹²²⁵ *La Voz del Interior*, 27/9/1988.

Liberación se reservaba tres puestos en el futuro Consejo que estaría presidido nuevamente por De la Sota¹²²⁶.

Éste, por supuesto, debió sortear las críticas que le acusaban de falsear la competitividad de las internas con esa lista única, tras haber defendido durante tanto tiempo la centralidad de la democracia interna. Desde el punto de vista de De la Sota, en cambio, la estrategia estaba destinada a apoyar al candidato presidencial y, pese a todo, era beneficiosa para la Renovación, pues representaba “la unidad del peronismo y el respaldo pleno a nuestro candidato a presidente y crecimiento de la renovación en Córdoba”¹²²⁷. Estas palabras nos ponen de nuevo en alerta sobre qué entendían por Renovación sus propios líderes, ya que del discurso de De la Sota parecía deslizarse que ésta era ante todo una línea interna que buscaba el poder, sin mayor diferenciación en lo programático.

Dejando a un lado lo discursivo, como no podía ser de otra manera, ya que la competencia quedó restringida al nivel departamental y municipal, estas nuevas internas supusieron otro triunfo para los delasotistas, quienes confirmaron su control sobre el partido y colocaron a sus candidatos en las primeras posiciones de la lista de candidatos.

Recapitulando lo visto en este apartado, Córdoba ofrece, dentro de una trayectoria casi paralela, varias diferencias con el caso bonaerense. Como ya hemos mencionado, en este distrito los renovadores mantendrán el control del partido hasta el final del periodo que estamos analizando, mientras que en Buenos Aires el menemismo logró desdibujar el liderazgo de Cafiero mucho antes. En ese sentido, De la Sota se mostró como una figura más dúctil ante la nueva relación de fuerzas, aunque para ello tuviera que desnaturalizar en parte el proyecto renovador. En realidad, ni siquiera en Córdoba sobrevivió la Renovación como tal, una vez que Menem se asentó en la presidencia de la Nación. Tras el triunfo del riojano, los renovadores, como en el resto de provincias, o bien fueron cooptados por el menemismo o bien dieron un paso al costado. El diputado Cavallo, por ejemplo, sería primero nombrado ministro de Relaciones Exteriores y poco después se pondría al frente del ministerio de Economía, en el que sería el muñidor del modelo de la convertibilidad. De la Sota, por su parte,

¹²²⁶ *La Voz del Interior*, 15/10/1988.

¹²²⁷ *La Voz del Interior*, 15/11/1988. De hecho, De la Sota pensaba en organizar en la próxima ocasión unas internas totalmente abiertas, no sólo reservadas a los afiliados, que supondrían “un salto de calidad que ningún otro partido ha dado en el país”. *La Voz del Interior*, 21/11/1988.

ejerería durante un año como embajador en Brasil y caería derrotado una vez más en su intento por llegar a la gobernación en 1991. A pesar de las críticas por esta segunda derrota, De la Sota logró la gobernación en 1998, interrumpiendo así la hegemonía que ostentaba la UCR desde 1983. Para entonces, sin embargo, tras casi dos mandatos completos de Menem, los tiempos de la Renovación parecían muy lejanos.

5.3 Santa Fe

5.3.1 Los inicios de una interna crónica

Si en Córdoba y Buenos Aires hemos recorrido dos trayectorias diferentes, pero dentro de un patrón de acontecimientos similar, el caso de Santa Fe ofrecerá un desarrollo con una personalidad propia y realmente distinta. Para empezar, al contrario que en esas dos provincias, en Santa Fe el peronismo disfrutará de ocupar la gobernación desde 1983 y la seguirá manteniendo a partir de 1987. Ya sólo este hecho, con los recursos de poder que ofrecía y las interferencias que se dieron entre gobierno y partido, suponía un factor diferencial con los otros dos casos que estamos comparando. Mientras que en Buenos Aires y Córdoba, con todas las reservas y puntualizaciones, hemos podido delimitar un campo renovador (encarnado respectivamente en Cafiero y De la Sota) y otro ortodoxo, en Santa Fe esa tarea se vuelve todavía más compleja. Aquí asistiremos a una crónica falta de hegemonía al interior del partido, causa y a la vez consecuencia de la multiplicidad de líneas, continuos trasvases de figuras y un rosario casi agotador de elecciones internas. Debido a esa continua conflictividad y a la falta de solidez de las distintas tendencias, se hace complicado colocar a los distintos grupos la etiqueta renovadora u ortodoxa, sobre todo porque, además, veremos aquí extraños maridajes que, fuera del contexto santafesino, podrían parecer *contra natura*¹²²⁸.

Santa Fe ofrece ciertamente peculiaridades que la diferencian del resto. Así, por ejemplo, a los tradicionales clivajes políticos, se añadía aquí uno geográfico, que dividía el norte y el sur de la provincia. Como describía uno de los protagonistas de las próximas páginas, Raúl Carignano: “Santa Fe son dos provincias, el Norte y el Sur, que

¹²²⁸ Para este apartado nos ha resultado de gran ayuda lo expuesto por Marcelino Mainá en su intervención en el *II Congreso Regional de Historia e Historiografía*, celebrado en Santa Fe en 2007, cuyo título fue “El partido justicialista santafesino en la transición política argentina 1982-1987”.

por desarrollo económico, político y cultural muestran características bien diferenciadas”¹²²⁹. En efecto, el Sur industrial, con capital oficioso en Rosario, una de las ciudades más dinámicas del país, contrastaba con un Norte más rural y conservador, dominado por las estancias y las explotaciones madereras. Ese equilibrio entre ambas zonas era siempre tenido en cuenta en los juegos políticos e implicaba leyes no escritas como la que sostenía que si, por ejemplo, el gobernador provenía del Sur, el jefe del partido debía pertenecer al Norte.

En lo que no se diferenciaba Santa Fe del resto de casos provinciales era en la enorme desorganización y dispersión que padecía el partido a la salida de la dictadura¹²³⁰. En octubre de 1982, por citar una cifra, se podían contabilizar hasta 141 agrupaciones¹²³¹, aunque muchas de ellas sólo se movieran dentro del ámbito departamental. Un paso importante a la hora de despejar este intrincado panorama se daría con la creación de la Comisión de Afiliación, ideada para la confección de los padrones y gestionar las nuevas afiliaciones, pero que sobre todo sirvió para que los distintos grupos se sentaran a conversar y delinear alianzas en una misma mesa¹²³². Cuando se avecinaban las internas que debían normalizar al intervenido partido y elegir una nueva conducción, toda esa madeja de líneas y sigas se había simplificado en cuatro grandes listas.

El panorama de listas para la interna de 1983 estaba conformado en primer lugar por la llamada lista 2 Unidad, que agrupaba a los sectores antiverticalistas como la Coordinadora de Acción Justicialista de Rubén Cardozo y Tomás Berdat y el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria, además de los gremios opuestos al miguelismo¹²³³. A diferencia de otros distritos, en Santa Fe estos sectores antiverticalistas, gracias a su unidad, tenían verdaderas opciones de hacerse con el control partidario. Sus opositores verticalistas -pese a todas las precauciones que se deben poner a una etiqueta que no definía útilmente la esencia de las divisiones en el

¹²²⁹ *Clarín*, 18/10/1985.

¹²³⁰ Como el resto de partidos provinciales, también el justicialismo santafesino se encontraba por aquel entonces intervenido, en este caso con un triunvirato formado por José Ovidio López, Lucio Amarilla y Ana Onetto. *El Litoral*, 4/1/1983.

¹²³¹ *La Voz del Interior*, 24/7/1983.

¹²³² La Comisión reunía a Lealtad, Mesa Unificadora Justicialista, Gestión y Enlace, el Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización, Reafirmación Doctrinaria, Movimiento Justicialista Ortodoxo, Frente Peronista Santafesino y Coordinadora de Acción Justicialista.

¹²³³ Curiosamente, dentro de esta lista que mayoritariamente, como era lógico, impulsaba las candidaturas presidenciales de Robledo y Matera, había figuras que apoyaban a Luder. *El Litoral*, 23/6/1983.

peronismo del momento¹²³⁴- trataron sin éxito construir un polo unificado, dada la fortaleza de sus rivales, pero las negociaciones no tuvieron éxito. Así, podíamos encontrar, por un lado, a la lista 6 Junta Interdepartamental, en la que se ubicaba un Raúl Carignano que ya parecía avanzar algunas de las propuestas que defendería la Renovación: “entendemos que la renovación dirigencial y metodológica es una necesidad de nuestro movimiento, que debe conjugarse con una interpretación ortodoxa de nuestra doctrina de siempre”¹²³⁵. La lista 6 reunía a líneas como el Movimiento Lealtad Peronista de Carignano, la grossista Convocatoria Peronista y al sector afín al luderista Celestino Marini¹²³⁶ y contaba además con el apoyo nacional de Grosso y Menem¹²³⁷.

Siguiendo en orden de importancia, la lista 8 Justa, Libre y Soberana reunía a los elementos más plenamente verticalistas¹²³⁸ y llevaba a Edgardo Calafell como candidato principal. En este espacio se ubicaban grupos como el Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización provincial y el Movimiento Única Verdad y contaban con el apoyo de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina (CGTRA)-62 Organizaciones y de Miguel. En último lugar, desde una posición mucho más marginal, se encontraba la lista 4 Verticalista, que reunía a los grupos nacionalistas que respondían a José María Rosa y estaban liderados en la provincia por Dardo Decandido¹²³⁹.

Finalmente, las elecciones internas celebradas a fines de julio de 1983¹²⁴⁰ serían ganadas por la lista 6, seguida muy de cerca por la lista 2. Sin embargo, lejos de clarificar el escenario, los comicios marcarían el inicio de una grave polémica. Si bien la lista 6 se había hecho gracias a este resultado con el control del Consejo partidario, por el sistema electoral utilizado la lista antiverticalista 2 había obtenido la mayoría en un congreso que

¹²³⁴ En realidad, la etiqueta verticalista o antiverticalista resultaba muy relativa aplicada en el contexto santafesino. En varias ocasiones, la lista surgida de la alianza entre la Coordinadora de Acción Justicialista y el Movimiento de Reafirmación Doctrinaria se declaró neutral sobre la cuestión. *El Litoral*, 9/5/1983.

¹²³⁵ *El Litoral*, 18/7/1983.

¹²³⁶ Celestino Marini era una figura con una larga trayectoria en el justicialismo y ya había ejercido como legislador provincial durante el primer gobierno peronista.

¹²³⁷ *El Litoral*, 22/7/1983. Juan Carlos Taparelli, futuro precandidato a gobernador también se situaba en este espacio.

¹²³⁸ Una de sus figuras expresaría, por ejemplo, que esa posición “consiste en el acatamiento a la ortodoxia doctrinaria y a los órganos naturales de conducción, representados por Isabel, el Consejo Nacional Justicialista” y el sindicalismo liderado por Miguel. *El Litoral*, 23/6/1983.

¹²³⁹ La lista contaba con una cierta importancia en Rosario. En el Norte, en cambio, resultaba tan marginal que directamente apoyaba a los candidatos de la lista 8. *El Litoral*, 23/6/1983.

¹²⁴⁰ *El Litoral*, 25/7/1983.

era el encargado de nominar la fórmula para la gobernación, la lista de diputados y los congresales para el cónclave nacional¹²⁴¹.

Si ya de por sí la traducción de los votos dibujaba un panorama complejo, la cuestión se complicará enormemente por la denuncia de fraude electoral lanzada por esa lista 2. Luis Rubeo, uno de los dirigentes de la lista afectada, declararía al respecto que se había producido “el fraude más escandaloso de toda la época” y denunciaría que “faltaron padrones, otros fueron sustraídos e incluso hubo padrones donde faltaban listas completas”¹²⁴². El caso más sangrante, en su parecer, se habría producido en la ciudad de Rosario, “donde sólo votó el 30 % de los afiliados, cuando en la provincia lo hizo el 75 %”¹²⁴³.

La denuncia de fraude enrareció tanto el ambiente y polarizó tanto las posiciones que el fantasma de una nueva intervención sobrevoló la provincia. Varias delegaciones del Consejo Nacional y de las 62 Organizaciones debieron viajar entonces hasta Santa Fe para mediar en el conflicto, pero, a pesar de esos esfuerzos, la cuestión quedaría bloqueada durante semanas, a la espera de la resolución de dos procesos que podían tener una gran influencia. En primer lugar, los resultados de la interna bonaerense y porteña podían convertirse en un claro referente para los santafesinos, arrastrando las preferencias en una u otra dirección. Por otro lado, en la provincia todavía había que decidir si se debían realizar nuevas elecciones para cargos electivos¹²⁴⁴ y, sobre todo, nuevas internas complementarias para todas las mesas que habían sido anuladas judicialmente debido a las irregularidades encontradas¹²⁴⁵. Obviamente, la lista 6 se oponía a la celebración de éstas y finalmente consiguió imponer su punto de vista, pero

¹²⁴¹ *El Litoral*, 26/7/1983. La lista 2 disponía de 134 delegados en el congreso provincial, de un total de 388, situándose así la mayoría en 195. En realidad, esto era sólo un cálculo aproximado, ya que la compleja e inestable cantidad de alianzas y compromisos hacía imposible contar a priori con el número exacto de congresales de los que disponía la lista 6. Eso hará que las semanas previas al congreso estuvieran cargadas de tensión y negociaciones. *El Litoral*, 27/7/1983.

¹²⁴² *El Litoral*, 25/7/1983.

¹²⁴³ *El Litoral*, 27/7/1983. La lista 8 también impugnaría a uno de los veedores encargados de vigilar la elección. *El Litoral*, 29/7/1983.

¹²⁴⁴ La lista 2 reclamaba internas para elegir a los cargos electivos y se amparaba para ello en una interpretación diferente de la carta orgánica: “el artículo 19 de dicho texto” índice que “los cargos electivos provinciales (senadores y diputados), municipales y comunales (...) se designan por el voto secreto y directo de sus afiliados”. *El Litoral*, 6/8/1983.

¹²⁴⁵ *El Litoral*, 18/8/1983.

de haberse llevado a cabo estas nuevas internas podían haber cambiado el curso de los acontecimientos, ya que eran unos 15.000 los afiliados con posibilidad de votar¹²⁴⁶.

Elevando la complejidad, toda esta polémica se iba solapando además con el debate sobre la candidatura a la gobernación, por la que se enfrentaban dos fórmulas de pretendientes. Por un lado se encontraba la conformada por Juan Carlos Taparelli¹²⁴⁷ y Carlos Bravo, apoyados por la lista 6 y figuras de departamentos del interior. Frente a ella se situaba la de José María Vernet¹²⁴⁸ y Carlos Aurelio Martínez, impulsados sobre todo por la UOM de Rosario y los sindicatos verticalistas del Sur¹²⁴⁹.

Pese a que la situación parecía estar llegando a un punto de no retorno, las negociaciones, llevadas sobre todo desde la Capital Federal, hicieron su efecto y se alcanzó un acuerdo final para proclamar a Raúl Carignano, de la lista 6, como presidente del partido provincial y dejar a un lado las impugnaciones de las internas¹²⁵⁰. Con la situación desbloqueada pese a todos estos conflictos precedentes, el congreso provincial celebrado en el Centro Cultural de Santa Fe se desarrolló con total normalidad. Allí, como se esperaba, la fórmula encabezada por Vernet se impuso por amplia mayoría, aunque se encontró muy lejos de conseguir la unanimidad¹²⁵¹.

En todo caso, no deja de ser sorprendente que para el puesto electivo más apetecible, el de mayor poder y prestigio, fuera elegido una figura sin trayectoria alguna en el justicialismo como era Vernet, quien apenas podía presumir de unos meses como afiliado al partido. El hecho habla de la fuerza que mantenían los sindicatos (especialmente, los rosarinos) sobre el partido provincial, de la misma manera que los

¹²⁴⁶ *El Litoral*, 12/8/1983.

¹²⁴⁷ Juan Carlos Taparelli había ejercido como docente en la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de Rosario y, durante el gobierno de Isabel Perón, fue interventor federal de las provincias de Misiones y Formosa.

¹²⁴⁸ José María Vernet era por ese entonces asesor de las 62 Organizaciones y de la UOM de Rosario. De él, a fines de los 80, afirmaría el periodista Bernardo Neustadt que “con peronistas como Vernet y radicales como Angeloz, yo no sé para qué existe la Ucedé”, subrayando su simpatía por las ideas liberales. En los 70, durante el gobierno provincial de Sylvestre Begnis optó por la subsecretaría de Economía, pero, al no conseguirla, se desplazaría a Brasil, donde ejercería como profesor del Centro Interamericano de la OEA y como asesor de otras organizaciones como la ONU, el Banco Mundial y la OIT. En 1975 regresaría a Argentina para trabajar en el ministerio de Economía, pero sus planes se verían truncados por el golpe militar. Durante la dictadura trabajaría en una fábrica de tortas caseras y ejercería como asesor del Consejo Federal de Inversiones. *Página 12*, 9/3/1988.

¹²⁴⁹ *El Litoral*, 26/8/1983.

¹²⁵⁰ *El Litoral*, 27/8/1983.

¹²⁵¹ Vernet pudo contar con 245 votos, frente a los 131 de sus rivales. *El Litoral*, 2/9/1983. También la lista 8 votaría a favor de Vernet. Durante la sesión también serían nominados como candidatos a senadores Celestino Marini y Liliana Gurdulich y se modificaron algunas partes de la carta orgánica.

gremios miguelistas ejercían su influencia sobre el partido nacional. Los sindicalistas encumbraban así a un personaje con una imagen joven y moderada y se aseguraban de colocar a una figura totalmente leal en el vértice de poder. Pero esta decisión conllevaba también consecuencias envenenadas. Como contrapartida posiblemente no calibrada, el hecho de que Vernet no contara con un espacio y un grupo político propio, unido a su inexperiencia, tendrán derivaciones importantes en la estabilidad del partido durante los años siguientes y explicará en gran parte ese enquistamiento de la lucha interna de la que hablábamos.

Aunque con polémica y por un estrecho margen, Vernet se impondría en los comicios por la gobernación de octubre. La controversia de las internas peronistas se reproduciría en estas elecciones provinciales, con acusaciones de fraude y errores de cómputo por parte de unos radicales que no se llevaron la victoria por unos pocos votos. Reynaldo Anybal, uno de sus representantes, señalaría que “como ejemplo, en la localidad de Las Parejas votó el 106 por ciento, en Golondrina –departamento de Vera- votó el 124 por ciento”¹²⁵². Las impugnaciones interpuestas, pese a su teórica gravedad, no disfrutarían de mucho recorrido judicial y Vernet, en lo relacionado a esta cuestión, completaría su mandato sin mayores problemas. Sin embargo, el nuevo gobernador debió enfrentarse desde un primer momento a esa paradoja que suponía que el teórico hombre más poderoso de la provincia era sumamente débil en cuanto a apoyo político. De esa manera, como recordaban desde *El Litoral*: “los mayores cuestionamientos públicos al titular del P[oder] E[jecutivo] han provenido del propio partido”¹²⁵³. A fin de cuentas, las riendas del partido seguían en manos de quienes habían sido sus principales rivales en la interna y en su carrera para llegar a la gobernación se había hipotecado con compromisos en ocasiones contradictorios entre sí.

Como ya hemos insinuado, estos problemas, con el justicialismo en la gobernación, tenían obviamente no sólo una dimensión interna, sino que, a diferencia de lo que ocurría en Buenos Aires o Córdoba o a nivel nacional, donde se trabajaba desde la oposición, afectaban directamente a la acción del Ejecutivo provincial. En ese sentido, las fronteras entre partido y gobierno, casi siempre difusas, se emborronaban aún más en Santa Fe.

¹²⁵² *Clarín*, 2/11/1983.

¹²⁵³ *El Litoral*, 8/1/1984.

Las interferencias entre ambas realidades aparecerían desde el primer momento y se expresarían, por ejemplo, en las enormes dificultades para Vernet en completar su gabinete. Así, a mediados de diciembre de 1983, casi dos meses después de las elecciones, todavía no se habían realizado todas las designaciones¹²⁵⁴. Los cuestionamientos por parte de los sindicatos antiverticalistas de Azopardo, acusando a la UOM rosarina, verdadera impulsora de la candidatura de Vernet, de no dejar trabajar al gobernador independientemente, serían también constantes. A todo ello se añadiría la ya mencionada división geográfica de la provincia, en la que se debatía si Vernet debía respetar los pactos previos a las elecciones, más paritarios, o si debía adaptarse al nuevo panorama que apareció tras los comicios, en los que se demostró que el peso del Sur no había sido tan decisivo como se había previsto. En ese sentido, las críticas desde la ciudad de Santa Fe serían reiteradas, al entender que la mayoría del equipo de gobierno provenía del Sur, mientras que el centro de gravedad electoral se había desplazado hacia el Norte¹²⁵⁵.

La cuestión, es cierto, se iría calmando a lo largo de los meses, ante todo por la necesidad de los aliados de Vernet de cerrar filas a su alrededor para conservar su posición. En julio, por ejemplo, se gestaría la unidad entre representantes del Norte, como Víctor Reviglio, Rubén Cardozo y Raúl Carignano, y del Sur, como el sindicalista Miguel Gómez, Luis Rubeo y Eduardo Cevallo¹²⁵⁶. Esta serie de alianzas en torno al gobernador constituirán un primer paso para crear ese espacio vernetista con personalidad propia que todavía no existía y dieron cierto oxígeno a un gobierno amenazado por la parálisis. Fruto de esos pactos y de una larga serie de reuniones previas, el congreso provincial celebrado a inicios de septiembre se desarrolló sin apenas incidentes. Como en casi todas las provincias, existían reclamos de una mayor democratización interna del partido, pero a diferencia de Buenos Aires o Córdoba, los cambios que extendían el uso del voto directo se aprobaron aquí sin mayores problemas¹²⁵⁷. Sin embargo, esta facilidad a la hora de conseguir un acuerdo que resultó tan complejo en otros distritos nos puede llevar hacia una falsa sensación de unidad y

¹²⁵⁴ *El Litoral*, 18/12/1983.

¹²⁵⁵ *El Litoral*, 23/12/1983. Los norteños recordarían este peso durante los siguientes años. Berdat señalaría al respecto: “no debemos olvidar los peronistas que nuestro gobierno provincial es fruto de la zona Norte, donde se han ganado las elecciones”. *El Litoral*, 8/2/1984.

¹²⁵⁶ *El Litoral*, 5/7/1984.

¹²⁵⁷ *El Litoral*, 2/9/1984. El voto directo sería así, a partir de entonces, el método para elegir candidatos a diputados y senadores, gobernador y vicegobernador y congresales nacionales.

cooperación dentro del partido. Pero, al contrario, la raíz de la cuestión se encontraba en que todos estos reagrupamientos encerraban una lógica personalista y resultaban sumamente frágiles.

Como si el destino hubiera querido ahondar estas debilidades, la polémica desatada en el congreso del Odeón tendrá una incidencia especial en Santa Fe, adquiriendo una gravedad que no se verá en otras provincias. Demostrando la contingencia de las preferencias de los políticos santafesinos, los juegos de alianzas que se desarrollaron a partir de entonces también resultarían inéditos y originales, incluso vistos desde una óptica nacional.

Si en provincias como Córdoba la repercusión de la interna nacional quedó silenciada durante varios meses, en Santa Fe la crisis y la división serían visibles desde el primer momento, principalmente porque Vernet se convirtió en una figura central del episodio. El gobernador santafesino fue elegido, como ya vimos, como el nuevo vicepresidente primero del PJ en la reunión del Odeón, seleccionado por ofrecer una imagen novedosa y moderada y con un perfil bajo tras el que se situarían los verdaderos hombres fuertes del partido, Miguel e Iglesias, mucho más resistidos. Como vemos, el destino de Vernet parecía repetir la manera en la que había ocurrido su llegada a la gobernación, siendo aupado a lo más alto a partir de intereses ajenos. En realidad, la idea de lanzar como vicepresidente partidario a Vernet partió de la misma Santa Fe, una provincia, como podremos observar, siempre deseosa de tener una mayor gravitación en el panorama nacional. Su candidatura estaría apoyada en un primer momento por sectores gremiales de distinta procedencia: por supuesto, la UOM rosarina, la institución sobre la que había reposado el ascenso de Vernet desde el inicio; pero también por figuras como Rubeo o Cardozo¹²⁵⁸.

Pese a todo, pronto la lógica provincial carcomió este entendimiento y algunos de sus miembros empezaron a condicionar el apoyo a Vernet a cambio de una mayor participación en cargos ministeriales y en la conducción local, algo a lo que el gobernador se negaría¹²⁵⁹. Esta incipiente división tendría su correlato en el congreso

¹²⁵⁸ *El Litoral*, 14/12/1984. Por supuesto, no todo el justicialismo provincial estaba encolumnado tras este proyecto. Celestino Marini, por ejemplo, expresaría sus dudas desde un comienzo.

¹²⁵⁹ *El Litoral*, 23/12/1984. Los críticos exponían sus reservas sobre todo a la gestión de Reviglio como ministro de Salud, Medio Ambiente y Acción Social y a la de Ángel Bonazza como ministro de Agricultura. *El Litoral*, 18/12/1984.

nacional, donde 51 delegados santafesinos expresaron abiertamente sus discrepancias con Vernet y abandonaron el cónclave junto al resto de disidentes¹²⁶⁰.

Tras Odeón, por tanto, la provincia quedó dividida en dos grandes bandos, a favor y en contra del nuevo vicepresidente. Sin embargo, no sería ajustado trasladar directamente las divisiones nacionales al escenario provincial, ya que las fracturas que se dieron aquí obedecieron en gran parte a dinámicas internas y tuvieron más de puja por los distintos cargos que de disputa ideológica. En consecuencia, un rápido vistazo a los integrantes de uno y otro sector permite ver que las etiquetas de renovadores y ortodoxos no terminan tampoco de cuajar en el espacio santafesino.

En la oposición a Vernet se situaban líneas como la anteriormente antiverticalista Reafirmación Doctrinaria del sindicalista Luis Rubeo¹²⁶¹ o la Coordinadora de Acción Justicialista de Rubén Cardozo, dirigente del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte (SMATA), más otras figuras como el vicegobernador Carlos Aurelio Martínez, Alberto Bonino¹²⁶², el miembro de Guardia de Hierro Raúl Druetta o el intendente de Santa Fe, Tomás Berdat. Observando el origen de estas figuras, se podría pensar *a priori* que el lugar natural de este espacio estaría en el campo ortodoxo y no en el renovador. De hecho, las justificaciones que esgrimían para defender su oposición a Vernet, además de variadas, pocas veces pasaban por los clásicos reclamos renovadores. Marini, por ejemplo, esgrimía una razón práctica: “no podemos poner al frente del partido a un gobernador, porque está expuesto a la presión constante por los problemas que debe afrontar”¹²⁶³. Druetta aclararía que su posición se debía a una defensa de la unidad partidaria, sin mayor diferenciación ideológica: “nosotros nos retiramos del congreso del Odeón porque consideramos que allí se expresaba una parcialidad y tampoco concurriríamos a Río Hondo, ya que también se

¹²⁶⁰ *El Litoral*, 15/12/1984.

¹²⁶¹ Luis Rubeo empezó a militar en el justicialismo a inicios de los 50 y participó activamente en la Resistencia y en los años de la proscripción. En 1973 sería elegido diputado nacional. Se le ha vinculado con el asesinato, ese mismo año, del dirigente peronista de izquierda Constantino Razzotti, crimen que inició una serie de asesinatos políticos en la provincia con la firma de la Triple A.

¹²⁶² Alberto Bonino nació en Humberto Primo, una pequeña localidad en el centro de la provincia, en 1915. Fue diputado nacional en los primeros gobiernos peronistas. Durante la campaña de 1973 se desprendió del Frejuli y de Cámpora y, tras un año de proceso, ganó judicialmente la representación del Partido Justicialista provincial. En Santa Fe se dio la extraña circunstancia de que el peronismo tuvo que apoyar a Sylvestre Begnis y Cuello, del Movimiento de Integración y de Desarrollo (MID), mientras que, con el justicialismo oficial, Bonino se presentó como candidato a vicepresidente en una fórmula junto con el militar retirado Antonio Campos.

¹²⁶³ *El Litoral*, 18/12/1984.

trata de otro sector”¹²⁶⁴. El vicegobernador Martínez y el excandidato Taparelli, ahora en el mismo bando, justificaban su rechazo a Odeón desde el respeto a la ortodoxia y al legado de Perón: “para nosotros el proyecto promovido el 15 de diciembre pasado fue el proyecto vanderista, derrotado por el propio General Perón en 1965”¹²⁶⁵.

En realidad, expresar la lealtad al Vernet gobernador mientras se criticaba al Vernet vicepresidente era un argumento común que también era utilizado por Cardozo: “Vernet debe dejar el cargo de vicepresidente primero y seguir siendo el gobernador, al que todos respetamos, apreciamos y apoyamos”, “debe realizar un gran renunciamiento, dedicarse a la provincia y recibir nuestro total apoyo”¹²⁶⁶.

Complejizando la situación, en el sector pro Vernet, los distintos apoyos serán sumamente heterogéneos y aparentemente contradictorios. Como muestra de ello, al lado del gobernador se situarán Reviglio, Vanrell¹²⁶⁷, Bonazza y Carignano. Mientras que los primeros podrían considerarse aliados naturales de Vernet, explicar el apoyo de Carignano y su línea Lealtad Política resultaba mucho más complicado, puesto que, como vimos desde un principio, defendían unas ideas y proyectos que les acercaban a la esfera renovadora.

El apoyo de Carignano resultará, pues, sumamente ambiguo y, por esa razón, encarna mejor que ninguno esas dificultades a la hora de caracterizar los distintos grupos del peronismo santafesino. Los matices de su discurso exponían estas contradicciones: por un lado, desde su puesto a la cabeza de la institución, Carignano admitía que la responsabilidad del presidente del partido provincial “es la de mantener la unidad, pero además la de preservar la estabilidad institucional de la provincia”, pues apoyar al gobernador “era apoyar al gobierno de la provincia que ha sido elegido por el voto del pueblo”¹²⁶⁸. Pero por otro lado, ya desde una óptica más personal, señalaba que “lo ocurrido en el peronismo en el orden nacional demuestra que no habrá conducción

¹²⁶⁴ *El Litoral*, 3/1/1985.

¹²⁶⁵ *El Litoral*, 30/1/1985. Como miembro del gobierno provincial, Martínez debió realizar un verdadero encaje dialéctico para justificar su asistencia a Río Hondo y no comprometer la unidad del gobierno: “no se trata de una desobediencia a nuestro gobierno en su condición de tal, sino un rechazo a las prácticas que deben ser definitivamente desterradas del peronismo”. *Clarín*, 30/1/1985.

¹²⁶⁶ *El Litoral*, 24/12/1984.

¹²⁶⁷ Invirtiendo los términos, para Vanrell, Vernet simbolizaba la verdadera Renovación: “quien hoy los enfrentan han concurrido a Río Hondo como resultado de la disputa provincial y no como la expresión de una voluntad renovadora que en esta provincia encarna el Contador José María Vernet”. *El Litoral*, 9/2/1985.

¹²⁶⁸ *El Litoral*, 24/12/1984.

sólida si no tiene el consenso explícito de las bases mediante el voto directo”¹²⁶⁹, al tiempo que aseguraba: “si se vuelca para un sector, hacia la política chica, entonces no voy a poder acompañarlo, como lo hemos hecho estoicamente desde el principio”¹²⁷⁰.

En ese sentido, la lógica institucional de apoyar al gobernador se anteponía, al menos en el discurso de Carignano, a su ideología a la hora de dar su apoyo a uno u otro sector. Su condición de presidente partidario también lo empujaba a adoptar una posición lo más neutral y oficial posible. Pero, en todo caso, las diferencias ideológicas y de estilo político que se englobaban bajo el apoyo a Vernet harán que ese espacio se muestre sumamente inestable.

Lo que convertirá a este enfrentamiento en una cuestión tan larga y desgastante será que la división cortará al partido en casi dos mitades iguales, complicando la hegemonía de uno u otro sector. Si, por ejemplo, fueron 51 los congresales nacionales opuestos a Vernet, serán 42 los que permanecieron a su lado¹²⁷¹. La división alcanzó también a otros ámbitos fuera de la estructura del partido. En el bloque de diputados se produjo una fractura virtual cuando 17 de los 28 miembros firmaron un documento de apoyo a Vernet mientras el resto se abstuvo¹²⁷². Con un gobernador y un vicegobernador en cada sector, el Ejecutivo provincial también se vio afectado por la división partidaria. No deja de ser sintomático de la falta mutua de confianza que, en sus ausencias, Vernet tuviera que retorcer la letra de los protocolos para no delegar el mando de la provincia a Martínez¹²⁷³.

Por otra parte, el episodio del Odeón también aporta claves sobre la imagen que despertaba Vernet. En realidad, tanto a nivel nacional como provincial, la oposición que generaba su figura no iba dirigida tanto hacia él como a Miguel e Iglesias, a los que, voluntaria o involuntariamente servía de pantalla. De hecho, existía consenso incluso sobre que Vernet podría haberse presentado como una solución de síntesis entre renovadores y ortodoxos, pero su inexperiencia política le llevó a desgastar su imagen y su capital político demasiado rápido¹²⁷⁴. En ese sentido, el desprestigio que conllevó

¹²⁶⁹ *El Litoral*, 24/12/1984.

¹²⁷⁰ *La Voz del Interior*, 30/3/1985.

¹²⁷¹ *El Litoral*, 19/12/1984.

¹²⁷² *Tiempo Argentino*, 8/2/1985.

¹²⁷³ *El Litoral*, 27/1/1985.

¹²⁷⁴ *El Litoral*, 23/12/1985. Martínez dirá al respecto: “Vernet tiene mucha capacidad, pero carece todavía de experiencia política, algo que sólo se adquiere con el tiempo”. *El Litoral*, 9/1/1985. Mucho tiempo

rápida­mente la etiqueta odeonista supondría una losa para las aspiraciones nacionales de Vernet, de la que tardaría años en deshacerse y sólo lo haría de manera parcial. En todo caso, estos problemas confirmaban que el gobernador seguía sin contar con un espacio propio que lo sustentase y que, pese a que la fortuna le había sonreído hasta ahora, había sido más bien arrastrado por los acontecimientos.

Bajo esas coordenadas, no extraña que la interna santafesina que se celebró el 23 de junio de 1985 adquiriera una importancia vital a la hora de ordenar un panorama tan intrincado. Si bien por un lado se preveía virulenta, dada la división y el enconamiento de ambos sectores, por otro lado, la ambigüedad manifiesta de los dos grupos auguraba también que encontrar un punto en común no podía resultar tan complicado. Como recordaba Marcos Casco en *El Litoral*: “no hay entre los dos sectores diferencias ideológicas, de métodos, de prácticas; nada (fuera de las ambiciones mutuas) los separa”¹²⁷⁵. Por otra parte, además de su importancia provincial, la interna de Santa Fe también despertaría una gran atención a nivel nacional, ya que sería el primer test serio para conocer el apoyo electoral a renovadores y ortodoxos.

Tras el tradicional juego de alianzas, serían dos las listas que, en esencia, se disputaron el control partidario¹²⁷⁶. Los renovadores, dentro del Frente Peronista Río Hondo, nombre que inequívocamente retrataba su ubicación, presentaban a Luis Rubeo como candidato a presidir el partido¹²⁷⁷. Aplicando una perspectiva nacional, no deja de ser sorprendente que este sector estuviera encabezado por un sindicalista antiverticalista y repleto de sombras. Su discurso, buscando ocupar el centro del espacio justicialista, quedaba explícito cuando anunciaba que iba a cerrar puertas tanto al “guerrillerismo nihilista” como al “lopezreguismo fascista” y a los “mocosos representantes de la patria financiera disfrazados de justicialistas”¹²⁷⁸; pero, en todo caso, no parecía contar con el

después, Vernet justificaría su aceptación del cargo en Odeón como una manera de impulsar al peronismo santafesino: “no podíamos admitir que hagan un congreso y no nos inviten, ni nos llamen por teléfono para ser secretario de actas, pese a que habíamos ganado [en 1983]. Herminio Iglesias era un problema de la provincia de Buenos Aires. Por nacionalizar el conflicto bonaerense no se podía ignorar nuestra victoria”. *El Periodista*, 170, 11/12/1987.

¹²⁷⁵ *El Litoral*, 28/2/1985.

¹²⁷⁶ Al cierre de la presentación de listas llegarían once de éstas, en un claro reflejo de la división en el seno del partido. Esta dispersión también venía incentivada por el hecho de que existía un plazo de un mes para formar alianzas posteriores. *El Litoral*, 19/4/1985.

¹²⁷⁷ Además del explícito nombre del frente, el carácter renovador de esta lista quedaba subrayado por la presencia de figuras como Britos o De la Sota en el acto de lanzamiento de la candidatura de Rubeo. *El Litoral*, 7/2/1985.

¹²⁷⁸ *El Litoral*, 18/3/1985.

relativo pragmatismo de otros representantes de la Renovación. Pese a estas incongruencias, más allá de algunas críticas por parte de Taparelli hacia el candidato del Frente, los renovadores no tendrían grandes dificultades a la hora de formar una lista unificada¹²⁷⁹.

Más compleja resultaría la formación de la llamada lista Solidaridad, que reunía a los apoyos de Vernet y que sostenía la candidatura de Carignano para renovar su mandato en el partido. La heterogeneidad que ya mencionamos se proyectó también en los problemas para concretar una lista única, ya que dentro de ese sector convivían dos grandes grupos no siempre bien avenidos. Por una parte, una mesa liderada por Miguel Gómez, que agrupaba a figuras del Sur como Cevallo y Vanrell; por otro lado, grupos como la Lealtad Peronista de Carignano, que no dudaban de su apoyo al gobernador, pero que querían diferenciarse del resto por sus “enfoques totalmente distintos”¹²⁸⁰ e incluso se plantearon lanzarse a la interna con candidatos propios. A las diferencias metodológicas se les yuxtaponía aquí la división geográfica, siempre presente en la provincia. Los norteños, como Carignano o Reviglio, se quejarían así de no tener apenas presencia en las decisiones: “nosotros no podemos permitir tanto avasallamiento del Sur. La relación debe darse en la proporcionalidad que ya fijamos (3-1) pero nunca más allá”¹²⁸¹.

A pesar de todas estas dificultades, resueltas tras varias negociaciones y la incorporación de los representantes del Norte, los vernetistas consiguieron formar una lista única¹²⁸² y vencerían en la interna con relativa facilidad, con lo que Carignano continuó al frente del partido¹²⁸³.

¹²⁷⁹ Taparelli encabezaba en ese momento la llamada Corriente de Opinión Interna y había sido una de las figuras más importantes de los santafesinos en Río Hondo. *El Litoral*, 19/3/1985. La lista 5, número que le sería otorgado en la interna, tenía el apoyo del vicegobernador y de grupos sindicales como los 25 o los 20. *El Litoral*, 12/8/1985.

¹²⁸⁰ *El Litoral*, 25/2/1985. Una situación similar la vivía el Frente Santafesino Peronista de Oscar Martínez. *El Litoral*, 26/2/1985.

¹²⁸¹ *El Litoral*, 17/4/1985.

¹²⁸² Como curiosidad, pero también como muestra de cómo funcionaban en la práctica muchos de los aspectos del partido, la lista se presentaría apenas cinco minutos antes del cierre. *El Litoral*, 19/4/1985.

¹²⁸³ La nueva conducción se completaría con Luis Ghezzi como vicepresidente primero, Rubén Gargaro de vicepresidente segundo, Daniel Castro como secretario general y Oscar Martínez como prosecretario. *El Litoral*, 12/8/1985. Como nota negativa, a pesar de su importancia, la interna se caracterizó por una muy baja participación, que fue todavía mayor en Rosario. *El Litoral*, *La Voz del Interior*, 24/6/1985. Sorprendió que la lista de Rubeo fuera derrotada en la zona Sur y que en la ciudad de Santa Fe la disputa fuera ajustada, a pesar de la presencia allí de Berdat y Martínez. *Clarín*, 24/6/1985.

Teóricamente, con el gobernador y el presidente del partido situados en el mismo sector, la lucha interna santafesina tendría que haberse canalizado a partir de entonces por carriles más tranquilos, más aún con el horizonte de las legislativas de 1985 tan cercanas. Sin embargo, la división y los celos que se habían creado a lo largo de estos meses eran demasiado profundos como para que se pudieran resolver en una sola votación. De esa manera, las cuentas pendientes que se arrastraban en el partido se harían patentes en la dificultad con la que se fraguaron las listas para los comicios legislativos.

En el congreso extraordinario celebrado en agosto de 1985, por ejemplo, quedaría frustrada la posibilidad de votar una lista única de diputados, como proponía la línea de Carignano y varios grupos del Norte, al presentarse una lista alternativa lanzada por Vanrell y Miguel Gómez¹²⁸⁴. Estas divisiones, producidas entre teóricos aliados de Vernet, obviamente, afectarían a las perspectivas electorales de un justicialismo que no lograría distanciarse en estas elecciones de noviembre de 1985 de la UCR¹²⁸⁵. El relativo revés electoral, lejos de apretar las filas del justicialismo, enrarecería aún más el ambiente y alargaría todavía más esta interna irresuelta que, como hemos dicho, prácticamente hundía sus raíces en 1983. Hasta ahora hemos visto, sin embargo, un enfrentamiento que guardaba reminiscencias con la lucha entre renovadores y ortodoxos, pero que obedecía a lógicas diferentes y que contaba como nota característica que el justicialismo era también el partido en el poder. En el siguiente apartado veremos la continuidad de una lucha interna que, no obstante, estuvo muy lejos de ofrecer una imagen estática y que sufriría importantes cambios de banda a uno y otro lado.

5.3.2 1986, una interna con múltiples lecturas

El año de 1986 estuvo marcado en primer lugar por las consecuencias de las últimas elecciones generales, que todavía afectarían a la política provincial durante meses. Fruto de las dudas que crearon los comicios en la Casa Gris, por ejemplo, en diciembre de 1985, el gobernador solicitó la renuncia de todo su gabinete, lo que

¹²⁸⁴ *El Litoral*, 27/8/1985.

¹²⁸⁵ Tanto peronistas como radicales se repartirían ocho diputados nacionales cada uno, con uno para los demócrata-progresistas. *El Litoral*, 4/11/1985. La dureza de la interna justicialista también lastró las negociaciones que el partido mantenía con otras formaciones como el MID o la DC para formar un frente electoral. *El Litoral*, 28/8/1985.

conllevaba la revisión de más de 160 cargos¹²⁸⁶. Pero, sobre todo, el año político estuvo signado por una larga y tortuosa interna para renovar cargos partidarios y candidatos de cara a las elecciones de 1987. La disputa, que ocupó la segunda mitad del año demostrará, por su intensidad, que las viejas heridas abiertas desde fines del año 1984 estaban muy lejos de cerrarse. En ese sentido, las divisiones no sólo no habían retrocedido, sino que, de hecho, se agravaban, por ejemplo, con la división del bloque provincial de diputados, que convertía a la UCR en la primera minoría¹²⁸⁷.

Por supuesto, en este periodo, las fronteras no se mantuvieron estáticas y se produjeron reagrupamientos que cambiaron sustancialmente la dinámica del conflicto. El más sonado de ellos sería el del definitivo paso de Carignano a las filas renovadoras, apenas unos días después de las elecciones¹²⁸⁸. Con ello se ponía fin a la relativa anomalía de que una figura relacionada con el círculo de Grosso y que defendía muchas de las ideas propuestas por la Renovación estuviera enrolada en el bando vernetista. Obviamente, esta calificación de anomalía sólo estaría justificada desde una simplificada óptica nacional, ya que las divisiones en Santa Fe, como hemos visto y veremos a continuación, obedecían a una lógica que poseía una gran autonomía.

La nueva interna que se estaba fraguando y que, entre otras cuestiones, dirimiría al futuro candidato a gobernador tendría un desarrollo bastante lento, pese a todas esas cuentas pendientes señaladas, y sólo se empezaría a acelerar a partir del segundo semestre de 1986. De hecho, en un comienzo, el único consenso que existía era que había que llegar a algún tipo de acuerdo para consensuar posiciones en torno a la mecánica de la interna, sobre la que se barajaba o bien aplicar una dinámica de abajo a arriba, como reclamaban varias figuras del interior¹²⁸⁹ o bien, repitiendo la estrategia de 1983, elegir a un extrapartidario para el cargo de gobernador, como pretendían en un principio Cardozo y Vanrell.

Hacia agosto, sin embargo, ya parecían perfilados dos grandes grupos, con un tercero que parecía destinado a ejercer de bisagra. Por un lado estaba situada la lista Restauración Peronista, de inspiración renovadora, que apoyaba a Carignano como

¹²⁸⁶ *El Litoral*, 10/12/1985.

¹²⁸⁷ Por un lado, Daniel Castro encabezaba el bloque oficial, que contaba con doce miembros, mientras que ahora había que contar también con el llamado bloque justicialista, liderado por Saturnino Aranda. *El Litoral*, 27/5/1985.

¹²⁸⁸ *El Litoral*, 17/11/1985.

¹²⁸⁹ *El Litoral*, 23/2/1985.

futuro gobernador¹²⁹⁰. Frente a ella se encontraba el Frente para la Victoria, que lanzaba la candidatura de Reviglio¹²⁹¹ y que reunía a figuras como Rubeo, Cardozo y Druetta¹²⁹². En medio de estas dos líneas se situaba Unidad y Solidaridad, que contaba con el ministro de Economía provincial Carlos Ensínck como candidato principal y que daba muestras de querer negociar indistintamente con cualquiera de las otras dos listas¹²⁹³.

Este panorama inicial era, no obstante, permeable a modificaciones. De hecho, la gran sorpresa de las internas sería que la fórmula de Carignano quedara completada con Ensínck, lo que, por un parte, provocó las críticas y realineamientos de sus rivales¹²⁹⁴ e hizo que la oferta de Restauración Peronista quedara redondeada con un teórico candidato de lujo como Ítalo Luder para el puesto de senador¹²⁹⁵, más Carlos Aurelio Martínez para la intendencia de Santa Fe y Gualberto Venesia para la de Rosario¹²⁹⁶. Con Ensínck se trasladaron hacia su nueva lista otros miembros de su línea, como Cerrutti y Aranda. Unidad y Solidaridad, muy mermada con esas bajas, pasaría a quedar liderada por Antonio Vanrell y, como efecto de la polarización de la interna, se acercaría al Frente para la Victoria, conservando su autonomía, en un movimiento que, como veremos, tendría consecuencias importantes en el posterior recuento.

La oferta del Frente para la Victoria quedaba conformada, por tanto, por Reviglio y Vanrell como candidatos para la gobernación, más Luis Rubeo para el puesto de senador y un Vernet que en un primer momento se había mostrado prescindente, para ocupar la presidencia del partido¹²⁹⁷. No deja de ser curioso, en contraste con la trayectoria de Carignano, que Rubeo, que hacía apenas unos meses había encabezado la

¹²⁹⁰ Por supuesto, durante la campaña sería muy criticado el hecho de que Carignano se hubiera pasado al bando opositor a Vernet. Desde el Frente para la Victoria dirían: “habiendo sido honrado por el justicialismo con el cargo de presidente de nuestro partido y sólo utilizó el mismo para el enfrentamiento con nuestro gobierno que tan honrosamente desempeña José Vernet”.

¹²⁹¹ Víctor Félix Reviglio nació en San Francisco, una localidad de la provincia de Córdoba en 1938 y estudió medicina en la universidad cordobesa. Ejerció como subsecretario de Salud Pública entre 1973 y 1975 y como ministro de Salud, Medio Ambiente y Acción Social entre 1983 y 1986.

¹²⁹² *El Litoral*, 29/7/1985.

¹²⁹³ *El Litoral*, 23/8/1985.

¹²⁹⁴ Cardozo criticará duramente este movimiento subrayando la opacidad de unas negociaciones por parte de unas figuras que trataban de presumir de transparencia y participación: “quienes pregonan que no hacen nada a espaldas de los afiliados y que no les gustan los acuerdos cupulares, ahora acuerdan fórmulas entre cuatro paredes”. *El Litoral*, 12/9/1986.

¹²⁹⁵ Pese a haber nacido en la localidad de Rafaela, Luder llevaba décadas alejado de la política provincial y ni siquiera estaba por entonces empadronado en Santa Fe. Su inclusión en esta lista sería un primer paso para una teórica nueva carrera hacia la presidencia de la Nación.

¹²⁹⁶ *El Litoral*, 20/9/1986.

¹²⁹⁷ *El Litoral*, 22/9/1986.

lista teóricamente renovadora, ocupara ahora un lugar preponderante dentro de un espacio que se podía catalogar vagamente como ortodoxo. La nómina de la fórmula para la gobernación mostraba asimismo cómo iban apareciendo nuevas figuras que habían crecido en los últimos años al cobijo del gobierno provincial.

Finalmente, los datos en bruto mostraron un triunfo del Frente para la Victoria en esta interna que tendría lugar a fines de octubre de 1986¹²⁹⁸. Sin embargo, una lectura más pormenorizada de los números y de las circunstancias que los rodeaban ofrecían una imagen más ajustada del complejo panorama peronista de la provincia. La lista de Restauración, por ejemplo, conseguiría, gracias al sistema electoral, dos tercios de los congresales y se imponería en los grandes distritos, como Rosario o la ciudad de Santa Fe. Teniendo en cuenta la desventaja con la que había empezado la interna (no contaban, por ejemplo, con los recursos que suponía la gobernación), estos resultados suponían una pequeña victoria para la lista de Carignano, especialmente el hecho de imponerse en Rosario, que era considerada un feudo de Vernet.

La interna de 1986 tampoco resultó concluyente a la hora de poder etiquetarla como una victoria ortodoxa o renovadora, aunque, por circunstancias de las que hablaremos en breve, suscitó una especial atención a nivel nacional. Al contrario que en el escenario posterior al congreso del Odeón, donde vimos una división en campos marcados por una gran heterogeneidad, en esta disputa, los distintos sectores parecían encajar mucho mejor en el clivaje ortodoxo-renovador. El ya mencionado paso de Carignano a las filas antivernetistas sería muy clarificador en ese sentido. Que figuras como Rubeo o Cardozo, provenientes de la esfera sindical, o Reviglio y Vanrell, vinculados con los grupos más conservadores del partido, quedaran englobados en un mismo campo también apunta a que, por un momento, la interna santafesina tenía una traducción casi directa con la interna nacional.

No obstante, ninguna de estas figuras renunciaría a la etiqueta renovadora o a amoldarse en bandos que consideraban cargados de prejuicios. Rubeo, al que efectivamente vimos enrolado dentro de las filas riohondistas, declarará que con su triunfo no había ganado la ortodoxia, porque “yo he sido uno de los fundadores de la

¹²⁹⁸ *El Litoral*, 20/10/1986. La participación fue relativamente alta en comparación con internas anteriores y se situó por encima del 40 %.

renovación en Santa Fe”¹²⁹⁹. Resumiendo esta perspectiva, Reviglio había advertido durante la campaña que “no aceptamos proyectos fracturistas que pretenden (...) dividírnos entre buenos y malos”¹³⁰⁰.

Incluso una figura que encarnaba en ese momento la Renovación más estricta como era José Luis Manzano, salía a defender el pedigrí renovador y democrático de Rubeo y Cardozo, recordando “cómo algunos miraban como locos a Cardozo y Rubeo cuando en 1984 hablaban del voto directo de los afiliados mientras que otros se beneficiaban por el favor del dedo, la digitación y el poder, mientras que hoy levantan la bandera y se dicen renovadores”¹³⁰¹.

En ese sentido, como siempre, la realidad santafesina parecía reacia a una fácil caracterización y bajo las grandes generalizaciones encerraba lógicas de poder que iban más allá de las etiquetas y la ideología.

En realidad, incluso el resultado de las internas que terminamos de mencionar tendría una farragosa interpretación debido a la impugnación que sobre ella levantó la lista Restauración Peronista. El núcleo del problema se situaba en la ya mencionada alianza que habían pactado la lista 5, la del Frente para la Victoria, y la 9, de Unidad y Solidaridad. En la nominación de la fórmula para la gobernación no existía debate posible, ya que la lista 5 aventajaba con gran diferencia a la de Carignano. La cuestión pendía en torno a quién le correspondía ser el presidente del partido, donde la diferencia de votos era mucho menor. Según Restauración, su lista era la ganadora “en razón de no haberse formalizado alianza alguna entre ambas listas [la 5 y la 9]”¹³⁰² y no poder así

¹²⁹⁹ *El Litoral*, 21/10/1986. También Vanrell añadiría algo similar: “en la provincia de Santa Fe no se puede hablar de renovadores y ortodoxos”. Vanrell recordó asimismo que su sector ya había promovido tres años antes la democracia interna partidaria: “nosotros hicimos esto mucho antes de que surjan los renovadores aquí y en otros lugares del país”. *El Litoral*, 17/10/1986.

¹³⁰⁰ *El Litoral*, 17/8/1986. Vanrell era quizás la única figura del momento que se desmarcaba abiertamente de la Renovación: “yo soy ortodoxo desde el punto de vista doctrinario, porque el peronismo es una revolución inconclusa. A las revoluciones inconclusas hay que cumplirlas, no renovarlas”. De los renovadores afirmaría que “lo único que renovaron fueron los muebles de sus casas”. *El Litoral*, 28/1/1987. Reviglio también se mostraba crítico con la ambigüedad e hipocresía que a su juicio encerraban etiquetas como renovadores u ortodoxos y, más allá de ellas, recordaba su labor en la democratización del partido: “yo fui parte y consciente del Consejo Nacional del Partido Justicialista que fue removido en el Bambalinas [congreso partidario celebrado a fines de 1987 que eligió a Cafiero como nuevo presidente de la institución]. Pero su función fue importante: ese Consejo aparentemente muerto logró reorganizar el justicialismo de arriba hacia abajo e hizo posible la síntesis de Bambalinas”. *El Periodista*, 170, 11/12/1987.

¹³⁰¹ *El Litoral*, 22/10/1986.

¹³⁰² *El Litoral*, 22/10/1986.

sumarse sus votos, como pretendían éstas. Sin esa suma, Carignano permanecería al frente del partido; si se agregaban los votos, el puesto sería para Vernet.

Ante la falta de entendimiento sobre la cuestión, tuvo que ser la justicia quien diera la solución a la disputa. El juez Héctor Tripecchio aprobó casi de manera salomónica que se sumaran los votos de las listas en los cargos electivos y partidarios que fueran idénticos, pero no para los miembros del Consejo provincial, ya que los candidatos de esas dos listas eran diferentes¹³⁰³.

La decisión judicial otorgaría así una pequeña victoria a Restauración Peronista, que se quedaba de esta manera con el control del partido, pero ni siquiera de esta forma se cerraba el capítulo de las consecuencias de la interna y sus distintas interpretaciones. Entre otras cuestiones, quedaba por resolver quién era el elegido para ocupar una de las plazas de senador por Santa Fe. Ya hemos visto que ambas listas principales incluyeron también a sus respectivos candidatos para esta cuestión, Luder y Rubeo respectivamente, aunque formalmente este voto no resultara vinculante, ya que era la asamblea legislativa provincial (la reunión de las cámaras de diputados y senadores) la que debía seleccionar al elegido.

Dado que teóricamente las internas no suponían la palabra final, pese a que el número de votos se había decantado por la opción de Rubeo, desde Restauración Peronista se insistió en levantar la candidatura de Luder hasta el final. Con esa postura se demostraba, por un lado, que el enfrentamiento de la interna no había tenido una rápida cura y que ambas líneas, más allá de sus apelaciones al voto directo, trataban de maximizar los resultados acudiendo a cualquier estrategia que pudiera mejorar su posición. Sin embargo, las posibilidades de Restauración se veían obviamente lastradas por la legitimidad de los votos de la que podían presumir sus rivales, quienes protestaban “ante el intento de revertir la decisión popular”¹³⁰⁴. Existía además otro tope de carácter más práctico y menos principista: dividir el voto justicialista podía suponer, con bastante probabilidad, que el puesto de senador terminara en manos radicales, lo que sería un duro golpe para el conjunto del partido. De esa manera, a pesar de las

¹³⁰³ *El Litoral*, 30/10/1986. La continuidad de Carignano no sería, obviamente, bien recibida por los miembros del Frente para la Victoria, quienes señalarían: “existen dos formas de ver y construir la política: la nuestra, que antepone el bien común, el interés del movimiento y la voluntad de los afiliados y la del doctor Carignano, que prioriza aspiraciones sectarias, que confunde la legitimidad con sus argucias”. *El Litoral*, 8/12/1986.

¹³⁰⁴ *El Litoral*, 27/11/1986.

amenazas renovadoras, en la votación final el justicialismo apoyó casi unánimemente a Rubeo, quien cosechó 33 votos por los 26 del candidato de la UCR¹³⁰⁵. En este caso, el miedo a perder un puesto importante ejerció como cohesionador de un partido dividido, pero, como veremos a continuación, este pequeño momento de entendimiento no evitaría la continuación de la división en la institución. Esta tensión entre ruptura y cooperación se convertirá, por otra parte, en una constante en los siguientes años en el partido, caracterizando a una institución de gran liquidez interna, pero rocosa ante cualquier desafío externo.

Por último, la interna de Santa Fe de 1986 contaría con otra nota que la diferenciaba de los dos casos que hemos estudiado anteriormente. Tanto en Buenos Aires como en Córdoba hemos asistido para este momento a los intentos de Menem por establecerse en estos distritos. En Santa Fe, sin embargo, estos tanteos serían mucho más tímidos y sólo fructificarían más adelante. En verdad, a principios de año, Rubén Cardozo se declaró ya seguidor de un Menem al que consideraba como “el candidato ideal que el peronismo puede ofrecer a la Nación”¹³⁰⁶; pero, más allá de ese anuncio, el riojano mantendría un perfil sumamente bajo en la provincia, sin potenciar una línea propia afín y mostrando dudas sobre a qué lista apoyar: en un principio, por ejemplo, Menem se mostrará más cercano a Carignano y, de hecho, mandaría un mensaje de adhesión al acto de lanzamiento de su línea, pero pese a ello, quizás más consecuentemente desde el punto de vista ideológico, al final de la campaña virará hacia Vernet y el Frente para la Victoria. Como fuere, habría que esperar a una siguiente etapa para ver a Menem participando activamente en el espacio santafesino y teniendo una influencia decisiva.

El fin de la interna y la cercanía de unas elecciones de 1987 en las que el justicialismo se jugaba continuar al frente de la provincia destensaron la situación al interior del partido. Los distintos miembros del peronismo eran muy conscientes de que había que ofrecer nuevamente una imagen de unidad si se quería obtener un buen resultado, aunque no quedara muy claro cuál era el camino para borrar las heridas. Como ejemplo de estas dudas, un documento lanzado por Restauración Peronista

¹³⁰⁵ *El Litoral*, 30/11/1986.

¹³⁰⁶ *El Litoral*, 2/2/1986.

confirmó que “la unidad es necesaria”¹³⁰⁷, pero al mismo tiempo Carignano reflejaba que “hay vocación de unidad. El problema es político y se resuelve políticamente. Una elección interna no elimina las diferencias políticas”¹³⁰⁸.

Finalmente, se llegaría a un acuerdo de armisticio de cara a la campaña electoral de 1987 que se avecinaba, obtenido tras la primera cumbre peronista realizada tras la interna. Según Vanrell, de allí “salió un compromiso expreso de trabajar juntos para las elecciones, que nadie se va del partido, que no hay frentes y que no hay ruptura”¹³⁰⁹. De la cumbre también surgió la creación de un comando electoral que perfilaría la campaña, conformado por Reviglio, Vanrell, Carignano, Venesia y Martínez, todos ellos presentes en la reunión. Las conversaciones no arrojarían más resultados concretos, pero el simple hecho de que existiera diálogo directo tras una interna tan encarnizada y mal resuelta ya puede calificarse como un gran avance: no en vano, mientras estas conversaciones tenían lugar, la causa del recuento seguía su camino en la justicia¹³¹⁰.

Aparte de este acuerdo, otros hechos indicaban asimismo que se había producido una cierta distensión. Pese a que existían rumores de cambio en la fórmula para incluir así a un miembro de Restauración, Martínez descartaría tajantemente esta opción, aclarando que “nosotros dijimos en su momento que nos allanábamos a la justicia”¹³¹¹. Unos días más tarde, Restauración Peronista dejaría de existir como línea interna¹³¹² y, gracias al trabajo de Reviglio y Carignano, el dividido bloque provincial justicialista de diputados se reunificaría¹³¹³.

Relacionado con esta sempiterna tensión entre unidad y fractura, cabría preguntarse por qué en Santa Fe, a diferencia de Buenos Aires o Córdoba, no se dieron las mismas pulsiones rupturistas en el partido y cómo, pese a la intensidad de la interna, éste permaneció unido durante todo este periodo. En primer lugar, este hecho pudo producirse porque no se daban los bloqueos que hemos visto ejercer en otras provincias y ambos bandos tenían la fuerza suficiente como para que confiaran en vencer por la vía

¹³⁰⁷ *El Litoral*, 8/2/1987.

¹³⁰⁸ *El Litoral*, 8/2/1987.

¹³⁰⁹ *El Litoral*, 3/3/1987.

¹³¹⁰ Finalmente, la Cámara Nacional Electoral confirmaría la validez de la suma de votos. *El Litoral*, 3/3/1987.

¹³¹¹ *El Litoral*, 24/3/1987.

¹³¹² *El Litoral*, 26/3/1987.

¹³¹³ *El Litoral*, 29/4/1987.

electoral. No encontraremos aquí una figura con la voluntad hegemónica de Iglesias o una intervención que tratara de retrasar *ad aeternum* la celebración de las elecciones internas. En segundo lugar, el escaso soporte ideológico que subyacía en la disputa facilitaba los trasvases de uno a otro bando y descomprimía enormemente la situación.

Por supuesto, eso no quiere decir que los roces y las disputas hubieran terminado tras la interna. Al contrario, varios episodios se encargaron de demostrar que la división todavía se desarrollaba bajo condicionamientos similares a los anteriores. Se pudo comprobar, por ejemplo, en la decisión de Vernet de desdoblar las elecciones de 1987, separando las fechas para la elección de gobernador y legisladores, por un lado, de la de intendentes y comunas¹³¹⁴. La idea no sólo sería cuestionada por los radicales, que vieron en la propuesta una estrategia para frenar su avanzada electoral¹³¹⁵, sino que también sería combatida por figuras como Martínez y Venesia (candidatos a las intendencias más importantes de la provincia) y Carignano. En ese sentido, su crítica aunaba aspectos políticos, ideológicos (los tres seguían considerándose como “los hombres de la renovación peronista”¹³¹⁶) y legales y morales.

De esa manera, más allá de lo conveniente de la medida, se trató de una apuesta muy arriesgada por parte de Vernet, dados los delicados equilibrios sobre los que todavía se levantaba el partido, que amenazó con “retornar a la situación previa a la interna partidaria”¹³¹⁷. Este episodio demostraría una vez más que la relación entre Carignano y Vernet, las dos cabezas del peronismo en ese momento, era más que tirante desde su separación política tras las elecciones de 1985. Pese a que la división nunca se hizo efectiva, Carignano se desmarcaría del todavía gobernador con sentencias como: “el partido en la provincia no ha sido obsecuente con la política oficial del contador Vernet”, “no estoy conforme con la acción del gobierno en la provincia”¹³¹⁸, confirmando que la tensión seguía latente.

¹³¹⁴ *El Litoral*, 8/6/1987.

¹³¹⁵ Para los radicales, el desdoblamiento planteado “viola la letra y el espíritu de la Constitución y de la ley”. *El Litoral*, 9/6/1987. Vernet, por su parte, defendería que la medida quedaba amparada bajo la ley. *Clarín*, 9/6/1987.

¹³¹⁶ *El Litoral*, 11/6/1987.

¹³¹⁷ *El Litoral*, 11/6/1987.

¹³¹⁸ *El Litoral*, 2/8/1987.

Pese a todos estos problemas, que se podían sintetizar en el desgaste del gobierno de Vernet, que no llegó a ofrecer resultados rutilantes¹³¹⁹, y en una larguísima lucha interna partidaria, el justicialismo no tendría problemas a la hora de triunfar en los comicios provinciales de 1987, aventajando en más de un 17 % a sus rivales radicales. El encumbramiento de Víctor Reviglio como nuevo gobernador no supondría, sin embargo, el fin de los conflictos internos en el justicialismo. No obstante, éstos cambiarían a partir de entonces de naturaleza: si hasta ahora el peronismo santafesino había experimentado un desarrollo con una cierta autonomía, sin identificarse completamente con las categorías que dividían al conjunto del partido, a partir de finales de 1987 la realidad de la provincia se imbricará totalmente con la interna a nivel nacional.

5.3.3 Las imbricaciones nacionales del caso de Santa Fe

A partir de fines de 1987, en el contexto de la interna para las presidenciales y la posterior victoria de Menem, los asuntos de Santa Fe y de la nación se unirán inexorablemente. Lo harán, además, en ambas direcciones, con unos políticos santafesinos tratando de ocupar un espacio privilegiado en el entramado del partido nacional y una política nacional que redefinirá una vez más los clivajes y los bandos que dividían al partido provincial. Encontraremos asimismo nuevos protagonistas principales, como Reviglio o Vanrell, que retomaron el testigo de actores que, como Vernet, fueron completando en estos meses su ciclo político. No asistiremos, eso sí, como en Córdoba, a un recambio casi absoluto y a la llegada de una nueva generación: figuras como Rubeo, Carignano o Cardozo, que atesoraban una larga trayectoria, seguirán presentes en las decisiones claves. Como sucedería en Buenos Aires, el gran corte sólo llegaría unos años después, con la consolidación del menemismo.

En el contexto de recambio de la conducción nacional a finales de 1987, el peronismo santafesino trató de colocar a uno de sus hombres, Vernet, en uno de los puestos importantes de la nueva cúpula que se estaba negociando. Este episodio resulta interesante porque subraya algunas de las características del partido provincial que

¹³¹⁹ Como ya hemos mencionado, gran parte del gobierno de Vernet estuvo marcado por las presiones de los mismos sectores que lo sustentaban. La falta de un grupo de apoyo propio pasaba factura así al gobernador desde el comienzo hasta el final de su mandato y no llegaría nunca a resolverse.

hemos venido presentando en las páginas anteriores. En primer lugar, muestra cómo el peronismo santafesino tenía conciencia de lo que representaba por sí mismo y de la importancia de ofrecer una voz común para ocupar un lugar central en el justicialismo nacional. Al respecto, puede resultar sorprendente cómo una institución atravesada por tantas divisiones y que hizo de la década de los 80 una incesante disputa interna, pudiera en ocasiones ofrecer una imagen cohesionada tras un objetivo común. En ese sentido, ya hemos comentado también anteriormente cómo, pese a todos los conflictos que padeció el partido, nunca se llegó en Santa Fe a una ruptura, ni siquiera momentánea, como la que protagonizaron Cafiero y De la Sota. Además de los factores expuestos, se debe tener en cuenta que el justicialismo santafesino de ese momento era muy respetuoso con el reparto de poder y de cargos entre sus distintas familias y no en vano fue apodado como *La Cooperativa*, pues, pese a las desavenencias, todos los sectores eran conscientes de que el turno de poder les iba a favorecer antes o después. Si esta creencia relajaba tensiones hacia el interior, hacia el exterior, cuando los intereses colectivos entraban en juego, el partido cerraba filas para maximizar su posición. Lo acabamos de observar, por ejemplo, en la polémica por el candidato a senador en 1987, donde la división entre los partidarios de Rubeo y de Luder quedó cerrada ante la amenaza de que el puesto fuera a pasar al candidato radical.

En esta búsqueda por situarse en un puesto de relevancia dentro del escenario nacional veremos una situación muy similar, con los santafesinos haciendo campaña juntos para aupar a Vernet a un puesto de relevancia en la cúpula que se decidió en el teatro porteño de Bambalinas. Sin embargo, el peronismo de Santa Fe parecía empeñado en mostrar en cada ocasión esas dos caras de comunidad de intereses y al mismo tiempo de crónica división. En ese sentido, las divisiones provinciales internas se trasladarían al ámbito nacional en las negociaciones tras las cortinas del teatro. El flamante gobernador Reviglio trataría de actuar en este contexto como el mediador entre el consejo saliente, los renovadores y las 62 Organizaciones, durante las discusiones por los pormenores de la lista única para los cargos internos del partido¹³²⁰.

¹³²⁰ *El Litoral*, 29/11/1987. La provincia de Santa Fe había luchado unos meses antes por conseguir una posición de privilegio en la conducción provisional que se decidió tras las elecciones de 1987. Los primeros puestos, de presidente y vicepresidente, fueron ocupados, como se sabe, por Cafiero y Menem, pero Vernet interpretó este relativo fracaso como una renuncia del partido provincial a generar una nueva interna: “Santa Fe no quería que hubiera interna, que hubiera dos listas y nosotros planteamos las cosas así a Cafiero y a Menem y tratamos de buscar una posición de unidad entre los dos, y eso implicaba nuestro retroceso en la posición”. *El Litoral*, 17/9/1987.

Mientras se buscaba esa imagen de consenso y unidad y cuando apenas quedaba tiempo para convalidar la lista única por la que apostaba la mayoría del partido, la representación santafesina se fracturaría en torno a la cuestión de apoyar a Vernet para el puesto de vicepresidente segundo.

En efecto, ni Carignano ni Cardozo compartían las aspiraciones del exgobernador¹³²¹ y sólo la firmeza de Reviglio, resuelto a conseguir el tercer puesto de la dirigencia para la provincia, evitó una ruptura que habría sido muy perjudicial para la imagen de Santa Fe. El episodio mostraba una vez más cómo la tensión interna siempre encontraba el límite último del interés colectivo. Reforzaba asimismo la imagen de Reviglio, que tras su victoria electoral y este rol arbitral se convertiría en el nuevo hombre fuerte en la provincia.

Vernet, por su parte, obtenía un resultado ambiguo. Había conseguido, efectivamente, la vicepresidencia segunda, pero había quedado evidente que su figura generaba resistencias importantes en su propio distrito y que, en gran parte, debía su nueva posición al empeño de Reviglio.

Como hemos venido mencionando, resulta curiosa la trayectoria de un Vernet que apareció prácticamente de la nada para convertirse en gobernador de una de las provincias más importantes del país y que un año más tarde ocuparía el vértice del partido, pero siempre dando la sensación de no contar con autonomía de acción. Tras la saga de conflictivos congresos desde Odeón a Santa Rosa, Vernet se refugió en un plano secundario dentro del escenario nacional, del que sólo trataría de salir en 1987, cuando finalizaba su periodo al frente de la gobernación. Pese a ese pasado cercano a las 62 Organizaciones y ser el símbolo del odeonismo, Vernet irá progresivamente acercándose durante este tiempo a los renovadores y a Cafiero. De hecho, a fines de 1986 estaría presente en la asunción de Cafiero como nuevo presidente del partido de Buenos Aires¹³²² y participará en la campaña electoral en otras provincias¹³²³.

¹³²¹ Carignano justificaría su actuación aduciendo que se debía elegir para el puesto “al más representativo” de la provincia, que en este caso sería Reviglio, porque además, de esta manera, Vernet quedaba liberado para continuar su campaña para ser presidente en 1989. Su argumentación, sin embargo, no llegaba a esconder la mala relación que existía entre él y Vernet. *El Litoral*, 30/12/1987.

¹³²² *El Litoral*, 27/12/1987.

¹³²³ *El Litoral*, 2/8/1987. Pese a este acercamiento, la relación de Vernet con los renovadores no dejaría de ser conflictiva. “La Renovación es una fracción del justicialismo que suele utilizar una determinada

Liberado de sus obligaciones provinciales, Vernet empezaría entonces su carrera hacia la candidatura presidencial. En marzo de 1987 ya existían rumores, por ejemplo, de una posible fórmula compartida entre Cafiero y Vernet¹³²⁴ y a fines de año el exgobernador lanzaría oficialmente su candidatura presidencial¹³²⁵. Sin embargo, tras demostrarse, como hemos visto, que era una figura que ni siquiera generaba consenso en su propia provincia, las posibilidades presidenciales de Vernet, que basaba su estrategia en presentarse como una figura de compromiso entre Cafiero y Menem, se desvanecieron.

Pese a ese revés, el santafesino siguió muy bien colocado para ocupar el segundo término de la fórmula cafierista. El propio Vernet alentaba esa posibilidad señalando que “hay un proyecto político que no tiene contradicciones”, refiriéndose al del bonaerense, mientras criticaba a un Menem que había realizado una “tarea de imagen y conquista popular” y no “proyectos y concentración de ideas”¹³²⁶. Vernet, sin embargo, perdió la carrera por la candidatura en detrimento de De la Sota, cuya estela política estaba en ascenso y que ofrecía, para bien o para mal, una imagen más netamente renovadora.

Pese a esta decepción¹³²⁷, la provincia también se vería envuelta de manera activa en la interna por elegir al candidato presidencial. En un primer momento, más aún cuando las posibilidades de Vernet permanecían intactas, Reviglio trató de encolumnar a la provincia tras la opción cafierista. Éste, en realidad, nunca había estado cercano al círculo del gobernador bonaerense y ya vimos que su relación con los renovadores pasaba más bien por la falta de fe en su proyecto. Reviglio, sin embargo, veía en el apoyo a Cafiero una nueva ventana de oportunidad para que su provincia ocupase el centro político. Fuera por su carisma o fuera por conveniencia, el gobernador logró que las principales figuras santafesinas apoyaran a Cafiero en el acto de proclamación de su fórmula realizado en Rosario. En él estarían presentes, por ejemplo, Rubeo, Liliana de

metodología para analizar la realidad de nuestro movimiento y esa metodología es bastante arbitraria y llena de sectarismo”. *Página/12*, 20/3/1988.

¹³²⁴ *El Litoral*, 8/3/1987.

¹³²⁵ Vernet sería el cuarto en hacerlo, tras Cafiero, Menem y Adolfo Saa. *El Litoral*, 11/12/1987.

¹³²⁶ *El Litoral*, 15/2/1988.

¹³²⁷ La definitiva fórmula conformada por Cafiero y De la Sota no levantaría grandes entusiasmos en Reviglio, al considerarla como “renovadora a ultranza”. *La Voz del Interior*, 2/3/1988. Aún así, el gobernador siguió apoyando la causa de Cafiero.

Gurdulich, Taparelli, Carignano o Druetta, apoyos que parecían abarcar la casi totalidad de las familias del partido¹³²⁸.

No obstante, a este consenso pronto se le abrirían brechas: en mayo, el Movimiento de Acción Justicialista de Cardozo anunciaba que haría campaña por Menem, confirmando un apoyo que se venía gestando desde mucho tiempo atrás. Rubén Cardozo fue así el primero en explicitar su apoyo al riojano, pero pronto le seguirían figuras como Celestino Marini¹³²⁹ y, sobre todo, el vicegobernador Vanrell, que confirmaba con esa opción su mala relación con Reviglio. En realidad, los recelos entre ambos tenían vieja data¹³³⁰ y su inclusión conjunta en la fórmula tuvo más que ver con los delicados equilibrios del partido que con una inexistente sintonía. Ahora, sin embargo, su división tendría efectos políticos prácticos¹³³¹, mostrando de paso que los distintos realineamientos obedecían muchas veces a simples cuestiones personales. En ese sentido, incluso en Lealtad Peronista, línea adscrita a la Renovación, se abrían dudas, dado el rechazo que generaba Vernet. Dentro de esta línea, a pesar de que no existía unanimidad, la posición mayoritaria fue la de apoyar a Cafiero, dándole libertad en la selección de su candidato a vicepresidente¹³³².

En conclusión, la interna menemista nacional volvió a definir las líneas de fractura en la provincia. Con la descripción que acabamos de ofrecer, en Santa Fe podría parecer que sí se daba ese cliché menemista que señalaba que con Cafiero se alineaba el aparato, mientras que con el riojano quedaban las bases del partido. Así parecía interpretarlo Cardozo¹³³³ y así parecía indicarlo que las principales figuras santafesinas sostuvieran a Cafiero. Pero ésta es una perspectiva incompleta: no sólo porque del lado menemista se situaban políticos como los que hemos citado y gran parte de Las 62 provinciales (con todos los recursos y redes que ello suponía), sino que un protagonista

¹³²⁸ *El Litoral*, 18/4/1988.

¹³²⁹ Marini insistirá en un argumento similar: “las causas de la renovación están muy bien explicitadas con Menem y ello avala la diferencia de proyectos”. *El Litoral*, 5/5/1988.

¹³³⁰ Vanrell tendría que afirmar durante la campaña electoral, para evitar rumores que “nada ni nadie hará que me desvíe, de Víctor Reviglio seré siempre el más firme aliado y si alguien pretende otra cosa se equivoca”. *El Litoral*, 20/7/1987.

¹³³¹ Vanrell se convertiría, de hecho, en el responsable de la campaña menemista en Santa Fe.

¹³³² *El Litoral*, 1/3/1988.

¹³³³ Cardozo señalaría que “Menem representa la esencia y el sentir de las bases y la militancia del peronismo”. *El Litoral*, 1/3/1988. Como en tantas ocasiones, resulta curioso cómo también Cardozo trataba de defender que el proyecto menemista era el verdadero proyecto renovador, aunque para ello acudiera al lenguaje más tradicional del peronismo: “el peronismo renovador está de pie, con las banderas dispuestas a la lucha y con una nueva consigna: liberación o dependencia”.

directo como Vanrell se encargaba de desmostar esta visión: “No ganó solamente Carlos Menem, porque donde no tuvo una estructura detrás, perdió (...). En Santa Fe, su triunfo fue también obra de los dirigentes locales” y, en su parecer, especialmente suya, al contar con “la organización interna del peronismo más grande de la provincia”¹³³⁴. Por supuesto, siempre hay que relativizar las palabras de una figura que solía sobreestimar su estatura en el partido, pero no cabe duda de que el amplio triunfo de Menem en Santa Fe no habría sido posible sin que en este distrito numerosos cuadros y políticos se hubieran alineado a favor del riojano¹³³⁵.

Al igual que ocurrió en Córdoba y Buenos Aires, la victoria de Menem en una provincia cuya dirigencia había apostado mayoritariamente por Cafiero abrirá una crisis de liderazgo en el seno de la institución. Como no podía ser de otra manera, el triunfo menemista golpearía especialmente al gobernador Reviglio, quien vio cortado en julio de 1988 el gran impulso ascendente que venía tomando desde la mitad del año anterior. Pero en el caso santafesino, más allá de lo que pudiera suponer de cara a la interna del partido, esa crisis en el liderazgo del gobernador tendría consecuencias prácticas. Por citar un ejemplo, Reviglio lanzaría poco después de la interna un proyecto de impuesto inmobiliario que no sólo sería rechazado por el nuevo bloque peronista crítico de la conducción recién creado, sino también por otros seis diputados teóricamente afines, provenientes del sindicalismo¹³³⁶.

Una vez concluido el ciclo de la interna presidencial, al igual que en otras provincias, también en Santa Fe se planteó la necesidad de adentrarse en una nueva elección para decidir la futura lista de diputados. En el caso santafesino, la cuestión pasaba en primer término por resolver si convenía desdoblar o no esta interna de la que debía renovar a la actual cúpula partidaria, cuyo mandato terminaba en agosto de 1989. La disyuntiva volvió a dividir al peronismo provincial, de acuerdo con los intereses personales que estaban en juego en el hecho de elegir una u otra opción. Reviglio, Vernet y Martínez defendían, por ejemplo, que se realizara una sola elección, la

¹³³⁴ *El Litoral*, 5/8/1988.

¹³³⁵ *El Litoral*, 10/7/1988. Vanrell declararía, por ejemplo, que era el descubridor de Vernet: “el justicialismo santafesino tenía un ordenamiento casi ecológico, donde cada uno ocupaba su lugar; eso parecía eterno, hasta que en 1983 apareció un joven llamado Antonio Vanrell, a quien no conocía nadie... A Vernet no lo conocía nadie, absolutamente nadie. Lo traje yo”. *El Litoral*, 5/8/1988.

¹³³⁶ También como producto de la interna se había producido una fractura en el bloque peronista de diputados provinciales, con la creación del llamado bloque 9 de Julio, en el que se enrolaron Ghezzi, Yódice y Dubolois. *El Litoral*, 15/7/1988.

destinada a seleccionar a los candidatos a diputados, mientras que la reservada a renovar los cargos partidarios debía ser aplazada. Sostenían este criterio argumentando que en esta coyuntura lo importante era elegir los candidatos para 1989 y había que minimizar las divisiones internas al máximo para ofrecer una imagen de unidad. Vanrell, Cardozo y Carignano, sin embargo, argumentaban que ambas internas debían ser simultáneas y, con tal de evitar el desdoblamiento, llegaron a boicotear las convocatorias del Consejo, “al no haber seguridades de unidad para la forma de convocatoria a elecciones”¹³³⁷. Observando los campos de ambas posiciones se comprueba que, con una menor intensidad, las divisiones de la última interna permanecían inalteradas, con la diferencia de que ahora Carignano se alineaba (sólo momentáneamente, como veremos) con los menemistas Vanrell y Cardozo.

Las elecciones se realizaron finalmente de manera simultánea, pero, obviamente, más que terminar con las discusiones, su convocatoria lanzaría una nueva interna que, desde el enconamiento de las posiciones, no se resolvería, como en otras provincias, con la confección de una lista única, como deseaba el propio Menem.

En efecto, con el ambiente enrarecido que se respiraba en Santa Fe, unido a las altas aspiraciones personales que encerraban varias de sus figuras, el acuerdo resultaba muy complejo. Los menemistas aspiraban a colocar a Vanrell al frente del partido y, en los inicios de este nuevo enfrentamiento, presentaban a Carignano como primera opción de la lista de candidatos¹³³⁸. Desde el sector opuesto, se defendía la conveniencia de que Reviglio, como gobernador, fuera también presidente partidario. Como se ve, más que una cuestión entre menemistas y antimenemistas, la cuestión giraba en torno a la opción de concentrar el poder en un solo vértice o repartirlo entre el partido y el ejecutivo provincial¹³³⁹. Al respecto, Carignano señalaría que “el pueblo peronista de Santa Fe no se merece un gobernador que se descalifique ante la gente, que nos haga bajar la cabeza de vergüenza, es por eso que le decimos al gobernador que no puede ser también presidente del Partido Justicialista”¹³⁴⁰.

¹³³⁷ *El Litoral*, 23/8/1988. Los afiliados menemistas de base también defendían la doble interna. El Movimiento de Bases Justicialistas expondría que “la idea que se viene impulsando desde algunos sectores del peronismo y que no comparten las bases es que se concrete una lista única para las elecciones internas mediante la designación a dedo de los candidatos”. *El Litoral*, 29/7/1988.

¹³³⁸ *El Litoral*, 7/9/1988.

¹³³⁹ *El Litoral*, 12/10/1988.

¹³⁴⁰ *El Litoral*, 13/10/1988.

Pese a algunas tentativas de acuerdo (se rumoreó que se había llegado a un compromiso entre Menem y Reviglio, por el que este último ocuparía la presidencia, con Vanrell de vicepresidente y un reparto de cargos con el 60 % para los menemistas y el 40 % para los cafieristas¹³⁴¹), finalmente resultó inevitable llegar a una interna a la que se presentarían hasta cinco diferentes listas: Unidad y Federalismo, con Reviglio¹³⁴²; Participación y Federalismo, de Vanrell; el Movimiento Federalista Peronista, del senador Enrique Vallejos, con apoyo del sindicalismo ortodoxo; Perón Vuelve, de Druetta y Federalismo y Liberación, de Serena y Taboada¹³⁴³.

No es casual que casi todas las listas incluyeran en su denominación la palabra “federalismo”, de la que había hecho bandera Menem. Pese a la evidente división, todas las líneas se declaraban amantes de la unidad y decían representar fielmente el espíritu del riojano. De hecho, Reviglio acusaría al menemista Vanrell de no cumplir con el mandato de Menem al no haber accedido a pactar una lista única¹³⁴⁴. Recordemos que, más que cuestiones ideológicas o programáticas, en esta interna se discutía primordialmente un reparto de poder. Tampoco debemos entender los distintos bloques como estructuras solidificadas: al contrario, los cambios de línea eran más fluidos y frecuentes de los que cabría suponer. Si, por ejemplo, hasta ahora hemos visto a Carignano del lado de Vanrell, cuando finalmente se decidan las listas, lo encontraremos participando de la lista de Reviglio, como candidato a diputado¹³⁴⁵. Una anécdota refleja perfectamente esa fluidez en la composición de las líneas. A falta de una hora del cierre del plazo de presentación, Luis Ghezzi se encontraba en la lista de Reviglio como candidato a congresal nacional. Una llamada a último momento hizo que se desplazara a la lista de Vanrell para encabezar su nómina de candidatos a diputados¹³⁴⁶.

¹³⁴¹ *El Litoral*, 18/9/1988.

¹³⁴² La lista de Reviglio llevaba como candidatos a diputados a Carignano, Venesia, Calleja y Sack. La de Vanrell, a Ghezzi y Gómez.

¹³⁴³ *El Litoral*, 8/11/1988.

¹³⁴⁴ Vanrell replicaba que se habría avenido a participar de esa lista de unidad si en ella se hubiera respetado la proporción de votos de 1988. *El Litoral*, 7/12/1988.

¹³⁴⁵ El cambio de Carignano despertaría la ironía de Vanrell: “celebro... que se hayan terminado las severas críticas del Doctor Carignano al gobernador Reviglio, críticas que lindaban no sólo la desconsideración más absoluta, sino que no guardaban piedad para el primer magistrado de la provincia”. *El Litoral*, 24/11/1988.

¹³⁴⁶ El periodista de *El Litoral* aseguraba haber escuchado una conversación que decía “cómo son estas cosas de la política. Hace cuatro años, Miguel Gómez y Ghezzi querían expulsar a Menem del peronismo por actitudes que calificaban de desleales. Hasta firmaron una solicitada. Hoy aparecen en el peronismo”. *El Litoral*, 8/11/1988.

Con el beneplácito de un Menem al que le interesaba, ante todo, potenciar la unidad partidaria, Reviglio vencería ampliamente, consiguiendo tanto mayoría como minoría, en esta interna caracterizada por una esperada polarización¹³⁴⁷. Más allá del resultado, la importancia de estas internas se hallaba en que marcarían el fin de una etapa de enfrentamiento dentro del justicialismo santafesino. En contraste con la crónica división que hemos descrito hasta ahora, en la campaña por las presidenciales de 1989 encontraríamos a un partido provincial luchando solidariamente por las opciones de Menem, que en Santa Fe conseguiría una abultada victoria¹³⁴⁸.

Con la llegada de Menem, el escenario santafesino cambiaría definitivamente y empezará a desarrollarse bajo unos parámetros diferentes a los que hemos venido describiendo en las páginas anteriores. Por supuesto, la rivalidad entre Reviglio y Cardozo, convertido en el referente menemista de la provincia, todavía viviría en los meses siguientes sus últimos estertores (por ejemplo, en las internas para la elección de candidato a intendente de Santa Fe y Rosario¹³⁴⁹), pero la corrupción generalizada y la nueva política económica harían que los últimos años del gobierno de Reviglio hayan quedado en la memoria local como un desprestigiado periodo de crisis política¹³⁵⁰, con Rosario convertida en el epicentro de los saqueos producidos en el contexto de la hiperinflación. La llegada de una nueva figura extrapartidaria, como el expiloto de Fórmula 1 Carlos Reutemann, quien alcanzaría la gobernación en 1991, simbolizaría perfectamente el cambio de etapa.

Concluye de esta manera nuestro repaso a la trayectoria del peronismo santafesino de los 80 que, como hemos podido comprobar, ofreció varias notas características. La primera, posiblemente, fue esa cronificación de la lucha interna en un partido que en ningún momento consiguió disfrutar de estabilidad. En ese contexto, la dicotomía entre Renovación y ortodoxia caminaría por otras vías y sólo en un modo

¹³⁴⁷ Las dos listas más importantes, la de Reviglio y Vanrell conseguirían el 87 % de los votos y vencerían en 18 de los 19 departamentos de la provincia. *El Litoral*, 12/12/1988. La interna fue en general tranquila y estuvo ante todo marcada por el desinterés de unos afiliados exhaustos tras tanta lucha interna. No obstante, se dieron algunos episodios que demostraron que las relaciones en el partido no eran óptimas: Vanrell durante la campaña recurrirá a un anuncio televisivo en el que Reviglio aparecía elogiando a Cafiero durante la interna de 1988. *Clarín*, 11/12/1988.

¹³⁴⁸ *El Litoral*, 15/5/1989.

¹³⁴⁹ *Clarín*, 7/8/1989.

¹³⁵⁰ Precisamente, las internas para elegir intendente en Santa Fe se debieron realizar porque Martínez, la anterior figura en el cargo, fue acusado por una treintena de ilícitos. *Clarín*, 11/9/1989. Fue asimismo sonado el caso de la compra por el Senado de juguetes a empresas inexistentes, investigación que llevó a la destitución del vicegobernador Vanrell.

muy relativo podemos hablar de una verdadera Renovación santafesina. De lo que no hay duda es de que desde el primer momento el recurso al voto directo estaba plenamente institucionalizado en la provincia y era compartido por todas las familias como el método más legítimo para gestionar los conflictos. Otra cuestión sería preguntarse si la letra pequeña de esa metodología trataba de maximizar la democracia interna o bien se intentaba que las distintas reglas beneficiaran a los propios organizadores. Al mismo tiempo, no deja de ser curioso que toda esa inestabilidad encontraba su tope cuando los intereses del conjunto del partido se veían amenazados. Cuando ello ocurría, el peronismo santafesino olvidaba sus divisiones y funcionaba como un bloque hasta que el fin de esa amenaza abría un nuevo ciclo de internas.

Tras trazar la historia del justicialismo en estas tres provincias, en las próximas páginas trataremos de extraer una serie de conclusiones sobre la naturaleza del fenómeno renovador comparando lo ocurrido en estos tres distritos.

5.4 Conclusiones

El recorrido que hemos realizado en las páginas anteriores por las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe vuelve a confirmar que lo que se ha conocido como Renovación peronista es un fenómeno complejo, como también lo es su relación con la democracia, tanto en lo discursivo como en su implementación práctica.

Hemos presenciado que, en cada distrito, el desarrollo de la historia fue diferente, tanto entre sí como respecto a la trayectoria nacional, lo que habla de la contingencia que presenció todo este proceso. A pesar de ello, los problemas a los que se debieron enfrentar los justicialistas fueron siempre muy similares: la remoción de las antiguas conducciones, la relación entre el partido y los sindicatos o el uso y la extensión de la democracia interna.

En cada caso, sin embargo, hemos asistido a dificultades y soluciones diferentes. En Buenos Aires, apartar a Herminio Iglesias de la dirección partidaria conllevó una lucha interna tan dura como agotadora y su solución pasó por una vía tan heterodoxa como la fractura que provocó Cafiero en el partido con el frente que formó para disputar las elecciones de 1985. Para hacerse con el control del partido, tanto allí como

en Córdoba, los renovadores tuvieron que hacer frente a una intervención que trató de enmarañar y dilatar el proceso rozando el límite de la ruptura. En Santa Fe, en cambio, el desarrollo resultó bastante más ambiguo, en el sentido de que no existió allí un grupo cohesionado y coherente que tratara de retener el poder, ni una oposición reconocible que se lo disputara. Podría haber sido Vernet, como gobernador y teórico hombre fuerte de la provincia, quien encarnara esa conducción a derrotar, pero tanto por su escasa trayectoria en el justicialismo como por su extrema debilidad, al no contar con una red de apoyo propia, no pudo asumir ese papel. Tampoco Raúl Carignano, cabeza del partido durante varios años en este periodo, puede ser ejemplo de un liderazgo fuerte, aunque sólo fuera por las distintas posiciones que adoptó a lo largo de esta etapa. En ese sentido, los continuos realineamientos de figuras que se producirán en este distrito harán muy difícil determinar en Santa Fe qué grupo estaba realmente al mando y cuál era su ubicación dentro de la interna justicialista general. Así, la continua tensión entre enfrentamiento y cooperación que caracterizó al partido santafesino hará que la lucha por el control de la organización, aunque crónica, no alcance nunca el dramatismo al que llegó en Buenos Aires o Córdoba.

La relación con los sindicatos también resultó problemática en cada caso provincial. Ya vimos, por ejemplo, los equilibrios a los que se vio obligado a realizar Cafiero a la hora de conservar el apoyo de Los 25, la agrupación sindical más cercana a los renovadores, al mismo tiempo que trataba de ganarse el apoyo de las ortodoxas 62 Organizaciones. Sin embargo, sería en Santa Fe donde la influencia de los sindicatos fue más visible, especialmente, en los inicios, siendo los verdaderos motores de la nominación de Vernet como candidato a gobernador. Por el contrario, quizás fuera De la Sota el más exitoso a la hora de rebajar la incidencia de los gremialistas en las acciones del partido, sobre todo si tenemos en cuenta la posición que éstos ocupaban en la interna de 1983.

Acercarnos a los casos provinciales también nos ha dado mayor evidencia y consistencia a la hora de ponderar la relación entre la Renovación y la democracia, al menos operacionalizando esta última como el uso del voto directo para dirimir las internas partidarias. De acuerdo a los tres ejemplos descritos, se podría decir que la Renovación resultó altamente positiva a la hora de expandir este mecanismo. Los casos bonaerense y cordobés son realmente elocuentes para mostrar lo costoso, en términos

de lucha interna, que resultó la implementación del voto directo realmente competitivo y el activo y decisivo rol que los renovadores dispusieron en conseguir ese objetivo. En Santa Fe, por su parte, pudimos comprobar desde un primer momento que éste era un método generalmente aceptado por todos los grupos, aunque sólo fuera porque las distintas líneas habían internalizado que era la forma más segura de llegar al poder.

Por supuesto, bajo ese legado positivo se encerraban varias sombras. En el caso de Córdoba comprobamos cómo, una vez que la Renovación llegó al poder, trató de rebajar el número de internas y englobar bajo un mismo manto a sus antiguos rivales. En el mismo sentido, también asistimos en todos los casos a los intentos por llegar a una lista de unidad que evitara una interna realmente competitiva a finales de 1988, tras el triunfo de Menem. De esa manera, la sospecha de que la apelación constante al voto directo tenía un sentido más práctico que principista, aunque sólo fuera secundariamente, no consigue alejarse de los renovadores. Relacionado con ello, la continua apelación a las internas en Santa Fe rezuma una cierta instrumentalización del voto directo con una finalidad puntual.

Muchos factores explican los diferentes caminos que recorrieron la Renovación y el justicialismo en general en cada una de estas provincias. La relación de fuerzas previa entre los distintos grupos explica mucho de lo que ocurrió en Buenos Aires y Córdoba, especialmente durante los primeros años. En Santa Fe, el hecho de que el peronismo, una institución tan dada al clientelismo, contara con la gobernación desde un inicio resultaría fundamental para entender el desarrollo posterior. Por supuesto, la influencia de la esfera nacional resultará determinante en muchas ocasiones, como expresaron los ejemplos de las intervenciones bonaerense y cordobesa. No obstante, no debemos olvidar tampoco la importancia de un elemento tan informal como difícil de medir como fueron la personalidad, preferencias y actuaciones de los distintos protagonistas. Pequeñas historias personales, de celos y ambiciones frustradas, también cupieron aquí y tuvieron más influencia de la que podría pensarse en un primer momento, como reflejaría el alejamiento de Eduardo Duhalde del círculo cafierista en Buenos Aires.

En cualquier caso, los casos provinciales que hemos analizado muestran la riqueza de matices que encerró el fenómeno renovador y revelan también que, con algunos pequeños cambios, tanto en el contexto como en las decisiones tomadas por los

distintos actores, la historia de la Renovación nacional pudo haber tomado un derrotero muy diferente.

Capítulo 6. La Renovación y la relación con los sindicatos peronistas

“Durante la Resistencia desdeñábamos todo lo político. Para los peronistas lo político significaba la misma cosa que electoral y llamar a alguien un político fue percibido como un tipo de insulto. Los de la Resistencia pensaban que solamente los gorilas [los antiperonistas radicales] eran afiliados de partidos políticos”¹³⁵¹. Por supuesto, estas palabras recogidas por Daniel James deben contextualizarse en un momento muy específico y crítico de la historia del peronismo, como fueron los años de la llamada *Resistencia*, poco tiempo después del derrocamiento de Perón, con el partido y el conjunto del justicialismo proscritos en aras de una teórica democratización del país. Bajo ese contexto de represión se entiende perfectamente la desconfianza hacia un mundo político y electoral que vedaba, incluso aplicando la violencia, la participación de los peronistas: si los protagonistas del golpe de 1955 habían apelado a los valores liberales y democráticos para legitimar su acción, era casi natural que los peronistas renegaran, total o parcialmente de ellos¹³⁵². Sin embargo, lejos de ser el producto de una etapa muy concreta, estos recelos del justicialismo hacia lo partidario recorren toda la trayectoria del peronismo, desde sus orígenes hasta el periodo que nos ocupa. En su concepción tradicional, el peronismo se veía a sí mismo como un movimiento nacional, como el pueblo mismo en su búsqueda de la liberación, donde el partido, en el mejor de los casos constituía una mera herramienta electoral para llegar al poder.

¹³⁵¹ James, *op.cit.*, p.132.

¹³⁵² Así lo expresaba Álvaro Abós: “el sedicente liberalismo no era sino una farsa macabra. He aquí uno de los malentendidos que han marcado más trágicamente nuestra historia reciente. La palabra liberalismo fue corrompida hasta la médula por los políticos antiperonistas. El régimen que asentaron violaba cada día los principios en los que decía basarse, ¿liberales? ¡pero si proscribían, vetaban a la mayoría, imponían censura, encarcelaban, torturaban sin proceso, fusilaban sin juicio previo!”, Abós, Álvaro, *El posperonismo*, Buenos Aires, Legasa, 1986, p. 22.

En un claro ejemplo de ello, un documento fechado en 1963 realizado por la Comisión Interventora Nacional para reorganizar el partido, a priori favorable a dar lustre a la institución, afirmarí­a que “por nuestros objetivos estrat­egicos nunca quisimos ser un partido pol­itico m­as, siempre fuimos un Movimiento y le dimos un sentido de unidad total, integr­andolo con todos los hombres y mujeres de la Patria, sin distingos de matices o de clases”, “el partido constituye para nosotros un medio organizativo y un objetivo t­actico”¹³⁵³. Veinte a­nos despu­es, Norberto Ivancich, un intelectual muy ligado a la Renovaci­on y, por tanto, m­as proclive a una posici­on progresista, afirmarí­a en 1982 sobre esta cuesti­on que “la visi­on que el liberalismo ha tenido del hombre ha sido siempre parcializada”¹³⁵⁴ y, en consecuencia, si el hombre es m­as que un ciudadano, “serí­a pues un contrasentido organizarnos s­olo bajo el modo parcial del partido pol­itico”¹³⁵⁵.

Esta autopercepci­on como un movimiento nacional, unido a la poca atenci­on a las reglas formales y a los cauces institucionales, ayuda a entender estas palabras que Per­on dirigi­o al congreso nacional partidario en mayo de 1974: “el Movimiento Peronista ha sido, desde su creaci­on, una organizaci­on un tanto sui generis, y como en todas las revoluciones, ha primado desde los primeros momentos un sentido gregario, como una conducci­on perfectamente organizada en el sentido vertical”¹³⁵⁶. De esa forma, si el justicialismo, incluso para su propio creador, era una amalgama de distintas corrientes donde s­olo importaba su obediencia al l­ider, no extra­na, por ejemplo, que una gran parte de los j­ovenes que abrazaron en los a­nos 70 el peronismo radicalizado nunca se preocuparan por inscribirse formalmente en el partido. D­ecadas m­as tarde, el kirchnerismo de principios del siglo XXI recuper­o discursivamente esa tradici­on movimientista, revalorizando la militancia setentista y limitando la centralidad del Partido Justicialista como instituci­on con proyectos como la transversalidad, una operaci­on pol­itica que consisti­o en incorporar a su espacio de apoyo a sectores no peronistas¹³⁵⁷.

¹³⁵³ Baschetti: *Documentos de la Resistencia...*, *op.cit.*, p.274.

¹³⁵⁴ Ivancich, *op.cit.*, p.96.

¹³⁵⁵ Ivancich, *op.cit.*, p.197.

¹³⁵⁶ Ivancich, *op.cit.*, p.193.

¹³⁵⁷ Un interesante art­iculo sobre esta matriz movimientista en el apoyo a N­estor Kirchner y sus contradicciones internas se puede encontrar en P­erez, Germ­an J. y Natalucci, Ana: “La matriz movimientista de acci­on colectiva en Argentina”. *Am­erica Latina Hoy*, n­o54, 2010, pp.97-112. Para estos autores, en realidad, esta tradici­on movimientista no es s­olo caracter­istica del caso argentino: “Una de las

El desarrollo de toda esta trayectoria fue, como veremos, obviamente mucho más complejo, pero nunca se ha abandonado la sensación de que, desde los años 40 hasta la década de los 80, el Partido Justicialista fue, como tal, un mero apéndice de las vicisitudes del peronismo y de su principal dirigente. Por el contrario, los sindicatos adscritos al justicialismo aparecen desde un primer momento como grandes protagonistas de esta historia, hasta el punto de que su líder en la coyuntura que nos ocupa, Lorenzo Miguel, fue quien tuvo la última palabra a la hora de decidir el candidato presidencial para 1983. De hecho, ya la carta orgánica del partido de 1954 colocaba a políticos y a sindicatos a la misma altura en importancia: “el Partido Peronista es una de las partes que forman el Movimiento Peronista. Las otras partes son: el Partido Peronista Femenino y la Confederación General del Trabajo”¹³⁵⁸. Desde esa posición de por sí privilegiada, con el partido prohibido entre 1955 y 1973, fueron los sindicatos los que conservaron la identidad del peronismo en la época de la proscripción. Respaldado por ello, Steven Levitsky catalogó al partido peronista como un partido de base sindical, donde el peso de los gremios llegaba a rivalizar con el del propio Perón¹³⁵⁹. Esta definición no logra quizás aprehender el alma carismática con la que también compartía características en una identidad justicialista siempre en tensión y, sobre todo, deja a un lado el rol que le cupo a la rama política en el desarrollo del peronismo. Sin embargo, no cabe duda de que los sindicatos moldearon gran parte de las acciones del Partido Justicialista desde su nacimiento.

Pese a ello, durante los años 80, coincidiendo con la llegada de la Renovación, ese papel central de los sindicatos se va diluyendo y, por primera vez, el partido comienza a tener un rol clave y autónomo, sin la tutela de los gremios ni la de Perón. En ese giro es difícil determinar un momento de ruptura con la situación precedente, pero lo cierto es que si ya en 1987 se puede concluir que el peronismo gana unas elecciones sin el respaldo sindical, durante el gobierno de Menem quedó patente que los sindicatos no contaban con la fuerza necesaria para oponerse a su proyecto económico. Nuestra

características centrales del éxito de esta matriz en Argentina y buena parte de Latinoamérica fue la posibilidad que brindaba de operar la transición entre demandas sociales y su articulación política suprimiendo la intervención del sistema de partidos –la “partidocracia” en la retórica peronista- que se presentaba como una instancia institucional burocrática-formal, capturada por intereses sectoriales y sin perspectivas programáticas”. *Ibidem*, p.109.

¹³⁵⁸ Mustapic, Ana M.: “Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”. En Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan (eds): *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens, 2002, p.143.

¹³⁵⁹ Levitsky, *op.cit.*.

intención en las próximas páginas será, pues, examinar hasta dónde llegó el desgaste de la influencia sindical sobre el partido y calibrar hasta qué punto ese novedoso protagonismo partidario se debió a la acción de la Renovación. En relación con el tema general que orienta este trabajo, no pretendemos afirmar que un partido de base sindical arrastre un déficit democrático respecto a otros partidos de corte más tradicional: al contrario, existen varios ejemplos, empezando por el británico, que desmienten dicha suposición. Sin embargo, en el caso del peronismo sí puede ser interesante observar cómo fue alejándose de su autopercepción como movimiento nacional hasta considerarse un partido más, homologable al resto de formaciones del sistema político. En tal sentido, el regreso de la democracia actuó como causa y a la vez consecuencia de esa deriva. Con su llegada y consolidación, el peronismo debió adaptarse a un nuevo escenario donde el partido se convirtió en el canal prioritario de participación política. En ese camino, la redefinición de la relación entre sindicatos y políticos resultaría crucial.

6.1 Partido y sindicatos, un difícil encaje a lo largo de la historia

Afirma Levitsky que “la mayoría de los partidos de base sindical (...) se caracteriza por un conjunto de normas y procedimientos relativamente estables para regular la participación sindical”¹³⁶⁰. Lejos de adaptarse al modelo típico, en el caso del justicialismo esas reglas brillaron por su ausencia y la cuestión del encaje de los sindicatos en el entramado peronista recorrerá su historia desde el primer momento. Lo haría en su origen y lo seguiría haciendo en el periodo que nos ocupa, en una historia que tuvo más de puja y enfrentamiento político relativamente anárquico, marcado por los vaivenes que imponía el contexto, que de diseño institucional consensuado.

La figura de Perón creció políticamente, precisamente, a partir de su privilegiada relación con los trabajadores y, viceversa, los sindicatos conocieron una transformación casi radical con la llegada al poder del General. En 1943, tras el golpe militar y el comienzo de un breve gobierno autoritario que tendrá en Perón a uno de sus

¹³⁶⁰ Levitsky, *op.cit.*, p.109.

protagonistas¹³⁶¹, el gremialismo se encontraba dividido en cuatro centrales¹³⁶² y suponía una realidad sumamente débil, ya que sólo el 20 % de los trabajadores se encontraba sindicalizado, con grandes vacíos en sectores claves como el textil o la metalurgia¹³⁶³. Perón llegaría en noviembre de 1943 a la secretaría de Trabajo y Previsión con la idea de colocar al Estado en el centro de las negociaciones y pronto fue consciente del potencial electoral y político de un movimiento obrero todavía en construcción, con gran parte de sus miembros aún no incorporados institucionalmente a la vida política.

Como vimos en el primer capítulo, la naturaleza de este vínculo entre Perón y los sindicatos ha sido un campo privilegiado en los estudios sobre el peronismo desde su mismo origen. La llamada línea ortodoxa¹³⁶⁴ enfatizó, por ejemplo, la docilidad de esas masas ante el líder carismático populista. En su estudio clásico, Gino Germani¹³⁶⁵ interpretó el justicialismo dentro de un contexto de transición entre una sociedad tradicional y una desarrollada. Según este autor, los rápidos cambios sociales, económicos y políticos que se dieron a partir de los años 30 produjeron una temprana movilización e intervención de las masas en la vida política, que excedió los canales institucionales existentes en el momento. Debido a que estas masas no pudieron ser absorbidas por los partidos tradicionales, quedaron en una situación de anomia, de disponibilidad para integrarse en nuevos movimientos. Dado que, además, eran el producto mayoritariamente de una reciente inmigración desde el campo, Germani consideraba que estos nuevos trabajadores no eran capaces de una acción política autónoma. En conclusión, para esta línea interpretativa ortodoxa la situación de

¹³⁶¹ Pese a su centralidad posterior, Perón no ocupó durante los primeros compases de este gobierno militar un puesto de importancia. El por entonces coronel se desempeñaría como secretario privado del general Edelmiro Farrell, en ese momento ministro de Guerra, para poco después ejercer cargos relacionados con el ámbito de las relaciones laborales. En octubre de 1943, Perón pasaría a ocupar el por entonces poco influyente Departamento Nacional de Trabajo, que apenas un mes más tarde alcanza el rango de secretaría ministerial.

¹³⁶² En 1942, la Confederación General del Trabajo (CGT) se había dividido en dos, como producto de las tensiones para elegir una nueva conducción, con la CGT n°1 agrupando a la mayoría de sindicatos de inspiración socialista y la n°2 reuniendo a gremios comunistas y algunos socialistas, como el sindicato de empleados de comercio. Con la disolución de la llamada CGT n°2 por parte del gobierno militar, las dos centrales quedaron reunificadas de facto. Además de estas dos centrales, existía también la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), de inspiración anarquista, y la Unión Sindical Argentina (USA), socialista revolucionaria en su origen.

¹³⁶³ James, *op.cit.*, p.21.

¹³⁶⁴ Utilizamos aquí las denominaciones que utilizó César Tcach en su repaso sobre las distintas interpretaciones del peronismo en Tcach, *op.cit.*.

¹³⁶⁵ Entre otras obras, ver, por ejemplo Germani, Gino: "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos". *Desarrollo Económico*, 51, 1973.

disponibilidad de las masas favorecía la aparición de un líder populista, interpretando el comportamiento de éstas en términos de irracionalidad y heteronomía.

Frente a esta tesis, las posiciones heterodoxas encarnadas ante todo en autores como Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero y Juan Carlos Torre defendían que trabajadores y sindicatos poseían una autonomía mayor de la pensada anteriormente y que, de hecho, su apoyo a Perón fue producto de un cálculo racional. Se incidía así en que las organizaciones sindicales poseían una larga trayectoria anterior a la aparición del peronismo y en que, en su proceso de negociación con el nuevo líder político, mantuvieron siempre su carácter autónomo.

Como recordaban Murmis y Portantiero en su clásica obra: “en el caso de la participación obrera en el peronismo nos hemos encontrado con un significativo peso de organizaciones sindicales con larga tradición anterior, que durante todo el proceso de estructuración del nacionalismo popular mantuvieron fuertes reclamos de autonomía y que, incluso, los llevaron al nivel de la política mediante la organización del Partido Laborista. No habría, en ese sentido, una disolución de la autonomía a favor de la heteronomía obrera en el momento inicial del peronismo en la Argentina, sino, en todo caso, en una etapa posterior”¹³⁶⁶.

Lejos de la estampa clásica que transmitía una imagen de unos sindicatos dóciles y totalmente cooptados por el gobierno militar, los sindicatos establecieron en esta relación un cálculo totalmente racional y fácilmente entendible. Como enumeraba Rock, las ventajas adquiridas por los trabajadores fueron muy numerosas: “planes de pensiones y protección contra el paro, una jornada de trabajo de duración legalmente definida, vacaciones pagadas y una nueva ley de descanso dominical rigurosamente aplicada, mejores condiciones de trabajo para los obreros fabriles, indemnización por accidente, aprendizajes regulados, controles sobre el trabajo de mujeres y niños, procedimientos de conciliación y arbitraje obligatorios, vivienda y servicios legales subvencionados, centros de vacaciones, pleno rango legal para los sindicatos, organismos de empleo y pagas adicionales anuales (aguinaldos)”¹³⁶⁷. Muchas de estas medidas se basaban en viejos reclamos de socialistas y comunistas que no habían podido ser llevados a la práctica por

¹³⁶⁶ Murmis y Portantiero, *op.cit.*, p.123.

¹³⁶⁷ Rock, David: *Argentina, 1515-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Madrid: Alianza, 1988, p.331.

la oposición del poder¹³⁶⁸, pero cuyos réditos políticos se llevaba ahora, naturalmente, Perón. Desde esta perspectiva utilitaria se entiende perfectamente que los sindicatos fueran el apoyo principal del acto que sirvió de epifanía del peronismo, el 17 de octubre de 1945, y que constituyeran una de los pilares sobre los que se levantó la plataforma electoral que auparía a Perón a la presidencia en las elecciones de febrero de 1946.

Los sindicatos alrededor de Perón crearon para esa cita electoral el llamado Partido Laborista, con la intención de crear una estructura estable sobre la que organizar ese apoyo y poseer una institución autónoma a partir de la cual desarrollarse posteriormente; pero, como se sabe, no constituyó el único capital político con el que contaba Perón en esa campaña. Otro aporte muy significativo lo realizó una escisión del radicalismo conocida como UCR-Junta Renovadora, que, a diferencia de los sindicalistas, poseía un conocimiento mucho más desarrollado del funcionamiento práctico de la vida política y partidaria¹³⁶⁹. Aunque la contribución en votos realizada por la Junta Renovadora fue menor en comparación con el de los sindicatos, la importancia de este sector resulta evidente teniendo en cuenta que uno de sus dirigentes, Hortensio Quijano, fue elegido por Perón como su vicepresidente¹³⁷⁰.

Vemos así que desde su mismo origen conviven en el justicialismo al menos dos almas y dos proyectos políticos: uno que trata de hacer de lo sindical el eje vertebrador del movimiento y otro que pretende organizarlo como un partido político de corte más tradicional. Como no podía ser de otra manera, las fricciones entre tan distintas concepciones por ocupar los espacios de poder serían constantes desde un primer momento¹³⁷¹ y ni siquiera los intentos de Perón por poner límites a las ambiciones de unos y otros y por homogeneizar su plataforma lograrían actuar sobre la raíz del problema. Poco después de las elecciones, en las que los aliados a Perón cosecharon casi

¹³⁶⁸ Señalaba Sebrelí que “la mayoría de las mejoras otorgadas por Perón estaban sancionadas desde mucho antes por leyes propiciadas por los socialistas, si bien debe reconocerse que los gobiernos conservadores no se preocuparon por su reglamentación ni por obligar a la patronal a su cumplimiento”. Sebrelí, *op.cit.*, p.112.

¹³⁶⁹ Como nos recuerdan Tcach y Macor, tampoco se debe olvidar, como tercer pilar de apoyo a Perón, el llamado Partido Independiente, que reunía a varios sectores conservadores e independientes y cuya ayuda resultó crucial para el triunfo en varias provincias del interior. El partido estaba dirigido por Juan Velazco y Alberto Tessaire y en sus filas comenzaron su carrera políticos como Héctor Cámpora. Tcach y Macor: *op.cit.*, 2003.

¹³⁷⁰ Figuras como Saadí también tendrían su origen político en esta escisión del radicalismo.

¹³⁷¹ Para armonizar la campaña de los tres partidos que apoyaban a Perón se creó una Junta Nacional de Coordinación Política, presidida por Juan Atilio Bramuglia, que decidió, por ejemplo, que la mitad de los cargos se reservara para el Partido Laborista y la mitad restante fuera repartida entre radicales renovadores e independientes.

un 53 % de los votos, el nuevo presidente ordenó la disolución de los distintos partidos de su coalición, los cuales quedarían fusionados en lo que pronto se conocería como Partido Peronista¹³⁷². A pesar de que esta medida y este nombre indican claramente la deriva personalista y carismática que estaba adoptando la formación, las resistencias para conservar las identidades previas y los espacios de autonomía fueron mucho más duraderos y eficaces de lo que se pensó en un momento, como demostró Moira Mackinnon¹³⁷³. De acuerdo con esta autora, las diferencias entre laboristas y radicales renovadores se fueron diluyendo con el tiempo, mientras que el partido continuaba su trayectoria hacia una mayor centralización y verticalismo, pero no desaparecieron por completo¹³⁷⁴. Al contrario, el proceso de asimilación sería lento, atravesaría distintas fases y no llegaría a completarse definitivamente¹³⁷⁵. En realidad, lejos de adoptarse una solución definitiva, el problema de las distintas identidades al interior del partido se resolvió admitiendo la diferencia y canalizándola a través de los que se conocería como las distintas ramas del movimiento. Es decir, políticos, sindicalistas y sección femenina participarían autónomamente en el devenir del justicialismo, con un espacio exclusivo a la hora de seleccionar las distintas candidaturas. En un contexto, ya a principios de los 50, de cada vez mayor polarización y radicalización política, este sistema de cuotas, del que surgiría el famoso principio del tercio sindical, se iría perfilando a lo largo de los años, pero en ese camino casi imperceptible el debate pasó de la distinta concepción del partido a una discusión por una ajustada proporción de representación en los cargos, evitándose así el riesgo de una fractura en la formación.

¹³⁷² Entre noviembre de 1946 y enero de 1947 el recién creado partido se llamaría Partido Único de la Revolución Nacional.

¹³⁷³ Mackinnon, *op.cit.*. En el caso de Buenos Aires: “en franco contraste con las interpretaciones del “verticalismo”, las dos elecciones consecutivas para elegir la conducción partidaria en cada uno de los 112 distritos de la provincia indican la intensa actividad de militantes, dirigentes y candidatos a dirigentes en las labores internas de la agrupación”. Por supuesto, estaba lejos de ser una democracia perfecta, pero “no puede seguir pensándose al Partido Peronista como una maquinaria burocrática o, peor aún, como una agencia estatal, sino como una verdadera organización política autónoma con respecto al Estado”. Al menos, hasta 1951, cuando se opera una revolución que corta la mayoría de estos movimientos. Aelo, Oscar: “Formación y crisis de una elite dirigente en el peronismo bonaerense. 1946-1951”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aelo.pdf>.

¹³⁷⁴ Luis Gay y Cipriano Reyes, los principales impulsores del Partido Laborista, suponen dos casos extremos, pero bien conocidos, de esas resistencias a la decisión de disolver esa institución de inspiración sindical. Luis Gay fue elegido en noviembre de 1946 como nuevo secretario general de la CGT, lo que no dejaba de suponer un mensaje de resistencia hacia un Perón que tenía como candidato favorito a Ángel Borlenghi. Apenas unos meses más tarde, sería desplazado de ese cargo y sustituido por el mucho más dócil Aurelio Hernández. El caso de Cipriano Reyes resultaría algo más trágico: en 1948 fue acusado de participar en un complot contra Perón y Evita y sería encarcelado hasta 1955, cuando fue liberado tras el golpe.

¹³⁷⁵ Pese a las resistencias, también es cierto que, como ha demostrado Oscar Aelo para el caso de Buenos Aires, la mayoría de los dirigentes laboristas decidieron incorporarse al Partido Peronista. Aelo, *op.cit.*

Cabría, no obstante, preguntarse por qué no se dio una ruptura durante los primeros meses de esta polémica, cuando el enfrentamiento parecía abocado hacia ese destino. Ciertamente, existían pocos incentivos políticos para abandonar un peronismo que prácticamente tenía garantizado la mayor parte del voto obrero, pero, como reaseguro, se crearon varias medidas institucionales para disuadir la amenaza de una ruptura en la coalición peronista. Como recuerda Mustapic, en la ley de partidos aprobada en 1949 se establecía que toda nueva formación debía esperar un periodo de tres años hasta ser reconocido. Al mismo tiempo, los nuevos partidos no podían adoptar nombres similares o derivados de los ya existentes¹³⁷⁶.

De esta manera, vemos que el sindicalismo y el resto de partidos que conformaban la alianza peronista condicionaron de alguna manera tanto el primer gobierno de Perón como la naturaleza de su propio partido. Sin embargo, la influencia se dio en ambos sentidos y, de hecho, fue mucho más fuerte en la dirección opuesta. El sindicalismo que llega a 1955 es sustancialmente diferente al que describimos sucintamente en 1943. Como explicaría Luvecce, el cambio cuantitativo sería enorme: “Entre 1946 y 1951 el número de sindicalizados aumentó de 520.000 a 2.334.000, fomentado por la política estatal favorable hacia la organización sindical y el anhelo de obtener ventajas concretas a través del sistema global de negociaciones colectivas que procuraba mejoras en los salarios, en las licencias por enfermedad, por maternidad y vacaciones”¹³⁷⁷. Pero los cambios operados no se limitaban a una cuestión numérica. Con Perón se subraya todavía más la dependencia de los sindicatos respecto al Estado, que no sólo distribuye recursos, sino que es el responsable de conceder la personería gremial, reforzando el planteamiento de un sindicalismo por rama de actividad¹³⁷⁸. Los sindicatos irían perdiendo paulatinamente su independencia y sus rasgos más combativos, controlados y vigilados por una CGT cooptada por el gobierno¹³⁷⁹. No obstante, dentro de esta relación desigual que fue construyéndose paso a paso, muchos gremios siguieron contando con una relativa capacidad de influencia en sus áreas

¹³⁷⁶ Mustapic, *op.cit.*

¹³⁷⁷ Luvecce, Cecilia: *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993, p.21.

¹³⁷⁸ Según este sistema, el Estado reconoce a una única agrupación sindical por actividad o profesión, basándose en su representatividad. Ello, por supuesto, concede un gran poder discrecional al Estado, que puede otorgar o retirar una personería gremial que es imprescindible para acceder a ciertos recursos o negociaciones.

¹³⁷⁹ Doyon, *op.cit.*, p.401. Las intervenciones a sindicatos por parte de la central serían muy numerosas, siguiendo la dirección de un gobierno cada vez menos tolerante con las protestas obreras.

sectoriales, siempre que no pusieran obstáculos a los planes globales del gobierno. Por tanto, a pesar de haber perdido gran parte de su independencia, lo cierto es que el sindicalismo que deja el primer peronismo es un sindicalismo nacional, más burocratizado, pero con una afiliación masiva y generalizada. De hecho, como afirma Doyon, el sindicalismo es la única gran obra del peronismo que sobrevive a su caída en 1955¹³⁸⁰.

Tras el golpe de 1955, con Perón exiliado, el partido prohibido y el nuevo gobierno militar tratando de eliminar cualquier recuerdo del gobierno anterior¹³⁸¹, el escenario cambió, obviamente, de manera radical y la relación entre el conjunto del peronismo y el sindicalismo debió replantearse sobre una nueva base. Entre 1955 y 1973, los años de la proscripción, asistiremos a la consolidación del sindicalismo como un actor político de primer orden dentro del entramado peronista, llegando a rivalizar en importancia con el propio Perón. En realidad, esta influencia no se circunscribió al interior del justicialismo: el gremialismo peronista se convierte en esos años en un factor de poder esencial para entender el conjunto de la política nacional, contribuyendo decisivamente a la inestabilidad que recorrió toda la etapa y consiguiendo que la identidad peronista se mantenga en gran parte de la sociedad. Por supuesto, el gremialismo que encontraremos en 1973 será también muy diferente al que podamos hallar en 1958 e incluso en 1966, pero, a grandes rasgos, la tendencia caminará en la dirección de reforzar ese poder político sindical.

En cierta manera, este protagonismo no dejaba de ser un resultado previsible de este nuevo escenario, teniendo en cuenta que, a diferencia de las estructuras del partido, los distintos sindicatos y la CGT serían intervenidos por las autoridades del golpe de 1955, pero no disueltos. En el fondo, pese a toda su retórica, permanecía en Pedro Eugenio Aramburu y sus compañeros de la *Revolución Libertadora* la idea de utilizar a su favor el enorme capital político y social que suponía el viejo sindicalismo peronista unido. Con la idea de que su apoyo previo a Perón había sido poco menos que comprado, bastaba reemplazar un líder por otro para aprovechar todo el potencial que contenía el apoyo gremial.

¹³⁸⁰ Doyon, *op.cit.*, p.401.

¹³⁸¹ Según el decreto firmado por el general Aramburu, el 5 de mayo de 1956, quedaba prohibido cualquier uso de imágenes “de los funcionarios peronistas o sus parientes”, “el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición”,...”. Baschetti, *Documentos de la Resistencia...*, *op.cit.*, p.56.

Existía asimismo una obvia razón instrumental para entender la supervivencia del sindicalismo. Como explica Mustapic: “las necesidades organizacionales del mundo obrero eran permanentes, independientes del gobierno de turno; las del mundo político eran intermitentes, potenciadas en tiempos de elecciones o directamente suprimidas en momentos de proscripción y, por consiguiente, susceptibles de ser declaradas ilegales”¹³⁸². Los sindicatos, por su propia naturaleza, estuvieron muy lejos de permanecer insensibles a los continuos vaivenes políticos que sufría el país durante esa veintena de años, pero por su propia esencia y funciones específicas, podían adaptarse mejor al contexto de un gobierno autoritario.

El sindicalismo no sólo permanecería casi intacto tras el golpe de 1955, sino que lo haría subrayando algunas de las tendencias que venía desarrollando desde el primer peronismo, especialmente una mayor burocratización. En ese sentido, un factor institucional sumaba a la hora de consolidar el poder de las cúpulas. La Ley de Asociaciones Profesionales firmada por el presidente Frondizi en 1958 apuntalaba el modelo de sindicato único por actividad, reforzando la centralización y concediendo además un vasto y diverso poder financiero¹³⁸³. El uso de sistemas mayoritarios en las internas de los distintos gremios, en las que el ganador conseguía la totalidad de los puestos, facilitaba asimismo un mayor control por parte de las dirigencias. Si a todo ello sumamos el agotamiento de una *Resistencia* que se había demostrado ineficaz para cambiar el rumbo de los acontecimientos, entenderemos mejor cómo se produjo esa pervivencia del sindicalismo y por qué asumió una forma tan burocratizada. Como lo caracterizó Torre, el gremialismo argentino se convirtió por ese entonces en una suerte de sistema de partido único, en el que “las elecciones dejan de ser piezas claves del control interno del sindicato”¹³⁸⁴ y en el que se intentaba abortar cualquier intento de oposición organizado.

En ese gremialismo posterior a 1955 se conservaba, no obstante, casi intacta su identidad justicialista¹³⁸⁵. En ello influía una razón que conjugaba tanto lo sentimental

¹³⁸² Mustapic, *op.cit.*, p.146-147.

¹³⁸³ James, *op.cit.*, p.225. No debe extrañar que Frondizi fuera el firmante de una norma que fomentaba el control peronista de los sindicatos. A fin de cuentas, la aprobación de esa ley formaba parte de los pactos acordados con Perón que le permitieron disfrutar del apoyo peronista en las elecciones de 1958.

¹³⁸⁴ Citado en Gaudio, Ricardo y Domeniconi, Héctor: “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”. *Desarrollo Económico*, vol.26, 103, octubre-diciembre, 1986, p.427.

¹³⁸⁵ No hay que olvidar, sin embargo, como recuerdan Gaudio y Domeniconi, en los primeros años tras el golpe, durante la normalización auspiciada por Aramburu, “el restablecimiento del peronismo en la

como lo práctico. Como recuerda James: “la política del nuevo gobierno”, represiva en lo social y regresiva en lo económico, “reforzó directamente la identificación de Perón y el peronismo con esas experiencias concretas y cotidianas de los trabajadores”¹³⁸⁶. “La caída del salario obrero (éste venía bajando en la participación de beneficios, desde el mítico 50 % en 1951, 44 % en 1955, al 36 % en 1972) provocó un aumento de los conflictos sociales, y demostró al mismo tiempo que la capacidad de presión sindical no había sido mermada”¹³⁸⁷.

Pese a que la represión provocaría una relativa radicalización, el sindicalismo se mantuvo siempre, por lo general, dentro de las coordenadas ideológicas del peronismo clásico. Siguiendo al autor anteriormente citado, la protesta sindical de aquellos años “nunca involucró una crítica de los criterios subyacentes en las relaciones de producción capitalistas”¹³⁸⁸. Es cierto que en el famoso programa de Huerta Grande firmado por Las 62¹³⁸⁹ en 1962 se hablaba de “expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación” y de “implantar el control obrero sobre la producción”¹³⁹⁰, pero esas reivindicaciones constituían más bien excesos retóricos con la intención de perfilar una imagen de dureza en coyunturas específicas y el sindicalismo permaneció mayoritariamente adscrito a una ideología alejada del marxismo.

Con el partido disuelto y sus miembros actuando en la clandestinidad o bien, desobedeciendo las órdenes de Perón, fundando nuevas formaciones, no extraña, pues, que el sindicalismo constituyera “la principal fuerza organizadora y la expresión

dirección de los sindicatos no fue completo, aunque sus cuadros lograron el control de las organizaciones más importantes. En otros gremios de mediana relevancia fueron elegidos trabajadores de orientación socialista, comunista o independiente. A lo largo de la década del sesenta el avance del liderazgo peronista sobre el resto de organizaciones fue un fenómeno progresivo”. Gaudio y Domeniconi, *op.cit.*, p.426.

¹³⁸⁶ James, *op.cit.*, p.97.

¹³⁸⁷ García, *op.cit.*, p.17.

¹³⁸⁸ James, *op.cit.*, p.88.

¹³⁸⁹ Durante el congreso normalizador de la por entonces intervenida CGT, celebrado en septiembre de 1957, el interventor Laplacette trató de que los sectores no peronistas contaran con un mayor espacio, pero, pese a sus esfuerzos, no consiguió que éstos alcanzaran una posición hegemónica. Ante esta situación, los delegados oficialistas se retiraron del cónclave, dejando sin quórum el congreso, permaneciendo en él sólo los representantes afines al peronismo. Éste sería el origen de las famosas 62 Organizaciones, cuya formación resulta clave debido a que “no sólo confirmó la dominante posición de los peronistas en los gremios, sino que además les proporcionó una entidad totalmente peronista”. James, *op.cit.*, p.117. Las 62 Organizaciones, obviamente, toman su nombre por el número de organizaciones sindicales que permanecieron en el congreso normalizador y que respondían a la identidad justicialista. Por supuesto, su número iría variando con el paso del tiempo, incluyendo muchos otros sindicatos. Por su parte, los gremios afines al socialismo formarían las 32 Organizaciones, mientras que los comunistas crearían las 19 Organizaciones, agrupaciones que disfrutarían de un recorrido mucho más corto.

¹³⁹⁰ Baschetti, *Documentos de la Resistencia...*, *op.cit.*, p.228.

institucional del peronismo en la era posterior a 1955”¹³⁹¹. De esa manera, el sindicalismo en este momento no sólo llevará a cabo su rol específico, sino que cumpliría un papel político capital. En un escenario muy alejado de la institucionalidad democrática, en la que las Fuerzas Armadas poseían y utilizaban su poder de veto para imposibilitar cualquier intento de retorno del peronismo, los sindicatos conservaron la esencia del justicialismo y en numerosas ocasiones cumplieron las funciones propias del partido, suplantando la voluntad del líder carismático. Como señala Torre, el movimiento gremial se convirtió en “la columna vertebral del peronismo: las arcas sindicales aportaban los fondos para las campañas electorales; las listas de candidatos se armaban en las sedes gremiales; las redes de militantes obreros movilizaban a los votantes y establecían los contactos de los dirigentes de las 62 Organizaciones con la Iglesia y los mandos militares”¹³⁹². Como muestra de ese papel en la arena política, por ejemplo, frente a un Perón y a un ala política que promovían la abstención, la rama gremial llevó el peso del peronismo en las elecciones legislativas y provinciales de marzo de 1962, obteniendo diez de las 14 provincias, incluida la de Buenos Aires¹³⁹³. En las legislativas de marzo de 1965, la preponderancia del sindicalismo y de Las 62 quedaría nuevamente patente, siendo los responsables principales del excelente resultado justicialista, que con Unión Popular consiguió el mayor número de votos. Al mismo tiempo, como recuerdan Gaudio y Thompson, el importante rol que cumplieron los sindicatos en esta etapa está muy relacionado con las características de la proscripción, pero también con la fuerte intervención del Estado sobre ellos, que, como si fuera retroalimentada, terminó por afectar también al conjunto del sistema político¹³⁹⁴.

La figura de Augusto Vandor, líder sindical, encarnaría mejor que ninguna otra el espíritu de la cúpula gremial del momento y la esencia de un periodo marcado por el intento del sindicalismo de encabezar un proyecto autónomo. Con una posición

¹³⁹¹ James, *op.cit.*, p.117.

¹³⁹² Torre, *op.cit.*, p.XIV.

¹³⁹³ James, *op.cit.*, p.213. El peronismo utilizaría el sello de nuevos partidos como Unión Popular para presentarse a estos comicios, dentro de la mayor permisividad que supuso el gobierno de Frondizi. En Buenos Aires se especuló en un primer momento con que Perón sería el compañero de fórmula, pero pronto se desechó la idea. Andrés Framini, el candidato a gobernador, fue un dirigente sindical, siempre vinculado a las posiciones más duras y combativas y en los 80 formaría parte de la línea Intransigencia y Movilización. Pese a su triunfo, Frondizi intervino la provincia y el gobierno militar posterior anuló el resultado electoral.

¹³⁹⁴ Gaudio, Ricardo y Thompson, Andrés: *Sindicalismo peronista. Gobierno radical. Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert / Gandhi, 1990, pp.124-125.

ideológica ambigua, marcada por el pragmatismo y el oportunismo¹³⁹⁵, que le llevó incluso a desafiar a Perón y a encabezar un proyecto político en el que un sindicalismo reforzado y bien relacionado con las estructuras de poder ocuparía el espacio del líder carismático.

Vandor alcanzaría un poder político sin precedentes para un sindicalista, siendo el verdadero triunfador en la sombra de esas elecciones de 1965, jaqueando a los débiles gobiernos civiles que se sucederían durante el primer lustro de la década de los 60. Entre otros factores, esa posición central pudo ser alcanzada aprovechando que la coalición vencedora en 1955 era sumamente débil y no iba más allá de su antiperonismo. Como recuerda Torre, su poder derivaba más de la política que de la coyuntura económica y se basaba en su capacidad de presión sobre gobiernos débiles y de legitimidad cuestionada¹³⁹⁶.

Al mismo tiempo, paradójicamente, su fuerza dependía de un equilibrio extremadamente precario y contaba con numerosos límites: su base no dejaba de depender de un Estado que en cualquier momento, dada la vaporosa situación institucional, podía cambiar las reglas. Así sucedería a partir de 1966, cuando el nuevo gobierno militar encabezado por Onganía empezó a intervenir y reprimir a los sindicatos: en esa coyuntura se demostró una de las grandes debilidades del proyecto vandorista, que no tenía problemas para desestabilizar a los anteriores gobiernos radicales, pero que se hallaba sin recursos para enfrentar a un Onganía que no debía preocuparse por las consecuencias electorales de sus actos. Por otra parte, su propio desafío a Perón constituía tanto la fuerza de su poder como su principal límite. Vandor había crecido tanto porque encabezaba el elemento más organizado del movimiento justicialista, aunque pretendiera fomentar una vía alternativa; pero una ruptura firme con el líder podía suponer la retirada del apoyo mayoritario con el que contaba. De hecho, consciente del desafío que el sindicalista le suponía, Perón empezaría a mover desde Madrid los múltiples hilos con los que todavía contaba en el país. En enero de 1966 fomentó la creación de unas 62 Organizaciones paralelas y antivandoristas, que se

¹³⁹⁵ Su compromiso con la democracia y con la vía electoral, por ejemplo, era puramente instrumental. Vandor no dudaría en apoyar el golpe de 1966 pensando, erróneamente, que podía obtener un beneficio con la nueva situación.

¹³⁹⁶ Torre: *El gigante invertebrado...*, *op.cit.*

conocerían como las 62 Organizaciones de pie junto a Perón¹³⁹⁷. Esta nueva agrupación sindical no lograría un largo recorrido, pero supuso un freno simbólico a las ambiciones de Vandor y una advertencia por parte de Perón de que no estaba dispuesto a resignar su liderazgo sobre el movimiento. Ambos medirían sus fuerzas electorales en los comicios provinciales de Mendoza de 1964, en los que uno y otro apoyaban a candidatos diferentes: si bien las elecciones fueron ganadas por el candidato del Partido Demócrata, la relativa victoria de Corvalán Nanclares, el candidato patrocinado por Perón, sobre el vandorista Serú García demostró que, pese a la distancia y el paso del tiempo, el General seguía atesorando una mayoritaria lealtad electoral.

La llegada de la llamada *Revolución Argentina* cambiaría el escenario, pero, como hemos mencionado, no terminarían con ella los obstáculos al proyecto vandorista¹³⁹⁸. En marzo de 1968, en el congreso normalizador de la CGT, ante la ausencia de los delegados que respondían a Vandor y la retirada de los participacionistas, la central sindical quedó dividida y se asistió a la creación de la llamada CGT de los Argentinos, con un perfil mucho más combativo¹³⁹⁹. El estallido del *Cordobazo* en 1969 supondría un nuevo obstáculo tanto para los planes de Vandor como de la dictadura, con la aparición

¹³⁹⁷ Ideológicamente, estas nuevas 62 Organizaciones no suponían un cambio sustancial, ya que se movían en un campo moderado, dentro de las coordenadas clásicas del peronismo. Reivindicaban, por ejemplo, una “participación progresiva de los trabajadores en empresas públicas y privadas”. Baschetti, *Documentos de la Resistencia*, *op.cit.*, p.449. Las 62 de pie estaban conformadas por apenas una veintena de gremios que tampoco tenían una gravitación sustancial en los sectores claves de la economía. Estaban dirigidas por José Alonso, quien era por ese momento secretario general de la CGT. En febrero de 1966 sería apartado de ese puesto por presiones del grupo de Vandor. Cuatro años más tarde sería asesinado por un comando que se reivindicó como parte de Montoneros.

¹³⁹⁸ Como ya hemos mencionado, la llegada del gobierno autoritario, que presentaría un avance cualitativo inédito en su represión y grado de control sobre la sociedad, fue bien recibida por los sindicalistas, que pensaban que se convertirían en un interlocutor privilegiado con los militares. Tanto Vandor como Coria, que estuvieron presentes en la asunción de Onganía como nuevo jefe de Estado, calculaban que con el nuevo régimen se ponía un nuevo obstáculo al regreso de Perón. En realidad, no sólo los vandoristas se mostraron curiosos con el cambio: gremialistas más allegados a Perón también estuvieron presentes en el acto. Anzorena, *op.cit.*, p.16.

¹³⁹⁹ Como recuerda Luvecce: “su programa tuvo un carácter antiimperialista y anticapitalista que superó el marco reivindicativo sindical, además de un contenido claramente antiburocrático y antidictatorial. Revalorizaba, también, la conducta moral de los dirigentes sindicales”. Luvecce, *op.cit.*, p.60. Perón, por supuesto, nunca estuvo interesado en un gremialismo con un perfil tan incontrolable. Cuando la distancia entre Perón y Vandor se hizo más cercana, el General “ordena a Ongaro y demás gremios peronistas la unificación del peronismo gremial en torno a las 62 Organizaciones lideradas por Vandor. El dirigente gráfico no acata la orden, pero gran cantidad de dirigentes –incluido el telefónico Julio Guillán– se apartan de la CGT rebelde, que queda reducida a unas pocas entidades y al creciente sector juvenil”. Anzorena, *op.cit.*, p.46. Las dificultades para la CGTA, paradójicamente, aumentaron con la desaparición de Vandor: “El asesinato de Vandor (...) permitió una ligera recuperación del régimen de Onganía, que lo utilizó como pretexto para declarar la CGTA fuera de la ley y posesionarse de todos los sindicatos que habían apoyado la convocatoria de huelga de la CGTA, declarar el estado de sitio e imponer la ley marcial. Ongaro fue acusado de la muerte de Vandor y encarcelado por el resto del año”. Luvecce, *op.cit.*, p.61.

de un nuevo tipo de sindicalismo mucho más radicalizado que yo no respondía orgánicamente a las centrales y liderazgos tradicionales.

La muerte de Vandor, asesinado por un grupo guerrillero¹⁴⁰⁰, el agotamiento de la *Revolución Argentina* y, sobre todo, el fin de la proscripción del justicialismo marcarían, asimismo, una nueva etapa en la relación entre el sindicalismo, el Estado y el resto del peronismo. Con su retorno al país y al poder en 1973, Perón tratará de encauzar al sindicalismo, desbocado tras años de vandorismo por un lado y experiencias combativas por otro, bajo su control, aplicando una estrategia que combinaba castigos e incentivos. Si la elección de Héctor Cámpora como candidato presidencial, en detrimento de otras opciones como la de Cafiero, supuso una tremenda decepción para los gremialistas, pronto el famoso péndulo de Perón viraría a favor de éstos para frenar el empuje de la Tendencia Revolucionaria y otras experiencias contestatarias. La nueva Ley de Asociaciones Profesionales caminaba en esa dirección de reforzar al sindicalismo tradicional, extendiendo, por ejemplo, el mandato de los dirigentes de dos a cuatro años, además de conceder un mayor poder y discrecionalidad económica a unas cúpulas gremiales, ahora encabezadas por José Ignacio Rucci, una figura caracterizada por su completa obediencia a Perón¹⁴⁰¹.

Como ya mencionamos, la piedra angular del proyecto político y social del tercer gobierno peronista y de la filosofía sobre la que se quería basar la relación con el movimiento sindical se encontraba, sin embargo, en el llamado *Pacto Social*. La idea consistía en firmar un acuerdo tripartito entre el Estado, la CGT y el empresariado nucleado en la CGE, que terminara con las pujas intersectoriales que venían

¹⁴⁰⁰ Vandor sería asesinado en la propia sede de la UOM en junio de 1969. La autoría del atentado resulta confusa: el poco conocido Ejército Nacional Revolucionario se atribuyó la acción, mientras que autores como Gillespie lo relacionan con el grupo Descamisados, que más tarde entroncaría con Montoneros. Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*. Buenos Aires: Grijalbo, 1998.

¹⁴⁰¹ Rucci ocupaba la secretaría general de la CGT desde 1970 y fue uno de los personajes más activos en los preparativos del primer retorno de Perón a Argentina en noviembre de 1972. También sería asesinado, en septiembre de 1973, justo después de las segundas elecciones presidenciales de ese año. El caso todavía no se ha cerrado, pero todas las miradas apuntan a Montoneros, organización que no reivindicó el atentado. Más allá de las consecuencias éticas y criminales de la acción, el hecho supuso la ruptura definitiva de Montoneros con Perón, que tenía en Rucci uno de sus apoyos principales. Rucci no sería el único jerarca sindical asesinado en esos años, sino que su destino sería compartido, como vimos, por Vandor y otras figuras como Rogelio Coría, condenados por los revolucionarios como burócratas sindicales y traidores del movimiento peronista. Dentro de esa dinámica, como recuerda Gillespie, los Montoneros olvidaron que la “burocracia había poseído una genuina base, primero de apoyo y después de tolerancia, por parte del movimiento obrero”. Muchos cabecillas fueron “militantes de los últimos años 50 que habían dirigido la lucha por la recuperación de la CGT” y “no podían pasar por alto constantemente –y no lo hicieron- las necesidades económicas de sus afiliados”. Gillespie, *op.cit.*, p.211.

alimentando la inflación e imposibilitaban la estabilidad económica. Para ello, se decretaría la congelación de precios, una subida general de sueldos y la supresión de las negociaciones colectivas durante un periodo de dos años. El plan, más allá de lo económico, tenía una finalidad política muy clara de búsqueda de estabilidad e institucionalización del conflicto en medio de un contexto de radicalización creciente¹⁴⁰².

El *Pacto Social* suponía ventajas y desventajas para el sindicalismo ortodoxo representado por la CGT: por un lado, maniataba su principal estrategia de presión y negociación, como eran las negociaciones colectivas, cuya ausencia provocaría un aumento de los conflictos directos a nivel de empresa y un mayor descontrol de las bases¹⁴⁰³. Al mismo tiempo, los gremios veían cómo su centralidad en el tablero político era amenazada por unos partidos políticos que venían a ocupar su lugar. Sin embargo, por otro lado, ser uno de los firmantes del *Pacto* les otorgaba el reconocimiento definitivo por parte de Perón, que desautorizaba así oficialmente al resto de experiencias sindicales que coexistían en ese momento. Como resume García: “El apoyo incondicional del la CGT al gobierno corría el riesgo de erosionar la hegemonía de los aparatos sindicales, obligados a congelar su función reivindicativa en aras de la estabilidad. En contrapartida, las cúpulas obtuvieron vía libre para emplearse a fondo en barrer la disidencia interna y fortalecer su control”¹⁴⁰⁴.

El líder justicialista, por tanto, quería reeditar de alguna manera lo vivido durante sus primeros gobiernos; recortando la autonomía del sindicalismo y desplazándolo a los márgenes de la arena política, pero, al mismo tiempo, promocionándolo desde el poder del Estado. El *Pacto Social*, sin embargo, pronto se mostraría ineficaz para estabilizar una economía en un contexto de recalentamiento inflacionario alimentado por la crisis mundial del petróleo iniciada en 1973. El intento de esa gran paritaria nacional bajo el auspicio estatal sufriría tirones desde todas las direcciones, con crisis de desabastecimiento y aumentos salariales encubiertos¹⁴⁰⁵, y el plan quedaría totalmente huérfano tras la muerte de Perón en julio de 1974.

¹⁴⁰² Como recuerda Anzorena: Perón señaló que “el pacto está hecho de tal manera que es también un pacto político” y por tal razón “no debe ser roto por ninguna causa”. Anzorena, *op.cit.*, p.145.

¹⁴⁰³ Anzorena, *op.cit.*, p.154.

¹⁴⁰⁴ García, *op.cit.*, p.64.

¹⁴⁰⁵ Anzorena, *op.cit.*, p.155

En este recorrido por los distintos avatares de la relación entre el peronismo y el sindicalismo, a la desaparición de Perón, la única figura que podía mantener unidas (aunque fuera precariamente) las contradictorias partes que componían el mosaico peronista, le sucederá una breve fase en la que el sindicalismo ortodoxo y de inspiración vanderista trató de ganar la hegemonía política.

El primer episodio de esta nueva avanzada se vivió durante el congreso para renovar los dirigentes de la CGT y cubrir la vacante del fallecido Rucci. Allí se enfrentarían dos líneas que representaban dos modelos de inserción en el sistema político: por un lado, la línea blanda, siguiendo la trayectoria marcada en los últimos años, defendía que el sindicalismo era una rama más, integrada en el movimiento peronista, y que, por lo tanto, debía someter su acción a los planes del gobierno. Los duros, con Lorenzo Miguel a la cabeza, pretendían, por el contrario, renovar el proyecto vanderista y privilegiaban la autonomía del sindicalismo frente al Ejecutivo y el partido. Adelino Romero, representante del bando más transigente, sería elegido secretario general, pero el resto del consejo directivo quedaría controlado por los miguelistas¹⁴⁰⁶. Confirmando ese avance y ratificando que estaban dispuestos a ocupar el espacio político dejado por Perón, la súbita muerte de Romero permitiría a Las 62 alcanzar directamente el cargo de secretario general, colocando en él figuras afines, como fueron Segundo Palma y Casildo Herrera¹⁴⁰⁷.

Se asistía así a mediados de 1974 al inicio del periodo de protagonismo de Lorenzo Miguel, que, como hemos visto, abarcaría la siguiente década. Con el control sobre el poderoso sindicato de la UOM, sobre Las 62 y la CGT e incluso sobre el ministerio de Trabajo, durante el paso por el mismo de Ricardo Otero, Miguel contaba con una gran cantidad de recursos para presionar a un gobierno peronista debilitado sin la figura aglutinante de su líder. En un primer momento, tanto sindicalistas como la nueva presidente Isabel y su círculo íntimo podían confluír al contar con rivales políticos comunes. Aislado sin el respaldo de su gran valedor, Perón, estos dos aliados circunstanciales pronto se cobrarían las cabezas del ministro de Economía, Gelbard, y

¹⁴⁰⁶ Como describe Feinmann, confirmando esa lealtad absoluta al presidente, Adelino Romero “era un peón que Perón pensaba jugar en el tablero frente al poderío del miguelismo”. Cafiero, Antonio et al.: *La Renovación fundacional*. Buenos Aires: El Cid, 1986, p.159.

¹⁴⁰⁷ Herrera llegó a la secretaría de la central sindical tras ocupar varios años la secretaría de la OIT. Con el golpe, marcharía exiliado de Argentina. Preguntado en Uruguay por la situación en el país, formularía la respuesta por la que ha pasado a la historia popular: “Ah, no sé, yo me borré”.

de su *Pacto Social*. Isabelistas y gremialistas también trabajarían juntos para desplazar a los gobernadores afines a la Tendencia Revolucionaria como Bidegain en Buenos Aires o Martínez Baca en Córdoba. Sin embargo, más allá de estos avances iniciales, los deseos de sindicalistas y la presidente resultaban poco compatibles. Tras la breve gestión de Gómez Morales, el nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, muy cercano a López Rega, implementó en julio de 1975 un fortísimo y súbito ajuste que puso al descubierto la delicada situación sobre la que descansaba en realidad el poder miguelista. El llamado *Rodrigazo* suscitó una protesta desbordante en las bases gremiales que arrastró a la cúpula hacia una medida inédita y que quizás nunca habrían tomado de no haber tenido esa presión: pocos días más tarde, la central sindical llamó a un paro de 48 horas, el primero que realizaba contra un gobierno peronista. Si el *Rodrigazo* mostró que Miguel y su círculo dependían de las bases más de lo que cabría imaginar, el paro plasmó las contradicciones entre las dos familias más cercanas del conglomerado peronista y volvió a ilustrar cómo las luchas sindicales y la interna peronista se mezclaban de manera inextricable¹⁴⁰⁸.

Pese a que el paro fue una carta lanzada más con la idea de no perder el control sobre las bases que empleada por voluntad propia, lo cierto es que resultó bastante rentable a corto plazo para los jefes sindicales, ya que provocó las renuncias de Rodrigo y de López Rega. Puestos fuera de juego el centralismo de Gelbard, el izquierdismo de la Tendencia y la derecha encarnada en el lopezreguismo, el miguelismo parecía el ganador absoluto de la cuenta interna peronista que se había desatado tras el retorno del partido al poder. En ese momento hasta se permitieron colocar a uno de sus políticos protegidos, Cafiero, como ministro de Economía. Como relataba Hernán López Echagüe: “La llegada de Ruckauf al Ministerio de Trabajo y la de Cafiero al Ministerio de Economía, fruto, como se ha dicho, del poderoso influjo que Lorenzo Miguel ejercía sobre la Presidenta, excitó en el dirigente de la UOM la certeza de que su anhelado proyecto de patria corporativa y metalúrgica era ya imperturbable. Un camino hacia el poder, suponía, desembarazado de estorbos”¹⁴⁰⁹.

Sin embargo, las condiciones de esa relativa hegemonía eran sumamente frágiles y no sólo por las razones que acabamos de mencionar. La cada vez más aislada Isabel

¹⁴⁰⁸ Anzorena, *op.cit.*, p.171.

¹⁴⁰⁹ López Echagüe, Hernán: *El hombre que ríe. Biografía política de Carlos Federico Ruckauf*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000, p.27.

empezó a refugiarse en los militares y a tratar de aplicar una política económica afín a éstos para tratar de evitar un nuevo golpe que, a comienzos de 1976, parecía casi seguro.

Las medidas dispuestas por el nuevo ministro de Economía, Mondelli, que apuntaban en la misma dirección que las que poco más tarde se aplicarían durante el *Proceso*, situaron al teóricamente fuerte sindicalismo ante una situación difícil de resolver: aceptar sin más resistencias la nueva vuelta de tuerca ortodoxa, que suponía alejarse del apoyo de las bases, o por el contrario lanzar una protesta generalizada que podía acarrear la desestabilización final de un gobierno ya casi totalmente jaqueado por las Fuerzas Armadas.

El golpe de marzo de 1976 resolvió de manera expedita esas dudas que reflejaban por una parte que, pese al peso que había adquirido, el gremialismo miguelista contaba con numerosas debilidades y, por otra, que su autonomía respecto al partido difícilmente podía ser absoluta. Si bien, al contrario que en 1966, el sindicalismo ortodoxo no apostó por el golpe, los militares demostraron que, pese a su retirada en 1973, conservaban suficiente poder para cambiar el tipo de juego y que para ese movimiento apenas necesitaban apoyos.

La llegada del *Proceso* supuso un cambio radical también para el sindicalismo. En su intento por remodelar la sociedad, los militares aplicarían a partir de 1976 una represión inédita sobre el movimiento obrero, no sólo sobre sus protagonistas, que, como ya vimos, sufrieron la muerte, la reclusión o el exilio, sino también sobre el conjunto de sus organizaciones e instituciones. Con la nueva Ley de Asociaciones Profesionales, la CGT sería disuelta, vedándose la formación de cualquier otra confederación de tercer grado y fomentando así el sindicalismo de empresa. Se prohibirá además la actuación política de los gremios, lo que suponía un ataque directo a la naturaleza de Las 62 que a partir de entonces quedaron en una suerte de limbo legal¹⁴¹⁰. Un gran número de sindicatos quedarían intervenidos y, cortando una posición clave de su poder financiero y social, las obras sociales fueron alejadas del control gremial.

La dura represión al que fue sometido provocó un repliegue del mundo sindical y una posterior división basada precisamente en el tipo de relación que se buscaba con los militares. En marzo de 1977 nacería una agrupación gremial que se conocería como

¹⁴¹⁰ Abós, Álvaro: *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: CEAL, 1984, p.64.

Los 25, que reunía a pequeños y medianos sindicatos que no habían sido intervenidos y que, por lo general, expresaban las posiciones más contestatarias a la dictadura¹⁴¹¹. En contraposición a ella, en abril de 1978 se creó la Comisión Gestión y Trabajo, que concentraba a todos los sindicalistas que no estaban de acuerdo con el espíritu de Los 25 y apostaban por una actitud más colaboracionista con los uniformados, como Jorge Alberto Triaca¹⁴¹² o Délfór Giménez¹⁴¹³. Unos meses más tarde, en agosto, nacería la Comisión Nacional del Trabajo (CNT), sumando a Gestión y Trabajo varios grupos independientes, como los de Ramón Baldassini (originalmente, parte de Los 25)¹⁴¹⁴ o Jorge Luján y algún núcleo participacionista, como el encabezado por Hugo Barrionuevo¹⁴¹⁵.

Pese a las negociaciones para conseguir la reunificación sindical, que obtuvieron un momentáneo éxito con la formación en agosto de 1979 de la llamada Conducción Única de Trabajadores Argentinos (CUTA)¹⁴¹⁶, la división por las distintas concepciones sobre el rol político que le cabía a los gremios atravesaría el resto del periodo dictatorial. Así, Los 25 y sus aliados resucitarían la CGT en noviembre de 1980, en un claro desafío a lo dispuesto por los militares, cuyo control iba paulatinamente menguando, y en julio del año siguiente organizarían la primera huelga general contra la

¹⁴¹¹ La composición de Los 25 fue modificándose con el tiempo, como respuesta a los diferentes cambios en el contexto político y, pese a que en general expresaban una postura de oposición, en su interior se albergaban distintos pareceres, desde los más confrontativos hasta participacionistas. Abós, *op.cit.*, p.37.

¹⁴¹² Jorge Triaca, nacido en 1941, estuvo vinculado originalmente con la línea propuesta por Vandor y posteriormente formaría parte del círculo de Rucci. A pesar de ser detenido por la dictadura, representará la posición más cercana a los militares dentro del sindicalismo peronista y será uno de los delegados argentinos a las reuniones de la OIT durante esos años. A finales del *Proceso*, obtuvo la secretaría general del sindicato de plásticos y se acercó políticamente a Robledo. Como veremos, fue posteriormente elegido ministro de Trabajo durante el gobierno de Menem.

¹⁴¹³ Abós, *op.cit.*, p.38. Siguiendo a Villanueva, Gestión y Trabajo siguió existiendo hasta mediados de 1985, cuando se disolvió. A partir de ahí, varios de sus miembros se unirían al ubaldinismo y a Las 62. Villanueva, Ernesto: *Conflicto obrero. Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina 1984-1989*. Bernal: Universidad de Quilmes, 1994, pp.122-123.

¹⁴¹⁴ Ramón Antonio Baldassini asumió la secretaría de la federación de trabajadores de correos (FOECYT) y permanecería al frente de la misma varias décadas. Cercano a los militares, participó en la representación argentina en las reuniones de la OIT durante el *Proceso*. Como analizaremos en el capítulo dedicado a la cuestión militar, Baldassini se haría tristemente famoso al afirmar durante los juicios a las Juntas que “no recuerdo ningún dirigente obrero que haya desaparecido”.

¹⁴¹⁵ Hugo Barrionuevo fue secretario general del Sindicato Argentino de Trabajadores de la Industria Fideera desde 1963 y ejerció como secretario de la CGT entre 1964 y 1966. Enfrentado a Ubaldini, durante la campaña electoral de 1983 fue progresivamente acercándose a Alfonsín, quien lo nombraría ministro de Trabajo a fines de 1984. Tras un conflictivo paso por el ministerio, al que renunció en 1987 desgastado por la presión del resto del sindicalismo, abandonaría la actividad política. No debe confundirse con Luis Barrionuevo, cuya estrella política emergerá sobre todo con el menemismo.

¹⁴¹⁶ Abós, *op.cit.*, p.60. Fuera de esa organización unificadora quedaría la llamada Comisión de los 20, quienes criticaban tanto al “gremialismo suicida” como al “domesticado”. La CUTA, por su parte, apenas disfrutó de un año de existencia.

dictadura¹⁴¹⁷. La CNT, que a mediados de 1982 constituía la base de lo que se conocería como CGT-Azopardo¹⁴¹⁸ se opondría a participar en esa huelga y en otras medidas de fuerza lanzadas por sus rivales sindicales¹⁴¹⁹.

Por supuesto, el clivaje oposición/negociación que dividió al sindicalismo de ese momento no siempre separaba al movimiento obrero de manera clara y existían muchas zonas donde, sobre todo, primaba una gran ambigüedad. Ya hemos mencionado, por ejemplo, que en los primeros 25 existían varios representantes del llamado participacionismo. La guerra de Malvinas marcaría asimismo los límites de las críticas al régimen. Pese a que desde la CGT-Brasil se subrayaría, sobre todo en un primer momento, que el apoyo a la aventura bélica no equivalía a convalidar su política económica y social¹⁴²⁰, miembros de las dos centrales sindicales estuvieron presentes en las Islas tras la toma. Miguel, cercano a la CGT-Brasil, afirmaría en un acto de solidaridad: “venimos hoy aquí, de la misma manera en que intentamos hacerlo el 30 [de marzo, cuando se hizo una manifestación de protesta contra la dictadura], porque entendemos que la patria está en peligro, no venimos a cobrar una factura sino a dejar claro que se apoya a las Fuerzas Armadas por la recuperación de las Islas Malvinas”¹⁴²¹.

¹⁴¹⁷ Sin poder contar con la sede histórica de la central ante la obvia oposición de la dictadura, esta renacida CGT sería conocida como CGT-Brasil por ser éste el nombre de la calle donde se ubicaría. Como secretario general sería nombrado Saúl Ubaldini, por ese entonces un poco conocido miembro del gremio cervecero. Con la plana mayor del sindicalismo encarcelada, exiliada o fuertemente vigilada, asistiríamos, durante estos años a la aparición de una nueva generación de líderes. En febrero de 1983, la CGT-Brasil pasaría a denominarse CGT de la República Argentina (CGT-RA), con un claro apoyo por parte de un Miguel que había logrado rehacer Las 62 y comenzaba a recuperar las bases de su poder.

¹⁴¹⁸ La CGT-Azopardo tuvo su origen en la llamada Intersectorial sindical, fruto de la unión entre la CNT y los 20. Damin, Nicolás: “Del sindicato al parlamento. La profesionalización política de dirigentes sindicales-políticos en la Argentina del siglo XX”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2011, <http://nuevomundo.revues.org/62081>.

¹⁴¹⁹ Además de otras huelgas generales, que tendrán un seguimiento irregular, la CGT-Brasil también sería la impulsora de la primera gran movilización popular contra la dictadura, en noviembre de 1981, el día de San Cayetano, y de una marcha que terminaría en una grave represión en marzo de 1982, pocos días antes de la toma de Malvinas. *El Bimestre*, 2, 31/3/1982. Ubaldini y casi toda la conducción de la CGT serían detenidos tras este acto. En ambas marchas la consigna oficial sería “Paz, pan y trabajo”, palabras que más tarde usaría Ubaldini como nombre para su proyecto político.

¹⁴²⁰ Ubaldini, tras una reunión con el ministro de Trabajo militar Julio Porcile, afirmaría “como Patria salimos conformes, pero como gobierno seguimos disintiendo”. El secretario exigiría que la acción militar “se proyecte más allá de la soberanía territorial y sea el punto de partida para el ejercicio integral de la soberanía popular”. *El Bimestre*, 2, 7/4/1982.

¹⁴²¹ Recogido en Aboy Carlés, *op.cit.*, p.262. Por su parte la CNT y los 20 afirmarían: “ante los hechos producidos por nuestras Fuerzas Armadas en el acto supremo de recuperar para nuestra soberanía nacional el territorio que integra nuestras islas Malvinas, expresan con firme patriotismo su alborozo”. *El Bimestre*, 2, 3/4/1982. Irónicamente, tras la guerra de Malvinas, las dos centrales invertirían algunos de sus papeles, con una CGT-RA tratando de pautar una salida negociada del régimen y una CGT-Azopardo

La dictadura iniciada en 1976 supuso, por tanto, un nuevo capítulo en esta historia de redefiniciones sobre el rol político del sindicalismo. Pese a los intentos de los militares por reformular sobre una nueva base la naturaleza del movimiento obrero, el sindicalismo peronista sobrevivirá a sus planes por hacerlo desaparecer. No obstante, como era lógico, no saldría indemne de estos siete años de dura represión. Más allá de las consecuencias socioeconómicas a largo plazo, de las que nos ocuparemos más tarde, el sindicalismo resurgía en los últimos años del régimen militar debilitado y dividido, muy lejos de la fuerza que había atesorado durante el tercer gobierno justicialista. Irónicamente, pese a todos estos inconvenientes, el gremialismo continuaría siendo el sector peronista mejor organizado y con mayores recursos políticos cuando empezó la transición, marcando así un pico de la influencia de los sindicalistas sobre el partido. Como ya analizamos, un resucitado Lorenzo Miguel terminará ocupando la posición clave cuando se debió seleccionar el candidato presidencial¹⁴²², mientras que las dos CGT se convirtieron en el principal soporte, respectivamente, de las dos grandes familias del momento, verticalistas y antiverticalistas¹⁴²³. Por supuesto, este poder no era absoluto, pero el sindicalismo, con un partido golpeado por la represión y muy dividido, volvería así a situarse a mediados de 1983 en el mismo centro del tablero político justicialista.

En contraste con esa situación de privilegio, en las próximas páginas trataremos de describir cómo se produjo su desplazamiento desde esa posición privilegiada hacia zonas más marginales y subordinadas al partido y hasta qué punto este alejamiento fue completo o sólo parcial. Continuando con el planteamiento que venimos utilizando, en el recorrido que haremos por el sindicalismo peronista de los 80 subrayaremos el papel de éste como actor político, no incidiendo tanto en su específica función en la arena

mostrando una actitud más crítica. Ese cambio, producto más bien de un cálculo táctico no invalida, por supuesto, las diferencias que hemos mencionado hasta ahora.

¹⁴²² Cabría preguntarse cómo un Miguel que había permanecido detenido buena parte de la dictadura pudo recolocarse nuevamente en las posiciones privilegiadas. Si bien es cierto que su cercanía a Massera lo protegió de un destino aún peor que la cárcel, el alejamiento de la primera línea y la aparición de nuevos liderazgos suponían un claro desafío a la situación central que había disfrutado justo antes del golpe. Pero esos obstáculos no dejaban de ser relativos: Ubaldini había sido aupado a la secretaría de la CGT con el imprescindible apoyo de Miguel y no seguía siendo el representante de un gremio, el de los cerveceros, muy minoritario y sin excesiva incidencia en el sistema productivo. Miguel, por su parte, seguía guardando las llaves del intervenido, pero fundamental, sindicato metalúrgico.

¹⁴²³ Robledo siempre señalaría que el apoyo de los sindicalistas de la CGT-Azopardo se realizaba sólo personalmente y no como institución: “No era la CGT-Azopardo la que se incorporaba a la Coordinadora de Acción Justicialista, sino que eran los dirigentes a título individual”. Paratcha y Monzón, *op.cit.*, p.89. El líder antiverticalista partía de la premisa de que “los sindicatos, como sindicatos dentro del peronismo o de cualquier otro partido político no tienen una función específica de ninguna clase”. *Ibidem*, p.88.

laboral y social. En ese sentido, puede ser muy útil entender el justicialismo desde el concepto de coalición dominante que también aplica Moira Mackinnon a partir de la clásica obra de Angelo Panebianco¹⁴²⁴. Bajo la premisa de que las estructuras de poder son siempre muy complejas, el término de coalición dominante, que integra todos aquellos actores con control sobre recursos claves en la organización, resulta bastante útil, pues “permite incluir a actores que no están estrictamente dentro del partido”. Como veremos, sin formar parte institucionalmente del partido, los sindicatos influirán decisivamente sobre éste y, al mismo tiempo, éstos se verán arrastrados y atrapados en la interna partidaria.

6.2 Un sindicalismo marcado por la división interna

El sindicalismo peronista que sale del *Proceso* es muy diferente al que existía en 1976. Más allá de la represión y de las prohibiciones a las que se vio sometido, aunque en el corto plazo pudiera permanecer imperceptible, nada podía ser igual tras las profundas transformaciones que realizaron los militares sobre el sistema económico, liberalizándolo, destruyendo gran parte del tejido industrial y primando el sector financiero sobre el productivo. Como lo describió Villanueva, “la desindustrialización representó en el periodo 1974-1985 un descenso de la participación de la industria en el PBI del 29 al 25 %, lo que significa en el propio sector una caída del 10 %”¹⁴²⁵. Esa caída suponía, obviamente, una rebaja importante en su número de afiliados y, por consiguiente, una merma de su poder político. Complicando la situación, las nuevas ocupaciones solían ser por cuenta propia, con un perfil más independiente y heterogéneo. Así, siguiendo al mismo autor, grupos como vendedores, empleados administrativos o docentes fueron desplazando a obreros industriales en una tendencia que venía anunciándose anteriormente, pero que se acelera espectacularmente a partir de 1976¹⁴²⁶.

La situación institucional de los gremios tras la dictadura resultaba también caótica. De acuerdo nuevamente con Palomino, en diciembre de 1983, de 1172 organizaciones sindicales, 355 habían sido normalizadas aplicando las reglas del *Proceso*,

¹⁴²⁴ Mackinnon, *op.cit.*, pp.27-28.

¹⁴²⁵ Villanueva, *op.cit.*, p.55.

¹⁴²⁶ Palomino, Héctor: “El movimiento obrero y sindical en una larga transición”. *El Bimestre*, 26, 1986.

612 conducciones habían visto prorrogados sus mandatos, 111 poseían dirigencias transitorias y 94 permanecían intervenidas por el ministerio de Trabajo¹⁴²⁷. Esta variedad de casos y estatus no sólo mostraba la enorme complejidad del panorama gremial en la transición sino que, como veremos, tendrá sus implicaciones durante las elecciones internas que normalizarían la situación.

En esas elecciones que se realizaron en los últimos meses de 1984 se confirmaría una vez más la clara supremacía del justicialismo en las nuevas dirigencias, pero las mismas también demostraron que existía en la coyuntura abierta en 1983 un mayor espacio para las bases y para la representatividad de las minorías¹⁴²⁸. Con un menor número de listas únicas y una mayor participación, ciertos comportamientos poco democráticos del pasado tendieron a disminuir. Pese a todos estos cambios, los aires de renovación encerraban importantes límites. En las elecciones de la UOM, los sectores opositores al miguelismo, encabezados por Luis Guerrero, consiguieron imponerse en nueve de las 65 seccionales¹⁴²⁹, lo cual suponía un gran registro dadas las circunstancias, pero estaba muy lejos de suponer un reto a la titularidad de Miguel sobre el gremio. Declaraciones como la de Triaca, afirmando sobre su sindicato de plásticos que “al gremio lo manejamos los peronistas y no entra nadie que no sea peronista”¹⁴³⁰, también dejaban claro que desde las cúpulas se trataba de limitar al máximo las ventajas de las minorías.

Si todos estos aspectos reflejaban gran parte del nuevo paisaje sindical peronista durante los 80, la nota más característica de éste sería su gran división desde el punto de vista político (no tanto desde lo ideológico) y, nuevamente, desde su distinta concepción sobre cuál debía ser su rol en el partido. Esta división tenía, obviamente, muchas de sus raíces en el ya comentado periodo dictatorial, pero durante el periodo democrático se añadirían nuevos matices. La fluidez en los reagrupamientos y las alianzas también serían inherentes a este periodo, por lo que todo análisis estático peca de no poder captar esta compleja evolución. A grandes rasgos, no obstante, se podían distinguir cuatro grandes grupos sindicales. El principal de ellos seguiría estando constituido por las famosas 62 Organizaciones, dirigidas nuevamente, tras el paréntesis dictatorial por

¹⁴²⁷ Palomino, *op.cit.*

¹⁴²⁸ *Clarín*, 23/12/1984.

¹⁴²⁹ *Clarín*, 3/12/1984.

¹⁴³⁰ *El Bimestre*, 17, 3/10/1984.

Lorenzo Miguel. Las 62 expresaban, obviamente, una posición ortodoxa y pretendían mantener la gravitación sobre la marcha del partido de la que habían disfrutado en la década anterior¹⁴³¹. Sin embargo, como muestra de su progresiva pérdida de peso, si en teoría Las 62 debían ser la expresión política de la totalidad del gremialismo, poco a poco irán perdiendo esa voluntad abarcadora y se irán convirtiendo en una línea interna más.

Frente a ellos se situarían Los 25, a cuyo origen asistimos cuando repasamos el periodo dictatorial. Esta agrupación reunía a un heterogéneo conjunto de sindicatos, en su mayor parte pequeños y medianos, a excepción de los estatales y mecánicos. Con la irrupción de la Renovación, Los 25 se convertirían en el brazo sindical de la misma¹⁴³², frente a unas 62 Organizaciones que, salvo algunas excepciones, pasarían a ser el principal soporte de los sectores ortodoxos. Fruto de ello, en un claro paralelismo con lo que se buscaba en el partido, subrayarían en todo momento la importancia de la democracia interna y del respeto a las minorías dentro del movimiento sindical. Como señalaría su cara más conocida, Roberto García, en un plenario de la agrupación celebrado en la localidad de Carlos Paz: “aquí no hay matones que nos protejan y se respeta el libre debate de las ideas”¹⁴³³. En esa línea, en el contexto de preparación del congreso de Río Hondo, Rodrigo Digón afirmaría que “habrá que esperar a que, junto al proceso de elecciones sindicales y de normalización democrática de la CGT, también se democratice la columna vertebral del poder”¹⁴³⁴. Así, mientras Las 62 seguían de alguna forma bebiendo de la inspiración vandorista, Los 25 asumieron que en democracia la representación política se encontraba en los partidos y que los sindicatos, en todo caso, eran sus acompañantes.

Frente a otros agrupamientos donde lo ideológico sería un elemento totalmente laxo, Los 25 podían presumir de mantener una mayor homogeneidad en ese aspecto, pudiendo ser asimilada aproximadamente a una posición de centroizquierda. Como

¹⁴³¹ El discurso de Las 62 era clásicamente peronista. En un documento de abril de 1985 se afirmaría: “asistimos a la confrontación entre una democracia formalista originada en una falsa polarización del electorado y una realidad social que demanda una profunda transformación de estructuras impuestas al país”. *La Voz del Interior*, 25/4/1985. Vemos en este fragmento algunos elementos tradicionales, como la dicotomía entre democracia formal y la democracia con contenido social a la que aspiraban los sindicatos y una reivindicación del nacionalismo y la independencia económica.

¹⁴³² De hecho, a partir de mayo de 1986, Los 25 serían el motor principal del llamado Movimiento Sindical del Peronismo Renovador. *La Voz del Interior*, 31/5/1986.

¹⁴³³ *El Periodista*, 91, 30/5/1986.

¹⁴³⁴ *El Periodista*, 20, 25/1/1985.

recordaba también Digón: “con algunos compañeros de las 62 Organizaciones hay diferencias ideológicas. Son los que actualmente integran su conducción y vienen marcados desde el proceso militar (...). Con los demás las diferencias son metodológicas”¹⁴³⁵. No obstante, en su discurso y sus proposiciones no se atisbaba ningún elemento rupturista, sino que ambos comulgaban con el peronismo tradicional: “queremos la reactivación del aparato productivo a través de un proyecto nacional”, “nosotros también adherimos a las alianzas de clases, pero a partir de la pequeña y mediana burguesía y el empresariado nacional”.

En relación con ese compromiso político, Los 25 expondrían su posición en cuestiones sobre las que el resto de agrupaciones no se ocuparía, como, por ejemplo, el tema de los juicios a los militares: pedirían así la renuncia de Ramón Baldassini, quien guardó silencio ante el tribunal, no aceptando que al frente del movimiento “aparezcan personas que carecen de memoria y de dignidad y que se olvidan de los mártires”¹⁴³⁶.

En tercer lugar, desde su posición de secretario general de la CGT, Ubaldini iría creando su espacio propio con características muy especiales¹⁴³⁷. Para empezar, partía de la paradoja de encabezar la central sindical desde un gremio totalmente marginal. Sin embargo, pese a que su encumbramiento se debía eminentemente a la mano de Miguel, sabría ir poco a poco desembarazándose de esa tutela sin llegar nunca a una ruptura total, gracias sobre todo al prestigio obtenido por ser el secretario general de la central unificada y por su condición de cara visible contra el proyecto socioeconómico alfonsinista.

¹⁴³⁵ *El Periodista*, 54, 20/9/1985. Digón señalaría las diferencias ideológicas con las 62: “un movimiento nacional que contiene a la mayoría de la clase trabajadora evidentemente tiene que ser de izquierda”. “Cuando se habla de la izquierda algunos piensan que es necesariamente marxista-leninista, pero acá hay una izquierda nacional”. *La Voz del Interior*, 26/7/1986.

¹⁴³⁶ *Clarín*, 26/4/1985.

¹⁴³⁷ Ataviado con una sempiterna chaqueta de cuero negro, Ubaldini se convirtió en una figura icónica del panorama político de los 80. Por su personalidad y estilo cercano sería apodado como *Saúl querido*, nombre que también encerraba su propensión al discurso con una fuerte carga sentimental. Dada su tendencia a emocionarse durante sus discursos, se haría así muy popular la descripción que realizó de él Alfonsín al afirmar que “el país no está para mantequitas y llorones”. A ello, Ubaldini respondería con “llorar es un sentimiento, pero mentir un pecado”. Nació en 1936, en el barrio obrero de Mataderos, lo que ya casi naturalmente le predisponía a un criarse en un ambiente gremial. Tras pasar nueve años en el famoso frigorífico Lisandro de la Torre, donde comenzó su carrera sindical como delegado, en 1969 ocuparía un puesto en una fábrica de levaduras, siendo posteriormente elegido secretario general de la federación de cerveceros, muy poco antes del golpe de 1976. Frente a otros modelos de sindicalistas, a Ubaldini “amante de la vida familiar, no se le conocen más vicios que el mate, el asado y el fútbol. Ni siquiera tiene carné de conducir”. *ABC*, 13/11/1986.

Con un partido en horas bajas, Ubaldini se convertiría en lo más parecido a un líder de la oposición del gobierno radical durante los primeros años, encabezando una larga serie de paros gremiales. En el momento de mayor esplendor del ubaldinismo, entre mayo de 1985 y comienzos de 1987, la CGT lanzaría hasta seis huelgas nacionales. Lo haría, además, apelando a un discurso muy genérico y transversal, basado sobre todo en la carga sentimental que conseguía imprimir Ubaldini¹⁴³⁸. Más allá de su estilo personal, ese discurso reflejaba una búsqueda por conseguir una base de poder lo más amplia posible, paliando precisamente su principal carencia. Relacionado con ello, si Los 25 constituían el grupo más definible desde el punto de vista ideológico, el ubaldinismo conformaría la agrupación más ambigua y, dentro de la interna justicialista, siempre tratará de presentar una imagen de prescindencia y neutralidad no siempre bien conseguida¹⁴³⁹. El principal apoyo y fuente de consejos de Ubaldini se encontraría en los llamados *cinco latinos*, un heterogéneo y reducido grupo que, sin embargo, contaba con gran influencia, al representar a sindicatos con mucho peso económico¹⁴⁴⁰.

A partir de mayo de 1987 se uniría a ese triángulo un cuarto poder¹⁴⁴¹, los llamados 15 (oficialmente, Consejo del Trabajo y la Producción), que romperían con su aparición los ya de por sí precarios equilibrios anteriores. Liderados por Triaca, Los 15 bebían de la tradición de la CGT-Azopardo y proponían un modelo sindical muy diferente al propuesto por Ubaldini, basado no en la confrontación, sino en el buen entendimiento con los factores de poder. Como explicaba Triaca, “muchos no entienden que el nuestro no es un sindicalismo clasista, sino que está capacitado para convivir con otros sectores del cuerpo social, lo que lo convierte en un fenómeno

¹⁴³⁸ El discurso de Ubaldini contenía como tópicos las referencias a la situación de los jubilados, los bajos salarios y la deuda. Sobre el primer tema, resulta interesante cómo el secretario de la CGT trataba de incluir en su mensaje a sectores que, por su propia naturaleza, no podían formar parte de los sindicatos. *El Bimestre*, 29, 16/10/1986.

¹⁴³⁹ A pesar de todo, en varios de los textos firmados por Ubaldini se dejó patente un posicionamiento más acorde con la derecha tradicional del justicialismo. En la revista *Línea*, Ubaldini definió a la dirigencia del peronismo como fracasada, “cómplice del integrismo alfonsinista” y emparentaría a la Renovación con el “montonerismo”. Su posición era clásica: pedía un movimiento fuerte, “para hacer la patria que perdimos en el '55 y no se pudo reconstruir”. *El Periodista*, 90, 23/5/1986.

¹⁴⁴⁰ Los conocidos como *cinco latinos* fueron Alejo Farías (construcción), Aldo Serrano (Luz y Fuerza), Pedro Goyeneche (textiles), Miguel Cardone y Rubén Pereyra. Todos ellos habían formado parte de Gestión y Trabajo y, como recuerda Sandra Carreras, pese a su unión en esa coyuntura, poseían orígenes muy diversos. Cardone y Pereyra, por ejemplo, habían formado parte de la Juventud Sindical Peronista, una organización creada para frenar el impulso de la Tendencia. Carreras, *op.cit.*, p.130.

¹⁴⁴¹ Pese al panorama ofrecido, no debemos olvidar que hacia mediados de 1985, muchos sindicatos no habían quedado encuadrados en ninguna de las agrupaciones reseñadas. Villanueva, *op.cit.*, p.118. Además, existían otros círculos, de menos influencia, como Los 20 o los independientes.

único”¹⁴⁴². Acatando el plan alfonsinista de modernización, Los 15 pretendían formar una alianza con los capitanes de industria y con el gobierno y comenzar a acumular poder desde esa posición de privilegio. De hecho, dentro de esa estrategia, llegarían a colocar a uno de sus hombres, Carlos Alderete, como ministro de Trabajo. Los 15 nunca supondrían un sector mayoritario dentro del sindicalismo argentino, al menos numéricamente, pero representaban a gremios verdaderamente claves para el funcionamiento de la economía, como el de los petroleros estatales, el de la carne, textiles, banqueros o telefónicos. En su composición, se trataba de una agrupación bastante heterogénea: la mayoría de ellos provenía de la antigua CGT-Azopardo y de viejas agrupaciones como Los 20, pero también se daban casos como el Julio Guillán, antiguo miembro de la CGTA y Los 25.

Obviamente, en términos ideológicos, la mayor distancia dentro de estas agrupaciones se encontraba entre los 15 y los 25¹⁴⁴³, quienes señalarían que aquéllos ya no formaban parte del peronismo, pues “comparten el poder con un gobierno que ha negado permanentemente la presencia del movimiento obrero”¹⁴⁴⁴. Sin embargo, pese a estas diferencias, no debemos olvidar, como recuerda Carreras¹⁴⁴⁵, que las relaciones entre estos grupos eran sumamente fluidas y estaban basadas ante todo en consideraciones tácticas mucho más que en la ideología, elemento, por lo demás, débilmente presente. Como veremos a continuación, pese a todos los enfrentamientos y pese a toda la división, la premisa fundamental en la relación consistía en que todos estaban dispuestos a pactar con todos. Así veremos distintos realineamientos que afectarán, naturalmente, al desarrollo del movimiento obrero, pero que también tendrán incidencia directa en la interna partidaria, desplazando el grueso del apoyo sindical a uno u otro sector. No obstante, mientras esas corrientes iban teniendo lugar, resulta interesante subrayar una última característica del movimiento sindical peronista durante los 80: su importante rol de oposición al gobierno de Alfonsín, un papel que interpretó

¹⁴⁴² *El Bimestre*, 20, 13/3/1985. Triaca afirmaría ya en 1984 que “yo quiero el poder para ejercerlo en el mismo sentido que lo ejercía Vandor y estoy convencido de que el sindicalismo debe tener poder”. *El Periodista*, 132, 20/3/1987.

¹⁴⁴³ Para Cavalieri, de Los 15, “éste es un país capitalista; dejémonos de jorobar con eso del capital en función social o esos delirios de liberación”. *El Periodista*, 39, 7/6/1985.

¹⁴⁴⁴ *Clarín*, 21/8/1987. Pedroza criticaría también que “esta gente no tiene escrúpulos, han pactado con las dictaduras militares y apostaron a la derrota del peronismo”. *Página/12*, 9/9/1987.

¹⁴⁴⁵ Carreras, *op.cit.*, p.135.

con tanto entusiasmo, que desplazó del escenario, al menos hasta 1987, al propio partido.

6.3 La difícil relación entre los sindicatos y el gobierno de Alfonsín

Alfonsín y la UCR llegaron al gobierno portando consigo un nuevo relato de la convulsa historia reciente argentina. Desde su interpretación, gran parte de la responsabilidad en la enorme inestabilidad política de los últimos años se encontraba en el excesivo poder que habían acumulado las llamadas corporaciones, que habían conseguido poner en jaque a las tradicionales instituciones partidarias dentro del tablero político y democrático. El dardo, por supuesto, iba dirigido a las dos principales de esas corporaciones: las Fuerzas Armadas y los sindicatos y, consecuentemente, las primeras medidas del gobierno alfonsinista irán encaminadas a rebajar la influencia política de estos dos protagonistas. Más allá de aquella famosa denuncia del pacto militar-sindical, Alfonsín recordaría siempre durante la campaña el vínculo entre sindicalismo y autoritarismo y así afirmaría en agosto de 1983 que “es la misma estirpe burocrática que hoy fabrica la trampa, la que conspiró para el derrocamiento del Gobierno Constitucional en 1966 y el posterior ensayo corporativo; es la misma estirpe que se mezcló en el terrorismo de la Triple A cuando se pretendía controlar con el miedo a las bases sindicales”¹⁴⁴⁶.

Más tarde analizaremos cómo el gobierno gestionó la cuestión militar, pero el diagnóstico sería muy similar al que trataría de aplicar con los sindicatos. La premisa sobre la que se basaría su actuación pasaría por la idea de que la democratización no sería completa si ésta no llegaba también al interior de las organizaciones gremiales, que eran vistas como el coto privado de una burocracia justicialista cerrada a compartir el poder. Si las elecciones de 1983 habían demostrado que era posible derrotar al justicialismo en el plano político, ahora era necesario facilitar los mecanismos institucionales que consiguieran que ese pluralismo se diera también en la esfera sindical¹⁴⁴⁷. Teniendo en cuenta que el inicial proyecto económico radical pasaba por un

¹⁴⁴⁶ Citado en Aboy Carlés, *op.cit.*, p.213.

¹⁴⁴⁷ Desde el gobierno se insistía en la existencia de “una dicotomía; en lo político, la República se democratizó; no sindical, no”. *La Voz del Interior*, 18/12/1983. Su posición se resumía en el eslogan: “igualdad de oportunidades para todos, libertad y pluralismo”. *Clarín*, 16/1/1984.

acuerdo a tres bandas entre Estado¹⁴⁴⁸, empresarios y sindicatos, se entendía también la necesidad de que los tres actores fueran lo más legítimos posibles.

Para lograr dicho objetivo, la clave se encontraría en el proyecto de la llamada ley Mucci o Ley de Reordenamiento Sindical. Según este proyecto, inspirado sobre todo por la figura de Germán López¹⁴⁴⁹, la normalización de los gremios intervenidos debía realizarse permitiendo la mayor pluralidad, a partir de unos comicios internos garantizados y tutelados por el gobierno, en una renovación de abajo hacia arriba. De esta manera, el proyecto contemplaba que se debían realizar elecciones para la normalización de todos los sindicatos en un plazo inferior a 120 días, “bajo contralor de la justicia electoral”¹⁴⁵⁰. Además, frente al sistema mayoritario habitualmente empleado, si una minoría llegaba al 25 % de los votos, obtenía un tercio de los puestos de la conducción.

Como era natural, el proyecto provocó el rechazo de todo el arco justicialista. Resulta interesante observar cómo en este punto las fronteras entre lo que era el partido y lo que era la esfera sindical se desdibujaron más todavía, pues se daba la paradoja de que si bien eran los gremialistas los que más se jugaban en el futuro en este momento, eran los legisladores del partido quienes debían votar o rechazar el proyecto.

El diputado Torcuato Fino dejaría clara la existencia de esos vasos comunicantes entre ambas partes argumentando que “todo ataque o eventual lesión a sus estructuras [del sindicalismo] significaba “un ataque a la totalidad del peronismo””¹⁴⁵¹. Las críticas llegarían, por tanto, desde todos los flancos del movimiento. El partido, que, no olvidemos, estaba encabezado en ese momento por Lorenzo Miguel, lanzaría un comunicado en el que reflejaba que Alfonsín “quiere cercenar la libertad y la democracia

¹⁴⁴⁸ Gaudio y Thompson, *op.cit.*, pp.20-21.

¹⁴⁴⁹ Germán López es retratado por Joaquín Morales Solá como “un integrista ideológico, convencido de que la coherencia es el patrimonio más valioso de un político Morales Solá, Joaquín. *Asalto a La Ilusión. Historia Secreta Del Poder En La Argentina Desde 1983*. Buenos Aires: Planeta, 1992, p.109. Amigo personal de Alfonsín, de pasado socialista, había sido funcionario durante el gobierno de Illia, siendo también apartado a consecuencia del golpe. El radicalismo, sin embargo, no era monolítico al respecto. Otros políticos de peso, como los diputados Tróccoli o Pugliese representaban posiciones más contemporizadoras en la relación con el sindicalismo. Desde el peronismo se veía a figuras como Germán López como tecnócratas alejados de la vida y las luchas reales por la democracia. Según Britos, “los tecnócratas no han hecho nada por institucionalizar el país, estaban escondidos debajo de la cama y ninguno pisó una cárcel”. *Clarín*, 2/3/1984.

¹⁴⁵⁰ *La Voz del Interior*, 18/12/1983.

¹⁴⁵¹ *La Voz del Interior*, 22/1/1984. En el mismo sentido, el diputado Lorenzo Pepe señalaría: “lo que se intenta es quebrar a las organizaciones obreras, producir fracturas en su seno para atacar por elevación al peronismo en su médula sindical”. *Clarín*, 27/1/1984.

sindical”, “no solamente no deroga la ley de la dictadura militar, sino que no tiene en cuenta que ese pseudo-instrumento legal fue repudiado por la multipartidaria”¹⁴⁵². Desde el Consejo Federal se señalaría que “repudiamos con toda energía el proyecto (...) atentos a que de los fundamentos del mismo se desprende la clara intención de balcanizar al movimiento obrero organizado”¹⁴⁵³.

Por supuesto, desde Las 62 se concebía el proyecto como “un disfraz que pretende ocultar ideologías extranjerizantes ajenas al sentir nacional y cristiano del movimiento obrero argentino”¹⁴⁵⁴. Desde su punto de vista, expresada en un plenario de la organización, el gobierno necesitaba “descabezar al peronismo y quebrar su columna vertebral”, así “quedaba despejado el camino para cumplir los compromisos internacionales contraídos antes de las elecciones, firmar los acuerdos con el FMI y pasar a un segundo plano la cuestión de los desaparecidos y las investigaciones sobre los ilícitos cometidos por los personeros de la patria financiera”¹⁴⁵⁵.

Más allá de la filosofía general, desde lo práctico, las diferencias entre el proyecto del gobierno y los sindicatos se centraban básicamente en el porcentaje de los avales necesarios para la presentación de listas¹⁴⁵⁶ y, sobre todo, a la cuestión de los delegados ministeriales para la normalización de los gremios intervenidos¹⁴⁵⁷. En el proyecto alternativo que presentaron conjuntamente ambas CGT ante el bloque de diputados justicialista, en contraste con el plan oficial, no se hablaba, por ejemplo, de la representación de las minorías, ya que se defendía que la convocatoria a internas debía realizarse según los estatutos vigentes y sin la necesidad de cesar previamente a los mandatos en prórroga¹⁴⁵⁸. Con ello querían subrayar el principio de “autonomía sindical” contra lo que consideraban una intromisión del Estado en los asuntos gremiales.

Dentro de todas esas críticas al proyecto, resultaba curioso, teniendo en cuenta cómo se había desarrollado la anterior relación entre Estado y sindicatos que el

¹⁴⁵² *Clarín*, 27/1/1984.

¹⁴⁵³ *Clarín*, 13/1/1984.

¹⁴⁵⁴ *El Bimestre*, 13, 27/1/1984.

¹⁴⁵⁵ *El Bimestre*, 15, 16/5/1984.

¹⁴⁵⁶ El peronismo exigía un mínimo del 5 % del padrón total para los avales, mientras que los radicales querían reducir el requisito al 2 %. *La Voz del Interior*, 11/3/1984.

¹⁴⁵⁷ *La Voz del Interior*, 11/3/1984.

¹⁴⁵⁸ *Clarín*, 5/1/1984.

cordobés Aráoz argumentara que “no puede un gobierno democrático inmiscuirse en la organización sindical, ya que con esa actitud consagra un grosero intervencionismo que tiende a coartar la libertad gremial”¹⁴⁵⁹.

En Diputados, el proyecto se aprobaría gracias al apoyo de partidos como el Partido Autonomista Liberal, el Movimiento Popular Jujeño y otras organizaciones provinciales¹⁴⁶⁰, pero al precio de un arduo debate en una tumultuosa sesión que debió ser interrumpida cuando Iglesias y varios de sus seguidores irrumpieron en el recinto¹⁴⁶¹. Por lo demás, las intervenciones resultan interesantes ya que desde ambos sectores se acusaron de estar ocultando sus verdaderas intenciones. El diputado radical Sanmartino señalaría que los dirigentes con mandato prorrogado debían su posición a “una disposición graciosa del ministro de Trabajo de turno de la dictadura militar”¹⁴⁶². El peronista Lorenzo Pepe, por el contrario, acusaría de que “soto voce el radicalismo quiere quedarse con un pedazo del movimiento obrero. Me parece legítimo, pero que no nos digan que quieren democratizar el movimiento sindical sino confrontar ideologías”¹⁴⁶³.

Como fuera, el proyecto original salió modificado de la Cámara Baja y se preparó para su prueba de fuego en el Senado, donde la UCR tenía más complicado conseguir la mayoría. Allí sería Oraldo Britos, al que vimos como uno de los primeros líderes de la Renovación, la cara visible de la oposición al radicalismo, como presidente de la Comisión de Trabajo y Prevención. El santiagueño basaría su intervención en combatir la figura del delegado transitorio designado por el ministerio de Trabajo, sustituyéndola por la de un veedor “sin las atribuciones que le confiere la iniciativa oficial”¹⁴⁶⁴. Frente a la concepción de los sindicatos como una corporación cerrada y poco amante de la democracia, Britos afirmarí que la ley “pretende meterse donde no

¹⁴⁵⁹ *La Voz del Interior*, 4/1/1984.

¹⁴⁶⁰ Además del justicialismo, también la Democracia Cristiana, la Ucedé y el Partido Intransigente votaron contra el proyecto radical.

¹⁴⁶¹ *Clarín*, 12/2/1984.

¹⁴⁶² *Clarín*, 11/2/1984.

¹⁴⁶³ *Clarín*, 11/2/1984.

¹⁴⁶⁴ *Clarín*, 21/2/1984.

corresponde al Estado y es inoportuna porque a la democracia no sólo la defenderán los radicales pero también nosotros, los trabajadores peronistas”¹⁴⁶⁵.

Sin el apoyo de los votos claves de Felipe Sapag, que con su pequeño Movimiento Popular Neuquino se demostró clave para inclinar la balanza a uno u otro lado, el proyecto radical sería rechazado en el Senado por una diferencia de dos votos. El episodio supondría la primera derrota parlamentaria del gobierno, que veía cómo uno de sus proyectos estrella era tumbado en los primeros meses de su mandato, y marcaría el inicio oficial de una conflictiva relación con los sindicatos.

El capítulo de la malograda Ley de Reforma Sindical conllevaría además una importante consecuencia colateral, ya que provocó, aunque fuera indirectamente, la reunificación de las dos CGT. Lo que no había sido capaz de conseguir ni la oposición a la dictadura ni la llegada de la democracia lo consiguió la amenaza de un cambio en las reglas de juego al interior de los sindicatos que podía desequilibrar totalmente el estatus conocido. La idea de esta reunificación era además la de ofrecer una imagen de unidad frente al gobierno, que, obviamente, tenía un sentido mucho más político que estrictamente sindical. De esta manera, tras varias reuniones se optó por una solución de compromiso de una conducción con cuatro secretarios generales provisionales, dos por cada central sindical: Ubal dini y Osvaldo Borda, por parte de la antigua CGT-RA, y Triaca y Baldassini por la CGT-Azopardo¹⁴⁶⁶.

Tras esta derrota, ya en un contexto de mayor distensión sin Mucci y sin Germán López, el gobierno llegará a un acuerdo con la CGT para la normalización sindical que recibirá la aprobación peronista en el parlamento¹⁴⁶⁷. Lejos de aquel

¹⁴⁶⁵ *Clarín*, 15/3/1984. Britos, consciente de que las más gruesas críticas del gobierno provenían de ese flanco, insistiría en que “el movimiento obrero no es desestabilizador”, “fue el sector que más sufrió la dictadura militar, porque sufrió intervenciones, hombres torturados y presos”. *El Bimestre*, 14, 15/3/1984.

¹⁴⁶⁶ Pese a todo, las negociaciones no resultaron sencillas. Los 20, uno de los componentes de la central de Azopardo, no asistirán al plenario en el que se selló la unidad, ya que veían el acuerdo como una decisión unilateral del resto de la agrupación. Según Jorge Luján, uno de los rivales de Triaca, el pacto había sido un “golpe bajo”. *Clarín*, 16/1/1984.

¹⁴⁶⁷ Tras el fracaso, se produce un cambio en el planteamiento del gobierno en la relación con la CGT. Alfonsín elegirá al dirigente fideero Hugo Barrionuevo como su delegado para la normalización gremial. *El Bimestre*, 14, 28/3/1984. Barrionuevo propondría un nuevo proyecto, en el que se preveía la aplicación del “régimen electoral contemplado en las disposiciones estatutarias de cada sindicato”, aunque introduciendo el “contralor de la Justicia Electoral Nacional”. Este esquema, que daba amplia libertad a cada gremio para organizar sus internas, serviría de base para la solución finalmente adoptada. *La Voz del Interior*, 11/5/1984. Por su parte, Juan Manuel Casella, de carácter mucho más conciliador, sustituirá a Mucci al frente del ministerio de Trabajo. Por supuesto, los opositores a las cúpulas criticarían el nuevo rumbo que tomó la normalización sindical. Avelino Fernández, uno de los opositores a Miguel en el seno

esquema de renovación de abajo hacia arriba, se aplicó un sistema casi totalmente opuesto, con el que las cúpulas de ese momento controlaban gran parte del proceso¹⁴⁶⁸. Como muestra de ello, las juntas electorales, siempre afines a las conducciones previas, obtuvieron así una importancia capital en la gestión de las elecciones y actuaron con sumo celo en muchas ocasiones, impidiendo la presentación de ciertas listas e incluso exigiendo pericias caligráficas para comprobar los avales¹⁴⁶⁹.

La ley Mucci fue la primera señal de que los sindicatos, pese al desgaste provocado por la dictadura, seguían contando con una fuerza suficiente como para influir en las decisiones políticas más importantes, en una posición que se encargarían de defender en los años siguientes. Como ya hemos mencionado, la CGT encabezada por Ubal dini se convertirá en ese periodo en la principal oposición al gobierno de Alfonsín, realizando una constante y global crítica a su programa económico y social. Más tarde analizaremos con más detenimiento las distintas fases y orientaciones que se sucedieron en estos seis años, pero pese a las grandes diferencias entre la filosofía defendida por Bernardino Grinspun y la del último Juan Vital Sourrouille, la oposición sindical conocerá pocos altibajos¹⁴⁷⁰.

Frente al proyecto de raíz neokeynesiana de Grinspun, el primer ministro de Economía de la democracia, la CGT-RA emitirá un documento, a apenas un mes de la asunción del gobierno, en el que subrayaba las continuidades con el pasado dictatorial. Desde su punto de vista, la política económica “continúa siendo la misma de la dictadura militar, es decir, otorgar aumentos siempre por debajo del crecimiento de los precios”¹⁴⁷¹, calificando además de “obra macabra” el aumento salarial dispuesto anteriormente. Posteriormente, afirmarían que la política de Grinspun “significa lisa y llanamente continuar con la política económica impuesta por la nefasta gestión de Martínez de Hoz”, ya que pretendía recomponer “el esquema agropastoril

de la UOM señalaría que “a través del reglamento electoral aprobado se ha distorsionado el objetivo que tanto declamaron las autoridades del gobierno en cuanto a garantizar la democracia interna en las organizaciones gremiales”. *La Voz del Interior*, 24/7/1984.

¹⁴⁶⁸ Que las conducciones prorrogadas siguieran al frente de los gremios durante la convocatoria y preparación de las internas no resultaba en modo alguno inocente. La prolongación de las prórrogas suponía un mayor poder que se tradujo en una mayor concentración de listas únicas en aquellos sindicatos con direcciones prorrogadas. Gaudio y Thompson, *op.cit.*, p.83.

¹⁴⁶⁹ Palomino, Héctor: “Elecciones en la UOM: un espejo de la normalización sindical”. *El Bimestre*, 19, 1985.

¹⁴⁷⁰ Como sugiere Carreras, un indicador de lo desgastante de la relación entre gobierno y sindicatos fue la escasa duración de los mandatos de los distintos ministros de Trabajo. Carreras, *op.cit.*, p.201.

¹⁴⁷¹ *El Bimestre*, 13, 4/1/1984.

históricamente agotado”¹⁴⁷². La comparación tenía su asidero en la negociación de los radicales con el FMI y otros organismos internacionales en la cuestión de la deuda externa, que también sería una constante, como veremos, de los ataques de la CGT.

Asumiendo ese rol de oposición, la CGT llegaría a preparar varios proyectos económicos alternativos. Tanto el Plan Austral, como, ya en un contexto muy diferente, el Plan Primavera recibirían también el total rechazo por parte de la central¹⁴⁷³. En realidad, la reacción del arco sindical sobre el Austral no resultó uniforme. Mientras que Triaca señaló que “el plan es cosa de locos, parece que el país estuviera descerebrado”¹⁴⁷⁴, Miguel señalaría en un primer momento que “hemos recibido con agrado” un plan ante el que los trabajadores “no les queda otro remedio que colaborar”¹⁴⁷⁵. Posteriormente, cuando quedaron más claras las limitaciones del Austral, las críticas fueron mucho más generalizadas. Para el octavo paro, la CGT anunció que “irán a trabajar los que estén conformes con el Plan Austral y se quedarán en su casa quienes lo repudian”¹⁴⁷⁶. Por su parte, el rechazo al Plan Primavera, por ejemplo, se basaría en la “plena convicción de que las medidas confabuladas con la especulación interna y la usura internacional tienen como principales víctimas a los trabajadores activos y pasivos”¹⁴⁷⁷.

Asumiendo competencias que correspondían más bien a un partido, a mediados de 1985 la CGT lanzaría por ejemplo una propuesta socioeconómica que resulta interesante para conocer el pensamiento y los requerimientos de la central, pero también para observar las tensiones y distintos puntos de vista que se escondían en ella. Inspirado en el trabajo del economista y exministro Alfredo Gómez Morales, vinculado a los sectores más conservadores del partido, pero con varias modificaciones por parte

¹⁴⁷² *El Bimestre*, 16, 21/7/1984.

¹⁴⁷³ En un próximo capítulo analizaremos con más detenimiento en qué consistían estos planes del gobierno.

¹⁴⁷⁴ *El Bimestre*, 21, 15/6/1985.

¹⁴⁷⁵ *El Bimestre*, 21, 26/6/1985. Así, la oposición de Las 62 al Plan Austral sólo cristalizó de manera paulatina. Todavía en agosto de 1986 desde esa agrupación se pensaba que el plan contaba con credibilidad y sostendrían que “nosotros no queremos ser los factores desencadenantes del fracaso”. *Clarín*, 12/8/1986.

¹⁴⁷⁶ *El Bimestre*, 31, 6/1/1987.

¹⁴⁷⁷ *Clarín*, 3/8/1988. No es casual, como ya comentamos, esta mención a los llamados “trabajadores pasivos”, es decir, en paro y, por lo tanto, no pertenecientes a la esfera sindical. La crítica al plan Primavera continuaría con argumentos como “los trabajadores no estamos dispuestos a ser uncidos como esclavos al carro de los fracasos de esta conducción económica”. *Página 12*, 3/8/1988.

de Los 25 y el círculo en torno a Lavagna¹⁴⁷⁸, el programa admitía que “la economía argentina clama por un reajuste”, pero sostenía al mismo tiempo que éste no debía ser “dependiente de los criterios de los centros financieros internacionales”. De esa manera, “nuestra solución reside, pues, en capitalizar el país. A su vez, un país se capitaliza de una sola manera: trabajando”¹⁴⁷⁹. Desde esta posición heterogénea, más que un programa económico elaborado y minucioso, lo que ofrecía la CGT era una enumeración de problemas a resolver y reivindicaciones que pasaban por medidas muy generales y en ocasiones hasta contradictorias, como la mejora de los salarios, la convocatoria de paritarias, atraer la inversión y el descenso del déficit fiscal, pero “con preservación de la estabilidad laboral del personal del Estado”¹⁴⁸⁰.

Lejos de la concertación implícita que suponía el Plan Austral, el sindicalismo ubaldinista se lanzaría a una enmienda global de la política económica, sin comprometerse con el plan antiinflacionario. Sería este momento, a finales de 1985 y principios de 1986, la etapa más encrespada entre el gobierno y el gremialismo¹⁴⁸¹. Como reflejo de esa coyuntura, en febrero de 1986 la CGT lanzó su famoso programa de 26 puntos, sobre los que girarían las futuras reivindicaciones de la central obrera. Como explica Carreras, más que un plan elaborado con detalladas soluciones, los 26 puntos expresaban más bien un catálogo de demandas sin mayor desarrollo, desde la moratoria de la deuda hasta el reclamo de una mayor inversión pública, pasando por la sempiterna petición de anular las leyes laborales firmadas durante la dictadura¹⁴⁸². De esa manera, los 26 puntos resumían la posición escasamente altruista de la CGT, poco dada a apoyar el esfuerzo que le pedía el gobierno para combatir la inflación, y, al mismo tiempo, subrayaban la escasa concreción de sus reclamos económicos.

Más allá de la publicación de estos programas, la medida de presión principal sobre el gobierno serían los paros generales, una herramienta tan utilizada que Alfonsín asistiría a la convocatoria de trece huelgas nacionales. La primera de ellas se realizaría en

¹⁴⁷⁸ *Clarín*, 29/3/1985.

¹⁴⁷⁹ *El Bimestre*, 20, 29/3/1985.

¹⁴⁸⁰ *El Bimestre*, 20, 29/3/1985.

¹⁴⁸¹ Recordaba Alfonsín en sus memorias políticas que “en los casi seis años de mi gestión se produjeron más de 3.000 paros y 13 huelgas generales. Desde junio de 1985 a mayo de 1986 hubo 411, cifra única en el mundo a pesar de que el nivel de desocupación era del 6%, ínfimo en comparación con el 18% alcanzado en la gestión que me sucedió y el más del 20% al que trepó lastimosamente luego”. Citado en Quiroga, Hugo: *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa, 2005, p.38.

¹⁴⁸² Carreras, *op.cit.*, p.235.

agosto de 1984 y supuso un duro golpe para el gobierno, pues estaba dirigida “contra la inflación, contra la desocupación, contra la especulación y contra el saqueo de los salarios”, en una suerte de enmienda a la totalidad de la política económica¹⁴⁸³. En realidad, el resto de paros tendría también como fundamento reivindicaciones igual de básicas y generales, muy alejadas de pronunciamientos concretos. La cuarta huelga general se lanzaría, por ejemplo, “contra la miserable política de ajuste salarial (...) atenta sólo a las exigencias del FMI”¹⁴⁸⁴.

Era cierto, al menos desde sus cálculos, que estas medidas de fuerza tenían que ver con el progresivo empeoramiento de las condiciones de los trabajadores. Para el séptimo paro, convocado para octubre de 1986, la CGT había estimado que el salario de los trabajadores había caído un 30 % desde la implementación del Plan Austral a mediados de 1985¹⁴⁸⁵. Sin embargo, el hecho de que en numerosas ocasiones las reivindicaciones sindicales coincidieran con los objetivos declarados por el gobierno en sus planes económicos (como el descenso del déficit fiscal o el aumento de los salarios) nos conduce a pensar que existía, en la mayoría de las ocasiones, una finalidad política de presionar al Ejecutivo a la hora de convocar los paros.

En realidad, muchas veces las huelgas y las medidas de presión respondían más bien al clásico modelo de presionar y negociar que en tantas otras ocasiones había empleado el sindicalismo peronista en el pasado¹⁴⁸⁶. Como explicó Sandra Carreras, los réditos obtenidos por los gremios poco tenían que ver con sus reclamos públicos. Ocurrió, por ejemplo, cuando se planteó un plan de lucha para exigir “un cambio de rumbo” en la política económica que puede “disgregar la Nación y entregarla inerme a la dependencia colonial”, pero que sería suspendido ante la propuesta gubernamental de conciliación¹⁴⁸⁷. La segunda fase del plan de lucha de 1985, recuerda Carreras, se suspendió, por su parte, porque Alfonsín se comprometió a impulsar la normalización

¹⁴⁸³ *La Voz del Interior*, 24/4/1984.

¹⁴⁸⁴ *El Bimestre*, 25, 3/1/1986.

¹⁴⁸⁵ *El Periodista*, 108, 3/10/1986.

¹⁴⁸⁶ Un buen ejemplo de esta táctica se dio en las horas previas del décimo paro, en diciembre de 1987, cuando Ubaldini anunció que “esperaremos hasta las 13.59 del 8 de diciembre para encontrar soluciones y suspender la huelga”. Como contrapartida, exigían un aumento salarial, la subida del salario mínimo, un reajuste para los jubilados y un plan para la reactivación. *Página/12*, 25/10/1987.

¹⁴⁸⁷ *El Bimestre*, 15, 14/6/1985. Tras retirar el plan de lucha, la CGT recuperó su sede histórica en la calle Azopardo.

de la CGT de acuerdo con los parámetros de ésta, un gran avance para los intereses de la central obrera, pero con escasa vinculación directa con lo reivindicado¹⁴⁸⁸.

Pese a todos esos indicios, Ubaldini nunca reconocerá que sus acciones traspasaban lo puramente sindical y se adentraban en la arena política. Afirmaría en consencuencia que “la CGT no ha avanzado sobre la política. Se mantiene en un planteo socio-económico. Ha avanzado, sí, en la gran política nacional, que es la defensa de la democracia”¹⁴⁸⁹. Pese a estas declaraciones, su recurrencia a los pactos estaba también muy relacionada con la política interna del justicialismo. No debemos olvidar que el secretario de la CGT sólo encabezaba un pequeño sindicato y apenas poseía una base de poder propia. Ubaldini tenía, pues, en la movilización constante su mejor arma para conservar el poder interno y caminar sin demasiados daños en el extremadamente fragmentado y conflictivo contexto del sindicalismo peronista¹⁴⁹⁰. Ello explica también que muchas de las razones de su lenguaje tan agresivo hacia el gobierno, al que llegaría a dirigir en un acto el mensaje de “o el gobierno cambia su política o se va”¹⁴⁹¹. Sin esa especie de constante huida hacia delante, el resto de agrupaciones justicialistas podrían haber reclamado su cabeza al frente de la central sindical¹⁴⁹². Muy al contrario, ese rol de opositor que ofrecía Ubaldini podía resultar útil a todos los actores en juego, incluido, paradójicamente, el gobierno blanco de las críticas.

Desde el Ejecutivo se respondería a estas medidas de fuerza recordando su finalidad eminentemente política: “la grave situación que atravesamos los argentinos no debe ser utilizada como excusa para recuperar espacios políticos perdidos”¹⁴⁹³. Apelando a una posición realista, Alfonsín recordaría que “la economía no da para otorgar los

¹⁴⁸⁸ Carreras, 210.

¹⁴⁸⁹ *La Voz del Interior*, 9/3/1986.

¹⁴⁹⁰ Por supuesto, su posición invariablemente dura con el gobierno no hacía de él necesariamente en un buen negociador, pero al menos lo convertía en una figura muy estimada por las bases, que se reconocían en su discurso, alejada de las sutilezas y las negociaciones de la política real.

¹⁴⁹¹ *La Voz del Interior*, 17/5/1985.

¹⁴⁹² En este apartado nos hemos centrado en la relación entre la CGT y el gobierno, pero no debemos olvidar que Ubaldini tampoco disponía de la fuerza para imponer siempre sus puntos de vista al resto del universo gremial. De hecho, el secretario amenazó con renunciar a su cargo al sospechar que los miguelistas habían acordado con el Ejecutivo algún tipo de “pacto social”. Hugo Curto, por el contrario, defendería que cada gremio tenía el derecho de tener negociaciones independientes. *El Bimestre*, 31, 21/2/1987. A la Renovación tampoco le entusiasmaría demasiado el papel duro de Ubaldini y consideraba que “expresa un antirradicalismo furioso que apenas sirve para conmover al sector laboral más primitivo y los marginales”. *El Periodista*, 108, 3/10/1986.

¹⁴⁹³ *La Voz del Interior*, 17/5/1985.

incrementos que nosotros quisiéramos”¹⁴⁹⁴. En realidad, al Ejecutivo le convenía tener como adversario a un sindicalista como Ubaldini. A fin de cuentas, sus presiones y su discurso no se podían traducir directamente en votos, por mucho que representara a una forma de entender el peronismo. Pese a que el secretario general coqueteó con entrar en la política formal y hasta colocó los pilares de una línea interna llamada Pan, Paz y Trabajo, nunca abandonaría durante esa década una posición en la que se sentía cómodo, aparte de carecer de los recursos y apoyos para lograrlo.

Por supuesto, dentro de este contexto de enfrentamiento general, la relación entre gobierno y sindicatos pasaría por numerosas fases. En algunos momentos la tensión alcanzó picos de gran gravedad, mientras que se dieron algunos valles que permitieron una cierta negociación y la puesta en práctica de una idea de concertación. De hecho, Alfonsín tratará de atraer a un sector del gremialismo, el de Los 15, nombrando como ministro de Trabajo a Carlos Alderete. El intento tendría un resultado desastroso para el gobierno, con un Alderete en continuo conflicto con Sourrouille y convertido más en el caballo de Troya de los sindicatos en el Ejecutivo que en la pretendida figura opuesta¹⁴⁹⁵. No obstante, demostró que la relación entre unos y otros resultaba mucho más compleja que lo que indicaba la apariencia. Así, la jugada, por supuesto, provocó reacciones muy diferentes en cada una de las agrupaciones gremiales y en cada una de las líneas políticas del peronismo. Para los renovadores, la llegada de Alderete fue vista como “una maniobra de corte electoral que responde al terror del oficialismo de ser derrotado en las próximas elecciones nacionales”¹⁴⁹⁶. Para Saadi, en cambio, se trataba de “una conducta a seguirse por cualquier partido político que esté en el gobierno”¹⁴⁹⁷.

Este equilibrio, sin embargo, no sería eterno, como estudiaremos a continuación. A partir de 1987 “el Partido Justicialista desplaza a la CGT del rol protagónico de la

¹⁴⁹⁴ *La Voz del Interior*, 14/1/1986.

¹⁴⁹⁵ Alderete afirmaría por ejemplo que “el enemigo estructural de la carter labor es Economía” y que “no hay diferencia entre el pensamiento de la CGT y la posición del Ministerio de Trabajo”. *El Bimestre*, 35, 4/9/1987.

¹⁴⁹⁶ *El Bimestre*, 32, 1/4/1987. La llegada de Alderete supuso una gran sorpresa para los renovadores, que debatieron lanzar su respuesta ante la nueva situación. En cualquier caso, la opinión generalizada era la de relativizar los cambios que podía suponer la nueva situación: “tenemos la obligación de advertir que una nueva frustración acecha: el Gobierno ha ratificado su política económico-social y su actual modelo de pago de la deuda externa”. *Clarín*, 2/4/1987. Como muestra de la variedad de criterios, el bonaerense Macaya afirmaría que “no es sólo una simple maniobra electoral”, sino el reconocimiento de que “ante la gravedad de la crisis no pueden seguir gobernando solos”. *Clarín*, 16/4/1987.

¹⁴⁹⁷ *El Bimestre*, 32, 8/4/1987.

oposición al gobierno”¹⁴⁹⁸. El cambio resultará gradual, al menos desde la distancia temporal que estamos considerando, pero supondrá un giro en la manera de entender el peronismo y su inserción en el sistema político. Obviamente, en esa transformación tuvo una incidencia clave la acción de la Renovación y su impulso por hacer del partido el elemento central de la acción política, pero el desgaste que supuso la propia interna sindical también facilitaría esa transición.

6.4 La interna sindical durante los años 80

Como ya apuntamos, el sindicalismo argentino de los 80 estaba conformado por una confusa mezcla de siglas y números, con escasas diferencias ideológicas entre ellos y que, para colmo, tenían la tendencia de cambiar de aliados en cada coyuntura. De esa manera, lejos de configurar bloques monolíticos, las distintas corrientes sindicales jugarán su propia interna, que afectará y se verá afectada por lo que estaba ocurriendo en el partido. Como veremos a continuación, Las 62, Los 25, los ubaldinistas y Los 15 se acercarán y alejarán entre sí en numerosas ocasiones, sin mayor patrón que la oportunidad y la búsqueda de mayores cuotas de poder, demostrando en la práctica la complejidad del fenómeno.

A pesar de la reunificación, a principios de 1984, de las dos CGT que surgieron en el contexto de la dictadura, las diferencias que separaban al miguelismo de Los 25 seguían presentes y se acentuarían bajo un esquema que, salvando las distancias, reproduciría en lo sindical lo vivido entre renovadores y ortodoxos en el contexto de los congresos de Odeón y Río Hondo. Obviamente, Las 62 miguelistas fueron el principal sostén del odeonismo y los principales impulsores del malogrado ascenso de Vernet a la vicepresidencia¹⁴⁹⁹. Los 25, aliados en ese momento con Gestión y Trabajo, por el contrario, se enmarcarían en el campo opositor y en un primer momento hasta trazarían una alianza con Grosso y Cafiero con la idea de colocar un secretario general

¹⁴⁹⁸ Villanueva, *op.cit.*, p.153.

¹⁴⁹⁹ Por supuesto, Las 62 rechazaron lo adoptado en el congreso riohondista y las distintas disposiciones judiciales que le otorgaban validez. Como señalarían al defender la celebración de un congreso único: “nuestra unidad es un acto de voluntad política que está por encima de trámites judiciales e interferencias ajenas”. *La Voz del Interior*, 6/6/1985.

añ al frente de la CGT¹⁵⁰⁰. Fruto de esa alianza, en el congreso de Río Hondo, Roberto García, de Los 25, sería nominado vicepresidente segundo partidario, mientras que Délfór Giménez, de Gestión y Trabajo, sería designado secretario gremial¹⁵⁰¹.

En ese contexto de división, la normalización de Las 62, que continuaban en un limbo legal desde la época de la dictadura, no podía dejar ser polémica. En un baile de alianzas que veremos varias veces repetido, si bien la agrupación Gestión y Trabajo había estado al lado de Los 25 en las primeras semanas de esta coyuntura, pronto se colocarían del lado del miguelismo. A fin de cuentas, pese a la ambigüedad que solía subyacer tras los lazos y reagrupamientos sindicales, la alianza entre renovadores y los antiguos participacionistas parecía un tanto *contra natura*, dada la distancia ideológica que les separaba. En realidad, la cercanía de Gestión y Trabajo a la Renovación se trató más bien de un movimiento táctico con el que pretendían colocarse en una mejor posición para presionar a Miguel¹⁵⁰².

Los 25, en verdad, no desconocían la legitimidad de Las 62 como expresión política de la totalidad del gremialismo peronista, al menos en esos momentos, pero sí que criticaban que la institución se identificara automáticamente con el miguelismo¹⁵⁰³. Su objetivo pasaba, pues, por conseguir una nueva conducción de Las 62 sin la hegemonía del líder metalúrgico y, para tal fin, contaban con que el reconocimiento judicial al congreso de Río Hondo les confiriera una ventaja decisiva¹⁵⁰⁴. Sin embargo, la dinámica negociadora del justicialismo, en aras de conseguir un congreso de unidad, frenaría ese impulso. En el mismo sentido, la alianza entre Gestión y Trabajo y el miguelismo resultaría también muy desgastante para Los 25. Como reflejaban en *El Bimestre*: “la movida triaquista pone en dura disyuntiva a los 25 (...) relegar la discusión ideológica a riesgo de mezclarse con los métodos que vienen cuestionando o corren el

¹⁵⁰⁰ *La Voz del Interior*, 30/12/1984. Triaca defendería por ese entonces la necesidad de la Renovación señalando que “hay que evitar la alvearización del justicialismo”, “la propuesta que estamos esbozando, en ese grupo renovador, es una sola: el voto directo y secreto de los afiliados. Algunos dicen que eso anula al movimiento; eso es una mentira”. En ese momento, el dirigente plástico apostaba por “un Consejo con cuatro representantes por cada rama”. *La Voz del Interior*, 23/12/1984.

¹⁵⁰¹ Como muestra de ese compromiso y de ese paralelismo entre lo político y lo sindical, García señalaría que “la renovación” debe extenderse a Las 62, “donde impera la misma metodología del teatro Odeón”. *La Voz del Interior*, 7/2/1985.

¹⁵⁰² *El Periodista*, 39, 7/6/1985.

¹⁵⁰³ Según García, Miguel debía ir al plenario como “representante de la UOM y nada más”, puesto que “de ahora en más no pueden existir liderazgos personales”. *La Voz del Interior*, 19/2/1985.

¹⁵⁰⁴ *La Voz del Interior*, 28/2/1985.

peligro de quedarse fuera de las gestiones de unidad”¹⁵⁰⁵. La elección entre permanecer en una posición principista o tratar de negociar tendrá consecuencias prácticas, como fue la del alejamiento de la Unión Ferroviaria, uno de los gremios más importantes del agrupamiento, cuyos miembros opinaban que la lucha y el debate se debían realizar desde el interior de Las 62 y no desde una posición aislada¹⁵⁰⁶.

Durante las negociaciones, Los 25 exigieron que los grupos minoritarios (como los no alineados, los independientes y Los 20) no tuvieran representación en la nueva mesa ejecutiva, además del respeto por el fallo que validaba las resoluciones de Río Hondo¹⁵⁰⁷. La apuesta, sin embargo, resultaba un tanto alta, en parte por su soledad en la defensa de esas aspiraciones y en parte porque enfrente tenían a un Miguel que seguía guardando muchas cartas: no sólo se había visto reforzado durante las internas de la UOM, sino que se había mostrado rápido de reflejos a la hora de recomponer alianzas. Además, contaba con la amenaza de poder crear una conducción provisoria todavía más afín a sus intereses, al contar con la mayoría dentro de Las 62¹⁵⁰⁸.

Finalmente, Los 25 decidieron no concurrir al congreso normalizador de Las 62, por lo que la conducción de ésta pasó a estar liderada por miguelistas y triaquistas¹⁵⁰⁹. Este resultado, por supuesto, constituyó un claro triunfo del líder metalúrgico, que tras la debacle que supusieron las elecciones de 1983 iba poco a poco recuperando su poder.

En una dinámica donde los acontecimientos y reacomodamientos se sucedían a gran velocidad, las elecciones de 1985 supusieron un espaldarazo para los renovadores y para Los 25, que veían refrendados en las urnas su apuesta por un “aggiornamento”¹⁵¹⁰ de las estructuras sindicales y que concebían la nueva coyuntura como una oportunidad para cambiar los equilibrios de poder. Roberto García señalaría en esa línea que “no estamos en un triunfalismo barato, pero las reglas han cambiado porque el pueblo votó

¹⁵⁰⁵ *El Bimestre*, 20, 13/4/1985.

¹⁵⁰⁶ *La Voz del Interior*, 9/6/1985. El hecho vuelve a ilustrar que estos agrupamientos tenían una composición que distaba de ser rígida.

¹⁵⁰⁷ *Clarín*, 21/5/1985.

¹⁵⁰⁸ *La Voz del Interior*, 7/6/1985.

¹⁵⁰⁹ *El Bimestre*, 21, 22/5/1985. Tras el alejamiento real de Los 25, se eligió una conducción de 36 miembros, seis para cada agrupamiento sindical: miguelistas, Gestión y Trabajo, no alineados, independientes y Los 25. En la nueva mesa directiva se optó por no elegir a un secretario general, sino a seis secretarios con teórico igual estatus, si bien el más importante era el secretario de organización, encarnado en Miguel. *El Bimestre*, 4/6/1985.

¹⁵¹⁰ *La Voz del Interior*, 11/11/1985.

otra cosa”¹⁵¹¹. Si bien ese avance definitivo no se produciría finalmente y, así, los equilibrios se mantuvieron relativamente estables en los meses siguientes, desde la perspectiva de la distancia, Levitsky establece en estos comicios de 1985 un punto de no retorno para el futuro de Las 62, que a partir de entonces ya no recuperarían la hegemonía indisputada con la que contaban en el pasado¹⁵¹².

El plenario de Las 62 de 1986 supondría una nueva vuelta de tuerca en esta interna y en él se institucionalizaría la división por parte de unos 25 que, nuevamente, optaron por no acudir. Si hasta hacía poco esta agrupación insistía en que “estamos dentro de las 62 aunque no figuremos en la conducción por decisión propia”¹⁵¹³ y, de hecho, se les había reservado un espacio en la mesa directiva, ahora ya defendían abiertamente que “las 62 ya no son el brazo político del sindicalismo peronista”, sino tan sólo una línea interna con la que debían competir en igualdad de condiciones.

Desde el punto de vista de Los 25 no se daban “las condiciones” para lograr un acuerdo que les satisficiera y, sobre todo, consideraban que las iniciativas carecían del “contenido político” que querían imprimir al sindicalismo peronista¹⁵¹⁴. Por segundo año consecutivo, por tanto, en la conducción de Las 62 no estarían presentes Los 25, pero su ausencia no ahorraría polémica a la confección de la renovada mesa directiva, debido a la irrupción del ubaldinismo como nuevo actor a tener en cuenta. Si hasta ese momento el círculo de Ubaldini había permanecido en silencio en la interna sindical, siempre atento a guardar los equilibrios internos y a la neutralidad, poco a poco irá adquiriendo una voz y una personalidad propia que quedaría patente en esta ocasión: lejos de dejar la iniciativa total a Miguel, exigieron la salida de figuras como Ibáñez o Triaca de la nueva conducción y un mayor espacio en la misma¹⁵¹⁵. La petición de los ubaldinistas suponía un problema difícil de resolver para el líder metalúrgico, que no quería apartar a algunos de sus aliados más importantes, pero que tampoco podía renunciar al aporte de una línea que iba ganando cada vez más peso. La solución resultaba tan compleja que el plenario debió suspenderse durante varios meses y

¹⁵¹¹ *La Voz del Interior*, 13/11/1985.

¹⁵¹² Levitsky, *op.cit.*, p.153.

¹⁵¹³ *La Voz del Interior*, 20/3/1986.

¹⁵¹⁴ *El Bimestre*, 25, 21/3/1986. En realidad, en esa reunión de Las 62 celebrada en mayo de 1986 se optó por no definir la nueva conducción hasta meses después: en esos días se estaba preparando un nuevo paro general y no se creyó conveniente entrar en una disputa por los cargos, que se preveía tensa, justo antes de un nuevo pulso al gobierno.

¹⁵¹⁵ *La Voz del Interior*, 30/3/1986.

finalmente se debió acudir a la fórmula de ampliar el número de miembros de la mesa directiva con el fin de incluir un mayor número de ubaldinistas. De esa manera, la nueva conducción de Las 62 en 1986 pasó a estar compuesta por 19 miembros, de los cuales, aproximadamente, ocho respondían al secretario de la CGT y siete al miguelismo y sus aliados. El hecho de que Triaca y Lesio Romero, viejos apoyos de Miguel, perdieran sus cargos en la dirección refleja claramente la dureza de las negociaciones y demostraba, asimismo, el poder y autonomía que había adquirido Ubaldini en su momento de mayor esplendor¹⁵¹⁶.

El episodio mostraba claramente la pérdida de centralidad de Las 62: Los 25 se habían embarcado en un proyecto propio, cada vez más autónomo y, en un plenario de la agrupación, habían creado el Movimiento Sindical del Peronismo Renovador, una suerte de 62 paralelas de corte renovador¹⁵¹⁷. Ahora los ubaldinistas suponían un nuevo actor dentro de un juego sumamente flexible en que alianzas y enfrentamientos se sucedían sin excesivo dramatismo. Así, pese a que técnicamente compartía en ese momento espacio con el miguelismo, en los meses siguientes, el círculo alrededor del secretario general de la CGT empezó a acercarse a Los 25 con la idea de obtener una mayor porción de poder. Por supuesto, ese movimiento no gustó al resto de sus compañeros en Las 62, quienes señalaron que “forman parte de esta agrupación y no pueden negociar a sus espaldas”¹⁵¹⁸, pero el mismo reflejaba perfectamente ese continuo movimiento a la hora de arañar cualquier oportunidad que supusiera una mayor cuota de poder.

La normalización de la CGT en 1986 supondría un nuevo capítulo que corroboraría todas estas tendencias. No dejaba de ser curioso que la central sindical, que ya había protagonizado varios paros y se había erigido como principal oposición al gobierno, contara en ese momento con una conducción legítima, fruto de aquel acuerdo que reunificó las dos partes en las que había quedado dividida hasta comienzos de 1984, pero no legal. Ubaldini era en realidad el secretario general *de facto* de una CGT que

¹⁵¹⁶ *El Bimestre*, 28/7/1986. Desde Los 25 la lectura resultaba mucho menos apasionada: “se ha pretendido cambiar algo para que todo siga igual).

¹⁵¹⁷ *La Voz del Interior*, 31/5/1985. No fue por supuesto el único gesto en esa dirección. Previamente, en febrero de 1986, los 25 habían decidido crear delegaciones regionales propias en seis provincias, al margen de las 62, de las cuales, formalmente, todavía formaba parte. *El Bimestre*, 25, 9/2/1986.

¹⁵¹⁸ *El Bimestre*, 29, 22/10/1986.

funcionaba como una anomalía jurídica desde hacía diez años¹⁵¹⁹. La normalización de la CGT tras tanto tiempo suponía, pues, un momento clave en el que estaban implicados muchos actores. Lo estaba incluso el propio gobierno, que veía en la cuestión una buena oportunidad para que los gremialistas se desgastaran en su propia interna y dieran un respiro al Plan Austral, que a fines de 1986 ya daba claras muestras de agotamiento. También Las 62 estaban interesadas en que la normalización se realizara lo antes posible, ante la erosión que estaba sufriendo el poder. Ubaldinistas y Los 25, por su parte, no partían con tanta urgencia, pero también podían aprovechar la coyuntura para refrendar una nueva relación de fuerza.

Obviamente, ni siquiera el más pequeño elemento del desarrollo de la normalización resultaba inocente con tanto en juego, empezando, por ejemplo, por qué organismo debía ser el encargado de convocarla. No conllevaba el mismo resultado que la votación se realizara en el congreso de la CGT, donde la representación de cada sindicato respetaba más aproximadamente la proporcionalidad, que se hiciera a través del comité confederal, como pretendía Ubaldini, donde la representación se limitaba a un máximo de tres delegados, recortando así el poder de los gremios mayoritarios¹⁵²⁰. Dentro del escaso control del proceso normalizador, no deja de ser curioso que ni siquiera se conociera la cifra exacta de afiliados de cada sindicato. Como recordaba Abós: “no existe en el país ningún registro centralizado de los mismos. No lo posee ni la propia CGT ni la Dirección Nacional de Asociaciones Gremiales”¹⁵²¹. Por supuesto, esa falta de control también conllevaba consecuencias políticas, ya que eran los propios gremios los encargados de fijar su número y, por lo tanto, de establecer el número de representantes en el congreso.

Finalmente, el congreso nombró una nueva dirección de la CGT que reflejaba casi de manera matemática el nuevo equilibrio entre el triángulo entre Los 25, el ubaldinismo y el miguelismo. Con la aprobación de la lista única acordada entre los principales sectores del gremialismo, Ubaldini quedaba ratificado como secretario general, con el hombre de confianza de Miguel, Hugo Curto, escudándolo como

¹⁵¹⁹ Nunca, pese a los turbulentos años entre 1955 y 1973, había permanecido la CGT tanto tiempo interrumpida institucionalmente. Tras aquel esquema de cuatro secretarios generales, en septiembre de 1985, el consejo directivo de la CGT decidió que Ubaldini fuera el secretario general único de la institución. *La Voz del Interior*, 17/9/1985.

¹⁵²⁰ *El Periodista*, 91, 30/5/1986.

¹⁵²¹ *El Periodista*, 93, 20/6/1986.

secretario adjunto. Los 25, pese a no alcanzar esa cúspide, obtuvieron secretarías claves como la de Prensa (para Guerino Andreoni) y la de Interior y Gremiales (con José Pedraza¹⁵²²). Se aumentó asimismo el número de miembros del Consejo Directivo hasta 21 para que el reparto fuera tripartito y el acuerdo se selló con el compromiso de que “hasta el comunicado más insignificante sea discutido antes de darlo a conocer”¹⁵²³.

Pese a lo complejo que fue lograr este equilibrio, el mismo resultó efímero por la irrupción de Los 15 y la llegada de Carlos Alderete al ministerio de Trabajo¹⁵²⁴. Así, de un esquema con tres protagonistas, se pasó en el primer tercio de 1987 a otro que incluía a cuatro actores, lo que naturalmente reactivó los reacomodamientos por espacios de poder.

En ese sentido, como ya vimos, la asunción de Alderete supuso una nueva piedra de toque para calibrar la división y las distintas perspectivas que encerraba el sindicalismo peronista. Mientras que desde Los 25 fueron los más críticos, con Roberto García y Lorenzo Pepe hablando de “maniobra política y divisionista”, desde la CGT se emitió un documento en el que se describía la elección de Alderete como “la

¹⁵²² José Ángel Pedraza estuvo al frente del sindicato de ferroviarios desde 1985. Si en su juventud estuvo vinculado a grupos de izquierda, la experiencia de la CGTA lo acercó al peronismo. A finales del gobierno dictatorial de Onganía sería encarcelado junto a otros compañeros por su activismo gremial y político. A pesar de ese pasado combativo y a pesar de ser una de las principales figuras de los 25, a fines de los 80 comenzó a virar hacia Menem, a quien apoyaría en la interna de 1988 y de quien se convertiría en uno de los principales pilares en el mundo sindical, facilitando la privatización de los ferrocarriles. En 2013 fue condenado como autor intelectual de la muerte del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra durante una protesta.

¹⁵²³ *El Periodista*, 114, 14/11/1986. Si bien ese reparto, que limitaba el poder de Ubaldini dentro de la CGT fue la consecuencia más importante de este congreso normalizador, pocos avances realmente democráticos se pueden observar en su desarrollo. El desenlace al que se llegó respondió ante todo a un acuerdo de cúpulas, con apenas debate por parte de los 1478 delegados que asistieron al acto. Como recuerda Palomino, pese a que Ubaldini definió el congreso como “un ejemplo de democracia sindical, que enorgullece a los trabajadores argentinos”, lo cierto es que se trató de un momento que reflejó la pasividad a la que se vieron constreñidas las bases. Palomino, Héctor: “¿Diez años no es nada? La normalización de la CGT”. *El Bimestre*, 31, 1987.

¹⁵²⁴ En realidad, el puesto de ministro de Trabajo tras la marcha de Hugo Barrionuevo fue ofrecido en primera instancia a José Rodríguez, representante de SMATA y miembro del peronismo renovador. Rodríguez sería presionado por Cafiero y sectores de Los 25 para que no aceptara el cargo, teniendo en cuenta las consecuencias que podía suponer decir sí a la jugada del gobierno para la Renovación y finalmente declinará la oferta. *El Bimestre*, 32, 25/3/1987. Entre otros factores, la renuncia de Barrionuevo tuvo mucho que ver con las presiones de Los 15, quienes amenazaron abandonar el diálogo con el gobierno si el ministro no renunciaba. *La Voz del Interior*, 25/3/1987.

consecuencia de la lucha sostenida durante tres años por los trabajadores argentinos”¹⁵²⁵, pese a que con el tiempo la opinión del sindicalismo ortodoxo se volvería más negativa.

Pese a toda la polémica abierta, el paso de Alderete por el gabinete apenas abarcaría unos meses, por lo que su incidencia a largo plazo en la interna sería relativa, más allá de confirmar la presencia de Los 15¹⁵²⁶. En ese sentido, lo que realmente vendría a sacudir el tablero sindical serían las elecciones legislativas de 1987. Estos comicios supusieron un espaldarazo para las posiciones de Los 25, que, como veremos, apoyaron sin fisuras a los renovadores vencedores en ellas¹⁵²⁷. Por el contrario, para Los 15 significaron uno de sus momentos más bajos de su corta trayectoria, al quedar retratados como los principales críticos al proyecto renovador. Sin embargo, en el voluble escenario del sindicalismo, esa situación sólo constituía el punto de partida de una nueva etapa. Los renovadores, a partir de entonces, tratarían, por ejemplo, de que los ubaldinistas abandonaran su relativa neutralidad y se volcaran a su lado creando un nuevo polo hegemónico¹⁵²⁸. Era cierto que Ubaldini había ido paulatinamente acercándose a los renovadores y que Miguel tenía motivos para guardar cierto resquemor sobre el secretario cegetista, empezando por el desplazamiento de Triaca y Romero de la conducción de Las 62; pero el líder metalúrgico volvió a hacer gala de sus reflejos para reencauzar la situación y su posición.

A pesar de que el resultado electoral no le favoreció en absoluto, la idea de Miguel consistía en refloatar Las 62 como brazo político de la totalidad del peronista y para tal fin entablaría conversaciones tanto con ubaldinistas como con Los 15¹⁵²⁹. A Los 25, obviamente, no les seducía la idea de resignar las posiciones que ganaron con la victoria electoral renovadora. Fieles a su visión política, argumentarían que “por encima

¹⁵²⁵ El documento expresaría explícitamente además “el apoyo de la CGT” al nuevo ministro. El debate, además, supondría un gran desgaste para Los 25, que en esa coyuntura vieron cómo uno de sus aportes más significativos, el SMATA de José Rodríguez, abandonaría la agrupación. *El Bimestre*, 32, 25/3/1987.

¹⁵²⁶ Alderete abandonaría su cargo a inicios de septiembre de 1987, en el contexto de las elecciones legislativas. La aparición de Los 15, con el potencial que suponía su cercanía al gobierno, supuso, obviamente, un corrimiento en el juego de alianzas sindicales. Así, la CGT, Las 62 y Los 25 unirían coyunturalmente sus fuerzas para aislar a éstos y hacer que quedaran con una imagen de proximidad excesiva al gobierno. *Página/12*, 17/6/1987.

¹⁵²⁷ Los 25 declararon, por ejemplo, que respaldarían “incondicionalmente” a Cafiero. *Clarín*, 21/8/1987.

¹⁵²⁸ *Clarín*, 14/9/1987.

¹⁵²⁹ *El Bimestre*, 35, 9/9/1987.

de las siglas, la unidad será posible si se produce una depuración muy profunda que incluye obligadamente a los integrantes de Los 15”¹⁵³⁰.

La momentánea solución a este *impasse* ejemplificó la complejidad de esta interna. En el plenario de Las 62, celebrado en octubre de 1987 en la sede del SMATA, se confirmó una vez más el rechazo de Los 25 a formar parte del antiguo brazo político, pero al mismo tiempo se sellaría en él una novedosa alianza entre miguelistas y los 15¹⁵³¹. El acto constituyó así una demostración de fuerza por parte de los ortodoxos, que reunieron a todos los gremios importantes del aparato¹⁵³², pero paralelamente ilustraba también algunas de sus debilidades. En un momento de gran tensión entre Miguel y los renovadores, como analizaremos en el próximo apartado, en el que estaba en juego el futuro encaje del sindicalismo en el partido, que el ubaldinismo hubiera decidido no acudir tampoco a la reunión de Las 62 resultó un golpe duro para el gremialismo ortodoxo. Sin embargo, en una clara muestra de la velocidad a la que se sucedían las alianzas, la reconciliación llegaría pronto¹⁵³³, dentro de la celebración del Comité Confederal, donde se escenificó el abrazo simbólico entre Ubaldini y Miguel¹⁵³⁴.

Apenas unos meses más tarde, la interna presidencial de 1988 volvería a definir los alineamientos, como trataremos en el último apartado de este capítulo. Más allá de los posicionamientos concretos en cada coyuntura, lo que hemos querido subrayar en este apartado fue lo desgastante que resultó la lucha interna sindical, que en ningún momento alcanzó un periodo de equilibrio estable. Como mencionamos en la introducción, esa erosión autoinfligida sería uno de los causantes del repliegue de los sindicalistas dentro del universo peronista. Visto desde el largo plazo, la clave de este

¹⁵³⁰ *Página/12*, 9/9/1987. En una clara advertencia a Los 15, Los 25 señalarían que la unidad no puede incluir a “los que negociaron con el gobierno y no apoyaron la campaña electoral”. Goyeneche, de Los 15, respondería diciendo que “ellos son los mismos provocaron uno de los peores resultados del país [en Capital Federal], por lo que están invalidados para hablar”. *El Bimestre*, 35, 9/9/1987.

¹⁵³¹ *Página/12*, 21/10/1987.

¹⁵³² *Clarín*, 22/10/1987. El plenario también contaría con la adhesión de los gobernadores ortodoxos, que veían en el acto una buena ocasión para reafirmar su presencia y unidad en un momento de esplendor de la Renovación. *El Bimestre*, 35, 21/10/1987.

¹⁵³³ Dentro de esa coyuntura tan fluida, Ubaldini criticaría el órdago lanzado por el miguelismo, a quien reclamó que “guarden la fuerza del internismo para desarrollarla ante quienes corresponde”. *La Voz del Interior*, 18/10/1987. De hecho, se firmaría una efímera alianza entre ubaldinistas, Los 25 y Los 20 para presentar un proyecto alternativo a Las 62 y designar sus propios cargos en el Consejo. *La Voz del Interior*, 1/11/1987.

¹⁵³⁴ *Página/12*, 4/11/1987. Ubaldini justificó su cambio de parecer argumentando que “nosotros fuimos con un compromiso que era priorizar el plan de lucha. Entre dividir para reinar y conducir para unir yo me quedo con la segunda tesitura”.

proceso se encuentra en una cuestión ya comentada que nos recuerda De la Sota: “las siglas ya dejaron de expresar lo que expresaban (...) Las 62, que era la organización político-sindical de los trabajadores, se ha transformado en un grupo más. Los 25 también son una parcialidad aunque en crecimiento y con claridad de ideas”¹⁵³⁵.

Lejos de aquel poder que exhibía durante las elecciones de 1983, el miguelismo fue menguando su influencia, en un movimiento paulatino pero constante, que tuvo sus hitos principales en las elecciones de 1985 y 1987. Sin la posibilidad de volver a ser el brazo político de todo el sindicalismo peronista, Las 62 se convertirían durante los 80 en una línea interna más, expresando sólo a una parcialidad, a la misma altura que otras, como Los 25 o el ubaldinismo. Si bien, históricamente, el sindicalismo peronista estuvo lejos de constituir un conjunto monolítico, en la década de los 80 reproduciría la extrema división que sufría el partido, en parte reflejando las mismas líneas de fractura y en parte respondiendo a una dinámica propia. Por supuesto, en esa deriva también tuvo mucho que ver la influencia de un partido que poco a poco irá comiendo al terreno al campo sindical en lo referente al control del peronismo.

6.5 Los sindicatos y la interna política

En los meses centrales de 1983, pocos se atrevían a cuestionar la ascendencia de Lorenzo Miguel y su círculo sobre el justicialismo. Como hemos repetido, pese a su paso por la cárcel y pese a que su posición real estaba sustentada sobre unos pilares más informales que legales, el líder metalúrgico ejerció como gran elector en la selección del candidato peronista y su condición de vicepresidente lo colocaba como cabeza casi indiscutida del partido. Por supuesto, su dominio no era absoluto y se presentaron desafíos como el deseo de Iglesias, contrario a sus planes iniciales, por presentarse como candidato a gobernador por Buenos Aires. Alejado de aquellos sueños de encabezar una patria metalúrgica, ya que los cambios socioeconómicos operados por la dictadura habían cambiado decisivamente las condiciones que lo hubieran hecho posible, el liderazgo de Miguel sobre el justicialismo resultaba todavía indiscutible a esas alturas, aunque sólo fuera porque sus viejos rivales, como la izquierda peronista o el isabelismo, habían sido eliminados de la escena.

¹⁵³⁵ Cafiero et al., *op.cit.*, pp.54-55.

Pese a esta situación de partida, pocos meses más tarde, Miguel y el sindicalismo que representaba serían apartados de ese puesto de supremacía sobre los destinos del partido, mientras que los políticos irían ocupando el lugar dejado por los gremialistas. Ese cambio, realizado de manera muy lenta a lo largo de los años 80 y sólo plenamente perceptible a mediano plazo, marcaría la situación, inédita dentro del peronismo, de que fuera la rama política la verdadera dueña de las riendas del partido. Teniendo en cuenta toda la historia que hemos recorrido, en la que, con sus picos y valles, el sindicalismo peronista había sido un sector casi hegemónico en el justicialismo, especialmente a partir de 1955, este cambio se puede calificar de casi copernicano y sus consecuencias, tanto dentro del justicialismo como al interior del sistema político, serían apreciables durante las décadas siguientes.

Varios factores se acumulaban para explicar ese repliegue. Obviamente, el resultado electoral de 1983 supuso un duro cuestionamiento a la posición de Miguel, señalado como el principal de los tildados como mariscales de la derrota por su gran protagonismo durante la campaña. La dura interna sindical que se vivió en los años centrales también distraería valiosos recursos y energías que el gremialismo podía haber utilizado para reforzar su posición dentro del peronismo. Por supuesto, el hecho de que las estructuras laborales dieran cada vez un menor peso a los trabajadores industriales tradicionales marcará asimismo el escenario para este declive. Sin embargo, con todos esos factores en mente, en este apartado trataremos de medir hasta qué punto la influencia de la Renovación resultó crucial en ese deriva, describiendo algunos momentos que demuestran cómo el peso sindical sobre el partido fue haciéndose cada vez menor.

Como apuntó Ricardo González¹⁵³⁶, la pérdida de influencia gremial se puede constatar atendiendo a un dato tan sencillo como la composición del Consejo Nacional partidario a lo largo de esta década. Si en 1983 este organismo estaba comandado por Miguel desde el puesto de vicepresidente, en los años siguientes observaremos cómo éste dio un paso al costado (por usar su propia expresión), pero sin menguar decisivamente su influencia sobre él. En Odeón, Vernet sería elegido como su hombre de confianza y, posteriormente, en Santa Rosa, Triaca ejercería como el enlace del

¹⁵³⁶ Gutiérrez, Ricardo: "Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995". *XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association*, Chicago, septiembre de 1998, <http://www.plataformademocratica.org/Publicacoes/13411.pdf>

gremialismo ortodoxo en el corazón del aparato político. A partir de las elecciones de 1987, sin embargo, el sector político, encabezado por Cafiero y Menem, tomará las riendas de la institución, relegando a los representantes sindicales a sus espacios exclusivos.

Siguiendo al mismo autor, el repliegue sindical puede ser medido también por el número de gremialistas con cargo en la cámara de Diputados. Así, en el periodo 1983-1985, el bloque peronista contaba con 32 miembros de origen sindical o muy relacionados con éste, lo que suponía un porcentaje del 29 % del total. No dejaba de ser casual, en ese sentido, que Diego Ibáñez fuera el titular de la bancada justicialista y que la mayoría de los pertenecientes a ella estuvieran vinculados a Las 62¹⁵³⁷. Tras las elecciones de 1985, el porcentaje de sindicalistas aumenta dentro de los diputados justicialistas, pero en un ascenso engañoso. En primer lugar, porque esa subida fue únicamente relativa ya que, al descender el número total de congresistas peronistas, la cantidad real bajó. La relación entre diputados relacionados con Las 62 o con Los 25 se hizo, además, mucho más pareja. Restando influencia efectiva al papel de los sindicatos, los justicialistas se encontraban entonces divididos en varios bloques, siendo los principales los dirigidos por Ibáñez y por Manzano, sintomáticamente, un joven político mendocino sin contactos con el universo sindical. Según los datos aportados por *Clarín*, ya en septiembre de 1987 el aporte gremial dentro de la Cámara de Diputados no llegaba a superar el 10 %¹⁵³⁸, pudiéndose fijar en ese año la confirmación definitiva del declive sindical.

Dentro de esa evolución, hasta ahora hemos tratado siempre de separar la esfera política de la sindical, por criterios analíticos y por claridad en la exposición. No obstante, antes de llegar a ese año de 1987, dentro del justicialismo ambos planos se entremezclaban inextricablemente. Esa indistinción hacía que el panorama resultase mucho más complejo, pero debemos tenerla siempre presente para entender la dinámica de la relación entre sindicatos y políticos. No sólo muchos dirigentes compartían ambas naturalezas, sino que los vasos comunicantes entre las mismas eran continuos y un ataque a una de ellas se solía interpretar como una ofensa a la totalidad. Como ejemplo de ello, Saadi, años antes de personificar la esencia de la ortodoxia, cuando todavía

¹⁵³⁷ Por el contrario, Los 25 estaban representados únicamente por Roberto García.

¹⁵³⁸ *Clarín*, 18/10/1987.

lideraba una línea izquierdista, asistiría al plenario unificador de la CGT y allí criticaría a quien llama “burocracia o patota a quienes lucharon codo a codo contra la dictadura y posibilitaron el retorno a la democracia”¹⁵³⁹.

Teniendo en cuenta esta imbricación, no extraña que la interna sindical y la política se solaparan completamente durante los conflictivos congresos de Odeón y Río Hondo. No debemos olvidar que si Miguel representaba al primero de los bandos, Oraldo Britos era en ese momento la cabeza visible del otro, mientras que Roberto García fue designado vicepresidente segundo en el congreso renovador¹⁵⁴⁰. Conocidos sindicalistas como Triaca, coyunturalmente en ese momento parte del bando renovador, entrarían también en el debate sobre el futuro del partido declarando que “hay que evitar la alvezarización de la justicia”, “la propuesta que estamos esbozando, en ese grupo renovador, es una sola, el voto directo y secreto de los afiliados”. El propio Triaca sería uno de los protagonistas del congreso de Santa Rosa, tras el cual mostró una opinión muy diferente, pero siempre haciendo visible esa falta de fronteras entre lo sindical y lo político¹⁵⁴¹.

Con todas sus incoherencias y ambigüedades, el discurso renovador supuso una cuña en esa continuidad entre las dos esferas que estamos tratando. Su reivindicación del voto directo, por ejemplo, era una amenaza para el mantenimiento de la tradición del tercio sindical. Al mismo tiempo, su cercanía con Los 25 conllevaba a socavar la posición central de Las 62. La irrupción de la Renovación significó así una erosión de la influencia sindical sobre la partidaria que, además de los efectos ya vistos, se reflejó en un buen número de episodios.

Como ejemplo de ello, la truncada interna bonaerense de 1985, que debía enfrentar principalmente a Cafiero e Iglesias por el control del partido provincial,

¹⁵³⁹ *El Bimestre*, 14, 8/3/1984. Obviamente, estas palabras hay que entenderlas dentro del contexto de discusión sobre el proyecto de ley de reforma sindical.

¹⁵⁴⁰ *La Voz del Interior*, 7/2/1985. Britos seguía considerado, naturalmente, al peronismo como “un movimiento nacional, popular, revolucionario y cristiano, es la única esperanza de salir adelante que tiene el pueblo argentino”. *La Voz del Interior*, 11/2/1985.

¹⁵⁴¹ Afirmó Triaca tras este congreso que “el peronismo consolidó su unidad interna y, lo que es más importante, ofreció una respuesta para afuera que le permite ser confiable ante la ciudadanía argentina”. *La Voz del Interior*, 10/7/1985. Dentro de esa continuidad que venimos mencionando, la conducción surgida en Santa Rosa apoyará el plan de lucha que preparaba la CGT para mediados de 1985 y declararía que “rechazamos juntamente con la CGT todo plan que implique el sometimiento del desarrollo argentino a las pautas esclavizantes del FMI”. *Clarín*, 14/8/1985. Al mismo tiempo, una solicitada de Los 25 firmada entre otros por García, Rodríguez, Digón y Ravitti advertía de “el vacío de conducción” y del “vaciamiento ideológico” que padecía el partido. *El Bimestre*, 26/9/1985.

demostró los límites del miguelismo para imponer su voluntad sobre la esfera política. Aunque constituya un factor sumamente informal para captar bien la complejidad de este juego, resulta interesante adentrarse en las relaciones personales entre los distintos protagonistas de esta historia. En ese sentido, pese a estar adscritos ambos al bando ortodoxo, lo cierto es que la conexión entre Miguel e Iglesias no era óptima. La presión que el líder bonaerense había ejercido sobre el metalúrgico para conseguir la candidatura a la gobernación había abierto heridas entre ellos que se habían ampliado aún más por el expeditivo estilo de Iglesias y por capítulos como su ofensiva sobre Ibáñez en Diputados¹⁵⁴². Por el contrario, pese a representar orillas opuestas dentro del enfrentamiento justicialista, la relación personal entre Cafiero y Miguel nunca abandonó el campo de la cordialidad y el respeto. No en vano, especialmente durante los años 70, el ahora líder renovador había sido uno de los protegidos del sindicalismo ortodoxo y Cafiero señalaría más tarde que “Lorenzo Miguel ha sido un hombre de una trayectoria con una gran honestidad personal. Es un hombre que ha sabido sobrellevar con altura y dignidad muchos años de prisión”¹⁵⁴³. Aunque, como acabamos de sugerir, estos roces y simpatías son factores difícilmente mensurables, ayudan a entender varias de las actitudes y pasos que se darían para resolver la situación.

Dentro de ese contexto, Las 62 tratarían de impulsar una salida concertada entre Iglesias y Cafiero, promoviendo la postergación de la interna bonaerense hasta encontrar una ocasión más propicia. Como ilustraba Triaca, la idea pasaba por “una salida negociada”, “sin que nadie pretenda imponer su supremacía”¹⁵⁴⁴. Dentro de ese deseo de unidad, tampoco se descartaron algunas medidas de presión: molestos con la ofensiva de Iglesias, que consideraban extemporánea y peligrosa para los intereses del conjunto del peronismo, el miguelismo forzaría el alejamiento de su hombre Hugo Curto de la comisión interventora de Salim¹⁵⁴⁵.

¹⁵⁴² Los roces entre Iglesias y Miguel afectarían también a la relación entre el metalúrgico y la tercera parte del triángulo surgido en Santa Rosa, Saadi, quien en esa coyuntura se colocaría a favor de Iglesias. El catamarqueño, por ejemplo, se negará a firmar un documento auspiciado por Las 62, en el que, entre otras peticiones, se encontraba la remoción de la junta interventora bonaerense de Salim. Escenificando su toma de posición, Saadi defendería su opinión en una rueda de prensa acompañado por Iglesias. *La Voz del Interior*, 20/8/1985.

¹⁵⁴³ Cafiero et al., *op.cit.*, p.101.

¹⁵⁴⁴ *La Voz del Interior*, 4/8/1985.

¹⁵⁴⁵ *Clarín*, 4/8/1985.

Estas gestiones, sin embargo, no lograron el efecto deseado y, en un movimiento unilateral que parecía buscar la ruptura, la herminista junta electoral suspendió las internas, al rechazar todas las listas que no respondían a Iglesias¹⁵⁴⁶. A partir de esa situación cada vez más tensa, los gremialistas tratarían de arbitrar un acuerdo que recondujera la relación entre ambas partes y evitara la división partidaria que parecía intuirse, nominando incluso una comisión para encauzar las negociaciones, conformada, entre otros, por el propio Miguel, Triaca, Ibáñez y Délfor Giménez. Las 62 llegarían a renunciar al tercio de candidatos que consideraban propio con tal de facilitar el ensamblaje de la lista: “el propósito de la rama sindical de conceder a la rama política, si ello fuese necesario, una parte del tercio que le corresponde (...) a fin de conceder mayores espacios a los aspirantes”¹⁵⁴⁷. Ese ahínco por conseguir un acuerdo, hasta el punto de resignar a cambio su propia posición, podría ser interpretado como un acto altruista en aras de apuntalar las posibilidades electorales del peronismo, pero tenía mucho que ver con la situación de debilidad a la que estaba asomándose el sindicalismo de Las 62: en Capital Federal habían sido apartados de la lista principal de candidatos, mientras que en Buenos Aires se encontraban entre esos dos fuegos y sus perspectivas de triunfo eran cada vez menores. En el caso de no conseguir la unión, al miguelismo se le planteaba una disyuntiva difícil que sólo admitía tres posibles salidas: la prescindencia, el apoyo al partido oficial (encarnado, naturalmente, en Iglesias) y la apuesta por integrar ambas listas, la más segura y al mismo tiempo la menos comprometida. Si bien la posición oficial adoptada sería la de la prescindencia, dando libertad de criterio a sus seguidores¹⁵⁴⁸, los esfuerzos por conseguir la unidad se darían incluso a última hora. Miguel trataría, por ejemplo, de confeccionar una lista de candidatos que incluyera a Luder y Ubaldini, pero la negativa de éstos a incorporarse al proyecto frustraría este intento de neutralizar el poder de Iglesias¹⁵⁴⁹.

Finalmente, la completa negativa de Iglesias a negociar y la apuesta de Cafiero por conformar un frente propio colocaron a Miguel en una difícil situación, ya que, pese a sus simpatías personales, le era imposible apoyar a un candidato que, a fin de cuentas,

¹⁵⁴⁶ En realidad, la posición de Miguel era favorable a esa postergación de las internas, desplazándolas a un momento posterior a las legislativas de 1985 para no comprometer las aspiraciones electorales del partido. Obviamente, lejos del unilateralismo de la junta, su intención pasaba por pactar dicho retraso entre ambos bandos. *La Voz del Interior*, 11/8/1985.

¹⁵⁴⁷ *La Voz del Interior*, 31/8/1985.

¹⁵⁴⁸ *La Voz del Interior*, 20/8/1985.

¹⁵⁴⁹ *La Voz del Interior*, 21/8/1985.

estaba compitiendo contra el peronismo oficial. Ante esa tesitura, Las 62 se vieron abocadas a apoyar a Iglesias y a integrar sus listas bajo el principio de posicionarse siempre con el justicialismo oficial¹⁵⁵⁰, aunque, por supuesto, eso no terminaría con los recelos acumulados entre ambas figuras. Miguel seguiría tratando de influir decisivamente en la interna bonaerense, oponiéndose, por ejemplo, a la expulsión de Cafiero y Duhalde decretada por Iglesias y amenazando con retirar a Triaca de la lista de candidatos a diputados, en la que ocupaba el segundo puesto¹⁵⁵¹.

La situación, por tanto, se resolvería con un empate entre Miguel e Iglesias con cierto aroma de victoria para este último. Como pretendían Las 62 en un principio, las internas de Buenos Aires fueron postergadas para después de las elecciones, pero, obviamente, al alto precio de la división del partido. La reestructuración de la desprestigiada junta interventora sí supuso un tanto claramente a favor de Las 62, pero al mismo tiempo, al final de esta etapa quedaron vigentes las expulsiones de Cafiero y Duhalde e Iglesias permaneció como candidato principal del peronismo oficial. Además del hecho de que su apuesta resultó perdedora por la relativa victoria del frente cafierista, este episodio demostró principalmente que ni siquiera desplegando todo su poder negociador, el miguelismo contaba ya con los recursos necesarios para definir un conflicto a su favor¹⁵⁵².

La interna bonaerense de 1986, encargada de normalizar por fin la situación del partido en el distrito, en la que Menem intentaría hacer pie en la provincia, marcaría una nueva ocasión para ilustrar ese descenso del poder del miguelismo. Al igual que había ocurrido un año antes, Las 62 partirán de la premisa de que la unidad y los acuerdos previos que eviten las internas constituían la mejor solución para el partido. El objetivo, por tanto, pasaba por evitar “una interna desgastante que pueda afectar el objetivo de

¹⁵⁵⁰ Desde esa posición se comprende mejor que Las 62 estuvieran con Iglesias en Buenos Aires mientras que apoyaban al renovador Grosso en Capital Federal.

¹⁵⁵¹ *La Voz del Interior*, 28/9/1985. Además, el miguelismo trataría de no ofrecer una imagen que los acercara demasiado a Iglesias. Pese a estar enrolados en el FREJULI, la publicidad electoral del sindicalista Triaca, por ejemplo, sería diferente a la del resto del frente. *La Voz del Interior*, 3/11/1985.

¹⁵⁵² Por lo demás, como resulta obvio, en estas elecciones bonaerenses, los 25 apoyarían a Cafiero, colocando a varios de sus hombres, como José Rodríguez u Osvaldo Borda en la lista de diputados. En Capital Federal obtendrían el tercer puesto de la lista de Grosso, con Roberto García, postulando a Raúl Ravitti como uno de los candidatos a concejales. Más allá de Los 25, el sindicalismo sería protagonista durante la campaña. Pese a que la CGT trató de mostrarse al margen y Ubaldini rechazó una candidatura por el FREJULI, el secretario general participaría activamente en varios actos proselitistas, en Mendoza, Formosa y Catamarca. *La Voz del Interior*, 3/11/1985.

vencer al radicalismo”¹⁵⁵³. A pesar de ello, existían límites que el miguelismo no estaba dispuesto a cruzar si quería conservar su identidad y posición estratégica y, así, Las 62 subrayaron que sólo apoyarían a Cafiero “en la medida que éste nos reconozca como brazo político del sindicalismo peronista”¹⁵⁵⁴. En consecuencia, Las 62 se lanzarían a dialogar con todos los sectores en juego “sin que ello”, advertían, “signifique auspiciar determinadas líneas o candidaturas”¹⁵⁵⁵.

Pese a este posicionamiento oficial por la neutralidad y la prescindencia, el hecho de que Cafiero rechazara pronunciarse en el sentido que pretendían Las 62 y que anunciara que no acordaría nada sin consultarlo previamente con Los 25¹⁵⁵⁶ facilitó que el apoyo del sindicalismo ortodoxo se fuera volcando progresivamente hacia el lado de Menem. El acercamiento era en realidad recíproco y, así, Diego Ibáñez, que se destacaría como principal apoyo gremial de Menem en ese momento, sostendría que “un detalle importante que ha surgido es que en lanzamiento de Federalismo y Liberación, Menem fijó la postura que nosotros le pedimos a Antonio Cafiero: habló de unidad y de la actitud movimientista y eso se compenetra con la historia del peronismo”¹⁵⁵⁷. En esa dirección, declaraciones del riojano en las que aseguraba reconocer “como brazo gremial del partido justicialista a las 62 Organizaciones, como lo hizo el general Perón, pero no desconozco a los otros sectores sindicales”¹⁵⁵⁸, aunque mantenían una pequeña ambivalencia, suponían un claro guiño de quien era reconocido todavía como referente renovador.

Oficialmente, Las 62 se mostrarían neutrales en la interna de 1986 y sólo apoyarían públicamente al ganador de la misma, siguiendo la premisa de Ubaldini de permanecer “imparciales, pero no prescindentes”¹⁵⁵⁹. No obstante, al otorgar libertad individual para que todo el mundo pudiera optar por un candidato u otro, el sector más puramente miguelista de Las 62 se decantó naturalmente por Menem. Así, por ejemplo, Ibáñez y Lesio Romero firmarían un acuerdo con los menemistas Julio Corzo y César Arias para confecciones listas conjuntas en toda la provincia¹⁵⁶⁰. A pesar de ello, se

¹⁵⁵³ *Clarín*, 19/7/1986.

¹⁵⁵⁴ *El Bimestre*, 28, 18/7/1986.

¹⁵⁵⁵ *El Bimestre*, 28, 1/8/1986.

¹⁵⁵⁶ *El Bimestre*, 20, 18/7/1986.

¹⁵⁵⁷ *La Voz del Interior*, 20/7/1986.

¹⁵⁵⁸ *Clarín*, 22/7/1986.

¹⁵⁵⁹ *La Voz del Interior*, 1/8/1986.

¹⁵⁶⁰ *La Voz del Interior*, 19/8/1986.

darían asimismo casos aislados de sindicalistas ortodoxos apoyando a Cafiero, como el de Hugo Curto o el de Armando Cavalieri, de Los 15¹⁵⁶¹.

Estas internas de 1986 de Buenos Aires volvieron a demostrar la dificultad con la que contaban Las 62 a la hora de tejer alianzas duraderas con la Renovación, que en ese momento se acercaba a su cenit político. Pese a que no resultaron tan traumáticas como las del año anterior, cada vez resultaba más patente, asimismo, que la lucha por el control del peronismo pasaba principalmente por los políticos y que los sindicatos se iban convirtiendo más bien en un apéndice de apoyo a las distintas candidaturas políticas.

Como ya apuntamos, las elecciones legislativas de 1987 confirmarían definitivamente esa centralidad de lo político. Durante su campaña, resultó muy sorprendente que Los 25 y los ubaldinistas anunciaran que apoyarían conjuntamente a los candidatos renovadores de todos los distritos: se trataba de la primera vez en la que los ubaldinistas se posicionaban claramente en la interna partidaria¹⁵⁶². Sin embargo, la confección de la lista de diputados por Buenos Aires desafiaría la armonía de las relaciones intrasindicales y la de éstos con el partido. El desgaste producido cuando Cafiero se vio obligado a justificarse por colocar miembros de Las 62 en la lista se vio reflejado durante la campaña electoral, en la que el candidato a gobernador no asistiría apenas a actos patrocinados por las agrupaciones gremiales¹⁵⁶³.

En realidad, el discurso cafierista apuntaría principalmente a ganar el voto de la clase media y en esa dirección trató de despegarse al máximo de figuras como Miguel, Alderete y de otros sindicalistas cercanos al gobierno¹⁵⁶⁴. De esa manera, estos comicios supondrían, por encima de todo, la primera ocasión en la que el justicialismo conseguiría una victoria apoyándose en su red política y no tanto en su base sindical. Como se recordaba en *Clarín*, de los trece gobernadores peronistas que salieron electos en esta

¹⁵⁶¹ Curto llegaría a señalar que “el apoyo nuestro es también el apoyo de Lorenzo Miguel” y hasta jugaría con los números anunciando que “62 más 25 son 87”, el año de las elecciones. *Clarín*, 22/7/1986.

¹⁵⁶² *Clarín*, 18/12/1986. Ubaldini justificaría ese viraje en su posición habitual argumentando que el “consejo directivo de la CGT ha resuelto participar, como tal, de la campaña electoral del Partido Justicialista” porque “levanta las mismas banderas que la central obrera y, sobre todo, el programa de los 26 puntos”. *Página/12*, 18/8/1987.

¹⁵⁶³ *Clarín*, 30/8/1987.

¹⁵⁶⁴ *La Voz del Interior*, 1/7/1987.

ocasión, sólo Vicente Joga, en Misiones, contaba con cierta relación con la esfera sindical, al haber ejercido como abogado de la CGT¹⁵⁶⁵.

Los comicios de 1987 constatarían así que el espacio de Miguel era cada vez más pequeño y forzaron a éste a aplicar una medida de fuerza para tratar de recuperar el terreno. En el congreso partidario celebrado en el hotel Bauen poco después de las elecciones, se decidió, como ya vimos, que la reorganización partidaria pasara principalmente por una lista única que incluyera a Roberto García como vicepresidente tercero de la institución y al ubaldinista Lingeri como secretario gremial. La inclusión en puestos claves del nuevo organigrama de figuras de agrupaciones rivales, levantaría fuertes protestas del miguelismo, que reaccionaría con una medida totalmente inédita, como era la retirada de la dirección de la CGT de Hugo Curto y de ochos miembros de Las 62, como José Rodríguez o Délfór Giménez¹⁵⁶⁶.

Pese a que Cafiero intentaba ofrecer una imagen firme, advirtiendo de que “los cargos gremiales ya no son negociables” y recordando que Las 62 contaban con tres plazas en la famosa lista, misma cantidad que Los 25 o los ubaldinistas, la amenaza de los miguelistas era lo suficientemente seria como para que el nuevo gobernador de Buenos Aires, verdadero hombre fuerte del momento, tratara de conseguir una salida pactada¹⁵⁶⁷. Relajando la tensión, la retirada de las renunciadas mencionadas, en el marco de ese comité confederal que selló la reconciliación entre Ubaldini y Miguel, ayudaría a encontrar el punto de entendimiento necesario para reencauzar la situación¹⁵⁶⁸, como,

¹⁵⁶⁵ *Clarín*, 14/9/1987. Como ya vimos, a excepción de Curto por Buenos Aires y Archénaga por Salta, la aportación de los sindicalistas a la nueva cámara de Diputados se redujo considerablemente.

¹⁵⁶⁶ *Clarín*, 19/10/1987. Curto ocupaba en ese momento la secretaría adjunta de la central sindical. Teniendo en cuenta que la dirección estaba conformada por 21 miembros, la dimisión de nueve de ellos abría, naturalmente, una importante crisis en el seno de la CGT. Lesio Romero denunciaba que Cafiero “está haciendo amiguismo en vez de servir a la causa movimientista del peronismo”. *El Bimestre*, 35, 16/10/1987. El mismo describiría a García como un “patrón de taxis, que nada tiene que ver con el gremialismo”. *Página/12*, 17/10/1987. García fue uno de los fundadores de las 62 Organizaciones en 1967 y en 1962 alcanzó la secretaría general del sindicato del caucho. Ocho años después crearía el Sindicatos de conductores de taxi, del que ejerció como secretario general hasta 1984. Como miembro de Los 25, participó en la primera huelga general contra la dictadura y permaneció como consecuencia preso dos meses y medio. Con la vuelta de la democracia fue elegido diputado nacional. De carácter irascible, sería conocido por sus desencuentros con la prensa y sus rivales políticos. *Página/12*, 25/10/1987.

¹⁵⁶⁷ Dentro de toda esta polémica, el todavía presidente del partido, Saadi, se posicionaría de parte del miguelismo: “a las 62 Organizaciones le corresponde, por la carta orgánica, la posibilidad de designar los integrantes del Consejo Nacional”. *Página/12*, 22/10/1987. Como ya vimos, pese a ostentar nominalmente la cabeza del partido, la posición de Saadi era cada vez más marginal y en apenas unos meses sería apartado de la presidencia.

¹⁵⁶⁸ En el plan inicial de Miguel, Ubaldini ocuparía el puesto de vicepresidente tercero, neutralizando el avance renovador que suponía García. El secretario de la CGT, sin embargo, rechazaría el ofrecimiento,

por supuesto, lo harían las innumerables reuniones entre cafieristas y miguelistas que se sucederían durante esas semanas.

De esa manera, las negociaciones empezaron a dar sus frutos y un mes después del plenario de Las 62, Miguel declararía que respaldaba la lista única “junto con Antonio Cafiero”¹⁵⁶⁹. En la misma dirección, algo más tarde, recordaría que “hemos estado toda la vida con Cafiero” y “en 1983 nosotros entendimos que Cafiero tenía que ser el gobernador”¹⁵⁷⁰. No obstante, como muestra de la dificultad del tablero, al igual que ocurría con el símil de la manta corta, los acercamientos a Las 62 provocaban los recelos de Los 25 y los ubaldinistas, quienes criticaban que Cafiero hubiera negociado sin ellos y pretendían vetar nombres como los de Triaca, Ibáñez y West Ocampo¹⁵⁷¹. Al mismo tiempo, pese a todos los acuerdos, no se debe olvidar que Miguel trataría de tensar la situación hasta el final y siempre amenazaría con la posibilidad de fomentar una lista propia¹⁵⁷². En ese sentido, pese a que los políticos estaban inclinando la partida a su favor, los sindicatos, en sus distintas líneas, todavía conservaban cierto poder de influencia.

Finalmente, pese a todos esos baches, se pudo alcanzar un acuerdo que selló la lista de unidad para la renovación de los cargos partidarios englobando a la casi totalidad del peronismo. En la misma, Las 62 obtuvieron siete representantes, por cinco del ubaldinismo y de Los 25. A cambio, Roberto García fue confirmado como vicepresidente tercero del partido, mientras que un ubaldinista ocupó la secretaría gremial¹⁵⁷³.

Sin embargo, más allá de este resultado concreto, el episodio de la confección de la lista única marcó un antes y un después en las relaciones entre el partido y los sindicatos. Por primera vez, el partido resistía a una embestida directa del miguelismo y,

preocupado porque la prolongación de la interna mermara fuerza al sindicalismo contra la política económica del gobierno. *La Voz del Interior*, 7/10/1987.

¹⁵⁶⁹ *Página/12*, 20/11/1987.

¹⁵⁷⁰ *Página/12*, 21/12/1987.

¹⁵⁷¹ De Gennaro, en una clara alusión a los 15, señalaría que en la lista no puede incluirse figuras que apostaron al “tercer movimiento histórico, al participacionismo y a la muerte del peronismo”. *Clarín*, 28/12/1987. Ello a su vez levantaba las protestas de los menemistas, quienes tenían en estas figuras algunos de sus principales apoyos en la esfera sindical. Alberto Kohan declararía al respecto: “debemos respetar la libre determinación de las organizaciones sindicales y aceptar los delegados que ellos nominen”. *Clarín*, 28/12/1987.

¹⁵⁷² “Estamos en libertad para expresar el deseo de los compañeros de base”. *La Voz del Interior*, 23/12/1987.

¹⁵⁷³ *La Voz del Interior*, 30/12/1987.

negociaciones mediante, mantenía sus aspiraciones iniciales. Como en otras ocasiones, en el fondo de esta historia estaba en juego el funcionamiento interno del partido, la forma de la selección de sus cargos y quién contaba con la legitimidad final para elegirlos. En ese sentido, la insistencia en mantener a Roberto García como vicepresidente tercero no resultaba anecdótica y constituía una línea roja para el modelo de partido que los renovadores querían imponer. Como recordaba Toma: “no es un capricho nuestro, sino una decisión política de fondo. Aquí hay dos proyectos y dos esquemas de poder”¹⁵⁷⁴. Para Miguel, en cambio, la regla del tercio seguía estando vigente y, así, dejando a un lado el mecanismo del voto directo, correspondía a los sindicalistas designar a los cargos gremiales del partido. Era tan natural ese reclamo para él que, incluso poco antes de concretarse la lista de unidad, Miguel seguiría recordando que “continuará reclamando el 33 por ciento para el gremialismo que estableció el general Perón para distribuir los cargos”¹⁵⁷⁵.

Por otra parte, no deja de ser revelador de la relación de fuerzas existente que Miguel mostrara su oposición al proyecto renovador acotando el conflicto únicamente a un terreno que controlaba, como era el de los representantes gremiales, aprovechando, de esa manera, los escasos apoyos con los que contaba el caferismo en ese campo más allá de Los 25¹⁵⁷⁶. Los renovadores, sin embargo, aguantaron el embate por varias razones: en primer lugar, porque Las 62 llegaban al mismo muy desgastadas tras varios años de interna y, en segundo lugar, porque los comicios de 1987 les habían demostrado que los sindicatos ya no constituían un aporte fundamental para ganar unas elecciones y, por lo tanto, su apoyo no resultaba estrictamente necesario.

Resumiendo la trayectoria que acabamos de narrar, gracias a la Renovación, como recuerda Ricardo Gutiérrez, “por primera vez en toda la historia del peronismo, la clase política pasó a controlar la conducción partidaria y el sindicalismo comenzó a desempeñarse como un actor secundario subordinado a las decisiones de los dirigentes políticos del partido”¹⁵⁷⁷.

¹⁵⁷⁴ *Clarín*, 23/10/1987.

¹⁵⁷⁵ *La Voz del Interior*, 23/12/1987.

¹⁵⁷⁶ En ese sentido, la alianza firmada entre Las 62 y Los 15 en el plenario de los primeros caminaba en esa dirección.

¹⁵⁷⁷ Gutiérrez, Ricardo: “Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo (1983-1995)”. *Política y gestión*, n°5, 2003, p.32.

Pese a todo, no debemos olvidar que el discurso renovador sobre la cuestión gremial resultó en muchas ocasiones ambiguo y plagado de incertidumbres. Lejos de plantear una cesura absoluta entre el plano político y el sindical, los renovadores seguían arrastrando en muchas ocasiones una concepción del justicialismo como un gran movimiento, añadiendo únicamente algunos matices producto de la coyuntura. El renovador Oscar Massey afirmaría por ejemplo que “nadie niega el carácter movimientista del justicialismo, pero sería ridículo negar la realidad actual del sindicalismo donde confrontan las posiciones de “las 62” y de “los 25””¹⁵⁷⁸. Es decir, que más que una lucha por separar lo político y lo sindical, el enfrentamiento adoptó más bien la forma de una puja entre renovadores, por una parte, y Las 62 y la ortodoxia política, por otra, en la que se confundían ambas esferas¹⁵⁷⁹. Expresando ese esquema, Cafiero declararía, por ejemplo, que “quiero dejar claro que nosotros fuimos, somos y seremos siendo la expresión o variable política que actúa en paralelo con el Movimiento Sindical Peronista Renovador o ex comisión de los 25”¹⁵⁸⁰.

Anteriormente, el líder renovador había reconocido sobre el tercio sindical que “esta es una costumbre del partido, es un uso. Nosotros también tenemos nuestras leyes informales. Son usos más que leyes, y esta usanza, este estilo, es lo que no queremos perder”¹⁵⁸¹. Señalaría también que “cualquiera sea el peso cuantitativo de las tres fuerzas, la relación en los cuerpos orgánicos del Partido y del Movimiento es de un tercio por rama”¹⁵⁸². No cabe duda, sin embargo, que la irrupción de la Renovación supuso un momento fundamental para entender cómo el partido y lo político comenzaron a ocupar un lugar central dentro del peronismo. Como hemos visto, su apuesta por la democracia interna, con todas sus salvedades, fue minando cualquier atisbo de legitimidad al principio del tercio por rama. Su concepción de que las cuestiones políticas eran territorio exclusivo del partido irá así arrinconando a los sindicatos a un espacio cada vez más secundario. Este cambio pudo comprobarse poco después de ese episodio de la lista única, cuando desplazando a Ubaldini de su rol de principal figura de

¹⁵⁷⁸ *Clarín*, 14/3/1986.

¹⁵⁷⁹ Saadi, por supuesto, respaldaría siempre las aspiraciones del miguelismo. Al respecto del tercio declararía: “se trata de un derecho consuetudinario, donde la costumbre es la ley. El nuestro es un movimiento donde deben tener cabida las distintas ramas, como los gremialistas, las mujeres y los jóvenes”. *Clarín*, 19/3/1986.

¹⁵⁸⁰ *Clarín*, 19/6/1986.

¹⁵⁸¹ Cafiero, Antonio: *Desde que grité: ¡Viva Perón!* Buenos Aires: Pequén, 1983, p.165.

¹⁵⁸² *Ibidem*, p.164.

la oposición, Cafiero, como representante partidario, asumió el papel de interlocutor con Alfonsín¹⁵⁸³.

Este giro hacia la desindicalización del peronismo se había logrado de una manera muy gradual, pero lo cierto es que en unos pocos años la forma en que se concebía el justicialismo se había transformado decisivamente y, como veremos, lo haría en una deriva que se acentuaría todavía más con el menemismo, facilitando la pequeña revolución que daría el riojano a las políticas tradicionales del peronismo. Como metáfora de todos estos cambios, si Miguel señalaba que “el PJ sin la rama gremial es como un cuerpo sin alma”¹⁵⁸⁴, Cafiero demostró con su acción que Las 62 eran “una rama seca”¹⁵⁸⁵. Pese a todo, ese sindicalismo ortodoxo tradicional tendría todavía un último momento de verdadero protagonismo a mediados de 1988.

6.6 El sindicalismo ante Menem

La irrupción del menemismo, a partir de la interna de 1988 hasta sus primeros pasos en la presidencia, supondría una nueva vuelta de tuerca en la compleja interna sindical, acelerando trayectorias que se venían dando desde hacía años. Especialmente, la del arrinconamiento político de los sindicatos en aras de un mayor espacio para el partido o, en este caso, para el líder y su círculo. De esa forma, con la llegada de Menem se asistirá a una nueva etapa en la relación entre el peronismo y sus sindicatos, marcada por los intentos del presidente de conseguir una obediencia vertical en su casi revolucionario plan económico y la división en los gremios entre los que acataron la nueva relación de poder y los que todavía se querían rebelar contra ella.

El giro neoliberal de Menem conllevaba casi necesariamente una respuesta por parte de los sindicatos. No se trataba de una simple cuestión identitaria, sino que con su redefinición del papel del Estado en la economía, sus ajustes y su flexibilización laboral atacaba cada uno de los pilares sobre los que se había construido el poder gremial. Paradójicamente, fuera por el hecho de pertenecer al mismo campo justicialista o fuera

¹⁵⁸³ *Clarín*, 18/1/1988. Obviamente, ese cambio no resultó agradable ni para las 62 ni para el ubaldinismo. Ubaldini recordaría que “la CGT no pierde su rol social de representar a todos los trabajadores”. *Página/12*, 14/1/1988. Sería muy sintomático del nuevo panorama que insistiera en que “queremos establecer un mecanismo de relación con el principal partido de la oposición”. *Página/12*, 6/1/1988.

¹⁵⁸⁴ *El Bimestre*, 35, 21/10/1986.

¹⁵⁸⁵ *Clarín*, 19/6/1986.

por su habilidad política a la hora de tejer complicidades con varias agrupaciones sindicales, el nuevo presidente lograría desactivar la esperada protesta total por parte de los sindicatos.

Antes de llegar a ese punto, como acabamos de mencionar, la interna presidencial de julio de 1988 volvería, una vez más, a redefinir las relaciones dentro del campo sindical. Estas primarias subrayarían de nuevo el papel cada vez más secundario de los gremios, limitado ahora a apoyar a uno u otro candidato, lejos del poder decisorio de apenas unos años antes. Sin embargo, al mismo tiempo, la campaña supondría un último momento de protagonismo para el sindicalismo ortodoxo.

Desde un primer momento quedó claro que tanto Los 25 como los ubaldinistas apoyarían a Cafiero, mientras que Los 15 se colocarían tras Menem. Pese a sus guiños con el miguelismo a fines de 1987 y pese a su tradicional imparcialidad, los ubaldinistas volvían a hacer efectiva la sintonía que habían mostrado con los renovadores durante los últimos años, aunque sólo la hicieran oficial al final de la campaña. En cambio, esa posición de indecisión y ambigüedad sería ahora tomada por Las 62, que trataría en los meses iniciales de mediar entre Cafiero y Menem y conseguir una candidatura única, si bien pronto se irían decantando por el candidato riojano.

Con renovadores y ubaldinistas unidos y unos 15 todavía recuperándose del resultado de las elecciones de 1987, Las 62 verán en esas gestiones por la unidad una oportunidad para recuperar su protagonismo y centralidad¹⁵⁸⁶. Así, si bien la postura oficial sería la de “prescindencia orgánica”, el miguelismo trabajaría arduamente en una fórmula de consenso, bajo la premisa, expresada por Délfór Giménez, de que “el peronismo es uno solo”. Miguel afirmaría así que “agotarían las posibilidades de una fórmula de unidad Cafiero-Menem o Menem-Cafiero”, “a los dos les recordaremos que somos un movimiento y que si queremos transformar al peronismo en un partido nos volveremos a equivocar”¹⁵⁸⁷.

Por supuesto, su oposición a la interna no dejaba de encerrar una crítica a los renovadores, de quienes poco a poco, pese a esa idea de neutralidad, se irían distanciando. Desde su punto de vista, “ninguno de los hombres que ocupa el segundo

¹⁵⁸⁶ *La Voz del Interior*, 20/3/1988.

¹⁵⁸⁷ *Página/12*, 16/3/1988.

término es capaz de conformar a los peronistas”¹⁵⁸⁸. En ese sentido, la selección de De la Sota como candidato a vicepresidente marcaría un primer punto de alejamiento entre el cafierismo y unas 62 Organizaciones que aspiraban a colocar a uno de sus hombres o una figura afín en dicho puesto. Que desde la UOM se firmara una solicitada muy crítica con De la Sota, a quien se le acusaba de “actitud desleal” y que el plenario de Las 62 se convirtiera en un acto político que fue copado por militantes menemistas no ayudaría, por supuesto, a acercar posiciones con un Cafiero que siempre subrayaría que su fórmula con el cordobés era “inamovible”¹⁵⁸⁹.

Si la tensión entre el cafierismo y Las 62 era cada vez mayor, Menem parecía ofrecerles el espacio que éstas estaban reclamando. Tras una reunión con el riojano, Ibáñez señalaría que “la renovación nos tiene cansados con su sectarismo. Manzano se cree que tiene todo el poder de este país, nosotros aspiramos a sentarnos como antes en la mesa de reparto del poder y con ellos no se puede”¹⁵⁹⁰. Palabras que expresaban que las nuevas reglas de juego con la esfera sindical no eran aceptadas por la totalidad del sindicalismo. Menem, ciertamente, seguiría explotando en el futuro esa vía abierta por los renovadores, tratando de anular el poder político de los gremios, pero durante su campaña utilizaría un discurso sumamente atractivo para éstos. Durante el plenario de Las 62, en el que tendría una excelente acogida -al contrario que Cafiero-, afirmarí­a que esta agrupación constituía “el brazo político del sindicalismo, no tanto por historia como por la lealtad a los preceptos inamovibles del peronismo”¹⁵⁹¹.

En consecuencia, si bien serían Luis Barrionuevo¹⁵⁹² y Los 15 los mayores entusiastas de Menem y los principales articuladores del llamado Movimiento Sindical

¹⁵⁸⁸ *Página/12*, 15/3/1988.

¹⁵⁸⁹ En principio, ni la solicitada ni la forma en que se llevó el plenario contaron con la aprobación de Miguel. Cafiero y De la Sota, por su parte, tenían previsto acudir al acto de Las 62, pero abandonaron la idea pues “el clima de violencia e intolerancia” no lo aconsejaba. *Página/12*, 16/3/1988.

¹⁵⁹⁰ *Página/12*,

¹⁵⁹¹ *Página/12*, 23/3/1988.

¹⁵⁹² La irrupción de Luis Barrionuevo en el mundo sindical resultó sonada: en 1975 asaltó a mano armada la sede de la Unión de Empleados Gastronómicos de Catamarca, su ciudad de origen, y por unas horas se hizo con el control del gremio. Pese a afirmar haber sido torturado durante la dictadura, en 1979, el gobierno militar lo colocó de nuevo al frente del sindicato. Con la vuelta a la democracia, fue tercero en la lista encabezada por Iglesias para Buenos Aires, lo que definió cuál sería su posición dentro del entramado peronista. Sin abandonar nunca esa personalidad expeditiva y polémica, se convertiría posteriormente en uno de los mayores apoyos (también en lo económico) de la campaña menemista: “en la campaña de Menem –afirmará– yo debí haber invertido casi un millón de dólares”. *Clarín*, 22/11/1990. Durante el gobierno del riojano se haría famosa su frase: “En la Argentina hay que dejar de robar por lo menos dos años”. *Página/12*, 9/3/2003. En esos primeros años de menemismo también declararí­a que: “Mi fortuna

Menem Presidente¹⁵⁹³ y a pesar de la prescindencia formal oficialmente defendida por Las 62, esta agrupación participaría activamente en la interna y, como era natural, lo haría principalmente a favor de Menem. Incluso Miguel, el más interesado en dar una imagen de equidistancia, iría lanzando paulatinamente mayores guiños al riojano. Primero, al señalar que “en las fábricas se apoya a Menem”¹⁵⁹⁴ y, más tarde, al recordar que “cuando efectuamos el último congreso [de Las 62] uno de nuestros compañeros expresó su adhesión a Cafiero. Fue entonces que hicimos una compulsa entre los presentes y el resultado fue de 700 adhesiones para Menem y una para Cafiero”¹⁵⁹⁵.

Dentro de ese esquema de alianzas, lejos de la idea de que Menem venció en la interna apelando únicamente a su carisma, los sindicatos protagonizarían un papel muy activo durante la campaña y, como recordaban en *La Nación*, “el multimillonario aporte económico a la campaña de Menem del gremialismo tradicional no parece tener directa relación con una hipótesis de pasiva resignación ante una eventual derrota electoral”¹⁵⁹⁶.

A finales de mayo, por ejemplo, Menem organizó su primer acto proselitista masivo en Capital Federal, invitando a ñoquis a unas 7000 personas en el barrio de La Boca, en una demostración del poder organizador del sindicalismo porteño, que supuso también la rehabilitación política del denostado Luis Santos Casale¹⁵⁹⁷. El momento más espectacular de la campaña del riojano, un acto en la cancha de River Plate, mostró asimismo que la capacidad de movilización de los sindicatos seguía siendo muy poderosa, ya que el éxito de organización y de convocatoria se podía atribuir casi exclusivamente a éstos. El acto sirvió también como reivindicación y lavado de imagen de figuras como Ibáñez, Barrionuevo o West Ocampo, apartados por el avance de la

personal no la hice trabajando, porque es muy difícil hacer la plata trabajando. ¿O acá se hace plata trabajando?”. *Clarín*, 22/11/1990.

¹⁵⁹³ La nueva agrupación creada para la campaña incluía también a bancarios, a la UOM de Capital Federal y a los trabajadores portuarios y petroleros. *La Voz del Interior*, 24/3/1988. Según este mismo diario, incluso dentro de Los 15 existió debate y división de opiniones sobre a quién otorgar el apoyo. Figuras como Guillán, con pasado renovador, o West Ocampo, al parecer, opinaban que la cercanía a Cafiero les podía resultar beneficiosa. *La Voz del Interior*, 25/4/1988. Recíprocamente, Cafiero criticaría durante la campaña a unos 15 a quienes describiría como los que creyeron “en un peronismo chiquito, atado al furgón de cola de Alfonsín”. *La Voz del Interior*, 7/7/1988.

¹⁵⁹⁴ *La Voz del Interior*, 5/4/1988.

¹⁵⁹⁵ *La Voz del Interior*, 29/5/1988.

¹⁵⁹⁶ Gaudio y Thompson, *op.cit.*, p.225.

¹⁵⁹⁷ *Página/12*, 28/5/1988. Existe en Argentina la tradición de comer ñoquis, una pasta realizada con patata, el 29 de cada mes. Más adelante hablaremos del significado preciso de este acto.

Renovación, y, por supuesto, de Miguel, cuyo nombre sería aplaudido por los asistentes¹⁵⁹⁸.

Se podría decir, por tanto, que los sindicatos resultaron fundamentales para la victoria de Menem en la interna, pues aportaron buena parte de la logística y del apoyo económico del que carecía el candidato inicialmente. No obstante, siendo importantes en ese sentido, las internas de 1988 podrían ser consideradas como el canto del cisne del gremialismo ortodoxo, al menos en cuanto a su incidencia en el campo político. A medida que el poder interno de Menem se fuera consolidando, la influencia de éstos se reduciría a un nivel todavía inferior al que alcanzó con los renovadores. Como analizaban en *Clarín*: “con Menem resucitó el sindicalismo tradicional al que la renovación había extendido prematuramente la orden de defunción. Pero esa resurrección no alcanza al modelo partido-gremios que funcionó en el pasado y al igual que los renovadores Menem privilegia la facultad de los dirigentes políticos por encima de la de los sindicatos”¹⁵⁹⁹.

Ya con la candidatura presidencial en la mano, Menem trataría que tanto la interna sindical como sus protestas contra el plan económico del gobierno interfirieran lo menos posible en su campaña. Una primera señal en ese sentido se dio durante la preparación de un nuevo paro convocado para fines de septiembre de 1988 como protesta ante el Plan Primavera y cuya reivindicación principal era la marcha del ministro Sourrouille. De entrada, la convocatoria suponía un pequeño dilema para Menem, quien quería presentarse ante el electorado como el dueño de la llave del control sobre los sindicatos, pero a quien, a la vez, le era muy difícil frenar un acto de oposición al gobierno¹⁶⁰⁰. El paro se celebró finalmente, pero los graves incidentes que se sufrieron durante el mitin del mismo marcaron un momento simbólico en la ruptura entre Menem y Ubal dini¹⁶⁰¹. El candidato presidencial no estaba dispuesto a tolerar ningún desborde que empañara la imagen de orden y control que le pretendía dotar al peronismo.

¹⁵⁹⁸ Miguel declararía que “me sentí bien. Es una manera de poner al movimiento obrero en el lugar que le corresponde”. *Página/12*, 3/7/1988. Dentro de esa deriva hacia el menemismo, el líder metalúrgico acusaría a los caferistas de artificialidad en su crecimiento: “los que nos atacan crean aparatitos con la plata de las internacionales”.

¹⁵⁹⁹ *Clarín*, 26/12/1988.

¹⁶⁰⁰ *Página/12*, 31/8/1988.

¹⁶⁰¹ En realidad, se dio un debate sobre la conveniencia o no de que Menem participara activamente en el acto central del paro, como pretendían tanto Ubal dini como Miguel. Barrionuevo y Duhalde sostenían, por el contrario, que la presencia del candidato resultaba contraproducente, ya que daría un significado

A partir de este primer distanciamiento, se haría más patente la intención de Menem de crear un sindicalismo obediente a su figura y dócil ante los numerosos cambios socioeconómicos que todavía estaban lejos de concretarse, pero que ya rondaban en la mente del riojano. En esa dirección, desde el lanzamiento de la campaña presidencial, Menem trataría de dejar claro que era a él a quien le pertenecía el derecho exclusivo de definir el rumbo de la misma y que tanto el resto de políticos como los sindicatos debían acatar la idea. Como señalaba Barrionuevo, convertido ahora en la principal figura del menemismo en la esfera gremial, el riojano era ahora el “jefe del movimiento” y le correspondía a él dar “el perfil que debe tener la campaña”¹⁶⁰².

En realidad, tras la victoria de Menem en 1988, Los 15 permanecían como la única agrupación con un plan coherente y decidido para la nueva coyuntura, consistente, obviamente, en acoplarse totalmente en la trayectoria del candidato¹⁶⁰³. Los 25, en cambio, al igual que la Renovación, se quedaron sin respuesta tras la sorprendente victoria menemista y a partir de entonces abandonarían cualquier protagonismo en la escena. El ubaldinismo, como acabamos de ver, trataría de continuar con su perfil de protesta global al gobierno, pero a partir del paro citado dejaron de tener el apoyo de un Menem mucho más preocupado por la tranquilidad de su campaña que por jaquear a un Alfonsín ya con bastantes problemas. Por su parte, Miguel, gracias a su apoyo a Menem en 1988, pensaba que el nuevo contexto podía suponer un cambio en su situación y reverdecer así su liderazgo. De hecho, respaldado en un principio por el propio candidato¹⁶⁰⁴, albergaría la idea de refloatar Las 62, prácticamente inactivas desde hacía un año, como el vector aglutinador de toda actividad política de los sindicatos justicialistas¹⁶⁰⁵. Miguel entablaría negociaciones en ese sentido con ubaldinistas y con Los 25, pero pronto debió comprobar que los tiempos habían cambiado y que resultaba

eminentemente político y electoral al paro, algo que podía ser utilizado por la UCR. Si bien Menem coqueteó con la idea de hablar en el acto, desistiría en el último momento ante los incidentes registrados. *Página/12*, 10/9/1988. En el típico juego de Menem de caminar sobre la ambigüedad, la ruptura entre el riojano y Ubaldini no sería absoluta y todavía se dirigirían algunos guiños en los meses siguientes. Ya metido plenamente en campaña, Menem prometería, por ejemplo, al secretario general que el sindicalismo sería muy importante en la confección de la política económica. *Página/12*, 18/1/1989.

¹⁶⁰² *Página/12*, 14/7/1988.

¹⁶⁰³ Triaca se mostraría totalmente sincero a la hora de explicar su apoyo a Menem: “tenga en cuenta el olfato del movimiento obrero para detectar dónde está el poder, ¿cómo no vamos a estar alrededor de Menem si Menem es el poder?” *Página/12*, 25/2/1989.

¹⁶⁰⁴ Como en otras ocasiones, Menem reivindicaría en su discurso a Las 62 como “brazo político del movimiento obrero”. *Página/12*, 14/7/1988.

¹⁶⁰⁵ *La Voz del Interior*, 18/7/1988.

casi imposible la viabilidad práctica de un sindicalismo que no respondiera al menemismo¹⁶⁰⁶.

Al contrario, los sindicatos menemistas elevarían a partir de fin de año su presión sobre el resto del conjunto. Eminentemente críticos con el paro de 1988, los 15 denunciarían el egoísmo de Ubaldini en un momento en el que Menem, como candidato, necesitaba la mayor tranquilidad posible: “Ubaldini hizo un negocio con la CGT y no piensa en el conjunto”¹⁶⁰⁷. En el fondo, más allá de las rencillas personales que pudieran haberse acumulado, lo que entraría en juego a partir de ese momento y hasta los primeros años del gobierno menemista sería quién debía ocupar el rol de interlocutor legítimo con Menem y, como siempre, cuál iba a ser la relación entre el partido y los sindicatos. En ese sentido, los sindicatos no menemistas compartían un problema y un destino con Cafiero y los renovadores: la dificultad cada vez mayor de acceder al riojano y de influir sobre él¹⁶⁰⁸.

La creación de la llamada Mesa de Enlace Gremial apuntaría en esa dirección de recortar el poder a los sindicatos no identificados plenamente con el menemismo. El nuevo organismo, con tres representantes de cada tendencia, tenía el teórico objetivo de coordinar la acción de los sindicatos y de servir de apoyo durante la campaña electoral¹⁶⁰⁹. Sin embargo, en esencia, se convirtió en una institución dominada por Barrionuevo, que asumió muchas de las funciones de la CGT y que anuló cualquier sueño de refloatar Las 62, que a partir de entonces quedarían congeladas en un estado de letargo¹⁶¹⁰.

La crisis desatada en los últimos meses del gobierno de Alfonsín, con un pico hiperinflacionario que provocó graves problemas sociales y casos de saqueos, supuso un nuevo momento en ese pulso por establecer quién debía decidir el destino y las acciones del sindicalismo justicialista. Ante la extrema gravedad de la situación, que podía

¹⁶⁰⁶ La idea inicial de Miguel era curar las heridas de la interna y devolver a Las 62 su condición de polo de unión de todo el sindicalismo justicialista. Poco después de la interna, Miguel afirmaría que “nadie debe renunciar y tampoco se deben pedir renuncias”. *Página/12*, 12/7/1988.

¹⁶⁰⁷ *Página/12*, 14/9/1988.

¹⁶⁰⁸ *Página/12*, 11/2/1989.

¹⁶⁰⁹ *Clarín*, 25/2/1989.

¹⁶¹⁰ La influencia de los 15 o, más bien, su función como vocero de las pretensiones de Menem en el ámbito sindical era cada vez más patente. Justo cuando aumentaron los rumores sobre quién ocuparía el ministerio de Trabajo del futuro gobierno peronista, en sintonía con Menem -quien no quería para el puesto un perfil muy vinculado con el partido- Barrionuevo afirmaría que “ya no existe un prejuicio a que Bunge y Born es la representación del antiobrismo”. *Página/12*, 26/5/1989.

fácilmente derivar en un fuerte estallido social de consecuencias incalculables, tanto Ubaldini como Miguel opinaban que la CGT debía actuar y dar algún tipo de respuesta que encauzara la protesta al gobierno¹⁶¹¹. En el caso de Ubaldini existía también una razón práctica para apoyar tal posición: en ese momento, su base de apoyo se concentraba principalmente en los gremios del sector público, precisamente los más castigados salarialmente por los recortes y la inflación, por lo que le urgía dar una solución al problema si no quería ver aún más comprometida su posición¹⁶¹².

Los 15, por el contrario, opinaban que “las soluciones escapan al quehacer gremial: pertenecen al campo político”¹⁶¹³ y, dada su fuerte posición en esta etapa, terminaron por imponer su criterio. De esa manera, tras trece paros generales durante el gobierno de Alfonsín, se dio la aparente paradoja de que en la coyuntura más grave de los últimos seis años, la CGT se limitó a reclamar que la asunción de Menem como nuevo presidente se produjera antes de lo previsto¹⁶¹⁴. Esa pasividad mostró claramente que el duelo entre la Mesa de Enlace y la CGT se iba decantando hacia la primera, apuntalando la idea de no realizar ninguna acción que pudiera empañar las posibilidades electorales de Menem¹⁶¹⁵.

Por lo demás, la campaña presidencial avanzó sobre las coordenadas ya descritas, con unos sindicatos bastante molestos con que todas sus acciones se debieran someter a la valoración previa de la rama política¹⁶¹⁶: así, por ejemplo, se vieron obligados a suspender en enero de 1989, en la clave temporada veraniega, todos los actos gremiales en la costa atlántica.

La victoria electoral de Menem no suavizó las tensiones entre esos dos campos, los leales y los opositores al presidente, en los que se iba dividiendo el sindicalismo

¹⁶¹¹ *Página/12*, 25/5/1989.

¹⁶¹² *Página/12*, 18/5/1989.

¹⁶¹³ *Página/12*, 26/5/1989. También Los 25, a pesar de su posición cada vez más irrelevante, eran reacios a aplicar una medida de fuerza en esta ocasión: “la confrontación sin un horizonte político conduce a una derrota prematura”. *Página/12*, 25/5/1989. Apostaban así, lejos de paros y otras medidas de presión, con Triaca, a buscar “una transición ordenada de la mejor manera posible”. *Página/12*, 26/5/1989.

¹⁶¹⁴ *Página/12*, 31/5/1989.

¹⁶¹⁵ Obviamente, la CGT protestaría ante el rol que poco a poco iba asumiendo la Mesa y advertiría durante la celebración de su comité confederal que “la representación de los trabajadores deberá ser propuesta orgánicamente por la CGT”, la cual “ha sido, es y será la única y legítima representación de los trabajadores”. *La Voz del Interior*, 31/5/1989. No dejó de ser sintomático de la deriva que estaba tomando la interna sindical que por primera vez en ese comité confederal se aprobaron resoluciones que no habían sido ideadas por la dupla Ubaldini-Miguel, sino por la Mesa de Enlace. *La Voz del Interior*, 31/5/1989.

¹⁶¹⁶ *La Voz del Interior*, 27/3/1989.

peronista. Al contrario, la ofensiva de Triaca y Barrionuevo sobre Ubaldini se recrudecería aún más en los meses siguientes¹⁶¹⁷. Que precisamente fuera Triaca el elegido para ocupar el ministerio de Trabajo era una señal inequívoca de cuál iba a ser la línea a seguir por Menem a partir de ese momento¹⁶¹⁸. Que, por su parte, Luis Barrionuevo fuera designado para gestionar las obras sociales de los sindicatos, encabezando una institución llamada ANSSAL¹⁶¹⁹, con todo el poder económico que ello suponía, también apuntaba en la misma dirección¹⁶²⁰.

El nuevo presidente se encargaría también de mostrar por dónde pasaban las nuevas líneas de ruptura. Por ejemplo, tras haber prometido que los 26 puntos de la CGT serían el eje de la política del gobierno, ahora opinaba que los mismos se habían quedado “obsoletos” como receta económica y social¹⁶²¹. Asimismo, Menem afirmaba declararse “preparado” para “librar una batalla en el frente interno”¹⁶²², en un claro reto a cualquier intento de oposición por parte de Ubaldini.

Desde la Mesa Gremial, la campaña y las declaraciones contra el secretario general de la CGT serían constantes. Como muestra de ello, Barrionuevo declarararía que Ubaldini “tiene un perfil combativo que no está acorde con la nueva etapa que vive el país”¹⁶²³. En consecuencia, la posición de éste era obviamente cada vez más complicada¹⁶²⁴, si bien aún contaba con aliados suficientes como para llevar a cabo una cierta resistencia y elevar el coste político de su desplazamiento, como era el caso, por

¹⁶¹⁷ Dentro de esa línea de declaraciones, Triaca anunciaría unilateralmente que durante dos años “no habrá huelgas generales de la CGT” y que Ubaldini “va a poner el hombro”. El secretario general respondería que “no hay institución ni dirigentes que puedan afirmar algo a través de dos años”. *La Voz del Interior*, 8/6/1989.

¹⁶¹⁸ *Página/12*, 7/6/1989.

¹⁶¹⁹ Como explicar Fair: “la ANSSAL, creada por la Ley N° 23.661 en enero de 1989, es una entidad estatal con autarquía financiera y administrativa que funciona en el ámbito de la Secretaría de Salud nucleando a 331 Obras Sociales. El objetivo básico que imperó en su creación fue la de proveer prestaciones de salud igualitarias en base a un criterio de justicia distributiva”. En julio de 1991 el gobierno dispondrá una intervención del organismo, que supondría el alejamiento de Barrionuevo. Fair, Hernán: “El Plan de Convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem”. Trabajo y Sociedad, vol.IX, n°10, otoño 2008, <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/FAIR.pdf>.

¹⁶²⁰ *Clarín*, 12/6/1989. En esa línea, Barrionuevo directamente señalaría tras las elecciones que “Ubaldini tiene que irse de la CGT”. *Clarín*, 9/6/1989.

¹⁶²¹ *Página/12*, 23/6/1989.

¹⁶²² *Página/12*, 27/6/1989. Menem llegaría a ofrecer, nunca de manera directa, a Ubaldini un puesto de agregado laboral en Madrid. *Página/12*, 23/6/1989. El riojano advertiría en esa línea que “ningún sindicalista le tuerce el brazo al presidente”. *Clarín*, 27/6/1989.

¹⁶²³ *Página/12*, 4/8/1989.

¹⁶²⁴ De hecho, ni siquiera el comité directivo de la CGT contaba con vida operativa por ese entonces, al no tener quórum suficiente como para convocarlo y al rechazar la mayoría de la conducción asistir a sus reuniones. *Clarín*, 4/9/1989.

supuesto, de Miguel¹⁶²⁵, pero también de algunos gobernadores críticos, como Busti o Ramón Saadi, y, sobre todo, de las bases, donde conservaba un gran prestigio¹⁶²⁶.

La tensión entre la exigencia de verticalidad y apoyo al plan económico de Menem y la natural resistencia por parte de unos sindicatos a unas medidas que cada vez se alejaban más del ideario tradicional del justicialismo llegaría finalmente al punto de la ruptura. Para entender cómo se alcanzó esa situación, no debemos olvidar algunos datos estructurales que más allá de los equilibrios políticos debilitaban el poder ubaldinista: tras la debacle que supuso la hiperinflación, que volvería a tener un nuevo rebrote en los primeros meses del gobierno de Menem, la desocupación había trepado hasta el 17 % de la población activa, lo que, obviamente, comprometía la capacidad de negociación de Ubaldini¹⁶²⁷.

Si la ruptura hundió sus raíces en esas incompatibilidades de fondo, a las que había que añadir todo el desgaste de la interna ya descrita, en la práctica la misma llegaría por ciertos bloqueos institucionales. La división ya se había teatralizado durante el comité confederal de la CGT reunido en agosto de 1989, en el que teóricamente se ratificó a Ubaldini al frente de la central sindical, pero quedó patente que existía un grupo que lo apoyaba y otro que apostaba a aumentar el poder de la Mesa menemista¹⁶²⁸. A partir de ahí la situación no haría más que complicarse todavía más.

Arrinconado cada vez más, Ubaldini convocaría al congreso de la CGT en una fecha diferente a la que proponía la Mesa, organización que a su vez pretendía aprovechar la ocasión para elegir una nueva conducción¹⁶²⁹. La mediación de Menem,

¹⁶²⁵ Miguel ya había advertido al gobierno, por ejemplo, de que “los trece paros que le hicimos al gobierno radical fueron para denunciar una política económica y tenían razón”. *Página/12*, 776/1989. El metalúrgico adoptaría una posición cada vez más dura. Declararía por ejemplo que “una cosa es una mesa política y otra la CGT que es una sola”, oponiéndose contra quienes “tienen la intención de dividir al movimiento obrero”. *Página/12*, 12/8/1989.

¹⁶²⁶ Hasta Cafiero, en ese momento poco combativo con el menemismo, afirmaría de Ubaldini que “ha sido un excelente defensor de los intereses de los trabajadores y nos dolería que tuviera que dejar su función en los momentos actuales”. *Página/12*, 15/8/1989. La posición de Los 25 en este debate sería timorata y dubitativa, todavía presa del impacto que había supuesto la derrota de Cafiero. En su interior se produjo una división entre los que buscaban una “alianza táctica” con los menemistas y los que quería oponerse de manera tajante al ajuste. Apoyando a la Mesa se encontraban sindicalistas como Roberto García, Andreoni, Digón o Pedraza. Como el mismo Digón reconocería: “no nos engañemos, allí están operando la patria contratista, los capitales industriales que viven de los subsidios del Estado”. *Página/12*, 16/8/1989.

¹⁶²⁷ *Página/12*, 29/10/1989.

¹⁶²⁸ *Página/12*, 12/8/1989.

¹⁶²⁹ *Página/12*, 5/9/1989.

que no quería una ruptura y que buscaba “una conducción en la que estén representados todos los sectores del movimiento obrero”¹⁶³⁰, apenas consiguió aplicar un paliativo a un contexto cada vez más encendido, más allá de poner de acuerdo a ambas partes para que el cónclave tuviese lugar a mediados de octubre. Así, en el congreso celebrado en el teatro San Martín, los representantes ubaldinistas se retirarían del recinto, acusando a la Mesa de usar a su favor la comisión de poderes para digitar la composición del congreso¹⁶³¹. Pese a esta retirada, los menemistas seguirían sesionando y nominarían una nueva conducción afín a sus intereses encabezada por el exrenovador Guido Andreoni. Como muestra de que se había entrado en un nuevo tiempo en el que las antiguas divisiones iban poco a poco careciendo de sentido, la nueva directiva estaba compuesta por cuatro antiguos miembros de Los 25, ocho miembros de Los 15, tres ex ubaldinistas, tres ex miguelistas y un independiente¹⁶³².

Obviamente, la razón fundamental de esta división pasaba por el acatamiento o no del ajuste que estaba firmando Menem. La nueva CGT surgida en el teatro San Martín emitirá, en ese sentido, un documento en el que señalaba que “en el marco de la crisis y ante un gobierno peronista, el movimiento sindical ha de procurar la concertación y no la confrontación”¹⁶³³. Su titular afirmaría que “si el plan resulta beneficioso, va a serlo para todos, incluyéndonos a nosotros. Por eso vamos a procurar que sea exitoso y que no se nos pueda achacar que fracasó por nuestra irresponsabilidad”¹⁶³⁴.

Por su parte, el sector ubaldinista formalizaría su fractura y pasaría a constituirse como una CGT alternativa de carácter crítico, pasando a ser conocida como CGT-Azopardo¹⁶³⁵. Ilustrando esa posición, en un documento lanzado desde sus filas, se

¹⁶³⁰ *Página/12*, 24/9/1989.

¹⁶³¹ *Página/12*, 12/10/1989.

¹⁶³² De acuerdo con ello, se podría decir que Los 25 habían sido los más favorecidos con el reparto, ya que habían conseguido la secretaría general y la secretaría gremial y de interior con Pedraza. En realidad, con las identidades pasadas fundidas bajo nuevos clivajes, lo que se demostraba con ello es que ni los viejos 25 representaban ya a la Renovación ni Las 62 respondían necesariamente al liderazgo de Miguel.

¹⁶³³ *Página/12*, 12/10/1989.

¹⁶³⁴ *Página/12*, 15/10/1989. Menem trató en esos primeros meses de negociar para solucionar la división y fomentó la creación de una comisión bipartita de diálogo. *Página/12*, 19/11/1989. Incluso se celebró una cumbre con las figuras más importantes de uno y otro lado, pero sin los resultados esperados. Cafiero también trató de mediar en la polémica, aconsejando al presidente “bajar los decibeles” y recordando que “todos somos peronistas y estas actitudes forman parte de la democracia”. *Página/12*, 14/3/1990.

¹⁶³⁵ La otra CGT pasaría a ser conocida como CGT-San Martín. Sobre ella, Barrionuevo declararía: “nosotros no tenemos plan alternativo. El nuestro es el del Presidente”. *Página/12*, 9/3/1989.

mostrarían contrarios a los planes de flexibilización laboral del gobierno y señalarían que la causa de la crisis se encontraba en “fórmulas monetaristas y liberales”¹⁶³⁶.

De la misma forma que el nuevo presidente se mostró comprensivo con los militares leales e intransigente con los rebeldes, en la esfera sindical aplicaría un esquema similar, como pudo comprobarse en el momento en que se hizo más duro el enfrentamiento¹⁶³⁷. Llevado por esa dinámica opositora, Ubaldini lanzaría un plan de lucha que constituyó, a finales de 1990, la primera protesta nacional contra Menem¹⁶³⁸. Ante el órdago lanzado por Ubaldini, Menem solucionó la situación dividiendo el frente sindical opositor y reconciliándose con Miguel. A cambio del reconocimiento del miguelismo por parte del presidente¹⁶³⁹, aquél retiraría a Curto de la secretaría adjunta de la CGT-Azopardo¹⁶⁴⁰. Esta retirada de los miguelistas supondría un golpe fortísimo a las aspiraciones de Ubaldini de crear un sindicalismo crítico alrededor de su figura. El paro, por tanto, se realizaría finalmente, pero demostraría la debilidad a la que había llegado el entorno del antiguo secretario general, con escaso respaldo gremial, casi circunscrito a los trabajadores estatales, y un heterogéneo apoyo político¹⁶⁴¹. Precisamente, la política sería la salida que buscaría Ubaldini a partir de entonces, retomando el sueño que había insinuado a mediados de los 80. El cervecero trató de convertirse a partir de entonces en una suerte de Lula argentino que encabezara un proyecto de partido laborista y hasta trataría de disputarle la gobernación de Buenos Aires a Duhalde en 1991¹⁶⁴². Más allá del

¹⁶³⁶ *Página/12*, 28/19/1989. Lejos de presentar un perfil revolucionario, desde esta central obrera se apostaba por un modelo donde prevaleciera el rol intervencionista del Estado y el apoyo a las pequeñas y medianas empresas.

¹⁶³⁷ La intransigencia de Menem quedó patente, por ejemplo en el pulso contra el gremio ferroviario de La Fraternidad, en pleno proceso de privatización de la red. En medio del conflicto, el presidente amenazó con volver a contratar a jubilados de la empresa en caso de que se llevara a cabo una huelga. *Página/12*, 12/4/1990.

¹⁶³⁸ *Página/12*, 14/10/1990. Es decir, la medida se lanzó cuando todavía no se había aplicado el plan de convertibilidad, pero ya se habían realizado numerosas medidas de ajuste. El anuncio del paro no cayó, como resultaba natural, excesivamente bien a Menem, quien señalaría que “si no están con el gobierno, que se vayan a la vereda de enfrente”. *Página/12*, 9/3/1990.

¹⁶³⁹ Menem diría de Miguel que es “un buen piloto de tormentas” para conseguir la unidad sindical. *Página/12*, 15/12/1990.

¹⁶⁴⁰ Miguel reflejaría su voluntad de retirar cualquier medida de protesta “ante la respuesta positiva del presidente Menem a nuestras peticiones”. Curto, por su parte, argumentaría que “la confrontación por la confrontación misma no sirve para superar los problemas de los trabajadores”. *Página/12*, 14/11/1990.

¹⁶⁴¹ *Página/12*, 16/11/1990.

¹⁶⁴² Por supuesto, Ubaldini no abandonaría en este proyecto su perfil peronista y relativamente conservador o, en sus propias palabras, “humanístico, nacional, justicialista y cristiano”. “Jamás fui clasista: no soy izquierdista ni derechista, soy peronista abierto a todos los sectores”. *Página/12*, 26/7/1991. Ubaldini no llegó en ese momento ni siquiera al 3 % necesario para ser electo como gobernador y trataría de regresar al redil de Miguel con un perfil mucho más moderado. Fair, *op.cit.*

escaso éxito de esta aventura¹⁶⁴³, el ocaso de Ubaldini era una perfecta metáfora del fin de una etapa para el gremialismo y la evidencia de la desindicalización de un peronismo que nunca volvería a tener una dependencia de las organizaciones gremiales como la que vivió antes de la llegada de la Renovación.

De esa manera, la llegada del menemismo conllevó un aumento todavía mayor de la marginalidad política para un sindicalismo que se vio abocado a dividirse entre leales a los planes económicos de Menem y, por tanto, carentes de autonomía o críticos, pero destinados a la insignificancia política. Por supuesto, dentro de este esquema general la realidad resultó mucho más compleja. Menem, pese a sus acciones, siempre mantendrá un discurso que podía sonar bien en los oídos de los sindicalistas: “el primer punto de nuestra actualización reside en rescatar nuestra raíz movimientista: somos un movimiento porque no podemos quedarnos atrapados en estructuras huecas”¹⁶⁴⁴. Por su parte, Andreoni, secretario de la central afín al gobierno, se mostraría, por ejemplo, crítico con el plan Cavallo: “lo que nosotros compartimos son las intenciones. Pero la instrumentación no alcanza para superar en lo inmediato el efecto altamente negativo sobre los sectores populares”¹⁶⁴⁵. Al mismo tiempo, todo ello no quiere decir que no existieran protestas laborales durante esos dos primeros años del gobierno. Al contrario, se dieron e incluso aumentaron su número durante ese periodo, pero lo hicieron con una lógica distinta a la del pasado, reivindicando únicamente intereses económicos y ya no tratando de influir directamente en las políticas del gobierno¹⁶⁴⁶. Pese a este pico inicial, entendible teniendo en cuenta la severidad del ajuste aplicado, a partir de fines de 1991, ya con el Plan de Convertibilidad en marcha, las protestas bajarían notablemente en intensidad y cantidad. Para entonces, el panorama gremial era radicalmente diferente al que habíamos descrito para los 80: en 1992 volvería a reunificarse la CGT, adoptando en adelante un perfil dócil con las reformas de Menem. Frente a esta central, nacerían el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), crítico con los cambios pero sin pretender una ruptura definitiva con la CGT, y la Central de Trabajadores de la

¹⁶⁴³ Más allá de esta derrota, el paso de Ubaldini por la política no se puede considerar un fracaso, ya que fue elegido diputado nacional por el justicialismo en 1997 y 2001. Sin embargo, su incidencia en la política nacional nunca llegaría en esa fase a la que disfrutó como secretario general de la CGT.

¹⁶⁴⁴ *Página/12*, 17/3/1991.

¹⁶⁴⁵ *Página/12*, 10/2/1991.

¹⁶⁴⁶ González, Ricardo: “Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo (1983-1995)”. *Política y Gestión*, 5, 2003, pp.27-76.

Argentina (CTA), netamente opositora al estar conformada por dos de los grandes perdedores del proceso: los empleados públicos y los profesores.

El menemismo, así, aumentó la independencia del justicialismo sobre los sindicatos, revirtiendo el sentido de la relación y ofreciendo como únicas posibilidades la lealtad o la ruptura. En parte, Menem puede ser considerado un hijo de la Renovación, al avanzar sobre una vía ya trazada por ésta, pero, como veremos en el último capítulo, lo haría de un modo muy diferente, trastocando también los equilibrios entre el líder y el resto del partido.

6.7 Conclusiones

La definición del peronismo como partido de base sindical que utilizó Steven Levitsky posiblemente no llega a abarcar la totalidad de la complejidad y riqueza de matices que encierra el fenómeno, minusvalorando la importancia del personalismo de un líder como Perón y la influencia de una rama política que sólo a partir de la década iniciada en 2000 ha comenzado a ser considerada por la historiografía y las ciencias sociales. Hecha esa salvedad, es innegable que los sindicatos marcaron decisivamente la historia del Partido Justicialista desde sus inicios, especialmente en aquellas etapas en las que Perón no podía ejercer directamente su liderazgo o había ya desaparecido.

Sin embargo, justo en el momento en el que, teóricamente, menos rivales podía encontrar el sindicalismo expresado por Miguel en la interna justicialista, a partir de 1983, la influencia del gremialismo sobre el partido comenzó a menguar. Como vimos, diversos factores externos ayudan a explicar este declive: los hubo de naturaleza económica -como la transformación del mundo laboral tras la dictadura, que hizo mucho más complicado el control de las redes sindicales sobre un nuevo tipo de trabajadores mucho más independientes-, pero los hubo también de orden político. En ese sentido, la consolidación de la democracia jugaba contra la incidencia del sindicalismo sobre la arena política, al reforzar el papel y los recursos de unos legisladores, gobernadores e intendentes que ya no necesitaban la mediación gremial para acceder al poder.

El propio desgaste de una eterna interna sindical que respondía principalmente a una simple búsqueda de poder y que apenas obedecía a cuestiones ideológicas también erosionó gran parte de esa influencia sobre lo político, en un momento en el que los gremios debían utilizar todos los recursos posibles para mantenerla. Pese a la importancia de todos estos factores, no debemos desdeñar el papel de la Renovación en este desarrollo.

Si bien hemos querido subrayar varios de los límites discursivos de los renovadores a la hora de romper con la concepción movimientista del peronismo, su apuesta por potenciar a la rama política a partir de la democracia interna resultaría decisiva en este proceso. Coincidiendo con la llegada de la Renovación, los sindicatos dejan de tener una influencia capital en la selección de candidatos y en las campañas electorales.

No deja de ser curioso, sin embargo, que los sindicatos ortodoxos fueran uno de los protagonistas principales en la derrota de la Renovación a manos de Menem en 1988, pero el proceso de pérdida de influencia de aquéllos era ya irreversible por ese entonces y se acentuaría aún más cuando el riojano accediera a la presidencia. En ese sentido, la domesticación previa del sindicalismo resultó una condición casi necesaria para explicar la relativa tranquilidad social con la que se aplicó el ajuste económico menemista.

Como ya advertimos, no pretendemos realizar un paralelismo automático entre la pérdida de influencia sindical sobre la política y una mayor democratización tanto del partido como del sistema político argentino. No obstante, la misma ayudó, en primer lugar, en la inserción del justicialismo como un actor político más dentro del entramado partidario, lejos de aquella definición del peronismo como movimiento nacional prácticamente global. En segundo lugar, potenció un funcionamiento interno en el partido mucho más abierto y participativo.

Si, como afirmaba Ludolfo Paramio a comienzos de los 90, el “principal motivo de incertidumbre sobre el futuro de América Latina es la difícil articulación de unas nuevas relaciones entre el Estado y la sociedad en un momento en que los viejos actores

deben retirarse de la escena o aprender a representar papeles nuevos”¹⁶⁴⁷, la labor de la Renovación apuntó claramente a consolidar la democracia iniciada en 1983.

¹⁶⁴⁷ Paramio, Ludolfo: “El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90”. *Revista de Estudios Políticos*, 74, octubre-diciembre 1991, p.131.

Capítulo 7. Crisis y liberalismo: el peronismo ante los cambios económicos de la década de los 80

Los años 80 suponen una década de importantes cambios, no sólo para Argentina, sino para el conjunto de América Latina, que vivió en esos años una pequeña revolución en la forma de gestionar su economía. Hasta ahora hemos incidido casi exclusivamente en el contraste que supuso, tras décadas de gobiernos militares e inestabilidad política, el retorno de la democracia al país en 1983. Sin embargo, como advirtió Marcelo Cavarozzi: “las transiciones a la democracia (...) han velado la percepción de un segundo cambio de igual importancia al primero” que “consistió básicamente en el agotamiento de la matriz Estado-céntrica que se había estructurado gradualmente en estos cinco países a partir de la década de 1930”¹⁶⁴⁸. De esa manera, complicando todavía más la consolidación de unas frágiles democracias aún amenazadas por las herencias de los distintos pasados dictatoriales, un buen número de países de la región se embarcó en esos años en un drástico cambio de paradigma económico que conllevaba casi necesariamente turbulencias políticas y sociales. Como señalaba Paramio, “el hecho de que la crisis y el regreso de la democracia se superpusieran en el tiempo condujo a situaciones paradójicas, en las que Gobiernos democráticos debieron imponer duras políticas de ajuste a las mismas sociedades que habían visto en el cambio de régimen la posibilidad y la esperanza de una mejora económica y social”¹⁶⁴⁹.

Describiendo ese giro con tono irónico, reformulando lo dicho por Marx y Engels, el profesor Barry B. Levine afirmaba en 1992 que “un fantasma recorre América

¹⁶⁴⁸ Cavarozzi, Marcelo: “Más allá de las transiciones a la democracia”. *Revista de estudios políticos*, 74, 1991, pp.91-92.

¹⁶⁴⁹ Paramio, Ludolfo: “Crisis y cambio del modelo económico”. En Alcántara, Manuel et al.: *Reformas económicas y consolidación democrática (1980-2006)*. Madrid: Síntesis, 2006, p.9.

Latina – el fantasma del liberalismo”¹⁶⁵⁰. Si, de manera muy general, entre 1930 y 1980 las economías latinoamericanas habían basado su desarrollo en el llamado modelo de industrialización por sustitución de importaciones, donde el rol del Estado a la hora de dirigir la actividad económica resultaba central, al final de esa etapa se viró hacia un marco de inspiración neoliberal, en el que se buscaba precisamente el achicamiento de este Estado para desregular y abrir las economías. El cambio, además, no se redujo a unos pocos países ni a aquellos con las economías más avanzadas: de México a Chile, pasando por Bolivia o Ecuador, la práctica totalidad de los gobiernos latinoamericanos aplicaron programas de ajuste económico inspirados de una u otra manera en las recetas neoliberales.

Esta corriente no sólo influyó en aquel entonces a los distintos técnicos en el gobierno, sino que su mensaje, por muy diversas que fueran sus fuentes y sus interpretaciones, fue asimilado y convalidado por gran parte de la sociedad. Como advertía Vargas Llosa: “la palabra de moda en América Latina es hoy día liberal. Se la oye por todas partes, aplicada a los políticos y a las políticas más disímiles. Pasa con ella lo que, en los sesenta y setenta, con las palabras socialista y social, a las que todos los políticos y los intelectuales se arrimaban a como diera lugar, pues, lejos de ellas, se sentían condenados a la orfandad popular y a la condición de dinosaurios ideológicos”¹⁶⁵¹. El liberalismo se convirtió así en la palabra fetiche del momento y sus presupuestos eran abrazados casi sin discusión, como la única solución posible a los problemas que padecía América Latina.

Obviamente, ese giro no se realizó de manera casual y poco meditada, sino que estaba condicionado por la falta de respuestas del antiguo modelo para atajar una crisis marcada por una gran deuda externa y una alta inflación. Como comentaba García Menéndez: “la crisis que sufre la economía mundial, especialmente desde la década de los setenta, es de una profundidad (inflación, desempleo, déficit externo y recesión generalizada) equiparable a la Gran Depresión. Ante esta situación, el paradigma teórico dominante desde la última postguerra mundial, la “síntesis neoclásica-neokeynesiana”

¹⁶⁵⁰ Levine, Barry: “Prefacio”. En Levine, Barry (comp.): *El desafío neoliberal. La filosofía del tercermundismo en América Latina*. Bogotá: Norma, 1992, p.9. Por supuesto, cuando hablamos de liberalismo estamos reduciendo los múltiples significados y evocaciones de la filosofía liberal a lo que se ha conocido como neoliberalismo económico, una teoría económica que promueve, entre otras cosas, la primacía del mercado sobre el Estado y la mayor desregulación posible de las economías.

¹⁶⁵¹ Vargas Llosa, Mario: “América Latina y la opción liberal” en Levine, *op.cit.*, p.23

bautizada por Samuelson, fue incapaz de explicar la crisis del capitalismo central y periférico, más allá de un diagnóstico del mismo”¹⁶⁵².

Por supuesto, tampoco ese cambio de paradigma se produjo de modo repentino, sino que, más allá del famoso *Consenso de Washington*¹⁶⁵³, conllevó fuertes dudas y debates. En Argentina, por ejemplo, toda la década de los 80 se puede considerar una etapa de transición hacia el nuevo modelo en el que se sucedieron diversos ensayos, distintos aprendizajes y numerosos debates que tuvieron como principales protagonistas al gobierno alfonsinista y al peronismo, tanto en su rama sindical como política.

Abriendo la perspectiva histórica, no deja de ser llamativo que fuera el justicialismo el protagonista principal en el desarrollo tanto de uno como otro modelo. Si con el primer peronismo se profundizó el esquema basado en la industrialización y la centralidad del Estado, varias décadas después Menem sería el encargado de revertir la situación y de implementar un duro ajuste de corte neoliberal que parecía desmontar punto por punto las recetas económicas del peronismo clásico.

Para resolver la aparente paradoja, en este capítulo nos adentraremos en el debate económico que se desarrolló en la década de los 80, examinando la posición (o las posiciones) del justicialismo sobre la política económica del gobierno, tratando de discernir en primer lugar hasta qué punto facilitó o bloqueó las posibles soluciones a una complicada situación que terminó derivando en episodios de hiperinflación. En ese sentido, el papel del peronismo y, dentro de él, de la Renovación permite evaluar también su compromiso con la democracia, en una coyuntura en la que los problemas económicos incidían profundamente sobre la estabilidad de una frágil y recién estrenada democracia. En segundo lugar, exploraremos hasta dónde el llamado giro neoliberal de Menem constituyó verdaderamente una revolución o existían indicios que presagiaban que el justicialismo iba a tomar esa deriva, analizando el rol de los renovadores ante ese cambio.

¹⁶⁵² García Menéndez, José Ramón: *Política económica y deuda externa en América Latina*. Madrid: Iepala/Universidad de Compostela, 1989, p.111

¹⁶⁵³ *Consenso de Washington* fue el nombre que dio John Williamson a una lista de medidas económicas que formaban la columna vertebral del ideario de los grandes centros económicos (FMI, Banco Mundial) a fines de los 80. El decálogo estaba compuesto por: disciplina fiscal, reordenamiento de las prioridades de gasto público, reforma fiscal, liberalización de las tasas de interés, tasas de cambio competitivas, liberalización del comercio, liberalización de la entrada de inversiones extranjeras directas, privatización, desregulación, derechos de propiedad.

Con esos objetivos, en este capítulo trataremos de subrayar, como primer paso, la complejidad del pensamiento económico peronista, incluso en su primera etapa, lejos del tópico que lo identifica automáticamente con el nacionalismo económico. En un segundo momento, analizaremos la posición del justicialismo ante las propuestas implementadas por el radicalismo, describiendo la difícil situación heredada desde el *Proceso*. Por último, exploraremos el proceso de decisión de las primeras medidas económicas de Menem como presidente, investigando si suscitaron resistencias desde el resto del partido o fueron aceptadas generalmente como el único camino posible.

7.1 La complejidad del pensamiento económico peronista

Dentro de la enorme complejidad que siempre ha encerrado el peronismo, siempre ha existido cierto consenso, que permanece en la memoria colectiva del país, en vincular a este fenómeno con el nacionalismo económico y con la construcción de un estado de bienestar en Argentina. Perón habría sido así el impulsor de un Estado interventor en la economía, preocupado por el desarrollo de la industria local y por extender al máximo el consumo interno. Frente al anterior modelo agroexportador, centrado en la producción agropecuaria en una economía desprotegida cuyos beneficios apenas llegaban a una elite, con el peronismo se trató de llevar los réditos de una economía cada vez más autónoma a la mayor parte de la población. Como afirmaba la famosa consigna, las tres banderas del peronismo serían soberanía política, independencia económica y justicia social, que derivaría en la teoría en un esquema estatista, cerrado y redistribuidor.

No debe extrañar que esa imagen que ha quedado fijada en el imaginario popular siga siendo tan potente incluso hoy. Existió también un fuerte esfuerzo por parte de Perón de que esa percepción quedara grabada incluso entre las generaciones más jóvenes. En una versión adaptada a niños de primaria del Segundo Plan Quinquenal se recordaba, por ejemplo, que “los argentinos tenemos, gracias a Perón, el honor de poseer un poderosa Flota Mercante de Ultramar (...). Las comunicaciones favorecen el desarrollo de la cultura, promueven la Economía y el intercambio y contribuyen a la

Defensa Nacional. Perón nacionalizó durante el Primer Plan todas las comunicaciones”¹⁶⁵⁴.

Este retrato del justicialismo clásico, por supuesto, encierra una parte de verdad, producto ante todo de una coyuntura muy concreta, pero no llega a abarcar, como trataremos de describir a continuación, los diversos avatares que encarnó el pensamiento económico justicialista incluso durante su primera etapa de gobierno.

Si Perón fue capaz de llevar a cabo esa apuesta por la industrialización y por la redistribución¹⁶⁵⁵, todo fue posible únicamente dentro de una coyuntura extraordinariamente favorable, en el contexto del fin de la II Guerra Mundial, que apenas duró un lustro. El superávit comercial y la abundancia de divisas obtenidas durante el conflicto bélico gracias al auge exportador se convertiría en el motor que alimentó la política redistributiva que, a su vez, permitió el aumento del salario de los trabajadores sin perjudicar a otros sectores sociales. Como recuerdan Gerchunoff y Antúnez, cuyo texto usaremos como base principal durante las próximas páginas¹⁶⁵⁶, este interés por extender los beneficios de una economía en momento de bonanza partía de una premisa y tenía, además, una clara finalidad. La premisa bebía de la idea de que la recuperación de Europa, tras la destrucción ocasionada por la guerra, sería sumamente lenta, por lo que, ante la imposibilidad de contar con ese importante mercado, se hacía necesario expandir la demanda de un mercado interno hasta hacerlo capaz de responder a una oferta en alza. No todo pasaba, eso sí, por un simple interés económico: Perón,

¹⁶⁵⁴ Citado en Girbal-Blacha, Noemí: “Dichos y hechos del gobierno peronista (1945-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico”. *Entrepasados*, n°13, 1997.

¹⁶⁵⁵ No debemos olvidar que la industrialización no comienza en Argentina con la llegada de Perón, pese a que con él ésta recibe un fuerte impulso. Si bien hasta los años 30 el país estuvo caracterizado por ese modelo agroexportador, ya antes de la crisis del 29 se asiste al nacimiento del sector secundario en el país, que continuaría su desarrollo durante la década siguiente. Prueba de la atención por la industrialización y por dotar al Estado de una posición central en esta etapa preperonista sería el llamado plan Pinedo, implementado en 1940 por el ministro de Hacienda durante el gobierno de Roberto Ortiz. Como explica Llamazares, “fue Federico Pinedo (...) quien introdujo reformas económicas tan importantes como el impuesto sobre la renta, el aumento de la discreción gubernamental en relación con el control de cambios y quien puso en marcha el Banco Central en 1934 (...). Más aún, Pinedo diseñó un plan económico (luego conocido como Plan Pinedo) orientado a estimular la producción económica (agraria y, en segundo término, industrial) y a reactivar la demanda”. Llamazares, Iván: “Las transformaciones ideológicas del discurso liberal-conservador en la Argentina contemporánea: un examen del pensamiento político de Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray” *América Latina Hoy*, 11-12, 1995, p.144.

¹⁶⁵⁶ Gerchunoff, Pablo y Antúnez, Damián: “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo” en Torre, Juan Carlos (dir.): *Nueva historia Argentina. (1943-1955). Tomo VIII. Los años peronistas: (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

líder de un partido recién creado y sin vínculos anteriores con la política, también buscaba con esa acción crear una base de apoyo lo más amplia posible.

Como motor de ese cambio de paradigma, el Estado se convirtió en ese momento en el eje por el que pasaría toda esa política económica. En ese sentido se entiende perfectamente el interés por la nacionalización de sectores estratégicos como los ferrocarriles, la telefonía o los puertos. En esa línea se enmarca también la creación de una pieza básica en el mecanismo peronista como fue el llamado Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI)¹⁶⁵⁷, una institución sobre la que descansaba la clave del circuito comercial, centralizando y prácticamente monopolizando el comercio exterior: en esencia, compraba cereales y granos que luego exportaba a un precio mayor; con esa ganancia, importaba maquinaria que más tarde colocaba a precios subsidiados¹⁶⁵⁸. Dentro de esa estela proteccionista, en los primeros años del justicialismo se aumentaron además los aranceles y se dirigió el crédito para seguir expandiendo ese mercado interno.

Ante todas esas medidas, no extraña que se identifique al peronismo con el nacionalismo económico, ya que estas políticas coincidieron con el inicio de su gobierno y con la época dorada del mismo. Aunque tuviera un alcance meramente simbólico, en 1947 se llegaría a firmar en Tucumán el acta de Independencia Económica, en un anuncio de que el modelo justicialista había completado el sueño de desembarazarse de la tutela de las grandes potencias. Junto a las múltiples reformas sociales que se llevaron a cabo en esta etapa, este momento de expansión económica, cuyos beneficios se redistribuyeron a gran parte de la sociedad como nunca antes había ocurrido, cuajaron la idea del justicialismo en la memoria colectiva argentina.

¹⁶⁵⁷ En realidad, el IAPI fue creado en mayo de 1946, todavía bajo la presidencia *de facto* de Edelmiro Farrell, pero, obviamente, bajo la inspiración de un Perón que ya había sido electo presidente. El instituto estaría dirigido por Miguel Miranda.

¹⁶⁵⁸ Antonio Cafiero, en un texto de 1953, justificaba ese monopolio como una ventaja y un seguro para los trabajadores del agro: “El Gobierno de la Revolución creó el IAPI para cortar de un solo golpe la cabeza de ese pulpo [de la especulación] que asfixiaba a nuestros campesinos, y por su intermedio les dice que trabajen tranquilos y que se despreocupen del mercado internacional, ya que no están supeditados más que al precio justo que se les fija teniendo en cuenta las legítimas ganancias a que son acreedores”. “Nuestro objetivo no es expoliar al productor, sino crear una fuente de compensación”. Citado en Cafiero, Antonio: *Razones para ser peronista*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007, pp.48-49. Más allá de las críticas que se puedan realizar a este mecanismo desde la teoría económica, el IAPI, por ese enorme poder casi sin control, fue el marco de varios casos de corrupción y favoritismos. Luna, *op.cit.*, p.118.

Sin embargo, esta política tuvo un alcance muy corto. Tan corto que su límite se puede situar en 1949, cuando la coyuntura excepcionalmente favorable a Argentina empieza a cambiar¹⁶⁵⁹. Ya en una fecha tan temprana como 1947, tras apenas un año de gobierno peronista, la economía argentina sufre dos importantes golpes que resquebrajarán el sistema ideado por Perón. En primer lugar, Gran Bretaña suspendió la convertibilidad de la libra, con lo que Argentina quedó privada de una importante fuente de divisas. En segundo lugar, Estados Unidos alejó al país de cualquier beneficio que pudiera obtener del Plan Marshall, imposibilitando que los dólares entregados a los europeos pudieran ser usados para la compra de productos argentinos. Afectando aún más los intereses argentinos, el país norteamericano, financiando su propia producción de cereales, vendía a unos precios con los que los primeros no podían competir.

El círculo virtuoso del que se había disfrutado ahora parecía revertir su sentido. Las exportaciones, afectadas además por una fuerte sequía entre 1949 y 1952, disminuyeron drásticamente, lo que conllevó una rápida escasez de divisas, que, obviamente, repercutió en las importaciones y, en un segundo paso, en la industrialización.

Con una base electoral todavía fraguándose, existían, pese a todo, pocos incentivos políticos para cambiar un esquema que había otorgado un gran rédito electoral y una relativa calma social. El nuevo ministro de Economía, Gómez Morales, a quien todavía veremos activo en los años 80 vinculado a los sectores ortodoxos del partido, disponía así de un escaso margen para actuar, al no poder realizar ninguna acción que afectara negativamente a los sectores populares. Incluso a pesar de estos impedimentos, Perón dio un brusco giro a su política económica en su segundo gobierno, como quedó patente en el Segundo Plan Quinquenal que se desarrolló a partir de 1952. Si hasta ese momento se vivió un periodo de expansión, con el acento en la industrialización y en el rol del sector público, desde esa fecha se inicia una etapa donde subyacía la necesidad de austeridad. El sector rural volvería a ser privilegiado como

¹⁶⁵⁹ Como explican Gerchunoff y Antúnez, pese a que los propietarios agrícolas habrían obtenido un mayor beneficio exportando directamente y no a través del IAPI, las ganancias eran tan grandes que ninguno de los actores sociales perdieron durante esta coyuntura. Gerchunoff y Antúnez, *op.cit.*

motor de la economía y todo se pondría al servicio de la nueva idea rectora: la productividad¹⁶⁶⁰.

En realidad, pese a que la apuesta por la industrialización resulta innegable, la atención sobre el agro nunca se abandonó, ni siquiera durante los primeros años del gobierno. Como recuerda Girbal-Blacha: “un análisis de los créditos acordados [por el Banco de Crédito Industrial] indica una preferente ayuda financiera al sector textil y al metalúrgico, especialmente hasta 1950; pero sin que el crédito a los grandes y medianos productores agrarios y a las importantes empresas exportadoras de cereales (...) se viera interrumpido”¹⁶⁶¹. Ello ya nos pone en alerta que el modelo económico justicialista resultó mucho más complejo y más cargado de matices que la imagen mítica que de él se ha transmitido. Sin embargo, la de los créditos no es la única pista que sugiere los numerosos claroscuros que guardaba el pensamiento peronista.

A partir de 1950, con un Estado sin las divisas para dirigir los proyectos económicos a los que aspiraba, se debió recurrir de nuevo a la iniciativa privada y a la inversión extranjera. Perón concedió facilidades así a la entrada de capital exterior en el país, favoreciendo la llegada de empresas como IKA y FIAT. La más clara muestra de los límites del nacionalismo económico de Perón se encontraría, sin embargo, en uno de sus últimos proyectos. El presidente impulsaría en 1955 un acuerdo con una filial de la estadounidense Standard Oil a partir del cual se le concedía “los derechos para explotar, por un término de 40 años, 50.000 kilómetros cuadrados de tierra santacruceña, más de la quinta parte de la superficie de la provincia. En ese territorio, la empresa podría construir y usar con exclusividad caminos, embarcaderos y aeropuertos durante la vigencia del contrato”¹⁶⁶².

El proyecto demostraba que, ante la necesidad económica y la grave escasez de combustible que padecía el país, el nacionalismo y el antiimperialismo tradicionalmente vinculados al discurso justicialista quedaban como una retórica hueca. En la práctica, así,

¹⁶⁶⁰ Por supuesto, este cambio, que supuso un freno a los subsidios y que llegó hasta el congelamiento salarial por decreto durante dos años, suscitó tensiones con el sindicalismo, uno de los aliados principales de Perón. La ruptura estuvo lejos de concretarse, ante la necesidad mutua de ambas partes y el inmenso capital político del que disponía Perón, pero sí se produjo en esos años un aumento de los conflictos gremiales.

¹⁶⁶¹ Girbal-Blacha, *op.cit.*. Según esta autora el flujo de crédito de este primer peronismo fue “menos monolítica, más heterogénea, que reconoce profundos cambios, pero que también asegura continuidades”.

¹⁶⁶² Gerchunoff y Antúnez, *op.cit.*, p.187.

Perón inscribió a la Argentina en el marco institucional occidental y no dudó en reclamar ayuda al capital internacional cuando la economía del país entró en crisis. Irónicamente, sin embargo, el proyecto de la Standard Oil sería frenado en el Parlamento por unos peronistas que no compartían ese giro realista de su líder.

Vemos de esta manera que, más allá de la imagen que permanece de la época clásica, el peronismo encerraba numerosas contradicciones en su política económica desde un primer momento y resulta complicado atribuirle una identidad única y permanente. Lejos de cualquier fundamentalismo, no extraña, por tanto, que Cafiero afirmara en 1961 que “el estatismo o capitalismo de Estado le es esencial al socialismo y no al Justicialismo. Nuestro Justicialismo, es verdad, carga una buena dosis de estatismo. Pero tan sólo por imperativo de las contingencias económicas internacionales y no porque lo lleve en la sangre”¹⁶⁶³.

Esta variedad de criterios económicos quedaría patente asimismo en el breve tercer gobierno justicialista, entre 1973 y 1976. Pese a las casi dos décadas transcurridas desde el golpe de 1955, Perón regresó al poder con la idea de recrear un modelo lo más parecido posible al de sus primeros años de gobierno. Como explicaría Carlos Leyba, uno de los protagonistas del momento: “1973 no fue el principio de un nuevo sistema social: fue la etapa de maduración de una ya existente. El objetivo era generar las condiciones para el avance del Estado de Bienestar y recuperar la dinámica de la distribución del ingreso extraviada en 1955”¹⁶⁶⁴.

Como ya señalamos en el capítulo dedicado al sindicalismo, los cimientos del programa económico del tercer gobierno peronista se asentarían sobre el llamado *Pacto Social*. En un contexto de alta inflación, dentro de la gran crisis mundial provocada por el petróleo, ese gran acuerdo entre empresarios y trabajadores auspiciado por el Estado debía ser el encargado de frenar las pujas intersectoriales que acentuaban la escalada de precios y generaban un peligroso recalentamiento económico. Las recetas de Perón volvían a ser las tradicionales, por tanto: protagonismo principal del Estado en la gestión de la economía, redistribución y una confianza en las corporaciones como expresión de

¹⁶⁶³ Gerchunoff, y Antúnez, *op.cit.*, p.156.

¹⁶⁶⁴ Citado en Restrivo, Néstor y Dellatorre, Raúl: *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2005, p.33. Aunque el nombre no cosechó excesiva fama, resulta sintomático que este gobierno de Perón fuera titulado como “de reconstrucción nacional”, en referencia a la teórica destrucción que había hecho del país el imperialismo y la oligarquía aplicando políticas liberales.

los reclamos sociales. Como explicaban Restrivo y Dellatorre: tanto la CGE, la central empresaria, como la CGT “eran, en definitiva, los elementos que debían hacer posible el escenario en el cual el Estado jugara el rol de árbitro en la disputa por el ingreso”¹⁶⁶⁵. Complementariamente, las medidas propuestas por el ministro de Economía Ber Gelbard incluyeron también aspectos como la nacionalización del comercio exterior y una reforma agraria que nunca pudo ser llevada a la práctica¹⁶⁶⁶.

La posición de Gelbard, sin embargo, resultaba complicada por factores de muy diverso tipo. En primer lugar, los había de tipo económico: la crisis del petróleo encareció las importaciones que debían impulsar la industria interna y, además, el cierre del Mercado Común Europeo a las carnes argentinas supondría un duro varapalo para una ya de por sí desequilibrada economía. El ministro debía sortear asimismo obstáculos sociales: para mantener el congelamiento de precios y salarios, el Estado debía aplicar un poder (también un poder blando, no sólo coercitivo, que convenciera de las bondades de seguir el plan) del que carecía en ese momento. Especialmente a partir de la muerte de Perón, que suponía, sin duda, la mayor garantía de estabilidad del *Pacto*, los empresarios empezaron a derivar sus pérdidas hacia prácticas como el desabastecimiento de productos, mientras que los sindicatos también colaboraron en el desborde del esquema presionando para conseguir aumentos salariales. Se dieron, por último, factores políticos que hicieron que el paso de Gelbard por el ministerio resultara breve: con la llegada de Isabel a la presidencia, el ministro y su *Pacto* se quedaron sin ningún aliado de peso en el gobierno y pronto sería relevado de su puesto.

Tras la marcha de Gelbard llegaron al ministerio economistas de corte mucho más ortodoxo como Alfredo Gómez Morales, quien ejercería desde octubre de 1974 a junio de 1975. Éste trató de aplicar las recetas que ya había ensayado en los años 50 en su primer paso por la cartera, cuando se había frenado el ciclo expansionista del

¹⁶⁶⁵ *Ibidem*, p.39. Pese a que el primer objetivo del *Pacto Social* consistía en frenar una cada vez más peligrosa inflación, también buscaba igualar la participación de los asalariados en el ingreso nacional, que desde el mítico 50 % del primer peronismo había ido progresivamente menguando.

¹⁶⁶⁶ José Ber Gelbard era precisamente el fundador de la CGE, que pretendía ser el equivalente empresario de la CGT, agrupando a comerciantes, industriales y productores agropecuarios. Precisamente por su condición de representante de los empresarios nacionales fue elegido por Perón como ministro de Economía. Su Plan mantuvo alto el nivel de empleo, pero por el contrario produjo un alto déficit fiscal y no logró atajar la inflación al recurrir a la emisión monetaria sin respaldo. En cuanto al proyecto de reforma agraria, se pretendía expropiar (mediante bonos) las tierras ociosas o mal explotadas. La propuesta, obviamente, suscitó la oposición airada de los terratenientes, pero también, contra todo pronóstico, de la CGT. Terragno, *op.cit.*, p.27.

peronismo clásico. En un contexto de recalentamiento e inflación en alza, buscó poner en marcha un escalonado programa de ajuste, con una devaluación del peso y una pérdida del valor de los salarios reales. Su propuesta tampoco cosechó éxito en un complicado marco económico al que se unía la presión política ejercida por el círculo de López Rega. Sería así sustituido al frente del ministerio por Celestino Rodrigo, quien sería el protagonista de un plan que, más allá de sus efectos inmediatos, ha perdurado en la memoria colectiva cambiando para siempre la imagen del justicialismo. Frente al gradualismo de su antecesor, Rodrigo aplicó en junio de 1975, bajo la premisa de que la economía argentina necesitaba un sinceramiento, un repentino y fuerte programa de *shock* que, entre otras medidas, conllevó una devaluación del peso de más del 150 % respecto al dólar, una subida del 1100 % de todos los servicios públicos, un alza del 180 % en el precio de los combustibles y un aumento del 80 % para los salarios¹⁶⁶⁷.

Como explican Restrivo y Dellatorre, el fundamento del programa “era que el déficit presupuestario y la crisis de la balanza de pagos sólo podían solucionarse de un golpe incrementando los ingresos del Estado, cambiando los precios relativos a favor de un superávit comercial y achatando el poder de compra de los salarios”¹⁶⁶⁸. De acuerdo con estos autores, “el mega ajuste devaluatorio que se conoció popularmente como *Rodrigazo* “corrigió” de tal modo los precios de la economía que, en el contexto de cambios mucho más amplios en la estructura económica y social local, regional y mundial, partió en dos la historia económica nacional”¹⁶⁶⁹. Si bien esta noción puede resultar excesiva, no cabe duda de que el *Rodrigazo* supuso un parteaguas en la historia y en la concepción del peronismo, al demostrar que este partido era capaz de implementar un ajuste neoliberal que rebajó considerablemente el poder adquisitivo de los asalariados. Pese a que hemos visto que en el pasado el justicialismo había tomado medidas que se apartaban de la imagen tradicional que de él se tiene, nunca había aplicado un *shock* económico de este tipo de una manera tan drástica y radical. Al mismo tiempo, el *Rodrigazo* supondría de algún modo un antecedente para lo que poco después

¹⁶⁶⁷ En realidad, se atribuye a Ricardo Zinn, viceministro de Economía, la autoría intelectual del plan. Zinn nunca fue, técnicamente, un economista vinculado con el peronismo: al contrario, su llegada a ese puesto se debía más bien a sus buenos contactos con los grupos empresariales en torno al Consejo Empresario Argentino de Martínez de Hoz. Durante el *Proceso* sería asesor de este último y participaría activamente en el diseño de varias medidas económicas. En el menemismo ejerció también como asesor de María Julia Alsogaray en las privatizaciones de ENTEL y Somisa.

¹⁶⁶⁸ Restrivo y Dellatorre, *op.cit.*, p.25

¹⁶⁶⁹ *Ibidem*, p.11.

serían las políticas del *Proceso* y, posteriormente, para el ajuste menemista, rompiendo un tabú del camino que podía seguir el peronismo en la esfera económica.

Sin embargo, dentro de la extrema complejidad del justicialismo, la fuerte reacción de los sindicatos y de otros sectores del partido hizo que Rodrigo renunciara apenas un mes y medio de lanzar su plan. A partir de entonces, en un contexto de una rapidísima carrera inflacionaria y sensación de descontrol, el país conocería cinco ministros de Economía hasta el golpe de marzo de 1976: algunos más cercanos a las tesis clásicas que proponían los sindicalistas, como Cafiero¹⁶⁷⁰, y otros, como Emilio Mondelli¹⁶⁷¹, el último de esa lista, más afines a posiciones liberales.

El tercer gobierno peronista ilustra, pues, perfectamente ese carácter no unívoco del justicialismo en su tratamiento de la economía. Alejado de aplicar una única filosofía, el peronismo no sólo evolucionó a lo largo del tiempo en sus planteamientos, sino que era capaz de defender simultáneamente posiciones contradictorias, desde un nacionalismo proteccionista al neoliberalismo, pasando por un keynesianismo industrialista. En ese sentido, el giro que daría Menem sería sorprendente si fijamos la esencia del justicialismo en sus primeros años de gobierno. Sin embargo, las medidas de carácter más conservador o directamente neoliberal salpican la trayectoria del peronismo incluso en su momento clásico.

Antes de llegar a esos años 90, no obstante, el *Proceso* se encargaría de llevar adelante un profundo programa de ajuste que, como respuesta a la crisis desatada en los primeros años 70, comenzaría a desmontar esa matriz estado-céntrica que había regido en el país desde la década de los 40.

¹⁶⁷⁰ Cafiero afirmaría en su primer discurso como ministro que “se han acabado los shocks, se han acabado los palos a ciegas, se han acabado los elefantes en el bazar”. Según Terragno, su plan pasaba por pequeñas devaluaciones periódicas, liberación de precios (salvo para los productos de la llamada “canasta familiar”) y renegociación de la deuda externa. Terragno, *op.cit.*, pp.58-59.

¹⁶⁷¹ Emilio Mondelli llegó al ministerio bajo la protección de Ricardo Zinn, tras un paso por la presidencia del Banco Central, y apenas puso disfrutar de esa posición un mes y medio, siendo apartado por el golpe. Bajo la idea de que este tipo de medidas espantarían la amenaza militar, Mondelli siguió la estela de Rodrigo, con una nueva devaluación del peso, un fuerte aumento tarifario del 100 % y una subida salarial del 12 %.

7.2 La economía durante el primer año del gobierno de Alfonsín

La llegada de la democracia, al menos desde el punto de vista de Alfonsín, quien durante su campaña expresaría su famoso “con la democracia se come, se educa y se cura”, debía traer consigo el desarrollo y un bienestar que se extendería a toda la sociedad. Sin embargo, lejos de ese paisaje de progreso, el primer presidente tras la transición se vería obligado a abandonar su cargo antes de tiempo, en medio de una crisis hiperinflacionaria desatada a principios de 1989. En ese desenlace, por supuesto, tuvieron mucho que ver las políticas aplicadas por un gobierno que no fue plenamente consciente del grave problema que debía gestionar, pero no se debe olvidar la pesada carga que Alfonsín heredó junto con la banda presidencial.

En capítulos anteriores comentamos que no se puede identificar exclusivamente la política económica de la dictadura con Martínez de Hoz y a éste automáticamente con el neoliberalismo. Al contrario, se dieron en esos años fuertes debates entre los militares sobre cuál debía ser el rumbo a seguir en la economía y el icónico ministro implementó medidas, como la famosa *tablita* cambiaria, que lo alejaban del recetario clásico liberal¹⁶⁷². Pese a estos matices, no cabe duda de que el *Proceso* cambió como nunca la faz económica del país: se liberalizó la economía aplicando reducciones arancelarias, lo que conllevó el cierre de miles de empresas industriales; el congelamiento salarial provocó, obviamente, un empobrecimiento generalizado, mientras que su política financiera aumentó exponencialmente la deuda pública, en lo que ayudó, sin duda, la estatización de parte de la deuda privada. Fruto de todo ello, a fines de 1983, el anterior modelo estado-céntrico estaba herido de muerte. Los militares no habían podido (o no les había parecido conveniente) derribar algunos pilares de este modelo, como la privatización de numerosas empresas públicas; pero con su acción, la economía argentina quedó menos protegida, desapareció el privilegio hacia las pequeñas y medianas empresas y comenzó la preeminencia del sector financiero sobre el productivo¹⁶⁷³.

¹⁶⁷² Resulta interesante recordar, como hacen Palermo y Novaro, que el *Proceso* fue “desde un comienzo, la “autonomía” de la corporación militar, ocupando el Estado (...). Pero no constituyó un proyecto propiamente estatal. (...) El gobierno del PRN no rompió totalmente con la lógica política del viejo orden, y por ende no alteró ciertos rasgos básicos del mismo”. Palermo y Novaro: *Política y poder...*, *op.cit.*, p.52

¹⁶⁷³ Como recogen Gaggero, Iriarte y Roitberg, “durante la última dictadura la industria dejó de ser el factor dinamizador del conjunto de la actividad económica, alterándose la mayoría de las tendencias históricas que caracterizaron su desarrollo (...). El PBI industrial de 1983 era equivalente al 90% del generado una década atrás, o el 85% si se lo compara con el de 1974”. Gaggero, Horacio, Iriarte, Alicia y

La factura de todos estos cambios fue, obviamente, sumamente alta. Como retrató Schvarzer, a esa altura “la economía argentina presenta todas las características de una crisis sin precedentes”¹⁶⁷⁴. Lejos de solucionar los problemas estructurales de la economía argentina, los siete años del *Proceso* agravaron todavía más muchas de sus variables. El PIB se mantuvo en los niveles de 1974, los ingresos reales se encontraban en un nivel inferior al de 1960, pero lo verdaderamente preocupante fue que el país había batido un récord mundial al sumar ocho años consecutivos con una inflación entre el 100 y el 800 % y la deuda exterior había ascendido hasta los 45.000 millones de dólares¹⁶⁷⁵.

La carga para la joven democracia era, por tanto, sumamente pesada, aunque el nuevo Ejecutivo, más preocupado en ese momento por resolver aspectos también claves como la cuestión militar, minusvaloró la amenaza que se cernía sobre él. En un contexto en el que todas las certezas parecían derrumbarse, a contracorriente de los vientos que soplaban en el continente, el nuevo ministro de Economía, Bernardo Grinspun, trató de aplicar un modelo keynesiano, retomando los planteamientos que había llevado adelante el radicalismo veinte años antes¹⁶⁷⁶. Tampoco tenía Alfonsín grandes incentivos para cambiar un rumbo económico que, con sus inconvenientes, había funcionado en el pasado y seguía siendo sumamente popular: en ese sentido, se podría decir que existía una cierta identificación entre las políticas redistributivas y la democracia y del liberalismo con momentos autoritarios, por lo que era casi natural apostar por una vía neokeynesiana tras las elecciones.

Dentro de esa tradición, como explica Pesce, “el flamante equipo económico diagnosticó que el problema principal se originaba en los altos niveles de desocupación y los bajos salarios, que habían provocado un desmoronamiento de la demanda,

Roitberg, Humberto: *Argentina, 15 años después. De la transición a la democracia al menemismo (1982-1997)*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC, 1997, p.28

¹⁶⁷⁴ Schvarzer, Jorge: “Crisis económica argentina: la carencia de modelos para enfrentarla exige una firme determinación política”. *El Bimestre*, 13, 1984, p.3.

¹⁶⁷⁵ Carreras, *op.cit.*, pp.222-223.

¹⁶⁷⁶ Grinspun contaba con una trayectoria política y de gestión de dos décadas en ese entonces y ya había formado parte del equipo del ministerio de Economía durante el gobierno de Illia. Siempre vinculado a los planteamientos inspirados por la CEPAL y a la teoría de la dependencia, tras el golpe de 1966 empezó a acercarse al círculo de Alfonsín, opuesto a Balbín y de carácter más progresista.

retrayendo la producción”¹⁶⁷⁷. La raíz de los males se encontraba, desde su perspectiva, en un mercado interno anémico que no era capaz de tirar de la economía. Bastaba, por tanto, con tirar de esa demanda para que el conjunto del sistema volviera a funcionar¹⁶⁷⁸. Bajo ese planteamiento, Grinspun se apresuró a lograr cuatro metas: aumentar el producto bruto y el salario real y disminuir el déficit y la inflación¹⁶⁷⁹, y, a pesar de las dificultades que pronto encontró, el ministro se mostraba optimista al considerar que “se está revirtiendo la situación”¹⁶⁸⁰.

En realidad, la propuesta del peronismo en esta cuestión no resultaba muy diferente. Durante la campaña, el justicialismo no había perfilado excesivamente su oferta económica, más allá de algunos lugares comunes extraídos de su época clásica. Como explica Carreras, sus medidas pasaban por lograr la concertación de los principales sectores sociales y reactivar la economía a través del estímulo de la demanda, la subida de los salarios y la bajada de impuestos¹⁶⁸¹. En el documento de fundación del MUSO de Bittel y Cafiero, por ejemplo, se señalaría que “queremos una economía al servicio del bienestar general, proponiendo para ello la concertación de una política entre los grandes factores de la producción: el capital, el trabajo y el Estado. El Estado deberá ser fuerte, planificador, promotor y árbitro, y no prescindente ante la injusticia y la desigualdad entre los hombres y las regiones. Propiciamos un sistema económico mixto basado en la propiedad privada con función social y en la existencia de un fuerte y eficiente sector público”¹⁶⁸².

¹⁶⁷⁷ Pesce, Julieta: “Política y economía durante el primer año de gobierno de Raúl Alfonsín. La gestión del ministro Grinspun”. Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006, p.379.

¹⁶⁷⁸ Como recordaba Morales Solá, “en el discurso de Grinspun, bastaba cierta elevación del salario y la obtención de algunas líneas de crédito para solucionar todos los problemas”. Morales Solá, *op.cit.*, p. 251.

¹⁶⁷⁹ *Clarín*, 19/2/1985.

¹⁶⁸⁰ *La Voz del Interior*, 13/2/1984. Hasta apenas un mes antes de la renuncia de Grinspun, desde el gobierno se seguía insistiendo en que “el problema fundamental en la Argentina de hoy es su crisis de estancamiento”. *La Voz del Interior*, 8/1/1985. Pese a las grietas que iban apareciendo, se seguía siendo renuente a la aplicación de un ajuste: “se rechaza la idea de reducir drásticamente el nivel de consumo a través de una caída del salario real”. *La Voz del Interior*, 11/1/1985. Al mismo tiempo, la propuesta del peronismo no era excesivamente diferente, por lo que no existía un contrapeso lo suficientemente grande como para fomentar un debate sobre un cambio.

¹⁶⁸¹ Carreras, *op.cit.*, p.223. Por supuesto, existían diferencias dentro de la gran complejidad que ofrecía el peronismo. Siguiendo a la misma autora, Robledo suponía la voz discordante, con una posición más cercana al liberalismo. Estaba de acuerdo con una concertación auspiciada por el gobierno. “Entre el capital, los obreros y la intervención del Estado y éste verá, primero, qué política puede proponer y, segundo, qué aportes puede realizar”. *Ibidem*, p.140

¹⁶⁸² Citado en Cafiero: *Razones para ser... op.cit.*, p.73.

Pese a estas similitudes, las críticas a la gestión de Grinspun serían constantes desde todos los nucleamientos del peronismo. Las habría más moderadas, como las de Eduardo Setti, quien señalaba que si el plan del ministro funcionaba, se podría calificar de “un milagro”, ya que supondría haber “descubierto la piedra filosofal de la economía”¹⁶⁸³. Diego Guelar, por su parte, criticaría que el gobierno actuaba desde una posición muy aislada, sin consultar con el resto de sectores sociales: “se sigue hablando de la concertación y en la práctica el gobierno aumenta su aislamiento y su desconexión con los sectores sociales que debían formar parte de ella”¹⁶⁸⁴.

Como resultaba obvio, el justicialismo, pese a compartir un planteamiento similar, debía ofrecer un discurso diferente que lo separara del gobierno y le diera un perfil propio y atractivo electoralmente. Sin embargo, sorprende que la crítica alcanzara cotas como la de comparar la gestión de Grinspun con la de Martínez de Hoz. El Consejo Federal emitiría, por ejemplo, un documento en el que expresaba su “profunda preocupación respecto de la política económica implementada por el Poder Ejecutivo Nacional hasta la fecha, que en nada puede diferenciarse de la política nefasta (...) que fuera implementada por Martínez de Hoz”¹⁶⁸⁵. Dentro del contexto de movilización contra la ley Mucci, el Consejo de Miguel también opinará que el gobierno mantenía la política económica y gremial “de la dictadura”¹⁶⁸⁶.

Esta diferencia tan acusada en los decibelios de las distintas críticas tenía que ver, obviamente, con la extrema división que acusaba el partido y con la falta de un poder central fuerte que coordinara la postura de la oposición. Fruto de ello, las propuestas alternativas que lanzaba el peronismo se caracterizaban por la dispersión y la falta de cooperación de los distintos sectores. El Consejo miguelista, por ejemplo, nombró una comisión asesora de economía de la que formaban parte Setti, Jorge Domínguez o Roberto Lavagna¹⁶⁸⁷. El isabelista Comando Supremo, por su parte, preparaba su propio documento, bajo la asesoría de Gómez Morales, que proponía, por ejemplo, la “reactivación del aparato productivo, el fortalecimiento del salario real y la subsiguiente desaceleración gradual de la inflación”¹⁶⁸⁸. Pero ni siquiera en este

¹⁶⁸³ *El Bimestre*, 3, 2/1/1984.

¹⁶⁸⁴ *La Voz del Interior*, 21/7/1984.

¹⁶⁸⁵ *Clarín*, 13/1/1984.

¹⁶⁸⁶ *Clarín*, 3/2/1984.

¹⁶⁸⁷ *Clarín*, 25/7/1984.

¹⁶⁸⁸ *La Voz del Interior*, 24/7/1984.

agrupamiento existía consenso sobre el rumbo a seguir, ya que una línea interna sostenía que era preferible debatir la cuestión con el Consejo antes de elevar cualquier propuesta al gobierno¹⁶⁸⁹.

Quizá el único punto en común de este disperso peronismo fue su oposición al manejo de la cuestión de la deuda externa que realizaba el radicalismo, donde, posiblemente, se encontraba la raíz de la comparación con la dictadura que hemos visto anteriormente. En realidad, lejos de una posición totalmente dócil, el gobierno reconoció los compromisos adquiridos por el país, pero trataría por todos los medios de renegociar esa deuda. En ese sentido, como señaló Pesce, para Grinspun la deuda, más que un problema financiero, era un problema político que implicaba negociar y acordar con los distintos actores implicados¹⁶⁹⁰. Su idea inicial pasaba por crear un club de deudores en el que se incluyeran varios países latinoamericanos para, desde ahí, conversar desde una posición de fuerza con los distintos centros financieros¹⁶⁹¹, lo que tuvo su expresión práctica más acabada en la formación del llamado Grupo de Cartagena¹⁶⁹².

Pese a esta intención, los múltiples frenos que existían para llevar a cabo ese plan propiciaron que Grinspun debiera negociar directamente con el FMI, reconociendo así el esquema bilateral que pretendía imponer el Fondo. Ante este cambio, el peronismo, obviamente, mostraría su oposición, al considerar que esas negociaciones menoscaban los verdaderos intereses del país. Para Jorge Domínguez, por ejemplo, “por una confusión teórica el gobierno ha venido supeditando la puesta en funcionamiento de un programa y la convocatoria a los distintos sectores que pueden implementar ese programa de gobierno al refinanciamiento de la deuda exterior”¹⁶⁹³. El principal partido

¹⁶⁸⁹ *La Voz del Interior*, 28/7/1984. Dentro de esas diferencias, a título personal, Bárbaro señalaba que “la contrapropuesta del peronismo se centra en la discrecionalidad del crédito, la nacionalización de los depósitos, la refinanciación de los pasivos empresarios y la rebaja sustancial de la tasa de interés”. *El Bimestre*, 3, 2871/1984.

¹⁶⁹⁰ Pesce, *op.cit.*, p.389.

¹⁶⁹¹ La relación entre Grinspun y el FMI no fue en absoluto plácida. Cuentan en *Clarín* la anécdota de que el ministro retó al representante del Fondo, Joaquín Ferrán, con un “si querés que me baje los pantalones, me los bajo” y “no quedó en palabras: le dio la espalda y, literalmente, se los bajó”. *Clarín*, 12/10/1996.

¹⁶⁹² En junio de 1984 los ministros de Economía y de Exteriores de varios países de la región, como Argentina, Brasil, Colombia, México o Venezuela se reunieron en la ciudad de Cartagena de Indias para debatir su postura frente al problema de la deuda. Allí se demostraron, sin embargo, las limitaciones de las aspiraciones argentinas, dada la heterogeneidad de posiciones y la negativa, por parte de México o Brasil, de intentar un camino alternativo. A cambio, se emitió un documento conocido como Consenso de Cartagena, en el que se expresaba la intención de realizar un seguimiento regional sobre la deuda.

¹⁶⁹³ *La Voz del Interior*, 2/4/1984.

de la oposición solicitaría incluso la interpelación parlamentaria del ministro para que explicase la naturaleza de sus conversaciones con el FMI, convencidos de que la solución no pasaba por “arribar a un diálogo plagado de condicionamientos o limitado a la aceptación o rechazo de hechos consensuados”¹⁶⁹⁴. Sin embargo, como relataban en *El Bimestre*, en esa tesitura, Grinspun “echó mano a un arma temible: mimetizarse en los planteos del peronismo, compartir con éste los criterios políticos del mismo”¹⁶⁹⁵, mostrando así que las diferencias de criterio entre gobierno y peronismo tenían más que ver con el juego político que con las cuestiones de fondo.

Dentro de esas negociaciones, el gobierno enviaría una carta de intención al FMI en la que se adelantaba que se limitarían los pagos de la deuda “a la disponibilidad de recursos que se pueda obtener mediante sus exportaciones”¹⁶⁹⁶. Pese a que en el texto se supeditaba el pago al crecimiento del país, la carta fue también criticada por el peronismo. Para los diputados del partido, la misma resultó “recesiva e insuficiente”, al tiempo que subrayaron que el acento del justicialismo se centraba en la “concertación político y social” frente a la “pasiva [adhesión] de la aceptación de hechos consumados” que propugnaba el Ejecutivo¹⁶⁹⁷. Desde el Consejo peronista se recordaba que la responsabilidad “única” de lo que sucediera correspondía a un gobierno que no había consultado su acción con el resto de partidos¹⁶⁹⁸. Hasta Mondelli, no precisamente el economista más progresista del partido, expresaría que las tratativas con el FMI “no eran las mejores, no estamos muy de acuerdo en la forma en que se está negociando, pues primero era necesario tener un programa con contenido de justicia social”¹⁶⁹⁹.

Finalmente, antes de que terminara el año de 1984, se llegaría a un acuerdo con el FMI que Grinspun calificó como “una necesidad para Argentina”¹⁷⁰⁰ y que incluía un crédito *stand by* para paliar momentáneamente la situación financiera. Pese a ese apurado contexto, la posición del justicialismo permanecería inalterada. Para el bloque de diputados, el acuerdo confirmaba “las denuncias que efectuáramos respecto de que no sólo se había pactado [con los organismos internacionales] el presupuesto de 1984, sino

¹⁶⁹⁴ *Clarín*, 18/4/1984.

¹⁶⁹⁵ *El Bimestre*, 15, 18/5/1984.

¹⁶⁹⁶ *La Voz del Interior*, 12/6/1984.

¹⁶⁹⁷ *Clarín*, 16/6/1984.

¹⁶⁹⁸ *El Bimestre*, 15, 12/6/1984.

¹⁶⁹⁹ *La Voz del Interior*, 19/7/1984.

¹⁷⁰⁰ *El Bimestre*, 17, 3/9/1984.

todo el programa económico para el 1985”, “no es otra cosa que la repetición de los programas de ajuste que nuestro país firmara anteriormente”¹⁷⁰¹.

El justicialismo se mostró así inflexible durante el debate sobre la deuda en este primer año de gobierno radical. Su postura se podría sintetizar en un rechazo total a unas negociaciones que consideraba una imposición del FMI¹⁷⁰². Al partido le resultaba “inaceptable” que el futuro del país se condicionase a las medidas del Fondo, al tiempo que proponía la firma de una concertación, de un pacto entre los principales sectores sociales que “garantice las mejores condiciones negociadoras de la nación ante las presiones internacionales de las que está siendo objeto”¹⁷⁰³. El peronismo se encastillaba de ese modo en una posición nacionalista, rentable electoralmente ante el rechazo general que concitaba el pago de la deuda y que, obviamente, dificultaba la llegada de un acuerdo y la maniobrabilidad del gobierno.

Ciertamente, la caída de Grinspun tras 436 días en el gobierno no se debió principalmente a la acción opositora del justicialismo. Ciertamente, ésta supondría un fuerte desgaste en su credibilidad, a la vez que subrayaba que, más que la estabilidad del país, la prioridad del dividido peronismo era ofrecer un discurso maximalista que le conectara con gran parte del electorado. Sin embargo, en el alejamiento del ministro deben sumarse muchos más factores. Su mala relación con el FMI, en un momento en que parecía que la única salida realista era la negociación, unido a sus roces con el presidente del Banco Central, García Vázquez, que implementaba medidas casi totalmente opuestas, desgastaron la confianza que Alfonsín había depositado en él¹⁷⁰⁴. Dentro de esa trayectoria hacia un nuevo modelo económico, su sustituto en el puesto, Juan Vital Sourrouille supondría un cambio de planteamiento respecto a las ideas keynesianas defendidas por Grinspun.

¹⁷⁰¹ *El Bimestre*, 17, 28/9/1984.

¹⁷⁰² “Son los grandes poderes económicos los que dictan las principales líneas de la política económica?”. *La Voz del Interior*, 3/12/1984.

¹⁷⁰³ *La Voz del Interior*, 25/5/1984.

¹⁷⁰⁴ La gestión de Grinspun no resultó un desastre absoluto, pese a su mal desempeño a la hora de atajar la inflación o refinanciar la deuda. Como explica Pesce, el ministro cosechó un relativo éxito a la hora de aumentar la producción, tanto industrial como agropecuaria y mantuvo cierta ocupación de empleo. Pesce, *op.cit.*, p.392.

7.3 El peronismo ante el Plan Austral

En cierto modo, la llegada de Sourrouille al ministerio de Economía supuso un giro completo al perfil que había encarnado Grinspun. Mientras que el último podía presumir de una larga trayectoria en el partido y de ser uno de los fundadores de la línea alfonsinista Renovación y Cambio, Sourrouille llegaba al Ejecutivo como un técnico sin excesivos vínculos con la política. Es cierto que había ya ejercido como funcionario del ministerio durante el gobierno de Illia y como subsecretario de Economía y Trabajo con Aldo Ferrer y que en 1985 estaba trabajando como secretario de Planeamiento¹⁷⁰⁵, pero en modo alguno el nuevo ocupante del Palacio de Hacienda se podía considerar un hombre de partido¹⁷⁰⁶. Al contrario, la llamada de Sourrouille se puede interpretar como un paso en la progresiva concepción de la economía como un espacio para lo técnico, alejado de las luchas políticas e ideológicas, donde prácticamente sólo existía un único camino posible.

Por supuesto, la llegada del nuevo ministro fue acogida con frialdad por el dividido peronismo de comienzos del año 1985. El Consejo renovador, por ejemplo, aspiraba a que el cambio se convirtiera “en una modificación de la política llevada adelante hasta el momento”¹⁷⁰⁷, reclamando una “economía al servicio del hombre a través de la justicia social”. Los diputados del ala renovadora criticaban al mismo tiempo la “política del gobierno soberbia e incompetente” e insistían en que el Ejecutivo debió “concretar un plan de emergencia” con el peronismo “previo a la renegociación de la deuda”¹⁷⁰⁸.

Alfonsín, pese a estas críticas, era consciente de que había llegado el momento de dar un nuevo rumbo a la economía ante el deterioro de las principales variables macroeconómicas. Si en un primer momento podría haber pensado que el simple retorno de la democracia serviría de bálsamo para algunos problemas heredados o para

¹⁷⁰⁵ En efecto, “durante el último año, Sourrouille fue uno de los más eficientes colaboradores del Presidente en materia económica al punto que fue el encargado de elaborar el plan de mediano plazo puesto en marcha tras la renegociación de la deuda externa”. *La Voz del Interior*, 19/2/1985.

¹⁷⁰⁶ Como explica Aboy Carlés: “se trataba de un equipo eminentemente técnico, no vinculado a la militancia partidaria en las filas del radicalismo”. Aboy Carlés, *op.cit.*, p.240. En realidad, el radicalismo, al contrario que el peronismo, no contaba con un equipo de economistas que pudiera llamar propio. Más allá de Grinspun y Alfredo Concepción, Alfonsín debía echar mano de figuras extrapartidarias para asesorarse en esta esfera y para completar cargos. *Clarín*, 24/2/1985.

¹⁷⁰⁷ *Clarín*, 21/2/1985.

¹⁷⁰⁸ *Clarín*, 18/4/1985.

aliviar la presión internacional, a comienzos de 1985 el presidente era consciente de que la crisis económica debía ocupar casi toda su atención. En abril, durante un discurso público, Alfonsín anunció que el país necesitaba entrar en “economía de guerra”: “lo que quiero decir con ese de guerra es la utilización de todos los recursos disponibles para cumplir los objetivos que son los de cortar la inflación y ver la manera de que las cargas que necesariamente hay que pagar se repartan equitativamente”¹⁷⁰⁹.

La pieza central del nuevo planteamiento descansaría sobre el llamado Plan Austral. Distante de la ortodoxia liberal, el plan tenía como objetivo principal controlar una inflación que se estaba desbocando sin provocar recesión¹⁷¹⁰. Para ello, se decretaba un congelamiento de precios y salarios y se adelantaba el compromiso por parte del Estado de no emitir moneda para financiar el déficit fiscal. Por el contrario, se buscaba un financiamiento genuino del gasto público a partir de impuestos adicionales y mayores tarifas, al tiempo que se trataría de disminuir ese déficit preservando los empleos públicos¹⁷¹¹. La medida estrella, que daba incluso nombre al plan, consistió en un cambio de signo monetario, el llamado austral, nacido a partir de la eliminación del tres ceros del antiguo peso argentino. Aparte del impacto psicológico de la medida, la idea pasaba por mantener a partir de entonces un cambio fijo entre el austral y el dólar¹⁷¹² que frenara la subida o la tentación del cambio de divisas incontrolado¹⁷¹³. Como explican Landi y Cavarozzi, “su principal novedad [del Austral], sin embargo, fue en el

¹⁷⁰⁹ *El Bimestre*, 29/4/1985. En un contexto de atentados y rumores de conspiración, la convocatoria de Alfonsín a la Plaza de Mayo fue, en realidad, un llamado a la defensa del gobierno y del sistema democrático. No extraña, por tanto, que cuando el discurso derivó a la cuestión económica (y a hacerlo en términos tan negativos) mucha gente abandonara la concentración. Los renovadores decidieron no acudir a la Plaza hasta que no se anunciara “la renegociación de la deuda externa con sentido nacional, (...) la nacionalización de la banca y del comercio exterior”. Más allá de esa negativa, las reivindicaciones resultan interesantes porque se inspiran claramente en la etapa dorada del primer peronismo. Como en otras ocasiones, el discurso renovador no resultaba excesivamente rompedor con el pasado: al contrario, trataba de reencontrar una esencia que se creía perdida. *Clarín*, 24/4/1985.

¹⁷¹⁰ Como señalaba el propio Sourrouille: “el Gobierno se dispone a llevar a cabo un ataque firme y en todos los frentes a la inflación”. *El Bimestre*, 21, 13/6/1985. Alfonsín iba incluso más allá en los objetivos del plan, subrayando lo que se jugaba en su éxito: “la reforma no es para salvar un gobierno, sino que es para salvar un sistema político, un estilo de vida”. *La Voz del Interior*, 15/6/1985. Lavagna, economista que había estado en la órbita justicialista hasta ese momento, reconocería que había colaborado en la redacción del plan. Desde su punto de vista, el planteamiento del ajuste del Austral era completamente diferente al utilizado durante el *Rodríguez*, ya que ahora se trataba de mantener los precios lo más estables posibles. *La Voz del Interior*, 15/6/1985.

¹⁷¹¹ *El Bimestre*, 21, 13/6/1985.

¹⁷¹² *La Voz del Interior*, 15/6/1985.

¹⁷¹³ Para que las medidas fueran totalmente eficaces, las gestiones sobre el nuevo signo monetario se llevaron con la mayor discreción y secretismo posible. Prácticamente de un día para otro los argentinos se levantaron con los precios congelados y una nueva moneda. Obviamente, de no haber sido así, habría existido la tentación de elevar previamente los precios o de especular con las divisas.

plano discursivo: el reconocimiento explícito del estado de destrucción y desorganización de la economía argentina. Dicho reconocimiento sirvió como base para adoptar una serie de medidas, más bien de carácter simbólico, destinadas a revertir la situación”¹⁷¹⁴.

Desde el justicialismo, la primera reacción ante el plan fue de expectación y cautela. No debemos olvidar que se estaba en un año electoral, por lo que una crítica dura a una medida que podía ser exitosa resultaba contraproducente. De hecho, algunas voces como las de Menem o Bárbaro se mostraron incluso favorables al Austral. El riojano, cercano al gobierno en esa coyuntura, señalaría que “estas medidas dan la seguridad absoluta de que vamos a salir de esta situación. Eran necesarias, teóricamente son correctas y van a resguardar definitivamente la fuente de trabajo”¹⁷¹⁵.

Se dieron asimismo varias voces netamente contrarias¹⁷¹⁶, pero en líneas generales el principal partido de la oposición optó por un perfil bajo, a la espera del desarrollo del plan¹⁷¹⁷. Gómez Morales señalaría en esa línea que “la intención que determina el plan es perfectamente plausible porque visto el problema de la crisis hiperinflacionaria que tiene el país, debe ser encarado con toda decisión”¹⁷¹⁸.

Como se afirmaba en *Página/12*, “la razón de ser del Plan Austral fue la necesidad de controlar la inflación, que era un elemento de gran desorden en el proceso de acumulación de las empresas argentinas, en las relaciones de estas con el capital financiero internacional y en la preparación de un clima político que afianzara la convivencia democrática en el conjunto de la sociedad”¹⁷¹⁹. En ese sentido, el Austral resultó sumamente exitoso en sus primeros pasos, reduciendo considerablemente una inflación desbocada: en los primeros meses, la inflación se situó en torno al 2 % mensual. La sorpresa ante tal éxito quedó reflejada por Sylos Labiri cuando relató que “se trata de un hecho nunca visto en Argentina desde la posguerra: un joven economista

¹⁷¹⁴ Landi, Oscar y Cavarozzi, Marcelo: *Menem: ¿el fin del peronismo? (Crisis y postransición en la Argentina)*. Buenos Aires: CEDES, 1991, p.9.

¹⁷¹⁵ *El Bimestre*, 21, 15/6/1985. Bárbaro, desde Capital Federal, también se posicionó a favor: “es coherente y da esperanzas”, “una oposición responsable no puede menos que desear su éxito”. *Clarín*, 17/6/1985.

¹⁷¹⁶ Saadi declararía, por ejemplo, que “el PEN no tiene facultades para cambiar el signo monetario”. *El Bimestre*, 21, 15/6/1985.

¹⁷¹⁷ *La Voz del Interior*, 19/6/1985.

¹⁷¹⁸ *La Voz del Interior*, 18/6/1985.

¹⁷¹⁹ *Página/12*, 10/10/1987.

de cuarenta años me explicaba, durante mi visita a Buenos Aires, que él había nacido con la inflación y le parecía increíble el logro del plan¹⁷²⁰. No extraña, por tanto, que en las legislativas de 1985 la UCR cosechara un nuevo triunfo electoral aprovechando el tirón del rumbo económico.

Hacia abril de 1986, cuando ya parecía conjurado el peligro de una hiperinflación, el gobierno pensó que el país podía avanzar hacia una etapa de modernización, que sería la idea fuerza que manejaría el radicalismo durante esos meses, como quedó plasmado en el famoso discurso de Parque Norte de Alfonsín en diciembre de 1985. De hecho, en ese abril se relajaron algunas de las medidas más rígidas del plan, como los controles de precios. Pese a este optimismo, a mediados de 1986, a un año del lanzamiento del Austral, existían varias señales de que el plan no había sido capaz de adentrarse en las raíces de los problemas económicos del país. A partir del segundo tercio de ese año la inflación volvería a trepar cada vez más: entre octubre de 1986 y octubre del año siguiente, los precios subirían un 165,8 %¹⁷²¹.

En realidad, la única garantía de que el plan lograra controlar esa inflación pasaba por un control muy estricto de ese congelamiento de precios y salarios que había decretado. Sin embargo, al igual que había ocurrido con el *Pacto Social*, realizar esa tarea de vigilancia exigía unos recursos y unas energías de las que carecía el Estado en ese momento. Al mismo tiempo, la ausencia de un crecimiento sostenido de la economía provocó tensiones que se tradujeron en una puja desde distintos ángulos por romper el congelamiento.

El Plan Austral se vio abocado así a varias rectificaciones periódicas. En un primer momento, estos retoques fueron interpretados casi positivamente por el gobierno y se volvió casi una tradición semestral que se realizaran ciertas correcciones, con la idea de caminar hacia un esquema más flexible. No obstante, estos reajustes resultaban insuficientes para reencauzar una situación que iba poco a poco caminando hacia el desastre y, además, con el tiempo se volvían contradictorios e inconsistentes: si en abril se había optado por rebajar los controles, en septiembre de 1986 se retomaron.

¹⁷²⁰ Sylos Labiri, Paolo: "El Plan Austral y la política económica argentina: algunas reflexiones". *Investigación Económica*, 185, julio-septiembre 1988, p.253. Contra la teoría clásica, el gobierno podría presumir además de que "la abrupta reducción de la inflación se alcanzó con un coste mínimo en término del nivel de actividad interno". *La Voz del Interior*, 7/2/1986.

¹⁷²¹ *Clarín*, 8/11/1987.

En esa línea, en febrero de 1987, por ejemplo, se lanzó un nuevo paquete que incluía un reajuste salarial y posterior congelamiento, unido a una devaluación del austral¹⁷²².

A medida que los efectos del Austral iban disminuyendo, el peronismo fue abandonando su posición de cautela para volverse mucho más crítico y aprovechar el desgaste del gobierno. Por supuesto, en este punto el partido caminó a distintas velocidades, de acuerdo a sus divisiones. La conducción del congreso de Santa Rosa, dominada por los ortodoxos, ya había afirmado, un mes después del lanzamiento del plan que “el gobierno ha implementado unilateralmente un programa económico que está provocando un cuadro de creciente recesión, desempleo y sacrificio de los sectores más desposeídos de la sociedad”¹⁷²³. Desde el ala renovadora las críticas serían más tardías, pero llegarían también. Si hemos visto a Menem como uno de los pocos apoyos explícitos al Austral desde el justicialismo, apenas medio año más tarde el riojano afirmaría en un acto que “no aceptamos la libertad de morir de hambre”, “lo único que ha permanecido congelado son los salarios. Unos salarios de hambre”¹⁷²⁴. En ese sentido, se destila así un cierto oportunismo del justicialismo en torno a la cuestión económica, lanzándose a la crítica sólo en un momento en que podía maximizar el rédito electoral ante el desgaste del gobierno.

En realidad, como ocurría con la cuestión militar, el peronismo podía dedicarse en esa coyuntura a una cómoda labor de oposición, desde una postura principista, esperando que la simple realidad fuera desgastando al gobierno. Ello pudo comprobarse claramente también en el tratamiento de otro problema clave de la coyuntura: la deuda externa¹⁷²⁵.

Si en muchas ocasiones hemos visto una clara diferencia de criterios entre los ortodoxos y la Renovación, en la cuestión de la deuda, como ocurrió durante la gestión de Grinspun, encontraremos una posición relativamente común, basada en un planteamiento nacionalista, contrario a las negociaciones y con la moratoria del pago como piedra de toque. Desde el lado ortodoxo, Saadi afirmaría, por ejemplo, que era

¹⁷²² *La Voz del Interior*, 26/2/1987.

¹⁷²³ *La Voz del Interior*, 31/7/1985.

¹⁷²⁴ *Clarín*, 12/1/1986.

¹⁷²⁵ En realidad, desde la propia UCR se podían encontrar posiciones muy diferentes y similares a las peronistas. El diputado Negri señalaría que “el FMI debe entender que no nos va a atar una eternidad. Si quiere cobrar, que cobre lo que podamos ofrecer y si no que vaya a cobrarle al Proceso”. *El Bimestre*, 21, 2/5/1986.

“indispensable una moratoria no menor de diez años para pagar la deuda”¹⁷²⁶. Casi un año más tarde, el Consejo saadista recalcaría que la prioridad por la deuda generaba políticas “que no son en definitiva diferentes a las que propició Martínez de Hoz”¹⁷²⁷.

Desde la otra vereda, Cafiero calificaría la deuda como “injusta e impagable además de ser una enorme carga que afrontan las economías regionales de cada país”¹⁷²⁸. En el discurso renovador, la solución de la moratoria unilateral aparecía también como la salida natural: “en las actuales condiciones, plazos, tasas de interés y crisis de estancamiento, el pago de la deuda externa resulta imposible”, “el justo reclamo de una moratoria aparece así como una consecuencia lógica”¹⁷²⁹. Desde esa posición, Cafiero exigía una “reprogramación unilateral” de los pagos¹⁷³⁰ que fuera el producto de “un compromiso político en torno a las grandes cuestiones nacionales”¹⁷³¹. La cuestión pasaba, pues, por decretar un paréntesis en los pagos que sirviera para idear una nueva estrategia¹⁷³², pero sin pagar el precio de romper totalmente con el FMI. El líder renovador señalaría en ese sentido que “nosotros no propiciamos una ruptura con el FMI”, pero en dicha aseveración no parecía mostrarse, consciente o inconscientemente, de los riesgos que podía suponer decretar un aplazamiento unilateral de los pagos: “no le acarrearé al país inconvenientes que no sean superables y que será la base para volver a crecer”¹⁷³³.

Desde su punto de vista, frenar y replantear el pago de la deuda no suponía exclusivamente una cuestión económica, sino que, mucho más importante, suponía un

¹⁷²⁶ *El Bimestre*, 21, 2/5/1986.

¹⁷²⁷ *La Voz del Interior*, 27/2/1987.

¹⁷²⁸ *La Voz del Interior*, 2/3/1987. Cafiero destacaría en muchas ocasiones el carácter inmoral de la contracción de la deuda. En un debate parlamentario de mayo de 1986, el líder renovador definiría la cuestión como “probablemente el debate más trascendental de nuestro tiempo” y añadiría: “además de la intrínseca inmoralidad de esta deuda en virtud de su origen (...) la misma es jurídicamente impugnada pues fue constituida por un gobierno de facto, afecta a más de una generación de argentinos y es por tanto susceptible de tratamiento por este Congreso Nacional”. Cafiero et al., *op.cit.*, p.115.

¹⁷²⁹ *La Voz del Interior*, 7/2/1986.

¹⁷³⁰ *El Bimestre*, 26, 7/3/1986.

¹⁷³¹ *Clarín*, 14/4/1987.

¹⁷³² Acudiendo a la etimología, Cafiero señalaría que “queremos el “morare”, el detenernos, buscar la reflexión porque ansiamos una solución de unidad nacional para el problema de la deuda externa”. Cafiero et al.: *La renovación fundacional*, *op.cit.*, p.143.

¹⁷³³ *La Voz del Interior*, 15/3/1986. La de Cafiero no fue la única propuesta emanada desde las posiciones renovadoras. Grosso, por ejemplo, sugería “la formación de una comisión bicameral, más la suspensión por 130 días del pago de la deuda”. *Clarín*, 10/3/1986. Manzano, por su parte, pretendía “delimitar la deuda legítima de la ilegítima, puesta que la banca acreedora irresponsable le prestó dinero a una dictadura militar, a un gobierno ilegítimo, que no la canalizó en la producción, sino en la especulación”. *Clarín*, 7/4/1986.

paso para conseguir una verdadera democracia: “la democracia y la liberación son dos perspectivas que se incluyen y se complementan en un país periférico (...). Frente a la cultura del posibilismo [de la que haría gala el gobierno], la cultura de la liberación”¹⁷³⁴.

Si las diferencias entre ortodoxos y renovadores se encontraban en esta cuestión en los detalles, lo más interesante de esta etapa es que los últimos iban poco a poco adquiriendo un perfil más definido en el rumbo que querían imprimir a la economía. Mientras que durante los primeros años de democracia fueron los sindicatos los encargados de llevar el timón de la protesta por la gestión económica, poco a poco, sobre todo a partir de 1986, sería el partido y, en concreto, los renovadores los encargados de capitalizar el trato con el gobierno en este rubro. Como veremos, ello se hizo totalmente evidente tras las elecciones de 1987, pero ya durante todo ese año el partido fue definiendo y difundiendo una propuesta económica cada vez más estructurada.

En la reunión renovadora de La Falda en mayo de 1987 ya se plantearon algunas de las propuestas que adoptaría el partido, como la moratoria, la prioridad “a la defensa del trabajo y la producción nacional” y la puesta en marcha de una economía “al servicio del hombre y su calidad de vida”¹⁷³⁵. Durante la reunión partidaria de Bariloche, un mes más tarde, a la que no sólo acudieron los renovadores, se volvería a insistir en la conexión entre autoritarismo y políticas económicas de corte liberal: “la experiencia argentina demuestra que el autoritarismo político ha estado siempre ligado a un programa económico-social de marginación de la mayoría y de achicamiento del aparato productivo”¹⁷³⁶. Cafiero, en esa dirección, se encargaría de recordar que el triunfo de la UCR en las elecciones de 1987 “completaría el ciclo neoliberal con la apertura importadora de la economía, privatizaciones de sesgo monopólico, reafirmación ante los acuerdos externos y ortodoxia monetaria y fiscal acordes con las pautas dictadas sobre los centros de poder económico mundial”¹⁷³⁷.

Sin embargo, sería en Tucumán, durante la conmemoración de los 40 años de la declaración de independencia económica, en julio de 1987, donde el peronismo, cada vez más controlado por los renovadores, ofrecería una visión más acabada de su

¹⁷³⁴ *La Voz del Interior*, 24/3/1986.

¹⁷³⁵ *La Voz del Interior*, 4/5/1987.

¹⁷³⁶ *Clarín*, 23/6/1987.

¹⁷³⁷ *Clarín*, 24/6/1987.

propuesta económica en esos años centrales de la década¹⁷³⁸. En el documento que se emitirá desde la ciudad norteña, en el que colaborarían miembros de todo el espectro del partido, se partía de una dura crítica a un gobierno que había llevado al país a la “explosión inflacionaria, crisis de balanza de pagos, presión monetaria y fiscal y ajuste recesivo e inestabilidad social”, hasta el punto de catalogar la situación como la “más grave de la historia argentina”¹⁷³⁹.

Así, frente a un oficialismo “preso de sus contradicciones internas y de su oportunismo coyuntural”, el peronismo ofrecía desde Tucumán una serie de pautas para un programa alternativo, centrado en disponer de una moratoria y una quita de la mitad de la deuda y una concertación entre gobierno, oposición y distintos grupos sociales basada en un triple pacto: institucional, federal y económico-social¹⁷⁴⁰.

Males como la inflación también eran señalados en el texto como responsabilidad del gobierno, en una crítica indirecta al Plan Austral: “hay una [inflación] histórica, de dos dígitos, vinculada con la distribución de ingresos y el desarrollo industrial, en tanto, la actual de tres dígitos, se debe a la carencia de planes estructurales, la inestabilidad y la falta de planes para los gastos del Estado”¹⁷⁴¹. Para fomentar el crecimiento que sería el motor de la solución, se proponía reindustrializar la economía “mediante el aprovechamiento de la capacidad y promoviendo inversiones en sectores de alta capacidad de empleo”.

Todo ello llevaba, obviamente, a preguntarse sobre cuál era exactamente el rol del Estado en el esquema propuesto. Pese a la tradición estatista del justicialismo, éste sería uno de los puntos más polémicos durante la redacción del texto, dado el peso que iban acumulando los defensores de reducir el peso del Estado y de optar por una economía más flexible. Se entiende así que se decidiera por una actitud de compromiso en la cuestión: “independencia económica es transformar, jerarquizar y fortalecer el rol del Estado, desburocratizar la eficiencia de su gestión, además de introducir un sistema de proporción comunitaria para superar la antinomia entre propiedad estatal y

¹⁷³⁸ Menem no asistiría a la reunión por encontrarse fuera del país, pero al acto acudirían figuras pertenecientes a todo el arco ideológico del partido, como Cafiero, Saadi o Vernet. *Página/12*, 9/7/1987.

¹⁷³⁹ *Clarín*, 11/7/1987.

¹⁷⁴⁰ *Clarín*, 9/7/1987.

¹⁷⁴¹ *Página/12*, 9/7/1987.

privada”¹⁷⁴². En ese punto, quedaban patentes, pues, las dificultades por ofrecer una propuesta que conjuntara armónicamente las distintas almas que se encerraban en el justicialismo para ofrecer una solución que fuera más allá de los lugares comunes¹⁷⁴³.

Respecto a la reunión en Tucumán, resulta interesante, por último, analizar cómo el peronismo reactualiza el concepto de independencia económica. Como vimos, si 40 años antes Perón había anunciado el comienzo de ésta y el inicio de un nuevo futuro para la Argentina sin el yugo de las grandes potencias, en los años 80, según su esquema, el país había caído otra vez en la dependencia económica, fruto de las políticas antipopulares que se venían implementando desde 1955. La nueva declaración de Tucumán recordaría así que “el pasado colonial se ha reinstalado entre los argentinos: ayer por la acción depredadora de la dictadura militar, hoy por las claudicaciones y la indecisión de un gobierno que ha aceptado su función de administración de la dependencia”¹⁷⁴⁴. Más allá de las meras cuestiones económicas, esta declaración es un buen ejemplo de que el peronismo de ese momento, incluido el renovador, seguía bebiendo de un discurso clásico, en el que no se habían desterrado conceptos como la liberación nacional y la dependencia.

Pese a esos límites discursivos, en estos años centrales de la década, entre 1985 y 1987, se asiste, por tanto, a la consolidación del partido como un actor con una voz y un perfil propio en torno a los problemas económicos. Otra cuestión, por supuesto, era si esta voz incluía, a su vez, numerosas voces discordantes entre sí. En ese sentido, el propio gobierno subrayaría la dificultad de acordar políticas ante la división de un justicialismo que ofrecía distintos planteamientos incluso desde su ala sindical. Al mismo tiempo, el oportunismo y la escasa concreción de las propuestas renovadoras en torno a los dos grandes problemas del momento, la inflación y la deuda externa, tampoco colaboraba excesivamente a su solución.

¹⁷⁴² *Página/12*, 10/7/1987.

¹⁷⁴³ El texto fue coordinado por Guido di Tella, Eduardo Amoedo, una de las figuras más cercanas a Cafiero, y Héctor Gambarotta, quien más tarde estaría muy cercano al menemismo. Al respecto, este último señalaría sobre el documento que “es un producto equilibrado: nos van a pegar por derecha y por izquierda”. *La Voz del Interior*, 9/7/1987.

¹⁷⁴⁴ *La Voz del Interior*, 10/7/1987. En contraposición, “independencia económica significa hoy recrear una cultura de la producción y el trabajo y luchar contra prácticas especulativas, la corrupción y la pérdida de valores éticos”. *La Voz del Interior*, 9/7/1987.

El peronismo renovador aprovechaba así su condición opositora para ganar terreno a costa de un discurso poco concreto, pero muy agradable para un electorado que veía cada vez más recortado su horizonte de bienestar. Un discurso que muchos consideraban cercano a la socialdemocracia, pero que no abandonaba lugares comunes del justicialismo, como el nacionalismo, la economía al servicio de la justicia social y el estatismo¹⁷⁴⁵. Por el momento, sin embargo, a la altura de las elecciones de 1987, no se atisbaba en el peronismo, en ninguna de sus variantes, ningún giro hacia el neoliberalismo.

7.4 La política de acuerdos entre el gobierno de Alfonsín y la Renovación

Sourrouille estaba lejos de encajar en la etiqueta neoliberal. Como vimos en el apartado anterior, su Plan Austral consistía en una propuesta heterodoxa, que combinaba algunos aspectos monetaristas y la filosofía de un ajuste con la voluntad de que el esfuerzo fuera lo más repartido posible. Sin embargo, desde mediados de 1987 se observa un cambio en la propuesta y en el enfoque de la cuestión económica por parte del gobierno. A partir de esa fecha, la raíz de la grave crisis que atravesaba el país parecía encontrarse en el modelo económico y en un Estado demasiado grande e ineficiente¹⁷⁴⁶. Como explicaban en *Página/12*, desde julio de ese año, el nuevo planteamiento pasó a impulsar cambios a largo plazo en el sector público, corregir desequilibrios en las cuentas fiscales y dar nuevos estímulos a la producción¹⁷⁴⁷. El propio Sourrouille afirmará a mediados de 1987 que “cada rebrote inflacionario, cada alza inesperada de las tasas de interés es en realidad la crisis del modelo populista y facilista, de un modelo cerrado, en fin, de un modelo centralizado y estatista”¹⁷⁴⁸.

¹⁷⁴⁵ En realidad, se empezaban a escuchar dentro de las filas renovadoras voces que pedían una reforma del Estado. Eduardo Amoedo, por ejemplo, diría al respecto que “una reforma también debe romper el sistema de monopolios y lo que yo llamaría fuentes de renta socialmente inaceptables: la patria contratista, por ejemplo, que vive del Estado”. *Página/12*, 13/9/1987.

¹⁷⁴⁶ En realidad, incluso antes de 1987 se pueden encontrar pistas del nuevo enfoque del gobierno hacia una reducción del Estado. A fines de noviembre de 1986, Sourrouille anunciaba que ya trabajaba para mejorar la eficiencia del sector público, racionalizar la administración y crear un holding de empresas públicas. *La Voz del Interior*, 23/11/1986. Alfonsín, poco más tarde, hablaría de la necesidad de “redimensionar el Estado” con la finalidad de rebajar el gasto público. *La Voz del Interior*, 28/11/1986.

¹⁷⁴⁷ *Página/12*, 19/9/1987.

¹⁷⁴⁸ *Página/12*, 21/7/1987.

Ante un Plan Austral casi plenamente agotado, el gobierno, bajo esa nueva perspectiva, trataría de realizar nuevas propuestas de ajustes y de aplicar planes alternativos. En agosto de 1988, por ejemplo, Sourrouille lanzaba el llamado Plan Primavera¹⁷⁴⁹. Aunque el objetivo era similar al del Austral, rebajar una incontrolada inflación y reducir el déficit fiscal, las recetas para lograrlo eran diferentes. Con un gobierno mucho más débil y, por lo tanto, incapaz de imponerse sobre los intereses de los distintos grupos sociales, no se volverán a ensayar los congelamientos generales de precios y salarios. El Ejecutivo debió optar entonces por un planteamiento mixto, que incluyera parte de su poder de decisión y parte de concertación¹⁷⁵⁰. Trataría así de lograr una tregua de precios con las principales compañías y logrará congelar los salarios de la administración públicas tras un aumento previo, pero no podría avanzar más por esa vía ante la previsible oposición de sindicatos y empresarios. Bloqueada esta opción, el ajuste acudirá entonces a un aumento del 30 % de las tarifas de servicios públicos (gas, luz, combustibles), una reducción del gasto público y una devaluación del austral del 10 %¹⁷⁵¹.

Paralelamente, el gobierno también trataría de iniciar, con el ministro de Obras y Servicios Públicos, Rodolfo Terragno, a la cabeza, la privatización de varias empresas públicas. Lo logró con la aerolínea Austral, pero el peronismo frenó el proyecto de que Telefónica española entrara en el accionariado de ENTel y de que la sueca SAS se hiciera con el control de Aerolíneas Argentinas.

Las variables macroeconómicas no eran, pese a todo, el único aspecto que había cambiado en el contexto posterior a las elecciones de 1987. Con los resultados, el gobierno había visto disminuido su poder, castigado entre otros motivos, precisamente, por su gestión económica, mientras que el peronismo se veía ahora reforzado con el control de varias provincias, al mismo tiempo que se situaba en una inmejorable posición para los comicios presidenciales. El cambio político se percibió de una manera tan profunda y los problemas a solucionar eran tan graves que incluso se especuló con

¹⁷⁴⁹ No deja de ser llamativo que un plan titulado “primavera” comenzara a aplicarse en pleno invierno austral. Sólo ese detalle permite ponernos en alerta de que las medidas fueron lanzadas antes de lo previsto y con cierto grado de improvisación, ante el gran deterioro de las variables económicas a pocos meses de las elecciones presidenciales.

¹⁷⁵⁰ *Clarín*, 7/8/1988.

¹⁷⁵¹ *Página/12*, 2/8/1988.

un gabinete de coalición¹⁷⁵², pero pronto la palabra de moda pasó a ser “cohabitación”: ahora que el justicialismo estaba al frente de varios gobiernos, debía buscar el mayor número de acuerdos posible con el radicalismo para que la marcha de la economía fuera lo más armónica posible, en un futuro compartido que para Cafiero “sería una forma de demostrar la madurez política de los argentinos”¹⁷⁵³.

Para llegar a ese punto, sin embargo, había que salvar varios obstáculos, ya que la relación entre gobierno y renovadores no siempre fue sencilla en torno a la cuestión económica. Así, si por un parte los últimos repetían que “estamos decididos a apoyar al Gobierno”, al mismo tiempo criticaban que el Ejecutivo “está enfermo de importancia y los peronistas queremos que practique la humildad”¹⁷⁵⁴. En ese sentido, el peronismo siempre defendió que la solución a los problemas económicos tenía como primer paso un gran acuerdo con el radicalismo y otras fuerzas. En julio de 1986, Cafiero adelantaba, por ejemplo, que de ganar en 1987 llamaría a la UCR al diálogo: “la situación del país y de la provincia [de Buenos Aires] en particular requiere el esfuerzo de todos, ya que la magnitud de los problemas supera las posibilidades de un solo partido”¹⁷⁵⁵. Lejos de ofrecer una interpretación sencilla de su comportamiento, operaban así dos fuerzas contrarias dentro de los renovadores: una que les llevaba a la crítica frontal contra el gobierno, con la que pensaban extraer un mejor posicionamiento de cara a las elecciones, y otra que llamaba al diálogo y a la responsabilidad de gobierno ante un programa de esa magnitud.

Pese a estos problemas, a fines de 1987 los renovadores parecían totalmente comprometidos con la necesidad de llegar a un pacto de gobernabilidad con los radicales. Ese espíritu del momento quedó expresado en el congreso del hotel Bauen: “a la UCR le corresponde administrar el Poder Ejecutivo Nacional; al justicialismo las provincias que conquistó y el Parlamento compartido sería el ambiente de los acuerdos y disensos”¹⁷⁵⁶.

Por supuesto, más allá de una solidaridad al servicio de la estabilidad del país, existían intereses propios para optar por esta política de concertación. Era casi

¹⁷⁵² *Clarín*, 10/8/1987.

¹⁷⁵³ *La Voz del Interior*, 10/9/1987.

¹⁷⁵⁴ *Clarín*, 5/5/1985.

¹⁷⁵⁵ *Clarín*, 29/7/1986.

¹⁷⁵⁶ *Clarín*, 17/9/1987.

generalizada dentro del justicialismo la creencia de una victoria del partido en 1989, por lo que un pacto que garantizara la gobernabilidad hasta el traspaso de poder parecía más que necesario. Al mismo tiempo, la grave situación financiera por la que pasaban las provincias empujaba a los justicialistas a negociar con el gobierno central para conseguir nuevos recursos, en una búsqueda en la que también existía una intención electoralista: si la breve gestión justicialista de las provincias terminaba en un prematuro desastre, obviamente, no constituía un buen reclamo a la hora de pedir el voto de cara a las presidenciales.

Pese al existente egoísmo, se debe reconocer a Cafiero y a la Renovación esa apuesta por la negociación y el diálogo con el gobierno en un momento de máxima gravedad para el país. Junto a su apoyo durante las crisis militares, este aspecto sería, sin duda, el mayor aporte realizado por los renovadores a la consolidación de la democracia. Así, en virtud de esa intención, Alfonsín y Cafiero, tanto en su condición de presidente del partido como de representante del resto de gobernadores, se reunirán en varias ocasiones entre fines de 1987 y los primeros meses de 1988. A fines de octubre, por ejemplo, el presidente recibiría al líder renovador con la idea de seducirle para la firma de un nuevo pacto económico¹⁷⁵⁷. Como ya mencionamos, en el capítulo dedicado a los sindicatos, ambos protagonistas se volverían a reunir en enero de 1988, siendo Cafiero el portador de varios reclamos de la CGT¹⁷⁵⁸. Todo ello hablaba asimismo de la madurez que había adquirido el partido desde el avance renovador, cobrando el protagonismo que le cabía a la hora de tramitar la cuestión económica¹⁷⁵⁹.

La búsqueda de pactos entre radicalismo y peronismo no se limitó en ese momento a los distintos encuentros entre sus líderes. Como hemos visto, los distintos gobernadores justicialistas presionaron también al gobierno central para conseguir nuevas vías de financiación ante una situación que se les hacía cada vez más asfixiante¹⁷⁶⁰. Ése sería el punto de partida y el contexto para lo que llegaría a ser una difícil negociación en el Parlamento. El gobierno estaba por ese momento interesado en

¹⁷⁵⁷ *Clarín*, 26/10/1987.

¹⁷⁵⁸ *Clarín*, 14/1/1988.

¹⁷⁵⁹ En realidad, las conversaciones con el presidente no se limitaron al área económica, sino que incluyeron discusiones sobre reformas políticas, como la elección directa del presidente o el acortamiento de los mandatos. *Página/12*, 15/1/1988.

¹⁷⁶⁰ Como ejemplo de la precaria situación, Cafiero pedirá ayuda al Tesoro para pagar los sueldos públicos en diciembre de 1987. *Clarín*, 17/12/1987.

la aprobación de un nuevo paquete impositivo que era difícilmente asumible para el peronismo. El partido opositor finalmente aprobaría el aumento de los impuestos, pero sólo después de asegurarse el compromiso de que se firmara una nueva ley de coparticipación federal y un paquete laboral que garantizara la convocatoria de paritarias, que suavizarían el impacto del ajuste sobre los trabajadores. De esa manera, fuera por convencimiento sincero, por necesidad mutua o por el nuevo equilibrio institucional que habían traído los comicios, los dos principales partidos argentinos se abocaron en ese momento a pactar y consensuar las principales medidas económicas¹⁷⁶¹. Confirmando esa dirección, Cafiero anunció que durante los dos próximos años realizaría una política consensual y apostaba por “el espíritu de conciliación nacional, las coincidencias entre las fuerzas políticas, la concertación de los factores sociales y el respeto a la Constitución y a la ley”¹⁷⁶².

Alfonsín, compartiendo ese optimismo, afirmaría al respecto que “se abre una época interesante para la Argentina”¹⁷⁶³. Paradójicamente, este buen entendimiento entre los dos principales partidos tendría una frontera muy definida y cercana: la que suponían los intereses de la campaña electoral, tanto la de la interna peronista como la de los comicios presidenciales. Cafiero se vio obligado durante la campaña interna a ofrecer un perfil mucho más duro, ante el temor, bastante acertado, de que una excesiva cercanía al gobierno terminara por equipararlo a Alfonsín. Si unos meses antes lo veíamos dialogando con el gobierno y subrayando la conveniencia de una política de consenso, en abril de 1988 Cafiero señalaría que “el verdadero adversario es el gobierno nacional, porque los radicales significan la frustración, la impotencia y el cumplimiento de los dictados del Fondo Monetario Internacional”¹⁷⁶⁴.

Unos meses más tarde, por ejemplo, el Plan Primavera también sería una fuente de numerosas críticas por parte de la oposición. En un primer momento, las nuevas medidas pusieron al justicialismo ante una tesitura: si el plan resultaba exitoso, supondría

¹⁷⁶¹ Por supuesto, no a todos los justicialistas les gustó este desenlace. Algunos criticaron el alto coste político que podía llevar aparejado el aumento de los impuestos. Reviglio, por su parte, no estaba de acuerdo con la solución, pero se consolaba argumentando que “el poder acumulado por el peronismo luego del 6 de setiembre no alcanza para modificar esta política económica que a todos perjudica”. *Clarín*, 23/12/1987.

¹⁷⁶² *Clarín*, 23/12/1987.

¹⁷⁶³ *Clarín*, 9/12/1987.

¹⁷⁶⁴ *Página/12*, 12/4/1988. Su compañero de fórmula, De la Sota, se mostraría incluso más duro al afirmar que “mientras el radicalismo hambrea al pueblo para bajar la inflación, nosotros sostenemos que el trabajo debe volver a ser en la Argentina el único camino de libertad”. *La Voz del Interior*, 22/5/1988.

un claro triunfo para un radicalismo que tenía en la economía su gran talón de Aquiles; si, por el contrario, terminaba en desastre, podría iniciar una espiral que pondría en peligro el traspaso de gobierno. De esa manera, pese a que en el Parlamento el peronismo anunciara una “ofensiva total”¹⁷⁶⁵, en los primeros compases el partido se mantuvo dentro de una crítica moderada, no tan centrada en las bases concretas del plan como en la falta de consulta al resto de partidos por parte del Ejecutivo¹⁷⁶⁶. Un documento multipartidario, encabezado ante todo por el justicialismo y la CGT, emitido poco después de la puesta en marcha del plan, señalaría en esa línea que las medidas ponían “en riesgo la propia estabilidad del sistema democrático” y que su toma de decisión suponía “una verdadera caricatura de democracia participativa”¹⁷⁶⁷.

Poco a poco, las críticas irían subiendo su intensidad. En ese contexto, resultaba curioso cómo, mientras que el sindicalismo, que había sido el principal azote del gobierno durante los primeros años, decretaba en esos meses una pequeña tregua, la rama política del peronismo se embarcaba en una ofensiva contra Sourrouille, que constituía el flanco más débil de cara a las elecciones. Hasta Cafiero, que se había mostrado tan conciliador anteriormente, destacaría que el Plan Primavera pasaba “por encima de los intereses de las provincias”. Desde ese punto de vista, añadiría: “por eso mismo, yo describo en el plan una cierta intencionalidad política. Preveo que, como se van a agudizar los problemas financieros de las provincias (...) esto puede convertirse en uno de los temas de la futura campaña electoral”¹⁷⁶⁸.

Menem, por entonces ya candidato presidencial, también criticaría, en la misma línea, que “el programa sólo ha incursionado en el mercado financiero” y anunció que frente al aumento de las tasas aplicará “el salarizado, por la misma razón que hay quienes ahora aplican tarifazos”¹⁷⁶⁹.

¹⁷⁶⁵ *Clarín*, 3/8/1988.

¹⁷⁶⁶ *Clarín*, 8/8/1988.

¹⁷⁶⁷ *Clarín*, 10/8/1988.

¹⁷⁶⁸ *Clarín*, 9/8/1988. Eduardo Menem también compartía las sospechas de electoralismo en la puesta a punto del plan: “sólo pretende colocar al radicalismo en mejores condiciones para las elecciones generales del año próximo”. *Página/12*, 2/8/1988. 1988 sería un año pésimo para las economías de las provincias, especialmente para las del noroeste del país. Según Carreras, en esas crisis se unía el hecho de que los gastos habían aumentado considerablemente en los últimos años, con ciertas decisiones políticas desastrosas, como la emisión de bonos en Salta o La Rioja sin convertibilidad total. Carreras, 244-245. En febrero cerraría, por ejemplo, el banco de Salta. *Página/12*, 31/12/1988.

¹⁷⁶⁹ *Página/12*, 3/8/1988.

Los intentos de privatizaciones por parte del gobierno serían un motivo asimismo de protesta por parte de unos justicialistas que frenarían en el Parlamento los proyectos del Ejecutivo. Desde el ala renovadora se emitiría un documento, redactado por Chacho Álvarez, en el que se defendía la posibilidad de eliminar la tutela estatal de varias empresas, pero siempre en una acción “alejada del modelo liberal y que esté regida por el principio de justicia social”¹⁷⁷⁰. Meses más tarde, Hernán Patiño Meyer, una figura ligada a la Renovación, afirmaría que “el peronismo no hace negocios con el Estado, porque no somos un partido de burócratas estatales, sino un partido a favor de la producción”¹⁷⁷¹. Si pronto veremos al justicialismo encabezando el programa privatizador, la lógica electoral se impuso en esta coyuntura, llevando al partido a liderar una oposición casi total al mismo. Como ejemplo de ello, Eduardo Menem, desde el Senado, señalará sobre las privatizaciones de ENTeL y Aerolíneas: “la soberanía nacional no se cede, no tiene precio, no se enajena ni se la debe poner en peligro (...). El justicialismo no les ha puesto ni les pondrá nunca una bandera de remate [a esas empresas] porque está en juego la soberanía del Estado”¹⁷⁷².

No se puede afirmar que el marasmo económico en el que terminó el gobierno radical, que incluso le obligará a abandonar el poder antes de lo estipulado, fuera responsabilidad del escaso compromiso de un peronismo interesado ante todo en la victoria electoral. Por supuesto, esa crítica constante y el abandono de la actitud de colaboración que había auspiciado Cafiero no permitieron una posición más firme por parte de las instituciones a la hora de afrontar el desafío que estalló a inicios de 1989. Como explican Palermo y Novaro: “la dinámica de competencia que se estableció entre ambos partidos fue, en realidad, muy poco compatible con la institucionalización y la estabilidad buscadas”¹⁷⁷³. Sin embargo, la posición del justicialismo no constituyó ni la única ni la más importante variable para explicar la espiral inflacionaria que se desarrolló a partir de entonces. El cambio en la presidencia de EEUU de Ronald Reagan a un George Bush mucho menos preocupado por el futuro económico de la región latinoamericana serviría de cambio de contexto a una crisis que tenía su origen en la falta de recursos del país para hacer frente a los pagos de la deuda. A partir de inicios del año citado, el Banco Mundial anunció que suspendería sus créditos a Argentina, puesto que

¹⁷⁷⁰ *Página/12*, 22/10/1987.

¹⁷⁷¹ *Página/12*, 7/6/1988.

¹⁷⁷² *La Nación*, 28/4/1988. Citado en Palermo, Vicente y Novaro, Marcos: *Política y poder... op.cit.*, p.76.

¹⁷⁷³ *Ibidem*, p.69.

no se cumplía con el compromiso de rebajar a la mitad el déficit fiscal, lo que, a su vez, ocasionó que un Banco Central casi sin reservas cancelara la venta de dólares en el mercado libre. La medida conllevó una estampida bancaria, con un dólar escalando cada vez más alto¹⁷⁷⁴, mientras se licuaba cualquier confianza en el austral. La consiguiente hiperinflación supondría un golpe durísimo para la moral del país¹⁷⁷⁵, además de provocar una inédita crisis económica y social¹⁷⁷⁶ que, sin duda, allanaría el camino de un Menem que poco a poco iba modificando su discurso.

7.5 *La filosofía liberal en las campañas políticas de Menem*

En el imaginario justicialista, el liberalismo era poco menos que la antítesis del peronismo, como recordaba Álvaro Abós, uno de los intelectuales adscritos al peronismo, todavía a mediados de los 80: “Liberal: palabra maldita para los peronistas (...). De todas las herejías que acechan al peronismo la liberal es la más temida de todas porque supone la pérdida de la identidad. Un peronismo liberal es la anomia, la muerte política por extenuación”¹⁷⁷⁷. Al mismo tiempo, recordaba Alcira Argumedo que “más allá de lo que se pensara o repensara sobre el peronismo y la vorágine que consumió la utopía [de los 70], más allá del dolor y la consternación que turbaban nuestros análisis políticos, la debilidad de las corrientes fundamentales del liberalismo en el ámbito político-cultural argentina era, para nosotros, un hecho saldado, un lugar común”¹⁷⁷⁸. Sin embargo, apenas tres años después de publicarse este texto de Abós, que habría suscrito

¹⁷⁷⁴ En apenas 100 días, el dólar escalaría hasta los 200 australes. *Página/12*, 21/5/1989.

¹⁷⁷⁵ “En 1989 los precios en la Argentina se multiplicaron por 50. Esto significó una inflación anual del 4900 %. Entre abril y julio de aquel año, en sólo tres meses, los precios al consumidor crecieron un 1138 %.”. Solanet, Manuel: *La hiperinflación del 89*. Buenos Aires: Lumiere, 2006, p.13. Como este autor advierte a la hora de definir el fenómeno que se vivió en el país durante esos meses, “una inflación galopante no es necesariamente hiperinflación. La característica esencial del fenómeno con esta denominación es la huida del dinero y finalmente su rechazo”.

¹⁷⁷⁶ En medio de esta crisis, Sourrouille renunciaría a fines de marzo de 1989, pero todavía sería sucedido por dos efímeros ministros de Economía antes del fin del gobierno de Alfonsín. *Clarín*, 1/4/1989. El primero de ellos sería Juan Carlos Pugliese, un veterano político con talante dialogante que ya había ocupado la cartera entre 1963 y 1966 y que había ejercido como presidente de la Cámara de Diputados en los años anteriores. Si Sourrouille terminaba su gestión con una escasísima popularidad, Pugliese fue bien recibido por su carácter conciliador. Menem diría de él: “va a poner todo su talento en su gestión porque es una excelente persona y gran político”. Como se explica en *La Voz del Interior*, en apenas cuatro meses se sucederían hasta seis planes económicos diferentes, que encerraban en ocasiones planteamientos completamente contradictorios, como el de pasar de una total libertad para los mercados a un control estricto de los mismos. *La Voz del Interior*, 29/5/1989.

¹⁷⁷⁷ Abós, *op.cit.*, p. 22.

¹⁷⁷⁸ Argumedo, Alcira, “Liberales, neoliberales y nacional-populares”, *Unidos*, 18, abril 1988, p.21

la gran mayoría de quienes se consideraban peronistas, Menem asumió el gobierno y la fantasía de un justicialismo liberal, abanderando la privatización y absorbiendo el programa y varias figuras de la Ucedé, se hizo realidad.

Lo verdaderamente curioso de esa deriva es que el candidato riojano ofreció pocas pistas sobre ese giro hacia el neoliberalismo durante las dos campañas que debió sortear, en 1988 y 1989, antes de llegar a la Casa Rosada. Por supuesto, su discurso fue en ocasiones lo suficientemente ambiguo como para justificar con esas generalidades sus acciones posteriores y al mismo tiempo se desprendían de él, sobre todo según avanzaba el tiempo, varios guiños de lo que terminaría siendo su futuro plan. Sin embargo, Menem triunfó precisamente en ambas elecciones fue por ofrecer un perfil diferente al que estaba dando el gobierno de Alfonsín y, por extensión Cafiero, mucho más próximo al discurso tradicional del justicialismo.

Durante la campaña de la interna peronista, el riojano trató de desmarcarse de un rival que aparecía para muchos como demasiado cercano a un gobierno en decadencia, apelando en ocasiones a un discurso más sentimental que concreto. Por señalar un ejemplo, sobre el tema de la deuda, una de las cuestiones claves del momento, afirmaría que “vamos a parar esa sangría que es la deuda externa, vamos a pararla por esos niños pobres que tienen hambre y por esos niños ricos que están tristes, vamos a pararla por todos”¹⁷⁷⁹. En la práctica, Menem retomaba en este punto varias de las ideas que había defendido el justicialismo durante los años anteriores, aunque elevando el tono de su dureza y salpicándolo con un acento populista: una moratoria de al menos cinco años, la distinción por parte del congreso de la deuda legítima y un tratamiento especial a la deuda contraída con Gran Bretaña, el último enemigo bélico¹⁷⁸⁰. El candidato también recuperaría la idea de crear “un club de deudores latinoamericanos” que ya había tratado de conseguir sin éxito el gobierno alfonsinista¹⁷⁸¹.

Las propuestas de Menem se enmarcaban así en un contexto fácilmente reconocible por los seguidores peronistas, teñido de nacionalismo económico y la vieja idea de dependencia y oligarquía. El candidato afirmaría en enero de 1988, por ejemplo: “No hemos podido avanzar ni crecer a nivel nacional. La crisis evidentemente ha

¹⁷⁷⁹ *Página/12*, 14/5/1989.

¹⁷⁸⁰ *Página/12*, 8/6/1988.

¹⁷⁸¹ *Clarín*, 1/2/1988. Su propuesta pasaría por “concertar la unión de todos los países latinoamericanos para enfrentar con mayores posibilidades al FMI”. *La Voz del Interior*, 31/1/1988.

imposibilitado el desarrollo en lo económico y hoy nos encontramos en un mundo financiero, donde la especulación y la usura han signado, en forma permanente, nuestra querida República Argentina, llevándola a una situación de dependencia”¹⁷⁸². Desde su interpretación, la crisis estaba provocada por “los grandes intereses de afuera que dirigen a los cipayos de adentro, provocando la injusticia social que arrastramos”¹⁷⁸³.

En honor a la verdad, Menem no era el único que acudía a los viejos tópicos peronistas para maximizar sus posibilidades en la interna. También Cafiero, teóricamente más comedido, hablaría por ejemplo de la necesidad de “hacer la liberación nacional”. Lejos de un discurso claramente distinto al de su rival, el gobernador de Buenos Aires señalaría que “en la actualidad, la liberación nacional está estrictamente ligada al problema de la deuda externa y en esto nuestra posición comienza planteando un nuevo modo de negociación, quita de intereses y moratoria unilateral si es necesario”¹⁷⁸⁴. De hecho, pese a que ha quedado la imagen de un Menem populista y de unos cafieristas mucho más sensatos en el tema económico, en sus discursos concretos parecían en ocasiones intercambiar sus roles. Así, si el compañero de Cafiero, De la Sota, presumía con que en 100 días “nos sobra para revertir la tendencia de la crisis y, por ejemplo, declarar la moratoria de la deuda externa”¹⁷⁸⁵, Menem, mucho más realista, le respondería que “a la Argentina, ni Mandrake [un mago protagonista de un cómic muy popular] la arregla en 90 días sino que se necesitarán algunos años para ponerla en marcha”¹⁷⁸⁶.

Pese a que la realidad era mucho más compleja que las dos etiquetas con las que se suele resumir las posiciones de los dos candidatos, no cabe duda de que la imagen de Menem, mucho más dura en cuestiones como la deuda, ayudó a éste a hacerse con la victoria. En un futuro capítulo analizaremos más pormenorizadamente las causas de la derrota de la Renovación, pero esa sensación de que el riojano se acercaba al ideal del justicialismo clásico resultaría clave, a la vez que demostraba que despegarse de la estela del gobierno podría resultar más que positivo durante esta coyuntura. Como explicaban Landi y Cavarozzi: “Los acuerdos que el gobierno fue estableciendo con los peronistas renovadores para la mantención de las condiciones de gobernabilidad del país,

¹⁷⁸² *Clarín*, 2/1/1988.

¹⁷⁸³ *Clarín*, 30/1/1988.

¹⁷⁸⁴ *Página/12*, 27/3/1988.

¹⁷⁸⁵ *La Voz del Interior*, 22/5/1988.

¹⁷⁸⁶ *La Voz del Interior*, 22/5/1988.

involucraron a estos últimos en los costos políticos que comenzaba a pagar el alfonsinismo frente a la población. La caída del alfonsinismo, entonces, arrastró también a su interlocutor dentro del peronismo”¹⁷⁸⁷.

No encontramos pues, durante 1988, apenas anuncio de un futuro giro hacia el neoliberalismo. Al contrario, lo que hallamos en su discurso es más bien un retorno a cierta idea de justicialismo como movimiento nacionalista y popular. En su búsqueda por encontrar un espacio propio y que a la vez recuperase la imagen clásica del peronismo, Menem cimentará la base de su campaña presidencial de 1989 en torno a dos propuestas, tan generales y ambiguas como atractivas: el *salario*¹⁷⁸⁸ y la *revolución productiva*. Frente a un gobierno de Alfonsín cuyos planes en ese momento pasaban, como había ocurrido con el Plan Primavera, por fuertes subidas en las tarifas de los bienes y servicios públicos que iban, junto con la alta inflación, degradando el poder adquisitivo de gran parte de la sociedad, Menem proponía aliviar las rentas con un *salario*. A la natural pregunta de cómo iba a conseguir subir los salarios en un contexto de economía deprimida, el candidato respondía que era “muy sencillo” ya que era “posible a través de la reforma del sistema impositivo y del Código Penal, imponiendo una legislación ágil que castigue a los evasores”¹⁷⁸⁹. Pese a todo, el *salario* en sí nunca fue definido. Quizá la lectura más coherente sobre la cuestión la dio Ítalo Luder, al señalar que: “mi interpretación es que se trata de buscar los mecanismos necesarios para robustecer la capacidad adquisitiva de los argentinos que han descendido en los últimos tiempos de una manera muy significativa”¹⁷⁹⁰. De todas maneras, no debemos buscar en estas propuestas una intención de concreción. Su fuerza y atractivo para un gran sector de la sociedad se basaba precisamente en su generalidad y carácter polisémico.

¹⁷⁸⁷ Landi y Cavarozzi, *op.cit.*, p.15.

¹⁷⁸⁸ El *salario* en sí nunca fue definido. Quizá la lectura más coherente sobre la cuestión la dio Ítalo Luder: “mi interpretación es que se trata de buscar los mecanismos necesarios para robustecer la capacidad adquisitiva de los argentinos que han descendido en los últimos tiempos de una manera muy significativa”. Luder, *op.cit.*, p.103. De todas maneras, no debemos buscar en estas propuestas una intención de concreción. Su fuerza y atractivo para un gran sector de la sociedad se basaba precisamente en su generalidad y carácter polisémico.

¹⁷⁸⁹ *Clarín*, 22/9/1988. Menem recordaba que “hay que perder el temor a los salarios”. Con Yrigoyen y Perón “se aumentaron los salarios de los trabajadores y la inflación bajó”. *La Voz del Interior*, 23/3/1989. Pese a la relativa facilidad a la hora de conseguir la vía de financiación del proyecto, Menem también advertía de que el llamado *salario* “se pondría en marcha en forma gradual y no como un shock”, “en un plazo de dos años y según el crecimiento y el desarrollo de los recursos”. *Clarín*, 30/11/1988. Dentro de ese entramado de propuestas, el *salario* “forma parte de la revolución productiva. ¿De dónde sacamos la plata si no hay una reactivación industrial?”. *Página/12*, 12/5/1989.

¹⁷⁹⁰ Luder, *op.cit.*, p.103.

Respecto a la segunda propuesta, según el programa peronista, el objetivo de la política económica justicialista tenía como objetivo “la revolución productiva para consolidar una democracia plena de justicia social”¹⁷⁹¹. La misma, sin muchos más detalles pasaba por ser un “instrumento para dar trabajo a todos los argentinos, poniendo en actividad todos los potenciales humanos y económicos que posee la Argentina”¹⁷⁹².

Sobre la cuestión de las privatizaciones, Menem se tornaba un tanto más ambiguo: “el justicialismo no propicia ni un Estado elefante, como el actual, ni un Estado gendarme”¹⁷⁹³. Resultaba curioso que cuando el discurso iba dirigido a una audiencia internacional, las propuestas del candidato se volvían mucho más comedidas. En una visita a Alemania, Menem, por ejemplo, declararía sobre la cuestión que “queremos hacer rentables las empresas del Estado y si fuera necesario, transferiremos una parte o todos los paquetes accionarios a empresas privadas nacionales o extranjeras que vengan a trabajar seriamente a la Argentina”¹⁷⁹⁴. En una entrevista a *Reuters*, señalaría en la misma línea que “el peronismo está de acuerdo con las privatizaciones pero siempre y cuando se hagan mediante un concurso de ofertas y que el Parlamento le dé aprobación”¹⁷⁹⁵.

Algo similar ocurría con la cuestión de la deuda, donde las ambigüedades se multiplicaban más aún ante una audiencia extranjera¹⁷⁹⁶. Si en un primer momento el riojano, como vimos, proponía una moratoria unilateral de varios años, ahora sostenía que “nunca he hablado de una moratoria en el pago de la deuda externa sino de un

¹⁷⁹¹ *Clarín*, 26/2/1989.

¹⁷⁹² *La Voz del Interior*, 3/6/1988. En otro intento de volver a las raíces del justicialismo de los años 40, Menem proponía asimismo la implementación de un tercer plan quinquenal que “definirá claramente los espacios de acción de todos los niveles del próximo gobierno”. *Clarín*, 26/2/1988.

¹⁷⁹³ *La Voz del Interior*, 9/7/1988. Duhalde, su candidato a vicepresidente, reforzaría esa línea argumentando que “el peronismo no es privatista ni estatista”. *La Voz del Interior*, 18/11/1988.

¹⁷⁹⁴ *La Voz del Interior*, 8/1/1989.

¹⁷⁹⁵ *Clarín*, 2/1/1989. Dentro del país, el discurso tampoco era radicalmente opuesto a las privatizaciones, con un Menem siempre favorable a un “Estado fuerte, sin el cual desaparece la posibilidad misma de un gobierno”. *Página/12*, 8/6/1988.

¹⁷⁹⁶ La posición de Menem sobre el tema de la deuda fue variando a lo largo del tiempo conforme a la coyuntura del momento, siempre en búsqueda de un mayor rédito electoral. A fines de 1984, en un contexto en el que el riojano estaba muy próximo a las posiciones del gobierno, defendería, por ejemplo, el pago de la misma: “No hay otra forma de empezar a caminar un terrero de liberación nacional que no sea éste. Y cuando nosotros nos neguemos a pagar, como dicen algunos políticos muy alegremente desde la tribuna, el día que nosotros tomemos una medida así, yo no tengo la menor duda que al mes no vamos a poder fabricar ni una aspirina en la Argentina”. Citado en Leuco, Alfredo y Díaz, José Antonio: *El heredero de Perón. Menem entre Dios y el Diablo*. Buenos Aires: Planeta, 1989, p.46.

plazo de gracia”¹⁷⁹⁷. La tesis defendida por Menem pasaba en ese momento de la campaña por el cumplimiento del pago de lo adeudado, pero bajo unas nuevas condiciones no tan gravosas para el país. En la entrevista antes citada, declararía así que “hay que cumplir con los compromisos internacionales, pero la metodología para el cumplimiento puede variar de acuerdo a las diversas opiniones”¹⁷⁹⁸. Menem no llegará a definir en qué consistiría ese cambio de metodología, más allá de un genérico “acuerdo con los acreedores sobre la base de un diferimiento de los pagos de intereses”¹⁷⁹⁹, pero resulta interesante cómo fue modulando sus propuestas a medida que se acercaba la fecha electoral.

Más allá de estos puntos, una de las líneas de la campaña peronista de 1989 sería la crítica a las políticas económicas del gobierno. Si esa oposición había resultado sumamente útil a la hora de vencer en la interna, la estrategia de cara a las presidenciales pasaría por subrayarla todavía más. En ese sentido, la colaboración con el gobierno a la hora de buscar acuerdos que garantizaran la estabilidad en un momento tan complicado quedaba subordinada a la búsqueda de la mayor ganancia electoral. Muy poco después de las internas, a mediados de agosto de 1988, Menem y Cafiero acordaron que la estrategia en la relación con el Ejecutivo pasaba por conciliar ciertos aspectos del casi seguro traspaso de poder, como la reforma constitucional, y mostrarse sumamente críticos con la política económica¹⁸⁰⁰.

Esa actitud quedó muy evidente en la coyuntura de la explosión hiperinflacionaria del otoño austral de 1989. Distante de una actitud activa en la solución de un problema gravísimo, al que se añadían, además de su vertiente económica, saqueos en varias ciudades del país¹⁸⁰¹, Menem se limitó a señalar que “nosotros no cogobernamos, el plan económico es del Gobierno. Queremos escuchar y

¹⁷⁹⁷ *La Voz del Interior*, 27/9/1988.

¹⁷⁹⁸ *Clarín*, 2/1/1989.

¹⁷⁹⁹ *La Voz del Interior*, 25/4/1989.

¹⁸⁰⁰ *Página/12*, 11/8/1988.

¹⁸⁰¹ “Acompañando la crisis hiperinflacionaria se produjo un episodio que contribuyó a aumentar la sensación de inseguridad colectiva: los saqueos a supermercados por parte de los sectores más carenciados de la sociedad. (...) Entre fines de mayo y los primeros días de julio de 1989 una oleada de saqueos a supermercados sacudió la tranquilidad del país en tres puntos: el Gran Buenos Aires, el Gran Rosario y el Gran Córdoba”. Gaggero, Iriarte y Roitberg, *op.cit.*, p.70.

pedir los tres puntos que nos interesan: recuperación del salario, situación financiera de las provincias y situación fiscal de los pequeños y medianos empresarios”¹⁸⁰².

Menem anunciaría en ese contexto que “de llegar al gobierno cambiaremos totalmente la filosofía económica actual, por una política social que termine con la del radicalismo, fiscalista y monetarista, para implementar –no de un día para otro, sino en un lapso de unos dos años- una revolución productiva”¹⁸⁰³. Sin embargo, más allá de estas palabras, el candidato peronista recordaría, asesorado por Cavallo, que no avalará “medidas antipopulares”¹⁸⁰⁴: emitirá gestos para evitar una explosión social aún mayor, pero sin atar su suerte a un plan de ajuste al que etiquetaba como “de neto corte liberal-regresivo”¹⁸⁰⁵.

El programa de Menem para las elecciones de 1989 pasaba de esa manera por diferenciarse del proyecto liberal que parecía abanderar un radicalismo que en sus seis años de gobierno había ido variando sus posiciones hasta concluir que ésa era la única salida posible. Defendiendo un modelo diferente, la implementación de medidas socialmente inclusivas era, según la plataforma electoral peronista, una vía para salvar el sistema democrático: “para el justicialismo las reformas socio económicas que remuevan las estructuras del atraso, la marginalidad y la injusticia no son un riesgo para la consolidación de la democracia, sino todo lo contrario: son su condición indispensable”¹⁸⁰⁶.

No obstante, si bien hasta ahora hemos tratado de ofrecer una imagen de Menem lo más coherente y lineal posible, no debemos olvidar que su discurso y su programa suponían el producto más o menos terminado de varias luchas y pujas entre distintas líneas internas. Simplificando la amplia variedad de opiniones que se encerraban bajo la etiqueta menemista, dos eran las posiciones básicas de las que se nutría el discurso del candidato. Como explicaba un diputado justicialista en *Página/12*: “en este grupo convivió gente que plantea las viejas ideas en forma modernizada, como Curia¹⁸⁰⁷, y otros que directamente sostienen posiciones neoliberales, como Cavallo”¹⁸⁰⁸.

¹⁸⁰² *Página/12*, 29/4/1989.

¹⁸⁰³ *Clarín*, 4/9/1988.

¹⁸⁰⁴ *Página/12*, 24/5/1989.

¹⁸⁰⁵ *Página/12*, 2/5/1989.

¹⁸⁰⁶ *Clarín*, 26/2/1989.

¹⁸⁰⁷ Eduardo Curia llevaba varios años trabajando con Menem como asesor económico. Ejercía al mismo tiempo como docente universitario en La Plata.

Hasta ese segundo tercio de 1989 ambas tendencias habían permanecido en equilibrio y hasta habían redactado en común, en diciembre de 1988, un documento de lineamientos económicos del futuro gobierno, al obvio precio de no ir más allá grandes generalidades. A partir de esa fecha se desarrollaría, sin embargo, una lucha mucho más abierta, que, por supuesto, encubría una interna por obtener el puesto de futuro ministro de Economía. Cavallo se desmarcó entonces con la redacción de un documento propio, que, más allá de su liberalismo de base, proponía una concertación social y un plan para estabilizar la economía en dos años. El movimiento del cordobés, que lo colocaba en una situación de privilegio, provocó que Eduardo Curia también lanzase su propio proyecto, de corte mucho más tradicional, que incluía la protección de la industria local y un mayor peso para el Estado¹⁸⁰⁹.

Vemos así cómo las dos almas que se debatían en el primer menemismo, expresadas en los bandos conocidos como *celestes* (liberales) y *rojos punzó* (tradicionales) estaban ya más o menos delimitadas antes de las elecciones y la frontera que las separaba pasaba principalmente por las diferencias de criterio económico. Al mismo tiempo, resulta interesante que a apenas unos meses de la interna de julio de 1988, el clivaje entre renovadores y menemistas había prácticamente desaparecido, absorbido por la personalidad de un candidato tras el cual se resituaba todo el partido. Cabría preguntarse, sin embargo, si los antiguos renovadores protestaron por el inesperado giro liberal que daría el nuevo presidente o convalidarían, por convencimiento o conveniencia, las nuevas medidas.

¹⁸⁰⁸ *Página/12*, 27/3/1989.

¹⁸⁰⁹ Más allá de estas internas, la cartera del ministerio de Economía fue asignada a Miguel Ángel Roig, vinculado al grupo Bunge & Born. Pese a las pujas entre Curia, Cavallo y otros miembros del partido, Menem había deslizado en numerosas ocasiones que pretendía en el puesto a un “empresario exitoso” y “pragmático”, con un perfil afín al desarrollo del mercado interno. *Clarín*, 2/6/1989. En realidad, colocar a un empresario al frente de Economía respondía a una vieja tradición peronista, que se había cumplido con Miranda en 1946 y con Gelbard en 1973. Roig, sin embargo, moriría muy poco tiempo después de asumir el cargo y sería sustituido por Néstor Rapanelli, también del grupo Bunge & Born. *Página/12*, 15/7/1989. Bunge & Born fue quizás el grupo económico más importante en la Argentina del siglo XX. Centrado originalmente en la producción de granos, a lo largo de las décadas diversificó sus áreas de negocios. Menem colocó en el ministerio a dos de sus hombres por representar al empresariado nacional. Existía algo de simbolismo en ese hecho: los hermanos Born habían sido secuestrados por Montoneros en los años 70.

7.6 *El peronismo ante los dos primeros años de gobierno de Menem*

Como hemos visto en el apartado anterior, Menem se hizo con la presidencia apelando a un discurso enraizado principalmente en las recetas del peronismo más tradicional, acudiendo en ocasiones a ciertos desbordes nacionalistas y sentimentales. Sería ya una vez en el poder, a partir de julio de 1989, cuando el riojano comenzara a implementar un programa que cambiaría para siempre la imagen que se tiene del justicialismo.

En el repaso que realizamos de la larga trayectoria del peronismo, ya comprobamos que el partido puso en práctica, en varias ocasiones, políticas que se apartaban de ese ideal estatista y redistribuidor para adentrarse, en ocasiones totalmente, en el terreno neoliberal. Sin embargo, pese a esos episodios, incluido el *Rodrigazo*, persistía en el imaginario colectivo una fotografía fija del justicialismo que era prácticamente contraria a lo que Menem llevaría a cabo durante su mandato. Allí donde Perón había nacionalizado, Menem privatizaría; donde Perón acentuaba el rol del Estado, Menem reduciría su tamaño con centenares de cesantías; allí donde Perón había apostado por el nacionalismo económico, la industrialización y el mercado interno, el nuevo presidente defendería la apertura del país y fomentaría las “relaciones carnales” con EEUU¹⁸¹⁰.

Menem fue, de algún modo, revolucionario al protagonizar ese cambio que servía casi de contrapunto de lo que se consideraba la esencia del peronismo. No obstante, el giro neoliberal simbolizado en las privatizaciones y en la famosa convertibilidad no se aplicó en un único movimiento y respondiendo a un plan coherente y definido desde un inicio. Al contrario, dentro de una complicada coyuntura heredada, el nuevo presidente tardaría casi dos años en comenzar a estabilizar la economía y en encontrar la fórmula con la que se recuerda su mandato, con Domingo Cavallo de ministro y el fin de los vaivenes inflacionarios con el modelo de la convertibilidad. Hasta entonces, sin embargo, se dieron muchas pruebas basadas en el ensayo y error y se aplicaron soluciones que no llegaron a cuajar, sucediéndose hasta tres

¹⁸¹⁰ Como explica Hugo Quiroga, el programa liberal de Menem se puede sintetizar en tres grandes líneas maestras: “en tres grandes horizontes simultáneos se proyectaron los objetivos del programa neoliberal que procuró instalar una economía de mercado: la liberalización de la economía (apertura comercial y libre circulación del capital), la reforma del Estado (privatizaciones de empresas públicas) y la desregulación (mínima intervención económica del Estado)”. Quiroga, Hugo: *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa, 2005, p.78.

ministros de Economía. No obstante, ciertas ideas -como la necesidad de aligerar el peso del Estado estuvieron presentes- desde prácticamente el primer momento.

Así, los primeros meses de gobierno estuvieron encaminados a la firma de las leyes de Reforma del Estado y de Emergencia Económica, que el nuevo presidente consideraba claves para salir de la crisis en la que se encontraba el país. Desde el Consejo del partido, ahora dominado por los menemistas, se insistía en que “deben ser aprobadas en forma inmediata para permitir no sólo una solución a la crisis, sino para que todos los sectores sociales compartan el esfuerzo y éste no recaiga sobre los de menos recursos”¹⁸¹¹. Pese a estas intenciones, lo cierto es que ambas leyes estaban lejos del ideal keynesiano. La Ley de Emergencia Económica se definía como “una herramienta fundamental para el fortalecimiento de la democracia”¹⁸¹², pero bajo ella se amparaba el recorte de numerosos subsidios y subvenciones¹⁸¹³. El proyecto de Ley de Reforma del Estado, por su parte, incluía la privatización de unas 30 empresas públicas¹⁸¹⁴.

De esa manera, nada más alcanzar el gobierno, Menem comenzó a plantear medidas casi opuestas a las que había anunciado durante la campaña. En un principio, el plan original ideado desde el grupo Bunge & Born no difería demasiado del implementado anteriormente por Sourrouille, incluyendo *shocks* antiinflacionarios y devaluaciones. Su premisa de partida, frente a las tesis puramente liberales, era que la inflación se debía no tanto a una cuestión monetaria, sino, sobre todo, a una distorsión de los precios relativos provocada por pujas intersectoriales: la solución pasaba entonces por lograr compromisos sociales en forma de subsidios¹⁸¹⁵. Sin embargo, los recortes que llegaron, las privatizaciones y la carga simbólica que encerraba que conocidos liberales de la Ucedé ocuparan importantes cargos políticos¹⁸¹⁶ supusieron un verdadero

¹⁸¹¹ *Clarín*, 9/8/1989.

¹⁸¹² *Página/12*, 15/7/1989.

¹⁸¹³ La Ley de Emergencia Económica otorgaba al Ejecutivo numerosas facultades para operar legalmente y para realizar numerosos recortes. El ministro Rapanelli justificaba la medida argumentando que “los subsidios deben desaparecer, no nos podemos olvidar que estamos en estado de emergencia económica”. *Página/12*, 23/8/1989.

¹⁸¹⁴ *Página/12*, 8/8/1989. Las privatizaciones en Argentina tuvieron como nota característica su rapidez y la falta de un marco regulador definido, aspectos que, por supuesto, favorecieron los casos de corrupción. En apenas cuatro años se privatizaron la mayoría de las empresas públicas, entre las que destacaron ENTEL, Aerolíneas Argentinas, YPF y la mayoría de redes ferroviarias y de canales de televisión.

¹⁸¹⁵ *Página/12*, 26/5/1989.

¹⁸¹⁶ Álvaro Alsogaray, principal representante de las ideas liberales en el país fue designado como asesor presidencial en las negociaciones por la deuda. Su hija, María Julia, sería elegida interventora en la

choque para la sociedad argentina y, sobre todo, para el electorado peronista. Así, la famosa *revolución productiva* apenas volvió a ser mencionada en el discurso oficial, mientras que el *salario* quedó postergado *sine die*: la medida, dirá Menem, “va a ser una realidad, pero habrá que comenzararlo con trabajo”¹⁸¹⁷. Por el contrario, apenas un mes tras su asunción, el presidente anunció que “vamos a implementar una política de ajuste muy dura”¹⁸¹⁸.

Cabría preguntarse cómo fue posible que Menem realizara ese giro tan brusco sobre lo prometido en la campaña, que parecía borrar no sólo el recuerdo de un peronismo mitificado, sino incluso su reciente gestión en la provincia de La Rioja¹⁸¹⁹. Todavía más, resulta interesante comprender las razones de que un cambio tan sorprendente apenas fuera resistido por la sociedad o, al menos, al interior del partido. En el apartado anterior ya comprobamos que varios de los proyectos de Menem eran lo suficientemente ambiguos como para permitir la aplicación de una gran variedad de medidas sin entrar en un claro conflicto con su discurso, por lo que siempre podía encontrar una razón que suavizara las posibles contradicciones. En ese sentido, se puede aventurar que Menem ya tenía prefigurado gran parte de sus primeros pasos mucho antes de asumir su presidencia o que, como mínimo, no quería cerrar ninguna puerta que le sirviera para reencauzar una economía que en ese momento caminaba en el abismo.

privatizada empresa telefónica ENTeL. Alberto Albamonte, perteneciente a otra línea del partido, ejercerá como secretario de Comercio Interior. *La Voz del Interior*, 24/6/1989. Resulta curioso el efecto que tuvo en la Ucedé este acercamiento a Menem: en las elecciones de 1989, este partido, cuyas ideas siempre habían tenido un seguimiento marginal, cosechó su mejor resultado, aupando a Álvaro Alsogaray al tercer puesto en la carrera presidencial. Fruto de su alianza con el peronismo, que, en realidad, recogió gran parte de sus reivindicaciones, ni 1995 ni en 1999 presentó candidatura presidencial. Aunque es un tema que excede el tema de esta tesis, es interesante estudiar las causas del escaso éxito que han mantenido siempre las ideas liberales en Argentina. Como señala Manuel Alcántara: “el hecho de que el sistema político argentino con sus características propias no permitiera un mayor protagonismo político al ingeniero Alsogaray, pese a ocupar un espacio ideológico históricamente huérfano de representación y de liderazgo civil, es asimismo un excelente ejemplo de la importancia de la interacción entre individuos e instituciones”. Alcántara Sáez, Manuel: *El oficio del político*. Madrid: Tecnos, 2012, p.279.

¹⁸¹⁷ *Página/12*, 20/6/1989.

¹⁸¹⁸ *Página/12*, 11/7/1989.

¹⁸¹⁹ Como explica Carreras: “Carlos Menem gobernó La Rioja según el modelo que siempre había caracterizado la tradición política de esa provincia: la combinación del patrimonialismo conservador y el clientelismo de masas, dos principios que lejos de contradecirse se complementaban a la perfección. Sobran los ejemplos de la tendencia del gobernador a confundir el estado provincial con un bien de familia”. Carreras, *op.cit.*, p.198. Desde ese punto de vista, más allá del liberalismo con el que se ha etiquetado su gestión, veremos varias continuidades una vez alcanzada la presidencia.

No debemos olvidar, desde una perspectiva muy general, que estamos atravesando una etapa en la que las identidades políticas estaban cambiando de manera rápida. Frente a un pasado en la que éstas eran fuertes y permanecían durante décadas, pasamos a partir de 1983 a un estado en el que la identidad política se vuelve fluida, en la que la figura del indeciso sustituye a la del militante. Como explica Novaro: “Las identificaciones partidarias habían gozado de una inicial ola de vitalidad con la apertura democrática (...). Pero esas simpatías fueron en general efímeras y diferían sensiblemente de las identificaciones tradicionales, lo que se comprobó en el hecho de que la tradición peronista no bastaba ahora para formar una coalición electoral mayoritaria”¹⁸²⁰. Si los apoyos electorales se volvían más inconstantes, resultaba casi natural que la oferta política adquiriera cauces más flexibles en los que, de antemano, no quedara descartada ninguna posibilidad.

Un cierto espíritu de época que afirmaba que el dictado por el liberalismo era el único camino posible no debe ser descartado tampoco a la hora de explicar su viraje: las alternativas probadas por el radicalismo habían demostrado su fracaso y en toda la región latinoamericana se estaban ya empleando recetas de corte neoliberal. Casi igual de importante, la sociedad argentina estaba además psicológicamente vacunada para asimilar los costes de cualquier tipo de medida¹⁸²¹. La hiperinflación había supuesto la volatilización de cualquier ahorro y, más grave aún, la pérdida de confianza en las instituciones: si un duro ajuste garantizaba la estabilización, el electorado lo convalidaría con sus votos, como quedó patente más tarde, en 1994, con la reelección de Menem. Como explican Palermo y Novaro: “los apoyos o la tolerancia social a las reformas y a la estrategia menemista provinieron principalmente no de la convicción cautivante de un futuro más próspero, sino de la necesidad de huir de un presente insoportable y, a partir de entonces, del temor a volver a esa situación extrema”¹⁸²².

¹⁸²⁰ Torre, Juan Carlos et al.: *Entre el abismo y la ilusión: peronismo, democracia y mercado*. Buenos Aires: Norma, 1990, p.95.

¹⁸²¹ Hugo Quiroga defiende que las políticas de Menem, a las que catalogaba dentro del concepto de *decisionismo democrático*, tenían precisamente su fundamento dentro de un “estado de emergencia”. Según este autor: “la emergencia es, pues, una situación extraordinaria, fáctica, originada por un desorden intenso que resulta una amenaza para la integridad del Estado o para el orden social. En estas circunstancias se le confieren poderes excepcionales al ejecutivo y se le permite legislar de manera directa, a través de las llamadas medidas de emergencia (decretos, delegación legislativa, veto parcial). Quiroga, *op.cit.*, p.111.

¹⁸²² Palermo y Novaro: *Política y poder... op.cit.*, p.235.

Desde *Unidos*, la revista que reunía a gran parte de la intelectualidad renovadora, se trazó un diagnóstico similar sobre el avance de unas ideas liberales que nunca habían tenido un gran predicamento en Argentina. Según Oscar Landí, “la larga crisis económica, la ausencia de crecimiento y las disparadas inflacionarias crearon un contexto de verosimilitud para el discurso neoliberal”¹⁸²³. Sobre todo, porque, como recordaba Alcira Argumedo, se trataba de una crisis de carácter inédito, que lejos de ser “una depresión cíclica o coyuntural”, suponía “una encrucijada orgánica, civilizatoria, estructural”¹⁸²⁴, para la cual las certezas anteriores no hallaban respuesta.

En ese sentido, las políticas liberales, por tanto, no constituían un fenómeno extraño en la coyuntura y más bien constituían la norma, lo que sin duda ayudó a que fueran asumidas naturalmente por gran parte de la sociedad. Como expresó el propio Menem: “no hay alternativa al plan económico. No va a fracasar”¹⁸²⁵. Lo realmente extraordinario entonces consistió en que fuera un justicialista el encargado de llevarlas a cabo. ¿Aceptó el partido ese extraño giro o lo combatió como un elemento extraño a su doctrina tradicional?

Como resultaba natural, las medidas causaron sorpresa en gran parte de los compañeros de partido. Lejos de una total sumisión a los nuevos aires que marcaba el presidente, lo que encontraremos en más casos de lo esperado a primera vista es una resistencia sorda que, sin embargo, resultaba insuficiente para rectificar el rumbo. Como muestra de ello, las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado fueron aprobadas sin demasiadas complicaciones, pero ciertos retrasos en su convalidación por el Parlamento levantaron los nervios de un Menem que necesitaba su puesta en marcha con urgencia. En el Senado fue Oraldo Britos el único en expresar cierto rechazo simbólico durante el tratamiento de la Ley de Reforma del Estado¹⁸²⁶. En Diputados, el proyecto recibió el voto negativo de justicialistas como el legislador por Misiones Héctor Dalmau, José Carlos Romero, o el posteriormente adscrito al Grupo de los 8,

¹⁸²³ Landí, Oscar, “Los neoconservadores y la U.C.D.”, *Unidos*, n°18, abril 1988, p.49

¹⁸²⁴ Argumedo, *op.cit.*

¹⁸²⁵ *Página/12*, 23/7/1989. Por supuesto, ese discurso fue combativo desde las filas del peronismo más progresista. Mario Wainfeld, también desde la revista *Unidos*, defenderá que: “Claro que existen condicionamientos económicos locales e internacionales (...). Pero es burda simplificación decir que todas las opciones y protagonistas elegidos por el oficialismo de turno son inexorables. Siempre hay alguna variante o alternativa.” *Unidos*, 21, mayo 1990, p.8.

¹⁸²⁶ *Página/12*, 27/7/1989.

Darío Alessandro¹⁸²⁷. Algo similar ocurrió con la Ley de Emergencia Económica: pese a la docilidad general, los distintos parlamentarios trataron de arañar concesiones que pudieran calmar a su electorado. En la Cámara Baja, por ejemplo, Jorge Matzkin consiguió que se incluyera un anexo en el que se preservaban de los recortes varios subsidios para fines sociales¹⁸²⁸.

Por tanto, al menos en el área parlamentaria, estas dos leyes se aprobaron con cierto aire de espíritu crítico, opacado obviamente por las escasas perspectivas que confería una resistencia total. Como explica Torre: “una crónica de los últimos tiempos permitiría comprobar que las principales tribulaciones de Menem en el trámite de sus reformas de mercado le fueron ocasionadas por sus propios partidarios en el Congreso, las provincias, el sindicalismo. Que estas resistencias no hayan alterado el rumbo no quita que no tuvieron efectos sobre el ritmo y los alcances de las reformas”¹⁸²⁹. En ese sentido, las justificaciones de Eduardo Menem, señalando que “no estamos resignando nuestras banderas, sin una profunda reforma del Estado no puede haber revolución productiva”¹⁸³⁰, o las de Manzano, afirmando que el gobierno “recibió el país en llamas”¹⁸³¹, no sonaban demasiado creíbles ni siquiera para sus compañeros, pero eran interpretadas como el único discurso posible en una coyuntura de emergencia. La independencia de un presidente que cada vez recurrirá más al recurso del decreto haría aún más complicada la labor fiscalizadora de los opositores de su propio partido.

El temprano éxito de las medidas adoptadas por Néstor Rapanelli reforzó todavía más la posición del presidente y acalló cualquier conato de crítica. En 100 días, el programa de Bunge & Born consiguió rebajar la inflación y calmó los alterados mercados de cambio¹⁸³². Sin embargo, como había ocurrido con los distintos planes de Alfonsín, las medidas no alcanzaron a atacar las verdaderas causas del problema y a fines de 1989 se produjo una nueva estampida cambiaria en la que el dólar superó la barrera

¹⁸²⁷ *Página/12*, 10/8/1989.

¹⁸²⁸ *Página/12*, 23/8/1989. Jorge Matzkin era diputado por la provincia de La Pampa. Durante el tercer gobierno peronista ocupó el ministerio de Economía de su provincia, siendo desocupado de su cargo por el golpe de 1976. En 1983 fue elegido diputado nacional, siendo reelecto sucesivamente hasta que en 1997 pasa a desempeñarse como viceministro de Interior. En 2002 es designado por Duhalde como ministro de Interior.

¹⁸²⁹ Torre: *Entre el abismo... op.cit.*, p.59. El peronismo caminaba, en ese sentido, hacia convertirse en oficialismo y en su propia oposición, producto de la grave crisis en la que se encontraba el radicalismo tras el gobierno de Alfonsín y de la absorción de los ideales (y de algunos cuadros) de la Ucedé.

¹⁸³⁰ *Página/12*, 27/7/1989.

¹⁸³¹ *Página/12*, 13/8/1989.

¹⁸³² *Página/12*, 15/10/1989.

de los 1500 australes¹⁸³³ y que supondría el preludio de un segundo brote hiperinflacionario.

Rapanelli sería sustituido en diciembre de 1990 por Erman González, un por entonces poco conocido contador que ya había colaborado con Menem en su gestión de la provincia de La Rioja¹⁸³⁴. Su paso por el ministerio, que no alcanzaría el año y medio de duración, estaría marcado por la falta de un proyecto coherente e integral y por la sucesión de numerosos parches que fueron corrigiendo el plan original.

El nuevo ministro, en medio de esa nueva crisis inflacionaria y como primeras medidas, trató de enderezar la situación liberalizando precios y aplicando un esquema de cambio libre, sin la mediación del Banco Central¹⁸³⁵. Ya en marzo de 1990, con un dólar todavía escalando posiciones y distanciándose del austral, González anunciará un fuerte ajuste fiscal que incluirá un sustantivo aumento de las tarifas y una racionalización del sector público que se tradujo en numerosas cesantías¹⁸³⁶. Como explican Landi y Cavarozzi, las medidas de ese nuevo paquete incluyeron asimismo “una fuerte restricción de la oferta monetaria” y, sobre todo, un gran impulso a las privatizaciones que ya habían sido puestas en marcha durante la gestión precedente de Rapanelli¹⁸³⁷.

El partido, oficialmente y como era de esperar, acogió cálidamente al nuevo ministro. De su éxito, diría el Consejo, “depende la propia viabilidad de la nación argentina como sociedad democrática, económicamente próspera y socialmente justa”¹⁸³⁸. Sin embargo, sin que se pueda hablar de una oposición absoluta y coordinada y lejos del fantasma de un importante cisma dentro del justicialismo, sería nuevamente

¹⁸³³ Diputados como Dalmau expresaron su protesta contra el rol que asumió Rapanelli durante la crisis: “nuestro país no está para que el Banco Central ensaye –una vez más- riesgosas jugadas como la fuerte suba de las tasas”. *Página/12*, 6/12/1989.

¹⁸³⁴ Durante la última gobernación de Menem, Erman González ejerció en primer lugar como presidente del Instituto Provincial de Seguridad y Asistencia Social y, a partir de 1985, como cabeza del Banco de la Provincia. Pese a estos antecedentes, como explican Landi y Cavarozzi, “Erman González era prácticamente un desconocido para los políticos, los empresarios y los grandes operadores económicos, lo que aumentaba el riesgo de que la desconfianza de estos últimos contribuyera a acelerar aún más la inflación y a intensificar el proceso de descontrol de la economía”. Landi y Cavarozzi, *op.cit.*, p.20.

¹⁸³⁵ *Página/12*, 19/12/1989.

¹⁸³⁶ *Página/12*, 4/3/1990.

¹⁸³⁷ Landi y Cavarozzi, *op.cit.*, p.20.

¹⁸³⁸ *Página/12*, 20/12/1989.

desde el peronismo desde donde se escucharon más nítidamente las voces contrarias a los nuevos ajustes, tanto desde el ala sindical como desde la política¹⁸³⁹.

En el diario *Página/12* se relata que desde los restos de la Renovación, muy dividida tras 1988, se sucedieron tres ataques que trataron de reencauzar la política económica menemista, eliminando sus aristas liberales¹⁸⁴⁰. El primero de ellos estaría protagonizado por José Manuel de la Sota y se daría en enero de 1989, cuando el cordobés trató de reagrupar a sus antiguos compañeros con la intención de crear un polo de poder al interior del partido. El fracaso en su convocatoria, que apenas recibió tímidas muestras de apoyo, además de subrayar lo complicado que resultaba conformar una oposición interna a Menem, le llevó a aceptar el cargo de embajador en Brasil y a alejarse durante unos años de la política nacional. En segundo lugar, el gobernador de Mendoza José Octavio Bordón, quien en los últimos años había asumido una actitud ambigua entre cafieristas y menemistas, lanzaría una denuncia de corrupción dentro del partido que salpicaría incluso a José Luis Manzano, una de las viejas figuras renovadoras ahora totalmente identificadas con el proyecto del nuevo presidente. La denuncia no alcanzaría un excesivo recorrido, pero ya preanunciaba que los principales reproches al menemismo explotarían en los años siguientes esta dimensión ética de su gobierno. Por último, Cafiero se unirá asimismo a las críticas vertidas desde la antigua corriente renovadora, pero con un tono tan matizado que llegaba a ofrecer una imagen timorata. Para comprender ese comportamiento tan cauteloso hay que entender que la situación de Cafiero era, en realidad, sumamente delicada en ese momento: por una parte seguía siendo el presidente del partido y, por lo tanto, contaba con una responsabilidad a la hora de fomentar la unidad de la institución; por otra parte, las medidas de Menem chocaban con su ideario y con su imagen de lo que debía ser el justicialismo. Fruto de esa contradicción, su discurso estará plagado de juegos para equilibrar ambas posturas. Ya en agosto de 1989, en el contexto de tratamiento de las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado, el gobernador de Buenos Aires afirmará que “el justicialismo no puede fomentar un país de pobres y desheredados, a quienes

¹⁸³⁹ Erman González respondería a las críticas vertidas desde el gremialismo advirtiendo de que “un ajuste no se acuerda. En una situación de crisis hay pujas sectoriales que no permiten acordar. La CGT no entiende que la crisis la genera la hiperinflación y no el ajuste”. *Página/12*, 16/3/1990. Sus palabras eran también un ejemplo de ese discurso que subrayaba que no existía ninguna alternativa a los ajustes y que la gravedad de la situación justificaba cualquier medida para atajarla.

¹⁸⁴⁰ *Página/12*, 24/3/1990.

diariamente les demos de comer”¹⁸⁴¹. A pesar de esta advertencia, Cafiero exhortará a votar favorablemente ambos proyectos, entendidos precisamente como herramientas para evitar el empeoramiento de la situación.

Un año más tarde, el presidente del partido volvería a expresar su apoyo crítico al plan de Menem anunciando que “la provincia de Buenos Aires está dispuesta a realizar el ajuste económico, pero lo queremos hacer en condiciones de equidad, de participación. No queremos los ajustes salvajes, sino un ajuste con sensibilidad social y por la vía del consenso”¹⁸⁴². Con esas palabras, Cafiero retrataría perfectamente la situación en la que había quedado una parte importante de la Renovación tras los primeros meses de gobierno menemista, conservando todavía cierto espíritu crítico sobre las reformas, pero sin la energía suficiente como para suponer un desafío o un cambio de rumbo.

Pese a todas esas críticas que expresaba personalmente, el Consejo que presidía Cafiero emitió un documento sumamente vago en el que se expresaba el deseo oficial del partido de “acompañar el esfuerzo del PEN [Poder Ejecutivo Nacional] por reducir el déficit fiscal y atacar la inflación que es el peor enemigo de los sectores débiles del pueblo”¹⁸⁴³.

Por supuesto, no todos los antiguos renovadores terminaron asumiendo esa posición marginal y relativamente contraria. Algunos, tras una resistencia inicial, abrazaron el nuevo ideario menemista con total entusiasmo, como ejemplifica el citado caso de Manzano. Otros, aunque supusieran una pequeña minoría, optaron por la oposición total y terminaron por romper con el justicialismo orgánicamente, como ocurrió con el llamado Grupo de los 8. Comandados por Chacho Álvarez, director de la revista *Unidos*, el grupo estaba conformado por varios diputados (Germán Abdalá, Darío Alessandro, Juan Pablo Cafiero -hijo del gobernador de Buenos Aires-, Luis Brunatti, Franco Caviglia, José Conde Ramos y Moisés Fontella), que sostenían que las políticas de Menem atentaban contra el verdadero espíritu del peronismo¹⁸⁴⁴.

¹⁸⁴¹ *Página/12*, 13/8/1989.

¹⁸⁴² *Página/12*, 6/9/1989.

¹⁸⁴³ *Página/12*, 7/3/1990.

¹⁸⁴⁴ En el capítulo final ahondaremos más en las características de esta agrupación y en el origen de sus miembros.

Como recoge Garategaray, en lo que vendría a ser el documento fundacional de Los 8, éstos advertían de que “lo que no es legítimo y no lo vamos a aceptar, nos cueste lo que nos cueste, es que en nombre de la desdogmatización y el fin de las ideologías se nos considere minusválidos y se nos intente imponer vertical y compulsivamente el dogma y la ideología antinacional y antipopular del liberalismo autoritario argentino”¹⁸⁴⁵.

Bajo esa oposición total, pero todavía dentro del justicialismo, convencidos de que el partido podía retomar aún su curso tradicional, Los 8 presentaron un programa alternativo en el que se reclamaba el cese de las privatizaciones, recuperar el apoyo hacia las pequeñas y medianas empresas, decretar una moratoria de la deuda y aplicar impuestos sobre las ganancias¹⁸⁴⁶. Como vemos, se trataba de un ideario que bebía del justicialismo clásico, pero que paradójicamente los irá separando del partido oficial y los hará confluír con otras fuerzas en la creación de un nuevo espacio progresista y de centroizquierda.

Subrayando las contradicciones del discurso menemista, desde el punto de vista de Los 8, “nuestra frágil democracia no resiste que un partido llegue al gobierno con el voto mayoritario de las víctimas del ajuste y luego gobierne con los programas de los perdedores electorales y de los victimarios”¹⁸⁴⁷. Como veremos en el último capítulo, ese discurso resultó insostenible dentro de un peronismo controlado por un Menem que aplacaría cualquier conato de resistencia con una mezcla de castigos e incentivos. La posición principista de los 8 los llevaría, por tanto, a una ruptura con el justicialismo (sin abandonar lo que consideraban sus teóricos fundamentos) y convertirse en uno de los sectores que conformarían el FREPASO.

Pese a estas reacciones y pese a que Menem siguió un trazado sinuoso en sus primeros meses, no exento, como hemos comprobado, de probaturas y errores, el presidente se mantuvo firme dentro de su apuesta por el liberalismo. A fines de enero de 1991, Erman González fue relevado de su cargo, a pesar del alto poder que había acumulado, víctima de una nueva escalada del dólar¹⁸⁴⁸. Sería sustituido por Domingo

¹⁸⁴⁵ Garategaray, *op.cit.*, p.132

¹⁸⁴⁶ *Página/12*, 7/3/1990.

¹⁸⁴⁷ *Página/12*, 7/3/1990.

¹⁸⁴⁸ *Página/12*, 29/1/1991. En realidad, esta nueva aceleración cambiaria tenía un origen político, con el descubrimiento del llamado *Swifgate*. En medio de las numerosas internas que atravesaban el partido, se filtraron a la prensa las protestas privadas de la embajada estadounidense ante el hecho de que las empresas estadounidenses, en concreto el frigorífico Swift, debían pagar sobornos si querían agilizar los

Cavallo, quien con su Plan de Convertibilidad lograría espantar definitivamente el fantasma de la inflación¹⁸⁴⁹, al precio, eso sí, de amarrar el recuperado peso argentino al dólar en un esquema cuya extrema rigidez quedará patente durante la crisis de 2001.

Con Cavallo, por fin, el gobierno de Menem empezaría a asentarse definitivamente después de un par de años turbulentos, fruto de la combinación de la crisis heredada, el *shock* producido por el giro liberal del presidente y unas primeras medidas que no atajaron los problemas más urgentes. A la altura de 1991, sin embargo, era poco lo que quedaba de una Renovación que no logró recuperarse de la derrota interna de 1988. El golpe había sido tan acusado que, pese a los intentos mencionados, sus antiguos miembros no lograron erigirse como alternativa a un Menem que parecía ir a contracorriente del ideal justicialista en su manejo de la economía.

7.7 Conclusiones

El justicialismo, desde la oposición o, a partir de 1989, desde el gobierno, fue protagonista de la encrucijada que vivió el país a la hora de resolver una crisis económica que se arrastraba desde décadas, que se intensificó tras la dictadura militar y que explotó definitivamente en la crisis hiperinflacionaria del año citado.

Su papel dentro de esa coyuntura que hizo peligrar la joven democracia iniciada en 1983 fue, sin embargo, ambiguo. No sólo por las distintas tendencias que se encerraban bajo la etiqueta peronista, varias de las cuales defendían posiciones prácticamente contrarias; sino porque con la llegada de Menem protagonizará un giro neoliberal que además de contradecir sus promesas durante la campaña, parecía superar punto por punto lo que, se creía, eran las líneas rojas que había marcado el primer peronismo: privatizaciones, reducción del tamaño del Estado, recortes en las políticas sociales...

trámites burocráticos en Argentina. Como recuerdan Palermo y Novaro: “Esta grave fisura en las lealtades mafiosas al interior del elenco gubernamental, sumada al peligro del retiro del respaldo estadounidense (...) fue leída por los formadores de opinión y los operadores financieros como expresión de una vulnerabilidad propiamente política que sembraba dudas respecto de la continuidad del rumbo trazado por el presidente”. Palermo y Novaro: *Política y poder... op.cit.*, pp.284-285.

¹⁸⁴⁹ Por la Ley de Convertibilidad del Austral, sancionada en marzo de 1991, se estableció una paridad fija entre el austral y el dólar, con la obligación por parte del Banco Central de respaldar cada peso en circulación (en enero de 1992 el llamado peso convertible pasó a sustituir al austral) con su equivalente estadounidense.

No todo el partido, por supuesto, convalidó este cambio de paradigma que se vio facilitado por el fuerte impacto (tanto económico como social e incluso psicológico) de la subida inflacionaria y por el auge de las corrientes liberales en todo el continente. Desde la fragmentada vieja Renovación y desde otros núcleos se escucharon voces críticas a las reformas que, pese a todo, no contaron con el consenso suficiente como para imponerse. Así, al peronismo que no comulgaba con el plan económico menemista sólo le quedó la opción de acomodarse a la nueva situación o salir del partido, como ejemplificó el grupo de Los 8.

Más allá del impacto de las reformas menemistas, cabría preguntarse previamente hasta qué punto llegó la responsabilidad del peronismo en el desarrollo de la crisis. Frente a otros puntos en los que el justicialismo habló con voces contrapuestas, como en el caso de la cuestión militar, en su oposición a la gestión económica del gobierno de Alfonsín el partido optó en los primeros años por una crítica global, en la que las únicas diferencias se encontraban en el mayor o menor grado de intensidad de la misma. Sólo sería a partir de las elecciones de 1987, con una Renovación consolidada y el agravamiento de varias crisis provinciales, cuando Cafiero y su círculo comenzaron a apostar por una política de concertación y pacto con el gobierno.

En el terreno económico, es quizás esa vocación de acuerdo el mayor aporte de los renovadores a la estabilidad de la frágil democracia argentina. Sin embargo, como vimos, tal voluntad encontró muy rápidamente el tope de las necesidades electorales del partido. Menem comprendió rápidamente que alejarse de un gobierno desgastado era quizás la mejor estrategia para apropiarse del voto protesta a unos planes económicos alfonsinistas que no conseguían atajar la crisis. Su escaso compromiso, incluso durante la explosión hiperinflacionaria, a la hora de debatir nuevas salidas con el gobierno, aunque en modo alguno ayudó a mejorar la situación, tuvo, paradójicamente, un buen rédito electoral. Al mismo tiempo, también los renovadores privilegiaron en ocasiones ese desempeño en los comicios a la colaboración con el gobierno, si bien su derrota en la interna de julio de 1988 cortó casi de raíz su influencia sobre el resto del partido.

Capítulo 8. El peronismo y la cuestión militar

El 9 de diciembre de 1985, el juez de la Cámara Federal León Arslanián leyó la sentencia del llamado Juicio a las Juntas, por la que Jorge Rafael Videla y Emilio Massera fueron condenados a reclusión perpetua, mientras que otros integrantes de los gobiernos militares que dirigieron el país durante el *Proceso*, como Roberto Viola o Armando Lambruschini, recibieron, por su parte, penas de prisión de diversa duración. Casi exactamente cinco años después, el 29 de diciembre de 1990, el presidente Carlos Menem decretaba un indulto por el que todos estos militares quedaban en libertad.

Este giro copernicano en apenas un lustro sintetiza a la perfección la complejidad de la política militar y de las relaciones cívico-militares en los años siguientes a la recuperación de la democracia en 1983, los cuales estuvieron muy lejos de seguir un desarrollo premeditado y lógico. Al contrario, como bien explicaron Acuña y Smulovitz¹⁸⁵⁰, el guión resultante no fue el producto de una única estrategia, sino que fue escrito a partir de la puja y de las relaciones entre distintos protagonistas, ninguno de los cuales, irónicamente, lograría ver cumplidos sus objetivos de máxima. No lo consiguió el presidente Alfonsín que, como explicaremos más detenidamente, buscaba que los juicios sobre la dictadura se limitaran a unos pocos casos ejemplares y simbólicos por la importancia de las figuras colocadas en el banquillo. Tampoco lo lograron unos militares cuyo único punto en común tras las profundas divisiones que seguirían arrastrando parecía ser ese “pacto de sangre” por el que se comprometían no sólo a detener los juicios a toda costa, sino a conseguir que lo que ellos habían bautizado como “guerra

¹⁸⁵⁰ Acuña, Carlos y Smulovitz, Catalina: “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”. En Perótin-Dumon, Anne (dir.): *Historizar el pasado vivo en América Latina*, http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php.

contra la subversión” fuera reconocida por la sociedad. De igual manera, ni los organismos de Derechos Humanos ni el poder judicial, cada uno desde su lógica y sus motivaciones, consiguieron que todos los responsables de delitos se sentaran ante un juez.

Durante todo este juego en el que los distintos actores se vieron empujados a interactuar, ¿qué papel le cupo al peronismo?, ¿colaboró a la hora de fortalecer las instituciones democráticas ante el desafío que todavía suponían los uniformados o trató de usar en su beneficio las crisis que éstos generaron para desgastar al radicalismo? Responder a esas preguntas resulta fundamental para comprender la solución de la cuestión militar, ante todo porque el peronismo fue el protagonista principal de su final. Antes de ese desenlace, el justicialismo, es cierto, vivió la mayor parte de esta función desde un lugar secundario, pero, incluso así, ello no quiere decir que no contara con recursos, como principal partido de la oposición, para influir en el desarrollo de los hechos. Sólo ya con su mayoría en el Senado y su significativa presencia en Diputados podía matizar considerablemente la marcha de lo ocurrido, como de hecho hizo.

El interés por la actuación del justicialismo ante esta tesitura va, no obstante, más allá de su relativa importancia en el juego político del momento y está relacionado asimismo con las distintas contradicciones que encerraba la relación entre peronistas y Fuerzas Armadas. El peronismo, como ya vimos, fue el partido más castigado durante la dictadura. Como ellos mismos recordaban: “destacamos que ha sido precisamente el Movimiento Nacional Justicialista históricamente el más agredido por la represión de los sectores antipopulares y antinacionales”¹⁸⁵¹. La relación resultaba tan compleja que ese mismo peronismo fue uno de los partidos más conciliadores con los militares durante la campaña de 1983. Ello ya nos advierte sobre los problemas que acarrea una interpretación lineal del justicialismo y, asimismo, nos señala que la extrema división interna de la que ya hablamos también se veía reflejada de cara al exterior. De la misma manera, en el justicialismo permanecía la convivencia entre una cierta fascinación por lo castrense (no en vano, Perón había sido un general) con el recuerdo de que fueron los militares los causantes de su caída, tanto en 1955 como en 1976.

¹⁸⁵¹ *El Litoral*, 28/12/1983.

Nuestra intención en las siguientes páginas será, por tanto, rastrear y evaluar la actitud del justicialismo ante el problema militar. No se trata de una pregunta menor, considerando que hablamos del partido que se mostró tímido en la censura a la autoamnistía de los militares durante la campaña de 1983 y que, finalmente, puso la firma en el indulto a los condenados. En medio de esos dos extremos de la historia, el peronismo trazó un relato sinuoso y polifónico en el que debemos medir si la llegada de la Renovación supuso una voz diferente o discordante. En ese sentido, si, por ejemplo, las intenciones del gobierno o de los organismos de derechos humanos permanecieron relativamente homogéneas durante este periodo, la atomización del peronismo que presentamos en capítulos anteriores hará todavía más complejo trazar un relato coherente. De hecho, incluso varios de los protagonistas del partido encarnarían posiciones totalmente contradictorias durante estos años, como bien ejemplifica el caso de un Saadí que empezó guiando las posiciones más duras contra los militares para terminar reclamando una amnistía general para éstos.

Ante un panorama con tantas aristas, en este capítulo trazaremos un itinerario que nos llevará a estudiar el justicialismo durante la preparación de los Juicios y las llamadas leyes de impunidad, los distintos levantamientos carapintadas y, finalmente, la firma de los indultos.

8.1 Una transición irresuelta

La celebración de elecciones democráticas supone un paso vital y sustantivo para cualquier sociedad que haya padecido un régimen autoritario, pero, desgraciadamente, no resuelve de manera inmediata todos los problemas que un pasado violento e ilegal puede acarrear. Consideremos a esta etapa posterior a esas elecciones inaugurales como todavía transición o la entendamos como fase de consolidación democrática, lo cierto es que muchas cuestiones concernientes a ese pasado reciente deben todavía tratarse cuidadosamente por el gobierno surgido de las urnas. Más todavía en un proceso como el argentino, que resultó tan ambiguo y tan poco definido.

Como ya analizamos, la transición argentina desde el último régimen militar se caracterizó por la presencia de unos actores, civiles y militares, lo suficientemente débiles como para no poder imponer sus puntos de vista y lo relativamente fuertes

como para que su opinión fuera tenida en cuenta. Lejos de suponer un colapso total para las Fuerzas Armadas, la derrota en Malvinas y la crisis final del régimen dejaron a los militares todavía cohesionados en su oposición a cualquier revisión de su actuación durante la dictadura. Los uniformados, así, perdieron su papel de árbitros del sistema político, pero mantuvieron por el contrario cierto poder de veto. Extrañamente, pese a que esa relación de fuerzas casi forzaba a una transacción entre los distintos protagonistas, no se dio en esos meses un pacto que definiera los límites de acción y los pasos a seguir en el futuro. Al contrario, a lo que pudimos asistir durante la salida de la dictadura fue a la ausencia de diálogo y al aplazamiento de todas las cuestiones que quedaron pendientes. Como bien lo sintetizó Hugo Quiroga¹⁸⁵², la transición argentina fue un proceso que conllevó un pacto, pero un pacto postergado que debió negociarse tortuosamente durante los años siguientes, ya durante el gobierno democrático.

A fines de 1983, ya con un presidente democrático en la Casa Rosada, quedaban, por tanto, importantes tramas pendientes por resolver entre civiles y militares. En primer lugar, había que dar respuesta a la principal cuestión que se plantea siempre la justicia transicional ante un pasado altamente represivo: ¿se debían exigir responsabilidades a los militares que atentaron contra los derechos humanos o bien se debía usar el argumento de pasar página y mirar hacia el futuro? En esencia, ¿se debía primar la ética de los juicios o la gobernabilidad ante la probable inestabilidad que podían generar los militares?

En Argentina, la respuesta a esta pregunta del encaje de los militares en la futura democracia resultaba todavía más complicada si pensamos que la influencia de las Fuerzas Armadas sobre el país no se circunscribía a los últimos siete años de dictadura, sino que impregnaba la mayor parte de la historia reciente del país y que, en todos esos años, esos militares habían jugado un rol político de primer orden. Podríamos retrotraernos a los golpes de 1930 o de 1943, pero basta arrancar desde 1955, cuando se produce el derrocamiento de Perón, para entender el verdadero rol que les cupo a los uniformados dentro del sistema político en el cuarto de siglo siguiente. Como explica Ernesto López, a partir de ese momento, las Fuerzas Armadas inician un proceso de autonomización y corporatización que llegará a su paroxismo en 1976 y que aludía “centralmente a la conversión de las instituciones militares en actores políticos

¹⁸⁵² Quiroga, *op.cit.*

significativos, dotados de una perceptible independencia respecto de los actores políticos de naturaleza “civil” y de una apreciable autonomía de criterio político”¹⁸⁵³. En efecto, desde ese momento, las Fuerzas Armadas se convirtieron en garantes últimos de un régimen político en el cual el peronismo quedaba proscrito y no dudarían en intervenir directamente cada vez que el sistema se viera amenazado por la pervivencia del justicialismo, como bien demostraron los golpes de 1958, 1962 y 1966.

En realidad, los militares dieron un paso más allá en esa corporativización. No sólo percibieron y asimilaron que tenían unos intereses propios que había que defender, pasando incluso por encima de los límites constitucionales, sino que fueron sumamente hábiles a la hora de convencer a gran parte de la sociedad de que esos intereses corporativos eran equivalentes a los intereses generales. Por supuesto, en este largo periodo se puede establecer una frontera en el año 1966: antes del golpe protagonizado por Juan Carlos Onganía, las intervenciones militares tenían una función correctora de lo que se consideraban desviaciones de su ideal sistema político. Como ya describimos, a partir de entonces, tanto en la llamada *Revolución Argentina* como en el *Proceso*, la intención, más que ortopédica, pasó a ser transformar una sociedad que se había demostrado rebelde ante ese ideal. Como dice Marcelo Sain: “de aquí [1966] en adelante, no se trató sólo de desarticular coercitivamente la estructura político-social que diera sustento al modelo “populista”. Las metas de la corporación militar iban más allá: la creación de unas bases políticas y económicas y la estructuración de nuevos sujetos sociales hegemónicos”¹⁸⁵⁴. La interiorización de ese papel tan alejado de sus funciones específicas se retroalimentó con la *Doctrina de la Seguridad Nacional*, lo cual, dentro del contexto de radicalización política iniciado a fines de los 60, llevaría a que el golpe de 1976 adquiriera unos niveles de represión y violencia nunca vistos.

En 1983 encontramos a unas Fuerzas Armadas muy alejadas de ese poder omnímodo y de la posibilidad de seguir ocupando uno de los vértices de poder, pero que todavía contaban con una conciencia corporativa nada desdeñable que llevará a que, ante la pregunta de cuál debía ser su encaje en el nuevo sistema, aún tuvieran algunas palabras que decir. Como explicó Canelo, con el fin de la dictadura los militares pasan

¹⁸⁵³ López, Ernesto: *Ni la ceniza ni la gloria: actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1994, p.53.

¹⁸⁵⁴ Sain, Fabian: *Los levantamientos carapintada, 1987-1991*. Buenos Aires: CEAL, 1994, p.38.

de ejercer un “poder arbitral” a contentarse con un “poder corporativo”¹⁸⁵⁵ todavía influyente. A partir de entonces, “las Fuerzas Armadas revelaron su verdadera condición de jugadores corporativos, replegándose sobre sí mismos y dotándose de una extraordinaria capacidad para mantener sellada la cohesión interna alrededor de la defensa de sus propios intereses, ya no “universales” o asimilables a los del conjunto de la sociedad, sino “restringidos”¹⁸⁵⁶.

8.2 El plan de Alfonsín y la relación del peronismo con el Juicio a las Juntas

Señalar que la llamada cuestión militar siguiera pendiente de resolución a finales de 1983 no equivale a decir que los distintos actores implicados en ella no tuvieran un plan y un sistema de preferencias preestablecidos. Lo tenía, obviamente, el futuro presidente: ya vimos anteriormente que Alfonsín basó su campaña en la defensa de los derechos humanos pisoteados por los militares y en subrayar que la verdadera antinomia de la política argentina pasaba por la contraposición entre democracia y autoritarismo. Pese a este punto de partida, la concreción del proyecto alfonsinista implicaba que los juicios debían limitarse a unos pocos casos que resultaran simbólicos por la relevancia de las figuras que se sentaran en el banquillo. Para llegar a ese objetivo, la estrategia se desarrollaría a partir de dos grandes premisas: la propia autodepuración de los militares y el principio de los tres círculos de responsabilidad.

El primero de estos principios era sencillo de entender: lejos de optar por la ruptura total, Alfonsín ofrecía a los militares una salida para que pudieran lavar sus culpas juzgando a sus pares. Aunque el planteamiento pecaba de optimismo, se aplicaba aquí excepcionalmente la teoría del juez natural, por la cual los militares debían ser juzgados por los tribunales militares. Si bien con esa vía quedaba relativamente en cuestión la igualdad ante la ley, la idea era que las Fuerzas Armadas aprovecharan esa oportunidad para romper con el pasado reciente y reincorporarse al juego democrático.

El segundo principio era explicado por el propio Alfonsín: es “necesario distinguir entre tres situaciones: la de quienes planearon y supervisaron esa metodología

¹⁸⁵⁵ Canelo, Paula: “La descomposición del poder militar en Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)”. En Pucciarelli, Alfredo: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006, p.68.

¹⁸⁵⁶ *Ibidem*

[represiva], la situación de los que excedieron el cumplimiento de esas órdenes y la de quienes se limitaron a cumplir órdenes. Debe caer el peso ejemplificador de la ley sobre quienes están incluidos en las dos primeras categorías”¹⁸⁵⁷. Alfonsín perfilaba de esa manera el concepto de obediencia debida que años después se vería obligado a concretar en ley. Para el presidente, sólo los que habían dado las órdenes, es decir, los jefes de las Juntas y los que se habían excedido en su ejecución eran susceptibles de pasar por juicio. “En definitiva, se esperaba que el grueso de los implicados en la represión (en especial, la oficialidad media y baja comprometida en la guerra sucia) se amparasen en la obediencia debida y el error insalvable”¹⁸⁵⁸. Desde un punto de vista ético, el problema residía en que la conceptualización de los excesos era tan sumamente ambigua que, a partir de ella y de la premisa de que sólo cumplían órdenes de superiores, se escapaba de la acción judicial toda la oficialidad media, la cual, en su mayor parte, había sido la encargada directa de la represión. Sin embargo, desde la perspectiva del Ejecutivo, el planteamiento parecía perfecto a la hora de conjugar ejemplaridad y gobernabilidad, de dar una imagen de castigo a los culpables y al mismo tiempo limitar esos juicios para no comprometer la convivencia con los militares¹⁸⁵⁹.

Cabría preguntarse, en cualquier caso, por qué Alfonsín, que fue el candidato que más hincapié realizó sobre la cuestión militar en la campaña, subrayó desde un primer momento que su intención era que los juicios tuvieran una extensión acotada. Quizás en este punto Alfonsín, más que una opción ideológica, estaba defendiendo un ejercicio de posibilismo, teniendo en cuenta que los militares todavía contaban con cartas en sus manos para comprometer la gobernabilidad de una democracia que, vistos los antecedentes, se presumía sumamente frágil. El ministro de Defensa Raúl Borrás expresaría ese miedo a que el problema no se resolviera en un futuro próximo argumentando que “el país no puede permanecer *in aeternum* con heridas abiertas por las secuelas de la lucha contra la subversión”¹⁸⁶⁰.

¹⁸⁵⁷ *El Litoral*, 14/12/1983.

¹⁸⁵⁸ Sain, *op.cit.*, p.54.

¹⁸⁵⁹ No todos los asesores de Alfonsín coincidían en cómo llevar a la práctica ese principio de los tres círculos que había sido ideado por los juristas Carlos Nino y Jaime Malamud Goti. El que sería ministro de Defensa, Raúl Borrás, tendería por ejemplo menos hacia una vía jurídica y más hacia una negociación política, dejando la puerta abierta incluso a la posibilidad de un plebiscito”. *El Periodista*, 137, 24/4/1987.

¹⁸⁶⁰ *La Voz del Interior*, 3/4/1985.

A pesar de estos frenos y limitaciones autoimpuestos, el candidato radical ofrecía una imagen sumamente decidida frente a las dudas que al respecto proyectaba el aspirante a la presidencia por el justicialismo, Ítalo Argentino Luder, quien no dejaba del todo claro si, por ejemplo, derogaría o no la amnistía autoconcedida por los militares. En la campaña de 1983, Luder, aplicando una lógica estrictamente judicial, aceptaba que la autoamnistía de los militares podía derogarse, pero pensaba, como buen constitucionalista, que sus efectos permanecerían inalterables, puesto que el principio rector obligaba a aplicar siempre la ley más benigna. Alfonsín, en cambio, representaba la lógica política que supedita la ley a hacer efectiva la voluntad mayoritaria, que en ese momento pasaba por juzgar los delitos de la dictadura¹⁸⁶¹. Esa diferencia en torno a la cuestión clave de estas elecciones resultó crucial para entender los resultados. Como resumió el periodista Horacio Verbitsky: “el país no estaba esperando a un constitucionalista, sino a un líder político, y con la desinteresada ayuda de Luder, Alfonsín comenzó a parecerlo”¹⁸⁶².

Apenas unos pocos días después de asumir, el nuevo presidente comenzó a poner en práctica sus ideas sobre cómo solucionar el problema militar, con una batería de iniciativas basada en un triángulo que incluía impulsar el juicio a las Juntas, la formación de una comisión que investigara los delitos cometidos y la modificación del Código de Justicia Militar para ajustarlo a sus planteamientos.

El presidente firmaría ese mismo diciembre de 1983 los decretos 157 y 158. Por el primero ordenó la persecución penal de las cúpulas de las organizaciones guerrilleras. Paralelamente, por el segundo se lanzaba el juicio de los miembros de la Junta militar que presidió el país desde 1976 y las dos siguientes¹⁸⁶³. La firma casi simultánea de ambos decretos lanzaba un mensaje tan simbólico como político, pues plasmaba en los hechos la llamada *teoría de los dos demonios* que daría sustento al relato del gobierno durante esos años. Aunque esta teoría tuvo tantas matizaciones como posibles

¹⁸⁶¹ A un nivel más general y abstracto, resulta muy interesante cómo interactuaron estas dos lógicas en los años siguientes. Lógica judicial y lógica política no siempre caminaron acompañadas, pues funcionaban con intereses, principios y tiempos no siempre coincidentes. Como veremos a continuación, los juicios a las Juntas despertaron al poder Judicial como nuevo actor en esta obra y su lógica sobrepasará el plan de Alfonsín de unos juicios limitados.

¹⁸⁶² Verbitsky, Horacio: *Civiles y militares: memoria secreta de la transición*. Buenos Aires: Contrapunto, 1987, p.34.

¹⁸⁶³ Ciancaglini, Sergio y Granovsky, Martín: *Nada más que la verdad. El juicio a las Juntas*. Buenos Aires: Planeta, 1995, p.18.

enunciadores, en esencia explicaba que la sociedad argentina se vio sacudida durante los años 70 por dos violencias contrapuestas, producto de la radicalización de los extremos políticos, encarnadas respectivamente en la guerrilla y en las fuerzas represoras estatales o paraestatales. Sin embargo, no debemos olvidar, como advierte Marina Franco, que la *teoría de los dos demonios* “nunca fue enunciada como tal, ni en términos positivos bajo esa denominación; no existe como un corpus de ideas y ningún grupo se reconoce como autor o promotor de ella”. Al contrario, “lo que hay es un conjunto de representaciones colectivas, de amplia circulación, cuyas formulaciones más obvias cristalizaron en algunos enunciados públicos en los primeros años posdictatoriales”¹⁸⁶⁴. No obstante, la firma de los decretos encajaba a la perfección dentro de este relato. Que el primero de ellos se dedicara contra los líderes guerrilleros subraya, según la lógica alfonsinista, la responsabilidad capital de éstos en el infierno que se desató después, si bien cabe que nos preguntáramos -como hacen Smulovitz y Acuña- si este énfasis servía sólo para contrarrestar lo que podía ser percibido como una política exclusivamente antimilitar si el juicio se hubiera reservado únicamente a las Juntas¹⁸⁶⁵. En cualquier caso, este doble decreto resultaba elocuente a la hora de colocar al gobierno por encima de esos dos males extremos, sin entrar a medir el peso y la responsabilidad de uno u otro: el gobierno era la representación de una sociedad víctima, que tras sufrir a esos “dos demonios”, ahora se encargaba de enjuiciar sus delitos.

El decreto 158 concretaba también en la práctica el caleidoscopio de opciones a las que se enfrentaba el gobierno a la hora de juzgar a los militares. En un principio, cabía la posibilidad, por ejemplo, de que se juzgara a los distintos individuos por sus crímenes, pero se decidió investigar a los miembros de las primeras juntas por ser jefes de armas y, por lo tanto, máximos responsables de lo que sucedió. Por otra parte, de los muchos delitos que se podían imputar a los militares, comenzando por el mismo golpe y terminando por los múltiples ilícitos económicos que cometieron, se optó por perseguir sus violaciones de derechos humanos. Como señalaba el texto del decreto: “ese enjuiciamiento se referirá a los delitos de homicidio, privación ilegal de la libertad y aplicación de tormentos a los detenidos”.

¹⁸⁶⁴ Franco, Marina: “La “teoría de los dos demonios”: un símbolo de la posdictadura en la Argentina”. *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol.11, n°2, invierno 2014, pp.22-52.

¹⁸⁶⁵ Acuña y Smulovitz, *op.cit.*

Pero como ya hemos advertido, no serían estos decretos las únicas medidas tomadas en ese sentido en los primeros vertiginosos días del gobierno alfonsinista. Dentro de la batería de acciones lanzadas tras asumir la presidencia, se derogaría la ley de amnistía firmada por los militares, acción que simbólicamente sería además la primera ley aprobada por el nuevo congreso¹⁸⁶⁶. Por otra parte, el 15 de diciembre, como contrapeso al autojuzgamiento de los militares, que se intuía como tibio en el mejor de los casos, se firmaría un nuevo decreto con el que nació la llamada Comisión Nacional sobre la desaparición de personas, CONADEP¹⁸⁶⁷, encargada de investigar las violaciones de derechos humanos durante la dictadura¹⁸⁶⁸, recibir denuncias al respecto¹⁸⁶⁹, averiguar el destino de los desaparecidos y, finalmente, emitir un informe sobre la cuestión en un plazo de 180 días desde su constitución¹⁸⁷⁰.

Si bien la idea de una comisión de la verdad que arrojará luz sobre los crímenes de una dictadura que se caracterizaron precisamente por su oscuridad y ocultamiento contó con el consenso generalizado de la práctica totalidad de los partidos políticos, la concreción de ésta en la forma que le dio el gobierno generó resistencias¹⁸⁷¹. El

¹⁸⁶⁶ En el Senado, la autoamnistía sería derogada por unanimidad. *La Voz del Interior*, 23/12/1983. En Diputados, el justicialista Manzano afirmaría que con ella se intentó “dar libertad a la tortura y a la opresión”. *La Voz*, 17/12/1983.

¹⁸⁶⁷ La CONADEP estaba presidida por el escritor Ernesto Sábato y por ello también conoció el nombre de Comisión Sábato. Todos sus integrantes eran personalidades con alto prestigio, relacionados generalmente con el mundo de la cultura, la ciencia o la religión. Graciela Fernández Meijide, quien tendría un gran protagonismo político en los años siguientes, ejerció como secretaria de la comisión. Señala Crenzel que Alfonsín prefirió este modelo de personalidades, de inspiración estadounidense, porque “temía que una comisión bicameral desembocara en una puja entre los legisladores por sancionar con más vigor a las Fuerzas Armadas”, “creando una situación de extrema tensión con los militares”. Crenzel, Emilio: “Políticas de la memoria. La historia del informe *nunca más*”. *Papeles del CEIC*, vol. 2010/2, n°61, septiembre 2010, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/61.pdf>. Verbitsky opinaba de una manera similar: “al nuevo mandatario no le atraía que una comisión investigadora formada por parlamentarios fuera a husmear a los cuarteles (...) sobre todo considerando que su partido sólo era mayoritario en una de las Cámaras”. Verbitsky, *op.cit.*, p.51.

¹⁸⁶⁸ La CONADEP sólo investigó las violaciones relacionadas con los militares durante el *Proceso*, quedando fuera de su ámbito los delitos cometidos por las organizaciones guerrilleras o los paramilitares. Precisamente, René Favalaro, reconocido cardiólogo, renunció a formar parte de la comisión al no poder investigar los crímenes cometidos por la Triple A.

¹⁸⁶⁹ La Comisión no tenía potestad para juzgar los hechos, pero sí podía denunciar ante la justicia cualquier obstáculo a su misión.

¹⁸⁷⁰ El informe final de la CONADEP sería publicado como libro bajo el título de *Nunca Más*. El informe había sido entregado al presidente Alfonsín el 20 de septiembre de 1984 y confirmó la existencia de casi 9000 casos de desapariciones y 380 centros clandestinos de detención.

¹⁸⁷¹ Las dudas del peronismo sobre la legitimidad de la CONADEP para realizar su trabajo serían expresadas por Osvaldo Papaleo, quien había sido detenido sin causa durante diez meses y había permanecido como desaparecido durante diez más. Pese a ese traumático pasado, Papaleo anunció que no denunciaría su caso ante la CONADEP porque “no ofrece las garantías necesarias”. Criticando a varios de sus miembros, declararía que “lo que falta en M[agdalena] Ruiz Guiñazú y R[aúl] Favalaro es autoridad moral para juzgar los excesos, porque ellos fueron parte del Proceso”. *El Bimestre*, 13, 4/1/1984. La

peronismo insistiría, por ejemplo, en que la investigación debía estar a cargo de una comisión bicameral, que garantizara su independencia de manera más eficiente que una institución como la CONADEP que, en última instancia, dependía del Ejecutivo. Como explicaba Carlos Menem, por aquel entonces muy cercano al gobierno, la idea de la Comisión resultaba interesante, pero “no ostenta el mismo poder que tendría una comisión parlamentaria”¹⁸⁷². Vicente Saadi, desde el Senado, proponía, por ejemplo, la creación de dos comisiones, una para garantizar en el futuro el “respeto irrestricto de esos derechos” y otra con el fin de “investigar y castigar a los responsables de las violaciones ocurridas a partir de 1976”¹⁸⁷³. Producto de ese rechazo, el justicialismo se negó a mandar los representantes que le correspondían a la CONADEP, por lo que los delegados parlamentarios de ésta fueron todos radicales¹⁸⁷⁴.

El proyecto alfonsinista se cerraba finalmente con su idea de reformar el Código Militar. El planteamiento en este punto consistía nuevamente en incluir a los ya citados niveles de responsabilidad¹⁸⁷⁵ y rebajar las competencias de los tribunales militares, incluyendo la posibilidad de apelación civil de sus sentencias¹⁸⁷⁶. Los tribunales castrenses quedarían en el futuro circunscritos así a cuestiones estrictamente militares y disciplinarias y no para delitos comunes. Sin embargo, para los supuestos crímenes cometidos antes de esta reforma, como era el caso de los efectuados durante la dictadura, debía respetarse, según este proyecto, el principio del juez natural, por lo que debían juzgarse bajo los tribunales militares. El proyecto, eso sí, introducía la posibilidad de poder apelar las sentencias a la justicia ordinaria, lo que constituía una excelente salida ante la más que probable morosidad de los uniformados para juzgar a sus pares.

trayectoria de Papaleo es, cuanto menos, confusa: fue secretario de prensa y difusión durante el gobierno de Isabel Perón y desde ese cargo fue el responsable del cierre del diario *La Opinión*, de Jacobo Timerman. Según el periodista e historiador Marcelo Larraquy, “era uno de los brazos políticos de la Triple A”. *Perfil*, 1/9/2010.

¹⁸⁷² *Tiempo Argentino*, 10/1/1984.

¹⁸⁷³ *La Voz del Interior*, 4/12/1983.

¹⁸⁷⁴ En teoría, en la composición de la Comisión debían estar incluidos tres diputados y tres senadores. Con un justicialismo renuente a participar en ella, el Senado no designó a ninguno de sus hombres y los diputados pertenecieron todos al radicalismo. Tanto el Partido Intransigente como la Democracia Cristiana también mostraron sus críticas ante el diseño y las funciones con las que había dotado el Ejecutivo a la CONADEP. *El Bimestre*, 13, 4/1/1984.

¹⁸⁷⁵ El principio de obediencia debida estaba presente en el proyecto radical original, ya que “se presumirá, salvo prueba en contrario, que se obró con error insalvable sobre la legitimidad de la orden recibida”. Verbitsky, *op.cit.*, p.54.

¹⁸⁷⁶ *Tiempo Argentino*, 3/1/1984.

La opinión crítica del justicialismo a esta propuesta de reforma del Código quedaría patente tanto en Diputados como en el Senado. El senador Britos resumió la posición de su partido afirmando que “para nosotros uno de los puntos irrenunciables consiste en la incorporación de jueces civiles a esos tribunales militares propuestos por el Poder Ejecutivo”¹⁸⁷⁷. Los peronistas defendían asimismo que, si en un plazo de 120 días los militares no se hubieran pronunciado sobre la sentencia, la causa debía pasar a la Corte Suprema y abogaban por la eliminación de cualquier mención al concepto de obediencia debida. De nuevo, siguiendo a Oraldo Britos: “nosotros creemos que se debe suprimir ese criterio y todos aquellos que sean ambiguos en cuanto a la interpretación que los jueces puedan darles”. Al igual que había sucedido en la discusión sobre la CONADEP, el justicialismo seguía apostando por una posición principista y desconfiada de las intenciones del gobierno, lejos de las dudas que había expresado durante la campaña, pero explotando las zonas oscuras del discurso alfonsinista.

El justicialismo votaría, obviamente, en contra del proyecto en la Cámara de Diputados. No obstante, aprovechando la mayoría que le otorgaba pactar con algunos partidos provinciales, la reforma radical obtuvo media sanción en esta instancia sufriendo únicamente unos pequeños cambios¹⁸⁷⁸. En el Senado, sin embargo, el peronismo podía hacer una oposición más efectiva, merced a su mayoría relativa y se mostró más ambicioso, proponiendo una iniciativa propia y protagonizando un áspero debate que superaría las cinco horas, conducido por un Saadi cuyo discurso giró en torno a dos temas: la obediencia debida y la contradicción entre los objetivos de la reforma y los mecanismos para implementarla¹⁸⁷⁹. El catamarqueño calificó de “engendro” el concepto de obediencia debida que subyacía en la teoría de los tres círculos de responsabilidad del gobierno y afirmaba que ésta suponía “una amnistía encubierta de los delincuentes que sembraron de guerra y entristecieron a todo el

¹⁸⁷⁷ *Tiempo Argentino*, 11/1/1984. El senador santafesino Cardozo completaba esta posición argumentando que “para nosotros los jueces militares son meramente administrativos porque velan por la disciplina. Aquí hay que juzgar delitos comunes y el juez natural es el juez común”. *El Litoral*, 30/1/1984.

¹⁸⁷⁸ En la redacción original se daba por descontado que los tribunales militares emitirían su sentencia en tiempo y forma. Sin embargo, la modificación estableció un plazo estricto de 180 días tras el cual, si no existía sentencia, la causa pasaba automáticamente a la Cámara Federal.

¹⁸⁷⁹ Pese a ello, la actuación de los senadores en la discusión sobre la reforma del Código Militar resultó mucho más atropellada de lo que cabría esperar. Como relata Sandra Carreras, en un primer momento el tratamiento de la cuestión se dilató en el tiempo, ya que ni los propios peronistas lograban ponerse de acuerdo sobre su posición. Finalmente, Saadi lograría exponer un dictamen propio de su bloque. Carreras, *op.cit.*, p.256.

pueblo”¹⁸⁸⁰. Dentro de estas discusiones, Eduardo Menem, por su parte, señalaría que “si el justicialismo fuera gobierno ya estarían presos, de Videla para abajo, todos los terroristas de Estado, ante los jueces de la Constitución y no ante sus pares, y también estaría funcionando una comisión bicameral para investigar los excesos”¹⁸⁸¹. Las palabras del riojano resultan difíciles de creer, teniendo en cuenta la posición del partido sobre la cuestión militar durante la campaña de 1983, pero son interesantes a la hora de entender cómo el peronismo adoptó un discurso mucho más radicalizado, alejado del posibilismo gubernamental, que no sólo era cómodo, sino que le podía granjear las simpatías de buena parte del electorado. El discurso peronista en este punto también recuerda el ambiguo juego que se daba entre sus palabras y sus acciones. Como recuerda Ernesto López: “merece consignarse que la dureza exhibida por Saadi para defender un despacho que no tenía posibilidades de ganar no tenía nada que ver con su actitud complaciente, como presidente de la Comisión de Acuerdos, en materia de ascensos”¹⁸⁸². En ese sentido, antes que una conversión, lo que observamos en esta dureza del peronismo es más bien una opción por el oportunismo en una cuestión especialmente sensible.

El propio José Deheza, perteneciente a la isabelista Comisión de Enlace, se encargó de extender un manto de sospecha sobre las verdaderas intenciones de su partido. El antiguo ministro de Defensa opinaba que la posición del gobierno resultaba prudente, ya que “ningún proyecto de ley desechado totalmente por una de las cámaras podría repetirse en las sesiones del año”. Si eso se produjera, el juicio quedaría “definitivamente en manos del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, de manera pues que desapareciere el contralor civil”¹⁸⁸³. Aunque las posibilidades de que se llegara a tal extremo fueran mínimas, no hay forma de comprobar si la intención del peronismo consistía en realidad en torpedear los juicios a los militares. En cualquier caso, sin embargo, la situación resultaba favorable al partido fuera cual fuera el resultado: o se ganaba con su obstaculización el favor de los militares o se ofrecía una imagen dura ante la sociedad pagando un precio muy pequeño. De todas formas, el comentario de

¹⁸⁸⁰ *La Voz*, 1/2/1984.

¹⁸⁸¹ *La Voz*, 2/2/1984.

¹⁸⁸² López, *Ni la ceniza...*, *op.cit.*, p.104.

¹⁸⁸³ *La Voz del Interior*, 9/1/1984. El diputado radical César Jaroslavsky compartía esos miedos: si “el justicialismo se opone en el Senado al proyecto y luego nos niega los dos tercios en diputados, asumirá la responsabilidad ante el país y la historia de que el juzgamiento de los militares quede en manos de los propios militares sin participación de jueces civiles”. *El Bimestre*, 13, 6/1/1984.

Deheza vuelve a demostrar el grado de atomización que presentaba el justicialismo del momento y nos recuerda que en ningún momento podemos tomar la posición de una de sus figuras como representativa del conjunto del partido.

Pese a toda la oposición presentada, la propuesta peronista no saldría adelante, si bien el plan radical de reforma del Código Militar se vería también modificado en el Senado con la incorporación de la llamada enmienda Sapag, que preveía la avocación de la Cámara Federal en caso de demora injustificada o negligencia por parte de los tribunales militares, a la vez que descartaba la presunción de obediencia debida en caso de hechos atroces y aberrantes.

Como se preveía, los militares se mostraron bastante renuentes a juzgar a sus pares. A fines de septiembre, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas anunció que le era imposible dictar sentencia en el plazo establecido y adelantó en un comunicado que “la acción militar específica contra la subversión terrorista es, en términos de contenido y forma, inobjetable”¹⁸⁸⁴, plasmando así que el plan de autodepuración ideado por Alfonsín estaba abocado al fracaso. A fin de cuentas, los militares no poseían muchos incentivos para juzgar a sus compañeros. Es cierto que una condena lo más ajustada a la ley podría haber hecho recobrar cierta legitimidad a los uniformados y podría haber conseguido que la sociedad recuperara su confianza en la institución, pero el pacto de silencio y de reivindicación por lo actuado estaba tan inculcado en la mentalidad militar que ésa les parecía una recompensa menor. Ante esta situación, como estaba previsto, la Cámara Federal de la Capital se avocó a la causa, comenzando de esa manera la fase civil de los juicios. Como ya mencionamos, se introducía así en el juego un nuevo actor independiente, el poder Judicial, que haría que el plan del gobierno dependiera de todavía más manos ajenas y se fuera alejando aún más de su planteamiento inicial.

El justicialismo, sin embargo, ofrecerá un perfil sumamente bajo durante esta coyuntura, que se podría sintetizar en un apoyo crítico a la nueva fase de los juicios¹⁸⁸⁵.

¹⁸⁸⁴ *La Voz*, 26/9/1984. Poco después de este episodio, los miembros del Consejo Supremo renunciarían en pleno.

¹⁸⁸⁵ Por supuesto, se dieron también en el justicialismo opiniones totalmente contrarias a los juicios, como las de un Iglesias que siempre hizo gala de su buena relación en el mundo castrense. El bonaerense declararía que “no podemos estar paseando a los militares, desprestigiándolos”. Sobre los organismos de Derechos Humanos, Iglesias señalaría que “hay un 30 o 40 por ciento de hombres y mujeres que

Pese a que una cuestión como ésta quizá merecía una atención mucho mayor por parte del principal partido de la oposición, tampoco podemos olvidar que el justicialismo se encontraba en ese momento en medio de la cruenta lucha interna que se destapó en el teatro del Odeón y que, sin duda, le sustrajo energías para tener incidencia en la arena política nacional. Esa división interna, obviamente, afectaría a las distintas interpretaciones sobre los juicios. El Consejo de Río Hondo emitiría una declaración en la que apoyaban la idea del juicio¹⁸⁸⁶, al mismo tiempo que criticaban la premisa del autojuzgamiento y el principio de obediencia debida: “volvería a equivocarse el gobierno si centra la situación de los subordinados de los procesados en el concepto jurídico de obediencia debida”¹⁸⁸⁷, pues estos oficiales medios y bajos también “cometieron crímenes aberrantes”¹⁸⁸⁸. Los riohondistas llegaron a dar incluso un paso más allá y defendieron investigar las ramificaciones civiles de la dictadura. En el mismo texto expresarían que el juicio a las Juntas, para ellos, “no debe ser una cortina de humo para ocultar a los responsables ideológicos y políticos del Proceso, que se pasean impunes después de la destrucción causada”¹⁸⁸⁹.

El FREJULI que dirigía Saadi, por su parte, se mostró también partidario de la necesidad de los juicios durante la campaña electoral de 1985, pero siempre subrayando que se debía “juzgar a los culpables del delito, sin hacer uso político de ello ni enjuiciar a las instituciones como tales”. Más allá de los límites que quedaban implícitos en esta aseveración, la misma resulta interesante pues reavivaba un viejo cliché de cierto peronismo, observable en sus posiciones más ortodoxas, pero incluso rastreable en algunos discursos de su ala izquierda, por el cual Fuerzas Armadas y pueblo debían caminar de la mano, ya que formaban parte del mismo campo, en oposición a la oligarquía y las potencias enemigas. Esta suerte de cesarismo no dejaba de ser una recreación idílica del primer justicialismo, en el que la figura de Perón había fusionado las esferas civil y militar y explica gran parte del respeto que sentían muchos peronistas por los uniformados. Más concretamente, la declaración es también un buen ejemplo de la deriva que paulatinamente iba tomando Saadi quien, poco a poco, iba acercándose a

realmente sienten lo que hacen, pero el resto lo aprovecha políticamente... están ahí pagos”. *El Litoral*, 27/4/1984.

¹⁸⁸⁶ “Los ex comandantes deben afrontar su responsabilidad penal, política e histórica conforme a las normas legales en vigencia”. *Clarín*, 21/4/1985.

¹⁸⁸⁷ *La Voz del Interior*, 21/4/1985.

¹⁸⁸⁸ *La Voz*, 17/4/1985.

¹⁸⁸⁹ *Clarín*, 21/4/1985.

las tesis defendidas por los militares y no tardaría en reivindicar una amnistía tanto para éstos como para Mario Firmenich. En realidad, pese a la retórica izquierdista que había adoptado durante la campaña de 1983, apoyado sobre los restos de la Tendencia Revolucionaria del peronismo, el senador catamarqueño nunca había albergado en su interior una confrontación absoluta contra los militares, como quedó patente en su manejo de los ascensos.

El justicialismo, ciertamente, será recordado en esta tesitura, más que como censor y evaluador, como protagonista de los propios juicios. En efecto, la defensa de los miembros de las Juntas basó gran parte de su estrategia en el argumento de que los decretos firmados por el gobierno isabelista habían empujado a los golpistas a aniquilar a la guerrilla¹⁸⁹⁰. La carta era sumamente débil, por mucho que se quisiera retorcer el significado de “aniquilar”, pero llevó a que varios miembros del gobierno peronista de 1975 pasaran a declarar ante el juez como testigos. Luder, firmante del decreto como presidente provisional en aquellos días, explicaría que en ningún momento pretendía que de sus palabras se extrajera “aniquilamiento físico, ni violación de la estructura legal que en el país permanecía para derivar todo lo que fuera represión dentro de un marco legal”¹⁸⁹¹. Cafiero, también ministro de aquel gabinete, se pronunció de manera similar, explicando que el término “aniquilar” “se lo usó como sinónimo de dejar inerme, de abatir el accionar, pero siempre dentro del marco legal y constitucional que el gobierno tenía como meta”¹⁸⁹².

Luder y Cafiero no serían los únicos representantes del justicialismo que fueron llamados a declarar como testigos. Tendrían bastante repercusión, por ejemplo, los testimonios de los sindicalistas Ramón Baldassini, quien no recordaba que ningún

¹⁸⁹⁰ El famoso decreto 2772, firmado en octubre de 1975 por Luder en su condición de presidente interino, en el contexto inmediatamente posterior al ataque de la organización Montoneros en la provincia de Formosa, ordenaba a las Fuerzas Armadas, bajo el Comando Superior del Presidente de la Nación la ejecución de las “operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”. El llamado Consejo de Defensa también había sido conformado por decreto en la misma coyuntura y estaba presidido por el ministro de Defensa junto con los tres jefes de Armas. En realidad, el 2772 no fue único ni el primero de los llamados decretos de aniquilamiento firmados durante el tercer gobierno peronista, aunque fuera, sin duda, el que más trascendencia posterior acarreó. En febrero de 1975, Isabel firmó un decreto de características similares circunscrito a la provincia de Tucumán, que daría cierta cobertura legal al llamado Operativo Independencia.

¹⁸⁹¹ Ciancaglini y Granovsky, *op.cit.*, p.36.

¹⁸⁹² *Tiempo Argentino*, 23/4/1985.

compañero fuera desaparecido¹⁸⁹³, y de Jorge Triaca, que argumentó el mismo olvido y que declaró asimismo haber recibido “un trato ejemplar” durante su detención irregular¹⁸⁹⁴. Esta imagen de pasividad y olvido, junto con ese perfil bajo ya comentado, aunque no representara a la totalidad del justicialismo, sí que ayudó a presentar a éste como un actor político desapegado ante una cuestión tan central. Más todavía si tenemos en cuenta que Triaca sería poco después designado miembro de la conducción nacional del partido.

La sentencia, que incluyó penas por debajo de lo esperado por los organismos de Derechos Humanos¹⁸⁹⁵, fue en general bien aceptada por el justicialismo, todavía más preocupado por el destino de su lucha interna que por el de los excomandantes. Hubo alguna declaración altisonante, como la del santafesino Cardozo, quien señaló que “las condenas son insuficientes, pues no les han dado la pena máxima que establece el Código de Justicia Militar, que es el fusilamiento”¹⁸⁹⁶; pero, por lo general, el peronismo adoptó una postura muy pasiva durante todo el desarrollo de los juicios. Como resultaba lógico, este silencio, voluntario o no, no fue beneficioso a la hora de presentar una imagen de unos partidos y una sociedad civil fuerte y homogénea frente a unos militares que, como veremos a continuación, todavía sería capaces de plantear numerosos desafíos.

La sentencia de los juicios a las Juntas cerraba una fase de la cuestión militar que había tenido a Alfonsín como gran protagonista. A fin de cuentas, los juicios se habían llevado a cabo de acuerdo con su planteamiento inicial: si bien la autodepuración de los militares había resultado ser una vía muerta, hasta ahora sólo los excomandantes habían pasado por el banquillo de los acusados, ofreciendo además una imagen de enorme contenido simbólico, fuera cual fuera la sentencia final, de que en Argentina volvía a

¹⁸⁹³ Ramón Baldassini era, desde 1963, el secretario general de la FOECYT, la federación de empleados de correos y telecomunicaciones. Durante la dictadura, formó parte de la colaboracionista agrupación Gestión y Trabajo y de la CGT Azopardo.

¹⁸⁹⁴ Ciancaglini y Granovsky, *op.cit.*, p.38.

¹⁸⁹⁵ Tanto Videla como Massera fueron condenados a reclusión perpetua. Viola recibió una pena de 17 años, por los 8 años de Lambruschini y los cuatro años y seis meses de Agosti. Graffigna, Lami Dozo, Galtieri y Anaya quedaron absueltos. Preguntado por Verbitsky sobre estas condenas, uno de los jueces reflejaría: “Somos hombres grises, algunos colaboramos con el Proceso. Con gente como nosotros se hace esta transición, no con puros incontaminados”. Verbitsky, *op.cit.*, p.108.

¹⁸⁹⁶ *El Periodista*, 66, 13/12/1985.

prevalecer la justicia¹⁸⁹⁷. La CONADEP, ideada también por el presidente, había asimismo concluido su misión satisfactoriamente y sería un ejemplo para otros países que atravesaron pasados turbulentos, pese a la oposición del resto de partidos. El problema, para los intereses del presidente, es que la cuestión militar había tomado con los Juicios una inercia propia que, como se vería pronto, escapaba a su control. Hasta el buen trabajo realizado por la Comisión caminaría contra los deseos del gobierno. Como recordaba Ernesto López: “el trabajo de la Conadep –no sólo su informe final, el *Nunca Más*, sino su interna recopilación previa de antecedentes e información, que trascendió a la opinión pública- fue removedor. Y alentador y multiplicador de expectativas”¹⁸⁹⁸. A partir de esas nuevas evidencias, ni el Poder Judicial ni la mayor parte de la sociedad aceptaría que todo quedara restringido a los llamados círculos de responsabilidad.

8.3 *El peronismo y las leyes de impunidad*

El gobierno de Alfonsín podía sentirse realmente satisfecho tras haber sentado en el banquillo a las caras más visibles del pasado represivo del país. Sin embargo, amenazando su modelo de política hacia el pasado reciente, que no preveía más que el juicio de los comandantes de las Juntas, en la sentencia de éste se incluían conclusiones que no sólo permitían, sino que empujaban a continuar las investigaciones sobre aquéllos que para el Ejecutivo sólo habían cumplido órdenes. Especialmente, el punto 30 de la sentencia resultaba peliagudo para los intereses gubernamentales. Según este apartado, las investigaciones de los delitos debían continuar para tratar a los “oficiales superiores que ocuparon los comando de zona y subzona de defensa durante la lucha

¹⁸⁹⁷ Para entender la excepcionalidad de estos juicios, tenemos que tener en cuenta el contexto de tensión y relativa violencia en el que se desarrollaron. “El peligro era real. En el colegio Bernadino Rivadavia la brigada Antiexplosivos de la Policía Federal desactivó una bomba que hubiera provocado un desastre entre los 200 chicos que había allí. Entre septiembre y octubre hubo 37 atentados con bombas. Esa era la realidad”. Ciancaglini y Granovsky, *op.cit.*, p.12. Relataría Andrés Fontana: “Hacia mediados de mayo [de 1986], durante la visita del presidente Alfonsín al III Cuerpo de Ejército, con asiento en Córdoba, las fuerzas policiales describen un artefacto explosivo al costado de un camino interior de la unidad militar por donde pasaría en pocos minutos la comitiva presidencial”. Fontana, Andrés: “La política militar del gobierno constitucional argentino”. En Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1987, p.400.

¹⁸⁹⁸ López, *op.cit.*, p.98.

contra la subversión, y de todos aquellos que tuvieron responsabilidad operativa en las acciones”¹⁸⁹⁹.

Con el poder Judicial dispuesto a continuar los juicios hacia cualquier militar sospechoso de actos delictivos, el gobierno, previendo el nerviosismo que ello acarrearía dentro de las filas castrenses, empezó a moverse para tratar de poner una barrera a una situación que podía resultar explosiva.

Ya desde mucho antes de conocerse la sentencia, desde el gobierno se realizaron declaraciones que apuntaban a que, si fuera necesario, se implementarían medidas para limitar la cantidad de juicios en el futuro. El ministro Borrás declararía en abril de 1985, año y medio antes de que se llegara a firmar una ley al respecto, que “será necesario un punto final sobre las secuelas represivas”¹⁹⁰⁰.

El primer intento práctico para conseguir ese objetivo se daría con las llamadas Instrucciones al fiscal general del Consejo de las Fuerzas Armadas, en abril de 1986, que contenían un principio similar al de la obediencia debida. Como explican Acuña y Smulovitz¹⁹⁰¹, el gobierno aconsejaba que los oficiales subordinados no fueron responsables penales salvo en el caso de haber tenido capacidad decisoria durante la comisión del delito, hubieran conocido la ilicitud de las órdenes o hubieran cometido hechos atroces o aberrantes¹⁹⁰². La medida, de todas maneras, no salió adelante ante la fuerte oposición de la Cámara Federal, que amenazó con renunciar en bloque ante lo que consideraban que era un intento de recortar la independencia judicial. No obstante, este episodio sí que sirve para ejemplificar el complicado ejercicio de equilibrio al que se veía sometido Alfonsín. Las Instrucciones fueron el fruto de una negociación con las altas jerarquías militares y obviamente resultaron efectivas para tranquilizarlas, pero al mismo tiempo provocaron la protesta tanto de la esfera judicial como del resto de partidos¹⁹⁰³. En todo caso, nos recuerda que las llamadas leyes de impunidad no fueron exclusivamente producto de la presión del momento, sino que obedecieron a unos

¹⁸⁹⁹ Acuña y Smulovitz, *op.cit.*

¹⁹⁰⁰ *Clarín*, 3/4/1985.

¹⁹⁰¹ Acuña y Smulovitz, *op.cit.*

¹⁹⁰² El vicepresidente Martínez y el diputado Pugliese serían los encargados de defender la propuesta de las Instrucciones. El último afirmaría al respecto que “debemos tener en cuenta que esto debe terminar alguna vez. Hay que mirar para adelante”. *El Periodista*, 87, 9/5/1986. Las Instrucciones fueron redactadas por Germán López en su breve paso por la cartera de Defensa tras el fallecimiento de Roque Carranza.

¹⁹⁰³ *Clarín*, 7/9/1986.

principios que el gobierno había defendido, con mayor o menor grado, desde un primer momento.

Así, pese a este fracaso, el gobierno no se dio por vencido. Nuevas declaraciones sondeando la respuesta política que podría tener decretar un punto final para los juicios serían realizadas en los meses siguientes por figuras como el diputado Leopoldo Moreau o el entonces secretario de Defensa, José Horacio Jaunarena¹⁹⁰⁴. Finalmente, el Ejecutivo mandó en diciembre de 1986 al Congreso el proyecto de la llamada Ley de Punto Final, mediante el cual se fijaría un límite temporal de 60 días para presentar nuevas denuncias por violaciones a los derechos humanos durante la dictadura: “luego de la fecha fijada (...) se extinguirá la posibilidad de llevar acciones penales en causas aún no iniciadas”¹⁹⁰⁵.

Escarmentado por lo sucedido con las Instrucciones, Alfonsín se cuidó a la hora de preparar el proyecto e hizo que el debate legislativo se iniciara en el Senado, donde, ciertamente, no podía contar con una fácil mayoría, pero, por el contrario, encontraba la complicidad de un Saadi cada vez más abiertamente dispuesto a la firma de una amplia amnistía para los militares¹⁹⁰⁶. Pese a esa teórica vehemencia por parte del cabeza de partido, la nueva conducción del justicialismo, dominada por los afines al catamarqueño, no parecía tener una sólida opinión sobre la cuestión. Por ejemplo, en la primera reunión del Consejo tras el congreso de Tucumán, a mediados de diciembre de 1986, no resultó concluyente al respecto. Aunque la mayoría parecía estar en contra de la aplicación de la medida del Punto Final, allí se confirmó que Saadi apuntaba ya hacia una amnistía, siempre y cuando fuera el gobierno el encargado de lanzarla y de asumir el costo político¹⁹⁰⁷.

¹⁹⁰⁴ *El Litoral*, 24/11/1986. En realidad, las dudas del gobierno, más que sobre la medida en sí, se centraban en cuál era el momento ideal para lanzar la propuesta del Punto Final. En un primer momento, parecía que lo ideal sería tenerla lista para que coincidiera exactamente con la finalización de los juicios (*La Voz*, 30/6/1985), pero la cercanía de las elecciones legislativas de 1985 lo hacía contraproducente.

¹⁹⁰⁵ Acuña y Smulovitz, *op.cit.*. Obviamente, las Fuerzas Armadas apoyaban la medida. Ríos Ereñú declaró en un discurso que “necesariamente tendrá otras etapas sucesivas para que quede saldada la deuda que tenemos con la historia nuestra”. *El Litoral*, 20/12/1986.

¹⁹⁰⁶ Al menos ésa era la hipótesis que manejaba Verbitsky: según este autor, el presidente recibió al senador peronista en la residencia de Olivos el 24 de septiembre para debatir el proyecto de Punto Final. En esa reunión, “Saadi le pidió la temida amnistía, con la que procuraba beneficiar a Mario Firmenich, de quien había sido testaferrero en el diario *La Voz*”. Verbitsky, *op.cit.*, p.178.

¹⁹⁰⁷ *Clarín*, 13/12/1986. Sin decirlo explícitamente, en las declaraciones de Saadi se podía entrever que realizaba ya una apuesta por la amnistía: “yo creo que tenemos que unir a la familia argentina. Me inquieta

Pese a la comprensión que se podía esperar de un líder justicialista dispuesto a ir incluso más allá de lo propuesto por el gobierno, la apuesta de Alfonsín por iniciar el debate por la Cámara Alta tampoco carecía de riesgos, ya que los mismos senadores radicales habían dado muestras en el pasado de actuar con un carácter bastante independiente. La crónica división e inestabilidad del peronismo lo convertía además en un actor poco confiable y ésta podía incluso multiplicarse con una cuestión tan espinosa como era la del Punto Final¹⁹⁰⁸. En efecto, dentro de los senadores peronistas podríamos encontrar opiniones totalmente variadas. Salim, por ejemplo, se oponía al Punto Final, pero porque, en su parecer, era una medida que se quedaba corta: “yo creo que este proyecto tiene algún defecto. Los plazos me parecen largos. ¿Para qué 60 días? Hay que hacer todo en 30 y listo”¹⁹⁰⁹. La senadora Liliana de Gurdulich, siempre cercana a las esferas castrenses, también sostenía que “la iniciativa es insuficiente. Personalmente, pienso que es necesario compatibilizar con un proyecto de mayor alcance para llegar al ansiado reencuentro de todos los argentinos”. De manera totalmente opuesta, el santafesino Rubeo afirmaba que “hay que dejar que la Justicia funcione sin ninguna clase de limitación, sin ninguna clase de excepcionalidad”¹⁹¹⁰.

Como primera muestra de las dificultades que iba a encontrar Alfonsín en el Senado, el presidente no logró que el proyecto se discutiera sobre tablas, pasando a ser tratado por hasta cuatro comisiones del Senado¹⁹¹¹. El justicialismo trató de obstaculizar el tratamiento de la ley a través de la comisión de Legislación General, presidida por Alberto Rodríguez Saa, pero finalmente, tras varios días de negociaciones y tras una reunión entre los distintos bloques, Saadi accedió a discutir el proyecto, pese a la oposición del renovador Martiarena, que defendía su tratamiento en febrero¹⁹¹². En la votación final, que consumió ocho horas de debate, el Punto Final recibiría la esperada media sanción, con 25 votos a favor y 10 en contra¹⁹¹³. Los radicales contaron con el voto positivo de los peronistas Salim y Horacio Bravo Herrera, más los del MID, el

su división. Los pueblos que viven desgarrándose entre ellos no tienen porvenir”. *El Periodista*, 109, 10/10/1986.

¹⁹⁰⁸ *Clarín*, 8/12/1986.

¹⁹⁰⁹ *Clarín*, 21/12/1986.

¹⁹¹⁰ Sorprendentemente, Miguel también se mostraba apuesto a la medida: “debemos demostrar ante la Justicia si son culpables o no y si lo son soy partidario de que inflexiblemente sea la Justicia la que lo determine”. *Clarín*, 11/12/1986.

¹⁹¹¹ *El Litoral*, 14/12/1986.

¹⁹¹² *El Litoral*, 21/12/1986.

¹⁹¹³ *El Litoral*, 23/12/1986.

bloquismo y el Partido Autonomista de Corrientes, mientras que tanto saadistas como Eduardo Menem votaron en contra, con los renovadores no presentándose en el recinto como forma de protesta.

No deja de ser curiosa esta especie de intercambio de papeles que nos lleva a interrogarnos sobre las verdaderas intenciones de cada sector peronista. Los saadistas, teóricamente favorables a esta medida, llevaron el peso de la oposición, mientras que los renovadores optaron por una oposición cómoda que evitaba el desgaste, pero, al mismo tiempo, facilitaba la consecución de votos para la media sanción.

Como nos advierte Joaquín Morales Solá, muy posiblemente lo que existía tras esta confusa situación era un pacto político entre gobierno y oposición: “Alfonsín se reunió personalmente con el senador Saadi, quien le prometió el número necesario para que hubiese quórum: él votó en contra, pero cumplió la promesa”. “Dejó a algunos senadores peronistas dentro del recinto para asegurar el número necesario y envió a otras afuera para no complicar a su partido con la decisión. Procuraba a la vez hacerle fácil la votación al gobierno quitándole votos en contra: cuantos menos senadores hubiera en el recinto, menos votos necesitaba el oficialismo para cubrir la mayoría necesaria”¹⁹¹⁴.

En Diputados, el desarrollo seguiría una pauta similar. Resultaba obvio que los legisladores renovadores se iban a oponer a la medida, pero no existía acuerdo en cómo llevarían a cabo esa protesta. Los más activos, como Manzano y Grosso, opinaban que se debían tomar medidas como tratar de dejar sin quórum la sesión¹⁹¹⁵, mientras que otros apostaban por propuestas más pasivas¹⁹¹⁶. El debate en ese sentido fue arduo: figuras como Perl o Cardozo pretendían “bajar al campo de batalla” y protagonizar una batalla dialéctica con los radicales¹⁹¹⁷; sin embargo, su posición era apenas seguida por una decena de los casi 50 diputados del bloque renovador y la mayoría optó simplemente por no ingresar en el recinto para tratar de evitar el quórum de la sesión. En los hechos, la propuesta renovadora consistió en la emisión de un documento en el que se señalaba que “la sanción de esta ley radical institucionalizará el estado de

¹⁹¹⁴ Morales Solá, Joaquín: *Asalto a la ilusión. Historia secreta del poder en la Argentina desde 1983*. Buenos Aires: Planeta, 1992, p.154.

¹⁹¹⁵ Manzano sostenía por ejemplo que “no queremos convalidar con nuestra presencia una amnistía de la que deberán dar cuenta únicamente los radicales”. *Clarín*, 24/12/1986.

¹⁹¹⁶ *Clarín*, 21/12/1986.

¹⁹¹⁷ *Clarín*, 24/12/1986.

sospecha sobre todos los miembros de las Fuerzas Armadas”¹⁹¹⁸. Sin la presencia de los renovadores, la votación en la Cámara Baja resultó fácil para el radicalismo, que contaron 126 votos afirmativos (entre los que se encontraron los votos de los herministas) por 16 en contra y una abstención¹⁹¹⁹.

La valoración de lo actuado por el justicialismo en este episodio del Punto Final resulta, por lo tanto, compleja y aparentemente contradictoria. Los renovadores, opuestos discursivamente al espíritu de la ley, adoptaron una postura cómoda que evitaba su desgaste y el contraste de ideas, y que, paradójicamente, resultaba de lo más conveniente para los intereses del Ejecutivo. Para el caso del Senado, como explica Verbitsky, tanto saadistas como ortodoxos “jugaron el papel que les había reservado el gobierno. La presencia de los ortodoxos suministró el quórum necesario para sesionar, y la ausencia de los renovadores garantizó la mayoría de votos para aprobarla”¹⁹²⁰. El Punto Final, pese a toda la retórica de la oposición, se aprobó en únicamente dos jornadas y con una rapidez que cuestiona la sinceridad de la posición renovadora o, como mínimo, la efectividad de sus medidas¹⁹²¹. En todo caso, todos los implicados obtuvieron aquello que buscaban en este episodio: el radicalismo, la aprobación de su ley; los renovadores, ofrecer una imagen de dureza y oposición ante el proyecto que los situara como representantes de una posición de firmeza frente a los militares.

Lanzado el 23 de diciembre de 1986, el Punto Final ofrecía, como dijimos, un plazo de dos meses para la presentación de nuevas denuncias por violaciones de derechos humanos. Teniendo en cuenta que enero solía ser el teórico mes de feriado judicial, el gobierno esperaba que la medida consiguiera la limitación definitiva de los juicios que tanto ansiaba y que supusiera la calma en el frente militar. Sin embargo, Alfonsín no contó con que varias Cámaras federales suspendieran el tradicional feriado y lograran tramitar en un tiempo récord una avalancha de denuncias y causas, por las que fueron procesados más de 300 oficiales, cifra que superaba muy ampliamente las estimadas por gobierno y militares.

¹⁹¹⁸ *Clarín*, 24/12/1986.

¹⁹¹⁹ Votaron contra la sanción de la ley la Ucedé, la Democracia Cristiana, el PDP, el Movimiento Popular Neuquino y tres diputados radicales, entre lo que se encontraba Conrado Storani. *El Litoral*, 24/12/1986.

¹⁹²⁰ Verbitsky, *op.cit.*

¹⁹²¹ El propio Manzano reconocería que la actitud de los diputados renovadores resultó contraproducente: “por nuestra ausencia no cumplimos cabalmente con el rol de darle un referente político y social a quienes estaban descontentos con el punto final”. *El Periodista*, 141, 22/5/1987.

Esta prolongación de los juicios sería uno de los principales gérmenes del grave conflicto militar que supusieron los levantamientos carapintadas, que analizaremos con más detenimiento en el próximo apartado y que forzaron al gobierno a buscar nuevas fórmulas para limitar las acciones judiciales. El primero de estos levantamientos se produjo en la Semana Santa de 1987 y, aunque finalmente fue sofocado, dejó patente, en primer lugar, las dificultades de Alfonsín a la hora de ordenar la represión a los militares teóricamente leales y, en consecuencia, la todavía existente cohesión de las Fuerzas Armadas a la hora de reclamar el cese de los juicios. Tras el alzamiento, desde el gobierno se llegó a la conclusión de que había llegado el momento de plasmar en una ley el concepto de obediencia debida que había venido defendiendo desde que expuso el principio de los tres círculos de responsabilidad¹⁹²². Así, según el proyecto original de la ley, quedarían libres de ser juzgados aquellos que durante el momento del delito, es decir, durante la dictadura, ejercieron como oficiales jefes, oficiales subalternos, suboficiales y personal de tropa, porque, como justificaba el diputado radical Jorge Vanossi: “¿Podían los subordinados resistir las órdenes impartidas por los jefes superiores? ¿Puede el derecho exigir conductas al heroísmo frente a órdenes irresistibles?”¹⁹²³.

Si el Punto Final había fracasado a la hora de frenar los juicios, la limitación que proponía la Obediencia Debida parecía resultar definitiva y atacaba de raíz el foco del problema del malestar en las Fuerzas Armadas: la oficialidad media, el principal peligro potencial, veía de esa manera que la amenaza de pasar por el banquillo en el futuro desaparecería completamente¹⁹²⁴. Sin embargo, el proyecto, obviamente, debía pasar

¹⁹²² Por supuesto, no era la primera vez que el gobierno barajaba plasmar en ley el concepto de obediencia debida. Ya en marzo de 1985 se hablaba, por ejemplo, de las intenciones del Ejecutivo de lanzar un nuevo proyecto con las normas procesales a cumplir al respecto. Según este proyecto, sólo serían responsables de ser juzgados quienes fueran oficiales superiores durante el *Proceso* y se puntualizaría concretamente que delitos eran considerados “aberrantes”. *La Voz del Interior*, 30/3/1985.

¹⁹²³ *El Litoral*, 16/5/1987. El diputado Juan Carlos Pugliese, presidente de la Cámara, haría este resumen descarnado de la posición del gobierno: “esta ley no nos gusta porque seguramente puede declarar como no punibles a muchos que tendrán que ser condenados”, pero al mismo tiempo ponía en duda que se pudiera “gobernar para adelante si los juicios continúan sin definición alguna en el tiempo”. *El Litoral*, 16/5/1987.

¹⁹²⁴ Obviamente, desde la cúpula de las Fuerzas Armadas la idea de la Obediencia Debida era bienvenida. Caridi afirmaba que incluso “se debía haber avanzado más en el nivel de los oficiales superiores”, pero “creo que ayuda mucho”. *La Voz del Interior*, 17/5/1987. El jefe del Ejército señalaría que “el Ejército Argentino, convencido de que fue imprescindible librar la guerra de la subversión, pide que se instrumenten las medidas políticas que hagan posible una definición positiva de las consecuencias de esa guerra”. *Página/12*, 30/5/1987. Sin embargo, como recordaba Verbitsky, “los considerandos de la ley reiteraron el repudio a los métodos del Estado Terrorista y ése es un abismo que aísla de la sociedad a los militares, que no buscan perdón sino medallas”. *Página/12*, 17/1/1988.

todavía por el veredicto del Parlamento. En Diputados fueron los renovadores los más activos a la hora de poner escollos a la media sanción, jugando con el quórum para que el texto no fuera tramitado sobre tablas con urgencia, como esperaban los radicales¹⁹²⁵. En realidad, dentro del campo renovador se reunían opiniones muy variadas, algunas de las cuales incluso apoyaban al gobierno, pero finalmente se impuso el criterio de no ocupar sus respectivas bancas hasta que el resto de grupos hubiera logrado el quórum mínimo de 128 legisladores. De no haberlo hecho, el tratamiento sobre tablas se hubiera logrado de una manera mucho más sencilla y la ley habría obtenido sanción en apenas unas horas. Con la incorporación de los aproximadamente 50 diputados renovadores, la obtención del visto bueno de los dos tercios de la Cámara para conseguir la vía rápida se tornó mucho más compleja y de esa manera la ley debió pasar previamente por el estudio de las comisiones de Asuntos Constitucionales, Defensa y Legislación Penal¹⁹²⁶.

Sin embargo, la estrategia renovadora de bloquear la sanción de la ley durante el mayor tiempo posible tendría sólo un éxito relativo, puesto que en apenas un día el proyecto conseguiría el visto bueno de las distintas comisiones. Ya en su primer paso para ser debatida y votada en la Cámara Baja, los renovadores realizaron diversos alegatos plasmando su oposición. Oscar Fappiano señalaría que, en contraposición, “incluso la amnistía jamás significó olvido para hechos atroces y aberrantes”, como presuponía la nueva norma¹⁹²⁷. Manzano, por su lado, dio un paso más allá y declaró que “esta ley que los perdona a mí no me la hacen votar ni con una pistola bajo amenaza de muerte”. Pese a estas dramáticas declaraciones, el proyecto salvaría este primer obstáculo en la votación. Tras 15 horas de intenso debate, el sí obtendría 119 votos por los 59 del no¹⁹²⁸. Como muestra del debate interno que generaba esta medida, tres diputados radicales votaron en contra, como también lo hicieron los renovadores, la

¹⁹²⁵ *El Litoral*, 14/5/1987.

¹⁹²⁶ *La Voz del Interior*, 14/5/1987. Contra el tratamiento sobre tablas votaron, además de los renovadores, el Partido Intransigente, la Democracia Cristiana, la Ucedé y el MID. Los peronistas ortodoxos del bloque Unidad y del 17 de Octubre, en cambio, dieron quórum en una primera instancia para iniciar las deliberaciones y avalaron el tratamiento sin consulta por las comisiones. El sí, en ese sentido, obtuvo 132 votos, pero eran necesarios 140 para llegar a los dos tercios de la Cámara. Esta votación tendría consecuencias internas para el justicialismo, ya que el diputado José Rodríguez optó por el sí y por ese motivo sería posteriormente expulsado del bloque renovador. *La Voz del Interior*, 16/5/1987.

¹⁹²⁷ *La Voz del Interior*, 16/5/1987.

¹⁹²⁸ *El Litoral*, 16/5/1987.

Ucedé, el Partido Intransigente, la Democracia Cristiana y el MID, mientras que optaron por la aprobación el bloque peronista 17 de Octubre y varios partidos provinciales¹⁹²⁹.

Tras la media sanción en Diputados, el gobierno temía que el proyecto original pudiera ser modificado en el Senado para hacerlo aún más extensivo. Jaroslavsky trató de evitarlo advirtiendo que “si una sola coma es agregada... nosotros la rechazaremos”¹⁹³⁰, pero desde el radicalismo había motivos reales para la preocupación: los justicialistas ortodoxos Horacio Bravo Herrera y Salim y el desarrollista Manuel Vidal apostaban abiertamente por la amnistía, mientras que también Juan Carlos Romero hacía públicas sus diferencias¹⁹³¹.

La Obediencia Debida recibió también su aprobación en la Cámara Alta, con un justicialismo totalmente dividido en su estrategia y en su opinión. El peronista Rogelio Neves, saadista, votaría a favor del gobierno, mientras que Libardo Sánchez, Eduardo Menem y Juan Carlos Romero lo harían en contra¹⁹³². Los renovadores volvieron a mostrar su oposición no acudiendo al recinto¹⁹³³, como, sorprendentemente, también lo hizo el bloque saadista, con la excepción señalada¹⁹³⁴. Saadi, es cierto, había dado numerosas muestras de oponerse al proyecto: “el proyecto sobre Obediencia Debida es un parche, un sinapismo que no alcanza a cubrir la paz y la reconciliación nacional”, proponiendo en cambio “una reconciliación nacional amplia y generosa”¹⁹³⁵.

No obstante, dado el habitual olfato de Saadi para ocupar con escasos recursos el máximo del tablero político, no sería de extrañar que el contradictorio comportamiento de su bloque obedeciera a un plan predeterminado. Con su discurso que dejaba implícita una amnistía general, el catamarqueño conseguía el beneplácito de unas Fuerzas Armadas que, a pesar de todo, seguían guardando resistencias en su mayor parte a lo que suponía el justicialismo. Con la ausencia de su bloque en la sesión, salvaba

¹⁹²⁹ Además del radicalismo y este bloque ortodoxo, votaron a favor de la sanción el Movimiento Popular Jujeño, el bloquismo, el Movimiento Popular de Catamarca, el Partido Autonomista de Corrientes, el Partido Renovador de Salta y el Partido Demócrata de Mendoza.

¹⁹³⁰ *La Voz del Interior*, 17/5/1987.

¹⁹³¹ *Página/12*, 28/5/1987.

¹⁹³² Los tres peronistas y Manuel Vidal fueron los cuatro únicos senadores que votaron en contra. El desarrollista lo hizo en realidad porque aspiraba a que se consiguiera la amnistía. *Página/12*, 30/5/1987.

¹⁹³³ Al parecer, se dio una fuerte discusión entre Martiarena y Britos con el vicepresidente Martínez justo antes de la sesión y, tras ella, los renovadores decidieron marcharse.

¹⁹³⁴ El voto positivo de Nieves provocaría además turbulencias dentro del bloque comandado por Saadi, ya que fue una de las causas principales del abandono del mismo por Alberto Rodríguez Saa, quien ya había dado muestras anteriormente de estar en contra del Punto Final. *La Voz del Interior*, 23/12/1986.

¹⁹³⁵ *Clarín*, 3/5/1987.

en parte la imagen de cara a una sociedad mayoritariamente en contra del proyecto. Finalmente, la presencia de Neves (y de los otros peronistas que votaron en contra) aseguraba el quórum para el tratamiento del tema, lo que en última instancia podía interpretarse como un guiño tanto al gobierno, que salvaba la iniciativa, como a unos militares que no conseguían el objetivo de máxima de la amnistía, pero sí un premio secundario para nada menor.

Más allá del peronismo, el apoyo a la propuesta del gobierno por parte de partidos provinciales como el bloquismo no resultó gratuito y el proyecto de Obediencia Debida saldría del Senado, como se temía, ampliado, ya que ahora podían beneficiarse de la medida los grados superiores al de teniente coronel y sus equivalentes en la Armada y la Fuerza Aérea¹⁹³⁶. Después de esa modificación, el proyecto retornó a la Cámara Baja para su aprobación definitiva, donde cosecharía 124 votos a favor y 54 en contra, fijándose definitivamente que sólo serían punibles aquellos militares con “capacidad decisoria” o “participación” en la elaboración de las órdenes probada por la Justicia.

De nuevo los diputados renovadores optaron por bajar al recinto únicamente cuando el cuerpo quedó constituido formalmente, si bien la medida sólo tenía un carácter simbólico, puesto que los radicales, por sí solos, disponían de quórum propio para iniciar una sesión de este tipo, además de contar asimismo con el apoyo de los peronistas ortodoxos.

En realidad, ése había sido el sino general de la actuación de los renovadores durante los debates de las llamadas leyes de impunidad, en el que más allá de lo discursivo, los resultados fueron realmente ambiguos o insuficientes. La Renovación, es cierto, encabezó la oposición a las leyes en un momento en el que la debilidad del gobierno y la interpretación por la sociedad del desenlace de la Semana Santa de 1987 como una claudicación hacían sumamente rentable adoptar esa posición. De hecho, el peronismo explotará repetidamente el discurso de que la ley de Obediencia Debida fue una concesión ante la prueba de fuerza de los militares¹⁹³⁷.

¹⁹³⁶ *El Litoral*, 29/5/1987.

¹⁹³⁷ Grosso recordaría precisamente que “a nadie escapa que el proyecto de obediencia debida es una concesión”. *El Litoral*, 19/5/1987. De la Sota señalaría en la misma línea que “la prensa del oficialismo está directamente indicada por la existencia de planteos militares”. *El Periodista*, 142, 23/5/1987.

Sin embargo, más allá de la oposición discursiva, los renovadores no ofrecieron más que generalidades y escasas medidas concretas para atajar un problema militar que, lejos de calmarse, parecía cada vez más inestable. Los renovadores llegaron a ofrecer al gobierno un acuerdo global basado en la reformulación de la política económica, la reforma constitucional y la reorganización y modernización de las Fuerzas Armadas¹⁹³⁸. De la Sota, por su parte, propondría un camino consistente en que “reagrupemos el poder civil, seamos capaces de ordenar un esquema militar adecuado al sistema democrático y después, si hay arrepentimiento y si existe abandono de la Doctrina de la Seguridad Nacional por parte de las Fuerzas Armadas, podremos entrar a perdonar hechos del pasado, sin considerar de ningún modo ni los homicidios ni las torturas”¹⁹³⁹. Pero ni siquiera entre estas medidas tan vagas existía una voz única, ya que, en claro contrapunto, Grosso señalaba que hacía falta “una solución integral, pero no con esta ley. Acaso podría haberse recurrido al indulto, después de analizar caso por caso”¹⁹⁴⁰.

En definitiva, la actuación de los peronistas en torno a las llamadas leyes de impunidad arroja un resultado ambiguo, en el que no es fácil discernir cuánto hubo de sinceridad y cuánto hubo de cálculo electoral sobre una cuestión que levantaba la sensibilidad de la opinión pública. El peronismo, así, no quiso cargar con el desgaste de una medida sumamente impopular, como recordaba Cafiero: “nosotros no queremos llevar sobre nuestras espaldas la responsabilidad de facilitar la aprobación de una ley que de ningún modo resolverá la crítica situación que estamos viviendo”¹⁹⁴¹.

Las reiteradas ausencias de los legisladores renovadores durante el tratamiento de las distintas leyes mostraban, en efecto, su total oposición a las mismas, pero al mismo tiempo suponían una posición cómoda y sumamente principista que evitaba la confrontación y la concreción de ideas, además de resultar una medida poco eficaz desde el punto de vista práctico. Igualmente, el hecho de que estas ausencias facilitaran la aprobación rápida, por ejemplo, del Punto Final llama a pensar sobre el verdadero rol y las verdaderas intenciones de los renovadores en toda esta coyuntura. Como fuere, ni siquiera las leyes de Punto Final y Obediencia Debida llevaron la paz a los cuarteles, que

¹⁹³⁸ *La Voz del Interior*, 9/5/1987.

¹⁹³⁹ *El Periodista*, 142, 23/5/1987.

¹⁹⁴⁰ *El Litoral*, 19/5/1987.

¹⁹⁴¹ *Página/12*, 4/6/1987.

en los siguientes años se convertirían en un foco de extrema inestabilidad para el sistema democrático.

8.4 El peronismo y los carapintadas

En abril de 1987, el mayor Ernesto Barreiro decidió no presentarse ante la Cámara Federal de Córdoba, pese a estar imputado como coautor de seis delitos de torturas y uno de homicidio¹⁹⁴². Barreiro no ocupaba la alta cúpula militar, pero durante la dictadura se desempeñó como responsable de los interrogadores del Sector del Destacamento de Inteligencia 141, lo que en la práctica lo convertía en quien decidía entre la vida y la muerte en el tristemente famoso centro de detención clandestina de La Perla¹⁹⁴³. Ante la incomparecencia, la Cámara cordobesa lo declaró en rebeldía y dispuso, en consecuencia, su baja del Ejército. Hasta ese punto, el episodio sintetizaba a la perfección cuál era la situación de la cuestión militar en ese momento. Los juicios no se habían detenido en las Juntas, sino que ahora las acciones judiciales empezaban a afectar a los cuadros medios que habían llevado el peso efectivo de la represión. Ante la ineficacia del gobierno por detener esta deriva, incluso con medidas como la del Punto Final, el nerviosismo empezaba a ser patente a lo largo del conjunto de las Fuerzas Armadas, que podían tolerar ver a sus antiguos jefes en el banquillo, pero no que la pesadilla de los juicios se hiciera extensible a cualquiera de sus miembros¹⁹⁴⁴. De ahí que la acción de Barreiro, pese a ser el primero que optó por no comparecer, aunque extrema, no resultara sorprendente.

Lo que sí supuso una conmoción fue que, como protesta a la orden de arresto de un Barreiro que se mantenía prófugo, unos 50 oficiales de la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, uno de los destacamentos más importantes del país, a apenas 30

¹⁹⁴² *El Litoral*, 30/4/1987.

¹⁹⁴³ *El Periodista*, 137, 24/4/1987.

¹⁹⁴⁴ Resulta interesante subrayar que la condena a Videla y el resto de comandantes de las Juntas no generó una gran resistencia en el interior del Ejército y las Fuerzas Armadas. Ninguna de las protestas y levantamientos posteriores tendrán como eje la liberación de los condenados, como sí lo harían la continuidad de esos juicios hacia los cuadros medios. En ese sentido, pese a que la reivindicación del *Proceso* no era cuestionada, el liderazgo de los comandantes resultó mucho más débil de lo que cabría esperar, en parte por el sistema institucional rotativo que se empleó y en parte por las fuertes divisiones que atravesaban las Fuerzas Armadas.

kilómetros de Buenos Aires, se amotinaron en un claro desafío tanto al resto de las Fuerzas Armadas como a las instituciones democráticas.

Comenzaba con ese acto una serie de cuatro alzamientos militares, conocidos como levantamientos carapintadas, que la frágil democracia argentina debió soportar entre la Semana Santa de 1987 y diciembre de 1990. Sin embargo, ¿quiénes eran realmente estos militares que untaban simbólicamente sus caras de betún, como si estuvieran en una operación de combate?, ¿qué les arrastraba a levantarse contra la cúpula del Ejército y contra toda la sociedad, rompiendo un elemento tan fundamental de la vida castrense como el respeto de la cadena de mando? ¿Era sólo un movimiento de protesta contra la continuidad de los juicios o aspiraban a reeditar la cadena de golpes que padeció el país y constituirse en salvadores de una patria que creían amenazada? El arresto y baja de Barreiro sería el detonante de esta nueva crisis, pero una mirada más atenta a este conato de rebeldía castrense nos permite entender que tras este hecho se encerraban varias crisis y fracturas en la institución militar. En realidad, el fenómeno carapintada fue sumamente complejo, tanto si lo concebimos en su conjunto como si lo recorremos diacrónicamente. Además de suponer un reto a la democracia, los carapintadas fueron también la expresión de un enfrentamiento que estuvo lejos de constituir una lucha entre un grupo de rebeldes con aspiraciones golpistas contra un Ejército leal al gobierno y comprometido con los valores democráticos¹⁹⁴⁵.

Para empezar, deberíamos preguntarnos hasta qué punto los carapintadas diferían de lo que podríamos llamar el Ejército oficial, puesto que, a pesar de la oposición, les unía un conjunto de coincidencias mucho mayor de las esperadas. Particularmente -y esto será clave para entender el desarrollo de los acontecimientos posteriores- no había ninguna fisura en el llamado pacto de sangre por los hechos ocurridos durante la dictadura. No debe sorprender la solidez de este acuerdo de silencio y reivindicación. Como explica Canelo: “la potencia de este recurso reconocía sus causas en varios factores (...). En primer lugar, los crímenes cometidos, que

¹⁹⁴⁵ Por supuesto, entre carapintadas y la cúpula del Ejército existía una mayoría de oficiales que no se identificaban decididamente por uno u otro bando. Desde *El Periodista* identificaban un grupo de nacionalistas, que miraba con elogio a Rico, pero al que no daban posibilidades de éxito, y un sector de liberales, solidarios con la política económica de la dictadura. Si, como veremos, esa división reflejaría un clivaje ideológico, Sain incluiría también la categoría de “profesionales”, sector mayoritario que no se identificaba totalmente con la cúpula militar, pero que coincidía con ésta en el respeto a la verticalidad y la disciplina. Sain, *op.cit.*, p.140.

atentaban contra los principios más elementales de la condición humana, sólo era compatibles con el mantenimiento a cualquier costo de un “pacto de sangre”, que se verá fortalecido por la naturaleza necesariamente extrema de solidaridades militares”¹⁹⁴⁶.

Pese a las diferencias ideológicas que observaremos más tarde, a carapintadas y oficialistas les unía una cierta visión del mundo, de las amenazas latentes y del papel de las Fuerzas Armadas en la sociedad, todavía con una fuerte impronta de la *Doctrina de la Seguridad Nacional*¹⁹⁴⁷. Es cierto, como demuestra Fabris¹⁹⁴⁸, que tal afirmación es sobre todo cierta para los rebeldes y no tanto para el conjunto del Ejército, pero pese a esos matices no debemos olvidar que la cúpula castrense tardaría aún varios años, hasta las famosas declaraciones de Martín Balza, en desmarcarse completamente de la justificación del *Proceso* y de la idea de que a las Fuerzas Armadas les cabía un rol de primer orden dentro del sistema¹⁹⁴⁹.

Sin embargo, más allá de esos puntos en común, la ruptura intramilitar era lo suficientemente poderosa y grave como para que los alzamientos carapintadas persistieran tras la firma de la Obediencia Debida y los primeros indultos, lo que ya nos habla de que las rebeliones tenían relación sólo parcialmente con la continuación de los juicios. La división era, de hecho, tan profunda que hundía sus raíces en razones de larga data, que se exacerbaban durante la guerra de Malvinas y que explotaban durante el gobierno de Alfonsín. De esa manera, como observó Ernesto López, en el problema carapintada se reunieron hasta tres clivajes¹⁹⁵⁰. Se dio, en primer lugar, una fractura profesional en la que se enfrentaban dos modelos de Fuerzas Armadas que, según la óptica rebelde, confrontaba a un ejército de soldados, combatiente, contra una cúpula de burócratas acomodados. No es casual, en ese sentido, que tanto Aldo Rico como Mohamed Alí Seineldín, los dos líderes que conocería el movimiento carapintada, fueran instructores de cuerpos de comando que, por su propia naturaleza (preparación cercana

¹⁹⁴⁶ Canelo, *op.cit.*, p.108.

¹⁹⁴⁷ Crespo afirmó, en un texto que entregó al Senado, que la prioridad eran “los objetivos nacionales, como expresión de voluntad suprema de una Nación por encima de la Constitución”. *El Periodista*, 103, 29/8/1986.

¹⁹⁴⁸ Fabris, Mariano: “El levantamiento del 3 de diciembre de 1990 y el fin del intervencionismo militar”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Rosario, 20-23 septiembre 2005.

¹⁹⁴⁹ El general Martín Balza, jefe del Ejército en ese momento, realizó en abril de 1995 unas declaraciones en un conocido programa televisivo que se consideran la primera autocrítica por parte de los militares de su actuación represiva durante la dictadura.

¹⁹⁵⁰ López, Ernesto: *El último levantamiento*. Buenos Aires: Legasa, 1988.

a la violencia, operaciones especiales, mayor autonomía de acción), los empujaba a una mayor independencia respecto a la cadena de mando.

En realidad, sería en Malvinas, una guerra donde se hizo patente la incompetencia de la cúpula militar, donde estallaría esa diferencia entre ejército de arriba y de abajo que luego sería reivindicada y asumida por los carapintadas. Supone un dato significativo sobre el origen de los carapintadas que “veintitrés oficiales de la Compañía 602 de Rico fueran condecorados por su actuación en la guerra. Rico recibió la medalla al Mérito Militar. Los oficiales de aquella campaña constituyeron la base de la sublevación contra el presidente Raúl Alfonsín, aunque sus miembros no estén juntos”¹⁹⁵¹. No extraña, por tanto, que, de acuerdo con este esquema de conflicto, Rico retratara a sus compañeros, a poco de producirse los hechos de Semana Santa, como “éste es el verdadero Ejército, éstos son los soldados que combatieron en las Malvinas y lucharon contra la subversión”¹⁹⁵².

En segundo lugar, siguiendo a López, existía en el interior del Ejército también una fractura política e ideológica. Pese a que anteriormente hemos comentado que tanto uno como otro bando compartían un universo de ideas y teorías sobre el mundo, es también cierto que los carapintadas bebían generalmente de una base nacionalista (mucho más exacerbada en el caso de Seineldín, que rayaba el integrismo católico), con un vínculo con el peronismo más conservador, frente a una conducción del Ejército más relacionada con el pensamiento liberal. Por último, se daba también un clivaje de tipo orgánico y casi generacional, que cortaba al Ejército de forma horizontal, enfrentando a generales contra grados medios, subvirtiendo así la cadena de mando.

Como analiza Donadio, todos estos clivajes hundían sus raíces en la ya mencionada participación de los militares en la arena política y en la consecuente autonomización de éstos: “los resultados del Proceso de Reorganización Nacional, en sus componentes de lucha antsubversiva, corrupción política y económica y guerra de Malvinas, fueron concluyentes para la demolición de los valores morales del Ejército. La conclusión del largo proceso de intervención en la vida política fue la de una organización debilitada, dividida y carente del *ethos* necesario para la causa de las

¹⁹⁵¹ *El Periodista*, 137, 30/4/1987. Al contrario que los líderes carapintadas más conocidos, Ernesto Barreiro no participó en la guerra de Malvinas, que en ese momento se desempeñaba en la Escuela Superior de Guerra.

¹⁹⁵² *Clarín*, 20/4/1987.

armas”¹⁹⁵³. La participación en política y en la guerra sucia descompusieron así al Ejército, en una corrupción que les afectó no sólo desde el punto de vista ético: la propia metodología de la represión, clandestina y atomizada en grupos de tareas con bastante libertad de acción, fueron erosionando de manera informal y casi inapreciable la cadena de mandos que quedaría definitivamente en cuestión durante el gobierno democrático. El desastre de la guerra de Malvinas terminaría por agravar una crisis que se mantendrá latente hasta su explosión en 1987.

En realidad, pese a que abril de 1987 sería la fecha de comienzo del problema carapintada, la relación entre el gobierno y las Fuerzas Armadas había sido puesta a prueba en numerosas ocasiones desde la asunción de Alfonsín, casi siempre en relación con el problema de los juicios. En junio de 1984, en lo que sería la primera crisis militar, un grupo de oficiales del cordobés III Cuerpo de Ejército se amotinó con la complicidad de su comandante, el general Pedro Mansilla, para presionar al juez Rodríguez Villafañe en sus investigaciones sobre los capitanes Alsina y Mones Ruiz. La medida resultó efectiva a corto plazo, ya que el juez se declaró incompetente y el Consejo Supremo dispuso la libertad de los capitanes acusados. Pero ante este desafío y ante la negativa de sancionar a Mansilla por parte del jefe del Ejército Jorge Arguindegui¹⁹⁵⁴, el ministro de Defensa Borrás mostró una actitud fulminante y ordenó el retiro de ambos¹⁹⁵⁵. El sustituto de Arguindegui, en el Estado Mayor del Ejército, el general Ricardo Pianta, tampoco disfrutaría de una larga trayectoria en el cargo. Presionado por sus propios generales por su actitud poco firme ante el gobierno, también sería pasado a retiro por su escaso control sobre sus subordinados.

¹⁹⁵³ Donadio, Marcela: *De los golpes a la cooperación: una mirada a la mentalidad profesional en el Ejército Argentino*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO Argentina. Buenos Aires: 2000, <http://www.resdal.org/Archivo/d0000177.htm>.

¹⁹⁵⁴ Resultó sorprendente que los radicales eligieran a Arguindegui, un militar encuadrado en el ala nacionalista, como cabeza del Ejército, ya que también era el mejor colocado en las quinielas peronistas. Saadi, de hecho, lamentaría altamente su pase a retiro “porque creo que pudo haber sido un hombre útil para la democracia y para la libertad”. *La Voz del Interior*, 14/7/1984. La relación entre Arguindegui y el gobierno sería tensa desde un primer momento. El hecho de que invitara en su ceremonia de nombramiento a Videla o Viola no ayudaría en ese sentido.

¹⁹⁵⁵ Arguindegui fue sustituido en el cargo por el general Ricardo Gustavo Pianta, general de brigada y, en ese momento, segundo jefe del Estado Mayor General del Ejército. En Córdoba, Mansilla fue reemplazado por un general que tendría protagonismo pocos años después: Héctor Ríos Ereñú. *El Litoral*, 5/7/1984. No debemos ver en este reemplazo un avance sustancial en el rechazo a la dictadura por parte de la cúpula militar. Pianta señalaría que “una amnistía podría ser el punto de partida para la reconciliación”. *El Litoral*, 30/8/1984.

Como vemos, las relaciones cívico-militares resultaron complejas desde un primer momento. Tal y como describe Pion-Berlin, no fue una relación totalmente contenciosa, pero estuvo muy lejos de ser cooperativa¹⁹⁵⁶. De hecho, ni siquiera los propios levantamientos carapintadas supusieron una sorpresa absoluta, ya que el descontento entre la oficialidad media era conocido. Como relataba Joaquín Morales Solá: “estos episodios pueden ser varias cosas menos sorpresa para el poder político. Este movimiento incluye a un centenar de oficiales –entre tenientes coroneles, mayores y capitanes- que se había expresado de distinta manera a lo largo de los últimos meses y también había divulgado su propio plan de acción, que incluía, entre otras cosas, lo que estaba pasando ahora”¹⁹⁵⁷.

Dentro de ese malestar generalizado y, más allá de la chispa que supuso la acción de Barreiro, en el primer levantamiento de Semana Santa los rebeldes liderados por Aldo Rico reclamaron la remoción de la cúpula del Ejército, a la que acusaban de no defender correctamente a la oficialidad media de la ofensiva judicial, y una solución política (un eufemismo para la amnistía¹⁹⁵⁸) para la cuestión de los juicios.

De acuerdo con esos objetivos, Rico le plantearía a Augusto Vidal, director de Institutos de Perfeccionamiento del Ejército¹⁹⁵⁹, que el alzamiento “es un problema interno de la institución Ejército, motivado en la pérdida de confianza en el jefe de Estado Mayor y otros generales comprometidos”. Dentro de ese relato de enfrentamiento eminentemente intramilitar, los carapintadas tratarían de explicar que “nosotros no estamos contra el pueblo y vemos con preocupación cómo se está lanzando una campaña, hablando de un golpe de Estado que no existe, de una amenaza a la democracia que no es tal”¹⁹⁶⁰. Pero, aunque los alzados insistieran en que su movimiento no tenía nada que ver con una intentona golpista, generaron una tensión en

¹⁹⁵⁶ López, Ernesto y Pion-Berlin, David: *Democracia y cuestión militar*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1996.

¹⁹⁵⁷ *Clarín*, 19/4/1987. De hecho, Rico había sido multado con diez días de arresto por redactar un documento que describía el malestar en la fuerza por la continuidad de los juicios y expresaba que la única solución era una amnistía, pero conseguida desde una posición de fuerza. Chumbita, Hugo: *Los carapintada. Historia de un malentendido argentino*. Buenos Aires: Planeta, 1990, p.26.

¹⁹⁵⁸ En palabras de Rico: “exigimos la solución política que corresponde a un hecho político como es la guerra contra la subversión”. *Clarín*, 18/4/1987.

¹⁹⁵⁹ El general Augusto Vidal era una figura que compartía varios de los postulados de los rebeldes. Antes de abril, explica Sain, “giró un documento de su autoría en el que, además de criticar los juicios que afectaban a los cuadros militares y de tomar distancia del Gral. Ríos Ereñú, reivindicaba la actuación del Ejército en la guerra contra la subversión”. Sain, *op.cit.*, p.86.

¹⁹⁶⁰ *El Litoral*, 19/4/1987.

el sistema lo suficientemente crítica como para que una sociedad hastiada de tanto militarismo se solidarizara en defensa de la democracia. De hecho, esta crisis se caracterizaría por una fuerte movilización popular en defensa de la democracia, que ocuparía la Plaza de Mayo y llegaría a estar presente en los alrededores del destacamento militar de Campo de Mayo. En realidad, el gobierno iba a necesitar todo el apoyo posible porque aquellos tiempos en los que se podía permitir retirar generales ante cualquier cuestionamiento estaban muy distantes. El Ejecutivo, de hecho, ni siquiera contaba con los suficientes apoyos dentro del teórico Ejército leal como para apagar fácilmente el foco encendido. Lejos de una rápida represión, como relata Ernesto López: “rápidamente se vio, no obstante, que ni siquiera [el general Alais, encargado de la represión] contaba con lo poco que lo acompañaba. Sus unidades tardaban eternidades en desplazarse apenas unos kilómetros y tenían una sostenida tendencia a vivaquear a orillas del río y a dejarse estar en la contemplación de la naturaleza”¹⁹⁶¹.

Tampoco esta parsimonia a la hora de reprimir el levantamiento supuso una gran sorpresa. La misma se explica en primer lugar por la debilidad de un gobierno desgastado que no había conseguido imponer sus puntos de vista sobre la cuestión militar, pero también por el hecho de que, en esencia, tanto leales como amotinados compartían un único objetivo: el fin de los juicios y la reivindicación de las Fuerzas Armadas. Más allá del miedo a que se subvirtiera el principio de la cadena de mando¹⁹⁶², lo cierto es que existían pocos incentivos en el resto de las Fuerzas Armadas para la represión. En ese sentido, la corporativización del Ejército había llegado aquí a su paroxismo, incluso con una institución totalmente dividida: ya no contaba con la fuerza para protagonizar un golpe, pero sí para coaccionar hasta el límite al gobierno.

Ante esta situación de empate, donde ninguno de los bandos tenía la energía como para conseguir imponerse, se llegó a una negociación conducida por el propio presidente, en la que los amotinados consiguieron ver cumplidos varios de sus reclamos: como ya explicamos, en junio fue sancionada la llamada ley de Obediencia Debida, con la que se ponía freno a los temidos nuevos juicios por violaciones de derechos humanos

¹⁹⁶¹ López: *El último levantamiento...*, *op.cit.*, p.83. “El comportamiento predominante entre la oficialidad del Ejército fue el de no sumarse explícitamente al levantamiento pero, al mismo tiempo, se negaban a reprimirlo, lo que podía interpretarse como una intervención pasiva en la rebelión”. Sain, *op.cit.*, p.98.

¹⁹⁶² Como señalaría el brigadier Crespo: “si a los subalternos se les permite discutir no hay Fuerzas Armadas, sino bandas armadas”. *El Litoral*, 23/4/1987.

durante la dictadura. Además, el cuestionado jefe del Ejército, Ríos Ereñú¹⁹⁶³, pidió, como deseaban los carapintadas, su pase a retiro tras esta crisis, siendo sustituido por el general Dante Caridi.

Dentro de esa sensación de derrota para la sociedad y para el gobierno que se sintetizó en el opaco y desmovilizador mensaje final de la crisis de “Felices Pascuas” protagonizado por Alfonsín¹⁹⁶⁴, los sucesos de Semana Santa mostraron una novedad histórica: al contrario que en golpes y planteos militares anteriores, en los que los distintos gobiernos lucharon en medio de la soledad política, esta vez Alfonsín contó con el apoyo explícito de la oposición y, por supuesto, del peronismo, que, entre otros gestos, firmó un acta de compromiso democrático¹⁹⁶⁵.

Desde todo el espectro peronista se sucedieron declaraciones de apoyo a las instituciones denunciando el alzamiento. Como emulando al Alfonsín de la campaña, Cafiero sostuvo que “el peronismo renovador insistirá en la defensa de la democracia y de la ley, recitando el preámbulo de la Constitución: afianzar la Justicia, promover el bienestar general y defender la seguridad interior de la República”. Saadi, por su parte, señalaría que “la anacrónica rebeldía de algunos puede afectar la estabilidad y las instituciones republicanas y debe por eso mismo ser lamentada y repudiada. No podemos los peronistas sino recordar la prédica de nuestro líder: dentro de la ley todo, fuera de la ley nada”¹⁹⁶⁶. Por la Casa Rosada pasaron durante esos días de crisis figuras como Cafiero, Saadi, Grosso y De la Sota para expresar su apoyo y para la posteridad ha

¹⁹⁶³ Según Joaquín Morales Solá, Ríos Ereñú era “el más inteligente jefe del Ejército que tuvo Alfonsín, el que más tiempo duró en ese cargo resbaladizo. Morales Solá, *op.cit.*, p.147. “Fue jefe de regimiento en los primeros años de la lucha contra la subversión (...) y más tarde pasó mucho tiempo como agregado militar en Washington”.

¹⁹⁶⁴ En el discurso que realizó Alfonsín tras la resolución del conflicto, el presidente, lejos de criticar abiertamente a los rebeldes, describiría a éstos como “un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada”. A pesar de las concesiones realizadas, que no se explicitaron en esa ocasión, la nota positiva que extraía el presidente era que: “La casa está en orden y no hay sangre en la Argentina”. Sain, *op.cit.*, p.102. La gestión de la crisis de Semana Santa supuso obviamente un durísimo golpe para Alfonsín, ya muy desgastado tras la firma del Punto Final. Si el “Felices Pascuas” había suscitado la sospecha sobre lo que de verdad había sucedido, “un día después, cuanto tomó estado público el proyecto de reglamentación de la “obediencia debida”, el gobierno ya no convenció a nadie de que no había hecho importantes concesiones a los militares”. Joaquín Morales Solá, *op.cit.*, p.161.

¹⁹⁶⁵ En el Acta, los partidos apoyaban la “vigencia irrestricta de la Constitución” y “reiteran que ninguna presión o amenaza puede torcer nuestra inflexible decisión de cumplir la ley”. *El Litoral*, 19/4/1987. El socialista MAS sería uno de los pocos partidos que no se sumaría a la iniciativa, en protesta de uno de los puntos del Acta en el que se insinuaba un apoyo a la Obediencia Debida: “La reconciliación de los argentinos sólo será posible en el marco de la justicia, del pleno acatamiento a la ley y del debido reconocimiento de los niveles de responsabilidad de las conductas y hechos del pasado”.

¹⁹⁶⁶ *El Litoral*, 18/4/1987.

quedado la foto de Cafiero acompañando a Alfonsín mientras éste realizaba su discurso desde el balcón de la casa presidencial¹⁹⁶⁷.

Pese a este apoyo, una vez que se sofocó la crisis, la estrategia del peronismo, especialmente la de su sección renovadora, viraría para lograr un doble objetivo: dejar constancia de que su apoyo a las instituciones no equivalía automáticamente a un apoyo al gobierno y, en segundo lugar, evitar que el radicalismo capitalizara en exclusiva la resolución del conflicto¹⁹⁶⁸.

En el documento que surgió de la cumbre partidaria realizada en la cordobesa localidad de La Falda pocas semanas después de Semana Santa, el justicialismo adoptó un tono mucho más crítico. En él se reconocía la gravedad de la situación militar heredada, pero al mismo tiempo, se criticaba el doble discurso (de cara a la sociedad y de cara a los militares) que había manejado hasta entonces el gobierno: “en lugar de poner en práctica una política de defensa (...) el gobierno prefirió el doble discurso de las formulaciones antimilitaristas, acompañadas de una permanente y secreta negociación y concesión” con las Fuerzas Armadas¹⁹⁶⁹. En consecuencia, para los justicialistas, el origen de lo sucedido en Semana Santa se encontraba en la conjunción de “promesas al electorado de defensa irrestricta de los derechos humanos, [con] promesas a los involucrados en procesos por violaciones de esos mismos derechos de que quedarían en libertad”. Resulta curioso que el peronismo desplazara el eje de responsabilidades de los militares al propio gobierno. Esa insistencia, obviamente, caminaba en la línea de ofrecer una posición despegada de la del Ejecutivo y parece que seguía una lógica eminentemente electoral, que chocaba con el gran apoyo que había ofrecido el partido durante los días más agudos de la crisis.

Como vimos, el peronismo también expresó su total oposición tanto a la Obediencia Debida como a la implementación de una eventual amnistía, aunque, de hacer caso a *El Periodista*, la mayoría de los miembros del partido admitía informalmente la conveniencia de decretar indultos selectivos, cuya carga asumiría el propio gobierno. De hecho, como solución al conflicto, “desde los primeros días de Semana Santa

¹⁹⁶⁷ *Clarín*, 18/4/1987.

¹⁹⁶⁸ *Clarín*, 23/4/1987.

¹⁹⁶⁹ *El Periodista*, 139, 8/5/1987.

[Cafiero] había formulado la posibilidad de un indulto selectivo”, excluyendo de él a “aquellos acusados de homicidio y tortura”¹⁹⁷⁰.

A pesar de la firma de la Obediencia Debida, que parecía colmar las expectativas de los amotinados, el enfrentamiento respondía, como analizamos, a causas profundas que el resultado incierto de mayo de 1987 no había logrado despejar enteramente. Complicando la situación, como afirma Donadio: “la crisis militar ya había adquirido su propia dinámica, independientemente de la aparente causa que la había originado”¹⁹⁷¹. Por una parte, el uso de la fuerza se había demostrado eficaz para un Ejército que todavía, también en su sector oficial, reivindicaba varios reclamos. El propio Caridi¹⁹⁷² explicitaba que con el levantamiento el conjunto de los militares (no sólo los carapintadas) había obtenido “un espacio político que el Ejército no piensa perder”¹⁹⁷³ y recordaba que la institución “aguarda con serenidad su legítima y pronta reivindicación histórica”, “con la que se plasmará la definitiva y fraternal reconciliación de los argentinos”¹⁹⁷⁴.

Se podría decir que las condiciones para un segundo alzamiento se fueron construyendo a partir de un éxito que no fue tal para los carapintadas. Como no podía ser de otra manera, la rebelión tuvo costes para los sublevados, cuyos líderes pasaron a tener que responder ante la justicia militar¹⁹⁷⁵. Más allá de lo penal, desde lo administrativo, el nuevo jefe del Ejército, Caridi¹⁹⁷⁶, trató de limpiar la institución de amotinados o, como mínimo, de bloquear sus ascensos con su manejo sobre la burocracia interna¹⁹⁷⁷. Esta cuestión resultaba capital dentro de los equilibrios

¹⁹⁷⁰ *El Periodista*, 139, 8/5/1987.

¹⁹⁷¹ Donadio, *op.cit.*

¹⁹⁷² Dentro de las complejas relaciones cívico-militares, Caridi adopta una posición intermedia con la que trataba de maximizar su capacidad de presión a ambos lados: “se preocupa por aparecer como un servidor de las instituciones de la República y como el instrumento de la recuperación democrática de los organismos militares. Pero no se priva de presionar sotto voce al Presidente para que eleve los alcances de la obediencia debida. *El Periodista*, 148, 16/7/1987.

¹⁹⁷³ *La Voz del Interior*, 4/8/1987.

¹⁹⁷⁴ *La Voz del Interior*, 12/8/1987.

¹⁹⁷⁵ Al igual que había ocurrido con los crímenes de la dictadura, también el gobierno presionó para que fuera la justicia militar y no la civil la que se ocupara del juzgamiento. La competencia de la causa originó en esta cuestión una pugna entre ambas esferas que alargó su tratamiento.

¹⁹⁷⁶ La figura de Caridi, que representaba la tradición liberal del Ejército, siempre con sospechas hacia el fenómeno peronista, no fue obviamente bien recibida por los justicialistas. Un documento del partido señalaría que Caridi “toma partido en el frente militar, resignando su obligación de conducir al conjunto de las Fuerzas Armadas”. *Página/12*, 17/9/1987.

¹⁹⁷⁷ La destitución de Fausto González, segundo de Caridi, tuvo mucho que ver con ese deseo de control de los ascensos. Pese a su cercanía en el organigrama, la inclusión de González, quien apoyaba la

intramilitares: “la pérdida de la batalla legal [que estaba liderando Caridi] significaba la destrucción del único territorio compartido que les quedaba. Sin esa retaguardia carecían de sentido la unidad, la cohesión, la disciplina e incluso el respeto por la jerarquía: la puesta en crisis de la identidad militar estaba completa”¹⁹⁷⁸.

La chispa para el segundo levantamiento carapintada, que tendría lugar en enero de 1988, sería precisamente la situación procesal de Aldo Rico. A fines de diciembre, el juez militar de instrucción dispuso que Rico pasara a disfrutar del grado de prisión preventiva atenuada, lo que le permitía abandonar el lugar de detención en Campo de Mayo en el que había quedado retenido desde Semana Santa y regresar a un domicilio privado. La idea de un Rico en libertad escandalizó tanto a Caridi como al gobierno, quienes unieron fuerzas para re-caratular la causa como “amotinamiento”, cambiando radicalmente la situación procesal del carapintada¹⁹⁷⁹.

Negándose a ser detenido de nuevo, Rico sería declarado prófugo y reaparecería en el destacamento de Monte Caseros, donde protagonizaría un nuevo alzamiento¹⁹⁸⁰. El resultado en esta ocasión no sería tan positivo para los rebeldes: después de dos días de gran tensión, Rico y sus hombres se rindieron ante la evidencia de la desfavorable relación de fuerza con la que contaban, siendo detenidos 400 carapintadas¹⁹⁸¹. Aunque

reincorporación de Barreiro al servicio activo y la devolución del grado a Rico, fue casi una imposición de los carapintadas. *El Periodista*, 149, 17/7/1987. La Junta Superior de Calificaciones funcionaba a dos niveles: en el primero, los doce coroneles más antiguos analizaban los candidatos que aspiraban a los cargos entre subteniente y mayor. El segundo nivel estudiaba los casos de aspirantes a coroneles y generales y estaba presidido precisamente por el subjefe del Estado Mayor. González sería sustituido por alguien más cercano a la óptica de Caridi como era Miguel Abbate. *El Periodista*, 154, 21/8/1987.

¹⁹⁷⁸ López, *Ni la ceniza...* *op.cit.* p.67. En el ínterin entre el primer y el segundo levantamiento, el peronismo ofreció un perfil bajo sobre la interna militar. En parte, porque Caridi les parecía un militar muy alejado de sus intereses y, en parte, porque, a fin de cuentas, tenían poco que ganar y mucho que perder introduciéndose en una cuestión cuyo desgaste era soportado por el gobierno en exclusiva. Como señalaba una fuente peronista: “sólo una situación que ponga en peligro el sistema institucional determinará una intervención del justicialismo”. *Clarín*, 7/1/1988. Como explicaban en *El Periodista*, más allá de las declaraciones de apoyo a la democracia, sus propuestas sobre la cuestión militar se encontraban entre lo generalista y lo poco convincente. Tras una reunión de la cúpula renovadora se aprobó, por ejemplo, fomentar un acuerdo con la UCR para que ambos partidos “prescindan de intervenir en la interna militar”. *El Periodista*, 160. Desde ese punto de vista, para los renovadores los militares constituían una esfera autónoma y ajena a la sociedad y a la política, en la que los distintos partidos no se debían inmiscuir.

¹⁹⁷⁹ *La Voz del Interior*, 30/12/1987.

¹⁹⁸⁰ No es casual que el epicentro del nuevo levantamiento se diera allí, puesto que el regimiento estaba bajo las órdenes del teniente coronel Álvarez Ibainzabal, también especializado en comandos. *Página/12*, 18/1/1988.

¹⁹⁸¹ *La Voz del Interior*, 19/1/1988. Monte Caseros no sería el único foco de este segundo levantamiento. Rebeliones más pequeñas en San Luis y Santa Cruz también serían sofocadas prácticamente al mismo tiempo. Lejos de la retórica y estética agresiva y guerrera de los carapintadas, en Monte Caseros no se

de nuevo la represión oficial tardó un tiempo en engrasarse, Caridi contaba esta vez con varias cartas ganadoras en su mano. Con la Obediencia Debida y su reivindicación de la lucha contra la subversión, el jefe del Ejército representaba una oferta muy similar a la de los carapintadas, pero sin el riesgo de saltarse la ley y la cadena de mando y poner en jaque al sistema¹⁹⁸². De esa manera, a diferencia de Semana Santa, el mayor incentivo para este segundo levantamiento fueron precisamente las causas penales y administrativas del alzamiento anterior, lo que explica el relativo aislamiento de los rebeldes de Monte Caseros.

Nuevamente en esta crisis el peronismo realizó gestos que demostraron claramente su apoyo a las instituciones democráticas: Cafiero, por aquel entonces ya elegido gobernador de Buenos Aires, encabezaría por ejemplo un acto de adhesión a la Constitución y a la vigencia de las instituciones¹⁹⁸³. Sin embargo, en esta ocasión, el justicialismo aumentaría todavía más el espíritu crítico sobre la gestión que el radicalismo había hecho del alzamiento. El propio Cafiero no se explicaba cómo el gobierno se había demorado tanto a la hora de actuar para evitar que se llegara a un nuevo levantamiento¹⁹⁸⁴, mientras que el otro candidato de la interna presidencial, Menem, perfilando una imagen vehemente y populista, se mostró partidario de ofrecer mano dura contra los amotinados y sostenía que “la responsabilidad de los hechos es del presidente de la Nación”¹⁹⁸⁵.

Una vez resuelta la tensión en Monte Caseros, el justicialismo empezó a negar la versión de que el levantamiento era un problema meramente intramilitar: “la rebelión no fue sólo una crisis militar”, “el conflicto planteado comenzaba a superar largamente los límites de una disputa militar interna”¹⁹⁸⁶. Al contrario, todo formaba parte “de un golpe desestabilizador en marcha”, en el que, además, existían “implicaciones de civiles, empresarios, factores de poder e, incluso, funcionarios de gobierno”. En esa línea, Raúl

vivió ninguna situación épica: “no hubo resistencia heroica ni tampoco una ofensiva a sangre y fuego (...). Hubo un conteo de fuerzas y se rindió el que había conseguido mover menos”. *Clarín*, 20/1/1988.

¹⁹⁸² El propio Caridi sintetizó la situación posterior: “ahora hay un solo color”. “En Semana Santa [Rico] representaba la opción de buena parte del Ejército, pero ahora sólo defiende una situación personal”. *Clarín*, 20/1/1988.

¹⁹⁸³ *Página/12*, 19/1/1988.

¹⁹⁸⁴ *Página/12*, 19/1/1988.

¹⁹⁸⁵ *El Litoral*, 16/1/1988.

¹⁹⁸⁶ *La Voz del Interior*, 21/1/1988.

Carignano llegaría al extremo de deslizar que el vicepresidente Víctor Martínez podría tener alguna relación con la cuestión¹⁹⁸⁷.

El gobierno era precisamente responsable de la situación desde la óptica peronista, pues “lejos de rectificar errores, omisiones y concesiones efectuadas, ha persistido en la actitud de delegar en las propias instituciones armadas la resolución de cuestiones que corresponden ineludiblemente al poder político”¹⁹⁸⁸. En ese sentido, el justicialismo señalaba como errores capitales del Ejecutivo “la ausencia de una política militar, la falta de una efectiva voluntad de conducción, el ensayo de múltiples y contradictorios mensajes y una actitud concesiva y resignada”¹⁹⁸⁹.

Lo que, extrañamente, no encontramos en este episodio es una clara diferenciación entre el discurso caferista y el menemista, por ese momento ya lanzados en la interna. Por supuesto existieron matices entre ambos líderes, pero, en general, si en 1987 el peronismo se había mostrado como un apoyo claro al gobierno, la palabra clave que sintetizaba la interpretación justicialista de Monte Caseros fue “desestabilización”, la hipótesis de que el fenómeno carapintada poseía una cara civil que jugaba a derrocar la democracia¹⁹⁹⁰.

El gobierno, sin embargo, se sentía relativamente orgulloso de la resolución del conflicto, ya que parecía justificar la necesidad de haber lanzado la Obediencia Debida. Desde su perspectiva: “si no fuera así, los militares habrían tenido la misma actitud pasiva que en Semana Santa”¹⁹⁹¹. Pese a esta confianza en el Ejecutivo y pese a que Rico y sus colaboradores habían quedado fuera de juego, el fenómeno carapintada continuaba vivo, encarnado en nuevos protagonistas y liderado a partir de ahora por el coronel Mohamed Alí Seineldín. En realidad, Seineldín había sido uno de los inspiradores en la sombra de los levantamientos anteriores y tanto Rico como el resto reconocían su

¹⁹⁸⁷ “El oficialismo estaba tan confundido que recién el domingo pudieron decir que Víctor Martínez no estaba en el golpe”. *Página/12*, 21/1/1988. Esta acusación, por ejemplo, generó gran indignación entre los radicales. El ministro de Salud, Ricardo Barrios Arrechea, lamentaría que el peronismo “transmite un espíritu lamentable que no colabora y desmerece realmente a un partido histórico como éste”. *Página/12*, 22/1/1988.

¹⁹⁸⁸ *La Voz del Interior*, 21/1/1988.

¹⁹⁸⁹ *Ibidem*.

¹⁹⁹⁰ Como en otras ocasiones, la solución propuesta por el partido era la creación de una comisión bicameral que investigara los hechos. *La Voz del Interior*, 21/1/1988.

¹⁹⁹¹ *El Periodista*, 176, 22/1/1988. En todo caso, el gobierno podría estar preocupado ante el reforzamiento de un Caridi que, pese a ser su aliado, sostenía que el Arma del Ejército, “está total y absolutamente cohesionada” al haber “un solo mensaje, el del jefe del Estado Mayor” y que podía aprovechar esa posición para presionar al gobierno para conseguir una amnistía.

carisma y ascendencia¹⁹⁹². Sin embargo, tanto la personalidad como el tipo de liderazgo de Seineldín eran diferentes a los de Rico, con un carácter mesiánico y rayano al integrista católico que faltaban en el otro¹⁹⁹³, también conservador, pero con una vena más populista¹⁹⁹⁴. Más allá de sus bravuconadas, Rico enfocaba los levantamientos con la filosofía de los planteos militares de los 60, casi como un juego de movilización y conteo de fuerzas que nunca llegaba al enfrentamiento real. En ese sentido, operaba en él una lógica casi más política que militar. Seineldín, en cambio, era más proclive al contacto directo y al todo o nada, por su propio estilo de liderazgo y también debido a que, bajo su mando, el carapintadismo se encontraba más debilitado y desesperado. Con Seineldín, el movimiento va abandonando el hilo centrado en resolver los juicios sobre el pasado, que había sido el motor principal de los levantamientos liderados por Rico, para concentrarse principalmente en la construcción de un nuevo Ejército y en la revisión radical de las relaciones cívico-militares. Como resultaba natural, esas diferencias quedarían reflejadas en la naturaleza de los próximos levantamientos que a partir de ahora tendrían un carácter más radicalizado y violento.

Al igual que había sucedido en Monte Caseros, el problema carapintada seguía generando una inercia propia que, más allá de las razones originales, explicaban gran parte de su continuidad y persistencia. Tras el segundo levantamiento, la sensación de agravio y de persecución generada tanto por la cúpula militar, que aplicó la mano dura contra los amotinados, como por el gobierno que seguía apoyando decididamente a Caridi, fueron el caldo de cultivo para un tercer alzamiento¹⁹⁹⁵.

¹⁹⁹² Como explica Chumbita: “aunque no tenía sino unos pocos años más de edad que el grupo de tenientes coroneles de Rico, podía decirse que existía una vinculación filial de los coroneles con este hombre que había sido su instructor y a la vez una especie de modelo o de líder”. Chumbita, *op.cit.*, p.101.

¹⁹⁹³ En el discurso de Seineldín nunca faltaban las referencias a un catolicismo radicalizado. Fue él quien bautizaría la operación de la toma de Malvinas como *Operación Rosario*, en honor de la Virgen.

¹⁹⁹⁴ Rico, por su parte, iba poco a poco puliendo su cara política y alejándose del militarismo. Una fuente cercana a él afirmaría: “Rico, o sea nosotros, tenemos un proyecto político para la Argentina, que puede incluir o no al peronismo, siempre y cuando se despoje de sus inclinaciones socialdemócratas”. *El Litoral*, 1/3/1989. El pensamiento de Rico era un cambalache que a veces se acercaba a un neoliberalismo autoritario: “la sentida necesidad de pertenecer a un Ejército que sea capaz de apoyar un proyecto coherente de país” contra “un Estado sobredimensionado de estructura socialista –a pesar de nuestra Constitución- que todo lo pretende”. *Clarín*, 10/12/1988.

¹⁹⁹⁵ Este tercer episodio no tomó, por tanto, a casi nadie por sorpresa. Ricardo Kirschbaum, desde *Clarín*, ya intuía, terminado el segundo enfrentamiento, la alta probabilidad de una secuela: “la rebelión, como se dijo, está concluida pero el problema militar aún no ha sido resuelto. Porque lo que ocurrió bien puede entenderse como una catarsis inevitable después del gobierno del proceso y de la guerra de Malvinas, una metabolización de los temas pendientes que no han tenido una canalización correcta”. *Clarín*, 21/11/1988.

Fruto de esas acciones de Caridi para impedir que los carapintadas llegaran a la cúpula militar, Seineldín se enfrentaba a un casi seguro pase a retiro. El líder espiritual de los carapintadas había sido, en realidad, declarado apto para el grado de general, como aspiraba, pero ocupando el puesto 23 para cubrir únicamente diez vacantes¹⁹⁹⁶. Ante esta situación, la intención de Caridi era dejar a Seineldín en situación de disponibilidad, lo que colocaba a éste en la puerta de salida del servicio activo, además de remover a todos sus allegados de las unidades que controlaban.

El ascenso de Seineldín al grado de general no era sólo una cuestión personal ni profesional, sino que tenía importantes implicaciones políticas, pues suponía la presencia de un carapintada en el alto escalafón militar. Teniendo en cuenta que una de las debilidades de los amotinados en los levantamientos anteriores se encontraba precisamente en no contar con los recursos que un general podía ofrecer, se entiende la preocupación tanto por parte de Caridi como del gobierno.

El freno a las aspiraciones de Seineldín sería el detonante del tercer planteo carapintada, que tendría su foco principal en el batallón de Villa Martelli, cercano a la Capital Federal, en diciembre de 1988. Este tercer episodio sería con gran diferencia el más sangriento hasta ese momento, incluyendo el copamiento de la Escuela de Infantería de Campo de Mayo y el lanzamiento de obuses como respuesta, concluyendo con un saldo de varios muertos y más de 40 heridos. Como señala Donadio, esta fiereza en el combate se debía, entre otras razones, a la propia debilidad de los carapintadas, quienes viendo que estaban perdiendo la batalla legal ante el Ejército oficial pensaban que nada tenían que perder en el alzamiento¹⁹⁹⁷. También tuvo mucho que ver en ello la propia personalidad de Seineldín, mucho menos sutil y predecible que la de Rico. Si éste siempre hizo hincapié en la propaganda y en comunicar a la sociedad los objetivos de sus alzamientos, Seineldín puso todo el acento en el aspecto militar, cerrándose a la ciudadanía y limitando aún más sus potenciales apoyos.

¹⁹⁹⁶ *Página/12*, 3/12/1988. Sobre esta cuestión, no deja de ser interesante conocer que Saadi, desde el Senado, apoyó en 1985 el ascenso de Seineldín.

¹⁹⁹⁷ Donadio, *op.cit.*. Como en los anteriores levantamientos, pese a esa violencia, Seineldín insistió en que “esto no intenta ser un golpe de Estado, sino que se lucha por restaurar el honor militar en el Ejército y revisar los juicios que castigan a los justos y promueven a los culpables”. *Página/12*, 3/12/1988. Las aspiraciones de este tercer levantamiento pasaban por un cambio en la conducción del Ejército, sustituyendo a Caridi por una figura más afín a sus intereses, como podía ser el general Isidro Cáceres, y detener nuevas citaciones por la causa de derechos humanos.

La resolución del conflicto de Villa Martelli resultó abrupta y confusa e implicó un pacto nunca reconocido oficialmente entre ambas partes del Ejército en el que, según la versión carapintada, se prometía la promulgación de una amnistía general para lo ocurrido durante el *Proceso* y los levantamientos posteriores¹⁹⁹⁸. Pese a la sensación de haberse llegado a un nuevo empate, el saldo final dejaba a los carapintadas un regusto amargo. Aparte de un acuerdo que no era reconocido por una de las partes, los rebeldes veían cómo su nuevo líder Seineldín era, obviamente, procesado. Además, si, como contrapartida, Caridi fue pasado a retiro¹⁹⁹⁹, su sustituto, el general Gassino, mantenía posiciones muy similares y, de hecho, había sido el encargado de la represión del levantamiento.

A pesar de este desenlace y a pesar de que el presidente Alfonsín reiterara que “no se aceptó ninguna condición”²⁰⁰⁰, el justicialismo, en una nueva vuelta a su grado de crítica, quedó claramente insatisfecho con la información con la que contó sobre lo sucedido y continuó exigiendo mayores explicaciones al gobierno. Rubén Cardozo se encargó de lanzar esas sospechas al declarar que: “el domingo, este señor [Seineldín] se rendía sin ninguna condición, es muy difícil que la gente crea que no hay nada atrás, si nosotros mismos no lo creemos”²⁰⁰¹, mientras que Duhalde denunciaba que “basta leer los diarios para ver que mientras pasan algunas cosas, el gobierno dice otras”²⁰⁰². Dando un paso más allá, para los peronistas el gobierno no sólo no se había mostrado inflexible, sino que había realizado importantes concesiones secretas para facilitar la paz, como sostenía Menem, para quien el Ejecutivo “pactó con el coronel Seineldín y

¹⁹⁹⁸ Aunque desde la oficialidad del Ejército siempre se desmentiría la existencia de un pacto, Seineldín reflejaría en un documento que el mismo contenía elementos como la “restauración del honor militar”, la “recuperación de la dignidad del Ejército Argentino” y “la solución definitiva de todos los levantamientos anteriores”. Chumbita, *op.cit.*, p.233. Caridi no participó presencialmente en estas negociaciones, que se dieron con seguridad, pese a que los resultados concretos no se hicieron públicos. Sería el general Cáceres, figura en ese momento con vinculaciones con ambos sectores, quien llevaría el principal peso del diálogo. *Clarín*, 8/12/1988.

¹⁹⁹⁹ La destitución de Caridi tomó a casi todos los protagonistas por sorpresa, ya que se había convertido en una figura casi simbólica y su caída podía interpretarse como una concesión a los rebeldes. *Clarín*, 11/12/1988. Poco antes de pasar a retiro, Caridi advirtió de que podrían producirse nuevos levantamientos y señaló que eran “las consecuencias de la “guerra” contra la subversión, donde hay temas no resueltos, lo que debe hacerse en el más breve plazo y favorablemente”. *El Litoral*, 17/12/1988. El peronista Toma señalaría que sus palabras “son más propias de mediados de la década de los 70 que de hoy”. *El Litoral*, 18/12/1988. Gassino se mantuvo siempre en el campo leal y nunca se apartó del círculo de Caridi. Anteriormente se desempeñó como jefe de Instituto Militares.

²⁰⁰⁰ *El Litoral*, 6/12/1988.

²⁰⁰¹ *El Litoral*, 10/12/1988.

²⁰⁰² *Clarín*, 9/12/1988.

concedió todos los puntos planteados por él”²⁰⁰³. Su hermano Eduardo llegaría incluso a concretar algunos de los ángulos de ese acuerdo: “hubo acuerdo o pacto y no sólo coincidencias”, “porque después de los sucesos, tenemos la confirmación de que una de las reivindicaciones, al menos, de las Fuerzas Armadas está en marcha: el aumento salarial (...) que era del 8 % y ahora se elevó al 20 %”²⁰⁰⁴.

Más allá de esta fuerte oposición a la actuación del gobierno, en esta ocasión, como nunca antes, se haría visible en el justicialismo la división, en sus apreciaciones y modos de actuar, entre menemistas y renovadores²⁰⁰⁵.

En Monte Caseros, los sectores menemistas, que controlaban oficiosamente el partido, defendieron la postura de mantener un perfil bajo y no aparecer demasiado próximos a un Ejecutivo que cada vez era percibido como más desgastado. En los primeros días de la crisis, el riojano anunció que sólo viajaría a Buenos Aires si la situación se agravaba realmente, mientras que sus asesores le sugerían que continuara con su agenda programada: “le aconsejamos a Carlos Menem que cumpla con sus compromisos en Misiones, como lo tenía previsto y que sólo viaje a Buenos Aires en caso de agravamiento del conflicto”²⁰⁰⁶. La consigna, por tanto, para los menemistas, pasaba por no “hacerle el juego al oficialismo” y eran reticentes a sumarse a la convocatoria de movilización del gobierno, al sospechar que éste no estaba compartiendo toda la información que poseía²⁰⁰⁷. Los cafieristas, por el contrario, pese a criticar también “la falta de información en la que nos mantiene el gobierno”²⁰⁰⁸ y pese a su situación de debilidad real dentro del partido, exigían un rol más activo y solidario por parte del peronismo. Como afirmaba Cafiero: “si Alfonsín convoca, el justicialismo va a apoyar porque no queremos hacer ninguna especulación con un tema al que repudiamos, como es el de la amnistía”²⁰⁰⁹.

²⁰⁰³ *El Litoral*, 4/1/1989.

²⁰⁰⁴ *Clarín*, 14/12/1988.

²⁰⁰⁵ Recordemos que a esta altura habían pasado unos cinco meses de las famosas internas presidenciales y por ese entonces Menem ya preparaba su campaña para 1989.

²⁰⁰⁶ *Página/12*, 4/12/1988.

²⁰⁰⁷ *Clarín*, 5/12/1988.

²⁰⁰⁸ *Página/12*, 4/12/1988.

²⁰⁰⁹ *Clarín*, 5/12/1988. Continuando con las diferencias, Cafiero se mostró mucho más inflexible que Menem a la hora de dialogar con los carapintadas. “Los carapintadas nos mandaron un montón de mensajes, hace 15 días que quieren hablar, pero no hubo caso, al menos desde el 6 de septiembre, toda nuestra relación con los militares es institucional”. *Página/12*, 17/1/1988.

Por supuesto, la cuestión generó un fuerte debate interno en el partido, en el que los menemistas recordaron a sus compañeros las nefastas consecuencias políticas de un apoyo irrestricto a las posiciones del gobierno²⁰¹⁰. Pero, tratándose de una tema tan delicado, las divisiones resultaban más complejas que la que separaba a renovadores y menemistas. Eduardo Menem y Duhalde, por ejemplo, defendían posiciones mucho más cooperativas, que les acercaban al caferismo, mientras que, aunque minoritarias y aisladas, existían también dentro del partido muestras de apoyo a los carapintadas²⁰¹¹.

Más allá de estas expresiones de crítica o apoyo, como había ocurrido en los anteriores levantamientos, la propuesta del justicialismo resultaba vaga, cuando no confusa. De nuevo, la línea principal giró en torno a las responsabilidades del gobierno. Desde el todavía caferista Consejo Nacional se destacaría: “no hubo política castrense que al mismo tiempo que juzgaba al pasado se pusiera a reconstituir con dignidad el presente y el futuro de las Fuerzas Armadas”²⁰¹². El discurso partidario, incluso desde la vertiente renovadora, solía dejar a un lado las críticas directas a los militares y, en varias ocasiones, resultaba demasiado condescendiente con el rol que les cabía a las Fuerzas Armadas dentro del sistema político. Macaya afirmaría, por ejemplo, que “el destino que queremos es la defensa del territorio ocupado por Gran Bretaña”²⁰¹³, recogiendo el tópico nacionalista de Malvinas; mientras que Manzano, por su parte, explicaría que “nosotros decimos que paralelamente al juzgamiento de los hechos del pasado, que no se debe detener, tiene que haber una activa política de incorporación de las Fuerzas Armadas”²⁰¹⁴.

Fruto de todas esas dudas y sospechas, la única acción política que protagonizará el justicialismo consistirá en el pedido de interpelación parlamentaria del ministro de Defensa Jaunarena²⁰¹⁵, durante la que volverían a criticar la ausencia de una política de

²⁰¹⁰ La discusión sobre cómo actuar ante la nueva crisis militar también dividió al sindicalismo justicialista. *Página/12*, 11/12/1988. Lorenzo Miguel mantuvo una posición pasiva y en silencio, mientras que los 25, más cercanos a los renovadores, defendían la necesidad de una movilización y de expresar un apoyo masivo. Los ubaldinistas trataron de permanecer neutrales en un primer momento, pero finalmente decidieron apostar por un paro general que no se concretaría.

²⁰¹¹ Éstas estaban encarnadas en Liliana de Gurdulich, amiga personal de Seineldín, y Miguel Ángel Alterach, exoficial. *Página/12*, 6/12/1988.

²⁰¹² *Página/12*, 21/12/1988.

²⁰¹³ *Clarín*, 10/12/1988.

²⁰¹⁴ *Clarín*, 8/1/1989.

²⁰¹⁵ *Página/12*, 6/12/1988.

defensa efectiva como causa principal de los levantamientos y a refrendar su oposición a la amnistía²⁰¹⁶.

En esencia, la posición del justicialismo durante los sucesos de Villa Martelli se resumió en la consigna de “no tratar de resolver cuestiones de las cuales el único responsable es el oficialismo, que no escuchó nuestras advertencias”²⁰¹⁷. Esta postura no sólo tenía en cuenta el cálculo electoral del desgaste que suponía inmiscuirse en el problema, sino que atendía a la apuesta que realizaban algunos analistas militares del peronismo sobre un desenlace que pudiera derivar en una cúpula del Ejército menos hostil con el peronismo, dada la sintonía de los carapintadas con este movimiento.

De hecho, los guiños entre Menem y Seineldín fueron recíprocos durante la tercera crisis carapintada. El militar afirmaría del riojano que “es el único político nacional con el que se puede hablar”²⁰¹⁸, mientras que en la otra dirección, Menem describiría a Seineldín como “un hombre valiente”²⁰¹⁹. De hacer caso al mayor Abete, hombre cercano a Seineldín, en la primera mitad de 1989, hasta la celebración de las elecciones, los contactos entre el candidato presidencial y el líder carapintada fueron frecuentes, directa o indirectamente: “el doctor Menem, a través del doctor César Arias (su representante) mantenía fluidos contactos con el coronel Seineldín y éste comprometía su apoyo en función de las promesas formuladas por el doctor Menem, en el sentido de que si era elegido llevaría adelante un proyecto político para el cual necesitaría de él y del Ejército Nacional”²⁰²⁰.

Si bien es cierto que podría haber en algunos puntos cierta sintonía entre ambas figuras (a fin de cuentas, el ideario del coronel hundía sus raíces en una suerte de peronismo autoritario) en esta ocasión, Menem trataba, como siempre, de maximizar su número de apoyos jugando con una deliberada ambigüedad. En ese sentido, sus coqueteos con el sector carapintada le servían para lanzar una señal de aviso al resto del

²⁰¹⁶ Más allá de la representación de la protesta y de las dudas, la interpelación del ministro no tuvo mucha utilidad práctica. Los senadores peronistas saldrían de la reunión con Jaunarena afirmando “no nos aportó nada que no esté en los diarios, pero no porque lo esconda, sino porque no lo sabe”. *Página/12*, 8/12/1988.

²⁰¹⁷ *Página/12*, 31/12/1988.

²⁰¹⁸ *Página/12*, 5/12/1988.

²⁰¹⁹ *El Litoral*, 4/1/1989.

²⁰²⁰ Abete, Hugo: *Por qué rebelde: la verdad sobre el 3 de diciembre de 1990*. Buenos Aires: Huemul, 1996, p.32. De acuerdo con esta fuente, Seineldín afirmaba que su relación con Menem llevaba extendiéndose desde dos años antes. Abete, *op.cit.*, p.38.

Ejército, además de para ganarse a un sector que, aunque minoritario, podía desestabilizar los primeros compases de su gobierno. En ese sentido, los carapintadas podían ser también utilizados como un reaseguro en caso de que el resultado de las elecciones fuera parejo y el radicalismo tratara de aliarse con otros partidos para conseguir la presidencia: “ellos difundieron que defenderían con las armas el triunfo de Menem en las urnas y que no respetarán el mecanismo constitucional del Colegio Electoral”²⁰²¹. Pero, como muestra de su calculada ambivalencia, Menem también se reunió con Gassino a fines de marzo, para calmar el malestar de muchos oficiales que temían que Seineldín pudiera llegar a ser el nuevo jefe del Ejército si el riojano se hacía con la victoria, como muchos presumían²⁰²².

Pese a que los carapintadas confiaban en un primer momento en Menem y creían sinceramente que con el nuevo presidente encabezarían el prometido Ejército Nacional, la relación empezó a enfriarse en ambas direcciones poco antes de la asunción del riojano. Según algunas fuentes, todavía en julio de 1989 se llegó a un acuerdo entre Seineldín y Cáceres, virtual jefe del Ejército, con Humberto Romero, secretario de Defensa, como mediador. En él, a cambio del retiro de los coroneles carapintadas, éstos pasarían a ejercer como asesores²⁰²³ o incluso directores de una suerte de comando de “despliegue rápido”²⁰²⁴. Sin embargo, tras el viaje del presidente a EEUU en septiembre de 1989²⁰²⁵ y el decreto del primer indulto, del que se beneficiaron precisamente tanto Rico como Seineldín²⁰²⁶, la relación de Menem con los carapintadas cambió definitivamente.

²⁰²¹ Morales Solá, *op.cit.*, 171.

²⁰²² El rumor que colocaba a Seineldín a la cabeza del Arma estaba bastante extendido y tuvo que ser desmentido por Toma, que lo calificó como “inventos de la usina golpista”. *El Litoral*, 26/3/1989. Menem descartaría también esa posibilidad, pero se mostró críptico con su candidato preferido dentro de esa estrategia de ambigüedad: “es una respuesta muy difícil de contestar”. *El Litoral*, 28/4/1989.

²⁰²³ *Página/12*, 9/7/1989.

²⁰²⁴ *Página/12*, 11/11/1989.

²⁰²⁵ EEUU presionaría para que Menem se alejara de un Seineldín con fuertes vínculos con Panamá y Noriega justo antes de la invasión que se preparaba. De hecho, Seineldín ostentaba también el cargo de coronel del ejército panameño.

²⁰²⁶ Luder justificaría los indultos para los carapintadas argumentando que: “si el justicialismo quiere cambiar las sanciones a quienes se sublevaron en Monte Caseros, Villa Martelli y Semana Santa tiene el derecho de intentarlo, porque es el nuevo gobierno”. *Página/12*, 17/10/1989. En los considerandos del decreto 1004 por el que se indultó a Seineldín y Rico, se recordaron las palabras de Alfonsín calificándolos como héroes de Malvinas, además de puntualizar que los carapintadas no buscaban encabezar un golpe de estado. *Página/12*, 8/10/1989.

Un mes después de la reunión entre Menem y Seineldín en la residencia de Olivos, que podría marcar el pico de reconocimiento oficial al carapintadismo, y sólo poco después de los primeros decretos de indulto, tanto el coronel como varios de sus más importantes compañeros fueron pasados a retiro. El simbolismo de la medida parecía evidente: al igual que con los criminales del *Proceso*, el presidente peronista ofrecía el perdón a los carapintadas a cambio de dar un paso al costado y prometer el cese de los levantamientos.

Ante esa tesitura, a los carapintadas sólo les quedaban dos opciones. Por una parte, podían acatar su alejamiento definitivo de las filas del Ejército y reencauzar su movimiento hacia el área política, como de hecho hicieron Rico y su círculo más cercano, quienes, cada vez más alejados de Seineldín, llegarían a formar un partido político, el MODIN²⁰²⁷. O podían, por el contrario, lanzarse a tumba abierta por la vía militar, con la esperanza de derrotar en ese terreno al ejército oficial y cumplir su sueño de encabezar un ejército nacional. Ésa sería la opción escogida por Seineldín.

Aunque hemos establecido en diciembre de 1989 la fecha de no retorno para la relación entre el presidente y el cabecilla carapintada, lo cierto es que ésta venía deteriorándose por una suma de roces²⁰²⁸. Poco antes de la asunción de Menem, en junio de 1989, Seineldín había elevado la tensión enviando una carta al director general de Apoyos del Ejército, el general Pablo Skalany, en la que anunciaba que “en el día de la fecha dejo sin efecto el acuerdo de Villa Martelli, fundamento esta lamentable resolución en el que el mismo no fue reconocido ni cumplido por parte del Estado

²⁰²⁷ Como explicaba el teniente Luis Nicolás Polo: “hemos tomado conciencia de que todo se arregla desde la política. Desde entonces comenzamos a reunirnos, a escribir y surgió la idea de formar un partido político”. Lacoste, Pablo *et al.*: *Militares y política 1983-1991 (Rico, Bussi, Ruiz Palacios, Ulloa, Mittelbach y el CEMIDA)*. Buenos Aires: CEAL, 1993. El MODIN obtendría medio millón de votos en la provincia de Buenos Aires. Dentro de su ideario se conjugaba un discurso nacionalista, antipolítico, anticomunista y antiliberal, ligeramente asimilable al de Falange.

²⁰²⁸ La gestión del problema carapintada sería también la raíz de la primera crisis en el gobierno menemista, protagonizada por la tensión entre el ministro de Defensa, Italo Luder, y su secretario Humberto Romero, quien había sido designado directamente por el propio Menem. En realidad, las diferencias entre ellos no eran notables: ambos defendían los indultos y la idea de que las Fuerzas Armadas debían reinsertarse en la sociedad, pero al contrario de Luder, mucho más crítico al respecto, Romero siempre había mostrado una comprensión mayor con los rebeldes y había gestionado un diálogo más que fluido tanto con Rico como con Seineldín. Así, mientras que Luder estaba de acuerdo con el pase a retiro de varios carapintadas que proponía Cáceres, Romero abogaba por medidas más leves y la firma de algún tipo de acuerdo entre ambas partes del Ejército. La puja entre ambas posiciones se haría insostenible, alimentada además por cuestiones personales, y Romero abandonaría su puesto apenas 38 días después de la formación del gobierno. *Clarín*, 16/8/1989.

Mayor General del Ejército”²⁰²⁹. Con ello, implícitamente, quedaba con las manos libres para preparar un nuevo levantamiento. No sería el único gesto de autoridad de un Seineldín que acumularía tres arrestos de 1990. En noviembre de 1989 organizaría un entrenamiento en el parque de Palermo en la Capital en el que reuniría a un centenar de compañeros²⁰³⁰.

Habría que preguntarse por qué los carapintadas de Seineldín siguieron insistiendo en una vía que parecía condenada al fracaso. No hay que olvidar que la inactividad suponía la muerte a medio plazo para el proyecto del carapintadismo. Si la bandera del indulto era asumida tanto por la oficialidad como por el propio gobierno, los potenciales futuros apoyos a los rebeldes se irían erosionando inexorablemente. Dentro de un Ejército politizado, pero adverso al apoyo de cualquier partido, la relación de Seineldín con Menem también empujaba a una mayor desafección hacia las tesis carapintadas. Para un grupo que sólo buscara el perdón, ése sería un problema menor; para quienes buscaban un nuevo modelo de Ejército, era una sentencia de desaparición. En esa búsqueda, la política de corte neoliberal empleada por Menem parecía un obstáculo cada vez mayor para la concreción de su modelo de sociedad ideal y, consecuentemente, era necesario dar una respuesta contundente.

Por otra parte, pese a que los indultos habían supuesto una gran ventaja, su principal problema desde la óptica carapintada era que éstos no frenaban las sanciones y barreras administrativas al interior del Ejército. Al respecto, Abete lamentaría que: “Los carapintadas apoyamos al general Cáceres hasta que él nos dio la espalda negando la existencia del Pacto de Villa Martelli y ejecutando una política de persecución hacia el sector liderado por el coronel Seineldín (...). A partir de entonces comprendimos que no debíamos descartar un nuevo pronunciamiento y comenzamos a esbozar el plan de operaciones”²⁰³¹. Así, bajo el mar de fondo de verse políticamente postergados y el objetivo final de formar un nuevo Ejército, las reiteradas faltas sobre Seineldín serían la chispa que encendería el cuarto y definitivo levantamiento carapintada, el 3 de diciembre de 1990²⁰³².

²⁰²⁹ *Clarín*, 21/6/1989.

²⁰³⁰ *Clarín*, 11/11/1989.

²⁰³¹ Abete, *op.cit.*, p.151.

²⁰³² Cáceres, el nuevo jefe del Ejército, era en un principio un militar no sólo aceptable, sino querido por los carapintadas, que veían en él a una figura cercana a su modo de entender la institución. La relación, sin

Este nuevo alzamiento sería el más corto y a la vez, el más violento, con un saldo de 16 militares y cinco civiles muertos. Fueron precisamente el desapego que produjeron las muertes alevosas cometidas por los rebeldes²⁰³³ y, sobre todo, contar con la garantía de los indultos lo que haría que, por primera vez, la represión del ejército oficial se realizara sin demoras ni contemplaciones, lejos de las ambigüedades que se vieron en Villa Martelli o Monte Caseros. La respuesta expeditiva que se dio a esta nueva amenaza también tuvo que ver con la actitud de un Menem que, a diferencia de Alfonsín, nunca trató de negociar y ordenó una represión ejemplar y sin concesiones.

Para explicar ese comportamiento, se debe entender que Menem se pudo sentir traicionado por unos militares a los que había concedido un indulto en el que se había jugado su prestigio personal. La rebeldía de Seineldín era una amenaza al principio de perdón a cambio de paz que había sustentado el decreto de indulto. Tal y como había hecho el gobierno de Alfonsín con la Obediencia Debida, Eduardo Menem trataría de recordar que de no haberse firmado los indultos: “se hubieran levantado lo mismo o peor, con la contra de que si no hubieran sido indultados habrían tenido mucho más argumento del que tienen ahora”²⁰³⁴. Sin embargo, de alguna manera, este nuevo alzamiento había supuesto un contratiempo para la consistencia del discurso menemista.

No obstante, la imagen de un Menem encolerizado pidiendo la condena a muerte para Seineldín tenía asimismo mucho de pose. El presidente presionaría para que todos sus aliados catalogaran el levantamiento como “motín”, ya que el Código Militar condenaba con pena de muerte o reclusión perpetua a sus cabecillas siempre que hubiera derramamiento de sangre, como era el caso²⁰³⁵. Menem era plenamente consciente de que la pena capital nunca se llevaría a cabo, ya que la justicia civil, que no la contemplaba, siempre actuaba como última instancia; pero el presidente sabía que con ese gesto ofrecía una imagen de competencia ejecutiva y decisión que podía generar muchos réditos electorales. A fin de cuentas, mientras que en levantamientos anteriores

embargo, pronto se hizo más distante y Cáceres no dudaría en sancionar a Seineldín en varias ocasiones. El líder carapintado pasaría, por ejemplo, diez días de arresto por sus declaraciones criticando la invasión estadounidense de Panamá. *Página/12*, 25/1/1990.

²⁰³³ Hasta el propio Rico criticaría la actuación de Seineldín: “es un hijo de puta y ojalá que lo fusilen. Porque si no lo fusilan lo voy a matar yo en algún momento. Es peor que Caridi”. *Página/12*, 8/12/1990.

²⁰³⁴ *Página/12*, 5/12/1990.

²⁰³⁵ *Página/12*, 5/12/1990.

la figura de Alfonsín quedaba opacada frente a otras, como la de Caridi, en esta ocasión Menem salió reforzado como el verdadero protagonista de la situación.

Sólo unos días más tarde de este desenlace, Menem anunciaría la firma de una segunda ronda de indultos, que en esta ocasión incluiría a los comandantes de las Juntas condenados, a la vez que subrayaba que no habría perdón para los carapintadas alzados²⁰³⁶. En esta ocasión, el relato caló definitivamente entre las filas castrenses que nunca volvieron a cuestionar al presidente ni a suponer una amenaza para las instituciones. También fue interiorizado dentro del propio partido. Salvo alguna crítica aislada, ningún peronista se alejó del discurso de dureza empleado por el presidente, ni trató de rivalizar con él en su protagonismo.

El justicialismo se mantuvo, pues, dentro un papel ambiguo y ambivalente durante toda esta saga de levantamientos hasta llegar a esa conclusión amarga por la que debió sacrificar gran parte de su capital ético a cambio de tranquilidad en los cuarteles con la firma de los indultos. Como subrayaremos en las conclusiones de este capítulo, la posición de apoyo protagonizada por Cafiero y los renovadores durante la crisis de Semana Santa resultó muy beneficiosa para espantar cualquier atisbo de amenaza al sistema democrático, además de suponer un corte frente a la posición de los partidos de la oposición en planteos y golpes anteriores. Como señaló el propio Cafiero: “Los hechos de Semana Santa, más allá de alguna claudicación en la que incurrió el partido gobernante, sirvieron para exhibir el grado de cohesión popular que suscita la defensa de la Constitución y la clara decisión de un pueblo que quiere urdir la trama de su propio destino”²⁰³⁷. Sin embargo, la actitud desapegada en los siguientes levantamientos de Monte Caseros y Villa Martelli, en los que se buscaba sobre todo el desgaste del gobierno con una lógica casi estrictamente electoral, se debe anotar en el debe del peronismo, que siempre inclinó la balanza de la culpa sobre el Ejecutivo y casi nunca sobre el propio Ejército. La ambigua relación de Menem con Seineldín y con el fenómeno carapintada en general tampoco muestra uno de los puntos positivos del peronismo en esta cuestión. Si bien ésta pareció tener un carácter eminentemente instrumental, su propia naturaleza y las confusiones que acarreó demuestran un estilo personalista del riojano, poco cuidadoso con el respeto a las instituciones. El

²⁰³⁶ Finalmente, la Cámara Federal condenó a Seineldín a cadena perpetua. El resto de su círculo cercano tendría penas entre 20 y dos años de prisión. Abete, *op.cit.*, p.353.

²⁰³⁷ *Clarín*, 2/1/1988.

justicialismo, como no podría ser de otra manera, expresó en sus diferentes actitudes ante estas crisis sus distintas divisiones internas: más comprometida, por lo general, en el caso de los renovadores, y menos preocupada por las cuestiones éticas y por el tratamiento del pasado en el caso del menemismo. Si, en líneas generales la división del justicialismo atravesaba por esa línea en la cuestión militar, deberíamos preguntarnos a continuación si la firma de los indultos supuso un fuerte debate al interior del partido o si las posiciones principistas que hemos visto adoptar a algunos renovadores en debates como el de la ley del Punto Final fueron ahora dejados a un lado en aras de la gobernabilidad.

8.5 Menem y los indultos

Resulta curioso y sintomático que fuera el peronismo el encargado de cerrar varios de los capítulos que fueron dejados con final abierto durante la transición argentina. Sería con Menem cuando el nuevo sistema económico esbozado a lo largo de la dictadura adquiriera verdadero vuelo propio y rompiera definitivamente con las ataduras del pasado. Sería también con el riojano cuando se diera una solución definitiva a la cuestión militar, aunque, como hemos visto, la respuesta de los indultos tuviera un alto coste ético a pagar y supusiera una medida alejada tanto de la línea de su predecesor, Alfonsín, como de la mayor parte del discurso peronista de los últimos años.

En realidad, durante la campaña de 1989, el candidato riojano nunca explicitó su posición sobre la cuestión militar y se mantuvo dentro de una calculada ambigüedad. Ya vimos en el apartado anterior que Menem coqueteó con los carapintadas durante los primeros meses de 1989 al mismo tiempo que trató de calmar las preocupaciones del sector oficial del Ejército. De igual manera, Menem trataría de hacer atractivo su proyecto de “pacificación nacional” sin concretar exactamente en qué consistía ésta²⁰³⁸.

Por supuesto, esta ambigüedad generaría reacciones entre los círculos renovadores. Chacho Álvarez criticaría que el discurso del candidato no era más que un andamiaje confuso para esconder su verdadera intención. “Él ha hablado de conciliación

²⁰³⁸ Toma diría que la pacificación “no tiene nada que ver con la amnistía”. *Página/12*, 25/4/1989. Menem, por su parte, señalaría que “desde el poder Ejecutivo no vamos a impulsar una amnistía”. *Clarín*, 15/4/1989.

nacional, de saldar el pasado, la figura jurídica que se corresponde con la conciliación es la amnistía²⁰³⁹. Pero con la máquina de la campaña engrasada y con los restos de los renovadores cada vez más marginados, fueron muy pocas las voces que desde el interior del partido criticaron el discurso poco concreto del candidato.

No quedaba ninguna duda de que Menem y su equipo buscaban, de alguna forma, poner un punto final al cuestionamiento sobre el pasado y sobre la actuación de los militares durante la dictadura. Alfonsín, como sabemos, también había tratado de frenar esa revisión, pero ahora se pretendía conseguirlo de una forma totalmente diferente al anterior presidente, a quien criticaban de hacer aún más compleja la solución del problema: “tras las leyes del punto final y obediencia debida ha quedado peor que antes”, puesto que, injustamente, desde el punto de vista peronista, “en situaciones iguales, algunos militares quedaron detenidos o sometidos a proceso mientras que otros salieron en libertad”²⁰⁴⁰.

Lo único que por ese entonces se sabía es que la solución menemista sería “definitiva e integral de modo de tranquilizar al país y comenzar a crecer como corresponde”²⁰⁴¹. Sin embargo, sobre la forma concreta se especulaba con que podía ser la de un recurso *per saltum*²⁰⁴², que haría que todas las causas pasaran directamente a la Corte Suprema, la de un indulto, la de una amnistía o incluso la de un referéndum sobre la cuestión, similar al que se celebró en Uruguay.

El final estaba tan abierto que, salvo Menem, ninguno de los protagonistas conocía con certeza cuál iba a ser el camino a seguir. De hecho, en medio de todas esas especulaciones, tras las elecciones, Alfonsín y Menem se reunirán para tratar la cuestión de indultar a los 18 militares todavía con causas abiertas por derechos humanos. El radical llegaría incluso a ofrecer la firma de esa medida antes de su marcha de la Casa Rosada a cambio de contar con el apoyo explícito del presidente electo²⁰⁴³. No obstante, Menem rechazaría la oferta, pese a que pudiera estar de acuerdo con el indulto, principalmente por una cuestión de oportunidad y tiempo político. Como explicaba

²⁰³⁹ *El Periodista*, 184, 18/3/1989.

²⁰⁴⁰ *Clarín*, 5/5/1989.

²⁰⁴¹ *Página/12*, 2/7/1989.

²⁰⁴² José Dromi, uno de los asesores militares de Menem, sería uno de los principales impulsores de esta solución, argumentando que “no puede ser juicios “in aeternum”. Creo que la Corte debe abreviar las escalas procesales”. *El Litoral*, 24/4/1989.

²⁰⁴³ *Página/12*, 4/6/1989.

Duhalde: “una amnistía ahora sería un grave error. Un mal comienzo de un gobierno o un mal final de éste”²⁰⁴⁴. En esa línea, la ambigüedad voluntaria del candidato peronista buscaba, por supuesto, la más alta rentabilidad electoral. Sabedor de que perdonar a los militares era un movimiento impopular, nunca explicitó exactamente en qué consistía su “pacificación”, pese a que cualquier observador atento podía intuir hacia dónde se dirigía. Al mismo tiempo, su vaga promesa de perdón podía calmar a un Ejército oficial que quizás se encontraba intranquilo ante un candidato que parecía tan alejado de su visión del mundo.

Pese a todo ese misterio, una vez producido el traspaso del poder y con el nuevo gobierno comenzando a consolidarse, el nuevo presidente empezaría a despejar el camino para la firma de un indulto que terminara por fin con el problema militar. Pensando en cómo introducir la cuestión, a Menem esta opción no sólo le parecía la más adecuada para sofocar la tensión que todavía se daba en los cuarteles, sino que creía que sus circunstancias personales harían más asumible la firma de la medida por parte de la sociedad. Su condición de víctima de la dictadura (“sufrí cárcel, persecución y tortura. Sin embargo, me puse al frente de mi pueblo sin odios ni rencores”²⁰⁴⁵), además de su ideología y condición de descendiente de inmigrantes (“mi origen semítico, mi estructura ideológica, mis convicciones, me permiten hacerlo”²⁰⁴⁶) daban una pátina de legitimidad a la acción y cerraban el relato del indulto como un acto de perdón por parte de las víctimas.

Sin embargo, pese a que a esa altura parecía existir consenso dentro del peronismo sobre que la solución pasaba por el indulto, todavía quedaba abierta a la discusión una gran cantidad de cuestiones sobre su concreción. Había que dar respuesta, por ejemplo, a qué alcance tendría la medida, si incluiría a los ya condenados o se limitaría a los nuevos procesados. Asimismo, la posibilidad de que el indulto incluyera a guerrilleros como Firmenich generaba resquemores entre los uniformados que, todavía aferrados a su relato de la lucha contra la subversión, no parecían querer quedar equiparados simbólicamente con su enemigo en el perdón. Se debía discutir, por otra parte, qué argumentos jurídicos se utilizarían para defender la medida, cuál era el mejor

²⁰⁴⁴ *Página/12*, 6/5/1989.

²⁰⁴⁵ *Clarín*, 24/8/1989.

²⁰⁴⁶ *Página/12*, 20/8/1989.

momento para lanzarla y si conllevaría algún tipo de contraprestación por parte de los beneficiarios.

Otro de los grandes debates giró en torno a si los perdones debían ser decretados en una sola tanda o si era más conveniente hacerlo en dos tiempos. Tanto Menem como su ministro de Interior Eduardo Bauzá defendían la firma de un indulto general, con el que todo el coste político fuera pagado en una única ocasión. Otros peronistas opinaban que era mejor gestionar la cuestión en dos pasos, dejando para otro momento el perdón de los ya condenados, no tan urgentes políticamente y, posiblemente, con un coste mayor en cuestión de legitimidad.

Todas estas cuestiones abrieron, obviamente, una gran discusión dentro del peronismo. En agosto, por ejemplo, se reuniría el Consejo Nacional, todavía en manos de cafieristas, pero con una influencia cada vez más menguante, para tratar la cuestión. Pese a que los renovadores habían abominado de la solución del indulto anteriormente, ahora apenas tenían espacio para criticar las medidas propuestas y, por lo general, convalidaron la medida²⁰⁴⁷, si bien en esa ocasión prefirieron no hacer público su apoyo en aras de no crear nuevas polémicas²⁰⁴⁸. La institución lanzaría más tarde un documento defendiendo el indulto y criticando el tratamiento de la UCR sobre la cuestión militar, en el que afirmaba que la medida “deja de lado la hipocresía puesta de manifiesto por quienes, incapaces de aplicar una política de reconciliación nacional y de reforma de la doctrina y de las instituciones militares, acudieron a la obediencia debida y al punto final”²⁰⁴⁹. Como contrapartida, en un intento por darle un barniz de búsqueda de reconciliación, subrayarían que el perdón debía “corresponderse con el arrepentimiento de quienes habrán de ser sus beneficiarios”²⁰⁵⁰.

De esta manera, el indulto sólo encontraría una oposición absoluta en el llamado Movimiento Renovador Peronista o Grupo de los 8, el cual, de la mano de Juan Pablo Cafiero, Brunati, Darío Alessandro y Chacho Álvarez, participaría en la marcha de

²⁰⁴⁷ *Clarín*, 17/8/1989. Como expresaría Cafiero: “en principio diría que la mayoría de los consejeros se inclina por buscar una solución que implique un acto genuino de reconciliación nacional”. “Si se habla de una reconciliación nacional va a ser difícil poder excluir de ella a algún sector en particular”. *Clarín*, 16/8/1989.

²⁰⁴⁸ Este silencio no sentaría nada bien a un Menem que cada vez más plantearía un modelo de política basado en elecciones binarias. *Página/12*, 13/9/1989.

²⁰⁴⁹ *Clarín*, 13/9/1989.

²⁰⁵⁰ *Clarín*, 13/9/1989.

repudio a la firma que se celebraría a mediados de septiembre de 1989²⁰⁵¹. Su implicación en lo que fue la primera protesta pública contra Menem, aunque, como veremos, sólo expresaba a una reducida minoría dentro del partido, sería criticada incluso por el Consejo, con quien tenía vínculos ideológicos e incluso personales: “se sumaron al reclamo de una minoría interesada en revivir viejas premisas ideológicas”²⁰⁵².

Esta cuestión, aunque a primera vista anecdótica, refleja a la perfección el estado en que había quedado la Renovación tras el triunfo menemista. La mayoría de los renovadores, todavía bajo el ala de Cafiero, trataban de acoplarse a los nuevos tiempos, intentando matizar las medidas del nuevo presidente, pero sin presentar, ni mucho menos, una enmienda a la totalidad. Los participantes de la marcha, por el contrario, pertenecían a una minoría que intentó no arriar las banderas de lo que consideraban que era la Renovación y, ante la deriva que iría tomando el gobierno menemista, pronto optarían por buscar nuevas opciones fuera del partido.

Finalmente, el 7 de octubre de 1989, Menem sancionaría la primera tanda de indultos, por la que quedaron perdonados todos aquellos jefes militares que no pudieron acogerse a los beneficios de la Obediencia Debida y el Punto Final, a la Junta que protagonizó la guerra de Malvinas y todos los participantes de las rebeliones carapintadas.

Se tardaría más de un año hasta que el presidente lanzara una segunda ronda de indultos, que si bien venía tiempo preparándose, se firmó simbólicamente semanas después del último levantamiento carapintada. El 29 de diciembre de 1990 quedarían así perdonados los excomandantes condenados de 1985, junto con Ramón Camps, Ovidio Riccheri, Guillermo Suárez Mason y Martínez de Hoz²⁰⁵³. Aunque Menem se oponía en un principio a ese esquema de dos tiempos, se prefirió esta opción al considerarse que de esa manera la medida sería asimilada de manera más sencilla por la sociedad.

La idea de Menem era que este perdón supusiera el silencio y el arrepentimiento implícito de sus beneficiarios, algo que no se logró ya que tanto Videla como Viola

²⁰⁵¹ *Clarín*, 13/9/1989.

²⁰⁵² *Ibidem*.

²⁰⁵³ Martínez de Hoz, por supuesto, no era un militar, pero había sido acusado por su implicación en el secuestro de los empresarios Federico Gutheim y su hijo Miguel Ernesto.

continuarían reivindicando lo actuado²⁰⁵⁴. Pero al menos fue efectivo a la hora de conseguir su objetivo principal, que fue la subordinación de los militares a su figura. El precio a pagar dentro de su partido sería igualmente escaso: el segundo indulto provocó la salida de Juan Pablo Cafiero de su puesto del Consejo²⁰⁵⁵, pero más allá de eso, la oposición a la medida sería prácticamente inexistente. En la huida hacia adelante que estaba protagonizando Menem con el país, quien no apoyaba sus medidas, estaba en contra del progreso: los que se oponían al indulto “son los mismos que rechazan la reforma del Estado, los medios del atraso”²⁰⁵⁶.

8.6 Conclusiones

Resulta muy complejo sintetizar y valorar la actuación del peronismo en esos años en los que la cuestión militar adquirió tal importancia que de su resolución pendió buena parte de las esperanzas de supervivencia del régimen democrático. Se corre aquí la tentación de presentar al partido como una realidad estática entre los polos que supusieron la campaña de 1983 y la firma de los indultos durante el gobierno de Menem, creando la imagen de que en esos seis años el justicialismo no hubiera evolucionado en su posición. La presencia de un mismo protagonista, Ítalo Luder, en ambos extremos temporales, primero como timorato candidato a la presidencia en la cuestión de la autoamnistía y después como ministro de Defensa e impulsor de los indultos, ayuda a fomentar esa sensación de inmovilismo. La insistencia de un Saadi presidente del partido a la hora de pedir una amnistía general -pese a que durante los primeros meses en democracia encabezara las posiciones más duras contra los militares- también colabora a la hora de presentar un hilo conductor continuista.

Si bien es cierto que, desde la distancia, ésa es la interpretación general con la que se puede etiquetar la actuación del peronismo, no significa que durante este periodo no se diera en el interior del partido un gran debate interno sobre la cuestión. Ya hemos

²⁰⁵⁴ Ambos estaban convencidos de que “las Fuerzas Armadas en su lucha contra la subversión fueron factores sustantivos para la reinstalación de esta democracia que estamos viviendo”. *Página/12*, 4/1/1991. Para Menem, ninguno de los dos “tienen el peso político como parar reabrir heridas”. *Página/12*, 5/1/1991.

²⁰⁵⁵ “Como este Consejo Nacional avala y aplaude todo lo que hace el presidente de la Nación, renuncio a mi cargo de consejero nacional para repudiar el indulto y para no sentir más vergüenza”. *Página/12*, 28/12/1990.

²⁰⁵⁶ *Página/12*, 6/1/1991.

comentado anteriormente las diferencias que en el tratamiento de las crisis carapintada existieron entre cafieristas -mucho más preocupados por ofrecer una imagen de unidad democrática junto con el gobierno- y los menemistas, más enfocados en sacar un rédito electoral de los problemas del radicalismo, especialmente durante el levantamiento de Villa Martelli de diciembre de 1988. La llegada de la Renovación supuso, sin duda, un cambio en la perspectiva del justicialismo sobre la cuestión militar, que quedó simbolizada en la presencia de Cafiero en la Casa Rosada junto a Alfonsín durante la crisis de la Semana Santa de 1987. Dada la trayectoria de golpes militares que sufrió el país y de la consecuente desafección de los partidos de la oposición en cada uno de ellos, este compromiso activo de los renovadores por el sistema democrático no era, en absoluto, un cambio menor y, ciertamente, contribuyó efectivamente a que la recobrada democracia argentina pudiera consolidarse.

Sin embargo, incluso el papel de la Renovación en la cuestión militar tuvo unos límites muy visibles. La ambigüedad, por ejemplo, entre su discurso principista en las discusiones sobre las leyes de impunidad, junto con unas actuaciones que, en el fondo, favorecían la aprobación parlamentaria de las mismas, hacen muy difícil determinar hasta dónde llegaba la sinceridad de su oposición y su compromiso para que los juicios sobre los militares pudieran continuar sin ninguna barrera. Su rol durante las crisis carapintadas conjugaba asimismo el ya mencionado compromiso democrático con una cada vez más acentuada búsqueda de rentabilidad electoral aprovechando el desgaste del gobierno. Por supuesto, este interés sería mucho más marcado en el menemismo, pero es también rastreable en unos renovadores que siempre subrayaron que su apoyo a las instituciones no equivalía un automático apoyo al gobierno y que fueron cada vez más críticos con las explicaciones que le llegaban del Ejecutivo.

El menemismo fue, precisamente, otro de los límites de la Renovación en este capítulo. Con la llegada del riojano a la presidencia y su apuesta por los indultos como solución definitiva del problema militar, los renovadores del círculo cafierista se sitúan lejos de ofrecer una fuerte oposición como, al menos desde la palabra, habían hecho durante el gobierno anterior y pasaron a ofrecer un apoyo sólo salpicado por alguna crítica parcial. En ese sentido, se podría pensar que lo que quedaba de Renovación sólo trataba de aplicar una táctica de supervivencia política elemental, encolumnándose detrás de quien ahora detentaba el poder; pero, al mismo tiempo, esa actuación extiende la

duda de si el discurso principista anterior era simplemente un instrumento para ofrecer una imagen de firmeza traducible en votos.

De esta manera, si en la cuestión militar el peronismo ofreció una imagen de oposición leal al sistema y estuvo muy lejos de coquetear con los uniformados para conseguir el poder (algo que parece elemental, pero que no lo era tanto en la Argentina previa a 1983), la opacidad de sus verdaderas intenciones, resumida en esa tensión entre su discurso y sus actuaciones, extiende una sombra a la hora de evaluar su compromiso con los valores democráticos y de justicia. La extraña relación de Menem con Seineldín unida a su decidida apuesta por los indultos, dejando atrás cualquier preocupación ética en aras de resolver un problema político, fueron el remate de esa ambigua trayectoria del peronismo durante estos años, colaborando definitivamente a esa imagen de inmovilismo que mencionábamos.

Capítulo 9. El menemismo y el fin del proyecto renovador

Cuando el 7 de septiembre de 1987, el día siguiente de la gran victoria electoral de Antonio Cafiero en su provincia, los muros de la ciudad de Buenos Aires aparecieron cubiertos de carteles con la leyenda “Menem presidente”, muchos sonrieron ante lo que parecía una nueva muestra del carácter egocéntrico y presuntuoso del político riojano. En ese momento, más que nunca, la desventaja que le separaba con el recientemente elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires parecía demasiado grande como para ser recuperada en las anunciadas elecciones internas para dirimir el candidato justicialista en los comicios presidenciales de 1989. Así lo recordaba también uno de los protagonistas del momento, Luis Brunati²⁰⁵⁷: “me parece que hay que tener claro que el 7 de setiembre Cafiero era presidente de la Nación, que el 11 de diciembre [día siguiente a su asunción como gobernador] era presidente de la Nación, esto no hay que olvidarse, faltaba un tiempo formal para que llegara a ocupar ese espacio; me parece que ésta era la sensación que había en ese momento”²⁰⁵⁸.

Para entender esa creencia, se debe tener en cuenta que Cafiero no sólo tenía entonces en su mano la llave de la provincia más importante del país (con todos los recursos políticos y económicos que ello conllevaba), mientras que Carlos Menem era

²⁰⁵⁷ Luis Brunati, nacido en 1947, inició su militancia política alrededor de los círculos cercanos al cristianismo progresista y al Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo y en 1973 se adscribió a la Juventud Peronista. Entre 1983 y 1987 ejerció como diputado provincial en Buenos Aires y, como comentamos, fue uno de los cinco legisladores que se apartaron de la bancada oficial por su enfrentamiento con Herminio Iglesias. En 1987 sería elegido diputado nacional, pero renunciaría a su banca para asumir el Ministerio de Gobernador provincial durante la gestión de Cafiero, puesto desde el cual trataría de reformar la policía bonaerense. Dos años después volvería a ser ungido como diputado. Como veremos, en 1991 se desafiliaría del peronismo y comenzaría un periplo por diversos núcleos progresistas.

²⁰⁵⁸ *Unidos*, n°19, octubre de 1988, p.76.

gobernador de una pobre y remota provincia del interior, sino que, como vimos, sería además elegido meses después presidente del partido. Por otra parte, si la Renovación comandada por los cafieristas parecía una línea en alza al interior de la institución, el riojano tenía que contentarse con el, aparentemente insuficiente, apoyo de los antiguos ortodoxos y de aquellos renovadores que no habían encontrado su hueco en la nueva estructura de poder.

Sin embargo, pese a esos teóricos obstáculos, Menem, guiado por su extraordinario olfato político, aprovechó las oportunidades que le ofrecía la coyuntura y las debilidades de su rival para lograr un resultado sorprendente y, de esa manera, el 9 de julio de 1988 Menem consiguió la victoria en la interna y la candidatura a presidente obteniendo un 54 % de los votos.

Más allá del resultado puntual, Menem no sólo lograría alzarse entonces con una victoria en la que parecía tener casi todo en contra, sino también finiquitar por sorpresa a una Renovación que, apenas unos meses antes, parecía destinada a llevar las riendas del partido y moldearlo desde sus presupuestos. El proceso empezó a desarrollarse durante la campaña presidencial, pero será sobre todo a partir de la asunción del riojano cuando los vínculos que unían a los renovadores se vayan atomizando de una manera excepcionalmente rápida. La antigua línea quedaría dividida entre los conversos al nuevo líder del partido y una minoría que trataría de ofrecer cierta resistencia, pero que iría deslizándose hacia una posición cada vez más marginal. En ese sentido, estas internas expresaron un paradójico punto final para la Renovación: el objetivo por el que tanto había luchado, la democracia interna en el partido, supuso el medio por el que comenzó su disolución.

Ante esta sorprendente derrota y posterior deriva de la Renovación, este capítulo está estructurado en dos grandes partes. En la primera ahondaremos en las razones de la victoria menemista en la elección interna, mientras que en la segunda analizaremos cómo se readaptó el partido durante los primeros años del menemismo y cuál fue el destino de los renovadores. De esa manera, nuestra intención no será relatar únicamente el final de la Renovación como forma de concluir el recorrido que hemos trazado en los capítulos anteriores, sino evaluar hasta qué punto el legado ofrecido por esta línea fue consistente o se desvaneció rápidamente tras el primer contratiempo. En otras palabras, trataremos de resolver si el teórico impulso democrático que protagonizó la Renovación

tuvo un irónico final precisamente en esos comicios internos o si, por el contrario, se conservaron todavía con Menem algunas de sus herencias.

9.1. La interna presidencial de 1988

9.1.1. Unas elecciones inéditas en el peronismo

Más allá del resultado final, las internas de 1988 supusieron un hito en la historia del justicialismo y, posiblemente, el resultado concreto más sensible que supuso la Renovación en la vida del partido. En realidad, la celebración de unas elecciones para decidir el nombre del candidato a presidente ha sido una ocasión excepcional en la historia del peronismo. Dada la naturaleza personalista y carismática del partido, resultaba casi obvio que, durante las primeras elecciones en las que participó, en 1945 y 1952, fuera el propio Perón el elegido como candidato sin que se produjeran mayores debates o cuestionamientos. Por supuesto, como vimos en capítulos anteriores, el primer justicialismo estaba lejos de conformar una estructura totalmente vertical y monolítica y dentro de él se desarrollaban luchas y presiones que, sobre todo a niveles intermedios e inferiores, llegaban a desafiar la voluntad del líder. No obstante, su posición preponderante como candidato natural nunca fue puesta en duda en esos años.

Terminado el periodo de la proscripción, en las primeras elecciones de 1973 la candidatura de Perón estuvo vetada por los mecanismos institucionales impuestos por el régimen autoritario saliente. Ello no impidió que el líder justicialista seleccionara, sin mayores problemas, más allá de ciertas resistencias internas llegadas desde el campo sindical, a su opción preferida para el puesto, Héctor Cámpora²⁰⁵⁹. Pese a que en los años anteriores, durante la etapa de la proscripción, se habían sucedido varios intentos por desplazar a Perón de la posición central -encarnados especialmente en la figura de Vandor- el General, desde su exilio en Madrid, logró desactivar todas esas amenazas y

²⁰⁵⁹ El veto a la candidatura a Perón suponía, obviamente, una cuestión casi estrictamente personal, pero en la desgastante partida que jugaron en los primeros años 70 el líder justicialista y el presidente de facto, el general Lanusse, existía también una razón institucional. Como relataba el propio Lanusse: “el 7 de julio, durante la comida de camaradería de las Fuerzas Armadas yo había anunciado lo que se llamó la cláusula de residencia: como iba a haber elecciones directas, los candidatos debían estar en el país a partir del 25 de agosto”. Lanusse, Alejandro, *op.cit.*, p.164. Perón, sin embargo, rechazó el envite de regresar al país en la fecha señalada, forzando la situación y buscando las debilidades de Lanusse. Complicando la cuestión, técnicamente Cámpora tampoco cumplió la cláusula mencionada, por lo que su elección también suponía un pequeño reto para un gobierno militar que debió ceder ante ese detalle.

elegir en 1973 a su candidato ideal, que debía su idoneidad precisamente en su lealtad a Perón. En ese sentido, más allá de elecciones internas, la toma de decisiones en el partido se canalizaba en ese entonces a través de un líder que se encontraba casi como único punto en común por encima de varias familias enfrentadas. Tras la renuncia de Cámpora a los pocos meses de asumir el cargo, Perón ya no tuvo ningún impedimento para presentarse como candidato a las segundas elecciones que se celebraron en ese año de 1973. La fórmula Perón-Perón, compuesta por el General y por su esposa Isabel, sería, de esa manera, proclamada en el congreso partidario reunido el 4 de agosto, en un trámite que Anzorena describe como “corto y expeditivo y [que] no dura más de 25 minutos”²⁰⁶⁰.

En 1983, cuando parecía que el partido sin su líder podría haberse dotado de mecanismos más democráticos, la decisión final de quién debía ser el candidato presidencial recayó, como analizamos, sobre un círculo muy reducido de personas, entre los que destacaba Lorenzo Miguel. Así que, pese a que teóricamente el elegido final era seleccionado por un congreso cuyos miembros habían sido designados por votación interna, habría que esperar hasta 1988 para que los mecanismos de democracia directa llegaran a aplicarse en la elección de la fórmula presidencial peronista. Su llegada tampoco fue fácil ni lineal. De hecho, todavía una década después de la muerte de Perón, el principio de autoridad y verticalidad seguía siendo aceptado incluso por los propios renovadores. De la Sota justificaría así esa defensa: “Durante años la etapa gregaria del peronismo fue una síntesis entre Perón y la gente. Él era “la democracia”. A Perón nadie le preguntó en el ’73 cuál era su programa, el programa era él. Él era la síntesis de las aspiraciones de todos los argentinos, de los anhelos y de justicia social”²⁰⁶¹.

Ese carácter totalmente inédito de la interna de 1988 no era, sin embargo, la única característica que convirtió a estos comicios en una cita clave. No debemos olvidar que la grave crisis económica por la que atravesaba el país, más el desgaste de los continuos levantamientos militares habían socavado la confianza en el partido

²⁰⁶⁰ Anzorena, *op.cit.*, p.213. Según la descripción de este autor, en el congreso, “en primer término hace uso de la palabra el apoderado del Partido Torcuato Fíno, quien sostiene que Perón “representa el báculo señero bajo cuyas ubérrimas frondosidades han germinado para el país decisiones trascendentales” y agrega: “¿Cómo podemos sostener a votación a un hombre cuya estampa está esculpida en la lontananza de la República?, finalizando: “Perón es un homo sapiens que no ha de abandonar el jardín de la vida sin haber dado el último rosal”. *Ibidem*, p, 239.

²⁰⁶¹ Cafiero et al.: *La Renovación fundacional... op.cit.*, p.38.

gobernante, en una caída que se exacerbaría con la espiral hiperinflacionaria. Por lo tanto, existía la convicción, posteriormente refrendada por la realidad, de que quien saliera vencedor de las internas peronistas alcanzaría la presidencia un año más tarde en las elecciones generales. En gran parte, debido a esa creencia la campaña interna justicialista resultó tan cara y tan desgastante para sus protagonistas²⁰⁶².

Muchos sostenían, además, que la victoria de uno u otro candidato tendría consecuencias profundas para el futuro del partido, ya que no estaba en juego la elección de una simple cara o imagen, sino que se dilucidaba la selección entre dos estilos políticos que parecían contrapuestos. Así opinaba, por ejemplo, Norberto Ivancich, uno de los intelectuales cercanos a Cafiero: “Para mí en la interna no se dirimía solamente una candidatura, es decir, el candidato que más votos podía concitar en una elección presidencial. No era una elección entre imágenes distintas, entre figuras más o menos simpáticas que arrastraran a las denominadas “voluntades independientes”, sino que era una interna donde se definían formas distintas de construcción de un proyecto político. Ninguno de los dos homogéneo ni cerrado, ni definido totalmente, pero con profundas diferencias entre sí”²⁰⁶³. En esa línea, por supuesto, las elecciones de 1988 suponen, en cierto modo, el final de la grave crisis para el partido que había quedado en evidencia tras las elecciones de 1983, pero que se venía arrastrando desde la muerte de Perón. Si los años 80 fueron en gran parte la lucha entre renovadores y ortodoxos, estas internas, con todas las salvedades necesarias, se encargarían de dirimir el resultado final de ese enfrentamiento.

Sin embargo, lo que debía suponer el inicio de una cierta rutinización de la democracia interna se convirtió, por el contrario, en el colofón final de una cierta idea de entender el justicialismo, como supuso la Renovación. Ante tan drástico final, la cuestión pasa entonces por averiguar las causas de la derrota de esta línea y su rápido desmoronamiento cuando parecía tener la victoria tan cercana. Antes de entrar en ese análisis, sin embargo, exploraremos parte de los entresijos de la preparación de estas elecciones, donde ya se hicieron visibles tanto el desgaste que supuso la lucha como el hecho de que las posibilidades de Cafiero quizás habían sido sobreestimadas.

²⁰⁶² Como ejemplo de esa fe, en un análisis de *Página/12* de principios de junio se afirmaba que “el que gane el PJ será el próximo presidente de la Nación”. *Página/12*, 5/6/1988.

²⁰⁶³ Citado en Ivancich, *op.cit.*

9.1.2 El debate por los mecanismos de la elección

Como hemos visto en capítulos anteriores, posiblemente la mayor reivindicación que defendió la Renovación desde sus orígenes fue la de aplicar la democracia interna en el partido. Bajo esa bandera, la mencionada línea fue avanzando posiciones dentro del mismo hasta alcanzar el control de la institución en los meses siguientes a las elecciones parlamentarias de 1987. En ese momento, la hegemonía de los renovadores sobre el justicialismo parecía tan evidente que incluso se especulaba con la anulación de las esperadas internas para la selección del candidato presidencial, siendo sustituidas por un pacto informal o por la confirmación por parte del congreso. De hecho, esa posibilidad era lo suficientemente grande como para que Menem llegara a amenazar en febrero de 1988 con que, si se suspendían las internas, presentaría una candidatura propia fuera de las estructuras del peronismo²⁰⁶⁴.

Pese a que todas esas conjeturas de anulación no se cumplieron finalmente, cuando se decidió su celebración quedaban numerosas cuestiones por dilucidar en el desarrollo de las internas. Las negociaciones para resolver todos esos flecos volvían a demostrar que, más allá del principio general de democracia, la aplicación de unos u otros mecanismos podían decantar el resultado final hacia una dirección o la contraria, por lo que esos aparentes detalles técnicos tienen una importancia mayor de lo que cabría esperar a la hora de entender la derrota de la Renovación.

Además, habiendo tanto en juego, los recelos y suspicacias fueron constantes y, en consecuencia, los detalles a resolver fueron numerosos, abarcando cuestiones tan variadas como quién debía ser el encargado de confeccionar las papeletas electorales o incluso qué sistema de computación debía ser usado durante el recuento²⁰⁶⁵.

²⁰⁶⁴ *La Voz del Interior*, 3/2/1988. Sabedor de que su manejo del aparato era escaso y de que por esa vía tenía mayores probabilidades de triunfo, Menem siempre defendió, contra los rumores de anulación, la necesidad de celebrar las internas: “la única forma de evitar la elección interna es que el doctor Antonio Cafiero acepte el segundo tema de la fórmula o retire su candidatura”. *Clarín*, 16/2/1988. A partir de la previsión de poseer una mayor popularidad entre las bases, Menem siempre invitaría posteriormente a lograr la máxima participación posible: “ningún peronista debe esperar que lo vayan a buscar”. *La Voz del Interior*, 7/7/1988.

²⁰⁶⁵ *Página/12*, 25/5/1988.

Para empezar, como ejemplo de todo lo que quedaba por hacer, se tenía que decidir algo tan básico como qué se iba a votar exactamente. Los caferistas defendían que se debía optar por fórmulas completas y cerradas, con el nombre del candidato a presidente y a vicepresidente ya confirmados de antemano, mientras que los menemistas opinaban que la decisión debía ser más flexible y mixta, con el ganador de la interna aupándose a la candidatura presidencial y el segundo reservándose la candidatura a la vicepresidencia²⁰⁶⁶. Consciente de que su popularidad como líder era muy amplia, Menem pensaba que subrayar el personalismo de la elección, que gracias a esa opción quedaba más que nunca resumida en un enfrentamiento entre figuras sin mayor conexión con el resto del partido, conseguía maximizar sus posibilidades. Como apuntaba Ivancich, “con esta metodología Menem consigue separar de la elección de presidente y vicepresidente, cualquier elección referida a otro tipo de cargos. (...) Lograba que el entramado de punteros no se sintiera comprometido a secundar a Cafiero: rompía el aparato horizontalmente. La épica que se tejió alrededor de esa maniobra afirmaba que la “gente” había desbordado el aparato”²⁰⁶⁷. Pese a ese deseo, la presión de los caferistas, que se negaron a convalidar esta posibilidad, hizo que finalmente en la votación se debiera optar por fórmulas ya cerradas, lo que privilegiaba la coherencia de los apoyos que se posicionaban detrás de cada candidato principal²⁰⁶⁸.

Superado este primer escollo, otro punto de fricción a resolver sería el de la simultaneidad de las internas presidenciales con las de otros cargos provinciales. Ante esa cuestión, los menemistas defendían que no se debía permitir la fusión en la misma fecha, al considerar que podía serles perjudicial, puesto que aumentaba el efecto del aparato. Edulcorando esas razones, Alberto Kohan²⁰⁶⁹, por ejemplo, afirmaba que “la transparencia debe comenzar por dar a la elección de la fórmula presidencial la jerarquía

²⁰⁶⁶ *Página/12*, 29/1/1988.

²⁰⁶⁷ Ivancich, *op.cit.*, p.254.

²⁰⁶⁸ En una reunión del Consejo celebrada a mediados de febrero se estableció también que la votación sería directa, con el conjunto del país como distrito único. *Clarín*, 16/2/1988. Dada la popularidad de Menem y su menor control sobre las provincias más importantes, esa opción por el distrito único podía suponer una pequeña ventaja para el riojano.

²⁰⁶⁹ Alberto Kohan comenzó su militancia en grupos de la derecha peronista. Pese a no ser oriundo de La Rioja, en 1973 se encontraba en la provincia participando en la preparación de la campaña de Menem como gobernador, por lo que el vínculo entre ambos tenía una larga data. Entre 1989 y 1990, ya en el gobierno, ejercería como secretario general de la Presidencia. Un año más tarde asumió como ministro de Salud y Acción Social, hasta que el escándalo del Swift hizo que tuviera que apartarse momentáneamente de la política.

que tiene, separándola de toda otra confrontación provincial”²⁰⁷⁰. Los cafieristas, por el contrario, no se oponían a ese solapamiento, quizás por la convicción de que, al contar con más apoyos en los aparatos del partido, el mismo podía resultar beneficioso para sus intereses. Al respecto, Miguel Ángel Toma puntualizará que “nuestra organización partidaria es federal y los distritos tienen autonomía para decidir la fecha de sus comicios internos”²⁰⁷¹. Cafiero, por su parte, argumentaría que no existían atribuciones legales por parte del Consejo para impedir que cada partido provincial celebrara sus propias internas en las fechas que creyera más conveniente²⁰⁷². Finalmente, la junta electoral, más afín al cafierismo, concedería la libertad a los distritos para fijar la fecha que creyeran conveniente en sus respectivas internas, posibilitando la simultaneidad siempre y cuando las boletas de ambas estuvieran separadas²⁰⁷³.

A pesar de estos reveses, también los menemistas obtuvieron ciertas ventajas durante las negociaciones, como quedó patente en la discusión sobre la fecha de las elecciones y en los reaseguros que exigieron los seguidores del riojano para su celebración. En un principio, las internas estuvieron programadas para el último domingo de junio, pero pronto aparecieron presiones por parte del menemismo para retrasarlas, como mínimo, una semana más, aduciendo problemas técnicos²⁰⁷⁴. Pese a que la junta electoral del partido defendía que “no existen problemas técnicos ni otros impedimentos”²⁰⁷⁵ para que se cumpliera el cronograma previamente establecido, Menem insistiría en la postergación, argumentando la falta de tiempo para verificar unos padrones electorales que podían contener, desde su punto de vista, numerosos casos de renunciadas, muertes y dobles afiliaciones²⁰⁷⁶. Refrendando esa teoría, según los menemistas, apenas unos días antes de la teórica celebración, “no se cumplieron los plazos establecidos en el cronograma electoral, hay problemas en los padrones de casi

²⁰⁷⁰ *Clarín*, 29/2/1988.

²⁰⁷¹ *Clarín*, 29/2/1988.

²⁰⁷² *Clarín*, 2/3/1988.

²⁰⁷³ *Página/12*, 10/3/1988. Durante el debate se llegó a firmar un “compromiso de solidaridad” entre ambos bandos, con Grosso y Rousselot como representantes de las respectivas líneas. *Página/12*, 1/3/1988.

²⁰⁷⁴ Pese a ello, Menem abogó en un primer momento por una celebración temprana, pretendiendo que no fuera “más allá de abril o mayo próximo”. *Clarín*, 6/2/1988.

²⁰⁷⁵ *Página/12*, 10/6/1988.

²⁰⁷⁶ *Página/12*, 11/6/1988.

todos los distritos y no hay forma de garantizar que para el 26 de junio estén las urnas donde tienen que estar”²⁰⁷⁷.

Más allá de la denuncia de estos posibles problemas técnicos, Menem trataba así de tensar al máximo la cuerda de la negociación, generando nervios y confusión entre sus rivales y desgastando ante el electorado su imagen proyectada de paladines de la democracia²⁰⁷⁸. En ese sentido, el riojano jugaría siempre con la carta de la ruptura si no se concedían sus reclamos: “si los comicios no son limpios, podríamos presentarnos en forma separada del justicialismo”²⁰⁷⁹. De hecho, dentro del menemismo existían sectores que apostaban decididamente por la fractura, al considerar que era la salida más rentable para su delicada situación. Entre ellos se encontraba especialmente el grupo sindical de Los 15, que incluso llegó a negociar el registro del nombre de Unión Popular, ante la probabilidad de necesitar una nueva sigla partidaria²⁰⁸⁰. Para los cafieristas, por su parte, esa hipotética ruptura constituía una línea roja que bajo ninguna circunstancia estaban dispuestos a traspasar y siempre terminarían cediendo ante las presiones de los menemistas. A fin de cuentas, necesitaban a un peronismo unido para conseguir el objetivo último de la presidencia.

Así, pese a que Daniel Castruccio, el presidente de la junta electoral, señaló que “no se presentó impugnación alguna y además se denuncian irregularidades no tipificadas”²⁰⁸¹, Cafiero se plegaría a los reclamos menemistas, admitiendo que “no voy a cargar sobre mis espaldas la división peronista por un capricho nuestro si todavía puedo evitarlo, aunque sé que nos están haciendo chantaje”²⁰⁸². De esa manera, la delegación bonaerense de la justicia electoral entregó a los menemistas un disquete incluyendo el

²⁰⁷⁷ *Página/12*, 14/6/1988. También se sembraron sospechas sobre la legitimidad y veracidad de las afiliaciones de los cafieristas. Según la agrupación Menem Presidente, estos últimos “pretenden demostrar que en un corto lapso han logrado un gran número de afiliaciones, algo que es totalmente falso”. *Clarín*, 25/4/1988. Concretamente, César Arias, apoderado de los menemistas, criticaría que no se cumplía con la obligación de exhibir los padrones generales 300 días antes de los comicios. Especialmente, se impugnó el padrón bonaerense, donde se hallaron 600 casos de dobles afiliaciones, pero también se encontraron irregularidades en Jujuy, Salta y Entre Ríos, entre otros. *Página/12*, 16/6/1988. Ante esa situación, los menemistas llegaron a exigir una serie de garantías: “no puede ir [Menem] a las internas sin una estructura completa de fiscales, que es la única garantía contra un fraude”. *La Voz del Interior*, 15/6/1988.

²⁰⁷⁸ Ante todas las denuncias, los cafieristas adoptaron una posición de cautela. Teniendo en cuenta el gran tamaño de los censos y la desprolijidad con la que históricamente el justicialismo había tratado sus padrones, De la Sota admitió, por ejemplo, que podía haber algún error. *Página/12*, 16/6/1988.

²⁰⁷⁹ *La Voz del Interior*, 15/3/1988.

²⁰⁸⁰ *Página/12*, 30/6/1988.

²⁰⁸¹ *La Voz del Interior*, 15/6/1988.

²⁰⁸² *Página/12*, 23/6/1988.

padrón de su distrito para que pudiera comprobar cualquier irregularidad. Finalmente, tras un acuerdo entre todas las partes, se consumaría el aplazamiento de las internas hasta el 9 de julio, lo que evitó de forma definitiva cualquier conato de ruptura.

En conclusión, todas estas negociaciones reflejan que unas elecciones nunca pueden aspirar al horizonte de una neutralidad absoluta. Al contrario, las distintas partes implicadas trataron de arañar cualquier ventaja posible durante los debates sobre los mecanismos electorales. Por supuesto, esta letra pequeña y no tan conocida no será definitiva para inclinar la balanza en la votación final, pero sí que allanaría el terreno en una dirección determinada. De hecho, sólo el desgaste que supusieron las continuas protestas menemistas, que consiguieron erosionar la imagen de demócratas de los cafieristas y consumió buena parte de sus energías, ya supusieron un importante factor para entender la victoria final del riojano.

9.1.3 Razones de la victoria de Menem en 1988

Incluso a pesar de esa complejidad de las negociaciones por los mecanismos de la votación, la victoria de Menem el 9 de julio de 1988 supuso, como ya hemos insistido, un resultado totalmente inesperado²⁰⁸³. El 54 % de los votos totales cosechados por el candidato riojano significó un golpe devastador para un proyecto renovador que nunca volvería a recuperarse y llevó a sus distintos componentes a un profundo debate sobre las causas de la derrota de una línea que parecía tener asegurado el futuro control del partido. En ese sentido, las razones que se adujeron abarcaron casi todo tipo de factores. Para algunos autores cercanos a la Renovación, por ejemplo, la clave de la cuestión se encontraba en que se había producido un corte socioeconómico en el electorado, por el

²⁰⁸³ En realidad, Menem y Cafiero no fueron los únicos pretendientes a la candidatura, sino que habría que incluir un tercero, al menos hasta poco antes de la celebración de la interna a Juan Carlos Romero. El correntino encabezaría así una lista conocida como Peronismo de Perón (*Página/12*, 27/4/1988), acompañado por el cordobés Felipe Lucchini. Las escasas posibilidades de esta alternativa levantaron las suspicacias tanto de Cafiero como de Menem. Los seguidores del primero sospechaban que “hay un acuerdo entre Menem y Romero para exigir que las justicias electorales en los distritos estén integradas por un representante de cada lista y así ellos tener una virtual mayoría”. El riojano, por el contrario, opinaba que “Romero pretende quedarse con votos nuestros”. Finalmente, Romero se retiraría de la carrera presidencial, argumentando que había sido excluido de las negociaciones de la votación y abogaría a partir de entonces por la abstención, esgrimiendo que la elección “no ofrece garantías de legitimidad”. *La Voz del Interior*, 25/6/1988. La de la abstención sería también la posición adoptada por Rodríguez Saa, quien sostenía que “el llamado a elecciones en el mes de junio es un arreglo de dirigentes para favorecer estos intereses”. *La Voz del Interior*, 1/3/1988.

que las clases medias y los sectores más acomodados habían votado a Cafiero, mientras que Menem había basado su triunfo a partir de su tirón entre los grupos más postergados.

Así lo creía, por citar un caso, Ernesto López: “Sin perjuicio de aceptar el veredicto de los estudios sistemáticos que seguramente vendrán más adelante sobre este tema, puede decirse ahora que Menem ganó con el poverío, que obtuvo el apoyo de la gente de más abajo, de los excluidos del mundo del trabajo y del consumo”²⁰⁸⁴. O también Hugo Chumbita, más atento a las cuestiones simbólicas: “En el dilema de la interna hubo un corte social, que guarda relación con la imagen de clase que proyectaron los miembros de los dos binomios presidenciales. Menem y Duhalde llegaron a la sensibilidad popular (...) preservando un valor inusual, una esencial humildad. La indigencia de Menem, real o supuesta, fue un crédito que lo acercó al sentimiento de la base. También es importante observar que la figura de Menem es la de un candidato que surge de una provincia pobre, que encarna otra visión del país centrada en el interior”²⁰⁸⁵. Incluso el propio De la Sota afirmaría que la derrota se debía a la “ceguera y al aburguesamiento” de su sector²⁰⁸⁶.

Sin embargo, la explicación basada en el clivaje social se presenta insuficiente si atendemos a los resultados de las elecciones. Como señalaba Mario Wainfeld: “Si así fuera, habría que preguntarse si el 46% del peronismo es “clase media”, lo que contradice viejos prejuicios al respecto. También habría que pensar quién sintetizará esas dos realidades o si ambas seguirán confrontando... Además lo del “corte social” no alcanza para explicar algunos guarismos: los de la Patagonia (70% para Menem), los de San Juan y Mendoza (casi 80%), el casi 50% de Capital, donde pobres y marginados no debieran ser tantos”²⁰⁸⁷. Dicho en otros términos, lo que estos números nos indican es que los apoyos sociales a ambos candidatos fueron heterogéneos y mixtos, resultando muy difícil explicar con esa hipótesis cifras como ese 80 % alcanzado en provincias como Mendoza (no precisamente una de las más pobres) atendiendo exclusivamente a las diferencias sociales.

²⁰⁸⁴ López, Ernesto, *Unidos*, n°19, octubre de 1988, p.35.

²⁰⁸⁵ Chumbita, Hugo, *Unidos*, n°19, octubre de 1988, p.64.

²⁰⁸⁶ *Página/12*, 15/7/1988.

²⁰⁸⁷ Wainfeld, Mario, *Unidos*, n°19, octubre de 1988, p.19.

La victoria menemista también ha sido estudiada a partir de los propios errores cometidos por la Renovación y sus malas decisiones a la hora de sumar aliados. En ese sentido, uno de los mayores reproches que se le haría a Cafiero sería el de haber elegido a De la Sota como compañero de fórmula, quedando una composición final que muchos consideraban excesivamente renovadora, sin concesiones a otras líneas²⁰⁸⁸. En realidad, la historia detrás de esa decisión resultó compleja y la opción por el cordobés como precandidato a la vicepresidencia no estaba tomada de antemano, sino que fue el producto de una decisión que, en última instancia, correspondió exclusivamente a Cafiero²⁰⁸⁹ y que llevó varias semanas de dudas.

Entre los varios candidatos que se barajaban -además de De la Sota- se encontraban también José Octavio Bordón, José María Vernet o Carlos Grosso. Se llegó a hablar incluso de que el acompañante de Cafiero fuera una figura de otro partido, como el democristiano Carlos Auyero, con la idea de fomentar así una alianza frentista²⁰⁹⁰. En ese proceso de selección, Grosso sería rápidamente descartado, ya que su selección daría la imagen de una fórmula excesivamente centrada en Buenos Aires y con un interior postergado, un hecho que podía tener consecuencias negativas en una elección con distrito único²⁰⁹¹. El gobernador de Mendoza, por su parte, se había fraguado la fama de buen gestor y cultivaba una imagen moderada que siempre lo había mantenido en la órbita renovadora. Sin embargo, en el momento decisivo, Bordón optaría por enrolarse en el bando menemista, en una decisión en la que primó el cálculo personal: dado su prestigio, dentro de un menemismo escaso de grandes nombres, podía aspirar a mejores cargos futuros con mayores posibilidades que dentro del cafierismo. Al mismo tiempo, su mala relación con su compañero de provincia, Manzano, favorecía que buscara una alternativa que le ofreciera recursos en la lucha por la hegemonía del peronismo mendocino²⁰⁹². Si estas dos opciones fueron rápidamente descartadas, las

²⁰⁸⁸ Esa opinión se puede encontrar, por ejemplo, en el texto de un antiguo isabelista y ahora figura cercana al menemismo como Labaké: Labaké, Juan Gabriel: *El presidente que sí fue*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.

²⁰⁸⁹ *Clarín*, 18/2/1988. Grosso recordaría: “todos los que apoyamos al doctor Cafiero le hemos delegado una gran cuota de libertad para designar al otro integrante del binomio presidencial”. *Clarín*, 27/2/1988.

²⁰⁹⁰ *Clarín*, 30/1/1988.

²⁰⁹¹ Grosso podía presumir de algunos apoyos en el sur y en el oeste argentino, pero ninguno de los cuales contaba con un peso importante. *La Voz del Interior*, 3/3/1988. Busti, que en un principio apoyaba las aspiraciones de Vernet y luego optó por la neutralidad, afirmaría sobre la opción de Grosso que “no vamos a aceptar una fórmula capitalina”. *Página/12*, 30/1/1988.

²⁰⁹² Colmando esas aspiraciones, Bordón sería elegido así jefe político de la campaña electoral menemista. *Clarín*, 3/2/1988. Luis Macaya, por su parte, fue uno de los pocos cafieristas que hizo público

posibilidades de que Vernet resultara siendo el compañero de fórmula fueron, por el contrario, tenidas en cuenta hasta el último momento. Como ya vimos, el exgobernador de Santa Fe, tras su mandato, inició un camino que lo llevó de ser una pieza clave en el odeonismo a acercarse a la Renovación y, al contrario que otros candidatos, no ocultó en ningún momento su aspiración a la vicepresidencia²⁰⁹³. En contraposición a aspirantes como Grosso, Vernet contaba con el atractivo de pertenecer a una de las más importantes provincias del interior y de disfrutar de apoyos que podían resultar claves. Al santafesino lo apoyaban gobernadores de la zona litoral y del Noreste, como Vicente Joga (Formosa), Julio César Humada (Misiones) y Danilo Baroni (Chaco)²⁰⁹⁴, pero sobre todo seguía contando con el respaldo de Miguel y sus sindicatos, quienes, pese a haber perdido terreno durante el avance renovador, seguían atesorando grandes recursos para decidir la interna.

Si bien algún medio llegó a especular con que la elección de Vernet era un hecho²⁰⁹⁵, sus aspiraciones quedaban lastradas por varias razones. En primer lugar, porque ese apoyo de Miguel suponía tanto un aval como un obstáculo, al haberse éste distanciado considerablemente de Cafiero²⁰⁹⁶. Si el apoyo por parte de unos sindicatos considerados retrógrados por muchos generaba ya resistencias al interior de los renovadores, las posibilidades de Vernet se reducían aún más por el hecho de que ni siquiera reunía consenso y adhesión total en su propia provincia, donde figuras importantes como Rubén Cardozo y Raúl Carignano apoyaban a Menem y estaban enfrentadas al antiguo gobernador²⁰⁹⁷.

En contraste con la actitud de Vernet, De la Sota, mantuvo desde el inicio un perfil bajo y sostuvo en varias ocasiones que no aspiraba al cargo, pese a contar asimismo con grandes posibilidades de ser elegido²⁰⁹⁸. Sin embargo, su mayor sintonía con el proyecto renovador, del que se había convertido en uno de sus referentes

previamente su apoyo a Bordón: “la fórmula Cafiero-Bordón es indiscutible en el peronismo”. *Clarín*, 28/2/1988.

²⁰⁹³ *Clarín*, 13/2/1988.

²⁰⁹⁴ *La Voz del Interior*, 30/1/1988.

²⁰⁹⁵ *Clarín*, 20/2/1988.

²⁰⁹⁶ Miguel justificaría ese apoyo al santafesino argumentando que “no lo hicimos por amiguismo, sino por cuestiones de base, ya que Vernet ha demostrado una capacidad fuera de lo natural en un distrito dos veces ganador”. *La Voz del Interior*, 12/3/1988.

²⁰⁹⁷ *La Voz del Interior*, 19/2/1988.

²⁰⁹⁸ D'Alessandro, secretario general del partido en Córdoba, señalaría al respecto que “De la Sota ha expresado su decisión de no participar en la fórmula, pero coincidiremos que es el hombre que más posibilidades tiene”. *La Voz del Interior*, 11/2/1988.

nacionales, y el hecho de que contaba con un apoyo generalizado en la bancada de diputados, inclinó definitivamente la balanza hacia su lado.

La elección final de De la Sota, como era de esperar, conllevó consecuencias importantes en los realineamientos internos. Vernet, pese a su decepción personal, seguiría apoyando la causa cafierista, ante la promesa de que en el futuro se le ofrecerían cargos como el de ministro de Obras y Servicios Públicos²⁰⁹⁹. Para Miguel, por el contrario, el rechazo hacia el santafesino supuso un golpe duro, ya que con él parecían desaparecer muchas de sus posibilidades de influir directamente sobre la esfera política desde su propio interior. Molesto por la decisión, el líder sindical señalaría que “ahora nos van a tener que dar explicaciones de por qué se eligió al titular de un distrito que perdió en las últimas elecciones nacionales, como De la Sota”²¹⁰⁰. Entendiendo que con esa combinación la fórmula resultaba estrictamente renovadora y que, por tanto, afectaba al espíritu de unidad del partido, Miguel recordaría que “nosotros en las 62 Organizaciones habíamos creído que ese equilibrio que tanto necesitaba el Movimiento Nacional Justicialista se había alcanzado con la fórmula Cafiero-Vernet, pero lamentablemente ahora comprobamos que está roto”²¹⁰¹.

Miguel trataría, en las siguientes semanas, de lograr una fórmula consensuada, pero los puentes que le podían comunicar con Cafiero cada vez estaban más deteriorados²¹⁰² y Las 62 fueron virando su apoyo definitivamente hacia Menem. Ese apoyo del sindicalismo ortodoxo hacia el candidato riojano tendrá, como veremos, una especial incidencia en el desenlace de la interna. No obstante, habría que evaluar hasta qué punto esa ruptura con Miguel resultó determinante: en realidad, la elección de Vernet o de otra figura de similares características podía haber sido igualmente contraproducente para la Renovación y el mensaje de cambio que ésta pretendía ofrecer, ya que podía haber sido interpretado como una claudicación ante aquellos a los que en teoría quería desbancar. Además, todo ello se producía en un momento en el que la Renovación había refrendado su buen desempeño electoral en comicios abiertos y

²⁰⁹⁹ *Página/12*, 15/3/1988.

²¹⁰⁰ *La Voz del Interior*, 9/3/1988.

²¹⁰¹ *La Voz del Interior*, 9/3/1988. De manera similar opinaba el santafesino Víctor Reviglio, quien criticaría que la fórmula “es renovadora a ultranza” y que, por tanto, “no es integradora del conjunto del peronismo”. *La Voz del Interior*, 10/3/1988.

²¹⁰² Como ya explicamos, Cafiero no acudiría, por ejemplo, a un acto de Las 62, según su versión, “ante el clima de violencia, de intolerancia, la presencia de barras bravas y las agresiones patoteriles”. *La Voz del Interior*, 18/3/1988.

dominaba gran parte de la estructura del partido, por lo que contar o no con el apoyo sindical podía considerarse secundario. Así opinaba, por ejemplo, Mario Wainfeld, otro intelectual cercano a la Renovación: “era [la de Vernet] una alternativa riesgosa: desdibujar la Renovación, poner en entredicho sus mejores planteos. A decir verdad, no está claro que eso hubiera cambiado el score”²¹⁰³.

Dentro de esa línea que defendía que la derrota del cafierismo tenía sus principales causas en las propias deficiencias de la Renovación, Chacho Álvarez opinaba, por ejemplo, que “a la renovación le había faltado pasión. Algún sucedáneo más noble de la mística de una década atrás. Se requería de un salto menos brusco y pragmático entre el militante heroico de la entrega total y el nuevo modelo de funcionario enamorado de los atributos formales del poder”²¹⁰⁴. En esa dirección, Vicente Palermo llegaría incluso más lejos al afirmar que la victoria de Cafiero era imposible, dado el juego de poder existente en el peronismo y por el hecho de que la Renovación perdió precisamente por haber sido excesivamente consecuente con sus principios²¹⁰⁵.

Esa dicotomía entre un Menem apasionado y populista y un Cafiero frío y sereno, que se correlacionaba con aquel teórico contraste económico y social, era incluso asumida por los propios protagonistas. Miembros de la campaña de Menem corroborarían esa impresión al señalar que “lo fundamental de nuestra inversión está en juntar a Menem con la gente, a Carlos no hay que construirle una imagen sino facilitar el contacto carismático”²¹⁰⁶. Como retrataba Oscar Oszlak, el plan Menem pasaba ante todo por “una estrategia discursiva, de construcción de imagen personal y de creación

²¹⁰³ Wainfeld, Mario, *op.cit.*, p.23. De la misma opinión era Vicente Palermo: “Claro que Cafiero-Vernet no expresarían la renovación sino su derrota anticipada, su sacrificio en el altar de los “restauradores””. Palermo, Vicente, *Unidos*, n°19, octubre de 1988, p.70. La elección del acompañamiento de Menem fue, por el contrario, bastante sencilla. Si bien en un primer momento se especuló con la posibilidad de que el elegido fuera Rousselot (*Clarín*, 26/2/1988), pronto se confirmó el nombre de Duhalde como precandidato a vicepresidente. En sentido opuesto a la situación de Cafiero, Menem, un hombre del interior, necesitaba una figura bonaerense para competir en el gran caladero de votos que suponía el conurbano de la Capital. Al mismo tiempo, Menem-Duhalde podía ser entendida tanto como una fórmula de antiguos renovadores como una manera de superar u oponerse a dicha línea.

²¹⁰⁴ Álvarez, Carlos, “Los desafíos del peronismo” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 4.

²¹⁰⁵ Palermo, Vicente, *op.cit.*. La idea es recogida posteriormente por Brachetta, quien la resume así: “Sintetizando esta lectura se puede entender que los desafíos a que estuvo sometida la Renovación eran tan amplios y de tanta envergadura que requerían una capacidad de la dirigencia de operar con múltiples tensiones: la urgencia de innovar que provenía del contexto y de la propia convicción de que se debía dar lugar a una nueva etapa institucional, y la tentación de reeditar viejas fórmulas para evitar aparecer mimetizado con el oficialismo. La imposibilidad de afrontar eficazmente estas tensiones habría operado a favor de Menem...”. Brachetta, María Teresa: “La Renovación peronista. Promesa y decepción del peronismo en los ‘80”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/brachetta2.pdf>.

²¹⁰⁶ *Página/12*, 5/6/1988.

de nuevos rituales y símbolos (como el *menemóvil*²¹⁰⁷, la *ñoqueada*²¹⁰⁸ o los rallies automovilísticos)²¹⁰⁹. Como se ve, el riojano trataba de distanciarse de la imagen del político convencional y participaba en actividades muy populares, como partidos de fútbol, que le concedían una mayor proximidad con su electorado. En un calculado claro contraste, los cafieristas señalaban que “nuestro estilo es racional, argumental y tratamos de dar la idea de que Cafiero lidera porque supo convocar a su lado el mejor equipo, lo mejor del peronismo renovado”.

En ese sentido, pese a su larga trayectoria al interior del partido, Menem trataría de cultivar una imagen de *outsider*, de líder carismático y cercano, alejado de unas estructuras políticas tradicionales que no parecían dar una solución coherente a las diversas crisis que atravesaban el país. De esa manera, lejos de aferrarse a una ideología concreta²¹¹⁰, Menem se presentaba ante los electores como una persona cercana y sencilla, diferente de los rígidos modelos de político que llevaba aparejada la partidocracia: “lo de ellos está traído de los pelos, es producto de un partido mientras que lo nuestro es producto de un movimiento”, con lo que, al mismo tiempo, realizaba un guiño al peronismo más tradicional. A la vez, tratando de convertir las críticas a su vida privada en una ventaja, el riojano añadió que: “voy a ganar porque soy un hombre

²¹⁰⁷ Relata Novaro que “inspirado tal vez en el Papa Juan Pablo II, [Menem] puso en práctica una nueva forma de movilización política, nunca antes utilizada en las campañas electorales, en la que el único movilizado era él mismo: en vez de organizar y activar a sus partidarios, los fue a buscar a sus barrios y hogares, no sólo a través de propaganda televisiva, sino de caravanas en las que recorrió las principales ciudades del país. A bordo del “menemóvil” cumplía con un rito festivo y afectivo, de encuentro y reconciliación con el espacio de lo cotidiano”. Novaro, Marcos: *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*. Buenos Aires: Letra Buena, 1994, p.77.

²¹⁰⁸ Como ya explicamos, uno de los actos más famosos de la campaña menemista lo constituyó la celebración, en el porteño barrio de La Boca, de una comida popular consistente en ñoquis. La misma ofreció algunos detalles del carácter popular de la candidatura del riojano: según la tradición, el día 29 de cada mes, se coloca dinero debajo del plato de esa pasta, el cual, gracias a ello, se multiplicará. En la *ñoqueada*, se colocaron tras los platos fotografías del candidato, en la creencia de que aumentaría sus posibilidades. Por otra parte, como muestra de las conexiones existentes entre el mundo empresarial, el de la política y el fútbol, el organizador del evento fue Jorge Cyterszpiller, que poco antes había ejercido como agente de Diego Maradona. *El País*, 1/6/1988.

²¹⁰⁹ *Página/12*, 2/6/1988.

²¹¹⁰ Para Menem, que quería alejarse de las ataduras de un plan concreto, la “ideología peronista es un dogma y no hay que confundir ideología con doctrina que es algo que puede actualizarse: la ideología es siempre la misma y tenemos que cuidarnos de no caer en la dependencia ideológica”. *Página/12*, 23/3/1988. En realidad, esta estrategia es bastante común dentro de los líderes populistas. Como recuerda Panizza: “la construcción del líder como un outsider poco tiene que ver con su carrera política o su posición institucional. Jorge Pacheco Areco, presidente de Uruguay a fines de la década de 1960, después de varios años en el poder, se dirigió a los ciudadanos de la siguiente manera: *No soy un político*, al menos en el sentido corriente del término. *Soy un hombre* que lucha con todas sus fuerzas contra todo aquello que no convenga al interés nacional”. Panizza, *op.cit.*, p.37.

simple, igual al resto. Me critican porque salgo con mujeres y yo les digo que peor sería salir con hombres”²¹¹¹.

Sin embargo, contra esa imagen de antipolítico, en un intento por abarcar los máximos apoyos posibles, Menem se presentaba también en ocasiones no como la antítesis de la Renovación, sino como una etapa superadora de ésta. A fin de cuentas, el riojano siempre se había considerado a sí mismo no sólo como uno de los referentes nacionales de la línea²¹¹², sino incluso como su primer impulsor y, a pesar de todas las críticas que pudiera verter sobre el caferismo, la Renovación no dejaba de contar con un prestigio del que no se podía renunciar fácilmente. En esa línea, por ejemplo, Duhalde pronosticaba que el triunfo de Menem “será la feliz culminación del proceso de la renovación, que ha producido la hazaña de recuperar al peronismo en tan pocos años”²¹¹³.

En ese sentido, se daba una disonancia en el discurso menemista al presentar a un candidato con los rasgos tanto de alguien ajeno a la política como de una figura de larga trayectoria en el peronismo. En contraste con lo expuesto anteriormente, Eduardo Menem describiría a su hermano como alguien que “se debe a una militancia y a una trayectoria ineludible en el peronismo, que no abandonó nunca, lo que no sé si pueden exhibir otros candidatos”, en una clara referencia a Cafiero y su ruptura con el partido oficial en 1985²¹¹⁴. Sin embargo, esa incongruencia no era percibida como un obstáculo o una falla discursiva, sino como un elemento que podía atraer votos de distintos caladeros y Menem no se preocupó nunca de resolverla.

A diferencia de ese aparente caos, Cafiero era presentado por sus rivales como un político frío al que sólo le movía la ambición y no el amor por su pueblo, como presumían los menemistas. Como reflejaba un Pierri ya alejado de la Renovación, “no nos deja de sorprender que a 60 días de haber asumido la gobernación de Buenos Aires

²¹¹¹ *Página/12*, 10/4/1988. Esa vida privada alejada de los estándares habituales, lejos de suponer un obstáculo era interpretada como un símbolo de éxito y, prácticamente, como un camino a seguir. Como explicaba un escritor al corresponsal de *El País*, “Menem es pueblo y por eso lo quiere la gente. Anda con minas (mujeres) y eso le gusta al pueblo mucho más que Cafiero, con sus 10 hijos y su imagen de buen padre de familia”. *El País*, 1/6/1988.

²¹¹² Todavía en octubre de 1988, cuando ya preparaba la campaña presidencial, Menem seguiría presentándose como “el fundador de la renovación del peronismo”. *El País*, 31/10/1988.

²¹¹³ *Clarín*, 5/3/1988. Para Pierri, por su parte, Menem suponía “una segunda etapa de la renovación peronista”. *La Voz del Interior*, 22/2/1988.

²¹¹⁴ *La Voz del Interior*, 14/5/1988.

y cuando aún no ha comenzado a cumplir sus promesas electorales, algunos están impulsando la candidatura de Cafiero”²¹¹⁵. Más aún, el líder renovador era acusado de mantener vínculos con organizaciones extranjeras, como la Internacional Demócrata Cristiana, que financiaban su campaña, lo que en un movimiento tan nacionalista como el justicialismo constituía un pecado capital. Se diría así que “hay muchos dirigentes del peronismo que están convencidos de que la salida a nuestros problemas está relacionada con corrientes políticas internacionales. Quizá no sea Cafiero, sino el equipo que lo rodea. Lo concreto es que se trata de un proyecto parecido al del radicalismo”²¹¹⁶.

Ése último sería, en realidad, el mayor reproche que pesaría sobre los renovadores. Menem no dejaría escapar ninguna ocasión de recordar la excesiva cercanía de Cafiero con un presidente Alfonsín en sus horas más bajas. Criticaría así “a los nuestros, que hacen contubernio con el gobierno radical”²¹¹⁷ y señalaría que el proyecto económico renovador “es igual al del radicalismo”, ya que “se sustenta en una política económica netamente monetarista y totalmente nociva para el país”²¹¹⁸. Esta identificación entre gobierno y cafierismo no era, obviamente, inocente y entroncaba con un factor externo al peronismo, pero que devino crucial para entender el ascenso del fenómeno menemista: la ya comentada crisis económica y, en general, el fin de la llamada ilusión democrática. Tras cinco años de una democracia que había sido anunciada como la panacea para los problemas del país, el desempeño del que podía presumir el gobierno alfonsinista parecía magro en comparación con las expectativas generadas en un inicio y cundía así el desencanto en la sociedad. Las Juntas militares, es cierto, habían sido juzgadas, pero la firma de las leyes de impunidad y la gestión de las crisis carapintadas fueron interpretadas como una regresión en ese proceso. Al mismo tiempo, la crisis económica iba descontrolándose cada vez más, agotando el crédito y la credibilidad final del gobierno. Como vimos en el capítulo dedicado a la economía, la apuesta de Cafiero por firmar el mayor número de acuerdos con el gobierno, aunque pudiera resultar beneficiosa para la estabilidad institucional y la gobernabilidad, se antojaría desastrosa para los intereses personales del candidato bonaerense. De esa

²¹¹⁵ *La Voz del Interior*, 22/2/1988. Menem afirmaría de Cafiero que es “ambición de poder, por el poder mismo”. “No se compatibiliza con lo que nosotros queremos: el gobierno y el poder para ponerlo al servicio del pueblo”. *La Voz del Interior*, 4/5/1988.

²¹¹⁶ *Página/12*, 5/3/1988. Menem señalaría que “no permitiremos que el peronismo cambie hacia las internacionales de turno como el socialcristianismo o la socialdemocracia”. *La Voz del Interior*, 16/3/1988.

²¹¹⁷ *Clarín*, 8/1/1988.

²¹¹⁸ *Clarín*, 11/5/1988.

manera, los renovadores quedaron así atrapados en el desprestigio y la falta de fe en el Ejecutivo, al aparecer como demasiado cercanos al alfonsinismo, y el menemismo no dudó en sacar el máximo partido a esa impresión²¹¹⁹.

En realidad, lejos de esa imagen de identificación con el alfonsinismo, el discurso renovador trató siempre, con mayor o menor éxito, de encontrar un espacio diferenciado tanto del resto del peronismo como del gobierno radical y, de hecho, en el cierre de la campaña cafierista el candidato trazó un discurso que iba más dirigido a marcar un contraste con Alfonsín que con el propio Menem²¹²⁰.

Sin embargo, el riojano fue sumamente hábil a la hora de presentar a su rival como algo idéntico a un gobierno sin nuevas respuestas y, al mismo tiempo, mostrarse a sí mismo como una figura totalmente cercana, solidarizado con los problemas reales de la gente. “No hay ninguna diferencia entre la propuesta de Alfonsín y la propuesta de Cafiero. Las cosas seguirían lo mismo. No hay mayores diferencias entre la socialdemocracia de Alfonsín y la socialdemocracia de Cafiero. Nosotros representamos el antisistema”, afirmaría el candidato²¹²¹. No obstante, esa imagen de un Menem despolitizado, sin aparato propio y basando todas sus opciones en su carisma personal tenía mucho más que ver con un discurso construido para la campaña que con la realidad. El tópico de describir la contienda electoral de 1988 como un duelo en el que Cafiero poseía el control del aparato del partido, mientras que Menem no contaba con más recursos que los que le proporcionaba su arraigo entre las bases, resultó tan poderoso que no sólo cosechó éxito en su momento, sino que sigue siendo una imagen que llega hasta hoy.

²¹¹⁹ Cafiero justificaría así sus negociaciones con Alfonsín: “Al acceder a mi condición de presidente del partido más importante no pude menos que tratar con el presidente de la República cuestiones que hacen a la gobernabilidad de la nación, porque yo soy uno de los factores, pero mientras yo he dialogado con el presidente de la República a puertas abiertas, otros dirigentes se reúnen en la cocina o en la trastienda para arreglar sus propios problemas personales o provinciales”. *El País*, 2/8/1988.

²¹²⁰ *Página/12*, 18/6/1988. En ese discurso celebrado en Plaza de Mayo, Cafiero llegaría a recuperar viejas consignas justicialistas como la de “liberación o dependencia”. Sólo De la Sota adoptaría en esa ocasión un discurso más centrado en atacar al rival de la interna: “votar a Menem es votar a Triaca, a Lorenzo Miguel, a Saadi, a Brito Lima, a Firmenich”. *Página/12*, 18/6/1988.

²¹²¹ *El País*, 10/7/1988. Nuevamente, en un intento de desprestigiar la identidad peronista de su adversario, Menem no sólo criticaba a Cafiero su proximidad con el Ejecutivo, sino que lo etiquetaba de socialdemócrata. Como ya hemos apuntado, pese a que muchas de las políticas del justicialismo podían ser asimiladas dentro de esa familia política, tildar de socialdemócrata o democristiano o de cualquier otra rama política era considerado casi un tabú dentro del peronismo.

Como todo tópico, por supuesto, éste encerraba también una parte de verdad. Cafiero, como recordamos, era el presidente del partido y podía contar, como gobernador, con los recursos que le proporcionaba controlar la provincia más importante. Al mismo tiempo, sus apoyos internos eran de lo más variopinto y abarcaban a figuras pertenecientes a esferas que iban más allá de la Renovación²¹²². De hecho, antiguos ortodoxos bonaerenses, como Manuel Quindimil, se sumaron al apoyo de Cafiero en una apuesta que, en sus propias palabras, “se basa en su larga lucha y militancia que posibilitaron la recuperación del peronismo y el triunfo electoral del 6 de septiembre”²¹²³. Cafiero contaba asimismo con el apoyo de la mayoría de diputados y senadores. En un cálculo publicado en *Página/12*, de 19 senadores justicialistas, 13 respondían a Cafiero, cinco a Menem y uno, Alberto Saa, optaba por la abstención²¹²⁴.

Desde el menemismo, por supuesto, se trató siempre de subrayar esa imagen. Como señala Garategaray, “el gobernador riojano activó una dicotomización del espacio político, muy arraigada en la historia argentina, que le permitió simplificar los proyectos políticos en dos grandes alternativas. Frente al centralismo avasallador de Buenos Aires, impulsaba el federalismo y los intereses del interior (...); frente al carácter intelectual de Cafiero, contraponía el carácter plebeyo del peronismo y su persona como un representante del pueblo; frente a la razón, su carisma; frente a la institucionalización del movimiento en partido, defendía el carácter movimientista del peronismo”²¹²⁵.

En esa dirección, Duhalde, por ejemplo, afirmaría que “los cafieristas van a utilizar todo el aparato, con lo que esto significa en medios y movilidad, pero no nos preocupa, porque sabemos que la gente nos apoya”. El propio Menem insistiría en que

²¹²² Por supuesto, como en toda organización, el cafierismo no era un bloque monolítico y sin matices y en su seno existían distintos pareceres. En una campaña tan intensa fueron, pues, inevitables los roces y malentendidos. Cafiero, por ejemplo, amonestaría a De la Sota por sus críticas a Miguel, en un momento en que trataba de negociar con éste. *Página/12*, 29/5/1988.

²¹²³ *Clarín*, 8/1/1988.

²¹²⁴ En ese listado, con Cafiero estaban: Bravo Herrera, Britos, Cónchez, Liliana de Gurdulich, Jiménez Montilla, Juárez, Molina, Murguía, Juan Carlos Romero, Rubeo, Salim, Tenev y del Valle Rivas. Apoyando a Menem se encontraban: Alfredo Benítez, Martiarena, Eduardo Menem, Ramón Saadi y Libardo Sánchez. Más allá del número de uno y otro bando, resulta interesante observar cómo figuras que se habían identificado con la ortodoxia, ahora engrosaban las filas cafieristas y viceversa. Martiarena, que siempre había estado teóricamente con los renovadores, ahora se acercaba a Menem, si bien su caso resultaba muy especial, ya que en todo momento había defendido medidas como la amnistía para los militares y era repudiado por los más jóvenes. En el caso opuesto se podrían citar los casos de Salim o de Liliana de Gurdulich.

²¹²⁵ Garategaray, Martina: *Unidos en la identidad peronista. La Revista Unidos entre el legado nacional-popular y la democracia liberal (1983-1991)*. Tesis de maestría, Universidad Tres de Febrero, 2008, pp.117-118.

“el poder está en el Pueblo y no en los aparatos. El poder está en el corazón de cada peronista y no en las estructuras económicas. El poder está en las bases que ansían liberarse y no en las cúpulas que buscan mantener sus privilegios. Otros tienen dinero, soberbia, medios, materiales, influencias, cargos. Nosotros tenemos convicción, voluntades, esperanza, calor popular, humildad, sacrificio, emoción y razón”²¹²⁶. Lejos de sentirse incómodo con esas etiquetas, ese discurso era, de hecho, alimentado por el caferismo, también interesado en ofrecer una imagen del menemismo como un conglomerado anárquico y sin control. Luis Macaya, por ejemplo, sostenía que “Menem es un buen candidato”, pero “un caos desde el punto de vista organizativo” e insistía en que “todos saben que detrás de él no hay organización y nosotros necesitamos organizarnos”²¹²⁷.

Pese a esta imagen, la realidad resultaba mucho más compleja. En primer lugar, porque estos apoyos con los que parecía contar Cafiero eran mucho más endebles de lo que aparentaban. Como hemos sugerido en una nota anterior, en el caso de los senadores adscritos a su causa, varios de ellos, como Luis Salim, habían pertenecido al campo ortodoxo e incluso habían protagonizado duras pugnas con los renovadores y sólo recientemente se habían adscrito al bando caferista. Como suele ocurrir en un partido de vocación tan vertical como el justicialismo, los respaldos al bonaerense tenían mucho más que ver con el seguimiento al hombre fuerte en la institución en ese momento que con el compromiso con un programa político concreto. Adelantando temas que analizaremos en breve, esta tendencia explicaría gran parte del desmoronamiento del castillo de los renovadores poco después de las internas y que el trasvase de apoyos hacia Menem se realizara de manera tan natural.

El riojano, además, aprovechará todas esas debilidades e inconsistencias en los cimientos del edificio caferista para incorporar a su causa a todos aquellos que habían sido arrinconados en los últimos años por el avance renovador, pero que todavía conservaban una cuota de poder nada desdeñable. Como no podía ser de otra manera, el resultado final de esta construcción de un aparato propio resultó bastante heterogéneo, producto de una estrategia que, como vimos, contaba como mínimo con

²¹²⁶ *Página/12*, 7/7/1988.

²¹²⁷ *Página/12*, 22/6/1988. También en los medios periodísticos se insistía en ese análisis. En *Página/12*, por ejemplo, se recordaba que Menem “se presenta como un fenómeno social horizontal que apela y moviliza a la esperanza. Su apoyo viene de la masa inorgánica que son los afiliados”. *Página/12*, 30/4/1988.

dos años de antigüedad. Así, dentro de este círculo menemista se podrían distinguir hasta tres grandes grupos que, en principio, tenían pocos elementos en común: exrenovadores desencantados, como encarnaba perfectamente el caso de Duhalde; sindicalistas, especialmente adscritos a Las 62 y a Los 15²¹²⁸, y, en general, todos los sectores que veían peligrar su vida política ante el avance renovador. Entre estos últimos podemos encontrar a viejos ortodoxos y herministas de Buenos Aires (la figura más visible en ese caso sería la de Juan Carlos Rousselot) junto a pequeñas organizaciones que abarcaban todo el arco ideológico, desde el derechista Comando de Organización al izquierdista Peronismo Revolucionario, más los restos del naufragio de Montoneros, que, pese a su escaso prestigio y marginalidad, conservaba unos fondos y una logística a tener en cuenta²¹²⁹.

Por supuesto, esa amalgama de sectores tan diferentes no siempre fue bien avenida. Para matizar la imagen de únicamente reunir grupos postergados, Menem trató en esas semanas previas a los comicios de reclutar figuras que, por su prestigio, proyectaran una impresión más actualizada y “presentable”²¹³⁰ de su candidatura. El caso más conocido en ese sentido sería el de Julio Bárbaro, un político con una larga trayectoria en la oposición a los grupos ortodoxos, particularmente visible durante las críticas a la derrota electoral de 1983, quien podía representar una amenaza para la posición de Grosso en Capital Federal²¹³¹. Por supuesto, la llegada de nuevas figuras al espacio menemista, provenientes además de una cultura política diferente, provocó roces entre los menemistas de la primera hora, que, más allá de cuestiones ideológicas, elevaron la tensión al ver peligrar sus espacios preferenciales. En Mendoza, por ejemplo,

²¹²⁸ En ese sentido, estas elecciones suponían casi una cuestión de supervivencia para grupos como los 15, que tras el fracaso de su estrategia de integrarse en el gobierno habían quedado en una posición cada vez más marginal, que todavía se agravaría más en caso de una victoria caferista. Como hemos mencionado, los 15 fueron posiblemente el grupo que más apostó por la ruptura con el peronismo, al considerar que ese camino era el que, dadas las dudas sobre el resultado de la interna, maximizaba sus opciones políticas. Cafiero criticaría esa actitud en una carta abierta a Menem poco antes de las elecciones: “Vos sabés bien, Carlos, porque estás rodeado de algunos de ellos, que hay individuos que claramente te están empujando a fracturar el partido de Perón. Los conocés de memoria y me consta que intentaste combatirlos. Pero la realidad de excusas, impugnaciones y acusaciones de fraude demostraron que no pudiste contenerlos. Son esos *muchachos* que si no estuvieran a tu lado no podrían ganar ni siquiera la interna de un club de barrio, porque la gente no los quiere”. *El País*, 9/7/1988.

²¹²⁹ Cafiero, obviamente, descalificaría esos apoyos con los que contaba Menem, cuestionando incluso su adscripción al peronismo. Afirmaría así que “alrededor de Menem se ha nucleado la dirigencia gremial, que durante mucho tiempo fue responsabilizada de la derrota de 1983. Se agrupan también estos núcleos, que difícilmente pueden considerarse peronistas, como los montoneros, y grupos de una formación yo diría paraderechista”. *El País*, 2/7/1988.

²¹³⁰ *Página/12*, 29/3/1988.

²¹³¹ *Página/12*, 29/3/1988.

la incorporación de Bordón al equipo del riojano levantaría las críticas de Eduardo Bauzá²¹³². En la Capital, algo similar ocurriría entre Bárbaro y Labaké. Esta falta de armonía entre las distintas almas que se encerraban en el menemismo no se superaría durante la campaña interna y, bajo nuevos avatares, estaría en la base del enfrentamiento entre los llamados *celestes* y *rojos punzó* y entre las tendencias más tradicionales y las más liberales del agrupamiento durante los primeros compases del gobierno. Pese a estas dificultades, Menem sería muy habilidoso a la hora de encabezar este complejo conglomerado y servirse de él durante la campaña.

De esta manera, lejos de la idea de que el candidato riojano fiaba toda su suerte a su carisma y al contacto directo con los votantes, lo cierto es que echó mano durante su carrera por la candidatura a un aparato propio, que pese a su escasa organicidad le ofreció recursos muy valiosos. El caso más evidente lo darían esos sindicatos que, a pesar de la crisis que atravesaban, dieron un apoyo muy visible y útil a la hora de organizar la logística y los medios de la campaña. Fueron, por ejemplo, Los 15 quienes prestaron la ayuda necesaria para llevar a cabo el acto de cierre menemista, donde conseguirían reunir a unas 60.000 personas en la cancha de River Plate. Como se relataba en *Página/12*, en esa ocasión, “el gran aparato de los gremios del grupo sindical de los 15 –que hasta ayer era más una amenaza con el que muchas veces la dirigencia asustaba, pero que en verdad no fue utilizado para las movilizaciones peronistas desde 1983- demostró su poder”, “una capacidad de organización y movilización que logró colocar a decenas de micros [autobuses] en las puertas de las fábricas más importantes de los barrios marginales del Gran Buenos Aires así como en los puntos neurálgicos de la ciudad”²¹³³.

Delfor Giménez, uno de los sindicalistas protagonistas del acto, confirmaba que “llegarán más de 2000 micros a la cancha de River, teniendo en cuenta que hasta ahora han confirmado su concurrencia aproximadamente 1500, de los cuales 150 son de la

²¹³² Pese a nacer en la provincia de Mendoza, la carrera de Bauzá estará fuertemente ligada desde sus inicios a la de Menem. Entre 1973 y 1976 ejerció como secretario de Desarrollo de Gobierno de la provincia de La Rioja. Con el regreso de la democracia, sería uno de los impulsores de la línea Federalismo y Liberación. En 1987 fue electo diputado nacional, pero renunció al cargo para ocupar, ya durante el gobierno de Menem, el de ministro de Interior. Poco después, en un reajuste entre familias menemistas, pasaría a ser ministro de Salud y Acción Social. Tras la reforma constitucional de 1994, Bauzá sería el primer jefe de Gabinete de Ministros.

²¹³³ *Página/12*, 25/6/1988.

zona de La Plata y alrededores”²¹³⁴. Más allá de ese acto del cierre, una anécdota del día de la elección venía a refrendar esa importancia de los sindicatos a la hora de organizar la campaña: “En Villa Lugano –contrariando a lo que pregonó el menemismo en el orden nacional- el aparato estuvo al servicio del gobernador riojano. 3 de cada 4 colectivos [autobuses], taxis o vehículos particulares que llevaban y traían afiliados ostentaban afiches de la fórmula Menem-Duhalde”²¹³⁵.

Por supuesto, subrayar esta importancia del aparato propio menemista no equivale a decir que éste supusiera el factor determinante y único para entender la victoria del riojano en la interna. No obstante, no deja de ser una variable de primer orden para comprender cómo Menem pudo imponerse en La Rioja o Catamarca con un resultado cercano al 100 % de aprobación²¹³⁶, precisamente en unas provincias donde la mecánica del clientelismo electoral funcionaba a pleno rendimiento. Sin embargo, a su lado, recapitulando lo expuesto en las últimas páginas, no podemos dejar aparte otros factores como los difíciles equilibrios en el interior del justicialismo y una política de alianzas de la Renovación que privilegió su pureza programática antes de la suma de sectores diversos y como la percepción de que el cañerismo, en última instancia, no se diferenciaba demasiado de un alfonsinismo cada vez más desprestigiado.

Dejando a un lado por un momento las razones de este triunfo, lo cierto es que Menem cosechó un resultado espectacular cuya inercia le auparía menos de un año después a la presidencia de la Nación. El riojano no sólo se impondría en julio de 1988 en la votación general, sino que, todavía más sorprendentemente, lo haría en lugares como la provincia de Buenos Aires o Santa Fe, teóricamente más cercanos al cañerismo por su composición social²¹³⁷. Estos números, más allá de esa investidura como candidato al máximo cargo, supondría un nuevo terremoto a la ya de por sí convulsa situación interna del peronismo.

²¹³⁴ *Página/12*, 24/6/1988.

²¹³⁵ *Página/12*, 10/7/1988. La práctica, por parte de un partido o de una línea determinada, de aportar vehículos para desplazar a los votantes está muy arraigada en la política argentina. Por supuesto, los representantes de esos partidos no pueden garantizar totalmente que los votantes a los que acompañan elijan como ellos pretenden, pero la práctica supone una gran influencia en su elección.

²¹³⁶ En Catamarca, Menem alcanzó el 97,04 % de los votos, mientras que en La Rioja llegó al 97,92 %. En la provincia de Neuquén el resultado no sería tan espectacular, pero superaría el 80 %. *Página/12*, 10/7/1989.

²¹³⁷ Cañero, por el contrario, lograría sus mejores resultados en Córdoba y Santiago del Estero, consiguiendo la victoria únicamente en cuatro distritos. Si bien estas cifras no fueron las definitivas, Menem consiguió superar los 810.000 votos, mientras que su rival no alcanzó los 695.000. Ello supuso una participación cercana al 42 % de los afiliados. *El País*, 11/7/1988.

9.2 *La Renovación en los primeros compases del menemismo (1988-1991)*

9.2.1 *La campaña de las elecciones de 1989*

La victoria menemista en la interna presidencial conllevó una nueva redefinición en unas estructuras del justicialismo que, tras unos meses en los que parecía cuajar una relativa estabilidad, otra vez veía cómo comenzaba la enésima redistribución de sus grupos internos. Pese a que aparentemente lo único que se había decidido en la votación era el candidato para presidente y, por lo tanto, los renovadores seguían conservando tanto su control sobre el partido como su poder territorial, nada podía continuar igual a partir de julio de 1988. Era por todos asumido que los recursos que suponía el casi seguro acceso al Ejecutivo conllevaban que la balanza se inclinara inevitablemente hacia Menem, quien aprovecharía la ocasión para modelar el partido de acuerdo a sus intereses y preferencias. Así lo interpretaban también los seguidores del riojano, quienes encabezaron poco después de las elecciones una ofensiva por ocupar unos puestos de poder que, desde su perspectiva, les correspondían debido al cambio de coyuntura. Este avance se desarrollaría, además, en diversos planos, desde las estructuras del partido a las futuras candidaturas, y tuvo en la Cámara de Diputados uno de sus espacios privilegiados²¹³⁸.

En esa Cámara Baja, figuras como Julio Corzo²¹³⁹ trataron de desplazar al presidente del bloque justicialista, el por entonces renovador José Luis Manzano, arguyendo que en esa dirección debía situarse “un hombre de confianza” para Menem²¹⁴⁰, ante la “necesidad de que el bloque justicialista tenga el perfil de la fórmula del partido”²¹⁴¹. Pese a esa presión, que sería particularmente fuerte en los primeros meses, Manzano resistirá estos primeros embates, aprovechando ciertos mecanismos

²¹³⁸ También el Consejo Nacional del partido se vería modificado en los meses siguientes con la inclusión de nueve nuevos vocales de identidad menemista, como Cardozo, Bauzá, Arias, Kohan y Rousselot. *Clarín*, 11/10/1988.

²¹³⁹ Julio Corzo sería poco después el primer ministro de Salud durante el gobierno de Menem. Sin embargo, fallecería pocos meses después de asumir en un accidente aéreo.

²¹⁴⁰ *Página/12*, 19/7/1988.

²¹⁴¹ *Página/12*, 17/7/1988. Como ejemplo de la posición de los renovadores, Roberto García respondería a esa conclusión advirtiendo de que “en las últimas elecciones sólo se votó por la fórmula y no por los cargos parlamentarios”. *Página/12*, 19/7/1988.

legales²¹⁴² o, ya como mal menor, permitiendo una reestructuración de la mesa directiva del bloque que supuso la entrada de varios menemistas²¹⁴³. A pesar de esta solución ventajosa, los ataques de Corzo contra los diputados renovadores continuarían y alcanzaron cierto aire polémico cuando éste acusó tanto a Manzano como a De la Sota de “socialdemócratas” y de pretender “infiltrar al peronismo”²¹⁴⁴. Manzano, no obstante, permanecería en su puesto. Sin embargo, como veremos, lejos de que ello supusiera un triunfo para la Renovación, lo consiguió iniciando un camino que asumirían muchos renovadores para lograr su supervivencia política: renunciar a su perfil renovador y asumir cada vez más la nueva identidad menemista.

En realidad, esa salida no era casual y tenía mucho que ver con que en la estrategia de Menem para reorganizar su frente interno pasaba precisamente por evitar un duro enfrentamiento con el caferismo -del que seguramente podía salir victorioso, pero al precio de un fuerte desgaste- y por hacer que el paso del tiempo y la propia inercia de los acontecimientos fueran erosionando y diluyendo el poder de sus rivales. Concedor de que la situación estaba de su lado, la política interna del partido se supeditaba a un objetivo superior y, así, lejos de encabezar un ataque frontal, la prioridad del riojano pasó en esos meses por conseguir la mayor tranquilidad posible de cara a las elecciones presidenciales. Tratando de hacer tabla rasa de lo sucedido y abrir una nueva etapa en la que quedaban superadas las viejas etiquetas, Menem afirmaría ante el congreso que “siempre hemos sido ortodoxos en la ideología y renovadores en la metodología y, a partir de ahora, se acabaron las rotulaciones, porque no hay vencedores ni vencidos y todos juntos vamos a trabajar para garantizar el triunfo el año próximo”²¹⁴⁵.

Por supuesto, la nueva situación colocaba a los renovadores ante una tesitura que no fue resuelta de igual manera por todos sus principales representantes. De esa

²¹⁴² Jugando con su mayoría, los diputados caferistas lograron ratificar en primera instancia a Manzano en su puesto, en una reunión a la que no asistieron los seguidores de Menem. Para Corzo, en cambio, este hecho se trató de “una decisión unilateral de Manzano”. *Página/12*, 20/7/1988.

²¹⁴³ En ese cambio, Corzo obtendría el cargo de vicepresidente primero. También alcanzarían puestos importantes figuras como el entrerriano Augusto Alasino, Digón o Curto. *Página/12*, 4/11/1988.

²¹⁴⁴ *Clarín*, 4/1/1989. Corzo declararía también que “no les pido que se hagan menemistas, pero sí peronistas”. Sobre De la Sota diría que “quiere transformarse en el eje de una oposición a Carlos Menem con su actitud de diferenciarse”. *Página/12*, 3/1/1989. Pese a que Corzo expresaba una opinión que se podía extender a gran parte del menemismo, lo cierto es que Menem, personalmente, no convalidaba una actitud tan agresiva, que podía poner en peligro la estabilidad necesaria para la campaña electoral.

²¹⁴⁵ *Clarín*, 13/8/1988.

manera, mientras Cafiero asumió una posición mucho más conciliadora y trató de situarse entre ambas esferas, De la Sota y Manzano adoptaron en un primer momento un rol de perfil mucho más duro. Más allá del diferente talante, ayudaba a entender esta distinta respuesta la distinta situación personal de cada una de estas figuras: en ese momento, Cafiero, a la cabeza de la provincia de Buenos Aires, tenía mucho que perder y poco que ganar con una actitud de oposición frontal ante un futurible presidente de quien iban a depender muchos de los recursos que necesitaría para equilibrar la compleja situación provincial²¹⁴⁶. De la Sota y Manzano, sin cargos territoriales, podían, por su parte, permitirse una actuación mucho más independiente²¹⁴⁷. Así pues, si bien Cafiero adelantó que “vamos a ser eficaces en la tarea de no permitir el retorno de la patota a los lugares protagónicos del movimiento”²¹⁴⁸; de la misma forma, sostuvo que el Partido Justicialista, “va a apoyar incondicionalmente” a Menem para que “no sólo gane el año próximo, sino que después haga un muy buen gobierno”²¹⁴⁹.

El gobernador de Buenos Aires poco a poco quedaría, pues, limitado a ocupar una situación de compromiso entre el viejo recuerdo renovador y la nueva situación en la que el partido debía transformarse en un apoyo fundamental para Menem. Fruto de esa progresiva cercanía de intereses, Menem y Cafiero firmaron a fines de agosto de 1988 un acuerdo para tratar de adaptar el partido al nuevo contexto y, en lo posible, pactar listas de unidad en las internas que se avecinaban²¹⁵⁰. Como ya vimos, la idea de Menem pasaba por rebajar la tensión de las internas provinciales al mínimo posible. Con ese objetivo en mente, los dos hombres fuertes del justicialismo elaboraron un documento por el que se respetaba la labor de los gobernadores y autoridades provinciales ya elegidas, muchas de las cuales estaban adscritos a la Renovación, “sin ningún tipo de interferencias”²¹⁵¹. Al mismo tiempo, para compensar esa ventaja inicial

²¹⁴⁶ Como señalaba Cafiero, en una actitud bastante conservadora: “confrontando se arriesga todo y sin confrontación se resigna sólo un poco. ¿Vale la pena el riesgo?”. *Página/12*, 1/9/1988.

²¹⁴⁷ *Clarín*, 4/9/1988.

²¹⁴⁸ *Página/12*, 19/7/1988.

²¹⁴⁹ *La Voz del Interior*, 26/7/1988.

²¹⁵⁰ *Página/12*, 30/8/1988.

²¹⁵¹ *Página/12*, 15/7/1988.

para los cafieristas, se creó una comisión de ocho componentes, cuya misión consistiría en conformar esas listas de unidad y preparar los primeros compases de la campaña²¹⁵².

Esta definición de las listas de unidad, obviamente, no casaba excesivamente bien con la bandera de la democracia interna y la libre competencia que había liderado Cafiero durante el lustro anterior. Consciente de esa contradicción, el bonaerense se justificaría aduciendo que ello “no significa dejar de lado la democracia interna, porque deja abierta la posibilidad de que se presente cualquier lista a confrontar con una lista de unidad”²¹⁵³. Sin embargo, esa opinión de Cafiero era difícil de asumir por algunos de sus compañeros de línea que veían en esa postura una resignación de lo que habían defendido hasta ese momento. Para Miguel Ángel Toma, por ejemplo, una de las figuras que asumieron en ese entonces las posiciones más duras, “no podemos ir a un acuerdo tan tranquilamente con los mafiosos y los delincuentes”²¹⁵⁴. Según De la Sota, por su parte, la recién creada comisión, pese a que pertenecía a ella, “se excede en sus atribuciones” y “no puede tener potestades para designar candidatos, tal como se desprende del texto avalado por los dos referentes”²¹⁵⁵.

A pesar de estas críticas y pese a que algunos de los incendios iniciados durante la interna presidencial todavía no se habían apagado completamente, la llamada a la confección de las listas de unidad, proveniente a fin de cuentas de los líderes de las dos líneas más importantes del partido, fue respetada en la mayoría de los distritos, aunque fuera al precio de desvirtuar las viejas identidades y fronteras entre menemistas y renovadores. Incluso en distritos potencialmente conflictivos por su importancia, como Buenos Aires o Córdoba, se llegó a un acuerdo en esa dirección, si bien en la primera provincia se logró sólo a costa de muy desgastantes negociaciones²¹⁵⁶ y en la segunda Menem se vio obligado a apoyar a un rival con el que seguía manteniendo diferencias, como De la Sota²¹⁵⁷.

²¹⁵² La comisión tendría una composición paritaria entre cafieristas y menemistas. Los primeros estaban representados por De la Sota, Grosso, Marín y Juan Pablo Cafiero. Eduardo Menem, Duhalde, Rousselot y Mera Figueroa actuarían en nombre del menemismo. *Página/12*, 30/8/1988.

²¹⁵³ *Página/12*, 1/9/1988. Por supuesto, lista de unidad, como se insistiría en ese momento, no equivalía a lista única y, pese a esa voluntad abarcadora, no imposibilitaba la competencia.

²¹⁵⁴ *Página/12*, 1/9/1988.

²¹⁵⁵ *Página/12*, 3/9/1988.

²¹⁵⁶ *Clarín*, 29/11/1988.

²¹⁵⁷ *Clarín*, 29/9/1988.

La Capital Federal, donde no se alcanzó ningún pacto y finalmente se disputaron elecciones internas, ofrece, en cambio, un buen ejemplo de esa redefinición de las antiguas líneas que habían caracterizado al peronismo en los últimos años. La lista Azul y Blanca presentaba a Carlos Grosso como futurible candidato a la intendencia de la ciudad y como presidente del distrito. Lejos de suponer una agrupación químicamente pura y pese a que Grosso era una figura de larga tradición en la Renovación y fue, de hecho, uno de sus famosos tres referentes, su lista fue apodada como la de la “renovación metalúrgica” por su alianza con la miguelista UOM²¹⁵⁸. Con un afán integrador, alrededor de Grosso se incluyeron figuras identificadas claramente con el menemismo, como Luis Santos Casale, amigo personal del riojano, quien ocuparía el primer puesto en la lista de candidatos a congresales nacionales²¹⁵⁹. Al mismo tiempo, la llamada lista Azul-Rojo punzó acogía dentro de ella varios políticos que habían militado previamente en la Renovación. Como muestra de su identificación absoluta con Menem, esta lista no presentaba ninguna candidatura para la intendencia de la ciudad, al considerar que su designación era una potestad del presidente y equivalía, pues, a una forma de condicionamiento sobre éste. En cambio, se impulsaban las posibilidades de Hugo Santilli²¹⁶⁰ como presidente del partido, junto con figuras de todo pelaje, desde Licastro y Los 15 a, como hemos mencionado, viejos renovadores como Guillán²¹⁶¹.

Finalmente, Grosso ganaría sin ningún problema en estas elecciones, obteniendo más del 70 % de los votos y dejando así sin representación a la minoría en el partido de la Capital²¹⁶². De hecho, los renovadores consiguieron buenos resultados en todos aquellos distritos donde pudieron presentarse con una lista propia, como en Neuquén, Entre Ríos y Tierra del Fuego, lo que, más allá de su derrota en las presidenciales, les podía hacer albergar la esperanza de seguir contando con un nada despreciable tirón

²¹⁵⁸ *Página/12*, 14/11/1988. Al mismo tiempo, esa alianza entre Grosso y Las 62 debilitó naturalmente la relación del primero con Los 25, quienes se convirtieron en unos de sus principales cuestionadores. *Clarín*, 12/11/1988.

²¹⁵⁹ *Clarín*, 12/11/1988.

²¹⁶⁰ Santilli, presidente del muy popular club River Plate, sería, además, uno de los primeros ejemplos de la fuerte relación que se desarrollaría a partir de esos años entre política y fútbol. Aunque la conexión entre ambas esferas venía de lejos, políticos y figuras que querían introducirse en la política aprovecharían los enormes recursos que ofrecía un deporte tan seguido (no sólo económicos, también visibilidad y seguidores) para consolidar su poder.

²¹⁶¹ Existía también una tercera lista más pequeña, la Verde-Azul, que presentaba a Labaké como pretendiente a la presidencia del partido de la ciudad y a Carlos Coviela como candidato a intendente. *Página/12*, 13/11/1988.

²¹⁶² Como en otros lugares, si la primera minoría no superaba el 25 % de los votos, no conseguía cargos. En estas elecciones se decidía el candidato a intendente, a senadores y diputados, a concejales, a convencionales constituyentes y cargos partidarios. *Página/12*, 14/11/1988.

electoral²¹⁶³. Sin embargo, como ejemplificó el caso de Capital Federal, el viejo espacio de los renovadores se iba resquebrajando y, poco a poco, iba confluyendo con el menemismo en un nuevo reagrupamiento.

Por supuesto, existieron varias figuras que se resistieron a esa inercia y trataron de mantener la unidad de las antiguas posiciones. De la Sota, por ejemplo, apostó por hacer de la Renovación una línea interna independiente que sirviera como fiscalizadora de la labor de Menem y, así, “de la misma manera que existe Federación y Liberación”, el nucleamiento menemista, “la renovación se va a conformar como línea interna”²¹⁶⁴. Frente al panorama que se avecinaba, de escaso cuestionamiento hacia el nuevo líder surgido en el peronismo, el cordobés insistiría en que “no quiero pertenecer a un Partido Justicialista donde reine el stalinismo, donde todos debemos opinar los mismo sobre los mismos temas” y recordaba que, respecto al menemismo, “hay diferencias no sólo metodológicas sino también de visión de la realidad”²¹⁶⁵.

Con un objetivo similar, Manzano organizaría en los últimos días de 1988 una cena de compañeros renovadores con la intención de conservar la vieja identidad y resurgir como espacio diferente y opositor al menemismo²¹⁶⁶. Pese a sus esfuerzos, la convocatoria resultó ser un fracaso ante la ausencia de las principales figuras de la vieja línea y lo que podía haber sido un importante acto político quedó como una simple “reunión social”²¹⁶⁷. Por el contrario, Cafiero cada vez subrayaría más ese rol moderador entre las dos almas del peronismo en ese momento y, como ya hemos señalado, se mostró renuente a sumarse a una línea cuya identidad se iba a construir precisamente a partir de su oposición a Menem. Como recordaba, la idea de crear ese nuevo espacio “no es demasiado ajustada a las nuevas situaciones en las que se está moviendo el peronismo” y, por el contrario, el partido “tiene que fortalecer hoy todos los mecanismos que conduzcan a su accionar conjunto, a su unidad”²¹⁶⁸. Desde su perspectiva, la Renovación había sido una herramienta para revitalizar el partido, pero

²¹⁶³ *Página/12*, 29/12/1988.

²¹⁶⁴ *La Voz del Interior*, 30/4/1989. De acuerdo a este proyecto, en un momento de alejamiento respecto a Cafiero, De la Sota insistirá en que la Renovación, frente al liderazgo menemista, “no tuvo, ni tiene, ni debe tener jefes”.

²¹⁶⁵ *La Voz del Interior*, 16/3/1989.

²¹⁶⁶ *Página/12*, 30/12/1988.

²¹⁶⁷ A pesar de todo, otras figuras como Rubén Marín, Jorge Busti, Hernán Patiño Mayer o Miguel Ángel Toma sí acudieron a la llamada realizada por Manzano. *Página/12*, 29/12/1988.

²¹⁶⁸ *La Voz del Interior*, 9/3/1989.

estaba ya superada precisamente por haber sido exitosa: “la renovación peronista, como pensamiento, como metodología, como proyecto actualizado, creo que se ha impuesto definitivamente en la vida interna de nuestro movimiento”²¹⁶⁹.

Completando las perspectivas de los principales referentes renovadores, Grosso, por su parte, pese aparentemente encarnar la imagen de una Renovación triunfadora frente al menemismo en la Capital, poco a poco fue adoptando una posición de compromiso entre ambos bandos. Más allá de su pensamiento político, en ese movimiento estaba en juego el hecho de convertirse en el futuro intendente porteño. Para dicho objetivo, Grosso debía acercarse cada vez más a Menem, quien era quien le podía designar en el cargo; pero al mismo tiempo debía guardar una cierta conexión con su pasado renovador, que le podía garantizar numerosos apoyos²¹⁷⁰. Esta deriva contemporizadora sería, en realidad, la tónica dominante dentro del espacio renovador. Incluso De la Sota, conforme avanzó el tiempo y las elecciones se encontraban cada vez más cerca, llegaría a apoyar públicamente a Menem en un acto conjunto en Villa María, acotando, no obstante, que “Menem y yo no somos la misma cosa”²¹⁷¹.

Esas distintas realidades y limitaciones personales de sus probables oponentes fueron aprovechadas por Menem para frenar cualquier espacio estructurado en su contra. No obstante, más allá de esas mencionadas cuestiones personales, la propia realidad política fue haciendo cada vez más improbable el retorno de una Renovación fuerte, como dejó patente la gestión de la campaña presidencial. En esa carrera por el máximo cargo se hicieron evidentes varias características del nuevo estilo político que iba a desarrollar Menem: entre ellas, especialmente, su escasa atención por las cuestiones institucionales y su limitado interés en hacer del Partido Justicialista un espacio estructurado, ordenado y con voz propia²¹⁷².

En un principio, Julio Mera Figueroa iba a ser el jefe de la nueva campaña, continuando así la labor que había desarrollado durante la interna al lado de Menem. Tanto él como Duhalde estaban, naturalmente, a favor de que la campaña se desarrollara

²¹⁶⁹ *Clarín*, 4/3/1989.

²¹⁷⁰ Grosso adoptaría así un discurso similar al de Cafiero: “la renovación es una metodología instalada en el peronismo y no puede dividirse en menemistas y cafieristas”. *Página/12*, 8/1/1989.

²¹⁷¹ *Página/12*, 9/4/1989.

²¹⁷² Menem ya advirtió de que “en lo formal decide un Consejo elegido según la realidad interna vigente en diciembre [de 1987], pero el marco de esas decisiones tienen que ser los resultados de las elecciones del 9 de julio”. *Página/12*, 9/10/1988.

desde cauces institucionales y con el mayor control centralizado posible²¹⁷³. De hecho, hasta la mayoría de los renovadores convalidaba la apuesta por un Mera Figueroa que siempre se había mostrado como una figura eficaz y conciliadora. Pese a ese relativo consenso, el menemismo en sí mismo, lejos de ser un lugar unitario y simple, suponía un espacio sumamente heterogéneo en el que diversos grupos pugnaban por hacer valer sus intereses, lo que complicaría enormemente la labor del jefe de campaña. Uno de ellos era el conocido coloquialmente como *Los 12 apóstoles*, constituido por el círculo de confianza más cercano a Menem, que disfrutaba de un acceso directo al candidato y podía influir sobre él directamente²¹⁷⁴. Obviamente, aprovechando esa cercanía y ese poder informal, trató en todo momento de situarse por encima de las decisiones de Mera Figueroa y dirigir para su beneficio las coordinadas de la carrera presidencial. Fruto de esa presión, Menem haría que la campaña pasara a estar oficialmente dirigida por un espacio mayor, conformado por aquella comisión de ocho miembros decidida a supervisar la formación de las listas de unidad, ampliada ahora con la inclusión de Eduardo Menem y Manzano²¹⁷⁵.

Sin embargo, pese a que ésa era la situación formal, esa comisión tuvo una escasa incidencia real y era en la práctica el extendido Consejo Nacional del partido el que hacía, por ese entonces, las funciones de comando de campaña²¹⁷⁶. Así fue hasta que, finalmente, a inicios de 1989, se decidió para su dirección la conformación de un triunvirato, compuesto por Mera Figueroa, Grosso y Kohan²¹⁷⁷.

Más allá de estos nombres y nuevos reagrupamientos, la última palabra en la campaña la tuvo, obviamente, un Menem que no siempre contaba con los consejos que le llegaban desde todos estos espacios. Su independencia se vería reforzada además por

²¹⁷³ *Clarín*, 28/8/1988.

²¹⁷⁴ Según Alberto Kohan, uno de sus miembros, este grupo venía trabajando en las aspiraciones presidenciales desde hacía un año. Entre sus miembros destacaban Eduardo Menem, Bordón, Vanrell, Bauzá, Corzo y Luis Barrionuevo. *Página/12*, 3/9/1988. En realidad, no sólo figuras de su círculo íntimo influirán sobre Menem en la confección de la campaña, sino que también un antiguo miembro de la liberal Ucedé, como Mora y Araujo, asesoría personalmente al candidato justicialista. *Página/12*, 3/2/1989.

²¹⁷⁵ *Página/12*, 9/10/1988.

²¹⁷⁶ *Página/12*, 13/10/1988.

²¹⁷⁷ *La Voz del Interior*, 23/1/1989. En medio de pujas cada vez más fuertes entre los distintos sectores del menemismo, fue el propio Menem el que decidió implementar esa forma de triunvirato conformado por un renovador, un menemista y la persona que teóricamente estaba desempeñando la función de director de campaña. La decisión resultó polémica, ya que Bauzá venía apostando por un comité de doce miembros en el que estarían incluidos Grosso y Manzano, mientras que el resto de menemistas se oponía a la incorporación de figuras renovadoras. *La Voz del Interior*, 23/1/1989. Por supuesto, a Mera Figueroa tampoco le satisfizo una situación que recortaba sus antiguas prerrogativas.

el hecho de que cada vez encontraba menos resistencias a la hora de imponer sus puntos de vista, como se hizo patente en el congreso partidario celebrado en febrero de 1989 en Mar del Plata con el fin de perfilar definitivamente la campaña. Totalmente opuesto a otras reuniones partidarias, en las que se habían escenificado las profundas divisiones en el partido, en este congreso, Menem llegaría a declarar, en un guiño de unidad, que Cafiero y él eran “la misma cosa” y todo se desarrolló en un tranquilo clima de consenso²¹⁷⁸.

Contra todo pronóstico, el elemento que más iba a afectar a la tranquilidad de la campaña justicialista no serán tanto los obstáculos colocados por los antiguos renovadores como la carrera por los futuros cargos que se iba desarrollando entre dos mencionados grupos menemistas en formación: los llamados *celestes*, más cercanos a los nuevos vientos liberales, dentro de los cuales se podría ubicar a Eduardo Menem y a Eduardo Bauzá²¹⁷⁹, y los conocidos como *rojos punzó*, más sensibles a la ortodoxia tradicional del peronismo, encabezados por figuras como Alberto Kohan y Luis Barrionuevo²¹⁸⁰. Estas nuevas rencillas y reagrupamientos no desgastaron, sin embargo, las posibilidades de un Menem que consiguió una clara victoria en medio de un muy convulso panorama social y económico. El candidato justicialista rozó aquel 14 de mayo de 1989 el 50 % de los votos, logrando imponerse en todos los distritos, excepto en Córdoba y Capital Federal²¹⁸¹. En otra muestra de su éxito, el partido, además, se quedó

²¹⁷⁸ *Página/12*, 26/2/1989. Las únicas voces discordantes que se escucharon durante esos meses fueron las de De la Sota y Manzano, quienes criticaban varios aspectos de la futura política militar y de seguridad y propuestas como la de la moratoria de la deuda. Como se relataba en *El País*: “Parecía que los peronistas iban a estallar, víctimas de las disputadas internas entre menemistas, sindicalistas y renovadores, más el ingrediente de las continuas contradicciones de su candidato presidencial (...). Todo ese potencial explosivo se quedó en puro fuego de artificio. Los peronistas cerraron filas. Si había contradicciones, quedaron barridas debajo de la alfombra”. Sin embargo, esa unidad tenía un precio: “el sábado, el congreso fue un mero trámite y la plataforma se aprobó por unanimidad. Los casi 600 delegados probablemente no sabían lo que aprobaron, porque al concluir el congreso muchos preguntaban al enviado de este periódico dónde había conseguido un ejemplar de la plataforma electoral”. *El País*, 27/2/1989.

²¹⁷⁹ Los *celestes*, pasado un tiempo, se acercarían, paradójicamente, a De la Sota y Manzano. De hecho, este último y Bauzá trabaron una buena amistad personal, facilitada por provenir ambos de la misma provincia.

²¹⁸⁰ *Página/12*, 12/4/1989.

²¹⁸¹ *Página/12*, 16/5/1989. Menem tendría como principal adversario al radical y, hasta entonces, gobernador de Córdoba, Eduardo Angeloz. Como explica Hugo Quiroga, ninguno de los dos podía adscribirse al ala renovadora de su partido: “En el radicalismo, en cambio, el candidato surgió de la “decisión autoritaria” del propio presidente del partido, Raúl Alfonsín, que entendió que el mejor candidato era el Gobernador de la provincia de Córdoba, uno de los bastiones del radicalismo que había sobrevivido a la derrota electoral de 1987. A pesar de la oposición de la corriente progresista del radicalismo, el candidato fue un representante de su ala tradicional”. Quiroga, *op.cit.*, p.62.

a sólo dos escaños de una mayoría absoluta en la Cámara de Diputados de la que sí disfrutaría en el Senado²¹⁸².

La campaña y la victoria final de Menem habían brindado dos importantes lecciones en el frente interno peronista. Por una parte, se hizo patente que el riojano, lejos de su pasado renovador del que todavía hacía gala, iba a promover un nuevo estilo de dirección directa que se situaría por encima de las instituciones. Esas intenciones quedaron reflejadas en varios de sus discursos de la campaña, empezando por la consigna que servía de conclusión de la mayoría de ellos. El famoso “Sígueme, que no los voy a defraudar” expresaba, precisamente, ese nuevo liderazgo cercano y excluyente, que no necesitaba de mayores intermediarios para establecer una relación directa entre líder y votantes. Por supuesto, la realidad resultó muy compleja y ni Perón ni Menem prescindieron nunca del partido. Sin embargo, ese ideal de ejercer un liderazgo directo sería una de las características compartidas por ambas figuras.

En segundo lugar, cada vez era más evidente que las viejas divisiones entre cafieristas y menemistas resultaban ahora obsoletas ante un nuevo contexto en el que ya se empezaban a perfilar nuevas líneas de enfrentamiento que recorrían lógicas diferentes a las anteriores. Como ilustraba el corresponsal de *El País*, a la altura de junio de 1990, “para clasificar a los peronistas se requiere hoy día métodos de trabajo propios de un entomólogo. Ha quedado ya casi obsoleta la tradicional división entre *menemistas* y *renovadores*”²¹⁸³. Esa superación de los viejos clivajes quedó patente en el discurso del riojano, quien, en su concepción sobre la situación de la democracia, recuperaría clichés clásicos del justicialismo. Trazando una frontera tanto con el alfonsinismo como con las principales preocupaciones de los renovadores, Menem declararía asimismo que “basta de incursionar en el terreno de democracia o dictadura, la democracia está totalmente asegurada y la opción ahora es una sola: liberación o dependencia”²¹⁸⁴.

Esa vuelta de página no se limitó a las ideas y a lo discursivo. Con la asunción del nuevo gobierno parecía obvio que los tiempos de la Renovación, salvo pequeñas resistencias, habían quedado ya superados, como reflejó la conformación del nuevo

²¹⁸² *Página/12*, 16/5/1989.

²¹⁸³ *El País*, 4/6/1990.

²¹⁸⁴ *Página/12*, 28/11/1988. Resultaba curioso y, a la vez, clarificador de sus preferencias que Menem dijera esas palabras desde Madrid, justo en un momento en el que empezaba a desatarse la crisis económica del final del gobierno de Alfonsín y en el que se seguía bajo la amenaza de nuevos levantamientos militares.

gabinete en el que se daba una clara hegemonía del menemismo histórico y de figuras personalmente vinculadas al presidente y en el que no figuraba ya ningún renovador. La figura elegida para la clave cartera de Economía, Miguel Roig, confesaba que ni siquiera había votado por Menem en las elecciones²¹⁸⁵, sin embargo, su pertenencia al grupo Bunge & Born reflejaba ese deseo por parte del presidente de incluir en su proyecto a los grandes empresarios nacionales, en una suerte de aquella “comunidad organizada” pretendida por Perón. Otros miembros importantes del gabinete, como el ministro de Interior, Bauzá, o el de Salud y Bienestar Social, Corzo, eran personajes con una larga trayectoria de amistad personal con el riojano; mientras que Cavallo (Relaciones Exteriores) o Luder (Defensa), si bien no podían presumir de ese vínculo personal, sí debían al presidente su nueva posición. Por el contrario, ningún miembro de la antigua Renovación consiguió entrar en el nuevo gabinete. Por si quedara alguna duda del destino que le cabía a la antigua línea tras su derrota en julio de 1988, los primeros compases del gobierno de Menem certificaron definitivamente su irrelevancia política.

9.2.2. El peronismo en los primeros años del gobierno de Menem

Como ya describimos, Menem protagonizaría una vez llegado al gobierno²¹⁸⁶ un giro que parecía cuestionar todos los fundamentos sobre los que se había asentado durante décadas la identidad justicialista. Por supuesto, la realidad de un partido que atesoraba décadas de convulsa historia resultaba sumamente compleja y llena de matices y difícilmente podía ser asimilada a unas pocas consignas. Pese a ello, su apuesta por superar la crisis con recetas liberales y su estilo independiente, que incluso marcaba diferencias con unos sindicatos que lo habían apoyado durante la campaña y que años antes habían liderado la oposición al gobierno radical, suponía un fuerte cuestionamiento sobre lo que históricamente había significado esa identidad peronista. No se trataba únicamente de que Menem se codeara con las más reconocidas figuras liberales de Argentina, como los Alsogaray, e iniciara una etapa de privatizaciones y recortes en el Estado. Al contrario, los cambios y los actos simbólicos afectaban a casi

²¹⁸⁵ *El País*, 6/6/1989.

²¹⁸⁶ Como se sabe, Menem asumió la presidencia varios meses antes de lo previsto constitucionalmente, el 8 de julio de 1989, cuando teóricamente debía hacerlo en diciembre de ese año. En medio de la grave crisis económica y social que padecía Argentina y la escasa credibilidad que atesoraba el gobierno saliente, Alfonsín y Menem pactaron el adelanto del recambio en el Ejecutivo.

todas las esferas de lo que suponía el justicialismo: desde el anuncio de las llamadas “relaciones carnales” con EEUU²¹⁸⁷ a la visita que realizó el presidente al domicilio de Isaac Rojas, uno de los protagonistas de la *Revolución Libertadora*, en señal de concordia²¹⁸⁸.

El presidente quiso iniciar, a partir de su asunción, una nueva etapa en la que el pasado, incluyendo su propio programa de campaña, no fuera tenido en cuenta y en la que el peronismo pudiera aplicar políticas diferentes sin mayores reparos. Esa intención de marcar una frontera con lo anterior quedó perfectamente resumida cuando afirmó que “no podemos ser como la bíblica mujer de Lot, que se transformó en una estatua de sal de tanto mirar hacia atrás”²¹⁸⁹. Sin embargo, la profundidad de las medidas sumió al conjunto del partido en un fuerte debate sobre el camino a seguir²¹⁹⁰. Como reconocía el propio Eduardo Menem: “no podemos dejar de admitir que algunos dirigentes todavía se resisten a encuadrarse dentro del nuevo esquema”²¹⁹¹.

El debate no se circunscribió al mundo político y llegó a la esfera académica, donde se discutió sobre si Menem suponía un corte absoluto con el pasado del peronismo o si existían más continuidades de las esperadas en una lectura superficial. Siguiendo de nuevo a Novaro y Palermo, se podrían distinguir tres posiciones básicas en esa discusión. Para algunos autores, como José Nun, existía una continuidad entre estilos, discurso y apoyo social entre Perón y Menem, sólo separados por diferencias en el contexto y en la implementación de algunas políticas concretas. En sentido opuesto, otros investigadores sostenían que entre ambos líderes existía una ruptura absoluta,

²¹⁸⁷ Así calificó el ministro de Relaciones Exteriores, Guido di Tella, al nuevo vínculo que unía a Argentina con un histórico enemigo del peronismo como era EEUU. Como muestra de esa nueva cercanía, Argentina llegaría a enviar tropas a la Guerra del Golfo.

²¹⁸⁸ Isaac Rojas, que durante muchos años había encarnado la imagen perfecta del antiperonista, declaró poco después de las elecciones de 1989 que Menem “da la impresión de ser una buena persona de buenos sentimientos”, “su mirada impone respeto”. Más allá del simbolismo de esas palabras, las mismas hablaban del magnetismo que inspiraba el riojano que, más allá de su pensamiento político, lograba seducir para su causa a personas de cualquier procedencia. Como anécdota de ello, el famoso músico Astor Piazzolla había declarado que, si Menem vencía en las elecciones, no regresaría a Argentina. Sin embargo, poco después, en un concierto celebrado en Buenos Aires al que acudió el presidente electo, Piazzolla dijo desde el escenario: “Gracias, doctor Menem, gracias por pedirme que me quede en Argentina. Gracias por hacerlo como usted sabe hacer las cosas”. *El País*, 13/6/1989.

²¹⁸⁹ *Página/12*, 18/11/1989.

²¹⁹⁰ Una muestra de esos debates se dio en la revista *Unidos*, muy cercana al caferismo y al futuro Grupo de los 8. Como señalaba Wainfeld, Menem no suponía la esencia del peronismo en sí “pero sí es un genuino producto del peronismo: el ganador de una larga guerra. No un usurpador”. *Unidos*, n°22, diciembre 1990, p.8. Posteriormente, la publicación abrazará la causa de Los 8 y marcará una frontera nítida entre el menemismo y lo que ellos consideraban el peronismo verdadero.

²¹⁹¹ *Página/12*, 27/8/1989.

diferenciándose entre quienes consideraban que era un corte beneficioso para la política argentina, como Mora y Araujo, y quienes lo veían como un paso atrás, como Campione y Muñoz. Por último, existía una tercera posición, encarnada en Juan Carlos Torre, que consideraba que era inconveniente comparar peronismo y menemismo, pues el último era sólo un fenómeno coyuntural que daría paso de nuevo al peronismo clásico²¹⁹².

Como fuere, a pesar de la radicalidad de los cambios y el *shock* que produjo su rápida aplicación, desde el círculo del presidente se trató que las nuevas recetas fueran asumidas sin mayor discusión y con total acatamiento. Existía, más allá de los deseos del presidente, una diferencia de fondo respecto al periodo anterior a 1989: como partido de oposición, el peronismo pudo permitirse encerrar una gran gama de opiniones y matices, incluso contradictorios. De hecho, como vimos, esa heterogeneidad hasta resultó funcional a la hora de entorpecer varios proyectos del gobierno alfonsinista. Ahora, como partido de gobierno, las críticas internas cobraban un nuevo sentido y la tolerancia hacia ellas se redujo drásticamente. Al contrario, las responsabilidades en el gobierno hicieron que el justicialismo se convirtiera en una estructura sumamente rígida, en el que las disidencias que se permitieron no atacaban cuestiones fundamentales del programa de reformas menemista²¹⁹³.

Para lograr acallar las disidencias y conseguir un partido sumiso a sus políticas, Menem debió articular una estrategia en la que conjugó tanto la presión como los incentivos de caminar a su lado en silencio, así como una calculada indiferencia sobre los símbolos partidarios. Una simple anécdota, como fue la celebración del 17 de octubre de 1989, ya dio numerosas muestras sobre esto último. El presidente se limitó en ese día a firmar una solicitada en los diarios²¹⁹⁴ y fue la Juventud Peronista el único

²¹⁹² Novaro y Palermo, *Política y poder... op.cit.*, pp.17-18.

²¹⁹³ Como veremos en las próximas páginas, Menem consiguió que el partido quedara supeditado a sus propuestas. No obstante, la relación que se estableció entre el partido y el gobierno es más compleja que la de la simple sumisión. Según Novaro y Palermo, el peronismo “es, a semejanza del PRI mexicano, un partido “estatal”, comandado desde el estado y reducido a instrumento político de gobierno. Pero no es accesorio ni mucho menos irrelevante: en manos del líder es un instrumento fundamental para garantizarle a aquél el éxito o al menos la viabilidad de sus políticas de gobierno, actuando activamente en la selección de candidatos, la promoción de nuevas figuras y en las campañas electorales. Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*. Buenos Aires: Losada, 1998, p.40.

²¹⁹⁴ *Página/12*, 18/10/1989.

sector que realizó una marcha en conmemoración de la jornada más importante para el peronismo²¹⁹⁵.

En esa búsqueda hacia un partido totalmente identificado con el menemismo, los hombres cercanos al riojano, presumiendo de una mayor legitimidad tras la victoria electoral, siguieron avanzando sobre los espacios de poder claves del justicialismo, como ya venían haciendo tras imponerse en la interna de 1988, pero ahora de una manera más efectiva. Así por ejemplo, la ofensiva sobre Manzano y sobre el control de Diputados se verá redoblada, pero lo hará desde unos parámetros diferentes a los de meses atrás, puesto que las distintas divisiones se verían cada vez más desdibujadas. Si meses antes fue Julio Corzo el encargado de encabezar la embestida sobre el mendocino, ahora el protagonismo le correspondería a un Alberto Pierri convencido de que la presidencia del bloque debía destinarse a un menemista. Ambiguamente avalado por un Menem que adelantaba que el puesto sería para “un hombre de mi completa confianza, que conozca el paño”²¹⁹⁶, Pierri aspiraba a convertirse en el exclusivo enlace entre Menem y el resto de diputados y se enzarzó con Manzano en una polémica a la que no le faltaron los insultos mutuos en el recinto del Congreso²¹⁹⁷. De manera fiel a ese nuevo estilo en el que, ante todo, se pretendía evitar los enfrentamientos internos y ofrecer una imagen en el que las soluciones parecieran consensuadas, el conflicto se resolvió oficialmente con un nuevo reparto de los espacios, con Manzano conservando su puesto y Pierri siendo elevado a la presidencia de la Cámara Baja²¹⁹⁸. Sin embargo, detrás de esa aparente decisión salomónica, se encerraban numerosas lecturas que hablaban de los cambios que se estaban viviendo en el peronismo. En primer lugar, como resultaba obvio, la fuerte controversia interna afectó al normal funcionamiento de una bancada justicialista que, pese a su unidad proclamada, iba dividiéndose en facciones informales en una deriva que, más que atender a criterios ideológicos, tenía muchas veces más que ver con el cumplimiento de ambiciones personales. Este último factor resulta determinante para entender la lógica de los próximos movimientos al interior del partido y las limitaciones

²¹⁹⁵ La marcha de la JP tenía, además, un carácter crítico con las primeras medidas del gobierno, especialmente contra el indulto a los militares sobre el que se venía trabajando.

²¹⁹⁶ *Página/12*, 8/6/1989. La frase podía ser interpretada de muchas formas y podía ir dirigida tanto para un menemista como para un Manzano que, precisamente, quería ganarse el favor del presidente por su experiencia y eficacia en el Parlamento.

²¹⁹⁷ *Página/12*, 3/9/1989.

²¹⁹⁸ En este reparto, Augusto Alasino, otro de los menemistas sobre los que se especulaba que podía ser el próximo jefe del bloque, debió conformarse con la vicepresidencia primera del mismo. *Página/12*, 3/11/1989.

a las que se vio abocado la construcción de un espacio opositor al menemismo. De hecho, las discusiones al interior del partido no giraron tanto sobre aspectos teóricos y técnicos como sobre la conveniencia o no de la política de alianzas con los liberales, que podía afectar al futuro rendimiento electoral del peronismo. Así, mientras Mera Figueroa lamentaba la complejidad de llegar a acuerdos con otras fuerzas debido a ello, para Jorge Yoma²¹⁹⁹ el haber incorporado figuras liberales al gobierno había sido positivo para frenar el desgaste del partido: “De cualquier manera, había que hacer un plan de ajuste. Era preferible que pagasen ellos el costo y estar nosotros limpios”²²⁰⁰.

Aunque la citada falta de unidad en Diputados obstaculizó el normal tratamiento de proyectos que el Ejecutivo consideraba claves, como el de la Ley de Emergencia Económica²²⁰¹, paradójicamente, la misma resultaba funcional para los planes de Menem sobre el partido. A medio plazo, la estrategia del presidente pasaba por atomizar y desnaturalizar todos los espacios institucionales del peronismo, incluidas las propias estructuras partidarias, sustituyendo esas redes por vínculos directos de lealtad a su liderazgo. De esa manera, una bancada dividida y sin poder efectivo rebajaba la amenaza de un fuerte cuestionamiento a las nuevas políticas y la conformación de un polo opositor interno.

En segundo lugar, el ejemplo de las disputas al interior del Congreso refleja perfectamente el hecho de que muchos antiguos renovadores optaron por seguir el camino que los llevaba hacia encolumnarse en el menemismo más estricto. Nuevamente, en esa decisión, por supuesto, pesaba enormemente el instinto de supervivencia político que llevaba individualmente a esos renovadores a continuar su carrera bajo nuevas premisas, ya que cada vez resultaba más evidente que encastillarse en las antiguas posiciones parecía sólo traducirse en el olvido político. Como venimos sugiriendo, el enfoque de la elección racional resulta bastante efectivo para explicar por qué la mayoría de los cuadros justicialistas se sumaron al nuevo paradigma incluso después de haber defendido posturas prácticamente contrarias en los últimos años. Sin embargo, como

²¹⁹⁹ Jorge Yoma, hermano de Zulema, era cuñado de Menem, cuyas familias llevaban décadas vinculadas por lazos no sólo personales, sino también políticos. Su padre, José Tomás había ejercido como gobernador en La Rioja y, tras ser detenido por la Revolución Libertadora, fue el joven abogado Menem quien lo ayudó para ser liberado. Ayudado por esas conexiones, Yoma fue elegido diputado nacional en 1989 y sería un fiel aliado del presidente durante su mandato.

²²⁰⁰ *Página/12*, 13/3/1991.

²²⁰¹ *Página/12*, 3/9/1989.

resulta obvio, esa elección personal que trataba de maximizar su capital político individual no es el único factor que explica la facilidad con la que se dio el giro ideológico que afectó al partido en apenas unos meses. Como ya subrayó Levitsky, esta metamorfosis se situaba dentro de un marco de muy escasa institucionalización y ausencia de normas internas, que facilitó unos cambios tan bruscos sin que la unidad del partido se viera peligrosamente comprometida. En ese sentido, el partido no había cambiado demasiado tras la etapa de apogeo de los renovadores: “En la práctica, la organización del PJ nunca asimiló a la estructura burocrática delineada en los nuevos estatutos. En muchos aspectos, los renovadores no se esforzaron demasiado para cambiar el modo de funcionamiento del PJ. (...) El PJ posterior a la Renovación seguía careciendo de una burocracia central eficaz, capaz de disciplinar o controlar las organizaciones de menor nivel”²²⁰².

Pese a que los cambios producidos por la Renovación fueron en buena parte superficiales, Menem supo utilizar a su favor las transformaciones que éstos realizaron o dejaron abocetadas. Como ilustran Novaro y Palermo: “Menem supo aprovechar los cambios que había empezado a introducir la “renovación”: la democratización de la vida interna, la apertura del mundo político-cultural peronista a las influencias de la opinión pública, el acercamiento a los economistas y formadores de opinión empresaria, y a los grandes grupos económicos locales”²²⁰³. Todo ello le serviría al presidente en su tarea de convencer a sus compañeros de que sólo existía un camino a seguir.

Azuzado por una crisis de gobernabilidad cuya solución permitía caminar en cualquier dirección, el justicialismo, que siempre se había caracterizado por un espíritu gregario y vertical, se colocó detrás del nuevo líder que parecía asegurar tanto el éxito electoral como el propio, en una simbiosis en la que se conjugaba lo institucional y lo personal. Uno de los casos más extremos de ese pasaje hacia el menemismo lo daría el propio Manzano, quien, apenas unos meses más tarde de la polémica antes descrita,

²²⁰² Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 73.

²²⁰³ Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *Los caminos de la centroizquierda...*, *op.cit.*, p.39. Estos autores sostienen que los cambios introducidos por la Renovación fueron mucho más sustantivos de lo que se pensaba: “de tal modo, los recursos populistas puestos en práctica por Menem desde 1988 en adelante se desarrollaron en un contexto que se aleja bastante del pasado movimientista y poco tiene que ver con la idea del “vacío institucional” acuñada a la luz del populismo peruano. Por el contrario, lo hicieron en el marco de una identidad que había sufrido un proceso de transformaciones previas que elevaron sustancialmente su nivel de institucionalización”. *Ibidem*, p.50.

recibiría varias críticas de sus compañeros de bancada por su inflexibilidad y dureza a la hora de aplicar los proyectos emanados desde el Ejecutivo, llegando a ser considerado prácticamente un interventor de Menem en el Congreso²²⁰⁴. El mendocino sería así la mejor encarnación de esa flexibilidad y escasa rigidez ideológica que muchas veces caracteriza al político peronista, que alcanzó su paroxismo en estos años del menemismo. De una manera más sutil, la mayoría del partido también terminó por aceptar la nueva política sin mayores protestas, pero, por supuesto, el ejemplo de Manzano no fue seguido por todos sus antiguos compañeros de línea.

La opción de oposición total al menemismo estaría encarnada por el ya mencionado Grupo de los 8²²⁰⁵. Su protesta ante lo que consideraban un desvío intolerable de la esencia peronista no será la única, pero sí la más visible y articulada. Durante la presentación de un documento del nuevo núcleo, uno de sus integrantes, Luis Brunati, subrayó la crítica fundamental que realizaban contra el gobierno: “pretenden sumisión y acatamiento al modelo liberal por parte de quienes recibieron un claro mandato en sentido contrario”. Desde su punto de vista, seguir al menemismo suponía “traicionar nuestras convicciones más profundas”²²⁰⁶.

Siguiendo su discurso, las críticas que levantaban, además, no debían confundirse con internismo, sino como una forma de enriquecer una democracia argentina disminuida en aras de paliar la emergencia económica: “No somos internistas, porque esas posiciones parten de nuestro compromiso con la democracia, con la estabilidad institucional y con nuestro irrestricto respeto a la voluntad popular. De aquí que nadie pueda sostener con seriedad que las críticas o las diferencias internas son desestabilizadoras”²²⁰⁷. En ese sentido, más que una oposición a las políticas económicas aplicadas por el menemismo, que, por supuesto, estaba siempre presente, la dirección de

²²⁰⁴ *Página/12*, 28/2/1990. Los roces con Manzano serían constantes a lo largo de los siguientes meses. Mera Figueroa pretendía su desplazamiento, como también querían los diputados saadistas, muy en desacuerdo de la política económica del gobierno. *Página/12*, 4/3/1991. Los 8 criticarían también a Manzano: “no hay sesiones; la entente Manzano-Jaroslavsky [por César Jaroslavsky, presidente del bloque radical] es responsable del descrédito del Parlamento y Manzano es un apéndice del Poder Ejecutivo”. *Página/12*, 31/5/1990.

²²⁰⁵ Resulta significativo que todos los integrantes del Grupo de los 8, excepto el entrerriano José Ramos, provinieran de la provincia de Buenos Aires o de la Capital Federal. Este hecho, que puede parecer anecdótico, tendrá consecuencias en el futuro desarrollo del sector, que fue visto como un fenómeno excesivamente porteño.

²²⁰⁶ *Página/12*, 30/1/1990.

²²⁰⁷ Este párrafo forma parte del documento *Hay otro camino* que el Grupo de los 8 presentó ante el Consejo del peronismo y cuya introducción fue recogida en la revista *Unidos*. *Unidos*, n°21, mayo 1990, p.131.

la protesta caminaba muchas veces más hacia el respeto por los valores republicanos y morales que, en su parecer, se habían debilitado enormemente en los últimos años. Su propuesta pasaba así por “recuperar el sentido del voto del 14 de mayo [de 1989], volviendo a expresar a los sectores más castigados por la crisis”. “En este camino, la credibilidad y la racionalidad de la política no sólo se juzgaría por la eficiencia, sino también por los valores. Por eso, es necesario que para rectificar el rumbo, el Presidente produzca cambios decisivos respecto a muchos de los hombres que lo acompañaron lealmente en otras circunstancias, pero que hoy aparecen seriamente cuestionados por la sociedad”²²⁰⁸.

Por supuesto, aunque pequeño, este desafío a la línea oficial conllevó la respuesta del resto de un partido que no actuó con total armonía. Como en los meses anteriores, Cafiero continuaba en una situación que lo encaminaba hacia la irrelevancia política, pese a encabezar teóricamente el partido, entre el apoyo al gobierno y la búsqueda de la homogeneidad de un justicialismo que, también desde su perspectiva, estaba perdiendo su identidad. Sus declaraciones de ese momento estaban cargadas de esa ambivalencia y ese equilibrio imposible y, de esa manera, si bien afirmaba que “los peronistas tenemos una ideología definida que nada tiene que ver con el liberalismo”, al mismo tiempo apuntaba que carecía de la intención de “desafiar al presidente Carlos Menem”²²⁰⁹. Ante el problema planteado por Los 8, Cafiero reafirmó su lealtad al gobierno, expresando que los peronistas debían “respetar, no hacer juicios temerarios, no involucrar al Gobierno en intenciones que no tiene y no repetir las críticas de la oposición”²²¹⁰. Sin embargo, cuando en el Consejo se planteó la posibilidad de castigar a los disidentes, Cafiero se mostró mucho más condescendiente: “es cierto que estos muchachos, con su actitud, han provocado una cuestión, pero creo que no es de la gravedad que se le pretende atribuir”²²¹¹. Más allá de su opinión sobre el tema, que posiblemente estaba más cercana al discurso de los disidentes, existía en esta toma de posición tan ponderada una cuestión familiar, ya que no debemos olvidar que uno de los hijos de Cafiero, Juan Pablo, formaba parte del grupo de Los 8. Por su parte, figuras importantes del partido sin esas trabas y mucho más cercanos a los intereses del

²²⁰⁸ *Unidos*, n°21, mayo 1990, p.137.

²²⁰⁹ *Página/12*, 20/3/1990. Cafiero había afirmado, poco después de las elecciones de 1989, que pretendía “desarrollar un equilibrio entre un partido que no sea obsecuente hacia el futuro presidente ni un crítico inoportuno de las medidas del próximo gobierno”. *Clarín*, 28/6/1989.

²²¹⁰ *Página/12*, 30/1/1990.

²²¹¹ *Página/12*, 6/2/1990.

presidente, como Eduardo Menem, expresaron un parecer menos contemporizador al afirmar que “las discrepancias (...) se debaten previamente en el partido y no a través de los medios de difusión”. Para el hermano del presidente, esa voz crítica de Los 8, lejos de suponer un ejercicio de democracia interna, “no tiene nada que ver con la libertad de expresión, sino con la disciplina partidaria”²²¹².

Finalmente, este primer conflicto se resolvió con una solución de compromiso y el Consejo decidió no someter a Los 8 al tribunal de disciplina partidario. Pese a ello, no se dejó de pasar la oportunidad de amonestarlos como señal de advertencia de cara al futuro. El comunicado que emitió el Consejo al respecto tendría el sugerente título de *La democracia interna también exige disciplina partidaria* y en él se aceptaba la discusión interna en el partido, pero al mismo tiempo se exigía respeto por “lo que la mayoría decida”. Así, según la versión oficial del partido, el debate interno, “para que no se transforme en anarquía debe canalizar sus iniciativas e inquietudes a través de las estructuras orgánicas”²²¹³.

Por supuesto, este desenlace, que dejaba intactas las causas de la división, no supondría el capítulo final para un Grupo de los 8 que, lejos de claudicar y acatar el silencio que se les reclamaba, siguieron trabajando para perfilar un espacio propio de resistencia al menemismo. Ciertamente, existían señales de que en el fondo existía una oposición o, como mínimo, un cierto grado de incompreensión, ante las políticas de Menem. En el 17 de octubre de 1990, lejos de la imagen de unidad que pretendía ofrecer el gobierno, se realizaron actos separados en provincias como Salta, Jujuy o Santiago del Estero, mientras que se organizaron marchas de repudio contra la política económica en Chubut²²¹⁴ y en la Capital Federal²²¹⁵. Aprovechando la ventana de oportunidad que les ofrecía el malestar interno provocado por las reformas económicas para sumar apoyos, en mayo de 1990, Los 8 organizaron un congreso fundacional en Villa María con la intención de “recuperar para el peronismo su carácter revolucionario y transformador”²²¹⁶. Sin embargo, pese a esos intentos, su posición resultaba cada vez

²²¹² *Página/12*, 30/1/1990.

²²¹³ *Página/12*, 7/2/1990.

²²¹⁴ *Página/12*, 17/10/1990.

²²¹⁵ *Página/12*, 18/10/1990.

²²¹⁶ *Página/12*, 3/5/1990. Como ilustran Novaro y Palermo, el congreso tuvo por lema “Peronismo o Liberalismo” y a él acudieron miles de militantes y dirigentes, así como representantes del sindicalismo duro. Novaro y Palermo: *Los caminos de la centroizquierda...*, *op.cit.*, p.84.

más insostenible al interior de un partido progresivamente más homogéneo en torno al presidente. A fines de 1990, se produciría la primera ruptura oficial, con un Brunati que se despedía de la institución en la que llevaba años militando con el argumento de que Menem había traicionado la idea de su programa electoral²²¹⁷. Juan Pablo Cafiero abandonaría poco después su puesto en el Consejo partidario, como muestra de repudio por la firma del indulto a los militares²²¹⁸.

Los 8, paulatinamente, irán siguiendo ese camino y comenzaron a entablar negociaciones con otras agrupaciones y partidos con el objetivo de crear un polo de oposición a Menem. Sin embargo, cosecharían escaso éxito a la hora de arrastrar con ellos a un número significativo de compañeros peronistas²²¹⁹. Dos años después, en 1993, el círculo de Chacho Álvarez se acercaría al democristiano Carlos Auyero y a Graciela Fernández Meijide para formar el Frente Grande, que sería el germen del futuro Frente del País Solidario (FREPASO) y la posterior Alianza.

Como venimos apuntando, ese espacio para la disidencia, por muchos reparos personales que pudiera provocar el nuevo rumbo político, contaba con escasos incentivos para prosperar. Tantos los legisladores como los distintos gobernadores estaban, en realidad, atados a la suerte del gobierno: emprender una batalla frontal contra Menem suponía un suicidio político que se concretaba en la falta de apoyo político y económico para una futura reelección²²²⁰. Por si ello no fuera suficiente, Menem presionaría sobre cualquier foco de probable rebeldía, por pequeño que éste fuera. Incluso lo hará sobre un Cafiero, cuya protesta no pasaría de declarar que “los peronistas tenemos una ideología definida que nada tiene que ver con el liberalismo”²²²¹, a quien respondería que sus medidas no eran liberalismo, sino “justicialismo de la más alta estirpe”²²²².

²²¹⁷ *Página/12*, 19/12/1990.

²²¹⁸ *Página/12*, 28/12/1990. Unos meses después, en mayo de 1991, el grupo comandado por el propio Juan Pablo Cafiero, Carlos Álvarez y Germán Abdalá también abandonaría el partido. Novaro y Palermo, *Los caminos de la centroizquierda...*, *op.cit.*, p.87.

²²¹⁹ Las elecciones de 1991 serían así un verdadero desastre para los antiguos miembros de Los 8. No era sólo que no consiguieron sumar apoyos, sino que hasta se presentaron divididos. Unos optaron por el Frente Popular, mientras que otros, más moderados, formaron el FREDEJUSO. Ninguna de las dos agrupaciones, que, además, sólo presentaba candidatos en el ámbito de Buenos Aires, consiguió superar el 3,5 % de los votos. Novaro y Palermo: *Los caminos de la centroizquierda*, *op.cit.*, p.90.

²²²⁰ *Página/12*, 21/4/1990.

²²²¹ *Página/12*, 20/3/1990.

²²²² *Página/12*, 18/3/1990.

Complicando la situación, la heterogeneidad de los opositores, etiqueta bajo la que cabían sectores tan diferentes como el Grupo de los 8 o los saadistas²²²³, hacía muy difícil el diálogo y la formación de un frente común. Ante todos esos obstáculos, no extraña, pues, que el mensaje de que resultaba mucho más conveniente adaptarse al nuevo contexto calara ampliamente. Ese progresivo consenso se pudo observar en la práctica en numerosos actos. Durante el plenario partidario celebrado en marzo de 1990, en el que Menem habló de la famosa “cirugía mayor” sobre el “estado elefantiástico”, las palabras del presidente cosecharon un éxito generalizado²²²⁴. Apenas un mes más tarde, menemistas como Rubén Cardozo y Luis Barrionuevo organizaron una reunión en Mar del Plata a la que acudieron cerca de 10.000 dirigentes y militantes, simbolizando la unidad y el consenso en torno al rumbo del gobierno²²²⁵.

En ese nuevo contexto, la conducción partidaria presidida por Cafiero aparecía casi como una rémora cuyo recambio sólo estaba esperando un momento oportuno para producirse. El mismo llegó con la derrota del gobernador bonaerense en el referéndum provincial por la reforma constitucional, celebrado en agosto de 1990, que contemplaba la posibilidad de su reelección²²²⁶. Tras esa nueva derrota, sólo un día después, Cafiero anunció su renuncia a seguir encabezando, aunque fuera nominalmente, el partido²²²⁷ y su puesto sería ocupado, en apenas una semana, por una nueva conducción comandada, muy simbólicamente, por Menem y su hermano

²²²³ Los seguidores de Ramón Saadi, gobernador de Catamarca que recogió el testigo de su padre Vicente como líder del clan familiar, de inspiración conservadora, siempre se mantuvieron disconformes con la deriva liberal del gobierno. El enfrentamiento entre ambos llegó al paroxismo cuando, en abril de 1991, el Ejecutivo nacional decretó la intervención federal de la provincia, envuelta en graves casos de corrupción y narcotráfico. *El País*, 19/4/1991.

²²²⁴ *Página/12*, 31/3/1990. No obstante, resulta significativo para entender el ambiente de marejada interno en el partido que el plenario tuviera que desplazarse, desde la fecha programada en febrero, hasta un momento de mayor calma.

²²²⁵ *Página/12*, 26/5/1990.

²²²⁶ La victoria del no en este referéndum supuso un duro varapalo para los dos partidos principales, peronismo y radicalismo, ambos de acuerdo en la necesidad de la reforma constitucional. Para la UCR, la carta provincial, de 1934, había quedado obsoleta y debía actualizarse, mientras que el justicialismo estaba interesado en incluir la posibilidad de reelección. Pese a ese enorme apoyo institucional, al que se sumaba el respaldo del presidente y de sindicalistas como Ubaldini, la opción del no obtuvo el 67 % de los votos, en un resultado que reflejaba el malestar social y la desconfianza hacia la política tradicional. Por el no hicieron campaña agrupaciones y figuras tan diferentes como la liberal Ucedé, el diputado izquierdista Luis Zamora y el carapintada Aldo Rico, ahora embarcado en un proyecto político. Menem trató de desmarcarse de esta derrota al afirmar que el triunfo del no “prueba lo que vengo diciendo: se acabaron los ideologismos”. *El País*, 7/8/1990.

²²²⁷ Pese a asumir la responsabilidad de ese nuevo revés electoral que le imposibilitaba seguir al frente de la provincia cuatro años más, Cafiero señalaría al gobierno como “de alguna manera” copartícipe de la derrota. *Página/12*, 7/8/1990.

Eduardo²²²⁸. En una nueva muestra de su escaso interés por la vida interna del partido, al que quería convertir en un espacio que no le acarreará excesivos problemas, Menem pidió acto seguido una licencia en su cargo de presidente, que pasó a ser ejercido en la práctica por su hermano²²²⁹.

Con ese recambio se resolvió finalmente la tensión que se había generado entre el partido y el gobierno desde mediados de 1989, con un Ejecutivo netamente menemista y un partido teóricamente comandado por la línea rival, aunque cada vez en una posición más ambigua. Lejos del ideal renovador que pretendía un partido fuerte e independiente, que fuera punto de encuentro y de debate de los peronistas, el conflicto se decantó del lado de un presidente que apenas dejó resquicios a la disidencia. Confirmando este desenlace, Eduardo Menem aclararía perfectamente el rumbo que se quería imprimir al partido al declarar que sus principios serían el de la unidad en torno al presidente; la solidaridad, basada en el “rescate de la esa esencia movimientista”, y una organización consistente en la “actualización de la doctrina justicialista y la renovación de las prácticas políticas”²²³⁰.

Durante esos días, Eduardo Menem insistiría asimismo en “disciplinar lo que debe ser la confrontación interna... para que ésta no se transforme en internismo, que es algo muy distinto”²²³¹. Como ya hemos subrayado, rebajar la tensión de la lucha interna fue una de las constantes en el discurso de Menem desde su victoria en 1988 y, más que una voluntad personal, expresaba ese deseo por marginar al partido de las decisiones claves. De hecho, en otra muestra de su indiferencia por los mecanismos institucionales, el presidente llegaría a anunciar a los medios cuáles eran sus candidatos a gobernador preferidos en tres distritos claves como Córdoba (Domingo Cavallo), Santa Fe (Horacio Usandizaga²²³²) y Buenos Aires (Carlos Brown)²²³³. Por supuesto, esta

²²²⁸ *Página/12*, 11/8/1990.

²²²⁹ En esa reforma de la cúpula partidaria, Vernet también renunciaría a su cargo, mientras que Grosso, cada vez más cercano al menemismo, conservaría su puesto. En la remozada estructura, Rubén Marín actuaría como secretario político y César Arias como vicepresidente segundo. *Página/12*, 11/8/1990.

²²³⁰ *Página/12*, 26/8/1990.

²²³¹ *Página/12*, 21/8/1990.

²²³² Resulta muy significativo que Menem seleccionara en esta provincia a un candidato que ni siquiera pertenecía al peronismo, sino que era radical. Menem proponía así “una solución a lo Sylvestre Begnis”, como en 1973, es decir, que fuera secundado por un vicepresidente justicialista. Curiosamente, Usandizaga se había hecho famoso unos meses antes por haber anunciado que renunciaría a su cargo de intendente de Rosario si Menem vencía en las elecciones presidenciales, promesa que cumpliría poco después. *El País*, 17/5/1989.

²²³³ *Página/12*, 2/11/1990.

expresión de deseos no tenía un correlato oficial, pero obviamente suponía un motivo de presión añadido en la preparación de esas internas y subrayaba el personalismo con el que se pretendía dirigir al partido²²³⁴.

En realidad, pese a ese deseo de mando casi absoluto, Menem tenía varios motivos para preocuparse por el control efectivo que mantenía sobre su institución. Lo que él había calificado como “internismo”, es decir, el desgaste de la división interna, había sido uno de los factores más importantes a la hora de explicar varias derrotas del peronismo en diversas provincias, como en Santa Cruz, Chubut y Jujuy. En otro ejemplo de que se dieron ciertas resistencias en las bases partidarias, los candidatos menemistas habían sido derrotados en las internas de Mendoza y Entre Ríos y en las elecciones constituyentes de Tierra del Fuego y habían perdido, asimismo, la presidencia del Concejo Deliberante de Capital Federal, “un hecho lamentable, insólito y producto de un internismo totalmente exacerbado” a ojos de Menem²²³⁵.

Dispuesto a terminar con el llamado “canibalismo interno”, Menem apostaría en esas nuevas internas de mediados de 1991 (en las que, sobre todo, se elegirían los candidatos a gobernadores provinciales) por candidatos de su más absoluta confianza, aunque fuera con figuras provenientes de fuera de la esfera política que, precisamente por ello, debieran toda su lealtad a su persona²²³⁶. Ése sería el caso, por ejemplo, del cantante *Palito* Ortega, en Tucumán²²³⁷, o del antiguo piloto de F1, Carlos Reutemann, que se presentaría como candidato a gobernador por Santa Fe y que reiteradamente haría público su apoyo a Menem por ser “quien me puso en la cabeza la semilla para que me lanzase al ruedo político”²²³⁸.

²²³⁴ Pese a ese activismo personal al inicio de las internas, Menem declararía en una visita a la Asamblea Legislativa que se alejaría de la lucha y que no respaldaría a ningún candidato concreto. Debemos tener en cuenta que, a pesar de su éxito electoral posterior, el menemismo se encontraba en esa coyuntura en una posición muy delicada, por lo que cabe pensar que su anuncio fuera un intento de despegarse de una probable derrota. *Página/12*, 2/5/1991.

²²³⁵ *Página/12*, 12/12/1990.

²²³⁶ La elección de este tipo de candidatos tenía también mucho que ver con la crisis de representación que vivía la política argentina en esos años. Como señala Novaro, “el paulatino distanciamiento de los electores respecto de las identidades y tradiciones heredadas explicaría asimismo el traspaso de la confianza a líderes carismáticos, desprendidos de los partidos a los que originalmente pertenecían, como es el caso de muchos de los dirigentes menemistas (peronistas liberalizados o liberales y conservadores peronizados), o que carecen de antecedentes partidarios”. Novaro, Marco: *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1983-1993)*. Buenos Aires: Letra Buena, 1994, p.14.

²²³⁷ *Página/12*, 13/3/1991.

²²³⁸ *Página/12*, 9/4/1991. Tanto Ortega como Reutemann, aprovechando el tirón de la buena marcha de la economía tras el inicio de la convertibilidad, accederían a la gobernación tras esas elecciones.

En Buenos Aires, durante esas nuevas elecciones internas, se comprobaría cómo la política de alianzas al interior del justicialismo había cambiado drásticamente en apenas unos años. En ese panorama que trataba de clarificar el espacio tras la despedida de Cafiero, se enfrentaría a un Luis Barrionuevo, que, de ser una de las principales expresiones del menemismo, ahora apoyaba una lista en la que figuraban Saúl Ubaldini y Carlos Brown, con un Duhalde²²³⁹ que contaba con el respaldo del presidente²²⁴⁰ y que disfrutaba también del apoyo de los viejos renovadores reunidos en el llamado Frente Peronista Bonaerense (FREPEBO). De hecho, Duhalde elegiría como compañero de fórmula a Rafael Romá, un referente de ese espacio renovador, quien hasta entonces ejercía como ministro de Acción Social²²⁴¹.

El vicepresidente de la Nación vencería sin muchos apuros en esta interna por la candidatura a la gobernación que, por primera vez, se decidía por el voto directo de los afiliados²²⁴². En ese sentido, se podía pensar que estas elecciones eran una vieja herencia de las reivindicaciones de democracia interna de la Renovación y, posiblemente, su logro más duradero para el partido. Sin embargo, a la altura de 1991, en los primeros compases del Plan de Convertibilidad, la voz de los renovadores aparecía como un eco muy lejano y el partido de ese momento era muy diferente al que esa línea había planteado. La llegada de Menem resquebrajó la base de poder de una línea que no estaba tan bien asentada como se pensaba en un primer momento. Privados de los incentivos políticos y de los recursos económicos que otorgaba el acceso al Ejecutivo, la

²²³⁹ Pese a que el ejercicio de la vicepresidencia le sustrajo tiempo y recursos, Duhalde continuó a partir de 1989 la labor de consolidar un aparato propio en la provincia de Buenos Aires. En 1990, creó la Liga Federal, reuniendo los núcleos opuestos al gobernador Cafiero, si bien antes de la interna selló una alianza con éstos que permitió su victoria. Levitsky, Steven: *Transforming labour-based parties in Latin America: Argentine peronism in comparative perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003, p.128.

²²⁴⁰ Menem quería contar con un bien valorado Duhalde para garantizar el triunfo en una provincia fundamental. El vicepresidente, sin embargo, mantuvo a Menem un par de meses a la espera hasta dar la aprobación definitiva. *Página/12*, 25/5/1991. En realidad, como explica Ferrari, “Menem osciló entre la abstención en la interna bonaerense, el apoyo a candidatos que invocaban su nombre y la necesidad de asegurar el triunfo del PJ en la provincia de Buenos Aires”. Ferrari, Marcela: “Eduardo Duhalde antes...”, *op.cit.*

²²⁴¹ Como explica Ferrari, esta alianza entre Duhalde y Cafiero era, ante todo, “un maridaje por conveniencia. Como el debilitado gobernador no podía imponer la sucesión, sus partidarios consideraban a Duhalde como el único con conocimiento público como para poder ser candidato a gobernador de esta provincia. A su vez, Duhalde se apoyó en Cafiero para distanciarse del ultramenemismo y diferenciarse del presidente”. Ferrari, *ibidem*. Carlos Brown, por su parte, optó por la senadora provincial Mirta Rubini como precandidata a la vicegobernación, en una decisión que no contó con el beneplácito de Luis Barrionuevo. *Página/12*, 28/6/1991. Existió en un primer momento una tercera lista liderada por Felipe Solá, que se retiró antes de los comicios.

²²⁴² Duhalde obtendría el 81 % de los votos en esas elecciones celebradas el 28 de julio de 1991. Ferrari, *op.cit.*

Renovación se desvaneció a una velocidad verdaderamente sorprendente, si el proceso no se hubiera producido en el marco de un partido tan especial y desinstitucionalizado como era el justicialista.

En realidad, no sólo la Renovación se vio envuelta en ese huracán menemista que todo lo alteraba a su paso. También los propios espacios de apoyo al presidente se habían transformado sensiblemente en esos primeros años de gobierno. Con el paso del tiempo y conforme el Ejecutivo iba encontrando el camino a seguir, técnicos y liberales como Domingo Cavallo fueron asumiendo un mayor poder. A principios de 1991, figuras como Roberto Dromi, Luis Barrionuevo o Alberto Kohan habían sido desplazadas, mientras que otros, como Bauzá, ya no podían presumir de la influencia que ejercían anteriormente. El famoso grupo de *Los 12 apóstoles*, que tanto poder había acumulado durante la campaña presidencial, aparecía ahora totalmente dispersado por numerosas razones. Julio Corzo había fallecido en un accidente aéreo, mientras que muchos de sus antiguos compañeros se vieron envueltos en varios casos de corrupción: Juan Carlos Rousselot fue destituido de su cargo de intendente de Morón, en un ya citado caso de contrata públicas; Rubén Cardozo, subsecretario de Salud y Acción Social de Santa Fe también fue denunciado por manejos fraudulentos en los bonos solidarios, mientras que Antonio Vanrell se mantenía en ese momento prófugo de la justicia santafesina por un caso de compras fraudulentas y falsificación de documentos²²⁴³. Sin embargo, como había ocurrido con los renovadores, más allá de estos problemas personales, lo que subyacía en esas trayectorias era el interés de Menem por desnaturalizar el partido y convertirlo en un espacio sin apenas fuerza institucional. Un poco a la manera del viejo péndulo de Perón, el riojano se fue apoyando indistintamente sobre las diferentes familias del justicialismo, reformulándolas y usándolas para reafirmar su posición y evitar cualquier sombra a su lado. En ese destino, tanto a renovadores como a viejos menemistas sólo les quedaba la obediencia o la salida.

9.3 Conclusiones

La Renovación peronista protagonizó un final tan abrupto como curioso. A fines de 1987 aparecía indudablemente como la línea más pujante dentro del partido,

²²⁴³ *Página/12*, 25/1/1991.

tras ser la gran protagonista del triunfo en las elecciones de ese mismo año y después de haberse hecho con la dirección de la institución. Sin embargo, apenas siete meses más tarde, su derrota en las elecciones internas de 1988 supuso el principio de un repentino final.

No deja de resultar irónico, como ya apuntamos, que la Renovación encontrara la principal causa de su caída en el mecanismo sobre el que precisamente había basado sus más importantes reclamos, la democratización interna del partido. Sólo unos meses después del revés electoral, los renovadores aparecían totalmente disgregados, luchando de manera separada por su supervivencia política y sin la energía necesaria para encabezar un proyecto común basado en sus ideales. Como sostenían sus rivales, parecía así como si el destino hubiera querido devolver con ese resultado parte de la soberbia de quienes se habían erigido como la voz del verdadero peronismo y pensaban que, con ellos, comenzaba una nueva etapa para la institución.

Lejos de estar atrapados en un destino ineludible, en las páginas anteriores hemos analizado varias de las causas de la derrota de la opción cafierista en esa interna presidencial. Si bien debemos descartar que las listas en juego expresaran un corte socioeconómico clave, por el que Cafiero convocara a los sectores de clases medias y más acomodados, no cabe duda de que Menem fue eficaz a la hora de presentarse como un candidato cercano a las preocupaciones de su electorado y muy distante de la tradicional figura del político. En unas elecciones donde las bases definían el resultado sin interferencias desde la cúpula y en un contexto de crisis en el que la política empezaba a ser duramente cuestionada, esa estrategia menemista resultaría fundamental. Sin embargo, no se debe dejar a un lado los errores de la política de alianzas de Cafiero, que trató de conseguir una opción lo más puramente renovadora y posiblemente no calculó correctamente la fuerza que todavía atesoraban rivales como Lorenzo Miguel. De la misma forma, tampoco se debe olvidar, pese al tópico y a la imagen que quería transmitir, que las opciones de Menem se asentaron también sobre un aparato propio que, por muy heterogéneo que fuese, le ayudó también a financiar y preparar su campaña electoral.

Más allá de las razones de su derrota en la interna, habría que preguntarse cómo fue posible que el proyecto renovador, al menos como línea institucionalizada, colapsara tras el primer revés electoral. Esa rapidez nos lleva a pensar que la Renovación no estaba

tan consolidada como una mirada superficial podía hacer creer en un primer momento. En el fondo, ese cenit que suponía su situación a fines de 1987 había sido el producto de una profunda lucha interna llena de marchas y contramarchas. No se debe olvidar tampoco que el propio Menem era un producto de la Renovación y que la identificación directa que hemos realizado entre el caferismo y el ideal renovador supone obviar muchos puntos grises tanto del discurso como de la acción de Cafiero y sus seguidores.

En segundo lugar, pese a que estas elecciones internas pudiera parecer que decidían una cuestión secundaria, su resultado desataba consecuencias prácticamente irreversibles. Menem accedía gracias a su llegada al Ejecutivo a recursos políticos y financieros con los que los renovadores, incluso aquellos que ostentaban el cargo de gobernador, no podían competir. A partir de entonces, como hemos visto, el partido comenzará a ser forjado según los intereses del nuevo presidente, quien pretendía hacer de él una herramienta de convalidación de sus políticas, minimizando cualquier disidencia o debate interno.

En ese contexto, los antiguos renovadores, con mayores o menores resistencias, terminaron por adaptarse a los nuevos tiempos y muchos de ellos se convirtieron al menemismo. Sólo una minoría, expresada en el Grupo de los 8, optó por la salida del partido para formar desde allí un espacio de oposición al menemismo. En cualquier caso, ambas vías confirmaban que, en tiempos de Menem, dentro del peronismo oficial no existía ya lugar para la disidencia, incluso a pesar de la profundidad de los cambios introducidos a partir de 1989.

En ese sentido, se podría interpretar al menemismo como la negación casi absoluta del proyecto renovador. Sin embargo, a pesar de la derrota de la Renovación, varios de sus planteamientos sobrevivieron a su existencia como línea. Todavía con Menem, por ejemplo, se celebrarían varias elecciones internas en el seno del peronismo. Más importante que ello, el presidente se serviría de varios de los cambios introducidos por los renovadores. Paradójicamente, el fortalecimiento previo del partido sirvió al riojano para facilitar su subordinación al Ejecutivo, en el sentido de que su mayor homogeneidad complicó la multiplicidad de voces discordantes. A su vez, la reducción que consiguieron del rol de los sindicatos fue decisivo para impedir que éstos tuvieran una voz con peso durante las reformas menemistas.

Pese a ese brusco final y a pesar de que su apogeo se puede limitar únicamente a un par de años, no cabe duda, por tanto, que la Renovación tuvo una incidencia visible en el peronismo y en su relación con la democracia. En las próximas páginas trataremos así de recapitular todo lo dicho hasta ahora y evaluar hasta qué punto los cambios introducidos por la Renovación resultaron verdaderamente sustantivos o fueron puestos en suspensión por ese menemismo que parecía dispuesto a revolucionar la identidad justicialista.

Conclusiones finales

Lejos de cualquier respuesta fácil o unívoca, el peronismo ha mantenido a lo largo de su historia una relación sumamente ambigua con la democracia y con los derechos a ella vinculados. Ya desde su propio origen, que no se puede desligar del gobierno militar que se dio entre 1943 y 1946, el justicialismo se caracterizó, por un parte, por extender una serie de derechos políticos, sociales y económicos a amplios sectores que se hallaban postergados (desde mujeres a obreros y trabajadores del campo), mientras que por otra parte exhibía una pulsión por la hegemonía política y partidaria que le llevará a aplicar medidas de neto corte autoritario. A pesar de los cambios operados en los años 70, tras atravesar 18 años de proscripción, el peronismo continuó buscando esa centralidad exclusiva en el tablero político, al mismo tiempo que exhibía escasos escrúpulos por el respeto a los derechos humanos en la resolución de sus conflictos internos. En el fondo, lo que subyacía a lo largo de todas estas décadas era una interpretación diferente del concepto de democracia, que en este caso privilegiaba los aspectos socioeconómicos de la misma por encima de lo que consideraban derechos liberales.

A partir de 1983, esa tensión en el interior del partido creado por Juan Domingo Perón entre los distintos enfoques sobre la democracia se tornó más evidente. Como ya anunciamos en la introducción, si hemos elegido el periodo de los 80 y el de la llamada Renovación como observatorio de la relación entre peronismo y democracia fue debido a que durante este momento todas estas cuestiones son repensadas y debatidas en el contexto de una grave crisis política para el peronismo. La victoria del radical Raúl Alfonsín, fundamentada en una ruptura con el pasado autoritario anterior, supuso una revalorización del sistema democrático como única vía legítima para la resolución de

conflictos y para el progreso de la sociedad. La inédita derrota electoral destapó la grave crisis en la que se encontraba el partido y las múltiples lagunas que arrastraba el justicialismo para su plena inserción democrática. Con este resultado no sólo se deshacía el famoso mito de la invencibilidad del peronismo, basado en la creencia de que éste era la expresión de la totalidad del pueblo, sino que se exhibía la escasa atención que el peronismo había mostrado por los mecanismos democráticos en su propio funcionamiento interno. Hasta entonces, la palabra de Perón había servido para resolver la inmensa mayoría de decisiones y problemas internos, en una institución caracterizada por el verticalismo y el personalismo. Muerto el líder, el justicialismo se convirtió en un campo de batalla entre diversas facciones por su control, sin que existiera un conjunto de normas consensuadas y legitimadas para dirimir dicho conflicto.

De esa manera, la campaña de 1983 estuvo dirigida por una pequeña cúpula liderada por Lorenzo Miguel y con un fuerte respaldo de los sindicalistas ortodoxos, que fue la encargada, entre otras cuestiones, de dirimir la selección del candidato presidencial por encima de los mecanismos legales previstos para ello. Esa escasa atención a la democracia interna, unida a la imagen de violencia obsoleta que proyectaban algunos de sus miembros y a las ambigüedades mostradas en la condena de la dictadura, fueron factores capitales para entender la derrota justicialista en los comicios presidenciales.

En cierto modo, la llamada Renovación peronista surgió como una reacción ante esta situación, como un intento por democratizar el partido y situarlo en el nuevo contexto surgido tras la transición. Nuestro análisis ha tratado así de abarcar ambas caras: la propiamente interna y la que mostraba al justicialismo como una pieza más del sistema partidario argentino, en esta ocasión ejerciendo por primera vez en su historia como principal partido de oposición al gobierno.

Sobre la primera cuestión, no cabe duda de que la Renovación actuó con un notable afán por dotar al partido de una serie de normas institucionales previsibles, legitimadas y prodemocráticas. Si tenemos en cuenta que el candidato presidencial justicialista para las elecciones de 1989 fue seleccionado a través de una consulta interna entre los afiliados al partido, se podría concluir que los renovadores tuvieron éxito en sus reivindicaciones. En efecto, el justicialismo no sólo sobrevivió a la grave crisis con la que reemergió tras el periodo autoritario, marcada por la ausencia de su líder, las secuelas de la represión militar y los cambios operados en la sociedad tras el *Proceso*, sino

que lo hizo, además, más fuerte institucionalmente y mejor adaptado al nuevo contexto democrático. Y ello fue ante todo posible gracias a la labor de la Renovación.

Sin embargo, más allá de este panorama general, se escondían muchas debilidades en el proyecto renovador. Para empezar, hasta la propia definición de los contornos de esta línea supone una cuestión problemática. A lo largo de los años, este espacio iría perfilándose e institucionalizándose como una línea interna dentro del partido, pero a pesar de ello las fronteras entre renovadores y los que se conocieron como ortodoxos siempre fueron difusas y fácilmente traspasables en ambos sentidos. Bajo la bandera renovadora se agruparon los peronistas que abogaban por un recambio de la cúpula partidaria a la que consideraban responsable de la derrota electoral de 1983 y los que defendían asimismo que este cambio se realizara a partir de métodos democráticos. Pese a estas reivindicaciones básicas, dentro de la etiqueta renovadora se reunía un dispar conjunto de opiniones y pareceres en ocasiones contradictorios. Más allá del núcleo duro conformado por Antonio Cafiero, José Manuel de la Sota y Carlos Grosso, la nómina de los que se consideraban renovadores fue, de hecho, modificándose a lo largo de los años. El caso más paradigmático en ese sentido sería el encarnado en Carlos Menem, quien de titularse como uno de los referentes renovadores pasaría a encabezar los sectores postergados por esa línea y a enfrentarse a sus antiguos compañeros en la interna de 1988. El hecho de que Menem fuera apartándose del círculo renovador de manera paulatina y con apenas ruido habla de las extensas zonas grises que se ubicaban entre ambos bandos. Que el riojano, como muchos otros en su situación, nunca renunciara a presentarse como un renovador indica asimismo que este adjetivo había adquirido tal prestigio que incluso sus rivales se querían apropiarse de él.

Aparte de Menem, muchas otras figuras engrosaron las filas de ambos bandos a lo largo de estos años. Vicente Saadi, junto con muchos otros senadores, apoyó los primeros pasos de los renovadores en el congreso de Río Hondo para rápidamente personificar otro de los pilares de la ortodoxia. En sentido opuesto, antiguos ortodoxos como Manuel Quindimil apoyaron las opciones de Cafiero cuando parecía que éste tenía garantizado el control del partido. Todo ello indica que el enfrentamiento que se libró al interior del justicialismo distó de tener un desarrollo sencillo y complejo y que, por el contrario, estuvo plagado de marchas y contramarchas y momentos donde resultaba difícil definir claramente cuáles eran los bandos en litigio. Al mismo tiempo, esta

dificultad a la hora de poder trazar un recorrido coherente y sencillo en esta trama tenía mucho que ver con el oportunismo y la simple búsqueda de poder que encerraba este enfrentamiento en numerosas ocasiones. Más allá de los ideales y de los objetivos anteriormente expuestos, el motor de gran parte de los cambios mencionados se encontraba en las simples ambiciones personales de los protagonistas. Si la situación en muchas ocasiones se tornaba confusa, ayudada también por la estrategia contemporizadora seguida por la cúpula ortodoxa, en el nivel provincial la cuestión de las fronteras del enfrentamiento fueron incluso más complejas. Si bien en distritos como en Buenos Aires o Córdoba se siguió un desarrollo esencialmente equiparable al que se dio en el plano nacional, en lugares como Santa Fe la trama se desdibujaría tanto que los teóricos renovadores y ortodoxos se entremezclaron en distintas formaciones a lo largo de los años.

En el lado positivo, el desarrollo seguido a nivel nacional o en Buenos Aires y Córdoba ilustra perfectamente la dureza y el alto desgaste que supuso la llegada de medidas como el voto directo realmente competitivo para la selección de candidatos y cargos partidarios al interior del peronismo. En ese sentido, la labor de los renovadores resulta encomiable, teniendo en cuenta la cantidad de obstáculos y la desigual situación de partida desde la que iniciaron esta carrera. Al mismo tiempo, no se puede olvidar tampoco que una vez que los renovadores alcanzaron posiciones de poder relajaron sus exigencias de democracia interna. A nivel nacional, se pudo comprobar durante la confección de la lista única para establecer la nueva dirección del partido a fines de 1987 cuya sanción evitó la celebración de nuevas internas. En la provincia de Córdoba también quedó patente que una vez que los renovadores alcanzaron el control del distrito trataron de rebajar el número de elecciones internas y de cooptar a sus antiguos rivales. Por otra parte, el caso santafesino, donde las internas se reiteraron casi de manera continua desde 1983 apunta a que este método también contaba con ciertas carencias a la hora de democratizar el partido internamente: la continua apelación a las elecciones parecía perseguir la búsqueda de un resultado concreto y puntual mucho más que la conocer la genuina opinión de los afiliados.

Pese a todo, el justicialismo de esos años interiorizó que la mejor manera de dirimir sus conflictos internos era a través de la consulta directa de sus afiliados y lo hizo

ante todo gracias al empeño y la reivindicación de los renovadores, lo que constituye posiblemente el principal legado de esta línea en el interior del peronismo.

El segundo gran aporte de los renovadores a nivel interno fue el de la rebaja de la influencia sindical sobre el partido. Al respecto, los renovadores resolvieron una cuestión que venía planteándose desde la misma aparición del peronismo y que pasaba por si el justicialismo podía asimilarse a un partido convencional o si, por el contrario, constituía un movimiento heterogéneo que englobaba sindicatos y otros núcleos ajenos a la política institucional. Esas dos almas que encerraba el justicialismo, como partido tradicional o como partido de base sindical, convivieron a lo largo de las décadas con mayor o menor armonía, siempre con Perón como líder moderador. Tras la desaparición del líder y después de la dictadura, parecía que la balanza se decantaba hacia el lado sindical, como demostraba la situación de preeminencia de la que presumía Lorenzo Miguel durante las elecciones de 1983. Sin embargo, a partir de entonces, el peso de los gremios fue paulatinamente opacándose. Por supuesto, existían razones estructurales para explicar este declive, entre los que se encontraba la transformación del tejido laboral operado durante el *Proceso*, pero la Renovación contaría asimismo con un papel fundamental en ese desarrollo. Los renovadores apostaron por hacer del partido el eje por el que pasaran las decisiones y debates al interior del justicialismo. Desde su perspectiva, eran los partidos los que naturalmente se debían ocupar del destino de todo lo que incumbía a la actividad política. Ciertamente es que su relación con la esfera sindical fue en ocasiones ambigua y hasta permisiva. De hecho, en el discurso renovador no desaparecerán completamente las referencias movimientistas, pero en esencia se puede observar tanto cualitativa como cuantitativamente un descenso de la influencia de los gremios en el terreno político a partir del surgimiento de la Renovación. Su reivindicación de la democracia interna y del voto directo iría erosionando esa preponderancia gremial que tenía uno de sus pilares en la conocida como ley del tercio sindical, como también lo haría el hecho de que fueran subordinando a los sindicalistas en la definición de las campañas y listas electorales. Los renovadores no eclipsaron completamente la influencia de los sindicalistas sobre el conjunto del peronismo, pero pusieron las bases para que el justicialismo pudiera ser convalidado como un partido más. Ello, por supuesto, no equivale automáticamente a poseer un mayor espíritu democrático, pero sí implica, como mínimo, una aceptación de las reglas del juego democrático y electoral. El hecho de que los sindicalistas quedaran circunscritos al área

gremial ayudaba asimismo a que los políticos asumieran la representación del justicialismo en sus negociaciones con el gobierno, dejando atrás cualquier concepción de tipo corporativo.

En ese sentido, los renovadores también tuvieron un rol activo en el escenario político nacional y en las grandes cuestiones que atravesaron el gobierno de Raúl Alfonsín. La transición argentina a la democracia contó con unas características muy especiales, ya que no se resolvió por un colapso total del régimen militar anterior, ni tampoco se suscribió ningún tipo de pacto consensuado que zanjara las cuestiones todavía abiertas cuando los civiles recuperaron el poder. En esencia, eran principalmente dos los hilos abiertos por los militares que reclamaban una urgente solución tras el retorno de la democracia. Por un lado, una crisis económica que, más allá de sus males indicadores, ponía en juego la continuidad o no de todo un modelo de crecimiento. Por otro lado, la llamada cuestión militar, expresión bajo la que se escondían las dudas sobre el camino a seguir con unas Fuerzas Armadas que habían violado sistemáticamente los derechos humanos durante su gobierno. De la correcta respuesta a ambas preguntas dependía la estabilidad de una democracia que, dados los precedentes, se presumía sumamente frágil.

En el apartado económico, al justicialismo le cupo un papel ambivalente. Si durante los momentos de dudas de Alfonsín sobre el camino a seguir encontramos a un peronismo sumamente crítico con todos los pasos dados por el gobierno, durante el mandato de Menem se asistirá a un revolucionario giro hacia el neoliberalismo que parecía ser la antítesis de la filosofía tradicional del peronismo. Los renovadores, en toda esta trayectoria, actuaron con un acento propio y distanciado del resto del partido. Si en un primer momento las diferencias en el seno del partido pasaban por el distinto grado de intensidad de las críticas, a partir de 1987, Cafiero y su círculo más cercano se desmarcaron con una actitud pactista con el gobierno. Bajo ese talante, que conllevó numerosas reuniones y la firma de varios acuerdos, existía también un claro objetivo electoral. Los renovadores habían sido los grandes triunfadores de las elecciones de 1987 y se sentían favoritos para los próximos comicios presidenciales: en consecuencia, preveían que una política consensuada mejoraría las posibilidades de una economía cada vez más en crisis y que ello facilitarían el traspaso del poder. Al mismo tiempo, los justicialistas habían adquirido responsabilidades de gobierno en varias provincias, por lo

que estaban sumamente interesados en obtener del Ejecutivo nacional los fondos necesarios para sortear la crisis. Pese a que estos intereses egoístas eran inocultables, no se puede desestimar que la apuesta de los renovadores supuso un gran aporte para la estabilidad democrática, ofreciendo una imagen de unidad política.

Sin embargo, esta etapa de negociaciones disfrutó de una vida muy corta y pronto, en apenas unos meses, quedó supeditada a los intereses de las diferentes campañas electorales. Durante la interna de 1988, por ejemplo, el cafierismo adoptaría un perfil mucho más crítico con el gobierno, tratando de diferenciarse del discurso y la práctica de un Alfonsín que no lograba ofrecer una solución al problema económico. La victoria de Menem en esta interna iría además opacando la voz de unos renovadores que apenas consiguieron armar una oposición unida a los cambios operados con la llegada del nuevo presidente y que quedaron, en consecuencia, destinados a una posición cada vez más marginal.

Al hilo de ello, aunque esta cuestión no suponga un elemento central para nuestro trabajo, el llamado giro neoliberal de Menem resulta sumamente interesante para una comprensión global del justicialismo. El mismo puede ser interpretado como una ruptura respecto a cierta idea del peronismo, pero en realidad se dieron numerosos precedentes de políticas similares incluso en fechas tan tempranas como los años 50. En ese sentido, el pensamiento económico peronista supone una muestra más de la enorme complejidad que atesora este movimiento. Precisamente, sería desde un sector de la vieja Renovación, el llamado Grupo de los 8, desde donde se organizó el espacio que protagonizó una de las mayores oposiciones a la política económica menemista.

La actuación del peronismo, y de la Renovación en particular, en torno a la cuestión económica fue, por tanto, sumamente ambigua, si bien la vocación de Cafiero por pactar diversas reformas movería la balanza hacia el lado positivo. Algo similar ocurría en lo referente al problema militar. El justicialismo había seguido durante la campaña de 1983 una actitud que rozaba lo tolerante en torno al destino de los militares de la dictadura, resumida en la posición del candidato Ítalo Luder respecto a la autoamnistía y en las sospechas del pacto militar-sindical. El hecho de que fuera Menem el firmante de los indultos que levantaron las penas de los militares condenados puede llevar a la idea de que la posición peronista sobre la cuestión apenas evolucionó durante

los años protagonizados durante la Renovación, pero, al contrario, a lo largo de este periodo se sucedieron los debates y el intercambio de ideas y enfoques.

Al igual que había ocurrido con la cuestión económica, las primeras reacciones del peronismo a lo actuado por el gobierno radical expresaron una crítica casi total, como ejemplificó el caso de la creación de la CONADEP. En esta actitud, más allá del pensamiento último que pudieran albergar, se daba una cómoda toma de posición por parte del justicialismo, con la que pretendía extraer réditos electorales, ya que una postura dura contra los militares era rentable en votos, dado el desprestigio al que habían llegado las Fuerzas Armadas y el escaso desgaste que suponía mantener tal actitud desde la oposición.

Dejando a un lado esos cálculos y las ambigüedades que se demostraron con el perfil bajo desarrollado durante el Juicio a las Juntas, fue durante los llamados levantamientos carapintadas donde mejor se pudieron advertir las diferencias que existían entre renovadores y ortodoxos y menemistas. La aparición de la Renovación conllevó una disposición de apoyo al gobierno y a las instituciones democráticas durante esta serie de crisis que puso en cuestión la estabilidad del sistema. Por supuesto, también los renovadores criticaron la gestión radical de los alzamientos y trataron de extraer el máximo provecho electoral de la situación, pero su posición, simbolizada en la presencia de Cafiero en el balcón de la Casa Rosada durante el alzamiento de Semana Santa de 1987, supuso un respaldo vital para la consolidación de la democracia y un cambio de actitud respecto a anteriores amenazas militares.

Se podría afirmar que los renovadores conjugaron, durante el tratamiento de las leyes de impunidad, un discurso principista con una actuación sumamente ambigua que, en esencia, favoreció la aprobación de los proyectos del Ejecutivo con apenas cambios. Pese a sus carencias, las diferencias con un menemismo mucho más pasivo y distante durante las crisis carapintadas resultan elocuentes. Precisamente, como en muchas otras cuestiones, la llegada de Menem supuso un fuerte límite a los planes y al estilo de los renovadores. Con un poder progresivamente menguante, el núcleo cafierista apenas expresó críticas parciales a la firma de los indultos.

De manera básica, dejando un lado las múltiples incongruencias y zonas grises que existían, se podría concluir que el pensamiento político de la Renovación y sus

actuaciones concretas resultaron fundamentales para que el justicialismo asumiera el papel de una oposición leal al sistema democrático, lo que implicó un paso importante para la consolidación del sistema.

A pesar de que la llegada de la Renovación se sintió, pues, tanto en el nivel interno del partido como en el conjunto del sistema político argentino, su final fue tan abrupto como sorprendente. En cierto sentido, la Renovación fue víctima de su propio éxito, derrotada en las internas presidenciales que tanto había reclamado, pero su rápida disgregación tras este resultado señala claramente que esta línea constituía un espacio mucho menos consolidado de lo que se preveía.

Con Menem se asistirá a un cambio no sólo en las políticas tradicionales del justicialismo, sino también en la propia concepción como partido político. El nuevo presidente exigirá, ante todo, lealtad a su proyecto, en una línea similar a la verticalidad que se daba con Perón, y ante esa actitud sólo cabía o bien una generalizada aceptación o bien una resistencia que estaba destinada a la marginación o a la salida, como demostró el ejemplo del Grupo de los 8. Este desenlace, por otra parte, ilustra un mecanismo habitual de funcionamiento dentro del peronismo, un espacio sumamente gregario que se adapta rápidamente a cualquier nuevo liderazgo que garantice estabilidad y poder a sus respectivos cuadros.

La labor de institucionalización del partido realizada por la Renovación resultó, por tanto, incompleta, pero en absoluto infructuosa. De hecho, Menem, que en última instancia también puede considerarse un producto de la Renovación, se aprovechó de muchos de los avances conseguidos por sus rivales de la interna de 1988. El partido que encuentra Menem en su presidencia es un partido más consolidado e institucionalizado, lo que, contraintuitivamente, le fue funcional para reducir las críticas a sus medidas y hacer de este conjunto un espacio homogéneo y silenciado. Al mismo tiempo, el declive político que sufrieron los sindicatos durante la década de los 80 provocó que éstos carecieran de la energía suficiente para organizar una oposición coherente a las medidas de Menem.

En ese sentido, el legado de la Renovación resultó mucho más consistente de lo que la breve historia de esta línea parece indicar. Por supuesto, la llegada de Menem y, posteriormente, del kirchnerismo, con unas ideas diferentes en su concepción de la

democracia y de la organización del partido, fueron apagando el recuerdo de los renovadores. Sería una labor interesante para futuras investigaciones rastrear hasta dónde llegó la influencia renovadora en las décadas siguientes y si existió algún hilo conductor entre sus reivindicaciones de mayor democracia interna y medidas posteriores como la celebración de las llamadas Elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO). Si bien se puede aventurar que encontrar continuidades directas entre estos diferentes periodos resulta complejo, en las páginas anteriores hemos tratado de demostrar que, pese a todas sus lagunas y falencias, la Renovación constituyó un gran esfuerzo por democratizar el partido peronismo y por adaptarlo a los nuevos estándares políticos. Dentro de la compleja relación histórica que el justicialismo ha mantenido con el sistema democrático, el protagonizado por la Renovación no constituyó un impulso menor.

Fuentes y bibliografía

Fuentes hemerográficas

Clarín

El Bimestre

El Litoral

El País (España)

El Periodista

La Nación

La Voz

La Voz del Interior

Página/12

Perfil

Tiempo Argentino

Bibliografía

Abete, Hugo: *¿Por qué rebelde? La verdad sobre el 3 de diciembre de 1990*. Buenos Aires: Huemul, 1996.

Aboy Carlés, Gerardo: “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”. En Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *La Historia Reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

———: *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, 2001.

———: “De Malvinas al menemismo. Renovación y contrarrenovación en el peronismo”. *Sociedad*, noviembre 1996, pp.5-31.

———: “La democratización beligerante del populismo”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aboycarles.pdf>.

Abós, Álvaro: *El posperonismo*. Buenos Aires: Legasa, 1986.

———: *La columna vertebral: sindicatos y peronismo*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.

———: *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: CEAL, 1984.

Acuña, Carlos: “Algunas notas sobre los juegos, las gallinas y la lógica política de los pactos constitucionales (reflexiones a partir del pacto constitucional en la Argentina)”. En Acuña, Carlos (ed.): *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.

——— (ed): *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.

Acuña, Carlos y Smulovitz, Catalina: “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”. En Perótin-Dumon, Anne (dir.): *Historizar el pasado vivo en América Latina*, http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php.

Adrogué, Gerardo: “El nuevo sistema partidario argentino”. En Acuña, Carlos (ed.): *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.

Aejmechet, Sabrina: “La Prensa, actor en defensa de la democracia y las libertades en las elecciones de 1946”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/3jornadas/ajmechet.pdf>.

Aelo, Oscar: “Formación y crisis de una elite dirigente en el peronismo bonaerense. 1946-1951”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aelo.pdf>.

———: “El Gobierno Mercante. Estado y partido en la provincia de Buenos Aires, 1946-1951”. *Entre pasados*, año XVI, n°32, 2007, pp.123-142.

Aguirre, Gisela y Luna, Félix: *Juan Domingo Perón*. Buenos Aires: Planeta, 2004.

Alcántara Sáez, Manuel: *El oficio del político*. Madrid: Tecnos, 2012.

———: *Sistemas políticos de América Latina. Volumen I. América del Sur*. Madrid: Tecnos, 2003.

Alcántara, Manuel; Paramio, Ludolfo; Freidenberg, Flavia y Déniz, José: *Reformas económicas y consolidación democrática (1980-2006)*. Madrid: Síntesis, 2006.

Almond, Gabriel y Verba, Sidney: “La cultura política”. En Batlle, Albert, (ed.): *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, 2001.

Altamirano, Carlos: “El lugar de la democracia en el discurso del peronismo renovador”. En Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

———: “La lucha por la idea: el proyecto de la renovación peronista”. En Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

———: “Duelos intelectuales”. En Altamirano, Carlos: *El peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, 2001.

———: *El peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, 2001.

Álvarez, Graciela Yamile: “El peronismo en Mendoza (1955-1973): Su evolución y sus luchas a lo largo de dieciocho años de proscripción”. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Cuyo, 2004.

Amaral, Samuel: “El líder y las masas: fascismo y peronismo en Gino Germani”. *Documentos de Trabajo*, Universidad del CEMA, n°371, febrero 2008.

Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano: *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín: *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo I: 1966-1973*. Buenos Aires: Norma, 1997.

Ansaldi, Waldo: “El silencio es salud. La dictadura contra la política”. En Tcach, César y Quiroga, Hugo: *Argentina 1976-2006: Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.

Ansaldi, Waldo: *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. Buenos Aires: FCE, 2007.

Antúnez, Damián: “La Tendencia Revolucionaria del peronismo en los gobiernos provinciales (Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Santa Cruz y Salta, 1973-1974)”. Tesis doctoral. Universidad de Salamanca, 2011.

Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Contrapunto, 1988.

Araya, Eduardo: “Transición y transiciones a la democracia. Sobre sentido e historia del concepto”. *Íber*, año 17, n°67, enero-marzo 2011, pp.10-24.

Arias, María y García Heras, Raúl: “Los partidos neoperonistas”. En Amaral y Ben Plotkin: *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993.

Ariza, José Ricardo: “¿Hay peronismo?, ¿qué es el peronismo?... Problemas y tensiones en los orígenes del peronismo en Catamarca. 1945-1946”. *Historiapolitica.com*, 2006, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/ariza.pdf>.

Aroskind, Ricardo: “El país del desarrollo posible.” En James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Aruguete, Eugenia: “Lucha política y conflicto de clases en la posdictadura: límites a la constitución de alianzas policlasistas durante la administración Alfonsín.” En Pucciarelli, Alfredo: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Arzadun, Daniel: *El peronismo: Kirchner y la conquista del reino*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008.

———: *El peronismo, un reino sin monarca: análisis del comportamiento político de las elites justicialistas desde el triunfo de la Alianza hasta la asunción presidencial de Néstor Kirchner*. Buenos Aires: AGEBE, 2004.

Bacolla, Natacha: “Política, administración y gestión en el peronismo santafesino, 1946-1955.” En Macor, Darío y Tcach, César (ed.): *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe: UNL, 2003.

Badaloni, Laura: “Políticas de bienestar y control de la movilización social. 1943-1955.” En Videla, Oscar R.: *El siglo veinte: problemas sociales, políticas de estado y economías regionales (1912-1976)*. Rosario: Protohistoria-Diario La Capital, 2006.

Baeza Belda, Joaquín: “De ‘El Auténtico’ a ‘La Voz’: El pensamiento de la izquierda peronista antes y después de la dictadura (1975-1984)” *Historia Actual Online*, n°20, 2009, pp.157-164.

———: “El peronismo de la derrota y las transformaciones. Las consecuencias del Proceso y la crisis del justicialismo en la transición argentina (1983-1989)” *Historia Actual Online*, n°16, 2008, pp.93-99.

———: *La izquierda peronista y la primavera democrática de 1973 en Argentina: formación de un actor y su contribución a la llegada y quiebre de la democracia (1955-1976)*. Tesina de grado. Universidad de Salamanca, 2007.

Balbi, Fernando Alberto: “‘... Esa avalancha de homenajes’: campo de poder, lealtad y concepciones de política en el primer peronismo” *Anuario de estudios en antropología social* 2004, pp.103-118.

Barovero, Diego Alberto: *Arturo Mor Roig. Entre el ensueño y el sacrificio (la transición democrática de 1971/1973)*. Buenos Aires: Dunken, 2008.

Bartoletti, Julieta: “Montoneros: hacia un estado de la cuestión”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Rosario, 2005.

Baschetti, Roberto: *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*. La Plata: De la Campana, 1995.

———: *Documentos 1973-1976. Volumen I. De Cámpora a la ruptura*. La Plata: De la Campana, 1996.

———: *Documentos 1973-1976. Volumen II. De la ruptura al golpe*. La Plata: De la Campana, 1999.

———: *Documentos de la Resistencia Peronista. 1955-1970*. La Plata: De la Campana, 1997.

Beltrán, Gastón J.: “Acción empresaria e ideología. La génesis de las reformas estructurales”. En Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Ben Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón: Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Ariel, 1994.

Bernetti, Jorge Luis: *El peronismo de la victoria*. Buenos Aires: Legasa, 1983.

Bianchi, Susana y Spinelli, María Estela (comps.): *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*. Tandil: Instituto de estudios histórico-sociales, 1997.

Bignone, Reynaldo: *El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio*. Buenos Aires: Planeta, 1992.

Bozza, Juan Alberto: “Las artes del asedio y de la negociación. Perón y el lanzamiento del Frente Cívico de Liberación Nacional”. En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Brachetta, María Teresa: “La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los '80”. *XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Tucumán, 2007.

———: “Nación, Pueblo y Democracia: Nuevos significados en la transición democrática. La revista UNIDOS y el proyecto de un peronismo democrático”. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, n°8, 2006.

Bruschi, Valeria: “‘Normalización’ del peronismo en Avellaneda y consolidación de la dinámica interna, 1948-1955”. *Historiapolitica.com*, 2007, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/bruschi.pdf>.

Burdman, Javier: “Populismo y peronismo. Un debate abierto entre la teoría y la historia,” http://webiigg.sociales.uba.ar/historiapolitica/seminario%20investigacion/populismo_y_peronismo_burdman.pdf.

Cafiero, Antonio: *Razones para ser peronista*. Buenos Aires: Sudamericana / COPPPAL, 2007

———: *La Renovación Fundacional*. Buenos Aires: El Cid Editor, 1986.

———: *Desde que grité ¡Viva Perón!* Buenos Aires: Pequén, 1983.

Cafiero, Antonio; Grosso, Carlos y Menem, Carlos: *Hablan los renovadores*. Buenos Aires: De la Galera, 1986.

Calveiro, Pilar: “La experiencia concentracionaria”. En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México, 2008.

———: *Política y/o violencia*. Buenos Aires: Norma, 2005.

———: *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2004.

Camou, Antonio: “Democracia y reforma económica en Argentina (1983-1995): ¿doce años no es nada?”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995, pp.97-104 .

Canelo, Paula: *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo, 2008.

———: “La descomposición del poder militar en Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)”. En Pucciarelli, Alfredo: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

———: “¿Dónde está el enemigo?: La rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995”. *Documentos de Trabajo/ Informes*, CLACSO, 2001, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20101111075649/canelo.pdf>.

Caputo, Dante y Godio, Julio: *Frepaso: alternancia o alternativa*. Buenos Aires: Corregidor, 1996.

Cardoso, Oscar; Kirschbaum, Ricardo y Van der Kooy, Eduardo: *Malvinas: la trama secreta*. Barcelona: Planeta, 1985.

Carreras, Sandra: *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentiniens. Der Peronismus, 1983-1989*. Frankfurt: Vervuert, 1999.

———: “Oposición y democratización en Argentina: El Peronismo 1983-1989”. Tesis doctoral. Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia (Alemania), 1998.

Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada*. Madrid: Ariel, 1994.

Castellani, Ana Gabriela: “Intervención económica estatal y transformaciones en la cúpula empresaria durante la última dictadura militar (1976-1983)”. En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México, 2008.

- Casullo, Nicolás: *Peronismo: militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires: Colihue, 2008.
- Catterberg, Edgardo: “La elección del 30 de octubre de 1983: El surgimiento de una nueva convergencia electoral”. *Desarrollo Económico*, vol.25, n° 98, julio-septiembre 1985, pp.259-270.
- Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- : “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955”. En O’Donnell, Guillermo; Schmitter, Philip y Whitehead, Lawrence (comps.): *Transiciones desde un gobierno autoritario 2. América Latina*. Barcelona: Paidós, 1994.
- : “Más allá de las transiciones a la democracia.” *Revista de Estudios Políticos*, n°74, 1991, pp.85-112.
- Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan (eds): *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens, 2002.
- Caviasca, Guillermo: “Montoneros. El enfrentamiento con Perón.” *Lucha armada en Argentina*, n°3, 2005.
- Cernadas, Jorge: “Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual: Sur, 1955-1960.” En Oteiza, Enrique (coord.): *Cultura y política en los años '60*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1997.
- Cerruti, Gabriela: *El Jefe: vida y obra de Carlos Saúl Menem*. Buenos Aires: Planeta, 1993.
- Cheresky, Isidoro: *El proceso de democratización. Creencias políticas, partidos y elecciones*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), 1991.
- Chumbita, Hugo: *El enigma peronista*. Buenos Aires: Puntosur, 1989.
- : *Los carapintada. Historia de un malentendido argentino*. Buenos Aires: Planeta, 1990.
- Ciancaglini, Sergio y Granovsky, Martín: *Nada más que la verdad. El juicio a las Juntas*. Buenos Aires: Planeta, 1995.
- Closa, Gabriela: “Crisis, renovación partidaria y transformaciones políticas en el peronismo de Córdoba, 1983-1987”. *Astrolabio*, n°4, 2006, <http://www.astrolabio.unc.edu.ar/articulos/partidospoliticos/articulos/closa.php>.
- : “Tensiones y conflictos en el reordenamiento sindical de la transición democrática en Córdoba”. *Revista Escuela de Historia* Año 4, vol.1, n°4, 2005.
- Colomer, Josep María: *Transiciones estratégicas: democratización y teoría de juegos*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

Cordeu, Mora; Mercado, Silvia y Sosa, Nancy: *Peronismo. La mayoría perdida*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985.

Crenzel, Emilio: "Políticas de la memoria. La historia del informe Nunca Más". *Papeles del CEIC* vol.2010/2, n°61, septiembre 2010, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/61.pdf>.

———: "Memorias de la dictadura: los desaparecidos y el voto al general Bussi en Tucumán, Argentina". *Revista internacional de filosofía política*, n° 14, 1999, pp.15-29, [http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1999-14-CB4EB55D-0DD1-B73A-5EA6-9E7FCC29E154&dsID=memorias dictadura.pdf](http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1999-14-CB4EB55D-0DD1-B73A-5EA6-9E7FCC29E154&dsID=memorias_dictadura.pdf).

Crespo, Victoria: "Legalidad y dictadura". En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México, 2008.

Cristiá, Moira: "Imágenes prefabricadas. Lecturas de la prensa francesa sobre la Argentina desde el retorno de Perón hasta el último golpe". En Rein, Raanan y Panella, Claudio: *El retorno de Perón y el peronismo en la visión de la prensa nacional y extranjera*. La Plata: Universidad de la Plata, 2009, pp.287-312.

Dahl, Robert: "La poliarquía". En Batlle, Albert: *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, 2001, pp.77-92.

Dalmazzo, Gustavo: *El duelo de los Generales. Perón-Lanusse*. Buenos Aires: Vergara, 2005.

Damin, Nicolás: "Del sindicato al parlamento. La profesionalización política de dirigentes sindicales-políticos en la Argentina del siglo XX". *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2011, <http://nuevomundo.revues.org/62081>.

De Amézola, Gonzalo: "El caso del realismo insuficiente. Lanusse, la Hora Del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional." En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

De Ipola, Emilio: "La difícil apuesta del peronismo democrático". En Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (comps.): *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1987.

———: "Ruptura y continuidad: claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo". *Desarrollo Económico*, vol.29, n°115, octubre 1989, pp.331-357.

———: "Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis argentina)." En Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

De Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos: "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes". *Controversia*, n°14, 1981.

De Riz, Liliana: *La política en suspenso: 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

———: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1981.

Delamata, Gabriela: “Las elecciones presidenciales en Argentina: ¿menemismo o victoria de Menem?”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995, pp.53-60.

Di Tella, Guido: *Perón-Perón: 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1983.

Domeniconi, Héctor y Gaudio, Ricardo: “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”. *Desarrollo Económico*, vol.26, n°103, octubre 1986.

Donadio, Marcela: “De los golpes a la cooperación: una mirada a la mentalidad profesional en el Ejército Argentino”. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. FLACSO Argentina, 2000, <http://www.resdal.org/Archivo/d0000177.htm>.

Doyon, Louise: “La formación del sindicalismo peronista”. En Torre, Juan Carlos: *Nueva historia argentina, Tomo VIII. Los Años Peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, pp.357-404.

Doyon, Louise y Torre, Juan Carlos: *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Legasa, 1988.

Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo: *Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP. De Taco Ralo a la alternativa independiente*. La Plata: De la Campana, 2003.

Dutrénit, Silvia (coord.): *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996.

Eickhoff, Georg: “El 17 de Octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Eva Perón”. *Desarrollo Económico*, vol.35, n°142, julio-septiembre 1996, pp.635-660.

Elizalde, Josefina: “Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda”. Tesina de maestría. FLACSO, 2009, http://flacsoandes.edu.ec/dspace/bitstream/10469/2152/1/Tesis_Josefina_Elizalde.pdf.

Escher, Federico: “La imposibilidad hegemónica: la revista Unidos frente a la interna peronista durante la transición democrática en la Argentina (1983-1985)”. V Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, 2007, http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/EJES/Eje%20Política%20Ideología%20Discurso/Ponencias/ESCHER%20Federico.pdf.

Esquivel, Juan Cruz: *Detrás de los muros. La Iglesia católica en tiempos de Alfonsín y Menem (1983-1999)*. Bernal: Universidad de Quilmes, 2004.

Fabris, Mariano D. “El levantamiento del 3 de diciembre de 1990 y el fin del intervencionismo militar”. Rosario (Argentina), 2005.

———: “La campaña electoral de 1987. El justicialismo en busca de nuevos electores”. <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/fabris.pdf>.

———: “‘¡Dios nos salve del flagelo del divorcio!’: Un análisis del conflicto político eclesiástico a la discusión del divorcio vincular en Argentina, 1983-1987”. n.d.

Fair, Hernán: “El Plan de Convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem”. *Trabajo y Sociedad*, vol.IX, n°10, otoño 2008, <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/FAIR.pdf>.

Fanon, Franz: *Los condenados de la tierra*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1965.

Feinmann, José Pablo: *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*. Buenos Aires: Seix Barral, 2005.

———: *López Rega, la cara oscura de Perón. Apuntes sobre las Fuerzas Armadas, Ezeiza y la teoría de los dos demonios*. Buenos Aires: Legasa, 1987.

Ferrari, Marcela: “Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias. 1983-1991”. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2013, <http://nuevomundo.revues.org/65243>.

———: “Entre la reorganización y la derrota. El peronismo bonaerense en vísperas de las elecciones de 1983”. *Estudios sociales*, n°37, año XIX, 2° semestre 2009, pp.97-126.

Ferrer, Aldo: “La economía argentina bajo una estrategia preindustrial”. En Rouquié, Alain (comp.): *Argentina hoy*, México: Siglo XXI, 1982, pp.110-111.

———: “Los ciclos económicos en la Argentina: Del sistema primario exportador al sistema de hegemonía financiera”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995, pp.17-24.

Figallo, Beatriz: “El exilio de Perón en la España del tardo franquismo, 1960-1973”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Rosario, 2005.

Flaskamp, Carlos: *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos, 2002.

Fontana, Andrés: “La política militar del gobierno constitucional argentino”. En Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (comps.): *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1987.

Franco, Marina: “La ‘Teoría de los dos demonios’: un símbolo de la posdictadura en la Argentina.” *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina* vol.11, n°2, 2014, pp.22-52.

———: *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Frank, André Gunder: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México D.F.: Siglo XXI, 1987.

Freidenberg, Flavia: *La tentación populista: una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis, 2007.

Gaggero, Horacio y Garro, Alicia: *Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar: estado, gobierno y políticas sociales durante el peronismo, 1943-1955. Proyectos y realidades*. Buenos Aires: Biblos, 2009.

Gaggero, Horacio; Iriarte, Alicia y Roitberg, Humberto: *Argentina, 15 años después. De la transición a la democracia al menemismo (1982-1997)*. Buenos Aires: UBA, 1997.

Gambarotta, Héctor: “El nuevo horizonte económico argentino”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995, pp.25-30.

Garategaray, Martina: “Peronismo y democracia. La revista Unidos en el debate”. *Historiapolitica.com*, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/garategaray.pdf>.

———: “Unidos en la identidad peronista. La revista Unidos entre el legado nacional-popular y la democracia liberal (1983-1991)”. Tesis de maestría. Universidad Tres de Febrero, 2008.

García, Alejandro: *La crisis argentina: 1966-1976*. Murcia: Universidad de Murcia, 1994.

García Menéndez, José Ramón: *Política económica y deuda externa en América Latina*. Madrid: Iepala/Universidad de Compostela, 1989.

Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de cuentas*. La Plata: De la Campana, 1999.

Gaudio, Ricardo y Domeniconi, Héctor: “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”. *Desarrollo Económico*, vol.26, n°103, octubre 1986, pp.423-454.

Gaudio, Ricardo y Thompson, Andrés: *Sindicalismo peronista. Gobierno radical. Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert / Gandhi, 1990.

Gerchunoff, Pablo y Antúnez, Damián: “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo” en Torre, Juan Carlos (dir.): *Nueva historia Argentina. (1943-1955). Tomo VIII. Los años peronistas: (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas: *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel, 1998.

Germani, Gino: “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”. *Desarrollo Económico*, n°51, 1973.

Ghirardi, Enrique: *La Democracia Cristiana*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*. Buenos Aires: Grijalbo, 1998.

- : *John William Cooke: el peronismo alternativo*. Buenos Aires: Cántaro, 1989.
- Girbal-Blacha, Noemí: *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955)*. Bernal: Universidad de Quilmes, 2003.
- : “Dichos y hechos del gobierno peronista (1945-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico”. *Entre pasados*, n°13, 1997, pp.63-78.
- : “Historia y cultura en la construcción del discurso político peronista (1946-1955).” En Cancino Troncoso, H. y De Sierra, C. (comps.): *Ideas, cultura e historia de la creación intelectual latinoamericana. Siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Abya-Yala, 1997.
- Giussani, Pablo: *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.
- Godio, Julio: *Perón. Regreso, soledad y muerte (1973-1974)*. Buenos Aires: Hyspamerica, 1986.
- Goldar, Ernesto: *John William Cooke y el Peronismo Revolucionario*. Buenos Aires: Editores de América Latina, 2004.
- Gordillo, Mónica: “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada.” In *En JAMES, Daniel (dir.): Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, Proscripción Y Autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- Graham-Yooll, Andrew: *Buenos Aires, Otoño 1982: La Guerra de Malvinas Según Las Crónicas de Un Corresponsal Inglés*. Buenos Aires: Marea, 2007.
- : *Memoria del miedo (retrato de un exilio)*. Buenos Aires: Belgrano, 1999.
- Gutiérrez, Ricardo: “Entre movimiento y partido: un análisis de las transformaciones organizativas del peronismo (1983-1995).” *Política y gestión*, n°5, 2003, pp.27-76.
- : “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”. *XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association*. Chicago, 1998.
- Gutman, Daniel: *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*. Buenos Aires: Vergara, 2003.
- Halperín Donghi, Tulio: *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
- Horowicz, Alejandro: *Los cuatro peronismos*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Horowitz, Joel: *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2004.
- Horvath, Laszlo: *A half century of Peronism, 1943-1993: an international bibliography*. Stanford: Hoover Institution. Stanford University, 1993.

Huntington, Samuel: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós, 1994.

Iribarne, Alberto J. B. (comp.): *Letras contra el miedo. Documentos del Peronismo durante la dictadura (1976-1983)*. Buenos Aires: CS, 2006.

Iturrieta, Aníbal: *El pensamiento peronista*. Madrid: Cultura Hispánica, 1990.

Ivancich, Norberto: *Escritos peronistas*. Buenos Aires: COPPPAL, 2007.

———: *Norberto Ivancich: compromiso y reflexión. Escritos y memoria de un intelectual del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2006.

James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

———: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.

———: “Sindicatos, burócratas y movilización”. En James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Jáuregui, Aníbal: “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”. *A Contracorriente*, vol.9, n°3, abril 2012, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/jauregui.pdf>.

Jauretche, Ernesto: *No dejés que te la cuenten. Violencia y política en los 70*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1997.

Jensen, Silvina: *La huída del horror no fue olvido. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*. Barcelona: Bosch, 1998.

———: *Los exiliados: la lucha por los derechos humanos durante la dictadura militar*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

Knight, Alan: “Las tradiciones democráticas y revolucionarias en América Latina”. *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, vol.2, n°1, 2003.

Labaké, Juan Gabriel: *El Presidente que sí fue*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.

Laclau, Ernesto: “Hacia una teoría del populismo”. En Laclau, Ernesto: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

Lacoste, Pablo, ed: *Militares y política 1983-1991 (Rico, Bussi, Ruiz Palacios, Ulloa, Mittelbach y El CEMIDA)*. Buenos Aires: CEAL, 1993.

- Ladeuix, Juan Iván: “La mazorca de Perón: Prácticas e ideologías de la derecha peronista. Una aproximación a partir de un estudio de caso. Mar Del Plata 1970-1976”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Rosario, 2005.
- Lanata, Jorge: *Argentinos. Quinientos años entre el cielo y el infierno*. Barcelona: Ediciones B, 2003.
- Landi, Oscar: *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*. Buenos Aires: Puntosur, 1988.
- Landi, Oscar y Cavarozzi, Marcelo: *Menem: ¿el fin del peronismo? (Crisis y postransición en la Argentina)*. Buenos Aires: CEDES, 1991.
- Lanusse, Alejandro: *Confesiones de un general*. Buenos Aires: Planeta, 1994.
- Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara, 2005.
- Lenci, María Laura: “Cámpora al Gobierno, Perón al Poder. La Tendencia Revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973”. En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Lettieri, Alberto Rodolfo: “Fascismo y peronismo. Una mirada a través de La Prensa”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Rosario, 2005.
- Leuco, Alfredo y Díaz, José Antonio: *El heredero de Perón*. Buenos Aires: Planeta, 1989.
- Levine, Barry: “Prefacio” en Levine, Barry (comp.): *El desafío neoliberal. La filosofía del tercermundismo en América Latina*. Bogotá: Norma, 1992.
- : *El desafío neoliberal. La filosofía del tercermundismo en América Latina*. Bogotá: Norma, 1992.
- Levitsky, Steven: *Transforming labour-based parties in Latin America: Argentine peronism in comparative perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003
- : *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Leyba, Carlos: *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comp.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México, 2008.
- Linz, Juan José, y Stepan, Alfred: *Problems of democratic transition and consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore: The Johnson Hopkins University Press, 1996.

Llamazares, Iván: “Las transformaciones ideológicas del discurso liberal-conservador en la Argentina contemporánea: un examen del pensamiento político de Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995.

López, Ernesto: *El último levantamiento*. Buenos Aires: Legasa, 1988.

———: *Ni la ceniza ni la gloria: actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1994.

———: *El primer Perón: el militar antes que el político*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.

López, Ernesto y Pion-Berlin, David: *Democracia y cuestión militar*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1996.

Lorenz, Federico Guillermo: “Testigos de la derrota. Malvinas, los soldados y la guerra durante la transición”. *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Rosario, 2005.

López Echagüe, Hernán: *El hombre que ríe. Biografía política de Carlos Federico Ruckauf*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Luder, Ítalo: *El justicialismo en la oposición*. Buenos Aires: Corregidor, 1984.

———: *La Argentina de hoy*. Buenos Aires: Corregidor, 1989.

Luna, Félix: *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

———: *El 45. Crónica de un año decisivo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.

Luoni, Osvaldo: “Evolución de la competencia interna, cambio organizativo e institucionalización en el Partido Justicialista de la Capital Federal (1983-1989).” *X Congreso Nacional de Ciencia Política “Democracia, integración y crisis en el Nuevo Orden Global: tensiones y desafíos para el análisis político”*. Córdoba, 2011.

Luvacce, Cecilia: *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*. Buenos Aires: CEAL, 1993.

Lvovich, Daniel: “Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976-1983)”. *Ayer*, n°75, 2009, pp.275-299.

Mackinnon, Moira: *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Mainá, Marcelino: “El Partido Justicialista santafesino en la transición política argentina 1982-1987”. *II Congreso Regional de Historia e Historiografía*, Santa Fe, 2007.

Marcilese, José: “El Poder Judicial bonaerense en los años del primer peronismo. De la autonomía a la dependencia”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol.18, n°2, 2007, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/marcilese1.pdf>.

Martí, Salvador. “¿Y después de las transiciones qué? Un balance y análisis de las teorías del cambio político”. *Revista de Estudios Políticos. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales*, n°113, 2001, pp.101-24.

Masi Rius, Andrés Alberto y Pretel Eraso, Eduardo Aníbal: “Fuerzas Armadas y transición democrática. Argentina, 1983-1989”. *Historia Actual Online*, n°13, 2007, pp.89-97.

Matera, Raúl: *Política: vocación de servicio. Testimonios políticos. 1983-1985*. Buenos Aires: El Caballito, 1985.

Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. (La pasión militante)*. La Plata: De la Campana, 1995.

Mazzei, Daniel H: “El Ejército en una etapa de transición (1962-1966)”. En Bianchi, Susana y Spinelli, María Estela (comps.): *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*. Tandil: Instituto de estudios histórico-sociales, 1997.

Mazzeo, Miguel: *Cooke, de vuelta (el gran descartado de la historia Argentina)*. Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1999.

McAdam, Andrew: *Antonio F. Cafiero. El Renovador*. Buenos Aires: Corregidor, 1996.

McGuire, James: *Peronism without Peron. Unions, parties, and democracy in Argentina*. Stanford: Stanford University Press, 1997.

———: “Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista”. En Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano (comps.): *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993.

Mira Delli-Zotti, Guillermo: “Genealogía de la violencia en la Argentina de los años 70”. *VIII Seminario Internacional “Nuestro Patrimonio Común”. 1968-2008: ¿Cuarenta años que cambiaron el mundo?* Cádiz, 4-7 noviembre 2008.

———: “Voces distantes, otras miradas examinan el círculo de hierro. Política, emigración y exilio en la declinación argentina”. *América Latina Hoy*, n°34, 2003, pp.119-143.

Molinas, Ricardo F. y Barberis, Santiago F.: *El Partido Demócrata Progresista*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

Molyneux, Maxine: *Movimientos de mujeres en América Latina. Un estudio teórico comparado*. Madrid: Cátedra, 2003

Moneta Testa, Carlos Juan; López, Ernesto y Romero, Aníbal: *La reforma militar*. Buenos Aires: Legasa, 1985.

Morales Solá, Joaquín: *Asalto a la ilusión. Historia secreta del poder en la Argentina desde 1983*. Buenos Aires: Planeta, 1992.

Morandini, Norma: “La oscuridad como marca”. En Tcach, César y Quiroga, Hugo: *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.

Moyano, María José: “Argentina, guerra civil sin batallas”. En Waldmann, Peter y Reinares, Fernando (comps.): *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona: Paidós, 1999.

Munck, Gerardo L.: “Una revisión de los estudios sobre la democracia: temáticas, conclusiones, desafíos”. *Desarrollo Económico*, vol.41, n°164, marzo 2002, pp.579-608.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

Mustapic, Ana M: “Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”. En Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan (eds): *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens, 2002.

———: “Inestabilidad sin colapso. La renuncia de los presidentes: Argentina en el año 2001”. *Desarrollo Económico*, vol.45, n°1778, julio-septiembre, pp.263-279.

Nievas, Fabián: “Cámpora: primavera-otoño. Las Tomas”. En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Nolte, Detlef: “De ‘La larga agonía de la Argentina peronista’ a la ‘reconversión menemista’. Transformaciones del sistema político argentino durante la primera presidencia de Carlos Menem”. *América Latina Hoy*, n°11-12, 1995.

Novaro, Marcos: *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*. Buenos Aires: Letra Buena, 1994.

———: *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires: Norma, 2002.

———: *Argentina en el fin de siglo: democracia, mercado y Nación (1983-2001)*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

Novaro, Marcos, y Palermo, Vicente: *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*. Buenos Aires: Losada, 1998.

———: *La dictadura militar (1976-1983): Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós, 2003.

———: *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

Nun, José: *Averiguación sobre algunos significados del peronismo*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 1994.

Nun, José y Portantiero, Juan Carlos: *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur, 1987.

Obregón, Martín: *Entre la cruz y la espada: La Iglesia católica durante los primeros años del "Proceso"*. Bernal: Universidad de Quilmes, 2005.

O'Donnell, Guillermo: *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

———: *El Estado Burocrático Autoritario: triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Belgrano, 1996.

O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philip y Whitehead, Lawrence: *Transiciones desde un gobierno autoritario 2. América Latina*. Barcelona: Paidós, 1994.

———: *Transiciones desde un gobierno autoritario 3. Perspectivas comparadas*. Barcelona: Paidós, 1998.

———: *Transiciones desde un gobierno autoritario 4. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Barcelona: Paidós, 1994.

Ollier, María Matilde. *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

———: "El Partido Justicialista bonaerense: Inserción nacional y liderazgos". Revista SAAP, vol.3, n°1, agosto 2007, pp.157-184.

Ozlak, Oscar: *"Proceso", crisis y transición democrática*. Buenos Aires: CEAL, 1984.

Oteiza, Enrique (coord.): *Cultura y política en los años '60*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1997.

Palermo, Vicente: *Democracia interna en los partidos. Las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*. Buenos Aires: IDES, 1986.

———: *Sal en las heridas: las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007.

Palermo, Vicente y Novaro, Marcos: *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma, 1996.

Panbianco, Angelo: *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza, 1990.

Panizza, Francisco: "Introducción. El populismo como espejo de la democracia". En Panizza, Francisco (comp.): *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Paramio, Ludolfo: "El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90". *Revista de Estudios Políticos*, n°74, octubre-diciembre 1991.

———: “Crisis y cambio del modelo económico” en Alcántara, Manuel et al.: *Reformas económicas y consolidación democrática (1980-2006)*. Madrid: Síntesis, 2006.

Paratcha, Ricardo y Monzón, Florencio: *¿Adónde va Robledo?* Buenos Aires: Corregidor, 1983.

Pérez, Eduardo: “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”. En Duhalde, Eduardo y Pérez, Eduardo: *Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP. De Taco Ralo a la Alternativa Independiente*. La Plata: De la Campana, 2003.

Pérez, Germán J y Natalucci, Ana: “La matriz movimientista de acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante kirchnerista”. *América Latina Hoy*, n°54, 2010, pp.97-112.

Pesce, Julieta: “Política y economía durante el primer año de gobierno de Raúl Alfonsín. La gestión del ministro Grinspun.” En Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Philp, Marta: “La ‘invención’ de la democracia en la Córdoba de los años ochenta. Una lectura del imaginario político del gobernador provincial”. *Estudios, Revista del CEA*, n°15, 2004.

Podetti, Mariana; Qués, María Elena y Sagol, Cecilia: *La palabra acorralada. La constitución discursiva del peronismo renovador*. Buenos Aires: FUCADE, 1988.

Potash, Robert: *El Ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*. Buenos Aires: Sudamericana, 1994.

Prats, Mariana: “Contradiendo pronósticos: ¿no hay descentralización ni inclusión que valga! La selección de candidatos en los partidos políticos de Argentina”. *América Latina Hoy*, n°62, 2012, pp.103-130.

Pucciarelli, Alfredo: “Dilemas irresueltos en la historia reciente de la sociedad argentina”. En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

——— (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

———: “La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa”. En Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

———: “La República no tiene Ejército. El poder gubernamental y la movilización popular durante el levantamiento militar de Semana Santa”. En Pucciarelli, Alfredo: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

———: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

———: “Declinación política y degradación institucional de la joven democracia. La cuestión militar durante la primera etapa de la presidencia de Raúl Alfonsín.” En Ansaldi, Waldo (dir.): *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. Buenos Aires: FCE, 2007.

——— (ed.): *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

Pujol, Sergio: “Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes”. En James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Quiroga, Hugo: *El tiempo del Proceso: conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens, 2004.

———: *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.

Ratliff, W: “Perón y la guerrilla: el arte del engaño mutuo”. En Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano: *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro, 1993.

Redero, Manuel. *Transición a la democracia y poder político en la España postfranquista (1975-1978)*. Salamanca: Cervantes, 1993.

Rein, Raanan: *Entre el abismo y la salvación: el pacto Franco-Perón*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.

———: *Peronismo, populismo y política: Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Belgrano, 1998.

Rein, Raanan y Sitman, Rosalie: *El primer peronismo: de regreso a los comienzos*. Buenos Aires: Lumiere, 2005.

Restrivo, Néstor y Dellatorre, Raúl: *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2005.

Rey Tristán, Eduardo (dir.): *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina. Golpes, dictaduras, exilios (1973-2006)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2007.

———: *La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973. ¿Tiempo de lucha, tiempo de elecciones?* Sevilla: Universidad de Sevilla / CSIC / Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 2006.

Reynares, Juan Manuel: *La identidad política de la Renovación. El peronismo cordobés en la transición democrática*. Villa María: Eduvim, 2012.

- Rock, David: *Argentina 1516-1987: Desde la colonización española hasta Alfonsín*. Madrid: Alianza, 1988.
- : *Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Alianza, 1998.
- : *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Romero, Luis Alberto: “La democracia y la sombra del Proceso”. En Quiroga, Hugo y Tcach, César: *Argentina 1976-2006: Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.
- Rot, Gabriel: “El mito del Policlínico Bancario”. *Lucha armada en la Argentina*, n°1, 2004.
- : *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000.
- Rouquié, Alain: *Argentina hoy*. México D.F.: Siglo XXI, 1982.
- : *América Latina: introducción al extremo Occidente*. México D.F.: Siglo XXI, 1989.
- : *Poder militar y sociedad política en Argentina I*. Buenos Aires: Emecé, 1994.
- Sain, Fabián: *Los levantamientos carapintada, 1987-1991*. Buenos Aires: CEAL, 1994.
- Salas, Ernesto José: *La Resistencia Peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Retórica ediciones / Altamira, 2006.
- Schvarzer, Jorge: *Martínez de Hoz: La lógica política de la política económica*. Buenos Aires: CISEA, 1983.
- : *Argentina 1976-81: el endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*. Buenos Aires: CISEA, 1983.
- Sebreli, Juan José: *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Seineldín, Mohamed Alí: *Malvinas. Un sentimiento*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Servetto, Alicia: “Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne”. *Estudios, Revista del CEA*, n°15, 2004.
- Sidicaro, Ricardo: “Les transformations du péronisme”. *Problèmes d'Amérique Latine*, n°51, 2003-2004.
- : “Sobre algunas consecuencias políticas de la dictadura militar 1976-83.” En Quiroga, Hugo y Tcach, César: *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.
- Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo: *Perón o Muerte: fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1996.

Silvestri, Francesco: *L'Argentina da Perón a Cavallo [1945-2003]. Storia economica dell'Argentina dal dopoguerra ad oggi*. Bolonia: CLUEB, 2004.

Solanet, Manuel: *La hiperinflación del 89*. Buenos Aires: Lumiere, 2006.

Svampa, Maristella: “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”. En James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

Sylos Labiri, Paolo: “El Plan Austral y la política económica argentina: algunas reflexiones”. *Investigación Económica*, n°185, julio-septiembre 1988.

Tarrow, Sidney G.: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza, 2004.

Tarruella, Alejandro C.: *Guardia de Hierro: de Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

Tcach, César: “El enigma peronista: la lucha por su interpretación”. *Historia Social*, n°43, 2002.

———: “Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”. En Tcach, César y Quiroga, Hugo: *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.

———. “Golpes, proscripciones y partidos políticos”. En James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

———: “Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)”. En Dutrénit, Silvia (ed.): *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996.

Tcach, César y Servetto, Alicia: “En el nombre de la Patria, el Honor y los Santos Evangelios: las dictaduras militares en Argentina y Uruguay”. En Rey Tristán, Eduardo (dir.): *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina. Golpes, dictaduras, exilios (1973-2006)*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2007.

Tcach, César y Quiroga, Hugo: *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2006.

Tcach, César y Macor, Darío (eds.): *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2003.

Tejerina, María Elina y Corbacho, Myriam Rosa: “Gobierno de Miguel Ragone en Salta: entre el ideal y la realidad, 1973-1974”. *Revista Escuela de Historia*, vol.1, n°6, 2007.

Terragno, Rodolfo: *El peronismo de los 70 (I): De Cámpora a Isabelita*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008.

———: *El peronismo de los 70 (II): camino a la dictadura*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008.

Terán, Oscar: *De utopías, catástrofes y esperanzas: un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

———: *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993.

Conflicto obrero. Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina 1984-1989. Bernal: Universidad de Quilmes, 1994.

Torre, Juan Carlos: *El gigante invertebrado: los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

———: *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

———: *Entre el abismo y la ilusión: peronismo, democracia y mercado*. Buenos Aires: Norma, 1990.

———: “Introducción a los años peronistas”. En Torre, Juan Carlos: *Nueva Historia Argentina, Tomo VIII. Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

———: *Nueva Historia Argentina. (1943-1955). Tomo VIII. Los años peronistas: (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

———: *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

Tortti, María Cristina: “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”. En Pucciarelli, Alfredo (ed.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Unamuno, Miguel; Bárbaro, Julio; Cafiero, Antonio; Di Tella, Guido; Benítez, Hernán y Pedrini, Adam: *El peronismo de la derrota*. Buenos Aires: CEAL, 1984.

Vaca Narvaja, Hernán: *El candidato. Biografía no autorizada de José Manuel de la Sota*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.

Vargas Llosa, Mario: “América Latina y la opción liberal”. En Levine, Barry (comp.): *El desafío neoliberal. La filosofía del tercermundismo en América Latina*. Bogotá: Norma, 1992.

Verbitsky, Horacio: *Civiles y militares: Memoria secreta de la transición*. Buenos Aires: Contrapunto, 1987.

———: *El vuelo: una forma cristiana de muerte; confesiones de un oficial de la Armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.

———: *Ezeiza*. Buenos Aires: Planeta, 1998.

———: *La posguerra sucia: un análisis de la transición*. Buenos Aires: Legasa, 1987.

———: *Malvinas: la última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

———: *Robo para la corona: los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*. Buenos Aires: Planeta, 1992.

Vezzetti, Hugo: *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

———: *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

Viguera, Aníbal: *La trama política de la apertura económica en la Argentina (1987-1996)*. La Plata: Al Margen, 2000.

Villanueva, Ernesto: *Conflicto obrero. Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina 1984-1989*. Bernal: Universidad de Quilmes, 1994.

Vommaro, Gabriel: “Cuando el pasado es superado por el presente. Las elecciones presidenciales en 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina”. En Pucciarelli, Alfredo: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Vázquez-Rial, Horacio: *Perón tal vez la historia*. Madrid: Alianza, 2005.

Videla, Oscar R.: *El siglo veinte: problemas sociales, políticas de estado y economías regionales (1912-1976)*. Rosario: Protohistoria-Diario La Capital, 2006.

Waisman, Carlos H. “Las transiciones latinoamericanas en el espejo español”. En Waisman, Carlos H.; Rein, Raanan y Gurrutxaga Abad, Ander (coords.): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2005, pp. 15-33.

Waisman, Carlos H.; Rein, Raanan y Gurrutxaga Abad, Ander (coords.): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2005.

Waldmann, Peter y Reinares, Fernando: *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona: Paidós, 1999.

Yofre, Juan B: *1982: Los documentos secretos de la guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del Proceso*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011.

———: *Fuimos todos. Cronología de un fracaso. 1976-1983*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007.

———: *El escarmiento: la ofensiva de Perón contra Cámpora y los Montoneros, 1973-1974*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

Zanatta, Loris: *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

Zicolillo, Jorge, y Montenegro, Néstor: *Los Saadi. Historia de un feudo. Del 45 a María Soledad*. Buenos Aires: Legasa, 1991.